L A L L A V E D E L O S S U E Ñ O S

por

Alexandre GROTHENDIECK

NOTA DEL TRADUCTOR

El comienzo de una página en el original francés (o, en el caso del Capítulo VII, en la primera edición francesa –la de *Éditions du Sandre* en 2024– hasta que se pueda consultar el original) se indica con un rombo, y al margen figura su numeración. En las numerosas referencias internas del texto se usa siempre esta numeración original.

En las referencias a *Cosechas y Siembras* se usa la paginación del texto original francés, que también se incluye en la primera edición francesa de *Récoltes et Semailles*, a cargo de la editorial *Gallimard* en 2022.

I. TODOS LOS SUEÑOS SON CREACIÓN DEL SOÑADOR

1. Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo
2. Descubrimiento del Soñador
3. El niño y la teta
4. Todos los sueños vienen del Soñador
5. El sueño mensajero – o el momento de la verdad
6. La llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y el *otro*
7. Acto de conocimiento y acto de fe
8. La voluntad de conocer
9. La puerta estrecha – o la chispa y la llama
10. Trabajo y concepción – o la cebolla doble
11. El Concierto – o el ritmo de la creación
12. Cuatro tiempos para un ritmo
13. Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor
14. Las patas de la viga
15. La rebanada frotada con ajo
16. Emoción y pensamiento – o la ola y la chapuza

II. DIOS ES EL SOÑADOR

17. Dios es el Soñador
18. El conocimiento perdido – o el ambiente de un "final de los tiempos"
19. La increíble Buena Nueva
20. Hermanados en el hambre...
21. Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas
22. Reencuentros con Dios – o el respeto sin temor
23. No hay más que *un* Soñador – o el "Otro yo mismo"
24. El Creador – o el Lienzo y la pasta
25. Dios no se define ni se demuestra – o el ciego y el bastón
26. La nueva tabla de multiplicar

III. EL VIAJE A MEMPHIS (1): ERRANTE

27. Mis padres - o el sentido de las pruebas
28. Esplendor de Dios – o el pan y el aderezo
29. Rudi y Rudi – o los indiscernibles
30. La cascada de maravillas – o Dios por la sana razón
31. Los reencuentros perdidos...
32. La llamada y el rechazo
33. El viraje – o el final de un sopor
34. Fe y misión – o la infidelidad (1)
35. La muerte interpela – o la infidelidad (2)
36. Dios habla en voz muy baja...

IV. ASPECTOS DE UNA MISIÓN (1): UN CANTO DE LIBERTAD
37. La impensable convergencia
38. El testimonio como llamada a descubrirse
39. Eros – o la potencia
40. El Sentido – o el Ojo
41. La visión
42. Hoy la visión innovadora es ante todo testimonio
43. El alma del mensaje – o las labores a plena luz
44. El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear
45. Creación y represión – o la cuerda floja
46. Libertad creadora y obra interior

V. ASPECTOS DE UNA MISIÓN (2): EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

47. El conocimiento espiritual (1): no excluye, incluye y aclara
48. El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas
49. El conocimiento espiritual (3): belleza y contemplación
50. El conocimiento espiritual (4): el dolor – o la vertiente sombría
51. El conocimiento espiritual (5): del alma de las cosas y del hombre sin alma
52. La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal
53. La argolla de acero...
54. ... y su ruptura – o la usura de los Tiempos
55. Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)
    1) No somos nosotros los que creamos
    2) Parte de Dios, parte del hombre...
    3) La creación y la escucha
    4) ¿Quién habla por esa voz?
56. El Árbol del bien y del mal – o el conocimiento espiritual (7)
    1) El "bien y el mal" por Ley – o la espiritualidad arcaica
    2) ¿Verdad u obediencia? – o el hombre frente a la ley
    3) El padre malhechor – o el mal por ignorancia
    4) El acto que hace "el bien" es el acto plenamente creativo
    5) El estado de verdad es el estado plenamente creativo
    6) La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador
    7) La fruta prohibida (2)
        a. El hecho más absurdo...
        b. El núcleo duro – o las orejeras
        c. Las malas compañías
        d. El Moralizador – o el sello y la espada
        e. El Fin está en el camino – o la primera Prioridad

VI. EL VIAJE A MEMPHIS (2): SIEMBRAS PARA UNA MISIÓN

57. El acto (1): el desgarro
58. El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin
59. Una charrúa llamada Esperanza...
60. El Soplo y la Tempestad
61. El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad
62. La llamada del silencio
63. Caballero de la vida nueva
64. El mensajero

65. Travesía del desierto, y revelación – o siembras a la espera de sus cosechas
66. Años-laborables y años-domingo – o tareas y gestación

VII. EL VIAJE A MEMPHIS (3): LA VÍA ESPIRITUAL

67. La constatación de un fracaso (1) – o el choque y las olas
68. La constatación de un fracaso (2) – o lo esencial y lo accesorio
69. Verdad y "broma" – o el precio de una ignorancia
70. La entrada de lo divino (1) – o la gracia y la gravedad
71. La entrada de lo divino (2) – o "complaciendo a Buda"

VIII. EL VIAJE A MEMPHIS (4): EL TIEMPO DE LA COSECHA

IX. LAS CUATRO VÍAS

X. LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

XI. EL DIÁLOGO CON EL BUEN DIOS (SUEÑOS METAFÍSICOS)

XII. LA MUTACIÓN DE LOS TIEMPOS (SUEÑOS PROFÉTICOS)

NOTAS para LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

I *El conocimiento de uno mismo*

1. La pequeña familia y su Huésped.
2. Un animal llamado Eros
3. El uno y el infinito
4. Sabiduría del cuerpo y acción de Dios
5. A amo dócil servidor violento – o cuerpo, espíritu y ego
6. El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud
7. Arquetipos y manifestaciones de Dios
8. Sueño y libre arbitrio
9. Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro

II *El conocimiento espiritual*

10. De la porra celeste y del falso respeto
11. Milagros y razón
12. Pensamiento religioso y obediencia
13. Verdad y conocimiento
14. Matemática e imponderables

III *El conocimiento religioso*

15. La firma de Dios
16. Creencia, fe y experiencia
17. El niño y el místico
18. La "Gran Revolución Cultural" será desencadenada por Dios
19. Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima
20. Marcel Légaut – o la masa y la levadura
21. Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad
22. Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe

23. Misión y creación – o Jesús creador (1)
24. Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro
25. Jesús creador (2) – o expresión y concepción de una misión
26. Los apóstoles creadores
27. Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios
28. El infierno cristiano – o el gran miedo a morir
29. Dios participa – o el Juez y su penitencia
30. La Providencia: ¿invención o descubrimiento?
31. Dios no es un seguro a todo riesgo – o sentido e interpretación

    1) Encontrar un sentido es un trabajo creativo
    2) Dios no informa, ilumina
    3) *Otra* fe – o lo Desconocido y lo Incognoscible
    4) Una cuestión desapercibida – o las grandes pezuñas

32. Eros y Espíritu (1) – o la abundancia y lo esencial
33. Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa
34. Eros y Espíritu (3) – o el impulso y el alma
35. La gran Mutación – o las Iglesias y su misión
36. Los grandes Innovadores y sus mensajes
37. La gran Crisis Evolucionista – o una vuelta en la hélice
38. ¿Buda o Jesús? – o la falsa cuestión

IV *Creación y represión*

39. El niño creador (1) – o el descubrimiento del mundo
40. El niño y su domesticación – o el visitante inoportuno
41. Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano
42. Jesús recrucificado – o el ser frente al Grupo
43. Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil
44. El Impensable Mayo del 68 – o la repetición general
45. El niño creador (2) – o el campo de fuerzas
46. La mistificación – o la creación y la vergüenza
47. El "estilo investigación" – o una nueva forma al servicio de un espíritu
48. Creación y maduración (1): los "dones" aparecen al crear
49. Creación y maduración (2): no hacen falta "dones" para crear
50. Creación y maduración (3): "dones" y carisma

V *Clichés y espiritualidad*

51. Los clichés del espiritual (1): ¡alto! al error y la ignorancia
52. Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad
53. Las bestias negras del Maestro (1) – o ¡alto! al trabajo de pensar
54. Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir
55. Las bestias negras del Maestro (3) – o ¡alto! al deseo
56. "El Maligno" y la gracia – o la Santa y el buen Dios
57. La Ley, el discurso y el Ruido: un ciclo milenario se cierra...

Notas para el capítulo VII de La Llave de los Sueños

o

Los Mutantes

1. Fujii Guruji

    58. ¿Quién es "yo"? – o la dimisión
    59. La fuerza de la humildad
    60. Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial
    61. Fujii Guruji (2) – o el don
    62. Que nuestra oración sea canto...
    63. Los visitantes sin equipaje
    64. Filiación y crecimiento de una misión (Nichiren y Guruji)
    65. El balance de la fe – o las vías secretas
    66. El encuentro – o el don de atención (Gandhi y Guruji)

2. Gandhi

    67. El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido
    68. Las dos grandezas – o la epopeya y la verdad
    69. De las armas y del silencio – o la caída del telón
    70. La ejecución del soldado Solvic[1] – o el crimen de los justos
    71. El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante
    72. "Formación humana" – ¡y "Solución final"!
    73. Todos los hombres son falibles – o la ruptura

3. Walt Whitman y sus amigos

    74. Richard Maurice Bucke – o el profeta de la "*otra* realidad"
    75. Tiempos de muletas y tiempo de caminar (E. Carpenter y M. Légaut)
    76. Walt Whitman (1) – o boda de un poeta
    77. Walt Whitman (2) – o Eros y la Unión Mística
    78. Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres
    79. Ramakrishna – o la boda de la Madre con Eros
    80. Walt Whitman (3) – o predicción y visión
    81. Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!
    82. "Conocimiento cósmico" y condicionamiento
    83. El Creador y la Presencia – o el doble rostro
    84. Simientes invisibles – o las llaves del Reino

4. El ballet de los mutantes (1)

    85. Los mutantes (1): el ballet de los mutantes. Hahnemann y Riemann
    86. Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)
    87. Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía
    88. Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P. A. Kropotkin y A. S. Neill)

5. A. S. Neill

    89. Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser
    90. Neill y el pecado original – o el mito como mensaje

[1] (N. del T.) Se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik, fusilado en Francia el 31 de enero de 1945 por el crimen de deserción frente al enemigo. Es el único soldado estadounidense sometido a un consejo de guerra y fusilado por deserción durante la Segunda Guerra Mundial. Grothendieck se refiere siempre a él, por un fallo de memoria, como Solvic.

91. La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano
92. Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad
93. ¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo
94. Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión
95. Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...

6. Edward Carpenter

96. Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil
97. Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo
98. De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso
99. Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda
100. El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)

A) El sexo está por todas partes
B) Problemática del sexo: vivir el sexo requiere discernimiento
C) Papel del sexo: "hacer el amor" es una creación
D) Todos somos unos "homo" que se ignoran
E) El sexo en la educación: las dos iluminaciones

101. El afecto en la educación, ésa es la revolución
102. Faros en la noche – o el cariño y la libertad

7. Félix Carrasquer

103. Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión
104. Félix Carrasquer (2): el auge
105. Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad
106. Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón
107. Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha
108. Nadie es profeta en su tierra
109. Educación y acto de fe
110. El nuevo espíritu de la educación

8. El ballet de los mutantes (2)

111. Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia
112. Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza
113. Los lugares comunes de los santos
114. Los mutantes (6): los mutantes y el sexo – o el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer

9. Solvic

115. Solvic (1) – o la grandeza al desnudo
116. Solvic (2) – o la maravilla del calvario
117. Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia
118. La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli
119. Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas
120. Misión de paz y trabajo misionero – o lo esencial y lo accesorio
121. Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez

10. Los dos mesías (Steiner, Krishnamurti)

122. Fantasmagorías de un visionario – o clarividencia y espiritualidad

123. Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías
124. La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana
125. La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión
126. La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance
127. Un serio que ignora la sonrisa – o humor y espiritualidad
128. "La última tentación" – o mutilación de un sanniasin[2]
129. Capacidad de atención y recuerdo – o: la fidelidad es un don renovado sin cesar...
130. ¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"
131. Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don

11. El Ballet de los mutantes (3)

132. Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo
133. Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas
134. Los mutantes (10): la reconciliación
135. Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación
136. Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza

12. Tres pensadores (Darwin, Freud, Légaut)

137. El sol es el centro – o los pensadores-mutantes
138. El Iluminador
139. Darwin – o la Aventura de la especie
140. Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos
141. Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero
142. Freud (3): El sueño, mensajero del Inconsciente – o la vaina y el fruto
143. Freud (4): represión, resistencias y el juego de los idiotas...
144. Freud (5): impulso incestuoso y sublimación
145. Freud (6): todos los sueños tienen un sentido – o el gran secreto

[2]N. del T.: En el hinduismo, el sanniasin ("renunciante" en sánscrito) es la persona de las castas superiores que se encuentra en la etapa de renunciación a la vida material.

1 ◊I TODOS LOS SUEÑOS SON CREACIÓN DEL SOÑADOR

1. Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo

(30 de abril de 1987) El primer sueño de mi vida cuyo mensaje sondeé y comprendí, enseguida transformó profundamente el curso de mi vida. Aquel momento fue vivido, verdaderamente, como una renovación profunda, como un nuevo *nacimiento*. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora diría que fue el momento del reencuentro con mi "alma", de la que vivía separado desde los días ahogados en el olvido de mi primera infancia. Hasta ese momento había vivido en la ignorancia de que tenía un "alma", que en mí había *otro yo mismo*, silencioso y casi invisible, y sin embargo vivo y vigoroso – alguien bien distinto del que constantemente ocupaba en mí el primer plano de la escena, el único al cual veía y con el que seguía identificándome, me gustase o no: "el Patrón", el "yo". Aquél que conocía no ya demasiado, sino hasta la saciedad. Pero aquel día fue un día de reencuentros con el Otro, dado por muerto y enterrado "durante toda una vida" – con *el niño que hay en mí* ([1]).

Los diez años transcurridos desde entonces me parecen ahora, sobre todo, como una sucesión de periodos de aprendizaje, en los que he franqueado sucesivos *"umbrales"* en mi itinerario espiritual. Fueron periodos de recogimiento y de intensa escucha, en los que me iba conociendo a mí mismo, tanto al "Patrón" como al "Otro". Pues madurar espiritualmente no es, ni más ni menos, que conocerse a sí mismo una y otra vez; es progresar mucho o poco en ese conocimiento sin final. Es *aprender*, y ante todo: aprender sobre uno mismo. Y también es: renovarse, es *morir* un poco, quitarse un peso muerto, una inercia, una parte del "hombre viejo" que hay en nosotros – ¡y renacer!

Sin conocimiento de uno mismo no hay comprensión de los demás, ni del mundo de los hombres, ni de la acción de Dios en el hombre. Una y otra vez lo he comprobado, en mí mismo, en mis amigos y parientes, y también en lo que llaman "obras del espíritu" (incluso entre las más prestigiosas): sin conocimiento de uno mismo, la imagen que nos formamos del mundo y de los demás no es más que la obra ciega e inerte de nuestros apetitos, nuestras esperanzas, nuestros miedos, nuestras frustraciones, nuestras ignorancias deliberadas y nuestras huidas y nuestras renuncias y todos nuestros impulsos de violencia reprimida, y la obra de los consensos y de las opiniones que imperan a nuestro alrededor y que nos tallan a su medida. Por eso apenas
2 tiene ◊relaciones lejanas, indirectas y tortuosas con la realidad de la que pretende dar cuenta, y que desfigura sin ninguna vergüenza. Es como un testigo medio imbécil, medio corrupto en un asunto que le afecta más de lo que quiere admitir, sin darse cuenta de que su testimonio le compromete y le juzga...

Cuando paso revista a esas grandes etapas de mi camino interior, a lo largo de los últimos diez años, compruebo que cada una de ellas ha sido preparada y jalonada, al igual que la primera de la que acabo de hablar, por uno o más *sueños*. La historia de mi maduración en mi conocimiento de mí mismo y en mi comprensión del alma humana se confunde, poco más o menos, con la historia de mi experiencia de los sueños. Por decirlo de otra manera: El conocimiento al que he llegado sobre mi propia persona y sobre la psique en general, casi se confunde con mi experiencia de los sueños, y con el conocimiento del sueño que es uno de sus frutos.

Y no por casualidad, ciertamente. He terminado por aprender, muy a mi pesar, que la vida profunda de la psique es inaccesible a la mirada consciente, por intrépida, por muy ávida de conocimiento que sea. Con sus únicos medios, incluso secundada por un trabajo de reflexión

concentrado y tenaz (por eso que llamo "trabajo de *meditación*"), esa mirada apenas penetra más allá de las capas más superficiales. Actualmente, dudo que haya, o que haya habido en el mundo un hombre (ya fuera Buda en persona) en el que sea diferente – en el que el estado y la actividad de las capas profundas de la psique sean directamente accesibles al conocimiento consciente. ¿Tal hombre no sería casi igual a Dios? No conozco ningún testimonio que me pueda hacer suponer que una facultad tan prodigiosa jamás haya sido concedida a una persona.

Cierto es que todo lo que se encuentra y se mueve en la psique busca y encuentra una expresión visible. Ésta puede manifestarse en el nivel de la consciencia (con pensamientos, sentimientos, actitudes, etc.), o en el de los actos y comportamientos, o también en el nivel (llamado "psicosomático" en jerga erudita) del cuerpo y sus funciones. Pero todas esas manifestaciones, psíquicas, sociales, corporales, son hasta tal punto ocultas, hasta tal punto indirectas, que bien parece que también ahí haga falta una perspicacia y una capacidad intuitiva sobrehumanas, para conseguir extraer un relato, por poco matizado que sea, de las fuerzas y conflictos inconscientes que se expresan a través de ellas. El sueño, por el contrario, se revela como un testimonio *directo*,
3 perfectamente ◊*fiel* y de una fineza incomparable, de la vida profunda de la psique. Detrás de apariencias a menudo desconcertantes y siempre enigmáticas, cada sueño constituye en sí mismo un verdadero *cuadro*, trazado con mano maestra, con su iluminación y su perspectiva propias, una intención (siempre benevolente), un mensaje (a menudo contundente).

2. Descubrimiento del Soñador

Nosotros mismos somos ciegos, por así decir, no vemos ni torta en ese batiburrillo de fuerzas que actúan en nosotros y que, sin embargo, gobiernan inexorablemente nuestras vidas (al menos mientras no hagamos el esfuerzo de conocerlas...). Somos ciegos, sí – pero en nosotros hay un *Ojo* que ve, y una *Mano* que pinta lo visto. El tenue silencio del sueño y de la noche le sirven de tela, nosotros mismos somos su paleta; y las sensaciones, los sentimientos, los pensamientos que nos recorren al soñar, y los impulsos y las fuerzas que agitan nuestras vigilias, ésos son Sus tubos de pintura, para bosquejar ese cuadro vivo que sólo Ella sabe bosquejar. Un cuadro–parábola, sí, a mano alzada o sabiamente compuesto, farsa o elegía y a veces drama inexorable y doloroso... ¡graciosamente ofrecido a nuestra atención! A nosotros nos toca descifrarlo y recoger el fruto, si nos interesa. ¡Tómalo o déjalo!

Y casi siempre, es cierto, se "deja". Incluso entre aquellos que hoy en día se las dan (siguiendo una moda reciente y de buen gusto) de "interesarse en los sueños", ¿hay uno solo que se haya arriesgado a ir hasta el fondo de uno solo de sus sueños – de ir hasta el fondo, y "recoger el fruto"?

Este libro, que hoy mismo comienzo a escribir, se dirige en primerísimo lugar a los pocos (si los hay aparte de mí) que osen ir hasta el fondo de algunos de sus sueños. A aquellos que se atrevan a creer en sus sueños y en los mensajes que les llevan. Si tú eres uno de ellos, quisiera que este libro te animase, si hace falta, a tener fe en tus sueños. Y también, a tener fe (como yo la he tenido) en tu capacidad para escuchar su mensaje. (Y a ver agrietarse y derrumbarse tus convicciones más firmes, a ver tu vida transformarse ante tus ojos...)

4 ◊Quizás también el conocimiento del sueño que intento comunicar pueda evitarte ciertos tanteos y rodeos por los que he debido pasar, en mi viaje de descubrimiento de mí mismo. Sin que me diera cuenta, este viaje llegaría a ser también el del descubrimiento del *Soñador* – de ese Pintor – Escenógrafo benevolente y malicioso, de mirada penetrante y dotes prodigiosas, ese *Ojo* y esa *Mano* de los que acabo de hablar.

Desde el primer sueño que escruté, que me reveló a mí mismo en un momento de crisis profunda, bien sentía que ese sueño no venía de mí. Que era un *regalo* inesperado, prodigioso, un regalo de Vida, que me hacía alguien más grande que yo. Y poco a poco he comprendido que

es Él y ningún otro el que *"hace"*, el que *crea* cada uno de esos sueños que vivimos, nosotros, actores dóciles entre sus manos delicadas y poderosas. Nosotros mismos aparecemos en ellos como "soñadores", e incluso "soñados" – creados en y por ese sueño que estamos teniendo, animados por un soplo que no viene de nosotros.

Si hoy se me preguntase, respecto de mi trabajo sobre los sueños, cuál es para mí el fruto más valioso, respondería sin dudar: es el de haber permitido encontrarme con el *Maestro del Sueño*. Al escrutar Sus obras, poco a poco he aprendido a conocerLe por poco que sea, a Él a quien nada en mí está escondido. Y recientemente, como resultado, seguramente, de una larga búsqueda que se ignoraba a sí misma, al fin he aprendido a conocerLe por su nombre.

Acaso te suceda a ti lo mismo. Acaso tus sueños de mil rostros te hagan encontrar, a ti también, a Aquel que te habla por ellos. El *Uno*, el *Único*.

A poco que este libro pueda ayudarte en eso, no habrá sido escrito en vano.

3. El niño y la teta

(1 de mayo) Me he acercado a mis sueños como un niño pequeño: el espíritu vacío, las manos desnudas. Lo que me empujaba hacia algunos de ellos, lo que me hacía registrarlos con tan ávido empeño, era algo diferente de la curiosidad de un espíritu despierto, intrigado por un
5 "fenómeno" extraño, o fascinado por un misterio ◊turbador, conmovido por una aguda belleza. Era algo más profundo que todo eso. Me empujaba un *hambre* que yo mismo no habría sabido nombrar. Era el *alma* la que estaba hambrienta. Y por alguna misteriosa gracia, que se añadía a la de la aparición de tal o cual sueño "no como los otros", a veces he sabido sentir ese hambre y el alimento a mí destinado. Era como un lactante desnutrido, enclenque y hambriento, que siente cercana la teta.

No he percibido esa realidad hasta hace bien poco. En aquél momento, ciertamente, y durante muchos años más, en absoluto me veía en esos tonos, casi lamentables. ¡¿Yo enclenque?! ¡Sólo faltaba eso!

No se trataba de una complacencia, de una mala fe inconsciente. La fuerza que sentía en mí, con evidencia irrecusable, es muy real, y es valiosa. Pero se sitúa en un nivel muy distinto. *No* es la del alma, de un alma que hubiera llegado a su estado adulto, a la plena madurez. Tenía ojos para ver, y también tenía ideas muy claras sobre una realidad que llamaba "espiritual", y que percibía claramente. Ahora (desde hace poco) me doy cuenta de que la realidad espiritual es *otra cosa*, no lo que así llamaba. Entonces sólo tenía una experiencia muy confusa de ella, y mis ojos no la veían. Sólo están comenzando a abrirse a esa realidad.

Es verdad que el recién nacido tampoco ve el pecho, y sin embargo lo siente cuando se acerca, lo reclama y mama. Igualmente, en el hombre hay un instinto espiritual, incluso antes de que sus ojos espirituales comiencen a abrirse. ¡Feliz el que sepa sentir ese instinto, y obedecerle! Ése se alimentará, pues el pecho siempre está cerca. Y sus ojos terminarán por abrirse y verán.

4. Todos los sueños vienen del Soñador

Si he aprendido sobre los sueños las cosas que no se encuentran en los libros, es por haberme acercado a ellos con un espíritu de inocencia, como un niño pequeño. Y no me cabe duda de que si haces lo mismo, tú aprenderás, no sólo sobre ti mismo, sino sobre los sueños y el Soñador, cosas que no están en este libro ni en ningún otro. Pues el Soñador gusta de entregarse
6 ◊al que se acerca a él como un niño. Y lo que él revela a uno, seguramente, no es lo que le revela a otro. Pero ambos concuerdan y se complementan.

Por eso, para conocer tus sueños, y a Aquél que te habla por ellos, en absoluto es necesario

que me leas ni que leas a nadie. Pero saber cuál ha sido mi viaje y lo que he visto en el camino tal vez te anime a emprender o a proseguir *tu* viaje, y a abrir bien tus ojos.

Durante largo tiempo sólo anotaba los sueños que me impresionaban más, y no todos. Incluso una vez anotados con gran cuidado, la mayoría de esos sueños permanecían enigmáticos para mí. ¿Tenían algún sentido? No me habría atrevido a pronunciarme al respecto. Algunos, sobre todo entre los que no anotaba, ¡se parecían más a una historia de locos que a un mensaje portador de un sentido!

Fue en agosto de 1982, seis años después de mi primer trabajo sobre un sueño, cuando tuvo lugar un segundo gran giro en mi relación con los sueños y el Soñador. En ese momento comprendí que *todo* sueño era portador de un sentido, a menudo escondido (seguramente a propósito) bajo un aspecto desconcertante – que *todos* salen de la misma Mano. Que cada uno, por anodino o escabroso que pueda parecer, o por extravagante o chiflado, o por fragmentario o confuso ... – que cada uno sin excepción es una *palabra viva* del Soñador; a menudo una palabra traviesa, o una risa loca detrás de unos aires graves e incluso lúgubres (nadie como Él para coger al vuelo y hacer estallar lo cómico y lo gracioso donde menos se espera...); palabra recia o palabra truculenta, jamás banal, siempre pertinente, siempre instructiva, y bienhechora – una *creación*, en suma, ¡recién salida de las manos del Creador! Algo *único*, diferente de todo lo que ha sido o será jamás creado, y creado ahí ante tus ojos y con tu ayuda involuntaria, sin tambor ni trompeta y (parecería) para ti sólo. Un *regalo* propio de un príncipe, sí, y un regalo en estado puro, totalmente gratuito. Sin que tengas que agradecerlo, ni que tomar nota, ni siquiera que concederle una mirada. ¡Increíble, y sin embargo cierto!

En todo caso, lo que es cierto es que entre la multitud de sueños que he anotado a lo largo de los últimos diez años (debe haber casi un millar, entre los que hay trescientos o cuatrocientos
7 cuyo mensaje he sabido captar), ◊no hay ni *uno solo* que actualmente me dé la impresión de ser una excepción a la regla; de ser, no una creación, sino el producto de algún mecanismo psíquico más o menos ciego, o de alguna fuerza en busca de una gratificación, sea de los sentidos o de la vanidad ([6]). En todos sin excepción, a través de toda su prodigiosa diversidad, siento el mismo "sello", percibo en ellos un mismo *soplo*. Ese soplo no tiene nada de mecánico, y no proviene de mí.

5. El sueño mensajero – o el momento de la verdad

Pero en los primeros años no me planteaba ninguna de estas cuestiones. No prestaba ninguna atención a los sueños que, en ese momento, aún me parecían como de lo "primero que pasa". E incluso entre aquellos que anotaba, luego no me detenía más que con los sueños que entonces llamaba *"sueños mensajeros"*. Eran aquellos, en suma, en los que de entrada estaba claro, por no sé qué oscuro presentimiento, que realmente eran portadores de un "mensaje".

Ahora que sé que *todo* sueño lleva un mensaje, y que a veces sueños de apariencia humilde expresan un mensaje de gran alcance, ese nombre de "sueño mensajero" me parece ambiguo, y tengo reticencia a utilizarlo. Son también los sueños que, de entrada, llaman la atención como *"grandes sueños"*. "Grandes" no necesariamente por su longitud o duración, o por su riqueza en episodios o detalles llamativos; sino en el sentido en que a veces tal obra de la mano o del espíritu – cuadro, novela, film, incluso un destino – nos impresiona como algo "grande". Una de las señales de tales sueños es una agudeza excepcional de las percepciones y de los pensamientos, y a veces una fuerza turbadora de las emociones. Como si el Soñador quisiera zarandear nuestra inveterada inercia, sacudirnos, desgañitarse gritándonos: "¡Eh! perezoso, despiértate de una vez y pon atención en lo que te voy a decir!".

También son los sueños que tienen un lenguaje trasparente, sin "código" secreto ni juegos

de palabras de ninguna clase, sin nada que oculte o que vele. En ellos el mensaje aparece con una claridad fulgurante, indeleble, trazado en la carne misma de tu alma por una Mano invisible y
8 poderosa, tú mismo Carta viva y vibrante ◊actor de la Palabra que se te dirige. Y cada palabra lleva y expresa, con los movimientos de tu alma, un *sentido* que te concierne, a ti y nadie más, y lo pone en tu mano a fin de que te des cuenta. Aquél que habla en tu corazón como nadie en el mundo podría hablarte, Él te conoce infinitamente mejor y con más intimidad de lo que tú te conoces a ti mismo. Cuando llega el momento, mejor que nadie, sabe cuáles son las Palabras vivas que resonarán profundamente en ti, y cuáles son las secretas cuerdas que harán vibrar.

En resumen, el "sueño mensajero" es aquél en que el Soñador "echa el resto" para decirte lo que tiene que decirte, con una fuerza y una claridad excepcionales. Si pone tal insistencia, es porque, sin duda, también el mensaje es excepcional, te dice algo esencial, algo que es absolutamente necesario que sepas. Quizá el sueño venga a revelarte recursos insospechados escondidos en tu ser – una fuerza intrépida que aún se oculta, o una profundidad disponible, o una vocación que espera, un destino por realizar... – ¡algo que despierto jamás te habrías atrevido ni a soñar! O quizá haya venido para animarte a quitarte algunos pesos aplastantes que llevabas desde hace muchos años, durante toda tu vida quizá...

Escuchar uno de tales sueños, comprender su mensaje *evidente*, irrecusable, y acoger el conocimiento que te aporta, aceptar esa verdad que se te ofrece – también es ver cambiar tu vida profundamente, al momento. Es cambiar, es renovarte, en ese momento.

Nunca más serás el que eras antes de ese momento de la verdad.

Por eso mismo es tan raro que una palabra tan ardiente sea escuchada, que un regalo tan inestimable sea aceptado. Pues en cada uno de nosotros actúa una *inercia* inmensa, opuesta a todo lo que nos cambia y nos renueva. Y raros son aquellos en que esa inercia del alma no se acompaña de un *miedo* incoercible, profundamente escondido.

Ese miedo es mucho más poderoso y más vehemente que el miedo a la enfermedad, a la destrucción o a la muerte. Y tiene múltiples rostros. Uno de ellos es el *miedo a conocer* – a conocer*se*. Otro: el miedo a encontrarse, a ser uno mismo. Y aún otro: *el gran miedo al cambio.*

9 ◊6. La llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y el *otro*

(15 de mayo[3]) El "sueño mensajero" es, en suma, el sueño cuyo sentido es claro, evidente, aquél que para penetrarlo no se necesita una "clave". Al menos no una "clave" en el sentido en que tenderíamos a entenderlo en el contexto de los sueños: algo como un *"código"*, o un *"diccionario"* (de símbolos), o al menos, una colección de *recetas*, de instrucciones para manejarlo, que resumirían una larga experiencia de los sueños, amasada tal vez por generaciones de sagaces observadores... Más aún: digo que tal experiencia de los sueños (¡aunque sea milenaria!) aquí no sirve de nada, que incluso sería, si no tienes la precaución de olvidarla, un señuelo y una traba, buena para distraerte de lo esencial.

Al enfrentarme al primer sueño de mi vida que sondeé, ni se me hubiera ocurrido la idea de una "clave" o de una "forma de proceder". (En ese contexto, ¡hubiera sido tan incongruente como levantarme para buscar un martillo o una sierra, o invocar el principio de Arquímedes, para abrir un grifo del fregadero!). No más que la idea de mi inexperiencia. El bebé que quiere mamar o que mama ¡¿se pregunta sobre su "inexperiencia"?! Pide a gritos o mama, eso le basta. Para el crío ansioso de mamar, la llave de la teta, que da acceso a la leche generosa que hincha el pecho redondeado, no es ni más ni menos que el *hambre* que le empuja, ese grito de un cuerpo

[3]Las tres secciones precedentes son del 1 de mayo, de hace dos semanas. No he estado en paro entretanto, sino que me he decidido a lanzarme a un capítulo posterior, "Las cuatro vías", escribiendo desde el 2 de mayo seis secciones y las correspondientes notas.

hambriento, que exige lo suyo sin andarse con rodeos.

Como un seno maternal, el "gran sueño" nos presenta una leche espesa y sabrosa, buena para alimentar y vivificar el alma. Y si la Madre se inclina así sobre nosotros con bondad, es que Ella sabe, Ella, aunque nosotros lo ignoremos, que el alma, cual lactante famélico, está hambrienta. Y la "llave" de los sueños, el "¡ábrete Sésamo!" que da acceso a esa leche tan cercana que oscuramente presentimos – esa llave está en ti. Es ese hambre, el hambre de un alma hambrienta.

10 ◊Yo no sabía nada de todo esto, por supuesto, al menos no a nivel consciente. No sabía ni que tenía un "alma", ni que ésta estaba mal alimentada. Y nunca había hecho ni visto hacer un trabajo sobre un sueño. Era la inexperiencia total. Pero al igual que el crío, no necesitaba nada de eso. Al despertar, hubo cuatro horas de intenso trabajo, un "trabajo" sin darse cuenta, para "vaciar la teta" – ir hasta el fondo del sueño. En cuatro o cinco "sentadas" sucesivas, cada una retomando la anterior como a mi pesar, para que no digan, mientras me disponía, ¡por fin! a dormirme de nuevo, para recuperar un sueño bien necesario (desgraciadamente interrumpido por el intempestivo despertar y el insólito trajín que le siguió).

Ni yo mismo hubiera sabido decir por qué me obstinaba así, en volver a escribir una y otra vez, sentado en mi cama: primero el relato del sueño (con un cuidado infinito, ¡me llevó dos horas de un tirón!), después (encendiendo de nuevo la luz) el relato del despertar sobresaltado, y de las asociaciones que se me vinieron sobre la marcha, aún bajo el impacto de la emoción; y aún después, en dos o tres tirones más (aunque cada vez había apagado la luz y me había tumbado, con la idea de volverme a dormir enseguida), me obstinaba en encender la luz y retomar la escritura, para anotar unas (¡últimas!) reflexiones sobre la etapa precedente (que me había creído que era la última) – ¡para terminar y que no se hable más! En ningún momento tuve el sentimiento de que hacía algo importante, de que estaba en busca de un *sentido* que todavía se me hubiera escapado y que además tuviera que enseñarme algo importante, incluso crucial. Bien al contrario: mis pensamientos se obstinaban a pesar mío en volver sobre ese sueño y sobre las reflexiones que ya me había inspirado, mientras que un diablillo (que ya conocía, y que después iba a conocer mucho mejor todavía...) perentoriamente me susurraba que verdaderamente no era serio desperdiciar mi precioso tiempo hilando tan fino, que ya era hora de que me durmiera para estar en forma después; no faltaban, gracias a Dios, cosas más serias que me esperaban....

Claramente, ésa era la voz de la razón, ¡tenía toda la razón, sí! y sin embargo – sólo cinco minutos más (suplicaba yo), sólo cinco minutitos y nada más, para poder dormirme de una vez con el espíritu verdaderamente tranquilo, terminando por fin ese trabajito nada serio... Suplicaba, en suma, indulgencia con esa manía mía, que tan a menudo literalmente me fuerza
11 la mano, me guste o no, de ir ◊*hasta el final* de un trabajo (claramente sin interés) o de una idea (claramente mediocre) o de alguna vaga e indefinible impresión; como, por ejemplo, la de no haber "captado" aún (¿qué quiere decir?) algo que está bien claro; llegando incluso, a fuerza de insistir fuera de lugar, a darme a mí mismo (a esa "voz de la razón", por supuesto) la penosa impresión de estar "zumbado", de hacer novillos en lugar de ocuparme en cosas serias como todo el mundo.

Y sin embargo, si en ese momento me hubiera detenido unos instantes, para preguntarme al respecto, habría sabido que en mi trabajo matemático, al menos, todo lo que he hecho de bueno (y sobre todo lo que nadie había soñado jamás y que sin embargo, después, se revelaba como algo que "saltaba a la vista") – siempre es en contra de esa sedicente "voz del sentido común" como lo he hecho, por haber sabido escuchar *otra voz* en mí: justamente la de ese "maniático", del muchacho "poco serio", el que sólo hace lo que le viene en gana y por el que suplicaba indulgencia...

Con la perspectiva de diez años, ahora veo claramente que esa "otra voz", ésa es la que siempre me orienta hacia lo *esencial*; mientras que la voz "de la razón, la del sentido común, intenta siempre y a cualquier precio desviarme. La única preocupación de ésta es mantenerme

prudentemente apegado a las cosas catalogadas y clasificadas, o al menos fácilmente reconocibles, y por eso, sentidas como *"seguras"*. Pues las cosas esenciales son también las más delicadas y las menos "seguras" de todas – cual vapores impalpables, escapan a los marcos y las cajas en que bien nos gustaría encerrar todo el Universo de las cosas cognoscibles, para tener la impresión de ternerLe "cogido"[4].

12 ◊Cuando en ti haces callar a esa "otra voz", para seguir pánfilamente la que todo el mundo sigue – te apartas de lo mejor que hay en ti. Sin ella no puedes descubrir, ni las cosas exteriores a ti (sean las matemáticas, o el "por qué" de los hechos y gestas de Alguien, o los misterios del cuerpo de la amada...), ni las que hay en ti. Sin escucharla, aunque hubieras leído todos los libros del mundo, no puedes penetrar ni en uno solo de tus sueños.

A decir verdad, esa voz, seguramente, es *la misma* que la que te habla en los sueños. Es la del Soñador, la de la Madre. Ella te susurra por lo bajo *dónde* se encuentra la verdadera leche, a la que aspira no tu superficie, sino tu profundidad. Está muy cerca de tus labios. A ti te toca mamar.

Esa voz también es la *voz de tu hambre* – el hambre del alma, o si no, el hambre de Eros, del Eros-que-quiere-conocer. Pero incluso cuando Él habla de Eros (y habla de él a menudo), siempre es al *alma* a la que se dirige el Soñador, y al hambre del alma. Seguir al hambre y mamar, también es seguir a esa voz.

Ese hambre que hay en ti, y la humilde voz de ese hambre, poco resuelta, como avergonzada de sí misma – *ésa* es la "llave del gran sueño", del sueño-mensajero. No hay otra. Gira sin hacer ruido, y parece que no pasa nada. Mientras no la hayas girado hasta el final, no pasa nada ni nada ha pasado – en todo caso nada que no pueda, en los minutos que ya vienen, volver a hundirse en la ciénaga del olvido y desaparecer.

Solamente cuando la has girado hasta el final, de repente, *todo ha cambiado*: estabas ante una puerta cerrada, ¡y milagrosamente se ha abierto! Estabas en la oscuridad o la penumbra, ¡e irrumpe la luz!

13 ◊*Ésa* es la señal de que has ido "hasta el final", que has tocado el fondo del sueño, mamado la leche destinada a ti. No te puedes equivocar. Quien ha vivido tal momento, aunque sólo sea el descubrimiento de esto o de aquello (y *quién* no lo ha vivido, ¡aunque sólo sea en su niñez!) – ése sabe bien de lo que hablo: cuando de un magma informe de repente nace un *orden*, cuando una oscuridad de repente de aclara o se ilumina...

Pero cuando el descubrimiento llega como una revelación sobre ti mismo, cambiando de arriba a abajo tu relación contigo mismo y con el mundo, entonces es como un muro que se derrumba ante ti, y un mundo nuevo que se abre. Ese momento y lo que te acaba de enseñar, sabes bien (sin siquiera soñar en decírtelo) que no hay peligro de olvidarlo jamás. Desde entonces

[4](16 de mayo) Al escribir estas líneas, he pensado sobre todo en las cosas que conciernen al alma o la psique. No quiero decir que necesariamente sea imposible expresar con el lenguaje las "cosas esenciales", y que sean vanos los intentos de hacerlo con toda la delicadeza y toda la precisión de que seamos capaces. Además sería paradójico pretender que no hay "cosas esenciales", por ejemplo en el dominio de las ciencias naturales o las ciencias exactas, que sean sentidas por todos (con razón o sin ella) como "bien conocidas", como "seguras". (Así el hecho de que la Tierra sea redonda, o el, más sutil y discutible, de que gira alrededor del Sol, y no a la inversa...). Por el contrario, he pensado en las cosas que *no* son objeto de un consenso bien establecido, en un grupo humano más o menos vasto de gentes consideradas como "al corriente"; en las cosas pues que, para el espíritu que las aborda en terreno desconocido, son totalmente nuevas. No hay ningún consenso al que agarrarse, para distinguir lo verdadero de lo falso, lo esencial de lo accesorio. Los reflejos adquiridos, que reflejan tales consensos, aquí no son de ninguna ayuda, sino un *señuelo* del que hay que liberarse cuanto antes, para poder darse cuenta verdaderamente de lo que hay alrededor. Tal es la situación, especialmente (con escasas excepciones), en el menor de los sueños que abordemos – pues el menor sueño es obra de una libertad total, es "nuevo" en el pleno sentido del término, incluso para Aquél mismo que acaba de crearlo.
Entiéndase bien, el "diablillo", que habla por la voz de la "razón", encarna los "reflejos adquiridos" de los que acabo de hablar. Tienen una fuerza considerable en cada cual (¡por decir poco!), incluyéndome a mí mismo (hay que repetirlo). Pero mientras se obedezca a esa falsa "razón", no hay acto creador ni obra innovadora.

el nuevo conocimiento forma parte de ti, inalienable – como una parte íntima y viva y como la carne misma de tu ser.

7. Acto de conocimiento y acto de fe

(16 de mayo) Ayer escribía que no había otra llave para el "gran sueño" más que el hambre del alma. Cuando, aún bajo la impresión del sueño que acabas de tener, sabes escuchar la humilde voz de ese hambre, entonces, sin siquiera saberlo, estás a punto de girar una llave delicada y segura. Y te deseo la gracia de que no te pares en el camino, antes de que se corra el pestillo y de que la puerta, cerrada durante toda una vida, se abra...

También he pensado en la *fe* en el sueño. Cuando me he despertado bajo el repentino influjo de una emoción tan grande que mi alma no la podía contener, al instante he sabido, con seguridad: este sueño *me hablaba*, y lo que me decía con tal potencia turbadora, era importante, era crucial que me diera cuenta. Lo he sabido, no por haberlo leído en alguna parte o por haber reflexionado cierto día, sino por ciencia inmediata y segura. Igual que a veces sucede, cuando alguien te habla (y poco importa que le conozcas o que sea la primera vez que le ves), que sabes con seguridad y sin tener que preguntártelo, que lo que te dice es *verdad*. Eso no es una impresión, más o menos fuerte o convincente, sino un *conocimiento*. La impresión puede equivocarse, pero
14 no ese conocimiento. Ciertamente, hace falta que estés en un estado particular, ◊un estado de apertura, o de rigor, o de *verdad* (llámese como se quiera), para saber distinguir, sin asomo de duda, entre una simple impresión y tal conocimiento inmediato. Tal discernimiento, tanto si es percibido conscientemente como si permanece inconsciente (poco importa en este caso), no es del orden de la razón, o de una intuición de naturaleza intelectual. En ese momento, nuestro ojo espiritual, que percibe y distingue lo verdadero de lo falso, está abierto o entreabierto y *ve*.

Creo que tal percepción aguda de lo verdadero y lo falso, en lo que dura un relámpago, está presente en la psique más a menudo de lo que pudiera pensarse: si no de forma plenamente consciente, al menos en las capas de la psique cercanas a la superficie. Pero tal discernimiento, tal conocimiento no es eficaz por sí mismo. Es como un escalpelo bien afilado, antes de que una mano lo sujete. Asumir uno de esos conocimientos fugaces que surgen en ti, aprovecharlo, volverlo eficaz, operante, no es ni más ni menos que "tomárselo en serio", es "creer en él". Es un *acto de fe*. Sólo el acto de fe vuelve eficaz, vuelve activo al acto de conocimiento. Él es la *mano* que sujeta la herramienta.

Cuando se habla de "fe", se piensa generalmente en la "fe en Dios" (y Dios sabe qué hay que entender por eso en cada caso...), o en una religión determinada, o en una creencia particular. Aquí no se trata de eso, claramente, ni de la "fe" en tal persona o en tal otra. Se trata de una "fe" en algo inmediato, que pasa en nosotros mismos en ese mismo instante: ese acto de conocimiento que acaba de ocurrir, nos señala tal cosa como "verdadera", o como importante. Podría decirse que es una fe "en uno mismo", o mejor dicho: una fe en ciertas cosas que pasan en nosotros, no sabemos por qué ni cómo, en ciertos momentos de la verdad percibidos como tales. Un instinto oscuro y seguro nos advierte de que desconfiar de ese acto que ha tenido lugar, de esa percepción aguda que nos da un conocimiento cierto, sería una *abdicación*, una renuncia a la facultad, que nos ha sido concedida como a cualquier otro, de un conocimiento personal, directo y autónomo de las cosas que nos conciernen.

A decir verdad, el acto de conocimiento en el pleno sentido del término *incluye* el acto de fe, que le da crédito y toma ese conocimiento como punto de partida y trampolín de una *acción*. Pues en tanto que el acto de fe, generador de acción, no esté incluido, el conocimiento permanece
15 salpicado de dudas, ◊es incompleto e ineficaz, está mutilado de su misma razón de ser. Y el "estado de verdad" del que hablaba hace un momento, en el que nace el acto de conocimiento, no se realiza plenamente más que cuando incluye, en el silencio de una escucha, esa tonalidad

de ardor, de implicación de uno mismo sin reservas[5] del que brota, invisible pero activo, el acto de fe. Tal estado de verdad, en el pleno sentido del término, está entre las cosas más raras del mundo, y las más valiosas.

En qué medida tal estado nos llega como una gracia, como un don gratuito venido de otra parte, y en qué medida depende de nosotros – de un rigor, de una probidad, de un coraje... – eso es un misterio. Para mí es uno de los grandes misterios de la psique, y de su relación con la *Fuente* de todo conocimiento.

¿De *dónde* me venía ese conocimiento inmediato sobre el sueño que acababa de tener? Visiblemente no provenía de ninguna experiencia de ninguna clase, y aún menos de una reflexión. Creo poder decir, sin sombra de duda, que era algo que se me "decía" a la vez que el sueño, por el mismo hecho de que ese sueño realmente era *vivido* por mí, y con tal fuerza, que en absoluto podía recusar el testimonio de esa vivencia, ni el conocimiento (inseparable, a decir verdad, de éste): que esa vivencia tenía, más allá de su sentido "literal", *otro* sentido, que me concernía de modo mucho más profundo.

Quizá incluso pudiera decir que a nivel espiritual, el acto de conocimiento "parcial", o "preliminar", del que hablaba al principio, jamás viene de nosotros, de nuestra limitada psique sino siempre de Aquél que sabe en nosotros: de aquél que, cuando dormimos, nos habla por los sueños, y en la vigilia, de cualquier otra forma que Le plazca. Decir que ese acto de conocimiento incompleto tiene lugar, significaría pues que Él nos habla de lo que no podríamos saber con nuestros propios medios, y que además "escuchamos", que nos "damos cuenta" de lo que Él nos dice. El estado de verdad parcial sería el estado de silencio interior y de escucha, que nos permite distinguir claramente la *Palabra* del ruido circundante. La participación de la psique aquí es por tanto pasiva, teniendo el papel activo "la Fuente", o "el Soñador", o "la Madre" o
16 cualquier otro nombre ◊que se le dé a Eso o a Ése o Ésa en nosotros que siempre sabe, y con ciencia profunda y segura[6].

Por el contrario, el acto de fe viene de nosotros, del alma. Es el acto por el que "damos crédito"[7] a lo que se nos dice (¡la lengua francesa está aquí particularmente inspirada[8]!), y esto en el pleno sentido del término: *nosotros nos entregamos*, al instante, a ese conocimiento que acaba de ser dado y recibido, actuando sin reserva ni vacilación según nos inspira ese conocimiento que acaba de aparecer.

Así el acto de conocimiento completo, incluyendo el acto de fe, aparece como un *acto*

[5] Aquí he pensado en la palabra inglesa *"earnestness"*, que no tiene equivalente en francés, y que he transcrito lo mejor que he podido como "tonalidad".

[6] (Creatividad humana y actos creadores de Dios). En este párrafo, he tocado de pasada, sin tener la pretensión de zanjarla, la delicada cuestión: ¿en qué medida los procesos y actos creativos (y especialmente los "actos de conocimiento") que se realizan en la psique, y más particularmente en sus capas profundas, son obra de la psique misma, o de Dios que actúa en nosotros. Estoy lejos de verlo claro, y sospecho que esto forma parte de las cosas cuyo pleno conocimiento está reservado a Dios. Tiendo a creer que sólo la psique que ha llegado a un estado de madurez superior está en condiciones de "ver" plenamente el género de realidad espiritual (¡seguramente de lo más primario!) que aquí se trata, sin intervención directa de Dios, hablándonos por esa "voz interior" o esa "otra voz", la "voz de nuestro hambre", que ayer tratamos.
Pudiera preguntarse si *todo* acto psíquico verdaderamente creativo no sería un acto de Dios, del que sólo seríamos el instrumento. Más de una vez he tenido esa impresión – que en los momentos de verdadera creación, tanto en el trabajo matemático como en el trabajo de descubrimiento de mí mismo, no hacía más que cumplir lo que *otro* me soplaba. Seguramente no soy el único que ha tenido esa experiencia. Sin embargo dos de mis sueños (de los pasados meses de enero y febrero) me dicen claramente que hay una parte de creatividad que proviene de la psique misma. En uno de esos sueños se trata de una "colaboración" entre Dios y la psique. No sabría decir si la psique puede realizar una obra verdaderamente creativa, a nivel espiritual o a cualquier otro nivel, sin ser al menos *secundada* por la inspiración divina. (La misma expresión de trabajo o acto *"inspirado"* dice bien lo que quiere decir...)

[7] (N. del T.: El texto original francés dice "ajoutons foi", que literalmente significa "añadimos fe").

[8] La lengua alemana, que dice "Glauben schenken", no está menos inspirada, al poner de relieve otro aspecto del acto de fe, como un *don* (de fe). N. del T.: Literalmente "schenken" puede significar servir (una copa...), escanciar, regalar, donar, obsequiar, ofrecer, brindar,...

común en el que participan, indisolublemente, *dos* compañeros: la iniciativa se debe a Dios (dándole esta vez el nombre que le conviene), y el alma figura como interlocutor de Dios, a veces *recibiendo* el don de su Palabra y otras *dándose* por el acto de fe. Así, al menos, se me presenta el acto de conocimiento que tiene lugar al nivel que aquí me interesa, el de la realidad espiritual.

17 ◊Por supuesto, estas cosas, como prácticamente todos los procesos y actos creativos, tienen lugar (salvo raras excepciones) en el Inconsciente, al abrigo de la mirada. Además, casi nunca tenemos consciencia de un "Interlocutor", ni siquiera (creo) en las capas profundas de la psique. Ése era el caso, especialmente, en esa primera vez que sondeé un sueño. Al menos a nivel consciente (como ayer subrayé), lo que entonces daba el tono y dominaba "sin mucho esfuerzo", eran las resistencias al cambio, alias "el diablillo", ¡que se presentaban bajo la convincente apariencia de la "voz de la razón"! Sin embargo, el acto de fue tuvo lugar y dicha fe, bien aferrada en el Inconsciente (y sin preocuparse, es cierto, de salir a plena luz...), aguantaba todo haciéndose humilde y casi sumisa: "¡sólo cinco minutitos, para terminar...!". Y no ha cejado, hasta que al fin el pestillo cede y de repente la puerta candada se abre de par en par...

En las horas y los días siguientes, esa fe en "los sueños" llegó a ser plenamente consciente. Fue, y ha seguido siendo, una fe total, sin reserva, un conocimiento seguro e inquebrantable: sabía, sin la menor duda, que podía confiar totalmente en mis sueños[9]. Si había alguna reserva, nunca se refería al sueño o a Aquél que me hablaba por el sueño, sino únicamente a la comprensión que alcanzaba de tal sueño o tal otro, más o menos completa, más o menos segura según el caso. En el caso del primer sueño que sondeé, una vez que hube llegado al final, sabía con certeza, sin el menor asomo de duda, que el "mensaje" había llegado – ¡que el sueño había hecho "diana"!

18 ◊Ese conocimiento, esa confianza total en el sueño, no es fruto de la experiencia. Después es confirmada abundantemente por la experiencia, eso se sobrentiende – pero eso era algo que se caía por su propio peso[10]. A decir verdad, antes de ahora, nunca me he preguntado por el origen de ese conocimiento, de esa confianza total, esa fe. Es de la misma naturaleza, me parece, que el conocimiento que tengo desde siempre de la "fuerza" que hay en mí – de la capacidad de conocer de primera mano, y de crear sin tener que imitar a nadie. Ambos conocimientos me parecen casi indistinguibles. Sin habérmelo dicho jamás claramente, sentía bien, de entrada, que lo mejor de mí era de la misma esencia que el Soñador. Él era un poco como un *hermano*

[9]Se trata, claro, de los sueños a los que prestaba atención. Era como si el mero hecho de tomar contacto con ellos, anotándolos por escrito, hubiera bastado para darme a conocer lo que tenían que decirme (lo comprendiera o no), podía tomarlo como algo seguro. Entonces no me habría pronunciado sobre el sueño "en general", y en ese momento no me preocupaba de saber si todos provenían del mismo origen – si entre ellos no había algunos, incluso quizá una mayoría, que no representaban más que a los primeros "reflejos psíquicos" que pasaban, originados por el impulso erótico o por "el ego". No fue hasta agosto de 1982, seis años después del primer gran giro en mi relación a los sueños, que aprendí que *todos* los sueños provienen del mismo Soñador.
He de añadir también que esa "fe" en mis sueños era más o menos activa según las épocas y según los casos. A veces, cediendo a la "voz de la razón" (alias "el diablillo") de la que hablaba ayer, hice oídos sordos a algunos sueños mensajeros, y no acogí el mensaje hasta varios meses después.

[10]Al escribir estas líneas, me ha llegado el pensamiento de una situación totalmente análoga que proviene de mi experiencia como matemático. Cuando una situación matemática ha sido escudriñada de arriba abajo y aclarada desde diversos ángulos, nace un sentimiento de comprensión que equivale a un verdadero conocimiento. Conlleva entonces una adhesión más o menos total, tal vez investida de una "fe" más o menos activa. Esa fe no se refiere solamente a la validez de la visión que se ha alcanzado (caso de que aún no haya sido establecida por una demostración), sino a menudo también y sobre todo, al *alcance* de lo que se ha desentrañado y se ha comprendido de manera más o menos completa. En tal situación, las confirmaciones posteriores, sean por demostraciones que establecen la validez de la visión, o por consecuencias y prolongaciones previstas o imprevistas, o por concordancias con otras situaciones ya más o menos bien conocidas por otro lado, son igualmente sentidas como "cosas que se caen por su peso". El íntimo conocimiento de la validez (en sus rasgos esenciales) y del alcance de una comprensión, o de una visión, de su perfecta adecuación a la naturaleza misma de las cosas, no es una cuestión de comprobación "posterior" que viene a confirmar algún "sensación" hipotética, sino que precede a toda experiencia. Ésta hace un poco las veces de "la intendencia", que siempre termina por seguir a duras penas. Pero la chispa del conocimiento está en otra parte...

mayor, travieso y benevolente, sin la menor complacencia y a la vez de una paciencia inagotable. Ciertamente me superaba infinitamente en sabiduría, por la penetración de su mirada, por su prodigiosa capacidad de expresión y, sobre todo, por una libertad desconcertante, infinita. Sin embargo, por limitado que yo sea, encerrado por mis anteojeras, había ese sentimiento, jamás expresado, de *parentesco*. Estaba confirmado por el evidente interés que el Soñador se tomaba con mi modesta persona. Pero sobre todo, me parece, ese sentimiento aparecía en una especie de *connivencia* que se manifestaba en ciertos sueños; sobre todo en aquellos que encerraban una comicidad oculta, a menudo desopilante, detrás de apariencias gravísimas, incluso dramáticas o macabras. Conseguir "entrar" en uno de mis sueños, y por eso mismo en el espíritu con que había sido creado, también era, un poco, despojarme por un momento de mi acostumbrada pesadez, y reencontrarme con lo mejor de mí, por esa comunión traviesa, esa connivencia con Aquél que me hablaba por el sueño.

19 ◊Ahora me parece que progresivamente, a lo largo de los años, esa fe en mis sueños, o mejor dicho, esa fe en el Soñador, se ha decantado como la quintaesencia misma de la fe en lo mejor de mí – en lo que me hace capaz de conocer, de amar, de crear con las manos, el espíritu y el corazón.

Esa fe me ha acompañado toda mi vida. Se confunde con mi fe "en la vida", "en la existencia". No es una creencia, una opinión sobre esto o aquello, sino la respuesta activa a un conocimiento. Esa fe no queda afectada por la experiencia de mis limitaciones y de mis miserias, ni por la de mis errores o del hambre tenaz de ilusiones sobre mí. Toda experiencia de mí mismo y todo descubrimiento sobre mí, sea el de una grandeza o el de una miseria, profundiza el conocimiento y vivifica la fe.

Desde hace poco, la naturaleza de esa fe se comprende mejor, a la vez que recibe una base mejor; un centro y un fundamento, a la vez *en mí* y *fuera de mí*, y que me supera infinitamente, mientras que le estoy íntimamente y misteriosamente ligado. Para eso ha hecho falta que el Soñador se me revelara como Quién es. ¡Pero me anticipo!

8. La voluntad de conocer

(17 de mayo) Pudiera parecer que ayer puse el dedo sobre una "segunda llave" del gran sueño, ¡después de afirmar perentoriamente anteayer que sólo había una! Pero deteniéndose un instante sobre el tema, se pone de manifiesto que esas dos llaves son en realidad indistinguibles – en realidad es la *misma* llave, vista desde dos ángulos o dos lados diferentes. La primera, decía yo, es un hambre espiritual que el sueño viene a satisfacer, y la voz de ese hambre, que te dice: ¡ése es el alimento que necesitas! Y la segunda, de la que ayer hablaba, es el acto de fe, por el que das crédito a esa voz y le obedeces. Las dos juntas: tomar conocimiento de esa voz *y* darle crédito, no son más que el *acto completo* que apareció en la reflexión de ayer, el "acto de conocimiento" en el pleno sentido del término – aquél que es *uno* con la acción[11].

[11]En esta situación, el acto (pasivo) de "tomar conocimiento" juega el papel "yin", "femenino", y el acto (activo) de "dar crédito", el "acto de fe", juega el papel "yang", "masculino". El acto completo, igual que todo acto completo, es el fruto de los esponsales de sus dos aspectos inseparables o "vertientes", uno "femenino", otro "masculino" – como el niño, concebido y engendrado por el abrazo creador de la esposa y el esposo. Cuando uno de los dos cónyuges falla o es insuficiente, el acto queda mutilado de su virtud creadora: el niño no puede aparecer si uno de los dos cónyuges está ausente o es impotente.
Aquí me encuentro, al filo de la reflexión, una nueva "pareja cósmica" que se me había escapado en el repertorio provisional incluido en "Las Puertas sobre el Universo" (en Cosechas y Siembras, parte III). Es la pareja

fe – conocimiento ,

en que la fe juega el papel yang, que viene a "fecundar" al conocimiento, que juega el papel yin. Ésta es una pareja de naturaleza más sutil que la pareja que ya me era familiar desde hace mucho tiempo (incluida en el

20 ◊Creo que en la estela inmediata de *todo* gran sueño, que aporta un alimento esencial al alma hambrienta, la "voz del hambre" está muy presente – ¡el crío berrea bien! Sin embargo, si es tan raro que el sueño haga "diana"[12], es porque hay alguien (el perentorio "diablillo" del que hablaba, alias "la voz de la razón") que se apresura a callar al gritón hambriento. Dicho de otra forma: hay una "llave" del sueño, al alcance de la mano – pero la mano, en vez de cogerla para usarla como se debe, la tira a la chatarra (como algo ridículo e inservible para lo que se desea...). Hecho esto, nos rascamos la cabeza y decimos: ¡¿qué querrá decir este sueño tan distinto que acabo de tener?! Y si nos queda tiempo, vamos a hojear un libro sobre los sueños, o vamos a hablar con nuestro psicoanalista...

21 ◊Lo que ha faltado, es el acto de fe. Una fe en algo de lo más delicado, casi imperceptible, hasta el punto de parecer totalmente ridículo. Pues ese "gritón" del que hablaba, el alma enclenque, enferma, ignorada – "grita" en voz baja. La voz de alguien que bien sabe que jamás será escuchada. Se le oye, pero jamás se le escucha, de lo ocupado que se está en hacerla callar cuanto antes.

Ignoro si el relato naïf y sin maquillaje de mi propia experiencia te ayudará (o ayudará a alguien) a "dar el salto", a entrar en alguno de tus grandes sueños. Lo que sí sé es que en ausencia del acto de fe del que hablaba, ninguna técnica auxiliar (diccionario, método, analista) te será de la menor ayuda. Aunque el Soñador o Dios en persona viniera a explicarte largo y tendido el sentido del sueño, secundando con el lenguaje de las palabras el lenguaje del sueño que rechazas, eso no te serviría de nada. Dirías: "Sí, ¡qué interesante! ¡Maravilloso!", y te entraría por una oreja para salir por la otra. La oreja espiritual quiero decir, que es la única que cuenta aquí. No es una cuestión de conceptos que la razón reúne y la memoria retiene. Está tan lejos de eso como el juego amoroso lo está de un tratado de ginecología, o como el perfume de la mujer amada, o de una flor que aspiras, lo está de la fórmula química que pretende "describirlo".

Dicho de otro modo: el acto decisivo, el acto de fe, no es un acto intelectual, sino acto y expresión de una *voluntad espiritual*: la voluntad del crío hambriento, de mamar de verdad en el pecho que se le ofrece. Pues, aunque parezca extraño, por más hambre que el alma tenga, hay una fuerza aún más fuerte que le impide mamar, e incluso siquiera *querer* mamar. Como un chiquillo desgraciado, quizá, que hubiera visto demasiado y que, aunque esté muy hambriento, no se atreviera ya a escuchar y seguir la voz de su hambre. Además eso existe realmente – lactantes hambrientos y enclenques, que prefieren dejarse morir antes que mamar. Lo raro es que el alma de todos o casi todos esté en ese estado (y no soy una excepción). Con la diferencia sólo de que el alma, esa gran Invisible, tiene la piel tan dura ¡que nunca revienta, hagas lo que hagas! Ella vegeta, languidece, va tirando, pero no se muere.

Dicho esto, cuando un niño de pecho, por hambriento que esté, rehúsa mamar, es inútil hablarle aunque sea con voz angelical – ni por esas mamará. Y si no tienes voluntad de "mamar", de aprender algo por tu cuenta – te llegue por un sueño o de cualquier otra forma – por más

---

repertorio en cuestión)

fe – duda .

Sin embargo ambas parejas se dan un aire de parentesco. En la primera de las dos, el "conocimiento", en tanto no es "fecundado" por la fe, está (según escribí ayer) "salpicado de dudas". En la situación examinada, tal tonalidad de duda vuelve ineficaz al conocimiento – y la fe la hace desaparecer. Pero en la segunda pareja, la fe y la duda coexisten y se refuerzan mutuamente. Es con mucho la situación más frecuente: desterrar la duda también es mutilar la fe. (Igual que desterrar la fe también es mutilar la duda de la virtud creadora que hay en ella.)

[12]La triste verdad es que no conozco ningún caso, aparte de mí, en que el mensaje de un gran sueño haya sido realmente entendido. Incluso para los sueños "corrientes" u "ordinarios", debe ser algo más que raro, de tan grande que es la repugnancia de cada uno a aprender la más mínima cosa por su propia cuenta. Ahora bien, casi todos los sueños nos dicen algo sobre nosotros mismos que ignoramos y que no tenemos ninguna gana de conocer. La ausencia de curiosidad del hombre sobre sí mismo, incluso por las cosas que pudieran parecer anodinas – el menor movimiento de vanidad, o de deseo subrepticio – es simplemente prodigiosa, y siempre me dejará con la boca abierta de nuevo...

22 que hagas, y por más que hagan tus amigos y el analista, no ◊mamarás, no aprenderás nada. Ni siquiera Dios en persona (suponiendo que se tomase la molestia, que bien sabe Él de antemano que no vale la pena...) lo conseguiría. Pues Él respeta tu libertad y tus decisiones, más de lo que tú mismo ni nadie en el mundo las respeta...

9. La puerta estrecha – o la chispa y la llama

(18 de mayo) Había pensado que pasaría rápidamente sobre el "caso" del "gran sueño" o sueño mensajero, porque es el caso en que, desde el punto de vista técnico, no hay prácticamente "ningún problema". Como todo el mundo, permanezco encerrado, en mis reflejos a flor de piel (y sobre todo en un libro, ¡supuestamente "serio"!), en la actitud consistente en no considerar como "serio" y digno de atención más que el aspecto técnico y "sabio" de las cosas, las "recetas" seguras (o pretendidamente tales) y prestas a emplearse.

Sin embargo bien sé que los grandes sueños, por excepcionales que sean, son con mucho los más importantes – ¡más importantes ellos solos que todos los demás juntos! Escuchar sólo uno de ellos, ya es "cambiar de nivel". Es saltar de un nivel de consciencia a un nivel superior – algo que ni diez años, ni cien años ni mil de experiencia de tu vida sabrían realizar, por ellos solos. Sí, aunque vivieras mil años de un tirón, para pasar a esa nueva fase que te espera, no podrías eludir esa "puerta estrecha" que me esfuerzo en describir, no te podrías ahorrar el acto de conocimiento y de fe, surgido de una *voluntad* espiritual firme y sin demoras. (Ese acto que he sido llevado, casi a mi pesar, a intentar delimitar a tientas.) El umbral está ahí ante ti, en el camino del conocimiento. Lo cruces siguiendo a un gran sueño (¡esa mano tendida por Dios!) o de cualquier otra forma, tienes que pasar por esa puerta. Su llave está en *tu* mano y en la de nadie más. Aunque Dios te llenase de las gracias más inauditas (y la aparición de un gran sueño ya es por sí sola una gracia inestimable...), sería en vano, si no hay en ti la fe para creer en él y la voluntad para captarlo. Pues incluso deseando y queriendo tu bien, Dios no te forzará la mano, ni la moverá en tu lugar para el acto que te incumbe a *ti*, y no a Él ni a ningún otro en la Tierra u otra parte.

23 ◊Entre todas, ésta es pues una situación en que "el problema" *no* es técnico, *no* es el de un saber o una perspicacia, sino que se sitúa en *otra parte*. Esa "otra parte" de la que nadie habla jamás, de tan despreciada que es hoy por todos (incluidos aquellos que se las dan de "espirituales"). La "otra parte" de esas cosas delicadas y elusivas, cosas de la oscuridad y la penumbra, que el lenguaje logra evocar (pues no hay nadie, seguramente, en quien no repose un conocimiento silencioso de esas cosas...), pero nunca describir, "definir", "captar" realmente. Pues el comienzo y la esencia del acto creador es inasequible. Siempre escapa a las palurdas manos de la razón, y a su red, el lenguaje.

No obstante, una vez presente la voluntad de conocer, y firmemente dispuesta a actuar, la razón y el lenguaje son instrumentos valiosos, incluso indispensables. Pues por la sola aparición de esa fe, de ese deseo, de esa voluntad, no se logra penetrar, la puerta no se abre. He dicho que era la *llave* y la *mano* que sujeta la llave; todavía hay que ajustarla en la cerradura y girarla. Ésa es la "intendencia", ése es el "trabajo". Trabajo "sin problema", quizá. Pero no te lo puedes ahorrar, al igual que el acto previo, el acto de fe y de voluntad que desemboca en ese trabajo y que le da su sentido y lo hace posible. Y también es en ese trabajo donde la sana razón, y su servidor el lenguaje, retoman todos sus derechos.

Fe, deseo, voluntad son la *chispa* que salta de repente, como llamada por el combustible ya listo, entregado al *fuego* que ha de quemarlo y consumirlo. El trabajo del fuego es la prolongación inmediata y natural del salto de la chispa, que muerde el alimento que se le ofrece y lo devora hasta agotarlo. No es necesario prescribirle a la chispa lo que debe hacer: está en su misma naturaleza transformarse en mordiente fuego, y en la naturaleza del fuego devorarlo todo, en

esos ardientes esponsales con la materia que él consume.

Y tu deseo y tu hambre son la chispa y el fuego que saltan de tu ser y devoran la madera que te ofrece Dios.

24 ◊10. Trabajo y concepción – o la cebolla doble

Pero me disponía a decir unas palabras sobre el *trabajo* para penetrar en un sueño mensajero. Quizá te extrañe que haya que "trabajar". ¡¿No había dicho que lo que distingue precisamente al sueño mensajero de los demás es que su sentido es "evidente", que está expresado con claridad fulgurante precisamente para nosotros?!

Y realmente es así. Pero esa "evidencia" sólo surge al terminar el "trabajo"[13]. Incluso ese sentimiento de evidencia – que eso que acabas de descubrir es lo que tendrías que haber visto desde el principio como *lo* evidente – ese sentimiento es una de las señales (si no la primera, o la más llamativa) de que "ya está", que has tocado el fondo del sueño...

Por otra parte, la repentina aparición de tal sentimiento no es algo especial de la comprensión del gran sueño. Sólo representa uno de los casos en que es de lo más flagrante. Incluso creo que es más o menos común en todo trabajo de descubrimiento, en los momentos en que éste desemboca en una comprensión nueva, grande o pequeña. Lo he experimentado una y otra vez a lo largo de mi vida de matemático. Y las cosas más cruciales, las más fundamentales, en el momento en que por fin se captan, son también las que chocan más por su carácter de evidencia; las que después uno se dice que "saltaban a la vista" – hasta el punto de quedarse estupefacto de que ni uno mismo ni nadie haya pensado antes en ello y desde hace mucho tiempo. Ese mismo asombro me lo he encontrado de nuevo en el trabajo de meditación – ese trabajo de descubrimiento de mí mismo que ha llegado, poco a poco, a confundirse casi con el trabajo sobre mis sueños.

La gente tienen tendencia a no fijarse en ese sentimiento de evidencia que tan a menudo acompaña al acto de creación y a la aparición de lo que es nuevo. Incluso a menudo se reprime
25 el conocimiento de lo que puede parecer, en ◊términos de las ideas recibidas, una extraña paradoja[14]. Pero seguramente esto es bien conocido, en el fondo, para todo el que haya vivido un trabajo de descubrimiento (sea intelectual o espiritual), e incluso para el que haya vivido simplemente el brote repentino de una idea imprevista (¡y quién no ha vivido tales momentos!), mientras que el trabajo que la ha preparado permanece totalmente soterrado.

Esa impresión de evidencia, y ese asombro, raramente están presentes en el primer contacto con la cosa nueva (el mensaje de un sueño, digamos). El ojo al principio sólo la percibe de un modo muy superficial, incluso distraído, como en una imagen borrosa, que la engloba junto con otras cosas igualmente borrosas e incomprendidas, y de las que no se distingue bien; mientras que es *ella* la que se va a revelar como el *alma* y el nervio que anima al resto. Esa revelación sólo se produce una vez que la imagen mental ha superado esa primera fase más o menos amorfa, que ella misma se convierte en movimiento y vida, igual que la realidad que refleja. Esa metamorfosis, de una imagen amorfa en una viva realidad interior (fiel expresión de una

[13] A veces ocurre que el mensaje de un gran sueño le parece ya de entrada evidente a una tercera persona a quien se le haya relatado. La razón es, por supuesto, que en esa persona, que no está directamente afectada por el mensaje, no se produce una sublevación en masa de resistencias contra la renovación. En todos los sueños mensajeros que me han llegado y he sondeado, he necesitado horas, y a veces días de trabajo, para captar su mensaje.

[14] Hay dos formas igualmente corrientes de eludir la paradoja. Sea valorando lo nuevo: poniendo de relieve la novedad, la originalidad, la profundidad, el alcance, etc., e ignorando la simplicidad y la evidencia. Sea desvalorizando: se hace lo contrario, tratando con desprecio cosas tan simples (por no decir estúpidas...). He tenido amplia ocasión de encontrarme ese proceder y el espíritu que lo inspira durante los dos años en que he escrito "Cosechas y Siembras".

viva realidad "objetiva"), es precisamente lo que es preparado por el trabajo y constituye su verdadera razón de ser. La cosa no se *ve* plenamente más que al final del trabajo. Sólo entonces aparece con toda su "evidencia", con su viva simplicidad.

Se puede ver ese trabajo como un trabajo de *"organización"*, que instaura un *orden* en lo que al principio parecía amorfo; o como una *"dinamización"* o "animación", que insufla vida y movimiento en lo que parecía inerte. Inercia y amorfía no son inherentes a lo que se mira (sin ser "visto" aún), sino más bien al ojo que ve mal, estorbado como está por el lastre de las antiguas imágenes, que le impiden aprehender lo nuevo.

Pero más que cualquier otra cosa, el trabajo del que quiero hablar es un trabajo de *profundización*, una *penetración* desde la periferia hasta las profundidades. Así es como lo he
26 sentido, ◊de manera casi carnal, desde la primera vez que medité[15], y de nuevo, a penas dos días más tarde, cuando por primera vez en mi vida sondeé el sentido de un sueño. Esa profundización la percibo de dos formas diferentes, ambas irrecusables, como dos aspectos igualmente reales, y de alguna manera complementarios, de una misma y laboriosa marcha.

He aquí el primero. El espíritu entra y penetra en lo que hay que conocer, como si estuviera formado por capas o estratos sucesivos; sondeando laboriosamente una capa tras otra, atravesando una para quitarla después y penetrar en la siguiente, y prosiguiendo sin descanso su tenaz progresión hasta que al fin toca *el fondo*.

En el momento mismo en que tocas el fondo es cuando nace lo nuevo – la imagen viva, encarnación de un conocimiento nuevo y verdadero, que te entrega una realidad que de repente se vuelve tangible, irrecusable.

Ése es el aspecto de alguna forma "externo" del trabajo de profundización, en que el espíritu que penetra juega el papel activo, "masculino". Hace las veces de un tenaz insecto que se abre un camino a través de las sucesivas capas de una gruesa cebolla, como atraído por un oscuro instinto hacia el corazón del bulbo, a donde ha llegar para conocer allí, ¿quién sabe? alguna deslumbrante metamorfosis, de la que antes sería incapaz de hacerse la menor idea. El cruce de cada "interface" entre un estrato y otro de la cebolla representa el cruce de un "umbral", el paso de un cierto "orden", ya captado por la imagen mental, al siguiente orden, correspondiente a un grado superior de organización y de integración[16].

27 ◊Y he aquí el segundo aspecto del trabajo de profundización, el aspecto "interno". Ahora es la psique la que es penetrada, ella es la que juega el papel receptivo o pasivo, "femenino". Esta vez la "cebolla" no es la substancia desconocida que el espíritu penetra y sondea, sino que es *la psique misma*, percibida como una formación de capas superpuestas, desde la superficie (la pantalla en que se proyectan las impresiones y conocimientos plenamente conscientes) hasta las partes cada vez más profundas y remotas del Inconsciente. El que ahora tiene que abrirse un camino, desde la piel periférica hasta el corazón mismo de la cebolla, es la percepción y la comprensión de la cosa que deseo conocer – o mejor dicho, es esa misma cosa que, en virtud de la atención que la acoge y aunque ella sea exterior a mí, también se encuentra en mí con una vida que le es propia, participando tanto de lo que es exterior a mí como de lo que es interior y le responde. La maduración progresiva y el despliegue de una comprensión al principio embrionaria,

[15] Hablo de la meditación y del descubrimiento de la meditación en "Cosechas y Siembras", primera parte (Vanidad y Renovación), y más particularmente en las secciones "Mis pasiones", "Deseo y meditación", "El fruto prohibido", "La aventura solitaria", "Acta de una división" (n^{os} 35, 36, 46, 47, 49).

[16] Esos cruces de "umbrales" sucesivos se perciben claramente durante el trabajo, si no a nivel plenamente consciente, (¡pues el pensamiento ya está bastante ocupado con otras cosas!), al menos en las capas de la psique cercanas a la consciencia (el "subconsciente").
Tengo la impresión de que las "capas o estratos sucesivos" que consideramos aquí, percibidos a veces con tal nitidez irrecusable, realmente pueden tener una existencia "objetiva". Corresponderían a diferentes "planos de existencia", de elevación creciente, de la realidad (ideal o psicológica) sondeada. Esos planos tendrían pues una existencia "objetiva", independiente del espíritu que sondea. Mientras que yo sólo tengo una percepción oscura y difusa de ellos, esos planos serían claramente y plenamente percibidos por Dios, y quizá también por ciertas personas cuyo poder de visión espiritual estuviera suficientemente desarrollado.

se visualiza y se vive como una progresión de la cosa a conocer, como su obstinado descenso a través de mi ser, desde la delgada capa periférica hasta las profundidades del Inconsciente. Y esa marcha se va reflejando, como en un espejo, de manera más o menos clara, más o menos completa, sobre la pantalla del conocimiento consciente. Un poco como si en cada momento el camino ya recorrido sirviera de comunicación, como el tubo óptico de un periscopio, entre la periferia y la última capa del camino, para proyectar en el campo de la consciencia y hacerle accesible lo que hay y lo que ocurre en esa capa.

28 ◊Este segundo aspecto del trabajo, el aspecto "femenino" o "yin", sobre todo es importante, me parece, cuando se trata de integrar plenamente un conocimiento que ante todo es de naturaleza espiritual. Con frecuencia ese conocimiento ya está presente, quizá desde hace mucho tiempo, incluso desde siempre, en las capas mas profundas de la psique. Pero mientras las fuerzas represivas del "yo", del condicionamiento, lo mantengan prisionero en el fondo del Inconsciente, su acción es limitada e incluso mínima, si no nula. Del lado opuesto, un supuesto "conocimiento" que se limitase a la "piel de la cebolla", bajo la forma (digamos) de una "opinión" o de una "convicción", originada en lecturas, discusiones o simplemente en el "espíritu de los tiempos" cultural, o de una reflexión, e incluso de una intuición súbita – tal "conocimiento" rara vez merece ese nombre. Pondría sin embargo aparte el caso de la "intuición súbita", por ejemplo una primera intuición del mensaje de un sueño, aparecida bajo el golpe de la emoción al despertar. Con seguridad es una proyección instantánea, en el campo consciente, de un conocimiento presente en las capas más o menos profundas de la psique (proyección tal vez incompleta, o deformada). Pero incluso en ese caso, ese conocimiento parcial, presente a la vez en la superficie y en el corazón, permanece ineficaz. Permanece así mientras no se realice el trabajo de profundización, que asegura el "conducto" (por así decir) entre el conocimiento profundo (que hace la función de "fuente") y su proyección en la periferia. Primero hace falta que se abra un camino, traqueteando, capa tras capa, *hasta el fondo*, hasta la vuelta a su fuente.

Si este trabajo se detiene antes de llegar a término, aunque faltase el grosor de un cabello – es como si no se hiciera ningún trabajo. Como si el espermatozoide se detuviera en su carrera, antes de alcanzar el óvulo y de fundirse con él en un nuevo ser. La fecundación, la concepción instantánea del nuevo ser, *tiene lugar* (cuando el camino se recorre hasta el contacto último) *o no tiene lugar* (cuando se detiene antes de llegar a término). No hay término medio, nada de justo medio. No se nace ni se renace a medias.

Aprovechas tu oportunidad, o la dejas pasar. Renaces, o sigues siendo el que eras – el 'hombre viejo".

29 ◊11. El Concierto – o el ritmo de la creación

(19 y 20 de mayo) En esta primera parte de mi testimonio sobre mi experiencia de los sueños, mi propósito es relatar las enseñanzas de esa experiencia que me parecen las más esenciales para el conocimiento del sueño en general. Ninguna es de naturaleza técnica, y se refieren ante todo a la naturaleza misma de los sueños y del conocimiento de ellos que podemos tener. Y llevo ya cinco días seguidos en que me veo conducido, día tras día y como bajo la coacción de una lógica interna muda y perentoria, a detenerme sobre el sueño mensajero, examinando y y escrutando una tras otra las diferentes etapas y los movimientos del alma en el delicado y ardiente periplo que conduce (cuando los vientos del espíritu son propicios...) desde la aparición del sueño hasta la comprensión de su mensaje.

El hecho de que el mensaje del gran sueño nos afecte de modo neurálgico y profundo le da un alcance una dimensión espiritual excepcionales, incluso únicos en la aventura de una vida humana. Es una llamada, una poderosa interpelación, una apremiante invitación a una renovación creadora del ser: a pasar, sin vuelta atrás, de un nivel de desarrollo espiritual a otro,

menos grosero, menos limitado, menos indigente e incluso miserable. Éste es un aspecto casi siempre pasado por alto, sobre el que he sido llevado a volver una y otra vez, sobre el que nunca se insiste demasiado.

Pero cuando hago abstracción de esa dimensión única del sueño mensajero, lo que más me choca en el relato de estos últimos días está de hecho en la dirección más bien opuesta: las demás particularidades del "periplo de conocimiento" que he evocado con ocasión del gran sueño se encuentran más o menos tal cuales en los "procesos del conocimiento" en general. Pero quizá fuera mejor llamarlos "procesos del *descubrimiento*", para indicar bien que se trata de procesos por los que aparece un conocimiento *nuevo*, en que un conocimiento ya adquirido, ya integrado en nuestro ser, se *renueva*.

A lo largo de los diez últimos años[17] progresivamente me he ido dando cuenta de algo
30 notable con respecto a esos procesos creadores: que bajo ◊formas ciertamente variables hasta el infinito, se reconocen los mismos aspectos esenciales, sea cual sea el "nivel" psíquico al que se sitúe el conocimiento que se desarrolla y se renueva. Distingo tres de tales niveles o "planos": el conocimiento llamado *"sensual"* o *"carnal"* (que incluye el conocimiento *"erótico"*, en el sentido restringido y corriente del término), el conocimiento *"intelectual"* y *"artístico"*[18] (que constituye un estadio superior de la evolución del conocimiento "erótico" de las cosas, sin ser no obstante de naturaleza esencialmente diferente[19]), en fin , el conocimiento *"espiritual"*. Éste es de naturaleza profundamente diferente a la de los dos modos o niveles de conocimiento precedentes, y (al menos a los ojos de Dios...) de esencia superior[20].

Entre esos tres grandes planos del conocimiento, de los cuales los dos primeros permanecen muy cercanos, pero el tercero, el plano espiritual, se encuentra mucho más allá de ellos, se perciben sin embargo correspondencias íntimas y misteriosas. Como si los dos planos inferiores fuesen reflejos, o mejor "parábolas", imperfectas y fragmentarias y sin embargo esencialmente "fieles", del plano espiritual, del que para nosotros serían los mensajeros enigmáticos y poco apreciados. Y poco a poco el sueño se me ha ido apareciendo, a lo largo de los años, como el *"Intérprete"* por excelencia, que nos señala cómo remontar desde las palabras de la cane y de las de la inteligencia humana, hacia la realidad original, que es nuestra verdadera patria y nuestra herencia inalienable.

31 ◊La reflexión de estos últimos días inesperadamente entra en resonancia con el conjunto de intuiciones dispersas que acabo de intentar evocar. Parece como si hubiera un *arquetipo* común a todos los procesos creadores, a todos los procesos de descubrimiento, sea cual sea el plano en el que se desarrollan y se llevan a término. E incluso supongo que ese arquetipo o molde original o forma original, ese "modelo" eterno de todos los procesos creadores que se realizan en

[17] Fue en 1977, el año siguiente a la entrada de la meditación en mi vida y el "re-nacimiento" de los que hablé anteriormente, cuando descubrí con sorpresa, pero sin darle al principio una importancia particular, que el impulso de conocimiento en mi trabajo matemático era de la misma naturaleza que el impulso amoroso. Las palabras y las imágenes que espontáneamente me venían, buscando evocar la esencia del impulso de descubrimiento, eran palabras e imágenes del amor carnal que me inspiraba Eros. Fue en un texto corto, "A modo de Programa", para presentar un curso-seminario sobre el icosaedro a un futuro auditorio, con la esperanza de sacudir la apatía general que había reinado el año anterior.

[18] La palabra alemana "geistig", que no tiene equivalente en francés, incluye un conocimiento o una actividad tanto "intelectual" como "artística".

[19] Véase al respecto la penúltima nota a pie de página. Por supuesto, el "descubrimiento" del que hablo en ella era el de un hecho "bien conocido", que parece ser que Freud fue el primero en formular claramente, y en captar todo su alcance. Por supuesto que había oído hablar de esas ideas de Freud desde hacía mucho tiempo. Pero hasta el momento del que hablo, en mí (como en casi todos) sólo eran unas simples ideas, un "bagaje" inerte. En ese momento tuve la experiencia y la percepción inmediata e imprevista de una *realidad*, irrecusable, aunque no tenía ninguna "idea" en la cabeza. La *misma* realidad seguramente que Freud sintió hace mucho tiempo – y que C. G. Jung, que siguió la estela del maestro, optó por eludir...

[20] Delimitar lo que se ha de entender exactamente por conocimiento "espiritual" es una tarea delicada e importante, que sin embargo no tengo el propósito de proseguir aquí. Es algo, junto con "amor", "libertad", "creación", "fe", "humildad", en que la confusión de ideas es de lo más grande, y de lo más general.

la psique (tal vez incluso de todos los procesos creadores sin excepción, cualesquiera que sean los planos de la existencia en que se puedan desenvolver) – que se encuentra encarnado e inscrito desde toda la eternidad en la naturaleza misma de Dios, el Creador: de la manera que Dios mismo procede al crear – así procede todo trabajo y todo acto creativo sin excepción, ponga Dios mismo su mano en él, o no ([7]).

Percibo, en los procesos de descubrimiento, varios "momentos" diferentes, o "etapas" diferentes, que se desarrollan en un orden y siguiendo un escenario que, en lo esencial, parecen ser los mismos en todos los casos. Entre ellos hay dos, más o menos largos y laboriosos, en los que el "factor tiempo" parece ser un ingrediente esencial, igual que en el crecimiento de una planta, la maduración de un fruto, o en la gestación de un feto en los repliegues de la matriz maternal. "Trabajan con el tiempo", se desarrollan "con una duración". Por el contrario, veo otros dos que parecen ser más o menos instantáneos, como la chispa que salta, la llama que se inflama, el edificio que se derrumba. Como tu nacimiento y la irrupción de la luz, que preparan las oscuras labores del embarazo...

He aquí esos "cuatro tiempos" que marcan el ritmo de la creación, cual flujo y reflujo de una respiración infinita, cual compases en un contrapunto que no tiene principio ni fin:

tiempo largo (preparación)
tiempo corto (concepción - o desencadenamiento)
tiempo largo (trabajo)
tiempo corto (culminación):

32 [◊]¡*un* compás! *Un* periplo, o *un* "acto", en el proceso del conocimiento...

Y la culminación del acto es a la vez el desencadenante del siguiente acto, respiración tras respiración, encadenándose los compases al hilo de los momentos y de los años y de los tiempos y de las estaciones de tu vida – y al hilo de tus vidas, de nacimiento en muerte y de muerte en nacimiento, para cantar un canto que es *tu canto* – canto único, canto eterno, canto valioso que se funde con los otros cantos de los demás seres en que alienta la vida, en el infinito Concierto de la Creación.

Sólo el Director de la Orquesta escucha el Concierto en su totalidad, al igual que cada una de las voces y cada modulación y cada compás de cada voz. Pero nosotros, parte del coro, a poco que aguzemos el oído, a veces podemos percibir al vuelo las briznas dispersas de un esplendor que nos supera y en el que sin embargo, de modo misterioso e insustituible, participamos.

12. Cuatro tiempos para un ritmo

Pero ya es hora de aterrizar, y de volver sobre ese "ritmo en cuatro tiempos" con un ejemplo – el del "periplo", digamos, al que nos convida un sueño mensajero.

1. *Dormir:* vivimos el sueño. Éste juega el papel de "material", o de "alimento" o de "combustible", para el periplo que nos espera, cuya etapa preliminar es el sueño que vivimos. Es la "entrada en materia", o mejor dicho, la "presentación" de dicha "materia" (o "material") y el primer contacto con ella.

Acaban (en este caso, el buen Dios) de presentarnos un plato sustancioso. ¿Nos limitaremos a tomar nota? Y si no, ¿cómo responderemos? ¿mojando los labios, probándolo, comiéndolo,...?

Etapa larga, en que nuestro papel es totalmente pasivo ([8]). Está destinada a suscitar la siguiente etapa, el "desencadenamiento", y el proceso creador que éste inicia.

33 [◊]2. *Despertar: intuición* fulgurante del sueño como un mensaje, y un mensaje crucial, para nosotros; *fe* dada a ese conocimiento inmediato, que no sabemos de dónde viene; *deseo* de

penetrar en el sueño, de empaparnos del mensaje, cargado de un sentido desconocido; *voluntad* de saber, que accede al deseo y está animada por la fe... – cuatro movimientos del alma, indisolubles y casi invisibles, que eclosionan en los oscuros repliegues de la psique, como una imperceptible chispa que salta en las sombras...

Etapa instantánea, intensamente y secretamente activa, a la vez intensamente "yang" y "yin", "macho" y "hembra". Con ella se inicia el proceso creador propiamente dicho, preparado por la etapa anterior.

3. *Trabajo,* que se realiza en las siguientes horas[21] (si las circunstancias no nos obligan a posponerlo): igual que un feto llegado a término se abre un oscuro camino hacia la luz, así la comprensión parcial, periférica, llegada con el sueño y captada al despertar, se abre laboriosamente el suyo, capa tras capa, hacia las profundidades: desde la periferia hacia el corazón, desde la letra del sueño hacia su sentido profundo, desde la superficie consciente de la psique hacia su trasfondo...

Etapa larga, a menudo laboriosa, en que la perforación de cada "capa" es en sí misma como el trabajo de un "miniperiplo" parcial, preparado por la perforación de la capa anterior, iniciado por el cruce de una a otra y culminando en el cruce que permite pasar a la siguiente capa más profunda, que nos acerca un paso más al inminente desenlace...

El trabajo prosigue como bajo el efecto de una fuerza invisible y poderosa que nos atrae hacia delante, en contra de resistencias tanto inertes como vivas – como si el ignoto sentido que queremos sondear y alcanzar nos atrajese hacia él inexorablemente, hacia la culminación total, sin dejarse embaucar ni distraer por ninguna de las mini-culminaciones parciales que jalonan la tenaz progresión hacia el corazón mismo del mensaje. (Y con cada nuevo paso hacia el sentido entrevisto, aumenta la tensión y la respuesta emocional...)

34 ◊Etapa a la vez "activa" y "pasiva", "yang" y "yin", en que penetramos y somos penetrados, tiramos y somos atraídos – larga como los trabajos del parto – y donde las horas vuelan en un instante...

4. *Irrupción:* repentino desenlace y final del trabajo, conclusión del viaje, culminación del sueño y de su mensaje... Etapa instantánea, puramente e intensamente receptiva, "yin", abolida toda veleidad de pensamiento, de acción, mientras fluyen a través del ser las olas de una emoción redentora...

Anteriormente ya he insistido bastante sobre el sentido y el alcance de ese momento – uno de los grandes momentos de la existencia – como para que aquí no tenga que volver sobre ello. Y tanto menos cuanto que el sueño mensajero ahora no es para nosotros más que un "caso", a la vez típico por su desarrollo y extremo por su alcance, traído para ilustrar el "ritmo" inmemorial de los procesos creadores.

Se trate del periplo preparado por la aparición de un gran sueño, como de cualquier otro periplo de descubrimiento, la etapa más secreta, la más delicada de todas, la más incierta – también la que tiene tendencia a escapar totalmente al recuerdo consciente (su naturaleza íntima al menos, si no su existencia), es la de la "chispa que salta", es el delicado *desencadenamiento* del proceso creador: La percepción viva de una substancia virgen, con su insondable riqueza y su potencia; la eclosión del deseo y el acto de fe en ese conocimiento, difuso e incompleto, que aporta la percepción y que quiere encarnarse; y la voluntad en fin de acceder al deseo, de seguirle, de dejarse llevar por él – hasta los lejanos límites anegados en brumas...

Una vez que ha saltado la chispa, vigorosa (en su misma fragilidad...), y a poco que esa

[21] Al hablar de las "siguientes horas" soy optimista. Más de una vez he necesitado varios días de apretado trabajo para llegar a captar el mensaje de un "gran sueño". La primera vez (en octubre de 1976) bastaron cuatro horas.

voluntad o esa fe o ese deseo no se apaguen o no se quiebren antes de tiempo[22], *ya se ha ganado:* el resto vendrá por añadidura, a su hora...

35 ◊Así, es el momento más oscuro, el más ignorado, cuando no renegado u objeto de burla y de desprecio, el que es también el más decisivo, el *momento creador* entre todos.

En el ciclo de la transmisión de la vida, es el momento de la *concepción*, por el que se engendra en la carne un nuevo ser y se inicia la laboriosa gestación en la matriz materna, que prepara un segundo nacimiento a la luz del día. Y ese desprecio, que en nuestros días veo extenderse en todas partes, por lo que constituye la esencia misma de toda creación, por esa cosa infinitamente frágil y delicada e infinitamente valiosa, no es más que uno de los innumerables rostros del *secreto* cargado de ambigüedad y de vergüenza que, desde tiempos inmemoriales, rodea al acto de la concepción – el mismo acto de vida del que nuestro ser carnal es fruto.

13. Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor

(21 de mayo) He aquí otros dos "compases" en el ritmo creador, los dos *"ciclos de Eros"*. Son los dos arquetipos del acto de creación en el campo de la experiencia humana. (Mientras que el arquetipo último se nos escapará siempre, inscrito como está en la naturaleza del Creador...)

I *Eros* – o *el Juego*

He aquí el *"ciclo de los amantes"* – o el juego del Amor.

1. *Preparación.* Encuentro de las dos partes: la mujer, o el sosiego, el asiento – y el hombre, o el movimiento. Vedlos aquí, cada uno en presencia del otro, llevados por los "azares" de la vida. ¿Se dará cuanta al menos cada uno del otro, y si es así, cómo?

36 ◊2. *Desencadenamiento:* arde el deseo, en uno o en otro, o en uno y otro. ¿Será reprimido, cual un secreto borrón, o encontrará consentimiento por la fe en la belleza del deseo y de su propia fuerza, y por la esperanza en el consentimiento del otro? Y si la fe consiente en la belleza del deseo y del conocimiento que ya entraña en sí mismo, ¿consentirá la voluntad en actuar?

Cuando deseo, fe y voluntad concurren y concuerdan, ya ha saltado la chispa, con su fuerza viva original. De repente la percepción del otro cambia de plano y se transfigura, los personajes ya se retiran para dejar paso a los papeles inmemoriales: la Amante-misterio, la Inmóvil, la Eterna, comulgando en su cuerpo, y el Amante efímero y móvil, descubriendo el misterio, en busca del reposo...

3. *"Trabajo"* – o el *Juego:* He aquí el Juego de los juegos, el juego del descubrimiento en que cada uno de los amantes se encuentra y se descubre – la Amante a través del Amante que la recorre, la explora y la sondea, y el Amante al recorrer al explorar al sondear... una y otro llevados por las vastas olas de placer de la Amante, la Inagotable, la Todo-poderosa – uno y otra atraídos (como hacia un fin común, lejano al principio y que cada vez se hace más cercano y más

[22] Al escribir estas líneas ¡me daba cuenta de que ese "a poco que" quizá fuera un poco a la ligera! Decir que "esa voluntad o esa fe o ese deseo no se apagan o no se rompen antes de tiempo" también es lo que a veces puede llamarse "tener resuello". Ese "resuello" es, de alguna manera, la medida de la fuerza o de la calidad, o de cierta especie de fuerza o de calidad, de esa "voluntad", o de esa "fe", o de ese "deseo". A veces una idea o una intuición simple necesita años de trabajo, incluso toda una vida, para ser llevada a término. (Ése fue el caso de las leyes de Kepler para el movimiento de los planetas.) Otras veces no basta la vida de una persona, y hacen falta generaciones. Y sin embargo, incluso en tales casos, no tengo nada que quitar a la afirmación categórica "*ya se ha ganado*"; pues ya se ha ganado, en efecto, aunque hagan falta siglos, e incluso milenios, antes de que aparezca en su plenitud el cumplimiento de la idea. Eso es algo que se sitúa "en el tiempo", mientras que de lo que hablo aquí está "fuera del tiempo". Aunque la humanidad desapareciera antes de que la idea llegase a término, o que aquél en que ella nació, en un instante de gracia, no la prosiga hasta su término (y poco importa que se necesite una vida o algunos días...), sino que (digamos) juzgue más útil ocuparse de otras cosas – eso no cambia nada.

apremiante...) hacia la última *cresta* en que la ola se rompe y se abisma – hacia la extinción, hacia la nada...

4. *Cumplimiento:* es la muerte orgásmica, la extinción de cada uno en el otro, y la Nada que se extiende delante borrándolo todo... Y en esa muerte, en esa nada húmeda y tibia apunta, como una primera sonrisa, como un humilde resplandor, el *recién nacido* – el ser en su frescura primera, el ser de los días del Edén y del alba de los días, el ser *nuevo*, vacío de deseos. El ser *renacido*, en él por ella y en ella por él, tanto él como ella a la vez *padre* o *madre*, y el *niño* recién nacido.

II *Eros* – o *las Labores*

He aquí el *"ciclo de la encarnación"* – o los trabajos de la Vida.

El encuentro ha tenido lugar, o los encuentros, y la chispa ha saltado, una vez o cien veces. En adelante las dos partes forman la *pareja* de los esposos, obreros unidos en obras de vida.

1. *Preparación:* es la etapa del *juego amoroso* en el ciclo precedente, el ciclo de los
37 amantes, y de su culminación orgásmica. ◊Al final de la etapa el semen se ha derramado y el óvulo espera, escondido en la tibia y oscura humedad de la matriz, los gametos masculinos se apresuran al asalto del medio-germen de ser, que llama a su otra mitad que ha de completarle. ¿Habrá un vencedor – habrá un germen de ser?

2. *Desencadenamiento.* Los gametos masculino y femenino se han unido: es la *concepción*, o fecundación del óvulo, la aparición "biológica", en la carne, del nuevo ser, con ese germen de embrión que se acaba de formar.

¿Hay aquí un acto de conocimiento, de deseo, de fe, de voluntad?

Supongo que sí, sin poder afirmarlo. Al "sabio", es verdad, la cuestión ni se le plantea – para él todo está regulado por las ciegas leyes del azar (que es el nombre que le damos a nuestra ignorancia) y de la necesidad (que es el nombre que le damos a lo poco que sabemos, en este caso sobre los procesos biológicos y moleculares). Pero seguramente "azar" y "necesidad" son los instrumentos de un *Propósito* que se nos escapa, en una Mano experta que no sabemos o no queremos ver. Y el alma aquí llamada a encarnarse de nuevo, y su deseo y su miedo, su fe y sus dudas, y su precario conocimiento y sus innumerables ignorancias, y su voluntad (quizá vacilante...) de intentar la nueva aventura – o de evitarla si pudiera... – todo eso seguramente *actúa* y se expresa en el plano de la materia y de los oscuros trabajos del cuerpo, al igual que los deseos, miedos, seguridades, dudas, conocimientos, ignorancias que confluyen en un acto más o menos resuelto o más o menos confuso de nuestra voluntad, se expresan y actúan en nosotros, almas encarnadas, de innumerables maneras en el plano de la carne y de la materia.

Por eso, en la ignorancia, más vale preguntarse o callarse que afirmar o negar.

3. *Trabajo:* es la laboriosa *gestación* del embrión en la matriz nutricia, la larga y minuciosa construcción, célula tras célula, de la "morada" o la "casa" del alma reencarnada. Obra de una complejidad y de una delicadeza prodigiosas, en sus más ínfimas partes, igual que en su misteriosa coordinación y en la perfecta armonía de las funciones y las formas, hechas a imagen de Dios...

Mientras se despliega y se ensancha la morada, y a través de las emociones y azares de su vida uterina, el alma (quizá con esperanza, o con aprehensión...) aguarda la hora señalada, que pondrá fin a su relativa quietud: la hora de la expulsión...

38 ◊4. *Cumplimiento:* es el *nacimiento* del nuevo ser a la luz del día, su segunda salida en su nueva aventura terrestre. Por segunda vez se han tirado los dados: el alma de nuevo se enfrenta, para crecer, a la condición humana.

Los dos ciclos arquetípicos se entrelazan: He aquí que *Eros-niño*, Eros jugando al Amor y cosechando placer de amor y conocimiento carnal de la muerte y del nacimiento, se transforma en *Eros el Obrero*, que trabaja sembrando la vida en el campo del Señor de la Vida, regándolo con su semen, con su sudor y con su amor.

El juego de Eros no es su propio fin – y no somos *nosotros* los que fijamos los fines. Es una *preparación*. Y la culminación del juego de Eros-niño es también el inicio de las labores de Eros el labrador.

Y estos dos "compases" arquetípicos que se prolongan y se concluyen, acompasando la experiencia carnal del amor y su prolongación en simiente de vida, de repente se me presentan como formando a su vez una *parábola*, que me habla de *otra* realidad. Cuando sólo acabo de separarme, como a disgusto, de Eros-niño ávido de espigar, para arar y sembrar según la voluntad de su Señor...

14. Las patas de la viga

(22 de mayo) Después de la digresión de estos últimos días sobre los procesos creadores en general, ya es hora de volver a los sueños, y al trabajo sobre el sueño mensajero. Había comenzado a hablar de él, de dicho trabajo, hace ya cuatro días, en la sección "Trabajo y concepción – o la cebolla doble". Es ahí donde comencé a entrar en la cuestión, ciertamente pertinente, de por qué es necesario un largo y laborioso trabajo para llegar penosamente a captar, a fin de cuentas, un "sentido" que tendría que haber sido evidente desde el principio. Es que antes de tal trabajo, decía yo, la imagen mental consciente que tenemos de una cosa nueva es "amorfa", "inerte", mientras que la cosa misma está dotada de orden y de vida – y eso se debe al ojo que ve mal, "estorbado como está por el lastre de las antiguas imágenes, que le impiden aprehender lo nuevo".

39 ◊Hay pues que pensar que el trabajo tiene como efecto "cambiar nuestro ojo", darle (al menos en su relación con la cosa examinada, aquí el sueño que acabamos de vivir) una vivacidad, una cualidad de integración originales. Y si lo que lo vuelve tan palurdo y tan zoquete es ese "lastre" de antiguas ideas , el trabajo debe parecernos en primerísimo lugar como una *limpieza*, a fin de quitarnos el aplastante bagaje de las "vigas" de todo tipo que llevamos con nosotros, a menudo durante toda la vida.

Ahora bien, separarse de una idea recibida (y recibida, lo más a menudo, sin que nos hayamos dado cuenta, por ser parte del espíritu de los tiempos...), eso es, creeme, una de las cosas más difíciles que haya. En la psique hay inmensas fuerzas de *inercia*, inherentes a su misma estructura, que hacen una oposición invisible y muda, y ¡oh cuán eficaz! a todo lo que pueda cambiarla por poco que sea – a todo lo que intente tocar el armazón de ideas e imágenes (la mayoría jamás formuladas) que estructuran el "yo". Ya es así en el dominio relativamente anodino de la investigación científica[23]. Pero cuando se trata de ideas e imágenes que implican nuestra propia persona de manera un poco sensible ("empfindlich") raros son aquellos en los que esa inercia general no se convierte en *fuerzas de resistencia "vivas"* de asombrosa potencia, de una dureza a toda prueba. Se sufrirían mil muertes y se infligirían mil veces mil sin pestañear, antes que reconocer humildemente uno mismo el menor de esos actos de vanidad , de pusilanimidad o de secreta violencia que salpican los días incluso de los mejores de nosotros ([9]). Es verdad que no hay "cosa pequeña" en el conocimiento de uno mismo (cuando éste es algo más que un simple florón de la imagen de marca), y que conocer una de estas cosas tal y como es, y situarla en su justo lugar, ya es el derrumbe de cierta imagen de uno mismo, y a la vez el derrumbe de todo un conjunto petrificado de actitudes y comportamientos en la relación con uno mismo. Siempre ocurre que el "gran sueño", que más que ninguna otra cosa

[23]Lo que más me choca, en lo que conozco de la historia de las ciencias, no es lo que a menudo se presenta como "genialidades", ni los avances repentinos, a veces espectaculares, que ellas desencadenan, sino más bien las enormes resistencia de inercia que durante generaciones y siglos, incluso milenios, detienen la aparición de dichas "genialidades", y que a menudo, aún después, obstaculizan que su mensaje evidente sea realmente asimilado por nuestra especie.

está hecho para "tocarnos" de manera neurálgica, moviliza enseguida resistencias invisibles y vehementes, que tienen buen cuidado de evacuar cuanto antes el mensaje entrevisto.

40 ◊La imagen que apareció antes, la de la "limpieza" para quitarnos las "vigas en el ojo" que llevamos sin saberlo, también está lejos de la realidad. Para que se pareciese más habría que precisar que dichas vigas no son sólo *cosas*, ciertamente pesadas pero por sí mismas inertes, que bastaría tirar para librarse de ellas; sino que por el contrario tendrían una *vida* y una voluntad propias – una voluntad feroz y tenaz de no dejarse desalojar de allí a cualquier precio, *aferrándose* al ojo con los pies y las manos, esas vigas distintas de las demás, ¡o con cien pies y cien manos a la vez! Desalojar a la zorra no es ni más ni menos que trabajosamente hacerla pedazos – ¡no es un pequeño trabajo, no!

Y para colmo de la felicidad, no la vemos, esa famosa viga, ni siquiera ninguna de sus mil patas ágiles y tenaces. Más aún, durante todo el trabajo, ¡ni sospechamos de su existencia! Todo lo que sabemos es que no lo vemos claro – y aquella voluntad nos hace seguir al oscuro instinto que nos empuja hacia delante, y que en cada momento nos dice también, irrecusablemente, que *avanzamos* realmente, que penetramos en el "sentido" que queremos conocer, capa tras capa, trabajosamente, inexorablemente, hacia el corazón mismo del mensaje.

El trabajo consiste en suma en soltar pacientemente una tras una las mil patas invisibles de la invisible viga. Pero eso no lo sabemos entonces, ni tenemos que saberlo. *Ahí* no está nuestra tarea. Los procesos creadores se realizan en la sombra, y sólo Uno los ve plenamente, tal y como se realizan verdaderamente, con Su silenciosa ayuda, allí donde el ojo humano no tiene acceso. Quizá no seamos más que un instrumento vivo, dotado de voluntad propia y cargado de ignorancia, en sabias Manos. Nuestra tarea es asentir por la fe activa en la obra que debe realizarse por nosotros y en nosotros, *si lo queremos*. Nuestra tarea es esa fe, esa voluntad, esa "obediencia" – el resto (ya he debido decirlo antes) está en Sus Manos, y nos llega *por añadidura*.

41 ◊15. La rebanada frotada con ajo

Si no es "tarea nuestra" saber cómo se desarrollan en nosotros los (¿supuestos?) "procesos creadores" (de todas formas incognoscibles...), quizá se me pregunte por qué me tomo la molestia de decir algo a pesar de todo. (Y ya hace una semana que esgrimo con ello...) ¡Otra pregunta pertinente! En mi descargo diría que "no lo he hecho adrede" – ha ocurrido, ya lo he dicho, como a mi pesar. ¡Y justo eso es una buena señal! Si el lector tiene la impresión de perder su tiempo, yo, al menos, no tengo la impresión de haber perdido el mío...

De todas formas, para terminar con este aciago trabajo (!) en el que estoy comprometido, sobre el "trabajo de descubrimiento", y después del imprevisto episodio de la viga con patas, quisiera añadir alguna palabras sobre el *frote*. El frote es algo que lleva su *tiempo*, que absorbe *energía*, y que pone en contacto repetido, insistente, incluso íntimo (vergüenza para el que piense mal...), dos cosas o sustancias diferentes. Desprende calor, y sobre todo (y ahí es dónde quería llegar) tiene como efecto que cada una de las dos sustancias presentes se *impregna* de la otra. Se impregna más o menos profundamente, según el tiempo y la energía que se ponga.

Tomas un diente de ajo pelado y una rebanada de pan, y frotas. La partida es desigual, el ajo es decididamente el más fuerte de los dos. Sin que tengas que frotar durante horas, el pan se impregna del sabor del ajo. Cuando no gusta el ajo, es mejor abstenerse.

Si verdaderamente quieres conocer una cosa, no lo conseguirás sólo por gracia del Espíritu Santo. Conocerla también es impregnarte, hacerla penetrar en tí – o también impregnarla, penetrar en ella, son una y la misma cosa. Y para impregnarte e impregnarla, tienes que "frotarte con ella". Todo el mundo lo ha experimentado, aunque sólo sea para aprender a caminar, a leer y a escribir, montar en bici, conducir su coche, e incluso para conocer el cuerpo de la mujer o el hombre que se ama...

Es así a todos los niveles, cuerpo, cabeza, espíritu. Están los relámpagos de conocimiento, eso por supuesto. Iluminan vivamente un paisaje, durante un instante, y desaparecen, no sabemos dónde. Su acción es fugaz por sí misma, y por eso mismo limitada. Si no ponemos de nuestra
42 parte, hasta el ◊recuerdo del conocimiento se difumina rápidamente, antes de desaparecer del campo de la consciencia, quizá para siempre.

Una de las funciones del trabajo es retener el conocimiento fugaz, darle estabilidad y duración. Y de paso transformarlo.

Notarás que esto es algo de naturaleza muy distinta que fijar un recuerdo. El conocimiento es algo vivo – algo que germina, crece y alcanza plenitud. El recuerdo es como una foto que hubieras tomado en un momento dado, más o menos conseguida. Incluso si está conseguida, si tienes la cosa viva, ¡no te hace falta la foto!

El conocimiento fugaz está vivo, ciertamente, pero sólo captamos lo que nos ha revelado ese relámpago, en un instante, antes de desaparecer en las profundidades del Inconsciente. Seguramente allí está, vivo, y debe actuar a poco que sea desde su escondite; pero mientras permanezca confinado en esos subterráneos, es una vida al ralentí, en hibernación. Y por tanto la acción que puede tener es una acción adormecida.

Dar a un conocimiento soterrado su total plenitud, según la vitalidad que descansa él descansa, es también y sobre todo, hacer que participen en él *todas las capas* de la psique, cada una dándole su propia coloración y resonancia. Pues nuestro ser no es ni sólo la superficie ni sólo la profundidad. Se extiende desde las alturas hasta las profundidades, desde la superficie hasta el corazón. Hacer verdaderamente *nuestro* el conocimiento, asimilarlo, hacerlo carne de nuestro ser, es también impregnarnos de él de parte a parte. Sólo entonces adquiere, con la profundidad, una duración, una permanencia que no es la de la foto clavada en la pared de nuestro cuarto, sino la de algo que vive. Ya no tenemos que mantenerlo a la fuerza dentro del campo de la mirada, a costa de un esfuerzo a veces prodigioso, como a una prisionera[24] ágil y fuerte, deseosa de evadirse. Pues desde entonces ya no es prisionera ni fugitiva, sino la esposa.

Podría decir (si me atreviera...) que la fugitiva se vuelve la esposa "frotándose". Y frotándose, no a todo correr (todos estamos tan ocupados...), sino tomándose su tiempo. El que mira el tiempo, sea para "hacer" el amor, o matemáticas, o para penetrar un sueño – quizá eche un polvo o calcule o decodifique – pero está lejos de la Amada y lejos de los sueños, y no está en camino de conocer ni una ni los otros.

Al hablar del ajo y el pan, pensaba en los sueños. Entre todos los sueños y todos los men-
43 sajes que te llegan para hablarte de ti, ◊comprendidos e incomprendidos, el "sueño mensajero" es como el ajo entre las plantas que crecen en tu jardín. Es un alimento, ¡y concentrado! Sienta bien y da sabor a los demás, pero o gusta o no gusta. Y tú recoges en ese jardín, pero es Otro el que siembra. Hay ajo en tu jardín, aunque no te guste.

Pero cuando quieres beneficiarte de él, lo recoges, lo pelas, frotas. Y el pan que se impregna de ajo, ése eres tú. Cuando está saturado de parte a parte, se come de un bocado.

16. Emoción y pensamiento – o la ola y la chapuza

(27 de mayo) Todavía queda un aspecto del "gran sueño" que sólo he rozado de pasada aquí y allá: es la *emoción*. La emoción contenida que traspasa de parte a parte el sueño y que, a menudo, termina por ser la cresta de una ola desmesurada – para romperse repentinamente con el despertar sobresaltado – y aún en los segundos que siguen al despertar jadeante, esa ola viva que traspasa el ser es algo más *real* y más poderoso, y bebe en aguas más puras y más profundas, que todo lo que hemos conocido en nuestra vida despierta. Y es en la estela inmediata de esa

[24] (N. del T.: En francés "conocimiento" es femenino.)

ola surgida de las profundidades donde nos llega ese *conocimiento* instantáneo y seguro: ese "sueño" que acabamos de vivir y que todavía late en cada fibra de nuestro ser, no es "ensueño" ni ilusión sino *verdad* hecha carne y soplo y *nos habla*, como ningún alma viva ni libro profano o sagrado podría hablarnos...

Esa emoción que impregna al gran sueño y el despertar que le sigue, es como el alma misma y el soplo del sueño. Es cierto, rápidamente esa emoción se disipa, y el espíritu se calma. Dispersar y alejar el soplo de vida del sueño, para no retener (si es que algo se retiene...) más que la osamenta y las carnes, es *la* mejor manera, puesta en marcha de oficio por las fuerzas adversas, para evacuar deprisa el mensaje presentido – ¡y recusado antes incluso de ser formulado! Ése es, creo, un reflejo universal, instantáneo, de una fuerza sin réplica, que ya se desencadena en los segundos que siguen al despertar, cuando la cresta de la ola apenas acaba de romperse y las
44 aguas de la emoción refluyen un poco – ¡como una fregona ◊intempestiva que se apresurase a quitar esas aguas decididamente inoportunas!

Ese reflejo toma la delantera a cualquier otro movimiento de la psique, y seguramente independientemente de la humilde chispa de deseo, de voluntad y de fe[25] (suponiendo que salte...) que marca el instante en que se desencadena un verdadero trabajo interior. El principal signo que distingue a tal trabajo, que entra en lo vivo de una sustancia viva, del simple paripé, quizá sea éste: aunque tengamos tendencia, sin saberlo, a alejarnos de la poderosa corriente emocional que anima al sueño, un instinto oscuro y seguro nos reconduce sin cesar, como atraídos por un hilo invisible – un hilo seguramente más fino y sin embargo más eficaz que las cuerdas y los cabos (igualmente invisibles) que nos quisieran separar.

A título de testimonio, he aquí el comienzo de las reflexiones retrospectivas sobre el trabajo que acababa de realizar, y de culminar con el instante del "reencuentro" del alma consigo misma[26]. Fue a las 11 h 1/2 de la mañana (a mediados de octubre de 1976). Las siguientes notas son de a penas una hora más tarde, las 12 h 1/2:

> "Pensé volver a dormir, pero sólo dormité, y finalmente mis pensamientos, medio adormecidos, volvieron sobre el sueño, sobre su significado. Y ahora acabo de releer la última parte de la descripción[27] – cuando, desaparecidas una tras otra mis resistencias, la significación profunda del sueño se me presenta finalmente con toda su fuerza revulsiva. Las sucesivas etapas que me acercaban a esa revelación estuvieron marcadas por la creciente intensidad de las respuestas emocionales, que afectaban a capas más y más profundas de mi ser. Cada vez, la descripción del momento
> 45 culminante de la etapa anterior fue el punto de partida de una ◊repentina profundización de la comprensión, y de la respuesta emocional a esa comprensión. Hasta el momento en que toda veleidad de comprensión, de análisis, de distanciamiento – era aniquilada, sumergida por esa ola de tristeza redentora que me atravesaba, me sacudía y me lavaba, toda resistencia desvanecida.
>
> Cuando escribo: "Pero en mí también hay – pero menos visible, ciertamente más discreto... otro ser, espontáneo, libre...", me arriesgo casi como a una hipótesis atrevida, surgida quizá de un intento demasiado ágil – ¡sin atreverse a creersela! Y

[25] Véanse al respecto las tres secciones consecutivas "Acto de conocimiento y acto de fe", "La voluntad de conocer", "La puerta estrecha – o la chispa y la llama" (n^{os} 7, 8, 9).

[26] Ese "reencuentro", y el sueño que lo suscitó, han sido tratados por primera vez en el primer párrafo de la sección 1, "Los sueños y el conocimiento de uno mismo". Ya he vuelto varias veces sobre ese primer contacto con la sustancia de un sueño mensajero. También hablo sobre esa experiencia en Cosechas y Siembras III, en la nota "El reencuentro" (n^{o} 109).

[27] Aquí y más adelante, el término "descripción" designa la reflexión escrita que hice durante las cuatro horas que siguieron al despertar. Esa reflexión comenzó en efecto como una "descripción" (o un "relato") del sueño, y de mis primeros pensamientos al despertar, y fue, además, sentida como una "descripción", en cada momento, de ciertos pensamientos y emociones suscitados en mí por las precedentes etapas del trabajo.

sin embargo. en ese momento nace como una esperanza repentina – y de repente el sueño aparece como un estímulo, como una promesa. Sí – tienes nostalgia de la frescura – y sentir la de S. te ha tocado como una herida profunda (a la que aún te resistías...), y entonces te has dicho sin atreverte a creerlo: quizá un día fui eso, o al menos un día, en un nuevo nacimiento quizá, lo seré. Pero igual que la inocencia vive en Daniel, en el que a veces has percibido el miedo, el orgullo, la cólera – *y* la inocencia – así (¿quizá?) esté ella viva en ti, humildemente – ciertamente poco visible y poco activa quizá, ¡pues el primer plano de la escena está ocupado por el otro!

Pero entonces todo esto sólo era entrevisto, como una visión tan fugaz que al momento ya se duda de haberla tenido. Y la continuación de la descripción, de la reflexión escrita, era una forma de retener esa visión, de impedir que se desvaneciera sin traza perdurable – igual que la descripción de todo el sueño y de las reflexiones que se le añadieron (lo que llevó cuatro horas) había sido un medio de retener la fugaz visión que representaban el sueño y la primera intuición inmediata de su significado. Aquí aparece de nuevo el papel (útil) del pensamiento, que describe y analiza, sirviendo de fijador a lo que la intuición nos revela con relámpagos, para forzar (si puede decirse) a la reticente intuición a descender a capas más profundas, en lugar de eludir el descenso, y desvanecerse sin dejar rastro. El pensamiento es entonces soporte material, y estímulo para avanzar, etapa tras etapa, y alcanzar al fin el último umbral en que una revelación puede darse con toda su fuerza revulsiva – una revelación en que el pensamiento ya no tiene parte.

46 Tal ha sido la marcha de la meditación en mí, desde el viernes[28] ◊(hoy es pues el tercer día). No recuerdo ninguna otra ocasión en mi vida, ni siquiera en estos últimos años, en que la reflexión sobre mí mismo verdaderamente haya sido algo más que un inventario aliado con un ejercicio de estilo, como ahora, que es un peligroso viaje de descubrimiento, con el pensamiento por guía[29], ciertamente miope y limitado, pero meticuloso y lleno de energía, y también sabiendo retirarse cuando la ocasión lo requiere..."

[28] En la noche del viernes al sábado se operó un primer avance importante, con el derrumbe de cierta imagen de mí mismo, y por eso mismo, el descubrimiento del poder de meditación en mí. (Hablo de ese avance en Cosechas y Siembras I, sección 36 "Deseo y meditación".) El sueño aquí comentado es del lunes por la mañana.

[29] Con el paso del tiempo, me parece que ese papel de "guía" (aunque sea "miope y limitado") que aquí le asigno al pensamiento, en el trabajo sobre el sueño que acababa de tener, corresponde a una visión bastante superficial de las cosas, válida únicamente para lo que pasa al nivel claramente visible, en el campo de la consciencia. Actualmente, vería el papel del pensamiento más como el de un chapucero, vigoroso y de buena voluntad, que siguiera las silenciosas consignas de un "guía" invisible, de una finura y un saber muy diferentes.

17. Dios es el Soñador

(28 de mayo) Es hora de ir al corazón del mensaje de este libro que estoy escribiendo, de decir la idea maestra – esa "idea grande y fuerte", retomando los términos mismos del Soñador[30] Es cierto que he procurado no introducirla antes de tiempo, que he intentado en suma ignorarla mientras "no tuviera necesidad de esa hipótesis". Pero no he podido evitar rozarla aquí y allá y hablar de ella de pasada, de tan omnipresente que está en mí...

Por otra parte, en modo alguno la veo como una "*idea*", que hubiera germinado y madurado en mí antes de eclosionar, hija del espíritu que la concibe y da a luz. No es una idea sino un *hecho*. Y un hecho, cuando se piensa en él, totalmente alocado e increíble – ¡y sin embargo cierto! No podría ser tan loco como para inventármelo. Y si a veces digo que he "descubierto" ese hecho (¡e incluso que ése es *el* gran descubrimiento de mi vida!), eso es decir demasiado y presumir. Cierto es que hubiera podido, e incluso "hubiera debido", descubrirlo desde hace cuatro o cinco años, cuando el Soñador en persona empezó a aparecer en algunos de mis sueños. Estaba muy cerca, eso es seguro – ¡verdaderamente casi me quemaba! Pero como suele ocurrir, tenía mis anteojeras bien puestas, y no me "olía" nada. La temperatura, en suma, no me incumbía, no quería saber que estaba "ardiendo". Así, tal vez desesperado, hizo falta que el buen Dios se tomara la molestia (entre muchas otras que ya había tenido conmigo) de *revelármelo*. Oh, al principio con mucha discreción, hay que decirlo...

48 ◊He aquí pues esa "locura", de la que he tenido una revelación: que *el Soñador no es otro más que Dios*.

Para muchos lectores, seguramente, y quizás también para ti, lo que acabo de decir es latín o chino – unas palabras sin más, que te dejan frío. Como lo sería, digamos, un escueto enunciado matemático para uno que no esté iniciado. Sin embargo, aquí no se trata de matemáticas ni de especulaciones metafísicas, sino de *realidades* de lo más tangibles, accesibles por igual (e incluso más) al primer muchacho que llegue que al más docto teólogo. Y si hay algo que me interesa, al escribir este libro, no son teorías ni especulaciones, sino la realidad más inmediata, la más irrecusable – como es, especialmente, la que noche tras noche vivimos en nuestros sueños.

Una de mis primeras tareas, sobre todo frente al lector para el que "Dios" ya no es más que una palabra (si no un "anacronismo", o una "superstición"), es intentar hacer sentir el sentido

[30] Esas palabras (en alemán) no me llegaron en un sueño, sino en lo que llamo un "*flash*" (despierto), dando a entender las palabras, pensamientos, imágenes y hasta escenas cortas, que a veces suben a la psique desde las capas profundas, sin que el pensamiento o la imaginación consciente tengan parte alguna en ellos. Tales flashes son de la misma naturaleza que los sueños. No son obra de la psique misma, sino *mensajes* enviados por "el Soñador", lo que es decir también: por Dios. He tenido muchos durante los meses de enero y febrero, sobre todo cuando hacía la "respiración profunda" y el pensamiento consciente esta eliminado en gran parte, por la atención prestada al aliento ("Atem–Lauschen"). Después de la respiración, tenía buen cuidado de anotar todos los "flashes" que conseguía recordar, y llegado el momento intentaba sondear su significado lo mejor que podía, igual que hacía con los sueños de la noche anterior.
En este caso, el flash (del 5 de enero) se reducía a estas palabras: "Un pensamiento grande y fuerte" ("Ein grosser und starker Gedanke"), sin otras palabras, imágenes o pensamientos que las precisaran. He aquí mi comentario del mismo día:

> "No está claro cuál es ese "pensamiento grande y fuerte" que será mi brújula en mi trabajo para "aclarar" – pero bien podría ser éste: que Dios, en su cualidad de Soñador, está a disposición de cada uno que quiera confiarse a él. Él me hará saber también cuál es el pensamiento en cuestión".

Estas líneas fueron escritas apenas diez días después de que Dios irrumpiera en mi vida con fuerza. Con la perspectiva de los cinco meses que han pasado, en mi espíritu ya no subsiste ninguna duda sobre *cuál* es ese pensamiento maestro en el trbajo que me incumbe en los próximos años.

"tangible" de esta lacónica expresión: "el Soñador que hay en ti es Dios". Sólo cuando se perciba el sentido puede plantearse la cuestión del *alcance* de esa afirmación (esté o no fundada).

En mi caso, ese hecho fue captado y aceptado como tal, cierto día de mediados de noviembre del año pasado, hace algo más de seis meses. Además llegó sin ninguna sorpresa, casi como algo que caía por su peso, pero que hasta entonces no me había tomado la molestia de decírmelo expresamente. Nada de "locura" pues, en ese momento. Lo constaté como "de pasada", durante una meditación sobre uno de mis primeros sueños "místicos". Casi pasó desapercibido entonces. ¡Estaba mucho más afectado por la emoción tan penetrante que impregnaba ese sueño! En comparación, ese hecho curioso a fe mía, que entonces apareció por primera vez en mi campo de atención, durante un pequeño cuarto de hora, parecía muy pálido, muy "intelectual".

49 ◊Durante las semanas y meses siguientes, fue cuando el alcance de ese "hecho curioso" comenzó a hacerse patente poco a poco. Por el momento baste decir que, actualmente, es como el centro y el corazón de todo un conjunto de revelaciones que me llegaron, por la vía de los sueños, durante los cuatro meses siguientes – revelaciones sobre mí mismo, sobre Dios, y revelaciones proféticas. En el espacio de esos pocos meses de intenso aprendizaje, a la escucha de Dios que me hablaba por los sueños, mi visión del mundo se transformó profundamente, y la de mí mismo y de mi lugar y mi papel en el mundo, según los designios de Dios. La principal transformación, aquella de la que surgen todas las demás, es que desde ahora el Cosmos, y el mundo de los hombres, y mi propia vida y mi propia aventura, han adquirido al fin un *centro* que les hacía falta (cruelmente a veces), y un *sentido* que había sido presentido oscuramente.

Ese centro vivo, y ese sentido omnipresente, a la vez simple e inagotable, evidente e insondable, cercano como una madre o como la amada, e infinitamente más vasto que el vasto Universo – es *Dios*. Y "Dios" es para mí el nombre que damos al alma del Universo, al soplo creador que sondea y conoce y anima todo y que crea y recrea el mundo en todo momento. Él es lo que es inifinitamente, indeciblemente cercano a cada uno de nosotros en particular, y a la vez Él es lo menos "personal", lo más "universal". Pues igual que está en ti en la menor célula de tu cuerpo y en los últimos repliegues de tu alma, así está Él en todo ser y en toda cosa del Universo, hoy como mañana como ayer, desde la noche de los tiempos y los orígenes de las cosas.

Por eso, para hablarte de Él con verdad, no podría dejar de hablarte también de mí, de una experiencia viva que tal vez entre en comunicación con tu propia experiencia y la haga resonar. Pues Dios es el *puente* que liga entre sí a todos los seres, o más bien Él es el *agua viva* de un inmutable *Mar* común que liga todas las orillas. Y somos las orillas de un mismo Mar, que cada uno Lo conoce con un nombre distinto y bajo un rostro distinto – e incluso somos sus *gotas*, que cada una Lo conoce íntimamente, sin que ninguna ni todas juntas Lo agoten. Lo que es común es el Mar, que liga una gota a la otra y contiene a ambas. Si pueden hablarse una a la otra es por Él que las abraza y las contiene, y es percibido a través de ellas, parcelas vivas de una misma Totalidad, de un mismo Todo – de un mismo Mar.

50 ◊18. El conocimiento perdido – o el ambiente de un "final de los tiempos"

(29 de mayo) Tengo la impresión de que ese hecho, que ahora cuando lo "descubro" me parece una "locura", era bien conocido por todos desde siempre, hasta hace apenas unos pocos siglos. Quizás no tan claramente y tan formalmente como lo formulo ahora. Pero bajo todos los cielos y en todas las capas sociales, por lo que sé, todos reconocían que Dios (cuando se Le conocía por ese nombre), o las Potencias Invisibles, nos hablan en los sueños. Incluso esa era, me parece, *la* vía principal elegida por Dios (o por los Invisibles) para manifestarse al hombre e informarle de Sus designios. Y seguramente esa y ninguna otra era la causa del respeto universal que rodeaba a los sueños, y a todos los que poco o mucho tenían la comprensión de los sueños.

Ese respeto por los sueños ha sido reemplazado por un desprecio casi universal. Y el tono nos llega desde los lugares más altos y más insospechados[31]. Incluso entre los "profesionales" de los sueños, la atención que se le presta está en las tonalidades de la que el médico presta a un síntoma, o el detective a un "indicio" o a una "prueba". No en la del respeto, y aún menos en la del respeto que podríamos llamar "religioso": ese respeto entreverado de muda admiración, o de veneración o de amor, que experimentamos ante las cosas cargadas de misterio, de las que oscuramente sentimos que se nos escapan y nos sobrepasan por siempre – que las meras fuerzas de nuestros sentidos y de nuestro entendimiento no nos permiten captar.

Mi redescubrimiento del sentido profundo de los sueños, como Palabra viva de Dios, tuvo lugar en una atmósfera de soledad y de intenso recogimiento. Aunque el pensamiento consciente de "Dios" estaba ausente casi por completo, bien pudiera calificar esa atmósfera de "religiosa". Con tal disposición, era muy natural que ese descubrimiento me pareciera algo que "cae de su peso" – casi como algo que en el fondo siempre hubiera sabido, sin darme la molestia de decirlo.

Si al principio no le concedía el valor de una "revelación", y menos aún de una revelación
51 capital en mi aventura espiritual, ◊seguramente fue porque me parecía algo que debía ser bien conocido por todos aquellos que, al contrario que yo, durante toda su vida habían estado en contacto con el sentimiento religioso en ellos mismos, y por eso mismo también (pensaba yo) con un conocimiento milenario sobre el sentido de los sueños. Al hablar de ese sentido aquí y allá a mi alrededor, incluyendo a amigos muy "en la onda" tanto en "espiritualidad" como en historia religiosa y en la actualidad cultural, no fue pequeña mi sorpresa (sin detenerme en ello no obstante) al comprobar que mis palabras eran acogidas con esa sorpresa ("Befremdung") entreverada de incredulidad medio desconcertada, medio divertida, que se reserva para las cosas importantes que se oyen por primera vez, y que por eso mismo causan una impresión algo extravagante[32]. (Pues, como todo el mundo sabe, las cosas importantes son bien conocidas por las personas bien informadas...)

Por muy "en la onda" que estén, esos amigos están hasta tal punto empapados del aire de los tiempos, que un saber que, hasta hace pocos siglos y desde hace milenios, era un conocimiento difuso compartido por todos, atestiguado por innumerables testimonios en escritos sagrados y profanos, ahora les parece una hipótesis osada, por no decir (pues somos educados) ridícula. Al igual que los materialistas de todo tipo, los que hoy en día hacen profesión de "espiritualidad" se encuentran alienados de esa especie de "instinto espiritual" que todos (creo) hemos recibido en parte, y que procede de un conocimiento que antes era herencia común de nuestra especie.

En tal ambiente cultural, lo que recibí y acogí como "algo que cae de su peso", terminó por parecerme (metiéndome a mi pesar un poco en ese ambiente y en la piel de los demás...) como una "tesis", incluso casi como una "hipótesis", algo extremista por decir poco – ¡como si intentara ser original y sorprender a toda costa!

Sin embargo y a la vez, bien sabía, de primera mano y con ciencia segura, que lo que audazmente adelanto no es "teoría" ni "tesis", sino (como escribí ayer) un *hecho*. Un hecho del que he tenido una experiencia tan irrecusable, día tras día y durante varios meses, como
52 la del sol que ◊nos ilumina cada día. Y ese hecho, a la luz de ese "instinto espiritual" del que hablaba hace un momento, me parece realmente "evidente", en cuanto se quiera tomar uno la molestia de prestar un poco de atención a sus propios sueños. Si a pesar de esto, y a un nivel o registro diferente, actualmente lo percibo como "locura", como "increíble" (¡pero cierto!), solo es por haberme sumergido, a poco que sea, en ese ambiente de ceguera espiritual casi total y

[31] Respecto a este desprecio generalizado por los sueños, véase la sección "La papelera del sabio – o el desprecio y la gracia", n^o .

[32] Sin embargo debo hacer notar una excepción a esa actitud de incredulidad desconcertada. Fue hace sólo tres días, y me llegó en la persona de uno de mis hijos, que veía por primera vez después de más de tres años. Lo que le dije sobre mi experiencia reciente de los sueños, y principalmente sobre los sueños proféticos, "hizo tilt" en él con unos mensajes en el mismo sentido que le llegaron tanto por sueños como despierto.

casi universal, que caracteriza a nuestra extraña época – la época de un "final de los tiempos".

19. La increíble Buena Nueva

Y sin embargo, no rechazo esas expresiones "locura", o "increíble pero cierto", que ayer llegaron a mi pluma con la fuerza de la evidencia. Y no es, como alguien pudiera creer, para adelantarme a las previsibles reacciones del lector. Sino que más bien es un grito de *alegría*, de *exultación* – la alegría de una *"buena nueva"* tan inaudita, después de todo, que todavía mi alma es demasiado limitada para contenerla, mi espíritu demasiado palurdo para captarla en todo su alcance. Pues a fin de cuentas, Dios (ayer ya intenté decirlo mal que bien), ¡Él no es un cualquiera! No es un vago César o Carlomagno o Napoleón, que viniera cada noche a dárselas de listo en nuestros sueños, ¡para pasmarnos o dejarnos con la boca abierta! Es *DIOS*, el Señor y el Creador y el Aliento de los Mundos, que, lejos de tronar en las nubes y de dejar, impasible, que se desplieguen inexorablemente las inmutables leyes que Él mismo ha instaurado – es Dios Mismo el que no desdeña, noche tras noche, venir a mi lado igual que al lado del último y del menor entre nosotros, para hablarnos – o para hablarse a *Sí* mismo, en voz alta, en nuestra presencia. Y si Él te habla también a ti, o si Él *se* habla de modo que tú le escuches y como sólo Él sabe hablar, no es de la lluvia ni del tiempo ni de los destinos del mundo, sino de *ti* de lo que Él habla – de lo más secreto, lo más escondido que hay en ti – las cosas más flagrantes (y que tú te ocultas a ti mismo) igual que las más delicadas, que ningún ojo humano podría desvelar. ¡Eres libre de escuchar! si lo juzgas oportuno (Y seguramente, si escuchas con todo tu corazón y con toda tu alma, no será en vano...)

53 ◊¿No es una "locura" en efecto? ¿Ese interés intenso y delicado y (¡bien lo sé!) *amoroso* que se toma con nuestra persona tan insignificante y con ese "alma" tan despreciada, no Pedro o Pablo o tal amigo o tal pariente, sino el Señor, el Único, el Eterno, el Creador (o cualquier otro nombre que se Le de)? ¿No confiere eso sólo al ser humano, a ti igual que a mí igual que al último de nosotros, una dignidad, una *nobleza* que confunde a la imaginación?

Insisto de entrada en lo anterior, no para invitar a ponerse firmes en actitud de "nobleza" – no lo quiera el Soñador, ¡que se complace en apartar de un soplo y con una risa infantil todo resabio de actitud o de pose! Sino a causa de *otro* viento que sopla en nuestros días con más fuerza que nunca: el*viento del desprecio* por las cosas delicadas del alma y del ser, el viento de la adulación al título, al rango, a la "competencia", al diploma – el viento del desprecio y de la vileza...

Creo poder decir que desde hace muchos años ya no contribuyo a soplar en ese sentido, e incluso que durante toda mi vida en mí ha permanecido vivo, como por un oscuro instinto y en contra de todo, un conocimiento de lo que da valor a mi vida, y valor al alma humana. Pero de repente ese conocimiento ha cambiado de dimensión. SE ha vuelto tan claro, tan patente, que al espíritu le cuesta contemplarlo, tan cegador es. Es cierto que cuando el sol brilla en todo su esplendor, ni pensamos en contemplarlo. Calienta e ilumina todas las cosas, y eso basta. En cuanto a los títulos de nobleza, no son importantes más que en un mundo en que reina el desprecio.

Pero para el espíritu ávido de conocimiento, no es también una "locura" que *Dios* mismo, Aquél que sabe y que ve y que comprende todo, y el Señor de los señores en expresar y pintar lo que ve con pinceladas poderosas y delicadas – ¡que ese Señor sin igual esté dispuesto, día tras día y con una paciencia inagotable, a servirnos de guía benévolo y condescendiente en la escarpada vía del conocimiento! ¡Qué perspectivas, para el que se preocupe de aprovecharse de tan increíble disponibilidad! Y creo poder decir, sin jactarme, que realmente he aprendido, en apenas unos meses, más de lo que se suele aprender y de lo que yo había aprendido, a nivel

espiritual, a lo largo de diez o de cien reencarnaciones sucesivas. Y qué perspectivas para nuestra especie, que aún está dando el primer paso en la aventura espiritual...

54 ◊Cierto es que al viajar bajo la dirección de ese Guía intrépido y sagaz, ya no somos nosotros, sino *Él* quien decide en cada momento el itinerario. Por mi parte, me ha costado acostumbrarme, de tanto que choca con hábitos tenaces, arraigados hace mucho. Pero bien he comprendido que eso no es un "inconveniente", sino un privilegio. Pues el espíritu humano, abandonado a sus propios medios, ignora los fines, y las vías. Sólo Dios conoce los fines que Él mismo asigna, y las mejores vías abiertas a cada uno de nosotros, en cada momento, para alcanzarlos. Si he terminado por seguir al Soñador, casi a mi pesar, es por haber comprendido que eso era lo mejor podía hacer, si quería aprender a conocerme. Ahora que sé *quién* es el Soñador, en adelante es a Dios al que sigo – los ojos bien abiertos y con total confianza.

Y sé que es lo mejor que puedo hacer, por mi bien y por el de todos. Pues lo que mejor para uno y una bendición para él, también es lo mejor para todos. Seguir a Dios, eso no es (como antes hacía) aprender esto o hacer aquello, según los cambiantes movimientos del deseo. La gracia, abierta a todos, de seguir a Dios, es ante todo la gracia de *servir*.

20. Hermanados en el hambre...

(30 y 31 de mayo) Ayer y anteayer intenté situar, con trazos gruesos para empezar, el "pensamiento" maestro, o mejor dicho el *conocimiento*, que se me presenta como *el* tema principal de mi testimonio sobre mi experiencia de los sueños. Actualmente esa experiencia es inseparable, en mi espíritu, de mi reencuentro con Dios y de la experiencia de Su acción en mi vida. Por eso no he podido dejar de expresarme como si me dirigiera a alguien para el que Dios fuera ya, no un concepto o una simple *palabra*, cargada de asociaciones (valiosas o peyorativas) que varían hasta el infinito de una persona a otra, sino una *realidad* viva, arraigada en su experiencia igual que lo está en la mía. Es un poco como si fuera a mí mismo al que me dirigiera a través de un lector imaginario – a mí, en el punto en que me encuentro en el momento en que escribo. Y
55 ciertamente la escritura es un poderoso medio para ◊decantar y ordenar una masa aún más o menos confusa de conocimientos en "bruto" (por más patente que sea cada uno por separado), llevados por las tumultuosas olas de una experiencia todavía fresca.

Sin embargo, bien sé que si Dios me asigna la tarea de testimoniar esa experiencia, no es para mi único beneficio – no es para ser, como en mis anteriores "meditaciones", mi único interlocutor. Y también sé que el mensaje que he de comunicar no se dirige sólo, ni siquiera ante todo, a los pocos que ya han tenido una experiencia viva de Dios; incluso a los que se imaginan tenerla o que, habiéndola tenido quizás un día, se creyesen ya muy avanzados en el camino del conocimiento y a punto de tocar las cimas. Si escribo, no es para los que están saciados (o creen estarlo), sino para los que tienen hambre. Y si me dirijo a ti, sólo es como a alguien que ha sabido sentir ese hambre en él y que está dispuesto a prestarle atención, igual que yo la he sentido y aún la siento, al escribir estas líneas. Sólo es por ese hambre por lo que te conozco y por lo que somos hermanos – ¡hermanados en el hambre!

21. Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas

Iba a escribir que hace siete meses, todavía no tenía experiencia viva, irrecusable de Dios – y que sin embargo eso no impidió que acogiera en mí el mensaje que Él me destinaba. He rectificado al momento, pensando que en realidad ya tenía tal experiencia viva, y de muchas

maneras, pero *sin saberlo*. Y estoy seguro de que mirando bien, tarde o temprano descubrirás, quizás con asombro, que tu caso es igual, que desde hace mucho tiempo ya tenías la experiencia de Dios. Aunque sólo fuera por tus sueños – cuando se te vuelva patente que el sueño es realmente una experiencia de Dios común a todos los hombres. Que es la forma más "común" en que Dios habla a los hombres. Pero por supuesto, esa experiencia cotidiana cambia de repente de dimensión cuando se descubre su verdadera naturaleza, su sentido profundo.

56 ◊Tal vez mi propia relación con los sueños (desde hace más de once años) haya sido bastante particular: no sólo tenía una experiencia viva de los sueños, sino también del *Soñador*. A decir verdad, desde el primer sueño cuyo mensaje sondeé (y ya he hablado en diversos momentos de ese suceso crucial en mi vida), supe que había un "Soñador" – una Inteligencia superior, tanto por la penetración como por los medios de expresión, que me hablaba por ese sueño. Y que era, además, profundamente benevolente conmigo. No sabría decir con certeza si, en mi fuero interno, le di un nombre, el nombre de "Soñador", desde ese momento. Por el contrario, de lo que estoy seguro es de que un instinto me decía entonces, y continuaba diciéndomelo en los siguientes años, que esa intuición inmediata me revelaba una *realidad*, que ese "Soñador" no era simplemente una figura literaria, una creación de mi espíritu. Que era un "Ser", si no de "carne y hueso", al menos "alguien" con el que me sentía estrechamente emparentado, y esto a pesar de los medios visiblemente prodigiosos de ese "pariente" distinto de los demás. Un parentesco "espiritual" de alguna manera. ¿Hay parentesco más irrecusable que cuando te ríes a carcajadas en comunión con el otro, arrebatado por la imprevista comicidad de un cuadro subido de tono que acaba de bosquejar para ti? Y cuando, además, ese cuadro *te* representa en algún aspecto insospechado que te hace descubrir, ¡y cuando es de ti mismo del que así te ríes a mandíbula batiente! Y más de una vez también, a menudo sí (puedo decir ahora), he llorado, tocado por la palabra de verdad, y al llorar he sabido todo el beneficio de esas lágrimas...

Estaba ese "saber", a la vez difuso (a falta de ser formulado) y de una nitidez perfecta, a la vez tímido e irrecusable – cual una voz cuchicheante que habla a un oído distraído. Y también estaba la sempiterna voz de la "razón", en que dicha "razón" es el nombre que solemos dar a los hábitos de pensamiento adquiridos, tan arraigados que nos cuesta mucho imaginar que se pueda "funcionar" decentemente de otra forma. Para esa voz, esas historias inconsistentes del "Soñador" que flotaban en el aire, una especie de alegoría en suma, de personalización simbólica, eso no era serio, incluso era de mal gusto. Por otra parte, no recuerdo haber dedicado a esta cuestión ni un minuto de reflexión, y me inclinaría a creer que esas escaramuzas sólo tenían lugar a nivel "subconsciente" (es decir, a flor de consciencia). Si llegué a pensar en ella, debió ser como a mi pesar, en momentos de ausencia en que los pensamientos divagan como quieren. Y consagrarle una reflexión, por corta que fuera, una especie de reflexión "metafísica", me hubiera

57 ◊parecido pura dispersión, una especulación más o menos gratuita, que me distraería de mi verdadera tarea: conocerme a mí mismo.

Al evocar ahora esas disposiciones, me doy cuenta de que había una especie de falsa humildad. En suma, había decidido no prestar atención más que a las marrullerías del "Patrón"[33], y a las escaramuzas y alianzas fortuitas entre él y el impulso erótico, alias "Eros"[34], y rechaz-

[33] Utilizo la imagen del "Patrón" para personificar el "yo" o el "ego". Representa la parte condicionada de la psique, reflejo de los consensos sociales y producto de las reacciones de la psique para adaptarse a las coacciones y represiones de todo tipo que pesan sobre ella desde la infancia. Los movimientos de la vanidad y el orgullo, pero también los de la agresividad y el miedo, son en primerísimo lugar emanaciones del "Patrón". Por otra parte, también es el Patrón (y de ahí su nombre) el que se encarga de las cuestiones de "intendencia" de la "empresa" que representa la psique, y muy particularmente de las "relaciones públicas" con la sociedad humana y sus representantes inmediatos, principalmente con los los parientes. Esta imagen se introduce y explica un poco en Cosechas y Siembras I, en la sección "El niño" (n^o 42), y se retoma y desarrolla un poco por todas partes en el resto de Cosechas y Siembras. Véase también la nota "La pequeña familia y el Huésped" (nota n^o 1).

[34] Tenía una clara tendencia, hasta hace poco (cuando finalmente el Soñador llamó mi atención sobre mi desprecio), a confundir Eros y "el niño". Tendré amplia ocasión de volver sobre los principales miembros de "pequeña familia" (casi siempre muy desunida) que constituye la psique del hombre, y sobre sus relaciones mutuas.

aba de oficio toda cuestión más "relevante". A decir verdad, no es que tales cuestiones no me interesasen. Pero había decidido de antemano que intentar responderlas, o aunque sólo fuera formulármelas y ver que podría decirme, eso era "especulación" – una especie de vanidad fútil[35], que consistiría en hacer como si quisiera a toda costa decir algo sobre lo que, de todas formas, era incognoscible o, al menos, estaba fuera del alcance de mis meras "sanas facultades"[36]. En
58 cuanto a los sueños, me limitaba a una actitud ◊"utilitaria" en cierto modo, muy contraria, a decir verdad, a mis verdaderas inclinaciones[37]: me contentaba con aprovecharme de la "ganga" que eran para mí los sueños, que providencialmente me aportaban un conocimiento que me hubiera costado mucho adquirir por mis propios medios. Aparte de eso, me atenía a la interdicción tácita de plantearse cuestiones generales, sobre la naturaleza del sueño digamos y sobre su origen, o sobre la naturaleza del generoso y genial Bienhechor (¿hipotético?) que me los enviaba con tal profusión.

Había pues un propósito deliberado y sin fisuras contra todo lo que pudiera parecerse a una reflexión filosófica por poco sistemática que fuera, que me hubiera vuelto sospechoso a mis propios ojos de querer aún "teorizar"[38]. (Yo, que ponía tanto cuidado en distanciarme de un pasado y de una identidad de matemático, ¡supuestamente superados!) He permanecido prisionero de esa actitud hasta hace muy poco todavía – hasta que ciertos sueños (hace tres o cuatro meses) me revelaron claramente la traba que ella había representado para el progreso de mi pensamiento y de mi comprensión del mundo, y al mismo tiempo me animaron a pasar de ella resueltamente.

59 ◊En cuanto a la existencia del Soñador, si al final supe a qué atenerme, no fue después de una reflexión (que jamás tuvo lugar), ¡sino por la aparición insospechada del Soñador en persona! Fue, como es lógico, en un sueño, hace casi cinco años (en agosto de 1982). Volveré sobre ese segundo giro capital en mi relación con los sueños y con el Soñador, posterior en seis años al primero. Esa aparición, seguida por otras más en las siguientes semanas, puso fin de

[35]Esa actitud mía extremadamente crítica, frente a las trampas de la especulación más o menos gratuita, no estaba desprovista de fundamento, y era muy seria. Incluso ahora, para mí está muy claro que una reflexión filosófica, tanto si versa sobre la psique, sobre la sociedad humana, o sobre Dios y sus relaciones con una y otra, no es más que un templo construido sobre arenas movedizas si no arraiga en una práctica vigilante del conocimiento de uno mismo. Pero en la medida en que tal práctica había llegado a ser en mí parte inseparable de mi vida cotidiana, mi desconfianza visceral (sobre la que vuelvo en el párrafo siguiente) ya no era oportuna, y se convirtió en una traba.

[36]Es muy posible que mi reticencia a adentrarme en alguna reflexión o estimación de naturaleza metafísica, incluso sobre temas (como el de la reencarnación) sobre los que no había podido evitar adquirir una convicción íntima, fuera un vestigio del ascendiente que las enseñanzas y la persona de Krishnamurti habían ejercido sobre mí durante varios años, a principios de los 70. Me expreso al respecto en CyS I nota 41 ("La liberación convertida en traba") y CyS III nota 118 ("Yang juega a yin – o el papel del Señor").

[37]Creo poder decir que toda mi obra matemática, publicada o no, testimonia que las actitudes llamadas "utilitarias" permanecían constantemente subordinadas a lo que tal vez pudiera llamar una vocación "visionaria", de naturaleza totalmente diferente.

[38]Todavía recuerdo muy bien que tuve que superar resistencias de esa clase cuando, a finales de 1979, me lancé a una reflexión sistemática sobre el delicado juego de las cualidades "femeninas" y "masculinas" en todas las cosas (en un momento en que aún ignoraba los términos consagrados "yin" y "yang"). Era la primera vez que emprendía una reflexión filosófica de naturaleza general. Incluso en los siguientes años, rara vez y siempre con igual reticencia, me permitía, durante unas pocas horas, una "digresión" sobre la psique en general, en vez de limitarme a examinar situaciones precisas. Ahora, con perspectiva, me doy cuenta sin embargo de que esas llamadas "digresiones", que me concedía como se da un capricho a un chiquillo pesado, eran indispensables para un desarrollo normal de mi comprensión de la psique, incluida la mía.
Según me reveló uno de los sueños de los que hablaremos en este párrafo, mi reticencia extrema frente a toda reflexión filosófica de aspecto un poco "teórico" ha sido una consecuencia de mi desconfianza y de una desvalorización sistemática de las cualidades "yang", y más particularmente de los aspectos yang (considerados como excesivos y dominadores en muchos aspectos) en mi propia persona. Pero desvalorizar y reprimir lo yang en modo alguno es un medio para suscitar una plenitud de lo yin (ni recíprocamente). En el plano de mis capacidades de comprensión y de visión filosófica, la actitud en cuestión (según me ha mostrado ese sueño) significaba cortar lo que era mi verdadera fuerza – cortar las alas de águila, y suspirar después por las de la libélula.

una vez por todas a la menor duda sobre la realidad del Soñador. De la noche a la mañana se instauró lo que bien podría llamar una verdadera relación personal con el Soñador – e incluso, podría añadir, una relación mucho más estrecha que con ninguno de mis amigos o 'parientes". La voz de la razón, ¡no le quedaba otro remedio que irse a paseo! (Sobre este tema, al menos...)

No fue hasta después de ese sueño, creo, cuando comienzo a tratar del Soñador en mis notas de meditación. Parecería como si hasta entonces, incluso ese nombre de "Soñador" fuera rigurosamente tabú, y no hubiera aparecido una sola vez ni en mi pluma, ni de viva voz al hablar con alguien. El cambio fue radical desde los días que siguieron a esa primera aparición del Soñador. En adelante era algo que se caía de su peso en todos mis sueños, que eran "mensajes" del Soñador. Y sabía que en cada uno se expresaba una *intención* de mi condescendiente guía y protector, que desde entonces me esforzaba en sondear lo mejor que podía. (Al menos así era durante los periodos de meditación.)

En el sueño del que hablo, el Soñador me apareció (sin ponerse nombre, ¡hay que decirlo!) con aspecto de un viejo Señor bonachón, que me indica mi camino. Sin que aún me diera cuenta claramente al vivir el sueño, incluso se muestra dispuesto a servirme de guía benévolo en una árida y solitaria ascensión, bastante problemática a fe mía, en la que estaba liado. Reconocí *quién* era ese viejo Señor en la mañana del día siguiente al que tuve ese sueño y escribí su relato. (Igual que el de otros dos sueños que lo acompañan y que, junto a él, forman una trilogía básica). Ese descubrimiento fue vivido como una revelación súbita, que me llenó de un gozo exultante,
60 e inmediatamente me insufló una nueva energía. Una vez ◊reconocido el Soñador, no me ha surgido ninguna duda al respecto ni entonces, ni después. Y a la vez supe que por ese Sueño en que Él vino en persona, el Soñador me hacía comprender que en mis manos estaba tomarLe como un Guía infatigable y seguro, en mi azaroso y solitario viaje en que avanzaba a tientas, sin saber bien si debía empeñarme en contra de todo, y aún menos a dónde me llevaba... Esa señal que me hacía el Soñador me hizo comprender de repente la suerte tan loca, la suerte tan inaudita que se me ofrecía, seguramente desde siempre, pero que no había sabido ver ni captar plenamente hasta entonces, ¡ni de lejos!

Ciertamente, no era cuestión de desperdiciar una suerte tan extraordinaria. Tuve entonces un impulso de confianza total, de alegría agradecida, y una *elección*: ¡en adelante, seguiría a ese Guía providencial!

Creo poder decir que esa confianza absoluta, esa *fe* sin reservas, después nunca ha sido desmentida. Pero también es cierto que en los siguientes años, estuve lejos de estar a la altura de mi elección, y ahora todavía estoy lejos. A menudo me he limitado a escuchar con un oído distraído lo que Él me decía una y otra vez con insistencia y con una paciencia inagotable. Pero lo que limitaba sobre todo el alcance práctico de esa elección, creo, es que seguía dedicando a la reflexión matemática una parte considerable de mi energía[39]. Al menos podría decir que en los tres grandes periodos de meditación por los que he pasado desde entonces, mi trabajo realmente ha consistido, poco más o menos, en sondear poco a poco lo que el Soñador me decía noche tras noche, o si no, a volver sobre ciertos sueños de los años anteriores, evocados por los que acababa de recibir.

Verdaderamente es raro que a pesar de esa especie de "familiaridad" con el Soñador (si aún me atrevo a aventurar tal expresión...), a pesar de esa estrecha e intensa relación, haya persistido
61 en prohibirme (tácitamente al menos) ◊plantear la pregunta, que sin embargo parecía imponerse:

[39]No recuerdo haber tenido un sueño que me haya sugerido que esa importante dedicación matemática era tiempo perdido. Desde el punto de vista de mi itinerario espiritual, creo que era una especie de "mal necesario", para conducirme de manera insospechada a una confrontación con mi pasado de matemático, y con el espíritu de los tiempos en el mundo científico actual. Esa confrontación es la que se persigue, durante casi dos años seguidos (y en más de mil páginas), con la escritura de Cosechas y Siembras.

¿pero *quién* es pues el Soñador? Seguía, en suma, acantonado en la actitud "utilitaria" antes descrita: tenía un Guía incomparable, sabía que podía confiar totalmente en él – eso bastaba. Al menos a nivel consciente, donde la consigna seguía siendo: ¡sobre todo nada de cuestiones "metafísicas"!

A nivel subconsciente, en incluso ya con la existencia del Soñador fuera de cuestión, era más o menos como antes: una especie de bruma indecisa, un batiburrillo confuso, que nunca me dignaba examinar. La "voz cuchicheante", ella, al menos estaba clara en un punto: El Soñador *no* es una parte de mí mismo, de mi psique – la parte "más creativa" digamos, lo que a veces también llamaba "el niño en mí". Yo Lo sentía verdaderamente *distinto* de mí, aunque sólo fuera por Sus prodigiosos medios, que superan infinitamente los que me conozco. En absoluto podía tomarlos como "los míos", ni siquiera atribuyéndolos (por el bien de la causa) a un "Inconsciente profundo" más o menos hipotético[40], al que la mirada consciente jamás tuviera acceso directo. En cuanto a la "voz de la razón", daba a entender que realmente aquí no había ninguna razón para buscarle tres pies al gato. Después de todo, los sueños tenían lugar en *mi* psique, ¿no? Y además, era bien conocido que el Inconsciente se las daba un poco de creativo, no había que creerse que era un vulgar estercolero o el cubo de la basura, como Freud parecía creer...

Debía haber oído hablar un poco de C.G. Jung; que el tema ya estaba archivado, que había ese famoso Inconsciente. Y he aquí que me topo por el mayor de los azares, todo hay que decirlo, con la Autobiografía de ese mismo Jung[41]. Como interesante, era interesante, y Dios sabe si se
62 trataba del Inconsciente, y bien rodeado de ◊vibraciones "numinosas" – ése es, en griego o en latín, el término correcto[42] que ahora reemplaza a las expresiones en desuso y de encantadora ingenuidad como "sagrado", "religioso" o "divino". Ese Inconsciente, comprendí entonces, había reemplazado al buen Dios de los buenos viejos días. Cierto es que en nuestros días y entre sabios distinguidos y humanistas, ese pobre buen Dios ya es simplemente insoportable. Incluso para un buen cristiano y cuando se es alguien, verdaderamente no es serio hablar de Él (o se hace en griego o en latín, o mejor aún en sánscrito, chino o japonés...). Mientras que el Inconsciente, según había probado Freud (pero cuanto menos se hable de eso mejor...), era de lo más *científico*, ¡magnífico! ¡Nadie podía pretender lo contrario, no!

Dios sabe que yo "ardía", en ese momento. Verdaderamente hacía falta que me empecinase para que no hiciera entonces una comparación, y encontrara la respuesta ya preparada (¿y que tal vez había "sabido desde siempre"?), a la pregunta informulada: ¿quién es pues el Soñador? Ya dudaba mucho de que el Soñador estuviera presente y bien despierto ¡sólo en los momentos en que duermo y sueño!

Si me hubiese planteado entonces esa pregunta, ¡no es posible que no cayera sobre la respuesta evidente, la que se imponía! Pero en mi espíritu (como seguramente en el de muchos otros) ese tipo de cuestión era incluso *cuestión prohibida*: ¡lo siento, no merece la pena insistir! Pasemos a las cosas serias. El Inconsciente y todo eso...

22. Reencuentros con Dios – o el respeto sin temor

[40] Con el término "hipotético" no pretendo poner en duda la existencia de dicho "Inconsciente profundo", sino solamente subrayar que parece casi imposible hacerse una idea que no sea "hipotética" sobre su naturaleza y su conformación. Una primera y quizás principal dificultad, sobre la que tendré que volver, es llegar a "apartar" lo que, en la actividad de las capas profundas, proviene de Dios, y lo que proviene de la psique. Quizás forme parte de los designios de Dios que el espíritu humano deba permanecer en una ignorancia casi total al respecto. Compárese con las reflexiones de la nota al pie de la página 16 en la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^o 7).

[41] Se trata de ese "mayor de los azares", y de las primerísimas impresiones de la lectura, en CyS III, al principio de la nota "El Hermano enemigo – o el traspaso de poderes (2)" (nota 156).

[42] La palabra "numinosum" (de la que deriva "numinoso") se encuentra en el copioso "Glosario" del final de la Autobiografía, que recoge y explica los términos del vocabulario de Jung necesarios para la comprensión del libro.

(1 y 2 de junio) Al terminar ayer, exageré un poco cuando pretendía que hace años ya que la respuesta a la pregunta "¿quién es el Soñador?" tendría que haber sido evidente para mí. Lo que es seguro, es que si realmente me la hubiera planteado y hubiera reflexionado una tarde, no habría podido dejar de caer, si no en la respuesta "que se imponía", al menos en la nueva *pregunta* que se imponía: "¿No será el buen Dios en persona?". Verdaderamente era *ésa* la idea
63 natural, visto el punto en que me encontraba ◊en mi experiencia del sueño. Una idea atrevida, sí, y tentadora. Pero hasta el pasado mes de octubre aún no sabía suficiente para poder hacerme una idea de si esa "hipótesis" (¡ya estamos!) era razonable o no. Y fue un mes más tarde, bajo el aflujo de mis sueños y sin buscarlo, cuando llegó la respuesta sin que tuviera que plantearme la cuestión.

En ese momento, aparentemente la cosa no me parecía suficientemente importante, como para detenerme en ella y examinar más de cerca la convicción íntima repentinamente aparecida. Hay que decir que me tenía en vilo la escucha, durante días, de lo que me decía el Soñador. Me contentaba con sacar el mensaje principal de cada sueño (si es que lo conseguía), sin siquiera tener tiempo de pararme en las asociaciones que me parecían marginales (¡incluso "metafísicas"!). Pero desde finales de diciembre, la acción de Dios en mí, por medio de los sueños, llegó a ser tan patente, que sin haber tenido que examinar mi convicción todavía muy reciente, ésta se había convertido en certeza, o mejor dicho, en un *conocimiento*. Un conocimiento tan irrecusable como el que me había llegado diez años antes, también por medio de un sueño, en ese día que después me ha parecido el del "reencuentro con mi alma". Esta vez, era el "reencuentro con *Dios*". O mejor dicho, quizás, el *encuentro con Dios*, reconocido esta vez como Aquél que Él es. Es mi primer encuentro en mi presente existencia terrestre, y (según he creído entender por uno de mis sueños, a principios de febrero), también el primero en la larga sucesión de mis nacimientos pasados[43]...

Pero me anticipo. Hay que decir que, antes de ese encuentro aún reciente, para mí "Dios" era algo bastante lejano, por decir poco. Era muy raro que pensase en él, y antes del primer reencuentro, hará once años (cuando me acercaba a mis cincuenta años), eso no me ocurría prácticamente nunca. No tenía la impresión de haber tenido nunca relación con Él personal-
64 mente, o que Él se interesase en mi modesta persona, ni ◊en la de ningún otro. Por supuesto, sabía que había personas que se consideraba que se habían comunicado con Dios de una manera u otra. Había oído hablar de los profetas de Israel, que se atrevían a decirles cuatro verdades a los poderosos de la tierra, en nombre del Eterno. Eso al menos, ¡eso tenía gracia! Pero no estaba muy seguro de hasta qué punto se le podía dar crédito, a todo eso, aunque, a menudo, la buena fe de los testigos era claramente incuestionable. Jamás había hecho el esfuerzo de hacerme una idea al respecto, de aclararme al respecto. A decir verdad, no tenía la impresión de que verdaderamente eso me concerniera.

Tendré que volver de manera detallada sobre la historia de mi relación con Dios, y de la idea que me hago de Él. Siento bien que el sentido mismo de lo que tengo que decir sobre Él, y el crédito que se pueda conceder a mi testimonio, son inseparables de todo un contexto, del que esa "historia" es quizás su principal ingrediente. Sin contar con que el sentido mismo de esa afirmación que estoy comentando largamente y que desearía aclarar: *"Dios es el Soñador"* – que ese sentido depende ante todo, por supuesto, del sentido que se dé, o que *tú* des, a "Dios". Pero ya haría falta que intentase comunicar, lo mejor que pueda, el sentido que él tiene para

[43] Si antes he hablado de *"reencuentro"* con Dios, fue pensando en una intimidad pasada con Dios que no se sitúa en mi actual viaje terrestre, ni en ninguno de los anteriores, sino en el limbo de la eternidad, fuera de todo conocimiento humano, cuando el alma, aún increada o apenas creada, aún estaba íntimamente unida a Dios. No he tenido revelación sobre el estado original del alma antes de sus periplos terrestres. Pero tengo la convicción de que el relato bíblico del jardín del Edén, y los mitos similares que se refieren a un "estado original" paradisíaco, son reflejos de un arquetipo universal, anclado en la psique de todos los hombres. Ese arquetipo sería el "recuerdo" del estado original del alma, antes de que ella se arrancase o fuera arrancada de esa intimidad con Dios, para ser lanzada en la larga y dolorosa aventura del conocimiento, cuyo término sería el retorno a Dios.

mí, ¡el portador del mensaje! Y ese sentido no puede separarse de mi historia espiritual, y en primerísimo lugar, de la historia de mi relación con Dios.

Por el momento, sólo quisiera subrayar que, en cuanto a mi relación con el *Soñador*, y todavía hasta el mes de noviembre del año pasado, ésta estaba muy lejos de situarse en las tonalidades que comúnmente se pensaría en llamar "religiosas". Al menos nunca se me habría ocurrido llamarla así, no más después de mi primer "encuentro" con el Soñador "en carne y hueso" (del que hablé ayer) que antes.

Es cierto que tenía una confianza absoluta en él, una fe total, que hubiera sido impensable que pusiera en una persona, no más a mi propia persona que a cualquier otra. Era la fe que el niño pequeño tiene en el amor y en la fuerza y las capacidades de su padre (al menos cuando todo "va bien" para él, lo que a veces ocurre...). El padre es a la vez muy cercano, y muy fuerte, muy poderoso. Esa fuerza del padre no tiene nada de inquietante, de amenazador – es casi como si también fuera *tu propia* fuerza; una fuerza bienhechora, benéfica, extraña a toda violencia, de la que tú eres el heredero tácito, que oscuramente sientes latir ya en ti, pero a tu propia medida
65 de pequeñajo. Esa era, en lo esencial, mi relación con mi padre, en los ◊cinco primeros años de mi vida[44]. En ella no había ningún temor. En ningún momento de mi vida tuve miedo de mi padre.

Y así era también mi relación con el Soñador. Con la diferencia de que yo sabía que mi padre era falible, aunque lo sintiera poderoso y rico en conocimiento cierto. Pero jamás sorprendí al Soñador en fallo. A menudo no estaba de acuerdo con Él, pero creo que bien sabía, en mi fuero interno, que Él tenía razón. A la vez un instinto me decía que no se trataba de que le "diera la razón" pasivamente, y que en modo alguno me hablaba Él con esa intención en los sueños, sino para que me diera la molestia de confrontarme. Y no fallaba nunca – y cuando rascaba un poco bajo la superficie, descubría (con el placer del que ve abrirse ante él una comprensión nueva) que Él estaba acertado. Por esa penetración, de una seguridad infalible, el Soñador era muy diferente de mí, y también (de eso no tenía la menor duda) de cualquier otra persona del mundo, desde que hay hombres sobre la tierra.

Y sin embargo, a la vez me sentía muy cercano. Podía ser mi padre, igual que podía ser mi hermano mayor, o una traviesa hermana mayor. Su autoridad, a veces maliciosa, jamás era una coacción, sino siempre puro don, sin ninguna obligación de aceptación por mi parte, ni de gratitud. Es por todo esto por lo que la famosa "voz de la razón" podía insinuar que en el fondo, el Soñador, no era más que una parte de mí, la parte "ignorada" por así decir. (Eso equivalía pues a decir que en el fondo, yo era un "infalible" ignorado – ¡sólo faltaba eso!) Cuando me expreso sobre Él en las notas de meditación, después del "Encuentro" (del que hablé ayer), ni se me hubiera ocurrido poner mayúsculas en "él" y "su". Incluso cuando finalmente supe *quién* era Él, pasó tiempo antes de que pensara en ponerlas, las mayúsculas, e incluso estuve algo indeciso durante un tiempo. ¡Aún me sentía tanto en un "tú a tú" con Él! Lo que es seguro, es que jamás he tenido el menor temor ni del Soñador, ni de Dios, y me extrañaría que lo tuviera alguna vez. (Sin pretender no obstante predecir el futuro...) No he visto Su cólera e ignoro si la he suscitado o si lo haré. Bien sé que Su poder es infinito, y que a veces Él castiga los cuerpos o los aniquila. Pero el pensamiento de Su cólera no me asusta. Pues también sé que Su cólera no borra Su amor, y que vigila, como algo muy preciado, lo que en cada uno de nosotros ha de permanecer intacto... (^{10}).

66 ◊En cuanto a las mayúsculas, he terminado por obligarme y habituarme a ponerlas, incluso en mis notas personales. Me he dicho que frente a Dios e incluso en los momentos en que Lo sentimos muy cercano, no puede haber exceso de respeto, y que (salvo para el niño pequeño) los aires de "familiaridad" no son de recibo. Y más aún en los textos destinados a ser publicados. Pues el respeto a Dios, al igual que el respeto al hombre, hecho a Su imagen, y a su alma, se ha degradado de manera espantosa. Incluso los "creyentes" de hoy en día ya no se atreven a tomarLo

[44] Hablo de forma más detallada de esos cinco primeros años, en CyS III, "La inocencia" (nota n^o 107).

en serio, se diría, y constantemente parece que imploran la indulgencia de las gentes "ilustradas", en nombre del humanismo, por obstinarse todavía en un anacronismo tan flagrante[45].

23. No hay más que *un* Soñador – o el "Otro yo mismo"

(9 y 10 de junio) Es hora de que al fin vuelva al hilo de la reflexión, o más bien, al relato de un descubrimiento, interrumpido (desde hace una semana) por digresiones imprevistas[46]. E incluso las dos secciones anteriores también, me parecen casi como digresiones en cierto propósito, anunciado (hace once días) en la sección "Hermanados en el hambre". Me disponía a explicarle el sentido del "pensamiento maestro": *"Dios es el Soñador"*, a un lector que no tuviera ninguna experiencia viva de Dios, para el que, quizás, "Dios" no fuera más que una palabra, vacía de sentido, o incluso una "superstición" de una edad "prelógica" actualmente muy superada (¡gracias a Dios!) por el impulso triunfal del pensamiento racional y de la Ciencia. Tengo viejos amigos que se tapan los oídos con aire entristecido cuando oyen pronunciar palabras tales como
67 "Dios", "alma", e incluso "espíritu". ◊No sé si leerán mi testimonio. Pero también escribo para ellos, con la esperanza, ¿quién sabe? de que tal vez sacuda una visión de las cosas demasiado bien (y durante demasiado tiempo) asentada...

También me disponía a reformular la idea maestra, de manera que tuviera un sentido comprensible, no sólo para unos pocos, sino para todos. Se trataba pues, en suma, de "eliminar a Dios de mi proposición". Eso fue el 30 de mayo. Pero desde ese día hasta hoy, como a mi pesar, arrastrado por las asociaciones que se sucedían a lo largo de las horas y los días, ¡prácticamente no he hecho otra cosa que hablar de Aquél mismo que se trataba de eliminar! Se diría que es una obsesión, y seguramente con razón. En el pasado fui un "obseso" de las matemáticas, y todo el mundo amablemente me daba palmaditas en la espalda diciéndome que eso estaba muy bien. Cuando después fue la meditación, eso representó un fastidio – ¡¿me quiere usted decir a qué se parece eso?! Ahora que es Dios, es mucho peor – ¡un matemático que se pone a tener revelaciones! Loco de atar, sí...

Al empezar a escribir este libro, no me imaginaba hasta qué punto Dios estaría por todas partes, en las líneas y entrelíneas. Quería ser diplomático, enconderLo en mis mangas (más anchas de lo que se supone...), para sacarlo hacia la mitad del libro con aire inocente, cuando menos se lo espere uno, como una "conclusión" imprevista al final de una larga demostración. Pero no hay nada que hacer. Ese Gran Invisible, una vez que se da a conocer, ¡no se deja esconder así como así! Y (debería haberlo sospechado) Él se ríe de las demostraciones.

Terco a mi manera, voy a intentar de todos modos volver a mi "eliminación", y ver que da de sí. Pero de nuevo con un sesgo "subjetivo", partiendo de mi propia vivencia, en mi relación con el "Soñador".

Según he dicho una y otra vez, bien me daba cuenta, desde el principio, de que el Soñador – Aquél que se me manifestaba por los sueños – era infinitamente más fuerte que yo. Decididamente era "Otro", aunque me sintiera muy cercano a Él. Todo lo que yo sabía, Él lo sabía, todo lo que yo percibía, Él lo percibía – pero con una profundidad, una agudeza, una vivacidad, una

[45] He observado tal ambigüedad respecto de su fe, como si ellos mismos no pudieran decidirse a tomarla verdaderamente en serio y en el fondo se avergonzaran de obstinarse aún, sobre todo entre los "creyentes" instruidos. En modo alguno es peculiar de los cristianos, sino que parece extenderse a todas las confesiones religiosas sin excepción. Aparte de casos aislados, ya no deben quedar más que las gentes de las capas más pobres de la población de los países subdesarrollados no socialistas, que no hayan sido afectadas por esa especie de desacralización generalizada de las conciencias. Como el progreso no se para, éste no tardará en dar buena cuenta de esos deplorables vestigios del oscurantismo de la edad prelógica...

[46] Esas "digresiones" han consistido en las dos notas "La pequeña familia y el Huésped" y "Del garrote celeste y del falso respeto" (n^{o}s 1, 10).

libertad de las que yo carecía (igual que carecen todos aquellos que jamás haya conocido...). Además, cuando Él me hablaba en los sueños, siempre era (terminé por darme cuenta) de *mí*
68 del que hablaba, o de cosas muy cercanas a mí[47]. Y en muchos de los materiales que Él ◊usaba para "montar" Sus sueños, yo reconocía impresiones que me habían chocado o rozado los días precedentes, o a veces también, recuerdos de días muy lejanos sepultados en el olvido, y que el Maestro de los Sueños hacía surgir de las brumas.

De todo esto se desprendía la impresión de que el Soñador estaba, en cierta forma, *"ligado" a mi persona*. Era un poco como si hubiera en mí una especie de "otro yo mismo", que tuviera a Su disposición todos mis sentidos y todas mis facultades de percepción y de comprensión, pero que las utilizase con una libertad y una eficacia totales, mientras que yo no vivía (me daba cuenta desde hacía mucho) más que de una porción ínfima de mis recursos. Era pues como un "yo mismo" que hubiera sido liberado de los condicionamientos y de la inercia que hacían de pantalla entre las cosas y yo, un Alguien, en suma, que percibiría por mis sentidos, sensoriales y extrasensoriales, con la frescura de percepción que yo tenía al nacer, y que los integrase en una comprensión, en una visión, con la penetración y la madurez de un Ser que hubiera asimilado la experiencia de millones de años.

Como también he dicho, jamás consagré una reflexión deliberada a la naturaleza del Soñador. Pero mis pensamientos han debido rozar la cuestión aquí y allá, vagabundeando, sin detenerse en ella. Tenía la idea de que en otra persona el Soñador tendría *otra* visión de la realidad que la de Aquél que yo conocía, el cual (presumía yo tácitamente) la experimentaba por mis sentidos. Bien sentía, sin embargo, que esas visiones (sin duda diferentes) no podían más que completarse mutuamente, y jamás contradecirse. Pues una y otra era *verdaderas*, en el sentido más fuerte que se pueda concebir. Y bien sentía, también, que la mirada del Soñador era *"objetiva"*, aunque diera la impresión de mirar con *mis* ojos. Jamás le había visto "tomar partido", ni a favor ni en contra mía, o a favor o en contra de cualquiera. Se limitaba a mostrar las cosas y los seres tal cual son, y siempre en algún aspecto oculto que se me había escapado. Esa "objetividad" no era más que un aspecto de su total libertad, frente a mi persona y a la de cualquiera.

Mi impresión pues, era que la visión del Soñador en mí, y la del Soñador en otra persona, eran visiones igualmente "verdaderas", igualmente "objetivas", de una misma realidad absoluta,
69 pero vista bajo diferentes ángulos. ◊En mi experiencia de los sueños anterior al pasado otoño, nada me habría permitido suponer que el Soñador en mí supiera y viera más que lo que Él podía ver desde ese ángulo particular ligado a mi persona, que Él conociera esa "realidad absoluta" toda entera, desde todos los ángulos a la vez; en otros términos, que en modo alguno estaba "ligado" a mi persona, según había tenido yo la impresión por el hecho de que no sólo me hablaba de lo que me concernía directamente.

Y he aquí ahora el *hecho nuevo* verdaderamente extraordinario, la "buena Nueva increíble", de la que he adquirido conocimiento sin traza de la menor duda: *el Soñador en mí es el mismo que el Soñador en ti, o que el Soñador en cualquier otra persona que jamás haya vivido.*

24. El Creador – o el Lienzo y la pasta

Antes de hacer una apreciación crítica del *fundamento* de esta afirmación tajante (en la que ya no se trata de "Dios"), quisiera primero examinarla más de cerca, a poco que sea, y comentar su *alcance*.

[47] La primera y única excepción a esta regla, entre mis sueños, fue la cascada de "sueños metafísicos" que me llegaron este año entre los meses de enero y marzo. Aunque mi persona esté implicada en todos esos sueños, su mensaje claramente supera con mucho a mi persona, y ante todo concierne a las relaciones entre Dios y el hombre.

En primer lugar: El Soñador en mí (o en ti, lo mismo da) sabe todo lo que alguna persona haya sabido jamás – Y lo sabe, además, de una manera exenta de los innumerables errores debidos a las limitaciones del espíritu humano, tan pesado y tan temeroso ante el conocimiento. Podríamos verLo, por eso, como una especie de *Memoria* gigante, que instantáneamente y simultáneamente tiene a su disposición todas las percepciones, pensamientos, sentimientos, emociones y todas las experiencias de todo tipo que los hombres hayan vivido jamás, desde que hay hombres sobre la tierra. Bien entendido, no obstante, que ése no es el saber inerte de algún gigantesco ordenador, sino un *conocimiento* vivo, una *Mirada* que capta, en sus trazos esenciales igual que en los más finos matices, las complejas relaciones, infinitamente variadas, que ligan en un mismo Todo armonioso , esos innumerables elementos dispersos que acabo de evocar. *Ése* es Su conocimiento, que de alguna manera pone "a mi disposición", con el lenguaje de los sueños; no según mi demanda y mis deseos, es cierto, sino según Su Sabiduría. Y no hay duda de que
70 Él sabe infinitamente mejor ◊que yo, el ignorante, lo que conviene que Él me diga por mi bien en cada momento.

En lo poco que acabo de decir hay, me parece, con qué sorprender el espíritu de cualquiera que no esté totalmente desprovisto de curiosidad filosófica sobre sí mismo y el mundo. Y sin embargo, ese "poco" está aún muy lejos de la realidad. Recuérdese primero que la acción del Soñador en nosotros, y la ayuda que nos concede, en modo alguno se limitan a los mensajes (tan poco escuchados) que nos envía dormidos por medio de los sueños. Él también es esa *voz interior* que en nuestras vigilias (cuando tenemos a bien hacer el silencio) nos inspira dónde está lo *verdadero*, lo esencial, el nervio oculto y el corazón palpitante de la carne de las cosas, entre la masa amorfa de lo dado y lo posible – donde se abre en la penumbra el oscuro regazo que el espíritu debe fecundar... – es Él, la voz de la *"sinrazón"*, mientras nos aferramos con tanta fuerza a lo que es "razonable", "serio", "bien conocido", "fiable". Es Él, el Creador que está en cada uno de nosotros y que nos anima a ser creadores como Él – y Él es al que constantemente rechazamos, igual que rechazamos el mensaje de nuestros sueños.

Pero eso no es todo. Ese Soñador–Vigilante universal, común a todos los hombres, tiene una ciencia que excede infinitamente no sólo a la de cada uno de nosotros en particular, sino también la de todos los hombres juntos, de todos los que jamás han vivido sobre la tierra igual que la de los que vivirán jamás[48]. Todo lo que un ser vivo, sea hombre, bestia o planta, jamás
71 ◊haya "sabido", percibido, probado – Él lo ha sabido, percibido, probado con él, y lo sabe en ese mismo momento y en la eternidad. Nuestros sentidos, y los de la menor hormiga atareada, de la menor brizna de hierba ondulada por el viento o de la ínfima bacteria que se dedica a sus necesidades – son como innumerables y delicadas *antenas* de una misma *Inteligencia* infinita, que conoce íntimamente, a lo largo de los instantes, en sus líneas maestras igual que en sus más imperceptibles detalles, todo lo que hay y todo lo que sucede sobre la tierra – las cualidades

[48] Lo que digo sobre "los hombres que vivirán jamás" es seguramente cierto, en lo que concierne a su "ciencia" sobre la leyes que gobiernan el Universo y de su misma naturaleza, pero no, por supuesto, al conocimiento que un hombre tiene de su propia vivencia momentánea, y de su vida pasada. Esas son, en efecto, cosas sometidas a su libre albedrío, y dependen igualmente, en gran medida, del ejercicio del libre albedrío de muchas otras personas, sin contar la intervención de Dios mismo, que en cada instante es el resultado de "elecciones libres". Esas son cosas que Dios no puede y no quiere conocer de antemano, si no es todo lo más a grandes rasgos.
Para dar un ejemplo preciso: cuando me siento ante mi máquina de escribir, y me dispongo a escribir una nueva sección del presente libro, Dios mismo no sabría decir con exactitud qué texto va a salir de ahí. En la medida en que Él participa con la inspiración, sabe a grandes rasgos de qué se tratará (¡algo que yo mismo sería incapaz de predecir!). Pero en la medida en que no soy un mero escriba de Dios, sino que también participo en la escritura del texto (para lo mejor, y sobre todo para lo peor...), las previsiones de Dios tienen mucha probabilidad de ser incompletas, e incluso de ser totalmente trastornadas por las intempestivas iniciativas del redactor, e incluso de Dios mismo.
De hecho, creo poder decir que el hombre no es en ningún momento "mero escriba" de Dios, aunque lo deseara. Nunca es mero instrumento, sino siempre *compañero*, y a veces "colaborador" de Dios. Creo que el respeto de Dios por el hombre, y por el libre albedrío en el hombre, es tal que en ningún caso y en ningún momento se decide Él a que aquél que le sirve, conscientemente o no, le sirva como esclavo de Su sola Voluntad.

y texturas y movimientos de todos los suelos y subsuelos, de todas las aguas que corren o se remansan, de los aires y los vientos, y de los tejidos vivos de las plantas y de las bestias y de los hombres, y las corrientes de energía que irrigan y dinamizan todo – y las fuerzas maestras igual que los menores movimientos que dirigen implacablemente o que hacen estremecer en la brisa al alma humana, la del menor como la del primero de nosotros. Es *esa Inteligencia*, la *misma*, la que vive y vigila en ti, y en mí, y en cada uno.

Y esa *Ciencia* infinita, ese conocimiento íntimo de todas las cosas no se limita a la superficie y a las profundidades de la tierra y de los aires y de las aguas, a lo que la legión de criaturas con vida puedan percibir y explorar y conocer. Sino hasta los más lejanos soles y a sus planetas y sus orbes, y toda nebulosa en espiral igual que todo átomo que danza y que vibra al unísono con el Universo en los insondables espacios siderales... esos son *Sus* ojos y *Sus* dedos que sondean y escrutan y exploran el Mundo, en su presente y en su incesante devenir, de parte a parte en extensión y en duración, en su altura y en su profundidad, en sus cambiantes formas y en su imperecedera substancia, en su *Orden* inmutable y en el *Soplo* que lo traspasa y lo anima.

¡Y eso no es todo! Esa Inteligencia infinita que nos habla en nuestros sueños y nuestras vigilias, y que en cada instante y de toda la eternidad explora y busca y conoce el Mundo de las cosas creadas, no sólo *conoce*, sino que *crea*. Al tomar conocimeinto, expresa, y al expresar, transforma. Ese *Soplo* creador que atraviesa todo, y que quizás a veces has percibido en sueños,
72 o en ciertos momentos ◊benditos de abandono y de silencio, es *Su* soplo. Y a decir verdad, el Mundo *es* ese Soplo, o mejor: *Su pensamiento* es quien lo ordena, y *Su soplo* quien lo anima. Y la substancia que late a su través y que ante ella labra y estructura el espacio y el tiempo, es Su pensamiento y Su soplo hechos materia y energía, y las criaturas dotadas de alma que la habitan son Su pensamiento y Su soplo "hechos carne" – y lanzados al Universo, cada uno en su aventura propia y única...

¡Y heme aquí de nuevo en el punto de partida! Ese Soñador tan familiar, que nos habla en nuestros sueños y que escuchamos con un oído tan distraído, es *el Creador* del Mundo en que vivimos – ese mundo del que cada uno de nosotros, y toda nuestra especie junta, no percibe y no conoce más que una ínfima parte. Y ese mismo Mundo está en perpetua Creación, es el Pensamiento y el Soplo de *Dios*, el Creador.

El pensamiento creador de Dios Se concerta y actúa, y brota y se ramifica y crece y se despliega en cada lugar y en cada instante, desde toda la eternidad. Es el *Verbo* original, el lenguaje de Dios, del que cada palabra es *Acto* y creación, en el Mundo visible y en el invisible. En cuanto a los siete días de la Creación, no hay duda de que son los "días"[49] en que Él desentrañó de la nada la leyes eternas (espirituales, físicas, biológicas) que rigen el Cosmos y el Universo – cual un Maestro Pintor que prepara con cuidado su lienzo y su marco para un cuadro que se dispone a bosquejar[50]. Cuando el Maestro toma la paleta y el pincel, seguramente en Él hay una intención, una visión, un designio, que de antemano dicen las grandes líneas de la composición que ya se trama. Pero lo que será la Obra, Él mismo no lo sabe, y Se guarda

[49] Hay que contar con que cada uno de esos "días" es del orden de magnitud del millar de millones de años.

[50] Me supongo sin embargo que ese lienzo y ese marco han sido preparados por el Maestro Pintor a la vez que dibujaba a grandes trazos la parte principal del cuadro. Es decir, que Dios ha desentrañado e instaurado las principales leyes físicas y biológicas (si no las leyes espirituales) a medida de las necesidades, de acuerdo con Sus designios (de naturaleza espiritual), principalmente sobre la evolución de la vida sobre la tierra y la eclosión y evolución de la especie humana. Así, pudiera ser que la "puesta a punto" de las leyes físico-químicas más delicadas, y principalmente las que rigen las propiedades del agua, el fuego, o de las macromoléculas de la materia orgánica, no se haya realizado más que a lo largo de los miles de millones de años que marcan los inicios de la aparición de la vida sobre la tierra y del desarrollo de organismos pluricelulares. Pueden compararse estas sugerencias con las reflexiones "El niño y el buen Dios" y "Error y descubrimiento" en las dos primeras secciones de Cosechas y Siembras (CyS, secciones 1 y 2).

mucho de fijarlo de antemano. Pues es una Obra de arte, y no una copia (aunque fuera copia
73 de Sus ◊propios decretos...). Lo que Ella es, Él lo va aprendiendo a medida de que prosigue el trabajo, cada pincelada sobre el lienzo llamando a la siguiente, al servicio de un mismo designio, y siguiendo la libre Voluntad y la Inspiración del Maestro...

Y en el mismo instante en que leas estas líneas, el Maestro está manos a la obra. Su pincel invisible está por todas partes a la vez, dando con destreza pincelada tras pincelada en ese Cuadro infinito en génesis, que Él es el único que ve en todas sus partes, y en su totalidad, con sus tonalidades y con su estructura. Y tú y todos nosotros, los vivos, somos la pasta viva sobre la paleta del Pintor. Si nuestras fueron creadas, y cuándo y cómo aparecieron en el Cuadro, no lo sé. Lo que sé por contra, es que no somos simple substancia, flexible y dócil bajo el pincel que nos amasa, nos forma y nos inserta a voluntad del Ojo y de la Mano del Maestro. Ciertamente, que lo sepamos o queramos o no, somos *instrumentos*, muy a menudo reticentes, en una Mano que tiene todo poder sobre nosotros. Pero, según Su amorosa voluntad, somos instrumentos *vivos*, dotados de libertad, según *nuestra* voluntad, para estar de acuerdo con las intenciones del Maestro, o para resistirnos. ¡La Tela es lo bastante amplia como para abrazar todo! Y la obstinada ignorancia de la pasta y su larga resistencia al pincel no son los trazos menos notables de la Obra en la que colabora, aunque quisiera resistirse.

Así, por el pesado privilegio de la libertad, no somos instrumentos inertes en una Mano que crea, sino los irremplazables *socios* en una Obra cuyo diseño y visión se nos escapan, y en la que sin embargo, en cada instante de nuestra vida y hagamos lo que hagamos, *participamos*.

Todos y cada uno somos los socios elegidos de una Obra que nos supera, las voces concordantes enlazadas en una Sinfonía que engloba y resuelve todas las disonancias. Tal es el sentido de nuestra vida, que tan a menudo parece carente de sentido, tal es nuestra nobleza, que no borra ninguna decadencia ni ninguna ignominia.

El precio de la resistencia al sentido de la vida, al "Tao", el precio de la decadencia, de la ignominia, del miedo a la vida, de la ignorancia – es el sufrimiento. Trabajador infatigable, él es el que con paciencia y obstinación, nos restituye a nuestro pesar esa nobleza que constantemente rechazamos.

En la medida en que estas cosas son entrevistas o sentidas, dejamos también de usar nuestras fuerzas para "desentonar". Y nosotros, que fuimos todos socios *a nuestro pesar* en los designios de Dios, somos todos, y en todo momento, llamados a la gracia de ser sus *servidores*.

74 ◊25. Dios no se define ni se demuestra – o el ciego y el bastón

(11 y 12 de junio) Antes de ayer comencé con la loable intención de "eliminar de mi proposición" cierto "término" (hum...) particularmente mal visto en nuestros días. Ha sido simplemente retroceder para saltar mejor: me he visto arrastrado, por una repentina facundia, a decir del Innombrado mucho más que la lacónica afirmación que pretendía comentar: "No hay más que un sólo Soñador" – e incluso mucho más de lo que dicho Soñador ha querido jamás decirme Él mismo sobre Sí mismo. Con este imprevisto impulso, al final he puesto en mi "paquete", si no todo lo que sé (o creo saber) sobre el Soñador, alias el buen Dios (pues tendría para varios volúmenes), al menos lo que me ha parecido, bajo la inspiración del momento, *esencial* para situarLo. Y muy particularmente, situarlo para aquellos lectores a los que la palabra "Dios" no sugiere nada más que beaterías, oscurantismo, y prohibido "tocarte el pajarito".

Al tocar mis acordes a dos manos, no he creído (¡Dios no lo quiera!) dar una "definición" de Dios. Nada de lo que pertenece al mundo espiritual puede ser "definido", todo lo más *evocado*, por el lenguaje de las palabras o cualquier otro, de modo más menos grosero o fino, más o menos superficial o detallado. Y Dios contiene y engloba el mundo de las cosas espirituales, es su

Fuente y su Alma. Todo intento de decir *quién* es Él, sea por la escritura, o por la voz que habla o que canta, o el lenguaje de los ritmos y de la melodía o el del cuerpo que taconea y que baila, o por las capillas, los templos, los claustros, las catedrales que cantan con la voz secular de la piedra tallada, o por la humilde casucha de la ermita, por el pincel el lápiz el carboncillo el buril, o por el cincel y el escoplo que cincelan y ahuecan y modelan la madera o el jade o la piedra... – todo eso es sólo testimonio, y no es más que un balbuceo. Nos enseñan, a lo más, cómo Dios, y la experiencia y la idea de Dios, se reflejan en el alma del que se expresa – como un pedazo de cristal que refleja el Cielo, con todas las deformaciones debidas a la tosquedad del espejo y a su pequeñez. Aunque pusiéramos juntos los innumerables testimonios, a lo largo de siglos y milenios, de todos aquellos que se han sentido llevados a decirLo, cada uno a su manera, eso no haría aflorar apenas la superficie de el Desconocido, del Inagotable – cual escudillas que se hunden y sacan agua de un Mar sin fondo y sin orillas. Podemos decirLo, a lo más, como la pasta bajo el pincel del Maestro "dice" la Mano que la trabaja, y el Espíritu que anima la Mano.

75 ◊E igual que no se pueden "definir" ninguna de las nociones que expresan realidades espirituales, tampoco es cuestión de "demostrar" nada sobre ellas. En ese plano, la *verdad* no es algo que se demuestra, sino que se *ve* ([13]). Es objeto de un conocimiento que no puede adquirirse por el razonamiento, a partir de su experiencia o de otras verdades ya conocidas[51]. No quiero decir con eso que la sana razón, e incluso el razonamiento, sean inútiles para la progresión en el conocimiento de las cosas de la psique y del alma, muy al contrario. Manejados con habilidad y con rigor a la vez, constituyen un valioso parapeto para evitar que nos extraviemos con los ojos cerrados, y a menudo permiten rastrear errores insidiosos y tenaces. Pero si nos ayudan a reconocer el error, como el bastón del ciego que sitúa los obstáculos en su camino, son incapaces de ver la verdad, y también de reconocerla o establecerla. También pueden ser útiles para hacernos entrever, por vía "lógica", cosas que nos presentan como plausibles, o al menos como posibles y dignas de dignas de ser examinadas más de cerca. No tendríamos ninguna necesidad de ellos, no más que del bastón de ciego, si nuestro ojo espiritual estuviera plenamente abierto y despierto. Dios, estoy convencido (e incluso cuando "hace matemáticas"), jamás razona sino que siempre ve (incluyendo las relaciones que nosotros llamamos "razones", y que encadenamos en los "razonamientos"). De todas formas, todo razonamiento que pretenda *establecer* una verdad o un hecho, sobre la psique o el alma o Dios, siempre es vacío. Cada vez que, en la meditación, he caído en esa trampa tan común de "demostrar", y de dar crédito a una "conclusión" sobre la base de una "demostración" (aunque fuese camuflada...), un malestar me advertía de que iba por mal camino, que estaba a punto de perder el contacto con la realidad de las cosas mismas, para jugar con los conceptos que supuestamente las expresan.

Si ya es así con todo lo que concierne a la psique, aún es más flagrante cuando se trata
76 de Dios. Así, las llamadas "pruebas" de ◊la existencia de Dios, que nos han regalado más de una pluma ilustre, son unas niñerías (por no decir camelos), que han debido hacer reír mucho a Aquél que con tanto cuidado se probaba la existencia[52]. Que el lector no espere pues encontrar en este libro una "demostración" convincente de la igualdad

$$\text{Dios} = \text{Soñador} \quad ,$$

ni siquiera de la más modesta

[51] Todos los místicos (y más aún en las tradiciones orientales que en la tradición cristiana arraigada en "la fe") insisten en la importancia de la experiencia, como única fuente de auténtico conocimiento espiritual. Pero sobrentendiendo que la experiencia (aunque se viva cien mil años) no fructifica más que si es asumida. Hasta que no es asumida, la experiencia no deja de ser repetitiva y se renueva, para pasar a un nivel superior de experiencia, que hay que "asimilar", asumir a su vez, para que no se haga repetitiva, para enseñarnos a nuestro pesar la lección que hemos de aprender en ese nivel de nuestro desarrollo espiritual, antes de pasar al siguiente.

[52] Seguramente, al menos en el caso de algunos, no habrá dejado de hacer oír esa risa en sus sueños, para acompañar así sus valerosos esfuerzos de lógica metafísica. Pero no han debido darse cuenta, y han permanecido serios como convenía a tan seria cuestión...

Soñador en Pedro = Soñador en Pablo .

Pretender "demostrar" tal cosa sería engañar al mundo (que no pide otra cosa...) engañándose a sí mismo. Es inútil que pase a engrosar las filas ya bastante prietas de los que gustan librarse a tales juegos de manos.

26. La nueva tabla de multiplicar

Mi propósito no es demostrar, sino aclarar, testimoniar y anunciar.

Mi primer propósito era bosquejar a grandes rasgos la visión que se ha formado en mí sobre los sueños en general, como ya he comenzado a hacer. No he podido ni podría impedirme hablar una y otra vez sobre Dios – igual que no me podría hacer eco de un diálogo en que he estado y estoy implicado, silenciando al Interlocutor. Por Su acción en mí a lo largo del año pasado, se ha convertido en el Centro omnipresente de esa visión, igual que es el Centro de mi vida, y de mi visión del mundo. Mi experiencia del sueño, al revelarse experiencia de Dios, ha sido finalmente el crisol del que mi persona, y mi visión de las cosas al mismo tiempo, ha salido renovada.

Esto me lleva a mi segundo propósito, el "testimonio": intentar esbozar al menos con
77 trazos gruesos, y "pasar" por poco que sea, lo que han sido ◊mi experiencia de los sueños, y mi experiencia de Dios. El único fundamento de la visión que describo en este libro es esa experiencia. Y ese fundamento, que me ha llegado al anochecer, en mí es seguro e inquebrantable. En la medida en que consiga pasarte algunos efluvios de esa experiencia viva, de esas aguas subterráneas y de ese fuego que estalla, la visión será vida también para ti, y tomará carne y peso. Sólo entonces tendrá ella una oportunidad de estimular en ti, con ayuda del Huésped invisible y benevolente, un trabajo de renovación interior como el que Él ha suscitado y apoyado en mí.

Paso ahora a mi tercer propósito, que me parece que es como un puente entre la exposición de una visión y el relato de una experiencia. Se trata de dar cuenta de algunos de mis sueños, y del trabajo que me ha conducido a una comprensión, más o menos exhaustiva según el caso, de su mensaje. Servirán en primer lugar de ilustraciones concretas para los principales hechos de naturaleza general que expongo en este libro, sobre los sueños. Pero más allá de ese papel de ilustración, algunos de mis sueños, que me han llegado durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, son de un alcance que no sólo supera a mi persona, sino también al interés que pueda concederse a los sueños en general. En un sentido aún más fuerte que los demás sueños, que me revelan a mí mismo, para mí tienen cualidad de *revelación*. Para mí está claro, y algunos de esos sueños lo confirman expresamente, que esas revelaciones me han sido hechas por Dios no sólo para mi propio beneficio, sino para ser anunciadas a *todos* – a todos aquellos, al menos, que se preocupen de conocerlas.

Entre esos sueños, con cualidad de revelación de Dios a los hombres, tienen un papel aparte los que llamo *"sueños proféticos"*. Anuncian el fin brutal y repentino de una era en declive y de una cultura en plena descomposición, y el advenimiento de una nueva era. Yo mismo seré testigo y coactor de esos sucesos, lo que deja presagiar que tendrán lugar en los próximos diez o veinte años a más tardar.

Éste no es lugar para comentar el sentido y el alcance de esos sueños proféticos, y para situarlos, al igual que los sucesos que anuncian, en la historia de nuestra especie y en la óptica de los designios de Dios sobre nosotros. Más bien, quisiera situar aquí el presente libro en relación a los sueños proféticos. La visión que expongo en él, y mi comprensión embrionaria de los sueños y de la naturaleza de los sueños, están fundadas en "revelaciones" que me han llegado por sueños,

78 y sobre la "interpretación" de esos sueños que se ◊me ha impuesto sin posibilidad de duda. Tal seguridad (o tal fe) es, ciertamente, algo muy subjetivo, y puede ser de oro como puede ser de hierro blanco. Y además, por su objeto y por su misma naturaleza, la validez de una de tales visiones no es susceptible de verificación "experimental" en el sentido corriente del término. Piénsese que la validez de una interpretación del más anodino de los sueños "del primero que pasa " no puede ser establecida por esa vía[53] – escapa totalmente a toda veleidad de "prueba". La cualidad de verdad de la visión no puede ser *vista* y probada más que por aquél que esté lo suficientemente avanzado en una auténtica experiencia personal de sus propios sueños y en una comprensión de su sentido, como para poder convencerse "de visu" y por sí mismo. Si hay alguien aparte de mí, lo ignoro.

No veo más que una sola "razón objetiva", que llevaría a dar crédito a esa visión a alguien más que esos hipotéticos "iniciados". Y esa razón, de una fuerza brutal y perentoria, aparecerá mientras aún esté vivo, con el *cumplimiento de mis profecías*. Es esa "sanción por la historia" la que dará un fundamento "objetivo" creíble a unos imponderables tan poco convincentes como el "conocimiento" que pretendo tener, y mi íntima convicción y seguridad en esto y aquello sobre (digamos) los sueños en general, o ciertos sueños (llamados "proféticos") en particular ([14]).

En suma, en mi vejez y para sorpresa mía, heme aquí, a iniciativa de Dios, convertido en mensajero e incluso "profeta". Sin que yo haya tenido nada que ver, Él me ha enviado tales y cuales sueños, y me ha soplado por lo bajo cuál era su mensaje, que a cualquier otro que no fuera yo, quizás, le parecería una interpretación fantasiosa, incluso delirante. Y ni se me habría ocurrido rechazar la tarea con la que cargo: la de *anunciar*. Del mismo golpe y sin dudar, acepto también la consecuencia: a un profeta se le toma en serio, no por su cara bonita, sino cuando sus profecías se cumplen. Y esto tanto más cuanto son importantes.

Son esos sueños proféticos, y sólo ellos, los que me dan una completa seguridad sobre la supervivencia a corto plazo de nuestra especie (que el año pasado todavía me parecía más que
79 dudosa), y sobre el porvenir ◊que nos espera. No sólo habrá todavía una humanidad de aquí en algunos decenios[54], sino que también sé que no estará muerta espiritualmente como lo está ahora. Y es en un ambiente de vida, no entre efluvios de descomposición y de muerte, donde un mensaje como el que llevo sobre los sueños y sobre el Maestro de los sueños, podrá ser *acogido* en el pleno sentido del término: no como un "happening", como un ruido que se añade al ruido, sino como una semilla plantada para germinar y crecer. Durante algunos años, lo que anuncio será sin duda todavía una voz que grita en el desierto – en un desierto lleno de ruido. No soy yo el que tiene poder para ordenar al ruido que guarde silencio, ni para abrir los oídos sordos. Pero llegará el shock de la Tempestad, y los oídos de los que sobrevivan oirán, y los ojos verán. Y lo que era sinrazón, locura y delirio para los padres, será aceptado por los hijos y los nietos como algo evidente.

Será, en suma, como una nueva "tabla de multiplicar"[55], graciosamente proporcionada por el buen Dios por mis buenos oficios. Complementará a la antigua de triste memoria – que nadie, después de Adán y Eva y durante generaciones de escolares agobiados, se había tomado la molestia de verificar...

---

[53] Compárese con las reflexiones de la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^o 13), y de la nota de hoy "Verdad y conocimiento" (n^o 13).

[54] Tengo buenas razones para creer que seremos mucho menos numerosos que ahora. Seguramente habrá golpes sombríos, el 'Día de la desolación"...

[55] Esta comparación con la tabla de multiplicar me ha sido inspirada, entre otras, por uno de mis sueños del pasado mes de octubre. En otros sueños, el trabajo matemático sirve de parábola graciosa en la investigación (a nivel del conocimiento espiritual) en la que actualmente estoy comprometido, y que, por sus dimensiones, su espíritu "fundamentos", y su carácter visionario, está emparentada con mi trabajo matemático de antes. En el lenguaje del Soñador, la nueva obra en la que actualmente estoy comprometido, es vista (¡no sin humor!) como la "nueva Matemática".

80 ◊III EL VIAJE A MEMPHIS[56] (1): ERRANTE

27. Mis padres - o el sentido de las pruebas

(13 y 14 de junio) Había anunciado[57] que esbozaría un relato de mi relación con Dios, y ya es hora de que mantenga mi palabra.

Viví los cinco primeros años de mi vida al lado de mis padres y en compañía de mi hermana, en Berlín[58]. Mis padres eran ateos. Para ellos las religiones eran restos arcaicos, y las Iglesias y otras instituciones religiosas instrumentos de explotación y dominación de los
81 hombres. Religiones e Iglesias estaban destinadas a ser barridas para siempre por ◊la Revolución mundial[59], que pondría fin a las desigualdades sociales y a todas las formas de crueldad y de injusticia, y que aseguraría un libre y pleno desarrollo de todos los hombres. No obstante, como mis padres provenían ambos de familias creyentes, eso les daba cierta tolerancia hacia las creencias y prácticas religiosas de los demás, o hacia las personas religiosas. Para ellos eran

[56](N. del T.) Posible alusión a la novela *A Summons to Memphis* de Peter Taylor, publicada en 1986, en la que un editor de Nueva York recibe dos llamadas sucesivas de sus hermanas pidiéndole que vuelva a Memphis por un asunto familiar urgente. Incapaz de negarse, inicia un viaje al Sur... y a su propio pasado, en el que descubre que las injusticias o crueldades –reales o imaginarias– que le reprocha a su padre "*this was something to be remembered, not forgotten. This was something to be accepted and even welcomed, not forgotten or forgiven" (eso era algo para ser recordado, no olvidado. Algo para ser aceptado e incluso bienvenido, no olvidado o perdonado).*

[57]En la sección "Reencuentros con Dios - o el respeto sin temor", en la que también me explico sobre la necesidad de tal relato de mi relación con Dios.

[58](29 de junio) Hablé de esos primeros años infantiles en Cosechas y Siembras, en la nota "La inocencia" (CyS III, nota n^o 107). Al principio de la siguiente nota "El Superpadre" (n^o 108), digo algunas palabras sobre el crucial episodio de la destrucción de la familia, que tuvo lugar entre junio y diciembre de 1933, cuando estaba en mi sexto año.

En los primeros meses de mi vida hubo un episodio que no evoqué en Cosechas y Siembras, y cuya importancia he tendido a subestimar hasta hace poco. Entonces rehusé alimentarme y estuve a punto de morir. En 1988 pude reconstruir lo sucedido encajando lo que he llegado a saber sobre las circunstancias que rodearon la concepción, el embarazo y mi nacimiento, al igual que mis primeros meses de vida: recuerdos de lo que me dijo mi madre, notas autobiográficas de mi madre, cartas, y más recientemente sueños... Me di cuenta de que mi madre me alumbró a pesar de un rechazo visceral de su maternidad, para probar su poder sobre mi padre (que no deseaba hijos) y como forma suplementaria (si hubiera sido necesario) de atarle. Al nacer, encontré un ambiente de tal violencia que la voluntad de vivir me abandonó, y decidí retornar allí de donde había venido. Tuve la suerte, en el hospital infantil en que me ingresaron in extremis, de encontrar enfermeras cariñosas, lo que me devolvió las ganas de vivir.

Este incidente debió provocar cierto sobresalto inconsciente en mi madre. Como si hubiera ocurrido una especie de milagro que para mí permanece misterioso, pues en los cinco años siguiente y según todo lo que sé, su relación conmigo fue la de una aceptación cariñosa. (Sobre este tema me expreso en la citada nota). Por contra, a nivel consciente ella jamás tuvo la menor sospecha de lo que había ocurrido. Al hablar de este episodio, ante todo estaba orgullosa de haber sabido imponer, mano en alto y todos los pabellones maternales desplegados, mi admisión en el reluciente hospital del otro extremo de Berlín, el último grito de la higiene, la dietética y todo eso. La idea de que no era esa clase de cosas lo que hacía falta jamás le vino, al menos en vida. El pasado febrero tuve un sueño que me enseñó la importancia excepcional de este episodio en el karma de mi madre, al igual que el de 1933.

[59](14 de junio) En mi padre, la fe en la "Revolución mundial", de la que se sentía un apóstol elegido, claramente reemplazaba la fe en Dios. En el siguiente párrafo del texto principal digo algunas palabras sobre la eclosión de esa fe en un medio cerrado en que *nada*, aparentemente, podía predisponerle. Por otra parte, no tengo ninguna duda de que esa vocación misteriosa e irresistible, que ya se apoderó de él siendo niño, y que durante dos decenios actúa como una inspiración poderosa que anima su vida, era una vocación en el pleno sentido del término, es decir, una manifestación de los propósitos de Dios respecto de él. Y se me ocurre que tal vez entre esos propósitos estaba que fuera portador de un mensaje infinitamente más vasto de lo que él jamás hubiera soñado, que sería la prolongación y la plenitud de ese "canto de libertad" que llevaba en él, y que jamás realizó; y que yo, ese hijo cuya venida aceptó con tanta reticencia, en un momento en que ya (y desde hacía varios años) su vocación iba a la deriva, desde entonces estaba destinado a madurar en mí y a anunciar el mensaje que él mismo había rechazado...

personas como los demás, pero que tenían ese defecto, un poco anacrónico hay que reconocerlo, como otros tenían los suyos.

Mi padre provenía de una piadosa familia judía de un pequeño pueblo judío de Ucrania, Novozybkov. Incluso tenía un abuelo rabino. Sin embargo la religión no debió penetrar mucho en él, ni siquiera en la infancia. Desde muy pronto se sintió solidario de los campesinos y la gente humilde, más que de su familia, de clase media[60]. A la edad de catorce años se largó con un grupo de anarquistas que recorría el país predicando la revolución, el reparto de tierras y bienes y la libertad de los hombres ¡había con qué hacer latir un corazón generoso y audaz! Eso era en la Rusia zarista, en 1904. Y hasta el final de su vida y contra viento y marea, siguió viéndose como "Sascha Piotr" (ése era su nombre en el "movimiento"), anarquista y revolucionario, cuya misión era preparar la Revolución mundial para la emancipación de todos los pueblos.

82 ◊Durante dos años comparte la agitada vida del grupo al que se había unido, luego, cercados por las fuerzas del orden y tras un encarnizado combate, fue hecho prisionero con todos sus camaradas. Todos son condenados a muerte y todos salvo él son ejecutados. Durante tres semanas espera día tras día a que le lleven al pelotón. Finalmente es indultado a causa de su juventud, y su pena conmutada por la de cadena perpetua. Permanece en prisión durante once años, desde los dieciséis hasta los veintisiete años de edad, con tormentosos episodios de evasiones, revueltas, huelgas de hambre... Es liberado por la revolución en 1917 y luego participa muy activamente en la revolución, sobre todo en Ucrania, donde combate a la cabeza de un grupo autónomo de combatientes anarquistas bien armado, en contacto con Makhno, el jefe del ejército ucraniano de campesinos. Condenado a muerte por los bolcheviques, y después de que dominaran el país, deja clandestinamente el país en 1921, para aterrizar primero en París (igual que Makhno). Durante esos cuatro años de intensa actividad militante y combatiente, tiene además una vida amorosa bastante tumultuosa, de la que nació un hijo, mi hermanastro Dodek[61].

En el exilio, primero en París, luego en Berlín y después de nuevo en Francia, mal que bien se gana la vida como fotógrafo callejero, lo que le asegura su independencia material. En 1924, con ocasión de un viaje a Berlín, conoce a la que sería mi madre. Flechazo por ambas partes – permanecieron indisolublemente ligados el uno al otro, para lo mejor y sobre todo para lo peor, viviendo en unión libre hasta la muerte de mi padre en 1942 (deportado a Auschwitz). Soy el único hijo nacido de esa unión (en 1928). Mi hermana, cuatro años mayor, nació de un matrimonio anterior de mi madre, que ya se disolvía en el momento del encuentro fatídico.

83 ◊Mi madre nació en Hamburgo en 1900, en una acomodada familia protestante que conoció un inexorable declive social durante su infancia y su adolescencia. Al igual que mi padre, tenía una personalidad excepcionalmente fuerte. Comienza a liberarse de la autoridad moral de sus padres a partir de los catorce años. A los diecisiete pasa una crisis religiosa y se desprende de la fe ingenua y sin problemas de su infancia, que no le daba ninguna respuesta a las cuestiones que le planteaba su propia vida y el espectáculo del mundo. Me habló de ella como de un desgarro

[60] Debo a mi padre el haberse esforzado en suscitar en mí esa misma solidaridad con los desheredados, que tan fuerte fue en él y permaneció viva toda su vida. En su relación con otros, y sobre todo con gente de condición humilde, jamás noté el menor rasgo de arrogancia o condescendencia (lo que, por contra, no era raro en mi madre). Este ejemplo excelente no ha dejado de dar sus frutos, desgraciadamente no a la altura del ejemplo, he de reconocer. En varios sueños que he tenido desde el último mes de octubre, inesperadamente Dios me ha hecho comprender que mis "íntimos", según Él, no son ni mis familiares ni las personas instruidas o de amplia cultura (entre los que tendría tendencia a buscar interlocutores), sino los pobres entre los pobres, representados sobre todo (en la Francia en que vivo) por los trabajadores norte-africanos.

[61] El contacto con mi hermanastro (nacido en 1917 ó 1918) se perdió desde antes de la guerra mundial, y no lo he visto jamás, ni me he carteado con él. He leído sus cartas (en ruso) y las de su madre, Rachil Shapiro, que encontré entre los papeles de mi padre. Sufrían grandes discriminaciones y llevaban una vida muy precaria. Hace algunos años hice averiguaciones durante uno o dos años para encontrar su pista, pero sin éxito. Si está vivo y si este libro cae entre sus manos o las de alguien que le conozca, tal vez acabe por establecerse el contacto, antes de que dejemos este mundo...

doloroso, y (estoy tan convencido como ella) necesario.

Tanto mi madre como mi padre tenían notables dotes literarias. En el caso de mi padre, incluso tenía una vocación imperiosa, que sentía inseparable de su vocación revolucionaria. Según unos cuantos fragmentos que ha dejado, sin duda tenía madera de gran escritor. Y después del final abrupto de una inmensa epopeya, durante largos años llevó en sí la obra por cumplir – un fresco rico en fe y esperanza y pena, y en risas y lágrimas y sangre derramada, recio y vasto como su propia vida indómita y vivo como un canto de libertad... A él le correspondía hacer que se encarnara esa obra, que se hacía densa y pesada y que pujaba y exigía nacer. Ella sería *su* voz, *su* mensaje, lo que él tenía que decir a los hombres, lo que ningún otro sabía ni sabría decir...

Si hubiera sido fiel a sí mismo, ese niño que quería nacer no lo habría solicitado en vano, mientras él se dispersaba a los cuatro vientos. En el fondo él lo sabía, y si dejaba que su vida y su fuerza fueran roídas por las pequeñeces de la vida de exiliado, es que era cómplice. Y mi madre también tenía buenas dotes, que la predestinaban a grandes cosas. Pero eligieron neutralizarse mutuamente en un apasionado enfrentamiento sin fin, vendiendo uno y otro su derecho de primogenitura por las satisfacciones de una vida conyugal engalanada con "un gran amor" de dimensiones sobrehumanas, y del que ni uno ni otro, hasta su muerte, se preocuparon de poner en claro su naturaleza y sus verdaderos motivos.

Después de la llegada de Hitler al poder en 1933, mis padres se exiliaron en Francia, tierra de asilo y de libertad (durante algunos años aún...), dejando a mi hermana en un lado (en Berlín), a mí en otro (en Blankenese, cerca de Hamburgo), y sin preocuparse demasiado de su molesta progenie hasta 1939. Me reúno con ellos en París en mayo de 1939 (al volverse más y más peligrosa mi situación en la Alemania nazi), unos meses antes de que estalle la
84 guerra mundial. ¡Ya era hora! Nos internan como extranjeros "indeseables", mi ◊padre desde el invierno de 1939, mi madre conmigo desde principios de 1940. Permanezco dos años en el campo de concentración[62], después me acogen en 1942 en un hogar infantil del "Socorro Suizo" en Chambon–sur–Lignon, en la zona protestante de la región de Cévennes (donde se esconden muchos judíos, amenazados como nosotros por la deportación). El mismo año mi padre es deportado del campo de Vernet, con destino desconocido. Unos años más tarde mi madre y yo tendremos notificación oficial de su muerte en Auschwitz. Mi madre permanece en el campo hasta enero de 1944. Morirá en diciembre de 1957, a consecuencia de una tuberculosis contraída en el campo.

En los años 36, 37, cuando aún estaba en Alemania, la revolución española alumbró grandes esperanzas en los corazones de los militantes anarquistas. Mis padres participaron en ella y se comprometieron totalmente – ¡la gran hora de la humanidad por fin había sonado! No dejaron el país, para volver a Francia, hasta que no fue irrecusable que la partida estaba, una vez más, irremediablemente perdida. Esta experiencia en su edad madura, y el inexorable fracaso en el que desemboca, dan un golpe mortal a la fe revolucionaria de uno y otro. Mi padre no encontró jamás el coraje de enfrentarse verdaderamente al sentido de esa experiencia, y de constatar el fracaso de toda una visión del mundo, en un momento en que el "gran amor", también él, iba a desbaratarse con un rechinar de dientes. Hasta el fin de su vida, aún seguirá profesando con los labios una fe en la revolución libertadora, que estaba bien muerta. A decir verdad, su fe en sí mismo había muerto unos años antes. Solamente de ella podía sacar el coraje de constatar y asumir humildemente la muerte de la fe en algo exterior a él. Y para reencontrar la fe en sí

[62] La mayor parte del tiempo que pasé internado con mi madre estuve en Rieucros, a pocos kilómetros de Mende – un pequeño campo (cerca de 300 internos) reservado a las mujeres, algunas con hijos. Sólo pasé unos meses en el campo de Brens, cerca de Gaillac, donde fue transferido el campo de Rieucros, y donde mi madre permaneció aún dos años. Esa temporada en los campos fue una ruda escuela para mí, pero nunca he lamentado haber pasado por ella. Lo que allí aprendí, no hubiera podido aprenderlo en los libros. Además nunca se me ha ido la idea de que tales tiempos regresarán, y que quizás tenga que volver a pasar por tales pruebas, pero probablemente peores.

mismo que había perdido, hubiera sido necesario que encontrase el coraje de asumir su propia falta de libertad, sus propias debilidades humanas y sus propias traiciones, en lugar de buscar en los demás la culpa de una revolución perdida, y de engañarse creyendo que la próxima vez "se" hará mejor y será "la verdadera".

85 ◊La fe de mi madre en sí misma permaneció indemne a través de las amargas experiencias del exilio y de las vicisitudes de la vida de pareja[63]. Es por eso, quizás, por lo que encontró en sí misma la simplicidad para admitir, aunque no sea más que en su fuero interno y de manera aún confusa, que los generosos ideales revolucionarios que había enarbolado durante toda su edad adulta, fallaban de algún modo misterioso y esencial. Pero necesitó, después de la prueba de la larga vida en común con mi padre, cuatro años de una prueba muy diferente, sus años de cautividad en el campo, para tener todo el tiempo (¡tiempo a la fuerza!) para verlo más claro.

Cuando al fin vio, supo que desde entonces el sentido de su estancia en el campo estaba concluido. Estaba segura de que su cautividad tocaba a su fin. Y en efecto, aunque su "caso" parecía desesperado e incluso una deportación parecía inminente, fue puesta en libertad poco tiempo después.

86 ◊28. Esplendor de Dios – o el pan y el aderezo

Heme aquí de nuevo al lado del "hilo" que había perdido de vista un poco al hablar de mis padres: la relación con Dios. De nuevo lo retomo en orden cronológico.

En el transcurso de estos últimos meses, tan densos por la acción de Dios en mí, a veces he pensado en cierto suceso de la vida de mi padre que tuvo lugar mucho antes de mi nacimiento, y en el que raramente había tenido ocasión de pensar. Por otra parte jamás me habló de él, ni a ningún alma viviente, salvo a mi madre en las semanas de pasión tumultuosa que siguieron a su encuentro en 1924. Es ella la que me habló de él, unos años después de la muerte de mi padre. Se trata de una experiencia que tuvo en prisión, en el octavo año de su cautiverio (hacia el año 1914). Era al final de un año de reclusión solitaria, que le había valido un intento de evasión durante el traslado de una prisión a otra. Seguramente fue el año más duro de su vida, y hubiera destruido o quebrado o aniquilado a más de uno: soledad total, nada para leer ni escribir ni en qué ocuparse, en una celda aislada en medio de una planta desierta, separado incluso de los ruidos de los vivos, salvo el inmutable y obsesivo escenario cotidiano: tres veces al

[63] Entre 1933 y 1939, trabajando en Francia como ama de llaves y como chica para todo, a menudo al límite de sus fuerzas, ¡mi madre las pasó moradas! En cuanto a las "vicisitudes de la vida de pareja", después de los incesantes enfrentamientos, tan pronto duros como insidiosos y larvados, de los nueve primeros años, se refiere a la destrucción (en 1933) de la familia por abandono de los hijos – querido por ella e impuesto, bajo el estandarte de la gran pasión que santifica todo, a un padre subyugado que termina por decir amén a todo. Al final de ese año, cuando mi madre se apresta para reunirse con mi padre, que se consume desde hace seis meses esperándola en París, aparece como la Triunfadora radiante, que llega para reinar como dueña y señora sobre el hombre extasiado – sobre el héroe de antaño, caído, mimado, despreciado... Esa Apoteosis demencial en la vida de mi madre, que marcó profundamente mi vida y la de mi hermana, al igual que la de mi madre misma y la de mi padre, seguramente señala el punto más bajo que uno y otro hayan alcanzado espiritualmente, durante su última existencia terrestre.

Descubrí lo que ocurrió hace sólo ocho años, en 1979, más de veinte años después de la muerte de mi madre y cerca de cuarenta después de la de mi padre. Fue durante un trabajo intenso sobre las cartas y otros documentos que habían dejado, trabajo que se prolongó ocho o nueve meses seguidos. Ni uno ni otro se preocuparon, al menos durante su vida terrestre, de tomar conciencia de sus propios actos y de lo que había pasado entre ellos. Por mis sueños del último año he sabido que ahora ya está hecho. Supongo que ahora están preparados para reencarnarse (si no ha ocurrido ya), para volver a pasar por una nueva existencia terrestre.

día la breve aparición del guardián llevando la pitanza, y por la tarde una aparición relámpago del director, inspeccionando en persona al "cabeza dura" de la prisión. Cada día se estiraba como un purgatorio sin final. Y tenían que pasar 365, antes de que fuera devuelto al mundo de los vivos, con libros, un lápiz... Los contó, esos días, ¡esas eternidades que debía salvar! Pero al final del 365 ésimo (apenas podía darse cuenta de que era el final de su calvario sin fin...), y aún durante los tres días siguientes, nada. Al final del tercero, a su pregunta "El año ya ha pasado – ¿cuándo tendré libros?", un lacónico "¡Espera!" del director. Tres días después, aún lo mismo. Jugaban con él, que estaba a su merced, pero la rebelión se incubaba, ulcerada, en el hombre acorralado. Al día siguiente, apenas pronunciada la misma respuesta lacónica "¡Espera!", la pesada escupidera de cobre con bordes afilados casi le rompe la cabeza al imprudente torturador – que se echó a un lado justo a tiempo. Sintió el aire en la sien, antes de que el proyectil se estrellara en la otra pared del corredor, y de que cerrara con un portazo la pesada puerta...

Para mí es un milagro que mi padre no fuera colgado allí mismo. ¿Quizás algún escrúpulo
87 de conciencia del director, que "temía a Dios" y que ◊confusamente sentía, por la muerte que le había rozado tan de cerca, que había ido demasiado lejos? El caso es que el joven rebelde fue molido a palos (¡eso era lo de menos!), luego encarcelado con grilletes en un calabozo apestoso, en la oscuridad total, por tiempo indefinido. Un día de cada tres se abren los postigos, y el día sustituye a la sofocante noche. Sin embargo, la revuelta no está quebrada: huelga de hambre total, sin comer ni beber – a pesar del joven cuerpo que obstinadamente quiere vivir; el alma ulcerada, roída por la rebelión imposible y la humillación de la impotencia, y las carnes hinchadas que se desbordan en vidriosas roscas alrededor de las argollas de hierro en las muñecas y los tobillos. Eran los días en que tocó a fondo la miseria humana consciente de sí misma – la del cuerpo y la del alma.

Al final del sexto día de encierro, día de "postigos abiertos", es cuando ocurrió lo inaudito – que fue el secreto más preciado y mejor guardado de su vida, durante los diez años siguientes. Fue una repentina ola de luz de una intensidad indecible, en dos movimientos sucesivos, que llenó su celda y le penetró y le llenó, como aguas profundas que mitigan y borran todo dolor, y como un fuego abrasador que arde en amor – un amor sin límites hacia todos los vivos, barrida y borrada toda distinción de "amigo" y de "enemigo"...

No recuerdo que mi madre tuviera un nombre para designar esta experiencia de otro, que ella me contaba[64]. Ahora yo lo llamaría una "iluminación", estado excepcional y efímero cercano al que refieren los testimonios de ciertos textos sagrados y de numerosos místicos. Pero aquí esta experiencia se sitúa fuera de todo contexto comúnmente llamado "religioso". Seguramente hacía más de diez años que mi padre se había desligado del dominio de una religión, para no volver jamás.

Estoy seguro, incluso sin tener datos precisos, de que este suceso debió transformar profundamente su percepción de las cosas y toda su actitud interior, al menos durante los días y semanas siguientes – días de pruebas durísimas seguramente. Pero tengo buenas razones para
88 creer ◊que ni entonces, ni más tarde, hizo tentativa alguna para situar lo que le advino en su visión del mundo y de sí mismo. Para él no fue el principio de un trabajo interior en profundidad y duradero, que hubiera hecho fructificar y multiplicarse el don extraordinario que le había sido hecho y confiado. Debió reservarle un compartimiento bien separado, como una joya que se guarda en un estuche cerrado, cuidándose mucho de ponerla en contacto con el resto de su vida. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que esa gracia inaudita, que en un instante había cambiado el exceso de miseria en indecible esplendor, no estaba destinada a ser guardada así

[64] Mi madre no me habló de la forma tan detallada en que lo relato aquí, e incluso si lo hubiera hecho, no me habría acordado de forma tan precisa. Pero dispongo de un relato manuscrito de una decena de páginas sobre este episodio, que acabo de releer. Fue escrito en 1927, entre mi padre (que no tenía un dominio perfecto del alemán, como lo tenía del ruso) y mi madre.

Véase también al respecto la nota "La firma de Dios", n^o 15.

bajo llave, sino a irrigar y fecundar toda su vida posterior. Era una posibilidad extraordinaria que se le ofrecía, y que no aprovechó, un pan que no comió más que una vez con la boca llena, y que nunca más probó.

Diez años más tarde, por el modo en que se lo confió a mi madre, en la embriaguez de sus primeros amores con una mujer que iba a atarlo de pies y manos, parecía una joya insólita y muy preciada que le hubiera dado en primicia; y cuando mi madre me habló de ella, después de más de veinte años, supe que había apreciado sobremanera, y aún apreciaba, ese homenaje arrojado entonces a sus pies, acogido con solicitud y como un testimonio patente de una comunión total con el hombre adorado, y de una intimidad que ya no tiene nada que ocultar. Y yo mismo al escucharlo, un joven de diecisiete o dieciocho años, lo recibí con una emocionada atención muy parecida: vi, también yo, la *joya* que realzaba aún más para mí el brillo de ese padre prestigioso y héroe inigualable, a la vez que el de mi madre, la única entre todos los mortales que había sido juzgada digna de tener parte. Así, el pan dado por Dios como alimento inagotable de un alma (que tal vez crecería y alimentaría otras almas...) terminó por convertirse en un aderezo familiar, que realzaba el esplendor de un mito muy querido y alimentaba una común vanidad([15]).

29. Rudi y Rudi – o los indiscernibles

(15 de junio) Con cierta reticencia me he dejado llevar a decir sobre mis padres mucho más de lo previsto. Me decía que divagaba, que me alejaba de mi propósito – ¡no ha habido nada que hacer! Quizás después de todo estoy más cerca, de dicho "propósito", de lo que le pudiera
89 parecer ◊a esa reticencia. Sin contar con que mi arraigo en mis padres ha sido tan fuerte que sin duda no sería razonable pretender hacer una reseña, incluso de las más someras, de mi itinerario espiritual sin incluirlos a poco que sea.

El primer rastro concreto de mi relación con Dios del que tengo conocimiento se remonta a la edad de más o menos tres años. Es una especie de tebeo de mi cosecha, garabateado en los márgenes de un libro infantil ("quitado" a mi hermana, supongo que por el bien de la causa). Pongo en ella alguna derrota del buen Dios, en unos altercados con mi padre en que éste claramente es el bueno y gana sin esfuerzo. Sin embargo se me había asegurado que el buen Dios no existía más que en la imaginación de ciertas gentes, y que era un poco tonto creer en eso. Pero, en esos garabatos tan dinámicos, mi padre demuestra de modo irrefutable al buen Dios en persona esa inexistencia flagrante, echándole un cazo de agua en la cabeza, o incluso algo peor. No creo que el buen Dios me guarde rencor (al menos no más que a mis padres, a los que yo no había consultado...) por aquellos juveniles comienzos de un pensamiento metafísico que aún balbuceaba.

En enero de 1934, hacia el final de mi sexto año, soy brutalmente arrojado de mi medio familiar, ateo, anarquista, y marginal por elección, al de la familia convencional de un viejo pastor, en el otro extremo de Alemania. Allí permanecí más de cinco años, con una carta apresurada y forzada de mi madre tres o cuatro veces al año... En mi nueva casa hay muchos efluvios religiosos, que percibo un poco de lejos – alguna visita a un convento, donde hay religiosas de la familia, incluso uno o dos servicios religiosos a los que asisto un poco atónito, y esperando a que se termine. Pero la atmósfera en la casa no era muy religiosa, por decir poco. Lo cierto es que la pareja que me había acogido y tomado cariño tuvo la prudencia (¿o es sobre todo falta de disponibilidad?) de no fatigarme demasiado con historias del buen Dios. Desde ese momento, por otra parte, tuve cumplida ocasión de darme cuenta de primera mano de que la "religión", en las gentes, tiende a reducirse a cierta etiqueta social exhibida con más o menos

insistencia, y apuntalada con una observancia más o menos asidua de un ceremonial que no me atraía particularmente, y que nadie, afortunadamente, quería imponerme ([16]).

El trasplante de un medio familiar a otro, y sobre todo los seis meses, saturados de angustia contenida, que lo precedieron, fueron una prueba muy ruda. Ésa es la época en que el *miedo*
90 apareció en mi vida, pero ◊un miedo que desde el principio ha estado como encerrado detrás de una capa de plomo hermética que se ha mantenido durante toda la vida, como un secreto temible y vergonzoso. Ha sido el secreto mejor guardado de mi vida, incluso conmigo mismo. (No lo descubro más que a partir de marzo de 1980, a la edad de 52 años, conforme voy haciendo el trabajo sobre la vida de mis padres). Tuve la gran suerte de encontrar entonces en el nuevo medio familiar, y en su entorno, personas de buen corazón que me han dado cariño y amor. Mientras que después raramente he encontrado ocasión de recordar a alguno de ellos, seguramente no fue casualidad que la noche misma que precedió a los "reencuentros conmigo mismo" en octubre de 1976[65], fui conducido, por primera vez en mi vida, a hacer una retrospectiva de mi vida y de mi infancia, y a evocar el amor que recibí de ellos. La mayoría de esas personas (veo siete, de las que sólo una está aún en vida) eran creyentes, pero su cariñosa solicitud no iba asociada a ningún esfuerzo de proselitismo. Lo que no ha hecho sino hacerla más efectiva.

Entre esas personas que me rodearon en años difíciles, pongo aparte a una de ellas, Rudi Bendt, del que quisiera hablar. Era un hombre de una gran simplicidad, de condición humilde y de poca instrucción, pero lleno de una simpatía espontánea y activa, incondicional y casi ilimitada, por todo lo que tuviera rostro humano. El amor resplandecía en él tan simplemente, tan naturalmente como respiraba, como una flor exhala su perfume. Todos los chiquillos lo adoraban, y en mis recuerdos lo veo siempre con dos o tres alrededor asociándose a sus múltiples empresas, incluso con toda una retahíla atareada. Los adultos, tocados como a su pesar por el encanto espontáneo y sin pretensiones y por el resplandor que emanaba de él, hacían gala con él de una simpatía medio enternecida, medio condescendiente, y aceptaban gustosos sus servicios y buenos oficios con aires de bienhechores. Estoy seguro de que Rudi, con sus ojos cándidos y claros, bien veía a través de esos aires y de otras poses. Pero no le molestaba que los otros se fatigasen en poner poses y aires de superioridad (incluyendo la familia que me había acogido[66]).
91 La gente era como era, y ◊los aceptaba como eran, igual que el sol nos alumbra y nos calienta a todos, sin preocuparse de si lo merecemos. Seguramente nunca se preguntó cómo es que *él* era diferente de todos los demás. Claramente él se aceptaba igual que aceptaba a los demás, sin plantearse cuestiones (¡sin duda insolubles!). Su vida consistía en *dar* – ya fuera toda clase de vestidos que había recuperado en sótanos y desvanes y que distribuía a diestro y siniestro a quien pudiera necesitarlos, o montones de recortes de papel (¡verdaderos tesoros para los chavales!) de su pequeña imprenta (antes de que los nazis le obligaran a cerrar), un lote de botellas vacías, tarros de cristal para conservas... – las cosas más inverosímiles, que siempre terminaban por encontrar quien se las quedase, para aliviar algún problemilla o alguna miseria. Todo el mundo veía el pintoresco batiburrillo que pasaba por sus manos, que iba a buscar Dios sabe dónde con una pequeña carreta, en cuanto tenía un momento libre, y que redistribuía a quien quisiera. Pero sólo Dios veía lo que acompañaba a ese batiburrillo, llevado por esa voz cantarina y clara y por esa mirada cándida y totalmente abierta – algo silencioso e invisible, mucho más raro y precioso que el oro.

[65] Esos "reencuentros" se tratan desde el principio de la primera sección de este libro, "Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo". Allí hablo también del sueño mensajero que los había suscitado, y sobre el que vuelvo varias veces a lo largo del Capítulo I.

[66] Incluso su mujer, Gertrud, aparentaba tratarlo un poco de "niño grande", y se quejaba de su "debilidad", que hacía que se dejase "explotar" sin vergüenza, y que a veces la obligaba a pararle los pies. Ella forma parte de esas buenas personas que me dieron cariño, y a las que estoy agradecido. Aún vive, dama vieja y ágil de más de 90 años, y nos carteamos regularmente. Fui a verla hace dos años, despidiéndome al tiempo de los lugares de mi infancia que no pienso volver a ver...

Sólo desde que medito sobre mi vida y sobre mí mismo[67], comienza a hacérseme patente la acción en mi vida del amor que me dio en mi niñez, seguramente sin saberlo ni quererlo – acción subterránea, imperceptible, invisible a todos salvo a Dios. Y cuando mido mis actos y mis fracasos (e incluso mis éxitos...) con el rasero de quien él era, siento mi pequeñez – no por un loable esfuerzo de modestia, sino por la evidencia de la verdad.

Lo que primero y más me ha impresionado, al pensar en Rudi durante los últimos diez u once años, es la *ausencia de toda vanidad*. En mi vida rica en encuentros, él es el único que
92 me ha dado ese sentimiento ◊irrecusable y que no puede engañar, que por su misma naturaleza él era ajeno a la vanidad – que en él no había hecho ninguna mella. En cuanto a las gentes que sólo conozco un poco por sus obras o por su reputación, y dejando a parte sólo al Cristo, Buda y Lao-Tse, no veo a nadie que me haya dado esa misma impresión. Y seguramente hay un estrecho lazo entre esa ausencia de vanidad, y ese resplandor. Quizá sean dos aspectos, uno el negativo del otro, de la misma realidad. Hoy en día me inclinaría a creer que el resplandor no es del hombre, sino de Dios en el hombre, del Huésped invisible. Es un gran misterio que Dios, el Todopoderoso, para actuar en el mundo de los hombres, quiera actuar a través del hombre, y parece que no actúa más que a través de él. Allí donde Él resplandece, Él actúa, en lugares secretos a los que sólo accede su Ojo. Y Él resplandece libremente en un ser, en la medida en que éste no opone ninguna pantalla a esa acción de Dios[68]. Pero la pantalla entre la acción de Dios al operar en nosotros y otros, igual que la pantalla entre Dios y nosotros mismos, no es otra que la vanidad. Un hombre me parece "grande" espiritualmente en la medida en que está libre de la vanidad, lo que significa precisamente (si no me engaño): en la medida en que está más cerca de Dios en él. Y también es en esa medida, me parece, en la que su acción en otros, y su acción en el mundo, es espiritualmente benéfica; es decir: esa acción colabora directamente, como si emanase de Dios mismo, con los designios de Dios sobre cada ser en particular, y sobre la humanidad y sobre el Universo en su conjunto.

Es una gracia grande encontrarse en el camino un ser en el que se encuentra realizada, humildemente y a la perfección, la armonía completa y la unidad con Dios que vive en él. Y en mi vida repleta de gracias, a mis ojos una de las más grandes es haber tratado familiarmente, durante unos años cruciales de mi infancia, a tal ser.

He tenido un sueño que trata, como de pasada, de esos seres, representados en ese sueño por un grupo de niños. Son los *"niños en espíritu"*. Habitan una casa en el jardín de Dios,
93 colindante con otra, que he reconocido como la morada de los "místicos", ◊de los enamorados de Dios. Reconozco que aún no distingo muy claramente el papel de unos y otros en los designios de Dios. En todo caso, lo que está claro es que *ellos* son Sus más allegados. Rudi, por lo que sé de él directamente o por el testimonio de otros (su mujer principalmente) que lo conocieron desde su juventud, verdaderamente no tenía nada de místico. Sé que creía firmemente en Dios, incluso pasó en su juventud por un periodo de devoción, quizás bajo la influencia de su mujer. Pero no me acuerdo de haberle oído jamás hablar de Dios, e ignoro siquiera si solía rezar. A decir verdad, creo que no tenía ninguna necesidad. En él no había ninguna distancia entre Dios y él, que hubiera hecho necesario que Le dirigiera una especie de pequeña conversación ([17]).

En la escena final de otro sueño, también uno de los más sustanciosos y truculentos, había

[67] La meditación entró en mi vida algunos días antes que los "reencuentros" evocados más arriba (ver la penúltima nota a pie de página), cuando Rudi ya estaba muerto desde hacía varios años.

[68] Es raro sentir tal resplandor en un adulto – el resplandor espiritual, se entiende, no el del cuerpo o la inteligencia, también raros pero en un grado incomparablemente menor. Por el contrario, a menudo lo he sentido con fuerza en los recién nacidos o en los niños pequeños. Creo que siempre está presente al nacer, e incluso que es percibido por sus familiares. Pero esa percepción casi siempre permanece inconsciente, ahogada desde el principio por el caparazón de ruido y de clichés que aísla al adulto de la percepción de las realidades delicadas y más esenciales.

(1 de agosto) Véase al respecto la reflexión de hoy en la nota "El niño creador (2) – o el campo de fuerza" (n^o 45).

dos señores de cierta edad, sentados en sillones de mimbre uno al lado del otro, en amigable charla – en pleno centro de un animado cruce de una ciudad. Sin embargo lo más notable, a primera vista, es que esos dos hombres de aspecto bonachón ¡tenían todo el aire de ser dos veces el mismo! Era *dos veces Rudi*. Por supuesto, en el sueño parecía la cosa más natural del mundo, y yo iba a quejarme a Rudi y Rudi de ciertas contrariedades que acababan de ocurrirme (Yo, que toda mi vida había sido un antimilitarista feroz, ¡he ahí que en mi vejez me había dejado enrolar en el servicio militar! Y Rudi, además, que lo encuentra muy natural y que me dice que he hecho bien...)

Al trabajar sobre esta escena del sueño, después de un momento de perplejidad, supe que uno de los dos era Rudi, y el otro el buen Dios[69]. Pero no hubiera sabido decir quién era quién (¡y eso sin duda no ocurría sin intención del Soñador!). *Eran indistinguibles.*

94 ◊30. La cascada de maravillas – o Dios por la sana razón

(17 y 18 de junio) Hasta mi decimosexto año, y ciertamente sin haber reflexionado jamás sobre ello, tenía ideas bastante tajantes sobre Dios. Dios era pura invención del espíritu humano, y creer en él era contrario al buen sentido más elemental – seguramente una pervivencia de viejos tiempos, en que servía para dar un aspecto de "explicación" a fenómenos que de otro modo no se comprendían, pero perfectamente comprendidos en nuestros días. Sin contar su papel de coco de una moral convencional que me parecía muy mezquina, y destinada más a perpetuar las desigualdades y las injusticias, que a eliminarlas o a limitarlas. La tenacidad con la que creencias tan irracionales (según yo) seguían aferrándose al espíritu de mucha gente, incluyendo algunos que no parecían estúpidos, ciertamente llamaba la atención. Pero ya había visto mucho de eso, por todas partes, y sobre todo durante los años de la guerra[70]. Bien sabía hasta qué punto el buen sentido, o el más elemental sentido de solidaridad humana o de simple decencia, son barridos cuando chocan con ideas bien ancladas, o cuando amenazan trastornar a poco que sea la sacrosanta comodidad interior. Incluso había sido una ruda experiencia, para mi joven espíritu prendado de la claridad y el rigor, darme cuenta hasta qué punto todo argumento es entonces trabajo perdido, se dirija a la razón o a un sentido de lo humano, a una especie de sano instinto espiritual que bien debe existir en cada hombre (estoy convencido hoy más que nunca), ¡y que tan raramente se escucha![71].

No me había planteado cuestiones sobre el carácter aparentemente universal de la creencia en lo divino, hasta hace dos o tres siglos, y de las instituciones religiosas como fundamento mismo de la sociedad humana. A decir verdad, hasta hace algunos años, mi aprehensión del mundo

[69] La aparición del buen Dios en este sueño no tenía por qué extrañarme. En este mismo sueño interviene además con otras dos caras – la del cabo encargado de instruirme (y cuyos procedimientos no son de mi agrado...), y la del ministro de la guerra (¡sic.!), al que pienso quejarme de la incalificable actitud de su subordinado. Este sueño es del pasado mes de enero. Desde finales de diciembre hasta el final de marzo, Dios aparece en mis sueños prácticamente cada noche aunque sólo sea una o dos veces, bajo una multitud de caras diferentes.

[70] En la Alemania nazi, donde mis padres me dejaron entre 1933 y 1939, ¡no era poco lo que vi! Pero, siendo un niño aún, me desconcertaba menos que como adolescente en Francia, durante los años de la guerra.

[71] Es bueno recordar aquí que incluso en la época de la que hablo, a menudo yo mismo también era sordo a ese "sano instinto espiritual" en mí. Hablo de eso en CyS II "La violencia del justo" (nota n^o 141). Y la sordera espiritual me ha acompañado, bajo una forma u otra, a lo largo de mi vida adulta. No se ha atenuado más que a partir de un primer retorno sobre mí mismo en 1974 (que trataremos más adelante), y sobre todo con la entrada de la meditación en mi vida, dos años más tarde, seguida de cerca por los "reencuentros conmigo mismo" que se han tratado en el Capítulo I.

95 permanecía casi totalmente separada de toda perspectiva histórica, que hubiera podido ◊suscitar en mí tales cuestiones. Y la respuesta a ésta apareció en la estela de mis sueños hace apenas unos meses, incluso antes de que haya tenido el placer de plantearme la cuestión.

Tuve ocasión de encontrar y ver de cerca o de lejos muchas personas creyentes, incluso personas de fe. En el campo de concentración, como mi madre era de extracción protestante, teníamos contacto bastante estrecho con pastores y con miembros de la CIMADE[72], que hacían todo lo que podían para ayudar a los internos de confesión protestante. Más tarde, en Chambon-sur-Lignon, en plenos Cévennes, también tuve amplia ocasión de apreciar la abnegación de los pastores y de la población, sobre todo protestante, en ayuda de los numerosos judíos escondidos en la región para escapar a la deportación y a la muerte. Ciertamente no tenía ninguna razón para profesar desconfianza o desdén a los creyentes en general, y en ciertos casos incluso podía constatar que su creencia daba la impresión de estimular su sentido de la solidaridad humana y su dedicación a los demás. Pero ni en ese momento ni más tarde, tuve la impresión de que los creyentes se distinguieran del resto por cualidades humanas particulares[73]. Bien sabía que hace algunos siglos nadie soñaba en poner en cuestión la existencia de Dios y la autoridad de la Iglesia y de las Escrituras, lo que no impedía en modo alguno las peores injusticias, crueldades y abominaciones de toda clase – guerras, torturas, ejecuciones públicas como diversión de las masas, hogueras, masacres, pogroms y persecuciones innumerables, con la bendición de las Iglesias y como la cosa más normal del mundo y agradable a Dios. Hoy más que nunca, es algo que me parece difícil de conciliar con la santidad de las Iglesias (que permanece igual de problemática para mí), o con la existencia de una Providencia divina (de la que sin embargo ya no tengo la menor duda...).

96 ◊Mi tajante escepticismo sobre Dios, y sobre todo mi desconfianza visceral frente a las Iglesias de cualquier confesión y obediencia, los había tomado pura y simplemente y con los ojos cerrados, desde mi más tierna edad, de mis padres. Pero se encontraban bastante bien confirmados por el espectáculo del mundo a mi alrededor, como para dispensarme de una verdadera reflexión. Nada, en mi experiencia personal y en lo que sabía por otros, me inducía a poner en cuestión mis convicciones antirreligiosas.

La primera brecha, y durante mucho tiempo la única, en esta visión de las cosas cada vez más y más común, tuvo lugar en marzo de 1944, cuando iba a cumplir dieciséis años. Nuestro profe de historia natural y de física en el "Collège Cévénol" en que estudiaba, el Sr. Friedel, había venido al hogar infantil donde entonces vivía para dar una charla sobre *"La Evolución"*. Era un hombre que tenía una notable agudeza para captar y hacer captar lo esencial de una cuestión, o la idea crucial de la que se sigue el resto, allí donde los libros de texto (o los otros profesores) parecía que nunca daban más que monótonos repertorios de hechos, formulas, datos... Adoraba seguir sus cursos, y era una pena que, con esa vivacidad de espíritu y su corazón generoso, no tuviera ninguna autoridad sobre los alumnos. Preferían aprovechar la ocasión de armar bulla con un profesor que no tenía corazón para castigar[74], antes que aprovechar la rara suerte de

[72] La CIMADE es una organización, de inspiración protestante, de ayuda a los refugiados e inmigrantes en Francia. Aún existe hoy en día. Al principio mi madre tuvo escrúpulos en dejarse "asistir" a título de su confesión original, cuando se había alejado de ella desde hacía mucho tiempo, y siempre fue muy clara al respecto. Sin embargo eso no supuso ninguna dificultad, y guardó relaciones cordiales con varios miembros o responsables de la Cimade, hasta el final de su vida. En el campo también había una asistencia por parte de un sacerdote y quizás de laicos católicos, pero nunca tuvimos contactos con ellos.

[73] Compárese con las reflexiones de la nota "La creencia, la fe y la experiencia" n^o 16.

[74] La situación iba de mal en peor, durante los años que fui alumno del Collège Cévénol. El último año era una verdadera corrida (N. del T.: en español en el original), de la que guardo un recuerdo penoso, aunque yo no fuera el blanco. Había tal jaleo que, al final, era imposible seguir el curso, que sin embargo proseguía en medio del barullo contra viento y marea. Fue un calvario poco común del que nuestro profesor, que claramente no había nacido para ser domador de fieras, debió guardar un recuerdo humillante el resto de su vida. Creo que al año siguiente dejó la región para ocupar una plaza en un gran instituto de la región de París, y espero que allí sus notables dotes y sus cualidades humanas fueran mejor empleadas y apreciadas.

escuchar a un hombre que comprendía y amaba lo que enseñaba, y de entrar en diálogo con él. Ahora recuerdo que también tomó la iniciativa de dar una charla, fuera de programa, sobre el tema del amor, y los aspectos fisiológicos y biológicos del amor – tema espinoso entre todos cuando se dirige a jóvenes en la pubertad. Y no era ningún lujo – ahora me doy cuenta de que todos estábamos desorientados sobre esas cuestiones. Seguramente debió darse cuenta, para que fuera por delante de una necesidad.

En esas dos charlas extraescolares, afortunadamente ya no se armaba jaleo, y creo que todos escuchaban con atención. El Sr. Friedel era creyente, y daba sus charlas desde la óptica
97 de su fe. ◊Me he dado cuenta de que a menudo, en tales casos, los presupuestos religiosos hacen el papel de anteojeras, estrechan y limitan lo que se examina, como murallas que un espíritu pusilánime hubiera fijado para encerrarse por precaución[75]. Por el contrario allí la fe, o cierto conocimiento o intuición de naturaleza "religiosa", iluminaba el tema y, lejos de estrecharlo, le daba su verdadera dimensión. Esta es un reflexión que me viene en este momento – entonces debí sentirlo, sin decírmelo conscientemente, ya que mi interés estaba bastante absorbido por la substancia de la exposición.

Era una ojeada sobre lo que se sabía de la evolución de la vida sobre la tierra, desde los orígenes de la tierra misma, bola incandescente que se enfría a lo largo de miles de millones de años, con la aparición de mares en ebullición después, que a su vez se enfrían, y la de los primeros microorganismos marinos, reducidos a una única célula microscópica; luego la evolución de los primeros organismos pluricelulares; la conquista de la tierra firme por las bacterias después, atacando la roca desnuda, luego por los líquenes, creando los primeros rudimentos de humus a lo largo de mil o dos mil millones de años; el desarrollo de una vegetación más y más diversificada y lujuriante, luego el de una fauna que llega del mar y se adapta trabajosamente a la vida con aire; la aparición de los pájaros y la conquista de los aires, la de los mamíferos... – y al final la aparición del hombre[76], el recién llegado...

Con esa exposición tan simple y pegada a los hechos, y tanto más apasionante, comprendí entonces por primera vez cosas esenciales que no decían ninguno de mis libros de historia natural: que la menor célula viva, ya desde el puro punto de vista de su estructura físico-química (sin hablar del soplo de vida que la anima y que la hace perpetuarse y concurrir a su manera a la armonía del Todo...), es tal maravilla de finura, que todo lo que el espíritu y la industria del
98 hombre han podido imaginar y hacer es, ◊en comparación, pura nada. Querer "explicar" la aparición de una maravilla tan milagrosa por las ciegas leyes del azar, jugueteando con las de la materia inerte a la manera de un gigantesco juego de dados, es una aberración parecida, pero de magnitud infinitamente más grande, a la de querer explicar de igual forma una locomotora (o el libro que estoy escribiendo, o un majestuoso concierto sinfónico...), pretendiendo negar la intervención de la inteligencia y la voluntad del hombre, que lo han *creado* en vista de ciertos fines y movidos por ciertas intenciones. En la aparición de la primera célula viva, claramente, había una *Inteligencia* creadora en acción, quizás cercana por su naturaleza a la inteligencia y la creatividad humanas (pues éstas saben reconocerla...), pero que las supera infinitamente, al igual que éstas superan la inteligencia y la creatividad de una hormiga o de una hierba. Y vemos cómo esa misma Inteligencia se manifiesta de modo igualmente irrecusable en cada una de las grandes "innovaciones" que marcan la historia de la vida y su desarrollo sobre la tierra. El organismo pluricelular más rudimentario, la menor esponja marina o el menor coral, por la cooperación perfecta de todas las células especializadas que lo constituyen, contribuyendo cada

[75] Es necesario subrayar que esa "pusilanimidad" del espíritu doctrinario no se limita a las anteojeras "religiosas", sino que seguramente se encuentra por doquier, y en todo caso en los científicos tanto o más que en otras partes.

[76] Como el Sr. Friedel había cometido la insigne imprudencia de decir que para los antropólogos era indiscutible que el hombre descendía del mono, fue severamente amonestado por nuestra directora, que aprovechó la ocasión para defender la integridad de la fe y la autoridad de las escrituras. Los gamberros que éramos disfrutamos, en las semanas siguientes, pregonando por todas partes que el hombre, quién lo hubiera dicho y a pesar (?) de las apariencias, descendía del mono...

una a su manera a la armonía del organismo entero – tal entidad nueva sobrepasa tanto cada una de sus células como éstas sobrepasan los constituyentes que son sus piezas físico-químicas.

Así, se ve la misma Inteligencia en acción, obstinadamente, a lo largo de la evolución de la vida sobre la tierra, prosiguiendo sin descanso durante seis mil millones de años. Interviene de modo irrecusable, al menos, en cada uno de los grandes "saltos" cualitativos, de las "innovaciones evolucionistas", que se inicia, prosigue tenazmente y se logra al fin, durante cientos de millones de años, cuando no son miles de millones. La última en el tiempo de esas etapas, más corta que todas las demás: la aparición del hombre, y los comienzos de su lenta ascensión a un estado verdaderamente humano, prosigue desde hace apenas algunos millones de años y aún hoy está lejos de haberse cumplido... Y a lo largo de toda esa larguísima historia que se remonta al origen de los tiempos, se ve perfilarse una *Intención*, un *Designio*, que permanece misterioso para la inteligencia humana, pero cuya presencia es tan irrecusable como en una empresa humana (donde la presencia de una intención se percibe, incluso cuando su naturaleza exacta se nos escapa a menudo).

Esas cosas, que la sola razón puede captar plenamente, y que se le imponen con la fuerza de
99 la evidencia, entonces eran plenamente comprendidas ◊por mí. Y así han permanecido durante mi vida, sin que nunca haya tenido la menor reserva, la menor duda. Su carácter de evidencia no es menor que el de las proposiciones matemáticas mejor comprendidas y establecidas. Que alguien al corriente de los simples hechos brutos, y principalmente el biólogo, no vea esas cosas patentes, sino invoque el sempiterno "azar" que habría creado tal cascada de maravillas, concurriendo todas en una concordante armonía de una amplitud y una profundidad tan inauditas, es una ceguera que ya desde entonces para mí rayaba en la demencia. Mucho más enorme aún (al menos para la razón sola) que las peores cegueras doctrinales que, con razón, se reprochan a las Iglesias de cualquier obediencia, la Iglesia católica en cabeza. Pero la nueva "Iglesia Cientifista" está mil veces más cegada por su sacrosanta doctrina, irremediablemente petrificada, que todas las Iglesias tradicionales que tan radicalmente ha suplantado.

31. Los reencuentros perdidos...

Creo que la tarde misma en que escuché esa exposición, mi opinión estaba formada, incluso sin tener que sopesar los "pros" y los "contras". O mejor dicho, no era más una "opinión" que lo es un enunciado matemático claro y perfectamente comprendido, y establecido por una prueba clara y perfectamente bien comprendida. La comprensión que entonces aparece no tiene la naturaleza de una "opinión", o de una "convicción", de una "creencia" o de una "fe", sino que es un *conocimiento* en el pleno sentido del término. Recusar tal conocimiento, no confiar totalmente en él, viene a ser abdicar de la facultad de conocer atribuida a todo ser, con lo que quiero decir: la de conocer de primera mano. Nunca he tenido la menor resistencia o duda para separarme de una convicción adquirida en mi infancia – no más que para reconocer un error en matemáticas, en un enunciado o un razonamiento apresurados[77]. Bien sabía que ese "Dios" que
100 se ponía en ◊todas las salsas para hacerLe tragar todo lo que se quisiera, Él era en todo caso esa Inteligencia soberana, infinita, creadora de la Vida y (por supuesto) creadora también del

[77] He señalado a menudo que en tales convicciones, incluso sobre temas que competen a la pura razón y no nos implican personalmente de modo neurálgico, las resistencias a abandonarlas generalmente tienen una fuerza asombrosa. En este tema, parecería que me diferencio del común de los mortales. Por el contrario, hasta el momento en que la meditación entró en mi vida, a la edad de cuarenta y ocho años, las resistencias que tenía para tomar conciencia de lo que realmente pasaba en mí mismo, eran tan fuertes y eficaces como en cualquiera.

Universo entero, y de las leyes que lo rigen[78].

Mientras que hasta entonces me consideraba "ateo", heme aquí cambiando repentinamente de categoría – en adelante, ¡me llamaría "deísta"! Eso se realizó sin tambores ni trompetas, con todas las apariencias del puro azar (¡otra vez él!), aparentemente sin que nada lo hubiera preparado, ni tampoco nada notable lo haya seguido. A decir verdad, yo mismo no le concedía más que una importancia muy restringida. Bien me daba cuenta de que ese Creador que veía manifestarse en grandiosas obras que se remontaban a la noche de los tiempos, distaba mucho del Dios de la Promesa y de la Retribución del que habla el Antiguo Testamento, o del Padre cercano y amante del que nos hablan los Evangelios. En mi experiencia directa nada me conducía a pensar que el Creador, una vez puesta en marcha la inmensa Noria de la Creación, seguía ocupándose de lo que pasaba y participaba por poco que fuera. No veía ningún lazo directo entre mi vida, tal y como transcurría día a día, o la de las gentes que conocía, y una voluntad divina o unos designios divinos – no percibía ningún signo de una intervención de Dios en el presente.

Es necesario decir que yo no buscaba. La cuestión no me intrigaba lo suficiente como para pensar en preguntar al Sr. Friedel sobre su propia experiencia y sobre sus eventuales observaciones sobre el tema. Ni siquiera debí considerar que mereciera la pena señalarle que su exposición había "hecho diana", ¡de lo intrascendente que me parecía! Era, en suma, como
101 si hubiera decidido de antemano que mi vida interior y mi evolución espiritual no ◊se verían afectadas[79]. Ahora me parece que ésta es la manera en que el condicionamiento ideológico proveniente de mis padres tomó su "revancha", del "revés" que aparentemente acababa de sufrir: con ese propósito deliberado y categórico de que el descubrimiento que había hecho no tenía consecuencias para mí, que realmente no me concernía.

A decir verdad, desde antes de ese periodo mi juvenil curiosidad ya se había apartado del mundo de los hombres, tan inquietante a fuerza de decepcionar y de substraerse (parecía) a toda comprensión racional, para volverse hacia el conocimiento exacto de las ciencias, donde al menos tenía la impresión de caminar sobre un terreno firme, y que lograba (me parecía entonces...) la armonía de los espíritus...

En el momento de ese episodio, hacía unas semanas que mi madre acababa de ser liberada del campo, y vivía en libertad vigilada en el pequeño pueblo de Vabre. Al igual que durante su permanencia en el campo, nos escribíamos regularmente, prácticamente cada semana. Para mí era algo que caía por su propio peso, en mi próxima carta semanal informaría a mi madre de que "me había convertido en deísta", sin extenderme demasiado sobre el tema. No fue poca mi sorpresa al enterarme por su respuesta (fechada el día de mi decimosexto cumpleaños) que ella acababa de pasar por una especie de "conversión"[80] similar, ¡apenas hacía unos meses! No me había dicho ni una palabra antes, porque esperaba la ocasión de hablarme de viva voz, temiendo que lo hubiera comprendido mal; sin duda ella era la última en la que me hubiera esperado tal viraje. Aún en las semanas que precedieron a ese cambio inimaginable, ella misma no hubiera

[78] No obstante aquí conviene hacer excepción de las leyes matemáticas. Esas leyes pueden ser descubiertas por el hombre, pero no son creadas ni por el hombre, ni siquiera por Dios. Que dos y dos son cuatro no es un decreto de Dios, que habría sido libre de cambiar en dos y dos son tres, o cinco. Siento las leyes matemáticas como formando parte de la naturaleza misma de Dios – una parte ínfima, ciertamente, la más superficial en cierto modo, y la única accesible a la sola razón. Por eso también es posible ser un gran matemático, aún estando en un estado de ruina espiritual extremo.

[79] A decir verdad, hasta 1970, es decir durante veintiséis años, no me di cuenta de que realmente había una evolución espiritual delante de mí, que tenía que aprender cosas, e incluso cosas cruciales para conducir mi vida, sobre el mundo de los hombres en general, y sobre mí en particular y sobre mi relación con ese mundo...

[80] El término "conversión" puede inducir a error, a menos de que se entienda en el sentido de "conversión a Dios, por Dios" – pero a ese nivel ¡fue de duración bien corta! Mi madre no se consideraba cristiana. Sin embargo parece que durante cierto tiempo estuvo fuertemente interesada en las Escrituras. Pero ya casi no encontré rastro de ese interés unas semanas más tarde, cuando fui a reunirme con ella en Vabre, ni en los años siguientes, en que viví a su lado la mayor parte del tiempo.

soñado que tal cosa pudiera sucederle – ¡y sin embargo, sí!

He intentado reconstruir lo que le pasó en el momento de esa "experiencia de Dios" (Gotteserlebnis), como ella la llamaba. En mi ayuda tengo el recuerdo, algo vago, de lo que me dijo
102 de viva voz, y ◊tres o cuatro testimonios de su puño y letra, en que la trata por poco que sea. Lo que está claro es que se situaba en un nivel mucho más profundo, y en su vida revestía una importancia muy distinta, que mi propio descubrimiento, que deliberadamente había mantenido en un nivel puramente intelectual. Debió haber en ella un momento de verdad y de humildad, quizás por espacio de unas horas o de unos días, en que "se retiró" sin reservas – en que reconoció que por sus propios medios, y sobre todo con su sola inteligencia, de la que estaba tan orgullosa y que la colocaba (pensaba ella) tan por encima del común de los mortales, ella era totalmente incapaz de encontrar un *sentido* a su vida, que sentía hecha trizas, en un mundo que también se desbarataba en una violencia desenfrenada. Las grandes esperanzas, y la fe en la "humanidad" o en el "hombre"[81], estaban muertas. Pero sobre todo, su propia soberbia se había debilitado. Debió entrever, entonces, que no sólo eran *los otros*, sino *ella misma* quien había fallado a su fe – que si su vida había conocido tantas ruinas (que ella ya no conseguía, a pesar de todos los esfuerzos, ocultarse del todo...), ella misma no era ajena. A lo largo de los siete largos y dolorosos años transcurridos, desde su propia debacle ideológica irresistiblemente desencadenada por la debacle de las esperanzas revolucionarias en España, su orgullo se había revelado contra tal constatación, presentándosela como la negación de una vida entera, como una vergonzosa derrota. En ella ese orgullo estaba inexorablemente servido por una voluntad de acero, tan despiadada con los otros como consigo misma, exacerbada, aliada con la vehemente cohorte de resistencias feroces que obstaculizaban la humilde verdad. Hizo falta el desgaste tenaz de cuatro años de cautividad, la promiscuidad forzada día y noche y en todo instante, la arrogancia y la arbitrariedad de los "oficiales", y el ruido y la peste de los barracones, y las privaciones sin nombre, y el cerco de los grandes fríos, y las incertidumbres sin fin y las alarmas mortales – para que al fin apareciera furtivamente, por espacio de un instante, La que nadie quiere jamás, la malvenida, la temida, la evitada, la muda...

103 ◊Conocí un momento parecido, treinta años después, en 1974. Mi madre había muerto diecisiete años antes, y yo tenía cuarenta y seis – dos años más que los que tenía ella, en su momento de la verdad. Hasta hoy no he hecho esta comparación; y el pensamiento de Dios, por lo que recuerdo, ni siquiera me rozó entonces[82]. Sin duda fue porque entonces aún no había tenido verdaderamente el sentimiento de lo divino, el de una verdadera *presencia de Dios*, que hubiera podido llamar a mi memoria, y recordarme o sugerirme a la vez, al lado de la constatación sin reservas de mi profunda debilidad, la presencia de una realidad espiritual inmutable, de una Fuente permanente de verdad, de amor, cuya sola existencia compensa y rescata, o suple de alguna manera misteriosa toda debilidad humildemente reconocida, sin fingir ni esquivar... O

[81] Cierto es que esa "fe en el hombre" que mi madre profesaba desde su adolescencia era bastante abstracta, y más bien de la naturaleza de una opción generosa e idealista que de la de una verdadera simpatía, como la que había animado a mi padre (y que había ¡ay! declinado durante su vida en común). Esa "fe" de mi madre recubría bien a menudo un desdén altivo y casi universal, profundamente enraizado en la imagen que tenía de sí misma, y del que jamás hizo constatación.

[82] Sin embargo, después de escribir estas líneas, me ha venido el pensamiento de que en los mismos días en que tuvo lugar ese "instante de verdad" en mi vida, fui contactado por primera vez por uno de los monjes budistas, del grupo nichirenita "Nihonzan Myohoji", de Nichidatsu Fujii Gurujii. (Véanse CyS III, "Nichidatsu Fujii Gurujii – o el sol y sus planetas", nota n^o 160, y la siguiente nota, "La oración y el conflicto".) Ese encuentro marca también el inicio de mis estrechos contactos, y esta vez en el terreno de una fe y una actividad militante de inspiración totalmente religiosa, con hombres y mujeres que seguían una vocación religiosa. Aunque evitaba ver las cosas bajo ese aspecto, era "lo divino" que comenzaba a entrar entonces en mi vida, por medio de esos seres que sentía fraternalmente cercanos, sin compartir por ello su fe. Al pensar ahora en eso, lo veo como la continuación natural de la "experiencia de Dios" que se había iniciado treinta años antes, y a la que entonces di fin. Había olvidado a Dios, pero claramente, Dios no me había olvidado. Él se me manifestaba a Su manera, el día en que por fin yo había dado un primer paso decisivo y en adelante estaba dispuesto, por poco que fuera, a acogerLo...

quizás simplemente en un caso Dios eligió darSe a conocer por Su nombre a la que ya Lo había conocido un poco en su infancia, para olvidarLo enseguida; mientras que en el otro Él eligió callarSe. Sin embargo eso no impidió que entonces se desencadenara y prosiguiera un trabajo interior, por modesto que fuera, que seguramente contribuyó a preparar los logros decisivos que iban a realizarse dos años más tarde, y de los que he hablado en otra parte[83].

Pero en el momento del que hablo, cuando mi madre me habló del sentido que para ella
104 habían tenido sus reencuentros con Dios, yo estaba muy lejos de tener la madurez ◊necesaria para sentir de qué se trataba. Lo que estaba claro es que en modo alguna era del mismo orden que mi descubrimiento-relámpago, archivado apenas lo había hecho. Mi madre me aseguraba que todo lo que hasta entonces le había parecido bien conocido de repente cambió de apariencia, se volvió como nuevo, por el sólo efecto de la nueva iluminación dada por el nuevo pensamiento: "Dios" ; que un mundo que para ella se había roto en mil pedazos (es cierto que nunca me lo había dado a entender...), se reunía para constituir un Todo nuevo totalmente diferente; que para ella fue una profunda alegría reencontrar un *sentido de la vida* que parecía desaparecido y perdido sin retorno, y poder reemprender a cero un trabajo de reorientación de gran envergadura, sobre bases nuevas y en adelante inquebrantables[84].

No era una simple euforia, eso está bien claro. En absoluto habría sido ése su estilo, y sobre todo no en esos registros – y sería algo, también, que yo no habría dejado de percibir, de sentir un malestar. Por otra parte, ahora que doy cuenta de ello, esas palabras de mi madre (tomadas de dos de sus cartas dirigidas a mí, que acabo de releer) hacen resonar mi propia experiencia de Dios, muy reciente. Incluso es sorprendente hasta qué punto se le aplican, casi textualmente[85]. Esto me confirma más en mi impresión – pues esas cosas, se viven y no se inventan. Esos reencuentros con Dios tuvieron lugar realmente, eran verdaderos. Y le ofrecieron una oportunidad excepcional, como no tuvo otra parecida (creo) en su vida, para "dar el salto" – para renovarse.

105 ◊Pero esa oportunidad inaudita, no la aprovechó – esa renovación, que creyó realizada al instante, jamás tuvo lugar. Permanecía delante de ella, como una tarea a realizar y jamás realizada – una tarea que ella eludió obstinadamente, hasta el final de su vida.

Para decirlo todo, en el tono de la primera carta en que ya me habla de ese viraje, y en otra de quince días después, se ve que había tenido tiempo de serenarse. No hay traza de que una puesta en cuestión de ella misma hubiese tenido lugar, ninguna alusión a fallos o debilidades de su cosecha. Bien al contrario, constata con satisfacción que todas las leyes espirituales que ahora descubre "en una nueva luz" en el fondo ya les eran bien conocidas de toda la vida, a ella y a mi padre; que ellos siempre habían vivido según los preceptos evangélicos, y reconocido como válidas las leyes ("Gesetzmässigkeiten") establecidas en la Biblia.

Todo eso tenía, ciertamente, aire noble, y no tenía nada para chocar o decepcionar o

[83] Principalmente al inicio de la sección "Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo" (n^o 1). Igualmente hablo en Cosechas y Siembras, principalmente en CyS I ("Deseo y meditación", "La admiración", secciones 36 y 37) y CyS III ("Los reencuentros", "La aceptación", notas n^o 109, 110).

[84] Como subrayo más abajo, ese ardor se reveló ser un fuego de paja, y ese trabajo jamás fue emprendido, ni siquiera al nivel de una reflexión religiosa de naturaleza general, que no le hubiera implicado de modo neurálgico. De otro modo, seguramente me habría interesado, yo también, en las reflexiones en las que ella se lanzaba, y tal vez mi vida hubiera sido bastante diferente, al acercarme a un conocimiento de Dios desde mi adolescencia.

[85] Sólo debo hacer una reserva parcial, en cuanto al "sentido de la vida". Sería inexacto decir que antes de mi reciente experiencia, mi vida estaba "desprovista de sentido". Sentía fuertemente que tenía un sentido, e incluso una plenitud de sentido, ¡pero distinguía mal cuál! Mi relación con la humanidad en su conjunto era para mí más y más problemática, pues espiritualmente me sentía único en mi especie, y no conseguía reconocerme en ningún grupo humano, ni en ningún otro ser. (Véase al respecto el principio de la reflexión en la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro", n^o 9). Ésa era la fuente de un malestar creciente, que desapareció totalmente por el reencuentro con Dios. La plenitud de sentido, que no lograba captar bien, reside en Dios – en Su simple existencia, y en Su interés y Su solicitud amorosa para conmigo, y para con cualquier otro ser, y para con los asuntos de los hombres y los destinos de nuestra especie y del Universo.

simplemente suscitar reflexión o llamar la atención de su hijo, ¡que tenía una admiración sin límites por ella! Incluso hacía mucho tiempo que ese tipo de cosas sobre mi incomparable madre se daban por supuestas. Antes eran los altos ideales anarquistas de los que ella era la encarnación palpable, ahora eran las enseñanzas del Cristo, por qué no...

A juzgar por ese tono (el único que he encontrado en las dos cartas dirigidas a mí en que habla de ello...), habría lugar para dudar de la seriedad de esa "nueva luz", y de la experiencia de la que habla. El hecho es que en sus maneras de hablar, de sentir y de actuar, no cambió ni un pelo – no debía inquietarse por mí, ¡iba a reconocerla! Pero también tengo una larga carta que escribió seis años más tarde (en 1950), dirigida al viejo pastor que me recogió. Debió sentirse más cómoda con él, pues dejó entrever otro aspecto de su experiencia, que me había silenciado. En ella habla de la radical incapacidad de los hombres para amar verdaderamente, dejando aparte un número ínfimo (como él mismo, o Gandhi...), de los que admite sin reservas no formar parte.

Con seguridad no fue una improvisación, surgida de la inspiración del momento, sino un reflejo, muy atenuado, de lo que verdaderamente pasó en ella en el momento de esos reencuentros. Entonces debió constatar la ausencia de verdadero amor en su vida, igual que yo mismo fui llevado a hacerlo en mi propia vida, treinta años más tarde. Solamente esa constatación es la que hace de ese momento un "instante de verdad" – un instante en que la voz de Dios podía ser escuchada y reconocida...

106 ◊Pero cuando escribió esa carta, hacía seis años que ese conocimiento humilde y vivo, que entonces le hizo reencontrar a Dios (durante algunas horas o quizás algunos días...), se había petrificado en un recuerdo, en fórmulas bien claras como: "todos los hombres,... – sin excluirme (así de honesta soy conmigo misma)...". Esa fórmula, seis años más tarde y seguramente incluso seis días más tarde[86], ya no significaba nada. No se tomó la molestia de examinar *cuál* había sido en verdad su relación con cada uno de los seres que pretendía amar, y que había marcado profundamente a todos con el sello de su violencia. Al igual que en el pasado, seguía manteniéndose en el mito del gran e inigualable amor entre ella y mi padre, y en el de la madre extraordinaria y ejemplar en todos los aspectos que había sido. Y cuando reencontró y arregló su corona de laureles, las mismas fuerzas jamás examinadas que habían operado en ella durante su vida, retomaron y continuaron su trabajo subterráneo. Bien pronto iban a devastar de nuevo su propia vida y la de sus allegados, y a hacerle odiar y maldecir, durante los años de vida que aún le quedaban, lo que ella creyó amar, incluso al mismo Dios que le negaba las áridas satisfacciones a las que aspiraba.

Así, tuve el privilegio de ver de cerca que una experiencia de Dios, por auténtica y turbadora o exaltante que sea, cuando no impulsa ni alimenta un trabajo interior paciente y duradero, para llegar al conocimiento humilde de uno mismo y de su propia vida, y de las ilusiones, las mentiras y la violencia oculta que la atraviesan y penetran por todas partes, profundas y tenaces como raíces de mala hierba... – que entonces tal experiencia es neutralizada y vaciada de la fuerza de renovación que habita en ella, que es su única y verdadera razón de ser. En un santiamén, 107 ◊bajo la acción silenciosa y diligente de las fuerzas del yo, se transformó en una

[86]Si ella hubiera permanecido en una disposición de humildad, de verdad, en los siguientes días, no hubiera dudado en escribirme sobre su experiencia. Al contrario, hubiera sido una gran alegría anunciarme esa nueva inaudita, y hacerme partícipe. Al hacerme parte de tales disposiciones, tan distintas de las que le conocía, su carta, y lo que me hubiera dicho seguidamente de viva voz, habrían dejado una profunda huella en mí, en vez de entrar por un oído distraído (como fue el caso) para salir por el otro. El temor que ella tenía a abrirse a mí no era el de una delicadeza, sino el de una vanidad que teme "perder prestigio" al desdecirse de unas convicciones tan fieramente proclamadas y con las que me había "moldeado" (retomando su propia expresión). Y sin embargo, el hecho de que yo por así decir le hubiera tomado la delantera, debería ser capaz de mostrarle la vanidad de su vanidad; era como un aliento discreto de Dios, para superar sus reflejos inveterados, para tranquilizarse: mira, pequeña tonta, ¡tu hijo no te ha esperado para seguir su propio camino y servirse de sus propias luces! Pero ella no supo escuchar la voz de Dios, tan aprisionada estaba por su propio discurso sobre Dios...

baratija, que viene muy bien para adornar la imagen de marca, y darle una "nueva dimensión", ¡de lo más favorecida, a fe mía!

Esa experiencia de mi madre, sobrevenida en su edad madura como cumplimiento inesperado y radiante de cuatro largos y dolorosos años de cautividad, tal vez haya sido también el punto culminante de su vida[87], desde el punto de vista espiritual se entiende, es decir: a los ojos de Dios. Pero esos benditos reencuentros *no le sirvieron de nada*. En los días siguientes, seguramente, su verdadero sentido ya estaba escamoteado, desaparecido por la trampilla. No hicieron más que volver más vertiginosa la caída que les siguió, y más amarga aún y más demencial, su rebelión contra Dios.

32. La llamada y el rechazo

(19 y 20 de junio) Con la perspectiva de más de cuarenta años, ¿qué alcance atribuirle a ese giro en mi relación con Dios, al final de mi decimosexto año? Había reconocido la existencia de un Creador con facultades prodigiosas, que había formado el Universo y animado con Su Soplo de vida las criaturas de la tierra. Ése es un conocimiento que ahora me parece de un alcance inmenso, evidente, irrecusable[88]. Pero es de notar que, en el mismo momento en que
108 accedí a ese conocimiento crucial, ¡enseguida decreté que no me concernía! De hecho, ◊después de un año, siendo un joven estudiante de diecisiete años, iba a lanzarme a rienda suelta en la investigación matemática, y durante los siguientes veinticinco años (hasta julio de 1970) a consagrarle prácticamente la totalidad de mi energía disponible. Y hasta cuatro años más tarde, por tanto en los treinta años siguientes a mi perentorio decreto (y en el medio profundamente desespiritualizado donde evolucionaba), ese conocimiento permaneció inactivo, según lo que puedo ver. Consagrar un pensamiento a Dios, el gran Ausente, el Incognoscible, o a una cuestión metafísica, me hubiera parecido una pura pérdida de tiempo, una infantilidad. Yo hacía cosas tangibles y sólidas, a manos llenas – ¡hacía matemáticas!

Al evocar ahora toda esa situación, ¡de repente me choca como una extraña paradoja! El descubrimiento de la realidad de Dios como Creador era un acto de *autonomía* espiritual, que me sacaba del círculo ideológico en el que mis padres se habían encerrado toda su vida. Hasta entonces, y a pesar de todas las influencias contrarias que habían intentado arrancarme de él, me había mantenido dentro del círculo, como algo evidente por sí mismo. Las ideas que habían impregnado mi infancia, y que formaban el universo ideológico de mis padres, representaban para mí un "absoluto" tácito. Era nada menos que "la Verdad", de la que yo era depositario,

[87] Hace apenas unos días, y sin haberlo buscado tampoco, he puesto también el dedo sobre lo que fue el "punto culminante" en la vida de mi padre. (Véase la sección "Esplendor de Dios – o el pan y el adorno", nº 28). El parentesco entre los dos momentos, más allá de todas las diferencias, se me presenta de pronto de forma sorprendente. Es extraño, antes nunca se me había ocurrido relacionar esos dos acontecimientos en la vida de mi padre y en la de mi madre.

[88] Por supuesto, ese "alcance inmenso" queda desactivado de su dimensión propiamente personal y religiosa, cuando se tiene la idea de que el Creador, una vez cumplida su Obra, cesa de interesarse y no se ocupa más de ella. Pero si retuve esa idea, sin tomarme la molestia de consagrarle una reflexión, seguramente es porque me convenía, porque iba en el sentido de la "pereza espiritual" que aparecerá claramente a lo largo de la reflexión. Por supuesto, bien sabía que los creyentes afirmaban unánimemente lo contrario, y que entre ellos no faltaban los que tenían el aire (según lo que daban a entender) de saberlo por experiencia personal. Pero jamás se me vino la idea de preguntarle a alguno sobre su experiencia de Dios – ¡ni siquiera a mi madre! Y ella misma se guardó mucho de volver a la carga sobre ese tema, que prefirió enterrar sin tambor ni trompeta (para no sacarlo más que en las grandes ocasiones)...

e incluso (no tardaría en darme cuenta) ¡uno de los pocos en serlo![89]. Y hasta entonces, esa
109 verdad no había entrado en conflicto con el testimonio de mi sana ◊razón, ni con el que surge de capas más profundas del ser, de ese "instinto espiritual" más esencial que los sentimientos (los cuales aún son, en gran medida, tributarios del condicionamiento del entorno). La visión del mundo que me venía de mis padres no carecía de coherencia, ni de generosidad, y hubiera parecido que respondía a todas mis aspiraciones. Mantenerme en ella contra viento y marea fue más una fidelidad a mí mismo que a mis padres, que se habían desentendido de mí durante un periodo crucial de mi infancia[90]. Ésa era la primera vez que esa "Verdad" se revelaba insuficiente. No hubo ninguna duda en admitirlo – y por eso mismo, pudiera pensarse, en *franquear el paso*: ¡emprender el vuelo fuera del universo mental que había rodeado mi primera infancia! Al menos, dar a ese descubrimiento el alcance que claramente le correspondía, en virtud de un simple "buen sentido espiritual" que seguramente no me faltaba más que el buen sentido intelectual, realmente era emprender el vuelo, el primer gran paso hacia una verdadera autonomía espiritual.

Pero por otra parte, bien veo que el primer paso fuera del universo mental de mis padres, no lo conseguí más que *treinta años más tarde*, mucho después de que ambos murieran, a raíz de ese "instante de verdad" que ya mencioné en la reflexión de antes de ayer. Y de golpe veo aparecer el *sentido* de esa *ceguera* sorprendente, al catalogar como simple curiosidad intelectual, o poco menos, un descubrimiento visiblemente crucial para mi visión del mundo (si aún no para la de mí mismo...). Mi perentorio decreto "¡Eso no me concierne!" – su verdadero sentido tácito era: "Permaneceré en este universo que me es tan familiar, y donde me siento a gusto!".
110 Era, so capa de honestidad intelectual ◊("he descubierto algo, pero reconozco que no tiene consecuencias..."), de lucidez, una *abdicación* espiritual, un negarse a asumir verdaderamente ese descubrimiento. Entonces me deslicé por la pendiente natural de la pereza intelectual, que me llevaba al "conocido" universo familiar, en vez de escuchar y aceptar la interpelación que me llegaba de lo Desconocido – y confrontarme con Él.

En lugar de levantar el vuelo, de abrirme mi propia vía de conocimiento, la que sería auténticamente mía, me lancé desde el año siguiente en lo "desconocido matemático"[91]. Había

[89] Mi madre se había formado su propia visión del mundo, opuesta a los valores de sus padres y de la sociedad ambiente, al salir de la adolescencia. Incluso ahora, dejando aparte la inmadurez que le era propia, esa visión me parece atractiva y notable por la audacia del pensamiento totalmente confiado en él mismo, y la generosidad de la inspiración. Más "yang" aún que la de mi padre (más cercana de la intuición directa de las cosas y de las fuentes de conocimiento más profundas que el pensamiento), ella estaba totalmente de acuerdo con su visión, de manera sorprendente. Eso podía darles la ilusión, más allá de continuos choques y de profundas disonancias, de un parentesco (incluso de una comunión) profundo, y sostener el mito de un "amor" absolutamente único, irremplazable, que les elevaba por encima de ellos mismos y de la condición humana... Ni uno ni otro dieron jamás el primer paso para examinar las fuerzas inconscientes que habían actuado en ambos para construir cierta visión de las cosas. Como a todo el mundo y más aún, pues creían ser artífices libres, esa visión les parecía "la Verdad" – y como tal la acogí en mi ser desde mi más tierna edad, y las solas palabras no hubieran podido imprimirla en mí tan profundamente.

En cada uno de mis padres, su visión de las cosas permaneció esencialmente igual a lo largo de la edad adulta y hasta su muerte – no hubo verdadera *maduración* en ninguno de los dos. Los ajustes que mi madre terminó por hacer, después de la revolución española y sobre todo en 1944 por su "experiencia de Dios", fueron superficiales y en el fondo *gratis*, pues no la implicaban a ella misma de forma verdaderamente neurálgica. Los mitos referentes a su propia persona, sobre los que vivió toda su vida, la acompañaron hasta su muerte. Yo mismo no descubrí la verdad desnuda detrás de esos mitos más que en 1979, veinte años después de su muerte.

[90] No admití ese desinterés a nivel consciente, y no descubrí la destrucción de la familia que ocurrió en 1933, por la despiadada voluntad de mi madre y el subyugado asentimiento de mi padre, hasta después de mi trabajo de 1979. Pero a nivel inconsciente, ciertamente sentí el soplo de la violencia que repentina y misteriosamente se desencadenó en mi madre, y la larga desafección que le siguió, mientras vivía separado de mis padres en una familia extraña. A la edad de ocho años, hubo una especie de corte en mí, respecto de mi pasado y mis padres, que se manifestó por un olvido casi total de todo lo que se refería a ellos. Entonces hice, sin que nada se transparentara a nivel consciente, un "gran tachón" sobre mis padres y sobre lo que me ligaba a ellos. Y sin embargo, ese corte en nada afectó a la visión de las cosas que había tomado de mis padres. Ésta se conservó intacta durante los cinco años pasados lejos de ellos y en un medio totalmente extraño a esa visión.

[91] No quiero decir que el hecho de lanzarme a la investigación matemática sea necesariamente un impedimento

bastante para tenerme ocupado, y eso sin trastornar en nada mi inercia espiritual – ¡bien al contrario! Permanecía sólidamente acampado entre las cuatro paredes del universo mental que me habían legado mis padres. Aún durante treinta años, lo consideré como la más preciada de las herencias espirituales, que me correspondía preservar y transmitir[92].

Esa adhesión indefectible a los valores que me venían de mis padres ciertamente no disgustaba a mi madre – ¡bien al contrario! Ella, que acababa de pasar por la experiencia viva de un reencuentro con Dios, y que era la mejor situada (aparte de mí) para sentir lo que mi
111 actitud tenía ◊de falso, de forzado – no recuerdo que me haya dado a entender con una palabra que quizás yo pudiera poner en otro lugar a Dios en vez de colocarLo en una esquina, como una simple curiosidad metafísica.

Y llegado a este punto, comienzo a entrever por qué ese bello impulso en mi madre, para reconstruir de arriba abajo una visión del mundo (en lugar de la que se había, decía ella, roto en "mil pedazos"), con la "nueva iluminación" que le venía de Dios, se malogró tan abruptamente. Nunca lo tratamos entre nosotros (por lo que recuerdo). Sin embargo, bien sabe Dios que no le faltaba perseverancia en las ideas, ni ánimo, en lo que se interesaba verdaderamente[93]. ¡Pero ¿por qué iba a merecer la pena, cuando me veía tan a gusto en ese universo en "mil pedazos" que me había legado, y tan poco dispuesto a salir?! Ese universo era s u creación, y mi adhesión a él, *su* sello en mi ser. (Que ese universo se hubiera quebrado, incluso roto en mil pedazos, jamás se preocupó de dármelo a entender antes de esa carta (dos meses después de que dichos pedazos se reunieran providencialmente). Tenía motivos para estar asombrado al enterarme de repente, como de pasada, en la cuarta página de una carta – ¡como para olvidarlo al momento!) ¿No había declarado yo que no me importaba el Creador, que estaba aquí como los pelos en la sopa y que yo me encontraba muy bien sin Él entre los penates familiares? Y ciertamente, ni por carta ni de viva voz, jamás se le vino a mi madre la idea de explicarme *en qué* se había quebrado ese universo. De golpe, seguramente, mi oído aturdido y distraído se hubiera vuelto atento: en lugar de una fórmula vaga en que se habla de mil pedazos, reuniéndose milagrosamente en virtud del espíritu santo, ella me habría mostrado uno o dos de esos pedazos, o una fisura al menos. Y tampoco me vino la idea de decirle: ¡tacaña, dónde están esos pedazos! En suma, no tomaba más en serio lo que me había escrito y me pasaba por encima de la cabeza, de lo que tomaba en serio al buen Dios.

Esas fisuras, terminé por descubrirlas por mis propios medios, treinta años más tarde, después de que mi madre estuviera bajo tierra desde hacía diecisiete años sin decidirse a
112 enseñármelas. Para conseguir verlas al fin, ◊esas fisuras que saltaban a la vista, hizo falta que, algunos meses antes, me diera cuenta de una vida en ruinas que se extendía tras de mí hasta perderse de vista, y que dijera: hay algo que también debe fallar *en ti*...

---

para una maduración espiritual. Pero el hecho es que mi dedicación desmesurada a la matemática realmente fue mi forma de eludir las cuestiones de orden muy distinto que me interpelaban. Las percibía como una sorda amenaza por el hecho mismo de que mi visión del mundo no me permitía responderlas de manera apropiada, ni siquiera de entenderlas – amenazaban la existencia misma de mi universo mental perfectamente sereno, armonioso, bien ordenado. A decir verdad, hacía como toda mi vida (e incluso hasta hoy mismo...) había visto hacer a mi alrededor. La idea de *otra* relación con el mundo que no fuera la de una cerrazón inquieta, no podía venirme de un ejemplo externo. Hizo falta que yo mismo lo experimentara, en 1974 y sobre todo a partir de la gran renovación de 1976, para que consiguiera otra relación con el mundo y con la imagen que me hago de él. La estimulación esencial no provino del exterior, sino únicamente de las fuerzas creadoras de las capas más profundas de la psique. Lo que es decir (ya no puedo tener duda al respecto) que la iniciativa vino de *Dios*.

[92] Esta manera tan arraigada de percibir la herencia de la que me sentía portador permaneció tácita hasta 1976. La formulé por primera vez en la noche que precedió a los "reencuentros conmigo mismo". Cuatro años más tarde, después del trabajo sobre la vida de mis padres y en anotaciones a esas notas de 1976, es cuando pienso en decirme con toda la claridad necesaria, hasta qué punto "esa preciada herencia" ha actuado como un peso y como una traba, y que la pena y la frustración que experimentaba al no haber podido transmitir nada a mis hijos estaban, cuando menos, fuera de sitio.

[93] Por otra parte, como su salud hacía imposible que retomara un trabajo asalariado, tuvo desde ese momento hasta su muerte trece años más tarde, todo el tiempo para consagrarse a la reflexión.

En cuanto a mi madre, claramente se dio prisa en olvidar las fisuras, los pedazos, y su bello proyecto de reconstruir de nuevo[94] – y al hacerlo, de forzarme casi a emprender el vuelo, a dejar esa prisión (resquebrajada...) construida con sus manos – la altiva obra de su espíritu, que ella negaría – ¡Dios no lo quiera!

En esos primeros meses del año 1944, hubo *al mismo tiempo*, con diferentes niveles de profundidad pero ambas muy claras, *dos "llamadas de Dios"*, una a mi madre, y la otra a mí. Como toda llamada de Dios seguramente, una y otra eran una llamada a una renovación y liberación interior. Aparentemente, esas llamadas fueron escuchadas – y seguramente podría
113 decirse que mi madre la escuchó realmente, durante un ◊instante. Pero la llamada no fue *seguida* por ella ni por mí. Y ahora veo que su respuesta y la mía fueron estrechamente solidarias, sin que quepa preguntarse cuál de las dos arrastró a la otra. Seguramente, si *uno* de nosotros hubiera tenido la vivacidad espiritual, la fidelidad a lo mejor de sí mismo, como para seguir la llamada, para "moverse" – el otro no hubiera podido dejar de ponerse en movimiento a su vez, a corto plazo – no hubiera podido seguir refrenando por mucho tiempo las profundas fuerzas aprisionadas en él y que pedían expresión. Pero en vez de que las fuerzas vivas en uno y otro se suscitaran mutuamente y se estimularan, ocurrió lo contrario. La pereza intelectual en uno formó bloque con la del otro, para poner una barrera a las fuerzas de renovación y permanecer prudentemente en el statu quo.

Así esas dos llamadas a la renovación desembocaron, en la vida de mi madre y en la mía, en un largo estancamiento espiritual. En mi madre, éste prosiguió hasta su muerte en 1957, trece años después; e incluso (según sé por unos sueños del año pasado) más allá de la muerte aún, para concluir solamente en agosto del año pasado – un estancamiento que ha durado cuarenta y dos años[95]. En mí, duró treinta años, hasta 1974 – hasta el momento en que repentinamente me encontré en una crisis interior parecida a la que mi madre había eludido treinta años antes[96].

[94] A partir de 1945 y sobre todo en los tres o cuatro años siguientes, mi madre se dedicó a un trabajo autobiográfico de vasta envergadura, en forma novelada. Podría haber sido para ella una ocasión providencial, de profundizar su visión de ella misma y de su vida. Carente de una verdadera sed de conocer, de una sed de verdad, ella no la aprovechó. Jamás le vino la idea de que aún podría tener algo que aprender sobre sí misma. Para ella, el trabajo no podía consistir más que en decir, con toda la finura que pudiera y del modo más llamativo posible, *lo* que *ya sabía*. Se contentó con revivir y volver a sentir las cosas al mismo nivel en que las había vivido y sentido en su momento, con las mismas anteojeras, reproduciendo tal cuales los mismos engaños inconscientes que en ese momento ya le habían (como a todo el mundo) bloqueado una toma de conciencia "en verdad" de lo que verdaderamente pasaba en ella. Así su trabajo, salvo unas pocas páginas, no era más que un "ejercicio de estilo" literario, servido por un sentido del estilo y un dominio del lenguaje consumados. No era un trabajo creador y no podía serlo, por el deliberado y tácito propósito anclado en ella. Pues sólo hay trabajo creador allí donde constantemente se profundiza y se renueva, en simbiosis inseparable con el trabajo, el conocimiento de lo que nos esforzamos en expresar. Justamente por eso tal trabajo, al lado de la obra externa que produce y como fruto más oculto y más esencial, se acompaña de una *obra interior*, de una transformación y renovación que se opera en el que crea.

Por supuesto, las notas autobiográficas de mi madre han sido para mí un material valioso e irremplazable en mi propio trabajo (nada "literario" esta vez) para "conocer a mis padres". Finalmente soy yo quien, más de treinta años después de ese trabajo, ha recogido el verdadero fruto, que mi madre rechazó recoger.

[95] A decir verdad, ya desde que salió de la adolescencia, hacia los veinte años, mi madre (como todo el mundo o poco menos...) eludió las innumerables ocasiones para madurar que se le ofrecieron, es decir: para aprender a conocerse. Espiritualmente, veo su vida posterior como un estancamiento casi total, teniendo como únicos hechos notables el choque (saludable en sí mismo) causado por el fracaso de la revolución española, y la "experiencia de Dios" en enero (?) de 1944 – instante de verdad efímero, casi inmediatamente barrido por las fuerzas del yo.

[96] Esa crisis tuvo lugar en abril de 1974, y no desembocó inmediatamente en un trabajo de reflexión consciente, aunque fuera poco sistemático. En seguida me dejé llevar por la corriente de mis ocupaciones y mis proyectos, y quizás ese momento no hubiera tenido continuación, como en el caso de mi madre, si no fuera por un accidente providencial que ocurrió en junio (una pierna rota), y que me mantuvo clavado en la cama durante varios meses. El día después del accidente, ya sabía que había llegado como una oportunidad inesperada, para forzarme a realizar, por fin, un trabajo de reflexión que me incumbía. Hubo un flujo de energía que sustentó la reflexión en

114 ◊33. El viraje – o el fin de un sopor

(21 de junio) No es mi propósito entrar aquí en ese largo periodo de estancamiento espiritual, nada homogéneo, que se extiende entre 1944 y 1974. Engloba los veinticinco años de mi vida, entre 1945 y 1970, en que ésta estaba enteramente centrada en mi trabajo matemático, al que consagraba la casi totalidad de mi energía. Durante este periodo es cuando aparece en mí, sin darme cuenta (¿era necesario decirlo?), una *nueva identidad* que se superpone a la antigua, coexistiendo con ella sin gran problema: la de "matemático", y con más precisión, la de *miembro* de una *"comunidad matemática"* con la que me identifiqué sin reservas[97]. Era, dejando aparte la familia en que nací, la primera comunidad humana de la que verdaderamente sentía formar parte. El episodio en que dejé esa comunidad para no volver más, en 1970, fue vivido primero como un doloroso desgarro, antes de ser sentido como una liberación – como franquear una puerta que hubiera mantenido cerrada demasiado tiempo y que de repente se hubiera abierto sobre un mundo nuevo, insospechado[98].

115 ◊Ciertamente no puedo negar un alcance "espiritual" a ese viraje decisivo en mi vida. Pero ahora lo veo sobre todo como un primer *choque* saludable, iniciando una labor que se realiza en profundidades ignoradas, y cuyos verdaderos frutos espirituales no se manifestarán hasta cuatro años más tarde, con el "momento de la verdad" (en abril de 1974) y el trabajo de reflexión que le siguió (junio y agosto del mismo año), y sobre todo a partir de las grandes conmociones interiores de 1976, año de un verdadero "deshielo" en la psique. Hasta entonces, la estructura del yo, que encerraba y ahogaba mi ser como una hiedra que prolifera estrangulando un árbol vigoroso, no sólo permanecía intacta, sino totalmente desapercibida. Había empezado a verla en otros e incluso a discurrir sobre el tema[99], ¡sin que jamás aflorara la idea de que igual podría ser mi caso! Sólo en 1976 tiene lugar la primera renovación profunda e irreversible de mi ser, culminando a mediados de octubre en los "reencuentros conmigo mismo" de los que ya he hablado[100]. Tres días antes, por primera vez había descubierto la asombrosa separación entre la imagen de mí mantenida durante una vida, y la humilde realidad – y a la vez se desplomó la estructura del yo, solidaria de esa imagen, por primera vez en mi vida. También es el día en que "la meditación" entró en mi vida, es decir una verdadera reflexión sobre mí mismo, bajo el

las semanas siguientes, tumbado en la clínica de Lodève. Entonces, con todo el cuidado necesario, constaté el fracaso pormenorizado de la visión del mundo que había sido la mía hasta entonces, y que hasta entonces ni me había molestado en formular de modo coherente.

[97] Sobre esa identificación con un medio y su génesis, ver CyS I, "El extranjero bienvenido" y "La "Comunidad Matemática": ficción y realidad" (secciones n^{o}s 9 y 10). No es totalmente exacto que esa identificación, estimulada por la acogida benevolente y a veces calurosa dispensada por mis mayores, fuera "sin reservas". La más importante de todas se refería a la relajación universal, en el medio matemático, frente a la investigación con fines militares y a las fuentes de financiación de origen militar. Pero elegí minimizar la desazón que me inspiraba esa mentalidad, contentándome con no aceptar subvenciones de origen militar, y abstenerme de participar en encuentros matemáticos financiados por poco que fuera con tales subvenciones. Eso me permitía, en suma, "identificarme sin reservas" con mi medio profesional, ¡teniendo buena conciencia! Eran amables y tolerantes conmigo por esa manía algo insólita, y cuando me invitaban tenían cuidado de que la fuente de financiación fuera irreprochable – y a cambio yo también era amable con mis colegas y amigos y no les calentaba la cabeza para convencerles de que hicieran como yo. Así era perfecto y todos contentos, hasta el día en que, inexplicablemente, me mosqueé y me puse a "hacer olas"... Ése fue el "gran viraje" de 1970, que trataremos más abajo. Verdaderamente no comencé a tener conocimiento, de cuál fue la reacción colectiva de mis colegas y amigos a dichas olas, más que en 1984, al escribir Cosechas y Siembras...

[98] En Cosechas y Siembras hablo aquí y allá de ese episodio crucial. Véanse CyS I "El desgarro saludable" (nota n^o 14), CyS III n^o 134$_1$, CyS 0 Carta sección 3 "La muerte del patrón – canteras abandonadas".

[99] Bajo la influencia de mis lecturas de Krishnamurti, a principios de los años 70.

[100] En cuanto a la primera alusión que hago en este libro, ver el principio de la sección "Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo" (n^o 1). Véanse igualmente CyS III "Los reencuentros" y "La aceptación" (n^{o}s 109, 110).

impulso de una sed de conocer que no inhiben ni miedo ni vanidad[101]. Pero me anticipo...

Ya desde el gran viraje de 1970, cuando dejo un medio del que había formado parte desde hacía más de veinte años, mi visión del mundo conoce una conmoción considerable. Quizás exprese mejor el significado psíquico y espiritual de ese viraje diciendo que es el momento en que me liberé de los consensos del grupo al que, no sin una ambigüedad secreta, me había identificado tácitamente hasta entonces.

En cuanto al motivo que estaba en un primer plano para mí y para todos, atañía mucho más al medio que dejaba y al medio científico, su ética, sus compromisos, que a mi propia persona.
116 Ésta no estaba involucrada más que a título de miembro de ese medio, ◊del que seguía (y aún sigo en este mismo momento) formando parte en un sentido estrictamente profesional o sociológico. La crítica se dirigía ante todo al papel de los científicos, y del saber que representan, en el mundo de hoy[102]. De ningún modo estaba inhibida, como era el caso en casi todos mis colegas (entre los pocos en que había alguna veleidad crítica), por ser yo un científico. Espiritualmente e ideológicamente, ya me había desprendido (¡o "arrancado" mejor dicho!) del dominio del grupo.

Luego esa crítica se amplió, como una crítica de vasta envergadura de la "civilización occidental" y del mundo moderno que ha conquistado y aplanado, de los valores que la fundamentan, del "espíritu de los tiempos" que la gobierna inexorablemente y la conduce hacia la destrucción del patrimonio terrestre biológico y cultural y, por eso mismo, hacia su propia destrucción inevitable.

Esa reflexión "ideológica" (en parte colectiva) que tuvo lugar entre 1970 y 1972, y la comprensión (Erkenntnisse) a la que condujo, no han perdido hoy nada de su actualidad, ¡bien al contrario! Y seguramente, en este libro que estoy escribiendo, como en los otros que me quedan por escribir, tendré amplia ocasión de volver sobre ello. Pero en el punto en que estaba entonces, esa renovación ideológica de vastas dimensiones y alcance considerable, no podía hacer
117 por sí misma las veces de renovación espiritual, ◊ni siquiera de contribuir a ella de forma directa y eficaz. A pesar de mis aparentes esfuerzos por "implicarme" al máximo, mis reflexiones sólo tocaban la periferia de mi ser. Seguramente, por haberlo sentido confusamente es por lo que me retiro progresivamente, durante el año 1972, de las actividades antimilitaristas, ecológicas y de "subversión cultural", sintiendo que estaban a punto de estancarse en una rutina militante, en vez de insertarse en un movimiento más amplio que hubieran podido ayudar a nacer y a tomar conciencia de sí mismo ([18]). Y sin ninguna duda es también la misma llamada la que me hace lanzarme, con la fuerza sin réplica del noctámbulo, en dos experiencias comunitarias, una en 1972, la otra al año siguiente. Las dos se saldan con el más lamentable de los fracasos. Esos fracasos, después de muchos otros, me traían obstinadamente un mismo mensaje, una misma lección: hasta qué punto, respecto de mí mismo y de los otros, vivía sobre ideas preconcebidas (aunque fueran de mi fabricación...) y discursos ad hoc, más que sobre un conocimiento de

[101] Hablo de la meditación aquí y allá en Cosechas y Siembras. Para el descubrimiento de la meditación, ver CyS I "Deseo y meditación", sección n^o 36.

[102] Esta reflexión crítica, en parte colectiva, es inseparable de mi compromiso militante con el grupo ecologista y antimilitarista "Sobrevivir y Vivir", constituido en Montreal (primero bajo el nombre "Sobrevivir") en julio de 1970. La constitución de ese grupo, al que me dedicaría en cuerpo y alma durante los dos años siguientes, es la que verdaderamente consagró mi salida sin retorno del medio matemático. En adelante, la matemática dejaría de ser la pasión dominante en mi vida.

Algunas palabras sobre ese grupo se encuentran en CyS I "Mis amigos de Sobrevivir y Vivir" (nota n^o 1). Señalo que la crítica del mundo científico era ante todo de naturaleza "externa", no se preocupaba más que de pasada del espíritu y de las costumbres que prevalecían dentro de los medios científicos. A este respecto, la perspectiva es totalmente opuesta en Cosechas y Siembras. Es cierto que durante los quince años transcurridos entre tanto, la corrupción en el medio matemático se extendió y se agravó de modo espantoso. También es cierto que ambos aspectos no pueden separarse. Cierto espíritu que prevalece entre los científicos (y no es de ayer, cuestiones de grado aparte...), e incluso en la producción de una sociedad totalmente "desespiritualizada", es el que parece predestinarla, por una especie de inexorable "lógica interna" espiritual, a su papel de motor ciego en la autodestructiva carrera hacia adelante del mundo moderno.

la realidad, fruto de una verdadera atención (que sin embargo no cesaba de pregonar...). No comencé a aprender esa insistente lección hasta el año después, en 1974.

Al liberarme del dominio ideológico del medio del que había formado parte, ponía fin a cierta ambigüedad en mí[103]. Aún me encontraba totalmente dentro de la ideología proveniente de mis padres, que sentía me era personal, y al mismo tiempo expresaba *la* "Verdad" sin más... Es cierto que la tumultuosa huída hacia adelante de los años 1970-72 aparentemente me hacía salir de ella, al hacerme reconocer la precariedad de ciertos valores culturales que, para mis padres, habían sido intangibles: "la ciencia", "la técnica", "el arte", "la instrucción", "la abundancia", "la civilización", "el progreso"... Y más de una vez, en esos años, me vino el pensamiento de que, si estuvieran allí, ¡pondrían los ojos en blanco! Y sin embargo, ahora me doy cuenta de que esos ingredientes de la ideología, por importantes que sean, aún permanecen periféricos. Por sí mismos, no tocan de forma verdaderamente neurálgica, o al menos no tocan *en mí*, a la *relación con el prójimo*.

118 Ahora bien, claramente siempre es *ahí* donde aprieta el zapato[104] – y ◊es al nivel de mi relación con mis allegados al que mi vida, después de veinte años, se reducía a una larga sucesión de derrumbamientos (siempre imprevistos y desgarradores) y de fracasos. Mi vida familiar parecía aquejada, como por una maldición secreta, por una *degradación* misteriosa, inexorable. Parecía como si todo movimiento que hiciera para detenerla, y poner las cosas en su sitio o ponerlas en claro, no hiciera más que precipitarla – como en una marcha alucinante sobre un pavimento aparentemente firme que a la vez fuera, insidiosamente y sin decirlo jamás, unas arenas movedizas...

Quizás sea momento de precisar que ese periodo que he calificado de "estancamiento", entre 1944 y 1974, incluye también (con dos años de diferencia) el largo movimiento de una degradación incomprendida, sordamente inquietante y, por momentos, de una violencia alucinante, primero en la relación entre mi madre y yo (1952-57), luego, sin interrupción alguna, en la familia que fundé desde el mismo año de su muerte (1957-76) [105]. Esa degradación no terminó hasta la entrada de la meditación en mi vida (octubre de 1976) – entonces es cuando ese peso, que me había aplastado tanto durante veinte años, por fin se me quitó de encima...

119 ◊¡Pero de nuevo anticipo! Lo que quería ilustrar ahora, es que en lo *esencial*, en lo que concierne al fundamento mismo de mi relación con el prójimo, permanecí encerrado en el universo ideológico de mis padres más allá del primer gran viraje de mi vida adulta, el de 1970. En la óptica espiritual, ahora veo ese momento crucial como aquél en que, sin despertarme aún del todo, me sacudí un sopor mortal y me separé de un medio anestesiante, de un agobiante

[103] He explicitado esa "ambigüedad" en una nota a pie de página anterior (página 114).

[104] Ahí está, como digo, el lugar "visible", manifiesto, donde "aprieta el zapato". Pero cuando la mirada profundiza, se comprueba que el desarreglo (a menudo bien visible) de la relación con el prójimo no es más que el reflejo visible de un desarreglo más profundo e invisible, en la relación *consigo mismo*. Y la relación consigo mismo, por otra parte, es inseparable de la relación con *Dios* – con "Dios en nosotros". Cuando una es sana, es decir se arraiga en una fe viva, la otra lo es, y eso incluso aunque "Dios" no sea jamás nombrado ni conocido como tal. Y cuando éstas son sanas, también lo es la relación con el prójimo.

[105] Entre 1952 y 1970 mi actividad matemática se convierte más y más en un *refugio* de los problemas, jamás afrontados, de mi vida familiar. La desmesura de mi dedicación a las matemáticas se me presenta ahora como una compensación y un drenaje de la angustia inhibida que mantenía y creaba esa degradación inexorable. No creo que tal actitud de huida fuera congénita en mí, pues se volatilizó como por ensalmo en 1974 y en 1976 (y dudo que sea congénita en alguien). Pero, a falta de haber tenido otro ejemplo delante de los ojos, la idea misma de otra actitud ante los problemas que me ponía la vida ¡jamás se me vino antes de los cuarenta y seis años! Sin contar con que en absoluto me daba cuenta de esa actitud de huida – de ese rechazo a *enfrentarme* verdaderamente con los problemas que me acosaban, es decir, de buscar *su sentido*. Para eso hubiera hecho falta que tuviera idea de lo que es "enfrentarse" a un problema personal (nunca había visto hacerlo a nadie), y que supiera que los "problemas" tienen un sentido, y que si verdaderamente lo buscamos, lo encontramos...

ambiente de "templado invernadero" científico. Pero el primer paso verdaderamente decisivo que me hace franquear por fin ese "círculo invisible", que había rodeado mi infancia y encerrado sin yo saberlo toda mi vida adulta, sólo lo daría cuatro años más tarde, en abril y luego en junio y julio de 1974.

34. Fe y misión – o la infidelidad (1)

(22 y 23 de junio) Finalmente, ayer no hablé del buen Dios y de mi relación con él. Además, una especie de inquietud habría querido retenerme sin cesar: "francamente diverges – ¡en qué digresión estás a punto de embarcarte!". Pero no me he dejado impresionar. Hay que decir que empiezo a estar algo avezado contra esa clase de amonestación tácita. No debe de haber ni una sola de las 33 secciones y 18 notas ya escritas que no lo fueran a la contra de esa misma voz, diciéndome que iba a hacer perder el precioso tiempo del lector (sin contar el mío) y a seguir así con mi incorregible manía de cortar en cuatro unos pelos invisibles, claramente fuera del tema. Tendré que habituarme...

Por otra parte, empiezo a darme cuenta de que sería artificial querer limitarme al pie de la letra a mi propósito inicial: hacer un relato (¿breve?) de mi relación con Dios. Al menos si tuviera que limitarme a los sucesos y episodios de mi vida en los que Dios ha intervenido nominalmente de una forma u otra. Entonces no encontraría, antes del pasado mes de octubre, más que el magro episodio de 1944 en que admito sin reservas la existencia del Creador del Universo, me descubro ante él y lo arrincono con la idea de no sacarlo nunca más. Y además (¡me olvidaba!) mi obra de niño precoz, "Sascha y el buen Dios"[106], predecesora de la historieta
120 ♢cómica (metafísica en este caso), que establecía la inexistencia de dicho buen Dios por una "reducción al absurdo" bien clara.

Sin embargo, incluso ayer en que la palabra "Dios" no se pronunció[107], en el fondo bien sabía que "Él" estaba allí a pesar de todo. De hecho, con la reflexión que llevo a cabo al escribir el presente libro, me doy más y más cuenta de que incluso cuando no se nombra a Dios, todo lo que concierne a nuestra evolución espiritual en el verdadero sentido del término también concierne a nuestra relación con Dios. O mejor dicho, para un ojo plenamente abierto a la realidad espiritual, lo que es decir también y sobre todo para Dios mismo, seguramente no hay ninguna distinción entre la "espiritualidad" de un ser en un momento dado, y su relación con Dios en ese mismo momento. Que la presencia de Dios y la existencia de una relación con Él, o el alcance de esa relación que encarna lo propiamente *humano* de ese ser, no sean reconocidos por éste, no cambia nada.

Así mi propósito inicial, que primero se me presentó bajo un aspecto simplista, formalista, se ajusta por la lógica interna de la reflexión escrita, para tomar poco a poco su verdadero rostro: es un *esbozo* (a grandes rasgos) *de mi evolución espiritual* desde la infancia hasta el año pasado. Y haberlo sentido antes de habérmelo dicho es, seguramente, lo que me forzó ayer la mano para que "perdiera el tiempo" como a mi pesar con el viraje de 1970, que representa también *el* gran corte en mi vida de matemático. La insistencia en mí del movimiento que ayer me llevaba, en contra de mis intenciones conscientes, a "perder el tiempo" sobre un episodio "fuera de lugar", ahora me parece como un signo y una confirmación del alcance de ese episodio en mi aventura espiritual. A la vez también se ajusta mi visión del "largo estancamiento espiritual" que antes

[106] Ese episodio se narra al principio de la sección "Rudi y Rudi – o los indiscernibles" (n^o 29).
[107] Salvo en la nota "La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios" (n^o 18), del mismo día.

había colocado entre 1944 y 1974. Ahora me parece más razonable y más justo extenderlo sólo hasta principios de 1970, aunque cierto "paso decisivo" no se lograra hasta cuatro años después. El "desgarro saludable" de mi medio profesional, como un primer paso hacia una autonomía espiritual, también fue un paso decisivo, seguramente indispensable para preparar el que le siguió cuatro año más tarde, y para todos los demás que se han suscitado unos a otros y se han realizado hasta hoy mismo.

121 ◊En los veintiséis años que transcurrieron entre 1944 (en que descubro al Creador y Lo meto en el cajón de los trastos inútiles) y 1970 (en que me separo del medio matemático y la matemática deja de ser la pasión dueña de mi vida), percibo un "tiempo fuerte" que viene a cortar la árida monotonía espiritual de esa larga travesía del desierto, como un fresco oasis encontrado en el camino. Ocurrió justo en medio, en 1957, año excepcional en mi vida por más de una razón. Se extiende sobre unos seis meses, entre el mes de junio o julio y finales de diciembre. Quisiera decir aquí algunas palabras.

Ese año, junto con el siguiente, fue sin duda el más creativo y más fértil en mi vida de matemático. Marca la génesis de la gran visión innovadora que inspiró toda mi obra de geómetra, en los doce años siguientes y hasta el momento de mi salida del medio matemático[108]. También es el año de la muerte de mi madre (en el mes de diciembre), que marca un corte capital en mi vida. Además, es el año en que encontré a la que iba a ser mi compañera. En los días siguientes a la muerte de mi madre, y como llamada por esa muerte, comienza una vida en común que llegaría a ser marital: es entonces cuando fundo (sin darme mucha cuenta...) la nueva familia que, en mi espíritu, debería continuar a aquella donde nací[109].

La conjunción de esas tres circunstancias ciertamente bastaría, ella sola, para marcar ese año como excepcional en mi vida, y también en mi aventura espiritual. Pero es otra circunstancia la que también me incita a mencionarlo aquí. En ese año, y por primera vez desde que, joven de diecisiete años, me lancé a tumba abierta en el trabajo matemático, y también única hasta el momento de mi salida del mundo matemático, hago una *pausa*. Durante todo el verano, a
122 partir ◊del mes de junio o de julio, ni toco las matemáticas. Durante esos meses, hay como el inicio de un retorno sobre mí mismo, pero sin que me venga la idea de una "reflexión" digna de tal nombre. Y mucho menos hay entonces (como será el caso en 1974, dieciséis años más tarde) una reflexión escrita, sacando de la escritura un vigor dinámico como el que anima mi trabajo matemático. Pero por primera vez en mi vida se hace sentir en mí una *necesidad de renovación*, claramente percibida y aceptada como tal. Tenía el sentimiento, y no sin razón, de que ya sabía lo que era el trabajo matemático, y la creación matemática. En ese trabajo, había comenzado a dar mi medida, y me había hecho un sólido renombre internacional. Unos meses más tarde, un avance decisivo iba a consagrarme como "gran vedette" [110] – pero ésa era entonces la última de mis preocupaciones. Bien sabía que aún podía hacer un buen trabajo en matemáticas, quizás incluso grandes cosas quién sabe (¡tenía muchas que me parecían jugosas!), sin parar y hasta el fin de mis días, sin agotar jamás lo Inagotable. Pero no veía el *sentido* de seguir así, sobrepasándome sin cesar a mí mismo.

No es que estuviera fatigado del trabajo matemático que me había apasionado unos días

[108] Sitúo brevemente ese año en relación con mi obra matemática en CyS 0, "paseo por una Obra" (sección n^o 8), principalmente en unas notas a pie de página de esa sección. Es interesante señalar que el verano de ese año excepcional también estuvo marcado por un flujo de energía erótica y por una íntima comunión con mi cuerpo, como no había conocido otro antes del verano del año crucial 1976, que también fue un año de silenciosa plenitud del cuerpo y del impulso amoroso.

[109] Antes he hablado de la "destrucción de la familia" que tuvo lugar en 1933, y no era ningún eufemismo. Esa destrucción violenta jamás fue asumida (y por eso mitigada, por poco que sea) por mi madre, ni por mi padre, y me ha sido dado poder seguir los efectos sobre cuatro generaciones sucesivas. Esa familia despedazada jamás fue reunida, jamás reencontrada. Sin embargo, seguía sobreviviendo en mi ser contra viento y marea, así de profundas y fuertes eran sus raíces en mí, en el momento en que esa destrucción se consumó.

[110] Con el conjunto de ideas y de técnicas que rodean el teorema de Riemann-Roch-Grothendieck, desarrollado durante ese año y logrando ese mismo año la demostración de ese teorema.

o semanas antes, y menos aún harto. No sentía menos que antes la belleza y el misterio, y el atractivo casi carnal de las matemáticas – de la que para mí había sido la más acogedora de las amantes, la que me había colmado siempre que acudía a ella. Y también conocía el gozo del que edifica con sus manos, amorosamente, piedra a piedra, amplias y hermosas moradas, que no se parecen a ninguna otra que mano humana haya construido jamás, el gozo de la creación: hacer surgir lo que antes jamás ha sido, lo que ningún otro haría en mi lugar justo de *esa* manera...

Sabía todo eso, y a la vez supe entonces que eso "nuevo" que podía seguir haciendo salir de mis manos, con la aprobación unánime de todos... – que en adelante eso permanecería, en una óptica diferente, encerrado en el círculo de lo "ya conocido". Por más "nuevo" que fuera, ¡no me enseñaría algo verdaderamente nuevo! O mejor dicho tal vez: había dejado de *nutrir* verdaderamente mi ser. O, si aún lo nutría de algún modo, seguramente carecía de algo esencial.

123 ◊Eran cosas sentidas, que entonces no intenté pensar ni formularme con palabras para profundizar esa percepción aún confusa de una realidad que entonces entreveía por primera vez: la de los *límites* de algo ilimitado, como es la creación matemática; la de la *reiteración* de un trabajo que sin embargo, a su nivel, era realmente un trabajo creador. Ahora me parece que entonces me confronté, quizás por primera vez en mi vida (al menos con tal agudeza), a la diferencia de *nivel* entre dos realidades de distinta naturaleza aunque íntimamente ligadas: la realidad *"intelectual"* en que se situaba mi trabajo matemático, y la realidad *"espiritual"* que se le escapa casi totalmente a ese trabajo. A nivel intelectual mi trabajo era creador, y me aseguraba una expansión, una plenitud. Pero visto desde el nivel espiritual, más elevado, ese trabajo se realizaba en un contexto y con unas disposiciones que hacían de él un trabajo repetitivo, un trabajo rutinario – un trabajo con una cosecha de éxitos, de admiración y de elogios, asegurada de antemano – un trabajo privado del incesante aguijón de la incertidumbre y del riesgo, que haría de él una aventura del espíritu y no una sinecura. Pero sobre todo, era un trabajo cuyo lugar en mi vida ya era devorante, como un órgano antes sano que se hipertrofia en tumor y drena la fuerza y la sabia de todo el cuerpo, hasta el punto de debilitarlo y marchitarlo, y en el límite, de provocar su muerte. Debía sentir que en ese plano más elevado y más profundo a la vez, que aún no percibía más que muy oscuramente, me marchitaba, y que ya era hora de poner remedio.

Entonces no hubo ninguna resistencia contra el conocimiento que surgía de las profundidades. Confié totalmente en él, igual que en 1976, casi veinte años más tarde, confiaría en los mensajes que me llegaban por los sueños. En uno y otro caso, sabía que lo que se me decía era *verdad*, y se me decía por mi bien. Fueron semanas de recogimiento y de escucha, llegando como un milagro, en un registro totalmente diferente de todo lo que mi vida había sido hasta entonces[111]. Se daba por sobreentendido que iba a parar de hacer matemáticas. Ni siquiera tuve que tomar una "decisión", sopesar el "pro" y el "contra". Toda reflexión era inútil. La alegría

124 ◊que me producía el pensamiento de volver esa página bien repleta, y de encontrarme ante la página en blanco que ya me llamaba – esa alegría me mostraba, mejor que cualquier reflexión, que estaba en el buen camino: el *mío*.

Pensaba que me haría escritor. Durante esas semanas pasé buena parte de mi tiempo escribiendo poemas, o breves esbozos literarios, traduciendo al francés una obra poética en alemán[112] que me había encantado...

La idea de las dificultades materiales que tendría que afrontar al dejar una situación segura en el CNRS ni se me ocurrió entonces. ¡Había visto muchas otras! Y tampoco me turbó la perplejidad, más seria: si me hago escritor, ¿qué voy a escribir? No dudaba que cada día me

[111] Los cinco años anteriores, que serían los últimos en la vida de mi madre, fueron particularmente duros, de tan intratable que llegó a ser la relación con ella. Por compensación, me blindé al máximo, procurándome un drenaje con los éxitos fáciles de mi trabajo matemático. El contraste es tanto más acusado con las disposiciones tan diferentes en que me encontré durante esas semanas de silencio y de escucha.

[112] Se trata del "Corneta" de Rainer María Rilke.

diría lo que debería hacer ese día – qué trabajo realizar y cómo. A veces, al pensar en esto de pasada, después del "re-nacimiento" que tuvo lugar en 1976, me digo que me faltaba madurez, que entonces no tenía un mensaje que comunicar, que corría el riesgo de girar en el vacío. Sin embargo, volviendo hoy sobre ese episodio y penetrando su sentido, me parece que tal confianza nunca está fuera de lugar, cuando es (como entonces fue el caso) expresión de una auténtica f e en la voz interior. Esa voz no es otra que la voz de Dios. Los "medios" (aquí la madurez, el mensaje) son entonces enteramente secundarios. Cuando hay fe, y fidelidad a esa fe, esos medios nacen y se desarrollan conforme a las necesidades, día a día, por efecto mismo del trabajo que se realiza en la fidelidad a sí mismo. Esas cosas siempre nos vienen *por añadidura*.

Ahora me doy cuenta de que los veintinueve años que entonces estaban detrás de mí representaban una riqueza prodigiosa, casi inagotable. Si hasta entonces me había mantenido en la superficie de todo lo que ella tenía para enseñarme, y en la superficie de mi ser de profundidades insospechadas, era por un propósito deliberado común a todos y que seguía a ojos ciegas, prisionero sin saberlo de una común ignorancia. Y la voz que surgía de las profundidades me llamaba, seguramente, a librarme de ese propósito deliberado, de esa ignorancia, a conocer la insospechada riqueza que llevaba en mí, a zambullirme, a explorar – que el brote lleno de savia se abra en flor y que la flor se haga fruto y el fruto madure – ¡a beneficio mío y de todos!

125 ◊Esa voz interior que entonces supe escuchar, ahora la reconozco como la voz de una *misión* que sin saber llevaba en mí, seguramente desde mi nacimiento[113] o incluso desde mucho antes de mi nacimiento, quizás desde siempre – igual que cada ser, quizás, lleva en sí su propia misión, que le pertenece cumplir y descubrir al caminar. Y en mi fe en la voz interior, reconozco la *fe en mi misión*, que fertiliza mi vida en un momento en que la idea de alguna "misión" que tuviera que cumplir ni se me habría ocurrido, y en que habría sido incapaz (suponiendo que alguien me plantease la cuestión) de adivinar y decir en qué podría consistir. Y sin embargo entonces tenía el conocimiento inexpresado, más profundo que las palabras, de la misión en mí – un conocimiento que era como la carne de esa fe total, que vivía en mí.

Y en esa fe reconozco a la vez "la fe en Dios", que en esas semanas estaba viva y robusta en mí y actuaba, mientras que la idea y el nombre de Dios estaban muy lejos de mí, y seguirían estándolo durante casi tres decenios más.

Estaban ese conocimiento y esa fe, que llenaron mi ser durante semanas, quizás meses. Y por supuesto las matemáticas, en adelante, serían un capítulo cerrado, que dejaba tras de mí. Y no obstante, ¡no dejé el medio matemático hasta trece años después! Durante doce años, fui infiel a la llamada que había surgido en mí y que acogí, infiel al cambio que oscuramente estaba en gestación en mí y me llamaba para realizarse y ser. Ésa es, quizás, la primera infidelidad de mi vida y la más esencial, una infidelidad plena. Pues las faltas y los errores que provienen de la ignorancia, incluso si fuera deseada y mantenida, propiamente hablando no son infidelidad a sí
126 mismo. Aquí, por el contrario, ◊había pleno conocimiento (aunque éste permanecía inexpresado), y plenitud de fe (aunque el objeto de esa fe permanecía oscuro e incomprendido).

Nunca hubo decisión vivida como tal, del tipo "después de todo, voy a seguir haciendo matemáticas, es más seguro...". Más bien un deslizamiento insensible, que me hace regresar inexorablemente a la órbita de los hábitos adquiridos. Tenía algunos trabajos en curso, ciertamente, que me llegaban al corazón más que otros, y me decía que antes de cerrar la tienda,

[113] Eso es lo que comprendí por uno de mis sueños de finales de octubre. El término mismo de "misión", con la resonancia particular que tiene, me lo ha sugerido el libro de Marcel Légaut (citado ya en la nota "Pensamiento religioso y obediencia", n^o 12), "El hombre en busca de su humanidad". Lo estoy leyendo estos últimos días, y me he sentido particularmente tocado por su capítulo "Fe y Misión" (cuyo título he tomado como nombre de esta sección, sin siquiera darme cuenta). El pensamiento de Légaut, expresión detallada de una percepción delicada y profunda de la realidad espiritual, viene aquí espontáneamente en mi socorro, para ayudarme a captar el sentido del episodio que estoy examinando por primera vez, y que permanecía incomprendido.

iba ponerlos negro sobre blanco y a publicarlos – ¡sería una pena que se perdieran! Y lo dije, ¡quién lo duda! "con la mejor fe del mundo". Pero seguramente ése ya era el acto de dimisión que oculta su nombre. Porque cambiar, eso no es para mañana, ni para dentro de seis meses cuando hubiera terminado esto o lo otro. Eso no tiene sentido más que cuando la vida cambia al instante, sin retornar ni tergiversar.

Sin embargo debería saber que un trabajo que se pone "negro sobre blanco" pensando ponerlo en treinta páginas, lo es de trescientas enseguida, y de diez trabajos más que se incorporan por el camino y nadie hubiera soñado que también habría que poner en claro para tener verdaderamente la impresión de haber llevado a buen fin y comprendido el trasfondo del trabajo inicial[114]. Era inevitable que me volviera a pillar el engranaje, ¡y no falló! Doce años después allí seguía, y tan a gusto que hacía mucho tiempo que esas ideas un poco alocadas de "lanzarme a la literatura" habían sido olvidadas.

127 ◊35. La muerte interpela – o la infidelidad (2)

(24 y 25 de junio) He vuelto a pensar en la historia del hombre que "tenía muchos bienes", y que "se marchó muy triste" por no poder seguir a Jesús, que le había pedido dar sus bienes a los pobres y seguirle[115]. Al releerlo, hace apenas unas semanas, me dije: ¡que oportunidad tan extraordinaria perdió, por unos malditos terrenos y casas que temía y le poseían! Por supuesto que si yo hubiera estado en su lugar habría dejado todo sin pensarlo dos veces, no hay la menor duda. Es una pena que Jesús ya no esté por estos pagos...

No entré en la profundidad del relato evangélico. La llamada de Dios, tanto por el ministerio de Jesús como de cualquier otra forma, nos llega sin avisar y nos coge desprevenidos, en la verdad de lo que somos – y nuestra respuesta nos revela, como nada más podría hacerlo. Y hay otras riquezas que nos poseen sin ser casas ni tierras ni cuentas bancarias. En mi caso, desde principios de los cincuenta y cada vez más a medida que amasaba mis "bienes", fue mi obra matemática la que me "tenía" – tanto la ya realizada, publicada negro sobre blanco en separatas y en volúmenes que se amontonaban en una pila bien coqueta a fe mía, como la que sentía germinar y brotar en mí y que me llamaba y me jalaba para ser... Esa obra, encadenándome a un pasado incomprendido y a un futuro del que me creía dueño, y todo lo que a su alrededor me gratificaba y daba seguridad, en la plenitud de mis facultades y en la euforia de la aprobación unánime... Ayer comprendí que yo mismo he sido el joven rico, escuchando la llamada tan claro como es posible, para darse la vuelta finalmente (no sin un secreto malestar), porque "yo tenía muchos bienes...".

Ese mismo año 1957, apenas unos meses después del episodio que narré ayer, la llamada

[114] Esta situación es muy parecida a la que se dio durante la escritura de Cosechas y Siembras y el siguiente año, entre principios de 1984 y julio de 1986. He visto multiplicarse y crecer a simple vista las tareas matemáticas que aún querría llevar a cabo "en los próximos tres o cuatro años", para esbozar a grandes trazos la gran visión... Con secreta inquietud, y sin querer reconocerlo apenas, sentía que el resto de mis días, que incluso cien años no bastarían – y que otra vez me dejaría atrapar por un engranaje bien familiar...

Sin la intervención de Dios, hablándome por el lenguaje de los sueños, no sé cómo hubiera acabado eso – si habría sabido tener la lucidez y la determinación de cortar por lo sano. Si hoy en día toda duda se ha desvanecido, es porque tengo conocimiento, sin traza de ambigüedad o de duda, de mi misión. Para el sentido común y la sabiduría humana, parece sin esperanza – ¡una voz que clama en el desierto! Pero incluso si mi voz no suscitara ninguna respuesta, ahora sé que no gritaría en vano. Ya no me incumbe a mí, sino a Dios, cuidar la cosecha de las siembras que Él mismo ha ordenado...

[115] Véase el Evangelio según San Marcos, 10, 17-22.

se dejó oír de nuevo, pero esta vez con una fuerza perentoria muy distinta, la muerte de mi madre. Me fue dado estar a su lado en las últimas semanas de su vida, cuidarla y verla morir. Y también, en esas últimas semanas, ver disiparse como si nunca hubiera existido, la árida y áspera desesperación en la que se había mantenido durante los cinco últimos años. Su muerte
128 vino también como la inesperada resolución de una tensión acumulada tal, que creo que ◊me habría destrozado si mi madre no hubiera muerto reconciliada, cariñosa y en paz. Esa muerte fue vivida por mí como un inmenso alivio. Durante cinco años había estado suspendida sobre mí como una amenaza mortal, como una maldición devastadora, pronunciada hacía mucho y que inexorablemente aguardaba su hora para cumplirse – y ahora que esa muerte estaba consumada, la maldición que me reservaba se había desvanecido, milagrosamente, y la violencia sin nombre que la había inspirado.

En esas últimas semanas que precedieron al fin, esa muerte fue presentida inminente y a la vez desesperadamente rechazada. Todo en mí se encabritaba contra ella, de lo impregnado que estaba de toda la angustia contenida de los últimos años. Pero una vez consumado lo impensable, y pasado el primer choque – desde el día siguiente, tras el sueño necesario concedido a un cuerpo agotado por las vigilias – ese sentimiento de alivio, de una liberación inesperada, me llenó por completo. Y en ese inmenso alivio, en esa *alegría* de la liberación, había un reconocimiento y una ternura para con la que había muerto – que ese último acto de su vida haya sido, no un acto de maldición y de odio, sino, inesperadamente, un acto de reconciliación y de amor.

Entonces acepté esa repentina liberación como un inesperado *don* que me hacía la vida. No hubo ninguna veleidad de vergüenza, intentando reprimir esos poderosos sentimientos, expresión de una realidad elemental, irrecusable, para reemplazarlos mal que bien por el "duelo" de costumbre. Mi relación con la muerte, inicialmente sana y nada cargada con las habituales tonalidades de angustia y repulsión, fue profundamente perturbada por los últimos años de la vida de mi madre. Pero al retomar contacto, con la muerte de mi madre, con la humilde realidad física de la degradación de la carne y de la muerte carnal, esa relación se vació por sí misma del contenido de amenaza y de violencia que la había desnaturalizado, para convertirse en una relación simple y al mismo nivel, una relación *amorosa*. Desde ese momento, creo, la muerte ha comenzado a ser para mí casi una amiga, o al menos *una de las caras de la vida*. Una cara grave, pero en modo alguno amenazadora ni cerrada, dulce en ese recogimiento del silencio, y acogedora.

Seguramente esa cara me interpelaba, y esa extraña muerte – esa calma repentina, después de tanta violencia. Es la primera vez en mi vida, creo, en que sentí *que había algo que comprender*, algo que me pertenecía sondear, una lección que se me proponía y debía aprender. Era otra vez
129 una llamada, ◊pero aún más clara esta vez, porque me planteaba una *tarea*: la de asumir un pasado, de comprender.

¿La relacioné entonces con la llamada que me llegó al principio del verano? (Ya me había dejado coger y llevar y encerrar por la tareas familiares y que dominaba, por esas tareas que eran mis bienes y me poseían...). No sabría decirlo con certeza. De nuevo esta vez todas esas cosas no existían más que al nivel de lo sentido, sin que me viniera la idea de reflexionar sobre ello, y menos aún de abrirme a alguien.

Con todo, creo que entonces esas dos llamadas se asociaron en mí. En los días que siguieron a la muerte de mi madre es cuando debió presentarse, ¡oh, muy discretamente! una idea que volvió de vez en cuando en los meses y años siguientes, con cierta insistencia (la discreta insistencia de un sueño que vuelve para obsesionar nuestras noches...), antes de desvanecerse sin retorno en la marisma del olvido... He aquí de qué se trata.

A su muerte mi madre dejaba el manuscrito completo de una novela autobiográfica (hasta 1924, año del encuentro con mi padre), y otros escritos también autobiográficos, que comenzó a escribir en 1945 y dejó a medias en 1952[116]. Esos textos debían ensamblarse en un vasto fresco

[116]Ese trabajo se cita en una nota a pie de página de la sección "La llamada y el rechazo" (n^o 32) página 112.

histórico y personal a la vez, con tres grandes paneles[117], que nunca terminó. Ella estimaba que ninguno de esos escritos estaba listo para su publicación, y decidió que nada debería publicarse, ni siquiera después de su muerte. Con perspectiva, me doy cuenta de que ésa fue una sabia decisión, dictada seguramente por una sano instinto. Sin reconocerlo jamás, y más allá de las imperfecciones formales, oscuramente debió sentir una carencia más esencial que era la verdadera causa, la carencia de una *profundidad* que no hubiera podido alcanzar más que dejando que se realizara una maduración que se gestaba en ella desde su adolescencia, y que durante su vida había rechazado... Lo cierto es que esa decisión de mi madre me apenaba, aunque sólo fuera por piedad filial. Sin embargo, sentía que no era infundada, que algo, que entonces no habría sabido nombrar, "fallaba" en ese testimonio de una vida que me tocaba tan de cerca. Testimonio
130 desconcertante, para mí más que para nadie, por una especie de sinceridad despiadada ◊y que deja con hambre, a falta de lograr la cualidad de verdad (salvo en unos pocos momentos). Era como un pan de una masa excelente que, a falta de levadura, no hubiera fermentado...

Mi idea era que con el material biográfico tan rico dejado por mi madre, quizás podría encargarme de llevar a buen fin la obra que ella había comenzado, aunque sólo fuera el primero de los cuatro retablos previstos. De publicar la novela, ya escrita, tal vez bajo una forma muy diferente que faltaba encontrar, bajo su nombre o el mío o el de los dos, no sabría decirlo... Por supuesto, por más que me faltara madurez, no podía dejar de sentir lo que esta idea tenía de desequilibrada, por decir lo mínimo – que no podía, ni con las mejores intenciones y toda la piedad filial del mundo, escribir la obra *de otro*. Y sin embargo, esta idea tuvo que presentarse y volver a mí con una insistencia paciente y obstinada, para que aún ahora la recuerde ¡mientras que he olvidado casi todo! Tomada al pie de la letra, incluso me choca como francamente absurda, loca. Hasta tal punto que ahora me sorprendo de no haberla rechazado como tal[118] – de que haya mantenido en mí un atractivo tan tenaz. Pero al mismo tiempo comienza a despuntar en mí que esta idea, ciertamente loca e imposible de realizar, era una idea *fértil*. Incluso mejor, era *la idea por excelencia*, que en ese momento tenía la cualidad particular que podría permitirme sacudir el sopor espiritual que me había invadido y retomar el contacto, mediante una *tarea precisa*, con la misión informe, tácita, que reposaba en mis profundidades y aguardaba que le diera libertad para tomar cuerpo y expresarse. Lo que hacía tan loca a esta idea, era lo mismo que le daba su fuerza – toda la fuerza de mi afecto a mi madre, de la admiración que le tenía, de mi deseo de poder servirle más allá de su muerte, con un trabajo que perpetuaría su memoria. Y estas poderosas motivaciones en modo alguno eran un engaño. No hay duda que si hubiera tenido la fidelidad de seguir esa llamada y agarrar estrechamente y con todo mi ser esa tarea imposible, esa loca tarea – ésta se habría transformado día a día por ese mismo trabajo. Se
131 habría revelado como el camino que Dios me proponía entonces para suscitar y ◊desplegar mi transformación embrionaria, ignorada, aún no nacida y que pedía nacer. Y ese trabajo que me llamaba y me mostraba el camino de mi propio ser, de mi propia transformación, me estaba destinado como una bendición ciertamente para mí, pero también para mi madre que acababa de morir. No, como imaginaba en mi ignorancia, para perpetuar su nombre y glorificarlo delante de los hombres (como ella misma había querido hacer sin reconocerlo), sino para ayudarla de un modo misterioso, más allá de la muerte que había transformado su existencia terrestre en *otra* vida, a asumir en el más allá lo que había rehusado asumir aquí, y así, hacer que se cumpliera en ella su propia transformación, bloqueada por ella durante su vida.

Esa llamada, ahora lo veo claramente, retomaba y precisaba la primera llamada, que había

[117] La novela ya terminada, "Una mujer", sería la primera parte del tríptico "El Camino". La segunda parte tenía como tema principal la vida de emigrantes en Berlín y París. La tercera parte estaría consagrada a la experiencia de la revolución española, y a la de los campos de concentración en Francia.

[118] A decir verdad, en un principio estuve a punto de dejar de lado la idea de pararme aquí a pensar sobre la muerte de mi madre y sobre esta "idea loca", ¡justamente porque parecía tan aberrante! Como a menudo, he debido sobreponerme a una tenaz resistencia para incluir este episodio y, además, para no despacharlo deprisa y corriendo (que no hubiera pegado nada), y examinarlo con verdadera atención.

eludido. A la perplejidad que había permanecido en suspenso: " *¿qué* voy a escribir si me declaro escritor?", le daba una respuesta: nada menos que la vida de mi madre, ¡tenía más trabajo del que me hacía falta!

Y esa idea loca y absurda para una sabiduría superficial era, en verdad, una "idea genial" – y providencial; incluso tan genial y providencial, que no sólo en ese momento sino en los veinte años siguientes, habría sido incapaz de concebirla por mis propios medios. A decir verdad, no la entendía – no entendía el *sentido* detrás de lo que podía parecer un sinsentido, y que sin embargo seguía atormentándome como un sueño absurdo, tenaz y obsesivo. Después de algunos años, el Mensajero paciente y benevolente debió cansarse. O mejor, yo estaba aferrado e instalado hasta tal punto en mi letargo, que no merecía la pena hablar a oídos tan adormecidos.

En agosto de 1979 terminé por dedicarme al trabajo que Dios me había propuesto, dando un rodeo muy distinto[119]. Fue una meditación desde el principio, una meditación sobre mis padres, en vez de partir de la idea de una novela que habría terminado por transformarse en meditación y por hacerme descubrir a mi madre (para empezar) tal y como había sido realmente, y el sentido de tantas cosas eludidas que su muerte evocaba. No recuerdo que durante la larga meditación de agosto de 1979 a octubre de 1980, me viniera la idea de que, en suma, estaba
132 haciendo un trabajo que me había sido ofrecido ◊veintidós años antes, y que entonces había rechazado. Solamente ahora, al evocar como a pesar mío cierta idea ridícula olvidada hace mucho tiempo, se me revela por primera vez el sentido oculto tras el sinsentido aparente.

Esa segunda llamada, que tuvo lugar en ese año memorable, apoyada por toda la fuerza de la experiencia indeleble de las últimas semanas y los últimos momentos de mi madre, y por toda la fuerza del lazo que me unía a ella y que su muerte sólo podía estrechar más, ahora se me aparece en toda su apremiante intensidad. Esa vez, toda la angustia por fin disuelta de los últimos cinco años, y todo lo que mi madre representaba para mí y todo lo que había rechazado y apartado fuera de mi vista, estaba englobado en esa llamada. Y sin embargo, esa vez de nuevo la eludí. Elegí ser infiel a lo mejor de mí mismo, infiel al impulso de una generosidad que asentía a esa llamada de las profundidades, infiel al certero instinto que me mostraba la vía de una aventura muy distinta.

Entonces fui como el condenado a muerte, la cuerda ya en el cuello, que ve indultada su pena: ¡ve donde te parezca! Podía tomarlo como un estímulo, incitándome a responder a una gracia inesperada con un acto que realmente correspondiera; aunque sólo fuera preguntarme por los detalles de lo que me había valido esa pena milagrosamente redimida, a fin de no descarriarme de nuevo en un infierno semejante. En vez de eso, me deslicé por la dulce pendiente de la euforia, del que por esta vez se ha librado y no pide más explicaciones. ¡Era el "happy end"! En lo sucesivo, no había ninguna razón para que el resto de mi vida y hasta el fin de mis días no transcurriera sin tropiezos, todo de color rosa: las matemáticas, amigos por todo el mundo, una amiga (que llegaría a ser compañera) que me había ayudado en los últimos días de mi madre y que parecía muy leal – ¡¿que más podía pedir?! ¿Para qué remover unos recuerdos tan tristes? Quizás cuando fuera viejo... Ahora, ¡la vida me pertenecía!

133 ◊36. Dios habla en voz muy baja...

(26 y 28 de junio) Es una gran satisfacción ver hasta qué punto esta "historia de mi relación con

[119] La incitación para hacerlo me vino, como es debido, por un sueño mensajero, en octubre del año anterior. Hablo de ese sueño en CyS III, en la subnota (n^o 128$_1$) que sigue a la nota "Los padres – o el corazón del conflicto" (n^o 128).

Dios", que había pensado insertar de pasada y como para tomar conciencia, se ha convertido en la ocasión de un redescubrimiento de mi vida a través de algunos de sus momentos centrales y algunos signos que la han marcado, en los que hasta el momento no me había parado a pensar. La nueva perspectiva me permite abarcar mi vida en su globalidad y con una mirada nueva. A lo largo de la reflexión, veo manifestarse en ella paso a paso un *sentido*, un secreto *designio*, ignorados por mí durante toda mi vida y sin embargo oscuramente presentidos. Ese designio, y el nuevo sentido que da a mi vida, se han revelado hace muy poco, de finales de octubre a finales de marzo. Y seguramente es una gracia muy especial, que me hayan sido notificados expresamente y de forma tan clara ([19]). Frisando ya los sesenta años, aún me abría camino a tientas en la noche, sin que nada exterior viniera jamás a confirmarme en la vacilante vía seguida como a mi pesar, por eso ha sido crucial que al fin irrumpiera una luz y que mis tergiversaciones terminaran, para cumplir en esta existencia lo que debo cumplir.

Y que nadie se imagine que la evocación de mis tergiversaciones de hace poco y de mi infidelidad de antes sea para mí ocasión de lamentos y rechinar de dientes, "¡ah si hubiera esto! ¡ah si hubiera lo otro!". Es una alegría descubrir lo que ha sido, a la luz de mi presente, y discernir ahí los afanes de un devenir que se esforzaba a tientas, incluso a través de mis abandonos y mi infidelidad a lo mejor de mí mismo. Era necesario que esos frutos maduraran durante años y decenios su carne de amargura y que fueran comidos, para que nutrieran otro fruto en camino que ya germinaba sordamente. Y lo que vale para uno vale para todos, por amarga que sea la cosecha. Nadie escapa a la amargura del sufrimiento que él mismo se ha preparado, ni a la liberación que ésta prepara.

He pensado en el apóstol Pedro, y en su negación del Cristo que acababa de ser entregado para ser crucificado. Releyendo hace poco ese relato, he sollozado largo tiempo, como si fuera yo el que acabara de renegar y traicionar al que iba a morir abandonado por todos. Sólo la verdad toca así, en lo más profundo del ser, y nos revela a nosotros mismos. Y no hay que lamentar que lo que así toca, como una herida bienhechora que cura, haya sido.

134

◊* *
*

Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Pero los elegidos, me parece, son los que oyen, escuchan y siguen la llamada. Dios elige cuándo y cómo llama – ¿y hay alguien que no haya sido llamado? Pero no es Él quien escoge a los "elegidos". Es cada uno de nosotros, cuando la voz llama, quien escoge en el ruido o en el silencio, si hace callar la voz o si la sigue.

Nos gusta imaginar a Dios dictando Sus mandamientos con la voz del trueno, para que sean grabados, inmutables, en tablas de granito. En verdad, Dios habla en voz baja, y al oído de uno solo. No ordena ni impone, sino sugiere y anima. Y lo que Él dice es locura para todos los que nos rodean, igual que para nosotros que somos su dócil imagen. Nada a nuestro alrededor ni en nosotros, salvo esa única voz, nos incita a prestarle atención, y todo nos disuade de hacerlo. Por eso es tan raro que escuchemos y más raro aún que hagamos caso. Y seguramente por eso hay tan pocos elegidos.

Esa voz imperceptible es como un viento suave que pasa por la hierba, y cuando ha pasado parece que no ha pasado nada, todo sigue siendo igual. Los mismos profetas, los místicos, los santos primero lo rechazaron, como una vana quimera o como un sueño loco, antes de atreverse a reconocerlo y de apostar su vida a esa fe temeraria, esa fe loca, desafiando toda "sabiduría". Si hoy en día a algunos nos parecen grandes, ellos que fueron modelados con el mismo barro que nosotros, es porque se atrevieron, ellos, a ser ellos mismos osando dar crédito al viento que sopla y que pasa, subiendo de las profundidades. Su fe es la que los hace grandes, restituyéndoles ellos mismos a sí mismos. No la fe en un "credo" compartido por todos o pregonado por un afanoso

grupo de defensores. Sino la fe en la realidad y el sentido de algo delicado e imperceptible que pasa como la brisa y nos deja solos ante nosotros mismos como si jamás hubiera estado.

Ésa es, la verdadera "fe en Dios". Aunque nunca se hubiera pronunciado Su nombre, sin embargo es ella. Es la fe en esa voz baja que nos habla de lo que es, de lo que fue, de lo que será y lo que podría ser y que aguarda – voz de verdad, voz de lo que vemos... Somos y llegamos a ser nosotros mismos solamente cuando escuchamos esa voz, y tenemos fe en ella. Es ella la que actúa en el hombre y le hace avanzar y le anima en el camino de su devenir.

135 ◊Esa fe no es más que la fe en nosotros mismos. No en el que nos imaginamos o quisiéramos ser, sino en el que somos en lo más íntimo y en lo más profundo – en aquél que está en camino y al que esa voz llama.

No obstante a veces la voz se hace potente y clara, habla con fuerza – no la del trueno, sino con la fuerza misma que yace en nosotros, ignorada, y que de repente ella revela. Así es ella en el sueño mensajero, hecho para sacudirnos un sopor (quizás mortal...). Pero esas insospechadas fuerzas se despliegan en vano – pues ¿dónde está el metro certificado que las medirá con su rasero (para que comprobemos que dan la talla...), dónde la balanza que las pesará (y nos da luz verde para admirar...), dónde el cronómetro que les pondrá coto (para limitar los daños...)? Después de todo no son más que sueños, ¿no es cierto? ¿Quién sería tan loco como para escuchar un sueño, e incluso hasta seguirlo?

Incluso cuando, por algo extraordinario, Él levanta la voz, diríase que Dios hace todo lo que puede para, sobre todo, no presionarnos por muy poquito que sea para que Le escuchemos, ¡mientras que *todo* nos empuja a taparnos los oídos! Es casi como si Dios mismo participara en la puja: "Oh, sabéis, sobre todo no hay que preocuparse ni sentirse obligado, si Yo te hablo es como si Yo me hablara a mí mismo mascullando algo. Después de todo Yo no soy un personaje importante como Untal que habla en la radio y Untalotro que concede una entrevista y otro Untal más que acaba de publicar un libro muy leído o Éste que afirma con aire perentorio mirando a su alrededor o Aquella de voz aterciopelada que te acaricia como un guante... Ante todo no quisiera hacerles la competencia y por otra parte Yo tengo mucha paciencia y muchísimo tiempo, así que no hay prisa para escucharme, si no es en esta vida será en la siguiente o la de después o dentro de diez mil años, tenemos todo el tiempo..."

Con todo eso, ¡es milagroso que el Sin-importancia, el Todo-Paciente, el Insensato, el Ignorado, sea escuchado alguna vez! Sólo puede culparse a Sí mismo, el Señor de toda vida al que gusta tanto esconderse y rodearSe de misterio y hablar la lengua de los sueños y del viento, cuando Él no está en silencio. El mundo entero atruena y ordena y decreta y determina, y promete y amenaza y fulmina y excomulga y machaca sin piedad cuando no masacra sin vergüenza, en nombre de todos los dioses y todas las sacrosantas Iglesias, de todos los reyes "de
136 derecho divino" y todas las Santas Sedes y todos ◊los Santos Padres y todas las altivas patrias, y (last but not least) en nombre de la *Ciencia* ¡sí Señor! y del Progreso y del Nivel de vida y de la Academia y del Honor del Espíritu Humano, ¡ya lo creo!

Y en ese clamor de todos los poderes y todos los apetitos y todas las violencias, *Sólo Uno* se calla – y Él ve, y espera. Y cuando por ventura Él habla es en voz tan baja que jamás nadie escucha, como dando a entender a la vez que murmura: oh Yo, sabéis, verdaderamente no merece la pena escucharMe. Además en ese jaleo os cansaría...

Los caminos de Dios, lo reconozco, son insondables. Tan insondables que no podemos extrañarnos de que el hombre se pierda en ellos e incluso pierda el rastro de Dios y hasta Su recuerdo. Las religiones que, sin duda, Él ha inspirado, se contradicen y se exterminan unas a otras, y los pueblos que antes se proclamaban hijos de una misma Iglesia, no han dejado de masacrarse a placer unos a otros, a lo largo de siglos y al son de los mismos himnos fúnebres celebrando el mismo Nombre, los sacerdotes con casulla en compañía de poetas laureados cantando

piadosamente amén “por los que piadosamente han muerto por la patria...”.

En nuestros días el buen Dios está pasado de moda, pero el macabro circo gira tan deprisa como nunca: los sacerdotes y los poetas siguen haciendo su tarea de sepultureros, bajo el báculo alerta de los generales los reyes los presidentes los papas, mientras que la Ciencia (alias el Honor del Espíritu Humano), siempre tan sublime y tan desinteresada, facilita los grandiosos e impecables medios de las perfeccionadas Megamasacres electrónicas químicas biológicas atómicas y de neutrones para los osarios de hoy y de mañana.

Sólo Dios se calla. Y cuando Él habla, es en voz tan baja que jamás nadie Le escucha.

137 ◊IV ASPECTOS DE UNA MISIÓN (1): UN CANTO DE LIBERTAD

37. La impensable convergencia

(9 y 10 de julio) Hoy hace justo dos semanas que el relato de mi "aventura espiritual desde la cuna" fue interrumpido por la digresión imprevista y prolongada (sin darme cuenta de nada) de la inocente sección precedente "Dios habla en voz muy baja...". Lo que se preveía como un breve intermedio ha rebrotado en una cascada de "notas metafísicas" naciendo unas de otras en un movimiento tan apretado, que no hubiera podido ni querido frenarlo ni pararlo, desde la nota-madre "Dios se oculta constantemente – o la íntima convicción" (surgida del "intermedio" y prologándolo) (n^o 19), que da a luz a toda la progenie algo tumultuosa de las doce notas siguientes (notas n^o 20 – 31). Éstas constituyen una primera respuesta escrita a las fuertes resonancias suscitadas en mí por el encuentro con el pensamiento religioso de Marcel Légaut, en sus dos libros ya abundantemente citados "El hombre en busca de su humanidad" e "Introducción a la comprensión del pasado y el futuro del cristianismo" (¡un título bien largo para un texto tan capital!). Por eso ni siquiera he encontrado tiempo libre para continuar la lectura de éste último, ¡tal ha sido el suspense por hacer "converger" como sea la escritura de un haz de notas que parecía querer divergir más y más! Ayer al fin lo conseguí, y ayer hice novillos – continuando en seguida la lectura interrumpida, quién lo duda...

Lo que más me ha llamado la atención leyendo a Légaut, ya desde el primer libro, pero con una fuerza revulsiva (el término no es demasiado fuerte) al comenzar a leer el segundo, es la extraordinaria *convergencia* de dos experiencias y dos pensamientos que, según parece, se ignoraban mutuamente, que jamás se habían cruzado. Sin embargo, bien sabe Dios que los horizontes sociológicos e ideológicos de los que uno y otro somos retoños (heterodoxos, todo hay que decirlo), igual que los temperamentos personales, están en las antípodas en muchos aspectos. De un lado los padres ateos, unión libre, anarcos, marginales por elección – del otro la familia decididamente católica, matrimonio por la iglesia "y todo eso"... La convergencia de itinerarios me choca tanto más como algo verdaderamente extraordinario, casi milagroso, *providencial*. Ese sentimiento de lo "providencial" me embargó desde que comencé a leer la "Comprensión del cristianismo" (si se me perdona la abreviatura del título prohibitivo).

138 ◊¡Y con razón! Hacía dos o tres meses que mi pensamiento le daba vueltas a la cuestión de los designios de Dios que se manifiestan a través de la historia de las religiones. Entre éstas, bien percibía que el cristianismo jugaba un papel muy diferente, no tanto por sus caracteres propios entre otras religiones, como por la figura de Jesús y de su extraordinario destino. Según mis primeros sondeos a diestro y siniestro, no parecía que fuera a encontrar en la literatura filosófica o religiosa una reflexión de envergadura, que tratase las cuestiones que sentía verdaderamente cruciales. Pero también sentía que enfrentarme a esas cuestiones es parte de mi misión, que me acaba de ser manifestada[120] de forma tan clara y perentoria. Incluso ése iba a ser, muy probablemente, el "plato fuerte" de mis reflexiones en los próximos años. Y hete aquí que "por la mayor de las casualidades" caigo sobre ese libro[121] de un autor del que jamás había oído hablar, que entre todos es el que se enfrenta justo a las cuestiones que siento más cruciales, e incluso con el espíritu con que yo lo hubiera hecho; pero alguien, además, con la experiencia de toda una vida en contacto con las realidades espirituales y religiosas, y que había madurado mucho tiempo en sí una visión de las cosas mucho más profunda que la mía ¡mientras que yo

[120] Como recuerdo más adelante, eso ocurrió, de la "manera clara y perentoria" que digo, a primeros de enero de este año, hace por tanto seis meses.

[121] Con más precisión: alguien me trajo por casualidad libros de "espiritualidad", porque se suponía que me interesaban, entre los cuales "El hombre en busca de su humanidad" de Légaut. Me apresuré a pedir todos los libros de Légaut, y el primero que llegó, unos diez días más tarde, fue el libro-golpe-fulminante sobre el cristianismo.

acabo de desembarcar!

Y aún había más. Hace una docena de años que comencé a "entrar en mi misión"[122], 139 aunque sin ser plenamente ◊consciente hasta el pasado mes de enero; una misión por otra parte de "éxito" no sólo altamente improbable, sino prácticamente *imposible* según la sabiduría humana – una misión que la lección de los hechos, incansablemente reiterada e idéntica a ella misma, parece volver insensata, condenarla de antemano a la esterilidad total[123]. Y he aquí que por primera vez me llega, como un eco que hubiera aventajado a mi voz, una especie de "confirmación" externa de mi misión, por la voz de otro – de un hermano según el espíritu que, siguiendo su propio camino a partir de una experiencia totalmente diferente, pero prosiguiéndolo según una misma exigencia tácita e imperiosa, ha llegado a una visión de la realidad espiritual ciertamente distinta de la mía, pero con una relación de secreta armonía entre ambas, una "relación de diálogo", de diálogo espontáneo e inmediato. Y aunque el libro que estoy escribiendo sobre los sueños pueda parecer sin relación directa con los temas abordados por Légaut en sus dos libros, ya en los días siguientes al encuentro con el primero de los dos, sentía que modificaba mi propio trabajo de una manera que yo mismo no hubiera sabido discernir (si no fuera por unas señales imperceptibles y aparentemente irrisorias), y que sin embargo presentía, o mejor dicho sabía, que en modo alguno era insignificante o superficial. Era como si en adelante, al lado de mi propia experiencia de las cosas y de la visión del mundo (en continuo devenir) en que ésta se ha transformado, estuviera silenciosamente secundado por la experiencia y la visión de otro; 140 no tanto por lo poco que ◊sabía de esa experiencia y de esa visión distintas, como por el mero hecho de que se hubiera establecido el contacto y en adelante supiera que existían, con unas tonalidades muy particulares, muy personales que acogí en mí durante unas horas de intensa "escucha".

Fue en el capítulo "Fe y Misión" del libro "El hombre en busca de su humanidad" donde encontré claramente expresado sobre la misión humana, incluso antes de que pensara en expresármelo a mí mismo, lo que ya sabía oscuramente, por lo que me había sido revelado hacía a penas unos meses sobre mi propia misión. Cosas muy delicadas, cosas "imposibles" que nadie puede inventarse, sino que sólo puede expresar con tal autoridad, seguro de tocar lo universal, quien no sólo haya tomado conciencia de su propia misión y haya asumido su radical imposibilidad por un acto de fe incesantemente renovado; sino que además tenga la profundidad de visión para discernir esa *misma* aventura espiritual jamás expresada claramente, siempre dicha entre

[122] Si considerase el "gran viraje" de 1970 (que se trata en la sección "El viraje – o el fin de un sopor", n^o 33), cuando dejé el medio matemático, como el momento en que "comienzo a entrar en mi misión", haría 17 años en vez de doce. Pero en ese momento aún no estaba involucrado en un camino que ahora llamaría "espiritual" – solamente fue un primer paso en esa dirección. El primer paso en ese camino se da en 1974, y aludo a él en la sección "La llamada y el rechazo" (n^o 32) y en la siguiente, y aún volveré sobre él. Pero el paso decisivo e irreversible en la vía espiritual se logra en octubre de 1976, con el descubrimiento de la meditación y con los "reencuentros conmigo mismo", que se tratan varias veces en el Capítulo I.

[123] Cuando hablo de "esterilidad total", se trata del aspecto externo de la misión, en tanto que mensaje para los demás. Por el contrario, bien sabía que el trabajo de descubrimiento de mí mismo al que me lancé esporádicamente, desde octubre de 1976, era un poderoso agente de transformación interior, de maduración espiritual. Pero me desconcertaba comprobar siempre que sólo yo avanzaba, y que toda la gente que conocía, mis amigos y allegados y el mundo entero, permanecía en su sitio por así decir ¡como troncos! Escribir mi experiencia espiritual parecía carente de sentido – no conocía a nadie en el mundo de quien tuviera buenas razones para creer que estaría en disposición de sacar algo valioso, de ser estimulado en su caminar, cuando claramente nadie tenía ganas de moverse.

Ese sentimiento de aislamiento con respecto a los demás hombres llegó a ser penoso de llevar, era un freno insidioso y poderoso en mi ascensión. Sin embargo desde agosto de 1986 sabía que tenía la compañía y la ayuda del Soñador en esa ascensión – pero en ese momento y hasta hace bien poco aún, el Soñador no era sentido como un lazo de unión con los otros hombres y con la humanidad. La situación ha cambiado totalmente desde que el Soñador se me ha dado a conocer como Dios, y que, además, he tenido una clara confirmación de mi misión por Dios mismo. En el momento presente la aparente imposibilidad o "esterilidad" de mi misión respecto de los hombres ya no me perturba en absoluto – no me toca a mí sino al buen Dios, procurar que converja lo que con toda evidencia diverge a tope, y que ninguna potencia del mundo salvo Él podría impedir que continuase así hasta el final...

líneas, en *otros* seres. Hombres del pasado y hombres de hoy, que una misma fidelidad a ellos mismos les hace "adherirse" a una misión tan imposible, animados por esa fe en lo mejor de ellos mismos, oscuramente reconocido como tal a pesar de los ásperos desmentidos del mundo entero y de la superficie de su mismo ser, toda impregnada de los valores de ese mundo.

La lectura de ese capítulo[124] ya me llenó de alegría. Era un mensajero que venía a confirmarme algo ya sabido íntimamente, de capital importancia en mi existencia, y que me mostraba que no era el único en el mundo en haberlo experimentado; y a la vez también era la revelación irrecusable de la profundidad y la autenticidad de un pensamiento que de buenas a primeras me había atraído y había sentido cercano al mío, aunque manteniéndome hasta entonces en una prudente expectación.

Al hablar hace poco de "convergencia" de dos "itinerarios", veía en ella una llamativa ilustración, que viene muy a punto, de la *convergencia general de las misiones humanas*, que Légaut percibe con una profundidad visionaria que no puede más que llevar a la adhesión de todo ser que (como es mi caso) comience a abrirse a la realidad espiritual. No podía dudar de que lo que Légaut describe es verdadera *visión*, y nada del tipo de una simple "esperanza
141 escatológica" sobre los últimos fines de la humanidad, en marcha ◊hacia su futuro. Sospechaba, y tanto más cuanto mis sueños proféticos me hacían presentir un movimiento en el sentido de tal convergencia, un movimiento que sería llamado a manifestarse y tomar forma en los próximos decenios, bajo el impacto de una iniciativa divina de una amplitud y una fuerza sin precedente en la historia de la Creación. Seguramente ni Légaut ni nadie (salvo Jesús hace dos mil años...[125]) ha soñado nada de eso, y sería al menos dudoso que tomase en serio estas profecías, suponiendo que aún esté en vida...

Pero por mi parte, en ningún momento me había sido dado ver o sólo entrever, aunque no fuera más que en un caso, esa "convergencia" de la que Légaut habla con la autoridad del que *ve*. Muy al contrario, lo que me ha chocado más y más a lo largo de los últimos diez o doce años, ha sido una especie de *divergencia espiritual* general, a la par que la uniformización de los modos de vida y las estructuras ideológicas en todo el mundo; una *cacofonía* de mutua incomprensión mantenida por la huída de uno mismo también general. Y es esa cacofonía, en la que mi voz (suponiendo que me entrase la fantasía de querer hacerla oír) no podría ser más que un irrisorio decibelio de más en el infernal estrépito de una humanidad hundiéndose en su propio ruido – es esa cacofonía seguramente la que me ha hecho dudar tanto tiempo, en lugar de consagrarme en cuerpo y alma a lo que en el fondo bien sabía que era mi verdadera misión: a lo que ningún
142 otro ser estaba llamado más que yo sólo, lo que ningún otro podría hacer en mi lugar...[126] ◊Ha

[124] Ése fue uno de los primeros capítulos que leí. Leí los capítulos en orden disperso, sin tener claro al principio si leería todo el libro. A menudo soy reticente a dedicar mi tiempo a la lectura. Pero éste por supuesto que terminé por leerlo entero.

[125] Aquí exagero, pues Jesús no ha sido el único ni siquiera el primero en tener visiones apocalípticas. En nuestros días, aunque sean relativamente raros, no faltan seres que presienten que un cambio de era es inminente. Llegué a esa convicción a principios de los años 1970, no por intuición visionaria, sino por el mero ejercicio de mi sana razón. (Véase la sección "El viraje – o el fin de un sopor", n^o 33.) Desde entonces, el sentimiento de un *final* radical e ineluctable no me ha dejado, a pesar del soporífero ronron de la "vida que continúa". Tengo la impresión de que incluso entre los que presienten conmociones inminentes, raros son los que se hacen alguna idea de la brutalidad cataclísmica con la que esas conmociones van a desencadenarse sobre nosotros. Estoy convencido de que si Dios Mismo no velase, la humanidad entera se quedaría en la estacada, y tal vez incluso con todo el resto. (Compárese con la nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe", n^o 22.)

[126] *Cada* ser sin excepción tiene la misión de conocerse a sí mismo y de conocerse profundamente – eso es algo que es común a todas las misiones humanas. Esa tarea espiritual, seguramente la más universal de todas, también es la más íntimamente personal: cada uno está llamado a conocer*se*, a descubrir*se* – y ese ser en devenir que sin cesar debe descubrir y conocer es por sí mismo vasto como el Universo, y algo *único* – un ser distinto de cualquier otro ser del mundo. Nadie está llamado a sondear *ese mundo* más que él mismo, y ningún otro podría hacerlo en su lugar. Y esa tarea, por extraño que pueda parecer, "no es extraña al Todo y a los designios de Dios sobre la humanidad entera" (como escribo en las siguientes líneas, en el caso de mi propia persona). Así, nada de lo que digo aquí a propósito de mi misión, y por lo que puede parecer que me vanaglorio, es realmente particular de mi

hecho falta que Dios Mismo me animase a lanzarme, sin preocuparme más de reciprocidades ni de eficacias, que Él me hiciera comprender que el devenir de lo que era más personal, lo más íntimo en mí no era extraño al Todo y a los designios de Dios sobre la humanidad entera, para que se desprendieran de mí esas dudas e hiciera claramente mi elección: servir a los designios de Dios con todas mis fuerzas y todo mi corazón. Entonces supe que no tenía que ocuparme de lo demás. Lo demás no puede dejar de venir por añadidura y a su tiempo – durante mi vida terrestre presente tal vez o si no más tarde, en el fondo poco importa...

Por tanto puedo decir que en cierto modo ya "sabía", por revelación, que la imposible "convergencia de las misiones humanas" no podía dejar de dibujarse antes o después. Que eso estaba inscrito en los últimos finales del Universo, incluso si Dios Mismo quizás no supiera decir en lenguaje humano de qué manera se iniciaría (si no se ha iniciado ya), se proseguiría y se cumpliría, a despecho de todo el peso prodigioso de la inercia espiritual de los hombres. Pero no recuerdo haber percibido jamás, por mis propios medios, ningún signo convincente. Tanto mayor era la alegría de encontrar, a través de su obra, un hombre que no sólo afirmaba tal convergencia[127], sino que visiblemente también la *veía*.

Tal era mi visión y mi comprensión de las cosas al escribir la sección "Fe y Misión" (n^o 34) en los días siguientes a la lectura del capítulo del mismo nombre del libro de Légaut. Y unos días después (el 26 de junio), al abrir la "Comprensión del cristianismo" y comenzar a entrar en la substancia del libro, fue la revelación, verdaderamente fulgurante esta vez, de una
143 convergencia casi impensable de tan improbable que parecía ¡y $^{\diamond}$sin embargo verdadera! Y no una convergencia entre el pensamiento y la misión de un Señor X y un Señor Y de los que quizás ya hubiera oído hablar, tal vez entre Platón y San Agustín o Dios sabe quién – sino que entonces sentí un movimiento en el que estaba implicado directa y poderosamente, no sólo por la superficie de mi ser sino por mi existencia entera, y por mi relación con la existencia de los demás hombres y con el devenir de toda la humanidad. ¡Había con qué estar "sobrecogido" en efecto!

38. El testimonio como llamada a descubrirse

(11 y 12 de julio) Después de que haya aludido a mi "misión", quizás sea el momento de que intente decir, hasta donde se pueda, cómo la percibo actualmente. Decir al menos cómo la percibo en relación "al mundo": cuál es, en sus rasgos esenciales y en su espíritu, el *mensaje* que me siento llamado a llevar. Ya desde ayer e incluso desde anteayer, el pensamiento comenzó a husmear en esa dirección, a preparase... No hay nada que hacer ¡ahora tengo que "pringarme"! Tanto peor otra vez para el "hilo de la reflexión"[128], que sin embargo no se perderá...

Quisiera desentrañar lo que es verdaderamente *esencial*, el alma misma del mensaje. Para eso, antes que intentar decirlo abruptamente, diré primero ciertos aspectos que siento importantes, pero que sobre todo se me presentan como los *medios*, ligados a mi persona y a mi experiencia particular, para expresar y "pasar" lo esencial – "a los que tengan oídos para oír".

Seguramente, tengo la misión de *testificar* lo que ha sido mi vida, y lo que aún es en
144 el momento en que escribo[129]. Ciertamente, no es cuestión de ser $^{\diamond}$exhaustivo, ni siquiera en

persona. Lo que es particular, parece, son ciertos aspectos de mi misión "hacia el exterior", que se tratarán en las siguientes secciones.

[127] No es raro afirmar a la ligera tales convergencias. Por ejemplo hace ya mucho que es de buen tono decir (sin pensárselo dos veces) que "todas las grandes religiones en el fondo enseñan lo mismo". Lo más frecuente es que eso sea la manifestación de un optimismo a flor de piel o de un propósito ideológico deliberado, más que el fruto de un examen atento de los hechos.

[128] Ese "hilo" consiste en el relato más o menos cronológico de mi relación con Dios a lo largo de mi vida. Lo he proseguido hasta la nota "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n^o 35).

[129] La primera vez que me sentí llamado testificar públicamente fue en los años 1970–72, justo después del gran viraje de 1970, con ocasión de mi acción militante en el grupo Sobrevivir y Vivir. (Véase al respecto la sección

una determinada perspectiva como en la que me he situado en este libro: la historia de mi relación con Dios, o de mi aventura espiritual. Pero, para mí tal testimonio no tiene sentido más que si se hace "en verdad", con todo el rigor y toda la simplicidad de los que soy capaz, sin escamotear los rincones sombríos o dudosos y sin acentuar lo rosa. Al hacerlo, siento por momentos que mi manera muy "metiendo la pata", sin contemplaciones ni conmigo mismo ni con algunos de mis compañeros y otros implicados en mi aventura, ni con la susceptibilidad del lector, testigo desconocido de un relato que se dirige más a mí mismo que a él – que esta manera carece seguramente de esa virtud de "discreción" que Marcel Légaut recomienda con tanta insistencia y con razón, y que él mismo practica con tanta perfección. Pero, quiéralo o no, estoy llamado a testificar de esa manera. Como para testificar también, por así decir con el ejemplo, lo que llamo la *"meditación"*, es decir, el trabajo de reflexión sobre mí mismo, cuya razón de ser es el descubrimiento y comprensión de mi propio ser. Si fuera posible, mi testimonio quisiera ser una meditación realizada "en público", o al menos, con intención de publicarla. Por eso mismo, quisiera ser también aliento y llamada para que también el lector entre, al igual que yo hago en su muda presencia, en su propio ser, en su propia vida, y en ella vea perfilarse una existencia humana. Como para decirle: ¡es así de simple, ves! Si vives alejado de ti mismo, no es que te falten los *medios* para conocerte a ti mismo y profundizar en ti ¡igual que no es la ausencia de medios lo que me hecho vivir en la superficie de mi ser la mayor parte de mi vida!

Ciertamente toda creación testifica de modo más o menos íntimo y más o menos directo sobre el obrero que la ha creado. En mi obra, ese testimonio seguramente será el más directo, el más inmediato, el menos "discreto" que haya. Así es como creo responder mejor a la exigencia de *conocimiento de sí*. Me parece que esa exigencia va más lejos en mí que en la mayor parte de
145 los "espirituales"[130], es decir que en aquellos para los que eso que Légaut llama ◊"profundización interior" está verdaderamente en el núcleo de su existencia y le da todo su sentido. Dicho de otro modo, un aspecto de mi misión (que al parecer no se encuentra bajo esta forma en la de Légaut ni de ningún otro que yo conozca), es promover un vivo interés por el conocimiento de uno mismo, o mejor dicho, por una actitud interior de descubrimiento de uno mismo. Ciertamente ésa es una llave para el descubrimiento y el conocimiento de los demás y del mundo espiritual. Y es ella la que me ha conducido de puerta en puerta al descubrimiento de Aquél que me esperaba.

"El viraje – o el fin de un sopor", n^o 33.) Sobre todo en discusiones públicas, a menudo encrespadas, de las que quedan pocas trazas escritas. En cambio, Cosechas y Siembras, escrito entre 1984 y 1986, puede verse como un largo testimonio sobre mi pasado matemático, acentuando el lugar de ese pasado en mi aventura espiritual. Pero, ni en esa reflexión ni en la del presente libro sobre los sueños, escribo con el espíritu de una autobiografía. Es un género que nunca he abordado, e ignoro si algún día me concederé el tiempo para emprenderlo.

[130] Me explico al respecto de manera bastante detallada en la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro", n^o 9. Parecería que como regla general, el "espiritual" no se interesa en su psique por ella misma, como algo que le intriga y le atrae por su propia belleza (y hasta en sus miserias más extremas...), por los misterios que siente en ella (algunos ciertamente temibles...), que en modo alguno es atraído por ella como el esposo es atraído al cuerpo de la esposa. Más bien, la espesura de la psique le impacienta, como algo que se interpondría entre el alma y la realidad espiritual, que es lo único que quisiera conocer, que quisiera desposar. Así, la conoce más como un obstáculo a su amor que como algo amado por sí mismo – con impaciencia, y lo justo para impedirle (hasta donde es posible) que sea obstáculo. Y cuando su pasión es grande y pura al final, con ayuda de Dios, el "obstáculo" desaparece, sin haber sido ni conocido ni amado.
Mi vía ha sido muy distinta. Ni pensaba en una realidad "espiritual", ni en Dios. Pero sentía todo el peso y todas las rigideces de la psique, que me entorpecían y paralizaban mi vida, y también sabía que en mí había *algo además* de pesadez y rigidez. Y quise, no sólo *liberarme* de lo que me encadenaba (en la medida en que se pueda...), sino también *conocerlo* – conocer a uno *y* otro, al pesado y al ligero, al inerte y al vivo, inextricablemente enmarañados en mi ser. Pero quien desea conoce, y quien conoce ama. He amado la psique tal cual es, en su grosería y en su delicadeza, en su impecable superficie y en sus trastornos profundos, en sus descaradas estafas y en la humilde verdad que revelan... De día me alentaba una voz interior, y de noche mis sueños. No me cansé, y sin preguntarme jamás *quién* me hablaba así, en el fondo bien sabía que ésa era mi tarea más íntimamente mía. Por más que la dejase, cual un amante infiel, siempre volvía a ella, sin agotar jamás su misterio. Ella ha sido un pozo vasto y muy profundo que debía sondear, sin saber a dónde iba. Es ese pozo el que ha sido mi vía hacia Dios.

Pero más aún que un medio de conocimiento, es también la vía (o al menos *una* vía) hacia su propio devenir, hacia la maduración del ser y su liberación, por la liberación de sus fuerzas creadoras en el plano espiritual.

146 En la estela de este testimonio y de esta llamada, y en paralelo con ellos[131], ◊quisiera promover un conocimiento de la psique humana "en general", con una óptica espiritual[132]. La ignorancia al respecto, incluso entre los "humanistas" más cultivados y más prestigiosos, es casi universal y sobrepasa toda expresión. Hasta entre los espirituales, generalmente ese conocimiento es descuidado, permanece borroso y como bloqueado por un propósito deliberado de "espiritualidad"[133]. Paliar por poco que sea esa extraordinaria ignorancia generalizada, esa ceguera de la "cultura" a las realidades más elementales y más fundamentales de la psique, parece ir en el sentido de un cambio de "clima cultural", que lo volvería más propicio, o al menos menos ferozmente adverso, al camino "espiritual" del ser en busca de sí mismo...

39. Eros – o la potencia

Muchos espirituales, tanto entre los cristianos como entre los que han surgido de las tradiciones religiosas orientales, manifiestan frente al impulso erótico una actitud de desconfianza visceral, cuando no es la de un verdadero antagonismo, de una represión sin piedad[134]. Veo ahí el efecto de una deformación cultural universal, que ha pesado mucho sobre la historia de la humanidad desde la noche de los tiempos. Tendré amplia ocasión de volver sobre ello una y otra vez, y de modo detallado, si no en el presente libro, al menos en los que deben seguirle.

147 ◊Ya va siendo hora de que los hombres sepan reconocer en Eros *la* gran fuerza creadora que actúa en el Universo, tanto en el plano material como en el plano de la vida y el de la inteligencia propiamente humana ([32]). Mientras el hombre no llegue a una relación armoniosa con esa fuerza cósmica que actúa en el Universo y en él mismo, por más "espiritual" que pueda ser, sigue siendo, en una parte esencial de su ser, un *animal enfermo*, en guerra contra sí mismo y contra las obras de Dios – aún no es plenamente hombre[135]. Al no saber afirmar y asumir

[131] No quisiera contentarme con hablar de refilón de la "psique en general", al margen de un testimonio o una reflexión metafísica, sino que espero consagrarle una reflexión sistemática en los próximos años. El lector encontrará un primer intento en ese sentido en la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1), y en las cuatro notas siguientes.

[132] Cuando digo "con una óptica espiritual", en modo alguno es para limitar mi tema, sino por el contrario para darle a la realidad psíquica la dimensión que le pertenece y le da todo su sentido. Compárese con los comentarios de la antepenúltima nota a pie de página.

[133] Véanse al respecto los comentarios en la nota a pie de página citada en la anterior.

[134] Por supuesto, esa actitud no está limitada a los "espirituales", ni en nuestros días ni en el pasado. Sin embargo, parece que hoy está más interiorizada en los espirituales que en el común de los mortales (donde tiende a suavizarse considerablemente durante las últimas generaciones). No obstante, entre las excepciones notables a esta regla citaría a Gandhi y Légaut. Krishnamurti se contenta con ignorar prácticamente el impulso amoroso. No obstante, en el único pasaje suyo que he leído en que lo trata, brevemente y de pasada, subraya, sin ninguna veleidad de distanciamiento moralizador, la extraordinaria potencia de la vivencia amorosa. Por el contrario, en él hay un discurso sobre el "proceso del deseo" (en general), sin distinguir entre el "deseo" que proviene del yo (y sobre todo de la vanidad), y el que brota de Eros, que sin embargo son de naturaleza totalmente diferente. Según la tendencia general en los medios que se proclaman espirituales, mete todos los deseos en un mismo saco, y los considera como un impedimento a la profundización espiritual. Sin embargo supera los clichés "espirituales" corrientes, reconociendo claramente que el deseo de librarse del deseo, de deshacerse de él, se inscribe en ese mismo "proceso del deseo", como reflejo de la voracidad de grandeza del yo.

[135] He escrito estas líneas sopesando mis palabras, y no tengo nada que quitar, pero he de precisar mi pensamiento: el hombre que no sabe vivir en armonía con el impulso de Eros en él, y más particularmente con el impulso del sexo, es un hombre profundamente dividido contra sí mismo. En ese sentido escribo que "aún no es plenamente hombre", pues no está en la naturaleza del hombre el estar así en guerra contra sí mismo. Al contrario, parte de sus principales tareas, y una de las más arduas, es superar ese estado de guerra interior; guerra sin esperanza de triunfo si no es con la muerte, pues "el enemigo" Eros ¡no es otro que el mismo impulso de vida! Dejamos de ser un "animal enfermo", llegamos a ser plenamente humanos, cuando se cumplen esas tareas, y vivimos en armonía con nosotros mismos.

nuestra humanidad, sin reserva y sin vergüenza sino reconociendo esa maravillosa riqueza que nos ha sido confiada, por eso mismo somos incapaces de asumir nuestra humanidad, incluso en algunas de sus manifestaciones más delicadas y más altas. Pues lo alto hunde sus raíces en lo bajo, y está muy enfermo el árbol que rechaza la tierra que le sostiene y que le nutre. No es casualidad ni aberración que en todas las lenguas del mundo (si no me equivoco), la *misma* palabra "amor" designa tanto la fuerza que atrae mutuamente a la mujer y al hombre y les hace devenir "una misma carne", como el amor en el plano espiritual que trasciende a la carne y a la inteligencia humana. Y tampoco es casualidad, sino señal de una correspondencia íntima y profunda, que los balbuceos del amante al hablar a la bienamada, y los de la amante o el amante de Dios al hablar a Aquél que a menudo llamamos "Señor" aunque pensando con todo nuestro ser "Bien–Amado", se hagan con *las mismas* palabras de amor. Y Dios mismo, cuando con el lenguaje íntimo y poderoso de los sueños habla de la relación de amor entre Él y el hombre, muy a menudo la expresa con fuerza revulsiva en la parábola del amor carnal, sin preocuparSe del
148 decoro. ◊Pues si el hombre está enfermo, Dios, Él, no se avergüenza de Sus obras, que testifican de Él todas. Y en verdad, para aquél que no se hace ni permanece esclavo del impulso de amor y de conocimiento (en su carne o en su inteligencia), sino que se deja inspirar y llevar por él y le toma prestadas sus alas para volar, Eros es una de las múltiples vías que llevan a la adoración y al conocimiento de Dios – la humilde vía del amor humano, vivido en su potencia y en su verdad.

Eros es una emanación de Dios, y la fuerza de Eros una manifestación de la fuerza creadora de Dios. Es la fuerza creadora divina actuando en la materia. Pero Eros no es Dios, como tenía tendencia a creer durante años, a falta de una profundización suficiente o simplemente a falta de un examen atento. Ahora me doy cuenta de que esa confusión actuó como un freno en mi progresión espiritual, desde el descubrimiento de la meditación hace diez años hasta el año pasado. Sin embargo, las consecuencias de tal confusión me parecen menos graves, y con mucho, que las que (a menudo cercanas a la neurosis) se siguen de la confusión inversa, que hace de Eros la encarnación favorita del diablo ¡del Enemigo en persona! Ésa es una verdadera aberración, un absceso que roe el alma – una negación asustada y rencorosa del Mundo y de la vida que palpita en el Mundo – el pulso de Eros. Afortunadamente en nuestros días esa forma de demencia comienza a ser rara.

Confundir Eros con Dios no cierra el ser ni al amor, ni a la belleza de las cosas, ni a la admiración. No es un acto de negación y de violencia sino simple ignorancia, que cierra los ojos a lo que distingue el plano espiritual y la creatividad en ese plano de los planos inferiores. Es una carencia de agudeza para discernir la diferencia entre cosas ciertamente "parecidas" pero de esencia diferente. (Igual que el reflejo del rostro reenviado por el agua de un pozo es parecido al rostro y de esencia distinta...) Cuando la agudeza visual aumenta, aparece la distinción, como la luminosa revelación de algo sabido desde siempre y que se hubiera olvidado...

Promover un conocimiento de la psique desde una óptica espiritual no significa en modo alguno ignorar a Eros o vilipendiarlo, como tantos espirituales se ven en la obligación de hacer. Bien al contrario, eso exige reconocerle el papel que le corresponde – su papel único, crucial e irreemplazable de fuerza creadora original, que brota de las mismas fuentes de la vida sobre la tierra. Renegar de Eros, desgarrarse de él, es desgarrarse de la fuente de creatividad que hay en nosotros, y condenar al ser a agostarse, no sólo en los profundos impulsos del cuerpo y en
149 su inteligencia creadora, sino también en el plano espiritual, es decir en su ◊relación con Dios ([33]). Quien reniega del animal que hay en él reniega de Dios, quien se avergüenza del animal se avergüenza de Dios. Pues Dios está en el animal igual que está en el hombre. Él ha creado a uno igual que Él ha creado al otro, no para que el hombre odie o violente o desprecie al animal que hay en él o se avergüence de él, ni para que se haga esclavo de él mientras lo glorifica o lo niega, sino para que viva en buena armonía con él, y el animal sirva según su naturaleza y en alegría a la obra común del hombre y Dios.

Quisiera iluminar el tema de la verdadera naturaleza de la fogosa fuerza de Eros. Con ello podría ayudar a algunos a salir de una relación de ambigüedad inmemorial y a reconciliarse con esa fuerza que late en nosotros y en todo y nos vuelve creadores en nuestra carne y en nuestro espíritu. Tanto tiempo esté el hombre en estado de guerra insidiosa o declarada contra Eros, tanto tiempo estará en guerra contra sí mismo y contra Dios, y devastará a sus semejantes y a la tierra entera para escapar al conflicto que le opone a sí mismo y que devasta y desertiza su ser.

40. El Sentido – o el Ojo

(14 y 15 de julio) En las dos secciones precedentes, he hablado de dos aspectos de mi mensaje íntimamente ligados: promover con el ejemplo del testimonio una actitud de descubrimiento de uno mismo y "en la estela", un conocimiento vivo y matizado de la psique y de la aventura espiritual humana; e iluminar la verdadera naturaleza de Eros como *la* gran fuerza creadora que actúa en la psique y en todos los planos de la existencia que no alcanzan el nivel propiamente espiritual.

Tal vez fuera más exacto ver el impulso de Eros como el *motor* que proporciona la energía y el impulso (llamado "deseo") de la actividad creadora, subrayando que esa energía y ese impulso son *ciegos* por ellos mismos. Eros nos hace penetrar y recibir la *substancia* de las cosas en que invertimos nuestro deseo, pero ignora su *sentido* en nuestra existencia humana, y el sentido y el alcance del acto por el que asentimos a tal deseo, le damos satisfacción (sea creador o sólo gratificante), lo invertimos en tal ser o tal cosa o tal actividad. Ese sentido es inseparable de una comprensión del carácter "benéfico" o "maléfico" de nuestros actos y de nuestras actividades
150 en su relación a un $^{\Diamond}$Todo. Pero discernir un sentido, o el "bien" y el "mal" que comportan nuestros actos referidos a un Todo, es una actividad propiamente espiritual, que escapa al radio de acción de Eros.

Por no citar más que un ejemplo entre mil que fluyen al momento: la bomba atómica es ¡ay! una auténtica creación intelectual (colectiva es cierto), seguramente de admirable ingeniosidad y de delicada precisión para sacar "provecho" de principios físicos de una generalidad extrema. Pero no por eso es menos una abominación, y una vergüenza y una maldición para nuestra especie, tan actuales hoy como nunca lo fueron. Todos los que de cerca o de lejos participaron a sabiendas en esa creación funesta, igual que los que después han participado o participan en su "perfeccionamiento" (!) y en su "rentabilización" (!!!) (y sin duda las iniciativas "geniales" técnicas o políticas no han faltado...), animados por la aprobación o la indiferencia de la mayoría, han cargado con una pesada responsabilidad por su participación en una empresa propiamente criminal. Ningún código penal los persigue, muy al contrario – pero eso no impide que tengan, sin duda, que rendir cuentas muy pesadas.

Esto para precisar hasta qué punto la distinción entre el plano de la realidad espiritual y los planos inferiores no es una vana sutileza de filósofo o teólogo. Para quien tenga dos ojos para ver, se deja sentir con una agudeza explosiva, aunque sea ignorada por todos, en cada paso y en cada acto consciente o inconsciente de una existencia humana, de la más anónima a la más ilustre. Es en la inconsciencia más o menos total como se llena hasta el borde la copa del karma de cada uno y la del género humano – una copa que Dios ha previsto inmensa, a la medida de esa prodigiosa inconsciencia – y que ahora está a punto de rebosar...

No basta que un vehículo esté provisto de un potente motor y se lance a toda velocidad, para que su acción sea benéfica, ¡se necesita mucho más! Para evitar las catástrofes aún se necesita un *conductor*. El conductor es el *ojo* que le falta al motor ciego. Cuanto más potente es el motor, más importa que el ojo esté alerta y el conductor vigilante. Y que no se acuse al motor, que es lo que debe ser y una maravilla. Más bien hay que emprenderla con el amo del vehículo por su ausencia o por su falta de vigilancia.

151 ◊En casi todos los casos, cuando el conductor no está más o menos desfallecido, es "el intendente" alias "el patrón"[136], "el yo" o "el ego", quien hace las funciones de conductor, en lugar del amo ausente. Pero el yo es por naturaleza incapaz de captar, en estrecha simbiosis con Dios al que en realidad ignora, el sentido de las cosas. Animado de un amor propio tenaz, y de una fuerza de otra naturaleza pero no menor que la del impulso de Eros, es ante todo (e incluso cuando se muestra reacio) una réplica servil de las ideas y usos que se llevan a su alrededor, producto industrial y engranaje de la sociedad, ciega como él, que lo ha moldeado para su uso. Cuando es él quien sujeta el volante, es como un coche que estuviera conducido no por una persona provista de reflejos y de capacidad de juicio, sino por un sistema electrónico convenientemente programado. Y es más que raro que no se confunda la vida espiritual con la selección de un programa más o menos perfeccionado, y con el buen funcionamiento del servomecanismo así programado (además siempre más o menos descuajeringado, puesto a dura prueba por las sacudidas y por las trepidaciones de un motor muy revolucionado...). Los resultados están en consonancia...

¿Cuál es por tanto ese "Todo" que engloba al individuo y cuya presencia silenciosa da (aunque sea sin saberlo) sentido y valor a sus actos y a su vida? ¿La Totalidad de lo que está afectado de cerca o de lejos por los actos y la vida de los hombres? Es lo que podría llamarse "el Universo", o "el Universo humano". Nadie podría decir hasta dónde se extiende. Es infinitamente más vasto de lo que imaginamos, seguramente, infinitamente más profundo de lo que el espíritu humano puede concebir. No es solamente el Universo "en bruto", regido por la ciega regulación de leyes físicas, biológicas, psíquicas, sociológicas. Por ella misma, y en la visión mecanicista y pretendidamente "objetiva" que nos propone "la Ciencia", esa regulación no nos revela ni sugiere ningún sentido. Durante los pasados cuatro siglos, la ciencia se ha desarrollado en reacción contra el asfixiante dominio de las Iglesias sobre el pensamiento humano, haciendo profesión de ignorar o de negar la dimensión espiritual de los seres y de las cosas – la única dimensión que les da un sentido. Se ha constituido en una Nueva Iglesia, tan llena de suficiencia y aún más ciega y a menudo más criminal que las Iglesias que tan radicalmente ha suplantado.
152 Durante estas últimas generaciones, ese espíritu ◊ha terminado por llevar a la vida humana hacia un *sin sentido* más y más delirante, débil y demencial a la vez. La humanidad entera está a punto de hundirse en él a ojos ciegas, devastadora y devastada, dejando tras de sí bajo las chillonas luces de neón, en lugar del paraíso terrestre que le fue confiado, un planeta–basurero destripado, apestado y muerto.

Sin embargo sé que el Universo es algo más que un mecanismo imbricado, que en el planeta tierra desgraciadamente se hubiera embalado; incluso algo más que el ciego impulso de Eros en celo que busca satisfacción sin preocuparse de si crea o si aplasta y destruye. Más allá del azar, de los mecanismos, de los impulsos, el Universo es *Espíritu*. En él se manifiesta en todas partes y en todo tiempo, secretamente e incansablemente, una libertad creadora y clarividente, un misterioso propósito, una discreta y paciente intención. Él es *Sentido* – un sentido tan indeciblemente rico, tan libre en su movimiento sin fin y tan intemporal en su inmutable esencia, tan delicado y secreto – como una voz que murmura en la sombra, como un soplo imperceptible que pasa, como una tímida chispa que surge en la espesa noche – y sin embargo manifiesto y fulgurante como la insostenible claridad de mil soles... – que nadie de nosotros puede captarlo en su plenitud, todo lo más presentirlo o entreverlo, bajo el sesgo y la iluminación únicos que a cada uno proporciona su propia existencia.

41. La visión

Más importante que decretar o profesar tal "sentido" detallado o tal otro, incluso más

[136] Para precisiones sobre este personaje, reenvío a la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

importante que intentar delimitar con palabras lo que realmente es presentido y entrevisto, es encontrar el contacto vivo con ese conocimiento: que nuestra existencia tiene a pesar de todo un *sentido* que la liga al Todo. Ese conocimiento, a menudo ignorado, despreciado, ridiculizado, negado, seguramente está presente en las profundidades de cada ser igual que está presente en mí. Se descubre en el silencio, y a menudo en el fondo del desamparo, cuando el ruido que nos vuelve extraños a nosotros mismos se calla y el ser se reencuentra, desnudo, frente a sí mismo. Reencontrar ese conocimiento desnudo, perdido tal vez durante una larga vida, y volverlo activo al *añadirle fe* – con un acto de fe sin palabras que se cumple en lo secreto de nuestro ser y se renueva durante toda la vida, día tras día...

153 ◊Creo que ese conocimiento y esa fe jamás estuvieron totalmente ausentes en mi vida, desde que puedo recordar. Más o menos presentes y activos según las etapas de mi camino, ya no me dejaron después del gran viraje de 1970, cuando, sacudiéndome un largo sopor espiritual, comencé (sin saber bien lo que hacía ni a dónde iba) a seguir la llamada interior y a encontrar el camino de mi misión[137]. La profundización interior que se ha realizado en mí durante los diecisiete años que han pasado y hasta en estos últimos meses e incluso en estas últimas semanas[138], es inseparable de la profundización de ese conocimiento y de esa fe.

En mi caminar, ahora llego al punto en que esa profundización de un "Sentido", para que prosiga y dé todos sus frutos, necesita expresarse por un trabajo de investigación consciente, con ayuda del poderoso medio de la escritura. Siento en mí la llamada a dejar crecer y desplegarse una *visión del "Todo"*, por limitada y parcial que sea, a la medida de mis medios (tal y como son ahora, y como surgirán y se desplegarán mediante el trabajo mismo...), y bajo la luz particular que me proporciona mi propia existencia. Una visión del Mundo y de su historia, y del Sentido que para mí se desprende, a partir de lo que conozco y de lo que no dejaré de aprender al caminar. Incluso este libro que estoy escribiendo en respuesta a la experiencia aún fresca de la acción de Dios en mí, libro que voy descubriendo al escribirlo, desde ahora me parece como el principio y el saque de centro de ese trabajo de amplia envergadura, seguramente digno de consagrarle toda una vida.

Esa experiencia es la que también me ha revelado mi misión, y la que claramente me llama a ese trabajo, que de otro modo me habría parecido insensato ¡de tan improbable que parece que encuentre resonancia en alguien además de mí mismo! Aunque sólo fuera por esa orientación totalmente nueva, recibida como un verdadero *don* de Dios, don *chiflado* de tan desesperada que parece esa orientación (aunque ejerciendo sobre mí una poderosa atracción...), mi vida ha cambiado mucho.

154 ◊Pero sobre todo es el *sentido* mismo de mi vida el que se ha transformado en unos días, como por una repentina e impensable metamorfosis – igual que de una larva informe y patosa se libera en el capullo a la sombra, oscuramente, una forma perfecta, increíble – ¡luminosa y alada! Y el sentido del *Todo* y el de la existencia humana han aparecido de repente, ellos también, en una luz totalmente nueva. Lo quiera o no, el Sentido de la existencia, el Sentido creador actuando en mi vida igual que en el Mundo y en su historia, ya no lo puedo ver más que en Dios, como emanando de Dios. Ese Sentido, ese *Tao*, para mí no es otra cosa más que el *Designio de Dios*. Es el Designio original y eterno, presente desde antes de la creación del Mundo, Inspiración maestra de la Obra aún por nacer, incluso antes de que el Espíritu se preocupase de los medios y de la manera, torneara sus herramientas y reuniese su materia. E igualmente es el Designio vivo actuando en cada momento, en cada lugar de la Obra viva que

[137] Ese viraje se trata en la sección "El viraje – o el fin de un sopor" (n^o 33) y también en la nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (n^o 22).

[138] Como testimonio escrito de esa "profundización" que ha tenido lugar aún en estas últimas semanas, en paralelo y en estrecha simbiosis con la reflexión escrita realizada día a día en este libro, señalo las doce notas (n^{o}s 20 a 31) suscitadas por el encuentro con el pensamiento de Marcel Légaut, en las que me enfrento precisamente a ciertas cuestiones delicadas sobre "la Providencia", es decir los Designios de Dios.

aflora de la mano del Creador. Designio infinito, inexpresable, Presencia silenciosa y activa en cada instante y desde toda la eternidad, discreta y clarividente, impregnando y aclarando todo en todos los planos de la existencia...

Ese Designio innominable, inasequible y omnipresente es el que a cada uno le pertenece descubrir ¿o "crear" o tal vez inventar? Cada uno según sus propios límites (que reculan a medida que se avanza...), cada uno con su propia luz, tal y como brota del conocimiento de su grandeza y de su miseria, de sus fidelidades y de sus fallos, de sus instantes de verdad y de sus largas complacencias, de la humilde y silenciosa perseverancia de la fe y del fácil confort de sus conformismos y de sus negaciones. Cuando llega el tiempo de la Cosecha, incluso las noches realzan con su profundidad la claridad de los días, y la cizaña que ahogaba los trigales se torna grano bajo la hoz del segador.

Para captar ese Designio, esa misteriosa Presencia, los famosos "datos científicos" (de los que algunos están tan orgullosos) me parecen de bien magra ayuda. No es la ciencia humana, tal y como se practica en nuestros días, la que podría aclararnos verdaderamente los Designios de Dios, que se expresan en un plano muy distinto y la trascienden infinitamente. Más bien es a la inversa: la apertura del espíritu a la *dimensión espiritual* que impregna todas las cosas, incluyendo las que la ciencia se ha (a menudo tan mal) dedicado a sondear (cuando no las fracturaba), y la humildad ante la maravilla de la Creación, tanto en lo conocible como en lo
155 Incognoscible, y también una firme voluntad de colaborar en los ◊Designios de Dios aunque permanezcan misteriosos[139] – he ahí las cualidades espirituales, hoy rechazadas y despreciadas, que nos harán encontrar la vía hacia la ciencia de mañana. Ésta, más por el espíritu que animará el trabajo del científico y su relación con sus colegas, con sus alumnos y con la comunidad científica, que por los temas, que también se renovarán profundamente por ese mismo cambio de espíritu[140], se parecerá muy poco a la ciencia delirante y verdaderamente sub-humana de hoy en día...

Para alimentar mi propia búsqueda de una visión de conjunto del Mundo que me dé cuenta de un Sentido, que me permita seguir en él los arcanos de un Designio coherente, desde ahora mi olfato me señala como esenciales las siguientes tres grandes fuentes:

156 ◊1) Mi experiencia de mi propia psique, y la de la acción de Dios en mí. En ella ocupan un lugar crucial mis sueños, y entre éstos, los sueños metafísicos y los sueños proféticos que me han llegado desde enero hasta marzo de este año, verdadera mina de revelaciones personales con la que Dios me ha favorecido.

[139] Pero esa misma voluntad y el deseo de colaborar en esos Designios nos abren a una inteligencia de esos Designios, y nos permiten actuar en ellos, sin que por eso cesen de permanecer misteriosos. Ahí verá una paradoja solamente aquél que, prisionero de una lógica tajante, ignore las vías y la naturaleza de todo trabajo creador, aunque sea el del matemático, considerado el más "preciso", el más "riguroso" de todos. Pues el "designio" que guía nuestra mano, en todo trabajo que no copia sino que *crea*, es invisible y propiamente "misterioso" – brota y se aloja y se transforma en la noche completa de las capas más profundas de la psique, inaccesibles por siempre a la mirada consciente. Sólo es durante el trabajo y por el trabajo como ese designio latente, informe, desconocido e incognoscible, oscuro embrión de la creación a punto de lograrse, se encarna y toma forma en el campo consciente. Pero lo que así se manifiesta no es lo que lo ha originado y que, transformándose él mismo a medida que el trabajo prosigue y que la obra manifiesta se crea, siempre permanece latente, siempre hurtado a la mirada, en la profunda noche escondido en el hueco de la Mano de Dios...

[140] He aquí algunos de los temas de gran alcance que entreveo, que escapan totalmente y por su misma naturaleza a la ciencia tal y como es practicada en el presente: estudio de las vías de acción de los agentes homeopáticos, de las de la arcilla como agente terapéutico, de la sensibilidad de las plantas. Desarrollo de una física teórica que tenga en cuenta (aunque sea reservándole unos "márgenes" convenientes) la presencia y la inserción de una *intención* activa (aunque sea mediante la intervención humana ¡innegable incluso para el materialista más obtuso!). Hago algunos comentarios en ese sentido en CyS 0, "Paseo a través de una obra", en la nota a pie de página más larga de la sección "Vistazo a los vecinos de enfrente" (n^o 20).
En fin, un tema que me parece más crucial que cualquier otro es el de los *sueños*, abordado al fin en la dimensión espiritual que le conviene, y liberado de toda la ganga pseudo-científica con que ha sido recargado y que durante mucho tiempo ha obstaculizado una verdadera inteligencia de los sueños y de la naturaleza de los sueños.

2) El testimonio de otros seres para los que el conocimiento de sí, o la profundización espiritual (vivida a menudo como la progresión de una relación viva con Dios actuando en su ser), ha sido el centro de su vida. Los únicos que conozco son los *místicos* del pasado y del presente[141]. En la mayoría, pero no en todos, su relación con Dios se sitúa en el marco conceptual y afectivo de una religión particular y está más o menos fuertemente impregnada y (me parece) a menudo en cierta medida falseada[142], por ese marco y por el ambiente particular de su medio (a menudo un medio religioso) y de su tiempo.

3) La historia de las religiones y de las creencias desde los orígenes hasta nuestros días, y lo que nos es conocido de los grandes Innovadores espirituales de la humanidad. Entre estos, me parece que Jesús tiene un lugar totalmente aparte, y esto más por su vida y por su muerte, que por lo que nos ha llegado de su mensaje.

157 ◊A decir verdad, bien me daba cuenta de que el sentido profundo de esa vida y sobre todo de esa muerte, y el alma de su mensaje, se me escapaban. Por otra parte nunca me sentí incitado a confrontarme seriamente con ellos, antes del "viraje religioso" que mi vida ha dado últimamente. Los libros de Marcel Légaut, y muy particularmente su libro sobre la Comprensión del cristianismo, acaban de aportarme providencialmente[143] una clave irremplazable para la comprensión que me faltaba. Tanto por el testimonio de una vida auténticamente religiosa, vivida en la fidelidad a sí mismo y a su misión, como por su pensamiento vigoroso y profundo, que se inspira en la extraordinaria obra espiritual del mismo Jesús más allá de aquello en que dos mil años de tradición doctrinal lo han petrificado, su obra me aparece como una *llamada* de una calidad de presencia y de un alcance únicos en nuestro tiempo. Si hay una voz que tenga calidad para reanimar la vida de un cristianismo moribundo y hacerle reencontrar la fuente escondida de su creatividad espiritual, seguramente es la que nos interpela a través de esa obra intensa y sin complacencias, rigurosa en su itinerario y visionaria en su inspiración. Si hay una nueva levadura para subir una masa endurecida y de una pesadez inmensa, ahí está. Una levadura de calidad a la medida de la amplitud, no sólo de la crisis del cristianismo, sino de la crisis sin precedentes que afronta sin verla la humanidad entera.

Por mi parte, en el trabajo que actualmente veo ante mí y entre todas las aportaciones externas que entreveo para la eclosión de una visión que aún se busca, esa obra y ese testimonio me aparecen como la fuente de inspiración más rica y más fecunda, la que me parece corresponder más íntimamente a mis propios interrogantes y a las necesidades espirituales de nuestro tiempo.

158 ◊42. Hoy la visión innovadora es ante todo testimonio

(16 y 17 de julio) Ayer me detuve en la evocación de las fuentes que en este momento entreveo para alimentar una naciente visión del Mundo y de la existencia. Entre éstas, es mi *experiencia*

[141] Entiendo por "místico" el ser animado, por no decir poseído, por una pasión exclusiva de Dios, verdadero "loco de Dios" para el que la búsqueda del contacto con Dios prima y casi borra los demás intereses en su vida. En un sentido menos estricto, el místico sería aquél para el que Dios está en el centro de su vida, tanto a nivel consciente como inconsciente, y que mantiene contactos con Dios más o menos regulares y conscientemente vividos como tales. En ese sentido más amplio, puedo considerarme como "místico". El único contemporáneo vivo del que tengo conocimiento (pero seguramente hay muchos otros) es Marcel Légaut. En el texto principal, es en este sentido amplio en el que hay que tomar el término "místico" (¡y esto tanto más cuanto el que me ha inspirado más que cualquier otro es Légaut!).

[142] Lo que a veces me ha parecido "falseado" en esa relación, en los testimonios de los que he tenido conocimiento, no es la experiencia misma de la acción de Dios en su ser, pues en los momentos fuertes de la acción de Dios y conscientemente vividos como tales, los condicionamientos quedan en suspenso. Es más bien la interpretación dada después a esa experiencia, la forma de situarla, y la relación con esa experiencia, las que pueden ser falseadas por el condicionamiento. Por otra parte parecería que Dios no se molestase en absoluto – al menos puede constatarse que eso no Le disuade en modo alguno de renovar Sus extraordinarios favores...

[143] Sobre esa aportación "providencial", ver la sección "La convergencia imposible" (n^o 37) que abre el capítulo IV de este libro.

personal de mi psique y de la acción de Dios en mí la que, por íntima necesidad, es y permanecerá la verdadera madre nutricia de la reflexión, ya iniciada en el presente libro. También es ella la que debe ser mi "suelo" de referencia constante – aquél en se arraiga mi conocimiento de las cosas – para aprehender, interpretar, situar lo mejor que pueda las "informaciones" de todo tipo que me llegan "del exterior", sea por el testimonio de otro (y más particularmente por el de los "espirituales" y los místicos), por la historia de las religiones y lo que ella nos hace entrever de sus Fundadores, o por toda otra vía que se presente.

El trabajo sobre el libro que estoy escribiendo y que toma forma bajo mis manos día tras día, se revela a la vez como un trabajo de *profundización interior*, por el afinamiento de mi percepción de mí mismo, de mi vida, y de ciertas cosas a las que me veo íntimamente ligado[144]. Sin duda que el trabajo mucho más vasto que está ante mí también será inseparable de un trabajo que prosiga en capas más profundas de la psique, trabajo que no es obra sólo del pensamiento ni siquiera es solamente obra *mía*. Ese trabajo subterráneo da al trabajo visible sus raíces profundas, su impulso interior y su sentido. Lo convierte en algo más que un bello vuelo del espíritu, que una obra sólo del intelecto. Por él la obra adquiere una realidad espiritual arraigada en el ser que la cumple, se une a la misión de la que es verdaderamente fruto.

Si me lanzo sin reservas a un trabajo de esa amplitud, no es, como fue antes el caso de mi trabajo de meditación, con la perspectiva de hacerlo para mi único beneficio, sea para satisfacer la curiosidad de un espíritu ardiente ávido de conocer, sea a partir de la necesidad más esencial que empuja al ser en la vía de su profundización interior. Si me lanzo a él con tal alegría, con una confianza total, es por ◊haber sido *llamado* – y en esa llamada se oía claramente que ese trabajo se haría a *la intención de todos*; de todos aquellos, al menos, que un día se interesen en conocerlo. Inseparable de mi testimonio personal y testimonio él mismo, ese "trabajo para todos" ahora parece casi confundirse con mi misión, o por lo menos con su "vertiente exterior" vuelta hacia el Mundo, hacia mis semejantes – en secreto acuerdo con la "vertiente interior" vuelta hacia mi propio ser y hacia Dios. Seguramente ese trabajo, que me llama y me empuja hacia delante, también se corresponde de modo perfecto con mis medios, aún en devenir, y con mis propias aspiraciones profundas, que ignoraba hasta el momento en que la llamada de Dios me las reveló, revelándome así a mí mismo. Por eso, seguramente, acogí la llamada con tal exultación interior, con tal gratitud jubilosa, e hice mío de forma tan total ese trabajo que se me proponía. Más que una iniciativa personal surgida de aspiraciones que yo mismo ignoraba y que me hubiera lanzado a una empresa verdaderamente insensata en términos de mi sano juicio humano, esa misión a mí confiada me aparece como un *don* inesperado que viene de Dios, como una *tarea* asignada a mí; "asignada" ciertamente no como un deber austero, sino como una vía de mi propio devenir. A la vez está bien claro que por su misma naturaleza, esa tarea tan particular tiene un sentido que sobrepasa a mi propia persona. En ella se revela una *intención* que no viene de mí y que no sólo atañe a mi persona, sino "al Todo". Es ese sentido, esa intención (o ese "Designio") el que ahora quisiera intentar sondear.

159

En primer lugar, la tentación que he de ver claramente, a fin de evitar mejor caer en ella (¡y no sería el primero!), es creer que he sido llamado a llevar a un Mundo a la deriva la ideología religiosa (o la "visión" espiritual, o como quiera que se llame) que tanto necesita, o aunque sólo sea una visión global "mejor", más "verdadera" o más "justa" o más "exacta", que las que ha habido hasta hoy; o bien que estaría llamada a reemplazarlas, aunque sólo fuera en una minoría de hombres iluminados. Mi visión del mundo, en continua evolución desde hace unos veinte años, no es menos parcelaria ni está menos condicionada, menos ligada a un temperamento y una experiencia (a saber los míos), a un "lugar cultural" y a un tiempo, que cualquier otra, y principalmente las que nos proponen las grandes religiones que reclaman una tradición milenaria

[144] Ya hice esta misma constatación con ocasión de la escritura de Cosechas y Siembras, sobre todo de las partes I y III ("Vanidad y Renovación" y "La Llave del yin y del yang"). También son aquellas en que la parte del testimonio es más importante, y donde por momentos éste me implica del modo más neurálgico.

([35]). Tampoco tengo la pretensión de creer que *"lo universal"* de mi mensaje sea más extenso
160 o más profundo que el que nos han legado ◊los grandes Fundadores de religiones ([36]). Algunos de ellos, hay que decirlo, son de una estatura espiritual que supera con mucho a mi modesta persona subiendo a trompicones como puedo y con la discreta ayuda de Dios el escarpado camino del devenir espiritual. Por otra parte no es seguro y nada me induce a pensar que vivan entre nosotros seres que hayan llegado a esa última etapa de la andadura humana en que el hombre, todo lo falible y limitado que esté por la condición humana que aún comparte con nosotros, llega a adherirse de modo tan perfecto a la presencia de Dios en él, que su voluntad y su acción parecen confundirse (quizás incluso a los ojos de Dios Mismo) con la voluntad y la acción de Dios[145].

Nuestro papel de hombres, depositario cada uno del poder de crear, no es el de remitirnos pasivamente a la letra de las enseñanzas de alguien más grande que nosotros, aunque sea un Igual de Dios, sino (sin perjuicio tal vez de inspirarnos en el espíritu que lo animó) el de usar nuestra propia creatividad implicándonos por completo: "con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro pensamiento"[146]. Y en este espíritu de libertad me parece no sólo posible sino urgente que ciertos hombres, si son llamados y su vida interior les prepara para ello, desarrollen una visión más o menos vasta pero tocando *lo esencial* (necesariamente
161 de naturaleza espiritual) del Mundo en que ◊vivimos hoy en día[147]. Una visión que, por la llamada misma que la ha suscitado, viene en *respuesta* a las necesidades de nuestro tiempo, en este momento crucial entre todos de la historia de los hombres. Por ello el mensaje que lleva tendrá cualidad de levadura en la imposible renovación espiritual que ha de cumplirse bajo el empuje de Dios y con la colaboración creadora de los hombres.

Tal respuesta a una *necesidad* imperiosa, a la llamada de una invisible *mutación* futura, hoy en oscura gestación, no tiene nada en común con la simple satisfacción de "necesidades", aunque fueran necesidades religiosas, apresuradamente bautizadas como "espirituales". Tampoco sabría presentarse como una verdad absoluta y una certeza última, garantizada por la autoridad de un "Maestro" considerado "perfecto" e infalible, o por Dios Mismo que se supone que se expresa para toda la eternidad por la inspirada boca del Maestro[148]. Tal actitud surge de la inercia

[145] Véase el final de la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24).
(19 de julio) Al expresar la duda de que "vivan entre nosotros tales seres..." no pensaba en los "niños en el espíritu", de los que se habla en la sección "Rudi y Rudi – o los indiscernibles" (n^o 29) y en la nota "El niño y el místico" (n^o 17). No dudo que debe haber "niños en el espíritu" entre nosotros, igual que yo conocí uno en mi infancia. Pero esas humildes existencias que la historia ignora, al revés que los grandes Innovadores espirituales, no influencian los destinos del género humano de modo aparente. No tienen la misión de proponer a los hombres una visión del mundo, sino que actúan directamente y en secreto con su brillo propio, dentro de un radio de acción limitado únicamente a los contactos personales.

[146] Esta formulación está inspirada en el texto evangélico (Mateo 22, 37–40) en que Jesús cita "el primer y mayor mandamiento" como:

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento";

siendo el segundo (que "es semejante"):

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

(Compárese con la segunda nota al pie de la página N 80 en la nota n^o 28.) No tengo ninguna duda de que la sola y única manera de corresponder al "primer y mayor mandamiento" es justamente usar plenamente nuestra creatividad espiritual. Seguramente no hay ninguna diferencia entre el acto de amor frente a Dios (y entonces poco importa que se Le conozca por Su nombre), y un acto espiritualmente creador; ni entre un estado de amor a Dios, y un estado creador en el sentido espiritual.

[147] Además creo que a partir de cierto nivel de madurez espiritual, cada uno de nosotros está llamado a desarrollar así, aunque sea sin un propósito deliberado, una visión del Mundo en una óptica espiritual, y de su lugar en el Mundo. Dos de tales visiones, proviniendo de dos seres diferentes, no podrán ser más que diferentes. Ése será el caso tanto más, creo, cuanto más grande sea su creatividad espiritual, de modo que sus visiones serán más personales y estarán menos influenciadas por (por no decir alineadas con) una ideología ambiente común.

[148] Aquí es necesario subrayar que, si bien se expresaron con la autoridad inherente al que ve con sus propios ojos y sabe por sus propias luces, los grandes Innovadores a que nos hemos referido anteriormente eran ajenos

espiritual de los hombres, de su sempiterna voracidad de certezas y seguridades, del instinto del rebaño en busca del pastor. Ignora, y en verdad reprime, la creatividad espiritual que duerme en cada ser, esperando la llamada que la despierte (cuando llegue el tiempo de oírla y de seguirla...). La actual profusión de "Gurús" de toda índole que ofrecen a sus fieles las certezas últimas[149], si bien es señal elocuente de una necesidad religiosa mucho tiempo reprimida tomándose al fin la revancha, y de un desarrollo espiritual que busca un exutorio fácil, no tiene ◊nada que ver con la "necesidad" y con la "mutación" a las que he aludido. La necesidad primordial, la que dirige a todas las demás, es la *renovación espiritual*. Tal renovación no es una realidad de orden sociológico, como es la nueva ola de Gurús, de sectas y de ideologías religiosas. Es el fruto madurado en el silencio de un laborioso y oscuro trabajo, jamás acabado y retomado sin cesar, que se cumple en lo más secreto del hombre solo, frente a sí mismo, en la silenciosa presencia de Dios.

162

Para apreciar toda la diferencia, basta comparar los "happening" espectaculares y costosos (por lo demás a menudo "simpáticos", según los ecos que me llegan), en que millares de fervientes discípulos se apresuran a "llenar el depósito" con lo que toman por "espiritual", con la forma en que Légaut se expresa sobre la "obra espiritual"[150], como reflejo y discreto testimonio de su humilde y exigente ministerio. Igualmente, qué contraste entre la pretenciosa indigencia del pensamiento de esos Gurús dando cien vueltas a los mismos clichés desgastados (y que sin embargo siguen dando resultado), y el pensamiento sin complacencias de un hombre que va directo a lo esencial, sin preocuparse de ser seguido ni de "instruir" poniéndose al alcance de muchos, sino solamente de ser *verdadero*, con una rigurosa fidelidad a sí mismo.

Hoy la visión innovadora, la que tiene cualidad de levadura y no de ruido sobreponiéndose al ruido, no es la que se presenta adornada con las galas perentorias de las certezas finales. Ante todo es y quiere ser testimonio. Testimonio de una maduración personal por uno de los frutos visibles de esa maduración, ofrecido como lo que es: obra humana, con las limitaciones inherentes a toda obra humana y sin embargo *obra* en la plenitud del término, pues el hombre se involucró en ella por completo, y creció al crearla. Sólo entonces la obra no será programa ni dogma ni doctrina, sino *levadura*; entonces tendrá cualidad creadora. Los que la hagan suya, recreándola de acuerdo con lo que ellos mismos son, crecerán con ese trabajo. Tal obra es una llamada a cada uno, no para venir a engrosar las filas, sino para encontrarse a través del testimonio de otro, y al encontrarse, transformarse y crecer, igual que se transformó y creció aquél que les precedió sin pretender sobrepasarlos.

163

◊43. El alma del mensaje – o las labores a pleno día

(19 de julio) Así, mi voz no será *"la"* voz ¡afortunadamente! sino *una* voz entre muchas otras igual de auténticas, cada una expresión igualmente fiel de una misión única e irreemplazable, cada una llamada a tocar a ciertos seres (y no a otros que permanecerán ajenos), y a ciertas cuerdas interiores que quizás sólo ella sepa hacer vibrar.

Visto y dicho esto, ¿dónde se encuentra la razón de ser de *mi* mensaje? ¿cuál es esa

al espíritu al que nos referimos aquí, Éste no es en modo alguno el fruto de una madurez, sino el signo de una ignorancia espiritual y de una incontrolada vanidad, inconscientemente mantenidas por la adulación de la que esos hombres son objeto y que ellos animan con complacencia.

[149] Además Jesús predijo que al acercarse el final de los Tiempos,

> "vendrán muchos en mi Nombre, y dirán "Yo soy el Cristo"; y extraviarán a muchos" (Mateo 24, 5),

y

> "Y entonces se levantarán muchos falsos profetas que extraviarán a muchos" (Mateo 24, 11).

[150] Véase por ejemplo el último capítulo del libro de Légaut sobre la Comprensión del cristianismo.

"intención" que no proviene de mí y me lleva a crearlo y a anunciarlo? ¿En qué se distingue de otros mensajes de otros seres que, como yo, ven la Crisis y sienten la cercanía de la Tempestad y la promesa de la Renovación? ¿Cuál es su *alma* propia, diferente de la de cualquier otro mensaje?

No hay duda de que mi status de "sabio", con una obra imponente[151], proporciona a mi mensaje una audiencia que muchos dudarían en concederle por sus propios méritos. (De lo raros que son los que saben distinguir al peso, y no por el color, el oro del hierro blanco...) No conozco otro caso en que un creador científico testimonie (como yo hago en Cosechas y Siembras) sobre el modo en que practica y vive su arte, sobre las fuentes y las vías de la creatividad, sobre la interferencia de éstas por las torpezas y la voracidad del yo y principalmente por el engreimiento vanidoso, y en fin (marca elocuente de los tiempos) sobre la degradación insidiosa de la probidad científica hasta la apoteosis del nepotismo sin freno y de una desvergonzada corrupción que hoy vemos extenderse por todas partes, ante la indiferencia general. Mi salida sin retorno del medio científico en 1970 [152] como reacción contra ciertos síntomas de mala ley[153], comprometiéndome
164 entonces en una acción militante provocada por la Crisis de ◊Civilización de la que entonces comencé a tomar conciencia claramente, fue sentida por muchos como una *señal*. Esa señal inquietó, sembrando un malestar e incluso una mala conciencia que no dice su nombre, pero sin suscitar entre los que fueron mis amigos o mis alumnos una respuesta creadora[154]. El giro religioso que acaba de dar mi vida y la llamada de Dios que ahora testimonio es otra señal en el mismo sentido, pero aún más clara y más fuerte, para aquél que tenga ojos y se preocupe de usarlos para ver. Una señal entre otras del gran Cambio de los Tiempos que se prepara, no en los gabinetes de los Ministerios ni en los despachos y los laboratorios de los tecnócratas y de los sabios, sino en un plano totalmente distinto...

¡Y heme aquí de nuevo en el meollo de mis sueños proféticos! Igual que el extraño curso de mi propia vida, igual que la existencia de un Légaut y seguramente la de muchos otros seres que ahora ignoro, esos sueños llevan el mensaje del Cambio, pero esta vez con una claridad fulgurante. Y ésa es ciertamente una tarea importante asignada a mí, la de anunciar lo que me ha sido revelado a la intención *de todos* – de anunciar la Tempestad y el Chaparrón que sigue a la Tempestad, primicias de la gran Mutación. ¡Los que tengan oídos para oír que oigan!

Sin embargo no es ahí, en esas revelaciones proféticas, donde se encuentra lo esencial, el "alma" del mensaje que llevo. Creo que más bien es a la inversa: si Dios ha elegido favorecerme con revelaciones de un alcance tan prodigioso, a mí que no me conozco una vocación de profeta ni de vidente, en ello veo más bien como una "moción de confianza", una señal tácita de crédito, para el mensaje que estoy llamado a anunciar al haberlo madurado en mí durante toda una

[151] Intento dar una idea de esa obra, a un lector que no sea necesariamente matemático, en CyS 0 "Paseo por una obra". Por otra parte, a lo largo de Cosechas y Siembras sigo la pista de las extrañas vicisitudes de esa obra a manos de mis ex–alumnos y bajo la tierna mirada de mis antiguos amigos en el mundo matemático que abandoné...

[152] Véase al respecto la sección "El viraje – o el fin de un sopor" (n^o 33).

[153] Se trata de la colusión de los medios científicos con los aparatos militares. Dejé la institución en que trabajaba (El Instituto de Altos Estudios Científicos en Bures sur Yvette) en 1970, cuando supe que recibía subvenciones del Ministerio del Ejército. Véase al respecto una nota al pie de la página 114 en la sección n^o 33 citada en la anterior nota a pie de página.

[154] Sin embargo he de exceptuar a Claude Chevalley (que no me esperó para distanciarse del medio que nos había sido común) y Pierre Samuel. Conocí a ambos en el grupo Bourbaki (del que se habla no poco en CyS I). Justo después de mi salida, Samuel se comprometió con el movimiento ecológico, en el que aún hoy sigue militando (en los Amigos de la Tierra). Por otra parte le costó comprender que yo dejase por las buenas de ser militante al cabo de dos o tres años, mientras que la situación ecológica es, ciertamente, más crítica que nunca. Debió vivirlo como una defección por mi parte, un poco como mis amigos del mundo matemático vivieron mi salida del medio común, en 1970. Desde entonces y hasta hoy mismo, no habría dejado de desconcertar a mis amigos, en los sucesivos medios que no he hecho más que atravesar...
En 1970 Chevalley, Samuel y yo nos juntamos los tres en el grupo "Sobrevivir y Vivir", que se ha tratado de pasada en la sección (n^o 33) ya citada (véase una nota al pie de la página 116).

165 vida; un medio de darle retroactivamente un repentino ◊aumento de audiencia, por la sacudida de los sucesos futuros[155]. Seguramente el alma del mensaje no reside en un simple "status", ni el de ilustre sabio, ni el de profeta del Fin de los Tiempos. Ni siquiera en el papel de *esqueleto* profeta y músico que baila y que al son de la percusión canta el último cuarto de hora de la Edad del Rebaño, a punto de acabar en Edad de la Masacre...

¡¿De dónde me viene pues ese crédito, casi ese "cheque en blanco" que Dios me da, a mí el más falible de los mortales, muy lejos de ser Santo ni Gigante, un simple particular en suma que no pedía tanto?! Pero quizás sea ésa precisamente la razón – que hasta tal punto estoy, por propia confesión y por mi detallado testimonio muchas veces reiterado[156], alejado de la imagen que nos hacemos del Profeta que se levanta, impulsado por el gran Viento del Espíritu, o del Autor sagrado retirado en el sacrosanto del Templo que, entre dos largas oraciones, escribe bajo el imperioso dictado de Dios los venerados textos que instruyen y legislan para toda la eternidad. Me atrevo a decir, sí, que este texto que escribo está *"inspirado"*, hasta donde se alargue, porque sería bien incapaz de escribirlo sólo con mis modestos medios. No sé si algún día se hará con él un breviario, pero lo que sí sé, es que para escribirlo sudo sangre y agua[157]. Dios ayuda, es un hecho, pero en modo alguno para masticarme las tareas, ¡muy al contrario! Seguramente Él me sopla esto y aquello, como si nada, después se diría que se va, ya no queda nadie – ¡arréglatelas
166 como puedas! Sin embargo no pediría más ◊que servirle de Escriba, corriendo la pluma sobre el papel al soplo poderoso de la inspiración divina. El "escriba de Dios" (alias el Profeta) eso no me disgustaría, incluso un gran honor y así al menos estoy tranquilo: no pongo nada, es Dios en Persona el que habla por mi muy humilde pluma – nada que añadir ni que quitar, sólo hay que inclinarse, igual que hago yo...

Sin embargo he terminado por comprender, muy a mi pesar, que Dios respeta demasiado mi modesta persona como para darme tal papel un poco demasiado confortable, por más relevante que sea. Sin embargo la hora es grave, no es necesario decirlo (Tempestad, Mutación y todo eso...), y si Él no tiene cuidado, me arriesgo a escribir las peores gilipolleces por descuido, mezclando la cizaña de mis ilusiones y mis inadvertencias con el grano de la divina Providencia ¡Dios no lo quiera! O, siguiendo mi inclinación natural, a jactarme como no está permitido hacerlo (sobre todo cuando se es profeta). Y bien, ¡tanto peor para mí y tanto peor para el breviario! Y tanto peor para los que tomasen este testimonio, ciertamente inspirado y al que me dedico por completo, como palabra de breviario. Harán el tonto por su cuenta y riesgo al entonar mis alabanzas, y peor aún que hacer el tonto, se *estancarán*, quizás toda su vida, recitando benditamente en vez de inspirarse de lo mejor de la obra para usar mejor *sus* medios, *sus propias* luces. Pero para el que está en estado creador, incluso sus errores y los errores de los que le precedieron son los escalones de su acercamiento sin fin a la verdad.

El que me lea con alguna atención se dará cuenta de que lo que yo veía con cierta mirada en la página tantos, a menudo lo veo con mirada muy distinta cincuenta páginas después, cuando no en la página siguiente. ¿Hay por qué inquietarse? Algo ha pasado entre tanto, algo que no he intentado borrar ni ocultar, y que atestiguan las páginas que me han llevado de una vista

[155] Compárese con las reflexiones en ese sentido en la sección "La nueva tabla de multiplicar" (n^o 26).

[156] Pienso aquí no sólo en los episodios de "infidelidad" que "testifico" en el capítulo precedente (y más particularmente en las secciones 32 a 35), sino también en el largo testimonio de Cosechas y Siembras sobre mi pasado de matemático, en que no me trato bien igual que no trato bien a los demás. La parte CyS I, "Vanidad y Renovación", es la que me parece más significativa al respecto.

[157] Para sorpresa mía, el trabajo sobre La Llave de los Sueños está resultando mucho más laborioso que el de Cosechas y Siembras. Tengo que teclearlo dos veces, una primera escritura, a menudo patosa y mal limada, que he de retomar por completo para hacer un texto "soportable", antes de volverla a pasar en limpio (a menudo al día siguiente). Además nunca literalmente, sino puliendo aún el texto emborronado a medida que lo rescribo. Esto me da una velocidad de crucero de unas cuatro páginas por día, a razón de dos o tres horas de apretado trabajo por página, sin domingos ni sábados (estoy "pouce" ¡pues es para el Buen Dios!) ni días feriados – ¡pues todos los días es fiesta! (N. del T.: "pouce" es una interjección que usan los niños franceses, con la mano cerrada y el pulgar levantado, para indicar que momentáneamente salen del juego.)

a la otra. Es la cosa más simple del mundo a decir verdad, y a la vez la más delicada; una progresión o un aprendizaje, una profundización, o por el contrario una escalada (hacia alturas entrevistas y jamás alcanzadas...), o cualquier otro nombre que se le dé. Algo de lo que no tengo la exclusiva, ni de lejos. Todos estamos llamados a ello, aunque aún sean tan raros los que siguen la llamada. Es el fruto de un *trabajo*, a menudo tanteando, siempre laborioso y hasta penoso y a veces una cagada, empapado con el sudor de una marcha lenta y tenaz. Rompiendo con la costumbre, dejo que este trabajo se despliegue a plena luz, cual un obrero que se esfuerza en
167 su obra en un taller abierto en plena calle, ◊en vez de encerrarse en la trastienda y no sacar la obra hasta que esté terminada y lista – como si hubiera brotado tal cual, inmutable y perfecta, de las inmaculadas manos del creador...([46])

Quizás es por ese estilo o ese espíritu por lo que mi testimonio es diferente del de los demás: en cada página aparece no una porción de una obra acabada, sino un *"momento"* particular de una obra haciéndose y que, por su misma naturaleza, jamás estará acabada, sino siempre por retomar, siempre por perfeccionar y por superar. Hay ese trabajo a pleno día, y hay ese "algo" que por él nace a lo largo de las páginas y toma forma y crece y se despliega, dando rodeos a veces imprevisibles y extraños... Ese "algo que pasa" en esas páginas es, seguramente, *el "alma"* del mensaje, que me disponía a captar. Por ese algo imperceptible y sin embargo manifiesto, íntimamente personal y a la vez lo más universal, soy semejante a Dios. Sin duda también es precisamente a causa de ese algo por lo que Dios no soporta que escriba al dictado, ni siquiera al Suyo, y me muestra un respeto infinitamente más grande y más delicado, seguramente, que el tengo por Él o por mí mismo. Ese *respeto de Dios* por eso que hay en mí que me vuelve semejante a Él, por más limitado y a veces miserable o lamentable que yo sea, no es menor (tengo la íntima convicción) que Su respeto por los Grandes entre los grandes de nosotros, o por los Autores de los textos sagrados legados por la tradición, preciosas fuentes de inspiración (muy a menudo rebajados al papel de breviarios...). Y ese respeto que Dios me muestra no es mayor que el que Él muestra al más humilde y más despreciado de nosotros, e incluso al que pareciera a los ojos del mundo el más "Pecador".

Pero aquél que es "agradable a Dios" y actúa (sin saberlo quizás) según Sus Designios, es el que en lo más profundo de su ser tiene por precioso ese algo que lleva en él y lo deja desplegarse y actuar en su vida, con la ayuda discreta y amante del Huésped invisible.

44. El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear

(20 y 21 de julio) Ayer al fin terminé por rozar, creo, la "razón de ser", *el alma* del mensaje, *lo esencial* para lo cual el resto es sobre todo *medio*. Al menos lo he evocado, sin intentar
168 nombrarlo. Con seguridad el fondo del mensaje atañe a la *creación*. Intenta decir y ◊hacer sentir, de todas las maneras posibles, que por naturaleza y por vocación *el hombre es creador*. No el hombre en general, el Hombre–abstracción con mayúsculas, sino que *todo* hombre, por el mero hecho de ser hombre, tiene en él poder y vocación de crear. Pero raramente lo sabe, y si lo supo un día, lo ha olvidado. Lo ha olvidado y no tiene, además, la menor gana de acordarse. Ese poder ignorado en él le da miedo. Ya he tenido amplia ocasión, en este libro y en otra parte[158], de hablar de ese extraño miedo de innumerables rostros – el *miedo a crear*, y por eso mismo a ser realmente y plenamente uno mismo.

El hombre es creador por esencia – y sin embargo el miedo a crear está tan profundamente anclado y parece tan universal, que pudiera creerse que es inseparable de la condición humana. Hay tan pocos seres que creen ([39]) ¡aunque sólo sea unos momentos! E incluso cuando crean, tímidamente, es tan raro que sea una creación plena, que comprometa a todo el ser y no sólo tal capacidad limitada del cuerpo o del entendimiento, sobre la que han apostado y que explotan a

[158] "En otra parte", es decir en Cosechas y Siembras donde, al igual que en el presente libro, casi a cada paso me encuentro confrontado de nuevo a ese miedo, o a algunos de sus "innumerables rostros".

fondo. Incluso entre esos, a menudo colmados de dones desde el nacimiento, muy a menudo se diría que se agarran con temer, como con innumerables manos que sin embargo tienen el poder de crear, a lo "bien conocido", a lo razonable, a lo habitual, a lo permitido – a lo que todo el mundo sabe y dice y piensa, a lo que todo el mundo a hecho siempre – hay muy pocos que verdaderamente se lanzan, que saben que tienen alas y están hechas para volar...

Fiándose de las apariencias (¡y quién se preocupa de ir más allá!), diríase que el poder de crear es privativo de unos pocos agraciados de los Cielos, el privilegio de unos dones maravillosos, que exámenes escolares detectan y que diplomas, títulos y fama sancionan. Y cuando además no es dado ver un poco de cerca la vida de algunos aureolados de gloria, y de sentir todo el vacío y toda la miseria desconocida de esas vidas envidiadas y (al menos en apariencia) colmadas, pudiera dudarse con razón de que en la existencia humana exista algo como una "creación" verdadera que ensanche al ser (aunque sea en el dolor...), que le haga encontrar su profundidad y con ello le haga crecer, en vez de que se seque en la árida voracidad de elevarse por encima de los demás. Una creación que sea algo más que una incesante proeza transformada en una segunda naturaleza, repitiéndose sin cesar para superarse sin cesar en el ejercicio de tal facultad
169 del ◊cuerpo o del espíritu o de tal otra. Y el hecho mismo de que tales dudas o tales cuestiones, y aún más a menudo afirmaciones bien tajantes sobre la nulidad de la mayoría y sobre el mérito de los meritorios (entre los cuales, hay que decirlo, nos colocamos tácitamente...) – el hecho de que esas dudas, cuestiones, afirmaciones parezcan imponerse con tal fuerza, está ya cargado de sentido por sí mismo y es de un inmenso alcance – al menos para el que *sepa* (Dios sabe cómo...) que más allá de todas esas aplastantes apariencias, el hombre en su esencia de hombre es creador, indestructiblemente ([48]). Que en verdad no es plenamente hombre más que en los raros momentos en que, fiel a su naturaleza profunda, *crea*. Y este extraño hecho: que esa fidelidad del hombre a su naturaleza sea algo tan raro (y ahora más que nunca) que estemos autorizados incluso a preguntarnos si la creación existe en la existencia humana o si es algo más que un rarísimo y por eso escandaloso accidente – ese hecho *juzga* a nuestra civilización febril y orgullosa, al final de su carrera y a punto de zozobrar.

Y esa impensable Mutación que anuncio no es otra, seguramente, que el paso de una humanidad–rebaño formada por seres que ignoran y reniegan de su naturaleza íntima y la temen, a una *humanidad "humana"* – una comunidad de seres todos de la misma esencia, cada uno consciente de que es creador, y por eso mismo *creando* ya, transformándose, por eso fieles ya (¡al fin!) a la llamada de su propio devenir. O al menos, quizás en un primer tiempo, una humanidad en que la presencia de aquellos (aunque aún fueran poco numerosos) que han franqueado ese paso por esa toma de conciencia de su verdadera naturaleza, sea suficientemente fuerte e impregne el ambiente cultural, para que sea percibida por todos como una *llamada* a ser, como una invitación discreta y persistente a despertarse. El hombre se despertará y se pondrá en marcha, llegará a ser creador en acción, de acuerdo con su naturaleza íntima, mucho antes de que comience a entrever las oscuras fuerzas que lo habían inmovilizado, y que todavía seguirán (con éxito parcial) obstaculizando mucho tiempo su progresión. A decir verdad, dentro de pocas generaciones ya, los tiempos "de antes" parecerán a todos de una demencia tal y de una barbarie tal, que en adelante les parecerán propiamente "impensables" e "imposibles", ¡tanto sobrepasarán las capacidades de la imaginación más temeraria! La famosa "edad de las cavernas" será considerada un encantador idilio bucólico al lado de las aberraciones de la edad programadora y del electrón...

* *
*

170 ◊¿De dónde viene pues ese gran miedo a crear, a ser creador, tan profundamente arraigado desde siempre en la psique del hombre? ¿ Cuál es su naturaleza y dónde hunde sus raíces?

Ciertamente, el hombre ha olvidado que puede crear, incluso ha olvidado (si alguna vez lo

supo) qué es la creación. Y sin embargo el impulso creador vive en sus profundidades, aunque sólo sea en sus formas más frustradas, y busca expresión, para chocarse con un despiadado muro, mucho antes de haber encontrado el camino hasta el conocimiento consciente. Seguramente, un oscuro instinto nos advierte que la vía en la que nos empuja ese inoportuno impulso es una *vía solitaria*, que con lo que vivimos y hacemos al seguir esa voz dentro de nosotros tan baja (¡felizmente!) y tan inconveniente, nos encontramos de repente radicalmente *diferentes* de todo lo que se dice y lo que se hace y lo que se enseña, de todo lo que se recomienda y aprueba. A menos de pararse a medio camino de la creación, en el "deporte" aprobado y homologado y con sus reglas consideradas inmutables – aquí nada de "buenas notas" ni alabanzas ni cumplidos, ni medallas ni títulos ni distinciones, ni siquiera un salario para llenar la olla, ni la menor gratificación del apremiante amor propio – ¡una verdadera miseria!

Pero sobre todo, la vía creadora es vía solitaria. *Ahí* está lo que asusta. Y ese gran miedo a crear, ese gran miedo a ser uno mismo, no es otro que el miedo de estar *sólo ante todos*, en un mundo donde sólo es aceptado el que se integra en el rebaño o el que lo representa. Es bajo esa forma insidiosa y ¡oh cuán poderosa! como he sentido todo el peso de ese "mundo" aplastándome para hacerme renunciar a lo que sin embargo sabía, por un conocimiento muy secreto y muy delicado, que era lo más preciado que hay en mí. No en mi trabajo matemático, que no involucraba más que una parte de mi ser; en él me importaba poco, en el fondo, ser el único que me interesaba en lo que hacía y en proseguirlo tenazmente a pesar de todos[159]. Pero ese peso es mucho más penoso de llevar, incluso con una fe en uno mismo sólidamente anclada,
171 cuando lo ◊que está cuestionado, expuesto a la incomprensión total y al desprecio de todos, es el modo mismo en que vemos y sentimos las cosas que nos parecen las más importantes y que nos tocan más íntimamente. Entonces es el ser mismo, en lo que realmente es y en lo más íntimo, el que se siente cuestionado y poderosamente requerido, incluso por los amigos, incluso por los más cercanos, a *abdicar*, a alinearse, a integrarse en la masa. Aquí, la tensión que se crea entre el ser y su entorno (que es reflejo fiel de la sociedad y encarna su sempiterna exigencia de adhesión a sus principales clichés y mitos...) de entrada tiene, por el lugar mismo en que se deja sentir, una dimensión espiritual. Nadie está allí para avalarnos contra el mundo entero – y si hubiera uno que (por alguna razón que ignoramos y que no nos preocupamos de conocer...) hiciera como que nos aprobase, esa aparente "seguridad" que con eso nos da (o nos presta...) sería ilusoria y una simple escapatoria, que retrasa un plazo sin anularlo: el de asumir en su desnudez, aunque sea "solo contra todos", la realidad de una *soledad fundamental*, irreducible, una con lo que somos en lo más profundo de nosotros mismos.

Esa soledad fundamental es, en verdad, indistinguible de la naturaleza creadora del hombre, al menos cuando ésta se toma en sentido pleno, incluyendo la dimensión espiritual de la creación. Esa soledad del ser es el lugar mismo donde arraiga y crece y se despliega en el hombre la actividad plenamente creadora. Ahí está, en la virginal desnudez del alba de los días, el inviolable lugar de trabajo del creador.

45. Creación y represión – o la cuerda tensa

Durante mucho tiempo me pareció que ese gran miedo a crear, a ser simple y audazmente uno mismo, no era innato en el hombre, que no existía en el niño pequeño, sino que sólo era un resultado del condicionamiento, del "adiestramiento". Después de uno de mis sueños "metafísicos", ahora estoy menos seguro ([40]). Por el contrario, lo que es seguro es que desde la

[159] Tengo ocasión de comentarlo aquí y allá en Cosechas y Siembras, y más particularmente en el "Paseo a través de una obra" (CyS 0), por ejemplo en las dos primeras secciones "La magia de las cosas" y "La importancia de estar solo". De las cosas que he hecho en matemáticas y que actualmente forman parte del A.B.C. en diversas partes vigorosamente vivas de la matemática, la mayoría fueron concebidas y desarrolladas por mí en contra de una indiferencia total (pero sin matiz hostil, es cierto) de mis congéneres matemáticos (con la excepción ocasional sólo de J. P. Serre).

noche de los tiempos hay una *presión* de la sociedad de fuerza prodigiosa, que se ejerce sobre cada uno desde el nacimiento, para moldear el ser a *su* imagen. Esa presión se ejerce avergonzándonos de lo que realmente somos, forzándonos a "alinearnos", a renunciar de nosotros, como precio a pagar para ser aceptados por poco que sea. Dicho de otro modo: la singularidad fundamental del
172 ◊ser es negada con toda la inmensa fuerza coercitiva de que dispone el Grupo, que se esfuerza en nivelarla a cualquier precio ("¡te pliegas o revientas!"...), en erradicar toda traza suya. Jamás lo consigue, más que en apariencia, pues esa singularidad que constituye la esencia misma del alma humana, indistinguible de su naturaleza creadora, es en verdad indestructible y eterna, igual que el alma misma es indestructible y eterna. Sólo consigue *bloquear*, la mayoría de las veces de manera casi–total y definitiva durante una existencia terrestre, toda manifestación reconocible de esa singularidad, de esa cualidad creadora del ser, lo que es decir también de su *libertad*.

¿Cuál es la razón de ser, cuál es el *sentido* de esa represión niveladora aparentemente universal, común a todas las sociedades humanas, presión más o menos suave o más o menos tiránica y feroz de una sociedad a otra[160]? Tal vez sea éste el mayor misterio que plantea la existencia humana ([41]). Desde el alba de los tiempos hasta hoy mismo, la condición humana ha sido inseparable de esa presión insidiosa e incesante, tanto más eficaz cuanto que permanece invisible de tan interiorizada que está en cada uno, de cuánto todo lo que "se sale del molde" es sentido por el propio culpable como algo sin contestación posible e *inaceptable* con toda justicia. Es alrededor de esa tensión entre dos exigencias de distinta naturaleza e incompatibles, la de la *autenticidad creadora* movida por Dios, y la de la obediencia ciega y de la renuncia de sí impuestas por el Grupo, donde se anuda el conflicto del hombre desde la noche de los tiempos hasta hoy mismo. Esa tensión es la cuerda floja en la que se juega de nacimiento en nacimiento su aventura espiritual. Puede ser que ese "sentido" misterioso esté ahí – en esa perpetua y temible *prueba* del alma; el precio que debe pagar por su nobleza de ser libre y creadora a imagen de Dios (ser solicitada sin cesar y seducida por la abdicación de sí misma y por la impotencia...), y por el cumplimiento último de su naturaleza divina que la espera al final de una larguísima y peligrosa marcha, en una cuerda floja sin red...

La censura del Grupo no se limita en modo alguno al nivel del *hacer*, no se limita a prohibir y a impedir tales o tales actos o comportamientos juzgados impropios, inadmisibles,
173 contrarios al orden establecido. Por el ◊contrario, de entrada se sitúa por completo al nivel del *ser*: es inaceptable y por eso mismo vergonzoso tener siquiera el deseo o el pensamiento del acto prohibido[161]; y además, no sólo vergonzoso sino propiamente impensable tener reservas (deberían permanecer inexpresadas para siempre) sobre esas prohibiciones y otros imperativos explícitos o tácitos, inscritos en las leyes (consideradas absolutas e inmutables) y (además) en los consensos que imperan. Aquí la diferencia no es de grado, sino de esencia. Es con esa *negación categórica del impulso prohibido*, negación que *crea verdaderamente "el Mal"* forzando al ser a negar ante sí mismo (y en contra de lo que sin embargo sabe de primera mano) al que secretamente es – es con esa negación y no con un necesario control de los actos y los comportamientos[162] como

[160] (27 de julio) Y también muy diferente, en ciertos aspectos secundarios, de un medio (e incluso de una familia) a otro.

[161] El nervio de la represión en todas las sociedades es la represión interiorizada al nivel de la relación con el cuerpo y el sexo. Esa "represión sexual" se ejerce desde la más tierna edad, para implantar de manera casi imposible de arrancar una relación de ambigüedad con el cuerpo, dominada por sentimientos y reflejos de vergüenza frente a algunas de sus funciones e impulsos. Ésa es una de las principales y más turbadoras características de la especie humana en relación a las especies animales, ¡y no es a nuestro favor! Incluso en nuestra sociedad de consumo en que el laxismo "pin up" ha llegado a ser un ingrediente inseparable del ambiente de "consumo", aún son más que raros los seres cuya relación al sexo y al amor no está profundamente falseada por esa insidiosa represión que se transmite de generación en generación, esencialmente igual a sí misma a través de los siglos y los milenios, mientras que los imperios, las civilizaciones e incluso las Iglesias pasan...

[162] Ese "control necesario" del Grupo debería concernir exclusivamente a los desbordamientos intempestivos de los impulsos provenientes de Eros (y más particularmente del impulso sexual) o del "yo" y de su incorregible voracidad de autoagrandamiento. ¿Quizás era necesario, en la sociedad original, dar prioridad al control de los

el Grupo talla y nivela los seres y hace añicos en el cascarón la creatividad de cada uno; salvo
174 todo lo más dejando subsistir las formas, catalogadas como "útiles"[163], que se dejan ◊canalizar en las vías previstas por él para servir a sus fines. En ningún caso encuentra gracia a sus ojos la creatividad plena, espiritual, que establece al hombre en su singularidad esencial frente al Grupo; *solo* en su autonomía de ser libre y creador, *único responsable* de sus actos, incluso de aquellos que le exige el Grupo y él asiente como también de los que rechaza – solo al asumir, en su fragilidad y en sus incertidumbres fundamentales, sin garantía ni garante ni testigo (parece) siquiera – solo frente a todos, ante la invisible y silenciosa presencia de Dios.

Si (lo que no dudo) la Mutación que se avecina consiste en atravesar un *umbral* decisivo, dando acceso a la humanidad en su conjunto a un estado de creatividad efectiva y no sólo potencial, eso implica necesariamente que el "molde social" inmemorial, que pretende la nivelación sin piedad del ser y no sólo un control más o menos estrecho del hacer, debe desaparecer. Seguramente no de un día para otro, como si jamás hubiera existido – algo más impensable aún que la impensable Mutación misma, cuando se piensa hasta qué punto la psique de cada uno sin excepción ha sido impregnada desde tiempos inmemoriales por esa realidad básica de la represión social y de su interiorización. Pero seguramente de un día para otro y bajo el empuje de Dios se desencadenará (sólo Dios sabe cómo...) el inicio de un poderoso *movimiento creador en los hombres* ([44]), que los llevará a *ellos mismos*, durante las siguientes generaciones y a fuerza de trabajo espiritual intenso y perseverante, a reabsorber poco a poco y a hacer desaparecer finalmente esa "represión del ser". Sin duda eso significa ni más ni menos que durante esas generaciones de transición proseguirá, al menos en ciertos seres, un trabajo de profundización
175 personal de resplandor suficiente (según evoqué hace poco[164]) para que poco a poco ◊el ambiente social se impregne de él y relaje su presión en sus formas "castrantes"[165]. Podemos concebir así que progresivamente sea menos y menos hostil a la singularidad fundamental de cada uno y a la búsqueda que le es propia (si es que ya se ha puesto en marcha...), con todos los tanteos y todos los errores (¡aunque estén vistos como "aberraciones" por la mayoría!) que eso pueda e

---

desbordamientos del impulso sexual, para garantizar a la institución familiar una estabilidad necesaria para la educación de los hijos? Lo que es seguro, es que en todas las sociedades conocidas, la represión sexual va mucho más allá de tal objetivo, alcanzando éste a un precio verdaderamente exorbitante, al envenenar y esterilizar la fuente misma de la creatividad en el hombre.

[163] Por ejemplo ciertas actividades artísticas y científicas, a condición de que éstas se inserten convenientemente en las normas de la época. Los grandes avances innovadores, tanto en el plano espiritual como en el intelectual o artístico, siempre se hacen en contra de la inercia "visceral" del Grupo, que se opone por instinto a todo lo que viene a trastornar el orden inmutable de las ideas y los usos recibidos. Por el contrario, entre las actividades (consideradas como "creadoras") que en nuestros días tienen un lugar de honor entre las que son "catalogadas útiles" y gozan de la consideración general, están las innumerables investigaciones para la invención y puesta a punto de *armas* ultraperfeccionadas, a la altura de los progresos de la Ciencia – armas tanto "clásicas" como químicas o bacteriológicas o nucleares, o para el desarrollo de centrales nucleares, en inseparable simbiosis con el desarrollo del arsenal de armas nucleares, orgullo de las naciones llamadas "avanzadas". Con todos esos progresos útiles e incluso indispensables, ¡vengan los mañanas que ya cantan!

[164] En la sección precedente "El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44), página 169.

[165] Utilizo con cierta reticencia los términos "castrador" o "castración" tomados del psicoanálisis. Dan en el clavo, pero con una violencia que puede ir en contra del fin perseguido, si se quiere superar o ayudar a superar ciertos condicionamientos inveterados y con eso, liberarse. Sobre todo, ese término tiene una connotación de mutilación irreversible, definitiva, que no corresponde más que parcialmente a la realidad, y puede hundir en un sentimiento de impotencia irremediable al ser que se sienta "víctima" de presiones "castrantes", en vez de provocar en él un salto liberador. A pesar de las apariencias, en el ser humano la creatividad es un atributo inseparable de su alma e indestructible igual que ella. Si en tal vida parece ausente, no es que esté destruida y que el ser esté mutilado para siempre, sino que está bloqueada toda la vida *por ese mismo ser*. La causa no es sólo la represión sufrida por él, sino también su asentimiento a esa represión, retomado por su cuenta día a día, él mismo es su propio castrador siempre renovado. La represión sufrida (y todos nosotros la hemos sufrido) es la ocasión dada al alma de aprender superándola, de ejercer creativamente su capacidad de libre elección. Es *ella* en última instancia, y no la sociedad que la somete a presiones y a pruebas más o menos fuertes e incluso implacables y a veces destructivas, quien es única responsable y única dueña de su destino.

incluso no pueda dejar de comportar.

46. Libertad creadora y obra interior

(27 de julio) Hace cinco días que día tras día soy incapaz de terminar el presente capítulo, arrastrado por una mini–cascada de notas sucesivas[166]. No me lamento, ¡muy al contrario! Tengo la impresión de haber progresado más en esa sucesión de "digresiones" que se injertan en las dos secciones precedentes y se engendran mutuamente, que en todo el resto del presente capítulo, que sin embargo es sustancioso. (El cual por otra parte se presenta él mismo como una "digresión" en el sempiterno "hilo" de la reflexión[167].) Con esos sucesivos esfuerzos de
176 formulación, siento que he llegado a ◊dar forma a intuiciones aún informes y a ver más claro en varias cuestiones cuya comprensión permanecía confusa hasta ahora: la naturaleza de la creatividad en el niño pequeño; la doble naturaleza del misterio fundamental del hombre en su relación con Dios por una parte, y con el Grupo de la otra; la doble naturaleza y el origen del "Mal", y su carácter de "enfermedad infantil" de la humanidad; y en fin la naturaleza de la Mutación espiritual que se avecina y del proceso que debe iniciar a largo plazo. En cuanto a esta última cuestión constato que actualmente, a fuerza de frotarme con ella desde hace dos meses y con ayuda de la decisiva reflexión de estos últimos días, esa Mutación ha dejado de parecerme tan "impensable" e "imposible" como decía. El mero hecho de vincularla a algo también "impensable" e "imposible" y que a pesar de todo tuvo lugar, a saber los "sucesos" de Mayo del 68, de repente ha hecho caer, creo, mis reticencias incluso a imaginarme los "Sucesos" en perspectiva, reticencias que se parecían a un verdadero *bloqueo*. En cuanto a saber si este libro tendrá tal efecto de "desbloqueo" al menos sobre ciertos lectores, ésa es otra historia...

En las dos secciones precedentes, he hablado de la creación y de los obstáculos a la creación, dando a entender que el mensaje que llevo tiene algo que ver con la creación. Esto es un eufemismo. Dudo que haya una sola de las secciones y notas ya escritas del presente libro (¡sin contar las que aún vendrán!) que no ataña de modo más o menos directo a la actividad creadora y a la creatividad humana. Este mismo tema–maestro recorre, con la misma insistencia, todas las partes de Cosechas y Siembras, como una insistente llamada a aquellos a los que, ante todo, me dirigía entonces[168]. Si hay diferencia al respecto, es de acento y no de espíritu: en el presente libro, sobre todo insisto sobre la creatividad en el plano espiritual, mientras que en Cosechas y Siembras, que pretende ser un "testimonio sobre un 'pasado de matemático", es la creación intelectual la que a menudo está en el primer plano de la atención[169]. No es que ignorase que
177 existe ◊una creatividad en un plano diferente, cuando en los diez años anteriores había pasado por sucesivos periodos de aprendizaje espiritual a menudo intensos. Pero tenía tendencia a ver más lo que era *común* al trabajo científico creador y a la profundización espiritual que realizaba con la meditación y el trabajo sobre mis sueños, que a detenerme sobre las diferencias. Sin embargo, a lo largo de la agitada escritura de Cosechas y Siembras, tuve amplia ocasión de darme cuenta hasta qué punto es humanamente esterilizante y nefasta una producción intelectual, incluso auténticamente creadora a ese nivel, que esté completamente separada (como ocurre hoy casi

[166] Se trata de las notas n^{o}s 39 a 44, del 22 al 25 de julio

[167] Recuerdo que ese "hilo" era la historia de mi itinerario espiritual. Fue dejado en suspenso después de la nota "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n^o 35) del 24 y 25 de junio, hace cinco semanas.

[168] Me dirigía en primer lugar a los que habían sido mis amigos o mis alumnos en el medio matemático, antes del viraje de 1970 cuando abandoné ese medio.

[169] Mi primera obra escrita destinada a publicarse y de naturaleza filosófica (y poética) y no matemática, se remonta a 1979. Es el "Elogio del Incesto", del que hablo de pasada aquí y allá en Cosechas y Siembras, y principalmente en la nota "El Acto" (CyS III n^o 113). Ahí es donde me familiarizo por primera vez con el dinamismo de los esponsales de las cualidades "femeninas" y "masculinas" en todas las cosas (antes de conocer los nombres chinos consagrados "yin" y "yang"). Ese texto puede ser visto también, cosa interesante, como una larga reflexión sobre la creatividad en el hombre y en el Universo, pero esta vez con un acento muy claro (incluso excesivo, a veces hasta el punto de ser hiriente...) sobre la comprensión "carnal"

por todas partes) de la vida espiritual, y de las disposiciones y sentimientos de honestidad y decencia (aunque sólo sea en el plano estrictamente intelectual) que se derivan de ella[170].

178 ◊A decir verdad y por extraño que parezca, aún no me he detenido nunca sobre la cuestión de las relaciones entre esos dos planos de creatividad, el plano espiritual y el de la creación intelectual o artística; sin contar un tercer plano, que tendemos a ignorar tanto como el plano espiritual, a saber el plano del conocimiento "carnal" o "sensorial" [171], aquél pues que está más directa y más visiblemente subordinado al impulso erótico. Ahora o nunca sería el momento de intentar clarificar las intuiciones dispersas y a veces contradictorias que se han formado en mí a lo largo de los años. En nuestro tiempo de desespiritualización y de deshumanización a ultranza del conocimiento y de su producción, tal reflexión me parece más urgente que nunca[172].

La creación se distingue de una simple *producción* por el hecho de que además de la "obra exterior" (la única que se tiene en cuenta comúnmente) se acompaña de una *"obra interior"* 179 que constituye su aspecto esencial[173]. *El acto creador*, o el proceso ◊o el trabajo creativo, *es aquél que transforma al ser que lo realiza* o en el que se realiza – con más precisión aquél que lo transforma en el sentido de un devenir en potencia, de un crecimiento que no sea del yo (y que es algo muy distinto de una acumulación de "conocimiento" o de "saber–hacer"), de una madurez[174]. Para apreciar la cualidad creadora de un acto o de una actividad, la naturaleza de la obra exterior (es decir del efecto y de la traza de ese acto o actividad sobre el mundo exterior) es totalmente accesoria. En el límite tal obra incluso pude estar ausente. Tal es el caso precisamente de la actividad creadora del niño pequeño ([45]).

Hasta donde alcanzo a ver, la transformación creadora del ser consiste siempre en la

[170] Veo dos niveles claramente diferenciados en la irresponsabilidad colectiva de los medios científicos, compartida por casi todos sus miembros. El primero no es de hoy, y no es particular del medio científico o intelectual, sino que se observa en todos los medios sin excepción: es la indiferencia total ante las implicaciones sociales del trabajo que se hace tanto colectivamente como individualmente, y más generalmente de los actos, comportamientos y actitudes. (Por ejemplo frente a la invención, producción, venta y utilización de armamentos, frente a la guerra, el ejército y otros aspectos y excrecencias maléficas, destructores y fundamentalmente inmorales, de la sociedad, consagrados por el uso.) Desde el momento en que se tiene una buena situación y el trabajo se encuentra placentero (aunque sea el de fabricar o inventar bombas de fragmentación o nuevos defoliantes), ¡todo es para lo mejor en el mejor de los mundos!

Por el contrario el segundo nivel es nuevo: es el de la corrupción generalizada en el interior mismo del ejercicio de su oficio y en la relación entre colegas. Ésa es una verdadera descomposición de los valores tradicionales de probidad intelectual, en el oficio de científico. Además tuve amplia ocasión de comprobar que esa descomposición no se limita al medio científico, sino que forma parte de una deformación general de las mentalidades, a nivel de toda la sociedad. Es un fenómeno que me parece sin precedentes en la historia, al menos a escala planetaria, como es el caso hoy en día.

[171] Menciono esos tres planos de realidad y de conocimiento en la sección "El Concierto – o el ritmo de la Creación" (n^o 11).

[172] Pienso por ejemplo que durante toda mi actividad enseñante de matemáticas, me empeñé en "hacer pasar la chispa" de la creación matemática, concediendo de entrada crédito de creatividad a los alumnos que confiaban en mí al venir a aprender conmigo, y esforzándome en transmitirles algo más valioso que un saber–hacer y un oficio. He de constatar que esa enseñanza ha sido un fracaso en toda línea, aunque algunos de mis alumnos han llegado a ser célebres matemáticos. Y me doy cuenta de que mi fallo, como el de todos los que fueron mis alumnos sin excepción, en modo alguno se sitúa al nivel intelectual, sino al nivel espiritual. Es la situación que no dejo de descubrir y sondear en todas sus facetas a lo largo de Cosechas y Siembras. En cuanto a esa "chispa" que no supe transmitir a ninguno, bien sé que no es de naturaleza intelectual, que no reside ni en una vivacidad ni en una potencia, ni en dones extraordinarios ni en un método irresistible, sino que es, ella también, de esencia espiritual.

[173] Ese aspecto de la creación (como por otra parte prácticamente *todos* sus aspectos esenciales) es ignorado por casi todos. La primera vez que oí hablar de creación sin "producto" fue a principios de los años 70, en un libro de Krishnamurti, ¡entre muchas otras cosas igualmente importantes que entonces me llegaron como una repentina revelación! Por lo que sé, Krishnamurti ha sido el primero, si no en *ver* que la creación no está subordinada a un "producto" (algo que los "Innovadores espirituales" como Buda, Lao–Tse, Jesús no podían dejar de saber intuitivamente...), al menos en expresarlo claramente.

[174] Compárese con los comentarios de la nota al pie de la página 112, en la sección "La llamada y el rechazo" (n^o 32).

aparición en él de un *conocimiento* nuevo[175], o en la profundización o en la renovación de un conocimiento ya presente. El conocimiento en cuestión no está necesariamente formulado, ni
180 siquiera es formulable[176]. El trabajo de formulación o de reformulación de una ◊intuición que permanecía informulada, o cuya formulación dejaba en nosotros un indefinible sentimiento de insatisfacción (cuando no aparecía ya como visiblemente insuficiente), está en el corazón de toda actividad creadora intelectual. Tal trabajo es parecido al que hace subir un conocimiento presente en las capas profundas de la psique hacia capas menos alejadas de la superficie, y que (cuando las condiciones son propicias y el trabajo se realiza hasta el final) puede concluir en la aparición de ese conocimiento incluso en el campo de la consciencia – ¡momento vivido como una repentina iluminación! Ese tipo de trabajo, de formulación o de "conscientización", siempre es creador. Incluso puede pensarse que todo trabajo creador es de esa naturaleza[177]. Lo cierto es que estas observaciones muestran que el "conocimiento" que se crea o se transforma en todo trabajo creador no se reduce al conocimiento consciente, ni de lejos. Más bien, el proceso o el
181 acto creador es aquél que modifica de manera irreversible[178] (igual que la ◊maduración del fruto también es irreversible) "el estado de conocimiento" de la psique en su conjunto, y esto, además, de modo que implique al menos a sus capas profundas. El origen o el "lugar" (en la psique) de la actividad creadora se sitúa en todo caso al nivel de las capas más profundas, totalmente fuera del alcance de la mirada consciente. Es posible que "lo que ocurre" exactamente en el Inconsciente profundo cuando el ser crea, y que "es" la creación, deba escapar para siempre al conocimiento humano.

[175] Hay que evitar confundir la aparición de un conocimiento en la psique con la "adquisición de conocimientos". En un caso se trata de un conocimiento de primera mano, en el otro de conocimientos que forman un "bagaje" cultural o una panoplia técnica, apoyando un status social o cultural o fundamentando una competencia. *El* conocimiento es del orden de la madurez, del "ser". *Los* conocimientos son del orden de la eficacia o del parecer, del "saber" y del "hacer". Véase también la nota "Verdad y conocimiento" (n^o 13).

[176] Ese carácter "informulable" es propio de todo conocimiento carnal. Más adelante me expreso al respecto, al principio de la sección "El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas" (n^o 48). Al ciego de nacimiento no podríamos comunicarle, hacerle "captar", dar a *conocer* con el lenguaje, la vista de un árbol, del cielo, del sol. Igual que no se conoce el sabor de un alimento, como la leche, más que por haberlo probado, y de ninguna otra manera. Incluso el que lo conoce sólo sabría expresarlo con una tautología: "el sabor a leche". De hecho, la experiencia carnal y el conocimiento carnal que proporciona preceden al lenguaje, que echa sus raíces en ellos.
Por el contrario, parece que todo conocimiento puede ser *expresado*, y que no hay conocimiento que no se exprese. Pero sólo excepcionalmente la expresión se hace mediante la palabra. (Compárese con las observaciones del final de la reflexión del 4 de junio (página N 5) en la nota "La pequeña familia y su Huésped".) A menudo la expresión más adecuada (y la única) del conocimiento que se forma y se profundiza con un trabajo creador, se encuentra en la obra creada. Por ejemplo, mientras un pintor pinta un paisaje, una naturaleza muerta o un retrato, y por efecto de su trabajo y en estrecha simbiosis con él, se profundiza y se afina su conocimiento de lo que es pintado. Ni él ni siquiera Dios en persona, que participa plenamente de ese conocimiento, podrían "formularlo" con palabras. Sólo la obra creada puede expresar plenamente ese conocimiento, sin deformarlo o transformarlo. Y era sólo con la creación de esa obra como éste podía aparecer y profundizarse y llegar a ser lo que es, en su total singularidad, en su unicidad.

[177] Puede decirse que el Inconsciente profundo, aunque sólo sea por la presencia del Huésped que ha elegido ahí su domicilio, "sabe" (con ciencia segura...) y "conoce". Pero (me parece) ése es un saber y un conocimiento que están presentes bajo una forma "difusa", "informe", "inexpresada". Lo propio del proceso creador es darle forma, expresarlo, sea con el lenguaje o de cualquier otra manera. Parecería que tal proceso que da forma, que expresa, que pone de manifiesto, ha de ser visto a la vez como un movimiento que sale de las profundas capas creadoras "que saben y conocen" y sube hasta la periferia. Sin embargo creo poder decir que con ese proceso "Dios Mismo aprende", es decir, que Su propio conocimiento de las cosas expresadas (o el conocimiento del Inconsciente profundo, que sería incapaz de distinguir del de Dios) se transforma por el trabajo creador que lo expresa, y en el que Él mismo participa.
Ésta es una concepción "dinámica" de la "omnisciencia" divina, en contraste con la concepción estática legada por la tradición, en la que "Dios sabe todo" y "todo" estaría fijado, atado y cerrado de una vez por todas y desde toda la eternidad...

[178] "Irreversible" al menos cuando el proceso creador ha llegado a término, o cuando al menos cierto "umbral" (aunque sea provisional) haya sido franqueado. Véase al respecto el final de la sección "Trabajo y concepción – o la doble cebolla" (n^o 10).

Según la naturaleza del conocimiento que se forma o se transforma es como se pueden distinguir los tres planos de creación: carnal, mental[179], espiritual, cuyas relaciones mutuas habría que comprender.

Otra de las numerosas maneras de captar el acto o la actividad creadores por uno de sus aspectos esenciales, es decir que son la obra y llevan la marca de un estado de *libertad* de la psique. La cualidad creadora es tanto más elevada cuanto más completo es el estado de libertad, lo que es decir también que el acto o la actividad le debe menos a los "mecanismos psíquicos" (debidos ante todo al condicionamiento[180]), y más particularmente, a los mecanismos de imitación, de reproducción, de repetición. Por esta razón, todo acto creador en el pleno sentido del término es único y diferente de cualquier otro en la historia del Universo desde su creación. Es ese carácter de *unicidad* el que permite (al igual que el de libertad) medir la cualidad creadora de un acto. Incluso cuando un saber-hacer y un saber adquirido jueguen en él cierto papel (que puede ser importante e incluso absolutamente indispensable desde un punto de vista técnico), y que por ese rodeo, y por otros más ocultos (y que, a menudo, escapan casi totalmente
182 al conocimiento $^{\Diamond}$humano), otros actos creadores de él mismo o de otros lo hayan preparado y hayan contribuido a él[181], el acto plenamente creador no se reduce sin embargo a la "suma total" de los ingredientes que concurren en él de algún modo, sino que les aporta *además* algo nuevo y enteramente imprevisible; imprevisible tanto para aquél en que se cumple el acto como para los testigos[182]. Uno de los rasgos más llamativos de todo trabajo creador, es la sorpresa siempre renovada del que crea ante la obra que toma forma entre sus manos, milagrosamente nueva e imprevista en cada instante. Es ese carácter de lo totalmente *imprevisto* e *imprevisible*, carácter de naturaleza enteramente diferente a todo capricho y todo propósito deliberado de "originalidad" (que no son más que imitación y pose), sino por el contrario movido en todo momento por una necesidad interior que surge de las profundidades, el que es la marca propia de la *libertad creadora*.

[179] El término "plano mental" (de realidad, de conocimiento o de creación) me parece más apropiado que el término (que tomé un poco como para salir del paso en la sección "El Concierto – o el ritmo de la creación" (n^o 11)) "intelectual y artístico".

[180] Esos mecanismos no son el producto únicamente del condicionamiento, sino el producto común de ese condicionamiento y de las reacciones de la psique frente a éste, muy particularmente durante la infancia (cuando se forman los mecanismos principales que dominarán la psique del adulto). Aún hay que añadir el autocondicionamiento, que es *el* gran escollo del ser que ya esté muy avanzado en el camino de su devenir espiritual: el auténtico descubrimiento espiritual de ayer, si no es regado y renovado todos los días por una vitalidad espiritual vigilante, en un santiamén se transforma, por la insidiosa acción del yo, en cómodo cojín y bisutería de calidad. Los mecanismos de repetición y de reproducción no son menos estériles cuando lo que se repite o reproduce es uno mismo.

[181] Según la intuición visionaria de un Marcel Légaut, además de los actos creadores del pasado que contribuyen a "preparar" un acto o un proceso creador, habría que tener en cuenta la totalidad de los actos creadores futuros que éste hará posibles y que a su vez contribuye a preparar, y que (aunque aún no nacidos y no determinados) actuarían sobre él y lo suscitarían a la manera de una *"llamada"*, llamada inseparable del sentido global y del pleno alcance del acto. Así se encontrarían misteriosamente ligados, en el plano de una realidad espiritual que no podremos jamás más que presentir y que sólo Dios puede plenamente contemplar y contener, los actos creadores del pasado ya cumplido, los de un presente a punto de cumplirse, y en fin los de un futuro que se busca a tientas y llega a través de esos esbozos embrionarios del "mañana".

[182] Imprevisible no sólo por accidente, sino por esencia – no sólo para el hombre, a causa de las limitaciones inherentes a la condición humana, sino incluso para Dios omnisciente y todopoderoso.

183 ◊V ASPECTOS DE UNA MISIÓN (2): EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

47. El conocimiento espiritual (1): no excluye, incluye y aclara

(27 de julio)[183] Habiendo precisado así la naturaleza de la creación, me siento más capaz de examinar ahora la relación entre los tres planos de creación: carnal, mental, espiritual. Si es cierto, como he afirmado hace poco, que en su aspecto "interior", que es el esencial, la creación no es otra cosa que un acto o un proceso por el que se forma o se transforma un conocimiento, preveo que la cuestión anterior es más o menos equivalente a la de las relaciones entre esos tres planos de conocimiento. Esto según el principio: la creación "vale" lo que "vale" el conocimiento que origina o que profundiza o renueva.

El conocimiento espiritual es el conocimiento de esencia más elevada. Sin embargo no está suspendido en alturas inaccesibles al común de los mortales, totalmente separado de todo conocimiento que sea un poco tangible, digamos que proporcionado por nuestros sentidos o nuestro entendimiento. Si así fuera, sería una equivocación calificarlo de "superior" al conocimiento carnal o mental. ¿podría establecerse razonablemente una relación de "superioridad" y de "inferioridad" entre dos cosas, si no estuvieran ligadas ya entre ellas de algún modo orgánico y esencial, como lo están las raíces y el tronco de un árbol, o su tronco y sus ramas? Una "espiritualidad" o un "conocimiento espiritual" que se desgajase del conocimiento carnal o mental (según anima[184] una tradición religiosa milenaria), con un desprecio tácito o claramente expresado de esos planos de realidad inferiores, como mínimo me parece muy enfermo y privado de una buena parte de su razón de ser y de su virtud creadora, tanto para sí mismo como para
184 la sociedad ambiente[185]. El hombre espiritualmente ◊con buena salud no es el que maltrata y desprecia su cuerpo, que violenta su inteligencia, y que pone cara triste u ofendida cuando por casualidad se encuentra una brizna de chica. El hombre espiritualmente elevado no es aquél en que los sentidos y la inteligencia están embotados, y al que ofende el pensamiento mismo de un placer. Muy al contrario, a medida que su vida y su ser se despojan de pesos superfluos y que toma contacto más profundo con las cosas simples y esenciales, sus sentidos y su inteligencia se afinan y captan con más delicadeza la belleza y la vida oculta de las cosas[186].

En verdad, un conocimiento espiritual pleno abraza e incluye, trascendiéndolos con su iluminación propia, al conocimiento carnal igual que al conocimiento mental. Está alimentado por uno y por otro, igual que el conocimiento mental está alimentado por el conocimiento carnal y no podría nacer ni desarrollarse y mantenerse sin él[187].

[183] La presente sección continúa la reflexión de la sección precedente "Libertad creadora y obra interior" (n° 46) del mismo día.

[184] Tal tendencia "separatista" me parece propia sobre todo de las "grandes religiones", y a menudo interiorizada en sus formas más extremas en numerosos místicos surgidos de ellas. Véanse comentarios más detallados al respecto en la sección "Eros – o la potencia" (n° 39) y en las notas "Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro" (n° 9) y "Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa" (n° 33).

[185] Pienso principalmente en la influencia relativamente limitada de los místicos cristianos en el pensamiento, los puntos de vista y las formas de practicar la religión, las actitudes etc. en el mudo occidental. Parecería que, dejando a parte los doctos trabajos de erudición que permanecen en vasijas cerradas y los santos del calendario (cada vez menos solicitados, en los tiempos que corren), esa influencia fuera insignificante por no decir nula.

[186] No hay duda de que la vía ascética es una de las múltiples vías posibles de una progresión espiritual. Pero reducir las necesidades y disminuir su satisfacción, afinando los sentidos, no elimina el placer sino que también lo afina y lo vivifica. Para el que tiene hambre y sed, un pedazo de pan duro (si es verdadero pan...) y un vaso de agua pura (si no huele a cloro...) es una delicia. Querer quitarle al cuerpo y a la psique esa delicia, y constreñirse a tomar con repulsión las cosas buenas que Dios ha creado para ser comidas con placer, me parece una degradación mórbida de la vida ascética. Tal vez lleve a quien se complace en ella a récords de ascetismo donde encontrará un secreto salario por su violencia contra sí mismo, pero seguramente no hacia una progresión espiritual.

[187] Esos tres planos de realidad y conocimiento podrían compararse a los respectivos papeles del aparato digestivo, el corazón y el cerebro en el cuerpo humano. Sin la actividad digestiva que nutre al cuerpo y sus órganos y les proporciona la energía necesaria para su funcionamiento, el corazón no podría hacer su trabajo de bomba

Puedo añadir que según mi experiencia, renovada sin cesar y jamás desmentida aún,
185 conocimientos en el pleno sentido del término[188] que provengan de ◊fuentes por más alejadas y diferentes que sean (y aunque pertenezcan a planos de existencia diferentes), jamás son incompatibles entre sí. Muy al contrario, cuando se refieren a una misma situación comprendida por diferentes vías, siempre nos proporcionan enfoques que, al completarse mutuamente, nos dan una visión más diversificada y por eso mismo más profunda, que ninguno de ellos tomado aisladamente nos podría dar. No obstante, cuando parece que surge una contradicción entre conocimientos más o menos parciales de una misma realidad, ésa es para mí la señal, no de un susto o una desbandada, sino de un repentino relanzamiento del interés, de un inesperado suspense ante una situación que, por esa misma contradicción aparente, es percibida como intensamente creadora. Sé por instinto que cuando me tome la molestia de hacer un trabajo de revisión (quizás desgarrador...) y de ajuste (quizás largo y laborioso...) para llegar a una visión coherente que integre con soltura y sin "rozamiento" cada uno de mis conocimientos parciales, rectificándolos si es preciso o matizándolos y profundizándolos, no sólo cada uno de ellos no podrá dejar de beneficiarse, sino que además la nueva visión llamada por ellos me aportará un conocimiento que englobará, superándolos, a cada uno de esos conocimientos así renovados. En adelante, en vez de contradecirse, se iluminarán mutuamente[189].

Tal trabajo se ahogaría en el cascarón en aquél que, presa de pánico ante la apariencia de una contradicción, violentara a su inteligencia (quizás durante toda su vida cuando no durante varias vidas seguidas...) haciendo como que lo ignora a pesar de todo, mientras que ella pondría todo su empeño en recordárselo de mil y una maneras; o el que, acorralado por la evidencia, no encuentra nada mejor (siguiendo el ejemplo de tantos predecesores ilustres) que intentar "salvar los muebles" renegando en bloque (como obra del Maligno tal vez...) de los conocimientos que provienen de ciertas fuentes declaradas "dudosas" o "inferiores" o "pecaminosas", a beneficio (cree él, pero se equivoca...) de las declaradas "seguras" o "superiores" o "autorizadas"[190].

186 ◊Por el contrario, esa seguridad total de la que acabo de hablar, que no reniega de ningún medio de conocimiento y que se hace cargo de todos, puede expresarse diciendo que *el Universo conocible es coherente*. Me atrevo a decir que esa seguridad es ella misma expresión de un *conocimiento* en mí, que creo innato. También es expresión de una *fe* elemental, presente y activa desde que puedo recordar y sin que jamás haya pensado en formulármela antes de ahora mismo[191].

El conocimiento intelectual (forma particular del que proporciona el entendimiento y que es parte del plano "mental" del conocimiento) tendría una clara tendencia a largar amarras y desgajarse del conocimiento carnal del que ha surgido y que originalmente lo alimentaba. Por el contrario, al menos en mi experiencia, el conocimiento espiritual jamás ha tenido tal

---

circulatoria. Sin ese trabajo que anima la circulación sanguínea y riega y con eso nutre a los órganos, el cerebro no podría funcionar ni siquiera sobrevivir. Así, hay una estrecha interdependencia entre las funciones digestiva, circulatoria, cerebral. Con derecho se considera la última como de naturaleza "superior" a las otras dos. Pero sería delirante pensar en aislar el cerebro del resto y en darle una existencia autónoma.

[188] En cuanto al sentido que el término "conocimiento" tiene para mí, véase la nota al pie de la página 179 en la sección precedente. Véase igualmente la nota "Verdad y conocimiento" (n° 13).

[189] Compárense estas reflexiones, y las del párrafo siguiente, con la sección "Error y descubrimiento" (CyS I, n° 2) en Cosechas y Siembras.

[190] Tal ha sido la situación, como poco inconfortable, en que se ha encontrado el pensamiento cristiano durante dos milenios, condenado por eso a una esterilidad casi completa (cuando se piensa en los recursos realmente prodigiosos de los que ha dispuesto durante todo ese tiempo). Ha sido necesario que Marcel Légaut diera al fin el primer gran paso fuera de esa encerrona – paso que, espero, no sea el único...

[191] Para la relación entre los dos aspectos "conocimiento" y "fe", véase la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n° 7). A decir verdad, esa "fe" particular que aquí constato por primera vez no puede distinguirse de la "fe en sí" o de la "fe en Dios", de la que es uno de sus innumerables rostros. Ya me he expresado al respecto en varias ocasiones en este libro, por ejemplo al final de la citada sección (página 19), y también en la nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (principalmente las páginas N 59–61).

tendencia separatista y por eso mismo aislante. Constantemente ha permanecido arraigado en el conocimiento carnal, y ha sido alimentado por éste igual que por el conocimiento intelectual[192]. Creo poder decir que engloba a la totalidad de mi ser, al menos en la medida en que conozco a éste.

Dicho de otro modo: el conocimiento espiritual no se distingue del conocimiento carnal o (digamos) intelectual por su *objeto*, sino que su campo es *más vasto*. Todo lo que aprehende "la carne" o la inteligencia, es aprehendido igualmente en el plano espiritual – lo que cambia sólo es la naturaleza de la comprensión o (como he dicho hace poco) "la iluminación". Para dar un ejemplo preciso: el cuerpo o el sexo de la amada (o el amado), o incluso la experiencia amorosa, pueden ser aprehendidos (y de una infinidad de maneras) tanto al nivel carnal como al nivel mental o intelectual, o al nivel espiritual. Esos tres tipos de comprensión son de naturaleza muy
187 diferente, y nos comunican conocimientos ◊igualmente diferentes. La comprensión mental tiene en cuenta a la comprensión carnal y la sobrentiende, pero dándole una luz que es propia del plano mental y trasciende al plano carnal. Igualmente, la comprensión espiritual tiene en cuenta a las otras dos y las sobrentiende, iluminándolas con una luz distinta que trasciende a una y a otra.

48. El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas

(28 de julio) Siento la necesidad de explicitarme el ejemplo en el que me detuve ayer.

La percepción y el conocimiento íntimo que tenemos del cuerpo de la amada o del amado, en los que participan intensamente todos nuestros sentidos, son, en su plano carnal propio, de una riqueza que desafía toda expresión y toda traducción al nivel mental. Las palabras todo lo más pueden evocarla, jamás expresarla verdaderamente en su singularidad y en su riqueza particular, propias en este caso del plano carnal. El conocimiento propiamente intelectual que tenemos de ese mismo cuerpo parece, en comparación, de una indigencia irrisoria, y además extrañamente desfasada, hasta el punto de parecer casi sin relación con la vivencia carnal: unas pocas nociones anatómicas o incluso ginecológicas, tales problemas de salud quizás y tales tratamientos, grande o pequeña, esbelta o fuerte, color de los ojos y del pelo... – ¡algo a medio camino entre una ficha de estado civil y una ficha médica! Esta desoladora indigencia se debe sin duda al hecho de que por su propia forma de avanzar, el intelecto tiende a *abstraer* lo general de lo particular, y a ignorar a todo el resto – ¡y es ese "resto" justamente el que lo es *todo*, en el conocimiento carnal! De gran finura para los aspectos de la realidad que corresponden a su iluminación particular, la inteligencia es sin embargo totalmente incapaz de darnos una comprensión a poco delicada que sea de la realidad y de la vivencia carnal.

Por eso, cuando se hace tabla rasa del intelecto, la realidad carnal puede "decirse" de muchos modos, que la "carne" misma (o el amor que obra a través de ella...) parece susurrarnos por lo bajo cuando, en momentos de recogimiento y de silencio, estamos dispuestos a escucharla. Podemos decirla con el lenguaje hablado, escrito o cantado – palabras de amor, cartas de amor, canciones de amor... – lenguaje en que el tono y la sonoridad de las palabras y los ritmos según
188 los que se juntan y se suceden tienen tanta parte como su sentido ◊léxico y de alguna manera misteriosa participan, desafiando todo análisis razonado, en la evocación de la riqueza de la experiencia carnal. A veces también un dibujo o un apresurado boceto con tiza, con sanguina, al carboncillo, a pluma, o una acuarela, hasta un óleo, o una figura de arcilla o de barro cocido, evocan aún mejor la realidad de la carne, con el sesgo de la forma, del color y del contorno, de lo que podrían decir las palabras.

Aquí se trata pues de *la expresión artística*, privilegiado medio para la aprehensión de lo carnal a nivel mental. Esa expresión o trasposición se realiza, no por un proceso de abstracción

[192] Sobre el papel del intelecto en lo que llamo trabajo de meditación, véase principalmente la sección "Emoción y pensamiento – o la ola y el hacha" (nº 16).

que decididamente pierde el tren, sino captando *lo universal* en la experiencia particular[193], a través de una sensibilidad muy personal. Si, con tal trasposición a otro plano, el conocimiento carnal se encuentra despojado de su singularidad y su riqueza propias, esta vez no es sin una contrapartida sustancial, adquiriendo una riqueza de otra naturaleza pero en íntima correspondencia con la suya. Por esta cualidad de esencia distinta a la simplemente carnal, la obra de arte[194] tiene el poder de hacer entrar en resonancia, en todo ser que se encuentre en un estado de receptividad que le corresponda, su propia vivencia carnal, elevándola a una nueva dimensión, *común* a todos los hombres esta vez.

189 ◊Podríamos hablar aquí de "conocimiento artístico"[195], muy diferente del conocimiento intelectual aunque ambos se encuentren en el mismo plano "mental". Es el conocimiento de las cosas (carnales, psíquicas o mentales) que se profundiza en nosotros cuando nos esforzamos en expresarlas de manera no "abstracta" ni "fotográfica", sino que intenta captar ciertos trazos que nuestra sensibilidad nos hace sentir como esenciales y que, de manera oscura y por tanto imperiosa, a través de nosotros y por los medios de que disponemos y que nos inspiran, piden expresión.Son esos "trazos esenciales", incluso aunque tuvieran para nosotros que los expresamos un carácter íntimamente personal, los que tienen la cualidad de lo "universal", de lo que afecta a algo común a todos los hombres y es apto, por eso mismo, para despertar un eco en todo hombre. Tal trasposición de lo que es directamente e intensamente percibido puede llamarse con razón *"obra de arte"*, por desmañada que sea y poco conforme a las normas académicas. Tal conocimiento "artístico" se profundiza igualmente, pero (me parece) con un grado incomparablemente menor[196], por el contacto con una obra de arte acogida en un momento de disponibilidad propicio.

Sentimos que ese tipo de conocimiento, sólidamente fijado en la realidad carnal, es por su naturaleza mucho más cercano a la realidad espiritual que el conocimiento intelectual, que tiene demasiada tendencia a perder el contacto con uno y con otra. Mientras que en el camino puramente intelectual podemos acceder a lo "general" permaneciendo totalmente desgarrados de la realidad espiritual, parece que para alcanzar verdaderamente lo "universal", es decir la expresión de una realidad específicamente humana en lo que la hace común a todos los hombres, eso no sea posible más que cuando el hombre se encuentra en una disposición en que no hay tal

[193]Tomo de Légaut la distinción muy clara que establece entre "lo general" y "lo universal". El sentido del término "universal", como "lo que es común a todos los hombres", va a surgir por sí mismo a lo largo de los tres párrafos siguientes. También podemos decir que "lo general" es una realidad de naturaleza intelectual, que participa del plano mental, mientras que "lo universal" es una cualidad de naturaleza espiritual, que sólo nuestras facultades espirituales pueden aprehender.

[194]Como se verá más claro aún en el párrafo siguiente, tomo el término "obra de arte" en una acepción que no tiene nada de académica. Todo con lo que el hombre se expresa involucrándose por completo puede ser visto como obra de arte. En este sentido muy vasto y muy exigente a la vez, la noción de "obra de arte" no puede ser separada de la de "creación": la obra de arte no es otra que "la obra externa" que aparece en la creación, en estrecha simbiosis con "la obra interna" que hemos considerado anteriormente. Esa obra no está necesariamente encarnada en un *objeto* tangible, como un texto escrito, un dibujo o una pintura, una escultura etc. Pensemos por ejemplo en una canción vocal, una ejecución musical improvisada o no, una danza... Sin embargo quizás convenga, para forzar el término "obra de arte", limitarse a la creación en la que está presente una *intención* consciente de expresar algo con la obra que se crea, y en la que por eso mismo interviene la voluntad consciente de crear la obra. Por ejemplo, "hacer el amor" es un acto primordial que implica al hombre por completo y que, en los pocos casos en que es vivido en su fuerza original, es sentido como una "creación" – incluso es el Acto arquetípico entre los actos creadores que el hombre puede cumplir. Sin embargo dudaríamos en darle el nombre de "obra de arte" y con eso, asimilarlo de alguna manera a una "representación" (como una danza, digamos). Lo que caracteriza a este acto, por el contrario, es la total desaparición de la voluntad consciente y de las fuerzas del yo.

[195]Utilizo este término para salir del paso, a falta de haber encontrado otro más sugestivo y menos cargado de connotaciones "académicas".

[196]Hacer un dibujo por "malo" que sea pero involucrándose por completo para intentar "dar cuenta" de lo que se quiere expresar, aporta más (salvo raras excepciones) que contemplar diez pinturas maestras. Igualmente, para conocer verdaderamente una música y penetrarse de ella, es cien veces mejor tocarla y volverla a tocar uno mismo que escuchar pasivamente al mayor de los virtuosos.

190 corte, ◊sino en que esas facultades de aprehensión espiritual (las cuales son lo propio del alma y no provienen del yo ni de Eros) contribuyan de manera más o menos fuerte.

Acabo de intentar visualizar por poco que fuera cuál podría ser la aprehensión en el plano mental de la realidad carnal, más allá de la aprehensión "primaria" con nuestros sentidos. ¿Cuál sería ahora la aprehensión en el plano espiritual? Para hablar de eso con autenticidad, estoy obligado a remitirme a lo que me enseñan mis propias facultades de aprehensión espiritual, en el estado en que se encuentran actualmente, ¡a pesar de que mi "ojo espiritual" a penas se ha entreabierto y aún esté medio dormido! Así lo que pueda decir será sin duda, si no carente de valor (desde el momento en que testifico con verdad una experiencia de las cosas que es verdadera), al menos muy particularmente parcelaria y sin duda provisional.

Al principio estuve algo perplejo al responder a la cuestión anterior, digamos que en el ejemplo particular de la experiencia amorosa. Mi primer pensamiento: la relación de la experiencia amorosa con la trasmisión de la vida, o con la pareja, su estabilidad y su ruptura, y toda la red compleja y generalmente muy confusa de temores, de prohibiciones más o menos fuertemente interiorizadas (tal vez bajo la forma de "leyes espirituales" inmutables y eternas...), a veces también (aunque eso sea más bien excepcional) el reconocimiento claro de su responsabilidad personal por las posibles consecuencias, incluso seguras, de la relación amorosa o marital con la Bella. Si se exceptúa ese último conocimiento que acabo de evocar, que es de naturaleza espiritual, el resto me parece mucho más de la naturaleza de los mecanismos inscritos en la estructura del yo, conforme a tales o tales condicionamientos recibidos, que de la de un conocimiento. Si hay algún conocimiento (tipo "si no tenemos cuidado esta semana, nos arriesgamos a cargar con un embarazo"), es de naturaleza intelectual y nada "espiritual". De todos modos, todo esto no concierne al conocimiento de la experiencia amorosa misma, que es de la que se trata, sino a ciertas prolongaciones suyas o posibles repercusiones, importantes ciertamente e incluso redhibitorias (¡ésa no es la cuestión!), pero que no deben confundirse con ella so pena de meter todo en el mismo saco.

Por tanto toda esa nube de asociaciones, por interesante e importante que sea, me parece "fuera de lugar".

191 ◊Sin embargo, al ponerse a la escucha de la experiencia carnal misma, se percibe en ella un *"perfume"* que no se reduce ni a la "sensación" y al goce o placer que ésta procura, ni a las representaciones mentales de todo tipo que la acompañan – justamente un "perfume" que la obra de arte intenta captar con mayor o menor éxito. Cuando la experiencia carnal está privada de él, es como una flor privada de su perfume, o mejor dicho, como una *imitación* "perfecta, de papel o de plástico, de una verdadera flor viva – le falta el delicado temblor de la vida, su fragilidad infinita y exquisita que es también fecundidad y que es potencia, ese *soplo* que nada reemplaza y que viene de Dios. Es en la experiencia amorosa, seguramente la más fuerte de las experiencias carnales junto con la del parto y la del nacimiento[197], donde ese "algo", ese perfume tiende con más fuerza a tomar posesión de nosotros y a arrebatarnos, a veces hasta las cimas de la adoración. Una forma de evocarlo con el lenguaje, de darle un nombre, es hablar de una percepción muy viva e indecible de *belleza*. Tal percepción, nos llegue por la carne o por la inteligencia, no es (me parece) ni del orden de los sentidos ni del orden de lo mental, sino de esencia espiritual. En tal percepción hay como una *comunión* con el creador de lo que es percibido – comunión con Dios cuando la obra es de Dios (e incluso cuando permaneciera ignorado...), con el hombre creador de la obra cuando ésta es humana[198].

[197] También puede pensarse en en la experiencia de la muerte, que puede parecer más lejana aún que la del nacimiento. Puede decirse que vivimos la muerte y el nacimiento en el desenlace orgásmico del juego amoroso y en los instantes siguientes. Pero esos no son la muerte y el nacimiento "carnales", sino trasposiciones al nivel de la vivencia erótica. Por el contrario, podemos vivir o revivir la muerte o el nacimiento con los sueños.

[198] No hay que excluir el caso en que nosotros mismos somos el creador de la obra, acabada o a medio hacer, cuya belleza percibimos vivamente. Hay realmente, en esa percepción, una íntima comunión, un profundo acuerdo del

Una percepción viva de la belleza de algo, sea cual sea su plano de realidad (carnal, mental o espiritual), no puede ser separado del *amor. Es una de las manifestaciones del amor.* Aquí, tomo este término en el sentido espiritual: el "amor" de que se trata es de naturaleza totalmente distinta de la atracción o el cariño, aunque a menudo se encuentre en compañía de uno o del otro. Es de la misma esencia que el amor del ser que crea por lo que toma forma entre sus
192 manos, labrado y nutrido a lo largo del tiempo por la fuerza y por la sabia que ◊suben desde lo más profundo de sí mismo; de la misma esencia que el amor de Dios por la Creación amasada con Sus Manos, y por los seres vivos que la pueblan y que (a menudo sin saberlo) participan en ella libremente, cada uno a su manera (aunque sea con reticencia), por Sus designios...

Según el plano de realidad en que se sitúe la experiencia y la percepción generadoras de conocimiento, pero sobre todo según las disposiciones interiores en que nos encontremos, el amor que lo acompaña, de esencia espiritual, está más o menos mezclado con la "ganga" carnal o mental de la que es como una sutil exhalación y como la fina quintaesencia. Sin duda esa ganga representa un "peso", una "inercia", es de una esencia que con razón podemos sentir como "grosera" en comparación con el espíritu que de ella emana. Sin embargo no tiene nada de "vil", no más de lo que es "vil" el hollejo de las uvas cuyos vapores se destilan en alcohol de vino. Por "grosera" que sea, esa ganga o esa arcilla sale de las manos del mismo Creador y, nos guste o no, ¡nuestro ser está amasado con ella! Mejor que despreciarla o vilipendiarla, sin hacernos tampoco sus esclavos, estemos agradecidos por la riqueza que hay en ella y por la vía que nos ofrece para acceder a las cosas más delicadas y de mayor precio.

49. El conocimiento espiritual (3): belleza y contemplación

Acabo de extenderme un poco sobre la realidad carnal y sobre el conocimiento de ella que tenemos no sólo en el plano carnal que le es propio, sino también en el plano mental y, aún más allá, espiritual.Tomemos ahora la realidad en el plano mental, por ejemplo bajo la forma típica y extrema de la realidad matemática, y el conocimiento que de ella tenemos: el conocimiento de un concepto, de un enunciado, de una demostración, o de toda una teoría matemática o incluso de todo un vasto sector de la matemática. Tal conocimiento escapa totalmente al conocimiento carnal proporcionado por los sentidos, aunque históricamente haya surgido de él y con su lenguaje a veces siga enganchando mal que bien sus intuiciones con el mundo de los objetos sensibles. Salvo esos vestigios, ese conocimiento es pues específicamente y radicalmente *intelectual*. Es del orden de la *comprensión* de cierto aspecto (llamado "matemático") de las cosas, mucho más que del de una "experiencia" de las cosas, realizada en "el mundo en que vivimos", (o creemos
193 vivir...), el "mundo físico" de la realidad percibida por nuestros ◊sentidos. El mundo que explora el matemático, aunque ligado de múltiples maneras (aún hoy muy mal comprendidas) al mundo físico, es un mundo puramente "mental", al que las solas facultades sensitivas no pueden darnos acceso y en el que nos son de bien poca ayuda.

Por el contrario, seguramente la realidad matemática es susceptible de ser conocida no sólo en el plano "mental" o "intelectual" que le es propio, sino igualmente con una percepción espiritual, de orden más elevado. Así (ya he tenido ocasión de hacer alusión a ello) no dudo ni un instante de que Dios conoce toda cosa matemática que haya sido "creada" o "descubierta" por el hombre, y que Él la conoce, además, de manera totalmente distinta que el hombre, justamente con una visión que no es "intelectual" (al menos no en el sentido restrictivo en que nosotros lo entendemos), sino "espiritual" [199]. Y el conocimiento "espiritual" que nosotros

---

ser consigo mismo.

[199] Inspirándome en la intuición de que la matemática forma parte de la naturaleza misma de Dios (no siendo "creada" igual que Dios Mismo no es creado...), me viene a la cabeza la siguiente comparación: la diferencia entre el conocimiento que Dios tiene de las cosas matemáticas, y el que tenemos nosotros, es del mismo orden que la que hay entre el conocimiento que podemos tener de nuestra propia psique y el conocimiento que otro tenga de

mismos podemos tener de ella, o la "iluminación espiritual" de esa realidad que nuestro espíritu (si está suficientemente afinado) debería poder percibir, sería como un reflejo de ese conocimiento que Dios Mismo, presente en nosotros como el Huésped invisible, tiene. ¿Cuál sería pues esa iluminación?

Ya he hecho algunas exhortaciones en ese sentido en la nota "Matemática e imponderables" (nº 14). Al escribirla, he sido muy consciente de que el tipo de cosas que es comúnmente despreciado e ignorado por mis congéneres matemáticos como "imponderables" es algo patente e irrecusable[200] no sólo para Dios (que por otra parte no me ha hecho saber nada al respecto...), sino también y sobre todo para mí mismo y también, sin duda, para cada uno de los pocos matemáticos en los que me reconozco[201]. Igualmente he pensado en el conocimiento que tenemos,
194 y que podemos afinar y profundizar, de la experiencia ◊psíquica de la creación matemática, y del lugar y el sentido de ésta en nuestra vida. Ése es, como todo conocimiento auténtico de uno mismo, un conocimiento de naturaleza propiamente espiritual y no intelectual. Pero es cierto que tal conocimiento no concierne a la realidad matemática por sí misma y menos aún a tal "cosa matemática" particular que podamos aprehender y conocer (tal concepto, tal enunciado etc.), sino más bien a la relación que nosotros mismos, en nuestra singularidad psíquica de ser pensante, sede de emociones, de deseos etc., mantenemos con ese mundo de cosas matemáticas. Una observación del mismo tipo puede repetirse para el conocimiento o la presciencia que podamos tener de las posibles aplicaciones (eventualmente nefastas) de nuestro trabajo matemático en la sociedad donde vivimos, o de su impacto sobre el ambiente y el espíritu del medio matemático del que formamos parte, o de las posibles consecuencias para éstos de nuestra propia actitud de atención o de indiferencia frente a tales cuestiones. Tal conocimiento, que implica igualmente el de ciertas responsabilidades personales a menudo eludidas, no concierne tanto a la realidad matemática cuanto a la psique en su relación a ésta y a la sociedad.

Hecha esta reflexión, lo que finalmente creo percibir como la "dimensión espiritual" en el conocimiento de las cosas matemáticas mismas me parece consistir en la "misma" especie de "conocimiento" (o de "iluminación") que antes, cuando se trataba de la realidad carnal. Es la percepción aguda de la belleza que impregna a toda cosa matemática, aunque sea la más humilde, y que suscita en el que la descubre o la redescubre, o que sólo se la encuentra en su camino como a una vieja amiga, las disposiciones de muda ternura y de admiración del amante. Es en esa ternura y en esa admiración incesantemente renovados donde se encuentra lo mejor y el verdadero salario por los trabajos que se toma el obrero, sin contar ni sentir pasar las horas ni los días. Ahí está el alma misma de la creación plena, de la que nos lleva sin forzarnos y como de puntillas al corazón virginal de las cosas.

Esa belleza percibida en toda cosa incluso "pequeña" por sí misma, se reencuentra en la viva perfección de las innumerables relaciones en el seno de una multiplicidad infinita de cosas que concurren todas, cada una con su forma y su rostro propios, a la lograda armonía de un mismo Todo. Así es como a veces, al final quizás de una larga e intensa caminata, esa belleza que canta con la voz de toda cosa un canto que sólo es suyo, se inserta como por una predestinación
195 secreta y se une en un vasto contrapunto ◊a las de todas las otras, regatos que se desgranan y se juntan en arroyos y los arroyos en cantarines riachuelo que confluyen en vastos ríos de armonía hacia un mismo Mar infinito – esa belleza y ese orden que penetran y elevan toda cosa y unen y ligan en un mismo Canto lo ínfimo y lo inmenso, elevan el alma a la serena alegría de la

ella.

[200] Sin embargo ahora sería menos tajante que al escribir la citada nota, al afirmar que la aprehensión de esos "imponderables" de los que hablo es un acto de conocimiento en el plano espiritual. Sin embargo me parece que es del mismo orden que la aprehensión de la belleza de las cosas (matemáticas en este caso). Lo que es seguro, si este tipo de conocimiento se sitúa por debajo del plano espiritual, es que al menos planea muy por encima del conocimiento intelectual habitual y más a ras de suelo al que hacía alusión en esa nota.

[201] Al escribir estas palabras pensaba en hombres como Johannes Kepler, Isaac Newton, Evariste Galois, Bernard Riemann, Emmy Noether, Claude Chevalley...

contemplación. En esa visión que se despliega y abraza todo, en esa contemplación que acoge a la vez que ordena, hay como una presciencia de la verdadera esencia de lo que es contemplado, a lo que hemos accedido pacientemente y laboriosamente por caminos áridos y pedregosos, como atraídos irresistiblemente por esa presciencia que se desarrolla en nosotros. Esa contemplación que nos esperaba al final de un largo y trabajoso viaje, igual que la alegría y la admiración por cada una de las flores sin nombre que bordean el camino, no son simplemente del orden de lo "intelectual" ni siquiera de lo "mental". Son de esencia espiritual.

50. El conocimiento espiritual (4): el dolor – o la vertiente sombría

En resumen, creo haber desentrañado finalmente (en las dos secciones precedentes) un carácter común a la "iluminación espiritual" en el conocimiento de las cosas que pertenecen a los dos planos (mental y carnal) inferiores al plano espiritual. Lo encuentro en la percepción intensa y delicada de la *belleza* de lo que es conocido, y en la presencia creadora del *amor*, una de cuyas múltiples manifestaciones es esa percepción.

Me ha venido el pensamiento de que se me objetará que la facultad (que afirmo ser de esencia espiritual) que hace acoger la belleza, seguramente también debe hacer reconocer "la fealdad", y que quien sabe percibir la armonía también sabe percibir su ausencia. ¡Ciertamente! Pero también sé que toda disonancia está llamada a resolverse en el seno de un devenir que es armonía, y que toda "fealdad" (suponiendo que sea real y no una simple etiqueta–cliché pegada a tal cosa o a tal otra) es ella misma una tal disonancia, como uno de los innumerables torbellinos en la superficie de la gran Corriente que los abraza, los peina y los arrastra en el vasto movimiento de sus aguas – que de alguna manera misteriosa ella participa en su fuerza y concurre en su Canto. Pues la fealdad es sólo del hombre y no de la naturaleza, y nuestra fealdad y la de los demás está ahí como una tarea y como una *lección* para ser aprendida y conocida, comprendida y asumida, y como una *prueba* para ser superada...

196 ◊Por eso también un supuesto "arte" que cultive "lo bello" huyendo de "lo feo" como de la peste, no tiene de "arte" más que el nombre. No sólo es estéril, sino que además (y ambos van de la mano) produce un aburrimiento mortal – ¡el aburrimiento de las cosas *falsas*, de las cosas insípidas que sólo el hombre sabe producir! El amor no es menos real ni menos grande porque haya un orinal bajo la cama de los amantes, ni la muerte un paso menos crucial para el alma y un proceso menos esencial y menos creador en el poderoso flujo de la vida, porque las carnes de lo que fue un cuerpo en vida se pudran y su olor tal vez nos incomode, ni el parto y el nacimiento de un nuevo ser un suceso menos notable y una experiencia menos profunda para la madre y para el niño, porque las sábanas de la parturienta estén tal vez manchadas de orina y de sangre...

Más seria me parece la objeción de que en la experiencia carnal, he dado la impresión de limitarme a la que es sentida como un placer o como un gozo, y de ignorar que el conocimiento que nos viene por los sentidos incluye también el sufrimiento y el dolor. Y ciertamente, sin estos, sea en nuestra alma o en nuestro cuerpo, nuestra experiencia del Mundo y de nosotros mismos estaría castrada de una vertiente esencial que nada sabría reemplazar. Además esa *"vertiente sombría"* de las cosas es la que está ausente de una actividad puramente intelectual, y quizás sea ésa, espiritualmente, su carencia más grave[202].

¿Cuál es pues, en el plano espiritual, el conocimiento que nos viene por la mordedura del frío o la quemadura del fuego, por las largas privaciones, por las agudas decepciones y por la amargura de los fracasos y por la humillación sufrida a manos de la soberbia engreída, de la violencia y del desprecio?

[202]Hablo de ese desequilibrio "superyang" en "Las Puertas sobre el Universo" (apéndice a "La Llave del yin y del yang", CyS III), en la sección "La lengua–madre – o el camino de vuelta" (nº 24).

Es cierto que el conocimiento pleno, el que forma cuerpo con lo más profundo del ser, no aparece más que cuando la experiencia pasajera, quizás cien veces o mil veces repetida, es asumida totalmente – cuando la comida no sólo se ha comido, sino digerido y asimilado. A menudo una existencia está lejos de ser suficiente (aunque sólo sea para "comer"...), y aún harán falta cien o mil nacimientos sucesivos – ¡qué importa! Mi propósito es analizar el conocimiento–fruto, su aparición y su maduración por los procesos creadores, y no los remolinos en la superficie
197 de las sensaciones y emociones, de las ambiciones y de ◊los reveses. Una vez transformados el sufrimiento y el dolor en conocimiento, ¿qué nos enseñan?

(29 de julio) Por supuesto, como toda sensación, el dolor carnal tiene en primer lugar una función de "información" o de "advertencia": atención, hace frío, ¡abrígate! Atención, te quemo, ¡retira la mano! Me duelen los dientes – ¡es hora de que vaya al dentista! Y en cierta medida, lo mismo es cierto para el dolor psíquico: portándome de tal manera, sufro tal derrota – ¡haría bien en rectificar el tiro!

En estos ejemplos, la sensación o la emoción (dolorosa en este caso) nos trasmiten una *información* bruta a la que reaccionamos casi siempre con un acto reflejo, conforme a *mecanismos psíquicos* innatos o adquiridos. Tal información, aunque permaneciera gravada en la psique de modo perdurable, no merece el nombre de "conocimiento" en el sentido en que yo lo entiendo. En el fondo permanece extraña a nuestro ser profundo, como un alimento simplemente ingerido y aún no digerido, como una comida que aún "está en el estómago". Los "procesos creadores" que me propongo examinar son los que "digieren y que asimilan". Son los que transforman información y "conocimiento bruto" en conocimiento pleno, en la carne de nuestro ser, y nos hacen crecer mentalmente y espiritualmente.

La sensación dolorosa, al igual que la que es agradable, también puede hacernos conocer algo íntimamente, y con eso llegar a sernos querida[203]. Así mi padre, habituado ya desde pequeño a los grandes fríos secos y cortantes de Rusia, jamás supo reconciliarse con los inviernos "blandos" de nuestros climas más clementes. Yo mismo tengo una relación fuerte y profunda con el fuego, y a veces no temo meter en él rápidamente la mano para empujar un pedazo de leña, desplazar un tizón encendido, o amontonar brasa dormida en su lecho de ceniza. No es raro que me queme un poco. Esas quemaduras ocasionales forman parte de mi familiaridad con el fuego y del conocimiento carnal que tengo de él, como pequeñas mordeduras a fin de cuentas afectuosas y pruebas de amistad. Al igual que el sabor y la textura íntima de los alimentos más familiares, o la experiencia amorosa carnal, ése es un verdadero conocimiento carnal, adquirido
198 mucho tiempo atrás. La cualidad dolorosa de la ◊quemadura es aquí totalmente accesoria, sin duda porque la quemadura es ligera. La resonancia "espiritual" en mi conocimiento del fuego es por otra parte fuerte e irrecusable (y para mí no hay duda de que lo mismo pasaba con el conocimiento que mi padre tenía de los ásperos inviernos de Rusia). Hay un sentido muy vivo de la belleza y de cierta cualidad *viviente* del fuego. Sufro cuando veo un fuego maltratado y desdichado, lo que no es tan raro desgraciadamente[204]. La manera en que alguien se ocupa

[203] Aquí se piensa también en el mordisco que a veces acompaña y marca el final orgásmico del juego amoroso. Pero en ese momento no es sentido como doloroso, o mejor dicho, confluye en una vivencia de tan extrema tensión que en ella disfrute y tormento, goce y dolor se confunden y se funden...

[204] El hombre moderno, entre otros innumerables rasgos que le son propios, se distingue por estar alienado del fuego, la primera de todas las conquistas del hombre, que ya no conoce por así decir. En mí, la evolución de mi relación con el fuego se ha realizado en sentido inverso, se ha vuelto más íntima y más dulce con los años, desde que los rasgos femeninos en mí, mucho tiempo reprimidos, han comenzado a salir a la superficie (el mismo año de los "reencuentros" que se han tratado al principio de este libro...). Al instalarme en el Lodévois, en 1973, todavía le tiraba agua al fuego en la chimenea, para apagarlo. Cada vez que lo hacía tenía que violentarme, pues en el fondo (sin permitir que algo tan "irracional" llegase a ser consciente...) sentía que era una brutalidad, que destrozaba algo bello que se desplegaba ante mí y que creaba una armonía a su alrededor, de la que yo también me beneficiaba. Tres o cuatro años más tarde ya, tales conocimientos inhibidos llegaron a ser plenos, inseparables en adelante de mi estilo de vida. Y tenía cuidado siempre de guardar suficiente ceniza de reserva para poder cubrir el fuego y recuperar al día siguiente los tizones apagados.

de un fuego dice mucho sobre él, incluido el nivel espiritual seguramente. Todo está ligado, y nuestro ser se inscribe en cada uno de nuestros actos y gestos (y en algunos de manera aún más reveladora que en otros...).

Un ejemplo menos anodino es el de los dolores del parto. En su forma más corriente, esos dolores no son más que la expresión en la carne de las angustias y bloqueos psíquicos que rodean al sexo y a todas las realidades fuertes de la vida humana. Son un producto del condicionamiento, de actitudes y formas de proceder dirigidas por nuestra cultura. Los progresos de la medicina y sobre todo el espíritu que los ha acompañado ha llevado hasta el límite del delirio la barbarie que rodea en nuestros países llamados "civilizados" ese acto fundamental entre todos, y el choque psíquico que el nacimiento en un hospital representa para el niño. Afortunadamente al fin ha habido una reacción saludable contra esa locura tecnicista, con la llegada de métodos llamados de "parto sin dolor", desarrollados con una actitud de respeto amoroso por la vida y por los grandes ritmos que la regulan. Ése es uno de los signos de renovación y de esperanza en este "fin de los Tiempos", marcado por la desespiritualización del hombre y por su alienación casi total de lo que constituye la substancia misma de su vida. Gracias a ese movimiento renovador, en nuestros países destrozados por el "progreso" numerosas mujeres han tenido la posibilidad de vivir sin crispación ni angustia, a veces en su plenitud, esa experiencia y ese acto únicos en la existencia humana.

199 ◊Una vez desaparecido el temor, y la resistencia interior ante lo que nos llega y nos atraviesa y nos lleva, la pena cambia totalmente de naturaleza y de rostro. La enemiga aborrecida y esquivada se revela como *la amiga* – como la que viene a nosotros, mensajera de vida con rasgos graves y con manos suaves y poderosas que nos tocan allí donde ninguna otra mano sabría tocar – mano fuerte, mano bienhechora, mano bendita ¡cómo te conozco, yo que sin embargo no soy mujer! Más de una vez me has atravesado y me has hecho renacer en el agua abundante de las lágrimas de una pena desconocida y bendita... Vienes a tu hora para enseñar en silencio lo que ningún placer ni ningún goce podrían enseñar...

Sí, una vez despojado de la ridícula máscara que nosotros mismos le hemos puesto, el dolor es un mensajero poderoso. Y cuando viene nunca es en vano. A poco que sea acogido, te deja *otro* – reventado, despojado, lavado, aligerado del peso de tu soberbia, y más cerca de ti mismo por el silencioso conocimiento que te ha aportado.

Y ese conocimiento, seguramente, es otra vez el de una *belleza*. Una belleza esta vez más escondida quizás y más grave, vivida no en los delicados resplandores de la aurora o bajo los brillantes fuegos del mediodía, sino en la vertiente sombría, en el recogido silencio de la noche.

51. El conocimiento espiritual (5): del alma de las cosas y del hombre sin alma

No quiero ir más lejos ahora en esta reflexión sobre el *dolor*, iniciada y planteada hace a penas un momento (yo mismo no sabría decir por qué secretas vías) por una súbita ola de emoción... Más aún que el placer, o la alegría o el goce de los sentidos, cuando escuchamos el mudo mensaje del dolor e incluso aunque esté elaborado en nuestra carne, es ante todo al *alma* a quien le habla. Pero como esto también va de los sueños, incluso cuando vuelve a menudo con una paciencia inagotable, es raro que se le escuche...

Pero quisiera volver a los planos de conocimiento carnal y mental, y a ese "algo" en el conocimiento que sobrepasa a la carne y a la inteligencia y que viene de otra parte – ese perfume de belleza, tan pronto luminoso y suave como grave y doloroso, esa exhalación del Amor que
200 impregna toda cosa ◊y se da a conocer a todo ser que la acoja con sus sentidos igual que con su inteligencia. Ese perfume no es privilegio de una madurez, no es la recompensa de una larga ascesis o de pesados sacrificios. El ser más zafio participa de él igual que el más evolucionado, cuando no se cierran a él, igual que el ignorante y el sabio participan de forma parecida en el benéfico calor del sol. El sabor del pan y del agua (cuando todavía se tiene la suerte de

encontrarlos buenos...), el olor de la tierra húmeda o de la hierba pisoteada (cuando no se es prisionero a perpetuidad de la ciudad...), la sonrisa de un rayo de sol o de la amada o el repentino frescor de una ráfaga, el olor de un fuego de leña o de la brasa adormecida, el llanto de un recién nacido... he ahí cosas muy simples que cada uno puede escuchar en su totalidad, sin el filtro de lo "útil". Escuchar esas cosas y oler su perfume es también alimentarse de ellos, en el cuerpo ciertamente y en la comprensión de las cosas, pero también en el alma. Si el escuchar y oler así no es todavía "creación" por sí mismo, si nos hace mantener un *contacto*esencial más que transformarnos, sin embargo tal contacto y las disposiciones interiores que lo permiten son como el silencio en el que puede prorrumpir el canto de la creación, igual que la tela virgen que llama al pincel del pintor a trabajar. Y seguramente es raro que la obra espiritual nazca con el ruido de fondo que acompaña al sordo en espíritu – aquel que ya no sabe escuchar ni oler la voz innombrable y el perfume de las cosas.

Y he aquí que he vuelto al punto de partida de ayer[205] – hasta qué punto nuestra experiencia y nuestro conocimiento de las cosas están embotados para lo mejor, cuando tenemos en nada ese perfume que es su alma, ese soplo de vida que anima a las cosas. No digo sólo que la experiencia esté *empobrecida*, en dudoso beneficio de una "eficacia" acrecentada (quizás se diga) o de que sé yo[206]. En verdad, está *desnaturalizada*. Es como un buen alimento que un veneno insidioso ha echado a perder. Secretamente degrada los actos de los hombres igual que a los hombres mismos. Con tales disposiciones, hacer el amor en buen francés se llama "tirarse a
201 alguien" o "joder" – cuando la ◊pareja fortuita, en ambigua connivencia y usando cada uno sus propias armas, se esfuerzan "en tener" al otro. Hacer matemáticas, eso es "poner" mal que bien "artículos alimenticios" para mantener una apariencia de reputación, o (para los más fuertes o mejor situados) "cascar" problemas con fama de difíciles para epatar a la galería y hacer subir su , o incluso (en los tiempos que corren) plagiar sin vergüenza a los ausentes o a los que no estén en una posición de fuerza para devolver golpe por golpe...

Tal desespiritualización de las cosas y de los actos ha existido en todos los tiempos entre nosotros – en todos los tiempos el hombre ha sido un animal enfermo, en pregonada ruptura con lo humano que hay en él, que en vano le llama. Pero jamás, me parece, ha sido tan total y tan profunda como en este fin de los Tiempos, en nuestros países, los más policiales, los más mimados, los más asegurados y los más profundamente inquietos tal vez que el mundo haya conocido. Si nuestra civilización no estuviera condenada ya físicamente, por su irremediable efecto devastador sobre la biosfera (como un ciego imbécil que sierra la rama en que se sienta), lo estaría por esa emasculación de lo humano, por esa robotización generalizada de la psique humana, por esa aridez medio débil medio demencial del hombre–en–serie vivido por los objetos–en–serie que lo poseen – del hombre que ha olvidado y que ha renunciado a su alma.

52. La mentalidad del rebaño – o la raíz del mal

(30 de julio) Sí, ese sentido de la belleza que subsistía contra todos y que comunicaba como un hálito de belleza (por tenue que fuera) a la vida de los hombres, a pesar de los egoísmos, de las violencias, de las dimisiones – ese sentido y ese hálito me parece que han desaparecido casi sin dejar rastro, en estas dos o tres últimas generaciones. Dejando a parte raras excepciones, no se los encuentra ni en las labores del campo, ni en los talleres y los tenderetes de los artesanos, ni en las canteras, ni en los despachos o los laboratorios de los hombres de ciencia, ni en las clases

[205] En la sección "La belleza de las cosas" (n° 48).

[206] No obstante, en mi trabajo de matemático, es ese sentido agudo y omnipresente de la belleza, inseparable del de una perfecta coherencia, de un orden soberano que liga y rige todas las cosas, el que siempre ha sido el hilo invisible y seguro que infaliblemente me guiaba hacia las tareas más candentes y más fértiles, y el que en cada momento me mostraba por qué rodeos evidentes y secretos entrar en la comprensión íntima de las cosas que me llamaban...

o los anfiteatros repletos, ni en los hospitales o en la consulta del médico, ni en los humanistas,
202 los artistas, los escritores[207]. En cuanto a las familias, no hablemos de ello – hace ◊muchísimo tiempo que los programas de televisión y los correspondientes anuncios han reemplazado a la conversación entre mujer y marido, entre hermanos y hermanas, entre padres e hijos. Eso parece bien soso, ciertamente, cuando se tiene la posibilidad de escuchar a cualquier hora las confidencias de una estrella del espectáculo que ha venido ex profeso a vuestro salón, o un importante discurso de un no menos importante político o de uno de nuestros grandes sabios...

Es algo extraño, verdaderamente, que la Mutación de nuestra especia haya de venir en un momento en que ésta parece haber alcanzado el punto más bajo de toda su historia. Es cierto que en la existencia humana, cuando nosotros mismos pasamos uno de esos umbrales cruciales que con el tiempo aparecen como verdaderas mutaciones del ser, no es raro que eso sea al salir de una crisis en que creemos tocar el fondo de la miseria. Pero en esos fondos de la angustia, hay la *consciencia* de esa angustia y de esa miseria, de la que puede surgir, a favor de un coletazo saludable, un movimiento creador, que no sabemos de dónde viene... Por el contrario, lo que caracteriza al estado actual de las mentalidades, es una inconsciencia total, fenomenal, empachada y relajada. También es verdad que un Choque como el que nos espera la transformará en seguida en un desconcierto igualmente total, cuando de repente el suelo que creíamos inmutable se hunda bajo los pies...

De todas formas, reencontrar sólo ese contacto perdido con la belleza de las cosas y con la dimensión espiritual de la existencia, tal y como estaba vivo antes, *no es suficiente*. No es una imposible vuelta atrás lo que está ante nosotros, sino un salto adelante – ¡en lo Desconocido por completo! Sin transición, de un profundo letargo, arrancados por el Choque – tendremos que saltas (o perecer...)!

Después de todo, ese sentido de la belleza no me ha abandonado en toda mi vida, él era el alma de mi trabajo matemático, mi brújula y mi guía en todo momento. Sin embargo eso no ha impedido que fuera de las horas de trabajo, con actitudes posesivas y reflejos vanidosos, no contribuyera por mi parte a la extraordinaria degradación de la ética del trabajo científico que
203 ◊ahora constato, y hasta en el grupo ultra–selecto de los que fueron mis alumnos[208]. Y cuando pienso en los que fueron mis amigos en ese mundo de matemáticos: no había en él ni uno que no tuviera el sentido de la belleza de las cosas matemáticas, y el amor a su trabajo. Eso no impedía que compartieran la indiferencia y el dejar hacer que es la regla en medios científicos (y que no es de ayer), por no decir el cinismo inconsciente y el amoralismo despreocupado, respecto de la investigación militar y la influencia creciente de las instancias militares en la investigación y su financiación. Desde el momento en que alguien paga (copiosamente, por supuesto...) los encuentros, publicaciones, invitaciones de sabios distinguidos para hacer avanzar las matemáticas que aman y (eso es seguro) con toda su belleza, el resto les trae sin cuidado. El mundo puede descuajeringarse y saltar y además por sus obras en los super–Hiroshima de mañana, eso no es asunto suyo – los políticos y los militares tienen que arreglárselas entre ellos, ¡para eso se les paga! Nosotros somos sabios distinguidos, y respetados y mimados – ¡de nada! es por el Honor del Espíritu Humano – sostenemos la antorcha y hacemos matemáticas con gusto y muy bien pagados por encima del mercado, eso bastará por nuestros esfuerzos...

Ese tipo de mentalidad no es específica del medio científico ni de nuestro tiempo. Es de

[207] En cada uno de esos ejemplos, veo el signo elocuente de la desaparición del "sentido de la belleza" y del amor por el trabajo en la erosión de la simple conciencia profesional, en la indiferencia más o menos total hacia la calidad del trabajo y del producto del trabajo (desde el momento en que "cuela" y la pasta que entra es parecida) y la desaparición creciente de la simple honestidad y del respeto al usuario. Esos son otros tantos signos de la desaparición del simple respeto de uno mismo, bajo sus formas más elementales. Además la situación es la misma en los medios "marginales" que he conocido desde 1970, que se han formado en reacción contra la "ideología dominante", permaneciendo atrapados en la mentalidad ambiente de muchas maneras.

[208] Eso es lo que progresivamente descubro durante la escritura de Cosechas y Siembras. (Véase al respecto la "Carta" en la parte introductoria de CyS.)

todos los medios y todos los tiempos. Una especie de sumo pasotismo frente a todo el resto, desde el momento en que estamos situados y sobre todo si además afluyen honores y dinero, con qué sentirse personas importantes. Esa mentalidad siempre ha hecho buenas migas con "la religión", hace estragos en medios eclesiásticos igual que por doquier. Incluso muchos espirituales auténticos y místicos no han estado exentos de ella a su manera – salvo que en ellos, no son la pasta y las medallas los que los tienen cautivos, o las matemáticas o "la Ciencia", sino quizás los "progresos en la fe", el destino de la Orden religiosa o del monasterio que han fundado o al que se identifican, o los favores que Dios les prodiga sin cuenta. (Y confío en que Él sabe lo que hace...) Pero esas guerras en que todos esos buenos creyentes (creyentes y practicantes gracias a dichos progresos en la fe...) se destripan alegremente (sin contar las pérdidas de mujeres y niños – el buen Dios se ocupa de eso, es Su trabajo...), o las hogueras en que los creyentes de
204 un color quemaban a los de otro – eso y mil otras ◊cosas por el estilo, eso claramente les da igual – desde el momento en que es así como eso ocurre, es que Dios lo quiere así, eso no va con ellos. Salvo todo lo más si es para echar una mano a esa famosa "voluntad de Dios" (que tiene buenas espaldas), para predicar tal vez una santa Cruzada u organizar con mano de hierro una no menos santa Inquisición.

En todo esto, no se trata de la ausencia de toda espiritualidad ni de amor al trabajo (como el que yo mismo tenía), en una actividad a la que se dedican en cuerpo y alma. Se trata de otra cosa. De una cierta inconsciencia, de una irresponsabilidad, tan generalizadas que llegan a ser normales y las únicas normales, y que todo lo que va en su contra es tachado de insensato, de extravagante, cuando no de herético o de criminal. Forma parte del sempiterno mecanismo o "instinto" del rebaño. Así el hombre está tan condicionado que es casi totalmente incapaz de ver las cosas más evidentes, cuando al hacerlo va en contra de las ideas y las maneras de ver (la mayoría inexpresadas, de tan evidentes que parecen) que son comunes a todos en el medio del que forma parte. Desde el momento en que todo el mundo hace su servicio militar y se va a hacer la guerra sin pensárselo dos veces en cuanto se le avisa de que debe hacerla, a nadie se le viene la idea de que tal vez pudiera hacerse de otro modo. Sin embargo aquellos a los que les venga una idea tan descabellada o tan criminal son buenos para la prisión o para el calabozo en tiempos de paz, y para el pelotón en tiempos de guerra. Todo el mundo lo encuentra normal, por supuesto, papas y espirituales a la cabeza: son unos asociales y unos cobardes, que rehúsan cumplir como todo el mundo con su deber de ciudadano... Así es como se perpetúa en la sociedad lo bestial y lo subhumano como lo más natural del mundo, con la aquiescencia y ante la indiferencia total de todos, y con la bendición de todo el que posa como "autoridad espiritual".

"La solución a todo eso", o el camino de salida de un engranaje que nos ha llevado al borde de la destrucción física y psíquica de nuestra especie, seguramente no es el de una "mejora" progresiva de las ideas comúnmente recibidas, y de las leyes, los usos y las costumbres entre particulares y entre naciones – incluso suponiendo que quedase tiempo, antes del hermoso desastre que hemos preparado. Tales progresos siempre son superficiales y precarios. Aunque parezcan adquiridos para toda la eternidad, se derrumban de un día para otro, en tiempos de excepción e incluso sin ellos, por el mero dejar pasar general[209], a favor de esa misma *"mentalidad*
205 *del rebaño"*: desde el momento en que algo "se hace", o que se dice "en sitios altos" ◊que se puede o se debe hacer (tal vez, para guardar las formas, con apariencia razonable), no hay que buscar más lejos...

La raíz del mal está justamente en esa mentalidad del rebaño, es decir en *la inmadurez*

[209] Pensemos por ejemplo en la extensión generalizada de la tortura en tiempos de guerra (la guerra de Argelia por ejemplo, de triste memoria) o en los regímenes un poco autoritarios. O en los malos tratos que desde siempre han sido moneda corriente en muchas de nuestras bravas comisarías de policía, se trate de "sacudirle el polvo" a un borrachín o a algún extranjero indeseable trincado en la vía pública y embarcado sin más proceso, o de sacar la confesión de un sospechoso presumiblemente culpable. Son cosas que en nuestros civilizados países no molestan a nadie, salvo al que por ventura y sin habérselo buscado se encuentra con que paga los gastos...

espiritual de los hombres, bajo la forma de una *ausencia más o menos total de autonomía* de comprensión y de juicio. Y es el plano espiritual en el que esta ausencia, verdadera *muerte espiritual*, es con mucho la más nefasta.

53. La argolla de acero...

Madurez y autonomía espiritual se adquieren con un trabajo interior, y sólo con tal trabajo interior. Tal trabajo no puede en modo alguno ser impulsado y aún menos programado desde el exterior, ser objeto de una *enseñanza* de una persona a otra, y aún menos de una enseñanza colectiva. Es un proceso creador íntimamente personal, para el que los medios se encuentran en cada ser humano y sólo en él, dispuestos a obrar según los ritmos de su propia vida, en simbiosis total con lo que él es en cada momento, y en estrecha interrelación con las circunstancias, las experiencias y las interpelaciones de todo tipo que forman día a día la trama de su vida. *Es justamente esa potencialidad creadora la que está bloqueada*, de modo que puede parecer universal e irremediable de tan general y eficaz que es, bloqueada desde la infancia por el condicionamiento que formaba parte del mismo aire que se respiraba, marcando a cada ser con *la marca del rebaño*. Pues para el Grupo, para *todo* Grupo, todo signo de autonomía espiritual y aunque sólo sea el inicio de tal autonomía por el desarrollo de un trabajo interior (el cual por su naturaleza no
206 puede más que escapar ◊totalmente al control del Grupo) es visto con la mayor desconfianza. Más aún, esa desconfianza (por no decir esa hostilidad irreductible, o ese soberano desprecio...), fuertemente percibida e interiorizada en los primeros años de la vida, cuando el ser es más sensible y más maleable, le vuelven todo acto de autonomía por su parte no sólo inaceptable, sino propiamente impensable. Incluso cuando se sintiera secretamente llamado por un tal acto, la irremediable soledad a la que ese acto le convida tiene con qué asustarlo, y es más que raro que no se defienda de ella ataviándose aún más con ese sentimiento de lo "impensable". El hecho es, en todo caso, que la idea misma de tal evolución interior, la idea de confrontarse verdaderamente a los "problemas" de su existencia o aunque fuera a uno solo, bien tangible y bien jugoso, confrontándose también en esa ocasión a aquél que se *es* y conociéndole al fin – tal idea no se le vendrá a nadie[210].

Ése es el sempiterno *círculo vicioso del hombre y de la sociedad:* el hombre no puede transformarse creativamente, sus recursos ignorados (y en verdad ilimitados en su devenir) no pueden ponerse en acción y con eso mismo desplegar y madurar en él una autonomía espiritual, y un sentido de responsabilidad personal que es uno de sus principales signos, más que si sus estructuras psíquicas de salida, indeleblemente marcadas con el sello del Grupo, no oponen un veto absoluto (veto no menos absoluto ni sobre todo menos eficaz por permanecer inexpresado). Pero por otra parte ese sello del Grupo sobre el ser en formación, al ser transmitido por los seres adultos de su entorno marcados ya por ese mismo sello y que se limitan a perpetuar ciegamente las mutilaciones recibidas por ellos mismos, no cambiará su naturaleza, visceralmente
207 y fundamentalmente ignorante de los procesos creadores y enemiga de todo signo ◊de autonomía interior del niño pequeño, y el ambiente que rodea a éste no cambiará radicalmente de naturaleza, más que si los hombres que constituyen el Grupo han cambiado ya.

[210] Esa "idea" no me vino hasta los 48 años de edad, y si no fue antes, es que nada de lo que había visto y oído hasta entonces habría podido sugerírmela. Además no fue verdaderamente una idea que me viniera así como así y que al punto hubiera puesto en práctica, y dudo que jamás ocurra así. El acto creador que hace franquear un umbral se cumple sin tener la menor idea del umbral que está delante y sin ningún proyecto preconcebido – o si hay un proyecto, es totalmente desproporcionado con lo que verdaderamente se cumple. Hablo de un momento tal en mi vida, suscitado por el primer sueño mensajero de mi vida que sondeé, en la sección "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón" y la *otra*" (n° 6). Hubo otro de tales momentos creadores unos días antes, con el "descubrimiento de la meditación", que preparó los "reencuentros conmigo mismo" de los que hablo en la citada sección. Comento este otro momento fuerte en Cosechas y Siembras, en la sección "Deseo y meditación" (CyS I, n° 36).

Desde sus orígenes, la humanidad ha permanecido bloqueada espiritualmente en ese círculo vicioso, argolla de acero que me parece tan resistente hoy como lo ha sido siempre – me parece que el reflejo del rebaño está marcado en la psique humana tan profundamente y de manera tan generalizada como siempre. Si hay "progreso", en ningún caso lo es en el de algún debilitamiento de ese reflejo, y de las actitudes de irresponsabilidad personal que lo acompañan. Bien al contrario, esa irresponsabilidad me parece hoy quizás mayor que nunca, alentada por la intromisión más y más invasora del Estado y de sus instituciones en la vida personal de cada uno[211].

54. ... y su ruptura – o la usura de los Tiempos

No obstante veo dos circunstancias de naturaleza positiva, que sin duda tendrán que jugar su papel en el "Salto" que está ante nosotros. Una es el desmoronamiento generalizado de todos los valores tradicionales, sin que por ello los nuevos valores, transmitidos con las nociones de "progreso", de "ciencia", de "técnica", de "competencia", de "especialización" etc., hayan arraigado con una fuerza y a una profundidad comparables a las de los antiguos valores y las tradiciones religiosas que iban con ellos. Se diría que la civilización tecnicista, al conquistar el planeta y erradicar de él todas las otras formas de civilización junto con los valores y las creencias que las fundamentaban, haya tenido como efecto secundario una gigantesca *nivelación cultural*, una $^{\diamond}$*uniformización* a ultranza de las mentalidades y de los valores, acompañadas de una *erosión generalizada de dichos valores*, de un reblandecimiento generalizado, a menudo cercano a la simple podredumbre. Seamos conscientes o no, actualmente asistimos a la *descomposición de la civilización tecnicista*. Este proceso de rápida descomposición me parece inseparable del carácter ferozmente desespiritualizado que distingue esa civilización de todas las que la han precedido. Claramente, sean cuales sean la fuerza de su impulso inicial y su potencia material, una civilización privada de alma está condenada a desaparecer al cabo de algunos siglos. A la larga el hombre no puede vivir ignorando sus necesidades religiosas y su naturaleza espiritual.

208

La otra "circunstancia positiva" consiste en una *relajación considerable, durante los últimos siglos, del carácter coercitivo del dominio del Grupo sobre la persona*. Si el instinto del rebaño no se ha movido ni un pelo después de diez milenios (ésa es al menos mi impresión), por el contrario las penalidades para el que se sale de la fila de un modo u otro son ahora mucho menos prohibitivas. Según la ley de Moisés, la menor desviación por el lado del sexo estaba sancionada con la lapidación[212]. Sócrates, por un inconformismo que en nuestros días parecería anodino, hubo de beber la cicuta. Jesús fue crucificado – hace dos siglos que incluso en país cristiano ya no correría esa clase de riesgo extremo, si tuviera la imprudencia de volver y aún intentase propagar ideas y actitudes escandalosamente subersivas[213]. Las hogueras de la Inquisición terminaron por apagarse bajo el empuje de "las luces" (antes de que éstas se tornasen a su vez en el "nuevo

[211] Es algo bien conocido que cuanto más aumenta el nivel de vida en un país y las seguridades de todo tipo (aseguradoras, seguridad social, pensiones, subsidios de paro y otros etc.), más se degrada la solidaridad humana entre las gentes, incluyendo dentro de familias o entre gentes de un mismo medio. Son raras las familias que cargan con un anciano, cuando los asilos perdón las residencias de jubilados están ahí para eso, y aún más raras las que no se quitan de encima volando a uno de los suyos, viejo o no, a punto de morir – los hospitales están ahí para eso. El Estado paga el hospital, la familia paga las pompas fúnebres (cuando no es el seguro de vida el que paga), y se desplaza al completo para el entierro una vez que el moribundo y los de la funeraria han hecho su trabajo...

[212] Es de esperar que la Ley no siempre se aplicaba al pie de la letra (es la impresión que se tiene al leer el Antiguo Testamento), sin contar que allí donde no hay demandante no hay juez. Según los términos de dicha Ley, debería haber sido lapidado miles de veces...

[213] A condición de que no tuviera la idea de aterrizar en país socialista o en alguna de las dictaduras militares que hacen las delicias del "mundo libre", en cuyo caso darían buena cuenta de él. En nuestra dulce Francia, se contentarían (como ya he recordado en otra parte) con ponerlo a la sombra en chirona o en el calabozo, como objetor de conciencia.

oscurantismo"...). Un Marcel Légaut no sólo no es quemado como hereje como se merecería por cada página de sus incalificables escritos, sino que el papa ni siquiera se ha molestado en excomulgarlo. (Es verdad que los fieles se vuelven escasos y que ya no se excomulga como en los buenos viejos tiempos.) En los países llamados del "mundo libre", la situación es confortable a
209 fe mía, ◊al menos para aquél que esté más o menos situado o que cobre el paro, y que no tenga la desgracia de ser un dudoso residente extranjero. En Francia, desde el momento en que uno se expresa evitando los sacrosantos delitos de atentado a la integridad territorial, de incitación a la desobediencia de los militares o de desmoralización del ejército, de injuria a un magistrado o al Presidente de la República y me quedo corto, se puede prácticamente decir y escribir lo que se quiera sin ser inquietado. Todo eso tal vez sea porque los príncipes que nos gobiernan se han dado cuenta de que dejar decir y escribir casi lo que se quiera no cambia gran cosa – eso aumenta el barullo general sin poner finalmente en peligro al Estado ni a sus instituciones. Incluso se puede ser profeta sin hacerse lapidar ni decapitar ni meter en chirona...

Ese aspecto del mundo moderno es uno de los pocos aspectos reconfortantes de ese "reblandecimiento" generalizado del que hablaba, y de esa "descomposición" que anuncia la podredumbre final. Ciertamente es difícil no estar indispuesto por éstos, incluso espantado, de tan aflictivo que es a menudo el espectáculo y desconcertantes sus manifestaciones. No obstante, en el plano de la materia viva, la descomposición que acompaña a la enfermedad y la muerte es un proceso fundamental al servicio de la vida, un proceso creador a su propio nivel, que del cuerpo de los moribundos de hoy hace el mantillo de los vivos del mañana. Dentro de algunas generaciones y quizás incluso antes, la podrida civilización de ahora, por aflictiva y desconcertante que actualmente parezca al hombre que no sea simplemente su prisionero ciego y consentidor, sin duda aparecerá como la útil materia bruta que una intensa obra creadora, a la que todos los hombres están llamados, debe transforma y ya transforma en la tierra viva del hombre plenamente humano y de una humanidad al fin humana.

Por asociación, se me viene el pensamiento de una tercera circunstancia, claramente ligada a la anterior. Se trata de la difusión más o menos generalizada que conocen ciertas ideas generales que podríamos calificar de "humanistas": sobre la dignidad del ser humano, sobre sus numerosas "libertades" de esto y aquello (y también, aunque eso sea ya más raro, sobre la libertad espiritual o "interior"), sobre los derechos a esto y aquello, la igualdad etc. etc. También ciertas ideas (menos frecuentes también) que valoran la escucha, el recogimiento, el silencio interior, la vaciedad del espíritu "y todo eso" – aquellas, en una palabra, que ponen el acento sobre las cualidades y los valores "femeninos" o "yin", o incluso (pero eso es raro) sobre el necesario equilibrio entre éstos y sus correspondientes "masculinos" o "yang"; ideas pues,
210 que van en contra de los valores "superyang" o "falocráticos" ◊de nuestra cultura "macho" a ultranza. En todo ese conjunto heteróclito de ideas de toda clase transmitidas por medios de todo tipo, algunas son del tipo del lugar común incansablemente repetido en las ocasiones oficiales o solemnes, otras son patrimonio de una minoría relativamente poco numerosa que tiende a aumentar. Minoría que incluye principalmente a gentes interesadas en tal corriente o tal otra de espiritualidad (preferentemente orientales, cuando uno es de Occidente...), a menudo discípulos de tal Gurú espectacular o asiduos a conferencias de espiritualidad; o a los que "se interesan en los sueños" o en el psicoanálisis o en el esoterismo y que frecuentan algunos de los innumerables cursillos y seminarios de moda – en resumen, a todos aquellos que sienten más o menos oscuramente un "malestar de civilización" y que se vuelven, a menudo ciegamente y a la buena de Dios, hacia religiones, sectas, Gurús, ideologías, técnicas, a menudo adornadas con el prestigio de tradiciones milenarias renovadas con algún aliciente "último grito",... con la esperanza de llenar un vacío espiritual y de encontrar el medio para un "crecimiento espiritual" cuya falta sienten más o menos claramente y más o menos cruelmente.

Hasta hace algunos meses tenía tendencia a no conceder importancia a esos "buenos sentimientos ideológicos" de la mayoría, ni a la efervescencia ideológica de una minoría de personas

que "se buscan" (de las que unas pocas corren el riesgo de no encontrarse jamás, de tan lejos de sí mismos que buscan...). Ahí veía ante todo, y no sin razón, un "barniz cultural" sin mayores consecuencias. En el primer caso, no tiene la menor incidencia sobre la vida y sobre el comportamiento. Ese barniz totalmente verbal se va a poco que sea puesto a prueba por situaciones concretas, sin hablar de lo que ocurre en tiempos excepcionales como las guerras o los golpes de Estado de todo tipo, o en los "lugares excepcionales" como los hospitales, los asilos y las prisiones, o sólo las comisarías de policía. Pero incluso la gente "en la onda" que consagra tiempo, energía e incluso dinero en adquirir un "bagaje espiritual", me parece que éste permanece casi siempre en el nivel egótico e intelectual, como ingrediente de una nueva imagen de marca "espiritual", sin ningún contacto con su ser profundo que lo aprovecharía como un verdadero alimento, para asimilarlo y transformarlo en una nueva substancia viva. Más bien tendría la naturaleza de un nuevo "consenso cultural" esta vez con acento "espiritual", que reemplaza al consenso "tecnicista" que ha fallado (al que sin embargo se parece extrañamente en el espíritu si no en la jerga), consenso que se lleva en cierto micro–medio (una de cuyas razones de ser es ser sentido por sus miembros como patrimonio de una "elite"). Aunque a menudo pretendan ser una
211 reacción renovadora ◊frente a la civilización ambiente, esas corrientes me parecen formar parte más bien de los síntomas de descomposición de una civilización agonizante. Además ésta se acomoda muy bien a ellos y quizás aún tenga tiempo de "asimilarlos" y recuperarlos fácilmente (cuando ya no es cosa hecha...), antes de morir de muerte natural.

Hechas estas reservas, mis sueños proféticos, y la íntima convicción que me dan de una Mutación muy cercana, actualmente me hacen ver esos síntomas de "liberalismo" y "efervescencia" ideológicos con una luz diferente. Ciertamente, no es de una palabrería más o menos espiritual de donde podrá brotar el Acto que desencadenará un verdadero proceso creador, llamado a abarcar a la humanidad entera. Ese Acto no vendrá no de los hombres ni de ciertos hombres o de un hombre, sino de Dios. Pero una vez en marcha ese proceso, lo que hoy no es más que bagaje, peso muerto, adorno y palabrería podría muy bien formar parte de ese "material en bruto" que evoqué hace poco, destinado a transformarse en mantillo. Esta vez sería material no a nivel tecnológico, sino ideológico. Si bien es cierto que por sí mismas las ideas acumuladas en la psique no tienen virtud creadora[214], sin embargo bien sé que cuando las circunstancias son propicias, pueden llegar a ser un punto de partida o discreto auxiliar de un verdadero *trabajo* que transforme el ser y que es el único que puede darles un verdadero *sentido* – el que ellas deben tener para ese ser, en ese momento de su itinerario...

Para concluir, me parece que ese "círculo vicioso–tenaza" del que hablé hace poco[215], y del que creí poder constatar que era "hoy tan resistente como siempre", ¡de todos modos en estos últimos siglos ha terminado por aflojarse y por darse de sí un poco! o por oxidarse, tal vez roído, a lo largo de siglos y de milenios, no tanto por el desgaste del tiempo, como (según vio Légaut) por la invisible acción de las innumerables y a menudo humildes existencias de seres "fieles" a ellos mismos y a su misión (seguramente Dios conoce a cada uno por su nombre, aunque los hombres no hayan conservado su memoria). Aflojado y oxidado justo lo suficiente, quizás, para romperse bajo el empuje de Dios cuando llegue la Hora – ¡y para dar la salida de una nueva Aventura!

212 ◊55. Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)

1) No somos nosotros los que creamos

[214]Una idea "tiene virtud creadora" cuando ella misma es producto de un proceso creador. Pero esa virtud creadora no actúa más que cuando esa idea no está aislada, en el que la recibe, del contexto en que ella nació y que la llama. A menos de ser nuevamente recreada por él, en respuesta al nuevo contexto al que se ve confrontado.

[215]Al final de la sección precedente, del mismo día.

(7 y 8 de agosto) Las tres secciones precedentes están fechadas el 30 de julio, hace más de una semana. Entre el 27 y el 30 de julio escribí casi "de corrido" las nueve secciones precedentes (desde "Libertad creadora y obra interior", nº 46), sin siquiera darme tiempo para respirar y reescribir en limpio, hasta tal punto esta reflexión–relámpago en la que me había liado (sobre las relaciones entre los tres planos de creación y de conocimiento) me parecía de una sola pieza. En principio pensé que sería la décima y última sección del capítulo–digresión que me disponía a terminar, "Aspectos de una misión". Finalmente, como el tema engordaba se hacía más profundo a medida que avanzaba y que se alineaban sección tras sección, tuve que dividir ese capítulo en dos para mantener un agrupamiento más ligero de las secciones, y más riguroso. Después de esa maratoniana redacción, la mayor parte de la pasada semana he estado poniendo en limpio las nueve secciones en cuestión, rellenándolas un poco y puliéndolas de paso; más (a pesar de todo) la escritura de tres nuevas notas del 1 y 4 de agosto: "El niño creador (2) – o el campo de fuerzas", "La mistificación – o la creación y la vergüenza", y "El "estilo investigación" – o una nueva forma al servicio de un espíritu" (nºs 45–47). Y heme aquí al fin a pie de obra para terminar la escritura de este segundo "capítulo–digresión", al que preveo poner el nombre "Aspectos de una misión (2): el conocimiento espiritual".

Éste será pues el quinto capítulo de la Llave de los Sueños, entre los diez que actualmente preveo. En estos cinco capítulos ya hechos y dejando a parte el primero, por así decir no se han tratado esos famosos "sueños" (salvo todavía un poco en el capítulo II, "Dios es el Soñador"). Y nunca tanto como en estos últimos días, he estado bajo esa impresión extraña y desconcertante de que el "control" de la escritura de este libro se me escapa de alguna misteriosa manera. Sin embargo me esfuerzo y me peleo, y muy a menudo también me paro para sondearme sobre las cosas que estoy mirando y sobre la manera de expresar esto y aquello, o sobre el nombre que poner a tal sección o a tal nota o a tal capítulo, y sobre la manera de hacer el desglose en capítulos... Doy la impresión en suma de tomar decisiones y de ser "el capitán a bordo" – ¡pero, ay! Tanto por su contenido como por su espíritu, este libro no se parece en absoluto a lo que tenía en mente al principio. Pensaba exponer y hacer el relato de mi experiencia y mi
213 enfoque de los sueños, ni más ni menos. ◊Una experiencia y un enfoque no como los demás (eso ya estaba muy claro para mí), y se sobrentendía que tocaría muchos temas, pero con todo: un "libro sobre los sueños". ¡Pero no va por ese camino! Y sin embargo todas esa *otras* cosas que me he visto escribir, no sabría decir por qué movimiento íntimo, bien me doy cuenta a posteriori de que *debían* ser dichas. Y aunque me limito a sondearlas y a decirlas en el orden en que ellas se proponen y se me imponen (con riesgo de revolver sin cesar el "programa" que, por antigua costumbre, no puedo dejar de guardar en un rincón de la mollera y que ha de adaptarse mal que bien a esa incesante irrupción de lo imprevisible...) – sin embargo, con la perspectiva de las semanas y los meses, descubro en ellas una unidad orgánica que habría sido incapaz de inventar ni siquiera imaginar de antemano, y una estructura que no debe nada a una voluntad preconcebida o a las chispas o a los caprichos de la imaginación.

Ciertamente, al sentarme ante mi máquina de escribir para iniciar una nueva sección, o al insertar alguna nota a pie de página que se alarga en una reflexión "al margen" y finalmente constituye una "nota" autónoma con su mensaje y su nombre propios, tengo siempre cierta idea sobre lo que me dispongo a examinar y a decir; pero en cada ocasión lo que "sale" de la misteriosa alquimia de la escritura aparece, después de hacerlo, como enteramente distinto de lo que preveía o hubiera podido imaginarme. ¡Es la sorpresa total! Así ese carácter de "imprevisto" del que he hablado en alguna otra parte[216] está presente aquí a todos los niveles: desde el más localizado, en lo que me dispongo a realizar en este mismo instante y en las próximas horas, hasta el nivel más global, en que se sitúan el contenido, la iluminación, el acento que darán a la obra en su conjunto su carácter particular y único.

De manera más o menos fuerte según los casos, encontramos esa misma impresión en todo

[216] En la sección "Libertad creadora y obra interior", nº 46.

trabajo de creación. Y no podemos dejar de sentir que *no somos nosotros los que creamos*, sino que algún *Otro* crea con nuestras manos, un Creador cuyos medios sobrepasan infinitamente a los nuestros. Ayer, al releer las secciones ya escritas del presente capítulo, fui embargado por ese sentimiento con una fuerza irresistible, turbadora. *No era yo quién había escrito esas páginas* que estaba leyendo como si las viese por primera vez y como si fueran de algún otro,
214 con una intensidad de atención ◊sin embargo que no aparece más que en presencia de una obra íntimamente cercana, a la que nos sentimos profundamente ligados. Íntimamente cercana, sí, pero a la vez sabía perfectamente que habría sido bien incapaz de escribir esas páginas. De sentirlo con esa intensidad, con esa agudeza perfecta, con tal carácter de evidencia que barre y reduce a la insignificancia esa otra "evidencia" superficial (que era yo el que acababa de pelearme con ellas durante días y semanas...) – ese conocimiento que de repente me ha invadido ha hecho surgir con él una ola de emocionada alegría – un júbilo tal que por todas partes desbordaba a mi pequeña persona. Era la alegría, siempre imprevista, siempre nueva del repentino encuentro con Aquél que tanto ama esconderse – y que a veces da la impresión de esconderse tan bien y con tal persistencia que llegaríamos a preguntarnos si Él existe realmente, ¡y si no nos Lo hemos soñado...!

2) Parte de Dios, parte del hombre...

Ahí parece haber una extraña paradoja. De momento, al trabajar, muy a menudo se tiene la impresión de estar solo – nos "peleamos" como podemos, mal que bien, abandonados a nuestros propios y modestos medios. A duras penas avanzamos sin saber bien a dónde vamos, después volvemos sobre nuestros pasos y retomamos y perfilamos incansablemente lo que en el primer esbozo parece demasiado deshilachado, luego pulimos aún y damos el último toque para despejar el sitio antes de partir de nuevo hacia lo oscuro o la penumbra, para la próxima etapa hacia un destino siempre desconocido. No se trata de negar todo eso. Y sin embargo, cuando miramos con un poco de perspectiva la parte de la obra ya realizada en forma más o menos acabada, entonces se tiene ese sentimiento, que con frecuencia apenas aflora en la consciencia pero a la vez tan claro que no se puede recusar: que *no somos nosotros* los que hemos creado esa obra que está ahí ante nosotros, en su tierna virginidad y con esa presencia y esa cualidad que no parecen tener la menor relación con el laborioso trabajo por el que recordamos haber pasado[217].

A veces ocurre que también se presenta tal sentimiento sobre el trabajo mismo – cuando tenemos la impresión de "volar" más que de verdaderamente "trabajar"; cuando en cada mo-
215 mento, sin dudas, sin tiempo muerto ni parada ni reflexión, ◊sabemos exactamente lo que hay que hacer y la mano lo hace, rápida y segura, sin tachones ni fallos, como si ella viese claro en la noche en que sin embargo nuestros ojos no ven ni jota. Cuando hacía matemáticas, a menudo era así (y en estos últimos años más que nunca), sobre todo cuando se trata de desentrañar, a partir de algunas intuiciones aún elusivas y sin embargo fuertes y tenaces, las grandes líneas maestras de de alguna teoría en gestación. También fue así en la mayor parte de Cosechas y Siembras[218]. Pero en La Llave de los Sueños ya no ha sido así[219], salvo en muy raras ocasiones. Yo que me imaginaba que casi iba a escribir al dictado de Dios[220], ¡naranjas de la China! Hace mucho tiempo que un trabajo, y sobre todo un trabajo de gran envergadura, no ha sido tan

[217] Ese sentimiento es tanto más marcado cuanto más atentos hayamos estado durante el trabajo a las sugerencias de la "voz interior", es decir: cuanto más se hayan borrado la voluntad consciente y las intenciones conscientes e inconscientes a las que sirve.

[218] Solamente en la parte cuarta de Cosechas y Siembras, "Las cuatro Operaciones", la escritura fue bastante laboriosa en ocasiones, y lo peor de todo, en la historia de chantajes y gángsteres que es objeto de "La Apoteosis".

[219] Para más precisiones, véase la nota al pie de la página 165 en la sección "El alma del mensaje – o las labores a pleno día" (n^o 43).

[220] Me explico acerca de esas disposiciones de "escriba de Dios" (y de las de Dios Mismo...) en la página 166 de la citada sección (véase la anterior nota a pie de página).

laborioso. Casi ha sido vejatorio. Sin embargo ahora me digo que no tengo por qué extrañarme y aún menos quejarme. Bien me doy cuenta de que con todo eso que he tocado (¡y no sólo "tocado"!) en los tres meses que han pasado, he asimilado cosas, y de lo más sustanciosas, en las que hasta el momento jamás me había parado verdaderamente.

Esa clase de trabajo, señalé, jamás lo regala Dios. Incluso cuando nos favorece con revelaciones que nos aportan un conocimiento que ningún trabajo (aunque fuera el de toda una vida) podría aportarnos, el papel de éstas en modo alguno es el de prepararnos un lecho de rosas, bien al contrario. Solamente con un trabajo personal es como llegamos a asimilar el sentido de las cosas que vienen a nosotros y a alimentarnos verdaderamente, incluyendo las revelaciones que Dios nos envía por medio de los sueños o de cualquier otra manera. A nosotros nos toca cargar, so pena de malgastar tontamente (como ocurre tan a menudo) lo que nos ha sido destinado. Y una vez que nos ponemos a ello con todo nuestro corazón , sin duda Dios echará una mano discretamente, de manera visible o invisible...

* *
*

216 ◊Pero quisiera volver a la "paradoja" de antes – que aún dedicándome por entero a mi trabajo y sudando agua y sangre para hacerlo tan bien como pueda, sin embargo es patente que yo no soy el creador de esa obra que día tras día sale de entre mis manos; o al menos que si realmente contribuyo en algo (cosa que de hecho no puedo ni soñar en negar), es en una medida muy modesta, irrisoria por así decir. Un poco como un aprendiz patán al que el Maestro discreto y benevolente deja meter la mano en la obra haciendo como si estuviera ausente, vigilando sin embargo con el rabillo del ojo que sea una obra de arte y lleve, a pesar de meteduras de pata, errores y torpezas de la cosecha del aprendiz, la marca indudable del Maestro. ¿Cómo ocurre pues esa extraña colaboración entre el Maestro y su aprendiz ansioso de hacerlo bien – entre el Huésped tan invisible y mi modesta persona? ¿Cuál es justamente mi contribución? ¡¿Y cómo se las arregla el Huésped y Maestro para hacer lo más delicado de la obra y lo más esencial, cuando se juraría que Él no está ahí y que brego sólo?!

Están las *ideas* que sin cesar suscitan y alimentan el trabajo: habría que mirar esto, habría que decir, expresar eso... (Y "mirar" y "expresar" son en verdad inseparables, verdaderamente no se llega a mirar en profundidad más que expresando, y a expresar sin verborrea más que mirando.) Al esforzarse en decir lo que se percibe, están las *imágenes* que surgen poco a poco, imágenes silenciosas que hay que traducir en *palabras*. Esas ideas, y esas imágenes (o simplemente el "giro" que se le va a dar a la expresión), nunca son "mías", no son el producto de una reflexión: ¿Qué habría que examinar o decir ahora? O: ¿Qué giro dar a la expresión de tal idea? Esas cosas siempre me las encuentro ya dispuestas, venidas de no sé dónde (y además sin que me preocupe en interrogarme sobre su procedencia...). Claramente mi papel, antes que nada, es el de *acogerlas*, de confiar en ellas respondiendo a su muda exigencia de darles expresión; y esto sin dejarme impresionar por el ruido de fondo ni sobre todo por esa sempiterna "voz de la razón"[221] que siempre desean distraerme de ellas...

217 ◊Además no es raro que varias ideas se presenten a la vez y sin decirme en qué orden tomarlas. Entonces hay un momento de perplejidad, y entonces soy *yo* (tengo ahora esa impresión) el que sopesa y el que dispone y el que elige: comienzo por éste, el resto a esperar... Y la *traducción* en palabras, a duras penas, de las ideas e imágenes a medida que surgen, tengo la impresión de que ése soy yo también. Pero en cuanto a la *percepción* de algo que hay que captar y expresar, no viene por una reflexión (aunque ésta pueda estimular su aparición) sino por una *escucha*: como a la escucha de de un conocimiento que ya existiera en mí en alguna parte de las profundidades, y que, solicitado por esa intensa atención, respondiera sin palabras, con ese

[221] Hablo por primera vez de esa "voz de la razón" en la sección "La llave del gran sueño – o la voz de la razón y *la otra*" (nº 6).

movimiento hacia la superficie que debe hacerlo presente a la consciencia. Una vez acogida la respuesta informulada, sólo tengo que traducirla a su vez como puedo. Pero a decir verdad, casi siempre la escucha se realiza *al escribir* – no hay ninguna separación temporal entre la *escucha*, la *percepción* de lo que me es soplado sin palabras (como si fuera la misma cosa sondeada la que me soplase por lo bajo cómo está hecha y por qué lado tomarla...), y la *traducción* al fin al lenguaje de las palabras.

La primera escritura es bastante torpe, casi todas la veces[222], hasta el punto incluso de inquietarme: sintaxis desmañada, repeticiones indebidas, palabras que sólo "pegan" aproximadamente con lo que se trata de expresar y que de hecho, en ese primer intento, aún no siento más que de manera muy aproximada... Pero por el mero hecho de la escritura (incluso descuidada y mal pulida) de lo que aún sólo se entrevé, la comprensión ya se afina. Al releerme, el mismo día si es posible y si no al día siguiente, ya se ha instaurado una distancia con el texto que acabo de escribir, a la vez que estoy más cerca de lo que en él examino o describo. No sólo estoy en condiciones de redondear el estilo suavizando y aligerando la frase y el encadenamiento de los párrafos, sino también de rectificar o afinar la expresión allí donde se muestre insuficiente o incluso francamente "fuera de la foto " (cuando me he dejado llevar por la pendiente fácil de alguna expresión comodín que decididamente pierde la diligencia). En cuanto a las correcciones de estilo, ése es un trabajo casi enteramente de rutina, y de mi cosecha. Por el contrario la
218 ◊detección y la corrección de expresiones o formulaciones que no se ajustan (incluso aunque quizás tengan buen aspecto) son de naturaleza muy distinta. Ése es un verdadero trabajo de profundización, un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura.

Ahí también tengo la impresión de que *no soy yo* el que "decide" cuándo una formulación plantea problema, ni el que encuentra por sus propios medios cómo matizarla o incluso cambiarla. De nuevo es una cuestión de estar en un estado de escucha frente a Eso o a Ése en mí que sabe, y que se manifiesta por esa *voz interior* tan baja que no se puede oír más que en un estado de intensa escucha. Dejando aparte "la intendencia", sin duda *mi* contribución al trabajo que se realiza está ante todo *en esa escucha*, una escucha que implica a todo mi ser. Pero a nivel consciente, por supuesto, ésta se vive no como la escucha de una voz interior que todos nuestros condicionamientos nos empujan a ignorar como tal, sino como una atención extrema a lo que se trata de aprehender y expresar con delicadeza. Sin embargo no es en la hoja de papel que estoy rellenando delante de mí o que releo al corregir, ni en ninguna otra parte fuera de mí donde se encuentra el conocimiento de lo que se trata de captar. Y éste, tal y como me es dado, no tiene la naturaleza de un conocimiento bien preparado, formulado ya con palabras claras, bien visto en el campo de la mirada consciente. Se ha formado, nadie sabe cómo, en el silencio y el secreto de las capas profundas del Inconsciente, aquellas sustraídas para siempre a la mirada. Es ahí donde se deja oír cuando uno se molesta en pararse y escuchar, con todo su corazón, y con el bolígrafo en la mano o delante de su máquina de escribir...

Es esa misma "voz interior", tan discreta que tendemos a no notar su presencia incluso cuando estamos escuchando intensamente – es también ella la que me advierte cuando algo, que en la primera escritura de las notas sólo había indicado de pasada con tres palabras precipitadas (como algo que ya fuera sabido y que no pide más explicaciones), debe ser desarrollado mucho o poco, aún a riesgo de reemplazar una frase lapidaria y algo oscura por todo un párrafo nuevo. Pero lo más frecuente es que sólo al pasar a limpio el texto corregido (tercera etapa del trabajo de
219 profundización y no menos importante que la segunda[223]) sienta suficiente distancia y ◊libertad

[222] Se trata aquí de la escritura de La Llave de los Sueños, tal y como prosigue incluso ahora. Como señalé hace poco, la escritura de Cosechas y Siembras fue mucho menos laboriosa.

[223] Desde diversos lados me alaban los méritos de las máquinas de componer o "procesadores de textos", que permiten realizar todas las correcciones que se quieran en el texto, sin tener que reescribirlo en limpio: la "impresora" proporciona un texto "níquel" en cualquier momento del trabajo. Para alguien como yo que escribe mucho, ése sería el instrumento de trabajo ideal. He estado perplejo cierto tiempo. Finalmente ha quedado claro que ese tipo de escritura ultraelectrónica no conviene más a mi tipo trabajo de lo que un fusil ametrallador podría reemplazar

frente a la primera escritura (ya revisada y corregida a bolígrafo) para practicar en ella tales modificaciones, de mayor envergadura que correcciones de estilo o afinamiento de expresiones[224].

En resumen, es como si hubiera una especie de "división del trabajo" bastante clara entre el Creador invisible, Aquél que se deja oír por la "voz interior", y yo mismo. Todas las ideas, y todas las imágenes y "giros verbales" para expresarlas me son "soplados" a medida que el trabajo avanza. Igualmente, en la relectura y la corrección, y también al escribir a máquina en
220 limpio[225], todos los ajustes que no son sólo de estilo[226], ◊sino que atañen a una mayor precisión de la expresión, me son soplados por esa misma voz. En todo esto, mi papel consiste ante todo en una escucha atenta, prácticamente en todo instante, y particularmente intensa en los momentos más sensibles – aquellos en que apunta una comprensión nueva, o cuando se manifiesta una ignorancia insospechada, o cuando una emoción que nada parece llamar viene a transfigurar repentinamente una comprensión reticente que se buscaba a tientas...

3) La creación y la escucha

Creo poder decir que el trabajo, y la obra que es su fruto, valen lo que vale esa escucha, mi parte más esencial en ese trabajo a medias. Y la cualidad principal de la escucha, la única que la vuelve eficaz, es *la fe* en esa voz que escucho; la fe en el conocimiento que ésta me sopla y en las mociones que ella suscita, a menudo tan discretas que se duda de haberlas percibido realmente. Sólo por esa fe es como esas imperceptibles mociones que pasan como una brisa llegan a ser *orden* y exigencia y se transforman en *acción*[227].

A decir verdad, muy a menudo cuando la voz me sugiere (digamos) alguna imagen que a primera vista parece abracadabrante o incluso totalmente imposible, y que además va a lanzarme tal vez en una frase que se prevee sin fin, cuyo principio ya se ofrece pero de la que aún no tengo la menor idea de cómo la podría desenmarañar hasta el final... – tengo entonces como un poco de vértigo, ganas de pirarme – ¡y sin embargo no! También tengo, para animarme, esa idea tranquilizadora de que después de todo siempre puedo tacharlo todo, si lo que sale es tan tonto

(a pesar de sus innegables ventajas técnicas) al tiro con arco en la tradición Zen. Para mí es importante guardar un contacto directo e íntimo con el soporte material del trabajo – en este caso, la hoja de papel llena de escritura. Necesito ver los borrones que hago en ella. Cuando hay unos cuantos, es un signo claro de que tengo que reescribir toda la página. Ahora bien "reescribir" no es reproducir el texto teniendo en cuenta los borrones que hay que incorporar (el trabajo pues que la máquina haría mejor que yo). La página emborronada me sirve de punto de partida para retomar todo el texto, a menudo con notables modificaciones. Esto forma parte del "trabajo de profundización" por la escritura, y es un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura, que ni soñaríamos en confiar a una máquina (no yo, al menos...).

[224] Aparte de tales inserciones, que no interrumpe la línea general de la primera reflexión sino que más bien desarrollan y precisan lo que al principio sólo había sido esbozado, puedo decir que la forma definitiva del texto da en lo esencial una imagen fiel y precisa de la reflexión tal y como se ha desarrollado realmente, sin añadir ni quitar nada. Cuando mi forma de ver las cosas cambia, sea el mismo día o más tarde, me guardo mucho de modificar ese texto, testigo fiel de una reflexión que no me siento con derecho de modificar a mi gusto. Sin contar con que esa nueva versión, que quizás me parece más pertinente o más profunda, no es más "definitiva" o más "absoluta" que aquella de la que ha surgido. A su vez será absorbida y superada (incluso considerada totalmente errónea y rechazada) bien sea por mí mismo (si Dios me da vida...), o por aquellos que me lean con una disposición que responda al espíritu de búsqueda que anima mis escritos.

[225] Por supuesto, también releo la escritura "en limpio", para hacer unas últimas correcciones, antes de confiarla a una secretaria ducha en su oficio, que hará una "escritura níquel". Excepcionalmente puede ocurrir que mi escritura "en limpio" termine por estar hasta tal punto llena de tachones que tenga que escribirla a máquina de nuevo.

[226] A decir verdad, cuando estoy en la "segunda versión" de la escritura, pasando a limpio la primera, a menudo tengo la impresión de que incluso "el estilo" no es mío – el movimiento de la frase y la alquimia sonora de las palabras se forma entre mis manos sin que mi voluntad consciente o mi "saber hacer" tengan algo que ver. Cuando me releo, con frecuencia tengo ese sentimiento del que ya he hablado y que concierne tanto a la expresión como al "fondo": yo soy incapaz de escribir así...

[227] Compárese con la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n° 7), principalmente las páginas 14 y 16.

como parece. Pero todavía nunca he tenido que mandarlo a paseo, que lamentar, avergonzado, el haberme lanzado. El contacto con mis sueños, seguramente, es el que me ha dado esa apertura audaz (o esa caradura...) que antes me faltaba a menudo, esa fe en lo que a primera vista parece majareta, demasiado "genial" para mi modesta persona[228].

221 ◊Así ¡vaya! en mi vejez he terminado por aprender a no dejarme desviar por la sedicente "razón", esa puñetera que no deja de machacarme que ya he hecho bastante el jilipollas y que ya es hora de volver a filas y de no hacerme notar demasiado. Esa voz, afortunadamente comienzo a conocer su canción y a saber dónde me lleva: al camino razonable del borrego que vuelve a su establo...

Y la otra voz también, cada vez consigo distinguirla mejor (creo), es decir: distinguir cuando *"eso no viene de mí"*. Y sin embargo sé que cuando me tomo la molestia de escuchar, cuando tengo fe en ella y mi voluntad se pone al servicio de esa fe y todo mi ser se deja llevar por ella – solamente entonces es cuando soy plenamente *fiel a mí mismo*.

Desde siempre, creo, he tenido en mí esa fe en la voz interior[229]. Sin haberme preguntado jamás al respecto, bien sabía que ella era lo mejor que hay en mí. Serle fiel, no es ni más ni menos que ser fiel a mí mismo. Tener fe en ella, es tener fe en mí mismo, en lo mejor que hay en mí.

Ciertamente, según la época de mi vida, he estado más o menos atento a esa voz. Más de una vez, e incluso durante ciertas etapas largas y áridas de mi vida, he hecho oídos sordos, igual que en otras he escuchado y he sido infiel a su llamada[230]. Si estos últimos años me han aportado algo de más valor aún que todo lo que ya he recibido en un vida colmada, es que esa voz se ha vuelto más cercana y más clara, y que estoy más atento. Esa creciente atención tal vez sea fruto de una gracia, pero seguramente también de un conocimiento sobre esa voz; un conocimiento que había permanecido mucho tiempo difuso, inexpresado, latente, y que con la escritura de La Llave de los Sueños madura y se precisa y (tal es al menos mi deseo) se vuelve más activo y toma posesión de mi ser de modo más completo.

4) ¿Quién habla por esa voz?

En cuanto a saber quién habla por esa voz, ¡ése es el gran misterio! Seguramente es el
222 Huésped invisible, es *Dios* en mí; y si pudiera haber ◊la menor duda de que realmente es Él, esos repentinos momentos de luz como el que ayer me iluminó con tal alegría repentina, ya la habrían disipado. Si hay alguna duda y misterio, es éste: *a la vez que Dios*, ¿no habría también alguien o algo distinto que habla por esa voz , y que, siendo quizás muy cercano y casi indistinguible de Él, también sería "yo"[231] – mi *"yo profundo"*, o también lo que hace poco he llamado "'lo mejor en mí", pero pensando también "lo mejor *de* mí"? No lo sé, y quizás no lo sepa jamás[232].

Esa voz no me dice más que lo que en cada momento soy capaz de recibir, como poniéndose "a mi nivel" – al de mis capacidades de aprehensión y comprensión conscientes. Pero sin embargo eso no significa que venga "de mí". Más convincente es ese sentimiento tan fuerte, a menudo, cuando se descubre ¡que lo que se pone en claro "ya se sabía" de alguna forma! No que algún *otro*,

[228] A veces también soy reticente (o mejor dicho, pusilánime), hago lo que nadie entiende. Pero al hacerlo como me da la gana no tardo en darme cuenta de que lo que sale sería más bien enrevesado, que "no es eso". Y al mismo tiempo "la voz", discreta sí, pero también tenaz a su manera, no se desarma y sigue haciéndose oír. Lo quiera o no, termino por escucharla y lanzarme – ¡a la aventura!

[229] Compárese con la citada sección n° 7, página 19.

[230] Al respecto véanse principalmente las secciones "La llamada y el rechazo" (n° 32) y "Fe y misión – o la infidelidad(1)", "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n°s 34, 35).

[231] El contexto dejará bien claro, me parece, que aquí no tomo la palabra "yo" (o "yo profundo") en el sentido en que la tomo a menudo, como "el yo" o "el patrón" o "el intendente", sinónimo del "ego".

[232] Para esa especie de "amalgama" entre "el Huésped" y el "yo profundo", véase sobre todo la nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano" (n° 41).

cierto "Huésped" distinguido quizás, lo sabía (incluso quizás desde toda la eternidad...) sino más bien que en el fondo *yo* lo sabía, que simplemente estaba oculto en alguna parte profunda, en el fondo de alguna mazmorra perdida, y que sólo me hacía falta repescarla de ahí, ¡con un sedal y un anzuelo!

Otra cosa que da qué pensar es que incluso escuchando con todo el corazón esa voz interior que se presume infalible (?), sin embargo no nos volvemos infalibles. Incluso Jesús, que seguramente sabía escuchar la voz que llamaba del "Padre", llegó a cometer errores[233]. Sin embargo no creo que realmente sean errores que vienen del Inconsciente profundo, que se deban a esa voz – la cual (en tanto que emanación de mi ser profundo) estaría sujeta a error como lo está toda voz humana. Por el contrario, estoy convencido de que el error[234] no proviene de las
223 profundidades ◊ni de la voz que es su mensajero, sino de la interpretación que el espíritu da, a nivel consciente, al mensaje recibido. Sobre todo están las distorsiones de la interpretación que provienen de los condicionamientos ideológicos, con frecuencia tácitos e incluso totalmente inconscientes, de los que cada uno está impregnado hasta tal punto, por más instruido y avanzado que esté espiritualmente, que es raro que sospeche su existencia y aún menos que los descubra, y descubra la manera en que pesan sobre su escucha de las cosas y de sí mismo.

Vuelvo a la distribución de los papeles en la creación, en el caso especial de la escritura de La Llave de los Sueños. Finalmente, dejando aparte esa escucha y mi fidelidad a esa voz en mí que sabe, parecería que mi parte en la creación casi se reduce a las tareas de intendencia sin más. Yo sería pues realmente (según la atrevida imagen de hace poco) el aprendiz concienzudo y aplicado y "ansioso de hacerlo bien" que, con la herramienta en la mano y con aire de estar sólo en la tarea, cumple su trabajo siguiendo al dedillo las discretas consignas que sin embargo el Maestro pretendidamente ausente le comunica según las necesidades, no se sabe bien cómo. Hasta el punto de que estaría tentado de afirmar que todo lo que realmente es creador en el trabajo viene de Dios, y que aparte de mi fe y mi amor, yo no habría puesto en él más que mi sudor de aprendiz a destajo volcado sobre su obra. (¡Sin contar, ciertamente, errores y torpezas e incluso puerilidades de todo tipo que no puedo dejar de esparcir!) Y esa alegría (¡que tan bien conozco!) que acompaña el avance de la obra, y esa obra interior que se realiza a la vez, esa profundización de una comprensión del Mundo y de mí mismo – esas son cosas que me llegan por añadidura...

Esa manera "humilde" de ver las cosas no me disgusta nada – demasiado feliz ya de tener tal Maestro para enseñarme, y con una paciencia tan discreta e incansable, ¡cómo crear! Sin embargo hay un sueño del pasado mes de febrero que (entre otras cosas más importantes) me hace saber (como de pasada pero, me pareció, con mucha claridad) que habría en mí una parte de iniciativa creadora (relativamente modesta, es cierto) y que realmente sería de mi cosecha. Y si además me fío de la palabra del aprendiz, mi parte de creatividad estaría llamada a ser más importante y a ensancharse a medida que prosiga mi colaboración con Dios, en los próximos años y durante los nacimientos que aún tengo ante mí[235].

224 ◊56. El Árbol del bien y del mal – o el conocimiento espiritual (7)

1) El "bien y el mal" por Ley – o la espiritualidad arcaica

(14 y 15 de agosto) Va a hacer tres semanas que sigo con este capítulo que se llama "El

[233] Véanse al respecto las notas "Cuando hayáis aprendido la lección – o la Gran Farsa de Dios" y "El infierno cristiano – o el gran miedo a morir" (n°s 27, 28).

[234] Cuando hay verdadero error "objetivo", y no sólo diferentes grados de profundización de una comprensión en devenir.

[235] Compárese con la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro", en que aparece también por primera vez la imagen, aquí retomada, del aprendiz y el Maestro.

conocimiento espiritual", surgido de una imprudente tentativa de delimitar los lazos entre los tres niveles de creación: carnal, mental, espiritual. Con todo, nunca me he tomado la molestia de pararme para examinar e intentar describir lo que se ha de entender, o al menos lo que yo entiendo exactamente (o debería entender) por realidad y conocimiento *espirituales*, por creación *espiritual*. A través de todas las secciones y notas ya escritas, a menudo se han tratado cosas llamadas "espirituales", o del aspecto espiritual de las cosas, sin que todavía me haya sentido empujado a precisar qué sentido doy (y creo que hay que dar) a ese término[236]. No es que la cosa me haya parecido inútil, aunque sólo fuera para mí mismo que todavía nunca había hecho el esfuerzo de poner negro sobre blanco las intuiciones dispersas al respecto que se formaron en mí durante los últimos años. Sino que no había sido llamada de manera urgente por el propósito que perseguía: dar cuenta de mi experiencia de los sueños. Finalmente, al escribir ese propósito inicial ha crecido considerablemente, a la vez que mi comprensión de la realidad espiritual se afina (y tal vez sea también así para el lector que me haya seguido hasta aquí...). El momento me parece propicio para intentar, como cierre de este capítulo "espiritual", reunir al menos aquí los fragmentos de intuiciones aparecidas al escribir La Llave de los Sueños, sobre la cuestión: *¿Qué es pues la realidad espiritual?*.

Si bien es cierto que *todo* conocimiento, sea cual sea el nivel o el "plano" en que se sitúe, es susceptible de ser englobado y aclarado por un conocimiento espiritual que sería como su alma, o como el soplo que le da su sentido y que es su vida secreta[237], sin duda eso es el reflejo, en la psique que aprehende y conoce una realidad, de una relación similar "objetiva" entre la realidad espiritual y los planos inferiores de realidad mental (que concierne al mundo de las
225 ideas, conceptos, formas, estructuras, etc.) $^{\diamondsuit}$o carnal y material (que concierne al mundo de la materia viva o inanimada). Esas realidades o mundos, me parece, están atravesados de parte a parte e impregnados, como por un éter sutil y omnipresente, por una realidad espiritual de la que serían como "encarnaciones" o "manifestaciones", "tangibles" (en lo que concierne al plano carnal o material) y "pensables" (en lo que concierne al plano mental, y más particularmente al plano intelectual). La realidad primera, primordial, de la que toda otra realidad deriva, sería la realidad espiritual, la que está "detrás" de toda otra realidad. (Igual que la realidad extrasensorial de las moléculas, los átomos y los electrones se encuentra "detrás" de la realidad material accesible a nuestros sentidos[238].) Y esa realidad última, a su vez, se confundiría con la

[236] Señalo de pasada esta cuestión en una nota al pie de la página 30.

[237] Véase la sección "El conocimiento espiritual (1): no excluye, pero incluye y aclara" (n^o 47) y la siguiente.

[238] No tengo ninguna duda de que los átomos, electrones y otras partículas son realmente manifestaciones de una realidad espiritual. Por su misma naturaleza ésta escapará siempre a todo intento de "modelización" matemática – aunque sólo fuera porque *intención* y *finalidad* son realidades que escapan a la aprehensión matemática y al orden ("Gesetzmässigkeiten") matemático, que son unos de sus principales instrumentos. Esa imposibilidad de una modelización "última" de la realidad física no significa en modo alguno que la concepción de modelos matemáticos que casen con tales sectores de la realidad física se haya vuelto estéril, bien al contrario. Sino más bien que para realizar una obra fértil ya no se podrá seguir ignorando la acción bien evidente, en el mundo físico, de causas y finalidades de naturaleza psíquica y espiritual. Éstas, es cierto, escapan a toda descripción matemática, pero habrá que tener muy en cuenta de diversas maneras, aunque sólo sea reservando en los modelos más realistas y más fieles que los modelos tradicionales unos "márgenes de libertad" para tener en cuenta esos factores "extrafísicos". (Compárese con los comentarios en CyS 0, Paseo por una obra, "Vistazo a los vecinos de enfrente" (sección n^o 20), y sobre todo en las dos largas notas a pie de página sobre la modelización en física.
Para mí está igualmente claro que esa "impregnación" de la realidad física por la realidad espiritual no se limita sólo al nivel corpuscular en lo "infinitamente pequeño", sino que tiene lugar en todos los niveles sucesivos de integración de la realidad física, desde lo infinitamente pequeño hasta el Universo físico en su globalidad cuatridimensional. Esa intuición me convence igualmente de que la doctrina tan tentadora (y "oficial" desde hace un siglo o dos) según la cual la realidad física, o al menos las leyes que la regulan, se reducen a lo que pasa en lo infinitamente pequeño, es falsa y ya no se podrá "sostener" durante mucho tiempo. Estoy convencido de que en cada "nivel de integración" de la realidad física aparecen leyes propias de ese nivel, y que no son consecuencia matemática de las leyes que rigen los niveles inferiores. (He oído expresarse a René Thom en ese sentido en 1969, como algo que cae por su propio peso, en un momento en que me disponía a lanzarme a la biología molecular. Eso me sorprendió entonces, pero no estaba preparado para separarme de los puntos de vista consagrados, ¡y tan satisfactorios para

Naturaleza o el Pensamiento o el Acto de Dios, sea "Dios" o "el Ser" o "Brahman"...

Heme aquí embarcado imprudentemente en un terreno más que movedizo, en el que ya
226 no tengo como apoyo ni mi experiencia, ni revelaciones por los sueños o por ◊otras vías[239], y donde corro el riesgo de hacerme eco, inconscientemente, de tales o cuales alusiones encontradas aquí o allá al azar de mis pocas lecturas "espirituales" o "filosóficas", que habrían hecho "tilt" sin que lo notara y que ahora haría mías. Por eso prefiero volver al terreno, "subjetivo" y por eso mismo más firme, del *conocimiento* espiritual. Al menos eso es algo de lo que tengo una experiencia directa, por limitada que sea, lo que me permitirá hablar con conocimiento de causa aunque sólo sea de lo que me enseña mi propia experiencia al respecto.

La concepción tradicional sobre la esencia del conocimiento espiritual, común (me parece) a todas las religiones, es que éste concierne ante todo a la distinción entre el *"mal"* y el *"bien"*. Esa distinción se establecía de una manera a la vez categórica y simplista por una doctrina explícita, revestida de una autoridad absoluta (casi siempre la autoridad divina), incluyendo como pieza maestra una *Ley*[240] detallada. El "bien" consistía en la observación de esa Ley, el "mal" en su transgresión. Los innumerables casos de la vida humana (y con mucho los más frecuentes) en que la Ley no da ningún criterio convincente de acción "justa" siempre eran (por lo que sé) ignorados por el pensamiento religioso. Esos casos, tenemos que pensar, se situaban fuera de la noción del bien y del mal. Sin contar con que la Ley está sujeta a interpretación
227 y que a menudo se puede ("estirándola") hacerle ◊englobar y hacerle decir lo que se quiera[241]. La delicada cuestión de la buena fe o la mala fe en la interpretación de la Ley, cuestión que corría el riesgo de levantar dudas sobre su eficacia para distinguir *"verdaderamente"* entre el "bien" y el "mal" (de un "bien" y de un "mal" pues que serían un "absoluto", situado aún más allá de una Ley que sólo se esforzaría en dar una idea de ellos y en trasmitir un *espíritu* por medio de algunos "mandamientos" explícitos y ejemplares) – esa cuestión tampoco parece haber sido considerada por el pensamiento religioso tradicional. Cuando la interpretación de la Ley la hacía una autoridad judicial, la buena fe de ésta no podía más que ser considerada de oficio

---

el espíritu!

[239](16 de agosto) Aquí la afirmación es apresurada y denigro al Soñador – después de escribir esas líneas me he acordado de dos sueños que tuve el año pasado, en que esa impregnación de la realidad sensible por una realidad espiritual era percibida con fuerza. Para mí está claro que es de ellos y no de "alusiones encontradas al azar de mis lecturas" (como dejo entender en el texto principal) de donde esa intuición que intento expresar saca su fuerza y su vida, que la convierten en algo más que una especulación, más o menos verbal, tomada de lecturas más o menos olvidadas...

[240]Utilizo el término "Ley" con L mayúscula cuando quiero subrayar una relación del individuo con ella en que ésta aparece no como una *ley* (entre otras igualmente posibles), sino como *la* ley, la que le impone con una fuerza tal que borra y anula el pensamiento o la idea de cualquier otra ley.
Al lado de la Ley, que es sin duda su verdadera razón de ser social, una doctrina religiosa incluye también una cosmogonía, que da cuenta de la creación del mundo y del hombre, y del lugar del hombre en la creación. La Ley me parece responder a una necesidad de naturaleza social, en tanto que fundamento de la organización social, mientras que la cosmogonía responde a una necesidad espiritual de la persona humana misma – la necesidad de comprender al mundo y a uno mismo, o al menos la necesidad de tener una imagen suya coherente y por eso mismo satisfactoria. Una y otra, la Ley y la cosmogonía, instauran un *orden* inteligible en la vida humana y en el aparente caos de los fenómenos naturales, y con eso responden (entre otras) a una necesidad de seguridad que parece inherente a la psique humana.

[241]Seguramente las interpretaciones tendenciosas de los textos sagrados, que falsean profundamente su espíritu o que incluso le hacen decir lo contrario de lo que dicen, son la regla más que la excepción. Una de las más enormes concierne a la recomendación de Jesús "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (cf. Mateo 22, 15–22). La mayoría de os cristianos lo toman como una justificación, por la autoridad del Cristo, de una sumisión incondicional y total a la autoridad establecida, sea cual sea (animados en ello por otra parte por el mismo San Pablo). Dicho en claro: "demos al César todo lo que pida – y el resto (si algo queda...) será para Dios" (que Él nunca rechista). Como los tiempos de los mártires cristianos ya han pasado, Dios no se quejará: tendrá derecho generosamente a las misas, a las oraciones, y a las limosnas del domingo, sin contar los cirios y las imágenes de Épinal... (N. del T.: A principios del s. XIX se fundó en la pequeña ciudad de Épinal, cercana a París, un taller de grabado xilográfico, dedicado a la producción de láminas y estampas, que había de inundar Francia y el resto de Europa después.)

como fuera de toda sospecha...

Una tercera dificultad que se presenta también al espíritu es que otros pueblos, a menudo pueblos vecinos, tenían una ley diferente, y por consiguiente una manera distinta de concebir el "bien" y el "mal". La actitud tradicional consiste en evacuar esa dificultad afirmando la superioridad de su propia religión y de la Ley que es su clave de bóveda, y aún más a menudo, afirmando *su* propia religión como la única válida, y las otras como falsas, mentirosas, ilusorias, heréticas etc. (según el contexto)[242]. Aún hoy es la actitud que me parece la más extendida con mucho entre los creyentes de las diversas religiones, sin embargo con el matiz de que en nuestro tiempo entre los creyentes instruidos se constata a menudo como una reticencia, como una falta
228 de convicción en esa afirmación, hecha de boquilla como por un deber de ◊lealtad frente a su propia religión más que por verdadera convicción[243]. Parece como si en nuestros días, de manera más o menos clara o más o menos confusa, los hombres han alcanzado cierto nivel de educación se dan cuenta de que ninguna religión tiene el monopolio de la verdad, con exclusión de todas las demás; y también de que la noción de "bien" y de "mal" es más delicada, y expresa una realidad de naturaleza más universal en el espacio y en el tiempo, que una simple "Ley", es decir una lista de mandamientos, de preceptos, de recomendaciones, no podría fijar con validez para todo tiempo y todo lugar.

Pero volvamos al propósito de intentar captar la "realidad espiritual" y el conocimiento ("espiritual") que de ella tenemos. Diría que *el conocimiento de una ley nunca es un conocimiento espiritual*, no más que el conocimiento de una doctrina (sea religiosa o no) puede calificarse de "espiritual". Es un conocimiento de naturaleza *intelectual* que, en sentido estricto, sólo nos da a "conocer" una realidad que podría llamarse "sociológica": en tal pueblo o tal país (del que soy miembro o residente) tal ley (sea de tipo religioso o profano) está en vigor y es (más o menos) generalmente aceptada y constriñe.

229 ◊Sin embargo es cierto que en la medida en que esta ley se nos impone de un modo más o menos categórico, ese conocimiento de la ley reviste un carácter muy particular, el carácter de *obligación* más o menos interiorizada que le acompaña. Por este motivo, más que un "conocimiento" sociológico o pragmático ("si meto la pata en esto, me puede ocurrir aquello"), *la ley escrita u oral es sobre todo la ley tácita que ha impregnado nuestra infancia, está inscrita de forma indeleble en la estructura del yo.* Ella es el *molde* en que el Grupo nos ha fundido.

2) ¿Verdad u obediencia? – o el hombre frente a la ley

Por eso *la relación de un ser con la ley* (que se le ha puesto externamente antes de ser

[242] Esas disposiciones, hay que recordarlo, hacen buenas migas con las inclinaciones a menudo algo conquistadoras de los príncipes que nos gobiernan. En los buenos viejos tiempos, a menudo es la convicción religiosa la que servía de piadosa bandera para apoderarse de otros países o para devastarlos y arramblar con todo lo que era bueno para llevarse. Hoy es en el nombre de la democracia, del "mundo libre" o del "socialismo". ¡Nada muy nuevo bajo el Sol!

[243] Es la impresión que también he tenido leyendo a Marcel Légaut. Krishnamurti tampoco es una excepción, salvo que deja entender con insistencia que las religiones están superadas y que realmente es una pérdida de tiempo leer otra cosa, para instruirse espiritualmente, que no sean las "Enseñanzas" de su pluma...
Conviene notar la extraordinaria figura de Râmakrishna (1836–1886), místico hindú que ha ejercido una influencia excepcional, y que tal vez ha sido el primer espiritual y sobre todo el primer (y tal vez único) místico en enseñar y en practicar un universalismo (o "ecumenismo") religioso. Hinduista de la casta brahmán, tuvo la autonomía espiritual, casi impensable en su medio y en su época, de considerar que ninguna religión era superior ni inferior a las otras, y que para el creyente animado de una sed espiritual, cada una era una vía hacia Dios. Ésa no era una visión teórica, sino una intuición profunda (seguramente inspirada por Dios...), que sometió a la prueba de la experiencia toda su vida, practicando la disciplina religiosa recomendada por las religiones y grandes corrientes religiosas que conocía, y llegando a la experiencia de la unión mística con Dios por cada una...
Sólo le falto, en suma, darse cuenta de que también se puede llegar a Dios fuera de toda ideología religiosa, e incluso fuera de toda "disciplina" particular. En mi modesto caso, el encuentro con Dios ha sido primero, y una cierta "disciplina de vida" se ha instaurado después, como uno de los frutos tangibles de ese encuentro.

interiorizada por él bajo tal forma o bajo tal otra[244]), igual que su relación con sus padres [245] que han sido los instrumentos designados para marcarlo con el sello de la ley (lo sepan y lo quieran o no), *forma parte de manera crucial de su aventura espiritual.* Cambia, de manera más o menos profunda según las etapas de su caminar, a medida que prosigue su maduración. La cualidad de verdad de esa relación en un periodo dado de nuestro itinerario juzga nuestra cualidad de
230 ◊verdad en ese momento. La "misma" actitud de aceptación incondicional de la Ley, según la etapa y las circunstancias, puede atestiguar en tal caso una cualidad de verdad, de fidelidad del ser, y en tal otro de inautenticidad, de huída ante una responsabilidad personal más alta, amparándose detrás de la seguridad fácil que ofrece la autoridad de la Ley. Igual ocurre con el rechazo (parcial y condicional, o total) de la Ley, tanto si es afirmado públicamente como si se guarda para sí, e incluso si permanece inconsciente y juega en dos tableros a la vez (lo que en nuestros días es con mucho el caso más extendido): adhesión de fachada de la que uno mismo es el primo complaciente, y trampas en la medida en que las circunstancias son tentadoras y el riesgo mínimo o nulo...[246] En otros casos (rarísimos, es cierto), ese rechazo puede ser la expresión necesaria de una fidelidad a uno mismo, tanto más difícil y exigente (y por eso mismo tanto más fértil espiritualmente) cuanto la Ley rechazada haya sido más interiorizada y la fidelidad a la Ley haya llegado a ser a sus ojos una parte esencial de la fidelidad a sí mismo; tanto más exigente, sobre todo, cuanto más ponga al ser frente a su radical soledad espiritual, arrancándole de modo irrecusable del Grupo de donde ha surgido y al que sigue sintiéndose profundamente ligado, situándole *sólo ante el Grupo* y ante la hostilidad y las represalias de los "suyos". En otros casos, el rechazo de la Ley equivale a una deserción y a una negación de uno mismo, bajo
231 la presión de acontecimientos que ponen en juego la identidad cultural y ◊nacional del pueblo del que formamos parte[247], o bajo la presión de ciertos deseos y apetitos surgidos de Eros o del

[244]Casi siempre, por no decir siempre, la Ley así interiorizada es hasta tal punto amalgamada con la estructura del yo, que se tiene la íntima convicción de que las principales obligaciones que nos prescribe son reflejo de un "conocimiento ético" más o menos innato, arraigado en nuestro ser profundo, y que tendría un valor absoluto y universal. Ése ha sido en particular mi caso. Hasta 1974 (a la edad de 46 años) en mi fuero interno consideraba "conocimiento" como mi bien más preciado. Cuando el tiempo estuvo maduro, bastó una reflexión de algunos días para comprobar hasta qué punto la noción misma de "obligación" que hasta entonces había constituido la base tácita de mi relación con los demás, era insuficiente para mantener ese papel. Pienso volver en el próximo capítulo sobre ese importante episodio de mi itinerario espiritual. Ese paso me fue facilitado por una situación de "marginalidad" ideológica y espiritual (que, a decir verdad, me era habitual y casi congénita), de suerte que no me ponía en una situación de conflicto con un "Grupo" del que me hubiera sentido parte. Véanse también los comentarios en la sección "La llamada y el rechazo" (n° 32), y sobre todo las páginas 108–109.

[245]Examino bajo diversos ángulos esa relación crucial con los padres aquí y allá en La Llave del yin y del yang (CyS III), y más particularmente en las secciones "Los padres – o el corazón del conflicto", "El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang", "Padrazo" (n°s 128, 129, 147).

[246]También ocurre que haya una transgresión de la Ley que permanezca totalmente inconsciente y se consume en capas relativamente profundas de la psique (suficientemente profundas para estar al abrigo del Censor interior), sin que pueda calificarse de "trampa". Pienso aquí sobre todo en la vivencia erótica, principalmente en el juego amoroso, cuando se satisfacen, a menudo de manera puramente simbólica, impulsos sentidos como "prohibidos", por ejemplo impulsos que expresan arquetipos incestuosos, o el impulso homosexual. (Esos impulsos inconscientes se tratan en La Llave del yin y del yang, en las notas "La aceptación (el despertar de yin (2))" y "El Acto" CyS III n°s 110, 113). Tales transgresiones son tanto más necesarias para preservar la autenticidad y el vigor de la vivencia amorosa, al menos en las capas profundas de la psique, cuanto que la sociedad ambiente es más puritana y la represión cultural más fuerte. Una actividad demasiado vigilante del Censor interior, sobre todo si la emprende también con la vivencia inconsciente, conlleva una verdadera desertización del ser, en las fuentes mismas de su vitalidad creadora. Incluso cuando el antagonismo irreductible del Censor (encarnando la Ley) frente a Eros se juega también a nivel inconsciente, y aunque a nivel consciente los valores de la Ley están muy interiorizados, una verdadera fidelidad a sí mismo (que aquí se manifiesta sobre todo si no exclusivamente en el Inconsciente) consistirá en "dar a Eros lo que es de Eros", y en preservarle de las intrusiones protocolarias del policía-Censor, de modo que fracase una mutilación radical de su ser.

[247]No quisiera dejarme llevar demasiado por una actitud moralizante y por juicios a priori sobre los "deberes de fidelidad" que tendríamos frente a las leyes y costumbres en los casos en que éstas se encuentran de la noche a la mañana abolidas por el poder de turno, a consecuencia por ejemplo de la conquista del país o simplemente de un cambio de régimen. La relativa facilidad y la rapidez con que tales cambios, en apariencia draconianos, logran

yo[248].

A medida que un ser madura espiritualmente, se da cuenta con más claridad que la cuestión
232 del "bien" y del "mal" no puede reducirse a una "Ley" ◊ni a ningún "criterio" general[249], que pretenda aplicarse indistintamente a todos los hombres (o a los de cierto grupo), y a todos los casos particulares (de tal "tipo" o tal otro). Eso es así, tanto si la Ley apela a una autoridad divina como profana, si está instituida en el interior de un grupo humano más o menos vasto, o si concierne a uno solo que la haya concebido y hecho suya como "*su* ley", la que le compromete personalmente y que tendría precedencia sobre cualquier otra. Aunque reconoce que en todo grupo humano una "ley" explícita o tácita que regule en cierta medida las relaciones entre sus miembros es algo útil e incluso, casi siempre, indispensable, se da cuenta con creciente agudeza de que tal ley no tiene más que relaciones lejanas con el conocimiento del "bien" y del "mal". Cada vez más, tenderá a ver una ley (incluida la que se impone a sí mismo con más o menos fuerza) un poco como el conjunto de reglas de juego de la sociedad, reglas que son sobre todo una cuestión de convenciones (elegidas de manera más o menos convincente...); pero desde el momento en que se participa en el juego (aunque sea de manera obligada y forzada), es (salvo excepciones) más bien "bueno" jugar respetando las reglas, y más bien "malo" hacer trampas...

Pero sobre todo, es la cualidad de verdad, de autenticidad de sus actos, o por el contrario su carácter "falso", artificial, "fácil", o mecánico, lo que tenderá cada vez más a tomar como medida de su carácter "bienhechor" o "malhechor", como la medida del "bien" y del "mal". Ese discernimiento delicado, jamás adquirido, siempre por renovar en toda situación nueva a la que se enfrente, teniendo en cuenta "la ley" simplemente como una restricción entre entre otras más o menos imperiosas según las circunstancias, es el que cada vez más será la luz para iluminar y para guiar sus actos; de acuerdo con la ley si es posible, y en su contra si es necesario, y en un caso como en otro, tanto espiritualmente como prácticamente, por su propia cuenta y riesgo, sin tener motivo en ningún caso ni de lamentarse de sus reveses, ni de presumir o atribuirse el mérito de sus éxitos.

---

imponerse y entrar en las costumbres, en el espacio de una o dos generaciones, muestran hasta qué punto las Leyes (y las doctrinas o ideologías que las fundamentan) son intercambiables – ¡con tal de que haya una! Un poco como un rebaño de borregos que se preocupa poco de quién es el pastor y cuál es la majada, desde el momento en que hay pastor y majada. El caso de la "diáspora" judía parece al respecto una excepción única en la historia de los pueblos, y cuyo significado aún se me escapa totalmente. Esa extraordinaria fidelidad del pueblo judío a su identidad cultural, después de su dispersión, es tanto más notable cuanto que la historia del pueblo judío en Palestina, según lo que nos narra el Antiguo Testamento sin ninguna veleidad de complacencia, ha sido sobre todo la historia de sus infidelidades a Yahvé y a la Ley (dura de llevar, hay que reconocerlo, ante las seducciones de la "dolce vita" de los pueblos vecinos...).

[248] Como he intentado hacer sentir en la penúltima nota a pie de página, no hay que tratar con desprecio los "deseos surgidos de Eros" ni que sacrificarlos necesariamente a las exigencias de la Ley, incluso en los casos en que ésta estuviera muy interiorizada. En cuanto a los apetitos del yo, por supuesto que la principal utilidad de la ley es poner un freno y unos límites a los desbordamientos del egoísmo y de la agresividad de las personas (que por otra parte no han tenido dificultad en evitarlos de mil maneras). Dicho esto, hay casos en que la ley se vuelve aplastante para ciertas categorías de personas (principalmente con medidas fiscales), y que para ellas es una simple cuestión de supervivencia económica defraudar por todos los medios. Incluso fuera de toda "fuerza mayor", en este tiempo en que "la ley" se siente cada vez más como el resultado de marrullerías políticas y electorales que como la expresión de una voluntad divina o popular, pocas son las personas para las que el respeto a la ley sobrepasa el nivel del miedo al gendarme y de la sumisión a los poderes establecidos, y que tienen el menor escrúpulo en dejarla en letra muerta cuando no se sienten obligados y forzados a observarla. Ése es uno de los elocuentes signos de "la usura de los Tiempos" de la que hablé en la sección del mismo nombre (n° 54).
En cuanto a las *leyes inicuas*, las que van en contra del sentido más elemental de justicia y de la decencia humana, Dios en Su Sabiduría ha velado para que sea raro que falten incluso hoy en día. Él habrá podido convencerse de que eso nunca ha preocupado a las buenas gentes (a los "espirituales" no más que a los otros), salvo a algunos testarudos aquí y allá de los que Él no habrá dejado (ahí arriba tiene toda mi confianza) de tomar buena nota – ¡para el Juicio Final! Para un ejemplo actual y "muy en casa", estoy seguro que entre muchos otros, remito a Cosechas y Siembras, "Mi despedida – o los extranjeros" (CyS I, sección 24)

[249] Compárese con la reflexión sobre este tema en la nota "Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima" (n° 19), y en la sección "Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón" (n° 25).

Esas disposiciones de una madurez, que acabo de intentar esbozar, pueden verse como signos, seguramente, de un "conocimiento espiritual", que a menudo permanecerá informulado
233 para siempre y se expresará más por una ◊forma de ser que por las palabras o los actos – un conocimiento que aclara esa cuestión delicada entre todas del "bien" y del "mal". Pero también hay un conocimiento más elemental sobre el "bien" y el "mal", que no es el atributo de una madurez sino que se sitúa "en el instante", fruto de una percepción inmediata. Así, en muchas situaciones en que se nos ofrece un abanico más o menos extenso de opciones para actuar (y con frecuencia el abanico es más amplio de lo que se quiere ver...), bien sabemos que lo que debe 8o debería) guiar nuestra elección en modo alguno se sitúa al nivel de la inteligencia racional, de la utilidad o de la comodidad o de la conveniencia, ni siquiera al de nuestras "ganas" o de nuestro deseo de esto o aquello (¡y que venza el deseo más fuerte1), sino que la responsabilidad de nuestra elección se sitúa en un nivel muy distinto, justamente en el del "actuar bien" y el del "actuar mal". Ese conocimiento es ya de naturaleza espiritual por sí mismo, independientemente incluso de la de la capacidad de distinguir de entrada *dónde* está el "bien" y dónde el "mal". Lo mismo pasa con el conocimiento que podamos tener de haber "actuado bien" en tal caso, o "actuado mal" en tal otro[250].

Ciertamente, no hay nada más frecuente que la convicción en provecho propio de haber actuado bien. Las peores abominaciones se cometen con la inquebrantable convicción de hacer lo que se ha de hacer (casi siempre con la aprobación total y unánime del Grupo al que nos identificamos, hay que decirlo...), de estar "con la conciencia tranquila" (que siempre tiene buenas espaldas). Incluso sin duda no podrían cometerse si esto, y en todo caso no con pleno conocimiento de causa[251]. Pero esa convicción y lo que comúnmente se llama "la conciencia"[252]
234 provienen del yo, no implican ◊a las capas de la psique a poco profundas que sean y en modo alguno son el reflejo o la fuente de un verdadero conocimiento. Esas convicciones son parte de los accesorios del papel que hemos elegido representar, y esa "conciencia" (sea "buena" o "mala", poco importa la diferencia...) es parte del libreto. Esos remilgos se desarrollan en las capas periféricas de la psique. No tengo ninguna duda de que en ese caso tan común, el de la sempiterna "película" que se cuenta a uno mismo, se está perfectamente al corriente del juego

[250] No se debe confundir el *conocimiento* que se considera aquí con la *convicción* (con frecuencia en provecho propio, según subrayo en el siguiente párrafo) de haber "actuado bien" o "actuado mal". Por supuesto que es de lo más normal del mundo confundirlos. Distinguir entre uno y otro no es del orden de un método, de un criterio, sino del orden de la verdad: cada caso es diferente de cualquier otro, y en cada uno, no puede distinguir lo verdadero más que el ser en estado de verdad. (Véanse al respecto las referencias citadas en la anterior nota a pie de página.)

[251] Véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (nº 43), principalmente la página N 118.

[252] El que toma como dinero contante las declaraciones de "buena" o "mala" conciencia, sean las de otros o las suyas, y que vea en la famosa "voz de la conciencia" la pura voz de la Verdad que se nos manifiesta para alabarnos o para avergonzarnos, y el garante por excelencia de una espiritualidad inmaculada, aún está al nivel de la espiritualidad de San Sulpicio. Dudo que la lectura de La Llave de los Sueños le sea de la menor utilidad. Esa voz no es ni más ni menos que la del Censor, fiel Guardián de la Ley y de los consensos del Grupo interiorizados por el ego. En el texto principal he hablado de la "buena" conciencia ("en provecho propio"). En cuanto a la mala, daré como ejemplo instructivo (entre millones parecidos) el del comandante de campo de concentración SS que con toda seguridad, el día que no conseguía (por razones técnicas independientes de su manifiesta buena voluntad) completar su "cuota" cotidiana de judíos para el horno crematorio, no dejaría de tener mala conciencia hacia el Führer y la Nación germánica; al menos si es un hombre escrupuloso y de honor digno de las altas responsabilidades a él confiadas.

La voz interior de la que con frecuencia hablo en este libro, la voz de Aquél en nosotros que *sabe*, no tiene nada en común con la voz tan pronto gorgojeante o melosa como quejosa o gruñona, de la "conciencia" buena o mala. Ella no alaba ni reprocha. Se limita, a menudo en términos velados, a dejar entender *lo que es* – ¡y ya es bastante! Somos libres de taparnos las orejas, y de distraernos de una verdad muy simple que nos concierne y nos disgusta, y de cultivar a voluntad (y con frecuencia a la vez) la satisfacción propia, o el escrúpulo, los remordimientos, incluso la culpabilidad llevada u ostentada durante toda una vida y que, también ellos, no son más que otra forma, la forma sombría, de la misma complacencia...

que se juega. Pero ese conocimiento permanece a flor de consciencia, y según las necesidades se arrincona en las partes más o menos profundas del Inconsciente.

3) El padre malhechor – o el mal por ignorancia

Pienso sobre todo en el mal infligido por un padre a su hijo de manera más o menos crónica, durante la infancia. Seguramente una intención malévola está presente mucho más a menudo de lo que se supone; quiero decir disposiciones de malquerencia, a veces de odio, presentes a menudo desde antes del nacimiento del niño. Creo que esa malquerencia nunca es consciente. Eso no disminuye en nada sus efectos destructores sobre el niño, ni que el padre malevolente no tenga que rendir pesadas cuentas a Dios en el más allá, y que al asentir a sus malévolos impulsos egóticos, se carga a sí mismo con un pesado karma[253]. Pero el caso más frecuente
235 con mucho es sin duda el ◊de un mal infligido por ignorancia, sin ninguna voluntad malévola consciente ni inconsciente, limitándose más o menos a reproducir en sus propios hijos el tipo de educación que uno mismo ha recibido y de la que no se ha enterado nada, intentando mal que bien inculcarles las buenas maneras y los buenos principios según la idea que uno se hace de ellos. ¡Con frecuencia hacemos un mal con la mejor voluntad del mundo! Tal ha sido mi caso con mis propios hijos, que sin embargo "amaba" (pero mal, como suele ser el caso de los padres que aman a su hijo, y como suele ser el caso cuando amamos o creemos amar...), con los que estuve muy encariñado[254].

Por "hacer un mal" entiendo aquí: convertirse en el instrumento de la represión del Grupo, contribuyendo a asentar en el niño mecanismos psíquicos de fuerza considerable, subordinados al "mecanismo de huída"[255], que tienen como efecto bloquear de manera más o menos completa la creatividad del niño que crece, y más tarde del adolescente y del adulto. Esta situación, muy raramente percibida de tan universal que es y de tan impregnados que estamos por ella, no es una excepción. La excepción es el caso contrario, hasta tal punto rarísimo que no estoy seguro de conocer ni uno solo. De lo que se trata aquí, con mucha frecuencia, no es ni del cariño del padre al hijo, ni de una irresponsabilidad, ni siquiera de tal o cual acto particular
236 de pesadas consecuencias que pudiéramos llamar una ◊"mala acción" (¡seguramente realizada como la cosa más natural y la más necesaria y benéfica del mundo!), sino de una *ignorancia* casi total de lo que verdaderamente pasa en el niño, de su vida interior (de la que a menudo se ignora hasta la existencia, o que creemos tener el deber de "despertar" o "formar"), igual que de lo que realmente pasa entre el niño y uno mismo; y por eso mismo, también una ignorancia de lo que pasa en nosotros mismos, de lo que nos hace ver al niño según tal o cual cliché que forma parte del aire de los tiempos, y actuar contra él de tal o cual manera (lo que igualmente

[253] Sin duda tales disposiciones de malquerencia sin causa de un padre hacia su hijo representan su reacción última a una mutilación que el mismo sufrió en los días de una infancia olvidada. (Véanse al respecto las notas "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" y "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear", n°s 43, 49, principalmente las páginas N 120, 121, 144.) Pero eso no modifica en nada su plena responsabilidad por sus actos.

[254] Comencé a darme cuenta de lo que había fallado en mi relación con mis hijos a partir de 1974 (cuando tenía 46 años), después de tomarme el trabajo (por primera vez en mi vida) de formularme la visión del mundo heredada de mis padres, y haber constatado sus carencias. (A ello aludo aquí y allá en las secciones "La llamada y el rechazo" y "El giro – o el fin de un sopor" (n°s 32, 33), principalmente en las páginas 112 y 115, y en el próximo capítulo pienso volver sobre ese importante episodio de mi vida.) En Cosechas y Siembras toco de pasada aquí y allá mi relación con mis hijos, principalmente en las secciones "El Padre enemigo (1)(2)" (CyS I, n°s 29, 30), "Mis pasiones", "La admiración" (CyS I, n°s 35, 37), y por último y sobre todo en la nota "La violencia del justo" (CyS III, n° 141), en la que examino una situación donde, más allá de la mera ignorancia, tenía una gran responsabilidad.

[255] En cuanto a ese "mecanismo de huída", véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (n° 43), así como más adelante, en la presente sección, la sub-sub-sección "El hecho más absurdo..." (páginas N 118 y 254, 255.)

forma parte de ello...). Esa ignorancia tiene la naturaleza de una *falta de madurez espiritual*, que se expresa por una falta de profundidad en la relación con otros seres, empezando por uno mismo. Creo poder decir que en su raíz está un defecto en el conocimiento de uno mismo, y más particularmente, la ausencia de un conocimiento por poco profundo que sea de la represión que nosotros mismos sufrimos en nuestra infancia, y de sus múltiples efectos a lo largo de nuestra infancia, de la adolescencia y de la edad adulta.

Me parece que (dejando aparte el caso de una verdadera malquerencia inconsciente) esa ignorancia no se restringe sólo a las capas superficiales de la psique, que en modo alguno es el efecto del bloqueo, en capas más o menos profundas, de un conocimiento que realmente estaría ahí y que habríamos elegido ignorar. (En tal caso ciertamente seríamos responsables directos de esa llamada "ignorancia", querida y mantenida por nosotros, y el mal infligimos nos sería imputable como una irresponsabilidad.) Hay dos razones que me hacen pensar así. Una es que no recuerdo haber percibido jamás, en el momento (aunque fuera un breve fogonazo...) o después, tal conocimiento inconsciente de "hacer un mal" a alguno de mis hijos. La otra es que en ninguno de los numerosos sueños que he anotado y me revelan alguna responsabilidad eludida, he visto que se trate de tal irresponsabilidad para con alguno de mis hijos[256]. Por eso tengo la impresión de que se trata de una ignorancia en el pleno sentido del término, es decir ni más ni menos que de una falta de madurez. Y me ha parecido comprender que Dios no nos tiene en
237 cuenta tal ignorancia involuntaria, ◊tal falta de madurez, sean cuales sean sus consecuencia[257]. En el caso que aquí me ocupa, además es una ignorancia hasta tal punto común que casi parece formar parte de la condición humana (al menos en el estado actual de la humanidad), igual que el hecho de haber sufrido e interiorizado nosotros mismos la represión con los ojos cerrados, y de encontrarnos, para pararnos o para avanzar (¡cada uno que elija!), en una "cuerda floja"[258]... Y también sé que ese "mal" del que he recibido una generosa porción en mi propia infancia a la vez ha sido la semilla de una rica cosecha que a mí me corresponde ver crecer y cosechar. Y que no es de otro modo para cada uno de mis hijos, y para el "paquete" que en parte he contribuido a cargarle (igual que todos hemos sido cargados), y que le corresponde desenvolver y comer, cuando el tiempo esté maduro y decida hacerlo.

4) El acto que hace "el bien" es el acto plenamente creador

(16 de agosto) Cuanto más madura espiritualmente el hombre, tanto más apto es para "inventar" o "descubrir" un sentido (o *el* sentido) de los sucesos en los que se encuentra implicado, y tanto más tiende a borrarse la distinción entre el carácter "benéfico" o "maléfico" de un suceso, de una situación, o de los actos y comportamientos que los han desencadenado. Primero de manera confusa, y luego más y más clara a medida que progresa, comprende que *todo* termina por concurrir al "Bien"[259] – a la armonía en perpetuo devenir del Todo y al camino hacia el Ser de

[256] En el caso de que hubiera tenido alguna irresponsabilidad esencial para con alguno de mis hijos y haya permanecido eludida, me parece difícil concebir que el Soñador no me haya hecho alguna indicación al respecto, y esto tanto más cuanto que mis sueños me confirman lo que ya había comprendido por otra parte: que ninguna responsabilidad frente a los demás, incluyendo a los más cercanos, es tan esencial ni "nos juzga" tanto como la que tenemos frente a uno de nuestros hijos.

[257] En primer lugar, saco esa conclusión de mis sueños, pero también del testimonio de los místicos de los que he tenido conocimiento, o de los escritos y los hechos de los apóstoles (incluso de la vida del mismo Jesús), en que más de una vez me he quedado estupefacto por una ignorancia que me parecía de graves consecuencias, ¡sin que Dios Mismo parezca molestarse! (Véanse al respecto las notas "Experiencia mística y conocimiento de uno mismo – o la ganga y el oro", "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad", "Cuando hayáis comprendido la lección – o la gran Farsa de Dios", "El infierno cristiano – o el gran miedo a morir", n°s 9, 21, 27, 28.) Sin contar, hace muy poco, mis propias ignorancias asombrosas, que Dios ha tenido a bien disipar en este caso (una vez no hace costumbre)...

[258] Véase la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n° 45).

[259] Me he expresado en ese sentido en la sección "El Concierto – o el ritmo de la creación" (n° 11, cf. página

él mismo y de cada uno de los seres que pueblan el Universo.

238 ◊Ciertamente eso no significa que desaparezca toda clase de valor o de valoración (suponiendo que tal cosa le sea posible a un ser humano), que todos los actos, comportamientos, actitudes... se arrojen en un mismo saco. Pero el "valor" de un acto ya no se juzga según la conformidad con tales "normas" (o tal "Ley") o tales otras, ni siquiera según su presunto carácter "benéfico" o "maléfico", cuando la cadena de los efectos más o menos directos o indirectos de ese acto, incluso en el plano material (salvo a corto plazo) y cuánto más en el plano espiritual, escapa casi por completo al conocimiento humano (y quizás también, en gran medida, al de Dios Mismo...); sin contar con que la distinción entre efecto "benéfico" y "maléfico" es reconocida como totalmente relativa, dependiendo de sus propios criterios de apreciación y del estado de madurez en que se encuentre cuando emite su juicio, que mañana podrá ser totalmente diferente. Siente que tiene motivos para pensar que en el Conocimiento infinito de Dios Mismo, que incluye todo conocimiento humano y los trasciende a todos, esa distinción entre "benéfico" y "maléfico" desaparece.

En la óptica de una "visión espiritual", es decir de una visión que al nivel de la psique humana refleja (aunque sea de modo muy imperfecto) la visión de Dios, el *valor* de un acto reside en su cualidad de *autenticidad*, es decir en la *cualidad de verdad* del que lo realiza, en el momento de realizarlo. En cuanto a sus efectos en el devenir del que actúa al igual que en el devenir del Universo, la acción desprovista de esa cualidad de autenticidad, de verdad, se reduce (en el plano espiritual) a una agitación que alimenta una agitación, a un ruido que se añade a un ruido. *El acto que es fértil por naturaleza, tanto para el que lo realiza como para el Universo entero, es el acto auténtico, el acto realizado por un ser en estado de verdad.*

Es cierto que no hay ningún "criterio objetivo", ningún "método" o "receta" para discernir esa cualidad esencial de un acto o de un ser en tal momento, o su ausencia[260], de manera (digamos) que logre "el acuerdo de los espíritus" (suponiendo su buena fe), del modo que en gran medida es posible en las cuestiones de orden material, o científico. Eso no impide que en muchos

239 ◊casos, se trate de nosotros mismos o de los otros, tengamos una percepción inmediata, viva e irrecusable de esa cualidad. Tal discernimiento por percepción inmediata no puede adquirirse por una "práctica". Tampoco puede adquirirse por el simple hecho de un alto grado de madurez espiritual. Sin exigir una madurez particular (aunque ésta lo favorezca), ese discernimiento requiere un estado de silencio interior, de escucha[261], que en la mayoría (incluyéndome a mí mismo) no se da más que en ciertos momentos. Tal momento es él mismo un instante de verdad: sólo el ser en estado de verdad es capaz de discernir la verdad o su ausencia en un ser.

La percepción de la que hablo, cuando está presente, ¡es tan irrecusable como la vista del Sol! Ciertos seres, entre los cuales numerosos místicos, parecen tener de forma más o menos permanente ese don de "leer en el corazón de los demás", de discernir el estado de verdad de un ser que esté ante ellos, incluso de un ser alejado. Tiendo a pensar que eso no es una *capacidad* ligada a cierto grado elevado de madurez espiritual, sino que tiene la naturaleza de un *carisma*, es decir de una capacidad excepcional concedida por Dios para el cumplimiento de la misión, y susceptible de ser retirada cuando deja de ser necesaria[262].

---

32), "El Creador – o la tela y la pintura" (n° 24, cf. página 73), "El Sentido – o el Ojo" (n° 40, cf. página 152), y también en la nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (n° 22, cf. 59). Aún volveré sobre ello en la presente sub-sección (cf. la página 240 más abajo).

[260] Véanse también al respecto la sección "Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón" (n° 25) y la nota "Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima" (n° 19).
Las reflexiones del presente párrafo y del anterior ya están prefiguradas en anterior sub-sección "¿Verdad y obediencia? – o el hombre frente a la Ley", 232.

[261] Véase al respecto la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n° 7), principalmente las páginas 14, 15.

[262] Véase la nota "Creación y maduración (3): dones y carisma" (n° 50).
Los tres párrafos siguientes fueron insertados el 21 de agosto, al pasar a limpio la presente sub-sección y la siguiente.

Así se ha operado en mí, no sabría decir de qué manera, un profundo cambio en la forma de ver "el bien" y "el mal", un cambio que por otra parte no se manifiesta a plena luz más que por la reflexión de estos últimos días. Ese cambio concierne tanto al "bien" y el "mal" que comportan los sucesos que me ocurren, como a mis propios actos y obras o a los de otros. En cuanto a los sucesos, me doy cuenta de que incluso los más penosos o los más dolorosos tienen la naturaleza de *dones* que me llegan para mi beneficio – ¡si la cáscara es dura, me toca romperla para extraer el dulce fruto y alimentarme! Y lo que vale para mí vale para todos. Y aunque rechazásemos y dejásemos intacta tal nuez de desgracia destinada a nosotros, porque la cáscara
240 nos parece dura o el fruto amargo, o las rechazásemos todas durante la vida entera, esos ◊mismos rechazos serían la sustanciosa carne de otros frutos que un día nos corresponderá (tal vez en un lejano y futuro nacimiento...) cascar la cáscara, al fin, y comer...

Así todo suceso, en sus últimos frutos tanto para mí como para los demás, me parece "benéfico" en su esencia última, y esto incluso en el caso en que su efecto inmediato es sentido como "maléfico" por unos reflejos profundamente anclados[263]. ¡Cuántas veces un mal que me golpeaba, a menudo con violencia y de lleno, se ha transformado en un bien, en un conocimiento, por el mero hecho de buscarle y encontrarle un *sentido*, es decir de encontrar la sustancia que me traía! Pero ni se me ocurriría buscar ese "sentido" si no supiera ya, por algún conocimiento profundo y seguro, que realmente hay un "sentido" en todo lo que me sucede, y que es justamente en ese sentido, en esa sustancia, donde radica el "bien" que hay en toda cosa, incluso en la aparentemente más maligna y perversa. Esa *fe* es anterior, y no la experiencia sin cesar renovada
241 que la confirma sin cesar. *Es la fe la que* ◊*es creativa* y no la experiencia asumida que, más que una confirmación (siempre bienvenida) de la fe, realmente es su fruto[264].

Ciertamente la "cáscara" que nos presenta un suceso o una situación y que encierra el sustancioso fruto que nos corresponde cascar, es más o menos dura y coriácea de un caso a otro. A menudo parece que cuanto más resistente es la cáscara, más sustancial es lo que encierra. Pero a veces también pasa que casi no hay cáscara, que la vida (o Dios...) nos regala frutos ya preparados para ser abiertos. E incluso frutos importantes – ¡y que a menudo, sin embargo, son rechazados[265]! En la medida en que todo acto crea un suceso o una situación (o modifica o transforma en cierto sentido un suceso o una situación ya presente...), puede decirse que el acto

[263] No quiero decir que a su nivel de percepción de una realidad bruta esos "reflejos profundamente anclados" sean necesariamente erróneos, y que no correspondan con frecuencia a una aprehensión perfectamente exacta de dicha realidad, por ejemplo a la de una malquerencia de tal persona que se manifiesta en el suceso. Tal constatación de una intención malévola o destructora (que el "reflejo" nos hará sentir, no sin razón, como "maligna") puede ser también el contenido de una percepción directa irrecusable, o el fruto de un atento examen. No trato pues de negar toda validez objetiva a esas reacciones psíquicas, a veces de una fuerza perentoria, que nos hacen sentir tales sucesos o situaciones como "maléficos", ni de negar su utilidad para ponernos en guardia frente a una situación que tal vez requiera una vigilancia particular. Sino más bien de darse cuenta de que esa "validez objetiva" sigue siendo subjetiva, y que tiende a borrar *otra* realidad más delicada y más esencial, que importa no perder de vista bajo el impacto del suceso, o de reencontrar si se ha perdido. Sólo así la "reacción de alerta" será realmente un reflejo *útil*, que nos advierte y quizás nos despierte de una indolencia o de una despreocupación, sin que por eso nos desconcierte ni nos lleve a dramatizar (y con eso, a menudo, a entrar en el juego de aquél o aquella que nos quiere "manejar"...).
En cuanto a la imagen de Épinal de la "perfección espiritual" (versión oriental), con los trazos de un hombre hasta tal punto por encima de las contingencias de este mundo de apariencias, que no se le mueve ni un pelo le pase lo que le pase (aunque sea un buen dolor de muelas, sin ir a buscar cosas más heroicas y más extremas...), sería prudente dejarla en el almacén de los accesorios de cierto teatro llamado "Espiritualidad". Que el que obstinadamente se esfuerce en parecerse a él recuerde solamente que, como él y como yo, también Jesús conoció el placer y la pena, y no juzgó necesario apartarse de ellos.

[264] Compárese con la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n° 7), sobre todo la nota al pie de la página 18.

[265] Al escribir estas líneas pienso ante todo en el "don" permanente que brilla en el niño pequeño, y también en el resplandor tan parecido que brilla en ciertos adultos en los que se preserva intacta, con toda su pureza y su intensidad, la misma fuerza de la inocencia. Véase al respecto la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles" (n° 29) y la nota "El niño creador (2) – o el campo de fuerzas" (n° 45).

es *fértil* espiritualmente, es decir que por su misma naturaleza es *directamente* fértil y no sólo "fértil a (quizás muy largo) plazo", en la medida en que no sólo crea o descubre o presenta una substancia, sino que además no la rodea de una cáscara demasiado gruesa y resistente. El acto plenamente fértil, el acto fértil por excelencia, es el que nos pone en presencia inmediata de un fruto sin cáscara, listo para ser comido.

Así el acto "bueno" o "benéfico", el que hace "el bien", para mí no es aquél cuyas consecuencias previstas me parezcan tales, ni el realizado con loables intenciones, y aún menos el acto "lícito" conforme a la ley o la costumbre, sino el *acto fértil* espiritualmente. Y por modesto y humilde que sea, el acto fértil para el que lo realiza también es el acto fértil para cualquier otro ser y para el Universo en su totalidad. Tal acto no presupone en el que lo realiza ningún conocimiento sobre la naturaleza del acto ni sobre sus posibles efectos, probables o ciertos, ni inmediatos ni lejanos. No presupone ninguna madurez espiritual o mental particular[266]. El acto fértil no es otro que el *acto auténtico*, es decir el que se realiza en un *estado de verdad*
242 ◊*del ser*. Tal acto es accesible a cualquiera en todo momento, en toda circunstancia, según su libre elección. Realizar tal acto es simplemente ser fiel a uno mismo, a "lo que es lo mejor de nosotros". Es simplemente "ser uno mismo", asintiendo al propio devenir espiritual – verdaderamente es *ser*, y verdaderamente es *devenir*. Es escuchar y es seguir la llamada del que estamos llamados a ser y que se busca a tientas a través del que somos. No es acto de obediencia, ni el de un conocimiento bien informado (incluso cuando tiene mucho cuidado de estar bien informado) ([51]), sino *acto de fidelidad* y *acto de fe*. Fidelidad a uno mismo y fe en uno mismo, pero también fidelidad a Dios y fe en Dios (aunque Dios permanezca ignorado y sin nombrar por siempre), verdaderamente indistinguibles de la fidelidad a uno mismo y de la fe en uno mismo.

Acto fértil, acto auténtico, acto verdadero, acto fiel, acto de fe – ése es también el acto *"agradable a Dios"*, es decir *el acto "bueno"*, el acto que hace "el bien", no según la sabiduría de los hombres o según la Ley humana (aunque fuera otorgada por Dios...), sino según el Conocimiento de Dios Mismo, que lee en el corazón del hombre igual que también ve, en su amplitud y en su profundidad, el vasto movimiento del devenir del Universo. Es *el acto de parentesco* que atestigua (por humilde que sea) nuestra semejanza de Dios – de Aquél que en voz muy baja nos ilumina sobre lo verdadero y nos llama a crear. Es, a imagen del Acto de Dios, *el acto plenamente creador*[267].

Si en esta comprensión la noción de "acto bueno" tiene un sentido muy diferente del que nos sugieren nuestros hábitos mentales, la noción de acto "malo", ésa tiende a desaparecer. Un acto es "más o menos bueno", según el estado de verdad del ser que lo realiza esté más o menos mezclado con una ganga de no-verdad, bajo la forma (muy a menudo, quizás incluso siempre)de
243 una contribución más o menos fuerte de impulsos no reconocidos (y por eso mismo no ◊asumidos) que provienen del "yo", o de Eros[268]. Más que los actos "malos" que sembrarían o propagarían o reforzarían "el Mal" en el Mundo, discernimos los *actos estériles*, inútiles, los actos-ruido o actos-inercia, cuyo único efecto en el plano espiritual es arrojar más ruido al océano de ruido del mundo de los hombres, añadir más peso a su prodigiosa inercia. Lícitos o no, movidos por una

[266] Véase al respecto la nota "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear", sobre todo las páginas N 143–146.

[267] Aquí, al calificar la creación en el plano espiritual de acto "plenamente creador", sobrentiendo a la vez que una creación que excluyera totalmente la dimensión espiritual no podría ser vista como una creación en el pleno sentido del término – cesa de ser bienhechora para el que la realiza, igual que para el Mundo en su conjunto. Ya me he expresado en ese sentido en las secciones "El Sentido – o el Ojo" (n° 40, cf. sobre todo la página 150) "Del alma de las cosas y del hombre sin alma" (n° 51, cf. sobre todo las páginas 200, 201,
Que el acto creador en el plano espiritual no es otro que el acto "auténtico", o "verdadero", afloró ya en la nota "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear" (n° 49), al final de la página N 143 y al principio de la página N 144 (ya citada en la anterior nota a pie de página).

[268] Aquí considero el "impulso de Eros" en el sentido pleno del término, incluyendo también el impulso de conocimiento en el plano mental (principalmente artístico e intelectual). Véase al respecto la nota "Un animal llamado Eros" (n° 2).

voluntad malvada o por las "mejores intenciones", censurable o loable (incluso "indispensables" y "necesarios") en el plano práctico, social o filantrópico, propiamente hablando no son *actos*, que pongan en juego la libertad humana y el poder de crear, sino el desarrollo más o menos forzado o más o menos fluido de fenómenos totalmente mecánicos.

5) El estado de verdad es el estado plenamente creador

Quisiera volver aún sobre el *estado de verdad*. Ése es el *estado creador* en el plano espiritual, el estado "plenamente creador" del que brota la obra espiritual[269]. También se puede describir como el estado de *comunión* con el Huésped invisible, con Dios en nosotros: *el estado de escucha de la voz interior*, de esa voz que nos susurra, en cada momento en que hacemos el silencio, lo que es esencial para iluminar nuestra libre elección del "acto justo" que corresponde a las exigencias del momento[270]. Esa escucha creadora no es la escucha pasiva, la que se limita a "tomar nota", sino una *escucha eficaz*, así transformada por la *fe* en lo que se escucha[271]. En esa fe inmediata y desnuda habita la chispa dispuesta en todo momento a inflamarse, a extenderse y a transformarse en acto creador – ¡como un fuego que estalla y prende y transforma un bosque muerto en calor y en llamas! Es ella, la fe, el ardor virginal del alma, la que despierta la fuerza enterrada o adormecida en el fondo de los subterráneos y la que libera, anima y sostiene. Es ella la que transforma una oveja borreguil en águila, de vuelo poderoso y solitario...

244 ◊Esa ardiente escucha de la voz interior es también un estado de apertura a lo que llega, *el estado de acogida*. Por esa voz los seres y las cosas nos hablan de lo que son, incluso más allá de lo que nos revelan nuestros sentidos y nuestra inteligencia. Por ella percibimos, hasta donde nos es dado, la realidad espiritual. Para el que, como yo, no haya alcanzado la estatura de "vidente", seguramente ella es ese "ojo espiritual" que tan poco usamos, ¡y cuando la escuchamos y la oímos es cuando vemos (^{52})!

Es entones cuando la carne granulosa y la cambiante forma de las cosas son para nosotros mensajeros de belleza, es entonces cuando el amor obra en nosotros y nos pone al unísono con el amor que humildemente impregna todas las cosas y se exhala en ese perfume de belleza. Es entonces cuando detrás del caos y el aparente sinsentido del mundo y de nosotros mismos vemos aparecer un *sentido*, y cuando a través de las innumerables disonancias de nuestra vida vemos revelarse la secreta armonía de una existencia humana.

6) La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador

(16 y 22 de agosto) Según los numerosos ecos que me llegan, parece que a menudo la creación, y sobre todo la obra espiritual, fuera no sólo laboriosa, sino incluso penosa y más o menos atormentada. Sin embargo mi propia experiencia ha sido muy distinta. En mi caso la creación, a veces ciertamente laboriosa, no está acompañada de sufrimiento, sino siempre de alegría. También a veces, en los momentos fuertes de la meditación[272], hay un *dolor*, pero un dolor que siento bienhechor, un bendito dolor que es alegría igual que es dolor.

[269] Véase la referencia al final de la penúltima nota a pie de página.

[270] Compárese con la sección "Creación y voz interior" (n° 55) y sobre todo la sub-sección 3, "La creación y la escucha".

[271] Compárese con la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n° 7), sobre todo las páginas 14, 15. Véase igualmente la sección "La puerta estrecha – o la chispa y la llama" (n° 9).

[272] Por el contrario, en mi caso el trabajo matemático nunca ha estado acompañado de sufrimiento (como en algunos colegas), y ciertamente aún menos de dolor (y dudo de que eso sea siquiera posible). En ello veo un signo entre muchos otros de que mi relación con la matemática, al menos cuando "hacía matemáticas", está enteramente desprovista de toda componente conflictiva: es "el amor sin conflicto", exento de toda traza de represión en las facultades de conocimiento que están en juego.
Por extraño que parezca, de ningún modo ésa es la regla en la creación científica, sino una rarísima excepción. (Véase sobre todo al respecto, en Cosechas y Siembras, la sucesión de notas "La matemática yin y yang" (CyS III, notas n°s 119–125), y más particularmente la nota "Las Exequias del Yin (yang entierra a yin) (4))" (n° 124). Véase igualmente la nota "La circunstancia providencial – o la Apoteosis" (n° 151).) Casi siempre, bajo el peso

245 ◊Tengo buenas razones para pensar que el sentimiento de sufrimiento que con frecuencia acompaña al trabajo creador, sentido como un desgraciado freno a la creación, siempre se debe a un *estado de resistencia interior contra la creación*: es un "sufrimiento por fricción", indicación de un poderoso *freno* inconsciente, de una *división* en aquél que crea. Es la división y es la fricción entre el que asiente a la fe y a la voluntad creadoras, y el que las rechaza. Con más precisión, es la división entre el que quiere conocer (pues quien cree conoce, y quien descubre cree...) , y el que teme conocer y se resiste con todas sus fuerzas, a veces con una energía desesperada (y casi siempre con éxito...), contra el conocimiento a punto de aparecer. Creo que en tanto ese conflicto no esté resuelto, en tanto "el que tiene miedo" no haya sido visto claramente, y por eso mismo no haya sido *separado* claramente del que no retiene ningún miedo en su afán de conocimiento o en su sed de verdad – el conocimiento mismo, fruto interior de la creación, guarda el sello de esa violenta división que marcó su nacimiento; cual un niño que siguiera marcado por el estado de división de su madre cuando ésta lo concibió, llevó y amamantó mientras una poderosa parte de su ser se rebelaba contra las oscuras obras del cuerpo y contra el que iba a nacer...

No digo que en mi trabajo no haya resistencias a la creación, y sobre todo en la obra espiritual. En ella ante todo se trata de un trabajo de descubrimiento de mí mismo – el trabajo por excelencia que va "a contra corriente" de toda la inmensa inercia acumulada en el ser, mientras que la costumbre es que ya el menor presentimiento de la amenaza de una mirada más allá de la fachada levante toda una presurosa cohorte de resistencias insidiosas o vehementes, para desviar la inoportuna mirada o para interceptarla. Yo también he tenido que proseguir mi trabajo en contra de resistencias fuertes y tenaces, prácticamente en todo momento. Esas
246 resistencias están ancladas, creo que indisolublemente (al menos en ◊el estado actual de la humanidad[273]), en la estructura del yo. ¡No espero que suelten su presa en toda mi vida! Y por lo que a lo largo de mi vida he podido conocer del comportamiento humano, no tengo ni la menor duda de que tales resistencias no son una particularidad de mi modesta persona[274], sino que en todo tiempo y en todo hombre han sido plantadas en la estructura del yo, y no se pueden arrancar. Podemos verlas como las atentas y vigilantes servidoras de la sacrosanta *Imagen* de nosotros mismos, erigida en nosotros desde la más tierna infancia y que aumenta en peso y en rigidez a lo largo de los años y los sucesos – el Ídolo de plomo (casi siempre chapado en oro) infinitamente más querido que el mundo y sus maravillas (que ya no valen ni un capirotazo, cuando *Él* está amenazado...), más querido que todos los parientes y todos los que creemos amar, más querido que la propia vida... Son ellas, las fuerzas sigilosas e inexorables que mueven los engranajes de ese extraño mecanismo, con implacable eficacia en todos (o poco falta...), las que ya he evocado aquí y allá (al encontrármelas a cada paso...), aludiendo al *"mecanismo de huída"*[275]; ese mecanismo que a cada paso nos empuja a "recusar el testimonio de nuestras sanas

---

de los valores dominantes y del ambiente cultural que los promueve, todo el aspecto "yin" (o "femenino") del trabajo científico se encuentra sistemáticamente rechazado. Si mi obra se ha revelado como extraordinariamente fecunda, no veo otra causa más que mi fidelidad total a todos los medios de conocimiento de que dispongo en el trabajo matemático. En ese trabajo, me parece, siempre he "funcionado" con la totalidad de mis medios. Por eso también, seguramente, esos medios se han desplegado y multiplicado de manera tan impresionante. Véanse al respecto mis observaciones en la nota (**) al pie de la página N 141, en la nota "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear" (nº 49).

[273] Mientras la humanidad no salga de su "enfermedad infantil", cuyo síntoma más característico son las "resistencias al conocimiento de sí mismo" que examino aquí. Véanse al respecto sobre todo la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (nº 45), y la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (nº 43).

[274] Después de leer a Krishnamurti, hacia 1971 o 1972, tuve el gusto de observar la acción de esas fuerzas en los demás y de asombrarme, dando por evidente que tales historias de locos sólo podían ocurrir en los demás. Según explico en los párrafos siguientes, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual (el 15 de octubre de 1976) consistió justamente en el descubrimiento de que no era así. En el lenguaje de Freud, también diría que fue el día en que al fin descubrí ¡que yo también tenía un "Inconsciente"!

[275] Sobre dicho mecanismo de huida, véase por ejemplo la nota nº 43, citada ya en la penúltima nota a pie de página.

facultades", a hacer el idiota en suma y a creerle (violentándonos cuando es necesario...), para tomar ideas prefabricadas, por falsas y aberrantes que sean, talladas a la medida de la Imagen.

A decir verdad, antes de que la meditación entrase en mi vida (el 15 de octubre de 1976)[276], en las pocas ocasiones en que hubo en mí el inicio de un auténtico trabajo creativo espiritual (por
247 modesto que ◊fuera[277]), ese trabajo estuvo marcado en un primer momento, que era también el más penoso y el más laborioso, por un sufrimiento intenso. Con perspectiva, distingo claramente toda la potencia de una angustia más o menos totalmente contenida. La tarea de contener esa angustia (¡decididamente incompatible con la Imagen!) y la percepción de las resistencias de las que ella era un signo, movilizaba (y por eso mismo inmovilizaba para la tareas creadoras, espiritualmente urgentes) la mayor parte, y con mucho, de mi energía. El sufrimiento no era más que el signo sensible, fuertemente percibido aunque con frecuencia permaneciera bloqueado a flor de consciencia, de la crispación del ser, atrapado entre la ascensión (de naturaleza totalmente mecánica) de una "angustia de rechazo" ante un conocimiento que se dispone a irrumpir y se presiente revulsivo y por eso mismo amenazador, y el reflejo (igualmente mecánico) de mantener ese flujo de angustia fuera del campo de la mirada consciente. En esas condiciones no es raro que la obra espiritual se resintiera fuertemente, pues en cada caso ante todo se trataba de tomar conocimiento de mí mismo (a la luz de la situación de conflicto en la que entonces me encontraba implicado)

Sin embargo la tercera vez fue de otro modo, ya que la crisis desembocó en el paso, uno tras otro con dos días de intervalo, de dos umbrales cruciales en mi aventura espiritual: primero el *"descubrimiento de la meditación"* (en la estela del hundimiento de la Imagen...), después los *"reencuentros conmigo mismo"* (fruto inmediato del sueño mensajero del que ya he hablado[278]). A causa de una circunstancia aparentemente fortuita (¡y en principio maldita!), y que después se reveló providencial, en los minutos que siguieron al choc que desencadenó la crisis, las resistencias quedaron de alguna forma en suspenso y desactivadas, dando tiempo al flujo de angustia para
248 invadir el campo de la consciencia – ¡y de ◊golpe se desbordaron! Como un mar que hubiera roto y arrastrado los diques, la angustia irrumpió en tromba, durante cinco días seguidos... Irrumpió hasta que al fin, sin saber lo que hacía, *di el salto* – un salto que ya en las horas siguientes reconocí como el primer gran *avance*, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual.

Esa fue la primera meditación de mi vida, aunque "meditaba" sin saberlo todavía. La primera vez que miré, no sólo ciertos accesorios de la Imagen, sino la Imagen misma y la realidad que ocultaba. Unas horas de intenso trabajo, sin saber lo que hacía ni adonde iba – y vi hundirse la Imagen incluso antes de saber lo que estaba a punto de mirar[279]. Entonces no me entretuve, y aún menos me disgusté, con los restos del Ídolo. Supe que acababa de descubrir una facultad crucial, ignorada durante toda mi vida (igual que era ignorada por todos, según

[276] Relato ese episodio crucial en Cosechas y Siembras, en la sección "Deseo y meditación" (CyS I, n° 36).

[277] Veo tres de tales episodios. El primero es el episodio del "desgarro saludable" del medio matemático, en los primeros meses del año 1970. (Véase la sección "El viraje – o el fin de un sopor", n° 33.) El segundo se sitúa en 1974, y aludo a él de pasada aquí y allá, principalmente en la citada sección y en la que la precede. Pienso volver sobre él en el próximo capítulo. En fin, el tercero se desencadena el 10 de octubre de 1976, y aboca en el decisivo avance que se tratará en el próximo párrafo, y que es el tema de la sección de Cosechas y Siembras citada en la anterior nota a pie de página.

[278] Ese sueño se trató al principio de la Llave de los sueños (página 1), y a continuación en varios sitios, y más particularmente en la sección "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y *el otro*" (n° 6), y más particularmente en la página 10. Véase también en Cosechas y Siembras la nota "Los reencuentros (el despertar del yin (1))" (CyS III, n° 109).

[279] Véase la sección ya citada de Cosechas y Siembras "Deseo y meditación" (CyS I, n° 36). Desde ese momento, me di cuenta claramente de que la Imagen "hundida" no estaba muerta, y que iba a reconstruirse en poco tiempo. Esa situación de la Imagen descubierta e incluso hundida se ha reproducido muchas veces desde entonces, y a continuación dicha Imagen siempre se recuperaba con agilidad, ¡superando todas mis expectativas! Hoy (hay que precisarlo) se porta tan bien como siempre, y presumo que así será hasta el fin de mis días. (A menos que Dios Mismo no decida otra cosa – pero creo comprender que ésa es una clase de favores que Él no hace nunca...)

todas las apariencias): la facultad de "ver claro en mí mismo" y por eso mismo, de ver claro también en los conflictos en los que estoy implicado y al hacerlo, resolverlos[280].

249 ◊Mirar con atención para ver claro en uno mismo es un *trabajo* no tan diferente en el fondo de cualquier otro trabajo de descubrimiento[281]. A ese trabajo lo he llamado *meditación*. Acababa de descubrir que en mí había cosas por descubrir, y que era capaz de hacerlo, capaz de "meditar": *acababa de descubrir la meditación*.

Con ese descubrimiento crucial, mi relación con la obra espiritual, o al menos con el descubrimiento de uno mismo (que verdaderamente es su núcleo duro y su corazón), se transformó de la noche a la mañana de modo irreversible y draconiano. La angustia, una vez reconocida y afrontada, quedó desactivada – la marea de angustia dejó sitio a una vasta y poderosa ola surgida de las profundidades, que me llevó al descubrimiento de mí mismo y de los demás, con la exultación maravillada del niño pequeño que descubre el mundo. La angustia no reapareció en los siguientes meses, una vez que esa primera gran ola creadora terminó de desplegarse y de hundirse de nuevo en lo cotidiano. Después, es cierto, hizo breves reapariciones aquí y allá, durante unas horas o algunos días, e incluso una vez, seis años más tarde, durante una o dos semanas, abocando (después de ese "redescubrimiento de la angustia" tan útil, que me aportó
250 en su estela una comprensión más profunda de su ◊naturaleza) al mes siguiente en el encuentro con "el Soñador en persona"[282]. Pero en todos esos casos, ya no era la misma angustia; no el resurgimiento de un bloque de angustia sumergido, y aún menos la angustia ante una temible tarea en la que estuviera comprometido, sino angustias "fortuitas" por así decir, angustias "circunstanciales" o "de despegue", signos ciertamente reveladores y bienvenidos (una vez reconocidos) de un momentáneo estado de cerrazón y de crispación, y ya no de afloramiento en la consciencia de un miedo inhibido y síntomas de un estado crónico. Con la perspectiva de once años (once años de maduración casi ininterrumpida y con frecuencia intensa, a menudo a la escucha de mensajes del Inconsciente que me llegan por mis sueños...), creo poder decir con pleno conocimiento de causa que ese día memorable, que también fue el día en que por primera

[280] Ésa mi íntima convicción, y estaba dispuesto a ponerla a prueba. Con la perspectiva de once años, puedo decir que no me equivoqué en lo esencial. Además, desde los siguientes días y semanas, ya tuve amplia ocasión de constatar la fecundidad de esa "facultad" que acababa de descubrir. Sobre todo me fue dado resolver de manera total y definitiva un buen número de inveteradas ambigüedades (que se expresaban con unas dudas crónicas y hasta entonces obstinadamente apartadas de la consciencia, que afectaban entre otras a mi vida amorosa y al impulso erótico en mí). Unos meses más tarde, con una meditación–relámpago de unas horas, vi resolver también, y (según se comprobó) de manera igualmente total y definitiva, *el* conflicto que desde hacía casi veinte años sentía que pesaba más en mi vida.

Bien subrayado esto, he de añadir que tenía tendencia, hasta el año pasado, a sobreestimar el poder de penetración de esa facultad de meditación por sí misma, que en el fondo no es otra que la "sana razón", puesta al servicio de un deseo de conocer y (en los momentos más sensibles) de una sed de verdad, que no tiene ningún miedo (consciente ni sobre todo inconsciente...) de conocer. Como ya subrayé en la primera sección de la Llave de los Sueños ("Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo"), incluso en las mejores condiciones la mirada consciente no penetra más allá de las capas superficiales de la psique. Cierto es que ver claro en esas capas ya es suficiente para transformar profundamente la existencia – pues todo el "cine" que nos contamos a nosotros mismos y a los demás, ¡es *ahí* donde está realmente! Ver claro en ellas, es dejar atrás todo "cine" – y eso ya es inmenso. Pero eso no significa que ciertos bloqueos más profundos, y ciertos mecanismos ligados a ellos (por ejemplo, en mi caso, el insidioso mecanismo de entierro del pasado...) estén desactivados. Ni siquiera un trabajo asiduo e intenso sobre los sueños lo logra por sí mismo (y volveré sobre este punto en el capítulo consagrado al trabajo sobre los sueños). Aquí tocamos, creo, el dominio por excelencia en que el hombre por sí mismo (incluso aunque el espíritu no estuvieras dividido en su deseo de conocerse y de renovarse...) es impotente. Sólo el Acto de Dios tiene el poder de desatar en el hombre lo que en él ha sido anudado en lo más profundo, en los olvidados días de su infancia...

[281] La diferencia principal entre el trabajo de descubrimiento matemático digamos, y el trabajo de meditación, dejando aparte los *efectos* de ese trabajo sobre la psique, se encuentra en la naturaleza de las resistencias que están en juego, resistencias incomparablemente más poderosas en la meditación. Por eso me parece que el trabajo de descubrimiento de sí es el más difícil, el más delicado de todos. Véanse también al respecto en Cosechas y Siembras las dos secciones "La fruta prohibida" y "La aventura solitaria" (CyS I, n°s 46, 47).

[282] Véase la sección "Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n° 21).

vez el miedo a conocer mostró su rostro, *el miedo a conocer desapareció de mi vida*

Pero para mi actual propósito, más importante aún que las vicisitudes de mi relación con la angustia es el hecho de que desde entonces *las resistencias contra el trabajo de descubrimiento de mí mismo fueron percibidas*. A la vez fue también *el fin de la división dentro de mí* en ese trabajo.

Hoy describiría esa situación diciendo que las resistencias al conocimiento provienen del Yo, del "Patrón"[283], mientras que el deseo y la voluntad de conocer la verdad (cuando realmente están presentes) son del alma: del *niño*, que sigue el impulso fogoso y a menudo sacrílego de una curiosidad inocente y ardiente, y del *espíritu*, fiel a la llamada de una misión que todavía ignora. Antes de ese paso crucial de un doble umbral[284], el alma no sabía que era distinta del "Yo", de hecho no conocía más que ese Yo. A falta de aclararse sobre sí misma, se identificaba con él por las buenas, o por las malas. En los momentos d crisis que provocaban un arranque saludable
251 del espíritu, era pues como si fuera *el alma misma*, que hacía un ◊esfuerzo por comprender su estado, y que a la vez tenía miedo a conocer[285]; que era ella la que se encabritaba secretamente, violentamente,contra la oscura y temible amenaza de un conocimiento a punto de aparecer, contra el intolerable riesgo de la profanación de la Imagen y de un renacimiento del ser. Así lo mejor de su energía estaba bloqueado para ocultarse a sí misma esa desgarradora división, ciertamente poco conforme con la Imagen, tan bonita y tan edificante (y que hasta entonces nunca se había preocupado de examinar su naturaleza ni su origen...).

Una vez franqueado al fin el doble umbral fatídico, esa verdadera historia de locos ¡de repente se resolvió! Al fin el alma se reencontró, en adelante una consigo misma. El obstáculo a su progreso, el obstáculo a su descubrimiento de ella misma así como de la psique de la que ella es el alma y que ella tiene a su cargo, ya no estaba *en ella*, sino *fuera d ella*. Y al fin ese obstáculo era claramente reconocido, en las resistencias tributarias del Yo (alias el Ego), al servicio de la Imagen – de esa Imagen incansablemente reconstruida y embellecida en cuanto se destruye...

Resistencias ciertamente con consecuencias, fuertes y obstinadas, y a la vez tan hábiles (cuando no se está en guardia...) en dar el cambiazo con aires tan virtuosos y tan razonables... Pero después de todo, ¡el viejo Sioux que yo era ya había visto muchas otras y no me impresionaban nada! Una vez *vistas* esas resistencias, y sólo entonces, o al menos cuando su existencia y su omnipresencia ha sido bien comprendida (aunque su acción no haya dejado de permanecer
252 oculta)[286], el ◊conocimiento que tenemos de la naturaleza del trabajo de descubrimiento de uno

[283]Sobre el "Yo" (o más modestamente el "yo"), alias el Patrón, véase el retrato de familia en la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n° 1).

[284]Ese "doble umbral" consiste en el "descubrimiento de la meditación" y en los "reencuentros conmigo mismo", en el intervalo de dos días. En lo que sigue, queda claro que esos reencuentros del alma con ella misma juegan un papel no menos importante que el primero de esos dos pasos.

[285]Ese "como si" corresponde verdaderamente a una realidad, creo. Mientras el alma no sabe que es distinta del Yo, está irremediablemente contaminada por todas las ambigüedades y todas las maniobras del Yo, y ese "miedo a conocer" (por más inconsciente que sea, eso no cambia nada) sin duda estaba bien presente el el alma misma. Incluso puede ser verdad que el miedo, así como la mayoría si no todos los *sentimientos*, son propios del alma, y jamás del Yo (ni de Eros), aunque con frecuencia estén suscitados por actitudes, opciones, movimientos del Yo (o de Eros, o de ambos). En este caso, el miedo a conocer sería el resultado del estado de división del alma que a la vez quiere conocerse, y (por su identificación con el Yo, debida a su ignorancia de sí misma) rehúsa conocer.

[286]La acción de esas resistencias siempre es "oculta", al menos en el sentido de que nunca se toman por lo que son. Siempre se presentan bajo apariencias amigas de nuestro proyecto de conocimiento, y hace falta una vigilancia constante para no caer en la trampa. Una inercia natural hace que tengamos demasiada tendencia, incluso cuando ya conocemos la canción y se supone que sabemos (por experiencia) a qué atenernos, a olvidar la existencia de esas zorras, incluso a imaginarnos que ya están desarmadas y que estamos por encima de esas contingencias. Cuando comienza a instalarse tal sentimiento de falsa confianza, de falsa seguridad, es muy mal síntoma y con seguridad ya estamos a punto de "dejarnos embaucar" y que ellas ya nos llevan por la punta de la nariz...

Por lo que sé, la primera persona en la historia de nuestra especie que ha visto claramente esas increíbles fuerzas

mismo comienza a ser realista. Entonces ese trabajo comienza a superar el estadio de simples escaramuzas del alma, que intenta mal que bien librarse de las usurpaciones y las groserías que le llegan de no se sabe bien qué barrios ignorados. Es entonces, y sólo entonces, cuando podemos plantearnos la cuestión (que siempre termina por encontrar solución...) de cómo despistar tales resistencias, y cómo hacerlas fracasar.

Pero lo esencial aquí no es cuestión de "relación de fuerzas" ni de "estrategia" (que no tienen nada que ver con la creación, y aún menos con el amor y con la obra espiritual), sino cuestión de "moral". Cuando la fe del alma en sí misma está arraigada en un conocimiento claro y seguro de su indestructible unidad[287], su progresión deja de ser la marcha dolorosa y a tientas de la que está pillada entre el deseo de buscar y el miedo de encontrar. Bajo el sol de mediodía o en las espesas tinieblas de la noche, ardiente y sereno incluso allí donde padece laboriosamente, su viaje es alegre y unas alas la llevan adelante, al encuentro de la Bienamada que le espera...

A primera vista eso puede parecer una paradoja, que un conocimiento de uno mismo por poco profundo que sea necesariamente haya de pasar por una toma de conciencia de las resistencias al descubrimiento de uno mismo. Sin embargo muy a menudo y de manera
253 ◊totalmente similar, ocurre que la súbita luz de un instante de verdad aparece, como por milagro, sólo en virtud de la humilde constatación de un estado de no–verdad en nosotros mismos. Además esas dos situaciones están estrechamente ligadas: las resistencias no son más que las *"fuerzas de interferencia"*, que intentan por todos los medios perturbar el silencio interior de un "estado de verdad" a punto de instaurarse o ya instaurado – ese estado que es el único que nos permite tomar conocimiento de nosotros mismos (en contra de las ideas, con frecuencia favorables, que alimentamos por nuestra cuenta). Y son verdaderas *fuerzas* y no una simple inercia, de una vehemencia prodigiosa (al menos mientras no son vistas, comprendidas y aceptadas...), ¡que se levantan para socorrer al Ídolo amenazado! Con razón podrían llamarse las *"fuerzas anti–verdad"* – las que se oponen paso a paso, qué digo, milímetro a milímetro, a las fuerzas creadoras espirituales del ser, y esto tanto más eficazmente cuanto permanezcan sin reconocer. Verlas verdaderamente es ver la *"no–verdad"* actuando en nosotros, es ver lo que en nosotros constantemente elude la verdad e impulsa lo falso...

Como ya dejé entender[288], en mi caso esas fuerzas casi siempre toman la apariencia de la "voz de la razón" (dándome por donde me duele...), cuando no es la de la simple decencia, tachando de digresiones y de cortar un cabello en cuatro, cuando no es de tontería, de camelo o incluso de simple delirio, esa especie de petulante locura que sin cesar me incita a meter la nariz allí donde nadie la mete y ¡a hacer y decir lo que nadie en su sano juicio pensaría jamás hacer ni decir!

Cuando no estamos constantemente en guardia para no dejarnos desviar por esa voz familiar y de acento tan convincente, es muy raro que nuestra frágil fe en *la otra voz*, tan discreta y tan baja, no se desconcierte. Y aunque resistiera bien, todavía es más raro, seguramente, que no permanezca muy intimidada y poco inclinada a aventurarse demasiado fuera de los límites de lo "razonable" y de lo "decente" tan perentoriamente marcados.

Para utilizar esta vez (una vez no hace costumbre) una comparación un poco bélica, la empresa del descubrimiento de uno mismo sería como la conquista de un vasto territorio

---

de resistencia en la psique, y además y sobre todo, no sólo en los demás sino también en él mismo, ha sido Sigmund Freud. También es la única persona que conozco que las haya visto, ¡con la excepción de mi modesta persona!

[287] A decir verdad, para llegar al conocimiento claro de esa "indestructible unidad", en ese año memorable 1976, hizo falta que unos meses antes de ese paso crucial del "doble umbral" que se acaba de comentar, hubiera (esta vez dulcemente, y sin ningún trabajo consciente por mi parte que la hubiera preparado) otra transformación, cuyo alcance so reconocí hasta varios años más tarde: la remontada desde las capas profundas de los trazos "femeninos" en mí que toda mi vida (salvo en mi trabajo matemático) mantuve reprimidos. Véase un relato de ese episodio más discreto, menos espectacular por sus efectos inmediatos, pero no menos crucial, en Cosechas y Siembras, en la nota "La aceptación (el despertar del yin (2))" (CyS III, n° 110).

[288] Véase la sección ya citada "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón" y la *otra*" (n° 6).

254 desconocido, por el ejército al completo de todas ◊nuestras facultades. En se ejército de elite perfectamente equipado, incluso en su Estado mayor y en el entorno inmediato del Jefe del Ejército, se han infiltrado (Dios sabe cómo...) fuerzas del adversario, para sabotear su moral y disuadirles de avanzar ni siquiera una pulgada. Su trabajo sería eficaz mientras el Jefe tuviera miedo de mirar de frente la situación, aunque una multitud de signos ya le advirtieran claramente. Por propia elección, sería víctima de una situación ambigua tanto más peligrosa cuanto que él mismo habría ordenado que permaneciese oculta, bajo pena (quién lo duda) de afrenta a la disciplina y a la sacrosanta moral del ejército (que se supone sin miedo y sin tacha). Que ese Generalísimo pusilánime reconozca y asuma su miedo que no decía su nombre, despiste a los adversarios infiltrados y, sin pasarlos por las armas (¡eso sería demasiado simple!) mande a sus casas a esos traidores y tome disposiciones para que no vuelvan más, ¡la situación habría cambiado mucho! Por más que el enemigo le hostigue por los flancos, ahora está verdaderamente *seguro* de sus fuerzas, ya nada pude impedirle avanzar.

7) La fruta prohibida (2)

a. El hecho más absurdo...

(17 de agosto) La existencia en todo ser humano de esas "fuerzas anti–verdad", de esos poderosos (¡y a menudo todo–poderosos!) mecanismos de rechazo y de escamoteo de la realidad, es para mí el hecho más absurdo, el más pasmoso, el más increíble (¡y sin embargo verdadero!) de la existencia humana[289]. Desde la noche de los tiempos hasta hoy en día, esas fuerzas dominan más o menos totalmente, día a día y hora tras hora, la vida de cada uno (¡incluyendo la tuya, querido lector!) y la vida de los pueblos. Pero el aspecto más delirante de todos en este estado
255 de cosas delirante, es que sea hasta ◊tal punto *ignorado por todos* – como en una casa de locos en que todos, incluyendo el personal y los directivos fueran locos de atar, sin darse cuenta de nada, hasta tal punto las extravagancias de cada uno habrían llegado a serles la cosa la más y la única normal del mundo.

Incluso aquellos que han entrevisto confusamente que algo como quien dice falla, están muy lejos de haberse dado cuenta de su pasmoso alcance y sobre todo: de las implicaciones *para ellos mismos*. Los que se han percatado de ese absurdo hecho en su vida profesional, principalmente psicoterapeutas e historiadores, no se distinguen de los demás: desde que entran en casa dejan sus "reflejos profesionales" en sus despachos. El terapeuta debe tener muy claro que ese tipo de cosas (algo extrañas ciertamente, pero uno se acostumbra...) no concierne más que a sus clientes (caso de que los reciba), y no parece que se le ocurra jamás que la película permanente que vislumbra en ellos pueda existir en sus allegados e incluso (¡claro que sí!) en él mismo, y dominar subrepticiamente su relación con los suyos, con sus amigos y con él mismo. Y lo mismo con el historiador y las dificultades que le plantean a cada instante, en su trabajo siempre al servicio de la Ciencia, las flagrantes contradicciones entre los testimonios sobre unos mismos hechos (llamados "históricos"), igual que entre las versiones que de ellos dan los historiadores (aunque, se sobrentiende, es *su* versión la que es la buena).

De hecho, entre la gente que he tenido ocasión de conocer personalmente (y ya lo creo que ha habido) por poco que sea, no hay *ni uno solo* que lo haya visto o al menos entrevisto, aunque si no hay más remedio alguno charle sobre él[290]. Y entre la gente de la que he oído hablar o que

[289] Sin tomarme nunca el tiempo de detenerme mucho en él, me he visto confrontado a ese "hecho absurdo" prácticamente en cada página de La Llave de los Sueños, bajo una forma u otra. Además de la presente sección y de la precedente, de la víspera ("La fruta prohibida (1)"), en este momento me parece que las secciones y notas que en lo esencial le están consagradas son sobre todo las siguientes: "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón" y el *otro*", "El hombre es creador – o el poder y el miedo de crear", "Creación y represión – o la cuerda tensa", y sobre todo "La Farsa y la Fiesta" (secciones n^{o}s 6, 34, 35), y "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano", "Las dos vertientes del "mal" – o la enfermedad de infancia", "La mistificación – o la creación y la vergüenza" (notas n^{o}s 41, 43, 46).

[290] Yo mismo he formado parte de esos que "recitan un discurso krishnamurtiano sin despeinarse", en los años

conozco un poco por sus escritos, en total sólo hay dos en los que tengo motivos para pensar que lo han visto: son *Freud* y *Krishnamurti*[291].

Además, en Krishnamurti ha faltado lo esencial, igual que en todos sus adeptos que recitan
256 un discurso krishnamurtiano sin ◊despeinarse: él nunca supo, o al menos nunca dijo, que lo que había visto en todo el mundo (y ya tiene mérito, pues era el único...), eso existía y actuaba en él mismo de modo muy parecido[292]. Además me parece casi impensable que no se haya dado cuenta en el momento de su gran avance, cuando se desprendió de la ideología teosófica que había incubado su vida hasta entonces, cuando eclosionó su visión propia y mucho más penetrante de la psique y de las cosas espirituales. Pero dichas "fuerzas" o "resistencias" debieron cargarse rápido el recuerdo de lo que había pasado en él en ese momento de crisis creadora. Después estuvo íntimamente convencido (y seguramente como algo que cae por su peso en alguien como él...) que lo que realmente *descubrió* en ese momento (y sin embargo Dios sabe que no se parecía a los piadosos lugares comunes que él recitaba antes sabiamente, ¡siguiendo a sus benevolentes tutores espirituales!), lo había sabido desde siempre por ciencia infusa – ¡como ciertamente le corresponde al Mesías tan esperado! Y si después de ese magnífico avance espiritual ya no se movió, seguramente no es tanto porque dedicó su vida y su energía a difundir sus "Enseñanzas" (que seguramente se lo merecían, a parte de la mayúscula...), sino porque se petrificó en la pose del Enseñante y del Modelo, y se dejó engañar por los mecanismos de huida y de autocomplacencia que tan claramente había visto en los demás, y que no dejaba de poner en evidencia[293] (¡y Dios sabe que se lo merecen!)

Por el contrario, en Freud se mantuvo hasta los últimos años de su vida una actitud de sana desconfianza hacia sus propios mecanismos egóticos, y sobre todo de aquellos que tratamos aquí, las "fuerzas–cine" que incansablemente se encargan de hacernos tomar el rábano por las hojas. La cosa es paradójica en apariencia y tanto más regocijante: él, que hacía profesión de
257 ignorar incluso la existencia de una realidad espiritual[294], no ◊cesó hasta el final de su vida de estar vivo espiritualmente y de crecer en espíritu[295]. Es la única persona que conozco (aparte de mí) que ha visto claramente las fuerzas ocultas que actúan *en su propia persona*, y además no sólo en un pasado presuntamente superado, sino *en su presente*. No cedió a la tentación

---

que precedieron al "salto" (en octubre de 1976) que he considerado en las páginas precedentes. Con la diferencia únicamente de que lo veía *en los demás* con gran claridad (semejante en eso al mismo Maestro, cuyos libros me habían incitado a mirar), pero eso no me hacía avanzar, no más de lo que no hacía avanzar a aquellos que eran objeto de mis caritativas atenciones. Véanse al respecto en Cosechas y Siembras la nota "Yang hace de yin – o el papel de Maestro" (CyS III, n^o 118) y "Krishnamurti – o la liberación convertida en traba" (CyS I, nota n^o 41).

[291] (8 de septiembre) Leyendo el último libro publicado de Marcel Légaut, "Meditación de un cristiano del siglo XX" (1983), constato con alegría que también Légaut al menos ha entrevisto ese hecho crucial, incluyendo el caso de su propia persona.

[292] Compárese con la nota (****) al pie de la página N 49 (en la nota "Marcel Légaut – o el pan y la levadura", n^o 20), y con la nota más detallada sobre Krishnamurti y Freud, "'Papel de Gurú y destino de héroe" (n^o), en el capítulo VII.

[293] Como recuerdo en la penúltima nota a pie de página, durante años hice lo mismo que el Maestro...

[294] Ésa es claramente, antes que cualquier otra cosa, la dimensión que falta en la gran visión innovadora desarrollada por Freud. Pero (como ya señalé en la nota "Homenaje a Sigmund Freud", n^o 6) "eso es casi un detalle" (cf. página N 15). Ese reajuste de perspectiva, que hace aparecer las verdaderas dimensiones de la obra, no podía dejar de hacerse, por la virtud misma de la poderosa fecundidad de la nueva visión. Lo que cuenta es el gran Avance – un avance único en la historia de nuestra especie, del que Freud fue el obrero valiente, probo y solitario.

[295] Aún no he encontrado ocasión para tomar conocimiento de la vida de Freud, como me gustaría hacerlo. Lo poco que sé proviene casi exclusivamente de lo que C.G. Jung dice en su autobiografía sobre Freud, cuya obra y pensamiento fueron el trampolín para la suya. Mi alta opinión sobre Freud en tanto que hombre, aunque aún no le conocía más que por sus principales ideas, proviene de la lectura atenta de un testimonio que se esfuerza (con aires de superioridad paterna) en criticarle. Véase al respecto la nota "Testimonio de cargo – o el maestro mal amado". Ese "testimonio de cargo" contra el maestro amante y mal amado, cuando uno no se deja llevar por la punta de la nariz, y se toma la molestia de leer las líneas y entre líneas, se vuelve en un testimonio bastante abrumador contra el testigo mismo, alumno mal–amante e ingrato de un maestro probo que se esfuerza en suplantar (jugando a ser papa de una "espiritualidad" muy sabia y con garantía de "científica"...).

del Maestro de erigirse en modelo, de creerse tallado en una madera diferente de la del común de los mortales, de una esencia superior a la de sus alumnos ni siquiera a la de sus pacientes. Seguramente debía sentir la grandeza de su misión (una de las más grandes, a mis ojos, que jamás haya sido dado realizar a un hombre...), lo que no le impedía verse a sí mismo con una mirada realista, sin complacencia, vigilante. Supo, cuando a sus ojos la ocasión lo requería, ir más allá de la visión de las cosas y de su relación con los demás que le susurraba la Imagen, fiándose del mensaje de sus sueños (cuyo papel crucial como mensajeros del Inconsciente supo reconocer). Es posible e incluso probable que en el camino del conocimiento de sí mismo haya ido más lejos que ningún otro hombre antes que él, al menos en lo que concierne al conocimiento del
258 "yo"[296] (si no al de Eros y aún menos, ciertamente, al ◊del alma). Seguramente habría llegado mucho más lejos, y su visión de la psique y del Mundo, igual que su propia persona, habrían sido profundamente transformadas, si no hubiera reservado al conocimiento de sí mismo un lugar de lo más modestos y casi marginal (por el hecho, seguramente, ¡de que esa investigación "sólo" concernía a su propia persona!) en su trabajo y en su obra, que pretendían ser "científicos" y "objetivos".

Es sobre todo por la concepción que tenía de la ciencia y de la objetividad "científica", y por su propósito deliberado de no considerar como conocimiento "serio" más que el que correspondía a esa concepción, por lo que ha permanecido prisionero (me parece) del espíritu de su tiempo, que en otros aspectos superó con mucho. Seguramente harán falta siglos antes de que sus grandes ideas maestras sobre la psique sean verdaderamente comprendidas y asimiladas en todo su prodigioso alcance, aunque sólo sea entre las personas más instruidas y más inclinadas hacia un conocimiento del hombre y hacia una vida auténticamente espiritual (inseparable, en verdad, de una práctica vigilante del conocimiento de sí); y cuando digo "siglos", ¡ésa es una estimación que hace un año hubiera considerado de un optimismo delirante! Pero con la ayuda de la gran Mutación...

b. El núcleo duro – o las anteojeras

Me costaría concebir que sea posible una vida, por poco "espiritual" que sea, sin que estuviera acompañada de algunos fragmentos o dispersos comienzos del conocimiento de sí[297]; no

[296] Como subrayo en la siguiente sub–sección ("El núcleo duro – o las anteojeras"), es sobre todo ese conocimiento del "yo", tan desdeñado por casi todos los espirituales, el que me aparece como el "núcleo duro" en el camino de la progresión espiritual. Contra ese conocimiento, contra la profanación del Ídolo sagrado, ¡se levantan las resistencias alocadas, dispuestas a asolar todo! Ese ovillo enredado del conflicto en el hombre no se sitúa en el Inconsciente profundo, que no participa para nada en sus coletazos. Y no es por azar que de lo que incansablemente nos hablan los sueños (cuando no nos tapamos los oídos para no escucharlos...), no es de la vida de las capas creadoras profundas (que sin duda escaparán siempre al conocimiento humano, o al menos a la inteligencia humana), sino de ese ovillo que constantemente nos empuja, nos atropella, nos tima o nos hace timar (o jugar a papas...) – y también es *ahí* donde se sitúa nuestra responsabilidad tangible e inmediata, y no en la "realización" de no sé qué estados inefables, ni en la producción de discursos altamente eruditos y sabios. Por eso, hecha la reflexión (¡y a riesgo de disgustarle!), la figura de Freud, en su coraje, en su probidad, en su fidelidad a sí mismo y a su misión verdaderamente prometeica, me parece de una estatura *espiritual* excepcional. Y muy pocos hombres calificados de "espirituales" (aunque realmente estuvieran en un tú a tú con el buen Dios) me parece que han jugado un papel tan crucial como Freud en la aventura espiritual de la especie humana al encuentro del conocimiento de sí misma.

[297] Al escribir estas líneas, me he quedado un poco perplejo al pensar en el caso de Krishnamurti, ¡pues en ninguna parte de sus libros y de otros textos que he tenido bajo los ojos hay la menor traza de "fragmentos" o de "comienzos" de un conocimiento de sí! (Aunque con mucha frecuencia se trate del conocimiento de uno mismo). ¿Hay que decir pues que la vida de Krishnamurti, al menos después del gran avance, '*no* ha sido una vida "espiritual", "por poco que sea"? Para mí lo que es seguro, es que ha habido ese largo periodo (que estoy tentado de llamar "estancamiento") en que él no progresó, deslizándose hacia una autocomplacencia, rodeado y aprisionado por una corte de fervientes admiradores. Sin embargo sus "Comentarios sobre la Vida" atestiguan una excepcional cualidad de presencia, después de unas conversaciones que anotó con notable agudeza. Si mi recuerdo no me engaña, al menos ese libro es una auténtica creación, incluso (me parece) a nivel espiritual. Por el momento hay ahí un misterio, que tal vez se aclare cuando encuentre el tiempo libre para volver a sumergirme

259 la *pose* ciertamente ◊(que hoy es la cosa más común del mundo en ciertos medios), sino la *cosa*. No pienso aquí en las cosas sublimes e inefables que pasan entre el alma y el Inexpresable y que llenan innumerables toneladas de libros piadosos y deleitables, de los que sólo unos pocos he tenido entre las manos, pero tengo como una impresión de que forman un "género" (bautizado "espiritualidad"), bastante apreciado a fe mía en nuestros días (tan sombríamente materialistas...) más que nunca. Pienso en cosas grandes como una casa, los timos abracadabrantes y descarados montados por el yo para epatar a la galería incluyendo a uno mismo – cosas no muy lejanas y que no hay que ir a bucear en insondables profundidades (para ir a pescar tal vez toda una panoplia de erudición mitológica...); cosas al alcance de la mano y a flor de consciencia y tan grandes en efecto que es pura maravilla cómo logran pasearse con ellas, algunos durante un día y otros durante toda una vida, ¡sin percatarse jamás de los jamases! Y también pienso en las aguas del deseo que suben sin ruido y que rodean los diques y se filtran y se insinúan y se sacian por libre, ni visto ni oído, Dios sabe cómo...

Hay mucho para mirar sin tener que salir de casa, y fácilmente para pasar la vida, o si no unos años. Ciertamente, no a todos les es dado apasionarse hasta tal punto por lo que nadie mira jamás. Pero lo absurdo no es que nadie mire, sino que ¡todos hacen como si *no notasen siquiera su existencia*! Los libros sublimes sobre el alma no hablan de ello jamás, si no es por algunas alusiones púdicas y desoladas al "pecado" de esto y aquello (ciertamente el orgullo, pero también la concupiscencia, ¡santo horror!), entre las trampas en las que hay que guardarse de caer, y hay que rodear para elevar el alma hacia las cosas elevadas.

260 ◊Sin embargo, pudiera pensarse que eso le concierne al alma, ¡lo que pasa debajo de sus narices, con su asentimiento tácito (mientras discurre tal vez o se supone que discurre de cosas elevadas)! Por mi parte, tengo la ingenuidad de creer que las estafas patentes en que participa el alma haciendo como que no está al corriente de nada, no dejan de tener influencia (digamos) en su relación con Dios, o al menos en *Su* relación con ella; que mientras ella se lanza (en sus horas libres) a soñar todo en rosa sobre las Realidades Superiores y sobre el carácter ilusorio de este Valle de Lágrimas, Él no piensa menos en ellas – incluso si, según Su costumbre, Él se calla. Llego incluso a pensar que la cuestión de la relación del alma con Dios no comienza a plantearse verdaderamente hasta que el alma comienza al fin, por poco que sea, a confrontarse con ese guirigay que arrastra con ella sin dignarse a notar su existencia. Y aunque haya comenzado, no estará cerca de terminar, incluso animada de una auténtica sed de vida espiritual, de un ansia auténtica de Dios. Pues el núcleo duro del viático,en su periplo espiritual, ese núcleo que tendrá que romper y volver a romper a lo largo de varias existencias, no radica en Dios, bien al contrario. Dios no es la cáscara, Él es el fruto. Somos nosotros los que secretamos la cáscara, y los bellos discursos sobre Dios la engrosan y la endurecen y nos alejan de Él. Llegar al fruto es romper la cáscara, y nadie la rompe sin darse cuenta al menos de que existe. Dios, Él es llamada a atreverse – y cuando nos atrevemos, Él es saber, que nos dirá según las necesidades dónde están nuestros dientes y cómo usarlos. ¡Ningún problema por ese lado!

Y tampoco es Él quien mantiene esas anteojeras que no dejan al alma ver nada de lo que arrastra con ella. Si están siempre ahí y le impiden ver, es porque ella quiere. Seguramente no tiene ganas de conocer ni las anteojeras, ni lo que le ocultan. Peor para ella – tendrá que volver a hacer sus deberes tanto tiempo como haga falta, nacimiento tras nacimiento, hasta que al fin, harta de guerrear, termine por arriesgarse a mirar y comience a tener conocimiento de sí misma y de ese lastre que lleva...

Dicho de otro modo, *la aventura espiritual del alma, antes de ser la aventura de su relación con Dios, es la de su relación con la psique* de la que (como su nombre indica) es *el alma*, y por eso y a la vez el *señor responsable*. Y su relación con la psique no es otra cosa que *su relación*
261 *con el cuerpo, con Eros y con el "yo"* – el cuerpo ◊en que está arraigada durante su periplo terrestre, Eros a medio camino entre ella y Dios, el yo a medio camino entre ella y el Grupo.

---

en la lectura de ese libro...

Ahí está ese "núcleo duro" del que hablaba, y es triple – pero la parte más dura de las tres es el yo y la relación con el yo. Y él es también, el yo, instrumento medio servil medio recalcitrante del Grupo, que ha tallado a medida y ha puesto las anteojeras.

Y veo *dos pasos (o "umbrales") cruciales* entre todos en el camino del alma en busca de sí misma y de Dios. Uno es aquél en que *se descubre a ella misma*, y al descubrirse diferente del "yo" y por eso mismo algo distinto de una inextricable red de reflejos y de apetitos. El otro, cuando *descubre las anteojeras*, y al tiempo se libera de ellas[298].

En mi caso, los dos pasos se sucedieron en el intervalo de dos días[299], y en el orden inverso del que acabo de decir. Sospecho que en la mayoría de los "espirituales", e incluso tal vez en todos salvo yo, el alma comienza por descubrirse a sí misma. Es entonces, me parece, y sólo entonces cuando está preparada para "descubrir" a Dios, es decir: a encontrarLe, en el momento
262 elegido por Él[300]. También sospecho ◊que deben ser pocos los espirituales que han franqueado el segundo paso, es decir: que han descubierto sus anteojeras[301]. Seguramente debe de haber bastantes, pero hasta ahora no he tenido conocimiento de ninguno. En cada uno de los textos y testimonios que he leído hasta ahora, de la pluma de tal o cual espiritual notorio, siempre he tenido la impresión muy clara (¡y en cada caso bien frustrante!) de que *no* había franqueado ese paso[302].

[298] Se sobrentiende que por "anteojeras" entiendo las inveteradas disposiciones de la psique que la hacen adherirse más o menos ciegamente a una Imagen de sí misma de su fabricación, e ignorar sistemáticamente todas la marrullerías del yo (y también los empujones y las gratificaciones por libre de Eros). Cuando hablo del momento crucial en que se "libera" de las anteojeras, eso no significa que de golpe se vea claro todo el cuadro, ni que las marrullerías y los empujones de todo tipo cesen como por encantamiento. Tampoco significa que las fuerzas que empujan sin cesar al espíritu a *no* mirar se hayan desarmado repentinamente – solamente han perdido su prodigiosa vehemencia. Ahora son *fuerzas de retaguardia* que intentan mal que bien limitar los desgastes, ante los avances del "ejército enemigo" (formado por las facultades de conocimiento, en adelante bien unidas bajo el mando del espíritu). (Véase la parábola "un poco bélica" al final de la sub–sección precedente "La fruta prohibida (1)", donde ya se trataba ese viraje crucial en la aventura espiritual). Ese viraje no es en modo alguno un "happy end", tras el cual todo es orden y belleza (al estilo de los clichés espirituales sobre el alma que se ha "percatado de Dios" y llega todo...), sino por el contrario *el comienzo* de una dura y probablemente larga etapa, de un *trabajo* tenaz y riguroso, a contracorriente de la inercia propia de la psique entera, y de las "fuerzas anti–verdad" procedentes del yo...

[299] Véase al respecto la sub–sección precedente, página 247 y siguientes.

[300] (25 de agosto) Sin duda sería más exacto decir que en ese momento comienza para el alma la aventura del "descubrimiento de Dios", incluso si durante largos años aún (como fue mi caso) no le viene el pensamiento del "alma" y de "Dios". A decir verdad, el mismo día que pasé ese umbral hice ya el "encuentro" con Dios, en su cualidad de *Soñador* benévolo, que me había enviado el sueño mensajero y suscitado con él ese nacimiento de mí mismo. Pero entonces no tenía ni idea de mi "alma" (¡palabra que estaba prácticamente ausente de mi vocabulario!), y aún menos pensaba en Dios – mientras que mi pensamiento apenas se detenía sobre el Soñador ¡que se me acababa de manifestar de manera tan decisiva! (Véase la sección "Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas", nº 21.) Quizás fuera más exacto considerar que en ese momento *no* estaba "preparado para encontrar a Dios" con pleno conocimiento de causa – y que esa es la razón por la que ese encuentro no se hizo hasta diez años más tarde.

También me viene el pensamiento de mi padre en prisión. (Véase la sección "Esplendor de Dios – o el pan y el adorno", nº 28.) Ése fue seguramente un "encuentro con Dios", pero que se realizó sin que mi padre hubiera franqueado el umbral del que hablo (y que nunca franquearía a lo largo de esta existencia terrestre) – sin haber hecho primero el "descubrimiento de su alma". El resto de su vida parece mostrar que no estaba verdaderamente "preparado" para hacer ese encuentro, y a nutrir así su vida. Puede pensarse que ese Acto de Dios, llegado antes de la hora, fue una iniciativa de Dios particularmente excepcional, sin duda llamada por una situación psíquica y espiritual igualmente fuera de lo común.

[301] En Freud la situación fue la inversa: descubrió "sus anteojeras", pero parece que no hizo (al menos en la misma encarnación) el descubrimiento de su alma, sin duda a causa de su propósito deliberado de negar toda realidad espiritual. Me parece posible e incluso verosímil que sea rigurosamente el único en este caso: ser uno de los pocos en haber descubierto dichas "anteojeras", sin hacer en la estela de ese descubrimiento crucial (si no lo ha hecho antes) el descubrimiento de su alma.

[302] Sin embargo debería exceptuar a Lao Tse, en el que esa impresión no es tan "clara". Pero nada en el Tao Te King, me parece, tiene el aire de aludir a la realidad de la huída. Y me parece casi impensable que si Lao Tse hubiera visto realmente un hecho tan "absurdo", tan increíble, no hiciera alusión al menos con palabras indirectas.

c. Las malas compañías

Ciertamente, eso no quiere decir que en esos hombres espirituales haya una ausencia total de conocimiento de uno mismo. No estar atento, aunque sólo sea ocasionalmente, a los movimientos secretos de la psique, es también cerrar los ojos totalmente a las marrullerías del
263 yo, es compartir la común autocomplacencia, ◊algo que me parece incompatible con una vida espiritual en el verdadero sentido del término, con una "espiritualidad" que no se limite al ejercicio de devociones o a la producción de un discurso "espiritual"[303]. Pero tengo la impresión de que la tendencia común en ellos es la de estar con Eros y el yo, y a menudo también con el cuerpo, en pie de *guerra de escaramuzas*. Bien quisieran tenerlos por algo desdeñable, mientras que sólo el alma y sus destinos eternos les parecen dignos de atención. Pero (al menos en la medida en que son auténticos espirituales, y no sólo representantes de la buena sociedad de la "espiritualidad") tienen suficiente lucidez, y sobre todo honestidad para con ellos mismos para darse cuenta, aunque sea a su pesar, que esos compañeros del alma no son una cantidad tan despreciable[304]. *Debería serlo* y no lo es – situación de lo más común, ciertamente ¡pero no menos vejatoria y frustrante por eso! Totalmente identificados al alma (y seguramente tienen mucha razón), son un poco como una persona distinguida que se encontrase sola en compañía poco recomendable (tal es al menos su impresión) y que, en vez intimar con sus compañeros tan poco relucientes, tratase de guardar las distancias. De vez en cuando algo le pica y tiene que rascarse, seguramente son esos piojosos los que le han pasado unas pulgas o algo peor, quién sabe... En ese caso intenta guardar la compostura lo mejor que puede, demasiado honesta sin embargo para fingir que no le pica. Lo malo es que sus compañeros, que deben tener la piel muy gruesa a fe mía ¡parecen muy a gusto y sin rascarse jamás!

Por eso no hay que extrañarse de que la psique, o "lo psíquico" (como dicen con condescendencia a veces), tenga mala prensa en los espirituales. La costumbre es oponer "lo psíquico" a lo "espiritual", entendiendo que en cuanto se declara que algo no es "*más que* psíquico" ya está adjudicado y no ha lugar perder el tiempo mirándolo por poco que sea. Incluso Marcel Légaut sigue a veces este movimiento, pero (me parece) con convicción mitigada. El único "espiritual" (si hay que llamarlos así[305]) que he visto tomar totalmente en serio "lo psíquico",
264 incluso como formando la substancia de la aventura espiritual y como ◊lo que se trata de entender y comprender ante todo, es Krishnamurti. Ése es un punto crucial entre muchos otros en que su pensamiento me parece verdaderamente innovador, como una bocanada de aire fresco en el ambiente confinado y sobrecargado de incienso de una "espiritualidad" separada de la sangre caliente de la vida ([53]).

d. El Moralizador – o el sello y la espada

Esa actitud de desdén hacia la psique, cortándole las alas a todo conocimiento de sí que no sea epidérmico (mientras que dicho conocimiento es sin embargo alabado con frecuencia como en descargo de conciencia...), me parece que generalmente va de la mano con una actitud reprobadora hacia la *curiosidad*. Y ésta ciertamente, bajo la insólita forma de "curiosidad de sí" (expresión ella misma del amor a uno mismo), es la fuerza que actúa en un conocimiento de sí que vaya más allá de las escaramuzas y que los reproches a uno mismo dirigidos por tal o cual "mancha" considerada desoladora, más allá de una generosa (y fácil...) condena general de uno mismo como indigno en todos los aspectos de la menor atención divina[306].

[303] Véanse más arriba el inicio de b. y la correspondiente nota a pie de página.

[304] Véase al respecto la citada nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo" (n° 9).

[305] Véase la nota a pie de página citada en la penúltima nota a pie de página.

[306] Tal actitud autoflagelante me parece común sobre todo entre los espirituales cristianos, cuya humildad (si realmente es eso) a veces se exaspera y se degrada en actitudes (con frecuencia más verbales que reales afortunadamente) de una verdadera aversión a ellos mismos. Véase al respecto la nota frecuentemente citada "Experiencia mística y conocimiento de sí" (n° 9).

Además esa desconfianza visceral de numerosos espirituales hacia la curiosidad (¡y sobre todo la curiosidad activa!) a su vez me parece pariente cercano de una desconfianza igual, cuando no es antagonismo o incluso (en los casos extremos) asco y odio, hacia el impulso amoroso. Seguramente muchos de ellos han debido sentir oscuramente (y sin tener que esperar para eso a que un Freud tuviera el raro coraje de verlo y decirlo claramente) que dicha curiosidad (que no es otra que la manifestación "yang" del impulso de conocimiento) está ligada a Eros, ¡ese inoportuno entre los inoportunos! Que es, por decirlo todo, el *impulso de Eros* volviéndose tan pronto ¡ñam, ñam! hacia la carne tierna del cuerpo y otras cosas tangibles y buenas (¡oh impureza!), como hacia la carne de cosas inteligibles si no sensibles (lo que a penas es mejor y comienza ya a sentirse la hoguera...). Es sobre todo en las cosas espirituales, y en las más o menos relacionadas, donde esa desconfianza (o ese miedo...) es más inveterada: "la razón" (por
265 dar ese nombre a la Fornicadora) ¿no se le ocurrirá ◊meter una nariz fisgona e impúdica en el dominio reservado de las verdades reveladas[307]?

En cuanto a lo "psíquico", de acuerdo en que no es lo "espiritual", ¡pero le queda bien cerca! (y aquí hay que censurar al buen Dios, que no ha dispuesto muy bien las cosas, en Su infinita Bondad...). Pero sobre todo no es agradable, incluso decididamente no es de las cosas hechas para ser miradas, sino (con la ayuda de Dios) para ser superadas con los ojos cerrados y las narices tapadas, o si no al menos exorcizadas por el santo sacramento de la confesión, como quien friega de vez en cuando y sin mirarlos muy de cerca unos retretes...

(18 de agosto) Aquí nos encontramos de nuevo con el propósito *moralizador* deliberado, el que rechaza conocer lo que *es*, pues no quiere oír hablar ni hablar más que de lo que (según su perentoria ciencia) *debería ser*. Tengo la impresión de que el discurso moralizador, al igual que la desconfianza endémica hacia la curiosidad del espíritu (fuerza viva de la creación intelectual), son más fuertes en la tradición cristiana que en cualquier otra parte, mientras que el desinterés por esa desgraciada "psique" es un rasgo común a la mayoría de los espirituales de todas las religiones (si no a todos). Sea como fuere, cada una de esas tres actitudes, que se prestan mutuo apoyo, me parece como un pesado fardo legado, ciertamente, por una tradición venerable, pero de la que cada uno tendrá que separarse antes o después[308].

Con ese "moralismo", que caracteriza lo que llamaría la *"espiritualidad arcaica"*, in-
266 opinadamente hemos vuelto al punto de partida de la presente sección–río sobre "el bien y el mal" – a ◊la actitud que toma la observancia de una *Ley* moral (y más a menudo aún los piadosos discursos al respecto...) como el alfa y omega de la espiritualidad. Tengo la convicción de que la gran Mutación marcará el fin del moralismo en tanto que actitud dominante y por así decir "oficial" (por la sanción universal de las religiones) en la vida espiritual colectiva.

Habría mucho que decir sobre el moralismo, ese grifo inagotable de discursos huecos y de lugares comunes aguachinados, incansablemente y gravemente repetidos, que hasta hoy mismo ha ocupado el lugar de "espiritualidad" oficial en las sociedades llamadas "civilizadas"; plaga común (parece) a todas las "grandes religiones" y afligente secreción del "espíritu del rebaño". Hacía y sigue haciendo buenas migas con la avidez, la hipocresía y la bestialidad humanas, y es en el nombre de los sagrados deberes predicados con unción como desde hace innumerables siglos se enfrentan los ejércitos, se encienden las hogueras y se desencadenan los progroms (a la espera

[307] Como una ilustración particularmente llamativa entre mil, señalo el alboroto eclesiástico acerca de la teoría de la Evolución de Darwin, y la pequeña cruzada cultural que hubo que llevar al Vaticano no hace mucho tiempo, con el apoyo de un ejército de personas con títulos y de renombre, para obtener la publicación de las obras de Teilhard de Chardin sobre ese tema todavía considerado escabroso en altos círculos católicos.

[308] También aquí, con una actitud decididamente y explícitamente no moralizante, Krishnamurti rompe alegremente con el moralismo de rigor en los medios espirituales. De los tres "fardos" que estamos considerando, no ha llevado más que uno, el del rechazo de la curiosidad. Cierto es que no ha tenido que llevarlo mucho, pues se contentó con quedarse quieto... Por contra Légaut, que avanzó a zancadas, tuvo (si no me equivoco) que llevar los tres, aunque los tres debieron aligerarse considerablemente en el camino...

de que los hombres lleguen a ser hombres...) Veo una etapa intermedia, sin duda necesaria, entre el estado animal del que somos los herederos medio arrogantes medio avergonzados, y el estado humano al que estamos llamados. El Moralizador moralizante es a la vez el *sello* del Grupo y de la represión del Grupo marcada en el ser, y el *filo* de la espada por el que el ser así marcado transmite ese sello de servilismo débil al tiempo que transmite la vida...

Tampoco es una casualidad, pues todo está relacionado, que sea justamente esa actitud la que, en los seres llevados a pesar de todo hacia la búsqueda espiritual, es *el* gran obstáculo al conocimiento de sí[309]. Me volví hacia el testimonio de los místicos, como el de unos "hermanos espirituales" que tenía grandes deseos de conocer, y ya he dicho mi estupor[310] ante su extrema indigencia (si no ausencia total) en el conocimiento de sí; de esa casi total falta de interés por lo que sin embargo afecta de la manera más esencial y más neurálgica a su progresión espiritual, que han puesto en el centro de su existencia.

267 ◊e. El Fin está en el camino – o la primera Prioridad

A decir verdad, fue un verdadero *choc* enfrentarme a una ignorancia tan extrema en unos seres excepcionales por muchos motivos y que, sobre todo, tienen el privilegio de una relación íntima, confiada y amorosa con Dios ([56]). Sobre todo estaba "confuso" porque Dios no había juzgado útil (parecía) "hacerles un signo" para disipar (¿o animarles a disipar ellos mismos?) al menos esa ignorancia entre otras, tal vez aún más grandes pero de menos consecuencias en su maduración.

Desde entonces, es cierto, he podido darme cuenta de que Dios no parece estar dispuesto a intervenir jamás para disipar una ignorancia, al menos no en el caso en que ésta se ignora a sí misma y en el hombre no hay un ardiente deseo de conocimiento que actúe como una llamada a Dios, sin duda tácita pero sin embargo poderosa (como ha sido mi caso, me parece); y que así es, por más pesadas que puedan ser las consecuencias, tanto personales para el alma directamente afectada, como para otros cuyo destino esté ligado de cerca o de lejos al suyo[311]; incluso las consecuencias históricas a gran escala y a muy largo plazo, implicando un cortejo sin fin de innumerables sufrimientos para millones y millones de seres humanos a lo largo de siglos y de milenios[312]. Parece que ese "respeto" (por así llamarlo) de Dios por la ignorancia humana[313], o (por decirlo de otro modo) Su extrema reticencia o Su rechazo a acelerar en nada el caminar de
268 un ser en su devenir espiritual[314], forma parte de las ◊Leyes Espirituales que Él ha instaurado

[309] Además ese obstáculo parece tanto más serio en los espirituales cuanto que puede pensarse que con mucha frecuencia, al llevarles sus decisiones por la vía religiosa, han interiorizado con más fuerza que la mayoría esa actitud moralizante, y que a menudo han hecho de ella el juez y el test de su fidelidad a su vocación espiritual.

[310] Véase la nota n° 9 sobre los místicos, citada varias veces, sobre todo la página N 21.

[311] Aquí pienso, en primer lugar, en la ignorancia parental en las relaciones del padre con el hijo. Véase al respecto más arriba la subsección 3) "El padre malhechor – o el mal por ignorancia", página 234 y siguientes.

[312] Pienso sobre todo en las "ignorancias" y los "errores" de los apóstoles e incluso de Jesús, y en las consecuencias que el mundo contemporáneo sigue soportando. (Cierto es que los apóstoles, Jesús y el buen Dios no son la única causa, faltaba más, sino que todos los cristianos que han venido después han tenido su propia parte...). Véanse al respecto sobre todo las notas n°s 21, 22, 27, 28, y más particularmente las páginas N 57, 58.

[313] Cuando hablo aquí de la "ignorancia humana", se sobrentiende que se trata de la verdadera ignorancia, con frecuencia resultado de una falta de madurez, o de una falta de perspicacia. No se trata de lo que puede llamarse una "ignorancia deliberada", a la que aludía sobre todo en la citada subsección (página 236)Es cierto que a menudo Dios atrae la atención sobre tales subterfugios en los sueños que nos envía, pero seguramente sin hacerse ilusiones de que tomemos nota....

[314] (25 de agosto) Aquí pongo en primer plano cierto aspecto de la relación de Dios con el hombre y con su "caminar", que sin embargo no debe ocultar el aspecto complementario: que *toda* progresión crucial en ese caminar, que cada uno de esos pasos de un "umbral" decisivo, es la obra *común* del alma y de Dios, en la que (tal es mi íntima convicción) la Fuerza creadora esencial, el Acto que transforma al ser,viene de Dios – la parte del hombre consiste en asentir activamente, en colaborar con todo su corazón y toda su voluntad, al Acto de Dios. Pero tal vez sea exacto decir que no hay ninguna iniciativa de Dios en la psique, que provoque una progresión, que de alguna u otra manera no sea *llamada* por el hombre, por un intenso deseo en él (aunque sea inconsciente)

desde toda la eternidad, o de la reglas inviolables que Él mismo se habría dado; que ese respeto participa quizás del mismo Espíritu que Su infinito respeto por la libertad de todo hombre, y que de hecho sea, a los ojos de Dios Mismo, inseparable de él.

Es verdad que la "sabiduría" humana permanece confusa ante tal respeto de Dios ante una libertad, ante una libre responsabilidad del ser en su propio devenir, que toda nuestra educación recibida, todos nuestros reflejos adquiridos nos empujan a *ignorar* pura y simplemente – un respeto tan grande que se pone por delante, para una sola alma humana, de una suma inimaginable de sufrimientos y de errores de innumerables seres humanos, que se perpetúan a escala de continentes enteros y durante milenios. Parece que en los Designios de Dios sobre el hombre, la libertad y la responsabilidad humanas son la *prioridad primera* e inviolable, mientras que el tiempo, los despistes, los errores y el sufrimiento (diríase que se prolongan hasta el infinito y sin medida alguna) ¡no tuvieran para Él la menor consecuencia! Pasmosa inversión de las perspectivas humanas, cuando se ve lo que para el hombre es universalmente ignorado y despreciado contado lo primero por Dios, y lo que impresiona y espanta más nuestra imaginación y nuestro pensamiento consciente tenido por Dios como algo sin consecuencia[315]; si no es, únicamente, en tanto que *precio* de la última fructificación de ese "primero", como el *camino* hacia el despliegue último de la libre creatividad del ser. Hacia una creatividad perfecta que no esté *otorgada* por Dios sino que, en germen desde los Comienzos, se haya creado a sí misma y haya nacido en las lentísimas y dolorosas labores de ella misma dándose a luz a sí misma, llevada hasta su término por las aguas vastas y profundas del río Tiempo.

---

de progresar. En ausencia de tal llamada del hombre, Dios permanece mudo, y se guarda mucho de "empujar" como sea. Y si no obstante Él llama antes de ser llamado, siempre lo hace en voz muy baja, de modo que nos deje total libertad para *no* escucharLe...

[315] Compárese con la nota n° 22 ya citada, "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe", y sobre todo la página N 59.

269 ◊VI EL VIAJE A MEMPHIS (2): SIEMBRAS PARA UNA MISIÓN

57. El acto (1): el desgarro

(4 de septiembre) Héme aquí dispuesto al fin a retomar el hilo del relato: la historia de mi relación con Dios. Lo había dejado en suspenso ante la inesperada llegada de una reflexión religiosa y metafísica totalmente fuera de programa, que me ha tenido en vilo durante más de dos meses[316]. Por tanto, durante más tiempo que el que había estado escribiendo la Llave de los Sueños cuando me dispuse a dejar mi "hilo", justo para anotar de pasada (una digresión de una o dos horas en mi relato, todo lo más...) una impresión que me había chocado: que Dios tenía esa extraña costumbre, la de hablar siempre en voz tan baja...

Había llegado, en mi retrospectiva de los episodios que me parecen cruciales en mi aventura espiritual, al "gran viraje" de 1970: cuando dejé, para no volver, el medio del que formaba parte y al que me había identificado durante veinte años de mi vida. Ese episodio (que al principio no pensaba señalar más que de pasada y que incluí como a mi pesar, hasta tal punto parecía "fuera de lugar"...) es el tema de la reflexión "El viraje – o el fin de un sopor" (sección nº 33), del 21 de junio. En las dos secciones siguientes ("Fe y misión – o la infidelidad (1)" y "La muerte interpela – o la infidelidad (2)"), escritas en los cuatro días siguientes (22–25 de junio), retrocedo trece años para examinar, por primera vez en mi vida, el insólito episodio que ahora me aparece como la primera *llamada* para entrar en mi misión. Llamada insistente, claramente escuchada ¡y sin embargo no seguida! En mi vida, tan rica en errores y desorientaciones de toda clase, este episodio (a mis treinta años) fue quizás la primera infidelidad a mí mismo verdaderamente esencial; quizás también la única, al menos de tal magnitud. Seguir esa llamada, ciertamente
270 hubiera sido locura a los ojos de cualquiera[317], según la famosa ◊"sabiduría del mundo". Pero no a los míos, en ningún momento de ese año memorable. Si no la seguí, no fue rechazando la llamada, sino olvidándola. Igual que el "joven rico" de la parábola[318], preferí permanecer prisionero de mis "bienes". (De los que, en cierto momento, supe sentir el carácter irrisorio después de todo, o al menos todas sus carencias...)

Por el contrario, trece años más tarde, al desgarrarme con amargura de la institución de la que había sido el primero en fundamentar su fama y en la que pensaba terminar mis días, y al dejar luego (por la lógica interna del nuevo camino al fin emprendido) el medio matemático para convertirme, durante unos años tumultuosos, en un infatigable apóstol de la Vida, amenazada por la locura de los hombres – es en ese momento (me parece ahora, con la perspectiva de diecisiete años) cuando al fin "me puse en marcha" para entrar en mi misión.

Ciertamente, como ya he señalado[319], aunque entraba en la vía de una "gran causa", de una tarea candente de inmensas dimensiones (dimensiones que al final incluso me parecía que sobrepasaban las meras posibilidades humanas...), esa vía aún no era lo que llamaría una "vía espiritual". En primer lugar, en modo alguno aparecía ligada a una profundización interior, de la que a decir verdad entonces no tenía la menor idea. En los tres o cuatro años siguientes es cuando, a través de la barahúnda de las discusiones, los análisis, las tomas de posición y los manifiestos más variopintos, nace en mí, poco a poco, ese presentimiento de que no sólo la suerte

[316] Entre el 26 de junio y el 3 de septiembre. Para una retrospectiva del trabajo en cuestión, ver el principio de las secciones "La convergencia imposible" y "Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)" (nºs 37, 55), así como el principio de la nota "La Ley, el discurso y el Ruido – o un ciclo milenario se cierra" (nº 57).

[317] Salvo mi madre, que estaba en situación, ella sí, de comprender que se pueda subordinar todo a una llamada interior. Además debí darle a entender que me disponía a dejar el trabajo matemático para hacerme escritor, y no era algo que le disgustase...

[318] Véase al respecto el principio de la nota "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (nº 35).

[319] En la sección "El viraje – o el fin de un sopor" (nº 33), nota a pie de página.

(e incluso la supervivencia física) de nuestra especie está indisolublemente ligada a una profunda transformación de las mentalidades, sino que también la "tarea" más esencial que tenía ante mí era realizar tal transformación en mi propia vida.

Eran años de intensa efervescencia ideológica y espiritual, no sólo en mi vida sino en la de cientos de miles de hombres y mujeres, en la estela de los "sucesos" de Mayo del 68 [320].
271 Sobre todo jóvenes, pero también ◊algunos menos jóvenes como yo (que entonces tenía 42 años), se levantaron por todo el mundo, y más particularmente en Francia y en los Estados Unidos, para "cambiar la vida". Pero en el momento de desgarrarme de una órbita de vida (¡¿pero eso era "vida"?!) que parecía de una estabilidad inmutable, tan fuerte era en mí el impulso que la mantenía, aún no sospechaba nada de esa efervescencia que surgía por todas partes, y de la que nada se filtraba en el vaso hermético en que permanecía encerrado. Me dedicaba por entero a mi pasión de investigar, identificado a la vez en cuerpo y alma con ese gratificante papel de pionero y gran visionario en que ella me hundía.

Me vi forzado a ese desgarro por una circunstancia aparentemente fortuita[321], por un arranque de fidelidad a unas convicciones íntimas tan profundamente arraigadas que hacer componendas con ellas (idea que por otra parte no afloró en ningún momento) hubiera sido una traición a lo más profundo de mí, más allá de mi identificación superficial con el papel que me era asignado – identificación sin base real en mi ser profundo. *Hasta qué punto* era así, hasta qué punto lo que me parecía una exigencia elemental de integridad en el ejercicio de mi profesión[322] era considerado nulo y despreciable, e incluso vagamente ridículo, por todos mis amigos y hasta por mis alumnos en mi mundo adoptivo, al que me había identificado tan calurosamente – eso no lo aprendí hasta ese momento, y en los meses siguientes. Esa experiencia, que me revela progresivamente, y de manera cada vez más irrecusable, una diferencia (que ahora llamaría una
272 diferencia de *universo* ◊*espiritual*) esencial, irreducible e infranqueable, con unos seres que había sentido y creído cercanos (o que me gustaba y me convenía creer cercanos, a pesar de todo lo que me gritaba lo contrario...), la experiencia por tanto del carácter *ilusorio* de cierta visión de la realidad que me implicaba de modo neurálgico, y en la que me había complacido hasta entonces – es ella seguramente la que hizo tan doloroso y tan amargo el acto decisivo del desgarro. Y haberme *dado cuenta* de mi ilusión en lugar de seguir aferrándome a ella cueste lo que cueste (echando todo el agua que hiciera falta en mi vino...) es lo que hizo irreversible ese acto y le dio todo su alcance. Desde entonces ya no fue, como en un principio parecía, el acto de dejar simplemente una institución que a mis ojos había desmerecido, para lanzarme en paracaídas en otra presumiblemente mejor que ya me abría sus grandes puertas; sino más bien el acto de un hombre que corta sus amarras – que deja un medio y los valores y el modo de vida que lo acompañan, para no volver jamás. En el espacio de unos meses, mi pasión dominante y mis tareas principales, mi campo de acción, los amigos con los que haría cosas en común, iban a ser

[320] Véase al respecto la nota "La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios" (n° 18). Durante "los sucesos", ante todo fui espectador, atónito y maravillado a la vez por lo que sucedía, ¡verdadero cuento de hadas de Utopía! De todos modos terminé por unirme a un Comité de profesores en la Facultad de Orsay, a fin de poner en pie un proyecto de reforma de la Universidad (que no tuvo futuro, quién lo duda), basado en una separación entre la función de investigación y la de enseñanza.

[321] Se trata del descubrimiento de la presencia de un 5% que provenía del ministerio del ejército, en las fuentes de financiación de mi institución (El Institut des Hautes Études Scientifiques en Bures sur Yvette). Para más detalles, ver CyS III nota n° 134_1.

[322] Se trata del rechazo total de la investigación con fines militares, y de la intromisión del ejército en la vida científica, principalmente como fuente de financiación (ver la nota a pie de página precedente). Mis convicciones antimilitaristas, tan fuertes hoy como antes, no se limitan sólo a mi vida profesional. No quiero ni oír hablar de llevar el uniforme, ni de dejarme llevar por no se qué circunstancias para convertirme en verdugo, o informador de la policía – aunque tuviera que dejarme fusilar, si hubiera que pasar por ahí. Ésta es la razón por la que no pedí mi naturalización antes de 1972 y permanecí apátrida hasta ese momento. Las oportunidades de encontrar en alguna parte un puesto estable en la investigación científica, siendo apátrida, son de lo más problemáticas. Estaba dispuesto, caso de ser necesario, a renunciar a mi primera vocación, y conformarme con un oficio artesanal que me atrajera, como el de carpintero o ebanista.

totalmente diferentes de los que lo habían sido durante toda mi vida de adulto.

Ciertamente ese cambio, movido por una fidelidad a mi ser profundo, no afectaba sin embargo a las capas de la psique por poco profundas que fueran. Fuera ya de mis termas científicas, si la nueva mirada que entonces dirigí sobre el mundo (¡como uno que acaba de desembarcar!) me incluía realmente, era más por mi papel en la sociedad y por las contradicciones inherentes a ese papel, que por el que *yo era* y que en verdad, sin percatarme lo más mínimo, ignoraba casi totalmente. *Quién* era, verdaderamente no iba a comenzar a descubrirlo hasta seis años después, al descubrir la meditación[323]. Pero ese descubrimiento crucial de mí mismo no hubiera podido hacerse, seguramente, si antes no hubiera sido preparado por el descubrimiento del mundo que me rodeaba, y por una confrontación con otras formas diferentes de mirarlo. Y el acto de "desgarramiento" de mi medio adoptivo fue a la vez, sin percatarme aún en el momento, justamente el acto por el que empujaba y franqueaba una *puerta* que hasta entonces había mantenido cerrada sobre mí ¡y que ahora se abría de par en par sobre un mundo nuevo! Sólo entonces comprendí que ese medio en el que había vivido muellemente también había sido
273 mi *prisión*. Una prisión muy confortable, ciertamente, ◊dorada y acolchada y de aire enrarecido, de la que acabé desgarrándome tan dolorosamente, medio asfixiado, para volver en mí ¡y respirar a bocanadas el tonificante aire del exterior!

Fue una *liberación*, sí. Y, creo que por primera vez en mi vida, entonces me fue dado conocer la maravillosa alegría y la plenitud del que siente desprenderse de él pesadas trabas cuya existencia ni siquiera había presentido hasta entonces, y ve abrirse ante él un mundo insospechado, llamándole a descubrirlo. Y creo que también es la primera vez[324] que experimenté eso tan extraño, que iba a renovarse tantas y tantas veces: que algo que me llegaba con todas las apariencias de un "mal" contra el que todo mi ser se resistía y se sublevaba, una vez consumado y asumido, se revelaba una bendición.

58. El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin

(5 de septiembre) Habiéndome desgarrado del universo cerrado que hasta entonces había encerrado mi vida de adulto, me encontré catapultado en la efervescencia post-Mayo del 68, que en esos años atraía al espíritu de muchos de los seres más vitales. Era un ambiente de rescoldo de revolución cultural, abriéndose un camino un poco en todas las capas sociales y en todos los medios, dispuesto (así parecía) a inflamarse de nuevo para consumir a un mundo agonizante.

No es mi propósito entretenerme aquí con un cuadro de esa gran fermentación creadora, tal y como la viví en calidad de testigo y co-actor. Durante dos o tres años (entre 1970 y 1972), como uno de los principales animadores en el grupo "Sobrevivir y Vivir" (al que me consagré con un ardor parecido al que anteriormente había puesto en mi dedicación a la matemática), y como director y redactor principal del boletín mensual del mismo nombre, estuve tan interesado como se pueda estarlo en lo que pasaba un poco por todas partes, tanto en París y en provincias como fuera de Francia, y muy particularmente en Estados Unidos, donde la "contra-cultura" pegaba
274 fuerte. ◊Pasaba de seis a ocho diarias con la correspondencia suscitada por nuestra acción, y lo mejor del tiempo que quedaba lo consagraba a contactos de viva voz, principalmente en las reuniones y en la permanente del grupo. También estaban las "intervenciones" en el exterior:

[323] Respecto a ese descubrimiento, ver la sub-nota "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n°s 56, 6)), principalmente las páginas 247–249.

[324] Sin embargo hubo una ocasión similar, cuando la muerte de mi madre, de la que hablo en la sección "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n° 35).

discusiones públicas sobre los temas más diversos (todos ligados y mostrando la gran Crisis de Civilización), en salas de fiestas de los ayuntamientos de las afueras o en pueblos en el quinto infierno, en instituciones de investigación, universidades y escuelas, desde las más empiringotadas a los colegios más infames, incluyendo una pequeña escuela comunal de las afueras, con unos niños formales y algo asombrados... Mis títulos universitarios y (en las grandes ocasiones) mi fama de sabio-vedette servían de Ábrete-sésamo ¡con una infalible eficacia que sorprendía! A menudo, los funcionarios que nos invitaban[325] estaban muy lejos de sospechar que un Señor tan distinguido (en ese momento profesor del Colegio de Francia) se desplazaba expresamente para ir a sembrar la confusión en los espíritus. Alguno debió permanecer mucho tiempo preguntándose quién les había llegado...

Ése también fue el periodo de mi vida, y con mucho, en que me encontré con más gente – hasta el punto de que a veces ¡la cabeza me daba vueltas!, a mí que soy de temperamento más bien solitario, Creo que directa o indirectamente, en cuanto a las gentes que he encontrado y frecuentado después, muchas de las cuales han sido importantes en mi vida, esos encuentros surgieron de esos años tumultuosos, en que me froté con mis semejantes más que en los restantes años de mi vida todos juntos.

He tenido tendencia a olvidar un poco ese periodo de intensa fermentación, que sólo duró un tiempo antes de decaer y de ser más o menos reabsorbido (al menos así pudiera parecer) en la inercia general. Ciertamente, las inmensas esperanzas que alumbró y que motivó, esperanzas tan locas y tan "imposibles" como los sucesos ("parte de la historia" no obstante) que desencadenaron esa fiebre repentina y saludable, permanecieron sin futuro. No sólo la revolución cultural a escala planetaria no tuvo lugar, ni ningún otro suceso notable de igual orden a escala
275 de un país o aunque fuera de una ciudad. ◊Sino que parecería que la inercia universal de los corazones y los espíritus se hubiera acrecentado de año en año, cercando uno a uno y arrastrando al hábito de los egoísmos, de las rutinas y de la mediocridad satisfecha de sí misma a aquellos que se dejaron levantar, por espacio de unos años, por una fe generosa en las capacidades creadoras que había en ellos mismos y en el hombre. En ese combate desigual del espíritu que la materia aprisiona y carga, de los procesos creativos que oscuramente se obstinan en el seno de una masa amorfa lastrada por una inmensa inercia, de un futuro incierto aplastado por todo el peso de los determinismos de hoy, de ayer y de un pasado inmemorial, parecería que el peso bruto de la masa y el número finalmente hubieran vencido y hubieran borrado hasta las trazas, infinitamente frágiles, improbables, efímeras, de un futuro creador y humano. Al menos ésa era la impresión inexpresada que terminó por decantarse en mí a lo largo de los años. Aún era mía el año pasado. Había terminado por resignarme, en suma, a no esperar nada del exterior que alimentase o al menos estimulara mi propio caminar. Todo, o casi todo, lo que me llegó de allí, después de los intensos y fecundos años del comienzo de Sobrevivir y Vivir en 1970–72, me parecía ante todo como otros tantos pesos y trampas para frenarme o disuadirme de avanzar...

Sin embargo, después de la inaudita cosecha de sueños desde el año pasado, y sobre todo de sueños metafísicos y sueños proféticos, y también por la reflexión realizada con la escritura de la Llave de los Sueños, mi óptica para evaluar el lugar y el alcance de las cosas se ha transformado mucho. Soy llevado cada vez menos a dejarme impresionar por la aplastante evidencia de lo *cuantitativo*, de la masa y de la cifra, esa pesada arma de choque de la inercia. Empiezo a darme cuenta de que toda esa inmensa masa que Dios, mucho mejor que el hombre, sabe juzgar, ¡pesa muy poco en *Sus* balanzas! Mientras que un sólo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, en tanto que acto en que Dios mismo participa, tiene peso de eternidad. Por lo menos

[325] A menudo, la invitación se dirigía a mí en persona, pero con frecuencia yo pedía poder llevar conmigo uno o dos "colegas y amigos" (de Sobrevivir y Vivir, ¡todo hay que decirlo!). Su activa presencia tenía el efecto de animar y relajar los debates, al estar menos centrados en la persona de un "invitado famoso" (que no tenía el estilo del "Señor distinguido"...). Esas invitaciones casi siempre eran sugeridas, con la mayor inocencia del mundo, por personal de la institución que era simpatizante del grupo, después de ponerse de acuerdo con nosotros.

sé, por uno de mis sueños, que tal acto vive por siempre en la memoria de Dios – grabado al instante y con un arte consumado en placas de oro fino, para ser conservado toda la eternidad. Pero si es cierto que Dios es *Acción*, seguramente la Memoria de Dios no es archivo ni vertedero de momias (aunque sean de oro y hermosas...), sino *presencia* viva en Dios y, por eso mismo, *llamada a otros Actos* en potencia. Actos que esperan su hora, bajo el Ojo vigilante de Dios, para nacer y para perpetuarse y completar a aquél del que son hijos.

276 ◊Dicho de otro modo: todo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, e incluso cuando pareciera perdido para siempre y olvidado, es un *comienzo*, generador fecundo de una sucesión sin fin de actos surgidos de él, que lo continúan y lo culminan. Toda creación, en tanto que obra que no sólo es del hombre sino también de Dios, tiene vida y valor eternos[326].

Poco a poco esa virtud de "comienzo" se me hace patente en el acto de desgarro en el que me detuve ayer, acto que sin embargo tenía tendencia a olvidar y a subestimar, como algo minúsculo en suma (¡casi "el más pequeño"!), entre tantos otros que después se han presentado en mi vida, ¡y que me parecen de un alcance muy diferente! A decir verdad, ya en los meses siguientes, primero al ponerme torpemente en movimiento, luego cogido poco a poco en el ardor de un nuevo entusiasmo creador, en resonancia con el que ya oscuramente sentía desplegarse en tantos otros a mi alrededor – ya esos penosos momentos por los que tuve que pasar, cual los de un fatigoso parto, ¡estaban bien olvidados! No fui conducido a tomar conocimiento de las lecciones que entrañaban para mí más que catorce años después, bajo el impulso de la escritura de Cosechas y Siembras. Sin embargo, esa nueva plenitud de una vida y una creación tan distintas que viví desde esos meses[327], ya estaban entre los primeros frutos de esos "penosos momentos" de los que ya no conservaba más que un vago recuerdo. Y las mieses mucho más granadas que he cosechado a lo largo de los años hasta hoy mismo son hijas del mismo acto ignorado, decisivo: el acto por el que, al fin, me *puse en marcha*.

Ciertamente, aunque en ese momento había en mí algo que realmente "se movió", sin embargo no fui renovado totalmente, como por ensalmo. Fue, lo he dejado bien claro, un *comienzo*. El comienzo de un largo y laborioso trabajo, con sus largos tiempos muertos, y también sus repentinas aceleraciones, imprevistas e imprevisibles, en que de repente, en el espacio de unas horas o unos días, se queman las etapas de meses y de años, e incluso de vidas enteras... Un trabajo que prosigue aún hoy, y que, si no me duermo en el camino (¡Dios no lo quiera!), no concluirá (provisionalmente, sin duda...) más que con mi último suspiro.

277 ◊59. Una charrúa llamada Esperanza...

También he tenido tendencia a menospreciar un poco el intenso trabajo de reorientación que tuvo lugar en los dos o tres años posteriores al desgarro, cuando por primera vez en mi vida intenté conscientemente hacerme una imagen de conjunto coherente del mundo que me rodeaba, y también de la deriva a la que era arrastrado. Ciertamente, mientras ese trabajo no estuvo secundado y sostenido por una verdadera toma de conciencia de mí mismo y por un trabajo de profundización interior, era como un coloso de hierro con pies de barro. No por eso dejó de ser un

[326] Compárese con el último párrafo de la nota "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear" (nº 49) (página N 145).

[327] Esa "nueva plenitud" y ese "nuevo entusiasmo creador" aparecieron sobretodo después del mes de julio de 1970, cuando se constituyó en Montreal (con ocasión de un coloquio matemático en la Universidad de Montreal, y de discusiones extra-matemáticas que lo animaron) la asociación "Sobrevivir", que después cambiaría su nombre por el de "Sobrevivir y Vivir".

trabajo auténticamente creador, y por el que seguramente me *hacía falta* pasar, antes de estar listo para el trabajo aún más esencial de descubrimiento de mí mismo (involucrando resistencias de fuerza muy distinta...), que iba a proporcionar la base inconmovible que aún faltaba.

Durante mucho tiempo, los frutos de ese primer trabajo permanecieron ignorados, de tan fusionado conmigo que en adelante estaría ese nuevo conocimiento del mundo, de su deriva y de la disgregación de sus valores. Seguramente, la lucidez que me permitió ha contribuido a preservarme de dispersarme en actividades quizás útiles, incluso "indispensables" desde una óptica "utilitaria" superficial, sin ser verdaderamente fecundas. Pienso principalmente en la militancia rutinaria, que prosigue su carrera por el mero efecto de la inercia del impulso adquirido. Pasado cierto momento, la actividad militante no hubiera podido alimentar más que una Imagen, saliendo al encuentro de lo que todo el mundo esperaba entonces de mí: permanecer sabiamente en la órbita de mi nueva trayectoria, debidamente inventariada y clasificada – ¡y que no se hable más!

A decir verdad, todo a mi alrededor parecía empujarme hacia el papel asignado, el "nicho" preparado para una especie de "papa de la ecología"[328], medio-Gurú medio-"sabio distinguido", medio-"pelos largos" medio-eminencia impecable. Y tal papel, ciertamente ¡no dejaba de tener el asentimiento de una parte fuertemente implantada de mi ser! Pero si más de una vez me sucedió que entré en ese papel (del que entonces sentía más el peligro de lo que percibía la insidiosa
278 atracción), yo ◊ya no era aquel que verdaderamente pudiera haberse instalado y complacido mucho tiempo en él. Me había puesto en marcha, y cuando después me sucedió que me retrasé, no sin cierta complacencia a veces, en alguna etapa agradable a fe mía e incluso confortable, algo en mí, a veces bajo el golpe de un contundente suceso externo, en seguida me advertía que ya había vagueado bastante.

La fidelidad no provenía de mí sino ante todo de Dios, quien, en lugar de dejarme en silencio malgastar mis años, cada vez terminaba por hacerme comprender de un modo u otro (a menudo mediante un sueño muy sentido) que ya era momento de sacudirme y de reemprender el camino. Él me hacía sentir, irrecusablemente, que me estancaba. ¡Ya no aguanto estancarme! Y cuando el mensaje por fin pasaba el umbral de unas orejas reticentes, volvía a partir...

También pienso en cierta conmiseración con la que he repensado (¡oh, sólo de pasada!) la gran esperanza que animó esos años intensos y generosos – la de una Renovación que todo parecía llamar, ¡que tantos signos parecían anunciar! Esa esperanza estaba sostenida por una *fe* inmensa en "el hombre". Fe ciega, sin duda, indisolublemente mezclada con una ignorancia casi-total de la naturaleza y de los límites del hombre en general y de nosotros mismos en particular, y con un hambre insidiosa de ilusiones en la que se anclaba nuestra ignorancia, en la que después no he visto más que la ganga egótica y he ignorado las preciosas pepitas de oro de una fe creadora. Sin embargo ¡con qué alegría he reconocido esa misma fe (bajo un rostro diferente es verdad y sobre todo, despojada del manto iluso que en nosotros tanto la había entorpecido y ocultado hacía poco...), entre líneas, tenaz e insistente a través de toda la obra de un Marcel Légaut[329]!

[328] Ese término había sido utilizado por Pierre Fournier (sin ninguna intención peyorativa, bien al contrario – él simpatizaba a tope con el grupo Sobrevivir y Vivir), en uno de sus artículos llenos de un verbo amargo, en Charlie-Hebdo (N. del T.: Revista francesa independiente y satírica, que trata la actualidad francesa y extranjera en viñetas y artículos). El término me hizo una impresión extraña y ambigua, de la que aún me acuerdo ¡mientras he olvidado casi todo! Fue como una advertencia discreta, respecto de lo que ya me estaba reservado – ¡si no ponía cuidado! Compárese también con Cosechas y Siembras, la sección "El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas" (CyS I, nº 45).

[329] En lo que he leído hasta ahora de la obra de Marcel Légaut (estoy en el sexto volumen...) no he encontrado ninguna alusión al Mayo del 68 ni al movimiento "contra.cultura" que le siguió. Debieron llegarle algunos ecos ¡pero claramente no estaba conectado a esas longitudes de onda! Sin embargo estaba mucho más cerca de lo que sospechaba, y de lo que sin duda aún hoy sospecha. Por su solitaria "vuelta a la tierra" en 1940, fue un precursor, ignorado y que se ignoraba, de ese movimiento colectivo surgido treinta años después. Igualmente por una especie de nostalgia "comunitaria", que parece haber sido una de las fuerzas directrices en su vida. Por contra, debió quedar desconcertado, incluso repelido por los aspectos anárquicos, a menudo incluso disolutos y

279 Ha sido muy ◊recientemente – la primera y también la única vez, desde aquellos lejanos años, en que oigo resonar en otro como un eco de esa loca esperanza de temeraria inmadurez (y sin embargo ya, quizás, secretamente visionaria...); un eco con tonos más graves y más profundos, alimentados por una visión largamente madurada a lo largo de una vida de duras labores, de meditación y de oración.

Durante largos años, durante cerca de quince años esa esperanza decepcionada caló hondo y dejó en mí como un enorme *vacío* – un vacío sin embargo que jamás he soñado en querer llenar. Llegó a ser como una parte de mí mismo, que llevaba en mí como algo ineludible, familiar en adelante, ¡ciertamente un poco penoso o doloroso! pero del que ni soñaba en querer escapar. O dicho de otro modo, unos pasos delante de mí estaba ese gran vacío que parecía cortar el porvenir, y que me acompañaba retrocediendo cada vez que yo avanzaba – un vacío que lanzaba el velo de una interrogación tácita, incesante sobre todo lo que hacía: ¿cuál es el sentido de lo que haces, cuando el mundo de los hombres, cuya existencia es la única que da un sentido pleno a tus actos, se disgrega, y con toda verosimilitud está llamado a desaparecer desde mañana?

Nunca intenté apartar esa interrogación, quitarla de en medio con una "respuesta", que sólo podía ser fáctica mientras en mí el tiempo no estuvo maduro para darla. En esos años llevé conmigo esa interrogación muda, como el fruto de un conocimiento, ciertamente incompleto y precario, pero que no soñaba en rechazar, ni siquiera en minimizar. No más de lo que me sentía inclinado a confrontarme con esa interrogación. A decir verdad, ella no ponía en tela de juicio, aunque pudiera parecerlo, el sentido de mi vida, o el sentido de la existencia. Bien al contrario, ahora me parece que era parte de ese sentido, y que era necesario que la llevase así en silencio. El sentido de mi existencia, después de la renovación interior, el "re-nacimiento" que tuvo lugar en
280 1976, estaba arraigado en una profundidad de mi ser fuera ◊del alcance, creo, de toda amenaza de destrucción física de mi persona, o incluso de toda la humanidad y de ese milagro inaudito que es la vida sobre la tierra. Además, en los periodos de creación intelectual esa interrogación cesaba. O, si estaba presente, al menos no alcanzaba al trabajo de descubrimiento espiritual, por el que mi mismo ser se transformaba.

Ahora que reparo en ello, me doy cuenta de que ese vacío dejado por una esperanza que fue "verdadera", también tenía cualidad de verdad – era un vacío *fecundo*. Y la pregunta sin respuesta que ese vacío mantenía en mí también tenía cualidad de verdad, también era fecunda.

Ese enorme vacío y esa pregunta eran como un gran campo, arado con la reluciente reja de la charrúa Esperanza. El Labrador se marchó y olvidó la charrúa, y quizás las heladas del invierno han quemado y endurecido esa tierra que fue verde y ahora parece desolada. Sin embargo, una vida oscura e intensa trabaja ya en sus entrañas. Con los primeros chubascos de la primavera, ese campo está listo para el Sembrador...

60. El Soplo y la Tempestad

---

en todo caso muy "liberación sexual", del movimiento comunitario de después de Mayo del 68. Sin contar con que la dimensión espiritual de ese movimiento, que le da todo su alcance, se expresaba bajo formas que entonces no debían serle accesibles. El hecho es que casi nunca se trataba del buen Dios ¡ni de rezar! Creo que el tiempo aún no estaba maduro, para que dos búsquedas surgidas de inspiraciones y horizontes ideológicos tan diferentes se reencontraran. Pero también creo que ese reencuentro no sólo debía hacerse, sino que ya es cosa hecha.
Al movimiento comunitario de después de Mayo del 68 no le faltó la fe ni la generosidad, sino el rigor. El que no se contenta con espumar reverberantes superficies, y no rechaza los prolongados y azarosos descensos a las profundidades. El que sostiene las prolongadas perseverancias, cuando el objetivo se aleja hasta lo infinitamente lejano. El que llama, y vuelve cercanas y amantes, a la soledad y a su hermana el silencio...

(6 de septiembre) Una "circunstancia aparentemente fortuita" (decía antes de ayer) desencadenó el acto decisivo que, en el espacio de unos meses, iba a cambiar profundamente mi vida. Es notable, en el mismo momento (salvo uno o dos años), en decenas y centenares de miles de vidas de hombres un poco por todo el mundo, "circunstancias aparentemente fortuitas" actuaron de forma similar, desencadenando en cada una de ellas un sobresalto de amplitud comparable al que entonces se produjo en mí, y un trabajo interior que la transformó más o menos profundamente; durante algunos años para unos, y de modo irreversible para otros. Recuerdo bien, como si fuera ayer, hasta qué punto me embargó esa impresión de una extraordinaria *convergencia* en el devenir y el itinerario de seres provenientes de medios totalmente diferentes[330], cada uno
281 lastrado con una educación y unas anteojeras culturales no menos ◊diferentes, e inicialmente movidos por golpes y motivaciones igualmente diferentes. Un día, en cada uno de nosotros, algo "hizo tilt" de repente con una fuerza sin réplica; una gota (ridícula en sí misma) que hizo rebosar un invisible vaso lleno hasta el borde, y nos hizo traspasar un umbral invisible delante del cual quizás estuvimos bloqueados durante toda una vida... Un franqueamiento sin retorno[331], sin darse mucha cuenta en el momento de lo que estaba pasando.

Para mí fue el mangoneo generalizado científicos-militares el que acabó por ponerme en marcha. Para otro fue el ruido de día y de noche que repentinamente se le reveló en toda su demencial dimensión. Para otro más el mismo aire que respiraba, al que jamás había prestado atención y que, ahora lo sentía bien, insidiosamente le corroía. O los largos estudios a los que se habían dedicado con una convicción de encargo y que descubrían, con una claridad repentina y fulgurante, que no tenían ningún sentido – ¡remilgos de monos vestidos! Tal otro expulsado de su casa con los suyos a corto plazo, por alguna sombría especulación inmobiliaria. O la muda amenaza de una central nuclear no lejos de allí – ¿íbamos a servir de cobayas benevolentes y pasivas a los Señores sabios atómicos? O tal marido modelo o tal esposa honesta dándose cuenta de repente, con un arrebatador relámpago de evidencia, hasta qué punto su vida conyugal había
282 sido un desierto, separados uno y otro, como ◊por alguna maldición secreta y misteriosa, de lo que da la fuerza y la savia de una vida en pareja...

Lo que había en común en todos los casos, creo, es que un orden del mundo que había parecido el único pensable, del que estábamos impregnados hasta el punto de ser indisociable de nosotros mismos, de repente se reveló como algo *exterior* – algo *extraño*, en el fondo, a lo que somos en lo más profundo; extraño y, a la vez, percibido como aplastante, inhumano, enemigo – *intolerable*.

De ningún modo era el atractivo, eufórico de ir a contrapelo, de alguna moda "contestataria", en que unos y otros hubieran estado contentos de venir a encarecer sus propias dolencias.

[330] (7 de septiembre) Al escribir estas líneas me ha venido el recuerdo de otra ocasión, ésta muy cercana, en que me *embargó* tal impresión de una (¡"impensable"!) convergencia, al encontrarme con el pensamiento de Marcel Légaut. (Véase la sección "La impensable convergencia" (nº 37), y más particularmente la página 141.) Por otra parte es notable que esa impresión de "convergencia", de una "fuerza turbadora" como escribí entonces sin forzar la nota en modo alguno, no haya suscitado entonces en mí el recuerdo de esa impresión tan parecida (si no tan poderosa) que me habitó durante dos o tres años; hace ya de eso dieciséis o diecisiete años. Eso muestra hasta qué punto el recuerdo de esos tiempos, recuerdo que surge progresivamente en virtud de la escritura, estaba relegado a las mazmorras, como unas etapas emborronadas y sin mucha consecuencia de un pasado que ya estaría superado. Y sólo comienzo a presentir que ese pasado tiene que enseñarme muchas cosas sobre lo que se prepara en este mismo momento en un plan fuera de mi vista, y que se dispone a manifestarse y a tomar posesión de la vida de todos... (Compárese con las dos notas "La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios" e "Impensable Mayo del 68 – o el ensayo general" (nº 18, 44), en que ese presentimiento comienza tímidamente a salir a la luz.)

[331] Digo bien "sin retorno", sin olvidar los casos, seguramente los más numerosos con mucho, en que la vida terminó por recaer en la primitiva inercia de la que se había separado, por espacio de unos años. Aunque en adelante ese episodio sería negado y más o menos inhibido del recuerdo consciente, sin embargo no está borrado. Se puede negar, inhibir un íntimo conocimiento fruto de una creación, se puede abdicar de una madurez que apareció entonces (y luego malvenida). Pero no se borra ni una madurez, ni el conocimiento que constituye su carne.

Bien al contrario, esas súbitas revelaciones, por las que el ser toma conciencia de una limitación hasta entonces interiorizada, y a la vez experimenta, con una agudeza sin réplica que le coge desprevenido, el carácter mutilado de *su* vida, provocando ese sobresalto del ser repentinamente confrontado a lo intolerable – es en la soledad donde surgen. O más exactamente, ellas fundamentan al que visitan en la soledad, dura de llevar, del hombre que repentinamente se siente *diferente* de los otros: todos los otros aguantan, igual que le había ocurrido a él mismo, sin siquiera tener aspecto de darse cuenta. En adelante *sólo* él aguanta sabiendo que lo que aguanta le mutila, día tras día. Sólo él, día tras día, siente la picadura y la afrenta, reiteradas sin cesar, de lo intolerable. Y ser el único en sentir así – un inadaptado en suma, un asocial de perfil psicótico... – vuelve aún más intolerable la aborrecida limitación.

Para esos hombres y esas mujeres (y a menudo también niños, cuyo caparazón aislante es menos grueso y menos estanco), descubrir que no eran únicos en su especie, que otros habían pasado y pasaban por tales escollos y no temían hablar de ello, fue una liberación. El trabajo
283 más útil, creo, que pudimos hacer por medio del grupo y de su boletín[332], ◊fue el de ayudar a algunos de ellos a salir de ese aislamiento, a menudo vivido como una tara y como una impotencia, y a descubrirse portadores de un movimiento que los superaba igual que superaba a cada uno de nosotros en Sobrevivir y Vivir, y que superaba al pequeño grupo que formábamos con medios oh cuán modestos. Eran como otros tantos "puntos aislados", unos preciosos "puntos de fermentación" que ellos mismos aún se ignoraban. Soñaba que esos puntos llegarían a ser *nudos* entrelazando las mallas de una vasta red que terminaría por cubrir el país entero – redes holgadas primero y llamadas a estrecharse, a medida que la situación madurase. Ante todo nuestra tarea sería proporcionar los primeros hilos para entrelazar esos nudos potenciales, anudar y formar las primeras mallas, y estimular la continuación de un trabajo similar allí donde pudiéramos.

Sabía que la fuerza creadora que debería animar ese trabajo, surgida de la sorda fermentación de los espíritus, de ningún modo estaba concentrada en el comité de redacción de nuestro modesto boletín[333]. Se encontraba allí donde había hombres que se despertaban, que tomaban conciencia de una insatisfacción esencial, irreducible, que ya habían dejado ser beneficiarios, pasivos e incondicionales, de un orden del mundo en lo sucesivo sentido, aunque fuera oscuramente y de modo tácito, como *inhumano* – como profundamente extraño a su naturaleza de hombre. Nuestro papel no era decir lo que debía ser, y menos aún cómo conseguirlo[334], o

[332]Ese boletín jamás tuvo una presentación "comercial", que lo habría convertido en aceptable para los vendedores de prensa. Finalmente así fue mucho mejor – la difusión estaba asegurada, sin grandes problemas, por grupos de simpatizantes un poco por todas partes en París y en provincias, y dio ocasión a numerosos contactos que de otro modo no se hubieran hecho. Después de una tirada de mil ejemplares del primer boletín, a medida que el grupo Sobrevivir y Vivir y su periódico encontraban su verdadero rostro, la tirada aumentó hasta cerca de 15000 ejemplares, con unos ingresos que, hacia el final, cubrían con mucho los gastos de fabricación y difusión. Con, es cierto, una considerable inversión de trabajo benévolo, que sin duda no habría podido mantenerse a largo plazo.

[333]Quizás habría tardado en darme cuenta de ello, visto el medio y el ambiente en que desembarcaba, si no me hubieran ayudado varios amigos que se decidieron a unirseme, y que de partida tenían una visión mucho más penetrante que la mía. Entre éstos, señalaría muy especialmente a Claude Chevalley y Denis Guedj, por los que aprendí muchas cosas entonces, igual que Félix y Mati Carrasquer (amigos desde fecha muy temprana) y Jean Delord. Salvo este último, todos esos amigos apelaban bastante explícitamente a ideas y opciones libertarias (sin encerrarse en ellas de ninguna manera); ideas y opciones por las que desde siempre tuve una simpatía espontánea, y que tuve tiempo de perder un poco de vista durante mi vida de "vedette" y de "gran patrón" matemático...
(N.del T.: Félix Carrasquer, nacido en Albalate de Cinca (Huesca) en 1903, llevó a cabo al menos dos proyectos educativos: el primero, la escuela Eliseo Reclús en Barcelona en el año 1935, y el segundo la escuela de militantes en Monzón, Aragón. Sus proyectos pedagógicos se basaron sobre todo en el concepto de la autogestión, la libertad y la igualdad de facto entre profesores y alumnos. Murió en 1993. Su obra "Las Colectividades de Aragón. Un vivir autogestionado, promesa de futuro" puede leerse en http://kehuelga.org/biblioteca/colec/carrasquer.html . Otras obras son "La autogestión a debate", "La escuela de militantes de Aragón" y "Marxismo o autogestión".

[334]Continuamente nos encontrábamos confrontados con la penosa necesidad de decepcionar la expectativa con la que a menudo se nos acercaban, aureolados con el prestigio de la "ciencia" y el de nuestra acción, ciertamente

incluso señalar con el dedo "los culpables" (aunque no se dudaba, cuando la ocasión lo exigía, en
284 zarandear algún cocotero...). Nuestro papel era, ante todo, ayudar a unos y otros, ◊confrontados cada uno con su soledad y con su sentimiento de impotencia ante el peso inmenso, ineluctable de un mundo implacable e inerte que lo aplastaba, a tomar conciencia de sus propios recursos bien vivos, prestos a actuar, a crear y a transformar por humildemente que fuera, allí donde se encontrase. Con ese espíritu, "mañana" no podía ser un proyecto concebido de antemano, cocido y presentado por algunos para ser ratificado por la mayoría. Sería una *obra* común arraigada en el presente, naciendo día a día de los actos aparentemente dispersos de *todos*. Por tanto una obra *creada*, de la que nadie en el mundo sabría hoy predecir el rostro, aunque no se podía ni se debía dejar de hacer constantemente un esfuerzo para presentirla...

Ese movimiento que supimos percibir y en el que éramos fermento, que veíamos acentuarse tanto en nosotros mismos como a nuestro alrededor con los innumerables ecos que nos llegaban de todas partes, sin embargo no siguió profundizándose y amplificándose como habíamos esperado. En mí incluso fue más que una simple expectativa o que una esperanza. Había una seguridad total de que ese desarrollo que esperábamos era algo que *debía* suceder, tan numerosos y elocuentes eran los signos que iban en ese sentido, tan irrecusable me parecía su sentido.

Si ese vasto movimiento que entonces se inició ha decaído, no es, ciertamente, a causa de tales o cuales faltas o carencias en ninguno de nosotros personalmente, cuestión de dedicación, organización, lucidez, probidad o qué sé yo. ¡La suerte de la humanidad y sus oportunidades de Renovación no dependían del puñado de buenas voluntades más o menos disponibles que formábamos! Los tiempos, seguramente, aún no estaban maduros, como sin embargo todo parecía indicar. ¡No para el gran Salto, al menos! Y esa falta de "madurez" de los "tiempos"
285 se reflejaba, ◊a nuestro nivel[335], en una falta igual de madurez en nosotros mismos, pero de la que ninguno de nosotros (creo) era claramente consciente. Y es posible que yo sea el único que ahora se da cuenta, con la perspectiva del tiempo, de esa inmadurez – el único también, quizás, que no se haya parado en el punto en que estábamos entonces, sino que a trancas y barrancas ha continuado su subida dando tumbos por el camino del conocimiento. Pero aunque hubiéramos sido cien dedicados en cuerpo y alma a una acción común (como yo mismo estaba entonces), y con toda la madurez del mundo por añadidura, no creo ni por un instante que eso hubiera cambiado algo esencial en la situación global; desencadenando, digamos, una verdadera revolución cultural en Francia, con el espíritu del comienzo que tuvo lugar en Mayo del 68 y profundizándolo y amplificándolo.

---

de dimensiones modestas pero también (y sin duda muchos lo sentían) única en su género. Hubieran deseado forzarnos a jugar de augures, a valernos de un "saber" superior que no poseíamos más que cualquiera; intentando nosotros mismos, lo mejor que podíamos, hacernos una imagen de lo que pasaba, de ese mundo que se descuajaringaba, y abrirnos un camino a través de un caos que no se trataba de dominar ni de controlar. Hubieran deseado forzarnos a definir un vasto programa (tarea de la sentíamos bien la vanidad...), a distribuir tareas, dar directrices, a enrolar.

Sentí todo el peso de esa fuerza, pesando sobre nosotros para empujarnos hacia un *papel*, un papel gratificante ciertamente: papel de Jefe, de Gurú, de Héroe – pero papel que no habría sido *verdadero*, aunque fuera perfectamente creíble para la mayoría. A falta de entrar en él, teníamos que reconocer sin cesar nuestra ignorancia, allí donde esperaban la respuesta definitiva y segura, reenviar a ellos mismos sin cesar a los que venían a nosotros con la imposible esperanza de que resolviéramos por ellos los problemas de su vida, o que les diéramos con qué olvidarlos. Recuerdo como si fuera ayer ese incesante apuro, de siempre, siempre decepcionar la expectativa de los que venían, y tan rara vez poder verdaderamente *dar*...

[335] No obstante debería exceptuar a Chevalley, que tenía una madurez que faltaba, creo, a los demás. Véanse al respecto, en Cosechas y Siembras, las tres secciones en que se habla de él: "Encuentro con Claude Chevalley, o: libertad y buenos sentimientos", "El mérito y el desprecio" (CyS I n°s 11, 12), y "Un adiós a Claude Chevalley" (CyS III n° 100). Desgraciadamente, por razones de salud Chevalley no pudo participar más que de lejos en nuestra acción. Sin embargo siento que, sin que fuera buscado por él ni por nadie, ejerció una gran influencia en el espíritu del grupo y en su evolución.

A decir verdad, ahora veo que tales olas de fondo intensamente creadoras, igual que las que a veces levantan y llevan hacia delante el alma de uno solo, son de Dios mucho más que del hombre[336]. Y lo que hace que Dios actúe en tal momento y parezca estar sin rechistar en tal otro, ningún hombre lo sabe. Sin embargo creo saber que ni las oraciones ni las imprecaciones y las blasfemias ni las expectativas ni los temores de innumerables multitudes tienen el poder o la virtud, por ellos mismos, de incitar a Dios a actuar. Y que por el contrario ocurre que lo que pasa en el secreto de un único corazón, incluso ignorado por él mismo, tenga la fuerza de una llamada, suscitando en respuesta la Acción creadora de Dios[337].

Sin embargo esos signos que yo y otros habíamos percibido, que habían suscitado en mí esa "loca esperanza", esa seguridad total ¡no me los inventé! Y no tengo la menor duda, no más que antes, de que *esos signos tenían un sentido*, aunque su alcance exacto e inmediato, que
286 entonces creí captar, en realidad se me escapaba. Cada uno de esos signos ◊estaba cargado de sentido por sí mismo, cada uno me enseñaba claramente que algo importante pasaba en tal ser, o en tal lugar implicando a tales otros seres, Y también es cierto que esos sucesos dispersos, que seguramente eran la señal de otros tantos *actos* auténticos, señalaban todos en la misma dirección.

Ahora diría que entonces *el Espíritu de Dios soplaba* con fuerza en esa dirección, y que ciertos seres, en lugar de cerrarse al Soplo como cada uno es libre de hacer, osaron dejarse penetrar por poco que fuera.

Fue un Soplo poderoso, sin duda. Y por qué sopló justo entonces, por espacio de unos años (para detenerse enseguida, aún hasta hoy mismo), creo que ningún hombre lo sabe. ¿Tal vez una advertencia, para los que sepan leerla? ¿O una oportunidad ofrecida para despertarse y ponerse en marcha, para los que sepan aprovecharla? ¿Una Promesa, para alumbrar una fecunda esperanza en los que se dejasen arrastrar y llevar por la locura de la fe? ¿O un Signo, insistente aunque pasajero, un guiño del Ojo de Dios, una confirmación de tapadillo, para aquellos a los que Él revelaría la proximidad de la Tempestad y del Chaparrón? ¿O a la intención de aquellos que entendieran su anuncio y se dijesen: cómo podría cumplirse lo imposible, lo impensable?

Ciertamente, aunque el Soplo era poderoso, no obstante todavía no rompió en tempestad. Entonces no fue el Tornado cegador que levanta en compactos torbellinos las áridas arenas del conocimiento sin sentido, ¡transformando el aire y el espacio en un abrasador desierto de arenas arremolinadas! Ese Día, nadie podrá ignorar la potencia del Soplo que crea devastando. El que no se deje atravesar por el Soplo que pasa, que mantenga cerrados los cerrojos de su ser – ése será arrastrado y lanzado al más allá – su cuerpo mortal morirá[338]. Y entonces habrá muchos, seguramente, que morirán en su cuerpo por rehusar su alma a la Acción de Dios, muchos a los que no será dado ser lavados en las fuentes, bajo las poderosas trombas del Chaparrón, para ser purificados y capacitados para obrar en la renovación.

287 ◊61. El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad

[336] Esa impresión ya surgió con fuerza a lo largo de la nota "Creación y maduración (2): no se necesitan "dones" para crear" (n° 49), principalmente en la página N 142.

[337] Compárese con la nota "Cuando hayáis entendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n° 27), principalmente la página N 79. Igualmente la sub-sub-nota "El Fin está en camino – o la primera Prioridad" (n° 56, 7).d.), principalmente la página 268.

[338] Compárese con la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n° 20), página N 54, y principalmente la nota a pie de página (*) en esa página.

(7 de septiembre) En esos años de florecimiento algo febril de la "Contra-cultura", se trataba mucho de *"cambiar la vida"*. En todo caso, lo que era seguro es que los que estaban comprometidos con ese intenso movimiento realmente habían cambiado *de* vida. Y de manera muy radical a menudo – aún más radical que en mi caso, que seguía ejerciendo mi oficio (poco exigente, es cierto, en la medida en que se había deslizado a un segundo plano de mis intereses) y beneficiándome de la seguridad material (y por ello también de la libertad de movimientos) que me proporcionaba. Esa transformación radical en los modos y los estilos de vida y en la mentalidad que los impregnaba, no menos que la "convergencia" de la que hablé ayer, tenía con qué impresionar – ¡por momentos sentí en ella el soplo de una fe y de una generosidad dignas de la época evangélica! Fueron numerosos los que audazmente soltaron las amarras, renunciando a las seguridades de la vieja sociedad esclerotizada y moribunda (la "sociedad de consumo" como se la llamaba amablemente, siempre sin desdeñar los productos que ofrecía con tal abundancia...), para comenzar desde cero una *"vida nueva"*, inicio a tientas de una sociedad nueva, de un Mundo nuevo que sería *humano*.

Por mi parte, no dudaba de que realmente era el embrión de la sociedad de mañana que, ciertamente a través de errores inevitables, pero animada por un soplo creador que no se podía no sentir, estaba brotando y formándose ante mis ojos algo pasmados ¡en un ambiente festivo y con la alegre despreocupación de las flores del campo! El contraste era llamativo, ciertamente, entre el viejo mundo del que acababa de emerger, y ese mundo nuevo a punto de nacer como de la nada ¡por no se qué encantamiento!

Es cierto que desde el simple punto de vista material, ese mundo nuevo sacaba su existencia, de cien y mil maneras, del viejo del cual era un retoño insólito; Dios sabe cómo, adherido a él desaprobándolo totalmente, en estrecha simbiosis con él y royéndolo sin descanso. Pudiera pensarse – y ésa era, sin duda, nuestra "gran esperanza" – que el espíritu del mundo nuevo iba así a roer y ganar poco a poco al viejo y transformarlo, a la manera de un fermento, casi imperceptible, trabajando una pesada masa aparentemente inerte y que sin embargo termina por "ganarla" y hacerla subir... Pero también es cierto (lo que no advertí más que progresivamente, y sin darle quizás todo el peso que le correspondía...) que la "roedura" no era de sentido único – que el mundo viejo, o mejor dicho "el hombre viejo", también roía, insidiosamente, al hombre nuevo que surgía en nosotros.

288 ◊En esos dos movimientos que se respondían uno al otro, veíamos sobre todo el que alimentaba a nuestra loca esperanza (que bien merecía tal aliento...). Por el contrario, teníamos tendencia a ignorar o subestimar al otro, de mal augurio. Para darle todo su peso, nos hubiera hecho falta un rigor respecto de nosotros mismos, y una profundidad de visión, que (creo) ha faltado en todos los actores de esa corta y memorable epopeya de la "Contra-cultura". No carecía de la dimensión espiritual que, bien al contrario, era lo primero, sino del *rigor* propicio a una verdadera *profundización*[339]. Incluso el impulso de una fe generosa, fuerza viva que trabaja en tal profundización, no puede en ningún caso, a la larga y con su sola presencia, suplirlo[340].

Ese "hombre nuevo" que se manifestaba de una manera a menudo desconcertante para muchos, pero quizás también, a veces, de una manera un poco demasiado resuelta, incluso llamativa – cual una bandera orgullosamente enarbolada con el signo de Acuario[341]..., y sin embargo no era una ficción hueca, pura fachada recubriendo una nada, una pose. Era la proyección de una aspiración auténtica, surgida de las profundidades, mantenida prisionera durante generaciones, siglos, quizás milenios. El hombre nuevo, el *verdadero*, realmente está presente, como un germen

[339] Esta intuición aparece por primera vez en una nota a pie de página (páginas 277/78) en la penúltima sección "El acto (3): una charrúa llamada Esperanza" (n° 59).

[340] Añadiría que a su vez, esa profundización alimenta a la fe, y que ese alimento incluso le es indispensable. En ausencia de una profundización animada por la fe, ésta, por más viva que esté en la salida, se apaga y termina por perder su poder creador.

[341] (N. del T.) Constelación del hemisferio austral y signo del zodíaco (20 de enero – 18 de febrero).

que llama a un devenir y que pide nacer, en lo más profundo de cada uno de nosotros. Tan profundamente escondido que raros son los que la vida ha conducido a entreverlo aunque sólo sea por un instante. Y mucho más raros aún son los que no le temen ¡muchos menos que los que no temerían al diablo en persona! Seguramente por eso (entre otras causas igualmente reales, pero superficiales y secundarias) "los marginales" (alias "los pelos largos") provocaban y aún provocan, en tantas buenas gentes, reacciones viscerales de antagonismo y aversión. Pues para esas gentes igual que para los marginales mismos, éstos representan como una efigie y símbolo del hombre oculto en nosotros (ignorado, despreciado, aplastado y sin embargo inasequible al desaliento...) y que pide nacer...

Ciertamente, el símbolo o la efigie no es la cosa. El marginal, aunque ha optado por un *papel* verdaderamente nuevo, no *es* más el "hombre nuevo" que lo es el primer ciudadano que
289 pase. Con más precisión, si hay alguna diferencia, ◊es que en el marginal al menos hay una primera toma de conciencia de esa aspiración que sube de las profundidades, y que él traduce mal que bien en esa *puesta en escena* de lo que su consciente le representa como *imagen* de ese famoso "hombre nuevo". Imagen y puesta en escena que a veces ponen en juego una verdadera creatividad, pero que la mayor parte del tiempo son mucho más fuertemente tributarias de la inercia del ego (con sus sempiternos mecanismos de vanidad, de búsqueda de la seguridad y de hambre de hacerse ilusiones) que movidas por las fuerzas creadoras del alma. Al reclamar orgullosamente los valores que engalanan al "hombre nuevo" y encontrar ahí una gratificante imagen de sí mismo y una nueva identidad tranquilizadora, el marginal, no menos que el común de los mortales, está alienado de su ser profundo, de ese "hombre nuevo" en él que le llama – ¡no tiene menos miedo de él, en el fondo y piense lo que piense, que tal "burgués" que a menudo él mira por encima del hombro! Aunque realmente ha cumplido un paso que éste no ha franqueado todavía, paso ciertamente valeroso e importante, aún quedan mil y mil pasos que dar de los que no tiene la menor sospecha (¡y algunos de un alcance muy diferente!), para hacerle descubrir llegando a ser y llegar a ser descubriendo ese "hombre nuevo" verdadero que se figura ser ya y del que, por esa misma razón, es incapaz de percibir la espera y de esperar la llamada.

Dicho de otro modo: aquí hay *dos* realidades de naturaleza diferente. Hay la realidad profunda, el germen de lo que puede y quisiera ser y que nadie puede predecir aún, la llamada de un devenir aún insospechado o quizás ya oscuramente presentido – el *verdadero* hombre nuevo, el hombre de las profundidades, "el ser profundo" que vive y espera en cada uno. Y hay una realidad superficial, que es como una representación deforme, tendenciosa y burda, *estática*, por no decir una falsificación, de esa realidad profunda, siempre movediza e inasible. (Llamémosla la *efigie*, o la efigie *nueva* para recordar que se supone que representa al hombre nuevo, y que ha representado un nuevo tipo de imagen de uno mismo, inventada por la contra-cultura para los suyos.) Y he aquí lo que falla: entre la realidad superficial y la de las profundidades, no hay lazo orgánico, una continuidad que las entrelazaría implicando la psique *en su totalidad*, capa por capa[342]. De esa carencia proviene el carácter en gran parte artificial de la efigie, "encajado" sobre la psique en lugar de confundirse con ella, simple "libreto" para un papel representado
290 con convicción – papel cuya elección refleja ◊una aspiración profunda, pero que no es menos un papel. En el marginal la superficie no está alimentada por la profundidad, no más que en los seres que han optado por papeles más convencionales, los actos y los comportamientos conscientes no están movidos por las fuerzas creadoras que surgen de las capas profundas. El "estercolero" intermediario del subconsciente y de las capas medias de la psique, feudo por excelencia del yo y eficaz pantalla para interceptar los mensajes y los movimientos provenientes de las profundidades, no es menos desbordante en este hombre, que un auténtico y generoso impulso de su ser ha llevado a querer encarnar el papel del "hombre nuevo", que lo es en cualquier otro.

[342] Compárese con la reflexión de la sección "Trabajo y concepción – o la cebolla doble" (n° 10), y particularmente la página 28.

Limpiar por poco que sea ese "estercolero", y con eso hacerlo menos opaco y restablecer el contacto entre la superficie y la profundidad, con un proceso creador que involucre y transforme la psique en su totalidad, en lugar de contentarse con preparar la superficie a su gusto y de mantenerse ahí – eso es un *trabajo*. Lo he llamado (al menos tal y como lo he practicado) "trabajo de meditación". Légaut, que prosiguió ese trabajo de modo totalmente diferente, lo llama "profundización interior", término que se presta mejor a la acepción más amplia que contemplo aquí.

Si la maduración en mí a lo largo de los quince años transcurridos me proporciona ahora una nueva mirada sobre la razón de su carácter efímero igual que sobre su innegable *fracaso* (fracaso patente al menos desde una perspectiva puramente histórica, si no desde una óptica espiritual[343]), quizás sea sobre todo revelándome lo que, por la presente reflexión, emerge como la *"contradicción fundamental"* de ese movimiento. Es ésta. La verdadera razón de ser de la contra-cultura, incluso a los ojos de los que eran sus actores, seguramente era realizar "aquí y ahora" el hombre nuevo: el único que tenía vocación y capacidad de crear la vida nueva, embrión de una sociedad nueva surgiendo in extremis del decrépito cuerpo de la sociedad agonizante. Pero *el hombre nuevo no se improvisa*, aunque sea con el impulso de una fe audaz y generosa. El hombre nuevo en nosotros no es el que nos imaginamos, y que nos esforzamos en establecer a partir de lo que nos imaginamos. Nadie lo conoce, sólo Dios. Y nadie lo alcanza jamás, ni siquiera en los momentos más intensamente creadores de su vida. El hombre nuevo no está en
291 el hoy, ◊en el famoso "aquí y ahora" tan celebrado, no más de lo que está en el mañana, que no es más que un hoy diferido. El hombre nuevo, en verdad, es *Dios en el horizonte*, llamando en nosotros un devenir hacia un destino desconocido. Y ese devenir no es el de un instante de ardor y de fe, ni de un mes ni siquiera de unos años, movidos por una visión exaltante y generosa. Es de todos los instantes a lo largo de la vida. E incluso cuando lo anima la alegría, no es una fiesta sino un *trabajo*. Trabajo sin fin, retomado sin cesar, en que cada terminación es el franqueamiento de un umbral y un nuevo comienzo.

Es el trabajo por el que el hombre, descubriéndose, se profundiza, y profundizándose, se descubre más profundamente. Una de las etapas cruciales de ese viaje sin fin en lo Desconocido es el descubrimiento de la presencia y de la acción de Dios en nosotros. Pero no más que las anteriores, ésta no es una terminación por la que hubiéramos "logrado", por fin, el "hombre nuevo". Es un comienzo más grande, abriendo la mirada sobre un infinito aún más grande que los que antes habíamos entrevisto...

Sin embargo, si nos obstinamos en buscar un "hombre nuevo" de carne y hueso, y se me acorrala para que lo describa, diría que es el que ha tomado conciencia del proceso del devenir espiritual y le da un lugar central en su vida. Entendiendo con eso, no que profesa tales y tales ideas sobre la "espiritualidad" y sobre el lugar que conviene darle, sino que ese hombre está *en marcha* espiritualmente – un hombre en el que día a día se prosigue el trabajo (consciente o inconsciente) de un devenir espiritual. Lo que es decir, un trabajo de descubrimiento de uno mismo (a menudo a través de su relación con el prójimo...), y (si le es concedido) de la acción de Dios en él[344].

[343] Desde una óptica espiritual, no podría haber una acción que fuera creadora y que sea un "fracaso" puro: toda acción creadora es fecunda, y esa fecundidad no está limitada a un instante, tiene cualidad intemporal. Véase al respecto la sección "El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin" (nº 58).

[344] (8 de septiembre) El lector atento habrá notado con qué reticencia me comprometo aquí a aventurar una "descripción" de aquél que merecería el nombre de "hombre nuevo" ("de carne y hueso"). Cuando imprudentemente se cede a la incitación o a la llamada que nos empuja hacia ese tipo de descripción, no se hace más que, por ignorancia o por falta de amplitud de miras cuando no es por simple vanidad, presentar una descripción más o menos velada y debidamente idealizada de uno mismo. No pretendo haber escapado de eso. Al menos he intentado aprehender lo que podría ser ese hombre-fermento, mediante una cualidad (sobre la que vuelvo dos apartados más adelante) que, captando ese algo esencial en él que le convierte en fermento activo, sea tan poco limitativo como se pueda.
Seguramente no lo he conseguido más que imperfectamente. Me ha venido el pensamiento de que esa descripción

292 ◊Sin duda si una sociedad nueva ha de nacer sobre la vieja en plena descomposición, será por la emergencia de ese nuevo tipo de hombres. Hombres tan limitados, tan falibles y condicionados, tan sujetos a errores, aberraciones, debilidades como cualquier otro. Hombres no más inteligentes y quizás ni siquiera necesariamente de mayor madurez que tales otros. Y sin embargo hombre diferente de cualquier otro por ese trabajo que prosigue en él y que los otros eluden – ese trabajo por el que constantemente, sean cuales sean sus errores y sus involuntarias cegueras, reencuentra el contacto consigo mismo y *es* él mismo plenamente.

He intentado una descripción, si no verdaderamente del "hombre nuevo" siempre llamando y siempre fuera de alcance, al menos de una cualidad que me parece esencial para acercarlo sin cesar: la de una "adherencia" perseverante, rigurosa y fiel al camino invisible, al camino sin fin que lleva allí. Pero ¿ha habido un sólo "marginal", en Francia o fuera, que corresponda a tal descripción por poco que sea? Lo dudo mucho[345]. Además, no conozco ningún marginal que haya tenido ni siquiera alguna idea de la *existencia* de algo parecido a un trabajo de profundización, de un "devenir" espiritual, y de lo que eso podría ser; o que haya tenido alguna sospecha de que en ausencia de tal trabajo, todo proyecto de "cambiar de vida" se queda en una utopía seductora y sin consecuencia, y sus puestas en acción se reducen a otras tantas puestas en escena, sean cuales sean por otra parte el entusiasmo, la energía, la buena voluntad que se ponga en él.

En verdad, a falta de estar acompañado por una profundización espiritual, ninguno de tales proyectos y ningún esbozo para realizarlo tiene en sí el poder creador que podría hacer brotar a su alrededor la sociedad nueva sobre la putrefacción de la que ya, espiritualmente, está muerta. Más bien, esos proyectos y esos esfuerzos recayendo sin cesar forman parte del proceso de descomposición de las cosas muertas y condenadas, por el que ya se prepara el terreno en el que debe eclosionar lo nuevo. Procesos creadores a su propio nivel sin duda. Pero eso no es aún, propiamente hablando, "lo nuevo", y aún menos "el hombre nuevo".

A decir verdad, dejando a parte algunos seres diseminados entre las masas y de los que sólo
293 Dios conoce los rostros y los nombres, parecería que esos hombres nuevos, ◊fermentos del devenir del Mundo, aún no se han levantado. Sin duda en la Hora fijada por Dios, serán revelados a ellos mismos bajo el soplo de Su Tempestad y bajo las aguas del Chaparrón.

62. La llamada del silencio

(9 de septiembre) ¿Cómo nació y se desarrolló en mí ese oscuro conocimiento de una necesidad de transformación interior? ¿O al menos, en un primer momento, de una transformación de mi vida (si no de mi persona), más profunda que un simple cambio de medio, de actividades y de visión del mundo? Cambio que sin embargo fue sentido en su momento como una conmoción total, abriéndome a una vida totalmente distinta – una vida, por todo lo que involucraba en mí, de una plenitud como jamás antes había conocido, y que por momentos me llenaba de una

no incluye a hombres como Rudi, "el niño en espíritu" del que traté anteriormente (en la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles", nº 29). Son los hombres (¡fermento si lo hay!) que a su manera – la manera del niño, de una simplicidad perfecta, ya son *uno* con ese "Dios en el horizonte" del que hace un momento pretendía que jamás logramos. También es cierto que tengo la impresión de que un hombre como Rudi jamás tuvo que lograr un estado que, bien al contrario, ¡parece haber sido el suyo desde siempre!

[345] Por otra parte, seríamos malvenidos si pensáramos en quejarnos de eso a la dicha Contra-cultura, pues esos "hombres-fermento" aún son hoy algo mucho más que raro (como subrayo más abajo, en el último párrafo). Quejarse de eso a ella vendría a ser por otra parte quejarse de eso a Dios mismo, quien (no tengo ninguna duda al respecto) ha suscitado y animado con su soplo esa vasta ola de fondo, verdaderamente *impensable* en términos sólo de determinismos psíquicos, mucho más cuando no ha sido efímera...

gratitud maravillada ¡como incrédula de lo que me sucedía!

Es cierto que entonces vivía con un tono que, al menos a la larga, no concordaba con mis inclinaciones profundas. Seguramente, mi vocación fundamental es la de *"investigador"*. He sido investigador toda mi vida desde la adolescencia[346], sea mi búsqueda intelectual, carnal o espiritual. Durante tres o cuatro años, mi investigación me llevó al contacto con hombres – no de unos cuantos, íntimos de antaño como antes fue el caso, sino de muchos hombres y mujeres de todos los horizontes, con innumerables rostros recubriendo otros tantos destinos desconocidos, entrevistos en un torbellino, apenas el tiempo, aquí y allá, de entrever su misterio... Contactos efímeros, que por fuerza siempre se quedaban en la superficie. "Fuerza" que se debía más a una carencia de profundidad en mí, de verdadera presencia, que a ese carácter efímero. Incluso con mis nuevos amigos, aquellos con los que me comprometí en una intensa acción común que me absorbía totalmente y con los que, y a veces *por* los que, progresaba en el trabajo febril hacia una comprensión del mundo, a los que me sentía ligado por sentimientos compartidos de cálido afecto – incluso con ellos el contacto permaneció a penas menos superficial que el que antes mantuve con mis amigos matemáticos o con mis alumnos. Más superficial aún, quizás, por mi
294 parte que por la suya, tan profunda es mi tendencia a ◊interesarme más por las cosas que por los seres, más por el orden que rige el Mundo y las líneas de fuerza de su devenir, que por los seres que lo pueblan y sus vivencias íntimas.

Que me haya implicado al máximo, de un modo tan personal como entonces era capaz, no cambia gran cosa. Ni que haya sabido ver, y superar mal que bien, la trampa de la actitud "militante" o "misionera"[347] que, so capa de la Causa que necesita el apoyo de *todos*, no se acerca a un rostro nuevo más que para enseguida "concienciarle", lo que en este caso es decir regalarle *mis* Verdades (¡aún calentitas!) y enrolarle en seco a su servicio si se puede, o en su defecto, darle de lado. No, escapé a ese estereotipo tan corriente, ¡que entonces me acechaba a la vuelta de la esquina! Pero he de decir, sin embargo, que lo que me unía a mis nuevos amigos, como antes fue el caso con mis amigos en el mundo que dejé, no era más que de modo accesorio y secundario la simpatía que les tenía. Antes que nada, eran las *tareas* que teníamos en común y a las que me dediqué hasta tal punto que al nivel subjetivo de la vivencia íntima (permaneciendo inexpresada, ciertamente, incluso a mí mismo), y lo quiera o no, me aparecían verdaderamente como *mis* tareas[348]. Y lo quiera o no también, como en el pasado, mi interés por el prójimo seguía condicionado por esas tareas y por la parte que él estaba dispuesto a tomar a su cargo. No manaba, simple y espontáneamente, de la fuente viva de una simpatía que preexistiera a toda tarea, a toda "investigación".

Esa ambigüedad en mi relación con el prójimo todavía no ha desaparecido de mi vida. Y en modo alguno es algo especial de mi persona. Ese "don de simpatía" en el que pensaba hace un instante es ciertamente una de las cosas más raras y más valiosas del mundo. No sé si algún día, en esta vida, me será concedido. Desde luego, fue en esos años cuando, más que en ninguna otra época de mi vida, estuve en contacto cotidiano, "masivo" e intenso con el prójimo, de modo que movilicé toda mi energía para asumirlo – fue entonces cuando estuve confrontado del modo más insistente con esa ambigüedad continua, que durante mi vida ya me había seguido paso a paso. Oscuramente sentía su insidiosa presencia, sin tener en ningún momento la lucidez
295 de pararme en ella, ◊de enfrentarme a ella como a algo que planteaba un problema y que bien merecía que me parara en ella. La idea misma de "pararme" así sobre algo de mi propia vida, de mirarlo, de interrogarlo en suma después de haber sentido antes la interrogación muda (¡y

[346] A decir verdad, esa vocación es ya visible desde mi infancia, al menos a partir de los siete u ocho años de edad.

[347] Por otra parte en eso fui ayudado por varios amigos de Sobrevivir y Vivir, de más experiencia y madurez que yo, que evoco en una nota al pie de la página 282 en la sección "El Soplo y la Tempestad" (n° 60).

[348] Compárese con la reflexión en Cosechas y Siembras en la nota "El retorno de las cosas (o una metedura de pata)" (CyS II n° 73).

sin embargo cuán insistente!), en lugar de contentarme con seguir "a ojo" la pendiente de los mecanismos totalmente trazados de atracción-repulsión, agradable-desagradable – tal idea aún no me había venido jamás. No habría podido venirme de ningún ejemplo a mi alrededor, de un modo de hacer o de una actitud interior de la que algún día hubiera sido testigo. No recuerdo, por otra parte, que esa cuestión, concerniente tanto a la cualidad de las relaciones entre nosotros en el seno del pequeño núcleo que formábamos (alrededor de la redacción del boletín Sobrevivir y Vivir), como a nuestras relaciones con el exterior, haya sido jamás evocada entre nosotros, y dudo que alguno la haya planteado. Creo que ninguno de nosotros tenía entonces la madurez para percibirla de forma lo bastante clara para estar en situación de planteársela a sí mismo.

El hecho es que por mi vocación, que ha hecho de mi vida una investigación sin fin, como también por mis inclinaciones que concuerdan con ella, estoy hecho para una vida mucho más de soledad que de encuentros, mucho más de silencio que de palabras. Sólo al atardecer[349] he reconocido con toda su fuerza esa necesidad profunda y he dejado de obstaculizarla con una falsa "'generosidad", que me hace ponerme a disposición de los demás con una disponibilidad molesta en el fondo y totalmente superficial. Ir así al encuentro de mis verdaderas necesidades y deseos, eso al final no tiene nada que valga para dar[350]. Para ser capaz de dar algo de mí mismo que sea valioso, hace falta que haya madurado en mí, cual un fruto del que yo sería el primero en sentir el peso y en gustar el sabor. Sin eso, mi "disponibilidad" es como la pulida superficie plana de un espejo, reenviando al otro sólo el reflujo de un movimiento superficial que le hace venir hacia mí, y que él encuentra en mí con el mismo espíritu con el que lo recibo sin acogerlo verdaderamente, prestándome a él sin ser capaz de darme verdaderamente.

296

◊* *
*

He necesitado largos años antes de percibir claramente esas cosas – lo bastante claro para que, sin tener que tomar siquiera una decisión, mi vida se replegara y se concentrara en esa necesidad cada vez más insistente y más imperiosa de soledad. Soledad bienhechora, bendita soledad saturada de silencio, matriz fecunda del trabajo que debía hacerse en mí y que ya, seguramente desde hacía unos años, me llamaba...

Lo cierto es que después de uno o dos años de intensa actividad militante, comencé a sentir conscientemente esa necesidad creciente de recogimiento y de silencio. Pero quizás sería más justo decir que sentí, primero poco a poco, el carácter totalmente superficial, y a la larga (a medida que pasaba el tiempo y se probaban las nuevas actividades y el papel nuevo que me concedían...) *repetitivo*, del movimiento en el que me había involucrado y que terminaba por ser percibido más y más como una *agitación*, antes que como un verdadero movimiento creador.

Había sido un movimiento creador, ciertamente. Pero en ese momento, insensiblemente, lo sentía deslizarse hacia una rutina. El descubrimiento del Mundo y del prójimo cedía el paso a los reflejos recientemente adquiridos. Contrapartida, seguramente, del nivel superficial en que se mantenían las relaciones estrechadas y mantenidas alrededor del proyecto común. Sí, los reflejos se ponían a punto, distinguiendo tales "perfiles" en los interlocutores (que convenía entonces abordar de tal manera), memorizando todo un abanico de tales preguntas o cuales objeciones que se repetían sin cesar, y a las que ya no había que buscar respuestas titubeantes, sino

[349] A partir de julio de 1979, cuando por primera vez me retiré a una soledad casi completa. Ésta se prolongó más de un año. Fue el año en que, veintidós años después de la muerte de mi madre y treinta y siete años después de la de mi padre, por primera vez "conocí a mis padres" y lo que había sido su vida. Fue entonces cuando descubrí las fuentes del conflicto en mi ser, que se remontan a los lejanos días de una infancia desgarrada y olvidada...

[350] Estas reflexiones se aplican a más o menos todas las relaciones que he tenido con el prójimo, salvo aquellas basadas en algo que se hacía en común. Entre éstas, ciertamente, hay que contar mi relación con las mujeres que he amado, que durante mucho tiempo tuvieron un gran lugar en mi vida.

simplemente devolver (¡como apretando un botón!) tal réplica preparada. Réplica pertinente en sí misma, incluso evidente, y sin embargo ya manida, a fuerza de haber sido dicha y redicha.

Frente a nosotros mucha confusión ciertamente, también mucho miedo que no dice su nombre (y que entonces sólo adivinaba), una inmensa reticencia a confrontarse con la realidad (reticencias y miedos que nos vienen de los posos de un pasado milenario...), una irresistible tendencia a adherirse a las ideas tranquilizadoras, bordeando a veces lo grotesco y lo débil (pero en las que el humor negro inconsciente y la provocación tenían quizás también un papel que jugar...); a veces también, en los "funcionarios" que se identificaban sin reserva con el orden y
297 las instituciones establecidos, y hasta en sabios aureolados de prestigio (y de ◊poder...), una crasa mala fe bajo unos aires sonrientes, perentorios y distinguidos, que cortaban la respiración...[351].

Ciertamente, cada una de las innumerables cuestiones, evocadas en los debates públicos o en la correspondencia (creciendo hasta llegar a ser desbordante...) alrededor de Sobrevivir y Vivir, era urgente e importante. Cada una era el arranque hacia una profundidad que, en cuanto se continuaba un poco, desembocaba directamente en las grandes cuestiones: las de nuestro tiempo, y también, a menudo, las de todos los tiempos. Pero al nivel al que se proseguía el contacto, incluso al nivel en que entonces nos encontrábamos nosotros mismos, esa "profundidad" tenía que permanecer ella misma superficial. Hiciéramos lo que hiciésemos, ella no implicaba más que a nuestro pensamiento "de superficie", el pensamiento consciente, el intelecto, sin incluir las partes más profundas, mucho más potentes y preponderantes en la psique (de las entonces no teníamos aún ni la menor idea[352]). Presentíamos confusamente, sin que ninguno de nosotros (creo) se diera cuenta plenamente, que la profundidad pasa necesariamente por lo que es más íntimamente personal – por lo que es siempre *tu*, no sólo en los debates públicos y en las correspondencias establecidas alrededor de una acción militante (aunque sea una acción que pretende la "subversión cultural"), sino *en toda ocasión*. Solamente una o dos veces, en esos dos años de intensa militancia "cultural", ocurrió que, por un momento, fueran barridas las defensas acorazadas que aprisionan la inoportuna violencia de una emoción liberadora surgida
298 de las profundidades. (Para dejarnos ◊acto seguido con ese sentimiento de malestar ambiguo, por no decir de vergüenza, al haber sido desbordados y arrastrados así por lo imprevisible y lo incomprendido y por eso, al no haber sabido estar esa vez, en absoluto, "a la altura"...

En el punto en que estábamos, ese gran Debate que habíamos venido a sembrar bajo la presión de los tiempos, debate ciertamente candente y de mil y una caras, entonces no podía más que limitarse a una superficie, cuidadosamente circunscrita y balizada por fuerzas invisibles y vigilantes. Por otro lado ¿no es así todo "debate", todo lo que no se acerca al prójimo, finalmente, más que en general, e incluso aunque no se dudara en implicarse de modo totalmente personal? ¡Esa "implicación" no puede ser ella misma más profunda que la mirada en sí mismo del que se implica! E incluso aunque la mirada hubiera alcanzado una profundidad, ésta, en verdad, no es algo que se pueda repartir bajo pedido. No es de naturaleza que sirva de medio para animar o

[351] Aquí pienso especialmente en las tomas de posición oficiales a propósito del debate sobre la industria nuclear. Eran reproducidas servilmente por la gran prensa al completo, que jamás hizo alusión siquiera a la existencia de un debate sobre problemas temibles que, hoy más que nunca, parecen insolubles. Ésa fue la primera ocasión en que pude constatar en vivo lo que podría llamarse una verdadera *corrupción intelectual* (síntoma ciertamente de una corrupción espiritual más profunda...) tanto en los medios científicos afiliados al complejo nuclear-militar, como en los de la información. (Corrupción que, en el primer nombrado de los dos, no ha hecho más que progresar en proporciones pavorosas.) El único periódico "asentado" en Francia que daba una contra-información (y además seria) sobre el problema nuclear, y más en general sobre la crisis ecológica, era Charlie Hebdo, sobre todo bajo el impulso de Fournier. Desgraciadamente, la audiencia de Charlie Hebdo era de lo más limitada, y entonces apenas rebasaba los medios más o menos marginales.

[352] A decir verdad, por mi lectura de Krishnamurti, que me puso la mosca detrás de la oreja, tenía alguna idea en ese momento, y tuve amplia ocasión de hacer observaciones en ese sentido un poco por todas partes a mi alrededor. Pero (como he subrayado en otra parte) eso no me ayudó mucho, a falta de ver la acción de las fuerzas inconscientes en mí mismo, o al menos darme cuenta de su existencia. (Compárese con la sub-sub-sección "El hecho más chiflado" (nº 56, 7),a.), principalmente la nota a pie de página (*) página 255)

alimentar un "debate". Se sitúa en un nivel totalmente diferente a todo debate, a toda discusión, a toda opinión sobre esto o aquello, de toda opción "pro" o "contra". No se entrega más que en rarísimos momentos, que nadie puede prever (sino sólo Dios, quizás...), y aún menos preparar conscientemente. Entonces se comunica en una obra nacida de esa profundidad y alimentada por ella, madurada en el silencio, y largo tiempo llevada con ternura...

Esas cosas, creo, eran "sabidas" entonces en alguna parte de mí, pero a un nivel que escapa a la mirada del pensamiento consciente. Por el contrario, cada vez con más fuerza, salía a la luz en mí ese sentimiento de una "agitación" totalmente caótica, desordenada, sucediendo a la ola de vasto alcance que me había llevado al principio – una agitación hecha de una infinidad de pequeños "movimientos superficiales" surgidos de los miedos y de los apetitos, de las expectativas y de los temores, de los reflejos periféricos igual que de las fuerzas egóticas dominadoras de innumerables millones de seres arrastrados en la gran deriva de los Tiempos, y en la que mi propio querer y mi voz, esforzándose obstinadamente en forzar *su* estela, no eran finalmente más que una de esas ondas entre millones de otras que se propagaban en todas las direcciones posibles (¡e incluso imposibles!) a la vez, enmarañándose y finalmente aniquilándose unas a otras, como agitándose por el efecto de las leyes del azar en la inmensa Rueda de una suerte de inexorable Tómbola gigante.

O para decirlo de otro modo: tenía ese sentimiento irrecusable de que mis actividades
299 habían (no sabría decir cuándo ni cómo) cesado de ser *acto*, ◊y que cada vez más mi voz se encontraba irremediablemente engullida en un mar de *ruido*; que formaba parte de esa marea montante de ruido que llenaba y sumergía ese Mundo demente cuyo mismo sentido y lo que fue substancia se desbarataba y se disgregaba en ese caos de ruido. Mis esfuerzos por encauzar lo que no sabría ser encauzado, por imprimir una dirección a lo que no podía ser dirigido y se disgregaba ante mis ojos en esa agitación caótica, en ese frenesí ciego, destructor de todo sentido y de toda vida – esos esfuerzos mismos formaban parte de un caos, alimentando con su irrisorio aporte ese proceso de disgregación caótica, ese frenesí del verbo delirante, ese estruendo, ese ruido...[353]

Es por esa percepción aguda de una cacofonía del ruido en la que yo mismo participaba (percepción aflorando en la conciencia pero mucho más potente aún, seguramente, en las capas sumergidas...), por lo que salió a la luz en mí, de una sola vez, una *nostalgia del silencio*. Nostalgia ciertamente muy discreta y ¡oh cuán insólita! que llegaba como los pelos en la sopa mientras que el Mundo, para sobrevivir y para vivir, ¡tenía la mayor necesidad de nuestros esfuerzos! Tan insólita incluso que durante un buen tiempo tuve que reprimirla duro, barrerla del campo de la conciencia clara. A fuerza de empujar (discretamente...), terminó sin embargo por infiltrarse, y terminé, casi harto, por admitir su existencia. Incluso llegué, una o dos veces, a hablar de ella a otro, con esa extraña impresión no obstante de "hacer tongo" (¡la voz de la "razón"! sin duda, ¡otra vez ella...!), tan lejos estaba entonces de mis hábitos mentales bien templados el prestar atención a tales "imponderables" indignos de pararse en ellos, en vez de seguir, imperturbable, la vía que firmemente me había trazado. Y todavía recuerdo mi sorpresa de que una dubitativa alusión despertase un eco, y de constatar que otros también habían sentido el insidioso dominio del ruido, y al igual que yo sentían (aunque no estuvieran más dispuestos que yo a seguirlas...) la insistente atracción y la muda llamada del silencio.

[353] Compárese con la apoteosis del ruido en la nota "La Ley, el discurso y el Ruido – un ciclo milenario se cierra" (nº 57), página 176.

(10 de septiembre) Es ante todo, creo, por esa percepción creciente de la sobre-saturación del mundo y de mí mismo por el *ruido*, y por la nostalgia del silencio que hizo nacer en mí, por lo que entró en mi vida ese sentimiento o (mejor dicho) ese *conocimiento* de una necesidad de transformación interior, evocada al principio de la reflexión de ayer. Seguramente, me daba cuenta oscuramente (sin creérmelo demasiado, de lo ridícula que sin duda me hubiera parecido la idea, una vez expresada...) de que ese silencio al que aspiraba como a mi pesar *era* la transformación que me llamaba, *era* esa "vida nueva" que en un mismo movimiento con millares de otros seres, llevado con ellos por el mismo soplo, me sentía llamado a crear. Hacía dos años, en 1972, que de acuerdo con un puñado hablaba y teorizaba sobre esa famosa "vida nueva", eclosionando ya en una abundancia de experiencias de vida comunitaria un poco por todas partes, en medio urbano igual que en el campo, en Francia ciertamente pero con más vigor, aún más masivamente, tal vez de manera más diversa, más rica, más radical y también, ya, más estructurada, en los Estados Unidos[354]. Por fin era el tiempo, dejando a otros la preocupación de escribir y discutir sobre el viejo mundo agonizante y sobre el nuevo que estaba naciendo, de lanzarme al agua yo mismo para aprender a nadar nadando ¡y a vivir ("nuevo") viviendo!

Consideraciones de lo más convincentes y pertinentes me habían convencido realmente de que la forma de vida comunitaria es la que estaba llamada, en la sociedad de mañana que ya se iniciaba, a reemplazar a la familia tradicional, decididamente en declive y en lo sucesivo superada. Ésa era la forma de vida, eso se daba por supuesto, con la que me iba a comprometer: iba a "poner en marcha una comunidad". Como el que se dispone, en suma, a fundar una familia, cuando no falta más que encontrar la esposa. No esperaba más que a los compañeros
301 providenciales, hombres y mujeres o parejas con o sin niños, ◊que se unirían a mí (si yo no me unía a ellos) ¡para hacer el camino juntos!

Ciertamente, no ignoraba que la mayoría de las comunidades, surgiendo como champiñones en una mañana de lluvia, se disgregaban a la tarde. Pero la idea de que me pudiera suceder lo mismo ni se me ocurría, tan henchido estaba de una confianza en mí incondicional y sin réplica, tan seguro me sentía de que sabría comprometerme sólo en el momento oportuno, con compañeros tan dignos de confianza como yo mismo, con recursos no menos valiosos que los míos. Sin llegar a decirlo ni siquiera a darlo a entender, secretamente ya veía relumbrar ante mis ojos una especie de comunidad-piloto, llamada (se daba por descontado) a tener gran proyección por sus iniciativas y también por su calidad de vida y de relaciones humanas, muy abierta al exterior (también se daba por supuesto), valiosa conexión de Sobrevivir y Vivir en el tejido comunitario que ya veía extenderse sobre el país...

Incluso "el silencio", seguramente, debería estar incluido (pero no sabría decir cómo) en esa visión tan hermosa de una especie de célula experimental para el cuerpo de la sociedad del mañana. ¡No me estaba poniendo, ciertamente, en el camino del "silencio"! Hicieron falta aún más años para que, cual un ladrón nocturno, furtivamente viniera a visitarme aquí y allá para despojarme una a una, como otros tantos muebles heteróclitos que estorban, de las ilusiones nuevas y antiguas, firmes o vacilantes, a las que tanto apego había tenido. Hicieron falta aún más años antes de que al fin el gran despojador se quedara a vivir y que su hermana, la soledad,

[354] Tuve la posibilidad de ver sobre el terreno, desgraciadamente un poco "al vuelo", la Contra-cultura en los Estados Unidos, durante una gira de unas semanas que hice por una quincena de Universidades americanas, invitado en calidad de conferenciante matemático, pero de hecho para animar debates sobre la Crisis de Civilización. Finalmente tuve contactos mucho más calurosos y más interesantes con la población estudiantil contra-cultural en los campus universitarios y con otros marginales "down town", que con mis colegas, de los que prácticamente ninguno estaba dispuesto a desprenderse de sus rutinas de pensamiento y de vida. Por el contrario, quedé fuertemente impresionado por la fuerza, la originalidad y la riqueza del movimiento comunitario en los Estados Unidos, en un momento en que el movimiento similar en Francia comenzaba justo a eclosionar.

se hiciera (esta vez creo que para siempre...) mi amorosa compañera.

Ya he hecho alusión[355] a las dos experiencias comunitarias que hice una tras otra, en un intervalo de menos de un año, saldándose una y otra, después de unos meses a penas, con el fracaso más agrio y lamentable. La primera comunidad, con el evocador nombre "Germinal", en una ciudad bastante grande de la región parisina (en Châtenay-Malabry), en el invierno de 1972/73. La segunda en el campo, en un terreno de unas treinta hectáreas sin agua ni edificaciones, en el Lodévois, en el verano de 1973. Se trataba de implantar una comunidad agrícola centrada alrededor de un rebaño de cabras famélicas, todas aquejadas de mamitis y otros males semejantes. Aunque menos enfermas que nosotros, los comunitarios de la vida nueva,
302 tan enfermos del alma como lo estaban los ◊anteriores propietarios, mientras que esas pobres bestias sólo estaban enfermas del cuerpo. Esa comunidad estalló (al cabo de unas semanas) bajo la presión de la violencia contenida acumulada en algunos de nosotros, mientras que la anterior se disgregó en la desgana y la corrupción.

Podría escribir una novela sobre cada una de esas dos epopeyas de vodevil, pero no es probable que encuentre el tiempo libre para hacerlo. Y al repensarlo ahora, me doy cuenta de que es evidente que lo que ocurrió no podía dejar de ocurrir, visto el contexto y el estado de inmadurez en el que me encontraba, saturado de ingenuidad, tan ciego respecto de los otros como de mí mismo, e íntimamente convencido de lo contrario, como es debido. Claramente tuve que pasar por ahí, ¡para continuar y completar mi aprendizaje "por las duras" de mí mismo! Éste sería el momento de intentar desentrañar en qué me han sido finalmente necesarios y beneficiosos esos dos fiascos humillantes y dolorosos[356].

En aquél momento, es cierto, estuve muy lejos de extraer todo el jugo. Lo más importante que tenían que enseñarme, sólo empecé a aprenderlo al año siguiente, en la primavera de 1974: la lección de mis propias insuficiencias y sobre todo, de ciertos mecanismos inveterados en mí que seguía con ojos cerrados, y cuyos frutos inexorablemente recogía, durante toda mi vida, en cosechas de dolor y de amargura. Después de esos dos elocuentes fracasos, aún me dejé arrastrar por el sempiterno reflejo de ver con grandes letras los fallos de los demás, y los míos con un tenue punteado. No conseguía desprenderme de la idea (aunque empezaba a sentir confusamente que debía haber algo que no encajaba...) de que también esa vez, como tan a menudo, ¡vaya! verdaderamente no había tenido suerte, al caer precisamente con los que no debía. Ciertamente reconocía que era responsable de mis elecciones, y principalmente de con quién hacía las cosas en común. Me había faltado clarividencia, se daba por supuesto, al dejarme deslumbrar o engañar. Pero no lograba, con la mejor voluntad del mundo, ver más lejos. Tenía unas grandes anteojeras, como las que tan a menudo había tenido ocasión de notar en los demás (tan grandes, en verdad, que a veces no podía creer lo que veía...); incluyendo recientemente y muy de cerca, en mis famosas comunidades de la vida nueva. Pero (parecido en eso a todos mis compañeros) *en mí*
303 *mismo* ◊no las veía, demasiado convencido de antemano de que yo (¡y eso era lo de menos!) estaba libre de tan molestos accesorios.

Sin embargo, ahora distingo varios frutos inmediatos, a los que entonces estuve lejos de conceder atención, tan violenta fue la acusación de mí mismo que me llegaba por esos humillantes fracasos. El más evidente de esos efectos beneficiosos inmediatos, es que entonces comprendí, de una vez por todas, ¡que no estaba hecho para la vida comunitaria! Por lo mismo, a la fuerza, estaba menos convencido de que la familia de los viejos y buenos tiempos, "patriarcal" y todo eso..., estuviera destinada a desaparecer para dar lugar a las comunidades. (Todavía hoy ¡me guardaría mucho de aventurar un pronóstico al respecto!) Entonces comencé a apreciar el valor de estar en la propia casa y, si no se me obliga a la fuerza, no me veo renunciando jamás a una

[355] Véase la nota "El viraje – o el fin de un sopor" (n° 33), página 117.

[356] Esos fiascos no sólo eran "humillantes" para mi imagen de marca, sino también "dolorosos" al alcanzarme de un modo más profundo, ante todo por el deterioro que se acentuó, en tal ambiente poco propicio para la expansión, entre algunos de mis hijos y yo.

ventaja tan inapreciable.

Ahora tampoco me veo viviendo en la ciudad – la ciudad tentacular, devorante y trepidante de hoy en día, símbolo árido y ruidoso de la demencia de nuestro tiempo. Sin embargo las costumbres adquiridas son algo tan fuerte que también eso fue como un desgarro, el sustraerme a la atracción del crisol gigante de la aglomeración parisina para lanzarme en paracaídas en un rincón perdido Dios sabe dónde. Sin embargo ya hacía un año o dos que sentía la necesidad de dar el salto. La vida de mañana, y sobre todo la de pasado mañana, no es el París de hoy, no es ahí donde se puede comenzar a vivir verdaderamente, y en todo caso ¡no se puede crear la sociedad nueva! Sea lo que sea, las perspectivas de "crear la vida nueva en el campo" (donde justamente un terreno estaba disponible, con un pequeño grupo que ya se preparaba para instalarse en él y que me invitaba a unirme a ellos...) son las que finalmente me motivaron para sacar la energía de romper las amarras de la ciudad y hacerme campesino. ¡He aquí algo bueno que estaba hecho!

64. El mensajero

(11 de septiembre) Al comenzar este capítulo, pensaba pasar inmediatamente al que me parecía que era el siguiente "momento" particularmente notable en mi aventura espiritual, después del gran viraje espiritual de 1970; momento que tuvo lugar cuatro años más tarde[357]. Pero más que
304 nunca ¡el hilo de ◊la reflexión se me escapa! Hace justo una semana, y en siete secciones completas, que me he detenido en el episodio de mi implicación en cuerpo y alma en el movimiento de la Contra-cultura, episodio que se extiende desde 1970 a 1973: desde mi "desgarro" del medio matemático a principios de 1970, hasta el hundimiento de mi segunda y última experiencia comunitaria en el verano de 1973. El obstinado movimiento que me sumió durante esos últimos días en la significación de esos años, en los que raramente he vuelto a pensar hasta ahora y siempre sin detenerme, para mí es una señal de la importancia de ese largo episodio en mi vida; y también, seguramente, de su importancia para el mensaje desarrollado en la Llave de los Sueños, mensaje que se me revela a medida que progresa la escritura.

En mi vida, con seguridad, fueron años cruciales de formación. Años de *preparación* ante todo, cuyos mejores frutos, en el plano de la vida espiritual, no se formarían y madurarían, uno a uno, más que a lo largo de los diez o quince años que han pasado desde entonces. En el otoño de 1973, cuando tomé un camino desconocido que más adelante iba a alejarme más y más del fervor (y también de la agitación...) de las grandes tareas emprendidas en común, los frutos más visibles se daban más (me parece) en el plano intelectual que en el espiritual. En esos años comenzó a formarse una visión del mundo de hoy, de la Crisis sin precedentes con la que está confrontado, y también una visión del hombre y de su caminar errante a través de las prisiones de sus propios espejismos. Para que este esbozo, ciertamente muy parcial[358], pudiera ser espiritualmente fecundo, alimentando una vida propiamente espiritual, aún le faltaba implicarme de manera más esencial, más neurálgica que el mero papel social que me correspondía

[357] Ya he hecho alusión aquí y allá a ese "momento de la verdad" (y por primera vez en las tres notas consecutivas "Los reencuentros perdidos", "La llamada y el rechazo" y "El viraje – o el fin de un sopor", n°s 31–33), principalmente en la página 103. Pienso hablar de modo más detallado en la próxima sección.
(28 de septiembre) Véanse mejor las secciones n°s 67–69 en el próximo capítulo.

[358] Era muy consciente de ese carácter parcial, de la ausencia de una visión de conjunto coherente del mundo. Sin embargo, incluso en esa primavera, ni se me vino a la cabeza dedicarme a un trabajo mínimamente consecuente para remediarlo. Me explico respecto de mi desconfianza hacia tal trabajo en la sección "Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n° 21), principalmente las páginas 56 a 58.

– era necesario que la Imagen muda, invisible y omnipresente, la Imagen pesada y rígida que
305 se había fundido conmigo y me había aplastado toda mi vida, ◊fuera descubierta, fuera *vista* al fin y se hundiera... El primer umbral que al fin me hizo entrar (sin que entonces pudiera formulármelo en esos términos) en una "vía espiritual", con el primer esbozo (¡oh cuán tímido aún!) de un itinerario de descubrimiento de sí, iba a traspasarlo al año siguiente[359].

A otro nivel, esos años consagraron mi alejamiento, ya sin retorno, del medio matemático que había dejado, igual que también consagran, irrevocablemente, un cambio en el modo de vida. El ciudadano impenitente que fui, prisionero como a mi pesar de las super-concentraciones de materia gris científica de alto nivel que representan algunas grandes ciudades[360], se convirtió en arrendatario y habitante permanente de una rústica mansión campestre, seguramente centenaria, de gruesos muros como ya no se hacen, situada en un pintoresco y minúsculo pueblo en la ladera de una colina en el Lodévois, en adelante participando, por poco que sea, en los tranquilos ritmos de la vida lugareña.

Para el mensaje de la Llave de los Sueños y, más allá del mensaje de un libro particular, para mi *misión*, esos años fecundos en los que entro en la misión son también los que, de golpe, me ponen en contacto íntimo e intenso con la gran Crisis: Crisis de civilización, Crisis "evolucionista"[361], Crisis espiritual sin precedentes...; y también en contacto, por eso mismo, con la perspectiva de la gran Mutación a la que ésta, necesariamente, nos enfrenta – ¡bajo pena de perecer! De perecer, y de arrastrar en nuestra propia destrucción el prodigioso y delicado tejido de vida sobre la tierra, esa maravilla de las maravillas de la Creación, fruto de las incesantes labores creativas de la Vida desde los tiempos más remotos, que prosiguen sin descanso hasta
306 nuestros días durante miles de miles de milenios... Ese Plazo ineludible, esa ◊pesada amenaza pero también (cuando una *fe* viva, una fe loca y temeraria la transforma...) esa inaudita y poderosa *provocación* de todos los recursos creadores olvidados en la espesura del hombre, fue en esos años cuando por primera vez pude al menos entrever (si no captar verdaderamente) su titánica medida, prometeica – y presentir con vértigo (del que casi no era consciente, tan inmaduro estaba aún para asumirlo y superarlo...) que sus dimensiones, en verdad, superaban infinitamente las meras posibilidades humanas.

Puede que la fidelidad fundamental, al menos la que me ha vuelto apto para la misión de "mensajero" a mí confiada, sea la de haber llevado el conocimiento de ese temible Plazo sin la veleidad de quitármelo de encima arrinconándolo en el Inconsciente, u olvidándolo enseguida bajo el encanto del momento presente y en el flujo de la vida que continúa y exige sus derechos, ni tampoco simulando mitigar todo su impensable alcance. Ciertamente esos "estados del alma" que me he aventurado a evocar aquí parecerán a casi todos (y también a una parte de mí mismo, que sin duda no se desarmará jamás en toda mi vida...) vanas sutilezas psicológicas, quimeras sin importancia y que no merece la pena mencionar. Sin embargo, tales "sutilezas", tales "quimeras" seguramente (ahora tengo la convicción plena) ¡son las *primeras* en la Mirada de Dios! No son ajenas, seguramente, a Su extraña elección, elección incluso majareta a la vista de mi personaje tan poco católico, de designarme a mí Su mensajero (o uno de Sus mensajeros, si algún otro se levanta...), para llevar a un Mundo apoltronado, desplomado y ahogado en su propio ruido, el loco anuncio de la Mutación que ya se prepara en el secreto de la Acción de Dios – del *Umbral* que *debemos* traspasar, queramos o no, sin siquiera la opción (que hasta el año pasado creí

[359] Es el "momento de la verdad" que hemos citado más arriba (ver la penúltima nota a pie de página).

[360] De hecho esa era la única razón que me mantenía cerca de las grandes ciudades, mientras que mis inclinaciones espontáneas me llevaban más bien hacia la vida campestre. Incluso en la ciudad, llevaba una vida retirada y sedentaria, separándome sólo a desgana de mi trabajo. Una vez que "di el salto" y me instalé en el campo, pude constatar, durante mis periodos de intenso trabajo matemático, realizado en una soledad científica casi completa, que mi alejamiento de todo gran centro de "materia gris científica" no era ningún handicap, bien al contrario. Me conducía a salir de todo camino ya trazado mucho más que cuando llevaba una vida de "estrella" científica.

[361] Para ese aspecto "evolucionista", ver la nota "La Gran Crisis Evolucionista – o una vuelta en la hélice..." (nº 37).

abierta) ¡de perecer! No es *ése* Su designio sobre nosotros, que nos hundamos sin retorno en el gigantesco cubo de la basura abierto y lleno de nuestras violencias y codicias. Ciertamente, innumerables multitudes perecerán en la Tormenta – seguramente perecerán todos aquellos que hasta la última Hora permanezcan sordos a las llamadas a despertarse – pero el *Hombre* se despertará a su destino humano, se sacudirá su sopor gregario mil veces milenario heredado del rebaño ¡y *vivirá*! Se despertará y se pondrá en camino, al fin, no por acción humana, sacada como a su pesar de su torpe espesura, sino por el Impulso de Dios surgido de sus profundidades – profundidades insospechadas, olvidadas, jamás conocidas...

En una visión más allá de mi historia personal, seguramente es esa misión de anunciar la
307 que ahora se me presenta como el fruto ◊más pesado, el más rico por su inimaginable Promesa, de esos años turbulentos, intensos, a menudo confusos y problemáticos y sin embargo traspasados por una inmensa esperanza – una esperanza *verdadera*. Fruto tal vez previsto desde mucho tiempo antes de mi incierto nacimiento, desde antes de mis primeros pasos inseguros de niño y de hombre, sostenido por una Mano invisible y amorosa; fruto llamado por una Acción y un Devenir que, en este momento en que escribo, están ante nosotros, invisibles a mis escrutadores ojos igual que a los ojos de todos... Pero fruto que en aquellos años, por más ignorado que estuviera, me correspondía dejar ya germinar y formarse, e iniciar en mí su secreta maduración. Ella prosiguió oscuramente, tenazmente, lejos de toda mirada salvo Una, a lo largo de los catorce años siguientes y hasta en estas notas y en este instante en que escribo.

¿O es mejor decir que estoy exprimiendo un fruto pesado y en su punto, que acaba de desprenderse para caer en mis grandes manos abiertas? Si el fruto es el mensaje, el anuncio de la Promesa y de su próximo cumplimiento, éste me fue dado en los sueños proféticos, hace ya más de seis meses. Ésa fue, quizás, la última cosecha de esas olvidadas siembras[362], que ahora me corresponde, celoso servidor del Señor de las Cosechas y bajo su atenta y discreta Mirada, hacer transformar en vino.

65. Travesía del desierto, y revelación – o siembras a la espera de sus cosechas

(13 de septiembre) El "desgarro" del medio matemático que tuvo lugar a principios de 1970 (sin que por otra parte me diera cuenta de ello en aquél momento) ponía fin a un largo periodo de estancamiento espiritual, de veintiséis años. Se inicia en marzo de 1944, después de que llegase a la constatación (no obstante llena de consecuencias en sí misma y de apremiantes interrogantes...) de la existencia de una Inteligencia creadora, Creadora del Mundo, y después de haber decido
308 acto seguido que ese hecho, después de todo, no ◊me concernía de modo particular. Doy cuenta de ese estancamiento en la sección "La llamada y el rechazo" (ver página 113 [363]), la última de las tres secciones (nº 30 a 32) dedicadas al episodio de mi primer encuentro con la idea de Dios, o mejor dicho con el *hecho* irrecusable de la existencia de Dios, apartado entonces (como una especie de simple "curiosidad metafísica") en favor de preocupaciones que entonces me parecían de mayor interés.

[362] Es un sueño del pasado mes de febrero el que ha llamado mi atención sobre la continuidad entre la misión tal cual me ha sido revelada ahora, y los tiempos olvidados de Sobrevivir y Vivir. No tengo ninguna duda de que ha sido bajo la secreta acción de ese sueño como me he visto conducido en estos últimos días a esta larga "digresión" sobre el periodo de Sobrevivir, a expensas de mis proyectos previstos.

[363] En dicha sección, extiendo ese periodo de estancamiento sobre treinta años, hasta 1974. Eso fue al no haber percibido todo el alcance espiritual del "desgarro", y de los años siguientes. Ese alcance aparece progresivamente, con la reflexión realizada primero en la sección "El viraje – o el fin de un sopor" (nº 33) que sigue a las secciones citadas, y luego a lo largo del presente capítulo.

Estoy seguro de que Aquél que traté con desprecio no se ofuscó – ¡hay que decir que Él ha visto mucho! Seguramente Él esperaba Su hora, y Él sabía que llegaría. Muchas veces he notado que Él tiene una paciencia incansable, y que a menudo asombra...

Ese episodio tuvo lugar a la edad de dieciséis años. Hasta el pasado mes de noviembre (cuarenta y dos años después), por lo que recuerdo, mi pensamiento jamás se detuvo en Dios, ni me rozó la idea de que Dios tuviera tal vez algún interés en mi persona[364], que había una *relación* entre Dios y yo, e incluso entre Dios y todo hombre, toda alma humana. Tal vez eso hubiera terminado por ponérseme de manifiesto, si hubiera tenido la idea de consagrar una reflexión a la cuestión de la relación de Dios con la Creación en general, y con los hombres (y mi modesta persona entre ellos) en particular. Después de todo ¡estaba bien situado para saber que quién
309 crea no deja de tener una relación íntima y duradera con la obra que en él nace[365]! Pero ◊no recuerdo que la idea de tal reflexión me haya rozado siquiera[366]. Si he terminado por tener conocimiento de una relación entre Dios y yo, por una *experiencia* inmediata e irrecusable, e incluso (eso es evidente de entrada) tan íntima y tan fuerte como la que jamás me haya ligado a un ser cercano[367], eso ha sido sólo por *Su* iniciativa. Es Él (un "Él" que también es "Ella") quien Se ha dado a conocer como El más cercano y La más cercana, como El más amado y La más amada. Llegó no como el final de un trabajo de reflexión, y menos aún como el de una búsqueda mística, o de un ansia de experiencias extraordinarias llamadas "místicas" (ansia que habría sido suscitada quizás por lo que me podría haber llegado de los estados llamados de "realización", conseguidos por tales y cuales figuras prestigiosas). Estaba dedicado a un intenso trabajo de investigación sobre mis sueños ¡y bien lejos de soñar nada de eso! El conocimiento de Dios me llegó como nace el amor en la mañana – como una *revelación*. Revelación totalmente inesperada puedo decir, incluso impensable antes de que sucediera – y sin embargo, por impensable que fuese, fue acogida con admiración ciertamente, pero también como algo natural, en el "orden de las cosas" – casi como algo que en ignoradas profundidades de mí mismo ya hubiera sabido, y que me fuera revelado repentinamente un conocimiento íntimo presente ya desde hacía mucho tiempo... Pero me anticipo ¡y mucho!

En el relato de mi itinerario (retomado al fin con el presente capítulo), no me he detenido en el largo periodo de 1944 a 1970, salvo en el episodio (situado justo en la mitad) de la primera *llamada* para entrar en mi misión, y de mi rechazo de esa llamada[368]. No es que esos años no fueran, a su manera, importantes. Pero en la óptica en que me coloco aquí, centrándome en los

[364](14 de septiembre) Después de haber escrito esas líneas, he recordado un momento excepcional, incluso único, en noviembre de 1976 (unos días después de los "reencuentros con mi alma" de los que he hablado en otra parte). Entonces "recé" por primera vez en mi vida sin duda, unos momentos, intensamente – y mi oración fue atendida. Volveré sobre ello en su lugar, en el próximo capítulo.

[365]Es verdad que había en mí un propósito deliberado de buen tono, frecuente en los medios científicos que frecuentaba (tono del que estuve impregnado aún hasta el momento de escribir Cosechas y Siembras), consistente en minimizar ese lazo, afectando un "desapego" de los trabajos realizados. Descubro y doy cuenta de mi apego a mi obra, primero en "El peso de un pasado" (CyS I, n° 50, última sección de la primera parte de Cosechas y Siembras, con la que creía cerrar mi ya largo testimonio sobre mi pasado de matemático); luego dos meses más tarde, con una agudeza mucho más apremiante, en la nota "Un pie en el tiovivo" (CyS II, n° 72), en la estela del descubrimiento de mi entierro anticipado...

[366]Para las razones de mi reticencia hacia ese tipo de reflexión, ver la sección (citada ya en una nota a pie de página de la penúltima sección) "Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n° 21), principalmente las páginas 56 a 58.

[367]Los términos "tan íntima y tan fuerte", como se verá en las líneas siguientes, son un puro eufemismo. Corresponden a mi forma de sentir las cosas después de los primeros "sueños místicos" reconocidos como tales al despertar, en noviembre del año pasado.

[368]Véanse las dos secciones "Fe y misión – o la infidelidad (1)" y "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n°s 34, 35) para ese episodio, evocado igualmente justo al principio de este capítulo (segundo párrafo de la sección n° 57).

310 sucesos señalados en mi itinerario espiritual, y sobre todo en el ◊*franqueamiento* uno a uno de los principales *"umbrales"* que lo han jalonado, no veo más que el mencionado episodio que sea lo bastante sobresaliente para imponerme (de alguna manera) que lo mencione – y sobre todo durante la escritura nada se ha "levantado" para exigir ser examinado y aclararse así. Creo poder decir que fueron años de *siembras* abundantes – a menudo siembras de amargura, que me correspondía hacer crecer en mí y cosechar. No obstante, si hablo de *"estancamiento"*, no es para sugerir con eso una falta de simiente, simiente que por el contrario 'la Vida" me traía con profusión (y de la que, a decir verdad, me defendía como podía...), sino un terreno estéril y un segador reticente, incluso ausente. Falta de lluvias, a la simiente le costaba agarrarse al suelo pedregoso ¡y más le costaba crecer! Y la hoz, olvidada, inútil, se oxidaba y se embotaba a fuerza de permanecer ociosa...

Por tanto ese periodo cubre, salvo unos años, lo que habitualmente cuenta como esencial en la vida de un hombre. Así, incluye prácticamente la totalidad de mi vida marital y familiar, que se extiende desde diciembre de 1957 (inmediatamente después de la muerte de mi madre[369]) hasta diciembre de 1971, cuando abandono el domicilio conyugal para no retornar jamás[370]. Tuve tres hijos (en 1959, 1961, 1965). Un primer hijo, fruto de mi primera relación amorosa (aún en vida de mi madre) había nacido en 1953, y un quinto y último (de una compañera efímera, con la que viví entre 1972 y 1974) iba a nacer en octubre de 1973. Ese matrimonio y la vida de pareja durante catorce años, los amores que lo habían precedido y los que lo siguieron, y los niños que nacieron de ellos[371] – todo eso ha pesado en mi vida con un peso no menos pesado que en la de los demás. Pero mi propósito no es escribir una biografía ni un esbozo biográfico,
311 y éste no es ◊lugar para extenderme sobre ese tema, que me he limitado a rozar de pasada aquí y allá en la Llave de los Sueños, y en Cosechas y Siembras. Haría falta un volumen, si no son varios, y dudo que los escriba jamás[372].

A un nivel muy distinto, ese periodo coincide (salvo un año) con aquél en que me consagré en cuerpo y alma a la investigación matemática: desde 1945 cuando, estudiante de diecisiete años, descuido las clases de la Facultad (sin mucho interés para mí) par proseguir durante tres años una investigación matemática ardiente y solitaria, hasta 1970, veinticinco años más tarde cuando, "sabio" y "gran patrón" en la cima de sus medios y del prestigio, dejo el medio científico (si no, a la larga, mi pasión matemática) para no volver jamás. Así, ese periodo de estancamiento espiritual casi completo coincide con el de una creación intelectual particularmente intensa[373],

[369] Hablo de esa muerte en la segunda sección citada en la precedente nota a pie de página.

[370] Esa ruptura llegó como el desenlace de una insidiosa e inexorable degradación a lo largo de los catorce años de vida común, a la que ya he hecho alusión de pasada. En el momento de dar ese paso, ni siquiera tuve que tomar una decisión – supe que a poco atento que hubiera estado a mi propia vida durante todos esos años, lo habría dado desde mucho tiempo antes, y sin duda muchos males (de los que en ese momento aún no podía percibir todo el alcance...) habrían sido evitados.

[371] Debería exceptuar al último de esos hijos. Aunque lleva mi nombre, no he podido mantener relaciones con él y su madre (viven en los Estados Unidos). Después de su primer año de vida, sólo lo he visto una vez, en los Estados Unidos, y de eso hace ya diez años.

[372] Si me fuera posible proseguir una reflexión sobre mi vida destinada a ser publicada, sin duda sería sobre mi infancia, y sobre el redescubrimiento de mi infancia y de los desgarros que la marcaron y quedaron profundamente impresos en mi ser. Ese trabajo comenzó (con una primera brecha decisiva) en marzo de 1980. Se hizo más profundo a partir de agosto de 1982 (inmediatamente después del "Encuentro con el Soñador", que se ha tratado en la sección del mismo nombre, nº 21), gracias a los mensajes que me llegaban en sueños que restituían una vivencia traumática olvidada desde la infancia.

[373] Reconozco que no tengo la sensación de haber resuelto aún completamente esa aparente contradicción, y eso que no dudo (como señalo por ejemplo en la sección "Belleza y contemplación", nº 49) que en mi trabajo matemático, al menos en el momento mismo del trabajo, de ninguna manera estaba ausente una dimensión espiritual. Seguramente esa "componente" permanecía muy fragmentaria en mi vida, involucraba capas o sectores demasiado limitados de la psique como para tener una acción espiritual fecunda, o al menos vivificante. Eso fue lo que ya sentí en el momento de la primera "llamada" en 1957 (como en la citada sección "Fe y misión – o la infidelidad (1)", nº 34). Vuelvo sobre ello de nuevo, sin conseguir aún verlo totalmente claro, en la sección "Del alma de las cosas y del hombre sin alma" (nº 51) y (un poco) en la siguiente.

alimentando una vasta visión innovadora y animada por ella. Mi obra matemática, al menos toda la parte de esa obra que fue publicada, arranca y se despliega en los veinte años entre 1950 y 1970. También esa obra, y mi vida de matemático, por mis amores con las matemáticas y por mis relaciones con mis amigos matemáticos (enamorados como yo de la misma amante...) como con los alumnos que llegaron a ser (así al menos me parecía entonces) mis amigos, con todo lo que esas relaciones han comportado en el nivel de lo no dicho, de lo oculto y de la vanidad que jamás ¡jamás dirá su nombre! – todo eso también fue semilla para futuras cosechas ¡en un campo muy distinto del que creí sembrar! El sentido de esas cosechas siempre imprevistas y a
312 menudo malvenidas, y de esas siembras apasionadas y despreocupadas que ◊las prepararon, lo escruto a lo largo de mi largo "Testimonio de una vida de matemático", de nombre "Cosechas y Siembras". Éste no es lugar para volver sobre ello.

66. Años-laborables y años-domingo – o tareas y gestación

Después de esta breve retrospectiva sobre el sentido de una "larga travesía del desierto" que abocó en los ardientes años que he evocado en las ocho secciones precedentes, es hora de retomar de nuevo el hilo de mi relato.

Me detuve en el lamentable final de la segunda experiencia comunitaria, en agosto de 1973 [374]. Ése fue el momento en que me quedé sólo con la compañera con la que vivía desde hacía poco más de un año, y con la que (como debe ser) contaba terminar mis días. Ella estaba encinta, su primer embarazo, y un niño iba a nacer en octubre, en la clínica de Lodève. Además, las treinta hectáreas de maleza, herencia de la "comunidad" que se había volatilizado y de la que éramos, ella y yo, los únicos supervivientes, habían sido dejadas a mi responsabilidad y a mi cuidado. Durante algunos años aún me esforcé en suscitar allí la formación de un pequeño grupo de neo-rurales, al que eventualmente me asociaría de un modo u otro que habría que encontrar. Por el momento, hacía valerosos esfuerzos para mantener un jardín y agrandarlo, preparando sobre todo, para ejercer de "jardinero novato", montones largos y altos de magnífico abono ¡para lo que ya veía venir! También fue entonces cuando aprendí a servirme del taladro y de otras herramientas adecuadas, para preparar la casa (recibida en un estado más bien deplorable) y volverla habitable y adecuada para el invierno. También tenía el proyecto de construir un gran domo de arcilla, sin armazón, al modo tradicional nubio, para instalarnos en él después – ¡no era terreno ni arcilla lo que faltaba! Siempre apasionado, pues, con la idea "vida nueva", que no iba a abandonar así como así. En colaboración sobre todo con los marginales del lugar, había unos cuantos en la región. Pero sin ninguna veleidad de relanzarme a la actividad militante, mientras que las ocasiones in situ, incluso urgentes, no faltaban. Bien curado además de la idea de intentar otra vida comunitaria – en todo caso no en forma de cohabitación bajo un mismo techo.

313 ◊A decir verdad, ni uno solo de los proyectos y previsiones que maquiné entonces y en los años sucesivos se realizó: todo lo que emprendía, en la senda de la "vida nueva", se desmoronaba. No era, creo yo, por falta de convicción o de energía, no más que por abandono. Más bien, creo que ése no era verdaderamente el camino que entonces estaba ante mí, el camino de mi *misión*. Y todos los innumerables fracasos de esos años, tanto al nivel de mis relaciones con los demás como en el de mis empresas, ahora los veo como otras tantas advertencias empujándome hacia

[374] Es lo que acabo de comprobar, pescando en un dossier de cartas y papeles de ese año. Casi había olvidado la cronología de los acontecimientos, los cuales ya estaban muy difuminados, como casi todos mis recuerdos...

el camino aún ignorado – el que esperaba que lo descubriera y lo inventara a medida que me comprometiera con él y lo subiera. (Sin verlo aún ni discernir el sentido de lo que hacía...)

Los cinco años siguientes, hasta el final de 1978, son años muy particulares en mi vida. Es el único periodo de mi vida que no estuvo dominado por toda una *tarea* a la que me habría dedicado a fondo para llevarla a buen fin o al menos, tan lejos como me fuera posible. Ciertamente, no es que estuviera desocupado. Ocupaciones interesantes, útiles, instructivas, incluso apasionantes, nunca me han faltado, no más en esos años que en ningún otro momento desde la adolescencia. Pero ahora sólo eran "ocupaciones". No eran vividas como grandes tareas, que me hubieran requerido por completo. Entonces no estaba proyectado con todas mis fuerzas hacia un porvenir desconocido, hacia el cumplimiento de la tarea a la que servía y que, al mismo tiempo, me avasallaba. Eran años en que, en tanto me fue posible, *viví en el presente*. Los años en que me concedí, al lado de un *"hacer"* que ya no me mantenía totalmente prisionero, el placer de *vivir*. De vivir, y de mirar, escuchar, sin otra razón ni causa que vivir, mirar, escuchar. Había pasado casi treinta años de mi vida currando como un condenado sin detenerme jamás – currando "mates" primero y "ecología", "Sobrevivir y Vivir", "Revolución cultural", y todo eso después – ahora me concedía unos años para *vaguear*. Cinco años-domingo en suma ¡después de treinta años-laborables!

No fue el efecto de ninguna decisión deliberada. Fue así, simplemente, no sabría decir cómo ni por qué. Además no recuerdo, durante esos años, haberme percatado de eso, que sin embargo es chocante, y aún menos detenerme en ello: toma ¿qué pasa contigo, que no estás liado con
314 ninguna gran tarea? No me di cuenta hasta mucho más tarde, de pasada y ♢sin detenerme[375].

Con la perspectiva de diez años, presiento que ese larguísimo "domingo" fue algo necesario y saludable. El trabajo que debía hacerse en mí no habría podido hacerse, y lo que debía nacer, nacer, si no me hubiera concedido ese respiro. Igual que una mujer encinta bajaría el ritmo de una vida que tal vez fuera trepidante, para que en una calma propicia llegue a término el trabajo mucho más profundo y delicado que prosigue en ella, bajo la acción de oscuras fuerzas que están *en ella* pero que a la vez la superan infinitamente y que ella no controla. Esos años, que a una mirada superficial pudieran parecer malgastados[376], en su conjunto (si no separadamente[377]) fueron sin embargo años excepcionalmente fecundos en el plano espiritual – infinitamente más fecundos en ese plano (el único que cuenta a los ojos de Dios) que los anteriores treinta años "currantes". Fueron los años en que, después de largas y a menudo áridas siembras, llegada al fin la lluvia, comenzaron a crecer las mieses y a recoger las primeras cosechas – ¡abundantes más allá de lo que la sabiduría humana pudiera predecir o esperar!

[375] Creo recordar haber hecho esa constatación en Cosechas y Siembras, quizás en "La Llave del Yin y del Yang" (CyS III).

[376] Sin embargo, durante esos años jamás se me vino la idea de que pudiera estar malgastando mi vida, y no tengo ninguna razón para pensar que estaba presente de forma inhibida. Bien al contrario, estoy convencido de que en mi fuero interno bien sabía (aunque entonces no me diera cuenta de las razones) que mi tiempo no podía estar mejor empleado.

Sin embargo, en 1979 me llegó un eco por uno de mis antiguos alumnos, que entonces me dijo que le parecía que durante esos años yo habría estado "desesperado" (ésa fue, creo, su expresión), ¡y que incluso temía que yo pudiera poner fin a mis días! De momento me quedé pasmado, luego me dije que seguramente esa había sido su manera de desactivar el cuestionamiento que mi salida del mundo matemático representaba para él y mis otros alumnos: suponer que me había extraviado en un impasse trágico fatal. Es cierto que con el descubrimiento de mi anticipado entierro por la afanosa cohorte de mis alumnos, bajo la dirección del amigo Pedro que hace de Gran Sacerdote, ese temor (¿o expectativa?) de mi próximo fin recibe una iluminación inesperada y, si puede decirse, un encanto totalmente nuevo...

[377] El año 1975, y el periodo de año y medio entre marzo de 1977 y septiembre de 1978, marcan cada uno una parada bastante clara en mi progresión espiritual, después de los importantes umbrales cruzados en 1974 y 1976, sobre los que pienso volver en el próximo capítulo.

También fueron esos años aparentemente "ociosos" los que hicieron madurar en mí tareas muy distintas, tareas que entonces ni habría sospechado. Igual que a la joven madre que amamanta por primera vez se le abren unas ◊tareas de una dimensión totalmente nueva, que las ocupaciones que anteriormente la absorbían ciertamente no habrían podido darle la menor idea. Vistas desde la óptica espiritual, nuestras actividades de toda clase, por absorbente y útiles (incluso indispensables o fascinantes) que sean, y aunque nos dediquemos a ellas con pasión, nos hacen movernos dentro del círculo de lo conocido. Por ellas mismas no nos abren a mundos nuevos. En el límite, si no ceden cuando llega la hora, nos atan, impidiendo la eclosión de lo que debe eclosionar. Pues las fuerzas que en los oscuros repliegues del ser hacen surgir y brotar y germinar lo nuevo, y lo hacen salir a la luz cuando llega la hora – esas fuerzas no son del hombre, y actúan siguiendo caminos y fines, tanto cercanos como lejanos, que el hombre a lo más puede presentir (en los efímeros momentos de mayor claridad...) pero jamás prever ni predecir y menos aún dirigir. Ni siquiera puede secundarlas con una actividad conscientemente decidida y sistemáticamente proseguida. En esos momentos sensibles donde los haya (¡y que ninguna advertencia ni son de trompeta anuncia!) en que el ser mismo brota y se prepara para transformarse bajo la acción de oscuras fuerzas que no son nuestras, lo mejor que podemos hacer por nuestra parte es *asentir* plenamente, con todo lo que somos, a Aquél que actúa en nosotros, dejarle obrar a Él sin interferir demasiado con *nuestro* querer y con *nuestras* ideas sobre lo que conviene que seamos o que hagamos. Y además ese asentimiento del ser, nuestra única y humilde contribución a la Obra desconocida que se realiza en nosotros, se cumple y se renueva día a día sin siquiera darnos cuenta, en la sombra y en el silencio, en lugares muy profundos ocultos para siempre a la patosa mirada de la conciencia.

315

331

◊VII EL VIAJE A MEMPHIS (3): LA VÍA ESPIRITUAL

333

◊67. La constatación de un fracaso (1) – o el choque y las olas

(15 de septiembre) Hace casi tres meses que voy retrasando mi intención de volver sobre los sucesos del año 1974, año que evoco por primera vez en las secciones consecutivas "La llamada y el rechazo" (del 19 y 20 de junio) y "El viraje – o el final de un sopor" (del 21 de junio), como un año cargado de significado en mi itinerario espiritual. Después de los "capítulos-digresión" IV y V ("Aspectos de una misión (1), (2)"), pensaba comenzar el capítulo anterior con una sección consagrada a ese año; pero no: primero he tenido que repasar los años anteriores, los de mi dedicación en cuerpo y alma a la "contra-cultura" y los de las primeras siembras para una misión que aún se ignoraba; misión que no se me reveló hasta el pasado invierno...

En la primera (nº 32 p. 107) de las citadas secciones, del 19 y 20 de junio, terminaba con la evocación del "largo estancamiento" espiritual que siguió, al salir de la adolescencia, a mi primer "descubrimiento de Dios"[378], en 1944. En esa reflexión y "a primera vista", veía extenderse ese estancamiento durante treinta años, hasta ese año 1974 (cf. p. 113), que me parecía el de un primer comienzo (aún tímido ciertamente) en una "vía espiritual". Y me disponía a volver al día siguiente (el 21 de junio), en la siguiente sección, sobre ese importante año, que (así me parecía entonces) marcaba el final del "largo estancamiento". En lugar de eso, no pude dejar de

334

detenerme antes un poco sobre el "gran ◊viraje" de 1970, iniciado con mi "desgarro" del medio matemático evocado entonces de pasada (cf. p. 114). Testarudo a mi manera, tengo buen cuidado sin embargo de terminar esa sección con una nueva evocación del episodio de 1974; tampoco esta vez como el momento que marcaba el final de un estancamiento[379], sino como (cf. p. 119) "el primer paso verdaderamente decisivo que me hace franquear por fin el "círculo invisible" que había rodeado mi infancia y encerrado sin yo saberlo toda mi vida adulta", es decir, también como el primer paso que por fin me hace salir de "el universo ideológico de mis padres".

Al precisarse ese sentido en la reflexión del 21 de junio, me sentía mejor preparado para proseguir al día siguiente con el impulso del día anterior, con el relato que había dejado en suspenso de ese episodio de 1974, el de un cierto "momento de la verdad"[380]. En todo caso esa era mi intención. Pero no son mis intenciones las que deciden ¡con total seguridad! Primero tuve que volver sobre el episodio olvidado de 1957[381] y, una cosa lleva a la otra, después hubo dos capítulos enteros (IV y V), totalmente imprevistos en el programa, que se intercalaron. Y el mismo escenario se reprodujo otra vez al comienzo del anterior Capítulo VI: me aprestaba a retomar por fin mi propósito tanto tiempo dejado en suspenso, sin embargo, sección tras sección

[378] Es verdad que todavía era un descubrimiento totalmente intelectual, pero la reflexión del 20 de junio me lo ha presentado como una primera y discreta llamada de Dios – que entonces preferí ignorar. No hay que confundir esa "primera llamada" con la que tuvo lugar en 1957, por tanto trece años más tarde, ésta mucho más clara e insistente. La evoco en las dos notas "Fe y misión – o la infidelidad (1)" y "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (nos 34 y 35) del 22 al 25 de junio.

[379] En ese momento (21 de junio) comenzaba a darme cuenta de que ya se había terminado con el acto de desgarro, que mencionaba casi de pasada al comienzo de la reflexión de ese día (cf. p. 114).

[380] Esta expresión "momento de la verdad" figura al principio de la reflexión del 21 de junio (cf. p. 115). Ya había aparecido en la reflexión "Los reencuentros perdidos..." del 18 de junio (nº 31, p. 99), en el momento en que evoco por primera vez ese episodio de 1974 (cf. p. 103).

[381] Es el episodio de la "segunda llamada" al que hago alusión en la primera nota a pie de página de la presente sección (p. 333).

y lo quisiera o no, tuve que repasar loa años-torbellino militantes de 1970 a 1973...

Así, a lo largo de esos tres meses que han pasado, la reflexión realizada en *La Llave de los Sueños* ha dado otro giro importante en una hélice[382], que no me lleva al punto de partida (cuando me disponía, el pasado 20 de junio, a hacer el relato de un cierto "momento de la verdad"...), sino a su vertical, un buen paso de tuerca más arriba. Y es con ese aumento de altura y de perspectiva como quisiera retomar ahora (¡seguramente aquí más vale tarde que pronto!) el relato en cuestión.

(16 de septiembre) En este momento distingo *tres* sucesos notables para mi vida interior
335 que tuvieron lugar en 1974. Dos de ellos consistieron en unos actos ◊espirituales, realizados en respuesta a unos sucesos exteriores que hicieron la función de ocasión propicia ¡esta vez por fin captada! Ya he hecho una breve alusión a ellos en una nota a pie de página al final de la sección "La llamada y el rechazo" (p. 113). El tercer "suceso notable" se produjo independientemente de toda iniciativa personal por mi parte, y podría verse como una "derivación" de mi actividad militante de los años anteriores: se trata de la entrada sin tambores ni trompetas, y sin presentarse a mí (que la rechazaba) como tal, de una "dimensión religiosa" en mi existencia.Ya se ha tratado brevemente en otra nota a pie de página, en la sección "Los reencuentros perdidos..." (que precede a la sección que acabo de citar), cuando evoco por primera vez el "momento de la verdad" de 1974 (p. 70). Ahora debo pues situar dentro del hilo del relato y desarrollar un poco esos tres hitos, evocados hace tres meses.

En marzo de 1974 la relación entre mi compañera[383] y yo, después de seis meses de tiranteces y de conflictos abiertos y larvados, se hunde con estrépito entre un rechinar de dientes. Es una ruptura repugnante, sin que el pensamiento de un arreglo pueda siquiera rozarme. Ese momento es vivido como un *choque* de una fuerza aplastante, que literalmente me tumba "en la lona" y a duras penas lo encajo. Durante varias semanas seguidas permanezco en un estado de profundo descorazonamiento – algo que nunca me había ocurrido[384], y sin embargo bien sabe Dios que en mi vida había visto golpes duros e incluso violentos, tanto en mi infancia como en mi vida adulta... Durante semanas permanecí sin fuerzas, incapaz de emprender nada, presa de un temible "¿Para qué?", cuando incluso el mismo sentido de la vida parecía haber desaparecido sin retorno. Seguramente era un instinto elemental el que me advertía de que en efecto no tendría ningún sentido, esta vez, volver al traca-traca de las ocupaciones corrientes como si no hubiera pasado nada. Sin tener que decírmelo, debía saber, con un conocimiento mucho más imperioso que el que hubieran podido darme unas palabras, que primero tenía que encontrar respuesta a la cuestión muda, insistente, que me interpelaba con tal obstinación, y de la que ya no había escapatoria.

336 ◊Lo que me desconcertaba no era el simple fracaso de una relación a la que me había dedicado mucho, y en la que había creído aún cuando conocía su carácter frágil, y pensando que asumía plenamente el pensamiento de la posibilidad de un fracaso. Tampoco era la separación de alguien a quién había amado, ni la ruptura que parecía sin remedio – sino la violencia que se manifestó con esa ocasión y que me asfixiaba. Seguramente se había incubado ya desde los comienzos de la vida en común, hacía unos dos años. La había entrevisto aquí o allá, pero sin creérmelo de verdad y sin sospechar toda su virulencia. Esta vez fue como una mirada profunda, una mirada de vértigo a un abismo. Y era ese abismo (que conocía demasiado bien, aunque me obstinaba desesperadamente en no reconocerlo...), *él* era el que me interpelaba, y no tal persona que yo había amado (y que tal vez, de cierta manera, aún amaba...), ni tales proyectos que se

[382] Para la imagen de "giro en la hélice", comparar con la nota "La gran Crisis evolucionista – o un giro en la hélice..." (cf. Nota nº 37).

[383] Menciono a mi compañera, con la que vivía desde 1972, al principio de la sección "Años-laborables y años-domingo – o tareas y gestación" (nº 66, p. 312).

[384] Varias veces ya me había ocurrido que alguien cercano me "dejase KO", pero jamás el estado de abatimiento fue, creo, tan largo.

hubieran derrumbado.

Sin embargo no era la primera vez que me veía colocado abruptamente, con una fuerza sin réplica, de bruces en el vacío, ante ese abismo profundo. Ciertamente en mi infancia (pero de eso no tenía en ese momento el menor recuerdo...), sino también en mi vida adulta, ¡e incluso (diría ahora) en abundancia! Pero hasta entonces siempre encontraba la manera de apartar los ojos, de jugar en suma mal que bien al que no ha visto nada ni está al corriente de nada, de encontrar refugio en una especie de ingenuidad infantil. En esas semanas cruciales, y no sé cómo, se hubiera dicho que ese "recurso" de cerrar los ojos me había sido quitado. Incluso no creo que en ese momento hubiera en mí la menor veleidad de recurrir a eso, de distraerme. Algo en mí debía hacerme comprender, de manera tan clara e intensa que no hubiera podido substraerme a ello, que ya no era momento de esquivar. De buena gana o no, tenía que enfrentarme a lo que me golpeaba de lleno.

Sólo me queda un recuerdo de lo más vago de esas semanas de crisis interior, y de las siguientes. La cosa "natural", que "normalmente" debiera haberse impuesto con ese "instinto" tan seguro (o con esa voz interior tan raramente escuchada, y que, por más baja que sea, se vuelve acuciante en los momentos de crisis extrema...), hubiera sido enfrentarme con un profundo trabajo escrito a lo que se me venía encima, como hice en circunstancias análogas dos años y
337 medio después[385]. Seguramente tal trabajo no hubiera ◊podido dejar de llevarme desde ese momento al descubrimientos de la meditación. ¡Ése o nunca sería el momento! Si no fue así es sobre todo, creo, porque estaba terriblemente enraizado en los *a priori* krishnamurtianos de los que me había impregnado "con confianza" durante los tres años anteriores[386]. Sobre todo me bloqueaba el perentorio prejuicio de Krishnamurti contra toda clase de *trabajo* de conocimiento de sí mismo[387]; el conocimiento de sí, según él, debía realizarse en el destello de un instante con una mirada de una agudeza sin igual, que ¡ay, jamás supe (ni tampoco el mismo Maestro...) alcanzar..!

Sin embargo, como bajo el impulso de un oscuro y saludable instinto, durante toda una semana seguida escribí, y trabajé y retrabajé, un largo poema, intentando expresar lo vivido en los últimos meses, y sus prolongaciones en mí a lo largo de esas semanas de desarrollo interior que estaba viviendo. Era la primera vez en mi vida que reaccionaba a una situación de crisis con un tal trabajo escrito. Hablando con propiedad ese poema no representaba (al menos no a nivel consciente) un intento de "comprensión" de lo que me ocurría, sino más bien una tentativa de expresar de manera tan fiel como fuera capaz, y ayudándome para ello de la forma poética, cierta vivencia forzosamente subjetiva. Sin embargo, cuando un trabajo de ese tipo se hace con un espíritu de verdad, es decir sin complacencias hacia uno mismo (y especialmente sin trazas de piedad hacia uno mismo, ese dulce veneno del alma...), y por más subjetiva y superficial
338 que aún sea la realidad que se esfuerza en describir, ◊conduce a cierta *profundización* de lo vivido, al mismo tiempo que a una primera y necesaria "toma de distancia", a un comienzo de

[385] Aquí aludo al episodio que rodea el descubrimiento de la meditación, en noviembre de 1976. Hablo de él en la subsección 6 "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (p. 244, especialmente la página 244 y siguientes).

[386] Desde mi primer encuentro con el pensamiento de Krishnamurti, éste me había electrizado literalmente, ¡y me lancé sobre él como un hambriento se lanza sobre la comida! Aunque estaba sobresaturado de valores "yang", "masculinos", y desde mi infancia me modelaba según esos valores, debía sentir por instinto que eso era lo que necesitaba para reencontrar un equilibrio interior del que (debía presentir ya en el inconsciente) carecía. (Comparar con "Yang juega a yin – o el papel del Maestro", una nota en la p. 870 de *Cosechas y Siembras* III.) Pero la influencia del pensamiento del Maestro permanecía entonces confinada al nivel intelectual, con la adopción de una ideología "superyin" como reacción a la ideología "superyang" que había sido la mía hasta entonces (en conformidad con la cultura ambiente). Mi ser profundo, y mis comportamientos espontáneos, no quedaron afectados. Un "aumento de las fuerzas yin" no tuvo lugar más que a partir de junio de 1976, y creo que fue totalmente independiente de cualquier influencia ideológica – fue obra de fuerzas profundas en mí (es decir, seguramente obra de Dios), secundadas por mi aceptación.

[387] Ver al respecto la nota "Las bestias negras del Maestro (1) – o ¡alto! al trabajo de pensar" (cf. Nota n° 53).

"objetivización". Además, y sin que en absoluto sea algo buscado, creo que tal trabajo, a poco que uno se dedique de lleno a él, terminará siempre por hacer aparecer algún sentido de lo vivido que se esfuerza en expresar (sentido que antes podía parecer dolorosamente ausente), aunque sólo sea el de ser así la ocasión para un trabajo de expresión que es *verdadero*.

Esos efectos bienhechores de un trabajo de expresión[388] además son independientes de las distorsiones más o menos fuertes de la realidad que se refleja en la vivencia que uno se propone expresar; distorsiones ciertamente inevitables, incluyendo las que provienen de la tendencia a "dramatizar", tan fuertemente implantada en la psique como una manera segura de evacuar el verdadero sentido de nuestras experiencias más dolorosas. Al menos en un primer momento, la tarea de expresar una vivencia no implica la de hallar la parte de las distorsiones dramatizantes, de "decantarla" en cierta manera. Al principio el trabajo se limita a dar una especie restitución en "bruto", primer paso hacia una percepción más detallada, y por eso mismo más "objetiva", de la vivencia y de la experiencia que la acompaña y relata a su manera.

Acabo de releer ese poema[389]. Ciertamente su énfasis dramático me da una impresión penosa. Sin embargo no me parece que sea algo añadido a la vivencia que me esforzaba en expresar. Pero es un hecho que ya no me reconozco en ése que así se expresa, o mejor: en ése que *vive* así cierta experiencia dolorosa. En el poema se inicia un poco el trabajo de objetivización, en la primera parte, que es una mirada sobre mí mismo en el momento de escribir...

Ese trabajo de asimilación de una vivencia no irá más lejos. Unas cartas de las siguientes
339 semanas me muestran que aún estaba ◊lejos de haber superado mis inveterados reflejos: una vez pasado el primer choque y después de recuperarme (en parte gracias al trabajo de expresión poética por el que acababa de pasar), era necesario (¡ahora que ya ha pasado todo!) que me mostrase como el que es (¡más que nunca!) dueño de sí mismo y de la situación, que ahora contempla desde muy alto. Pero los tonos de amargura poética y altanera, servidos además en el más puro estilo y jerga krishnamurtianos (que en esos años se habían vuelto para mí como una segunda naturaleza, una naturaleza prestada en mi caso), denuncian y desmienten elocuentemente la sempiterna pose del hombre superior, sobrevolando los juegos circenses en los que se complacen ¡ay! (pero qué más da...) algunos (o mejor algunas...) que, etc. La verdad es que en ese circo y ese cine, ¡allí estaba yo mismo de lleno, y no más cerca de salir! El primer gran paso fuera de ese circo que bien veía en los demás, no lo di hasta dos años y medio más tarde, en noviembre de 1976; y aún tuve que dar muchos otros en los siguientes años, sin por eso estar muy seguro, en este momento en que escribo, de si ¡por fin he salido totalmente!

Eso no impide que, aunque entonces no hubo una verdadera "meditación", ese trabajo escrito seguramente jugara un papel para estimular al mismo tiempo un trabajo más profundo, que se realizaba en contra de todo, y que desembocó en ese "instante de la verdad" al que ya he aludido aquí o allá. Ese momento tuvo lugar una semana más tarde, en la primera semana de abril.

De ese momento fecundo, que (creo) es el primer verdadero "umbral" franqueado en mi itinerario espiritual a lo largo de mi presente vida terrestre[390], no me queda más que un recuerdo

[388] Tal trabajo de expresión es un caso típico de un trabajo creativo, y los "efectos bienhechores" de los que hablamos son sólo algunos de los aspectos de "la obra interior" que acompaña a la creación y que es su primer fruto y el más esencial. Ver al respecto la sección "Libertad creadora y obra interior" (n° 46 p. 175).

[389] Ese poema está escrito en inglés, bajo el título *Again*, del 18 al 26 de marzo. En esos mismos días lo traduje al francés (sin título). Ocupa cuatro páginas mecanografiadas – probablemente el poema más largo que haya escrito en mi vida, ¡y el que me ha llevado más tiempo! Visiblemente el trabajo al que entonces me dediqué con tal ahínco, y que merecía mejor causa, era un sustituto del trabajo de meditación del que entonces no tenía ni idea...

[390] En el Capítulo III he hablado de otros dos momentos importantes en mi itinerario, evocados al comienzo de la presente sección: el primer descubrimiento ("intelectual") de Dios en 1944, y el "desgarro" del medio científico en 1970. Aunque el primero de ellos haya permanecido mucho tiempo acantonado en el plano intelectual, y no haya tenido (por lo que puedo ver) impacto en mi vida espiritual durante los siguientes treinta años, quizás deba considerarse, también él, como el paso de un "umbral" importante en el camino del conocimiento espiritual.

340 de lo más vago, ◊o más exactamente: no me queda "recuerdo" alguno – al menos recuerdo *directo*. ¡Las fuerzas de enterramiento no debieron descansar para sepultar deprisa todo recuerdo vivo de ese instante! Desgraciadamente tampoco queda traza escrita inmediata, tomada más o menos en vivo, que pudiera hacer resurgir un verdadero recuerdo, con toda la fuerza de verdad que le corresponde, en vez de un producto estereotipado entregado por una memoria perezosa. En ese mismo año, la única traza escrita que se refiere a él se encuentra en la larga reflexión en dos entregas que tuvo lugar unos meses más tarde, en el mes de julio, cuando estuve inmovilizado en el hospital de Lodève. Pero mi propósito en ese momento, en esa retrospectiva de ciertos sucesos llamativos de mi vida pasada, no era el de evocar con su fuerza y su verdad inmediatas tal o cual recuerdo, sino más bien el de sacar la quintaesencia de los sucesos a los que entonces pasaba revista. He aquí lo que escribo sobre el episodio en cuestión en la primera de las dos entregas de la reflexión, "El constructor y su declive" (p. 8):

> ¿Cómo puede llegar la paz en un momento de ruina, casi de desesperación, cuando el sentido de mi vida de repente se ha desvanecido? Por primera vez en mi vida ninguna tarea tenía sentido, mis brazos permanecían inertes durante días y semanas, con el espíritu dando vueltas sin cesar en su estrecha jaula – intensamente consciente de la jaula, de su separación del "más allá", pero incapaz de alcanzarlo. Sin embargo a través de esas semanas dolorosas, como un hilo tenue y constante que me salvaba de caer en la desesperación pura y simple, estaba el conocimiento de que todo lo que ocurría tenía buenas razones para ocurrir, que encerraba una lección necesaria que
> 341 ◊debía aprender, que pena, dolor, cólera, no eran más que incidencias, que todas me señalaban una misma cosa – una cosa que no había sabido aprender durante toda mi vida. Y cada vez estaba más claro que esa "lección" que tenía que aprender se refería al *amor*. Si hubiera amor en mí, ya nada sería un problema, el amor actuaría entre las ruina y la podredumbre, florecería y daría frutos. Entonces lo supe. Pero en mí no había amor, ni paz.

No recuerdo que hubiera un momento de iluminación súbita, que tendría que haber dejado la traza de algún recuerdo. El pasaje anterior sugiere, él también, que el "instante de la verdad" no tuvo la naturaleza de una tal iluminación, que ocurre en un instante determinado. Más bien es un conocimiento que hubiera aflorado poco a poco, penosamente y dolorosamente, de manera tanto más penosa y dolorosa cuanto que su aparición no estaba secundada por ningún trabajo escrito, que se hubiera esforzado en ir al encuentro de lo que emerge de las profundidades. Fue progresivamente, en contra de tenaces resistencias (que entonces era totalmente incapaz de captar) como ese conocimiento debió entrar en mí, penetrar capa tras capa de la psique para finalmente llegar a ser pleno, irrecusable: esa ruina persistente que había acompañado toda mi vida adulta, como una sombra maléfica y tenaz pegada a mis pasos, se debía a la *falta de amor*; falta de amor no sólo en los otros (lo que, en cierto sentido, no me incumbía), sino ante todo

---

Sin embargo no es lo que yo llamaría un verdadero "acto espiritual", sino más bien un acto de conocimiento *intelectual*. Por contra, el desgarro de 1970 me parece un auténtico acto espiritual – un acto de fidelidad al que yo era, acto cuya fecundidad fue además inmediata: mi vida fue transformada profundamente. Sin embargo dudo en ver ahí el paso de un "umbral" en mi camino espiritual, a falta de poder discernir en él la aparición de un conocimiento nuevo en el plano espiritual. Es verdad que era el paso de una puerta que había que pasar con toda necesidad, para poder progresar. Pero una vez pasada la puerta, estaba en el mismo nivel de madurez espiritual, simplemente más despierto (o menos adormilado) que antes. Mientras que el paso de un "umbral" da acceso a un nivel de madurez más elevado, es decir a un nivel de conocimiento espiritual más rico y más profundo.

Aún veo un tercer acto de naturaleza creativa, y de largo alcance en mi vida (no sé si aquí tendría que decir: en mi vida espiritual), también antes del que tuvo lugar en 1974. Tuvo lugar en diciembre de 1933, cuando tenía seis años. Es el acto por el que fui capaz de asumir entonces, en la medida en que me era posible en el estado de madurez en que me encontraba, una situación de una violencia tal que sin duda me habría destruido, si no hubiese encontrado esa vía para dar voz a la desolación sin nombre que entonces me ahogaba hasta el punto de asfixiarme...

falta de amor *en mí mismo*.

Ese conocimiento debió estar presente con toda su fuerza durante cierto tiempo, quizás durante un día, quizás durante varios, para después decrecer y esfumarse, pasar a segundo plano, mientras que de nuevo "la vida que continúa" retomaba sus derechos. Quizás incluso ese conocimiento habría terminado por desvanecerse, igual que se desvaneció el recuerdo del momento de su eclosión, bajo la acción de las mismas fuerzas egóticas, que seguramente retomaron su dominio sobre mí ya en los días siguientes, y sin que me diera cuenta de nada. Fue necesario un providencial accidente unos meses más tarde, que me envío al hospital y me dejó "fuera de juego" durante más de un año, para forzarme a dejar mis proyectos y ocupaciones y, con eso, a hacerme volver sobre el sentido del reciente episodio, apunto de ser engullido sin retorno.

342 ◊68. La constatación de un fracaso (2) – o lo esencial y lo accesorio

(17 y 18 de septiembre) Pasando a limpio las notas de ayer y anteayer, se ha condensado y concretado un sentimiento difuso, a flor de consciencia, que ya había estado presente en la primera redacción, sobre todo cuando por fin llegué a ese famoso "momento de la verdad", en las dos últimas páginas. Era como la desagradable impresión de repetir de memoria alguna lección, en vez de describir lo que veo, a medida que la cosa vista surge y se despliega bajo la acción de una mirada escrutadora. De ese momento, de hecho no guardaba más que un recuerdo de "segundo grado", un recuerdo "de cabeza", el de una *conclusión* con la que había resumido, con autoridad por así decir, cierta vivencia, mientras que el recuerdo de esa misma vivencia había sido borrado o enterrado en los siguientes días o semanas. Lo que de ella retiene sobre todo el breve informe citado ayer (fechado en julio de 1974, por tanto unos tres meses más tarde) está de acuerdo con lo que me restituía la "memoria aprieta-botón" cada vez que repensaba ese episodio: había comprendido (me decía la respuesta aprieta-botón) "la razón" o "la *causa*" de la ruina perpetua de mi vida. Vuelvo sobre eso, como para convencerme bien de que esa era la buena respuesta, en la segunda parte de la reflexión de julio de 1974, "Obligación y amor"[391], donde concluyo al respecto:

> Esa es [que es el Amor lo que me falta con desesperación], me parece ahora, la lección principal que por fin he terminado de aprender en estos últimos años. Quizás sea esa la lección principal que he aprendido en toda mi vida, desde la infancia. A muchos eso les podrá parecer un resultado irrisorio para una vida de esfuerzos, de luchas, de sufrimientos y de ilusiones – la desnuda constatación de la desesperada carencia de algo que sólo aparece en la vida de la mayoría de la gente en repentinos y fugaces
> 343 destellos de algo que tal vez no reaparezca ◊jamás en mi vida, o sólo en ciertos raros destellos de serena lucidez. Sin embargo sé que esa constatación es importante. Si permanece viva en mí, mi vida no habrá sido vivida en vano – al menos una importante lección se habrá aprendido a fondo. El que aprende a fondo tal lección ya no puede ser el mismo que antes. Comprender significa haber cambiado ya.

Este texto está escrito en lengua inglesa, pues pensaba dárselo a leer a un buen amigo chino,

[391] Incluso el estilo de las reflexiones escritas de los meses de julio y agosto de 1974 está calcado involuntariamente del de Krishnamurti, ¡a menudo hasta el punto de parecer un pastiche del Maestro! Por más sustanciales e importantes que sean esos textos en mi itinerario espiritual, esa afectación inconsciente, que traduce al nivel del estilo el corsé ideológico que tenía sin darme cuenta de nada, por momentos hace muy penosa la lectura; al menos para mí, al verme enfrentado así al que realmente era entonces, ¡y en el que me cuesta reconocerme ahora!

con el que la lengua común era el inglés. Es un texto de 23 páginas, escrito dos o tres semanas después de "El constructor y su declive" citado ayer. Éste es más corto (9 páginas), también en inglés (y por la misma razón). Sin embargo lo que afirmaba con tanta seguridad, claramente inspirado por mi "fondo krishnamurtiano", sólo es válido parcialmente. Lo que se ha aprendido y comprendido (aunque sea "a fondo") puede reprimirse de manera más o menos completa, y con eso impedir que sea activo. A fines prácticos se permanece entonces (en las maneras de pensar, de sentir, de actuar, de hacer...) igual que se era "antes". Dejando aparte el episodio de julio y agosto del mismo año (cf. sección nº 58 p. 273) (sobre el que tendré que volver), eso es lo que me ocurrió después del "momento de la verdad" de abril de 1974, al menos hasta julio de 1976, más de dos años más tarde, si no es hasta el momento del descubrimiento de la meditación, en el mes de noviembre del mismo año.

Pero hay más. Cuando me sondeo sobre lo que realmente ha sido vivificante y esencial en lo vivido alrededor del "momento de la verdad", no me parece que verdaderamente sea lo que la memoria ha fijado e instaurado como el supuesto contenido de ese momento, ¡sin que jamás me haya tomado la molestia, antes de ahora, de escrutar lo bien fundado de ese decreto! Sin embargo la intuición inmediata, que ayer todavía estaba un poco cubierta y borrosa por lo circunstancial, y también por la "autoridad" (¡que acudió al rescate en el momento justo!) de una cita que viene a confirmar a una memoria dudosa, más bien me enseñaría otra cosa. Lo *esencial* que ocurrió en esos días no fue la "comprensión" o el "conocimiento" de la causa de cierta situación que me perturbaba profundamente, y que no se presentaba más que en perífrasis[392]. Y a decir
344 ◊verdad, cuando se trata de ver la verdad, la búsqueda de las causas es a menudo algo ilusorio, motivado más por el deseo del yo de liberarse de una situación que le pesa por una razón u otra que por el deseo de comprender esa situación, por una sed de verdad, por una necesidad imperiosa de verla clara[393]. Sin contar con que todo lo que pueda designarse como "causa" de esto o aquello (incluso suponiendo que la elección de dicha "causa" no sea más o menos ficticia, guiada por prejuicios mejor o peor fundados, cuando no simplemente a la buena de Dios[394]) de todas maneras sólo tendrá un valor muy relativo, ligado como está a un estado de madurez y a un grado de penetración de la mirada; detrás de toda "causa" (o poco le falta) se termina por discernir otra "causa" más profunda, o al menos más oculta a nuestros ojos, de la que aquella se presenta como un "efecto"...

Estoy convencido de que lo esencial del "momento de la verdad" era de naturaleza más humilde y mucho más elemental que la designación de una "causa" de tal o cual situación. De que más bien residía en la mera *constatación* de esa misma situación, de una situación que había dominado toda mi vida adulta (incluso mi vida entera): el de una *devastación* implacable y aparentemente irremediable. El de una *ruina* continua en mis relaciones con los demás, incluyendo y sobre todo los que me eran más cercanos y queridos – una devastación que (como escribí ayer con una perífrasis) me seguía paso a paso, pegada a mí como mi sombra. Esa

[392] Al menos en la reflexión de ayer. Sería inexacto decir que lo mismo ocurre en los dos textos de julio de 1974 (que acabo de volver a mirar para esto), ni que la "situación" (de quiebra) en cuestión se escamotee en ellos. Pero en ese momento mi propósito principal no era el de rehacer una constatación que ya había hecho tres meses antes, sino más bien el de situarla en el contexto global de mi vida y de las ideas maestras que entonces discernía, y (si se puede) el de poner el dedo sobre las *causas*. Involuntariamente debí proyectar entonces ese propósito, que entonces era el que tenía, sobre el recuerdo que guardaba de cierto momento particular (el "momento de la verdad"). Además éste no estaba en el centro de la reflexión, aunque esa reflexión es claramente uno de sus primeros frutos, y de los más sustanciales.

[393] Muy al contrario (según doy a entender más adelante, cf. p. 346), muy a menudo nos dispersamos dando "explicaciones" y poniendo en primer plano las "causas", con el único fin de distraernos de lo esencial, de escapar (aunque sólo sea simbólicamente) de la situación que se "explica" antes de atreverse a echarle siquiera un vistazo ¡para ver al menos en qué consiste! Ése es el ABC en el arte de engañarse a uno mismo...

[394] Y de hecho a menudo tenemos la impresión de una tal "a la buena de Dios", señal inequívoca de que las explicaciones dadas no tienen más propósito que ahogar un pez (como acabo de evocar en la anterior nota a pie de página).

devastación no tenía nada de "relativo", no se debía a ningún prejuicio (krishnamurtiano u otro) sobre esto o aquello. Existía con una existencia cierta y temible, independientemente
345 de todo lo que ◊yo u otros pudieran encontrarle como "causa". Era un *hecho* bien tangible, irrecusable y sin embargo ¡tenazmente eludido durante toda una vida! Ese hecho es el que me interpelaba desde el día del hundimiento de cierta relación (sucedido después de muchos hundimientos semejantes). Es a ese *hecho* al que me llevaba con tal fuerza perentoria el último episodio de ruptura, después de tres o cuatro del mismo agua uno tras otro en menos de dos años. Y justo por eso este episodio me sacudió hasta el punto de "tumbarme en la lona" – y por mi gran bien (como yo mismo me daba cuenta entonces confusamente...). Es contra ese hecho con lo que me debatía durante toda esa semana cuando perfilaba un poema, que fijaría mis ojos sobre este último episodio de triste memoria (pero no peor que otros que ya había tenido que encajar...), y sobre el tren de agitadas ondas que éste había desencadenado y que seguían zarandeándome.

Y sin embargo el título (en inglés) que le había dado al poema, *Again*, sugiriendo el sentimiento de un "retorno" inexorable de algo que conocía demasiado bien – ese título por sí solo ya era elocuente. Entre muchas otras señales en ese testimonio de un tiempo de desarrollo, atestigua la presencia insistente de una voz de la verdad en mí, sumergida al principio por las dramáticas vibraciones y el estruendo de la emoción que nos sofoca (¡y *ésa* es justamente su función!), y que en virtud de ese intenso trabajo de escritura ya se había vuelto más distinguible, menos ahogada por el ruido. Una voz que al final fin terminé por escuchar en silencio, durante un largo instante...

Esa *constatación del fracaso* de toda una vida (ahora no tengo ninguna duda de eso) ha sido el verdadero contenido de ese "momento de la verdad". Esa era la verdad desnuda que apareció en ese instante. Limpia de toda interpretación, de toda construcción del espíritu, que no hacen más que diluir la verdad, y mitigar o incluso neutralizar y escamotear la virtud creativa, la fecundidad que le es propia. Fue con esa verdad desnuda, aceptada tal y como era, sin reservas tácitas ni expresas, con la totalidad de mi ser, como mi vida, misteriosamente y (a pesar de las apariencias) irremediablemente, quedó transformada en esos días. Fue con esa humilde constatación de una *miseria* incomprendida, de una miseria que supera el entendimiento y que sin embargo es vista con claridad y aceptada como tal, sin escapatoria sentimental (con la autocompasión) ni intelectual (con las "explicaciones"), como franqueé un "*umbral*". (Ese "umbral" del que hablaba ayer, pero sin *ver*lo verdaderamente, pues mis ojos aún permanecían tapados por las orejeras de una memoria insidiosamente trucada...) Fue con esa constatación de una miseria como mi mismo ser cambió – como se abrió ante él, aún invisible a mis ojos, un destino en adelante muy diferente. En un lugar muy apartado de mi ser donde no alcanza
346 ninguna mirada humana, algo ◊apareció, efímero como un soplo en sus efectos visibles, y sin embargo eterno en su substancia. Hubo ese conocimiento, sin nada de relativo, de hipotético, conocimiento independiente de toda manera de ver las cosas y de separar en ellas los "efectos" de las "causas"; un conocimiento irreductible, absoluto, pleno al haber sido total en mi ser durante un momento (quizás de algunos días...): el conocimiento de esa miseria incomprendida, de esa devastación. Ése era el "momento de la verdad", y no otra cosa.

No digo que, cuando un ser se vea llevado a una constatación, deba a cualquier precio, so pena de perderse su beneficio, abstenerse de buscar después la "causa" de la situación o del hecho que acaba de constatar. La clave es no llegar a escamotear la situación misma, por fin asumida, con esas causas que tan brillantemente se han encontrado. Que la búsqueda de una causa sea más bien la ocasión para impregnarse aún más de esa situación incomprendida y de su sentido incomprendido – que lejos de alejarnos de ella y dispersarnos, nos lleve a mayor intimidad y a permanecer en ella. Ésa es la señal de que "la causa" no es un medio para distraerse, para una huída que no dice su nombre, sino más bien para una profundización.

No es casualidad que las fuerzas del yo escamoteasen enseguida el contenido esencial del

"momento de la verdad", justamente el que tenía la virtud activa de un fermento de renovación, para sustituirlo por una ropa improvisada (bautizada "causa") ¡a fe mía! de plausible y hermosa apariencia, que en adelante ocupará su lugar: en mi vida las relaciones habían tenido (¿y quizás aún tengan...?) una molesta tendencia a cagarla, *porque* me falta ¡ay! (como a todo el mundo, dicho sea de paso...) ese imponderable tan delicado, tan raro, etc. que es el amor (o incluso el Amor con mayúscula, según la moda del momento)... De repente la miseria esencial, íntimamente personal, que escuece y a decir verdad es intolerable (para el yo), se diluye y desaparece por así decir en una afirmación filosófica de hermosa prestancia, con la que me fundo en la masa anónima, ni visto ni oído – una afirmación nada comprometedora: bien sí, yo como todo el mundo estoy falto de esa cosa de la que tanto se habla y ¡jamás se ha visto (por así decir)! (Por contra al menos tengo el mérito de reconocerlo con una lucidez que me honra, "con toda humildad".)[395]

347 ◊Tampoco digo que la explicación, o la "constatación" (qué más da), que he retenido y puesto por delante, con la ausencia de amor en mí, sea falsa por sí misma, ni que no sea, a su nivel, pertinente e incluso importante. No se trata de que quiera impedir (o de querer disuadir a nadie) que tome nota de esa clase de cosas y de formularlas, sea con fines "explicativos" o con cualquier otro fin; ni de reprocharme a mí mismo, trece años después, el haberlo hecho. Simplemente constato que, en el contexto particular del "momento de la verdad" que me esfuerzo en captar, esa afirmación sobre la falta de amor (que además no tenía nada de absolutamente nuevo para mí por sí misma, no más que el hecho de que esa falta no dejaba de tener, ciertamente, consecuencias molestas...) – esa afirmación era algo *accesorio*. Y por eso las fuerzas de resistencia la aprovecharon tan rápido, para sustituir con lo accesorio, de lo más anodino en suma, lo *esencial* mucho más candente, una humilde y silenciosa constatación – ¡y una intolerable amenaza para la Imagen! Así se encontró diluida y neutralizada ante mis ojos, mientras que (hasta esta misma mañana) yo no veía ahí más que fuego, el frágil conocimiento que apareció penosamente, furtivamente en un momento de silencio y de humildad (n° 59, p. 277).

Tampoco es casualidad, seguramente, que ya en los días o semanas siguiente fuese de
348 nuevo más "viejo" que nunca, ◊tomando aires de superioridad altanera y picajosa hacia mi excompañera, tan escandalosamente reticente a aprender, cuando sin embargo tenía ante los ojos, en mi persona, un ejemplo tan notable de profunda comprensión, de aceptación (¡o sí!), de serenidad y todo eso – en suma todo salvo "el amor" del que yo mismo había reconocido , ¡y con qué penetración y qué humildad! estar desprovisto provisionalmente... La idea de que por el contrario yo podría estarle agradecido por haberme dado la ocasión de aprender algo sobre

[395] Al escribir este párrafo se me ha impuesto con fuerza creciente el pensamiento de un "momento de la verdad" muy parecido que tuvo lugar en la vida de mi madre treinta años antes. (Hablo de él de manera bastante detallada en la sección "Los reencuentros perdidos..." (n° 31 p. 99) del 18 de junio.)¡La identidad de los dos escenarios es realmente llamativa! No, creo, porque en esa ocasión me hubiera "modelado" en mi madre, sino porque en lo esencial la naturaleza de las fuerzas del ego, y sus procedimientos de escamoteo, no cambian de una persona a otra. Ahora veo claramente que los dos "umbrales" de los que se trata, el que mi madre pasó en 1944, y el que yo pasé en 1974, son realmente "los mismos", como la asociación de los dos (aparecida el 18 de junio en la citada sección) parecía sugerir ya. Pero conforme a la imagen todavía un poquito "epinalizada"(†) que guardaba del episodio de abril de 1974, yo creía en ese momento (el 18 de junio), y de hecho hasta ayer mismo, que al contrario que mi madre, yo no había escamoteado el sentido de mi "instante de la verdad". Ahora me doy cuenta de que no es así. Sin embargo hay una diferencia importante: el enterramiento del momento de la verdad en la vida de mi madre fue (me parece) completo y definitivo. Ese momento no fecundó su vida, lo que sin embargo era su razón de ser. Ese paso de un umbral crucial no fue para ella, ni en lo inmediato ni más tarde (al menos no en la misma vida terrestre, en esos trece años que le quedaban de vida), el punto de partida para un viaje, para una progresión. Uno estaría tentado a decir que "no le sirvió de nada", al menos en esta vida. En mi caso, los primeros frutos comenzaron a aparecer en los días siguientes, y la escalada espiritual iniciada tres meses más tarde ha continuado casi sin interrupción hasta hoy mismo.

(†) (N. del T.) Las imágenes de Épinal fueron estampas de vivos colores que se produjeron en Francia durante el s. XIX. La expresión ha adquirido un sentido figurado en francés, designando una visión tradicionalista e ingenua de las cosas que se decanta únicamente por su lado bueno.

mí mismo, esa idea jamás me afloró.

Incluso hasta el punto de que uno puede preguntarse, al verme recaer tan deprisa y tan groseramente en la rutina de cierta vanidad, en una "pose de Gurú" que entonces me era habitual[396], dónde estaba pues la supuesta "virtud" de ese supuesto "umbral" que pretendo haber pasado entonces, y que parece haberse transformado en un santiamén en un nuevo look de una espléndida Imagen ¡que ya estaba bastante recargada!

Ciertamente ése es el destino que aguarda a todo progreso en el camino espiritual, del que el yo con seguridad intentará apoderarse para hacerse un adorno[397]. Ésa es sin duda la trampa más común de todas en esa vía (y en ella más que en cualquier otra), y sólo se evita deslizarse en ella con una vigilancia constante de la que entonces estaba muy lejos. Cuando uno se desliza en ella, vuelve inoperante la progresión espiritual de la que sacamos un secreto orgullo, pero sin anularla ni darla por no ocurrida, sin cambiar por eso la autenticidad del momento creativo con el que fue realizada, ni destruir su potencial fecundidad. Más bien, el conocimiento nuevo del que secretamente (o abiertamente) hemos hecho un adorno se encuentra como suprimido momentáneamente, o más bien evacuado con ese mismo movimiento y reemplazado a la vez justamente por un "adorno", por un "doble" (o mejor una "falsificación"). A decir verdad éste no se le parece más que de una manera grosera y superficial (como un "diamante" de imitación
349 ◊se parece al verdadero diamante), y sobre todo: está desprovisto de toda virtud activa en el plano espiritual. Pero con ese cambio subrepticio de un verdadero diamante por uno falso, el verdadero no deja por eso de existir, y no es menos verdadero que antes. Cuando por fin, en un momento de verdad, de humildad, se detecta la pose vanidosa, entonces el falso que se percibe con claridad se desvanece como una pantalla que se retira, para dejar lugar a lo verdadero y al silencioso resplandor de lo verdadero.

69. Verdad y "broma" – o el precio de una ignorancia

(20 de septiembre) En vez de seguir con las notas, ayer y hoy he pasado una horas releyendo unos papeles de los años 1973, 74 y 75, y sobre todo la correspondencia con la que había sido mi compañera. Justamente me queda copia de no pocas de mis cartas a ella en 1974, sin contar con diversas composiciones de aire semipoético, semifilosófico dirigidas a su persona. Después de un primer vistazo un poco apresurado a algunos de esos escritos, hace unos días, ya me he expresado en las dos secciones anteriores sobre la impresión tan penosa que me dieron, por los "tonos de amargura poética y altanera" o los "aires de superioridad altanera y picajosa" en los que me regodeaba, claramente sin darme cuenta de nada. Pero de una lectura más atenta aún se saca mucho más. Realmente me ha estomagado la violencia contenida, el deseo deliberado de herir, de humillar que es patente tras la fachada penosamente mantenida de alta espiritualidad que se inclina sobre el angustioso "caso" de mi excompañera. En comparación con esa ráfaga de agresividad brutal y de morosa suficiencia, las respuestas de mi interlocutora, un poco tímida por naturaleza y visiblemente aturdida y superada por los acontecimientos, ¡parecen modelos

[396] Esa pose de Gurú me gustaba sobre todo entre los años 1971 y 1976, y esa pose sobrevivió esporádicamente hasta 1981, donde acabé por detenerme y consagrarle una meditación de larga duración. Ver al respecto, en *Cosechas y Siembras*, la sección "El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas" (*Cosechas y Siembras* I, n° 45 p. 118) y la nota "Yang hace de yin – o el papel del Maestro" (*Cosechas y Siembras* III, n° 118 p. 536).

[397] Esa trampa es bien conocida por todos los que han entrado en la vía espiritual, y que por eso mismo, no pueden dispensarse de un mínimo conocimiento espiritual de sí mismos. Tiendo a pensar que el que no haya percibido esa trampa aún no ha comenzado a entrar en la vía espiritual, sino que se contenta con chapotear en los clichés de buen tono y siempre de color de rosa (cuando no plateados o dorados) sobre la "vía espiritual".

de moderación conciliadora y de modestia! Cuando hace cuatro días (cf. 336) hablaba de una "mirada profunda a un abismo", no creía decirlo tan bien[398] – pero ese "abismo" que veía ante
350 mí, me doy cuenta ◊ahora de que ante todo era en *mí mismo* donde se había abierto de repente, y no en cierta persona que me desconcertaba y que había desencadenado la tempestad...[399]

Sin embargo mi mirada, dirigiéndose primero desesperadamente hacia *el otro* por miedo a mirar en mí mismo, terminó por volverse hacia mí: y *ése* fue realmente el "momento de la verdad". Un momento largo, creo, de varios días, quizás de toda la semana del 1 al 7 de abril. Es extraño que viendo con tal claridad la devastación *de mi vida*, no haya visto con esa misma mirada ese "abismo" en mí, esa violencia ciega, como angustiada, del ego herido, detrás de la irrisoria fachada de superioridad – esa *devastación interior*, reflejada en la devastación exterior, la de mi vida, que me interpelaba y que por fin había dejado de eludir.

No eludir, eso significaba también, ciertamente: reconocer claramente, sin el subterfugio de alguna reserva tácita, mi *responsabilidad* plena y total en esa devastación sin fin, en esa ruina, esa miseria. Pero aunque por fin admitiera la evidencia de esa responsabilidad, no la *veía* de verdad. En qué consistía exactamente permaneció envuelto en una bruma, que entonces no se disipó.

Resistencias de una fuerza prodigiosa y de las que entonces no tenía la menor sospecha debieron actuar para impedirme a toda costa el ver. Para ver, primero hubiera sido necesario *mirar*. Y mirar en uno mismo (de eso tampoco tenía la menor sospecha) es un *trabajo*. Sin embargo el material a trabajar, el que verdaderamente se me imponía, estaba justo ahí, delante de mí, ardiendo hasta el punto de escaldarme: ¡la relación con aquella que había creído amar! Encontrar por fin la última palabra de lo "verdadero" y lo "falso" en la imagen confusa de esa
351 relación ◊que había en mí, seguramente una imagen de una incoherencia loca, después de ese golpe que la había destrozado...

En esos días preciosos, esos días efímeros[400] de la verdad, ahora o nunca era el momento de hacer tal trabajo, con paciencia, laboriosidad, humildad, simplemente confiando en mis facultades de comprensión. Éstas, puestas al servicio de la sed de verdad que entonces habitaba en mí, eran más que suficientes para hacerme ver al fin, no obstante la sublevación en masa de resistencias, lo que de todas formas saltaba a la vista (y que hasta ayer no terminé de enterarme plenamente, trece años después...). Es la clase de trabajo que hice por primera vez dos años y medio más tarde, bajo el impacto de una crisis interior de una violencia comparable, que de nuevo vino a sacudirme y despertarme...

Pero en abril de 1974 y en los dos años y medio siguientes, no hubo el menor intento de un trabajo tal, ni siquiera me rozó la idea; ni tampoco la de que tal vez pudiera haber algo que chirriaba en mi relación con aquella que acababa de tratar como la abominación de la desolación

[398] (21 de septiembre) Es interesante constatar que en la manera en que está escrito el párrafo en cuestión, donde hablo de "violencia" y de "abismo", no queda muy claro en quién se "manifestaba" esa violencia "que me ahogaba": ¿en mi compañera, en mí, en ambos? Según la imagen que había guardado de la situación sin volver jamás sobre ella, era en ella. Pero al escribir dicho párrafo, hubo como un malestar en mí, como si sintiera que estaba a punto de recaer en las orejeras de una visión de antaño jamás examinada, y que simple vista ya tenía un aire algo simplista, un poco demasiado negro-blanco y por eso mismo un poco inverosímil, por no decir sospechoso – ¡la sempiterna cantinela en suma! Entonces no me detuve en ello, pero seguramente debió ser ese malestar el que empujó mi mano para dejar como a mi pesar esa vaguedad en la descripción, al tiempo que aprueba tácitamente la antigua visión de lo negro-blanco (¡donde "blanco", hay que decirlo, representaba mi modesta persona!). Ahora esa visión no se ha invertido por completo en blanco-negro, sino que más bien se ha vuelto de un gris-negro...

[399] (21 de septiembre) Si quedé tan "desconcertado", fue porque mi buena fe se había puesto en duda de una manera aparentemente gratuita, y ahí debía yo sentir una intención de provocación, una intención deliberada de herir. Eso me tocó en un lugar particularmente sensible, lo que sin duda se pretendía. Pero la violencia de la reacción en cadena que siguió debió superar con mucho toda expectativa (al menos a nivel consciente) y dejar satisfecha sin duda a mi excompañera; pero un poco preocupada...

[400] Fueron "efímeros" justamente porque eran como un fuego al que le faltase combustible. El trabajo que habría que haber hecho entonces, y el material del trabajo, lo que había que asumir, que comprender – esos son los únicos (creo) ¡que entonces eran aptos y estaban destinados a servir de combustible para mantener el fuego!

en persona, o en la imagen (entre puntos de exclamación) que tenía de mi relación con ella y de ella conmigo, sin contar al hijo. Esto es decir que estaba lejos de darme cuenta de la violencia que me habitaba ni de esa inimaginable suficiencia cosida con un hilo blanco tan grueso (y que me las arreglé para ignorar...), de que una y otra no habían esperado más que la provocación hiriente que las desencadenara. Era una realidad a captar en vivo, tan enorme, tan irrecusable como esa devastación que me había seguido paso a paso toda mi vida. En lugar de eso, y para corroborar mal que bien el sentimiento de mi propia responsabilidad (que en ese momento no pensaba eludir), acabé siguiendo la pendiente obvia de las "explicaciones" generales, sacadas de mi bagaje de ideas para todo. Visto el caso, en el fondo sólo eran medias verdades que servían de escapatoria, dispuestas a transformarse en imposturas hábiles y suficientes: bien sí, me ha faltado amor...

Era una broma, sí, cuando pienso en lo que se expresa con tal brutalidad en esas cartas, tanto antes del famoso "momento de la verdad" (la última está fechada el 31 de marzo) como después (la primera fechada el 19 de abril, sin contar un texto literario que es del 13). Hasta
352 el punto de que de nuevo se está tentado a poner en duda ◊la existencia misma de un supuesto "momento de la verdad", que habría llevado a un escamoteo tan grosero de la realidad, ¡a una "broma" de tan mal gusto!

Sin embargo sé que ese momento en que retorné a mí mismo no es una invención, por inverosímil que pueda parecer. Para intentar explicar lo que tiene toda la apariencia de una contradicción patente, creo poder decir que que para poder ver *realmente* la "devastación interior" en mí mismo, tal y como verdaderamente era, cuando acababa de ver ya la de mi vida – para eso la sed de verdad que había en mí en esos días, y que es *la* cosa esencial para conocer la verdad, por sí sola *no era suficiente*. Visto el estado de la psique, con la estructura sólidamente construida del yo y de la sacrosanta Imagen, y vistos los mecanismos de resistencia de inmensa fuerza y bien rodados, movilizados para protegerla – para "desatornillar" la Imagen (salvo quizás un milagro que no tuvo lugar) *hacía falta además un trabajo*. A falta de saberlo, y a falta además de un movimiento interior que me empujase al trabajo a pesar de mi ignorancia (como fue el caso en octubre de 1976, dos años y medio más tarde), la Imagen tenía que quedar indemne. Por decirlo de otro modo: ¡la antigua, muy antigua "broma" tenía que seguir! Y siguió prácticamente sin cambios durante dos años y medio, como si nada hubiera pasado. Después, en los años siguientes al "nuevo nacimiento" que tuvo lugar en octubre de 1976, al darme cuenta (pero sin tomarme la molestia jamás hasta ayer de ir y mirar de cerca) de que el episodio de dos años antes en el fondo no había cambiado gran cosa en mi vida, tuve tendencia a minimizar la importancia de lo que ocurrió en 1974. Un poco como tuve tendencia a subestimar también la importancia del giro que tuvo lugar cuatro años antes, con mi partida del medio matemático: quien ha vivido "lo más" está tentado a subestimar "lo menos", olvidando que éste constituye una etapa intermedia, igual que los escalones nos permiten acceder a lo [*faltan una o varias palabras*].

Creo poder decir que el año 1974, y con más precisión el "momento de la verdad" en abril de ese año, marca realmente el paso de un "umbral" crucial en mi aventura interior: *es el umbral que me permite entrar en "la vía espiritual"*. Para ser plenamente eficaz, lo que le faltó al acto de conocimiento que entonces tuvo lugar fue *alcanzar la Imagen*. Ésta permaneció intacta. Por
353 eso ese paso permaneció, si no "reversible" en el sentido estricto del término[401], al ◊menos de una eficacia puramente potencial ¡y que corría el riesgo de quedarse así para siempre! Por lo que puedo ver, por la sola virtud de lo que entonces me sucedió, en absoluto estaba garantizado que me pondría en marcha en esa "vía espiritual" en la que acababa de entrar (sin darme mucha

[401] Como ya he subrayado más de una vez, un conocimiento que ha aparecido en un momento de la verdad no puede borrarse, sólo enterrarse y, con eso, volverse inoperante por un tiempo más o menos largo. Pero no tengo ninguna duda de que el conocimiento subsiste, que es eterno y está destinado a realizar plenamente su fecundidad potencial, sea en un futuro aún muy lejano, o en una existencia terrestre posterior.

cuenta de lo que ocurría). En absoluto estaba garantizado, y quizás ni siquiera era probable, que la inercia inherente a la psique no se impusiera a las fuerzas creativas espirituales, que no me pararía en seco y por el resto de mi vida. Iba por buen camino (al menos entre septiembre de 1974 y mayo de 1976), igual que mi madre treinta años antes, y durante los trece años que le quedaban de vida[402].

Por contra, con la entrada de la meditación en mi vida y los "reencuentros conmigo mismo", que tuvieron lugar uno tras otro en octubre de 1976, tengo la impresión de que esa vez se desencadenó un proceso de naturaleza *irreversible*. Ciertamente en todo momento podía elegir detenerme en mi progresión. Y es cierto que entre dos momentos de progresión, a veces fulgurante, también ha habido periodos de inactividad, a veces prolongados[403]. En adelante,
354 cuando ◊me detuviera, *lo sabría*. En adelante, conocería la gran diferencia entre el ronrón de un *discurso* (por bonito y convincente que sea) y una *progresión*. Cuanto más se prolongaba la parada, más se manifestaba en mí un malestar, la sensación de un estancamiento interior, incluso de que me estaba malgastando tontamente, de que eludía lo que me incumbía y que (sentía oscuramente) era mi verdadera razón de ser, lo que daba su sentido profundo a mi vida – una sensación que podía llegar hasta la angustia cuando me obstinaba en hacer oídos sordos. Me gustara o no, ¡tenía que volver a ponerme en camino!

En adelante, permanecer en un lugar indefinidamente sólo podría hacerlo haciéndome realmente violencia, indefinidamente. Y esa violencia que a veces me hacía[404], lo quisiera o no, la percibía con fuerza – no podría haberla soportado mucho tiempo. Decididamente, después de lo que pasó en 1974, la situación se había invertido...[405]

70. La entrada de lo divino (1) – o la gracia y la gravedad[406]

(21 de septiembre) Es verdaderamente extraño que fuera en el preciso momento en que estaba

[402] Ver al respecto las dos secciones "Los reencuentros perdidos..." y "La llamada y el rechazo" (n^{os} 31 p. 99 y 32 p. 107), y especialmente la p. 113 (citada ya al comienzo de la penúltima sección).

[403] Ha habido dos de tales periodos particularmente largos, uno que va de marzo de 1977 a agosto de 1978, y el otro de octubre de 1982 a enero de 1984. Ese segundo periodo marcó el comienzo, en mi espíritu, de un "retorno a la matemática", con más precisión de un retorno a un trabajo matemático de gran envergadura y destinado a publicación. Desembocó en febrero de 1984 en la escritura de *Cosechas y Siembras*, que prosiguió, con algunas pausas, hasta mayo de 1986. Ahora, el sentido de ese periodo de "retorno a las mates" (que se concreta en la escritura de una monografía que sin duda jamás publicaré) se me presenta como una preparación necesaria para hacer ese largo retorno sobre mi pasado matemático que es *Cosechas y Siembras* (que había comenzado como una introducción a dicha monografía), y además a publicarlo. Sin duda esa es la razón por la que, durante ese largo periodo de inactividad espiritual casi completa, no hubo ese sentimiento de "malestar" del que hablo unas líneas más abajo. Sin contar con que la escritura de *En Busca de los Campos* (ése es el nombre de la monografía en cuestión) inauguraba un estilo nuevo (el "estilo investigación" del que se habla en la nota "El "estilo investigación" – o una nueva forma al servicio del espíritu" (cf. Nota n° 47), inspirado en el de mis notas de meditación y que, a través de la escritura de *Cosechas y Siembras*, iba a desembocar en mi estilo de escritura actual, en *La Llave de los Sueños*).

[404] De manera más precisa, era "el yo" el que "hacía violencia" al alma, y más particularmente al *espíritu*, el que (al ser el amo de la casa a los ojos de Dios) se dejaba llevar a un estado de letargo, y dejaba hacer. Pero entonces no tenía una visión tan clara de la situación, que no me ha venido hasta el invierno pasado con los "sueños metafísicos".

[405] Entre 1974 y 1976, para progresar en el camino del conocimiento, hubiera hecho falta que el espíritu, afirmando por fin su cualidad de amo, "hiciera violencia" al yo, desde antiguo habituado a jugar a ser el amo de manera casi incontestada.

[406] (N. del T.) ¿Posible alusión al libro *La Gravedad y la Gracia* de Simone Weil, la hermana pequeña de André Weil?

a punto de franquear ese "umbral" y de entrar (sin darme cuenta aún) en una "vía espiritual", cuando contactó conmigo uno de los monjes del grupo misionero budista japonés Nipponzan Myohoji. Fue el 7 de abril. Recuerdo la fecha porque más tarde ese monje me dijo que el encuentro tuvo lugar (y seguramente no es casualidad que lo dispusiera así) en el aniversario del nacimiento del Buda, día que es una gran fiesta religiosa budista. Nunca había oído hablar de ese grupo ni de su venerable fundador, Nichidatsu Fujii Guruji (Fujii Guruji o simplemente Guruji para los amigos), ni había estado en contacto con ninguna otra secta religiosa budista
355 u ◊otra, ni con monjes budistas o de otras confesiones[407]. A decir verdad, no sentía ninguna afinidad particular con una vocación o una actividad religiosa, y ni siquiera tenía idea de en qué podía consistir ni, sobre todo, ¡para qué podría ser útil! Sin contar con que en ese momento estaba de lleno en un periodo de intenso y doloroso recogimiento, del que aún no veía el final. Lo que era seguro es que tenía una necesidad imperiosa de estar solo, y ni la menor gana de recibir visitas.

Así que me sorprendió no poco, cuando estaba trabajando en el jardín a pleno sol del mediodía, al ver aparecer, a cincuenta metros en el camino desierto que lleva al pueblo, precedido desde lejos por el canto de una melopeya rítmica acompañada del percutante tamtam de un tambor de oración, a un hombre de reluciente cráneo rasurado, con una túnica al viento color de azafrán que se acercaba con paso vivo por el camino (¿¿¿Qué podía venir a buscar por ese camino solitario algún adepto solitario de Hare Krishna???), y tomar después (¡sólo faltaba eso!) el pequeño camino que llevaba al jardín, para dirigirse hacia mí. Seguramente iba a preguntarme por una dirección, y lo iba a largar rápido... Pero claramente no era así. Me buscaba a mí personalmente, como si supiera desde siempre con quién estaba tratando, inclinándose hasta
356 el suelo ceremoniosamente, con un saludo ◊interminable como si yo fuera, palabra, ¡Krishna o Buda en persona!

No sabiendo bien si tenía que reírme o enfadarme, esperé a que acabase. Terminado el saludo, el extraño visitante (prácticamente no hablaba ni una palabra de francés, pero chapurreaba el inglés) debió darme su nombre, un nombre en japonés que no me sirvió de mucho. Debió decirme también que era un monje budista (ah bien...) y que venía a verme de parte de su venerado Maestro (muy honrado...), seguramente con el apoyo de una foto[408] – un magnífico anciano, de mirada imperiosa y penetrante, radiante, había que reconocer que ese Gurú tenía buen aspecto... Después intentó quitarme de las manos la herramienta de jardinería, dándome a entender con gestos sin réplica que tenía que hacer mi trabajo, e indicándome que me sentase a la sombre – ¡sin duda para verle trabajar!

¿Qué podía hacer? Con ese patán pegado a mis talones, estaba claro que esa mañana no terminaría mi trabajo. Así que al mal tiempo buena cara: recogí mis cacharros y me llevé

[407] Sin embargo debería exceptuar a la comunidad de religiosas dominicas de Saint-Mathieu-de-Tréviers (cerca de Castries, en el Hérault(†)) de la que fui huésped durante varios días con un grupo de amigos de *Sobrevivir y Vivir*. Fue en agosto de 1972, en una "gira por los pueblos" de varias semanas por el Midi, con ocasión de una exposición itinerante organizada por Robert Jaulin. Esa comunidad acababa de dejar el viejo convento de las Tourelles en Montpellier (que se había vuelto demasiado pequeño), y se estaba instalando en unos edificios desnudos al raso, antes de que pusieran las puertas y ventanas, lo que no cuadraba con la imagen que uno se suele hacer de "un convento" y del espíritu que ahí reina. Es cierto que eran las hermanas más jóvenes que venían como avanzadilla, con su superiora la Madre Ingrid – una "Madre" muy distinta, aunque sólo fuera por su edad, todo lo más en la treintena. La conocí un año antes, en una "discusión pública" de lo más dispersa en el Centro Lacordaire en Montpellier (centro que llevaban los dominicos de Montpellier). El contacto con las hermanas fue extraordinario, y seguramente contribuyó no poco a quitarme mis prejuicios contra la vocación monástica. Sin embargo no se ha mantenido, salvo algunos contactos esporádicos con Ingrid (Augot) que, algunos años más tarde y rompiendo con una tradición secular, optó por una vida religiosa fuera de la comunidad, ganándose la vida con un trabajo remunerado.

(†) (N. del T.) Hérault es un departamento de Francia que se encuentra en la costa mediterránea. Su capital es Montpellier.

[408] La foto del Maestro formaba parte de algunos pequeños objetos de culto de los que sus discípulos (me parece) jamás se separaban.

conmigo a mi inesperado visitante justamente al pueblo de donde venía, a veinte minutos a pie. Allí era donde los asombrados aldeanos le habían explicado (Dios sabe cómo se habían enterado) dónde encontrarme...

Ese fue el comienzo de una relación de lo más pintoresca, con ese monje, con el grupo Nipponzan Myohoji ("Misión japonesa") del que formaba parte, y con muchos otros monjes, monjas y simpatizantes del grupo y fervientes admiradores de Fujii Guruji. Daría para toda una novela, pero éste no es lugar (ni ningún otro sin duda) para escribir esa historia, ni hacer el retrato de algunos de los así conocí, y a los que me han unido lazos de respeto, de simpatía, de amor o de amistad. Algunas reminiscencias y reflexiones sobre esa relación y sobre lo que me ha aportado se encuentran en dos notas consecutivas de *Cosechas y Siembras*[409], la primera escrita el día de la muerte de Fujii Guruji, el 8 de enero de 1985. Eso fue bajo el impacto de la
357 noticia que acababa de recibir, ◊con un telefonazo del mismo que once años antes había sido su mensajero para mí. Tampoco es éste lugar para volver sobre lo que escribí en esa ocasión, sino más bien el de sondear el sentido que reviste ahora para mí esa relación, bajo la nueva luz de mi relación con Dios.

Baste decir sobre esas notas de *Cosechas y Siembras* que es la primera vez, creo, que expreso claramente por escrito el atractivo que ejercía sobre mí (de hecho desde el encuentro de 1974) lo que allí llamo "la dimensión religiosa" en la persona de Fujii Guruji (¡y eso era un eufemismo!), y en ese grupo "del que era la cabeza, y el alma". Pero el primer testimonio escrito sobre mi contacto con los monjes budistas se encuentra en la reflexión tantas veces citada de julio y agosto del mismo año del encuentro, por tanto apenas tres meses después de éste. También va en el mismo sentido, pero sin que la palabra "religioso" se pronuncie en él. He aquí lo que entonces decía, en el párrafo siguiente al citado en la reflexión de hace cinco días[410]:

> ¡Cómo puede ser que haya paz, si no hay amor? ¿Tiene que llegar como consecuencia necesaria y natural de lo que he comprendido sobre el amor? Quizás no. Quizás sea más bien la acción de la paz que me haya encontrado en algún otro – una persona que comunicaba la paz a los demás. No es alguien que hubiera llamado un hombre "iluminado" ("*enlightened*") – libre de todo condicionamiento, libre de toda ligadura y todo eso. Ciertamente tiene simpatías y antipatías, está ligado (hasta cierto punto) a ciertos lugares y personas, y evita otros (salvo si alguna obligación le impide seguir su inclinación). Tiene un "Maestro" al que venera, investido de un alto grado de autoridad sobre su persona. Su espíritu es limitado como el de cualquiera – como el mío. Pero en él hay amor a Lo que Es, seres y cosas, un arrebato ante la belleza del mundo – y ese amor y ese arrebato irradian a través de él y actúan (ligera o profundamente, ¿quién puede decirlo?) sobre todos los que se lo encuentran. Como vivió bajo mi techo durante algunas semanas o meses, poco a poco percibí que era la gracia misma que venía a visitarme en su humilde, alegre y radiante persona. Y la reticencia que al principio experimenté hacia un extraño que se metía en mi casa,
> 358 en ◊un momento en el que tenía tal necesidad de soledad, poco a poco dio lugar a un sentimiento de asombrada gratitud. Se marchó y regresó en diversas ocasiones, volverá o no volverá en algún momento posterior – no hubo preocupación para que se quedase, ni impaciencia por que vuelva, ni apego o dependencia. Puede venir o marcharse – la paz que transmite permanece, como el delicado perfume de las flores desde hace mucho tiempo marchitas y perdidas, pero con vida propia.

[409] Ver las notas "Nichidatsu Fujii Guruji – o el sol y sus planetas" y "La oración y el conflicto" (*Cosechas y Siembras* III, n^{os} 160 p. 756 y 161 p. 764), del 8 y 13 de enero de 1985. Digo que después de la muerte de Fujii Guruji y por razones que permanecen oscuras, mis relaciones con el grupo Nipponzan Myohoji terminaron abruptamente. Creo que hubo (como además era de prever) un cambio de orientación radical del grupo después de la muerte del Maestro.

[410] En la sección "La constatación de un fracaso (1) – o el choque y las olas" (n° 67 p. 331).

El hecho es que durante el uno o dos meses que ese monje fue mi huésped, según la impresión que entonces me quedó y que muchos otros también habían sentido, estaba en un estado de alegría interior, de concordancia consigo mismo y con su misión, que le daba un resplandor como rara vez he sentido en un ser. Incluso ahora, no creo que yo fuera, junto con aquellos de mis amigos que entonces se lo encontraron, la víctima voluntaria de un exotismo religioso que pretende "epatar", y que nos hubiera dado el cambiazo. Ese resplandor que emanaba de él se fundía con una perfecta naturalidad, con una espontaneidad infantil. Esa alegría y esa felicidad que irradiaba eran verdaderas.

Sin embargo después no faltó eso de "epatar". Ya en las semanas siguientes a la estancia de mi amigo monje bajo mi techo, según diversos ecos de lo más elocuentes que me han llegado (incluyéndole a él mismo), viró hacia un proselitismo puro y duro, lleno de manipulaciones increíbles que frisaban el vodevil[411]. Ese resplandor, esa felicidad, no los he vuelto a ver en él, ni de lejos. Incluso hasta el punto de que, por momentos, me pregunto si esas semanas de radiante presencia bajo mi techo ¡no me las había soñado!

Y sin embargo estoy seguro de que no las he soñado, ni exagerado. Igual que no me he soñado ni he exagerado el momento de la verdad del que he hablado una y otra vez durante cinco días – ese largo "momento" que la visita de mi resplandeciente huésped de alguna manera venía a prolongar y (según se vivió entonces) al mismo tiempo a *perfeccionar*; como la "gracia en
359 persona", ◊llamando a la casa para traer una *paz* que entonces me faltaba. De nuevo tengo que constatar que en la misma persona a veces se suceden, cuando no coexisten e incluso se mezclan inextricablemente, la paz y la guerra, la serenidad y la crispación, la verdad y la impostura[412]. Ése era mi caso, igual que lo fue el de mi amigo y huésped, y casi en el mismo momento y con dos movimientos, uno en él y otro en mí, que ahora me parece que se corresponden de alguna manera misteriosa, pero que quizás también se iluminen mutuamente. Se iluminan, aunque sólo sea porque ambos, igualmente increíbles por el contraste de los extremos que incorporan (de lo divino en lo grotesco, o del despojamiento de la humildad en las poses farisaicas que ocultan una brutal arrogancia...), dan por su sola existencia una verosimilitud, una credibilidad al otro. Pero con más profundidad, he llegado a vislumbrar que durante todos estos años que han pasado desde entonces, y que nos han llevado en direcciones que pueden parecer opuestas, y quizás aún en este momento, nuestros destinos han estado (y están) ligados mucho más íntimamente de lo que jamás hubiera sospechado...

Pero ya esa simple afirmación sobre la "paz" y sobre la "gracia" que habrían entrado en mi vida y se habrían mantenido durante toda la presencia de mi huésped y aún más allá (al menos durante los meses de abril a junio) ¡no deja de presentar ahora un serio problema! (Aunque no veía más que fuego al escribir el citado texto, un poco recargado en el estilo, hay que reconocerlo...) Pues después de todo en esos meses están fechados algunos de esos poco relucientes escritos de mi pluma que ayer mencioné, y que no testimonian ningún estado de "gracia" o de "paz", ¡por decir poco!

Y sin embargo es verdad que en esa reflexión de julio y agosto de 1974, por recargada que

[411] Esos "ecos" me llegaron ya cuando estaba escribiendo la reflexión "El constructor y su declive", y los menciono en el último párrafo de ésta, que sigue al que acabo de citar, ¡y en contraste llamativo con lo que acababa de decir! Sin embargo estaba lejos de sospechar, al escribir esos párrafos y como volando muy alto con total serenidad, que esos mismos extremos cohabitaban en mí durante los últimos meses (que acababa de describir en términos tan elegíacos...), y quizás también en ese mismo momento en que escribía...

[412] Al escribir esta línea me ha venido la asociación con algunos sueños del año pasado en que Dios se me presentó con los rasgos de tal o cual persona que me es familiar en la vida despierta. Hubo una docena de familiares y amigos, hombres y mujeres, que sirvieron así de encarnación de Dios para que se me manifestara, tanto entre "los mejores" como entre "los peores". He comprendido que si Él ha elegido manifestarSe de esta manera, era para hacerme entender de manera particularmente concreta que Él está presente en todo ser humano que me pueda encontrar, y que no hay ni uno solo, sea cual sea mi opinión y mis disposiciones hacia él, que no sea digno de ser elegido por Él para ser Su mensajero ante mí, o más exactamente: para ser aquél en el que Dios mismo Se encarna para aparecerse en sueños e iluminarme.

360 sea en la expresión y a menudo superficial ◊en el fondo, había (creo poder decirlo sin reservas) un auténtico esfuerzo de verdad, ajeno a toda veleidad de fabulación. Y en cuanto a lo que doy a entender sobre esa "paz" que habría sentido, sobre ese sentimiento de una "gracia" que habría venido a visitarme en la persona de mi visitante y nuevo amigo, el recuerdo directo (por vago y lejano que sea, pero que sin embargo siento fiable) me confirma que eran cosas realmente *sentidas*, y además, sentidas con fuerza y *simplicidad*, sin ninguna euforia ficticia, sin ningún ansia que me hubiera empujado a imaginarme que vivía no sé qué experiencia nueva e inédita. Esos sentimientos reflejaban un estado de la psique que era verdadero, no una imaginación. Un estado que había penetrado e impregnado al menos el campo de la consciencia en su totalidad, y, estoy convencido, debía tener también algún garante en las capas más profundas, dándole su fundamento y su estabilidad.

Ése es un *hecho*, que no puedo ni soñar en negar. Pero al mismo tiempo es forzoso constatar que quedaba un "*núcleo duro*" en la psique –el mismo que ya había quedado fuera del campo de acción del "momento de la verdad" de un poco antes– núcleo que en modo alguno estaba afectado por esa gracia, por esa paz. E iba a permanecer intacto durante más de dos años. Era el baluarte intocable de las fuerzas egóticas, agrupadas en defensa de la Imagen, del Ídolo, y centro motor de los reflejos de agresividad ciega y de autoengrandecimiento vanidoso, que se desencadenan a la menor señal de amenaza con la eficacia silenciosa de un mecanismo bien engrasado. No tenía la menor idea[413] de ese núcleo, y por eso me "dirigía" de modo más inexorable, me telecomandaba[414], al menos cada vez que la ocasión lo requería: cada vez que *el Ídolo* estaba directa y neurálgicamente implicado...

361 ◊71. La entrada de lo divino (2) – o "complaciendo a Buda"

(22 y 23 de septiembre) Las relaciones con los monjes y religiosas budistas discípulos de Fujii Guruji, y también con el mismo Guruji, tuvieron un papel importante en mi vida sobre todo en los cuatro años que van de 1974 a 1977. Después se volvieron bastante distantes en los cinco años siguientes, limitándose casi a la recepción de su boletín mensual *Sarvodoya* (escrito en japonés, salvo algunas páginas ocasionales en inglés). Después hubo de nuevo algunas visitas de monjes e intercambio de cartas amistosas en 1983 y 84, con ocasión del 99º y 100º cumpleaños de Fujii Guruji, a cuya celebración había sido invitado (sin que aprovechase esa ocasión para volver a ver una vez más a Guruji, ya muy debilitado y postrado en cama).

Hasta el año pasado, veía mis contactos con los monjes y religiosas budistas sobre todo bajo su aspecto *personal*, a través de los hombres y mujeres que había conocido, estimado y amado; ciertamente muy diferentes entre ellos, tanto como lo puedan ser unos seres que provienen medios y horizontes tan diferentes como en su caso, pero unidos a cierto nivel por una misma "fe". Claramente era la fe en un hombre de carne y hueso, que no era el Buda (sin

[413] Sin embargo muy a menudo he percibido ese "núcleo" en los demás. Pero, como ya he subrayado más de una vez, la idea de que pudiera haber algo semejante en mí mismo, que me hiciera montarme una "película" increíble igual que ellos, e (igual que ellos) sin tener la menor sospecha de ello – ¡tal idea jamás se me ocurrió!

[414] Por supuesto esa constatación de que estaba "dirigido", "telecomandado" por ese "núcleo" (cosa que además todavía hoy me ocurre, a poco que se relaje una necesaria vigilancia del espíritu...), en modo alguno es una excusa para unas actitudes y comportamientos a la vez ridículos y altamente desagradables. Si el espíritu tiene a bien dejarse "dirigir" y sacudir así por el ego, es por su cuenta y riesgo. Es enteramente responsable de todas las consecuencia que se deriven, tanto para sí mismo como para los demás, incluyendo sobre todo la de su propio estancamiento espiritual.

duda un poco demasiado lejano...), sino su maestro Fujii Guruji[415] que estaba bien vivo. Pero ese hombre al que le tenían devoción era un hombre profundamente *religioso*, impregnado de la cultura religiosa budista; y el grupo, como además es natural en una comunidad de monjes y religiosas, también estaba impregnado de valores, de maneras de sentir, de hacer y de hablar religiosas.

Es cierto que la palabra "Dios" jamás se pronunciaba. Pero también era evidente que la
362 palabra "Buda" era un equivalente exacto[416]. ◊No era raro que uno o varios de mis amigos monjes vinieran a vivir bajo mi techo durante días o semanas, e incluso varios meses, y entonces participaba con gusto en sus oraciones y su ritmo de vida[417], que (todo hay que decirlo) estaba en perfecta sintonía con mis propios ritmos y mi modo de vida, de lo más simple y rústico. No compartía su fe religiosa (budista, en principio)[418], ni tenía una veneración incondicional
363 ◊parecida a la que le dedicaban a su maestro (y que por momentos me parecía rozar una verdadera abdicación de sus propias facultades de percepción y de juicio ante las de otro). Pero no parecía que eso les molestase. Había una comunión al nivel de los gestos de la vida cotidiana, del placer compartido en las cosas simples e importantes que forman su trama, y sobre todo también (y eso era sin duda lo más importante para ellos) al nivel de la Oración[419]. Eso bastaba.

[415] Una de las señales bien claras en ese sentido era que la foto del Maestro formaba parte de los ingredientes esenciales del culto, al igual que una imagen o una estatuilla del Buda. Siempre se colocaba *por encima* de ésta.

[416] Además he observado que en modo alguno esto es algo especial de los miembros y simpatizantes de esta secta particular, sino que aparentemente es común a todos los creyentes budistas, al igual que para los cristianos la palabra "Cristo" es más o menos intercambiable con "Dios". Que Buda no se haya declarado él mismo como "Dios" y que incluso haya negado (en contra de una tradición milenaria de la que había surgido) la existencia de un Dios (o "Brahman") omnipresente y soberano es algo así como una sutileza teológica sin incidencia perceptible en la psique de los fieles, igual que en la vida cristiana la distinción entre Dios Padre y Dios Hijo.

[417] Ese ritmo de vida, en comparación con la mayoría de las comunidades religiosas, budistas u otras, se caracteriza por un amplio margen dejado a la iniciativa de cada uno, de acuerdo con sus propias inclinaciones y las circunstancias del momento, con un lugar relativamente modesto (pero no por eso menos importante) para el ritual religioso. Éste se reducía generalmente a una oración cantada acompañada con el tambor de oración, una hora por la mañana y otra por la tarde. Esa oración consiste casi exclusivamente en lo que ellos llaman "la Oración", tal y como fue enseñada por el profeta japonés Nichiren (en el siglo XIII), que consiste en la repetición cantada, con un ritmo invariable salmodiado con el tambor de oración, de las siete sílabas

¡Na mu myo ho ren ge kyo!

traducción al japonés de las palabras (originalmente en pali(†), y luego traducidas al chino) de un Mantra sacado del Sutra (apócrifo) llamado "de la Flor de Loto" (*Saddharmapundarikasutra*). Para Nichiren, y a través de los siglos para sus discípulos, y entre ellos Fujii Guruji, esas sílabas sagradas representan como el corazón mismo de su fe. Su recitación cantada, y más aún bajo la forma ritual acompañada con el tambor, representa el Bien Soberano para el que la recita, pero también para el entorno que recibe su efecto benéfico, y a través de él para el Universo entero. Me parece que es como el equivalente de la invocación y la repetición del "santo Nombre" (de Dios) en otras prácticas religiosas o místicas. Entre otros sentidos tácitos, esas sílabas constituyen sin duda alguna una evocación del "Buda Eterno", el equivalente exacto de "Dios" en otras religiones, cuya introducción y glorificación parece ser la principal preocupación teológica del *Sutra de la Flor de Loto*.

(†) (N. del T.) Dialecto del indio medio en que se escribió la más antigua tradición budista y que hoy usan como lengua litúrgica los budistas en Sri Lanka, Indochina, Tailandia y Nepal.

[418] En los años siguientes a mi encuentro con el grupo, y aunque mis amigos monjes no me incitasen a ello, no dejé de leer algunos textos fundamentales del budismo, incluyendo el *Dhammapada* y el *Sutra de la Flor de Loto* (del que hay una traducción inglesa, que Fujii Guruji tuvo la atención de hacerme llegar). Estaba bastante claro que, por mi actitud frente a la existencia, no podía razonablemente declararme "budista", aunque sentía fuertes afinidades con ciertos aspectos de la visión budista de la existencia. Es cierto que los creyentes budistas, igual que los de otras religiones, en general no miran tan de cerca. Casi siempre se contentan con practicar ritos que una práctica milenaria ha hecho venerables y seguros, sin plantearse la cuestión de si sus opciones existenciales tácitas o incluso explícitas concuerdan o no con las que supuestamente enseñó hace dos milenios y medio un hombre que después se ha llamado "el Buda". Hasta el punto de que se diría, al menos para aquellos cuyas creencias religiosas no se siguen simplemente de la educación recibida y no están arraigadas en una larga tradición familiar, que las religiones son prácticamente intercambiables, y que la "conversión" de un ateo (digamos) a una religión en vez de a otra se debe más a "casualidades" sociológicas o psíquicas que a una afinidad particular con tal o cual doctrina o visión religiosa del mundo, o con tal o cual "sensibilidad" que sería propia de tal o cual religión.

[419] Seguramente a causa del ambiente antireligioso que rodeó mi infancia en Berlín, y aunque desde el principio

Sin embargo mi participación en la Oración estaba desprovista de un significado que entonces hubiese calificado de "religioso", y que por tanto estuviera ligado a un credo religioso (cf. sección n° 60 p. 280). Me bastaba saber que *la* Oración, esa "oración por excelencia" que cantaban incansablemente,

¡Na mu myo ho ren ge kyo!

tenía el sentido de un acto de respeto hacia todo ser viviente en la Creación, y sentir la belleza del canto y la comunión que hacía nacer, una cierta armonía viva y en movimiento que se creaba con ella, en virtud de ese canto en común que llamaban "la Oración".

A la luz de mi experiencia religiosa en solitario del año pasado, para mí ahora está claro que la cualidad "religiosa" del ambiente que rodeaba a mis amigos por su fe, por su vocación
364 monástica y quizás también por lo que emanaba, a ◊través de ellos, de la personalidad religiosa de su Maestro, e independientemente de todo "credo", de todo dogma o creencia particulares – que ese ambiente no dejó de ejercer en mí una acción de un alcance muy distinto del que entonces hubiera sospechado. Una acción que se expresaba más bien al nivel de una intuición destinada a permanecer mucho tiempo informe e informulada al nivel de la razón, o de las creencias o las opiniones sobre esto o aquello. En tal ambiente hay una atención y un silencioso respeto por la *forma* que toman los gestos más simples de la vida cotidiana. Una atención ajena a todo formalismo prisionero de un *ritual* (aunque un ritual apropiado pueda ponerse a su servicio, pero sin sustituirlo jamás...), pero que brota de una comprensión sin palabras ("*awareness*") del íntimo lazo que hay entre forma y substancia, entre el gesto que se inscribe en la cera del espacio, del tiempo y de la materia, y lo que con él se expresa (sin que nadie lo sepa) en un mundo de esencia muy diferente. Hay también una atención, aunque a veces sea ingenua y torpe, al sentido de los sucesos tanto "pequeños" como "grandes". De un sentido que va más allá de su "sentido literal", tautológico, o del que (a penas menos estrecho) pueda deducirse con pronósticos o deducciones; de un sentido que se refiere más a un *propósito*, a una *intención* (¡tal vez de Buda!), que a las "causas", más a los *fines* que a los "efectos". Tal sentido no puede aparecer y ser eficaz, "no tiene sentido" más que allí donde haya algún conocimiento (por difuso, por imperceptible que sea...), alguna comprensión o percepción de *otra realidad* diferente de la que nos revelan nuestros sentidos, nuestros instrumentos, y nuestras facultades puramente racionales.

Ciertamente, creo que en ningún momento de mi vida, ni el más ingrato, ni el más árido, he estado separado de la comprensión íntima que me dice que existe tal realidad y me transmite algún efluvio de ella. (Además dudo que haya algún ser humano en que no viva tal comprensión, aunque sea en el sueño, aunque sea aletargada o embrionaria...) Suponiendo que tuviera tendencia a olvidarlo por completo, la vivencia amorosa no habría dejado de recordármelo de vez en cuando. Pero de alguna manera esa comprensión permanecía aislada, prisionera cual recluso, bajo la presión de alguna fuerza invisible, en algún estrecho reducto de la psique[420]. Su acción

(en abril de 1974) era sensible a la vibraciones benéficas que rodeaban a las prácticas religiosas de mis amigos monjes (y muy particularmente al *Odaimoku*, la Oración cantada acompañada con el tambor), durante mucho tiempo tuve resistencia a unirme a ella – ¡casi como si eso representase una especie de "infidelidad" a mi propia condición de "arreligioso"! Sin embargo, en mi relación con los monjes, no dudé en hacer mía la fórmula sagrada en tanto que saludo y acto de respeto, tanto oralmente como por escrito. Pero no me uní al canto ritual hasta noviembre de 1986, bajo el impacto de la visita de Fujii Guruji en persona, en compañía de un grupo de diez o doce monjes y religiosas. (Para esa visita, ver en *Cosechas y Siembras* la citada nota del 8 de enero de 1985, "Nichidatsu Fujii Guruji - o el sol y los planetas", *Cosechas y Siembras* III, n° 160 p. 756.)

[420]Creo poder decir que ese bloqueo se remonta a mi octavo año, en que tuvo lugar cierto "cambio" en mí. Hice entonces un gran "tachón" sobre mi infancia (en adelante entregada, así como todo "pasado" a medida que se formaba, a un inexorable mecanismo de "enterramiento"), y decidí que en adelante "sería como ellos" – como todos los adultos en ese mundo extraño, profundamente desconcertante, en el que vivía...
Hablo brevemente de ese cambio, en el que se establecieron los inveterados mecanismos psíquicos que han dominado mi vida adulta, en *Cosechas y Siembras*, en la nota "El Superpadre (yang entierra a yin [2])" (*Cosechas y Siembras* III, n° 108 p. 472). Entiéndase bien, esos sucesos se desarrollaron totalmente en el Inconsciente. No descubrí su

estaba estrechamente limitada por reflejos psíquicos perentorios del ser de lógica y razón que en-
365 tonces exhibía. ◊No fecundaba mi vida, no irrigaba mi ser como con una red viva y subterránea. Permanecía exiliada en su rincón, ¡cual una Cenicienta que se tolera, ya está bien, mientras no se atreva a moverse[421]!

Creo que es a ese nivel, el del contacto con "otra realidad", más que al nivel personal que tendía a poner en primer plano, al que la relación con Fujii Guruji y con sus discípulos ha ejercido en mi vida una acción vigorosa y fecunda. Ha reintroducido en ella, sin que me diera cuenta y a pesar de mis secretas reticencias, una "dimensión religiosa" en el pleno sentido original del término[422], al *religarme* de nuevo[423] con esa "otra realidad" que tendía a olvidar, o a bloquear en un rincón. Insensiblemente, al hilo de los años, me ha llevado a restituir a esa
366 realidad el lugar en mi ◊existencia que le corresponde por derecho y por mi propia naturaleza íntima. Ésta (ahora lo veo con claridad) es de la misma sutil esencia espiritual y eterna.

Así, lo que podría llamar "el espíritu religioso", es decir la actitud o disposiciones del espíritu que le vuelven atento a "la *otra* realidad", a la realidad espiritual, hizo su entrada en mi vida ese memorable 7 de abril de 1974, día del aniversario del nacimiento de Buda (!) y sobre todo: como prolongación inmediata de un "momento de la verdad" que (¡podría dudarlo todavía!) misteriosamente lo había preparado. Con esa coincidencia (hasta tal punto inverosímil que por eso mismo revela su verdadera naturaleza), lo que espontáneamente llamaba ayer mi "entrada en la vía espiritual" es al mismo tiempo, ciertamente no (¡estaba muy lejos de eso!) mi entrada en lo que comúnmente se llama "la vía religiosa", sino más bien la entrada del "espíritu religioso" en mi vida.

Con razón o sin ella y llegado a este punto de la reflexión, siento ese momento también como la entrada de *Dios* Mismo en mi existencia. Seguramente, en virtud de esa "constatación de un fracaso" que acababa de hacer, sin escapatoria, humildemente y dolorosamente, mi alma, que aún se ignoraba a sí misma, por fin estaba dispuesta a acogerLe. Esta vez acogerLe, no a nivel de la cabeza, de las ideas, como treinta años antes, sino al nivel más delicado y más esencial de una intuición inexpresada del *sentido de las cosas*, en la que Su nombre permanecía tácito, como en delicados trazos punteados...

Cuando en la conversación con alguno de mis amigos monjes se pronunciaba el nombre de Buda (para decir por ejemplo que esto o aquello "seguramente le complacería a Buda"), jamás dejaba de estar acompañado de una sonrisa de connivencia: la de una especie de doble juego en la expresión, cuando bien sabemos uno y otro que "Buda" en este caso quiere decir algo muy distinto de cierto personaje histórico que vivió en cierto momento y al que se ha convenido en prestar una vida de ultratumba. Si entonces se me hubiera preguntado lo que se entendía con ese nombre, seguramente hubiera respondido sin dudarlo "¡Dios!". Sin embargo, es extraño, ese "Dios" del que estábamos hablando, y al que mis amigos de vez en cuando hacían ofrendas

existencia hasta marzo de 1980, a la edad de cincuenta y dos años.

[421] Además la situación es de lo más común del mundo, y en nuestros días más que nunca. Seguramente tiene poco que ver con el hecho de pertenecer a alguna religión, de profesar un credo, de practicar unos ritos, o por el contrario de abstenerse de ello. Credo y ritos tienen una molesta tendencia a servir de prisiones, sean de inspiración religiosa o modernista-cientista. Lo que señales de la cruz y genuflexiones son para unos, para otros son cepillos de dientes, desodorantes o jerigonza pedante o "izquierdista"...

[422] La palabra "religión", que proviene del término latino *religare*, religar, etimológicamente significa *lo que religa*.

[423] Si he escrito "al religarme de *nuevo*" es sin duda porque hay en mí, con razón o sin ella, ese sentimiento indefinible de que en cierto momento estuve "religado", y que esa ligazón después fue rota o estrangulada de alguna manera. Si intento fundamentar ese sentimiento de manera más precisa, la primera idea que se me viene es: ¡la infancia! Los primeros años. El alma del recién nacido, y la del niño pequeño en sus primeros años, ¿no está siempre "religada" a esa otra realidad, sea cual fuere su madurez espiritual, y aunque no tenga aún , a menudo, ningún conocimiento de Dios Mismo, del Alma de esa realidad "del otro lado"? Pero se trata de una verdadera intimidad o de una comunión con Dios Mismo, al que sin duda no he conocido ni siquiera como recién nacido (mis sueños me dan a entender que mi presente existencia terrestre es la primera en que me he encontrado con Dios), pienso en el estado original del alma, el estado en el Edén del que hablan las leyendas; el que se sitúa no en el alba de este corto periplo terrestre, sino en el alba de los tiempos, nadie sabe cuándo...

(ciertamente de lo más simbólicas) sobre el pequeño altar que le habían preparado, jamás lo asocié entonces (por lo que recuerdo) al Dios Creador del Universo del que había constatado la existencia sin posibilidad de duda treinta años antes[424]. Si intentase ahora sondear el sentido
367 ◊que yo mismo le daba inconscientemente (ciertamente sin pensar jamás en explicitármelo[425]), ahora diría: "complacer a Buda", actuar pues de acuerdo con "su" deseo, con "sus" planes, de hecho era actuar con un conocimiento que vivía en alguna parte *en nosotros mismos*, sobre lo que es "bueno" y lo que *no es bueno* hacer. Era, en suma, "complacernos a nosotros mismos", pero no en el sentido común del término (cuando el que habla se identifica a su yo habitual, al ego), sino "complacer" a eso que hay en nosotros que es "lo mejor de nosotros"; eso que conoce, con ciencia inmediata y segura, lo que es "bueno" y lo que no lo es. O por decirlo de otro modo: eso que hay en lo más profundo de nosotros que en todo momento conoce, y ve en sus movimientos, "la otra realidad".

Quizás no haya podido dejar de expresar lo no-dicho en las palabras de antaño, y en lo que las rodeaba, de manera más explícita, mas "decidida" de lo que hubiera sabido o querido hacer entonces. Sin embargo creo que en lo esencial es así. La diferencia que veo con mi percepción de hoy en día, es que entonces (y todavía hasta el año pasado) tenía sobre ese "algo" en mí que conoce y que sabe, de eso que es "lo mejor de mí mismo", unas ideas de lo más vagas, o más exactamente: ninguna idea en absoluto. Ni siquiera se me hubiera ocurrido consagrarle algún pensamiento, para intentar ver con más claridad. Con las disposiciones que entonces tenía, eso me hubiera parecido una "especulación metafísica" totalmente vana, por no decir malsana[426]. Quizás tal reflexión me hubiese ayudado a conocerme a mí mismo, a apresurar el momento de los reencuentros conmigo mismo, que no tuvieron lugar hasta octubre de 1976. No sé. El caso es que sin querer saber nada de ello, en esos años de 1974 a 1977 estaba desarrollando una especie de contacto, puramente no verbal y no razonado, no "racional" (pero no por eso "irracional"), con Aquél que Se me iba a revelar a partir de octubre de 1976, y con mucha más claridad aún a partir de agosto de 1982[427], como "*el Soñador*".

Pero a decir verdad, ahora me doy cuenta de que al nivel de lo inexpresado y de lo no-pensado, al nivel de lo que pasa totalmente fuera del campo consciente, ese "reencuentro
368 con el Soñador" ◊(alias "Dios en mí") no se sitúa en 1982 como me parecía hasta ahora, ni siquiera en 1976 (cuando una especie de "reencuentro" ya era percibido conscientemente aunque permaneciera informulado durante seis años), sino dos años antes, ya en las semanas siguientes a cierto "momento de la verdad", que se saldó con esa humilde constatación de fracaso espiritual. El sentimiento de la gracia que venía a visitarme, percibido entonces con tanta fuerza, con seguridad no tenía nada de ilusorio. Era la percepción viva de una realidad crucial, llamada a transformar profundamente mi vida a lo largo de años y hasta hoy mismo: la realidad de *la entrada de Dios en mi existencia*.

[424] Ver la sección "La cascada de maravillas – o Dios por la sana razón" (n° 30 p. 94).

[425] Sobre esa reticencia que tanto tiempo hubo en mí frente a toda reflexión de naturaleza general "filosófica" o "metafísica", por poco que fuera, ver la sección "Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n° 21 p. 55, especialmente las pp. 55-59.

[426] Ver la anterior nota a pie de página.

[427] Ver la sección citada en la penúltima nota a pie de página.

NOTAS para LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

I *El conocimiento de uno mismo*

1. La pequeña familia y su Huésped.
2. Un animal llamado Eros
3. El uno y el infinito
4. Sabiduría del cuerpo y acción de Dios
5. A amo dócil servidor violento – o cuerpo, espíritu y ego
6. El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud
7. Arquetipos y manifestaciones de Dios
8. Sueño y libre arbitrio
9. Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro

II *El conocimiento espiritual*

10. De la porra celeste y del falso respeto
11. Milagros y razón
12. Pensamiento religioso y obediencia
13. Verdad y conocimiento
14. Matemática e imponderables

III *El conocimiento religioso*

15. La firma de Dios
16. Creencia, fe y experiencia
17. El niño y el místico
18. La "Gran Revolución Cultural" será desencadenada por Dios
19. Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima
20. Marcel Légaut – o la masa y la levadura
21. Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad
22. Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe
23. Misión y creación – o Jesús creador (1)
24. Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro
25. Jesús creador (2) – o expresión y concepción de una misión
26. Los apóstoles creadores
27. Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios
28. El infierno cristiano – o el gran miedo a morir
29. Dios participa – o el Juez y su penitencia
30. La Providencia: ¿invención o descubrimiento?
31. Dios no es un seguro a todo riesgo – o sentido e interpretación

    1) Encontrar un sentido es un trabajo creativo
    2) Dios no informa, ilumina
    3) *Otra* fe – o lo Desconocido y lo Incognoscible
    4) Una cuestión desapercibida – o las grandes pezuñas

32. Eros y Espíritu (1) – o la abundancia y lo esencial
33. Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa
34. Eros y Espíritu (3) – o el impulso y el alma
35. La gran Mutación – o las Iglesias y su misión
36. Los grandes Innovadores y sus mensajes

37. La gran Crisis Evolucionista – o una vuelta en la hélice
38. ¿Buda o Jesús? – o la falsa cuestión

IV *Creación y represión*

39. El niño creador (1) – o el descubrimiento del mundo
40. El niño y su domesticación – o el visitante inoportuno
41. Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano
42. Jesús recrucificado – o el ser frente al Grupo
43. Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil
44. El Impensable Mayo del 68 – o la repetición general
45. El niño creador (2) – o el campo de fuerzas
46. La mistificación – o la creación y la vergüenza
47. El "estilo investigación" – o una nueva forma al servicio de un espíritu
48. Creación y maduración (1): los "dones" aparecen al crear
49. Creación y maduración (2): no hacen falta "dones" para crear
50. Creación y maduración (3): "dones" y carisma

V *Clichés y espiritualidad*

51. Los clichés del espiritual (1): ¡alto! al error y la ignorancia
52. Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad
53. Las bestias negras del Maestro (1) – o ¡alto! al trabajo de pensar
54. Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir
55. Las bestias negras del Maestro (3) – o ¡alto! al deseo
56. "El Maligno" y la gracia – o la Santa y el buen Dios
57. La Ley, el discurso y el Ruido: un ciclo milenario se cierra...

Notas para el capítulo VII de La Llave de los Sueños

o

Los Mutantes

1. Fujii Guruji

    58. ¿Quién es "yo"? – o la dimisión
    59. La fuerza de la humildad
    60. Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial
    61. Fujii Guruji (2) – o el don
    62. Que nuestra oración sea canto...
    63. Los visitantes sin equipaje
    64. Filiación y crecimiento de una misión (Nichiren y Guruji)
    65. El balance de la fe – o las vías secretas
    66. El encuentro – o el don de atención (Gandhi y Guruji)

2. Gandhi

    67. El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido
    68. Las dos grandezas – o la epopeya y la verdad
    69. De las armas y del silencio – o la caída del telón
    70. La ejecución del soldado Solvic[428] – o el crimen de los justos
    71. El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante
    72. "Formación humana" – ¡y "Solución final"!
    73. Todos los hombres son falibles – o la ruptura

3. Walt Whitman y sus amigos

    74. Richard Maurice Bucke – o el profeta de la "*otra* realidad"
    75. Tiempos de muletas y tiempo de caminar (E. Carpenter y M. Légaut)
    76. Walt Whitman (1) – o boda de un poeta
    77. Walt Whitman (2) – o Eros y la Unión Mística
    78. Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres
    79. Ramakrishna – o la boda de la Madre con Eros
    80. Walt Whitman (3) – o predicción y visión
    81. Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!
    82. "Conocimiento cósmico" y condicionamiento
    83. El Creador y la Presencia – o el doble rostro
    84. Simientes invisibles – o las llaves del Reino

4. El ballet de los mutantes (1)

    85. Los mutantes (1): el ballet de los mutantes. Hahnemann y Riemann
    86. Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)
    87. Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía
    88. Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P. A. Kropotkin y A. S. Neill)

5. A. S. Neill

    89. Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser
    90. Neill y el pecado original – o el mito como mensaje

[428](N. del T.) Se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik, fusilado en Francia el 31 de enero de 1945 por el crimen de deserción frente al enemigo. Es el único soldado estadounidense sometido a un consejo de guerra y fusilado por deserción durante la Segunda Guerra Mundial. Grothendieck se refiere siempre a él, por un fallo de memoria, como Solvic.

91. La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano
92. Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad
93. ¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo
94. Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión
95. Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...

6. Edward Carpenter

96. Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil
97. Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo
98. De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso
99. Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda
100. El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)

A) El sexo está por todas partes
B) Problemática del sexo: vivir el sexo requiere discernimiento
C) Papel del sexo: "hacer el amor" es una creación
D) Todos somos unos "homo" que se ignoran
E) El sexo en la educación: las dos iluminaciones

101. El afecto en la educación, ésa es la revolución
102. Faros en la noche – o el cariño y la libertad

7. Félix Carrasquer

103. Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión
104. Félix Carrasquer (2): el auge
105. Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad
106. Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón
107. Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha
108. Nadie es profeta en su tierra
109. Educación y acto de fe
110. El nuevo espíritu de la educación

8. El ballet de los mutantes (2)

111. Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia
112. Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza
113. Los lugares comunes de los santos
114. Los mutantes (6): los mutantes y el sexo – o el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer

9. Solvic

115. Solvic (1) – o la grandeza al desnudo
116. Solvic (2) – o la maravilla del calvario
117. Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia
118. La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli
119. Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas
120. Misión de paz y trabajo misionero – o lo esencial y lo accesorio
121. Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez

10. Los dos mesías (Steiner, Krishnamurti)

122. Fantasmagorías de un visionario – o clarividencia y espiritualidad

123. Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías
124. La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana
125. La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión
126. La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance
127. Un serio que ignora la sonrisa – o humor y espiritualidad
128. "La última tentación" – o mutilación de un sanniasin[429]
129. Capacidad de atención y recuerdo – o: la fidelidad es un don renovado sin cesar...
130. ¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"
131. Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don

11. El Ballet de los mutantes (3)

132. Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo
133. Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas
134. Los mutantes (10): la reconciliación
135. Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación
136. Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza

12. Tres pensadores (Darwin, Freud, Légaut)

137. El sol es el centro – o los pensadores-mutantes
138. El Iluminador
139. Darwin – o la Aventura de la especie
140. Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos
141. Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero
142. Freud (3): El sueño, mensajero del Inconsciente – o la vaina y el fruto
143. Freud (4): represión, resistencias y el juego de los idiotas...
144. Freud (5): impulso incestuoso y sublimación
145. Freud (6): todos los sueños tienen un sentido – o el gran secreto

[429]N. del T.: En el hinduismo, el sanniasin ("renunciante" en sánscrito) es la persona de las castas superiores que se encuentra en la etapa de renunciación a la vida material.

N 1

◊NOTAS para LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

(1) La "pequeña familia" y su Huésped

(3 de junio)[430] La imagen-arquetipo del *niño* no designa la totalidad del alma, sino que encarna cierto aspecto que vive en cada uno de nosotros, casi siempre relegado sin piedad a la oscuridad por el "yo" (alias "*el patrón*"). El niño encarna la inocencia (que no embota ningún saber...), la espontaneidad despreocupada de sí misma, la curiosidad de los sentidos y de la inteligencia (a menudo importuna, y a veces sacrílega...). El niño *aprende*, igual que respira y bebe y come y asimila, sin embotarse jamás ni dejar de ser niño...

Esta imagen del niño afloró en mí progresivamente, en los dos o tres años que siguieron a los "reencuentros" de que hablo aquí. Llegó a ser plenamente consciente y explícita en 1979, con mi primera reflexión filosófica sistemática, sobre la fuerza de Eros en los procesos creativos, y sobre el abrazo creador, en todas las cosas, de las fuerzas y cualidades cósmicas de lo "femenino" (o "yin") y de lo "masculino" (o "yang").

En la naturaleza del niño está lanzarse al encuentro de *la Madre*, del Mundo. Y su impulso se nutre de la pulsión de Eros, la energía que lo mueve es la de Eros. Yo tendía a confundir el niño con Eros, hasta hace muy poco. Sólo he sido desengañado por el conjunto de "sueños metafísicos" que me vinieron a principios de año. Ellos son los que llamaron mi atención sobre la realidad de esencia *espiritual* que es el alma (¡en la que hasta entonces jamás hubiera pensado!), y sobre esa misma cualidad espiritual esencial del niño. Eros, él no es de esencia espiritual, sino animal. (¡Eso ha cambiado mucho mi visión de las cosas! Sin embargo, la realidad carnal y el amor carnal son parábolas eternas de la realidad espiritual y del amor a nivel espiritual.) En mis sueños, Eros nunca aparece en forma humana, sino en forma de animales (^{2}): perro o gato casi siempre, el perro encarnando el aspecto impetuoso, insaciable, hambriento de Eros, y el gato el aspecto yin complementario: lascivo, dócil, aterciopelado – ¡pero cuidado con las garras!

Esos mismos sueños también pusieron de relieve otra personificación del alma, que tendía
N 2 a no ver o a olvidar si más: al igual que ◊el niño representa la eterna juventud, la inocencia en nosotros, *el espíritu* representa la edad, la madurez, el saber (espiritual), y sobre todo, la *responsabilidad* de nuestros actos y nuestra conducta. Bajo el nombre del "*obrero*", ya me lo había encontrado desde hace siete u ocho años, pero tenía una enojosa tendencia a confundirlo con el niño[431]. Pero su verdadero rol frente al niño es el de *padre adoptivo* – el de quien vigila sus necesidades y que, cuando la ocasión lo exige, le reprende con cariño y con toda la firmeza necesaria. Lo que aún no había comprendido es que, en la "empresa familiar" que es la psique, hay un "Jefe" instituido, un *cabeza de familia*; y que en modo alguno es el "yo" (¡el llamado "patrón"!), encargado solamente (cuando se extralimita en sus funciones) de las tareas de intendencia (y que desde ahora más valdría llamar el "intendente"), ni Eros, ni el niño, sino más bien el espíritu (alias el obrero).

Es verdad que en esa familia, tan a menudo desunida, es más que raro que el espíritu asuma ese rol que le incumbe. Casi siempre es el intendente el que se hace el amo (a menudo

[430] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 1 página 1.

[431] Sin embargo, bien sentía que "niño" y "obrero" eran dos aspectos diferentes, complementarios, de una misma entidad de la psique, que representaría "la fuerza creativa" en el hombre. Pero si hubiera tenido que nombrar esa fuerza, el nombre que me habría venido sería el de Eros, y no "el alma". Incluso después del primer sueño (en diciembre de 1986) que llamó mi atención sobre el alma (personificada en ese sueño por una joven), aún no pensé en reconocer en la pareja niño-obrero (o niño-espíritu) una de las posibles descripciones yin-yang del alma (¡casi ausente de mi vocabulario!). De lo que no dudaba era de que Eros, que incluye la pulsión de conocimiento a nivel intelectual y artístico (véase la nota a pie de página precedente.), incluye igualmente la fuerza más ágil activa a nivel espiritual, que entonces sólo distinguía confusamente. No sé si una reflexión, incluso profunda, sobre este tema hubiera podido, por ella sola, desengañarme. Si me desengañé, no fue por una reflexión "metafísica" que jamás tuvo lugar, sino por las revelaciones que me llegaron por mis "sueños metafísicos".

adornándose de "espíritu"), cuando no son los perros y los gatos – perdón, habría que leer "Eros", o ambos a la vez, imponiendo su ley mal que bien ¡cada uno por su lado! En mi casa también el nene tenía su voluntad (¡y ya son tres!), y nene, perros, gatos, intendente hacían la fiesta – ¡al que no se veía era al cabeza de familia!

Me parece que en la literatura religiosa cristiana, el término "espíritu" no designa casi nunca el *espíritu del hombre*, ese cabeza de familia con tanta frecuencia dimisionario, sino el *espíritu de Dios*, presente y activo en la psique, sin que por tanto forme parte de ella ([3]). Lo
N 3 llamaré simplemente "*Dios*". Me parece que es un Ser de la ◊misma especie o esencia que el alma (que es "espíritu" al igual que Él), pero de una magnitud infinitamente superior a ella. Se le puede ver como un Huésped permanente y discreto en la casa familiar, de alto rango (¡por decir poco!) y que sin embargo, paradójicamente, casi siempre pasa desapercibido. Habita, lejos de toda mirada, en los sótanos más profundos – lo que no Le impide ver, en todo momento, en un cuadro animado y completo todo lo que ocurre, desde los graneros hasta las bodegas. De esos mismos lugares ocultos de la casa en que se hospeda, es de los que habla y trata cuando lo juzga oportuno. Y cuando Él habla, siempre es (me parece) al cabeza de familia, al espíritu, al que se dirige. Casi siempre éste se hace el sordo, hasta el punto de que a menudo me asombro de que Dios no se harte de hacerle señas de mil formas. Tendré amplia ocasión de volver sobre extraña sordera...

También tendré amplia ocasión de hablar de mi progresivo descubrimiento, a lo largo de los diez u once últimos años, de ese invisible Huésped de la casa. Al principio le conocí como el *Soñador*, el Creador de los sueños, del que trataremos mucho en este libro. Por ahora baste añadir que para los procesos y actos que tienen lugar en la psique y provienen de las capas profundas, a menudo es muy difícil, incluso imposible, decir cuál es la parte de Dios y cuál la del alma. Cada vez más, sin embargo, tiendo a ver la iniciativa decisiva de los procesos y actos creativos, y la fuerza renovadora que hay en ellos, como proveniente de Dios. El papel del alma, y sobre todo del espíritu que es su instancia dirigente, se me presenta sobre todo como el de una *aquiescencia* más o menos completa, más o menos activa, a los designios y sugerencias de Dios, de una *colaboración* con ellos con más o menos celo e intensidad. Estoy convencido de que así es al menos al nivel espiritual, y que en cada uno de los numerosos "umbrales" que el alma ha de franquear en el largo camino del conocimiento, la acción de Dios (aunque a menudo permanezca ignorada) es *la* fuerza decisiva para pasar de un nivel de consciencia al nivel superior.

(4 de junio) Como me he dejado llevar a hacer la presentación de los principales miembros de la "pequeña familia", sin contar al Huésped discreto e invisible de las moradas subterráneas, quisiera añadir aún un último, dejado a cuenta ayer: el *cuerpo*.

A menudo tiendo a olvidarlo, ese gran mudo, cuando paso revista a los personajes que se
N 4 agitan y se enfrentan en la psique. Al hacerlo, no ◊hago más que ceder a un prejuicio cultural, que tiende a hacer una separación clara entre el cuerpo bien tangible por una parte, y por otra la elusiva psique que lo habita y lo anima. Sin embargo, mis sueños me enseñan otra cosa. El cuerpo no es hábitat o morada, sino también un personaje. Y ciertamente, al igual que los otros cuatro miembros de la familia de los que hablé ayer, el cuerpo tiene sus (humildes) necesidades, su voluntad (terca), su voz (raramente escuchada...). Y también y sobre todo, un conocimiento, una *sabiduría* – sabiduría inmemorial, sabiduría sin palabras, eficaz y poderosa, que a menudo me ha parecido exceder con mucho al flaco saber del cabeza de familia (alias el "espíritu"), y al del intendente ([4]).

Cediendo a los mismos consensos culturales, he llegado a confundir "el cuerpo" (visto como fuerza o como voz actuando en la psique) con Eros. En este momento vería a Eros más bien como un árbol vigoroso (o que debería serlo...), que hunde sus raíces en el rico y delicado terreno fértil del cuerpo. Pero ese terreno fértil no es inagotable, y si el árbol prolifera de modo descontrolado, el terreno se agota, y finalmente se marchita el árbol mismo, y su ramaje, y toda la profusión de vida que porta.

El cuerpo se distingue de los otros "personajes" psíquicos por el hecho de que se manifiesta por una encarnación material y orgánica tangible. Por eso mismo, también es el *instrumento* por excelencia de la psique, tanto para aprehender el mundo exterior con los sentidos, como para actuar sobre él. Pero ya no podemos separar más el instrumento de la psique de la que verdaderamente forma parte, como no podemos separar las manos, instrumentos del cuerpo, de ese cuerpo del que igualmente son parte.

El arraigo de Eros en el cuerpo, o el de la psique toda entera, se sitúa sin duda en las capas profundas, morada del Huésped. Es ahí, muy lejos de la mirada del hombre, donde se atan y desatan la relaciones delicadas y profundas entre el cuerpo y la psique en su conjunto ([5]) – sin contar al Huésped invisible y misterioso que, seguramente, participa a su manera. Y también está fuera de duda que el cuerpo es para la psique, no sólo terreno fértil e instrumento, sino también *medio de expresión* por excelencia. Esperanzas y decepciones, empuje y dimisiones, armonía, disonancias, tensiones pasajeras o inveteradas... se inscriben, como en una delicada cera, en cada una de nuestras células, en los órganos y sus humores, en el tono de los tejidos y la textura de la piel, en las actitudes y movimientos y evolución del cuerpo, y en la expresión
N 5 del rostro y la mirada y el timbre ◊de la voz y la plenitud de la respiración..., con una huella de una finura infinita, incomparable, lograda...

Y cómo no pensar aquí en el sueño, cuando es la misma psique adormecida la que deviene "cera" entre la manos del Soñador, durante uno o dos sueños, para expresar con un arte inigualable, desde los grandes trazos hasta los matices más delicados, la realidad profunda de lo que ella fue durante la vigilia...

Ésa es, bien lo sé, no una simple huella "mecánica", sino obra de arte, obra del Maestro de los maestros con la Mirada y con la Mano. Y no puedo dejar de preguntarme si el "lenguaje del cuerpo" que acabo de evocar, al igual que el lenguaje del sueño, lejos de ser un simple "registro" desprovisto de intención, no sería también un lenguaje creador en las manos del Creador, del Maestro – del Huésped invisible y silencioso de los sótanos. Al que supiera leer en la cera del cuerpo, ese lenguaje le diría la verdadera y punzante novela de toda una vida, vista desde las profundidades, como ojos humanos jamás podrán verla ni palabras humanas decirla. Y tal enfermedad incurable que devasta una vida agotada, quemada por el exceso de su propia violencia – ése sería el último capítulo de la magistral novela de una existencia terrestre, trazado con mano fuerte sobre el pergamino del cuerpo por el invisible Maestro de la vida y de la muerte.

A decir verdad, estas reflexiones me hacen entrever que en Dios, el Creador, la Mirada siempre es inseparable de la Mano, el Acto por el que Él conoce, de aquél por el que Él expresa ese conocimiento y le da voz[432]. Pienso que así debe ser en todo momento y lugar, sea Su cera o Su tela el cuerpo del hombre o su alma adormecida, célula viva, molécula, planeta o galaxia. Y su acción en la psique, seguramente, no se limita a los raros momentos en que el hombre mismo se asocia a su Creador para hacer una obra creativa con Él y crecer así en su espíritu. Sino (me parece) que está presente en todo instante, durante el sueño como en la vigilia. Y esa acción incesante es *relato*.

N 6 ◊Sólo Dios sabe leer en su plenitud esos signos, y ese relato que forman, escrito por Su mano y para Él – el imperecedero relato del que nosotros mismos formamos y tejemos, al hilo de los momentos y al hilo de los días, al hilo de los años y al hilo de nuestras muertes y de nuestros nacimientos, la trama incontable y la inagotable substancia.

(5 de junio) He mencionado de pasada, antes de ayer, el primer sueño que (entre otras cosas) llamó mi atención sobre la existencia del alma. Fue hace año y medio. El alma estaba representada por una joven tumbada, con una larga y abundante cabellera húmeda y enmarañada

[432](5 de junio) Lo que aquí "entreveo" del conocimiento en Dios mismo, a saber la relación íntima entre conocimiento y expresión, es algo que en todo caso he podido constatar a nivel de la actividad creativa humana. De ello hablo de forma más detallada en la nota "Conocimiento y lenguaje – o el diálogo creador", n^o .

extendida por detrás, que otra mujer de más edad, desenredaba pacientemente y peinaba con sus dedos. Sentí que esa mujer tumbada, de aires muy femeninos, representaba lo que en mí vive la experiencia y el saber de las cosas, que prueba y saborea sensaciones y emociones, atraída por lo "agradable" y "placentero", repelida por lo "penoso" y por lo "desagradable" – con, tal vez, una tendencia a dejarse llevar por ese juego, por ese balanceo sin fin entre lo que atrae y lo que repele, revoloteando de flor en flor y procurando, de paso, no pincharse con las espinas...

Hasta entonces nunca había prestado atención a ese rostro de la psique de las cien caras. Para designarlo, el pensamiento del "alma" no se presentó tras el sueño. Apareció durante el trabajo. (Un trabajo excepcionalmente largo: ¡nueve días seguidos!) Pero cuando llegó, "hizo tilt": ¡era *mi alma*, sin duda, la que representaba la joven de abundante cabellera! Durante todo el año siguiente, cuando me daba (rara vez) por pensar en "el alma", la veía bajo sus trazos difusos y soñadores.

No fue hasta después de mis sueños de los pasados meses de diciembre y enero, que relacioné ese "alma" con las figuras del "niño" y el "obrero" (alias "espíritu"), familiares desde hacía mucho. Entonces quedó claro que eran de una esencia diferente, más delicada, de la de Eros. Y justo es el alma la que se supone que representa lo que en mí es de naturaleza espiritual, es decir de naturaleza cercana a la del Soñador – o, lo que es igual (como me había dado cuenta desde hacía poco), a la de Dios... Seguramente el niño y el espíritu debían representar "caras" o "rostros" complementarios, uno yang y otro yin, de ese alma que hasta entonces había visto bajo la forma indistinta y los trazos difusos del rostro aparecidos en ese sueño medio olvidado...

N 7 ◊Después, he pensado en situar el aspecto "yin" del alma, encarnado por ese rostro de mujer envuelto en brumas, en relación a los dos personajes familiares. Me evoca el nombre de "*Psique*", símbolo tradicional del alma, surgido de la mitología griega. En cambio, los nombres "espíritu" y "obrero" son de connotación fuertemente masculina. Pero bien sabía que la entidad psíquica que designan también debe presentar aspectos y trazos "femeninos" o "yin", emparejándose con los trazos "masculinos" o "yang". Ella representa la *madurez* del alma, frente al de su inocencia creativa representada por el niño, y ése bien es un aspecto *yin* frente al niño que personifica el aspecto yang complementario (conforme a las parejas cósmicas yin-yang: madurez–inocencia, vejez–juventud). Dicho esto, actualmente veo a Psique (¡atención a la mayúscula!) como *personificación de los trazos "femeninos" (o "yin") en el espíritu–obrero*. En esta dialéctica, representaría pues el "yin en el yin" del alma, en tanto que esposa, en suma, en una "pareja cósmica" cuyo esposo encarnaría los trazos viriles del espíritu–obrero, el "yang en el yin" del alma.

A decir verdad, los aspectos del espíritu que habían sido evocados anteriormente, a parte de la madurez, especialmente el *saber* y la *responsabilidad*, y sobre todo su función de "*Jefe*", de instancia dirigente de la psique, ya eran de connotación fuertemente masculina, al igual que los nombres "espíritu" u "obrero" que lo designaban. Eso sugería usar en adelante esos nombres para designar más bien la "vertiente" o el "rostro" *yang* del espíritu humano, complementario del "rostro yin" encarnado por Psique. Es un simple apaño, debido a la ausencia de un nombre propio mítico apropiado para complementar a "Psique". El que sugiere la mitología, a saber su amante Eros, ¡visiblemente no es adecuado!

He pensado en*Prometeo*, pero no me convence mucho, y sobre todo, emparejar Psique y Prometeo haría estremecerse a los humanistas, y prefiero no echármelos a la espalda. Quedaría pues una pequeña ambigüedad en el sentido que para mí tiene la palabra "espíritu" (humano). La misma que en la palabra "hombre", que designa tanto un "humano" (hombre o mujer) como un "humano masculino". Pero cuando hable del espíritu (alias el "cabeza de familia") como uno de los miembros de la "pequeña familia", se entenderá que figura como esposo de Psique. De todos formas, para darle un nombre propio que no moleste a nadie, podríamos llamarle Prommy. (Todo parecido de este nombre visiblemente yanqui con cualquier nombre griego es pura coincidencia).

N 8 ◊Así, he aquí por fin reunida al completo la "pequeña familia", o al menos sus seis miembros principales. He aquí el cabeza de familia, *Prommy* (alias el espíritu, alias el obrero), y su encantadora esposa, *Psique*, más su hijo (adoptivo[433], pero eso es casi un detalle), llamado "el niño", o "el nene", o también, por qué no, *Tommy*. Está el cuerpo, *Corry*, y está *Eros*[434], que se lleva bien con Corry y con Tommy, pero que a menudo desconfía de Prommy. Psique, ella, tiene un poco de debilidad por él, y es comprensible, pues es guapo como pocos y tiene la mano suelta... Para terminar el cuadro, he aquí el intendente: astuto, cobarde, vanidoso como pocos y mentiroso descarado, y que tiene una clara tendencia a hacerse el patrón. Por esa razón, y para darle gusto, le llamaremos *Patry*. Según el caso, se lleva a navajazos con Eros, o lo pone por las nubes – ¡cualquiera se fíe de él! Es su manera de embaucarle y metérselo en el bolsillo mientras le estafa a muerte. Realmente no es de la familia, ha llegado de la ciudad. Pero no se trata de echarle, y se "lidia con él" como se puede.

En fin y para que conste, está el *Huésped*, el Invisible, el Olvidado (que por poco casi lo olvido yo también), oculto en no se sabe qué bodegas secretas de la casa familiar. No se le ve, y en muchas familias tampoco se habla de él – parece que nadie se da cuenta de que Él está ahí, ni siquiera de que hay bodegas. Visto su rango, no me atrevo a ponerle un mote adecuado (como Jahvy o Brammy), prudentemente prefiero ceñirme a "el Huésped" (teniendo cuidado con la
N 9 mayúscula). Este anonimato, por otra parte, no es más que un ◊fiel reflejo de los hábitos algo reservados de este importante personaje.

Cada "pequeña familia" tiene su Huésped, eso ha de quedar claro. Y hay tantas de estas familias, como de seres humanos en esta tierra – y no son pocos. Pudiera pensarse que también hay tantos Huéspedes diferentes. ¡Pero no! Lo extraordinario, y que merece toda nuestra atención (y nos hará comprender también que no es un Huésped como los demás...), ¡es que es un sólo y mismo Huésped para todos! Cómo se las arregla Él para estar así por todas partes a la vez, es lo que se llama un "misterio". En tanto que *Ser único*, pero presente en cada uno de nosotros y actuando a Su manera, lo llamaré con un nombre decididamente "anticuado" y pasado de moda como yo (nunca cambiamos): es *Dios*. También "*el buen Dios*" para los amigos, y sobre todo cuando se trata de no ser solemne...

(2) Un animal llamado Eros

(3 de junio)[435] Es significativo que tal representación de Eros por animales (perros, para ser precisos) figura igualmente en algunos sueños en que el contexto mostraba sin posible ambigüedad que se trataba de la pulsión erótica "sublimada", es decir la pulsión de conocimiento no a nivel carnal sino (en este caso) intelectual. Eso me enseñó, sin posibilidad de duda, que a los ojos del Soñador (es decir, a los ojos de Dios), la actividad creativa intelectual (¡de la que el hombre está tan orgulloso!), o al menos la energía y la pulsión que animan tal creación, son de una esencia que permanece sin pulir, "animal". Por el contrario, el "patrón" o "intendente", que

[433] Podríamos preguntarnos quiénes son los padres naturales de ese hijo "adoptivo". La respuesta sorprendería a más de uno: su verdadero padre y su verdadera madre son *uno*, y no son otros que el Huésped misterioso de los sótanos (del que trataremos más adelante). Este "Huésped como ningún otro" es a la vez "Mujer", y "Hombre", a la vez "Madre", y "Padre", y a la vez que Él engendra, Él (o Ella) concibe. Y este Seno no ha cesado de concebir, de florecer, de urdir, de parir desde los orígenes y el alba oscura de los tiempos...

[434] Decididamente cabezota y lento de comprensión, aquí me obstino en ver Eros bajo figura humana, e incluso, con más precisión, bajo un rostro masculino. Sin embargo, como subrayaba antes de ayer, mis sueños me llevan a otro lenguaje. Si les siguiera, la pulsión erótica no estaría representada por un personaje, sea hombre o mujer, sino por los perros y los gatos de la casa. (Y esto volvería aún más escabrosa la secreta predilección de Psique por Eros...

Espero que el Soñador (alias el Huésped) me perdone este alejamiento de Sus enseñanzas. De ser necesario, siguiendo Sus sugerencias, me apañaré con un par de simpáticos (y algo entrometidos) animales domésticos: *Erosy*, el perrazo, fogoso y descarado, y *Erosa*, la gata sedosa y felina, a veces cariñosa y lasciva, y otras esfinge enigmática, recogida y pensativa – pata aterciopelada – garra incisiva...

[435] Véase el reenvío a la presente nota en la nota n^o 1 página N 1.

representa el condicionamiento y la estructuración en la psique y que, por tanto, no es una fuerza de naturaleza creativa, sino casi siempre *inhibidora* de las facultades creativas, siempre está representado bajo forma humana, a veces hombre, a veces mujer. Me quedé pasmado, ¡yo que tendía a divinizar a Eros, fuerza creativa original, y a desvalorizar a tope al "patrón", encarnación de la represión sistemática de las fuerzas y facultades creativas!

No tengo ninguna duda de que lo que acabo de señalar para la creación intelectual vale igualmente para la creación "artística", también tributaria de la pulsión y de la energía de Eros.
N 10 (El término alemán ◊"geistiges Schaffen" de hecho engloba ambos tipos de actividad creativa.) En nuestros días, es más que raro que una creación intelectual o artística sea al mismo tiempo un acto de conocimiento a nivel espiritual, y por tanto un acto conjunto del espíritu de Dios y del espíritu del hombre. Pero parece que sólo en ese caso sería (a los ojos de Dios) plenamente "humana", y no "esencialmente animal". Dicho de otro modo: parece ser que en la óptica divina, sólo el acto en que Dios mismo participa sería un acto plenamente humano – un acto que pone en juego una fuerza creativa de esencia superior a la de Eros, y que por eso escapa totalmente al reino animal y vegetal y a las fuerzas y leyes que lo animan y lo rigen.

(3) El uno y el infinito

(4 de junio)[436] Después de ayer, en que escribí esas líneas, he mantenido una larga conversación telefónica con un colega y amigo desde hace mucho, antiguo sacerdote católico y en tiempos apasionado de las cuestiones religiosas y de su sacerdocio. Por las reacciones de mi amigo a mis preguntas y por las aclaraciones que me ha dado, bien parecería que, incluso en los medios versados en teología, no hay una distinción neta, ni en el lenguaje ni en los espíritus, entre el espíritu "de Dios" y el espíritu "del hombre", con más precisión: entre el "espíritu de Dos" (o simplemente "Dios"), presente tanto como Observador perpetuo como Fuerza activa (¿ocasional?) en la psique de tal persona, y el "espíritu" (o "cabeza de familia") que en ella representa, de alguna manera, su "identidad espiritual".

La cosa me parecería increíble, si no se solapase con algunas impresiones de lecturas recientes. Me parece algo tan grosero como si hubiera una confusión, en el lenguaje y en el espíritu de los matemáticos, entre el número 1 y el número ∞ (el infinito), bajo el pretexto de que ambos son números; y que quererlos distinguir fuera visto como una especie de sutileza filosófica o lingüística, de la que podría pasar el matemático que no fuera también un erudito en la etimología de los términos matemáticos. Pero volviendo a la psique y al alma: eso significa no saber, o no querer, distinguir entre Monsieur Durand (o al menos, el alma o el espíritu que lo habita), ¡y el buen Dios en persona! Sin embargo, aunque su alma (no lo dudo) es eterna, Monsieur Durand no es ni omnisciente ni infalible ni omnipresente ni todopoderoso – eso ya marca algunas pequeñas diferencias.

N 11 ◊Esto me recuerda, es verdad, la perplejidad tácita en que me encontré durante una decena de años sobre la naturaleza del Soñador: ¿forma Él parte de mi psique, o es un "Ser" que existe independientemente de mi propia persona? (Véanse esas perplejidades en la sección "Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas", n^o 21.) Sin embargo la intuición inmediata y mi sano instinto espiritual, por no decir el simple "sentido común filosófico", claramente me decían la respuesta a una pregunta tanto tiempo informulada. Y mi relación con Él, el Soñador, desde que Le conozco y sin que tuviera que plantearme la cuestión, siempre ha sido una relación con *Otro* – con alguien que era infinitamente superior a mí por su conocimiento profundo, por la penetración de la mirada, por la potencia y la delicadeza de los medios de expresión, por la infatigable benevolencia, y por la infinita libertad...

¿Como no sentir "en las tripas" tales diferencias enormes, cómo ignorarlas, o ver en ellas alguna sutileza insólita de teólogo o lingüista? Cuando "Dios" no es más que una palabra, un

[436] Véase el reenvío a la presente nota en la nota n^o 1 página N 2.

concepto, una fórmula aureolada de gloria, ingrediente de un discurso o de un rito, litúrgico o intelectual – entonces de acuerdo, entonces es un poco como ese famoso "sexo de los ángeles" que nadie ha visto jamás. ¡Pero no cuando hay una experiencia viva de Dios! Entonces ya no es una cuestión de erudición o de filosofía, ni siquiera de "fe" en esto o aquello – sino simple evidencia...

(4) Sabiduría del cuerpo y acción de Dios

(5 de junio)[437] El "saber" del intendente es puro producto del condicionamiento (y como tal, simple reflejo de los consensos culturales de la sociedad ambiente), y de las reacciones de la psique a ese condicionamiento. Hace la función de estructurar la psique, y verdaderamente no tiene la naturaleza de un saber o un conocimiento verdaderos.

En cuanto al conocimiento y la "sabiduría" del cuerpo, y a sus asombrosos recursos creativos, podemos preguntarnos si se reduce al normal desarrollo, por así decir "mecánico", de leyes físico-químicas y biológicas que se han desarrollado e instaurado "de una vez por todas" a lo largo de la evolución de la vida sobre el globo, o si no sería más bien la expresión *actual* y
N 12 activa de la sabiduría de Dios y de Su voluntad, que intervendría ◊creativamente, en un sentido u otro, al menos en ciertas ocasiones particulares. Pienso especialmente en la aparición y el desarrollo de una enfermedad o, al contrario, de una convalecencia, o en los procesos uterinos alrededor de la ovulación, de la concepción. de la gestación del feto y del parto. Ésos son, evidentemente, procesos fisiológicos indisolublemente ligados a procesos a nivel de la psique y a nivel espiritual. Este simple hecho parece imponernos ya la respuesta a la cuestión precedente, al menos en todos los casos en que tales lazos entre realidad biológica y actitudes y sucesos a nivel de la psique y del alma, no dan lugar a dudas. A menos que se admita que la psique y su voluntad propia (y especialmente su voluntad inconsciente) tengan el poder de dar órdenes al cuerpo, al nivel de los mecanismos celulares y orgánicos más delicados (que escapan casi totalmente, es necesario subrayarlo, al saber y la influencia de la medicina). Pero tal suposición me parece violentar al más elemental sentido común filosófico – a menos de investir al Inconsciente de poderes y de una sabiduría más que sobrehumanas, y por eso, prácticamente, divinizarlo. Simplemente habríamos reemplazado (siguiendo el ejemplo dado por C.G. Jung) el viejo buen Dios de antaño por "el Inconsciente". Decididamente, ¡el progreso no se detiene!

La cuestión está muy relacionada con el origen del sueño, rozada ayer: ¿el sueño es obra de la psique misma? Ahí al menos, *conozco* la respuesta sin posibilidad de duda, y a decir verdad, me la ha dicho el Soñador Él mismo (sin que yo le diera mucha atención), ¡con el primer sueño que me tomé la molestia de sondear! Y tengo el sentimiento de que en el cuerpo los delicados mecanismos moleculares y celulares están tan fuera del alcance de los limitados medios de la psique, como los las más vertiginosas y profundas improvisaciones del Soñador.

(5) A amo dócil servidor violento – o cuerpo, espíritu y ego

(5 de junio)[438] Presumo que las capas de la psique en cuestión aquí están muy por debajo de aquellas donde se extienden el "yo" u "ego" (personificado por el "patrón" alias el "intendente"), y que el "arraigo" del que hablo no concierne, fuera de la pulsión erótica, más que al alma propiamente dicha. Después de la muerte del cuerpo, debe haber un "desarraigo", más o menos laborioso y más o menos penoso según el caso, del alma arrancada de su "terreno fértil" corporal
N 13 – un poco ◊como una planta que fuera arrancada, con sus raíces, del huerto familiar, para ser trasplantada a otro. Me parece probable que ese momento tan delicado (como el de la concepción y el nacimiento), en el largo peregrinar del alma de nacimiento en nacimiento, no se deje al cuidado únicamente del desarrollo de las leyes que rigen la realidad físico-química, biológica y

[437] Véase el reenvío a la presente nota en la nota n^o 1 página N 4.
[438] Véase el reenvío a la presente nota en la nota n^o 1 página N 4.

espiritual (trabajando en estrecha coordinación unas con otras), y de las reacciones del alma de la que se encargan esas leyes; sino que haya una intervención expresa de Dios, conforme a Sus designios e intenciones respecto de ese alma en ese momento particular. Mis "sueños metafísicos" me parece ¡ay! que no dan respuesta a esta cuestión, ni a las cuestiones cercanas planteadas en la nota anterior.

Lo que he dicho más arriba sobre el ego y su relación con el "terreno fértil" corporal no significa, por supuesto, que los impulsos, apetitos, ideas, miedos, intenciones, etc. propios del ego no tengan repercusiones ("psicosomáticas") a nivel del cuerpo, que necesariamente se harán a través de las capas más profundas del Inconsciente, en estrecha simbiosis con el cuerpo. Eso sólo significa que esa acción del ego nunca se ejerce directamente, sino a través del alma, y esto conforme a las relaciones que el alma mantiene con el ego. Así, los impulsos agresivos arraigados en la estructura egótica tendrán repercusiones totalmente diferentes a nivel del cuerpo, según que el espíritu se deje "arrastrar" por ellos y los tome como suyos, o que mantenga su autonomía y los "asuma" de un modo u otro. Igual que un amo débil que se dejase contaminar por el temperamento violento de un sirviente vendría a degradar él mismo las partes de la vivienda a las que ese servidor no tuviera acceso, mientras que nada de eso pasaría si permaneciera fiel a sí mismo y soportase al sirviente (si no consigue hacer las paces) mientras se distancia de su violencia y le prohíbe darle rienda suelta.

(6) El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud

(1 de mayo)[439] Freud afirma exactamente lo opuesto. Para él, la función del sueño, de *todo* sueño sin excepción (es categórico), sería proporcionarnos una *gratificación* (consciente o inconsciente). Me parece entender que esa extraña concepción apenas ha sido seguida después de Freud, y que
N 14 ◊ya nadie la practica ni la menciona. Mi experiencia del sueño la contradice de dos maneras.

Por una parte, entre mis sueños, los que me hacen vivir una gratificación consciente o inconsciente son la excepción, en modo alguno la regla. Para ser precisos, habría que distinguir la gratificación en el sentido propio del término, es decir "el placer por el placer", con el verdadero *placer*, e incluso alegría, que siempre, cuando se nos presenta (y a este respecto el sueño no es diferente de lo que vivimos despiertos), viene "por añadidura". La vanidad, es verdad, no conoce el verdadero placer, ese delicado perfume de las cosas, esa alegría de ser. Pasa por alto el verdadero placer. Pero Eros, él lo conoce, lo que los poetas cantan bajo el nombre de "placer amoroso" y bajo mil otros. ¿Freud no lo habría conocido? Cuando teoriza, parecería que mete todo en el mismo plato, que a cualquier precio quiere reducir los delicados juegos del alma y de la psique a una especie de cálculo de "pérdidas y ganancias", un juego en el que siempre se trataría de ganar el máximo y perder lo mínimo, con ganancias=placer=gratificación, y pérdidas=desagrado=frustración. Pero divago...

Hasta en los sueños que traen una "gratificación", incluso un verdadero placer, una alegría verdadera, y aunque gratificación y placer estuvieran dotados de una energía psíquica inmensa, dejando entre bastidores todo lo demás – hasta en ese caso, un examen profundo revela siempre que la *intención* del Soñador no es la de "gratificar", la de procurar una experiencia agradable, un placer o una alegría; no más que en los sueños en que siento frustración, dolor o tristeza, el propósito no es "mortificarme". La razón de ser del sueño siempre es darme una *enseñanza*, hacerme sentir (con un cuadro vivo del que soy el principal actor) cierta *realidad* que se me había escapado. Pero esa intención del sueño y esa enseñanza (o ese "mensaje") aparecen mucho después, una vez que se ha desprendido de la influencia de la emoción y se examinan con extremo cuidado, uno a uno, *todos* los "detalles" del sueño, incluyendo los que parecen ínfimos, apenas percibidos e inmediatamente barridos del campo de la consciencia por el impresionante primer plano de la cautivadora experiencia de delicias o tormentos. Son el género de detalles,

[439] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 4 página 7.

he de subrayar, que jamás figuran en los relatos o los "protocolos" de los sueños. Extrañamente éstos siempre parecen sin sangre en las venas, "en los huesos". Pero yo sé que incluso donde Él habla en voz baja, donde parece que masculla, *el Soñador no dice una palabra de más.* El sueño no es una foto, sino una obra de arte. "Simplificarla", es destruirla...

N 15 ◊Tendré que volver de forma más detallada sobre estas delicadas cuestiones, en la parte de este libro consagrada al trabajo de "interpretación" de los sueños. Igualmente y sobre todo, cuento con volver sobre el papel pionero de Freud, papel que estoy lejos de querer minimizar, muy al contrario. Cierto es que las teorías de su cosecha que conozco, y sobre todo la *luz* con la que ve la psique y el sueño, me parecen irremediablemente, fundamentalmente falsas. Pero eso casi es un detalle. Eso no impide que Freud, ése innovador intrépido y honesto, ese visionario de coraje sin igual, sea para mí una de las grandes figuras en la historia de nuestra especie. Le debemos las ideas más revolucionarias sobre la psique, y las más fundamentales, desde nuestros orígenes – aquellas que antes de él nadie había osado concebir, y mucho menos proclamar. Sus aberraciones dogmáticas se decantaron por sí mismas a lo largo de las siguientes generaciones, y pronto terminaron por ser borradas con el olvido. Pero mientras haya en la tierra hombres ávidos de escrutar y comprender la psique del hombre, e incluso si el nombre de Freud termina por caer en el olvido (suponiendo que la humanidad pierda hasta tal punto la memoria de los más grandes entre nosotros), sus grandes ideas maestras permanecerán vivas por siempre.

(7) Arquetipos y manifestaciones de Dios

(22 de mayo)[440] Además algunos de mis sueños me han convencido de que lo que digo sobre el arquetipo del acto creador también es cierto para cualquier otro arquetipo, como el de la Madre. o el Padre, o el del Hijo (que se confunde con el del Hermano) o la Hija (alias la Hermana), el del Niño, y particularmente el niño *pequeño* (¡que de pronto pierde la mayúscula!), o, al contrario, el del Viejo. Los arquetipos se me presentan como diferentes "aspectos" de la naturaleza de Dios, susceptibles de ser privilegiados por Él para manifestarse a la psique humana (incluso animal), bien sea en el sueño o de cualquier otra manera. Dios *es* a la vez Madre, y Padre, a la vez viejo lleno de conocimiento y sabiduría, y niño pequeño con todo el frescor de la inocencia; igual que también *es* el hombre, o la mujer, en la flor de la vida. Y *es* la amante, como *es* también el amante...

En todo caso, lo que sé sin posibilidad de duda, es que Él se me ha presentado (o Ella se me ha presentado) en sueños bajo todas esas formas, tomando una ◊u otra según lo que Él (o Ella) tuviera que enseñarme. También Le he sabido reconocer bajo forma de animal, o de *grupo* de animales. Y también bajo la forma de un grupo de jóvenes jugando al balón. Hasta el punto de que he sido conducido a preguntarme si toda especie viva sin excepción, y en el seno de cada una (y más particularmente, en la especie humana), cada una de sus principales modalidades de existencia (según el sexo, edad, prosperidad o pobreza etc.), incluyendo los grupos de individuos correspondientes a ciertos caracteres "típicos" – si cada una de esas innumerables entidades no constituye uno de los "aspectos" de Dios (entre la innumerable infinidad de Sus aspectos), y por eso mismo, un "arquetipo" potencial y un posible modo de aparición de Dios, especialmente para manifestarse al hombre.

N 16

Si así fuera (como tiendo a pensar), habría por tanto que ver en toda especie viva sin excepción una "*encarnación*" de Dios, por la que se manifestaría de modo permanente, en el plano de la existencia terrena, cierto aspecto de Su naturaleza eterna. Dios "*es*" la especie humana, como "*es*" también"el trigo", "las ortigas", "las hormigas", "las vacas", "las serpientes" etc. El aprecio o menosprecio, diferentes de una cultura a otra, de ciertas especies, por supuesto que tienen un valor muy relativo. El nombre de "vaca" (animal sagrado en la India) sirve de insulto en Francia, lo que no impide que Dios se me haya presentado en forma de vaca, e

[440] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 11 página 31.

incluso que la vaca y todo lo relacionado (hasta ¿lo diré? el estiércol...) haya jugado un papel particularmente importante en buen número de mis sueños "místicos". Señalaré al respecto que en varios sueños la vaca aparece como un símbolo femenino del "Espíritu Santo", mientras que el caballo es su símbolo "masculino". Antes de que mis sueños me hablaran de él, tenía al "Espíritu Santo" por una ficción teológica. Ahora sé que es una realidad tan tangible como el calor que desprende una estufa.

Lo mismo vale para el aprecio asociado al status social. Dios se me ha presentado en algunos sueños en la persona de un hombre rico y considerado o de un alto funcionario (y hasta de un prefecto de policía, ¡lo siento!), y en otros en la del niño de unos miserables emigrantes norteafricanos en un suburbio de una gran ciudad; y aún en otro como zapatero de un pueblo encorvado por la edad, llevando su asno al campo. Si Le ha parecido bien hacerlo así, me fío de Él en que será por buenas razones y para mi bien...

N 17 ◊(8) Sueño y libre arbitrio

(20 de mayo)[441] Después de estar indeciso mucho tiempo, he terminado por convencerme de que durante el sueño, estamos temporalmente privados de nuestro libre arbitrio. (Al igual que un pincel en la mano del pintor, o la pluma en la mano del que escribe, carece de libre arbitrio.) Así, puedo escribir sin reservas que nuestro papel en el sueño es "totalmente pasivo" – y esto aún cuando en el escenario del sueño (en la "parábola" representada en el sueño) nuestro papel fuera vivido como intensamente activo. Se impone la comparación con los actores de una obra de teatro, que siguen rigurosamente las consignas del director. Pero esta comparación es imperfecta, pues los actores conservan su libre arbitrio, y no pueden encarnar sus papeles más que si "ponen de su parte". Mientras que en el sueño, es el Director mismo quien, en cada instante, como si hubiera tomado posesión de nuestros cuerpos y de nuestras almas, nos insufla los sentimientos, emociones, nociones y hasta las percepciones que *realmente* tenemos (¡y muy a menudo con una viveza que raramente o nunca tenemos despiertos!), sin que tengamos que "representarlos", sin tener que entrar en una "ficción" y por eso mismo, jugar una especie de "doble juego". Éste es uno de los aspectos más extraordinarios del sueño en general.

En la gran mayoría de los procesos creativos, la etapa de "preparación" no es "puramente pasiva"; por el contrario ésta es una circunstancia especial en el caso del sueño, totalmente excepcional a este respecto. Tal y como ha sido evocado en la sección precedente, los "compases" (en cuatro tiempos) que forman los procesos de descubrimiento de alguna manera "elementales" (o "periplos") tienden a sucederse y encadenarse unos a otros en el interior de un movimiento mucho más vasto. De este modo, la etapa preparatoria de uno de tales periplos es a la vez la del "trabajo" en el periplo precedente. Dicho de otro modo, los materiales (casi siempre imprevistos) aparecidos durante el trabajo en una cierta etapa de una investigación, y que destapan cierta visión (representando la "culminación", totalmente provisional, de tal trabajo), son los que, en una etapa posterior, sirven a su vez de acervo "preparando" un nuevo "periplo"; y también es la "culminación" de la etapa precedente, es decir cierta visión de las cosas que ha sido su fruto, la que juega el papel de "desencadenante" para ese nuevo avance.

N 18 ◊Ahora bien, todo trabajo creativo es *a la vez* "activo" y "pasivo", a la vez "yang" y "yin" – y quizás sea esa *la* característica que distingue el trabajo verdaderamente creativo de cualquier otro. Se sigue que en un periplo de descubrimiento que (como ocurre casi siempre) aparece como prolongación natural de otro, la etapa preliminar, que por tanto representa un "trabajo", no sabría ser de tonalidad exclusivamente "pasiva", "yin", sino que también ha de presentar caracteres "activos", "yang", netamente marcados.

El gran sueño es un caso único, en el que el mensaje que lleva, y el trabajo de descubrimiento al que nos convida, es como un "comienzo desde cero", no es la continuación de algo que

[441] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 12 página 32.

se hubiera logrado previamente. Lo contrario es lo que es cierto: *el* gran obstáculo para entrar en la comprensión del gran sueño, esos son precisamente nuestros llamados "logros", es decir las ideas que nos hemos hecho (o que se han hecho en nosotros por sí mismas...) sobre las cosas. Si no estamos preparados para dejarlas, no tenemos ninguna posibilidad de entrar en uno de nuestros sueños, y sobre todo en un "gran sueño".

(9) Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro

(23 de mayo)[442] Incluso entre los hombres que han dejado una huella en la historia del pensamiento, son más que raros los que se han preocupado de incluirse en su mirada sobre el mundo, y y que, por eso mismo, no han sido engañados por los sempiternos y complacientes clichés con los que uno suele verse a sí mismo, y que al hacerlo, no han interiorizado involuntariamente los principales prejuicios morales, sociales, filosóficos arraigados en la cultura de la que provienen. El mismo Sócrates, que nos aconseja "conócete a ti mismo" (y por tanto algo debía tener en la cabeza al respecto...), no me parece (por lo que de él sé) que él mismo haya seguido mucho esa excelente máxima. No tengo conocimiento del menor atisbo de un conocimiento de sí mismo en sus famosos "diálogos", y me parece que compartía los prejuicios usuales sobre la naturaleza inferior de los esclavos, y de la mujer.

Durante los últimos diez años, me ha costado reconocer y admitir que en mi propio camino de conocimiento, tomando como punto de partida y como base omnipresente el descubrimiento de sí mismo y el conocimiento que aporta, que no puedo unirme a ninguna "familia espiritual", ni siquiera ◊(parece ser) encontrar alguien en quien reconocer un "hermano", por una aventura espiritual que sentiría como "común". Sin embargo, durante algunas semanas, a continuación de ciertos sueños (en los pasados meses de enero y febrero) que sugerían la existencia de una especie de "comunidad de los místicos" (sin distinción de las religiones particulares des las que han surgido los diferentes místicos), pude pensar que esa "comunidad" bien podría constituir la "familia" que buscaba. (Era en un momento, es cierto, en que acababa de darme cuenta que de hecho no necesitaba unirme a una tal "familia", o mejor, que el Soñador, Él solo, se bastaba sobradamente para sustituirla...) Desde entonces he podido leer textos de algunos místicos cristianos, y tomar conocimiento de ciertos aspectos de una "tradición mística" cristiana, cuyos comienzos se remontan, si no a los tiempos apostólicos (cuyo espíritu es más bien el de una militancia misionera), al menos a los primeros siglos de nuestra era. Hace ya siete u ocho años, tuve entre las manos (¡y hasta me leí de un tirón!) un texto de Santa Teresa de Ávila, que me chocó e impresionó, por una especie de unión íntima, de fusión, con tonalidades de simplicidad, de verdad y de pasión. Ese fue mi primer contacto con un(a) místico. Ese contacto y sobre todo mi propia experiencia reciente, han suscitado en mí un vivo deseo de conocer esa "comunidad", que hasta entonces me había contentado con ignorar su existencia.

N 19

Pude constatar con alegría que en dicha "comunidad", o al menos entre los místicos cristianos, hay efectivamente una tradición viva que rompe con la sempiterna complacencia consigo mismo que es de rigor en "el mundo". Me hubiera costado admitir que una comunicación viva con Dios pudiera separarse de una atención despierta frente a los movimientos de la psique que provienen tanto de la vanidad como de "los sentidos" (es decir de Eros). Además, en el ambiente cultural del claustro o del convento, hace falta un coraje poco común y constantemente renovado, porque esos movimientos tan comunes, y aparentemente inseparables de la condición humana, los sienten como una verdadera deshonra del alma, incluso como una traición al amor de Dios y el sacrificio del Cristo. Su examen de conciencia se acompaña de todos los tormentos de la contrición, cuando no son los de un verdadero odio u horror de sí mismo. Verdaderamente esa actitud dualista de rechazo apasionado de toda una parte inseparable de la propia persona, y que hace de los primeros pasos en el descubrimiento de uno mismo una especie de martirio

[442] Véase el reenvío a la presente nota en la sección 14, página 39.

permanente, renovado día tras día – tal actitud me parece casi incompatible con un verdadero conocimiento de sí mismo. ¿Cómo sería posible descubrir, sondear, *conocer* verdaderamente algo
N 20 que tememos y tenemos horror? Me ◊ parece en efecto, según lo que he podido ver hasta ahora, en lo que concierne a la estructura del yo, la pulsión erótica, y las complejas relaciones entre una y otra, me parece que el conocimiento que testimonian los textos de los místicos es más que rudimentario. Toda esa inmensa parte de la psique, la que sólo un Freud se ha preocupado de estudiar, no interesa al místico cristiano (parece ser) más que como "el enemigo" del que hay que distanciarse a cualquier precio (sabiendo muy bien que en esta vida terrena ¡le estará indisolublemente unida!). Seguramente esta dolorosa división, ese incesante desgarro del que no puede ni se preocupa de escapar, son para él un mal necesario, un sufrimiento bienhechor, porque mantienen viva en él la fuerza de la humildad, único antídoto eficaz del orgullo, y le vuelve apto para acoger, cuando Dios quiere, los dones de la gracia divina.

Finalmente, lo que le interesa al místico en la psique, es sólo el *alma*, separada, por un esfuerzo sobrehumano (o más bien en los raros momentos en que esa separación, por efecto de la gracia, se opera realmente), de sus indisolubles lazos con el cuerpo, con la pulsión erótica, y con la estructura del yo. Bien sabe, y de primera mano, que ese alma no es ninguna ficción, sino una realidad – la realidad primera, permanente, intemporal, de la que las otras tres son un envoltorio provisional o el "fuel". La verdadera morada del alma está en otra parte – y algo sabe, de primera mano y a ciencia cierta, del alma despojada y de la "Otra Parte". Pero lo que sabe, sea poco (para alguno) o mucho (para otro), no puede decirlo con palabras. Y, en la medida en que está lleno de la pasión por la Otra Parte, seguramente es la última de sus preocupaciones contar lo que sabe. Si habla no obstante, con sus débiles palabras, de lo que no puede ser comunicado, no es (estoy seguro) movido por la imposible esperanza de hacerse entender, sino por obediencia a una Voluntad que no es la suya, y para fines que se le escapan (como se nos escapan a todos) y que no intentará sondear.

Hubiera esperado que hombre que Dios ha favorecido con la gracia excepcional de una comunicación viva y regular con Él tendrían una visión del mundo y de su tiempo de una penetración fuera de lo común, exenta de las orejeras y de los prejuicios del común de los mortales, que les impiden tomar nota de las injusticias, iniquidades y crueldades de toda clase, que prevalecen en la sociedad de la que forman parte. Dios (me decía yo) no dejaría de hacerles una pequeña señal aquí o allá, para llamar su atención. ¿Quizás la haya hecho, más a menudo de lo que se pudiera pensar? El caso es que siempre me he quedado estupefacto al darme cuenta
N 21 de que mis ◊previsiones sobre la solicitud divina y sus efectos estaban totalmente fuera de lugar. Hasta ahora, no he encontrado una sola señal en la dirección esperada. Lo mismo vale para mis recientes lecturas de la Biblia, incluyendo los Hechos de los apóstoles y las Epístolas apostólicas. Me he quedado "confuso", bien puedo decir – había algo que se me escapaba, y que aún se me escapa. Algo que concierne a la vez al sentido mismo de la noción de "mal" y "bien", y a la naturaleza de la relación que Dios mantiene con los hombres a los que Él elige revelarse, y en fin, a los designios de Dios sobre la evolución y la historia de nuestra especie. Esas son cuestiones en las que ni hubiera pensado hace seis meses, antes de que Dios se me revelase y me proporcionara Él mismo, por la vía del sueño, las primeras bases de mi "instrucción religiosa". Éste no es lugar para extenderme sobre estas cuestiones. Tengo la intención (o al menos el deseo) de volver sobre ellas en los próximos años – si tal empresa fuera conforme a la voluntad de mi benevolente y paciente Instructor.

(25 de mayo) Ayer recibí un buen montón de libros, entre ellos los que había pedido de ciertos autores místicos: Las obras de santa Teresa, las de San Juan de la Cruz, un volumen de san Agustín, "Louis Lambert" de Balzac... En vez de ponerme a trabajar, no pude evitar renovar trato con santa Teresa inmediatamente, leyendo de un tirón buena parte de su autobiografía (en la bella traducción de los Carmelitas del monasterio de Clamart). La noche siguiente, tuve un sueño largo, insistente, en gran parte "subterráneo" y por eso casi imperceptible, creo que

suscitado por la lectura tan atractiva que venía de hacer. Creo comprender que, entre otros, debía llamar mi atención sobre cierto aspecto de la relación de Santa Teresa consigo misma, que me parece bastante común entre los místicos cristianos. (Según la impresión, muy incompleta, que me he podido hacer con mis esporádicas lecturas de los tres últimos meses.) Quisiera decir algo aquí, "en caliente".

Parecería que, en todos los autores místicos cristianos, hay una igual insistencia en el papel de lo que ellos llaman la "virtud" de la humildad, como condición indispensable para que el alma sea capaz de recibir las gracias divinas y entrar en relación con Dios. En santa Teresa (y seguramente en muchos otros místicos cristianos si no en todos[443]), la actitud o el estado
N 22 de humildad aparece ◊inseparable de una practica vigilante del conocimiento de sí mismo, que claramente ha llegado a ser una "segunda naturaleza" en ella. Por lo que sé, los místicos (quizás debiera precisar "los místicos cristianos") forman la única "familia espiritual" en que tal conocimiento se practica, y esto además, como algo evidente. Esta práctica, o esta disciplina interior, consiste en una atención despierta para detectar los movimientos del alma inspirados sea por la vanidad, sea por "los sentidos" (expresión que designa, ante todo, la pulsión erótica, sobre la que el testimonio de los autores místicos es, por supuesto, de lo más discreto).

Desde hacía mucho conocía, de oídas, el género de acusaciones que las gentes con reputación de "santidad" acostumbraban proferir contra ellos mismos, en las que veía una especie de humildad afectada, un sórdido propósito deliberado; y esto tanto más cuanto visiblemente ningún buen cristiano se los tomaba en serio, viendo en ellos simplemente un signo de humildad sublime y una prueba manifiesta de su santidad. (La "humildad", aparentemente, consistía precisamente en una infatigable perseverancia en acusarse de los peores crímenes y faltas frente a Dios, con ocasión de nimiedades inventadas seguramente para las necesidades de tan sublime causa...) Después he tenido muchas oportunidades de convencerme que la severidad a veces vehemente del místico consigo mismo en modo alguno es efecto de una afectación, sino el de un auténtico conocimiento de sí mismo. Si hay un "propósito deliberado", no proviene de una "afectación" individual, sino de toda una nube emocional e ideológica que rodea la noción de "pecado", impregnando profundamente las visiones judía y cristiana del hombre y de su relación con Dios. Ése es un clima cultural que he llegado a rozar, pero al que he permanecido relativamente ajeno, me parece. Seguramente por eso la práctica del conocimiento de sí mismo nunca ha sido para mí un calvario, sólo un austero deber, o la "puerta estrecha" por la que debía pasar para acceder a "otra parte" en la que, a decir verdad, nunca había pensado ¡juzgando que con conocer lo de "aquí abajo" era más que suficiente para tenerme en vilo! Por el contrario, y desde el principio, para mí fue una necesidad y una exigencia para *vivir mejor*, para "sentirme bien dentro de mi piel", para ser claro y estar en paz conmigo mismo, en la medida de lo posible[444]. Y en los periodos de meditación, a menudo era un afán de conocimiento lo que me empujaba, de
N 23 igual naturaleza que el que me anima cuando "hago mates", movido ◊por una pasión tranquila e intensa, por una alegría de descubrir, alejada de cualquier especie de "contrición". Hasta tal punto mi camino de conocimiento ha sido diferente del de los místicos cristianos.

Volvamos a éstos, y a Santa Teresa. En su testimonio percibo como un "subterfugio", destinado a ganarle la mano (si eso fuera posible) y de modo draconiano, a los movimientos del orgullo, ese gran obstáculo a la comunión con Dios. Se trata de declarar, de una vez por todas, que todo lo que proviene de nuestra propia persona o de nuestra propia alma, es irremediablemente y por su misma esencia "malo"; que no sólo las gracias divinas (sentidas como sobrenaturales), sino todo movimiento que pudiéramos considerar como benéfico para nuestro bien espiritual y como agradable a Dios, sería la obra y el mérito exclusivo de Dios, que misericordiosamente viene en socorro de nuestra naturaleza, irremediablemente corrompida

[443] El Maestro Eckehart parecería ser aquí la excepción que confirma la regla.

[444] (27 de mayo) Al releerme, me parece que aquí mi propia motivación profunda quizás esté menos alejada de la del místico cristiano de lo creía al escribir esas líneas.

e incapaz de hacer el bien.

Supongo que ésa es una actitud común en los libros destinados a introducir en la "oración" (o contemplación mística). Sin embargo hemos de pensar que el fin perseguido, a saber un estado de humildad que excluiría de entrada los movimientos de la vanidad, no se consigue – ¡sería demasiado fácil! En cuanto a mí bien sé, tanto por la observación como por el testimonio de algunos de mis sueños, que ese propósito deliberado es realmente un "subterfugio", quiero decir: que en modo alguno se corresponde con la realidad de las cosas. Incluso puedo decir que Dios tiene gran cuidado en no conceder Sus gracias y en no darSe más que con conocimiento de cause, dejando al alma la tarea de hacer por sí misma y sin Su asistencia los trayectos que puede hacer por sus propios medios. Solamente con ese *esfuerzo* el alma se pone en disposición de apreciar lo que son las gracias a las que éste la prepara.

Ciertamente, sólo nuestra vanidad es la que nos hace ver en ese esfuerzo un "mérito", que sería "recompensado" por las gracias concedidas. Dios es como un rico y amoroso bienhechor que quisiera regalarnos una perla muy valiosa, y que sólo nos pidiera, para recibirla, preparar un estuche para protegerla – ¡no deberíamos tirarla en cualquier cajón! Y lo de menos es que hagamos el esfuerzo de preparar el estuche, e insigne tontería ver en ello algún "mérito", e imaginarse que el regalo sería una "recompensa" por el modesto esfuerzo. Si lo hacemos sin dudarlo, ciertamente es a raíz de la iniciativa del donante, incitados por su amor y su favor.
N 24 Pero sería falso ◊pretender que es él quien realiza una tarea que nos deja expresamente. Ni el regalo, ni el amor que lo inspira, ni nuestra gratitud, merman por reconocer simplemente las cosas como son.

Bien al contrario, ha menudo he notado que las "intenciones piadosas", cuando nos conducen a maquillar una realidad (no lo bastante rosa a nuestro gusto), siempre tienden a ir en contra del fin perseguido – la humildad, en este caso. Porque al limitarnos a creer en nuestra versión rosa, no llegamos hasta el fondo y no sabemos bien a qué atenernos. Eso crea un estado de confusión, de barullo, del que "el Maligno" (retomando la expresión consagrada para designar nuestra propensión a la mentira...) se aprovecha enseguida. Sabiendo bien que somos nosotros mismos los que hemos preparado el estuche, y que pretendemos lo contrario sólo por "virtud", ya sólo hay un paso (que se da rápido) para imaginarnos, en nuestro fuero interno, que si (del mismo modo) declaramos carecer de mérito alguno en el asunto, eso sería igualmente una mentira piadosa (¡que nos honra, por supuesto!), y que el regalo viene en realidad, entiéndase bien, en justa recompensa de nuestros valerosos esfuerzos. Ése es el tipo de "pensamientos dobles" con los que todos tendemos a funcionar todo el día, y que sólo se desactivan por efecto de una atención despierta. Seguramente los místicos y los santos no son la excepción más que los demás. Lo que les distingue, no es que el dicho "Maligno" se les insinúe menos (y su testimonio al respecto no deja la menor duda), sino esa atención vigilante y rigurosa.

Estas observaciones me recuerdan ahora otras, que ya me habían resultado incómodas desde el comienzo de mis lecturas "místicas". Se trata de la valoración del "*desprecio*" (incluso del "*odio*") del "mundo" y de sí mismo, frecuentemente pregonado (a veces también por Santa Teresa) como una de las más altas virtudes a las que puede aspirar el alma cristiana, y una de las gracias más raras que pueda esperar. Tales acentos tienen ciertamente una tonalidad poco atractiva e incluso inquietante, y se corresponden demasiado bien con ciertas excrecencias mórbidas de la moral cristiana: ferozmente represivas, enemigas del hombre y de todo lo que vuelva su vida digna de ser vivida, y de las que la "santa" Inquisición (contemporánea de Santa Teresa) ha sido uno de los adornos más execrables. Y hacen una extraña pareja con el precepto evangélico que resume el mensaje del Cristo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"...

N 25 ◊He terminado por darme cuenta de que las expresiones "desprecio", "odio" tienen, en la pluma de los autores místicos, un sentido (sin duda consagrado por un uso secular en los ambientes "espirituales") muy diferente del que adquieren en un contexto profano. Harían más bien la función de hipérboles oratorias (muy desafortunadas, hay que decirlo) para señalar el desapego,

la indiferencia[445]; además, ciertamente, de una connotación muy clara de distanciamiento, frente a algo que se se siente ante todo como un obstáculo al progreso espiritual.

Es verdad que el "obstáculo" no es en modo alguno este pobre "mundo" (es decir, sobre todo, la sociedad humana y todo lo que nos liga a ella), sino nuestro propio *apego* a los bienes de dicho "mundo", que nos esclaviza. Mirando de cerca, además, la expresión "desprecio (u odio) del mundo" marca, no un desapego, sino un apego y una sujeción a la cosa declarada "despreciada" u "odiada" – pues ese desprecio y odio son formas muy fuertes de apego y dependencia. (Mientras que el amor, en el sentido evangélico pleno, libera al que ama...) Seguramente, aunque utilicen un lenguaje ambiguo (y por eso mismo, peligroso...), los místicos saben bien, y mejor que nadie, que el obstáculo no está en "el mundo", sino *en ellos mismos*. De ahí, seguramente, lo que llaman (sin pensárselo dos veces) el "desprecio" y el "odio" de uno mismo.

Parecería que ese "uno mismo" nunca se pone en claro. Sin embargo, uno termina por comprender que designa a la vez el cuerpo y sus humildes necesidades, el "yo" (tenaz reflejo de "el mundo") con su vanidad y sus antojos, y "los sentidos" y las dulzuras que nos prometen. E incluso el alma, me ha parecido, esta incluida en el cuadro, en la medida en que está sujeta (¡y bien sabe Dios que lo está!) a las tensiones que vienen de esos tres compañeros; e inclinada a ceder un poco. Eso ya es bastante, para ese "uno mismo"; hasta el punto que uno se pregunta qué más queda...

"Despreciar", en el sentido propio del término, ese "uno mismo" o alguna de sus partes, ciertamente es de lo más fácil y de lo más común. (Pero casi siempre, es verdad, no a nivel consciente.) Para eso no hace falta una gracia especial de Dios – ¡muy al contrario! ◊Y claramente no es de eso de lo que se trata, en la pluma de una Santa Teresa, o de un Maestro Eckehart. Decididamente ni una ni otro son personas que "se desprecian", o (en el caso de Santa Teresa) que despreciarían a nadie. En ellos se siente una fortaleza alegre y serena[446] que elocuentemente desmiente a tales expresiones de "desprecio" u "odio", tomadas por ellos sin pensárselo dos veces, porque otros antes que ellos también las habían utilizado.

N 26

Por el contrario, lo que es seguro es que ellos son los dueños de su casa, tanto como pueda serlo el espíritu humano en su morada. Lo quiera el amo o no, entre él y sus sirvientes, hay dependencia mutua. Aunque él mande y los sirvientes sean obedientes, la voluntad de uno no es la del otro, aunque ésta se someta. "Odio" y "desprecio" no cambiarían nada, o a lo más que el amo habría dejado ya de serlo.

El hecho es que estos términos, cargados de sentido, expresan un propósito deliberado, por no decir una pose, consagrado por un largo uso de muy mala ley. Así el hombre, so capa de "piedad", finge "despreciar" cualquier cosa de carne o de materia, que Dios mismo (por no se sabe qué descuido) se ha tomado sin embargo la molestia de crear, y hasta el alma misma, que sin embargo Él rodea (por un descuido mayor) con una incesante solicitud y un respeto infinito.

La humildad, ella, no es ni propósito deliberado, ni pose. Cual rosa viva entre las "rosas" de plástico, tiene su fragancia y se la reconoce.

El testimonio de una Santa Teresa nos muestra cómo la delicada flor crece obstinadamente y extiende su suave fragancia entre los dudosos trastos de una piadosa ficción. Así en un mismo ser se frotan y se entrelazan, inextricablemente, *tanto* los clichés *como* el conocimiento – *tanto*

[445] Además, he notado que en algunos pasajes del Antiguo Testamento, el término "odio", en la relación entre parientes, es utilizado como una hipérbole para designar una falta de apego, una indiferencia. El término "amor" aparece por el contrario como sinónimo de apego.

[446] Quizás el lector encuentre extraño, incluso "poco serio", que vea una "fortaleza alegre y serena" donde había visto, la víspera, "martirio permanente", "división dolorosa" y "desgarro incesante". Eso es que aún no ha sentido la amplitud de los acordes que pueden resonar en el alma humana, al tocar a la vez, y a diferentes niveles de profundidad, en los registros desgarro y serenidad, dolor y alegría, conciencia aguda de la división, y experiencia indecible de una unidad y una armonía que incluye y transciende toda división. Lo que el lector sienta como "contrarios" irreductibles resultan ser, en una óptica más vasta, tonalidades llamadas a alimentarse mutuamente, y a completarse y casarse en una plenitud que los incluya.

la ganga *como* el oro.

N 27 ◊(31 de mayo) He escrito las páginas anteriores en contra de cierta reticencia, que quisiera disipar, cerniéndola. Ese malestar provenía, creo, de dos fuentes. La primera: el sentimiento, siempre presente, del peligro de deslizarse en una actitud en que me las daría del que se pone por encima de las personas de las que habla, de Santa Teresa, fingiendo darles buenas o malas "notas" sobre esto o aquello. Peor aún, he de decir que, siguiendo mi lamentable inclinación natural, seguramente me he deslizado por momentos en tal actitud. Me di cuenta, corrigiendo varias veces la primera impresión de la reflexión, matizándola, pero no sabría asegurar que no quedan trazas en su forma actual. Además, siguiendo con la lectura del testimonio de Santa Teresa sobre su vida, se vuelve más y más patente hasta qué punto esa actitud, de la que yo sentía a la vez el insidioso atractivo y el peligro, es *ridícula*, y frente a ella más que frente a nadie. Ese testimonio, de una asombrosa espontaneidad, y verdaderamente traspasado por "el aliento de Dios", nos la muestra en la verdad de su ser y como una de las más grandes entre nosotros. Ella es grande por la formidable experiencia espiritual con que Dios la ha gratificado abundantemente, y por la humildad y la pasión, y también la voluntad, que la han puesto en disposición de recibir esas gracias y de llevarlas, como el Cristo llevó la cruz. Ante tal estatura espiritual, yo que apenas estoy en los primeros pasos de una "relación mística" con Dios, me encuentro frente a Santa Teresa como un bebé balbuceando ante una persona en la flor de la vida. En adelante imaginemos al bebé distribuyendo alabanzas y culpas...

Sin embargo, no creo que debamos abstenernos a toda costa de "juzgar", o mejor dicho "situar", a un ser de estatura excepcional (incluso si nos sobrepasa con mucho), ni sobre todo, de esforzarnos en confrontar nuestra propia experiencia y nuestra visión de las cosas con la suya, por dispares que sean. Incluso creo que es algo indispensable si deseamos entrar a poco que sea en una *comprensión* de ese ser, de lo que le hace realmente grande y de su lugar entre nosotros, y además y sobre todo, si queremos *crecer* nosotros mismos por poco que sea, intelectualmente o espiritualmente, con su contacto, asimilando de su experiencia y de su mensaje lo que entre en resonancia con nuestra propia vivencia y que, por eso mismo, le aporte tonalidades y luces nuevas. La actitud "de escuela", que también podríamos llamar del "admirador automático", cual es de rigor (digamos) en medios cristianos hacia todos los Santos y dignatarios de la Iglesia
N 28 o de las figuras de la Biblia, me parece excluir tal contacto fértil. Es una ◊cerrazón al igual que la actitud de "crítica automática". (Sin embargo quizás debiera hacer una excepción con la actitud de verdadera *piedad*, y no ponerla en pie de igualdad con la de la admiración beata de los "valores reconocidos", aunque excluya, ella también, toda veleidad "crítica"...)

Ya no tengo propensión a entrar en tal actitud "beata", pero me siento acechado por la actitud opuesta, que pudiéramos llamar el "*síndrome del maestro de escuela*", síndrome que consistiría en "*poner notas*". Al igual que la anterior, obstaculiza la comprensión, y el verdadero contacto. En el primer caso, la inercia o la pereza de espíritu es la que dirige el baile, en el segundo, la vanidad. Pero inercia y pereza se llevan de maravilla con la vanidad, y la vanidad es una forma de inercia espiritual. Las dos actitudes opuestas seguramente están más cerca de lo que pudiera parecer. Si trato lo mejor que puedo de evitar las trampas de la pereza y de la vanidad, en modo alguno es por una preocupación de una imposible "perfección" moral, ni para complacer a Dios (¡Él ha visto mucho, y Su paciencia es infinita!), sino porque bien me doy cuenta hasta qué punto una y otra bloquean toda progresión en el conocimiento, y en el conocimiento espiritual más que en cualquier otro[447].

[447](1 de junio) Al releerme, me doy cuenta de que lo que aquí digo describe mi disposición hasta el año pasado, más que la de ahora. Se ha hecho más simple, más inmediato: cada vez más, cuando me dejo llevar (por la famosa "pendiente natural") por una actitud de vanidad, de pereza interior, siento un malestar, "no me encuentro bien". No es una cuestión de "mala conciencia", de un sentimiento vago de "culpabilidad" (eso es algo que no me ha afligido mucho en mi vida). Más bien como alguien que se hubiera sentado a través, y quisiera ponerse en una postura más "cómoda", es decir más adecuada a las necesidades de su cuerpo y a las leyes que lo rigen. Podría

He aquí ahora la segunda causa del malestar que antes señalaba. Me veía conducido, como por una especie de molesta lógica interior que me hubiera "forzado la mano" literalmente, a dar a entender que el testimonio de santa Teresa estaría empañado por una "pose", o al menos por un "propósito deliberado" (calificado "de muy mal augurio"). Sin embargo a la vez me daba
N 29 cuenta, ◊confusamente, de que "perdía el tren" de algún modo esencial. Que no hay "pose" en el testimonio de Santa Teresa es pura evidencia. En cuanto al "propósito deliberado", no proviene de su propia persona, sino, claramente, de un condicionamiento cultural del que está penetrada, ni más ni menos que cualquier otra persona, "santa" o no, está penetrada por el condicionamiento de su medio. Con el temperamento y las disposiciones de extrema humildad que le eran propias, hubiera sido impensable que se diera cuenta y se liberase de esos condicionamientos[448]. Y visiblemente, a Dios no le importaba – no le molestaba, seguramente igual que al amante no le molestan las pecas en la piel de su Amada. Seguramente, esas pecas incluso la hacen parecer mas deseable y no hacen más que exaltar sus deseos y su amor. Y a decir verdad, lo que importa y le hace feliz, no son esas pecas ni que sea rubia o morena, sino que la Bienamada le ama igual que él ama y que su corazón y su cuerpo sean generoso y le acojan.

Volviendo a la reflexión precedente y muy a mi pesar. Debía darme cuenta, algo confusamente, de algo que ha quedado más claro mientras tanto: que ponía en pie de igualdad cosas que en absoluto están al mismo nivel. Un poco como si pusiera en pie de igualdad las pecas, o que la Amada hubiera tenido la "total" o que tuviera la viruela – ¡mientras que en realidad rebosa de savia y de salud! O tomando otra comparación: como si pusiera la boca chica ante un trabajo matemático brillante, o ante un relato conmovedor o un poema de belleza perfecta, a causa de pequeñas faltas de ortografía. (Lo que no impide que a veces pueda ser útil corregir de paso las faltas de ortografía, sin darles demasiada importancia...)

También me había encargado de la defensa (por así decir) de la psique, presentada por Santa Teresa (su psique, al menos), como incapaz por sí misma del menor bien. Seguramente eso no es del todo cierto (ningún buen cristiano me llevará la contraria en esto), y (llevado por mi impulso) incluso he dejado entender que bajo la pluma de la Santa, eso habría sido un "cliché",
N 30 ¡ay! Sin embargo, ◊debería conceder que lo que es puro cliché bajo la pluma de uno, no lo es necesariamente bajo la pluma de otro. Lo que es seguro, es que Santa Teresa no tiene nada de estúpida, y que incluso tiene gran agudeza psicológica, además de una experiencia sin igual de las gracias de Dios (incluyendo las que son más pesadas de llevar...). Y esa experiencia debía recordarle una y otra vez, y de modo abrumador, hasta qué punto, ya en las "cosas pequeñas" y cuánto más en las grandes, la acción de Dios en el alma sobrepasa absolutamente los medios de que el alma dispone por sí misma, incluso animada por la mejor voluntad del mundo. Hasta yo, con mi experiencia tan limitada, he tenido amplia ocasión de constatarlo, una y otra vez. Si a menudo tiendo a minimizarlo (cuando no a olvidarlo sin más), manifiestamente es debido a mis fastidiosas disposiciones vanidosas.

Anoche mismo estaba acostado y mi pensamiento divagaba sin rumbo, sin que le prestara atención. Recaló, sin que yo supiera decir cómo, en la inesperada constatación de que después de todo y según mi propia experiencia, de que por mis propios medios no había sido capaz más que de progresos bastante ridículos, tanto en el descubrimiento de mí mismo como en una

---

decir que hay en mí una "sensibilidad" que se habría afinado. Pero supongo que eso sería una forma tendenciosa de expresarlo, relacionándolo con mi propia persona, que habría "mejorado" de algún modo, quizás (¡quién sabe!) gracias a mis valerosos esfuerzos. Creo que no es así, que esa "sensibilidad" no viene de mí, sino que es una *señal* que me ha sido enviada. Mi papel se limita en cada caso a tener en cuenta esa señal (si quiero tenerla en cuenta), o a ignorarla. Igual que a veces permanecemos sentados en una posición incómoda, a pesar de las señales que el cuerpo nos envía, porque estamos demasiado absorbidos por otra cosa para darnos cuenta.

[448] Pienso ante todo en los condicionamientos propios del medio religioso del que ella formaba parte sin reservas, especialmente en los que conciernen a la práctica y las "verdades" de la religión. Su experiencia espiritual la elevaba por encima de los condicionamientos "del mundo", y, a nivel de la práctica religiosa, le hacía distinguir muy claramente y sin duda alguna (con todas las reservas que la humildad le imponía...) lo esencial de lo accesorio.

disciplina y un ritmo de vida. En todos los progresos substanciales, reconocía muy claramente (¡y sin ningún "propósito deliberado" de complacer a Dios o a mí mismo!) la intervención y la acción de Dios, tanto por los sueños que Él me había enviado, como de muchas otras maneras.

De hecho, ni siquiera me acordaría de esas divagaciones y de ese pensamiento fugaz, si no fuera por el efecto inmediato que tuvo, y que a la vez me lo volvió consciente. Hubo un "flash" de alegría interior, una sonrisa que de repente ilumina todo el ser, como el sol que inesperadamente aparece tras las brumas, e inunda todo con su cálida luz. Debió durar apenas unos minutos, pero su efecto bienhechor aún permanece hoy.

Fue una manifestación sensible de la presencia de Dios, igual que ha habido un buen número en los últimos cinco meses. Pero que me habían quitado en las últimas semanas (a falta, creo, de una atención suficiente por mi parte). Entonces supe que ese pensamiento sin pretensiones, que había suscitado tal respuesta de Dios, era *verdadero*; y además, que era *importante*, que era bueno para mí impregnarme de él y no olvidarlo.

Esa experiencia tan reciente es la que me ha incitado a volver hoy sobre la reflexión precedente para rectificarla, como acabo de hacer.

N 31 ◊(10) De la porra celeste y del falso respeto

(7 de junio)[449] En las notas de hace cinco días[450], rozé de pasada la cuestión del *temor de Dios*. Recuerdo que ya en mi infancia, e independientemente del ambiente antirreligioso que la había rodeado, ese término me chocaba. Aún hoy, me hace sentir incómodo. Es cierto que desde hace milenios, ese término se ha convertido simplemente en sinónimo de "*respeto* de Dios"; y como Dios, el Gran Invisible, casi no se manifiesta en la vida del común de los mortales, respetarle a Él venía a ser, prácticamente, una actitud de respeto y obediencia a Sus presuntos mandamientos, enseñados por la religión. Aparte de ese "temor" de Dios, también se insiste, en la religión judía y más aún en la cristiana, en el amor de Dios al hombre, y en la obligación del hombre de amar a Dios. Así, en el contexto de la relación del hombre con Dios y con la religión, se constata una confusión desconcertante entre cosas de naturaleza tan distinta, incluso incompatible, como temor, respeto, amor, obediencia a leyes y prescripciones, o en fin, conformismo con actitudes y formas de pensar legadas por la tradición religiosa.

Mi malestar se debe seguramente a una incomprensión, que se sitúa, me parece, a dos niveles. Ante todo: ¿Cómo es que todas las religiones sin excepción (por lo que sé) se funden sobre el temor – sobre el miedo a formidables castigos divinos? Y: ¿Cómo es posible que una confusión psicológica y espiritual tan grosera, tan primaria, haya podido mantenerse en el "pensamiento religioso" hasta nuestros días?

En todo caso, no conozco ni un pensador religioso perteneciente a una fe religiosa, o un místico que se inspire en su experiencia de Dios, que haya tenido la sencillez de enfrentarse a esos lugares comunes y contrasentidos venerables, y de explicarse al respecto. Visiblemente,
N 32 el condicionamiento religioso, tan ◊eficaz como cualquier otro condicionamiento cultural, actúa como una *ceguera* parcial (a la vez intelectual y espiritual), que impide a los miembros de cualquier comunidad religiosa (sea la de Israel, la cristiana, la Sangha, el Islam o cualquier otra) siquiera ver o sentir las incompatibilidades más flagrantes entre, por una parte la sana razón, la experiencia de vida y el discernimiento psicológico, y por otra ciertos aspectos de las enseñanzas y las formas de pensar legadas por una tradición ([11]).

Éstas, es cierto, se basan en los textos sagrados, que son referencia absoluta para los miembros de la comunidad religiosa. Escritos bajo inspiración divina (lo que no pongo en

[449] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 22, página 65.

[450] Véase la sección "Reencuentros con Dios – o el respeto y el santo temor" (n^o 22). Los cuatro últimos días fueron consagrados a la larga nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1), iniciada en principio con la intención de poner una corta nota a pie de página explicando la imagen arquetipo del "niño". La reflexión que siguió es continuación inmediata de la realizada en la citada sección, hace cinco días. La he puesto en las "notas", pues no concierne especialmente al sueño y, por eso, es una "digresión".

duda), la forma arcaica de respeto religioso coloca como verdad de fe intangible, no sólo el mensaje y la intención de Dios que se perfilan más o menos claramente en el texto sagrado, sino también los añadidos que provienen de los condicionamientos culturales previos del escriba de Dios (casi siempre anónimo) que los ha consignado. Ciertamente, es una tarea de lo más delicada distinguir el espíritu de los textos sagrados de su letra. Ante tal tarea, parecería que el pensador creyente, incluso hasta hoy en día, ha preferido encerrarse en la actitud arcaica de "respeto" escrupuloso a la letra ([12]). Esa prudencia (aparentemente universal) de los espíritus religiosos se acompaña, muy a menudo, con una verdadera abdicación de las facultades de conocimiento que nos ha concedido la Sabiduría divina. Me parece que ésa es una de las causas principales del estancamiento secular del pensamiento religioso, y de la incapacidad de las religiones para renovarse desde el interior. Ese pensamiento es como un águila con las alas cortadas, o mejor dicho: como un águila demasiado bien entrenada que, por "respeto" al Creador que está en las nubes, hubiera renunciado a usar las alas que le acercarían a Él... Y es, seguramente, esa pusilanimidad intelectual y espiritual arraigada en tradiciones intangibles, la que ha separado de la religión y de las vías religiosas a muchos de los mejores espíritus, y más que nunca en estos últimos siglos.

Querer poner un púdico velo sobre estos hechos tan llamativos, por el sempiterno "respeto" a las religiones establecidas, no me parece una forma convincente de estimular la aparición de un verdadero renacimiento religioso – de una renovación que no sea, en realidad, una simple vuelta o regresión al seno de actitudes represivas y arcaicas. Que tal vuelta sea un mal menor, en comparación con la a-religiosidad y la desespiritualización a ultranza del mundo actual, se sobrentiende. Pero causas iguales producirán efectos iguales. Un supuesto "renacimiento" religioso
N 33 que fuera a la par con una represión sistemática ◊de las facultades y el impulso de conocimiento del hombre[451], no dejaría de suscitar en él (afortunadamente) las mismas resistencias conscientes e inconscientes, y de conducir a un callejón sin salida espiritual parecido al que nos encontramos hoy en día. Seguramente no es tal vuelta atrás lo que Dios nos propone[452]. La renovación que Él ha previsto será, estoy convencido, no una vuelta a antiguas formas de represión en lugar de formas más recientes, sino una ascensión a un nivel de libertad interior y a una responsabilidad más grandes.

Pero vuelvo al temor, piedra angular común, se diría, de todas las religiones del mundo. Un respeto basado en el temor es un respeto ambiguo, un falso respeto. No es un respeto en el sentido espiritual del término. Tal respeto surge espontáneamente de un *conocimiento* de lo que se respeta, como cosa o persona o ser en el que se reconocen cualidades de "bondad" o de excelencia[453] que llaman al respeto. Tal respeto no puede ser resultado de una obligación,

[451] Al hablar aquí de "represión sistemática de las facultades y el impulso de conocimiento del hombre", no quiero decir que en las comunidades religiosas tradicionales esas facultades y ese impulso estén reprimidos necesariamente bajo todas sus formas. Tales extremos son seguramente la excepción, no la regla. Quiero decir que ciertas direcciones eran estrictamente tabú, y muy particularmente, toda reflexión que pudiera poner en cuestión a poco que sea las formas de pensar consagradas por la tradición, incluso la letra de los textos sagrados o las tradiciones orales que sirven de fundamento doctrinal a esa comunidad.

[452] Al escribir esta línea, me doy cuenta de que siempre es peligroso querer penetrar los designios de Dios. Lo que aquí fundamenta mi convicción, dejando de lado mis inclinaciones personales, es que, si el designio de Dios fuera tal vuelta atrás, no veo por qué me ha elegido precisamente a mí como mensajero para algunos de Sus designios, y además me anima, contra viento y marea, a proseguir en bien de todos (o al menos de todos a los que esto pueda interesar) una reflexión religiosa de vasta envergadura.

[453] El respeto no excluye que junto a esas cualidades "de "bondad" o de excelencia" que lo llaman y fundamentan, haya otras de orden muy distinto. Pienso particularmente en el el respeto por el hombre en general, o por tal persona en particular. En el caso en que esa persona fuera Hitler o Stalin (por no hablar de vivos..), hay, ciertamente, aspectos de su persona que están lejos de "llamar al respeto". Tuvieron, y probablemente aún tienen, que rendir cuentas muy pesadas a Dios, ciertamente. Sin embargo, sé que como seres dotados de un alma inmortal y de libre arbitrio, y destinados al conocimiento, Dios les respeta y les ama, igual que Él respeta todo alma humana y la rodea de Su amorosa solicitud. Y no tendríamos base para rehusar el respeto a nadie que tenga nombre y rostro humano, mientras que Dios mismo se lo concede. Pero ese respeto es de naturaleza muy distinta

del miedo, del temor. El temor que tenemos de algo o de un ser obstaculiza su conocimiento,
N 34 ◊y nublan la percepción que pudiéramos tener de sus cualidades, que podrían suscitar un verdadero respeto. El "respeto" basado en el temor, al igual que el basado en la esperanza de una recompensa, no es respeto sino *negocio*, en el que se espera ganar: te "respeto" y (si fuera necesario) te obedezco, y a cambio te abstienes de hacerme daño (o me harás menos del que me harías en otro caso), o hasta me recompensas. Es el respeto del valiente ciudadano a la fuerza, venga de donde venga, el respeto a la porra, alentado hasta hoy mismo por todas las religiones del mundo[454]. Y el falso respeto religioso es el temor a una porra invisible (llamada "Dios" o cualquier otro nombre parecido); a una porra materializada sin embargo en una institución religiosa bien tangible y de una fuerza coercitiva convincente. Cuando la porra terrestre, que se supone refleja la porra celeste, desaparece, ese respeto se evapora en una generación o dos. No es una actitud espontánea del *espíritu*, signo de un discernimiento y de una madurez, sino más bien uno de los innumerables condicionamientos y reflejos del "yo", resultado de una simple doma y signo de una inmadurez espiritual.

Y sin embargo, bien parece que el fundamento común de todas la religiones del mundo sea ese falso respeto, ¡arraigado en el temor! (Y por eso también, antes de que Dios mismo no me desengañara con ciertos sueños, me era difícil ver en las religiones algo más que simples instrumentos de represión.) Parecería que en la lenta evolución de la conciencia espiritual de la humanidad, hemos tenido que pasar por ese falso respeto, para poder acceder un día a un verdadero respeto. Es verdad que estamos más lejos que nunca – uno y otro, el falso respeto religioso como el verdadero, ¡han desaparecido casi sin dejar rastro!

N 35 ◊Quizás fuera más realista, en lugar de toda la humanidad entera, considerar primero comunidades más restringidas, de la dimensión de un pueblo o una etnia, que compartan una misma religión. Es verdad que en la "matriz" formada por tal comunidad y sus estructuras religiosas, basadas en el temor, a veces ha podido florecer el verdadero respeto, sea en la comunidad entera[455], sea en algunos miembros aislados. Así, en el testimonio de ciertos místicos cristianos, lo que llaman "el amor servil" a Dios, es decir el "amor" forzado que se funda en el miedo al infierno y en la esperanza de bienes eternos, es presentado como un estadio inferior y preliminar de la relación con Dios. Esos miedos y esas esperanzas, de una fuerza prodigiosa en una persona dedicada en cuerpo y alma a la vida religiosa, terminan sin embargo por desaparecer, al final de los finales, al alcanzar los estadios más elevados de la experiencia mística. Pero ninguno, por lo que sé, ha tenido la clarividencia y el coraje de constatar que lo que ellos llaman "amor servil" a Dios es una contradicción en los términos, y es ajeno al amor; que en modo alguno es un terreno fértil para el amor a Dios y para el conocimiento de Dios, sino un veneno insidioso que pervierte profundamente la relación con Dios. La acción de Dios es aún más asombrosa, pues los eleva por encima de ideas fijas de una fuerza prodigiosa, para darles a conocer lo que está infinitamente mucho más allá de toda idea y todo pensamiento...

(11) Milagros y razón

(8 de junio)[456] Al escribir esas líneas, en modo alguno pensaba en los numerosos sucesos de

al "respeto a la porra". Si estuviera más extendido, los Hitler y Stalin de todo tipo habrían tenido difícil estar de moda y a gusto en vida. (Además de pasarlo mal el tiempo que fije Dios, después de su muerte...).

[454] Pienso particularmente en las Epístolas de San Pablo, en las que el apóstol insiste incansablemente en la obligación del buen cristiano de obedecer a las autoridades instituidas, *sean cuales sean* – visto que toda autoridad (según él) estaría instituida por Dios. (Igual que el esclavo cristiano ha de obedecer a su amo...) En honor del apóstol ha de decirse que debió ser, por su martirio en Roma, uno de los primeros en transgredir su propio mandamiento. Eso no impide que esos pasajes de san Pablo sigan siendo hoy en día una afortunada justificación doctrinal, para el ciudadano "buen cristiano", para su "respeto" automático a las "porras" vengan de donde vengan...

[455] Pienso especialmente en las relaciones de respeto tanto en el interior de la comunidad, como frente al medio ambiente y la tierra en la que están, en ciertas tribus indias de las dos Américas.

[456] Véase el reenvío a la presente nota en la nota n^o 10, página N 32.

naturaleza milagrosa narrados en los textos sagrados. Incluso tomados al pie de la letra, tales relatos nunca me han parecido contrarios a la sana razón. Después de haber experimentado la acción de Dios en mí, incluso estoy persuadido que buena parte de ellos son esencialmente verdaderos en su sentido literal (dando a veces su parte a las tendencias a la exageración y a la imaginación que fabula). Después de todo, cuando se admite que el mundo visible ha sido creado por un Ser (llamado "Dios") en vista a ciertos designios en los que nosotros, los

N 36 hombres, ◊estamos implicados, no hay nada de extraño, muy al contrario, en que Dios intervenga ocasionalmente y según Su buen parecer en el desarrollo de las leyes que Él mismo ha instaurado, y que puede suspender a Su voluntad. Todos los milagros juntos relatados por los textos sagrados o por cualquier otra fuente parecen verdaderamente ínfimos, ante el Milagro de los milagros que es la creación y la evolución creadora del Universo. Todo lo que he podido aprender acerca del conocimiento (muy limitado) que tenemos de este Universo y de su historia, lejos de alimentar un escepticismo suficiente, no hace más que confirmar y aumentar el asombro del espíritu ante el Milagro de la Creación, que supera toda expresión.

Después de una lectura muy reciente de los Evangelios y del Nuevo Testamento, no me queda ninguna duda sobre los milagros que relatan. Los testimonios concordantes de testigos oculares me parecen por encima de toda sospecha. Pero más que un elemental sentido común psicológico, lo que soporta la convicción es la extraordinaria densidad espiritual de los Evangelios y el Aliento que los traspasa, que superan infinitamente todas las capacidades de invención, de imaginación y de creación humanas. Ningún hombre ni grupo de hombres hubiera sido capaz de inventar el Cristo, su Mensaje y su Cruz. Los milagros narrados en los Evangelios, incluyendo la resurrección del Cristo, me parecen accesorios y relativamente poca cosa por sí mismos, y no adquieren su verdadero sentido más que por la Pasión y la muerte del Cristo crucificado – más grandes que todos los milagros juntos que Dios tuviera a bien realizar por amor nuestro.

(12) Pensamiento religioso y obediencia

(8 de junio)[457] Convendría matizar un poco este juicio. Incluso la Iglesia católica ha terminado, a regañadientes, por poner agua en su vino, siempre con algunos siglos o algunas generaciones de retraso sobre la evolución general de los espíritus, especialmente en cuestiones como la Evolución, el papel de la mujer, el ecumenismo y muchas otras. Pero está muy claro que ésas son, cada vez, *concesiones*, hechas bajo la presión de las circunstancias sobre una inmensa *inercia*. Un poco como un político conservador las concedería muy a su pesar a una clientela electoral más "en la onda" que él, y que puede desertar si él no se decide por fin a soltar lastre.

N 37 ◊(19 de junio) Al hablar del "pensador creyente" (que se encierra en una "actitud arcaica"), pensaba más bien en el pensador que se proclama de una religión particular, a la que permanece apegado. Krishnamurti es un ejemplo de pensador que no podemos evitar calificar de "religioso", y que ha sabido salir de las trabas y seducciones de la ideología religiosa (teosofía) que constituía su medio espiritual originario, asignándole un papel de Mesías, y encontrar y mantener una actitud de independencia crítica frente a todas las religiones constituidas. Cierto es que después de ese gran paso liberador fuera del regazo espiritual familiar, se dio prisa en encerrarse en la nueva ideología religiosa, bautizada "las Enseñanzas", que edificó en el lugar de la que había superado, y de la que se hizo durante el resto de sus días el infatigable apóstol y papa.

Durante estos últimos días también he tenido la alegría de empezar a conocer el libro *"El hombre en busca de su humanidad"*, de Marcel Légaut, y reconozco en el autor a un verdadero "hermano mayor" espiritual. Este excelente libro, de inspiración cristiana, testimonia una autonomía interior y una lucidez excepcionales, a la vez que una experiencia de la vida espiritual y una profunda visión religiosa que estoy lejos de haber alcanzado. En la situación actual, para

[457] Véase el reenvío a la presente nota en la penúltima nota, "De la porra celeste y del falso respeto", página N 32.

un pensador religioso de esa clase que ha alcanzado tal autonomía espiritual, no puede haber lugar en ninguna religión establecida[458] – identificada con una *doctrina* intangible, conservada y representada por una estructura jerárquica, que se presenta como autoridad espiritual.

En los místicos cristianos que había conocido con anterioridad, me extrañó y desconcertó su docilidad incondicional frente a la Iglesia. Claramente ésta representaba para ellos la autoridad suprema e intangible. Dios no tenía más remedio que amoldarse a ella escrupulosamente, cuando
N 38 ◊ se dirigía a ellos, so pena de ser tomado por el Maligno intentando engañar al fiel y perderlo para siempre. He tenido la gran fortuna de encontrar al fin uno de ellos cuya fe en Dios, y la experiencia personal de Dios que la nutre, están por delante de la obediencia a una Iglesia o a una doctrina.

(13) Verdad y conocimiento

(12 de junio)[459] No hablo aquí de lo que se llaman "verdades de fe", que varían de una religión o de una ideología a otra y, en gran medida, se contradicen mutuamente. El conjunto de tales "verdades", en una persona dada, forman una parte importante de la estructura del yo, y provienen del condicionamiento cultural. La relación que la persona mantiene con esas "verdades" (igual que su relación con cualquier otro condicionamiento particular), y la evolución a lo largo del tiempo de esa relación, son parte esencial de la historia y la aventura espiritual de esa persona. Pero el "conocimiento" que cree tener de esas "verdades" no es de la naturaleza de lo que yo llamo un "conocimiento", es decir, un "conocimiento espiritual". "Conocer" y "creer" son dos cosas de naturaleza diferente. No se conoce más que por percepción directa y de primera mano, mientras que "creer" significa (en casi todos los casos) renunciar a la propia facultad de conocimiento inmediato, para remitirse a una autoridad externa (de una tradición, de un texto, de una persona). Cuando se conoce algo, ya no se plantea la cuestión de creer en ello, o al menos se plantea de forma totalmente diferente. (Véase al respecto la sección "Acto de conocimiento y acto de fe", n^o 7.) Creer en ello, es decir tener fe en un conocimiento interior, volverlo eficaz. Pero no creer en ello, "carecer de fe", incluso si vuelve ineficaz el conocimiento, no lo borra sin embargo. Un conocimiento en el pleno sentido del término forma parte de la substancia misma de nuestra alma, puede transformarse, desarrollarse, profundizarse, florecer, pero nunca borrarse. En cambio, puede ser excluida del campo de la consciencia. La casi totalidad de los conocimientos de la psique son así barridos del campo consciente y arrinconados en las partes profundas del Inconsciente. Una renovación espiritual puede consistir tanto o más en un trabajo interior que haga subir a la consciencia ciertos conocimientos arrinconados, que en la eclosión de conocimientos verdaderamente nuevos. (Pero distinguirlos es seguramente muy difícil, si no imposible, vista la casi-imposibilidad que tenemos de conocer el contenido del Inconsciente, y
N 39 de distinguir el conocimiento inconsciente ◊que forma parte de la persona, y el del Huésped omnisciente que vive en cada uno de nosotros...)

Cuando hablo de verdad, prácticamente nunca será a propósito de cuestiones científicas, técnicas o prácticas , sino que se trata de hechos sobre el plano de la realidad espiritual. Veo dos clases muy distintas. Están las verdades de naturaleza general, como el amor de Dios por

[458] (18 de julio) Después de escribir apresuradamente estas perentorias líneas, he tenido amplia ocasión, por otras lecturas de Marcel Légaut, de ver que siempre se considera un hijo de la Iglesia católica, y que ésta no parece haber tenido la menor veleidad de excomulgar a ese hijo ¡verdaderamente demasiado fiel! Y que esta voz valiente y solitaria, hija del "desierto cristiano", ha encontrado ya audiencia y eco dentro mismo de la Iglesia, enfrentada hoy al temible reto de una mutación imposible y necesaria. En estas últimas semanas también he tenido amplia ocasión de volver sobre el mensaje de Marcel Légaut, de alcance único en este mundo actual en plena debacle espiritual. Véanse especialmente las doce notas n^{o}s 20–31 (del 29 de junio al 6 de julio), y las secciones "La convergencia imposible", "La visión", "La llamada" (n^{o}s 37, 41, 42, del 9 al 17 de julio) que muestran hasta qué punto el estudio realizado con la escritura del presente libro ha sido fecundado por la misión de Légaut y por su mensaje profético.

[459] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 25, página 75.

cada una de Sus criaturas, la inmortalidad de las almas, el ciclo de los nacimientos sucesivos del alma; o, en otro plano, que el temor no es signo de respeto ni de amor y obstaculiza, más que favorece, la eclosión de uno y otro; o el hecho de que las verdades (de naturaleza espiritual) no pueden ser probadas.

Y también está la verdad de una situación particular, única. Así, en cierta situación, percibimos de manera segura que un interlocutor es de mala fe, que está en un estado de mentira (aunque él mismo bien pueda estar persuadido de que tiene la mejor fe del mundo...); o al contrario, percibimos que lo que dice es verdad, que es dicho en disposiciones de verdad (aunque el contexto quizás pudiera tener todas las apariencias de lo contrario). Lo mismo puede ocurrir al leer un texto escrito, por ejemplo cierto pasaje de un libro. Podemos tener la percepción de un estado de verdad o de un estado de mentira en nosotros mismos. Tales percepciones, que no son percibidas en el campo consciente más que con disposiciones de silencio interior, de escucha, nos aportan un conocimiento verdadero, nos dicen la *verdad* de algo, de una situación. Tal "acto de conocimiento" es al que se refiere la citada sección "Acto de conocimiento y acto de fe". Por la reflexión que acompaña a la escritura del presente libro, estaría inclinado a creer que tal acto de conocimiento nunca proviene de nosotros, sino del Huésped que está en nosotros, de Dios – y esto es lo que daría al conocimiento así aparecido su carácter particular, *absoluto*. El papel de la psique, aquí, a nivel de la toma de conciencia, se limitaría al ejercicio de un *rigor*: distinguir entre la "voz de Dios" (o la "voz de la verdad" o cualquier otro nombre que se le dé), y las voces parásitas que la contrarrestan, desde el ego (es decir, del condicionamiento). Este rigor es ajeno a cualquier método, es de esencia espiritual. Es una cualidad de verdad del alma, presente en el momento en que ese rigor se ejerce. Es, me parece, inseparable e indistinguible del "acto de fe" (referido en la citada sección), que confirma el acto de conocimiento y lo vuelve eficaz. Esto significa que también es inseparable del "acto de conocimiento completo", en el que el conocimiento no está separado de la acción, sino que *es* acción. El desencadenante ◊de la acción, la chispa que prende, está en ese acto de rigor que separa el grano de la paja, y de la fe que acoge al grano.

N 40

Cuando más arriba he escrito que "no se conoce más que por percepción directa y de primera mano", pensaba sobre todo, es cierto, en el conocimiento del que acabo de hablar, relativo a situaciones particulares. No pretendo tener una "percepción" o "visión" directa del amor de Dios por cada uno de nosotros, ni de la inmortalidad del alma, ni del ciclo de nacimientos. El conocimiento directo que tengo de estos temas se limita a la experiencia irrecusable del amor de Dios por *mí*, plenamente evidente desde hace siete u ocho meses. Si no obstante afirmo tener un verdadero "conocimiento" (que no se reduce a una "creencia") de estas cosas, es porque me han sido *reveladas* por medio del sueño. Con todo rigor, debería conceder que he podido ser demasiado "generoso" en la interpretación de algunos de mis sueños metafísicos – pero con todo tengo la firme convicción de que la interpretación amplia que les he dado es justa tal cual. Lo que es seguro, es que Dios, al enviarme esos sueños, sabía muy bien que yo no dejaría de darles esa interpretación amplia, fuertemente sugerida por esos sueños, por decir poco[460]. Y me costaría creer que Él me hubiera inducido a error, aunque fuera parcialmente.

Pero se trate de verdades de naturaleza general, o de las que conciernen a una situación especial, para mí cada vez está más claro que la única "medida", o "patrón", o "criterio" de verdad reside finalmente en Dios. Es en la medida en que Él tiene a bien darnos a conocer la verdad, y en que nosotros, los hombres, ponemos de nuestra parte para acogerla, en la que "conocemos".

(14) Matemáticas e "imponderables"

[460] Los escrúpulos que acabo de tener en cuenta, me llegaron retrospectivamente. Cuando tuve esos sueños y los sondeé, aún en caliente, no tenía ninguna duda sobre la extensión que había que dar a su mensaje, y aún hoy no tengo tales dudas.

(12 de junio)[461] Aunque sólo fuera por mi pasado de matemático, estoy muy habituado a este tipo de situaciones, en que soy el único en conocer y llevar cosas que sé vivas y fecundas, en contra de la indiferencia o el escepticismo de mis congéneres. He llevado a término muchas que
N 41 desde hace tiempo son parte del ABC del matemático, o que son el ◊pan de cada día de mis antiguos alumnos o mis amigos; y otras de ellas, por vías y vicisitudes extrañas, veinte o treinta años después, están siendo asimiladas o adoptadas, entrando en el patrimonio común.

Muchos son, incluso entre los matemáticos (encerrados como están en el aspecto puramente técnico de su ciencia), los que creen que la matemática se reduce a cálculos y demostraciones, y que está exenta de los "*imponderables*" propios por ejemplo de la filosofía, o simplemente de las relaciones humanas. Es cierto que los cálculos y las demostraciones (o "pruebas") son los que dan el asentimiento (y el confort...) de los espíritus. Pero no son ellos los que hacen de las matemática otra cosa que una austera gimnasia cerebral, más bien un arte y una aventura del espíritu que ama y que se atreve. Lo que forma la vida y el alma de la matemática, igual que de toda otra ciencia, no son las recetas probadas, para demostrar, experimentar u observar, que mecen al "sabio" en el ronrón de las certezas tranquilizadoras compartidas por todos. Sino que son precisamente esos "imponderables" inquietantes que todavía no entran en ninguna caja ya lista, sobre los que no puede colgar ningún consenso bien establecido. Pues ¡ay! percibirlos y reconocerlos pone en juego facultades del hombre de naturaleza más delicada que las de un gran ordenador, o la del mero intelecto humano. Una única *cuestión* que toca el fondo puede ser más fecunda que mil "resultados" (incluso "teorías") que espuman la superficie. Pero hay que saber "sentir" la cuestión o la idea neurálgica, entre las innumerables ideas de todo tipo – y, una vez sentida y vista, asumirla. Y no hay ninguna receta para ver y sentir tal cosa, y aún menos, para asumirla. Ésos son actos, no de un cerebro, sino del espíritu – son actos de naturaleza *espiritual*. El hecho de que el material sobre el que parece actuar el acto no sea de naturaleza espiritual (sino intelectual, en este caso) no cambia nada.

(15) La firma de Dios

(15 de junio)[462] En este episodio de la vida de mis padres, que se sitúa en los primeros días o semanas después de su encuentro, reconozco uno de los primeros signos, y de los más elocuentes,
N 42 de esa abdicación en mi padre de un "derecho ◊de primogenitura", al que ya he aludido. Esa abdicación fue seguida por una larga decadencia y estancamiento espiritual, en los que se mantuvo hasta el final de su vida, durante dos decenios.

Las condiciones y el espíritu en los que fue escrito, tres años más tarde (en 1927), el relato del suceso que marca el punto espiritual culminante en la vida de mi padre (véase la nota a pie de página precedente), me parece otro episodio en ese proceso de degradación. Era el primer trabajo literario en común de mis padres, y consagra la tácita renuncia de mi padre a su propia vocación y a la obra que llevaba en sí mismo. A partir de ese momento, la difunta vocación pasa a ser una enseña, más y más anodina con el tiempo, un mito tenaz mantenido por la complaciente connivencia de mis padres. Yo mismo me involucré en ese mito familiar, hasta octubre de 1979, en que pude reconstruir lo que verdaderamente había pasado, durante mi largo trabajo sobre la correspondencia entre mis padres y las notas autobiográficas de mi madre.

El relato del suceso en la prisión está hecho un poco en el espíritu de un "pasaje álgido" literario, de los más conseguidos ciertamente, pues no carece de medios de expresión. (No se excluye que terminaran por hacerlo aparecer como folletín en algún periódico, donde habría entretenido algunos minutos de ocio de los lectores desocupados.) Después de este comienzo, el trabajo literario en común prosiguió a trancas y barrancas aún dos años (tuve tiempo de nacer entretanto, y de constituir un obstáculo suplementario), en un ambiente falso a placer, para deshilacharse sin tambores ni trompetas y unirse al mito común. Unos años más tarde, ese

[461] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 26, página 78.
[462] Véase el reenvío a la presente nota en la sección 28, página 88.

"pasaje álgido" sirvió de muestra para convencer a un mecenas de que diera una subvención, para el libro que debía hacerlos célebres. La subvención fue concedida sin que nada fuera escrito.

Algo muy chocante en ese relato: mientras que el resto muestra una perfecta maestría literaria, en la última página, que se supone que es su clímax y razón de ser, el estilo se derrumba, se vuelve rígido y confuso, como si de repente faltase el más elemental instinto de expresión – ¡un verdadero "final de desastre"! Eso ya me había producido una impresión muy rara a leerlo por primera vez, hacia el año 1945[463] (yo era un joven de diecisiete o dieciocho años), que se

N 43 ◊repetía cada vez que volvía a leer ese relato, incluyendo ayer. La razón es muy clara: en el fondo, mis padres bien sabían uno y otro que lo que ahí tocaban no se prestaba a un ejercicio de estilo literario, y que en las disposiciones en que estaban uno y otro, no eran aptos para hablar de ello. Ese conocimiento de su ineptitud espiritual permanecía relegada a las capas profundas del inconsciente, pero no por eso era menos imperiosa y exigía expresarse – y se expresó en efecto, y del modo más claro. Es lo que Freud llama un "acto fallido". Es el (así llamado) "borrón", que da su verdadero sentido al acto. Me inclinaría a creer que un caso como este, ese "borrón" representa la parte de Dios en el acto – es como Su firma, llamando la atención sobre una verdad. Y casi siempre Él es el único que reconoce Su firma, y la verdad que señala. En este caso, seguramente he sido el primero y el único en "leer" esa verdad, más de cincuenta años después. En cuanto a la Firma, no La he reconocido hasta hoy (¡suponiendo que no me haya equivocado!)

Me sucedió casi la misma "desventura" que a mis padres, a principios de enero, en mis notas de meditación (en modo alguno destinadas a publicarse) en que me daba cuenta a mí mismo, aún "en caliente", de una especie de "éxtasis" que me había transportado unas horas antes. Al releer mis notas, al día siguiente, me dieron una impresión verdaderamente penosa, de tanto que las sentía "fuera de lugar". No era tanto una cuestión de "estilo", de torpeza, de rigidez, sino simplemente que lo que había escrito en la euforia del momento en absoluto se correspondía con lo que realmente había vivido. Como si, ante la dificultad (o imposibilidad) de evocarlo con palabras, me hubiera conformada, siguiendo la pendiente de la facilidad, con decir (un poco a la buena de Dios) cualquier *otra cosa*, que correspondiera a "registros" de la experiencia que me fueran más o menos familiares. Es verdad que ésa es una tendencia casi irresistible del espíritu, querer expresar lo nuevo, lo desconocido, en términos de lo que es familiar y conocido...

N 44 ◊(16) Creencia, fe y experiencia

(13 de junio)[464] Durante toda mi vida, he tenido la impresión que las gentes que se dicen "creyentes" (protestantes, católicos, budistas o lo que se quiera) no se distinguen de los demás en las situaciones ordinarias o extraordinarias de la vida. Son "protestantes", "católicos" etc. como se es francés o alemán, o habitante de tal ciudad, miembro de tal profesión... Forma parte más o menos fuerte del sentimiento de identidad, de la estructura del yo, pero aparentemente no tiene nada que ver, digamos, con las cualidades de solidaridad humana o de dignidad, o con lo que ahora llamaría la "vida espiritual" en el hombre.

Sin embargo, también me he encontrado algunas raras personas en las que se sentía una fe viva y activa. No le di demasiada atención, pues tenía la impresión de que su sentido de la solidaridad humana o su facultad de comunión con otros eran independientes de toda creencia religiosa y de toda fe en Dios. Que era, en suma, una pura coincidencia que ambas estuvieran juntas en ellos. Ahora que tengo la experiencia de la acción de Dios en mí, no estoy tan seguro.

[463] Mi madre, que sin embargo tenía un sentido muy fino del estilo, no se dio cuenta de nada, incluso después de que yo le participara la extrañeza que me producía el final del relato. En cuanto a mí, era tan fuerte que en 1980 terminé por pasar a limpio el manuscrito de mi madre, haciendo un mínimo de ajustes estilísticos en la última página.

[464] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 29, página 89.

Seguramente, es enteramente accesorio a qué religión se pertenezca, e incluso si se pertenece a alguna – Dios mismo, visiblemente, no hace ninguna diferencia. Por el contrario, lo que en modo alguno es accesorio, es si hay o no *contacto con Dios* – es decir, si no nos cerramos a la voz y la acción de Dios en nosotros. Para que el contacto se establezca y permanezca vivo, sin duda no es necesario "creer en Dios", como se dice[465], y reconocer, en ciertos movimientos que nos inspiran, la acción de "Dios"; es decir de algo que "está en nosotros", pero que nos transciende, que es (de alguna manera) "común" a todos os hombres y que los sobrepasa a todos, y que constituye un "absoluto" último espiritual, a la vez muy cercano e irrecusable. Pero si no es estrictamente indispensable "conocer a Dios por su nombre", ahora veo, por experiencia, que sin embargo es inmensamente benéfico para estimular en el alma la atención a Dios y a la voluntad de Dios. A decir verdad, el mundo se ha transformado inmensamente para mí, después de dar ese paso (que me parecía sin consecuencias antes de darlo) , o mejor: después de que Dios mismo haya venido a mi encuentro para darSe a conocer.

N 45 ◊(17) El niño y el místico

(13 de junio)[466] Ésa es una diferencia muy llamativa entre el "niño en espíritu" como era Rudi, y el místico, que dedica lo mejor de sus fuerzas y el todo el tiempo que puede sustraer a sus ocupaciones, a la intimidad con Dios. Por los testimonios de los místicos que he leído hasta ahora, me parece que también, al contrario que los "niños" como Rudi, están sujetos a los movimientos de la vanidad igual que el común de los mortales. Lo que les distingue, no es la ausencia de vanidad, sino la vigilancia frente a los movimientos de la vanidad, que desactiva los efectos de "pantalla" de forma más o menos completa. Hay que añadir además una fuerza muy particular, *la humildad*, de naturaleza totalmente diferente a la de la vigilancia, y que me parece es *la* fuerza por antonomasia, que vuelve al ama apta para acoger la acción de Dios y para unirse a Él de forma más o menos completa. Hay que añadir el deseo apasionado de esa unión con Dios, y el sentimiento (a menudo desgarrador y en los límites extremos del dolor que el alma humana puede experimentar) de la separación de Dios – dolor sentido sin embargo, también él, como profundamente bienhechor, como una bendita gracia. El alma está descoyuntada entre ese deseo de amor por Dios, del que está separada, y la imposibilidad del cumplimiento total y durable de ese deseo, al menos en esta existencia terrena.

Nada de esto hay en el "niño en espíritu". Nada de languidez insostenible, ni de prisa apasionada por reunirse con el Bien-Amado. Pues la Unión a la que el amante de Dios aspira con todo su ser, ya se ha realizado, de otra manera ciertamente, pero plenamente y de modo duradero y a la perfección, en esta misma existencia. Ninguna vigilancia es necesaria, pues la vanidad no tiene dónde agarrar – no hay traza de ella. Y en él la humildad no es el fruto precioso y siempre precario, siempre a punto de desvanecerse, de la gracia divina y de un esfuerzo apasionado y constante, sino que parece ser la substancia misma de su alma, indisolublemente y sin esfuerzo ni acto de gracia.

Creo que rara vez tales seres están destinados a sobrevivir en la memoria de los hombres, pues nada en ellos parece llamarles la atención. No piensan en enseñar, ni en aprender, ni siquiera en "servir" (mientras que sin embargo sirven igual que respiran...), y su obra es invisible para todos salvo para Dios. Si sé que hay otros además del que he conocido, sólo es por ese sueño que me lo ha hecho comprender. Sin embargo, hace unos instantes me ha venido, intentando evocar y cernir lo que los distingue, el pensamiento de San Francisco de Asís. Por lo poco que sé de él, bien pudiera ser uno de ellos.

N 46 ◊(18) La "Gran Revolución Cultural" será desencadenada por Dios

[465] Recuerdo a este respecto que el mismo Buda no "creía en Dios". En cuanto a los budistas, visiblemente "creen en Dios" y le llaman con el nombre de "Buda", sin romperse mucho la cabeza...

[466] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 29, página 93.

(21 de junio)[467] Todo un haz de señales convergentes viniendo de medios y horizontes muy diversos, me ha hecho entrever como inminente el advenimiento de una "revolución cultural" a escala mundial, en un espíritu cercano al de mayo del 68 – pero que desembocaría en una transformación profunda y duradera de las mentalidades. Entre 1971 y 1973, la misión a mis ojos del grupo "Sobrevivir y vivir", y también la mía (incluso después de salir del grupo), era contribuir a preparar se advenimiento.

Con la perspectiva de los quince años que han pasado, constato que el estado de urgencia cultural y ecológica, y la necesidad de una transformación profunda de las mentalidades que mis amigos y yo habíamos sabido sentir entonces, eran muy reales, y lo siguen siendo ahora más que nunca. Pero faltos de experiencia de lo humano, habíamos subestimado las fuerzas de inercia a nivel psíquico, que oponen una barrera de una fuerza prodigiosa a la renovación creativa de la persona (Â¡nosotros incluidos!), y con más razón, a una renovación profunda de las mentalidades y de la sociedad en su conjunto. Durante los diez años que han pasado cada vez está más claro para mí que tal renovación colectiva no puede brotar de los hombres por sí mismos, tal y como son y dejados a sus propios medios, aunque se levantase una cohorte de hombres excepcionales para prepararla y suscitarla. Incluso la acción de Jesús y sus apóstoles y discípulos a través de las edades, a pesar de los espectaculares éxitos temporales de las Iglesias que le reclaman, hasta ahora no ha producido ni el comienzo de tal transformación de las mentalidades a nivel de la sociedad.

Para mí también está fuera de duda que la gran renovación que estará ante nosotros en breve plazo, se cumplirá por una intervención directa de Dios. Seguramente será de una amplitud y una potencia como no ha habido desde la Creación del Mundo, y como no volverá a haber. Dicho de otro modo: la "Gran Revolución Cultural" que deseábamos y que nos esforzábamos en ayudar a nacer no será obra del hombre, sino obra de Dios. O más exactamente: el desencadenante de los dolores de parto sólo será la obra de Dios, y el deseo y la voluntad de parir. El parto será la obra conjunta de Dios y de los hombres. (De los que hayan sobrevivido al parto...)

N 47 $^{\diamond}$(19) Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima

(29 de junio)[468] La lectura del extraordinario libro de Marcel Légaut. "El hombre en busca de su humanidad", y particularmente su capítulo "Fe y Misión"[469], me ha hecho comprender que ese claro conocimiento que tengo de algunos designios de Dios sobre mí, de lo que sin duda Marcel Légaut llamaría mi "misión", debe ser algo más bien excepcional. Ese conocimiento me fue comunicado sobre todo a través del sueño, y también de ciertos "*flashes*" que me llegaron estando despierto. Si digo que ese conocimiento me ha sido "notificado de forma tan clara", ésa es (aún es necesario decirlo) una apreciación totalmente subjetiva. Incluso reconociendo el valor del sueño, y de los *flashes* que surgen del Inconsciente, como mensajes que provienen de profundas fuerzas creativas, incluso como experiencia directa de Dios, la parte de "interpretación" sigue siendo absolutamente esencial, y es irreductiblemente "subjetiva". Con seguridad, diez psicoanalistas diferentes a los que sometiera los mismos "protocolos" de los sueños y *flashes* en cuestión, incluso dándoles todas las precisiones requeridas sobre el contexto psíquico, sacarían diez interpretaciones muy diferentes, y también diferentes de la mía, que para mí es la única convincente.

Si digo que para mí su sentido está "claro", con eso quiero decir que la comprensión de conjunto en la que ha desembocado mi trabajo sobre esos mensajes no está enturbiada por

[467] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 33, página 117.

[468] Véase el reenvío a la presente nota en la sección n^o 36, página 133.

[469] Por primera vez hablo de ese libro (que acababa de conocer) en la nota del 7 de junio, "Pensamiento religioso y obediencia" (n^o 12). Comenté el Capítulo "Fe y Misión" en la nota l pie de la página 125 en la sección "Fe y Misión – o la infidelidad (1)" (n^o 34).

la menor reserva expresa o tácita, el menor atisbo de duda, del tipo "seguramente es eso, pero después de todo no estoy del todo seguro de que no quiera decir otra cosa...". Tengo una confianza sin reservas, confianza que es *fe* en mí mismo, en tal sentimiento de íntimo e irrecusable convicción. Ahora veo en tal sentimiento el signo claro de la aprobación de Dios. Con el que Él me dice: ¡no te has equivocado! Para mí está claro que Dios me ha ayudado en mi trabajo para descifrar los mensajes que Él me ha enviado, que no habría podido comprender con mis únicos medios.

Es muy evidente que un sentimiento tal de seguridad sin fisura, sobre un "imponderable"
N 48 como por ejemplo el sentido de un sueño, vale lo que vale la persona ◊que lo expresa, según sus disposiciones de rigor interior, de verdad. En mil casos en que se expresara perentoriamente tal "certeza", esta sería ilusoria, producto del hambre de ilusión tan profundamente anclada en la naturaleza humana. Sólo en el casi mil uno sería la expresión de un auténtico conocimiento espiritual, lo que es decir de un conocimiento que nos es dado por Dios.

No hay ningún método de ninguna clase para distinguir el auténtico del ilusorio, el que viene de Dios del que viene del "yo", el estado de verdad en un ser del estado de vanidad[470]. Y esto está en la naturaleza misma de las cosas espirituales, es una ley querida por Dios. Es una de las grandes leyes de la existencia humana, que me parece provenir de la libertad misma y del "riesgo" inherente a la vida espiritual. Esta ley está constantemente orillada y tácitamente negada en todos los textos sagrados (al menos en los que conozco), más preocupados de fundar un orden social y de darle cierta dimensión espiritual, que de delimitar la realidad espiritual propiamente dicha. En ello veo uno de los aspectos del hecho desconcertante de que *"Dios se oculta constantemente"*; que la verdad espiritual escapa a todo método, a todo consenso, a todo código sea el que sea (incluso aunque ese código pretendiera tener la autoridad de Dios y, aunque parezca imposible, estuviera inspirado por Él...). Todos los místicos lo han experimentado. Pero parece que ninguno de ellos, al menos entre los místicos cristianos, haya tenido la lucidez y la autonomía espiritual de verlo y decirlo claramente (^{20}). Precisamente es ese hecho, u otro más de sus múltiples aspectos, el que he intentado delimitar en la reflexión de ayer, "Dios habla en voz baja..." (sección n^o 36).

Si bien es cierto que "Dios se oculta constantemente", igualmente es cierto que no cesa de revelarse de mil modos al que Le busca de todo corazón (aunque ni sueñe en llamarle por Su nombre), lo que es decir al que busca la verdad con todo su ser. Pero la verdad que Dios comunica, incluso cuando una fe la acoge y la comprende[471],no puede transmitirse a otro ser más que en condiciones muy particulares y excepcionales – cuando éste mismo está en una disposición de apertura, de verdad, y cuando, además, en él ha madurado el tiempo de acogerla.
N 49 En ningún caso puede ser "demostrada" ◊(ni aunque fuera por el "contundente argumento" de algún milagro espectacular y de lo más convincente), ni transmitida "en bloque" a toda una colectividad[472].

Es cierto que los consensos colectivos a veces pueden favorecer (pero mucho más a menudo inhibir e incluso prohibir) la acogida de una verdad espiritual. Pero por su misma esencia la verdad espiritual escapa a la conciencia colectiva. No puede ser "sabida" o "conocida" por una colectividad o comunidad, por más restringida, unida y "espiritual" que sea[473]. Sólo el ser en su soledad, sólo el alma que lo habita, conoce la verdad.

[470] También hablo sobre este tema en Cosechas y Siembras, especialmente en la nota "El niño y el mar – o fe y duda" (CyS III, n^o 103).

[471] Sobre el papel de la fe en el proceso del conocimiento (y no sólo en el conocimiento espiritual), véase la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^{o}7).

[472] Compárese con la reflexión de la sección "Dios no se define ni se demuestra – o el ciego y el bastón" (n^o 25).

[473] Por supuesto, no excluyo que cada miembro por separado de la comunidad haya podido "acoger", "conocer" esa misma verdad. Pero ése es un acto de naturaleza íntimamente personal de cada miembro, y en ningún caso un acto colectivo.

(20) Marcel Légaut – la masa y la levadura

(29 y 30 de junio)[474] Sin embargo debería exceptuar a *Marcel Légaut*[475]. Claramente descubrió a lo largo de su propia vida espiritual ese mismo hecho crucial, que recorre como un hilo todo su libro "El hombre en busca de su humanidad", y más aún su libro capital "Introducción a la comprensión del pasado y el futuro del cristianismo" (que ◊tengo la gran alegría de leer desde hace tres días). Sin decirlo en estos mismos términos, en él Légaut pone en evidencia que no haber sabido discernir esta exigencia esencial de libertad[476] en la vida espiritual, en el verdadero sentido del término, es la causa de la "mediocridad" y de la tenaz esclerosis crónica que pesa inexorablemente sobre el pasado del cristianismo[477], a lo largo de los dos milenios transcurridos desde la muerte de Jesús de Nazareth.

N 50

Por lo que sé, Légaut es el primer pensador cristiano que ha tenido la profundidad y la autonomía espiritual para discernir en toda su dimensión esa exigencia de libertad, y el coraje de decirla públicamente y de vivirla[478]. Por eso mismo, sin duda es el primero en comprender plenamente la verdadera naturaleza del mensaje y de la misión de Jesús, con todo su alcance y lo que le vuelve realmente *universal*. Por el mero hecho de existir, escrito por un cristiano y con ese espíritu de libertad, ese libro me da la convicción de que el cristianismo no está muerto ni moribundo (como tendía a pensar), sino que guarda en sí la fuerza espiritual para regenerarse en profundidad y para renacer[479].

N 51

◊El mismo Légaut, con la clarividencia del visionario, pero también con un rigor extremo y con humildad, muestra el camino de la renovación – no el camino de un rebaño de "fieles" a una letra muerta, sino el que cada creyente en Jesús debe descubrir a lo largo de su vida, en

[474] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima", del mismo día. Compárese también con la nota "Pensamiento religioso y obediencia" (n^o 12), en que se habla por primera vez de Marcel Légaut, al que acababa de conocer por uno de sus libros.

[475] El primero, por lo que sé, en formular claramente esta exigencia fundamental de libertad para el desarrollo de una auténtica vida espiritual, es Krishnamurti. Vuelve sobre ello en todos sus libros y con la insistencia que se merece un hecho tan crucial en la realidad espiritual. Pero lo que un día fue un conocimiento vivo que transforma la vida de un hombre en busca de sí mismo, se endureció en el Maestro en un dogma incansablemente repetido.Dejó de ser realmente vivido y de ser creativo en él. Durante la mayor parte de su vida y (según parece) hasta su muerte, él mismo ha sido así una llamativa ilustración de lo que él enseñaba con tal insistencia: que en la vida espiritual, la verdad no es nunca algo "adquirido". En vista de su excepcional estatura, que durante un tiempo le emparentaba con los más grandes, ésta es una lección más elocuente que ninguna otra, quizás, para enseñarnos a no descansar sobre nadie en la vida espiritual, por prestigioso y grande que nos parezca, tanto si es una "autoridad" externa como nosotros mismos.

[476] Ciertamente, los teólogos cristianos no han dejado, desde los Padres de la Iglesia, de hablar con voz angelical del libre arbitrio del alma, y de la libertad – guardándose mucho de desviarse un pelo de la letra de los escritos apostólicos o de los cánones de la iglesia, y sin perder ocasión de fulminar a los "herejes" de todas partes, igual que los mismos apóstoles, con San Pablo a la cabeza, habían dado ejemplo de ello. Si alguna innovación hubo después, una vez adquirido un sólido poder temporal, fue la Santa Inquisición y las hogueras, para quemar los herejes en compañía de las brujas...

[477] La constatación de esa "esclerosis" está matizada en Légaut, pero en modo alguno debilitada, por la de los esfuerzos renovadores de cada nueva generación, estrellándose contra el inmovilismo de las estructuras para hundirse finalmente en la rutina consagrada por una venerable tradición.

[478] Mi interés por los "pensadores cristianos" es muy reciente, y ciertamente mis pocas lecturas de los tres últimos meses no bastarían para fundamentar mi afirmación. Pero me parece que cae por su peso que si Légaut hubiera podido referirse a un predecesor habría sido muy feliz y no habría dejado de hacerlo con frecuencia.

[479] Lo que he podido saber de la vida de Marthe Robin, otra mística cristiana muerta en 1981, va en el mismo sentido. Pertenece a una familia espiritual claramente muy diferente a la de Légaut, y se corresponde más con la idea que generalmente nos hacemos del "místico". Muerta a los 79 años, estuvo postrada en cama la mayor parte de su vida, y durante los treinta últimos años revivía la "pasión del Cristo" cada semana. Seguramente es uno de los seres que ha vivido sobre esta tierra y ha vivido y asumido a lo largo de su vida los mayores sufrimientos humanos, en cuerpo y alma, sin perder hasta el final una serenidad alegra y confiada. El papel de tal sufrimiento, libremente aceptado, en los designios de Dios y en el destino de nuestra especie, sigue siendo misterioso para mí. Pero no tengo ninguna duda de que tal vida y el testimonio que aporta, al igual que la vida y el testimonio de Légaut, de un estilo tan diferente y más accesible a mi comprensión, tienen ambos un papel esencial que jugar en la misteriosa aventura espiritual de la especie humana.

el secreto de su corazón y en la fidelidad a sí mismo. Para el creyente cristiano[480] se trata de encontrar el contacto vivo de una verdadera filiación espiritual con la persona extraordinaria que fue Jesús, encarnación perfecta de la libertad creativa en el espíritu, y de sacar de esa filiación adoptiva, de esa presencia espiritual de Jesús, la autenticidad y el coraje para acceder a su propia libertad creadora, y a su propio devenir, a partir del grado de desarrollo intelectual y espiritual en que se encuentre cada día. Según el testimonio de Légaut, tal contacto en las
N 52 profundidades del ser puede hallarse gracias a lo que podemos aprender de ◊la persona, del espíritu y del mensaje de Jesús a través de los apóstoles, que vivieron con él y cuya vida e incluso el ser fueron profundamente transformados por esa experiencia extraordinaria. Cierto es que hace falta mucha perspicacia psicológica y una gran autonomía espiritual, para separar lo esencial de lo accesorio y tomar en cuenta las inevitables deformaciones y prejuicios inconscientes en el testimonio de los apóstoles,; pero sobre todo para no dejarse limitar y encerrar por las elaboraciones doctrinales que sacaron de su fe viva en él, y que a falta de una madurez espiritual suficiente, confundieron con esa fe o presentaron como su fundamento intangible.

De ese modo, y por la inercia espiritual y la falta de flexibilidad y de iniciativa creadora de los que les sucedieron en las siguientes generaciones hasta hoy en día[481], el espíritu mismo del mensaje de Jesús y su alcance universal fueron profundamente falseados y mutilados. Desde sus orígenes, al igual que todas las demás religiones, el cristianismo se hizo *molde* institucional y doctrinal, pero además ha querido introducir en él a los hombres de todos los lugares y todos los tiempos[482]. Sin embargo la vida y la muerte de Jesús testimonian con elocuencia que su misión entre nosotros no pretendía el establecimiento de estructuras ni de doctrinas, sino que era de orden totalmente diferente. Nadie mejor que él ha sabido que un molde para la vida espiritual también es su muerte. Nadie mejor que él ha sabido sugerirlo con medias palabras – "¡el que tenga oídos que oiga!" –, en una época en que *nadie* estaba en condiciones de entender plenamente,

[480] Yo no soy un "creyente cristiano", y aquí sólo puedo hacerme eco de la experiencia de otro, en armonía con la mía pero diferente. Para Légaut, como sin duda para todos los cristianos en el pleno sentido del término, Jesús es el camino que lleva a Dios – que *les* lleva a Dios. Mi propia relación con Dios no pasa por el intermediario de una filiación espiritual. Jamás he tenido experiencia de una relación de filiación o paternidad espiritual, y tengo tendencia a mirar tal relación con un ojo muy crítico. El testimonio de Légaut, que vuelve sobre esa relación en diversos contextos y con gran penetración, me convence de que tal relación en el pleno sentido del término es posible aunque no lo parezca. Una tal relación se inicia y se desarrolla sin establecer una dependencia mutua entre el mayor espiritual y aquél que se inspira en él sin renunciar por tanto a sus posibilidades de autonomía espiritual, sino que por el contrario en ella encuentra una vía hacia ésta.
En ninguno de los numerosos casos en que Dios se me ha manifestado, principalmente a través del sueño, se ha tratado directamente de Jesús, o del cristianismo. En cambio, he tenido numerosos sueños sobre el Espíritu Santo. Pero aunque el término forma parte del vocabulario cristiano, lo que designa seguramente no está restringido a la realidad religiosa cristiana, como no lo está Dios.
He notado que la ideología religiosa tácita de Légaut está, sin duda a propósito, incluida en un horizonte cristiano. Así, la idea del ciclo de nacimientos claramente le es extraña o al menos inoportuna, hasta el punto de que parece que le es difícil concebir que se pueda hablar de ella seriamente. Por el contrario, parece que se ha desprendido totalmente de las ideas de paraíso e infierno, de "salvación" y condenación, tan profundamente ancladas en la tradición cristiana, y de las que (sin duda por un afán de discreción) no dice ni palabra en lo que he leído de él hasta el presente.

[481] Al constatar aquí sin más esas carencias, no es cuestión de reprocharselas, puesto que es la cosa más universal y mejor cuidada del mundo.

[482] Claramente Jesús tenía consciencia del carácter universal de su misión. En San Mateo se lee: "Y se anunciará el evangelio del Reino en todo el mundo como testimonio para todas las gentes" (Mateo 24, 14) e "¡Id! y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mateo 28, 19); y en San Marcos: "Es necesario que se anuncie antes el Evangelio a todos los pueblos" (Marcos 13, 10) y "Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación" (Marcos 16, 15). Esas predicciones y esa llamada de Jesús que inspiraron a los apóstoles después también sirvieron de justificación a la obra misionera cristiana, quizás a veces para lo mejor y a menudo también para lo peor, cuando erradicaba religiones y creencias tradicionales, a menudo en la estela de ejércitos de colonización o de exterminio, para reemplazarlas por una doctrina importada totalmente extraña al modo de vida y al clima cultural de los pueblos así "evangelizados".

N 53 ◊sus discípulos no más que los demás([21]). Vino a enseñarnos, no a romper necesariamente los moldes, sino a *superarlos*. No quiso ser ni siquiera inspirar un molde nuevo, sino ser el *fermento* que nos haga desbordar todo molde antiguo o nuevo. (Tanto si éste es propuesto o impuesto desde fuera, como si es invención de nuestro propio espíritu...)

Han hecho falta dos mil años antes de que un hombre se levante para testimoniar que ese fermento de libertad sigue vivo, que tiene la virtud de hacernos desbordar el limitado horizonte espiritual de sus primeros discípulos igual que el de cualquiera, por vasto que sea, y de actuar en la intimidad de todo hombre dispuesto a acogerlo.

Es cierto que aún hoy seguramente son rarísimos los, cristianos o no, que comprenden y viven plenamente la ardua exigencia de la libertad espiritual, aquellos para los que "la verdad" jamás está conquistada, jamás captada y encerrada en un pensamiento o en un escrito, por originales, por profundos, por inspirados y divinos, por "verdaderos" que sean; sino que cada día, incluso en cada momento, deben descubrirla, recrearla en su ser. Légaut nos hace ver a Jesús como el precursor, "grande entre los grandes", que vivió en plenitud tal libertad y se dio la misión ([23]) de enseñarla, con su vida, con sus palabras ([25]), y sobre todo con su muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, solitaria, plenamente asumida.

Y si el Crucificado se hubiera obstinado en volver a un país cristiano, por la gracia del Padre, para llevarle el mismo mensaje inoportuno, mil veces ya la cristiandad entera lo habría crucificado de nuevo, o colgado, apaleado, despellejado, quemado vivo delante de la masa de cristianos regocijados, por orden del Papa en persona y con la bendición de todos los apóstoles y todos los mártires y todos los santos y ¡ay! incluso los místicos, todos hijos muy obedientes de la muy Santa Iglesia (alias el "Cuerpo místico de Cristo"). Salvo que en nuestros días en que el fanatismo religioso, gracias al Progreso, ya no se lleva, sería encerrado en un calabozo como objetor de conciencia y sin molestar al Papa, y ponerlo así del modo más humano posible donde no moleste...

Al menos tal ha sido hasta hoy la extraña vía de la "Iglesia de Cristo", poniendo fuera de la ley durante dos mil años el espíritu de cierto Jesús que no tuvo miedo de ser un fuera de la ley ya en vida, ni de que lo mataran ignominiosamente, cumpliendo con esa misma muerte su misión ardiente, solitaria, incomprendida, de libertad y de amor, para su propio cumplimiento y para el bien de todos. Tal ha sido la Iglesia que ha dirigido y moldeado y tallado a sus "fieles"
N 54 en vez de ser dirigida por aquellos a los que llamaba y por su crecimiento, y de ◊crecer con ellos por el mismo fermento que ella debía transmitir y que tan mal transmitió. Así ha sido y así es hoy en día, persiguiendo, bajo una etiqueta "espiritual", los mismos bienes, prebendas, poderes, seguridades que las tecnocracias que con razón la han suplantado, tan ávida y tan ciega como ellas.

Sí, tan ciega, como ellas y como todos, a la demencial carrera en que nos hemos lanzado, que el hombre no quiere y ahora ya ni puede parar, abandonado a sus propios medios y a su avidez. El Día del Juicio, que antes estaba presente en los espíritus de todos los cristianos, en los que exaltaba una esperanza o una llamada, ya no es más que una figura retórica sagrada. Ya ningún creyente cree en él, en ese Día, después de esperarlo dos mil años ([27]). Pero yo, que no soy "creyente" de una Iglesia, sino un hombre solo y con las manos desnudas, veo esa carrera de destrucción y aguardo a que su sentido se cumpla, y desde ahora sé que el *Día de la Verdad* está cerca. Sólo Dios sabe quién será derribado, cual viga carcomida buena para quemar, y quién será preservado, pues la madera está sana[483]. Y sólo Dios sabe cuántos quedarán. Pero

[483] Aquí, y hasta el final de esta nota, me he dejado llevar por afirmaciones de aire profético que sobrepasan lo que, con todo rigor, me enseñan los sueños proféticos, fiándome de interpretaciones personales de las que no pretendo sentirme totalmente seguro. Esos sueños no mencionan, ni siquiera por alusión en lenguaje simbólico, ni que el Día de la Tempestad será una hecatombe de muertos (de lo que no tengo la menor duda), ni a fortiori que es Dios mismo el que elegirán quién será derribado y quién vivirá (de lo que estoy igualmente convencido), y aún menos que esa elección se hará según la aptitud de unos y otros para participar en la renovación espiritual

los que sobrevivan sabrán que ya no es momento de seguir ciegamente los pasos de nuestros padres, contentándonos igual que ellos con hacer como todo el mundo y como se nos dice que hagamos (todo lo más trampeando un poco por los bordes...). La *senda del rebaño* en la que nos habíamos extraviado desde la noche de los tiempos, tenaz supervivencia de nuestro humilde origen animal, llegada a su último fruto, será al fin superada.

N 55 ◊A cada uno de nosotros le llegará el tiempo, en lo secreto de su corazón y a lo largo de toda su vida, de tomar nota al fin de una *voz interior* – una voz muy baja y sin embargo muy clara, cuando uno se toma la molestia de hacer el silencio y escuchar. Lo que le dice a uno es para él sólo, y no es lo que le dice a otro. Es la voz que el hombre que se llamaba Jesús supo escuchar mejor que nadie. Y es por eso por lo que, mejor que nadie, él ha sido el padre, y el hermano y el esposo bien–amado de Dios. Pues esa voz, en todo tiempo y en todo lugar evitada, ignorada, despreciada, no es otra más que la voz con la que Dios habla en secreto al oído de cada uno de nosotros.

(21) Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad

(1 y 2 de julio)[484] Es algo suficientemente atestiguado por los mismos Evangelios que, en vida de Jesús, sus discípulos estaban lejos de comprender su misión. Pero Marcel Légaut parece ser el primer cristiano en la historia del cristianismo que haya tenido la simplicidad y la autonomía interior para reconocer esta otra evidencia, y el coraje de decirla: que incluso después de la muerte de Jesús y durante todo su apostolado posterior, aún no tenían de esa misión más que una comprensión muy limitada, estrechamente subordinada a su calidad de miembro del pueblo elegido judío y al espíritu de su época. Peor que eso, por eso no supieron sentir el alma misma de la vida y de la misión de Jesús, lo que le vuelve más grande que un simple fundador de una religión: la libertad creativa de la persona sola, desnuda, frente a la Ley y las instituciones que representan la tradición y las exigencias de la sociedad. A falta de haber sabido sentir ese soplo de libertad que les sobrepasaba, el mensaje de amor mismo, que es lo único que retuvieron de la enseñanza de su Maestro, fue falseado. Pues la vida del espíritu es una, y libertad y amor no pueden ser separados. Quien mutila la libertad, mutila el amor[485].

---

del Día de la Verdad, que ha de llegar justo después del Día de la Tempestad. Es probable que Dios no juzgue útil darnos revelaciones generales sobre este tema, vista la gran discreción con que Él acostumbra rodear Sus designios, y más aún cuando éstos afectan de modo esencial a Su relación con un ser humano particular. En este caso *todos* los hombres sin excepción estarán involucrados, e incluso en su supervivencia física, al igual que (si son "derribados") en el destino a más o menos largo plazo que les está reservado en el más allá. En cuanto a la idea que me hago de la naturaleza de la renovación espiritual claramente anunciada en dos de mis sueños proféticos, no está incluida en el mensaje de esos sueños y debe ser mirada más como la expresión de una expectativa que una profecía que pretendiera la autoridad de una revelación divina.

[484] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Marcel Légaut – o la masa y la levadura", página N 53.

[485] No hay amor, en el pleno sentido espiritual del término, que no sea espiritualmente bienhechor para todos, y por eso mismo no promueva la libertad espiritual tanto en el que ama como en el que es amado. Esa exigencia o ese respeto de la libertad, que surge espontáneamente de la naturaleza del amor, está ausente con frecuencia en las Epístolas apostólicas. En ellas se nota mucho más la preocupación de convencer por todos los medios considerados compatibles con el ministerio apostólico, entre los cuales los más utilizados eran (en conformidad con el espíritu del Antiguo Testamento, del que ninguno de ellos ha sabido desprenderse) la amenaza de los castigos eternos o de la exclusión de la comunidad cristiana, o la promesa de bienaventuranzas eternas. Es lo que se llama jugar al palo y la zanahoria, y me parece que falsea profundamente el espíritu de la enseñanza evangélica. La facilidad con que los oponentes (calificados de "heréticos" o con otros calificativos semejantes) son condenados al castigo eterno, con la perentoria certeza del que estaría firmemente instalado en el secreto de los designios de Dios sobre sus criaturas, deja sentir muy bien que los tormentos eternos prometidos al extraviado no dejaba de procurar una íntima satisfacción al celoso apóstol, seguro de defender la causa justa y de tener (como "bueno" matando "malos") su lugar asegurado entre los elegidos celestiales. Tales disposiciones, por ejemplo entre los grupúsculos izquierdistas de todo tipo que he tenido amplia ocasión de frecuentar durante mi periodo militante, son tan corrientes hoy en día entre los combatientes de las buenas causas, como lo fueron entonces, y tan pueriles espiritualmente como alejadas del amor evangélico enseñado por Jesús.

N 56 ◊Basta leer el Nuevo Testamento con un mínimo de atención exento de piadosas orejeras, y más particularmente (en lo que concierne a la actividad de los discípulos después de la muerte del Maestro) los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas pastorales, para darse cuenta de que los apóstoles, hombres entregados, valientes, interesantes donde los haya, no estaban exentos de flaquezas humanas como cualquier otro mortal. Junto a pasajes magníficos, visiblemente inspirados por el espíritu de Dios, y a otros en que se siente vibrar la autenticidad del testimonio, también hay muchos otros que testimonian todos los yerros propios de la naturaleza humana, carentes de una adecuada madurez espiritual. Requeridos sin descanso por tareas apostólicas y pastorales que absorbían todas sus energías (por otra parte considerables), no tuvieron (o no se concedieron) tiempo para una verdadera profundización espiritual. Sólo tal profundización podía revelarles el sentido de la misión de Jesús con una luz totalmente diferente de la de una cruzada misionera urgente, para recoger las cosechas de Dios antes del Día del Juicio, y para salvar de la condenación eterna el máximo número de futuros fieles. En estos hombres inicialmente rudos, pero afinados y transformados por su contacto con Jesús, por las circunstancias que rodearon su muerte, y más tarde por su dedicación a su misión apostólica, la profundización que tuvo lugar fue más intelectual que propiamente espiritual. (Es cierto que hoy como ayer, son rarísimos los que saben distinguir la diferencia, sin embargo esencial y crucial, entre ambas.)

Para mí está fuera de duda que el Espíritu santo no tiene nada de ficción piadosa o de imagen de Épinal[486], sino que es una realidad espiritual que actúa poderosamente, allí donde
N 57 se manifiesta[487]. E igualmente está fuera de duda para mí ◊que el testimonio de los apóstoles sobre la venida del Espíritu Santo sobre ellos, en modo alguno es una invención. Esos hombres estaban movidos por el Espíritu santo, si no en todos los momentos de su vida, al menos en ciertos momentos decisivos. Eso era, seguramente, lo que daba a su persona un esplendor excepcional, y una fortaleza y una fe que seguramente permanecía incluso en los momentos en que el Espíritu santo no estaba sobre ellos. Pero ya es hora de que los hombres, y más particularmente los cristianos, tomen conciencia de ni el Espíritu santo, ni la santidad de una persona, la vuelve a ésta infalible, ni le da de la noche a la mañana una madurez que no es la suya [488]. Últimamente he notado, no sin un profundo asombro, que las gracias concedidas por Dios, incluso las mayores, que a veces aumentan de manera prodigiosa los *medios* concedidos a una persona (en inteligencia, coraje, humildad, fortaleza para soportar sufrimientos más allá de los límites humanos...) nunca tienen como efecto (salvo a lo más de forma muy transitoria) ponerla al abrigo de los errores que son parte de la condición humana. Dicho de otro modo: salvo quizás en momentos muy raros y fugitivos, la gracia divina nunca tiene como efecto sustraernos a la condición humana, y sobre todo a la *libertad* que es su nobleza, y al *riesgo* de errar que es inseparable de esa libertad – ese riesgo que hace que el que hoy es ángel, mañana tal vez sea bestia. Los errores más corrientes, con los que en ningún caso Dios parece querer interferir (si no es en voz tan baja que nadie Le

[486] N. del T.: Las imágenes de Épinal fueron estampas muy populares e ingenuas que se produjeron en Francia durante el siglo XIX.

[487] Este conocimiento me ha sido comunicado por algunos de mis sueños. Pero no tengo una experiencia personal de la acción del Espíritu Santo.

[488] Todo lo que sé, tanto por mi experiencia directa como por el testimonio de otros, me lleva a la convicción de que una maduración espiritual nunca se logra instantáneamente, y que nunca es el efecto únicamente de la gracia divina (cuando ésta viene a promoverla), sino que siempre se consigue con un trabajo interior más o menos largo. Sea consciente o no ese trabajo, y sin excluir necesariamente que Dios le preste su discreto concurso, en todo caso requiere un asentimiento activo de la persona, implicando la totalidad de su ser. La parte personal en la maduración espiritual de una persona es esencial.
Tampoco la maduración se hace por el mero efecto del tiempo y de la acumulación de experiencias. Tal acumulación, sobre todo si es deliberada, tendrá más bien el efecto contrario, en la medida en que distrae del indispensable trabajo de profundización. Las experiencias sólo dan fruto espiritual en la medida en que son asimiladas. El trabajo de maduración (o "de profundización") justamente consiste en asimilar la experiencia bruta. Un sólo día pasado en tal trabajo es más útil espiritualmente que toda una vida pasada en acumular experiencias y en tirarlas, como aparatos usados de los que nos cansamos.

escucha nunca...), son sin duda los debidos al condicionamiento cultural, y los que provienen de
N 58 la vanidad[489]. ◊Jesús mismo, que había (según toda apariencia) superado totalmente la vanidad, permanecía sin embargo sometido a cierto condicionamiento cultural ([28]). Es probable que fuera el primero (¡y también el único!) en darse cuenta, y en todo caso, lo esencial de su mensaje de libertad y de amor no se vio afectado. Visiblemente no fue igual para sus primeros discípulos, convertidos en sus apóstoles. Toda su vida permanecieron profundamente impregnados de la Ley de Moisés, intentando mal que bien adecuarla para conciliarla con la enseñanza recibida de Jesús. En cuanto a los movimientos tan comunes de la vanidad, visiblemente los apóstoles estaban mucho menos en guardia de lo que después lo estuvieron los místicos cristianos[490]. Y seguramente su intransigencia doctrinal tan ajena al espíritu del Evangelio, y el acento que ponen sobre la creencia en la doctrina que habían elaborado, como condición primera de la "salvación" de los "fieles", revela más un orgullo espiritual inconsciente que una fidelidad a la misión de Jesús y a la suya [491].

(22) Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe

(1 de julio)[492] Por otra parte es algo muy extraño que Dios no haya juzgado necesario "hacerles una señal" al respecto, lo bastante clara para que La escucharan. Pienso en el inmenso peso que esa "alteración en la fuente" del mensaje de Jesús iba a tener sobre el desarrollo del cristianismo en los dos milenios siguientes, con todo el impensable cortejo de despiadada represión doctrinal, de piras, de masacres y de innumerables sufrimientos. Tal contradicción, en términos de sabiduría humana, tiene con qué hacer dudar de la Providencia divina a todo el que no tenga ya una experiencia inmediata e irrecusable de la presencia de una Providencia, de un Designio de Dios, en su propia vida.

N 59 ◊Seguramente, Dios ve los errores humanos y los sufrimientos humanos, en los que Él participa de manera infinitamente más intensa y total de lo que el hombre mismo sabría vivir sus propios sufrimientos y sus propias aberraciones ([29]), con una perspectiva totalmente diferente de las perspectivas humanas, por perspicaces que sean éstas. Parecería sin embargo que a ciertos hombres se les haya dado, en ciertos momentos, entrever durante un momento la indecible perfección que obra en el Universo, en que todo, incluso lo más impensable para el hombre en su estado habitual, adquiere su lugar y su sentido y contribuye a su manera a la admirable armonía siempre fluida, siempre en devenir, del Todo. Pero aunque tales momentos de visión sobrehumana no nos sean reservados personalmente[493], y las vías de la Providencia parezcan extraviadas en el aparente caos del mundo de los hombres y de su historia, la "fe en Dos" en el sentido pleno del término incluye en ella esa fe primera, esa fe visceral en la invisible presencia de un Esplendor último que engloba y resuelve ese caos que parece negarla, y en el que ese caos mismo, y nuestra larga y a menudo dolorosa y penosa ascensión hacia su superación y hacia una visión del Todo, encuentran su lugar único, necesario, irreemplazable.

Esa fe no es del orden de una creencia, de una ideología religiosa o filosófica (que en seguida tendría que "describir" o "explicar" ese "Esplendor"...). Tiene el carácter de un *conocimiento* primero, difuso y difícil de explicar en palabras, profundamente arraigado en el ser e integrado

[489] Aún habría que añadir lo que en medios cristianos se conviene en llamar "las tentaciones de la carne". Pero en el caso de seres dedicados en cuerpo y alma a una causa "espiritual", como eran los apóstoles, y esto en una óptica en que la carne es vista con sospecha (incluso con aversión u odio, como será el caso unas generaciones después entre las comunidades de monjes cristianos), tales movimientos de la psique están sin duda enteramente bajo control y ya no cuentan.

[490] No me parece que los apóstoles sean místicos (con excepción quizás de San Juan), aunque todos hayan tenido una experiencia directa de Dios en ciertas ocasiones, e incluso (como fue el caso de San Pablo) iluminaciones. La "vía contemplativa" del místico parece que apenas puede compaginarse con la militancia misionera.

[491] Véase la continuación de esta nota en la siguiente nota.

[492] Continuación de la nota anterior.

[493] Yo mismo no he sido favorecido con tal iluminación.

en él. Raramente se expresa con palabras, y (como subraya Légaut) cuando lo hace, a menudo es con un tono falso, y tiene un aire sospechoso incluso para aquél que ha tenido la imprudencia de formularla ([30]).

Cuando me pregunto cuándo apareció en mi vida esa fe elemental, creo ver sus primeras señales en el momento del "gran viraje" de 1970, cuando dejé el medio científico[494]. Al menos,
N 60 en esa época ◊ya había en mi vida el conocimiento de que todo lo que me ocurría, incluso las peores cosas y que a veces me daban de lleno, tenían un *sentido* y pasaba por mi bien, aunque en el momento no quisiera saber nada de ellas, e incluso si después no discernía ese sentido ni estaba dispuesto a verlo o a buscarlo. Desde entonces dar fe a ese conocimiento difuso estaba incluido en mi fe en mí mismo. Sin habérmelo dicho jamás, bien sentía que ese conocimiento venía de las profundidades de mi ser, que le era inseparable – era de los que no podía recusar sin recusarme a mí mismo, sin renegar de mi aptitud para conocer.

Hoy diría que esos conocimientos que brotan del fondo del ser, quizás sin nada que los funde en la experiencia o la razón, son los que nos ha "dicho" directamente Dios. La fe en tal conocimiento no puede separarse de le fe en uno mismo. Y una vez que se ha reconocido a Dios actuando en el ser, ese fe me parece ahora inseparable de la fe en Dios – en Dios, vivido como la fuente del conocimiento y fuente de verdad en nuestro propio ser. La verdad, la fe en Dios y la fe en uno mismo me parecen indiscernibles. En mi vida, esa fe ha estado presente, me parece, desde la tierna infancia, y probablemente desde el nacimiento, mucho antes de que haya oído pronunciar el nombre de "Dios", y sin ser afectado en nada por el ambiente ateo que rodeó mi primera infancia.

Recuerdo que después del viraje de 1970, arrastrado por un torbellino de militante actividad antimilitarista y ecológica, me costaba mucho aceptar el pensamiento, que sin embargo se imponía en términos de simple sentido común, de que por la locura y la irresponsabilidad de los hombres, esa maravilla de las maravillas que representa la vida sobre la tierra pudiera ser irremediablemente destruida, y en breve plazo. Me costaba concebir qué sentido podría haber en tan lamentable fin, en que no quedaría sobre la tierra, de la maravillosa Obra de Dios, más que un gigantesco Basurero, un inmenso Osario donde irían a parar y a pudrirse los innumerables cuerpos de todo lo que fue criatura viviente... Y sin embargo, ahora que evoco esa especie de perplejidad metafísica, nada académica sino de lo más actual y acuciante, recuerdo que en mí permanecía intacto el conocimiento de que pasara lo que pasase, debía tener un sentido, un propósito, una armonía seguramente muy oculta, detrás de ese impensable sin-sentido, aunque ni yo ni nadie éramos capaces de discernirlos.

N 61 ◊En mi comprensión visceral de las cosas, y sin que me hubiera dado cuenta hasta hoy mismo, no estaba más allá del punto en que estaba a la edad de dieciséis años, cuando había reconocido sin reservas la existencia de un Creador, pero al que no necesitaba para nada[495]. Mientras tanto, yo mismo no sabría decir cuándo ni cómo, y mucho antes de que tuviera una experiencia consciente de la acción de Dios en mi ser[496], debió formarse en mí esa "fe en Dios"

[494] Hablo de ese viraje en la sección "El viraje – o el fin de un sopor" (n^o 33). A decir verdad, esa fe en un "sentido" de las cosas, a veces duras, que me ocurren, ya debía estar presente desde hacía unos años. Pero era muy raro que me diese cuenta, para intentar penetrar *cuál* era el sentido. La actitud interior en la que la búsqueda del sentido de los sucesos es una actividad espiritual casi habitual, inseparable de mi vida, no apareció más que con la entrada de la meditación en mi vida, en octubre de 1976.

[495] Véase la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón" (n^o 30), y las dos siguientes secciones, en que examino ese episodio.

[496] Tal experiencia no llegó hasta el año pasado (1986), mientras que el episodio de mis dieciséis años se sitúa en 1944, cuarenta y dos años antes. Presumo que la formación de esa "fe en Dios" (en que Dios permanecía sin nombre) debió formarse en la segunda mitad de los años sesenta. Sería totalmente incapaz de encontrar una *causa* de esa aparición, que por otra parte jamás había constatado antes de hoy. Sin duda es el género de cosa que no tiene "causa" en el sentido que solemos entenderlo. Veo ahí una gracia concedida por Dios, y que no tiene más "causa" que Él.

en el sentido pleno del término. Superaba la fe en mí mismo para ampliarse en la fe en una "*Providencia*" en un *Designio*, en un *Sentido*, que no sólo implicaba mi propia persona limitada y mi propia aventura, sino el mundo de los hombres en su totalidad y la aventura del Universo y de toda la humanidad.

Pero a decir verdad, en ese conocimiento sin formular, Dios no aparecía por su nombre. Permanecía detrás del escenario, ¡o en el "cajón" donde hacía tiempo lo había guardado! Tenía una fe tácita en un Designio, sin que estuviera presente (parece ser) Aquél del que emana. Sin embargo, una vez que se plantea la cuestión, se impone, a fe mía, decir que el Creador de la Obra es también Aquél que le da su Sentido, y el que (estando la Obra siempre en construcción) persigue en ella cierto Designio. Pero entonces, en mi percepción tácita de las cosas, eso no era, creo, algo sobrentendido.

Lo que le faltaba sobretodo, a esa fe en Dios sin profesión de fe, es la dimensión "personal" que sólo puede dar la experiencia directa, conscientemente vivida como tal, de la acción de Dios en nuestra propia vida, y de Su interés benevolente por nuestra modesta persona. Esa nueva dimensión apareció, al menos "en potencia", en Octubre de 1976 con mi primer trabajo sobre
N 62 un sueño mensajero[497]. Además de su mensaje liberador, ◊ese sueño me traía el conocimiento (igualmente tácito durante años) de un "Soñador" benevolente, de Mirada profunda y Mano poderosa, que me hablaba por la vía del sueño[498]. La relación con el Soñador que entonces se estableció, desde el principio muy personal, e incluso más íntima que mi relación con ningún otro ser en mi vida, se desarrolló durante diez años, sin que se me viniera la idea de que ese Amigo íntimo pudiera tener algo que ver con Dios. Éste mientras tanto, no sabría decir bien cómo, había terminado por salir subrepticiamente del cajón de las curiosidades metafísicas. Pero rara vez me venía el pensamiento de Dios, y nunca al trabajar en mis sueños. Y si alguna vez me rozó la idea de una relación, de alguna secreta connivencia entre el Soñador y Dios, en todo caso debió permanecer a flor de piel y no fue retenida por la memoria consciente.

El conocimiento de que el Amigo no es otro que el buen Dios en persona no apareció como un conocimiento inmediato, como el del Sentido o el del Soñador (conocimiento primero en un caso, y en el otro enseñanza irrecusable de mi experiencia del sueño). Llegó el año pasado sin tambores ni trompetas, más bien como una "información" sugerida por el Soñador, casi de pasada (¡a punto de pasar desapercibida!), y con la nube de vaga imprecisión que rodea a la mayoría de Sus mensajes. Incluso una vez captada la letra del mensaje, tomé nota y al principio no le di particular importancia[499]. Puede parecer increíble y así me lo parece ahora, ¡y sin embargo es cierto! A falta de que mi espíritu se apoderase de ella, al principio esa "información" no era verdaderamente un conocimiento. Era como un alimento que se ha tragado, pero que aún no se ha digerido ni asimilado. Seguía llamando "Soñador" al Soñador, como si nada hubiera pasado. Era sólo un detalle en suma, sin grandes consecuencias a fines prácticos, que ese buen amigo fuera también (¡quién lo hubiera dicho!) el buen Dios en persona. Y pasaba al orden del día...

Fue a mediados de noviembre del año pasado. Poco a poco, a lo largo de mis noches y mis sueños y durante las siguientes seis semanas, con empujones sucesivos ese conocimiento aún superficial penetró más en mí. El Soñador aparecía cada vez más Él mismo en mis sueños, por
N 63 supuesto sin avisar y cada vez con un rostro nuevo. Pero ◊una vez que anotaba el sueño y me lo planteaba un poco, era fácil reconocerLo, verdaderamente no podía equivocarme. Poco a poco, me habituaba a verLo como representando "lo divino en mí", o como "la presencia de Dios en mí". Pero todavía no era muy consciente de que ese Dios era realmente *el mismo* que Aquél que tenía conocimiento íntimo y una preocupación amorosa de *cualquier otro ser* del Universo que

[497] Ese sueño se trata de forma repetida en los capítulos 1 y 2, y en el principio de la sección "Primeros reencuentros – o el sueño y el conocimiento de uno mismo" (n^o 1).

[498] véase la sección "Descubrimiento del Soñador" (n^o 2)

[499] Véase la sección "Dios es el Soñador" (n^o 17).

tuviera rostro humano.

Hizo falta que Él me lanzara los "sueños místicos", a lo largo del pasado mes de enero y los dos meses siguientes, para que esa dimensión del Amigo, del Mayor, del Bienamado, de la Bienamada... – que tan bien conocía (o creía conocer) y por tantos sueños, se me revelase al fin plenamente, de manera indeleble. Ahora *sé*, y lo que acabo de decir no es una información, sino un *conocimiento*.

(23) Misión y creación – o Jesús creador (1)

(1 de julio)[500] Aquí he dudado si debía escribir que Jesús "se ha dado" su misión, o si la ha "recibido", como tendería a escribir de cualquier otro que no fuera él.

Utilizo el término *"misión"* (igual que hace Légaut, al que sigo aquí sin reserva) sobrentendiendo que ésta nace y se desarrolla a lo largo de una existencia humana con una necesidad interior tal, que la misión se confunde con el ser y deviene como la expresión hacia el Mundo del sentido mismo de esa existencia. Tendería a pensar que la quintaesencia, el espíritu, la orientación general de la misión de un ser es propuesto por Dios desde el nacimiento[501], quizás incluso (al menos en un caso excepcional como el de Jesús) está concebido desde toda la eternidad. Pero podemos ignorar, es decir rechazar, durante toda nuestra vida esa proposición divina o ese designio de Dios (o *"vocación"*, cuando se toma ese término en su pleno sentido). Seguramente eso es con mucho lo más frecuente. Presumo que en tal caso, esa misma vocación (o embrión de misión, de tarea espiritual) de nuevo le será propuesta en su próxima existencia, y esto durante el tiempo, de nacimiento en nacimiento, que esa vocación permanezca sin cumplir.

N 64 ◊Cuando el hombre acepta su vocación, el desarrollo progresivo de su misión a partir de la vocación inicial es un *proceso creativo* que se hace en estrecha "colaboración" entre Dios y el hombre. Éste prosigue a lo largo de toda la existencia, y seguramente más allá de la muerte, en el más allá y en eventuales nacimientos posteriores.

Como en todos los procesos creativos del hombre, parece difícil, incluso imposible, señalar la parte de Dios y la del hombre en el desarrollo de su misión. Éste no puede separarse de la totalidad de los actos, comportamientos, actitudes, etc., a lo largo de toda la existencia, pues nada de lo que el hombre es y hace es extraño a su misión. En ciertos casos, tengo el sentimiento irrecusable de que cierto acto fluye directamente de la inspiración de Dios, que mi papel se limita a tomar nota de él y a consentir activamente. En otros casos, más raros, que la iniciativa es verdaderamente de mi propia cosecha; pero creo que en tal caso representa casi siempre un compromiso entre un impulso venido de Dios y en principio aceptado, y deseos e inclinaciones personales. De modo general, me parece que las iniciativas que se presentan como el resultado de una reflexión, o de una decisión sopesando los "pros" y los "contras", provienen de mí; las que fluyen de un primer impulso que surge de las profundidades provienen de Dios[502].

En el caso de un ser de creatividad excepcional como Jesús, podemos suponer que su parte en el desarrollo de su misión es particularmente importante, hasta el punto de estar tentados a decir que "se dio" a sí mismo su misión. Por lo cual se ha de entender que dio a su vocación inicial, recibida de Dios y tal vez prevista por Dios desde la eternidad, el rostro particular que tomó en su existencia, y que todos sus hechos y gestos a lo largo de su vida testimonian.

[500] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20), página N 53.

[501] (4 de julio) Esta sugerencia se retoma y matiza en la reflexión de hoy, en la nota "Misión y karma – o el Maestro y el aprendiz" (n^o 24), que sigue a la presente nota.

[502] Sin embargo conviene prestar atención a que entre los impulsos que surgen del Inconsciente profundo, también están los que provienen de Eros, incluyendo tanto los impulsos propiamente carnales como los que expresan una creatividad limitada al plano intelectual y artístico. Esos impulsos no pueden verse como "iniciativas" que involucran a nuestra misión de modo directo, al menos no siempre. Además a menudo es delicado discernir en cuál de los tres planos de realidad se encuentra un impulso o una actividad. En el espíritu de muchos reina al respecto una gran confusión, de la que yo mismo no estuve exento sino que justo ahora comienzo a emerger.

Pero también es cierto que el ser de creatividad excepcional, en el plano espiritual, seguramente también es el que ha llegado a un estado de *"simbiosis"* más o menos permanente con Dios en él, de modo que en casi todas las situaciones es imposible (¡quizás incluso a Dios mismo!) disociar la parte de Dios de la del hombre en un determinado acto.

N 65 ◊(3 de julio) Hay sin embargo en la vida de Jesús un hecho capital que tuvo que realizar sólo. Quizás sea el único hecho de su vida en que se sintió "abandonado" por Dios: es el acto de su muerte. Ese abandono fue vivido por él como una dolorosa sorpresa, más dolorosa sin duda alguna que el abandono de sus allegados, que el oprobio, la burla, y los sufrimientos corporales. En ese momento último, no comprendió el *por qué* de ese abandono de Dios. El designio de Dios le permanecía oculto. Dios dispuso que nada aliviase ese Acto entre todos – que fuera un acto del hombre *solo*, sin el socorro de Su presencia, y que se cumpliera en la *ignorancia* de Su designio. En esa muerte, Jesús asumió totalmente su condición humana. Por la grandeza: realizar solo el último acto, el cumplimiento de su misión. Por sus limitaciones: compartir la ignorancia de todos los hombres, acerca de los designios de Dios[503].

(24) Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro

(4 de julio)[504] La anterior reflexión nos sugiere que en muchos casos, quizás en todos, nuestra "vocación" inicial nos viene como herencia de nuestros nacimientos anteriores. Eso es algo que parece imponerse, una vez bien percibida la continuidad del aprendizaje del alma a través de sus sucesivos nacimientos, y la de las sucesivas "tareas" o "lecciones" que marcan las etapas de ese aprendizaje, no sólo en una existencia terrestre sino en el ciclo de *todas* nuestras existencias. De otro modo habría que suponer que Dios re-inventaría en cada nuevo nacimiento una "propuesta" o "vocación" nueva, haciendo tabla rasa de todo el pasado del alma, concretizado en su peregrinación a través de la larga sucesión de sus existencias terrestres. Suposición que parece absurda, ¡una vez que nos molestamos en ponerla negro sobre blanco!

Desde este punto de vista más amplio, la "colaboración" entre Dios y el alma, evocada hace tres días, aparece ahora en una perspectiva *eterna*. Esta dimensión era fuertemente percibida por Légaut, pero no podía ser expresada más que bajo forma de un presentimiento difuso,
N 66 a falta de conceder carta ◊de ciudadanía a la intuición, visiblemente crucial aquí, del ciclo de nacimientos. El estado de la "misión" de un ser al final de una existencia terrestre (final marcado por su muerte carnal), pasa a ser su "vocación" y le fija sus "tareas espirituales" (o al menos ciertas tareas particularmente urgentes) en la siguiente existencia, e incluso (en menor medida, es verdad) en aquellas que la seguirán.

Ésta es ni más ni menos que la *ley de transmisión del karma*, cuando no se degrada esta ley (como ocurre generalmente) a una simple mecánica de "castigos" y "recompensas" por nuestras "malas" y "buenas" acciones cometidas en nuestras vidas anteriores. El mismo nombre de "ley" sugiere por otra parte que esa *transmisión de la misión* de una existencia terrestre a la siguiente se realiza "por sí misma", por el mero juego de leyes espirituales que rigen la existencia humana, sin exigir necesariamente una iniciativa creadora de Dios. En todo caso, cuando hay iniciativa divina, es difícil dudar de que no esté íntimamente adaptada a todo el pasado del alma, y no sea una especie de "respuesta" de Dios a los últimos actos realizados por el alma, entre ellos el acto de su anterior muerte terrestre.

En esta luz más amplia, nuestra vocación inicial ya no aparece, como en la reflexión de hace tres días, como una "propuesta" divina o un "don" de Dios, sacado de la nada. Se sigue espontáneamente del estado exacto de "madurez" del alma en el momento de su nuevo nacimiento terrestre, es decir del estado del conocimiento espiritual (y en primerísimo lugar de su conocimiento de ella misma) que ha asimilado durante a lo largo de sus anteriores existencias.

[503] Véase la continuación de esta reflexión en la siguiente nota.

[504] La presente nota es continuación de la nota anterior, "Misión y creación – o Jesús creador (1)", de hace tres días.

Pero también hemos visto que ese pasado puede ser visto como una especie de "*diálogo creativo*" entre Dios y el alma. Con la restricción, no obstante, de que la participación del alma tiende a ser de lo más reticente, de modo que a menudo el carácter "creativo" del diálogo reside sobre todo en Dios, y muy poco en el alma. La maduración progresiva del alma tiene justamente por efecto darle los *medios* siempre más delicados y múltiples para participar más plenamente, de manera verdaderamente creativa, en ese diálogo infinito.

Por otra parte el alma tiene total libertad en todo momento para rechazar esos medios, e incluso puede bloquearlos y reprimirlos de manera más o menos completa durante toda una existencia terrestre, en incluso durante varias seguidas. Ése no es ni más ni menos, pero visto bajo un ángulo diferente, que el caso del rechazo de la misión, que hemos rozado en la nota anterior. La "*fidelidad*" a uno mismo (sobre la que Légaut insiste y vuelve con persistencia, y
N 67 con razón), o también la fidelidad a su misión (por humilde que pueda ser), ◊no es más que la plena aceptación de todos los medios espirituales que nos han asignado por nuestro presente estado de madurez. Esa fidelidad es justamente la condición esencial para que la maduración no quede bloqueada o incluso (al menos en apariencia) retroceda, sino para que prosiga, para que el abanico de nuestros medios siga desplegándose y afinándose. O, dicho de otro modo, por esa fidelidad la Obra realizada en común con Dios no queda estancada, ni (si eso fuera verdaderamente posible) se degrada, sino que continúa, llevándola a su terminación según su propia naturaleza. El Maestro puede parecer ausente, pero no está lejos. Cuando el aprendiz está dispuesto de todo corazón a retomar el trabajo que había dejado, el Maestro aparece y le susurra en voz baja, paso a paso, como crear...

Así, nuestra vocación inicial, al comienzo de una nueva existencia terrestre, aparece como una especie de "balance provisional", o mejor dicho, como una *quintaesencia*, escurridiza y sin embargo de naturaleza intensamente activa, de un diálogo creativo entre Dios y nosotros mismos, proseguido desde toda la eternidad y hasta el momento de nuestro último nacimiento. Es menos "propuesta" de Dios, que "*estado de la obra*" de una Obra eterna aún en construcción, *común* a Dios y al alma. El estado de la Obra en un momento dado, y más particularmente en un momento de "reinicio" como es un nuevo nacimiento, prescribe a los obreros de modo imperioso a la vez que flexible y nada formal, en qué sentido y de qué manera ha de proseguirse hacia su terminación.

Ciertamente, en esta colaboración entre Dios y el hombre en una obra común, que no es otra que el "destino espiritual" de ese alma a través de todo el ciclo de sus nacimientos sucesivos, el papel de Dios y el del alma no son semejantes en modo alguno. Para empezar, es *su* destino el que está en construcción, y no el de Dios – aunque Dios no deja de solidarizarSe con ese destino de un modo misterioso y esencial. Pero sobre todo, en ese trabajo hay un Maestro, el Creador por excelencia, y un *aprendiz*. Quizás pueda decirse que el sentido o la razón de ser de la Obra que está en construcción día tras día, noche tras noche, nacimiento tras nacimiento..., el sentido de las laboriosas peregrinaciones del alma a través de sus innumerables existencias, es enseñar al aprendiz que trabaja en contacto con el Maestro a ser también él un creador, a imagen del Maestro. Así es como el alma se eleva a una creatividad propia, humilde al principio y que poco a poco se despliega (a menudo como a su pesar...), en los sucesivos planos de la carne, la inteligencia, y el espíritu.

N 68 ◊La Obra está terminada, el ciclo se cierra, el destino se completa cuando en el que fue aprendiz, y que poco a poco ha llegado a ser un colaborador de pleno derecho, se despliega plenamente y en su perfección propia una creatividad digna del maestro – incluso igual a la del Maestro, limitada solamente por los límites que Éste ha asignado a la condición humana. Para el alma convertida en encarnación perfecta de la libertad creativa a la que todos al igual que ella estamos llamados, el aprendizaje terrestre ya está terminado.

Podemos pensar que ese último estado fue alcanzado en la existencia terrestre que conocemos de Buda, de Lao-Tsé, de Jesús. Cuál es el destino del alma al término y más allá de su

aprendizaje – cuál es la existencia actual y cuál es el papel cósmico de esos grandes Iguales a Dios, no lo sé. Pudiera pensarse que su Misión (si prosigue, como estoy convencido) prosigue con una finalidad muy distinta – con una finalidad que ya es totalmente cósmica. Mientras que en la misión de una existencia humana, su sentido *personal* como vía de aprendizaje espiritual, y su sentido *cósmico* como contribución al devenir espiritual de la humanidad en su conjunto, están indisolublemente ligados y son en verdad indistinguibles+.

En un ser que alcanzado un grado de espiritualidad elevado, en el que por tanto se manifieste una poderosa creatividad espiritual, que lo haga un colaborador eminente de los designios de Dios, permanece sin embargo una distancia aparentemente infranqueable entre el papel de Dios, y el de su "servidor" o colaborador en la Obra común. Dios tiene una visión clara de la Obra, de sus orígenes y de su pasado, de su devenir, de su futuro (en la medida en que éste ya es cognoscible) y de sus fines. El hombre ignora prácticamente todo del pasado que subyace en sus nacimientos anteriores[505], y durante el curso de una existencia ◊terrestre no accede (y seguramente al precio de un trabajo intenso) más que a una visión difusa y muy incompleta del sentido y el alcance de su misión, tanto para su propio destino como para el de la humanidad. Bien parece que Jesús, aún en el momento en que se iba a cumplir su Misión terrestre, ignoraba tanto la existencia misma del ciclo de nacimientos, como las vicisitudes que le estaban reservadas a su mensaje del Reino de Dios, al igual que el momento en que tendría lugar el advenimiento del Reino y la manera en que ese advenimiento tendría lugar[506].

N 69

(25) Jesús creador (2): expresión y concepción de una misión

(1 y 3 de julio)[507] Légaut subraya que hay que guardarse mucho de dar el mismo peso a todas las palabras atribuidas a Jesús en los Evangelios. Algunas pueden haber sido interpoladas por necesidades doctrinales de los evangelistas. Otras aparecen como palabras circunstanciales más o menos impuestas por el contexto, para evitar herir demasiado violentamente y antes de tiempo la letra de la todopoderosa Ley, e incluso (en ciertos casos) su espíritu. Son sobre todo las *parábolas* (según Légaut), por el gran abanico de interpretaciones que permiten según el grado de desarrollo espiritual del oyente, las que parecen haber sido el medio privilegiado por Jesús para transmitir lo esencial de su enseñanza y para asegurarle la perennidad, cuando ninguno de aquellos a los que se dirigía aún era capaz de comprenderle.

Parecería pues que sería la creación de esa forma de expresión, a la vez muy sugestiva y suficientemente ambivalente, la que representa (si se deja aparte su muerte) la creación más

[505] La tradición cuenta sin embargo que el Buda, después de su iluminación, pudo remontar el curso de sus anteriores existencias, primero algunas y progresivamente (con ayuda del entrenamiento, seguramente) hasta un número vertiginoso, remontándose hasta la noche de los tiempos. También he conocido una psicoterapia-reencarnación ("Reinkarnationstherapie") practicada en Alemania. Con prácticas cercanas a la hipnosis, se llegaría a hacer revivir al paciente algunos episodios particularmente cruciales de vidas anteriores, a veces muy remotas, episodios que serían causa de conflictos latentes y de trastornos psíquicos. Aún no he tenido ocasión de asegurarme de si esas prácticas psicoterapéuticas son dignas de crédito, y no se deben a la fabulación esotérica. Si así fuera, eso abriría perspectivas verdaderamente vertiginosas al conocimiento de la psique, del más allá, y del pasado de nuestra especie y de nuestro planeta hasta épocas remotas.
A este respecto señalo que a principios de febrero tuve un sueño que me da una representación simbólica de mi propia peregrinación a través de sucesivas existencias terrestres. Pero ese sueño no se detiene en ninguna de mis existencias terrestres salvo en la que ahora estoy, y que en ese ciclo tiene una importancia única. Es en efecto la existencia en que Dios se me ha revelado, y en la que por primera vez he tenido un conocimiento plenamente consciente de mi misión.

[506] El hecho de que Jesús haya compartido, en muy gran medida, la ignorancia que es propia de la condición humana, afloró ya al final de la nota anterior (de la que esta es una continuación). Volveré sobre ello de nuevo en la nota posterior "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27), intentando situar esa ignorancia en la óptica de una intención (incluso de una "provocación") de Dios a la humanidad.

[507] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20) del 29 de junio, página N 53.

N 70 extraordinaria de la vida de Jesús. Parece que ◊así ha sido al menos al nivel de la *expresión* y de la *transmisión* de su mensaje a los hombres de todos los tiempos y lugares.

Es cierto que la *concepción* del mensaje, o mejor dicho, la *comprensión* ("Erkenntis") del contenido universal que se trataba de expresar y de comunicar, es un acto aún más extraordinario y más esencial. Puede pensarse que la iniciativa de ese acto se debe a Dios, y que esa visión le fue revelada a Jesús en el momento de su iluminación, después de su bautismo por Juan el Bautista. Pero los efectos de una visión iluminadora son limitados y efímeros si la visión no arraiga en el ser y adquiere en él duración y estabilidad, a través de una comprensión, fruto de un trabajo. La iniciativa de tal trabajo pertenece al hombre, no a Dios[508]. Es probable que ese trabajo se cumpliera durante los cuarenta días que Jesús se retiró al desierto ayunando, después de su iluminación. Podemos ver ese prolongado ayuno, no como una loable mortificación (propuesta a la piadosa admiración de las futuras generaciones cristianas), sino como un medio de purificación interior, particularmente eficaz para reunir energías psíquicas, y poner al ser en un estado de receptividad de los sentidos, de la inteligencia y del espíritu, favorable a la íntima comunión del ser consigo mismo y a la eclosión de una visión espiritual.

Es poco probable que Jesús se haya abierto sobre este tema a alguno de sus discípulos ni a nadie. No hubiera tenido sentido hacerlo, pues nadie a su alrededor era capaz de comprender lo que le pasaba, a falta de haber pasado por una experiencia un poco similar. En los Evangelios está escrito que "Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo", y todo el episodio se construye alrededor del encuentro de Jesús con el diablo. Eso me hace una impresión muy "folclore evangélico", de acuerdo con la fascinación militante que ejercía sobre los apóstoles el tema de la muerte (opuesta a la vida), del diablo (opuesto a Dios y al Cristo), de la condenación (opuesta a la salvación). Sospecho fuertemente que esa presentación, de un episodio seguramente crucial para la preparación de la misión de Jesús, es una extrapolación efectuada por los evangelistas por necesidades doctrinales[509]. Cuesta imaginar a
N 71 Jesús relatándoles ◊detalladamente sus hazañas frente al diablo, y este episodio evangélico sin duda debe tomarse en un sentido simbólico, no literal. La buena fe de los evangelistas en esta extrapolación no puede ponerse en duda. Seguramente estaban persuadidos de que lo que con tal fuerza se imponía a su espíritu no podía ser más que una inspiración divina ([26]).

Pero cuando creemos que cierta idea que está en nosotros es de inspiración divina, y actuamos en consecuencia, lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo, y los que nos creen bajo palabra sin otro examen ni reflexión, lo hacen por la suya. Parecería que en tal caso Dios siempre se calla. De todos modos es más que raro que Él juzgue útil rectificar un error humano por vía de revelación. Sin contar con que Él se cuida de hablar en voz tan baja y de forma tan elusiva, casi siempre, que deja total libertad para no escucharLe, o para confundir Su voz con otras más ruidosas o, cuando se reconoce Su voz, para interpretar Su palabra según nuestras propias luces (incluso como nos guste...). Es Su manera de mostrar Su respeto infinito hacia la libertad del hombre. En eso Él no se parece a nadie, salvo todo lo más a los raros hombres, quizás, que han alcanzado un estado de madurez espiritual comparable al de Jesús en los últimos años de su vida.

[508] Para una ilustración de esta afirmación, véase la sección "Esplendor de Dios – o el pan y el adorno" (n° 28).

[509] He de reconocer que en las diferentes lecturas que he hecho de los Evangelios, incluida la última hace dos meses, ese pasaje y muchos otros (que acabo de calificar de "folclore evangélico") tenían tendencia a pasarme por encima de la cabeza. Gracias al contacto con el libro fundamental de Légaut sobre la "introducción a la comprensión del cristianismo", y con la nueva lectura de los textos bíblicos que Légaut nos enseña, comienzo a desprenderme de esa especie de pasividad espiritual en la lectura de los Evangelios. Esa sempiterna pasividad espiritual hace tabla rasa de toda veleidad de sentido común y de realismo psicológico frente a los autores de los evangelios, y corta toda tentativa de reconstrucción de su itinerario espiritual, y de la disposición con la que escribieron sus textos, los cuales, más que un testimonio, quieren ser un alegato doctrinal. Es cierto que también me ha ayudado la lectura de las Epístolas pastorales y de los Hechos de los Apóstoles, que por primera vez me han dado elementos de juicio concretos sobre la vida de los apóstoles después de la muerte de Jesús.

26. Los apóstoles creativos

(4 de julio)[510] En modo alguno quiero sugerir aquí que la versión dada en los Evangelios del episodio de Jesús en el desierto carezca de valor, y me guardaría mucho de situarla en el plano de una pueril fabulación. En el contexto psíquico e histórico en que se encontraban, no sólo
N 72 era útil, ◊sino seguramente hasta necesario que lograsen integrar ese episodio, que bien debían sentir que había sido crucial en la vida de su Maestro, en el relato comprensivo de esa vida que tuvieron que hacer, bajo la presión de su histórica misión. Era impensable, visto el papel que les correspondía y la autoridad de la que estaban investidos[511] ante las comunidades fundadas por ellos, que reconocieran públicamente una ignorancia sobre un punto capital de la vida de Jesús, ignorancia de la que quizás nunca tuvieran consciencia. Presumo que la manera en que suplieron esa ignorancia fue llamada con fuerza por la visión del Maestro y de su mensaje a la que habían llegado. No se trata de negar el valor de esa visión y su legitimidad, incluso su necesidad, teniendo en cuenta las restricciones psicológicas e históricas que pesaban sobre ellos. El desarrollo de esa misión, a partir de la experiencia bruta de los discípulos que compartían la vida de Jesús, fue una auténtica creación espiritual, surgida de la misión particular de cada uno de ellos. No se les puede reprochar si durante dos milenios, las generaciones de cristianos que les sucedieron eligieron encerrarse en la literalidad de esa visión, más que inspirarse en el espíritu creativo que la había animado y de llegar cada uno a su propia visión de la persona y la misión de Jesús, adaptada a sus propias necesidades, a su nivel de desarrollo intelectual y espiritual, y a las enseñanzas de la historia. (Para estas últimas, véase especialmente la suculenta nota siguiente.)

N 73 ◊No hay nada de presunción en constatar que los apóstoles eran hombres como nosotros y falibles, como todos los hombres e incluso su Maestro lo han sido. Pero seguramente sería presuntuoso creer que la visión a la que hubiéramos llegado, aunque fuera más matizada y captase tal vez mejor una realidad última (que de todas formas escapa a todos salvo a Dios), representaría una obra más "verdadera", más auténtica, más creativa, que la de los apóstoles. Ésta, inseparable de sus personas y de sus vidas y de sus sufridos y valerosos ministerios, tiene derecho no sólo al respeto de todos, cristianos y no cristianos, sino también a nuestro reconocimiento y a nuestra admiración.

(27) Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios

(1 de julio)[512] Jesús mismo es el que había anunciado a los apóstoles que el último Juicio era inminente, e iba a llegar antes de que pasase la generación a la que él se dirigía. Me parece

[510] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior.

[511] Puede constatarse por otra parte que los apóstoles hacían lo que podían para reforzar al máximo su autoridad y su prestigio ante las comunidades cristianas. Es inútil enumerar aquí los medios que a tal efecto utilizaban. Ahí puede verse una compensación, tal vez impuesta por las exigencias de su misión, al status de proscritos que tenían frente a la comunidad judía de la que habían salido, y a las persecuciones y humillaciones de todo tipo que por ello tuvieron que soportar, en condiciones de vida siempre precarias. Además, de alguna manera tenían que compensar la magnificencia , consagrada por siglos de tradición, de la Institución religiosa judía y de las de los pueblos paganos.

Parece difícil dudar de que el carácter misionero de su acción fue recomendado a los apóstoles por Jesús en vida. Seguramente también esta voluntad de Jesús, conforme a la voluntad divina, les fue confirmada después de la muerte de Jesús por mensajes provenientes de Jesús mismo o de Dios. Pero ese aspecto de proselitismo ha pesado mucho en el espíritu del cristianismo naciente, imprimiendo en él los trazos autoritarios e inmovilistas comunes a todas las otras religiones, que por el contrario Jesús nos anima a superar.

Es poco probable que Jesús haya previsto ese efecto que tendría la misión que confiaba a los apóstoles, y tanto menos cuanto Jesús creía que el fin del mundo era inminente. Por el contrario, no dudo que Dios sabía muy bien lo que iba a pasar – y sin embargo... (Véase la continuación de la historia en la siguiente nota "Cuando hayan comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios"...)

[512] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "'Monsieur Légaut – o el pan y la levadura" (n^o 20), página N 54.

poco probable que los apóstoles le pongan esas palabras, sin que las haya dicho. Parecería pues que Jesús se habría equivocado, al menos en lo que respecta al momento aproximado en que se situaría la Gran Desolación que precedería al último Juicio[513]. Este error, que tan profundamente marcó la vida de los cristianos en los primeros siglos de nuestra era, aparentemente nunca ha sido constatado como tal por los cristianos, sino que ha sido discretamente escamoteado por todos. Al ser Jesús igual a Dios, ¿no es infalible? Cuando la fe afirma y cree, ¿no debe callarse la razón?

En cuanto a mí, confieso que la "fe" que vuelve estúpidos a seres que Dios creó dotados de razón, y que vuelve tramposos a seres normalmente rectos, me parece una fe falsa, o una fe muy enferma. Y la historia de las Iglesias cristianas confirma con bastante elocuencia hasta qué punto la "fe" que predicaban y sustentaban estaba realmente enferma. Esa fe asustada por la recta mirada de la razón y por la clara luz del día, mientras hace bellos discursos sobre la luz que triunfa sobre las tinieblas, es bien ajena al intrépido espíritu de Jesús, y dudo que agrade a Dios. Es verdad que el buen Dios ha visto muchas otras...

N 74 ◊Más de una vez, durante estos últimos meses de ebullición interior, he pensado con cierta perplejidad en diferentes casos que conocía, en que parecía que Jesús se equivocaba. Después de todo, sin ninguna duda Jesús estaba en íntima relación con Dios, ¿entonces por qué Dios no le ha dicho "lo siento, hijo, ¡pero ahí te equivocas!"? ¡Eso no era difícil! Visiblemente, me quedaban (y aún me quedan hoy...) cosas por aprender sobre los famosos "caminos de la Providencia". Se dice que son insondables, y seguramente con razón. Pero seguramente también ningún intento de sondearlos, hecho con seriedad y bajo el impulso de una sed de conocer o de una necesidad espiritual más profunda, quedará sin fruto[514].

En el caso que aquí me ocupa, la situación es aún peor. Todas las predicciones relatadas en la Biblia, y seguramente más aún las que provienen de la boca del Cristo en persona, se supone que están directamente inspiradas por Dios. A mí mismo, que no soy cristiano, me costaría pensar que no es así. ¿Cuál era la intención de Dios, al permitir que Jesús se equivocara de forma tan grosera en una cuestión que, en una óptica humana, parece de una importancia prodigiosa – o al menos, que no podía dejar de parecerles así a los cristianos de los primeros siglos de nuestra era (y que reaparecerá como tal de aquí a poco seguramente...)? Casi se estaría tentado a decir (tanto peor si blasfemo – ¡estoy seguro de que el buen Dios no me lo tendrá en cuenta!): ¿cuál era Su intención , al *inducir a Jesús al error*? Pues de la voz de Dios en él es de la que Jesús debió escuchar lo que anunciaba con tanta seguridad[515], y no por ciencia infusa de su cosecha...

Aquí el caso es peor que aquél en que sólo los apóstoles estaban en cuestión[516]; aquí es Jesús en persona el que pierde prestigio, como un profeta que mete la pata (algo en absoluto permitido a los profetas), sin contar al buen Dios que trampea (algo en absoluto permitido al buen Dios de mi catecismo). Lo menos que puede decirse es que eso tiene de qué hacer dudar de
N 75 la existencia ◊de una Providencia divina, y de la de Dios por añadidura. Si no estuviera seguro al respecto de primera mano, ¡seguro que mi fe vacilaría!

Pero al poner así mis perplejidades negro sobre blanco por primera vez, me viene al instante una idea seguramente algo loca: ¿no será una especie de *provocación* de Dios a los hombres, o en todo caso a los cristianos de las generaciones siguientes? Quizás la idea no me habría venido si Dios no me hubiera dado ya un golpe de ese tipo, en uno de mis sueños. Pero eso quedaba estrictamente entre Él y yo, no era cosa del otro jueves. Aquí por el contrario parecía enorme.

[513] Tendré amplia ocasión de volver sobre este tema en el capítulo de este libro consagrado a los sueños proféticos.

[514] Compárese con la reflexión del día siguiente "La Providencia: ¿invención o descubrimiento?" (n^o 30), y también la del mismo día "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (n^o 22).

[515] (5 de julio) Vuelvo sobre esta perplejidad en la reflexión de hoy, en la nota "Dios no es un seguro a todo riesgo – o mensaje e interpretación" (n^o 31), y me apresuro a calmar al lector inquieto: a pesar de todas las apariencias, ¡la buena fe del buen Dios está fuera de toda duda!

[516] Véase al respecto la nota "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad" (n^o 21).

(Es verdad que una vez que empiezas a conocerLe, nunca termina de asombrarte...) He aquí la impresión que me viene.

Con esa señal, ¿no muestra Dios claramente que Jesús en modo alguno era infalible (como infaliblemente los celosos apóstoles no dejarían de verlo y presentarlo)? Que en modo alguno era un "superhombre" o un Dios (como los cristianos siguiendo a los apóstoles no dejarían de verlo a todos los fines prácticos[517], dejando a los teólogos que partieran en cuatro los pelos que hiciera falta para distinguir entre Dios padre y Dios Hijo), sino que realmente era U N H O M B R E como Vd. y yo, pero U N O D E V E R D A D. Un hombre que se atrevía a ser plenamente libre y plenamente creador, un hombre que se atrevía a salirse del molde de una tradición que violentaba su instinto espiritual y su sana razón. Un hombre que aceptaba sellar con una muerte ignominiosa, abandonado por los hombres y el mismo Dios, el mensaje de libertad y de amor que traía a todos los hombres.

Dios le dijo a la cristiandad (aún por nacer): ¡atrévete – ¿vais a tragar durante mucho tiempo la poción preparada por los apóstoles (con la mejor fe y el mejor celo del mundo, por supuesto)?!

Una vez que pasó la generación de los apóstoles, la situación estaba clara: el hijo de Dios
N 76 era tan falible como Vd. y yo, ¡al menos ◊cuando se trata de fechas[518]! Pero en nombre de la "Fe" con mayúscula, y extendiendo generosamente la infalibilidad de Jesús a los apóstoles, que casi se convertía cada uno en un buen Dios intangible como Jesús (¡ningún buen cristiano me dirá lo contrario!), los cristianos iban a hacer callar de común acuerdo su equivocada razón, eso se daba por sentado. Bien sabía el buen Dios lo que iba a pasar, y que iba a durar un buen rato. Él sabe mejor que nadie que los hombres son duros de mollera cuando la "Fe" está en juego, y que no entienden las bromas, sobre todo en cosas de religión. Y que el buen Dios en persona pueda gastar una broma (por no hablar de una broma tan enorme...), ¿quién podría tener una idea tan sacrílega (suponiendo que crea en Dios) o tan grotesca (suponiendo que no crea)?

Sí, Él debía saber bien que podría durar un milenio o dos – cuanto más tiempo pasase, más venerable y onerosa se haría la tradición, y menos se les ocurriría intentar comprender. Incluso tal vez (la idea me viene ahora mismo) Él había decidido: *cuando hayan comprendido la lección* que Yo les he preparado, ¡entonces tendrán derecho al Gran Día, al Día de la Promesa!

Cómo será, ese Día, si será como Jesús pensaba o como los evangelistas creían recordar haberle escuchado decir – que los que creyeran en su linda doctrina irían directos al paraíso, y
N 77 los otros directos al infierno preparado para ellos – eso es otra historia y ◊Dios no me ha hecho saber nada preciso al respecto. Pero lo que sé o creo saber (a menos que Él también me haya gastado a mí una broma, pero me extrañaría que hiciera la misma dos veces...), es que el Día

[517] La tendencia idolátrica en el hombre no está limitada a los cristianos, sino que parece extendida universalmente. Así, en el budismo está bien entendido, "oficialmente", que Buda no es Dios igual que no lo es Jesús, llamado "el Cristo" – lo que no impide que a todos los fines prácticos sustituya a Dios en el creyente budista, y para él esté revestido de los mismos atributos. Además la Sutra de la Flor de Loto (Sutra apócrifa que está en la base de la corriente nichirenita del Budismo japonés) da prácticamente un status oficial a esa divinización de Buda, al igual que los apóstoles instituyeron un dogma "oficial" de la divinidad de Jesús.

[518] En la nota del siguiente día "El infierno cristiano – o el gran miedo a morir", toco de pasada otras cuestiones (que Légaut llamaría de "ideología religiosa"), en las que estaríamos tentados a decir que Jesús "se ha equivocado", cuando parece que hace suyas ciertas concepciones judaicas tradicionales. (Por ejemplo las del infierno, que además habría completado con la contrapartida paradisíaca.)
Parecería que eso es un hecho muy general, que incluso una espiritualidad muy elevada no elimina totalmente las concepciones surgidas del condicionamiento religioso y cultural, que contribuyen a estructurar la psique. Por el contrario, esos seres se distinguen por la facultad de leer el corazón de los demás, y de discernir con una seguridad sin duda alguna las disposiciones de verdad o de mentira en las que se encuentra otro ser. Es en ese plano, más que en cualquier otro, en el que parece revelarse el poder de visión del "ojo espiritual", y no en el de las concepciones religiosas generales sobre la existencia y la naturaleza del más allá etc. También es en este plano, esencial sobre todo en la relación de ser a ser (pero accesorio cuando se trata de edificar una doctrina o una ideología religiosa), en el que puede pensarse que seres como Jesús, y ciertos santos o místicos cristianos o no, tienen una mirada segura que no les engaña jamás, y que estaríamos tentados de llamar "infalible".

está cerca.

Y como por casualidad, también ahora es el momento en que un Señor llamado Marcel y que osa llamarse cristiano, también osa declarar que Jesús, el Cristo, era un hombre como los demás, que los apóstoles por más santos que fueran también eran hombres y falibles por añadidura, y que quizás no habían entendido muy bien lo que Jesús había querido decir (concediendo sin embargo que eran excusables...); que quizás sería el momento de intentar comprenderlo, en vez de seguir repitiendo piadosamente y sin cambiar una tilde lo que los santos apóstoles habían aprendido de él para su propio uso y el de sus contemporáneos (esperando que ese famoso día D tan inminente echara el telón final). Tiene todo el aspecto de ser el *primer cristiano* en comprender la Apuesta-broma-provocación de Dios, al menos tácitamente y sin llegar a decir que Dios nos habría hecho eso.

Quizás después de todo, incluso Dios no sabía muy bien cuando se terminaría el Primer Acto en la historia del género humano, el (si no me equivoco – ¡pero atención, soy falible!) de *la humanidad-rebaño*. Eso dependía de él, pero también de nosotros. De nosotros, sus colaboradores, a menudo de mierda ¡ay! Colaboradores presuntuosos, colaboradores por llamada divina, pero muy lejos de estar a la altura de tal papel. El Segundo Acto previsto, bien podría ser precisamente el de *la humanidad colaboradora*. Lo veo encaminarse hacia un Tercer Acto, quizás el que Jesús llama el *Reino de Dios* en la tierra, en cada uno sin excepción sería un auténtico colaborador de Dios...

Si es cierto que Jesús es un *don* que Dios ha hecho a los hombres, don tal vez previsto desde la eternidad, o al menos que la misión confiada a Jesús es un don de Dios a los hombres (renovada por Jesús mismo al aceptar esa pesada misión), podría decirse que *Dios ha puesto de su parte* para que los hombres logren terminar su Primer Acto. Su parte, para que lleguemos por fin, por fin a la etapa de una humanidad que realmente sea *humana*, y ya no irremediablemente sumida en su estado original de rebaño, más animal que humano. Una vez que Jesús ha venido, y una vez que nos hemos apresurado en crucificarlo, a él que de manera tan inadmisible se salía del rebaño, *ahora les tocaba a los hombres poner* ◊*la suya*. Demostrar que la Misión de Jesús no era sólo una perla divina tirada en un rebaño.

N 78

Es verdad que no han faltado místicos cristianos que han sabido apreciar la perla, y de muchas formas – y Dios les ha devuelto ciento por uno. Pero quizás no han sabido reconocer más que una parte de su valor: han visto el amor y han correspondido con generosidad – pero no han visto la libertad, y en eso eran pusilánimes. Permanecieron prudentemente en el rebaño de los "fieles" – y fueron *infieles* a ellos mismos, al sentido común que Dios les había dado en herencia como a todos, no para negarlo en nombre de una supuesta "fe" en Él, sino para usarlo con discernimiento, con audacia – *libremente*.

Por otra parte es chocante el abundante uso hecho por la tradición cristiana de la imagen del *rebaño* (de borregos), del que se supone que Jesús es el pastor. ¡Todo un programa! Reconozco que esas imágenes borreguiles siempre me disgustaron profundamente – me decía que ahí, al pequeño Jesús como mínimo le había faltado gusto. Pero seguramente sentía, sin detenerme en ello, que ahí había una incompatibilidad de dimensión muy distinta a una cuestión de "gusto". Ahora me digo que Jesús seguramente nada tiene que ver en eso el pobre, de nuevo son los apóstoles los que lo habrían condimentado por su cuenta, como supieron, con la mejor intención del mundo[519] – y después de ellos los reflejos de rebaño hicieron el resto...

[519](5 de julio) Quizás haya una confusión parcial en mi espíritu con el tema de "Cristo cordero pascual", en que Jesús mismo es representado como cordero, símbolo de pureza y de dulzura, sacrificado en redención de nuestros pecados. Ese simbolismo es ajeno al del rebaño. Por otra parte se lee en San Mateo (9, 36):

> "Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, "*como ovejas que no tienen pastor*".

(hay un pasaje paralelo en San Marcos.) Supongo que es ese pasaje evangélico el que está en el origen de la imagen cristiana del rebaño (de ovejas, que transformé en "borregos" sin ninguna intención maliciosa ¡lo

Esto me recuerda que me han dicho que el tal Marcel, ex-ciudadano politécnico que habría "dejado todo" para retirarse al campo, mucho antes del gran movimiento comunitario que siguió
N 79 al 68, estaría también él cuidando un rebaño ◊de borregos – pero esta vez de los de verdad, de los de cuatro patas, y no de borregos por libre elección. Ahí es donde ha debido tener amplia ocasión de meditar sobre las diferencias (queridas por Dios) entre esos simpáticos cuadrúpedos y los hombres (en cuanto a las otras diferencias, hay que decir que no son tan a nuestro favor), y sobre las semejanzas (tampoco muy halagüeñas). En cualquier caso el hecho es éste: ha sido el primer cristiano (al menos así parece) en descubrir que la misión de Jesús en modo alguno era la de mantenernos en el estado de borregos carentes de juicio, que se integran dócilmente en el rebaño, para mayor comodidad de los que nos gobiernan. Sino que vino a animarnos a cada uno a llegar a ser, como él mismo hizo antes que nosotros, una persona plenamente *humana*. Y lo que distingue espiritualmente al hombre del borrego es (todo teólogo nos lo confirmará) la *libertad*.

Es un hecho que ese Marcel Légaut no es la gran vedette, y son pocos los que alguna vez han oído hablar de él. No es premio Nobel de la paz ni de otra cosa, ni un gran profesor de matemáticas o de teología, los periódicos no han hablado de él, para llenar sus columnas, como de un gran bienhechor de la humanidad. Le he buscado en el pequeño Larousse para ver si aún vivía[520] y no lo he encontrado. No digáis que no es delirante, aventurarse a sugerir que el buen Dios podría conceder tanta importancia a un cierto quídam de borregos, que Él prepararía el Gran Cambio de Decoración justo ahora, mediante un libro del dicho quídam que nadie o casi nadie ha leído y del que no han hablado en la Tele. Es cierto que Jesús en su tiempo fue un cierto individuo sin domicilio fijo, compañías sospechosas, situación irregular, escandaloso, finalmente desenmascarado como vulgar malhechor y tratado como se merecía. El buen Dios tiene verdaderamente un gusto de lo más dudoso – aunque después del mil o dos mil años a veces la perspectiva cambia, y Él goza del favor de la gente borreguil.

Es cierto que hay muchos otros signos además del que acabo de decir. Los signos de un fin de civilización, si no de un Fin de los Tiempos o de un Fin del Mundo. Esos signos, a escala planetaria, implican claramente y directamente a todos los hombres sin excepción – y no sólo a nosotros, sino con nosotros a los animales, las plantas, la tierra las aguas los aires – todo lo que vive y se mueve y yace en nuestra Madre la Tierra.

N 80 ◊No pienso que esto sea puro azar, que esos signos de declive agudo y de descomposición de un Mundo coincidan en el tiempo con ese otro signo, por humilde e insignificante que parezca, de una renovación espiritual. No de un movimiento de rebaño en fila india, con nuevas masas de nuevos "fieles" que se meten en tropel en nuevas Iglesias y en las más bellas Capillas abiertas volando para ellos. Sino una renovación en el silencio, y en lo secreto del corazón de un hombre, solo. De un hombre que, solo, ha sabido encontrar su camino hacia ese otro hombre solitario, muerto hace dos mil años por libre elección y por amor a nosotros, y retomar de nuevo su Misión.

(28) El infierno cristiano – o el gran miedo a morir

(2 de julio)[521] Como sugiere Légaut, es difícil hacerse una idea precisa, partiendo sólo de los

juro!). Aparentemente los apóstoles no tienen nada que ver con ello. Por el contrario, la compasión de Jesús se transparenta bien en este texto, que continúa con:

> "Entonces dice a sus discípulos: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies."

Nótese que en esta exhortación de Jesús se trata de *trabajadores* para segar, y no de *pastores* para recoger y guardar un rebaño.

[520] Al final me he enterado por personas interpuestas de que Marcel Légaut está vivo, que tiene 87 años, que da conferencias y que anima estancias de reflexión evangélica, que ha escrito muchos otros libros además de los que acabo de leer o voy a hacerlo (publicados en 1970), y que vive en un departamento justo al lado del mío...

[521] Véase e reenvío a la presente nota en la nota "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad" (n^o 21), página N 58.

testimonios evangélicos, de la medida en que Jesús estaba limitado en su pensamiento consciente por "la Ley" (la ley de Moisés, intangible en la sociedad judía tradicional). Él afirmó que había venido "no para abolir la ley sino para cumplirla", pero tal vez era una forma prudente y ambivalente de responder a una pregunta capciosa. En cualquier caso, insistía en distinguir el espíritu de la Ley de su letra (en la que toda ley infaliblemente tiende a fijarse, por sublime, por más que sea de inspiración divina...). Por otra parte nada en los Evangelios parece permitir suponer que tuviera reservas tácitas sobre el espíritu mismo de la Ley[522]. Es muy probable que en sus trazos esenciales y en su espíritu, la Ley tenía a sus ojos un valor universal que el hombre moderno, o el contemporáneo no judío, en modo alguno están dispuestos a concederle.

N 81 ◊De mayor alcance para la vida de los cristianos durante los dos milenios de nuestra era me parece la creencia en el infierno y en la condenación eterna, que Jesús parece haber compartido con sus contemporáneos. Hay referencias claras en diversas partes de los Evangelios. Eso es algo que siempre me ha dejado perplejo. Sin duda el infierno es una de las más siniestras invenciones del espíritu humano, de la que ha usado y abusado la religión cristiana magnificando a ultranza la pertinente imaginería, mientras que ésta no jugaba más que un papel secundario en el Antiguo Testamento y en la tradición judía. En el mismo sentido, el cristianismo ha sustituido la actitud relativamente tranquila de la tradición judaica frente a la muerte, por una relación de antagonismo irreductible, de angustia de alta tensión que a menudo bordea la neurosis macabra. La muerte es sentida como *la* gran enemiga del hombre, aliada de Satán y casi indistinguible de él, y la vida del hombre como una trágica lucha en la que, a pesar de todas las evidencias (pues la llegada de la muerte le espera, bien lo sabe...), debe esperar por "la fe" ser "vencedor" de la muerte (o, según el contexto, "salvado" de su dominio, es decir salvado de los tormentos eternos previstos para él). Alrededor de la muerte se juega el todo por el todo de la vida cristiana y de su fe, la desgarradora alternativa entre la condenación eterna y la salvación eterna – entre el cortejo sin fin de tormentos eternos que superan infinitamente cualquier sufrimiento terrestre imaginable del cuerpo y del alma, y la felicidad eterna de los elegidos. La fe en los sacrosantos dogmas de la Iglesia es la única esperanza, el bote salvavidas del cristiano al que acecha el más atroz de los naufragios, mientras que los infiernos están muy abiertos para engullirlo. Y la separación de los condenados de los elegidos se juega como en el filo de una espada, de tan azarosa que parece, totalmente supeditada a la buena voluntad y a la discreción divinas, bautizadas "misericordia divina" cuando la sentencia es favorable.

Tal imagen de la "justicia divina" parece difícil de conciliar con el más elemental sentido de la justicia concedido al hombre. Y si es verdad, como afirman las Escrituras, que el hombre está

N 82 hecho a imagen de Dios, ese elemental ◊sentido de la justicia humano no debe ser totalmente ajeno a la justicia que reside en Dios, seguramente inseparable de Su amor y de Su infinito respeto por el alma humana, Amor y Respeto que no está en poder del hombre ni de ninguna potencia del mundo alterar. Esta imagen de la "justicia" me parece igualmente difícil de conciliar con el espíritu de los mismos Evangelios, donde las amenazantes referencias a la condenación eterna estallan de modo tan extraño.

[522](6 de julio) Y estaba tanto menos dispuesto a tener tales reservas sobre el espíritu de la Ley, cuanto que él veía en ella el Espíritu de Dios mismo, respondiendo a las necesidades de un pueblo en un momento particular de su historia dándole esa Ley por medio y con la colaboración de uno de los suyos. (O de un grupo de los suyos, si Moisés no es el único autor de la Ley judaica.) En cuanto a discernir lo esencial de la Ley, no se puede ser más claro que lo fue Jesús, cuando declara (en Mateo 22, 37–40):

> "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente.* Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los profetas.

Seguramente, el que cumple plenamente uno de esos dos mandamientos cumple el otro, y por eso cumple plenamente la Ley de Dios, aunque nunca haya pronunciado ni escuchado Su nombre. Y esa Ley no es de un pueblo o de un tiempo, sino para todos los pueblos y para todos los hombres, en cualquier lugar y tiempo.

(29) Dios participa – o el Juez y su penitencia

(2 de julio)[523] Quizás el lector se sienta desconcertado, incluso sorprendido, por la afirmación de Dios también participa en las "aberraciones" del hombre. Con eso no quiero decir que Dios aliente y sostenga al hombre hasta en sus aberraciones, ni que éstas no sean a veces gravemente contrarias a la voluntad de Dios y objeto de Su reprobación y de Su paga. Pero con eso quiero expresar que Dios está intensamente *presente* en todo lo que pasa en nosotros y en todo lo que hacemos: todo lo que el hombre siente, percibe, piensa, desea – su alegría y su regocijo igual que su pena y su sufrimiento, y sus ilusiones y su suficiencia, sus antojos y sus miedos y sus desprecios y sus odios – todo eso, tanto en la superficie como en los repliegues más profundos y ocultos del alma, es percibido y "vivido" por Dios al tiempo que por nosotros mismos, y esto con una agudeza, una vivacidad infinitamente más grande que la nuestra cuando lo percibimos y lo vivimos nosotros mismos. Esa "agudeza más grande", en la que Dios siente y conoce como tal lo que es sentido por nosotros de manera vaga o superficial o confusa, proviene de que Dios, además de los sentimientos, percepciones etc. presentes en nosotros y vividos por nosotros, tiene un conocimiento total de la naturaleza, del sentido, del alcance de cada uno de esos elementos dispersos, y de sus relaciones mutuas, y de su totalidad. Ése es un conocimiento que escapa totalmente al hombre, salvo a lo más a un número muy pequeño y en muy raros momentos. Pero esa extraordinaria "agudeza" de la participación de Dios en la vida de la psique y del alma nos es revelada con elocuencia por cada uno de nuestros sueños, a poco que sepamos abrirnos a su sentido y reconocer esa agudeza y esa extrema finura en el cuadro que Él traza de cosas que hay en nosotros e ignoramos.

N 83 ◊Cuando con aires de modestia me complazco en un pensamiento vanidoso y encuentro en él un placer que se oculta, Dios siente conmigo ese "placer", e incluye en Su Mirada todos los sobrentendidos que acompañan a ese placer y que ese placer llama. Él percibe a la vez el regusto grasiento, y sabe que no es un *verdadero* placer, que se deleita con las cosas verdaderas de la Creación – que ese placer no es "bueno". Él lo percibe y participa sin compartirlo. Y Dios ve ese regusto grasiento como formando una gruesa capa de tocino, que aísla al ser de sí mismo y de las cosas buenas que Dios ha creado.

Y cuando el hombre sufre en su cuerpo o en su alma, y por más grande e incluso atroz que pueda parecer su sufrimiento, Dios sufre con él, Él "conoce" ese sufrimiento en toda su profundidad o en toda su violencia. Pero a la vez Él conoce también los orígenes y las causas, y el sentido y el lugar de ese sufrimiento en la aventura espiritual de ese ser y en los destinos del Todo. Él comparte el sufrimiento del hombre, pero sin quedarse encerrado como él, por excesivo que sea.

Dios comparte todos los sufrimientos humanos. Y si llega a dar su merecido, no es como Juez que pronuncia una sentencia sobre un detenido al que permanece ajeno. Dios mismo comparte silenciosamente y en su plenitud todas las etapas de la penitencia que Él ha infligido, no para vengarse o castigar, sino para la redención y la purificación del alma descarriada.

(30) La Providencia: ¿invención o descubrimiento?

(2 de julio)[524] Marcel Légaut se expresa con la mayor prudencia sobre la naturaleza de la Providencia. Quizás pueda verse ahí, al menos en parte, una sana reacción a la manera a veces simplista en que ésta es utilizada en ciertos textos bíblicos, y aún más en la literatura cristiana edificante de todos los tiempos.

Parecería que Légaut pone en duda la posibilidad de desvelar de forma "objetiva" la acción o las intenciones de Dios en la vida de una persona, o en los destinos de un pueblo o de

[523] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (n^o 22), página N 59.

[524] Véase el reenvío a la presente nota en la ya citada nota "Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe" (n^o 22), página N 59.

la humanidad. Por el contrario, insiste con razón en la extrema importancia y en el carácter
N 84 creativo de la acción de la ◊psique al desvelar un "sentido" en los sucesos, sean éstos de naturaleza personal, o se sitúen al nivel de una colectividad, e incluso de todo el Universo. Ve en esa acción creativa que "produce" un sentido (sentido que también podemos llamar "Providencia", o "intención de Dios", o "designio de Dios"), una "*invención*" obra de la psique (¿en colaboración, tal vez, con Dios?), más que el descubrimiento de una realidad "objetiva" última que residiría en Dios, y que sería sería susceptible de ser conocida como tal por el hombre.

Ésa es una concepción muy sorprendente, que difiere mucho de las imágenes que solemos hacernos de la Providencia, y que de repente parecen muy simplistas, incluso groseras. Reconozco que me cuesta separarme de la idea de que Dios realmente tiene "intenciones", que Él persigue "designios", que tiene una "voluntad", aunque rara vez los conozca el hombre. Por supuesto que esas intenciones, esos designios, esa voluntad no son los de un déspota tiránico o un arquitecto testarudo, sino que siempre guardan esa flexibilidad, esa apertura esencial que da mucha cancha a la iniciativa humana a la que constantemente apelan, y a la intervención creativa tanto de Dios como de los hombres. Pues la obra de Dios no es obra solitaria, nos ha nombrado Sus colaboradores, y no es obra de un arquitecto o ingeniero, sino obra de arte que nos llama a crear, a imagen y en compañía del Maestro. Visto esto, ¿no sucede a veces que Dios revela sus intenciones o designios? (¿Por ejemplo, en los sueños proféticos que Él me ha enviado?) ¿O que cierto ser, con Su ayuda, los *descubra*? Cada sueño que intento sondear (y a menudo lo consigo, consigo desentrañar realmente un *sentido* del sueño) ¿no está, de manera irrecusable, animado por una *intención* que a mí me toca desentrañar, captar tan finamente, tan completamente como sea posible, de descubrir en una palabra? Verdaderamente me costaría concebir que mi manera de sentir y de "vivir" la Providencia (es decir las intenciones de Dios), ciertamente ingenua pero que parece imponerse con tal fuerza de evidencia a partir de una vivencia que me implica de modo tan total y tan profundo – que ella esté en relación de exclusión con la de Légaut, mucho más matizada y más profunda, verdaderamente innovadora y por eso mismo desconcertante.

Estas dos perspectivas diferentes me hacen pensar en el trabajo de creación matemático, que algunos ven como un trabajo de "invención" (de nociones, enunciados, teorías, demostraciones...). Por mi parte, siempre he tenido el sentimiento irrecusable de estar siempre descubriendo y nunca "inventando", incluso cuando pudiera parecer que inventaba. Que todo lo que he "construido" en mates, y aunque esas construcciones parezcan fuertemente marcadas
N 85 ◊por la marca del obrero, era preexistente a mi intervención desde siempre, de algún modo oscuro y esencial. Que en suma no hacía más que "sacar a la luz", es verdad que bajo una forma por la que yo también me expresaba a mí mismo, algo aún no nacido y que sin embargo, de algún modo misterioso, ya existe y desde toda la eternidad en los oscuros limbos de las cosas no creadas como una substancia eterna que espera y que llama, para encarnarse en ciertas formas efímeras que el espíritu tenga a bien darle...

Seguramente, debe haber esos dos aspectos en toda creación, reales ambos y que no se oponen más que en apariencia: "*la invención*" (ligada a la expresión), y "*el descubrimiento*" (ligado a la percepción, a la comprensión). Incluso deben formar una "pareja cósmica" o "pareja de complementarios", de dos cualidades que, al esposarse, se dan mutuamente su vida y su vigor. Una pareja muy cercana a la pareja "expresión - percepción (o comprensión)"[525], con el primer término jugando el papel "yang" o "masculino", el segundo "yin" o "femenino". Y esta sería una particularidad propia a mi temperamento personal, que tengo una tendencia irresistible a percibir ante todo a la esposa e ignorar al esposo[526].

[525] Ése es por otra parte una pareja que me es bien familiar, y que ya hemos encontrado tácitamente en la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1), en la parte de la fechada el 4 de junio (penúltimo párrafo, y nota a pie de página a éste).

[526] Véase la siguiente nota para una continuación de la anterior reflexión.

31. Dios no es un seguro a todo riesgo – o sentido e interpretación

(5 y 6 de julio)[527]

1) Encontrar un "sentido" es un trabajo creativo

He repensado, a la luz de mi modesta experiencia de Dios, la extraña situación de la
N 86 profecía errónea de Jesús[528] Parecería que, ◊salvo quizás con muy raras excepciones, cuando Dios se dirige a un ser para comunicarle algún mensaje, no sólo lo hace "en voz muy baja", sino también de forma que a quien Él se dirige siempre le deja un gran margen en la interpretación. Penetrar el "sentido" de tales mensajes, por ejemplo el sentido de un sueño, es por tanto un *trabajo creativo* en el pleno sentido del término: la obra que "produce", es decir el "sentido" que hay que desentrañar, no está fijado de antemano, cual un objeto situado tras la puerta cerrada de un armario, y que simplemente tendríamos que abrir la puerta (¡con una "llave" ad hoc, si fuera el caso!) para cogerlo. Al contrario, ese sentido toma progresivamente su forma, su rostro y su peso a lo largo del trabajo y sólo por ese trabajo. Va le lo que vale el trabajo por el que ha sido concebido, alimentado, parido, o también: vale lo que vale el ser en el que se realiza el trabajo, mientras se realiza. Ese sentido tiene cualidad de "verdad", es *fértil* es decir creativo, exactamente en la medida en que el trabajo que le da a luz es u trabajo creativo, o también: en la medida en que el obrero que trabaja estaba en un "estado de verdad", en un estado creativo.

Por otra parte no es raro que en un trabajo sobre un sueño aparezcan sucesivamente dos sentidos (incluso tres) "superpuestos", situados en niveles de profundidad creciente. Entonces tengo el sentimiento irrecusable de que cada uno de los sentidos aparecidos expresa una intención realmente presente en el sueño. En todo caso, cada uno me aporta realmente un conocimiento, una profundización, de algo que se esclarece con una luz nueva. A mí me corresponde no detenerme en el primer sentido que aparezca, sino de tener el ánimo de presentir que no agota el mensaje y de ir más allá. El último sentido que aparece en el trabajo, el que está más profundo y es vivido como la culminación del trabajo, siempre es el que me parece ser también *el* verdadero sentido del sueño: el que expresa la intención primera del Soñador que ha creado ese sueño como un mensaje para mí, dándose el gusto de rodearlo de segundas intenciones, que enriquecen la intención inicial y me preparan amablemente etapas preliminares para llegar hasta ella, la fuente y la razón de ser del sueño. (Pero también hay, por supuesto, casos en que me quedo hambriento, con el sentimiento muy claro de no haber llegado hasta el final, aún sintiéndome incapaz de ir más lejos...)

Como todo trabajo creativo seguramente, el trabajo por el que se desentraña el sentido de un mensaje de Dios (o que lo "inventa", como diría sin duda Marcel Légaut) se realiza en
N 87 estrecha colaboración entre Dios y el hombre. La iniciativa pertenece ◊a Dios, que envía el mensaje, sea por la vía del sueño, o la de un "*flash*" que surge del Inconsciente en un momento de vaciedad y de silencio, o por una visión o un éxtasis o una iluminación; o quizás también por algún suceso que nos sobreviene y nos sorprende como "providencial"; incluso por un suceso, o una situación, o un haz de hechos, que no parecen afectarnos directamente o que superan infinitamente nuestra humilde persona, que pueden estar muy alejados de nosotros en el espacio y el tiempo, y a los que sin embargo nos esforzamos en encontrar un "sentido". En estos dos últimos casos, el "mensaje" no se presenta necesariamente como producto de la única iniciativa de Dios, sino que a menudo implica el concurso de hombres (a veces en gran número) y de sucesos (tal vez parcialmente fortuitos).

Sin embargo, en todos estos casos la contribución de Dios no se limita sólo al envío del mensaje. Si Él no mete la mano para desentrañar el sentido (o *un* sentido, o *varios* sentidos...), si

[527] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27). La reflexión de la presente nota también pude verse como una continuación de la precedente, "La Providencia: ¿invención o descubrimiento?" (n^o 30), de hace tres días.

[528] Véase la nota "Cuando hayáis comprendido la lección" (n ^{o} 27).

ese trabajo de transformación del mensaje en sentido no se realiza en un movimiento creador en el que participan las fuerzas más profundas del ser, el trabajo permanece más o menos "formal", "cerebral", puro ejercicio de estilo o de lógica psíquica[529]. No tardo en darme cuenta de que eso chirría, que gentilmente patino sobre la superficie sin llegar a nada. ¡Así no es cómo voy a entrar en la substancia del mensaje! Y además es raro, una vez que se ha caído en la cuenta, que el trabajo no recomience de golpe con un nuevo pie. Es como si ese caer en la cuenta de una impotencia pasajera, ese momento de verdad, actuase como una llamada a las fuerzas profundas, que hasta entonces había mantenido apartadas...

Cuando por el contrario "me meto", entonces el mensaje mismo se precisa y enriquece durante el trabajo, o el las horas o días siguientes, con *flashes* estando despierto, o con otros sueños que vienen de manera imprevista a precisar y esclarecer el sueño que estoy o estaba sondeando. Sobre todo es en los trabajos de larga duración en los que así se establece un
N 88 ◊verdadero *diálogo* entre yo mismo, es decir el espíritu humano que hay en mí y se esfuerza en sondear y comprender y que por ese mismo proceso se afina y se transforma, y las fuerzas creativas profundas, que se expresan por la vía del sueño o por cualquier otra vía. Es a ese diálogo al que se refiere el subtítulo del presente libro, "*Diálogo con el buen Dios*". Al darle ese nombre, pensaba en el diálogo con Dios que se establece con el trabajo sobre los sueños. Pero ahora me doy cuenta, con ayuda de la lectura de Marcel Légaut, que tal diálogo puede proseguirse sin pasar por la vía del sueño. (Sin embargo aún me parece que éste es el medio de expresión de Dios privilegiado, su medio por excelencia, para hablarle al hombre o para hablarse a Sí mismo sobre él.)

2) Dios no informa, Él ilumina

Hasta ahora tenía el sentimiento (que permanecía tácito, de lo evidente que parecía) de que mi trabajo sobre un sueño (digamos) consistía en descubrir "*el*" sentido (o el sentido "último") que tenía "en absoluto", o en todo caso de acercarme en lo posible. Para mí ese sentido estaba en el Pensamiento o en la Intención de Dios (o del Soñador) al enviar el mensaje. Existía independientemente de mi trabajo. Éste no consistía en "crear" o "inventar" un sentido. El fin o el sentido de mi trabajo no me parecía ser la *producción* de un sentido que sea *fértil* (como lo ve Légaut)[530], sino en desentrañar y aprehender el sentido preexistente (en Dios o en el Soñador) dándole una *expresión* que sea *fiel*.

Ahora estoy perplejo, como suspendido entre dos visiones que me parecen ambas verdaderas, y que aún no he logrado casar. Seguramente, ya en el Pensamiento de Dios mismo, la intención que Le inspira al enviar un mensaje está rodeada de una *imprecisión* más o menos grande. Esta imprecisión podrá tener una indeterminación inicial, sobre el conocimiento más o menos rico, más o menos preciso, más o menos profundo que Él se propone impartir al hombre con ese mensaje. La medida exacta de esa riqueza, de esa precisión, de esa profundidad sólo aparecerá por el trabajo diario, por la dirección que tome, la energía que el hombre le dedique, la
N 89 calidad de su atención y de su deseo de comprensión... (Suponiendo que ◊el hombre se percate del mensaje, y que un trabajo de asimilación, o de "producción" o de "invención", tenga lugar.)

En el caso de un sueño profético, aún hay otra razón de esa imprecisión., independiente

[529] Así fue prácticamente todo el trabajo que hice sobre mis sueños, a regañadientes y como una "digresión" que me habría permitido en mi trabajo de meditación, hasta el "encuentro con el Soñador" en agosto de 1982 (del que hablo en la sección del mismo nombre, n^o 21). Sólo en ese momento comprendí al fin que los mensajes del Soñador eran mucho más importantes para descubrir quién soy y para dirigir mi vida, que toda "meditación" que yo pudiera proseguir con mis únicos medios, sin tener en cuenta mis sueños. Antes de ese viraje crucial en mi relación con el sueño y el Soñador, los únicos sueños en los que realmente "entré", involucrándome por completo y por eso mismo, seguramente, suscitando la ayuda de fuerzas profundas es decir de Dios, fueron tres sueños mensajeros. Los tres actuaron de forma decisiva en el curso de mi vida.

[530] Vuelvo sobre estas "dos perentorias líneas" para matizarlas en la reflexión del día siguiente, en la cuarta parte de esta nota ("La cuestión desapercibida – o las grandes pezuñas", surgida de una nota a pie de página que pensaba insertar aquí mismo.

en cierta manera de cualquier intención divina preconcebida: es que Dios mismo no sabe (ni quiere saber) los sucesos futuros más que en grandes líneas. Esos sucesos nunca están totalmente prescritos de antemano, sino que dependen tanto de la libre intervención de Dios que tendrá lugar aquí o allá como de la de todos los hombres implicados de cerca o de lejos (sin contar otros factores que sin duda Dios no desea controlar).

Así, en mi reflexión sobre las profecías de Jesús sobre el Juicio Final[531], fui llevado a suponer que tal vez Dios mismo habría dejado muy abierto el momento en que tendría lugar el Gran Giro en nuestra historia – el momento en que Él intervendría de un modo tan irrecusable para todos, que por eso mismo ya se daría el gran cambio de los Tiempos. Que en el tiempo de Jesús , podía ser en cincuenta años (???) o en cinco mil (???), según la manera en que los hombres (aunque sólo hubiera uno...) supieran acoger y *comprender* el mensaje de Jesús.

Sea como fuere, cuando nos percatamos de un mensaje de Dios, y le "descubrimos" o le "inventamos" un sentido, con o sin asistencia divina, lo hacemos por *nuestra cuenta y riesgo*. *Dios no es un seguro a todo riesgo*, que garantiza a cualquiera contra el error o los fallos, ni siquiera al que de todo corazón se esfuerza en ponerse al servicio de Su Voluntad – aunque fuera el mismo Jesús, el Bienamado de Dios. Además esa Voluntad no está escrita negro sobre blanco en ningún texto, ¡de una vez por todas y para todas las circunstancias de la vida! Sin duda se expresa, como una luz muy difusa y tenue (e infinitamente preciosa...), en ciertos mensajes que Él nos envía – nosotros hemos de arriesgarnos a acoger esos mensajes y a creer en ellos y a encontrarles un sentido. Seguramente seremos juzgados por el corazón que pongamos, por nuestro coraje y nuestra humildad, y no porque sepamos "dar en el clavo". (Suponiendo que tenga sentido decir que se ha "'dado en el clavo" de la Voluntad o la Intención de Dios, en la de verdad de verdad...) Por nuestra ◊cuenta y riesgo damos fe a tales mensajes que nos llegan y los declaramos divinos, por nuestra cuenta y riesgo les encontramos tal sentido que nos parece justo y que nos satisface, y también por nuestra cuenta y riesgo les concedemos en nuestra existencia y en nuestra misión el peso que nos parece apropiado, o que estimamos conforme con la Voluntad de Dios. Y todos aquellos que hagan suyo un sentido que proclamamos, y que le concedan cierto peso en su propia vida y lo utilicen de cierta manera para inspirar o para justificar tales y cuales hechos y gestos, también lo hacen por su cuenta y riesgo. Y seguramente también serán juzgados según el corazón que pongan, y no según que cierta opinión o doctrina que hayan profesado sea declarada "verdadera" o "falsa" por Dios (o por cierta Iglesia que Lo reclama...)

N 90

Volvamos a las profecías de Jesús. No tengo ninguna duda de que lo que nos relatan los Evangelios es justo en lo esencial. Me parece impensable que los apóstoles puedan haber "interpolado" por su propia iniciativa algo de importancia tan prodigiosa para la perspectiva inmediata de la misión evangélica, a la que se consagraron en cuerpo y alma. Y tampoco tengo ninguna duda de que Jesús se expresó delante de ellos con la seguridad del que obtiene su conocimiento de una fuente segura – es decir, de Dios. Y además pienso sin reservas que tenía razón en creerlo. Él no es de los que confunden los productos de su imaginación con la voz de las profundidades, la voz de Dios. Y tampoco pienso que el *sentido* que le dio al mensaje recibido sea un puro producto de su imaginación o de sus deseos humanos. Ese mensaje era de un alcance tal que debió concederle toda su atención, y no le dio un sentido a la ligera. Tal vez incluso el sentido que le encontró era el que *debía* encontrarle, el sentido que ese mensaje *debía* tener para él, para ser fértil en *su* existencia, para el cumplimiento de *su* misión. Y este hecho extraño, incluso desconcertante, que ese sentido (tomado "objetivamente") era "*falso*", *seguramente tiene una gran lección para nosotros*. Al menos para el que se tome en serio a Dios, y la persona de Jesús, y su propia persona y las facultades de conocimiento que Dios le ha concedido.

No pretendo haber comprendido esa lección. Lo cierto es lo contrario – siento que hay

[531] En la reflexión de hace cuatro días, "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

algo que comprender y que permanece incomprendido. Pero ese "algo" va en la dirección que Marcel Légaut intenta hacernos entrever. El "sentido" de un suceso, de una profecía, de un
N 91 presagio, ◊sería algo que no tendría existencia absoluta, surgida del Conocimiento eterno de Dios y revelado por Su gracia a los que Él favorece. Sería algo de esencia personal, fruto elusivo y movedizo de un acto delicado y secreto; de un acto de invención y descubrimiento que ha de renovarse constantemente, so pena de que el fruto se seque y se congele y se transforme en peso muerto. Hablando propiamente ese "sentido" sería ajeno a las nociones de "*verdadero*" y de "*falso*"; aunque para "*comprender*" un sentido en vez de recoger un puro hecho, haya que estar en un "estado de verdad", es decir en un estado creativo. Pero un sentido sería más o menos *fértil* en nuestra existencia, según que nos hayamos sumergido más o menos *profundo* para sacarlo a la luz. Y tal sentido que es fértil en cierta existencia (sea la de Jesús mismo, o la de sus apóstoles), retomado pasivamente en tal otra, actúa como un peso muerto y contribuye a esterilizarla, en pago de una pereza espiritual.

En esta luz inesperada, la cuestión de la exactitud objetiva de la profecía de Jesús (o de cualquier otra), sin desaparecer, aparece como accesoria. Los mensajes proféticos enviados a un hombre no tienen la misma función que las "previsiones" (digamos meteorológicas), no son una especie de "horario", fijado imperativamente por un decreto Dios. Su papel principal no es *informar* (¡ésa es la última de las preocupaciones de Dios!), sino *despertar, animar, aclarar*, o ayudarnos a *orientarnos*.

Dicho esto, nada nos impide tomarlas como simples informaciones. Y ciertamente no hemos dejado de hacerlo, y todos los hábitos mentales adquiridos nos empujan por esa vía – la de una inercia. ¡Pero lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo! Y seguramente, cuando demos cuenta de lo que fue nuestra existencia, de nada servirá alegar ignorancia para disculpar nuestra pereza...

3) *Otra* fe – o lo Desconocido y lo Incognoscible

La reflexión de hoy ha sido a tientas, como una marcha dubitativa en una noche a penas iluminada por tenues luces. En este caminar, del lugar que parecía más oscuro, de la contradicción más inquietante, una vez explorado, es de donde parece brotar más luz...

Por el momento, lo que retengo sobre todo, es el encuentro con algo que hasta ahora tendía a ignorar: *lo Incognoscible*. A fuerza de sondear "lo Desconocido" y de "conocerlo",
N 92 tendía ◊a olvidar lo Incognoscible – lo que el espíritu del hombre nunca puede conocer más que de forma siempre oscura (aunque creamos verlo muy claro...), siempre a la deriva como envuelto en brumas, siempre bajo un sesgo o algunos sesgos, ligados a nuestra propia historia y a nuestro particular lugar en el Universo; con una mirada siempre personal, mientras que hay una infinidad de ellas igualmente verdaderas, todas variables y en perpetuo devenir, y que todas juntas sólo se encajan en el vasto movimiento de un Conocimiento pleno, reservado únicamente a la Mirada de Dios.

Hace falta *fe* para sumergirse en lo Desconocido y conocerlo a poco que sea, sumergirse a dos manos en una substancia viva que se oculta en la noche y llevarla, en su frescor primero, a la clara luz del día. Y seguramente también hace falta fe para aprehender y aceptar la presencia, por todas partes a nuestro alrededor, de lo Incognoscible – de lo que siempre ha de permanecer oculto al pleno conocimiento humano. Siento bien que es *la misma* fe. Y no es "la fe" que predican las Iglesias.

4) La cuestión desapercibida – o las grandes pezuñas

(7 de julio)[532] ¡Y aún así! Después de escribir esas dos líneas perentorias[533], he recordado que

[532]La presente continuación de la reflexión de la víspera surge de una nota a pie de página en la parte 2) (véase la referencia en una nota al pie de la página N 85).

[533]Son las dos líneas de la página N 85: "El fin o el sentido de mi trabajo no me parecía ser la *producción* de un

muy a menudo, al trabajar sobre un sueño o en otras ocasiones en que estaba metido en una meditación que se esforzaba en desentrañar un *sentido*, en mí había como una duda inexpresada: y ese sentido que vas a desentrañar con tal convicción, ¿verdaderamente es "el bueno", el de verdad de verdad? ¿No estás a punto de inventártelo por completo?

Por una parte esa duda creaba cierto malestar, pues atacaba una manera de ver sólidamente arraigada en mí: hay *un* sentido, o *varios* sentidos a diferentes niveles de profundidad, que son preexistentes a mi trabajo y son lo que son, y mi trabajo consiste en "descubrirlos", en desentrañarlos pacientemente, obstinadamente, con un cuidado infinito... Pero más allá de ese malestar creado por la suposición de que pudiera estar "inventando", había una seguridad: bien sabía que hacía un "verdadero trabajo", que era un trabajo *fértil*; que al hacerlo una comprensión se profundizaba, que mi mismo ser se profundizaba, se afinaba. Bien sabía, y tuve
N 93 que decírmelo más de una ◊vez (si no conscientemente, al menos a nivel subconsciente): que en el fondo, eso no tenía gran importancia, si estaba en vías de inventar un sentido, o de encontrar "el bueno"; que de todas formas no estaba perdiendo el tiempo y que mi trabajo era como debía ser, que no tenía por qué inquietarme.

Nunca he ido más allá de ese vaivén de pensamientos y de sentimientos a nivel subconsciente, al margen de la meditación propiamente dicha, y que era percibido como una especie de digresión "de circunstancias". La cuestión general que esa "digresión subconsciente" contenía en germen, sobre la naturaleza misma del trabajo de meditación que se esfuerza en desentrañar un "sentido", y sobre la naturaleza del "sentido" mismo, no era percibida en absoluto. Ha sido la lectura de Marcel Légaut, y de sus penetrantes observaciones sobre la Providencia (en su libro "Introducción a la comprensión del pasado y del futuro del cristianismo", especialmente las páginas 181-183) la que a terminado por ponerme delante de la cuestión, sin que la reconociera al principio (ni antes de hoy mismo) como una cuestión que ya me había rozado sin que la percibiera. Aunque la forma de ver de Légaut parecía chocar con la mía, y los reflejos corrientes me incitaban a rechazarla, confusamente sentía que esa visión debía captar un aspecto de las cosas que hasta entonces se me había escapado; un aspecto demasiado delicado y demasiado oculto para mis grandes pezuñas de matemático reconvertido a la meditación, pero que no debía ser menos verdadera – ¡no debía ser pura invención (!) de Monsieur Légaut. (Además difícilmente a alguien se le puede ocurrir algo tan extraño y tan alejado del sentido común...)

Eso ha debido trabajar en mí durante los últimos diez días – desde que me embarqué en la cascada-digresión de notas metafísicas, comenzando con la sección "Dios habla en voz muy baja..." (n^o 36), y prosiguiendo con la nota "Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima" (n^o 19), y con todas las que le siguieron hasta hoy – hay doce (¡no lo he hecho adrede!), todas inspiradas por mi lectura de Légaut y por las resonancias que ha suscitado (notas 20 a 31). La mayoría de esas notas giran más o menos sobre "la Providencia". Constituyen un esfuerzo para intentar comprender en ciertos casos cuáles pueden haber sido las intenciones de Dios, y me conducen como a mi pesar a enfrentarme con la cuestión suscitada por Légaut, sobre el sentido mismo que hay que dar a esa noción de "intención" divina, arraigada de manera tan irrecusable en mi propia experiencia (y y visiblemente también en la suya).

N 94 ◊Decididamente, mi libro titulado "La Llave de los Sueños", que pretendía ser un testimonio sobre mi experiencia del sueño, ¡está virando hacia la meditación metafísica sobre la "divina providencia"! Sin embargo no tengo la impresión de haber perdido el tiempo, sino al contrario, de estar en vías de conocer un poco más al buen Dios. (¡no hay mejor forma de emplear el tiempo!) En cuanto a la cuestión sobre la Providencia en particular, y sobre la noción de "sentido" (de los sucesos, o de los mensajes) en general, y la cuestión "¿invención o descubrimiento?", la reminiscencia que acabo de evocar me convence por completo (si aún hiciera falta) de que la "desconcertante" visión de Légaut debe ser "la buena" – o al menos (si esto no carece de sentido) ¡que debe ser una "invención" particularmente feliz! Aunque sólo fuera por la luz que

sentido que sea *fértil* (como lo ve Légaut)...".

aporta a una cuestión tan fundamental y tan delicada a la vez, siento que Marcel Légaut tiene derecho a todo mi reconocimiento, y seguramente también al de todos aquellos (y debe haber otros además de él y yo...) a los que interpela e intriga el sentido de la existencia.

(32) Eros y Espíritu (1) – o la abundancia y lo esencial

(12 de julio)[534]

La identidad de naturaleza de la pulsión de conocimiento tal y como se expresa en la creación intelectual o artística, con la pulsión del sexo, puesta en evidencia por Freud, para mí no tiene la menor duda. En cuanto a ver esa pulsión elemental igualmente a nivel de la materia y de todos los fenómenos naturales sin excepción, eso puede parecer una extensión arriesgada e incluso peligrosa (por no decir fantasiosa...). Sin embargo eso no es ni especulación, ni exageración poética. Al contrario, es una intuición imperiosa y tenaz, si no una visión en el pleno sentido del término, es decir algo verdaderamente *visto*. Esa intuición nació de una reflexión sobre la fuerzas cósmicas originales del yin y el yang (para la que reenvío a la parte III, "La Clave del yin y el yang", de Cosechas y Siembras). El eterno juego de esas fuerzas, percibidas como los principios cósmicos de lo "femenino" y lo "masculino", se manifiestan en todos los planos de la existencia, desde el de la materia (llamada) bruta, hasta el plano de la realidad espiritual. Con o sin razón, percibo la fuerza de Eros en su expresión más vasta concebible, como la fuerza que tiende hacia la unión creativa de lo "femenino" y lo "masculino", para engendrar y concebir lo nuevo, "la obra", "el niño".

N 95 ◊Tomado en una acepción tan vasta, que igualmente incluye el plano de la realidad espiritual, es cierto que Eros llegaría a ser casi indistinguible de Dios mismo[535]. Algunos de mis sueños (desde el pasado mes de octubre) me han disuadido fuertemente de llegar hasta ahí. Eso significaría, por el uso desconsideradamente vasto de la palabra "Eros", meter en un mismo saco cosas de esencia totalmente diferente. Así, en lo sucesivo se entenderá, al hablar de Eros o de la "pulsión erótica" o de la "pulsión amorosa", que lo que designo con eso permanece por debajo de la realidad propiamente espiritual.

Sin embargo ha de notarse que la pulsión del espíritu que se esfuerza en sondear los misterios de la realidad espiritual es una pulsión de naturaleza intelectual y no espiritual, y por eso es pulsión de Eros. En efecto, el conocimiento al que esa pulsión aspira se concretiza en las *ideas* que nos hacemos de cosas tales como la muerte, el nacimiento, el más allá, los designios de Dios sobre el mundo etc. – es un conocimiento que sin duda Légaut llamaría "ideológico". Esta sed de conocimiento es una forma de *curiosidad intelectual*, lo que en modo alguno excluye que sea aguijón y motor de una actividad creativa. Pero esa creación no se sitúa en el plano espiritual, aunque realmente nos dé a conocer, a nivel intelectual, una realidad espiritual ([34]).

Esta pulsión es de naturaleza muy diferente a la del "*hambre*" del alma que antes he comentado[536] que es hambre de *verdad* y no sed de conocimiento, o a la del "hambre de *justicia*" de la que habla Jesús. Ese hambre es como un grito que sube de las profundidades, expresión de una necesidad humilde y desnuda que compromete a todo el ser – no el deseo de aumentar la abundancia, sino la necesidad de lo *esencial*. Tal es también el sufrimiento desnudo del alma que se siente como arrancada de Dios y ajena a sí misma, quizás desde toda la eternidad, y que abraza la imposible y desgarradora espera de reencontrarse en Él.

Tales movimientos son puramente del alma, son actor creativos que se cumplen en el plano espiritual. Ni Eros ni el yo tienen parte alguna.

N 96 ◊(33) Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa

[534] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Eros – o la potencia" (n^o 39), página 147.

[535] Compárese con los comentarios sobre esta confusión en la citada sección que la presente nota comenta.

[536] Véanse las secciones "El niño y el pecho" y "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y el *otro*" (n^{o}s 3, 6).

(12 de julio)[537] Pudiera parecer que esta afirmación contradice el ejemplo de numerosos santos y místicos, que visiblemente no están espiritualmente "secos" sino que tienen una relación vigorosa y vivificante con Dios, a la vez que profesan un soberano desprecio por "el mundo" en general, y por "los sentidos" (es decir Eros) en particular. Pienso muy particularmente en Santa Teresa de Ávila. En el relato de su vida, le gusta volver, con esa exuberancia que es parte de atractivo, sobre el sentimiento de que el mundo entero "no es más que estiércol". Como subrayo en alguna parte[538], al hacerlo se desliza por la pendiente trazada por los consensos ideológicos en vigor en los medios religiosos con los que estaba totalmente identificada. Los extraordinarios favores que ella recibía de Dios no podían, ciertamente, dejar de hacerle parecer muy pálidas en comparación las alegrías que puede dispensar el mundo, y de las que además la Santa sólo tenía una experiencia de lo más reducida[539]. Así es cómo fue llevada a insistir sobre una verdad que su experiencia mística le revelaba de forma tan abrumadora, recargándola de un "desprecio" de pura fachada por todo lo que había renunciado con los votos, y que sólo podía conocer a poco que sea por la imaginación ("culpable"). Tengo la impresión de que en tales ocasiones el orgullo propio del yo, implacablemente derrotado por una humildad perspicaz y vigilante, incluso desbordante, se toma corriendo la revancha, al amparo (¡por encima de toda sospecha!) de los clichés piadosos que formaban parte del aire mismo que respiraba.

Pero tal "desprecio de la carne", mostrado con tan bella exuberancia, con tal pasión incluso jubilosa, no da el pego. El "rechazo" de la pulsión amorosa que esas palabras parecen expresar en su sentido literal visiblemente no implican más que la periferia de su ser. Sin duda no puede ser más sincera, en esas profesiones sobre las que vuelve con tan evidente placer que
N 97 casi se diría que sentimos como un ◊malicioso toque de humor (inconsciente hay que decir). Lo que es seguro, es que esas palabras no expresan ni afectan a las capas profundas de su ser, en que las aguas del amor fluyen con toda la abundancia propia de su temperamento apasionado y generoso. Ella "reniega" de Eros con los labios, ¡cuando de verdad todo su ser está saturado! Ciertamente, no hay en ella la menor veleidad de deseo consciente ni inconsciente de donar esa sobreabundancia a un amante de carne y hueso. Seguramente el mero pensamiento de tal cosa no la dejaría helada de horror, ¡sino que estallaría en risas! Seguramente ella no tiene ninguna necesidad "del mundo", pues el agua de Eros se sublima sin esfuerzo en Espíritu y está llamada a unas bodas muy distintas... Seguida de lejos, con una mirada paternal y quizás algo inquieta, por su director espiritual al que nada se oculta, hombre santo y docto de la Compañía de jesús, que le da sin reservas la luz verde de la Ciencia Teológica. ¡¿Quién vio jamás amante más feliz?!

En esas cosas, el *tono* de lo que se dice dice mucho más que el sentido literal – y ese tono se transparenta muy claramente incluso en el texto escrito, para el que quiera entender. El tono de los escritos de Santa Teresa o (en un registro muy distinto) del Maestro Eckehart (por sólo nombrar estos) no es el de la frustración, del odio o del desprecio, sino el tono de seres que se saben colmados, hasta en sus cruces[540]. Es llamativo el contraste con el tono irritado y secretamente rabioso con el que ciertos "espirituales" (incluyendo los más prestigiosos) evocan con burla el goce de la carne. En tales evocaciones, burlándose de la experiencia carnal del amor, se nota una revancha camuflada de la pulsión erótica reprimida que pilla al vuelo una satisfacción ambigua y simbólica (y que podemos llamar "perversa"); dando una gran parte a las pulsiones vanidosas y agresivas que campean a sus anchas, so capa de "espiritualidad" y en

[537] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Eros – o la potencia" (n^o 39), página 149.

[538] En la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro" (n^o 9).

[539] Por el contrario, Santa Teresa fue probada toda su vida por una salud muy quebrantada y por continuos sufrimientos, llegando a veces hasta el límite extremo de lo que es humanamente soportable. Según su propio testimonio a veces no lo habría podido soportar, y soportar con paciencia, sin la ayuda "sobrenatural" es decir sin la ayuda de Dios. Sin duda esos sufrimientos (que están lejos de agotar los que conoció en su vida, tan rica en sufrimientos) le fueron más benéficos que todas las alegrías y los placeres a los que renunció sin pena, y que finge despreciar.

[540] Incorporo aquí una constatación de la citada nota sobre la experiencia mística (nota n^o 9).

compensación de la renuncia a las vías naturales de satisfacción de una pulsión carnal que no han sabido asumir y mucho menos superar.

N 98 ◊(34) Eros y Espíritu (3) – o el impulso y el alma

(14 de julio)[541] Como cualquier otra actividad creativa que se limite al plano intelectual o artístico, es decir obra de Eros, ésta no es espiritualmente fértil por sí misma, aunque la visión (de la realidad espiritual en este caso) a la que llegue sea profunda y "justa". La fertilidad espiritual de una actividad intelectual creativa depende menos de su calidad intrínseca en el plano en que se realiza (el de la inteligencia humana), o de la obra en ese mismo plano, que de la manera en que esa actividad y esa obra se insertan en la vida del que es o ha sido el obrero. Será fértil en el plano espiritual, es decir lo hará avanzar en la vía de su devenir espiritual, en la medida en que se integre en su vocación o su misión (la conozca o no). Igualmente, una visión de la realidad espiritual, hayamos sido su creador o la hayamos recibido de otra parte y hecho nuestra, es fértil espiritualmente en la medida en que su acción no se limite al plano intelectual (incluso sentimental o simplemente devocional) como ocurre generalmente, sino que es fuente de inspiración y motor de acción creativa en nuestra vida. Tal acción no se manifiesta con recetas de conducta o con un abanico de criterios de juicio para clasificar los seres y los sucesos en cajas preparadas, ¡muy al contrario! Se la reconoce en una apertura nueva a las potencialidades que éstos portan, y por una comprensión más delicada del *sentido* de las situaciones que confrontamos. Ésta es la condición para que esa visión no permanezca inerte, convirtiéndose en "ideología" o "doctrina", objeto de una *creencia*, sino que se profundice y transforme al ritmo de nuestra vida, aunque no nos dediquemos a ello de modo deliberado. Ésa es la señal de que esa visión, que al principio podía ser simplemente recibida o construida (si es que puede "construirse" una visión...), ha llegado a desposarse con nuestro ser y a transformarse con él. Tales esponsales son el fruto de una actividad creativa propiamente espiritual, por la que esa visión termina por ser nuestra propia obra, *espiritual* esta vez.

N 99 La realidad psíquica, cuando se superan sus aspectos más o menos mecánicos, ciertamente es de esencia espiritual. Según lo que acabo de decir, el trabajo de ◊investigación que consiste en desentrañar una visión de conjunto de la psique en general, incluso si se sitúa (como es mi propósito...) en una "óptica espiritual", es sin embargo un trabajo de naturaleza intelectual y no espiritual. Además tal trabajo me parece de un interés muy limitado o nulo, si no está arraigado en un "conocimiento de sí mismo", fruto de un auténtico trabajo de descubrimiento de uno mismo y de la profundización interior que siempre acompaña a tal trabajo. Así, de manera tal vez paradójica a una mirada superficial, ese trabajo de descubrimiento de la propia psique no es un "caso particular" de un trabajo de investigación sobre la psique humana en general. No sólo el descubrimiento de uno mismo es una condición previa absoluta del conocimiento de la psique humana, que sin él permanece enteramente falso, pura construcción del espíritu y no reflejo de una realidad delicada y viva; sino que es de *otro orden*. Por su misma naturaleza, es un trabajo creativo *espiritual*.

En este trabajo, ciertamente, el intelecto juega un papel importante, al menos en la "meditación" tal y como la he practicado. Pero una y otra vez he podido constatar que cuando ese trabajo se limita al plano intelectual, y aunque esté impulsado por un deseo del mismo orden que el que anima mi trabajo matemático, permanece como sordo y ciego, y sólo aporta un conocimiento ridículo y formal, ajeno en verdad a mi ser. Bien puedo poner al día esto o aquello, producir un "conocimiento", pero éste permanece como muerto, no se integra en la visión que tengo de mí mismo, que (a pesar de las apariencias) no cambia ni un pelo, no más de lo que cambio yo mismo. La visión de nosotros mismos no se profundiza más que con una profundización de nosotros mismos, totalmente diferente en esto (me parece) de la visión que podamos

[541] Véase el reenvío a la presente nota en la penúltima nota, "Eros y Espíritu (1) – o la abundancia y lo esencial" (n^o 32), página N 95.

desarrollar con cualquier otra cosa que no sea "nosotros" aunque fuera "la psique humana" o "Dios".

Por decirlo de otro modo, el verdadero conocimiento de sí mismo no es del orden del conocimiento y de la pulsión de conocimiento (es decir de Eros), sino del orden de la *verdad*. Su motor está emparentado con una *necesidad* interior, más que con deseo, con una curiosidad por apasionada que sea. Esa curiosidad es ciertamente un apoyo valioso, comunica a la investigación su impulso propio, y le da una estabilidad, una continuidad que no tendría sin ella. También puede ser, al comienzo del trabajo, el detonante que lo desencadene en el plano de la inteligencia creativa, antes de que se establezca el contacto con la necesidad interior que lo había llamado; al igual que el deseo y el placer del amor son llamados por el acto de creación de vida al que
N 100 tienden con tanta fuerza, pero son de esencia diferente. Así, la curiosidad por uno mismo ◊es a la vez "cebo", e *impulso*, y "volante" en el trabajo de descubrimiento de uno mismo, sin duda indispensables para que éste no se limite a momentos aislados de la existencia, que se integre con la trama de nuestra vida, igual que la relación carnal se integra en la vida de la pareja. Pero el *alma* de ese trabajo está en otra parte.

(35) La gran Mutación – o las Iglesias y su misión

(17 y 18 de julio)[542] Por otra parte no creo que las grandes religiones de hoy en día, venerables en muchos aspectos a pesar de su oscuro pasado, estén llamadas a desaparecer en la Tempestad, ni que deban ser reemplazadas por alguna Religión única y providencial que lograría, al fin, el acuerdo de los espíritus – ¡muy al contrario! Mis sueños proféticos me hacen entrever una *Renovación* espiritual sin precedente en la historia, que (me ha parecido entender) ha de ir de la mano con una renovación igualmente inaudita de las religiones tradicionales. Éstas saldrán por fin (y no se me pregunte por qué milagro, pues sólo Dios lo sabe...) de su milenario inmovilismo espiritual, que sin embargo parece hundir inquebrantables raíces en la inercia humana y en la misma veneración de que sus tradiciones religiosas han sido rodeadas desde tiempo inmemorial. Cierto es que si la inercia de los hombres no parece haber cambiado ni un pelo a lo largo de los milenios de historia humana que conocemos, la veneración religiosa muestra signos ciertos de desgaste, en estos tiempos de desafección general hacia las Iglesias, de materialismo desesperadamente hueco y árido de la mayoría, y de moda en los demás por las religiones exóticas y los esoterismos sensacionales en competencia unos con otros. La erosión generalizada de las creencias tradicionales, bajo el peso de factores sociológicos que por sí mismos pueden parecer ridículos muestra bien hasta qué punto esas creencias mismas eran de naturaleza sociológica, puro condicionamiento social sin raíces en una verdadera vida espiritual (dejando aparte algunos casos aislados, totalmente insignificantes en cualquier perspectiva salvo la espiritual...).

Esto de repente me sitúa cara a cara con la naturaleza de la Mutación ([37]) que se avecina, ese impensable *Despertar* repentino de una vida espiritual allí donde toda traza parecía ausente, y a la vez con su amplitud verdaderamente vertiginosa, por esa irrupción en lo íntimo de miles de
N 101 millones de seres humanos al mismo ◊tiempo. Ese *Acto* me parece infinitamente más prodigioso que cualquiera de los innumerables milagros reales o ficticios que nos narran la historia y la leyenda. Ella es el verdadero *Milagro de los milagros* desde la Creación del Mundo, aún más impensable que ésta, ¡*imposible*, para ser sincero, según mi humano juicio! ¿No parece ir en contra del libre arbitrio de miles de millones de seres, cada uno aferrado a su propio letargo desde la noche de los tiempos, de nacimiento en nacimiento? Y sin embargo no tengo ninguna duda de que Dios no forzará la libertad de uno solo de nosotros.

Pero seguramente muchos morirán[543]. Y los que vivan vivirán tales cosas, seguramente, que su caparazón de plomo será quebrantado y abierto, y bajo el chaparrón de Dios abatiéndose

[542] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "La llamada" (n^o 42), p. 159.

[543] Compárese con los dos últimos párrafos de la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20), y la correspondiente nota a pie de página.

en tempestad, algo que en ellos estaba como muerto despertará a la vida – como vuelve a la vida una tierra quemada y muerta que empapa la lluvia...

Uno de los numerosos puntos en que se parecen los fervorosos creyentes de las distintas religiones, es que cada uno está profundamente convencido de que su religión es superior a todas las demás ([38]). ¡Me alegro de que los tiempos en que tales convicciones eran pretexto de conquistas y masacres hayan pasado! Por mi parte, a lo largo de mi vida he tenido amplia ocasión de constatar que la vivacidad espiritual de un hombre con inclinación religiosa, y el florecimiento de sus cualidades puramente humanas, no tienen relación aparente con su religión o ideología religiosa, fijada casi siempre por el azar de su nacimiento[544] De todas formas, parece que hasta el presente, el ambiente religioso promovido por las religiones instituidas puede a lo más, en los casos más favorables, favorecer la eclosión de una vida espiritual en sus adeptos, pero por su cerrazón doctrinal congénita, todas sin excepción obstaculizan una auténtica progresión espiritual. A nivel de la Institución religiosa, seguramente la mutación se realizará no por su desaparición, sino por una relajación draconiana de las posiciones doctrinales, dando campo libre a la búsqueda espiritual entre los adeptos que se sientan llamados a ello.

Esa nueva libertad se traducirá sin duda en la formación de corrientes espirituales de extrema diversidad en el seno de cada una de las grandes Iglesias, y en relaciones de convivencia
N 102 fraterna entre esas corrientes, ◊al igual que entre las mismas Iglesias. Preocupadas ante todo de promover un ambiente cultural favorable al florecimiento en sus miembros de una auténtica vida espiritual (y no sólo devocional), más que de ampliar zonas de influencia, de mantener o de aumentar un poder temporal, de imponer obediencia, las Iglesias al fin (¡más vale tarde que nunca!) entrarán en la vía de su misión: no de dominar, sino de servir; no de alistar y adoctrinar, sino de iluminar y estimular la libre creatividad de cada uno.

(36) Los grandes Innovadores y sus mensajes

(17 de julio)[545] A decir verdad, más en "Fundadores de religiones", estaría inclinado a inspirarme en hombres que se pueden llamar los grandes "Innovadores espirituales" de la humanidad: Gautama Buda, Lao-Tsé, Jesús. (Ignoro si hay otros que merecen ese nombre.) Entre éstos, sólo Buda fundó una religión, encarnada por una orden monástica. Según la tradición budista, él habría predicho que esa religión duraría mil años. (Luego haría mil seiscientos años que ya no existe, sin que eso parezca plantear el menor problema a los creyentes budistas...)

En cuanto a Lao-Tsé y Jesús, está bastante claro que su genio propio no los predisponía en modo alguno a ser fundadores de una religión, en el sentido sociológico del término, que implicase una estructura jerárquica en el seno de una Institución religiosa, reclamando una doctrina intangible e inmutable. Además estoy convencido de que el mantenimiento de una doctrina inmutable es totalmente ajeno al espíritu de Buda. Si predijo en cifras redondas que la Sangha viviría durante mil años y no más[546], es que sin duda veía claramente la inmensa inercia inherente a la psique humana, y la esclerosis que acecha a toda institución. Pero la tradición (¡quién lo duda!) no relata ninguna precisión que Buda hubiera hecho en ese sentido.

N 103 ◊Es importante recordar que ni Gautama Buda ni Jesús dejaron ningún texto escrito, y que todo induce a pensar que su enseñanza fue muy deformada por la tradición escrita que nos la ha trasmitido. No podemos dejar de interrogarnos sobre la razón profunda, el sentido de esa extraña circunstancia. Me digo que esos hombres estaban hasta tal punto por delante de su tiempo, que no les habría sido posible decir, y aún menos escribir, en términos claros

[544] Compárese con la nota "Creencia, fe y experiencia" (n[16]).

[545] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La llamada", n^o 42, página 160.

[546] A decir verdad, después de que Buda diera finalmente su beneplácito, muy a su pesar, a que se admitieran mujeres en la orden monástica, habría modificado su predicción inicial (siempre según lo que nos cuenta la tradición): a causa de esa nueva cláusula, la Sangha sólo duraría quinientos años, y no mil. Si se toma al pie de la letra, la Sangha habría expirado poco después de la vida de Jesús, que por tanto habría venido muy a punto para renovar el mensaje de Buda.

y sin metáforas lo que veían y vivían. Eso pudo jugar un papel para disuadirles de dejar un mensaje escrito. Sin embargo, Lao-Tsé dejó un texto, escroto de modo que no fuera inteligible más que a un ser con suficiente madurez espiritual, que entonces puede encontrar ahí alimento e inspiración. Y Jesús, con un espíritu sin duda parecido pero con un estilo muy diferente, creó las parábolas. (Véase al respecto la nota "Jesús creador (2) – o expresión y concepción de una misión" n^o 25.) Podemos pensar que dijo muchas otras que no están recogidas en los Evangelios, y podemos preguntarnos por qué no las consignó por escrito. ¿Simple cuestión de temperamento? ¿Signo de confianza, y respeto lleno de delicadeza hacia la libertad de los discípulos y futuros apóstoles, que no habría querido "atar" con un mensaje escrito, sino a los que quería dejar una total libertad para trasmitir de su enseñanza lo que realmente correspondiera al temperamento propio de cada uno y a la manera en que percibía ese mensaje? ¿O simplemente, la perspectiva muy cercana del Juicio Final? Esto estaría de acuerdo con la circunstancia de que los mismos Evangelios parecen haber sido escritos bastante tarde en la vida de los evangelistas, después de una larga actividad apostólica.

Pero aunque esos grandes "Despiertos" nos hubieran dejado cada uno una obra escrita copiosa y detallada, ésta no dejaría de llevar las marcas del lugar y del tiempo. Seguramente, su misión no era la de disuadirnos, con una falsa fidelidad a su mensaje o a las Iglesias y doctrinas religiosas que surgieron de él, de usar nuestros propios ojos y nuestros propios medios creativos, como ellos mismos nos dieron buen ejemplo.

N 104 $^\diamondsuit$(37) La gran Crisis evolucionista – o una vuelta en la hélice

(19 de julio)[547] Al escribir ese término en mayúsculas, "Mutación", me viene el recuerdo de los ya lejanos años de militancia ecológica y cultural, a principios de los años 70. (Véase la sección "El viraje – o el fin de un sopor", n^o 33.) Desde ese momento tomé conciencia de que el mundo y todos nosotros estábamos involucrados en una Crisis sin precedente. Entonces la llamé "la gran *Crisis evolucionista*", pues por primera vez en la historia de la vida sobre la tierra, después de seis mil millones de años de evolución biológica, psíquica y al final humana, ese extraordinario proceso creador se encuentra amenazado por un final repentino, definitivo, inminente, debido a una cierta lógica inexorable inherente a la sociedad, y a la psique humana moldeada por ella. Estaba claro que para superar la Crisis y escapar al ineluctable Naufragio, hacía falta nada menos que una impensable "*Mutación evolucionista*" a escala de toda la especie humana; una mutación que todo lo que conocía parecía volver no sólo altamente improbable, sino realmente imposible. Esa mutación sería de una naturaleza creativa y de un alcance comparables a los de los principales "saltos" cualitativos en la evolución de la vida sobre la tierra desde sus orígenes (evocados de pasada en la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón", n^o 30). Pero jamás en el pasado tal mutación, al extenderse en millones e incluso centenas de millones o millares de millones de años, se hizo bajo la presión de tal urgencia extrema, y realizó lo esencial (como es necesario actualmente) en el espacio de unas decenas de años.

En los últimos quince años, no he consagrado ninguna reflexión a la Crisis, reflexión que me hubiera parecido totalmente vana, a fuerza de ser sin esperanza – pues lo que se prepara manifiestamente supera con mucho las capacidades de comprensión de la razón y la inteligencia humanas. Pero el temible plazo que tenemos ante nosotros no ha dejado de estar presente – no por una angustia, sino por una *interrogación* inmóvil, como suspendida sobre un futuro próximo, tanto personal como planetario, totalmente "en blanco". Y todos los proyectos a largo plazo tenían un extraño regusto de vanidad total, sobre el fondo de esa interrogación, de ese abismo vacío.

N 105 $^\diamondsuit$Ahora creo haber cumplido una "gran vuelta" en una vasta espiral ascendente que me lleva, no al punto de partida de mi itinerario, hace quince o dieciséis años, sino por encima de él:

[547] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La gran Mutación – o las Iglesias y su misión" (n^o 35), página N 100.

"la gran Mutación *evolucionista*" ha devenido "la gran Mutación *espiritual*" de la humanidad, la llegada de una humanidad al fin *humana*. Con este cambio de perspectiva draconiano, desde un punto de vista más elevado situado en el plano espiritual y no en el de la mera comprensión humana, aparece ahora el *sentido* de esa mutación, que antes sólo era presentida oscuramente. Me daba cuenta de que la Mutación se realizaría en un plano mucho más profundo que el de las estructuras sociales, o el de los "códigos" morales promovidos por la sociedad y profesados y más o menos interiorizados y practicados por sus miembros. Pero como todo el mundo, no tenía más que una percepción de lo más confusa de la existencia de un plano espiritual, e incluso tenía una clara reticencia a utilizar el término "espiritual", por lo asociado que estaba en mí a la jerga religiosa y suscitaba en mí reacciones defensivas bien ancladas frente al adoctrinamiento y los clichés religiosos.

Es verdad que la última parte del recorrido de la "gran vuelta" en la hélice, y la más crucial, no es obra mía ni siquiera parcial, sino la obra de Dios. Ciertamente ¡jamás hubiera podido cumplirla con mis propios medios! Ahora sé que los hombres, ciegos y encadenados por propia elección, no están solos y abandonados a sí mismos frente al temible Umbral que todavía nadie ve (por así decir). Y ahora también sé por Dios lo que jamás habría tenido la audacia de afirmar por mis propias luces, y hoy menos que nunca: ¡que la imposible Mutación *se hará*!

(38) ¿Buda o Jesús? – o la falsa cuestión

(19 de julio)[548] Ni siquiera Marcel Légaut es una excepción a esta regla. Lo que hace aún más sorprendente que en él no haya traza de complacencia frente al pesado pasado ni al mediocre presente de "su Madre y su Cruz", la Santa Iglesia católica. Es cierto que Légaut no ve el cristianismo como una realidad social, sino como una *comunidad de fe* (al menos potencial),
N 106 encargada de encarnar y de transmitir el espíritu y la ◊misión de Jesús (aunque haya sido infiel mucho tiempo a esa misión). Pero ¿no deben verse también el budismo y el taoísmo esencialmente como "comunidades de fe", surgidas de la misión de Buda y de la de Lao-Tsé que se supone han de vivir y transmitir? Si es así, la convicción íntima de Légaut se reduce quizás a ésta: que la persona, la vida y la misión de Jesús tocan de manera más crucial al hombre de hoy, e incluso al hombre de todos los tiempos, que en el caso de los otros grandes Innovadores espirituales de la historia.

Parece difícil conceder un valor objetivo a una convicción de tal naturaleza. Al menos habría que confrontarla con testimonios que no fueran de cristianos, por ejemplo el de un espiritual budista, que tuviera con Buda una relación de filiación espiritual de la naturaleza de la que Légaut testimonia en su relación con Jesús. Me parece entender que tal filiación se supone que se transmite de maestro a discípulo en una tradición ininterrumpida de maestros Zen, desde Buda mismo hasta los maestros de ahora, y no me parece imposible que tal filiación con Buda aún permanezca viva en algunos (sin duda muy raros) de ellos. (Es verdad que los pocos textos que he leído, salidos de la pluma de tres maestros Zen contemporáneos diferentes, están lejos de ir en ese sentido, por decir poco...)

Pero a decir verdad la cuestión no está ahí. Sin duda el extraordinario destino de Jesús me toca con más fuerza, y de lejos, que el de cualquiera de los otros grandes espirituales que he conocido, y no pienso que eso vaya a cambiar. Hecha la reflexión, ir más allá de esta profesión tan personal, como tal vez estuviera tentado de hacerlo, me parece estéril y superado. Las *verdaderas cuestiones* de nuestro tiempo y de la existencia de cada uno están en otra parte. Légaut mismo lo sabe mejor que nadie, y ha sabido ver y plantear claramente esas cuestiones cruciales en medio de la confusión general.

(39) El niño creador (1) – o el descubrimiento del mundo

[548] véase la cita de la presente nota en la nota ya citada (n^o 35), página N 101.

(22 de julio)[549] Al escribir esa línea, tuve una duda, al pensar en los niños, y sobre todo, en los niños muy pequeños, en el niño en los primeros meses o en los primeros años de su vida. Lo que es seguro, es que el niño pequeño *descubre* el mundo, conociéndolo con sentidos y un
N 107 ◊espíritu nuevos. (Me expreso al respecto en las primeras páginas de Cosechas y Siembras, en la sección "El niño el buen Dios" (CyS I, n^o 1).) Pero descubrir, y conocer con todo el frescor de la inocencia, irresistiblemente se me presentan como actos de naturaleza creativa; realmente algo es *creado*, si no un "producto", una obra exterior, al menos algo en el mismo ser que descubre o que conoce: nace un auténtico *conocimiento*, un conocimiento inmediato, de primera mano. Por él se transforma el ser a poco que sea, y será distinto del que era antes de ese acto. Que ese conocimiento caiga en el olvido no cambia nada. Permanece presente en las capas profundas, ciertamente invisibles y quizás inactivas, pero prestas a despertarse, a emerger y actuar, cuando llegue su hora.

Aparte de la ausencia de "producto" tangible, quizás se dude en calificar de "creativo" al descubrimiento del mundo y la toma de conciencia de las cosas por el niño pequeño, porque en él no parece haber traza del *trabajo* que generalmente acompaña a la creación del ser adulto[550]. Sin embargo esta reserva sólo se mantiene si se erige en dogma intangible la afirmación de que toda creación se acompaña de un trabajo. Más vale acercarse a cada situación real permaneciendo abierto a su originalidad propia, y estando atento sobre todo a lo que realmente es la esencia de la acción creativa. Incluso en la existencia del ser adulto, hay a veces (demasiado pocas ¡ay!) destellos de creatividad instantáneos, con actos verdaderamente creativos en respuesta a situaciones imprevistas, en que toda traza de "trabajo" que lo hubiera preparado parece ausente. Se diría que en esos momentos es Dios mismo el que actúa a través de ese ser, cuya única contribución habría consistido en asentir instantáneamente al movimiento de Dios en él, en no oponerle la inercia inherente a la psique por sus mecanismos inveterados. (Éstos tienen una tendencia casi incoercible a desplazar a una respuesta verdaderamente apropiada a la situación, percibida con agudeza en sus resortes neurálgicos.) En el niño esa inercia, debida ante todo a la fuerza y a la preponderancia de la "mecánica psíquica", es incomparablemente menor que en el adulto. Ése es uno de los aspectos de "la inocencia", y también es una de las
N 108 razones, seguramente, por la que ◊en el niño (y sobre todo en el niño pequeño) se encuentra una creatividad que casi siempre parece totalmente ausente, o si no considerablemente embotada y endurecida, en el adulto.

Además nótese que la impresión de que no hay "trabajo" psíquico creativo en el niño está lejos de corresponder a la realidad. Es más bien el reflejo de ideas falsas y de clichés nunca examinados que tienen curso, sin duda desde tiempo inmemorial, tanto sobre el estado de infancia como sobre la creación y el trabajo creativo. *Asimilar* un verdadero conocimiento que acaba de aparecer, *integrarlo* en una imagen global que se está formando, son actividades creativas por excelencia, constituyen un *trabajo creativo* en el pleno sentido del término. Basta observar al niño pequeño para darse cuenta de que tal trabajo se realiza en él con una intensidad raramente o nunca alcanzada de un adulto incluso en periodo plenamente creativo. Lo que confunde es que en el niño, y sobre todo en el niño pequeño, ese trabajo no consiste (y con razón) en una *reflexión* razonada consciente, sino que se realiza totalmente en capas más profundas de la psique. Eso no le quita nada al carácter intensamente creativo de ese trabajo, comparable, a nivel de la psique, al trabajo en el plano ante todo orgánico que se realiza durante la vida embrionaria desde el momento de la concepción. Esta vez se trata, a *partir de una nada* casi total, de constituirse

[549] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44) página 168.

[550] En los "cuatro tiempos" que he distinguido en el "ritmo de la creación", en la sección "Cuatro tiempos para un ritmo" (n^o 12), uno de esos tiempos es justamente el del "trabajo" creativo. Y sin embargo, como vamos a recordar en un momento, ¡hay actos creativos sin traza de trabajo! Como que mi atractiva descripción rítmica de los famosos "procesos creativos" sólo parece funcionar cuando realmente hay un "proceso", y no un simple acto creador aparentemente aislado, como surgido de la nada. Todo el mundo se equivoca – ¡lo siento!

una imagen del mundo a la vez "operacional" en el plano material, y adecuada y satisfactoria en el plan de las exigencias internas provenientes de la misma psique. Igualmente ese trabajo pone en juego una energía psíquica considerable, sin comparación con la que pone en juego un adulto incluso intensamente activo. Ésta es también, sin ninguna duda, la razón por la que el niño pequeño necesita mucho más sueño que el adulto, y esto tanto más cuanto más pequeño es. Durante el sueño profundo y copioso es cuando "bombea" la energía psíquica (el "agua de Eros", en la simbología de algunos de mis sueños) que necesita para el intenso trabajo al que ha de librarse (sin saberlo, ciertamente, ¡ni pensar en darse mérito alguno!).

Una vez visto esto, creo que no es exagerado decir que el niño realiza, en calidad y en cantidad, una actividad creativa (o una "obra" en el pleno sentido del término) más considerable (y con mucho) en los dos primeros años de su vida, que la que desplegará en el resto. (Excepción hecha solamente de algunas existencias excepcionalmente creativas.) A partir de los cinco o seis años, por regla general, la existencia humana ya se encuentra encerrada en las rutinas en que toda creatividad esta casi totalmente ausente.

N 109 ◊Uno de los grandes retos de la aventura espiritual del alma durante una de sus existencias terrestres es justamente llegar, en contra de la presión del Grupo, a permanecer fiel a su vocación con una vida creativa por poco que sea. Incluso podríamos decir que *el* gran reto (que el alma misma ciertamente ignora, hasta tanto haya llegado a un grado de madurez suficiente) es que esa vida no sea sólo creativa al nivel simplemente "mental" en que lo ha sido en sus primeros años, sino que sea creativa *espiritualmente*. Eso significa también que durante esa existencia terrestre, el ser ha *madurado* espiritualmente, o (como diría Légaut) que se ha "profundizado" interiormente. Ha progresado en el camino de su devenir espiritual, en ruta hacia sus últimos reencuentros con el Huésped invisible que hay en su ser. Ha colaborado (quizás sin saberlo) con los Designios de Dios sobre el Mundo, en los que el destino eterno de todo alma está misteriosamente e irreemplazablemente incluido. Esa vida no ha sido vivida en vano, y no tendrá que "repetirla", cual un mal alumno que hubiera estado en Babia todo el año. Ese alma, en su próxima existencia terrestre e incluso quizás en el Más allá desde antes de renacer, en vez de repasar una y otra vez las mismas lecciones no aprendidas, estará madura para las nuevas tareas a las que su karma (con la discreta asistencia de Dios) no dejará de enfrentarla.

(40) El niño y su domesticación – o el visitante inoportuno

(22 de julio)[551] Se trata de un sueño que pone en escena, con un tajo simbólico, el ciclo de nacimientos por el que he pasado hasta ahora. Sugiere que el alma, antes de alcanzar cierto grado de madurez, pasa por sus sucesivas encarnaciones de manera *temerosa*, en su relación con los demás, como si tuviera miedo de ser importuna. Los demás, incluyendo sus "parientes", le son (desde el punto de vista espiritual, se entiende) totalmente extraños. Con ese sueño creí comprender que las disposiciones temerosas son una herencia de la larguísima porción inicial del ciclo de nacimientos, antes de que el alma se elevase al nivel de las encarnaciones humanas. Al guardar el recuerdo (profundamente oculto en el inconsciente) de esos antecedentes en forma animal, esa vertiginosa promoción le intimida. Es como un patán que, sin transición aparente, fuera llamado a vivir en una mansión distinguida. Lo cierto es que a menudo he sentido, no en mí es cierto sino en otros, tales disposiciones de profunda inseguridad ocultándose tras un

N 110 "personaje", ◊y a menudo tras una suficiencia o una arrogancia que claramente o es más que una compensación a esa profunda inseguridad, a esa verdadera subestima, e incluso ese desprecio de sí mismo. He tenido amplia ocasión de hablar de ello un poco por todas partes en Cosechas y Siembras, e incluso ya desde el principio, en la sección "Infalibilidad (de los otros) y desprecio (de sí mismo)" (n^o 4).

[551] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^o 45), página 171.

Me había parecido que el origen de ese desprecio de sí mismo, que sólo es uno de los innumerables rostros de ese "miedo a crear", estaba exclusivamente en la domesticación sufrida en la tierna infancia. Ese sueño me hizo entrever un origen más oculto, que implicaría que incluso el recién nacido no estaría exento de esa subestima, de ese miedo; o al menos, ahí habría en él una disposición espontánea, como un "punto débil", como el inicio de una fisura secreta. La represión social actuaría entonces a la manera de una "moneda", que se metería a mazazos en esa fisura preexistente, para agrandarla al máximo y hacer de ese ser originalmente *uno*, creativo por esa misma unidad profunda, el ser profundamente dividido y aparentemente incapaz de crear que será (salvo raras excepciones) a o largo de su vida adulta.

Retomemos el ejemplo de hace un momento, en que "el patán" es el recién nacido (!), recordando no obstante que "desembarca" en esa existencia terrestre después de haber pasado ya por millares de existencias terrestres anteriores (y probablemente millones o centenas de millones, si contamos sus encarnaciones en forma animal e incluso vegetal...). La "familia distinguida" que lo acoge es por supuesto la sociedad humana. Suponiendo que la familia le acoja con afectuosa sencillez, sin resaltar la falta de educación y de maneras del recién llegado, éste, a pesar de su handicap que desde ahora ya no le pesará más, no tendrá ninguna dificultad en sentirse cómodo con los que así le acogen y en aprender, con su discreta ayuda, las buenas maneras que le faltan. Por el contrario, si es tratado como un salvaje al que hay que domesticar deprisa y corriendo (igual que cada uno de ellos mismos fue tratado – pero eso no lo dice ni lo recuerda...), entonces el handicap inicial, de poca importancia por sí mismo, se volverá muy pesado e incluso redhibitorio. Ese ser tosco quizás se transforme en un mono amaestrado, pero mucho le costará comportarse con naturalidad y con gracia – es decir "ser él mismo" en ese nuevo medio, con cuyo contacto se habría transformado creativamente.

Por supuesto, tal ser resiste mejor que tal otro a la domesticación social, incluso cuando esa doma no ha sido menos dura para él que para el otro. Pienso que eso se debe sobre todo, casi siempre, a la diferencia de madurez espiritual al nacer. No es necesario tener una sensibilidad
N 111 excepcional ◊para percibir las grandes diferencias de madurez entre niños de poca edad, ni para ver con evidencia en cierto niño, que sin embargo aún no tiene la edad de hablar, una madurez excepcional, que ninguno de los adultos que lo rodean alcanzará durante toda su existencia, de lo lejos que están de ella. En ese niño vive una comprensión tácita de la existencia humana, que no necesita palabras ni pensamientos conscientes para actuar eficazmente, y hacerle resistir a un ambiente castrante que lesionaría sin esperanza a cualquier otro.

Es posible que la mayoría de los hombres conocidos por una vida espiritual particularmente fecunda, por una influencia excepcional, hayan tenido desde su nacimiento una madurez igualmente excepcional[552]. La potencia de la obra espiritual de uno de tales hombres es el fruto común de esa madurez inicial (ella misma fruto de todas las fidelidades a sí mismo a lo largo de todas sus existencias anteriores...), y de su fidelidad en la existencia actual. Esa madurez inicial es el "talento" del que habla la parábola[553], que ese hombre, fiel servidor de los Designios de Dios, multiplica: al final de su vida, uno de los frutos de la obra espiritual de esa existencia es esa madurez multiplicada, la nueva madurez de su ser. La que encontrará intacta más allá de

[552]No hay duda de que ya desde niño Jesús debió ser de una madurez excepcional – lo que no impide que en muchos aspectos fuera "un niño como los otros". Pero esa madurez inicial seguramente no tenía comparación con la madurez final que alcanzó Jesús durante los meses o los pocos años de su ministerio, que culminan con su Pasión y su muerte plenamente aceptadas.

Por el contrario, parece que sus discípulos eran originalmente seres bastante toscos. Su obra espiritual después de la muerte de Jesús seguramente es mucho más el fruto de su fidelidad a su misión, y de su filiación espiritual de Jesús que aquí ocupa el lugar de "talento" inicial (que ellos supieron apreciar en su inestimable valor y hacer fructificar), que de una madurez inicial de las más modestas. El caso de San Pablo, que no había conocido a Jesús en vida, sería a este respecto (como en muchos otros) diferente del de los otros apóstoles. En el momento en que entró en su misión siguiendo una llamada muy clara de Dios, ya estaba (parece ser) en posesión de medios excepcionales.

[553]Véase Mateo 25, 14–30. Recuerdo que en la citada parábola el "talento" designa una unidad monetaria.

su muerte como su nuevo "talento" que ha de hacer fructificar, en su nuevo nacimiento.

N 112 ◊(41) Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano

(23 de julio)[554] Me expreso de forma más detallada sobre este "misterio de la represión", o el misterio del conflicto en el hombre, en Cosechas y Siembras[555]. Entre los misterios de la existencia humana, éste es el que me interpela de manera más insistente y más imperiosa desde que comencé a enfrentarme a las cuestiones que plantea al espíritu su propia aventura. Para mí es inseparable y casi indistinguible del "*enigma del Mal*". Cuanto más lo miro, más me convenzo de que es *la represión la que crea el "Mal"*, y no las pulsiones, surgidas de Eros y del "yo", que hay que controlar[556] (o, más creativamente, de *subordinar* a los movimientos de la psique que son de naturaleza espiritual y procuran su maduración). Con más precisión, la represión crea el "Mal" en su forma más radical, la que está en la raíz de todos los males propios del hombre ([43]), a saber: en forma de desprecio de la realidad espiritual del hombre, es decir de *desprecio de Dios* en el pleno sentido del término.

Hay otro misterio del que sólo he tomado claramente conciencia en estos últimos meses y sobre todo al escribir el presente libro, y que me intriga cada vez más: es el de la parte de Dios y la del hombre en los procesos creativos en la psique. Lo he rozado aquí y allá[557], sin detenerme en él. Está en el corazón de la relación entre la psique y "su Huésped"[558], dicho de otro modo entre el alma humana y la presencia de Dios en el alma. Comprender uno es comprender el otro.

N 113 Parecería que en las capas ◊más profundas del Inconsciente, aquellas en que mora su Huésped y a la vez lugar del que brota la creatividad del ser[559], hay una interpenetración íntima, una consubstancialidad entre el Huésped y la psique misma. Allí éstos parecen tan indistinguibles (al menos al espíritu humano que se esfuerza mal que bien en "situarlos" con ayuda de sus manifestaciones aparentes en el campo consciente, hasta donde puede distinguirlos...) como dos líquidos o dos gases de naturaleza diferente (?) íntimamente unidos y consubstanciales en un mismo recipiente. Quizás incluso no fuera demasiado temerario aventurarme aquí a sugerir (en contra de lo que reiteradamente he sostenido y con la mayor energía[560]) que en las capas más profundas, ¿no somos nosotros mismos de naturaleza divina, verdaderamente indiscernibles de Dios – cual una florescencia de Dios en ese lugar del Universo (lugar material y lugar psíquico o espiritual...) que ocupamos y en el que actuamos? Y que la "maduración" o "la profundización" de nuestro ser, durante una existencia terrestre igual que a lo largo de nuestros sucesivos nacimientos, ¿no consistiría en una especie de "difusión" progresiva de esa esencia divina que hay en nosotros, confinada originalmente al fondo del Inconsciente, en dirección a las capas superiores y finalmente hasta la consciencia misma? ¿Igual que un fruto madura desde su

[554] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^o 45), página 172.

[555] En la nota "El misterio del conflicto" (CyS III, n^o 131).

[556] Eso es lo que ya se afirma en la sección de antes de ayer (cf. la penúltima nota a pie de página), desde el párrafo que sigue al signo de reenvío a la presente nota.

[557] La primera vez en la nota a pie de la página 16, en la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^o 7). Véase también la nota "El uno y el infinito" (n^o 3), y "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro" (n^o 9).

[558] Esta imagen del "Huésped" (de la "pequeña familia"), para la presencia de Dios en la psique, se introduce en la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

[559] Me parece que es el mismo "lugar", en las capas más profundas del Inconsciente y allí donde éste se arraiga en el cuerpo (o el cuerpo se arraiga en él...), del que brota la creatividad en todas sus formas, tanto en forma de pulsión erótica (en su expresión a nivel de los sentidos y de la inteligencia) como en la creatividad propiamente espiritual.

[560] A decir verdad, ¡todo este libro está escrito en una óptica decididamente opuesta a la que me dispongo a "aventurar"! Pero quizás las dos no sean tan incompatibles como pudiera parecer, y se correspondan ambas con aspectos diferentes de la realidad. Es en la citada nota "El uno y el infinito" (n^o 3) donde el punto de vista "separatista", que pone el acento en la distinción de naturaleza entre la psique y su Huésped, me parece más perentorio.

núcleo, asiento y encarnación de su fecundidad, para extenderse hacia la piel en contacto con todas las influencias e intemperies del mundo exterior?

Al menos esa podría ser *una* de las imágenes, necesariamente parciales e imperfectas, con las que podemos intentar representarnos, según nuestros limitados medios, una realidad que quizás siempre se le escape al entendimiento humano. Parece sugestiva y por eso seductora, ¡lo importante es no fiarse de ella sin reservas! Incluso en Jesús, que al final de su misión humana llegó a la unión perfecta con "la voluntad del padre", esa voluntad *no* era la suya, sino que la transcendía aún en momento último en que se terminaba y se cumplía la vida humana de Jesús[561].

N 114

◊(42) Jesús recrucificado – o el ser frente al Grupo

(24 de julio)[562] Desde ayer he repensado en esos dos misterios en cierto modo "extremos": en un lado el de la represión y el "Mal", producto de la represión; al otro el del *Huésped* invisible y de Su voz tan baja, tan despreciada, tan raramente oída y aún menos escuchada, fuente secreta de todos los movimientos íntimos y de todos los impulsos que (si son acogidos y asumidos) hacen de nuestra vida una creación, una aventura verdaderamente humana. Ahora creo ver en ellos los dos misterios fundamentales de la existencia humana, como los dos "*polos*", o los dos postes entre los que está tendida esa "cuerda floja en la que se juega de nacimiento en nacimiento su aventura espiritual"[563]. Es el doble enigma de la silenciosa *presencia de Dios* en la psique, encarnación viva y siempre inalcanzable del "*Bien*", de la autenticidad creativa del ser – y (frente a ésta) del desprecio de esa presencia, del *desprecio de Dios*, profundamente implantado en la psique por la presión inexorable y sigilosa del Grupo que dice ser (al menos al principio y aún hoy) de la "Ley de Dios" de la que se erige Guardián.

Con todo su inmenso peso (en nombre de "Dios", o en nombre de "valores", cada vez más irrisorios, que ocupan Su lugar para fundar el espíritu de la Ley) el Grupo aplasta al hombre para hacerle renunciar a su verdadero y secreto "derecho de primogenitura", a la creatividad que vive en él y a la presencia de Dios que es su alma, a cambio del abundante "plato de lentejas" del confort interior y de la seguridad ficticia que le proporciona su asentimiento incondicional a la presión del Grupo y a su propio estancamiento espiritual. Esta acción castrante, "mediocrizante" del Grupo en modo alguno es (me parece) el mero resultado o la "suma" de la "mediocridad" de sus miembros. Cada uno de éstos, aunque él lo niegue, ¿no es de esencia creadora a imagen de Dios, no es, a los ojos del mismo Dios, un ser único e irreemplazable en la misteriosa armonía del

N 115

Todo? Cada vez más ◊tengo la impresión de que el Grupo tiene una existencia y una naturaleza propias, que trascienden las contribuciones juntas (sea en "mediocridad", o en "autenticidad" y en "creatividad") del conjunto de sus miembros[564]; que es de naturaleza totalmente diferente a la de éstos y a la del "conjunto" que forman, e investido (¿por Dios?) de un papel muy diferente. Encarna "la Ley", el inmovilismo, la inercia, la ceguera total para la realidad espiritual, cuando no es (si una fidelidad lo obstaculiza) un rigor sin piedad frente a los pocos que, a pesar de todo, están atentos.

Así es cómo el pueblo judío, el "pueblo de Dos" entre todos[565], mató a sus profetas en vida, para glorificarlos (y glorificarse por eso mismo) una vez muertos e incapaces de molestar.

[561] Véase al respecto el final de la nota "Misión y creación – o Jesús creador (1)" (n^o 23).
Véase la continuación de esta reflexión en la nota del día siguiente, en que vuelvo sobre el sentido de la crucifixión de Jesús que acabo de evocar.

[562] La presente nota es una continuación de la precedente, de la víspera.

[563] Cita extraída de la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^o 45, cf. página 172), a la que se refiere la nota anterior (que la presente nota prolonga).

[564] Cuando aquí hablo del Grupo, se entiende como sinónimo de "la Sociedad", y designa en todo caso (si se toma en sentido literal de un grupo de hombres) un *gran* grupo, encarnando una "cultura" o un "ambiente cultural" dados, a escala pues de un pueblo o al menos de una tribu. Por ejemplo, lo que digo del Grupo y de su papel no se aplica a las "comunidades de fe" en la acepción espiritual que Légaut da a esa expresión.

[565] La "Ley de Moisés", fundamento de la extraordinaria cohesión del pueblo judío, dejando aparte su espíritu

Pero es en la *muerte de Jesús*, más grande que todos los profetas, donde esa tensión inmemorial entre pesadez y creatividad, entre lo "social" y lo "espiritual", entre los determinismos del grupo y la libertad del ser, entre el desprecio de lo divino y Dios despreciado, toma su expresión más llamativa, la más absoluta y la más ejemplar, la más fulgurante – de ella se desprende un *sentido* hasta tal punto deslumbrante que el hombre subyugado por el Grupo ha permanecido ciego ante él hasta hoy en día[566]. Los apóstoles se apresuraron en evacuar ese sentido incomprendido (y
N 116 sería poco oportuno reprochárselo), invocando el misterio de la "voluntad de Dios": ◊es Él y no nosotros el responsable, y en Su infinita bondad, Él mismo ha exigido y aceptado esa muerte sangrienta como acto "propiciatorio" (ése es el nombre erudito, si mal no recuerdo) en rescate de "nuestros pecados". En claro: como ya hemos crucificado a Jesús, Su Hijo bienamado, conforme a Su voluntad, en el futuro será menos severo con nuestros pecados (por supuesto a condición de que nos arrepintamos y, sobre todo, de que creamos férreamente en esa versión de la historia...).

Después de dos mil años de que gracias a ese gran hecho nuestros pecados fueran rescatados, a éstos les va de maravilla y proliferan más que nunca. Y la Santa Iglesia no ha sido ajena a las permanentes cosechas de violencia y a las siembras que las han preparado. Ya con san Pablo, el más prestigioso de los apóstoles y el verdadero Fundador y Padre de la Iglesia, ésta se ha identificado en cuerpo y alma con el Grupo y con las potencias y los poderosos que lo gobiernan – frente al ser solo y desnudo bajo la mirada de Dios que se calla. Y después de que Jesús muriera ignominiosamente a manos de la Antigua Iglesia, millones y millones de veces la Iglesia Nueva y triunfante de nuevo lo ha crucificado ignominiosamente, en nombre de Dios y en nombre del Cristo y del Espíritu Santo, con la bendición del papa y el concurso unánime de todos los "fieles", con la buena conciencia y el confort sin problemas del deber cumplido[567]. *He ahí* el sentido y el "misterio" de la muerte del hombre Jesús, despreciado y escupido en la cara y blasfemado y clavado en la cruz por todos los justos, por todas las gentes virtuosas todos los sabios todas las gentes como debe ser, desde la noche de los tiempos quizás pero desde hace dos mil años *con conocimiento de causa* (aunque nos hagamos el tonto y el que no se entera de nada...). Y por eso mismo todos y cada uno a cual más desprecian y crucifican y blasfeman lo más valioso que hay en ellos, renegando de sí mismos y de Dios en señal de humilde y total sumisión y lealtad al Grupo y a sus potencias, representadas o avaladas sin reservas por la muy Santa Iglesia.

¿Hubo jamás palabra humana más clara: "*Lo que hicisteis al último de entre vosotros, conmigo lo hicisteis*"? Desde hace dos mil años los predicadores se superan en elocuencia religiosa sobre "el Cristo" y sus misterios, millones de toneladas de piadosos y doctos comentarios sobre
N 117 las palabras de un ◊hombre llamado Jesús han sido vertidas sobre este mundo pecador, a cada palabra y cada coma de los Evangelios (sin contar las Epístolas pastorales) le han dado vueltas y vueltas en todos los sentidos miles de millones de veces – pero el *sentido* bien claro de esas palabras (como de muchas otras igualmente claras) hay que pensar que ha sido ahogado en esos ríos de elocuencia biempensante, aplastado bajo esas toneladas de papel y bajo el peso aún mayor de las costumbres y de la buena conciencia colectiva y del sacrosanto confort de las muy

---

de equidad, se distingue por un carácter represivo extremo (ante todo a nivel de la moral sexual), que la distingue de todas las religiones y leyes "paganas" por el clima cercano al terror que mantiene alrededor del sexo. Éste es uno de los casos más flagrantes en que los "designios de Dios" me siguen siendo particularmente misteriosos. A ello se añade que la historia del pueblo judío, tal y como se desarrolla ante nosotros a través del extraordinario relato del Antiguo Testamento, puede ser vista como la historia de las infidelidades a la Ley de ese pueblo y de sus reyes, constantemente atraídos por la seducción de las religiones y las costumbres mucho más "cool" de los pueblos paganos limítrofes.

[566] Por lo que sé, el primer cristiano en haberse desprendido de ese estado de "ceguera" general es Marcel Légaut. Véase al respecto la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20), donde también aparece la visión de Jesús "recrucificado millones y millones de veces", que nuevamente se me ha impuesto al escribir el párrafo siguiente.

[567] Véase, para un desarrollo más detallado en este sentido, la sección "Dios habla en voz muy baja" (n^o 36), e igualmente la nota sobre Marcel Légaut citada en la nota a pie de página precedente.

santas y tranquilizadoras Iglesias...

Sólo Dios se calla. Y el Hombre, hijo de Dios y el último de los sarnosos, cuelga pesadamente de sus clavos profundamente clavados y sangra.

(43) Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil

(25 y 26 de julio)[568] Cuando hablo del "Mal" (con o sin mayúscula) nunca pienso, como suele hacerse, en el sufrimiento como tal, en la enfermedad, en la muerte o en las desgracias de todo tipo que pueden golpearnos a nosotros o a los que amamos. Ese sufrimiento, por desgraciado que sea, es inseparable de la vida, tanto del hombre como de los animales y las plantas. Cuando el hombre alcanza cierto nivel de madurez, aunque siga estando más o menos sometido al poderoso reflejo psíquico que nos empuja a querer evitar el sufrimiento, éste no se le presenta como un "mal" por sí mismo, sino como un ingrediente necesario e indispensable de su experiencia de la vida y como un medio para su maduración. La mordedura de tal sufrimiento no tiene comparación, no es de la misma naturaleza que el infligido por la experiencia, que siempre desconcierta y te coge desprevenido, de la *maldad* de los hombres. Ésta es propia del hombre, bestias y plantas la ignoran. Bien diferente de la simple agresividad (que tenemos en común con las bestias), la maldad consiste en una voluntad consciente o inconsciente (y en el fondo poco importa la diferencia) de hacer sufrir. de dañar, incluso de mutilar o de destruir un ser vivo, bestia o persona, extraño o cercano (incluso, descartado todo escape, a uno mismo...). A menudo recubierto y oculto por las apariencias más anodinas del egoísmo, es bajo la forma de
N 118 "violencia gratuita" como la maldad humana es ◊más inquietante, hasta el punto que le quita el aliento al que repentinamente se encuentra golpeado en pleno rostro, como en desconcierto repentino ante lo que "sobrepasa al entendimiento"[569].

La maldad en el hombre se me presenta como una de las "vertientes", la *vertiente "yang" del "Mal"*. La otra vertiente, la vertiente "yin", inseparable de ella, es "la actitud de huida" ante la realidad[570], el rechazo a conocer a nivel consciente la realidad tal y como es verdaderamente, tal como nos la revelan nuestras "sanas facultades" y nos es conocida en las capas más o menos profundas del Inconsciente. A decir verdad, muy raros son los actos de maldad que pueden cometerse con pleno conocimiento de causa. Sólo la actitud de huida, en uno mismo o en otro que sea víctima o testigo "del mal", es la que hace posible ese mal o al menos, hace posible que el mal latente se exprese y realice.

Parece que Jesús veía en esa "ignorancia de huida", que consiste en cerrar los ojos ante el sentido de los propios actos y de su malignidad, una circunstancia atenuante del mal, cuando rezaba: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Sin embargo dudo que esa oración de Jesús haya sido escuchada[571] por los que le golpeaban y le insultaban y se burlaban de él,

[568] Véase el reenvío a la presente nota al principio de la nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano" (n^o 41), página N 112.

[569] A lo largo de "La Clave del yin y el yang" (CyS III) me explayo sobre el hecho crucial de la existencia de esa violencia en la vida humana y en la psique, y y aparece en insistente filigrana a través de todas las partes de Cosechas y Siembras.

[570] Ya hemos encontrado es "actitud de huida" por todas partes en este libro, aunque sólo sea porque constituye con mucho el principal obstáculo para una comprensión de sus sueños, y también de su vida, y del mundo y de la existencia en general. Me expreso al respecto desde la sección 1, "Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo". Hago una tentativa de dar cuenta mal que bien de la asombrosa *enormidad* de la realidad de la huida a través de algunos de sus aspectos más delirantes, en la sección "La Broma y la Fiesta" (n^o) del 8 de mayo (pero colocada en un capítulo posterior). Cuando la humanidad haya superado ese estadio verdaderamente grotesco de su desarrollo (su "enfermedad infantil", como escribiré más adelante), seguramente será tan impensable para los hombres de entonces llegar a imaginarse que ese estado delirante (que no conocerán más que a través de lo que les relate la historia de nuestra especie) haya podido existir realmente, como nos es imposible imaginar ahora el cuadro de una humanidad que haya llegado a un estado realmente humano.

[571] Es chocante y significativo que Jesús tenga un lenguaje totalmente distinto, en ese mismo contexto de "los que no saben lo que hacen", cuando el que es golpeado por la maldad o la dureza de corazón es otro, aunque sea

N 119 como una magnífica ocasión para desahogarse a gusto de sus angustias ◊no asumidas y de sus impotencias, con un hombre en quien oscuramente sentían una grandeza que se les escapaba. Seguramente el karma creado por un acto malvado no se borra con el perdón sin reservas del que paga los gastos, ni siquiera por su deseo de que sea borrado (suponiendo que el perdón se acompañe de tal deseo, como quizás fuera el caso de Jesús). Tal vez sea modificado de alguna manera misteriosa, pero (estoy íntimamente convencido de ello) sólo puede ser "borrado", o mejor *transformado* (en conocimiento espiritual) por el que ha cometido el acto, al asumirlo en todo su alcance y en toda su significación, por un acto de contrición o por algún otro acto de toma de conciencia del acto anterior y de su naturaleza perversa, y de su plena responsabilidad por ese acto y por todo lo que implica.

No es raro que el condicionamiento promueva directamente actitudes que se exteriorizan en actos que se emparentan con la "violencia gratuita". Tal es el caso de las violencias raciales, o de aquellas ligadas a la "conciencia de clase" y a las actitudes ofensivas y defensivas que se derivan (tanto en las clases pudientes o dirigentes, como en las clases desposeídas a la hora de la revancha). Pero tales influencias no forman parte de la naturaleza misma del condicionamiento represivo, sufrido por todos los hombres desde la noche de los tiempos. (Por ejemplo, tanto yo como mis hijos y mis nietos no hemos sido afectados por tal incentivo *directo* del desahogo de las pulsiones de violencia.)

Por el contrario, en *todos* los casos la represión sufrida en la infancia "crea el Mal", en su forma "violenta" o "yang", de manera *indirecta*, y esto doblemente. Por una parte, al imponer a la psique la actitud de huida[572], que *vuelve posibles* (como acabo de señalar) disposiciones y actos
N 120 de maldad al amparo de la ignorancia en que ◊nos mantenemos sobre su verdadera naturaleza, sin la cual no se podrían mantener ni realizar. Ciertamente esto no tendría consecuencias en ausencia de "pulsiones malvadas" en la psique, es decir de una predisposición a despreciar, odiar, hacer sufrir, dañar, mutilar o destruir – en suma, a ejercer un *poder* por el que se afirma (de hecho, o simbólicamente) una *superioridad* sobre otro ser, en *compensación o en desahogo* al sentimiento irremediable de profunda impotencia, o de mutilación y de ultrajes sufridos (pero de los que todo recuerdo está oculto, a menudo para siempre jamás, en las profundidades del Inconsciente[573]). Ahora bien, tal mutilación ha sido realmente infligida por la represión sufrida, a través de la negación de sí (de sus pulsiones como de sus "sanas facultades") que ésta ha impuesto; y ese sentimiento de impotencia profundamente enterrado es realmente la expresión de una realidad ("irremediable" sin duda mientras el alma no se enfrente a ella y no asuma esa

" último de entre nosotros". Es cuando dice (como recuerdo al final de la nota anterior "Jesús recrucificado – o el ser frente al Grupo"): "*Lo que hicisteis al último de entre vosotros, conmigo lo hicisteis*". Se trata del Juicio Final, en el Evangelio según San Mateo (25, 31–46), donde los que serán puestos a la izquierda del Rey alegarán ignorancia: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Pero en vano: "Esos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna". ("Los justos" son los que hayan tenido conmiseración del "último de entre nosotros", del que tenía hambre o sed, o era forastero, o estaba desnudo, o enfermo, o en la cárcel...)

[572] Véase la sección "La represión – o la cuerda floja" (n^o 45), en que describo esa acción inmediata de la represión.

[573] Ese "sentimiento irremediable" proviene del yo, y está localizado (al igual que el "recuerdo" que ha ocultado) en capas del Inconsciente que casi siempre son profundas, pero sin llegar a aquellas (evocadas en la penúltima nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano", n^o 41) que son la morada del Huésped y donde nacen los procesos creativos de la psique. Al nivel de esas capas tan profundas, a las que el yo no tiene ningún acceso, vive el conocimiento de nuestro poder creativo en el pleno sentido del término. Pero ese conocimiento está bloqueado por fuerzas egóticas de una potencia prodigiosa, que le impiden subir hacia capas más cercanas a la superficie – tanto miedo tiene el hombre a su propia creatividad, a consecuencia de la represión social sufrida. La extraña y sin embargo casi universal situación de la coexistencia simultánea, a diferentes niveles de profundidad, de esos dos conocimientos en apariencia incompatibles: el de la impotencia, y el del poder creativo en el ser, es descrita con algún detalle en "La Clave del yin y el yang", en la nota "Los dos conocimientos – o el miedo a conocer" (CyS III, n^o 144).
En cuanto al mecanismo de "compensación y desahogo" (o de "desplazamiento de un rencor acumulado"), véase también la nota "La causa de la violencia sin causa" (CyS III, n^o 159).

realidad[574]).

Así, en tanto que "*mal infligido*" a un ser (aunque sea sin intención de infligir un mal),
N 121 la represión crea irresistiblemente (por un ◊efecto de "transmisión del karma") la secreta predisposición a "infligir el mal"; a infligirlo sin otra causa ni razón e independientemente (y a menudo en ausencia) de todo agravio consciente o inconsciente en contra de aquél al que se le inflige, e incluso (en los casos límite) de quién es él y de las relaciones (cuando hay relaciones[575]) que se tengan con él. Esta forma de interiorizar y acumular, como un "rencor vacante" siempre presto a desahogarse cuando la ocasión es propicia, las agresiones y las mutilaciones sufridas, y sobre todo las sufridas por el ser dejado a merced en su tierna infancia, me parece que es uno de los mecanismos más ocultos y más cruciales de la psique humana. Es tanto más irreprimible cuanto sus resortes están más profundamente enterrados en el Inconsciente. La forma en que reaccionamos a sus intimidaciones me parece uno de los principales aspectos de la calidad espiritual de nuestra existencia. Pocos seres están totalmente exentos, y considero una gracia insigne el haberme encontrado con uno en mi existencia[576]. Tal ser ha desaparecido ya en tanto que agente y causa de creación de karma: el mal que le alcanza desaparece sin repercutir y sin transmitirse a otro.

Seguramente Jesús era uno de esos benditos seres, si no ya al nacer (no sabemos nada de esa infancia), al menos durante su misión. Es en ese sentido en el que sin duda está justificado decir que Jesús era "sin pecado". Es posible que tal estado sólo se alcance cuando la vanidad, tan tenazmente arraigada en el yo e inseparable de su hambre de grandeza, se desvanezca sin dejar traza.

N 122

◊* *
*

Esto me lleva a la cercana Mutación espiritual, que veo como un poderoso inicio, bajo el empuje de Dios, de un proceso a escala de la humanidad entera, llamado a durar siglos, e incluso milenios, hasta su culminación.Visto como un proceso de transformación del Grupo y del espíritu del Grupo, su verdadera razón de ser será suavizar progresivamente y hacer desaparecer el carácter represivo del Grupo, y por eso mismo, esa "actitud de huida" que imprime en la psique, profundamente implantada en nuestros días igual que lo fue (parece ser) en todos los tiempos.

Esto supera, creo, las posibilidades del espíritu humano de hacerse una idea realista de tal transformación. La condición humana, tal como la conocemos en el presente, será profundamente

[574]Tal era mi convicción al menos hasta el año pasado. Lecturas recientes, y sobre todo la de los libros de Marcel Légaut, al darme a conocer ciertos hombres de gran creatividad espiritual, me llevan ahora a matizar esa convicción. Me doy cuenta de que la "fidelidad" a uno mismo, en el sentido en que la entiende Légaut, es decir el asentimiento a la creatividad espiritual que brota de las profundidades de la psique, no pasa necesariamente por el conocimiento de sí mismo en el sentido en que yo lo entiendo, como ha sido mi caso. Afortunadamente, visto que no conozco a nadie salvo mi modesta persona que practique ese deporte de lo más exclusivo del mundo...

[575]Sin embargo puede decirse, pienso, que cuando se ejerce una "pura maldad" (siempre sentida como una *violencia* por su misma gratuidad), el que la hace proyecta en el que la sufre un rencor "vacante" que proviene de la represión sufrida en la infancia, en la impotencia de "represaliar". (Véase la nota 159 de CyS citada en la penúltima nota a pie de página). Puede considerarse pues que ese rencor de "propósito deliberado" forma parte de la relación con el que se toma como blanco de una violencia gratuita. A menudo hay una animosidad tan real como si ese rencor hubiera sido provocado por un daño causado por el otro, y ese sentimiento de animosidad basta (¡no seamos exigentes!) para "justificar" el acto de violencia, en la convicción íntima del que se libra a él (véase "La violencia del justo", CyS III, n^o 141). Pero también ocurre que la violencia se ejerce sin estar acompañada de los sentimientos de animosidad (ni siquiera inconscientes, creo) que generalmente "le dan picante" y aumentan el placer (en este caso totalmente inconsciente) que acompaña al ejercicio de la violencia. Véase al respecto en "La Clave del yin y el yang" la nota "Sin odio y sin piedad" (CyS III, n^o 157).

[576]Se trata de Rudi Bent, que conocí con familiaridad en mi infancia. (Véase la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles", n^o 29.)

transformada, metamorfoseada, elevada a un plano de existencia del que nada en la historia de los grupos y comunidades puede dar una idea. A decir verdad, lo que ahora conocemos (casi siempre por una experiencia y una aprehensión muy confusa y periférica) como "condición humana" no es más que la condición del hombre en la sociedad humana, antes de que él y ella alcancen plenamente la realidad humana. Hasta hoy el hombre ha sido un animal enfermo y miedoso, asustado por el devenir humano que se gesta en él, más que ser un hombre. La presión del Grupo ha implantado o al menos cultivado y exacerbado en él ese miedo[577], esa impotencia de ser, manteniéndole como suspendido entre sus orígenes animales y su finalidad humana: ser creativo en perpetuo devenir, limitado en su inmediatez y sin límite en su oscuro devenir, que le lleva por vías ignoradas hacia su fin último, hacia Dios.

La represión castrante del Grupo ha sido así *el* gran obstáculo exterior, o quizás mejor dicho, *la* gran Prueba propuesta por Dios al alma en su caminar ciego y a tientas, de nacimiento en nacimiento, hacia el ignoto destino de su verdadera condición humana. Seguramente son más que raros, aún en nuestros días, las almas más vigorosas que han alcanzado el nivel propiamente humano, los hombres que viven una existencia propiamente humana. Es posible que la mayoría de los demás, sobrepasados por la Prueba, permanezcan errando, en un ciclo infinito de
N 123 existencias estériles, sin alcanzarla jamás. Incluso puede ◊ser que la Promesa incomprendida, la "Redención" que porta la muerte plenamente asumida de Jesús y su amor por nosotros, los vagabundos – que ella deba realizarse por la mitigación y la desaparición del Obstáculo, por la dulcificación y la remisión de la Prueba que se interponen entre nosotros y lo que Jesús mismo proclamaba (y vivía ya...) como "el Reino de los Cielos"[578].

Sea como fuere – una vez que desaparezca el Obstáculo inmemorial, dejando campo libre a la creatividad humana de cada uno, alentada y estimulada por la de todos a escala de la humanidad entera, ese prodigioso despliegue de lo humano supera con mucho a la imaginación más atrevida y más visionaria. Ciertamente, el sufrimiento no desaparecerá de la vida humana, ¡y afortunadamente! y quizás ni siquiera el conflicto, al menos aún durante largos milenios. Por el contrario, estoy convencido de que "el Mal" está llamado a desaparecer. Los antropólogos del futuro lo verán como la gravísima *enfermedad infantil* de la humanidad naciente, en su penosa transición de rebaño animal a una realidad propiamente humana. Una enfermedad de la que no habría sabido curarse por sus propios medios, y para la que habría hecho falta la intervención del buen Médico...

N 124 ◊(44) El Impensable Mayo del 68 – o la repetición general

(23 de julio)[579] Después de haber escrito esas líneas se me impuso con insistencia el recuerdo de

[577] Véase la nota "El niño y su domesticación – o el visitante inoportuno" (n^o 40), de hace cuatro días, en que me detengo un poco sobre ese miedo y sobre su origen, y sobre su relación con la represión.

[578] Según lo que nos relatan los Evangelios, Jesús habría visto su propio papel de modo muy distinto, en la perspectiva (llamada "escatológica") de los destinos de nuestra especie y del alma inmortal, indisolublemente ligados. Pero podemos pensar que, como es el caso de toda misión humana, Jesús no tenía de la suya más que una oscura presciencia que ha madurado con ella, y que se esforzó en precisar dentro del cuadro de las ideas y creencias de su tiempo. Disponiendo ahora de una perspectiva de dos mi años con todo lo que eso implica, sin contar las revelaciones proféticas y otras con que he sido privilegiado ahora que la Hora está próxima, no creo blasfemar de Jesús al seguir unas intuiciones sobre el sentido de su Misión que se alejan de las suyas. Además concuerdan plenamente con la visión de Légaut (y tal vez y hasta probablemente suscitadas por ella, por algún camino invisible y subterráneo): el Advenimiento esperado sería el fruto madurado a lo largo de milenios de la fidelidad a ellos mismos y a su misión de innumerables hombres, la mayoría desconocidos de la historia, cada uno obrando en la soledad de su ser y sin embargo todos misteriosamente solidarios y entrelazados, cada uno en la ignorancia de los demás y de su lugar en el Todo, y del secreto fin de su largo y humilde caminar a tientas. La misión de Jesús aparece entonces como la culminación, y como el cumplimiento en su propia persona, cima de lo humano, de todas las que le precedieron, y al mismo tiempo como el origen y el nuevo punto de partida de las misiones de todos los que, desde los tiempos de Jesús y a través de siglos y milenios, han sido o serán sus discípulos renovando su Misión a través de su propia existencia, según los medios y el nivel que le son propios.

[579] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^o 45), página

los "sucesos" de Mayo del 68. He tenido tendencia a olvidar (y seguramente no soy el único) lo que esos sucesos a escala de todo un gran país como Francia, repentinamente embargado por una especie de fiebre creativa (como una tapadera que salta bajo la presión de una fuerza largo tiempo comprimida...) – lo que tuvieron de *asombroso, de impensable*, de verdaderamente "*imposible*" – y así era como era percibido por todos, tanto por los que se maravillaban, encantados, como los que se lamentaban, secretamente espantados. Sin embargo hubiera podido recordarlo, cuando hablaba de esa "impensable" Mutación que está ante nosotros y que *se hará*, por impensable que sea. Ciertamente, por su dimensión a escala planetaria, y por la perennidad del impulso que va a dar a toda la humanidad, esa Mutación no tiene medida con "Mayo del 68" (ni siquiera con la "Gran Revolución Cultural" china, que también debía ser un poco de ese tipo pero aún a mayor escala). Sin embargo, ahora me parece que esos dos sucesos, uno del pasado y el otro aún por venir, son de naturaleza similar y quizás incluso idéntica. Por su carácter "imposible", "inaudito", casi milagroso, Mayo del 68 me sugiere ahora, irresistiblemente, la idea de un "*empujón de Dios*", de una intervención concertada de Dios en la psique de un gran número de seres simultáneamente. (Pero, conforme a Su discreción a veces desconcertante, casi inseparable de la acción divina, sin darse a conocer como tal en nadie...) Y el hecho de que algo tan impensable haya tenido lugar realmente vuelve menos desconcertante el pensamiento de la "imposibilidad" de la Mutación aún por venir.

En esta luz que nos llega del futuro entrevisto, Mayo del 68 me parece ahora como una especie de "*ensayo general*" para la gran Convulsión creativa que nos espera; o mejor dicho, quizás como una *preparación* de los espíritus, o al menos del espíritu de algunos, para volver concebible lo Inconcebible antes de que caiga sobre nosotros en toda su abrumadora magnitud, y para prepararnos a algunos de nosotros a *colaborar* creativamente con lo que ya se prepara y que *será*, en lugar de dejarse llevar por un derrotismo total. Porque no me hago ilusiones, la Tempestad que precederá al Chaparrón estará lejos de tener los aires de "buen chico" de Mayo del 68, y llegará como un *impacto* de una violencia tal que incluso los que crean ser los mejor preparados serán sacudidos, si no volcados y arrastrados en el loco desastre de la mayoría...

N 125 ◊(45) El niño creador (2) – o el campo de fuerzas

(1 de agosto)[580] Respecto de esta actividad creativa en el niño, véase la nota "El niño creador (1) – o el descubrimiento del mundo" (n^o 39).

La afirmación de que la actividad creativa del niño pequeño no produce ninguna "obra exterior", es decir que no tiene efecto detectable sobre el mundo exterior, que acabo de hacer como bajo el empuje de viejos hábitos de pensamiento y en contra de un conocimiento que permanecía medio borrado, es como poco superficial. Yo que no tengo excepcionales dotes de sensibilidad sin embargo he sentido muy a menudo, alrededor del niño pequeño y sobre todo del muy pequeño, como un "campo de fuerzas" de una naturaleza totalmente diferente al esplendor carnal o intelectual que emana de ciertos seres adultos, plenamente realizados en su cuerpo o en su inteligencia. En el niño, es el estado de *inocencia* el que crea ese campo de naturaleza más delicada, de manera que se comunica en cierta medida a los seres que se encuentran próximos; o quizás con más precisión, de manera que despierta y vivifica y hace entrar en sutil resonancia esa misma cualidad de inocencia del "niño" presente en las capas más profundas del ser, y la vuelve activa. Ésa es una acción que siento infinitamente delicada y a la vez potente, tendiendo a borrar las pantallas duras y opacas que el yo interpone entre nuestra verdadera sensibilidad y las cosas, y a restaurar en el ser la frescura de percepción, la frágil y delicada desnudez del recién nacido.

Ésa acción no es ni carnal ni mental, sino de esencia espiritual. Es cierto que, como toda acción espiritual sobre el exterior, es una acción *potencial*. Siguiendo los reflejos adquiridos hace

174.

[580] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "Libertad creadora y obra interior" (n^o 46), página 179.

mucho tiempo que siempre han estado en vigor, el adulto tiende a cerrarse ante esa acción, hasta el punto que los que tienen o han tenido hijos casi nunca han tomado nota de ella a nivel consciente. Eso no impide, al menos cuando el estado de cerrazón del adulto frente al niño no es total y no incluye las capas medias y profundas de la psique, que esa acción bienhechora del niño sobre su entorno se ejerza realmente (aunque ese efecto no llegue nunca a ser consciente, aunque sólo sea por los clichés usuales acerca de los niños y la infancia), y que realmente sea percibida. A la vez que estoy convencido, por supuesto, de que el papel del niño es dejarse
N 126 ◊educar y recibir todo de nosotros que cumplimos nuestro deber de padre, de madre y no sigo, por lo que es normal que nos deba eterna gratitud...

Ese campo de fuerzas alrededor del niño es más intenso en los primeros meses de vida. Se debilita con los años, a medida que la domesticación progresa. Debe ser raro y sobre todo en nuestros días, que quede algo más allá del décimo año. Sin embargo he conocido un hombre en el que esa irradiación tan particular ha estado presente toda su vida, con la misma fuerza que en el niño pequeño. De él hablo en la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles" (n^o 29). Es por esa irradiación por lo que su vida tenía una acción intensamente creativa sobre el exterior, incluso independientemente de todo acto o actividad particular. Su acción se ejercía no por lo que hacía o decía, sino por lo que él era. Pero debo ser la primera y única persona del mundo en constatar esa creatividad en ese hombre que la mayoría, penetrados de su propia importancia (¡y a veces sin diferencia en esto del entorno adulto del bebé!), miraba con condescendencia.

(46) La mistificación – o la creación y la vergüenza

(4 de agosto)[581] Ya en las primeras páginas de Cosechas y Siembras (escritas en junio de 1983), en la sección "Las labores inevitables" (CyS I, n^o 3), examino las resistencias interiores que en cada uno se oponen a dejar aparecer "a plena luz" el trabajo por el que realiza una obra, tal y como *verdaderamente* se desarrolla, tan diferente de las imágenes–clichés que todo el mundo se hace. Una de las formas tácitas que toman esas resistencias, casi siempre inconscientes, es la de un sentimiento de *indecencia* –

> "igual que sería indecente hacer el amor en un lugar público, o exponer, o sólo dejar por ahí, las telas manchadas de sangre de un parto".

Bajo esta forma, esa imperiosa tendencia consagrada por una costumbre milenaria de *ocultar el trabajo* de creación aparece claramente como una consecuencia directa de la *represión* sufrida en
N 127 la infancia, ◊que en particular toma la forma típica del "tabú sexual". Por su misma naturaleza, esa represión, expresión de la voluntad del Grupo, es enemiga de la creación y de la libertad creativa en la persona, tanto en la forma arquetípica carnal del acto creador, como en todas sus otras formas; al menos en la medida en que éstas no encajen en los moldes preestablecidos y consagrados, y con eso manifiesten una autonomía interior frente al Grupo. La represión también se esfuerza en erradicar toda veleidad de autonomía creativa, tanto a nivel carnal como a cualquier otro, rodeando la verdadera creación (como el acto carnal), y más particularmente el *trabajo* creativo[582], de un ambiente de secreto y de vergüenza. Éste se interioriza desde la más tierna infancia, en los años en que se estructura la personalidad y se establecen los principales mecanismos psíquicos, llamados a dominar la vida del adulto. Ahí está el sentido profundo de este hecho, que verdaderamente deja estupefacto a poco que nos detengamos en él (y que descubro al escribir la sección de Cosechas y Siembras que acabo de citar):

[581] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "El alma del mensaje – o las labores a plena luz" (n^o 43), página 167.

[582] Al nivel de la pulsión de Eros carnal, el "trabajo" no es otro que el juego amoroso (compárese con la sección "Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor", (n^{o}13)). No tengo ninguna duda de que esa amalgama del trabajo creativo con el juego amoroso está presente en el Inconsciente medio y profundo, y les da toda su fuerza coercitiva a las reticencias a dejar aparecer algo de ese trabajo.

"que el verdadero proceso del descubrimiento, de una simplicidad tan desconcertante, prácticamente no se transparente en ninguna parte; que es silenciosamente escamoteado, ignorado, negado. Así es incluso en el relativamente anodino campo de la investigación científica, no de la colita ni nada parecido a Dios gracias – un "descubrimiento" en suma bueno para poner en cualquier mano y que (podría creerse) no tiene nada que ocultar..."

Hubiera podido añadir (pero en ese momento yo no estaba tan enganchado a "lo espiritual") que aún más que en la investigación científica, sobre la naturaleza de la investigación *espiritual* se abate una ignorancia verdaderamente inimaginable, tan total es e ignorante de sí misma, tan universalmente extendidos y arraigados en la tradición están las ideas falsas y los débiles clichés sobre ella (incluyendo y sobre todo en los medios religiosos y en los que se dicen de "la espiritualidad"), tan rarísimos son también los que pueden hablar de ella con conocimiento de causa, por haber estado ellos mismos involucrados a poco que sea en tal investigación en el verdadero sentido del término, es decir en un proceso consciente de transformación interior y de maduración.

N 128 ◊Hace dos semanas que me dedico ante todo a examinar bajo diferentes luces la realidad de la represión[583], que se entrelaza inextricablemente con la de la creación que se trata de extirpar y que no obstante, contra viento y marea y por caminos a menudo extraños y clandestinos, sobrevive. A decir verdad, ya nos hemos encontrado con esa realidad, bajo el sempiterno rostro de la "actitud de huida", en todas partes al escribir el presente libro, y la escritura de Cosechas y Siembras no fue distinta, ¡a lo largo de mil páginas y de dos años! Aquí, a raíz de una nota a pie de página – remordimiento (convertida en la presente "nota" plenaria), aún me encuentro otro aspecto de esa represión, y de la actitud de huida que imprime en el ser, con el reflejo inveterado de ocultar toda traza de un trabajo creativo para presentar sólo la obra terminada. Y para eso tales disposiciones de vergüenza (bautizadas "pudor" o "decencia"), producto de la represión, también son un instrumento eficaz. Con ellas se establece y se mantiene esa fenomenal ignorancia sobre la creación (ignorancia compartida, por increíble que pueda parecer, por los mismos que están comprometidos en una auténtica actividad creativa[584]), que la hace aparecer a una altura vertiginosa, inaccesible a todos salvo a raros favoritos de los Cielos. Así es cómo se perpetua en el niño mayor, en el adolescente y en el adulto la íntima convicción (a menudo inconsciente, pero que sin embargo se transparenta por todas partes...) de su propia impotencia.

Ahí hay una verdadera *mistificación*, puesta en práctica por el Grupo desde tiempo inmemorial, con la asistencia inconsciente de todos los que, por su función o su status social, están investidos de manera más o menos fuerte o más o menos explícita del prestigio de actividades consideradas "creativas" (o de cualquier otro nombre justificado o no que se les asigne). Esta
N 129 mistificación y sus castrantes efectos es lo que descubro y examino en la sección ◊(que sigue a la sección de Cosechas y Siembras antes citada) "Infalibilidad (de los otros) y desprecio (de sí)" (CyS I, n^o 4).[585]

(47) El "estilo investigación" – o una nueva forma al servicio de un espíritu

[583]Pienso sobre todo en las secciones consecutivas "El hombre es creativo – o el poder y el miedo a crear" y "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^{o}s 44, 45), y en las notas que se refieren a ellas (notas n^{o}s 39–44), y en un segundo momento las tres secciones consecutivas "El rebaño", "La argolla de acero...", "... y su ruptura – o la usura de los Tiempos" (n^{o}s 52–54). La primera alusión a los insidiosos e inhibidores reflejos de *vergüenza* asociados a los aspectos más delicados de la creación ya se encuentra al final de la sección "Cuatro tiempos para un ritmo" (n^o 12), que además se encadena con la sección mencionada en la nota a pie de página precedente.

[584]Aquí pienso ante todo en los científicos que realizan una obra original y fecunda, y que he tenido ocasión de conocer de cerca. Hasta el momento de mi partida del medio científico, en 1970, yo mismo compartía la ignorancia general. Puede que sea menos total entre los artistas, que he tenido menos ocasiones de frecuentar – pero la diferencia no debe de ser muy grande, a juzgar por lo que me ha llegado.

[585]Véase la continuación de la reflexión en la siguiente nota.

(4 de agosto)[586] El primer texto destinado a publicarse en el que resueltamente me distancié de la forma consagrada de "ocultar el trabajo" fue una obra matemática, "En Busca de los Campos". Además, en lo que debía ser la introducción a esa obra y para explicarme sobre ese estilo inusitado, es donde desarrollé las reflexiones a las que he aludido antes[587] Entre una cosa y otra, esa "introducción" a una obra matemática no como las demás terminó por pasar alegremente primero las cien páginas, luego las mil, y por convertirse en "Cosechas y Siembras". (Mientras que dicha obra matemática, prácticamente terminada, probablemente nunca será publicada, visto que el buen Dios parece haber decidido otra cosa...) La realidad es que al romper con la manera consagrada de presentar una investigación (aquí una investigación matemática) durante meses tuve que superar resistencias tenaces e insidiosas, nunca explícitas y por eso más eficaces, como una "fricción" continua que hubiera acompañado a mi trabajo[588]. Al detenerme por fin
N 130 ◊para sacar a la luz a esas pesadas y examinarlas (en la citada sección de Cosechas y Siembras) es cuando descubrí a la vez su sentido y toda su fuerza. Al mismo tiempo fueron definitivamente desactivadas: desde ese momento ya no tuve escrúpulos en "exponer el trabajo a plena luz del día". Había comprendido que por el contrario eso es lo que tenía que hacer – que ésa era la mejor manera, para mí, de "desmitificar" el trabajo creativo y por eso mismo, de contribuir por poco que sea a una liberación interior de mis semejantes – y escribiendo matemáticas, ¡quién lo hubiera creído!

Me viene la idea de que es bien posible que el mero hecho de expresar lo que tengo que decir bajo esa forma de una investigación que se desarrolla a plena luz del día, sea en sí mismo más importante y eficaz para "hacer llegar" mi mensaje dando a comprender lo que es la libertad de creación tanto intelectual como espiritual, que la justeza o la profundidad de miras que he sido llevado a desarrollar o las particularidades de mi estilo de escribir[589]. Incluso tengo la impresión de haber creado (sin saberlo, como Monsieur Jourdain...) una nueva forma de expresión; una "forma literaria" si se quiere, a la que bien podría dársele un nombre como "reflexión espontánea" o "estilo investigación", y señalar ciertas características estructurales (sobre las que no voy a
N 131 detenerme aquí). ◊Sin embargo esta forma sólo tiene interés en la medida en que es fiel reflejo de

[586] Continuación de la nota anterior, del mismo día.

[587] En la nota anterior. Se trata de reflexiones de Cosechas y Siembras, en las secciones "Las labores inevitables" e "Infalibilidad (de otros) y desprecio (de sí)" (CyS I, n^{o}s 3, 4).

[588] Esa "fricción" se añadía a la fricción habitual que prácticamente acompaña a toda investigación (al menos en mí), y de la que el lector atento del presente libro ya habrá tenido numerosos ecos. Se trata de la sempiterna "voz de la razón", que se ha tratado por primera vez en el capítulo I, en la sección "La llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y el *otro*" (n^o 6). Ella es la que constantemente quiere "llamarme al orden", en nombre de la eficacia, cada vez que me desvío de un itinerario previsto para elucidar de pasada cualquier rincón que me parece algo oscuro (¡tengo que meterme!), o de seguir el movimiento de una curiosidad inopinada (¡he ahí una idea!). Si he hecho algo bueno en mi vida, siempre ha sido por pasar de la voz de esa pesada (que no cesa de tratarme de "bobalicón".

Sin embargo no recuerdo que esa voz ya estuviera presente en mis tres primeros años de investigación matemática en 1945–48 (entre los diecisiete y los veinte años), pasados en una soledad intelectual completa. (Véanse al respecto las dos primeras secciones "La magia de las cosas" y "La importancia de estar solo", en el "Paseo por una Obra", CyS O.) Fue en un tiempo en que mi investigación estaba totalmente desligada de cualquier idea de "rentabilidad" – mi única motivación era la de quedar satisfecho sobre una situación matemática que me había empeñado en aclarar. Sólo con el paso del tiempo me di cuenta de hasta qué punto esas disposiciones estaban en las antípodas de las que reinan entre los científicos, incluso los mejores. Entre mis mayores, me parece que sólo Claude Chevalley estuvo animado, e incluso durante toda su vida, por el espíritu que me había animado igualmente en esos primeros años de trabajo matemático. (Es el único caso que conozco.) Debió de haber un cambio en mis disposiciones (sin que me diera cuenta ¡de lo ocupado que estaba!), justamente en la dirección de una investigación eficaz. Esa famosa "voz de la razón" debió de actuar desde el año en que entré en contacto con el mundo matemático, a finales de 1948. Cierto es que, al menos en mi trabajo, al final nunca la escucho (al menos eso me parece), y no ceso (Dios sabrá por qué) de dejarme distraer por una voz muy distinta...

[589] Incluso quizás dicho mensaje llegara mejor si pusiera menos cuidado en pulir al máximo la expresión. Pero es más fuerte que yo, y creo que siempre ha sido así, siempre intentando "agarrar" de cerca lo que deseo expresar, en lugar de dejarlo flotar un poco a la buena de Dios...

cierto *espíritu* – justamente del espíritu que la ha creado para expresarse con ella tan fielmente como sea posible.

En esta forma, sin duda podemos reconocer una voluntad de *desmitificación*. Pero este aspecto en cierto modo "militante" me parece relativamente accesorio y sobre todo, contingente[590]. No es eso, con seguridad, ¡lo que me hace adherirme a ella con tal energía a lo largo de mil páginas! Y a decir verdad, esa forma no es el producto de un propósito deliberado, militante o cualquier otro. Ha surgido espontáneamente de mi práctica de la reflexión escrita sobre mí mismo, tal y como ésta se ha desarrollado durante años desde que "la meditación" entró en mi vida[591]. A lo largo de los diez últimos años, se ha convertido en la forma que me va como un guante para proseguir una investigación, tanto de naturaleza "psicológica" (o "humana" o "espiritual" o "filosófica" o cualquier otro nombre adecuado que se le dé...) o en mis notas de meditación, en Cosechas y Siembras, o en la Llave de los Sueños, como si es una investigación matemática como "En Busca de los Campos". Más que una forma ad hoc, más o menos "pedagógica", de "presentar" unas ideas y resultados, o "una investigación tal y cómo se desarrolla verdaderamente", es más bien un *medio* privilegiado para *desarrollar una investigación* gracias a la poderosa ayuda que le proporciona la escritura.

Me parece que esta forma favorece de modo perfecto el incesante juego de vaivén entre *concepción* y *expresión*, juego hasta tal punto estrecho que la progresión de uno es verdaderamente indistinguible de la del otro[592]. Ésta es también la razón, seguramente, por la que el soporte de un medio de expresión adecuado (la escritura o cualquier otro soporte material) es un imperativo (creo) de cualquier investigación. Lo cierto es que para la investigación *escrita*,
N 132 la forma a la que he llegado a lo largo de los años ◊resulta para mí de una flexibilidad perfecta para suscitar, alimentar y expresar paso a paso las intuiciones e ideas que aparecen durante el trabajo; y esto hasta en los estadios más inciertos, más a tientas y a ciegas, cuando esa investigación aún parece buscarse a sí misma, mientras que su objeto e incluso su razón de ser sólo se presienten oscuramente y han de revelarse precisamente por ese trabajo que se realiza en una oscuridad casi total...

Incluso tengo el atrevimiento de pensar que dentro de algunas generaciones e incluso antes, después de la inminente gran Mutación cultural y espiritual, ese "estilo investigación" (por supuesto con infinitas variantes según la iniciativa de cada uno) llegará a ser la forma más común de presentar una investigación personal, al menos en todos los casos en que no se trate de dar simplemente el resumen de un trabajo, o una reseña de las principales idas y "resultados" (casos en que las formas tradicionales de exposición me parecen perfectamente adecuadas).

Tal evolución en la forma de presentación de la investigación sería uno de los signos más convincentes y más satisfactorios del inicio de un cambio radical en las mentalidades y en el ambiente cultural, justamente en el sentido de una liberación, de una progresiva relajación del carácter "castrante" de ese ambiente.

(48) Creación y maduración (1): los "dones" aparecen al crear

(10 y 11 de agosto)[593] Hace tres semanas que escribí esa afirmación categórica, reiterada contra viento y marea, que "*el hombre por esencia es creador, indestructiblemente*". Estos últimos días

[590] Contingente, porque espero que de aquí a pocas generaciones, esa cuestión de "desmitificar" ya no se planteará más, pero que sin embargo esa forma de expresión no será menos útil.

[591] Fue en octubre de 1976, unos días antes de los "reencuentros" tratados en la sección 1 del presente libro. Esa reflexión, que tuvo lugar en los diez años siguientes, era de una naturaleza tan personal que nunca hubiera tenido la idea de publicar mis notas de meditación, o sólo algunas de ellas.

[592] Ya he tenido ocasión aquí y allá de hacer alusión a esa relación, y por primera vez en la nota "La pequeña familia y su Huésped" (en un párrafo de la página N 5). Véase también la nota más detallada "Conocimiento y lenguaje – o el diálogo creativo" (n^o).

[593] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44), del 20 y 21 de julio, página 169.

he sentido la necesidad de volver sobre el sentido de esa afirmación con tonalidades de manifiesto. Me parece tanto más necesario cuanto que está en el corazón del mensaje que llevo[594] y que tengo el atrevimiento de anunciar – un mensaje que quiere ser un "canto de libertad" para todos,
N 133 aunque sólo sea escuchado por algunos. Y sé que una "libertad" que ◊no es creativa, que no es como el aire que respira un ser que crea igual que respira[595], es un juguete de cuatro perras que seduce un momento antes de cansar y ser tirado, cuando no son unos grilletes de oro que llevamos y maldecimos.

"*Todo* hombre es creador" (pero un creador inhibido, bloqueado...) – esa afirmación sólo tiene sentido para el que tiene una comprensión de lo que es la creación. No puede ser separada de un conocimiento de la naturaleza de la creación. Y a decir verdad, la mayoría de las cosas que tengo que decir, para conocerlas de primera mano, son muy simples y en el fondo bien evidentes, igual que "crear" es muy simple y evidente. Sin embargo, la naturaleza de la creación no cabe en una formulación lapidaria, ni cabría en un volumen en cien. No puede comunicarse por la palabra ni siquiera ser "comunicada", igual que ningún otro conocimiento de las cosas esenciales de la existencia. A lo más puede ser evocada con la escritura, más por lo que se percibe entre líneas que por lo que trasmiten las palabras, al ser que haya llegado a ese estadio en su itinerario en el que está en disposición de captar ese conocimiento entrevisto en otro y hacerlo suyo, en términos de su propia experiencia de la vida y de sí mismo. Además, sin que haya habido ningún propósito deliberado, no debe haber ninguna página de la Llave de os Sueños en que no se evoque algún aspecto de la creación, en las líneas o entre ellas, y que no la ilumine de alguna manera[596]. Al escribir con pleno conocimiento de lo que afirmaba que "*todo* hombre es creador", ya sobrentendía en el lector cierta comprensión de lo que verdaderamente es la creación, en consonancia con ese cuadro tácito que yo ya había trazado, con pinceladas discretas y como de pasada, a lo largo de todas las secciones y notas ya escritas[597].

Muchas de esas "pinceladas" surgieron directamente y visiblemente de mi propia experiencia del trabajo creativo, incluso de la experiencia "en caliente" de la escritura que estoy haciendo
N 134 en este mismo momento de La Llave de los Sueños. En ◊particular ése ha sido el caso en los tres últimos días, con la larga sección "Creación y voz interior" (en la que me he esforzado en distinguir la parte de Dios y la del hombre en el trabajo creativo). Se me ha ocurrido que al poner así en primer plano mi propio trabajo creativo como una caso típico (por no decir "ejemplar"), y visto además mi status de matemático y de "buena cabeza", involuntariamente[598] quizás ¡también yo estaba contribuyendo a reforzar los "complejos" y los clichés de rigor sobre

[594] Aquí recuerdo lo que se dice desde el primer párrafo de la sección a la que se refiere la presente nota (cf. la nota a pie de página precedente.

[595] N. del T.: Alusión a los versos de Paul Valéry inscritos en lo alto de la fachada del Palacio de Chaillot, de cara a la Torre Eiffel, en el Trocadero de Paris:

Tout homme crée sans le savoir	Todo hombre crea sin saberlo
comme il respire	igual que respira
mais l'artiste se sent créer	pero el artista se siente crear
son acte engage tout son être	su acto compromete todo su ser
sa peine bienaimée lui fortifie	su dolor bienamado le fortalece

[596] Véase al respecto el segundo párrafo de la sección "Libertad creativa y obra interior" (n^o 46), en que me extiendo un poco sobre esto.

[597] Además ese cuadro se ha ampliado en la continuación, especialmente con la sección que acabo de citar (nota a pie de página precedente), y con el siguiente capítulo sobre el conocimiento espiritual, a los que se añaden todas las notas escritas entre tanto (notas n^{o}s 39–47). Entre éstas, señalaría particularmente las dos notas sobre la creatividad del niño pequeño: "El niño creador (1) – o el descubrimiento del mundo" y "El niño creador (2) – o el campo de fuerzas" (n^{o}s 39 y 45).

[598] Involuntariamente a nivel consciente al menos. No excluyo que de paso la vanidad del yo tenga su parte, que no empuje discretamente en el sentido de una "exhibición de fuerza", aunque yo esté en guardia para no dejarme arrastrar... Compárese con Cosechas y Siembras, la nota "El Superpadre" (CyS III, n^o 108).

la idea de "creación"!

Se trata sobre todo de la convicción tan común de que la creación es algo extraordinariamente selecto, reservado a gente extraordinaria, los superdotados, los genios, las "grandes cabezas" y todo eso[599]. Los que (cuando están muertos) admiramos en los museos (y regresamos con dolor de cabeza...), los que llenan los estantes de nuestras sesudas bibliotecas, los que (cuando están vivos) reciben el premio Nobel o que al menos ingresan en la Academia, y que periódicos, revistas, TV nos hacen admirar como "maestros del pensamiento" o como bienhechores de la humanidad. Hay toda una burbuja medio cómica medio comercial hinchada de pretenciosa ignorancia, acerca de la palabra "creación", a la vez magnificada y malgastada, hasta el punto que la *cosa* a la vez simple y esencial que esa palabra designa queda ahogada sin remedio. Así se mantiene en la gran mayoría, por no decir en todos, la inquebrantable convicción de su propia nulidad radical, de su propia impotencia para crear. Ésa es *la* gran mistificación[600], de dimensiones colosales, grotescas, aparentemente común a todas las civilizaciones llamadas "avanzadas", cuyos gastos finalmente pagan todos, incluyendo esos mismos que (en apariencia) pone por las nubes. sólo puede mantenerse gracias a la ignorancia sobre la naturaleza de la creación, ignorancia que justamente ella ha de mantener.

N 135 ◊La tesis tácita sobre "la creación" transmitida e impuesta por el Grupo, y que es objeto de un consenso intangible compartido por todos, me parece que se reduce a dos afirmaciones-clave:

1º) Nacemos con unos "*dones*" más o menos brillantes (incluso, la mayoría sin ninguno). Esos dones constituyen un "fijo" congénito, al igual que el sexo, el grupo sanguíneo, el color del pelo etc. [601] El que nace con dones mediocres (forma educada de decir que no tiene ninguno) está condenado a su mediocridad de por vida, el que tiene mucho (lo que comúnmente cuenta como un *mérito*) forma parte de los "meritorios", de las personas "brillantes" de por vida. Uno de los papeles de la educación y sobre todo el papel de la selección escolar y post-escolar, es el de separar el grano de la paja, e incluso (más finamente) de clasificar las personas según sus "dones" (transformado en "competencias" y sobre todo en diplomas, por la varita mágica de las escuelas y las universidades).

2º) Realizar una obra creativa es privilegio de personas excepcionalmente dotadas[602].

Quisiera exponer aquí lo que de verdadero y sobre todo de falso tienen esos dos axiomas tácitos.

Primero en lo que concierne a esos famosos "dones". No se trata de negar la realidad de la noción misma de "don", ni que los seres nazcan con "dones" no sólo *diferentes*, sino a veces también (aunque menos a menudo de lo que suele pensarse) con dones *desiguales*, al menos para tal o cual tipo de actividad: Mozart seguramente estaba más "dotado para la música" que tal quidam tomado al azar, y lo mismo para Einstein y la física. En la medida en que la música o la física se valoren en una sociedad dada, Mozart y Einstein serán en ella figuras prestigiosas. Incluso a veces (pero raramente), y sin que parezca imputable a factores culturales

N 136 ◊más favorables a uno u otro, tenemos la impresión de que tal ser supera a tal otro "en toda la línea": sea a nivel mental, sea a nivel espiritual, o a ambos niveles simultáneamente[603]. Además

[599] Ya me expresé en ese sentido en la sección "El hombre es creativo" (tercer párrafo), a la que se refiere la presente nota.

[600] Sobre esa mistificación, véase la nota del 4 de agosto "La mistificación – o la creación y la vergüenza" (nº 46).

[601] Ese "fijismo" medieval ha cambiado de rostro pero no de naturaleza: ahora igual que antes se considera que en lo esencial, "la suerte está echada" desde el nacimiento. La diferencia es que lo que se supone que determina el lugar de la persona en la escala social ya no es "la cuna", es decir la condición social de los padres, sino "el cromosoma".

[602] Al pensar en "creación" y "creadores", el reflejo común (al que yo mismo estuve sometido la mayor parte de mi vida) es pensar sobre todo, y casi exclusivamente, en los "grandes artistas" y los "grandes sabios". Cuando se quiere ser generoso, también se incluye a los inventores geniales, los grandes hombres de Estado y los conquistadores célebres. En todo caso lejos del subalterno de turno...

[603] Es interesante constatar que cuando se habla de "dones", de "medios", y sobre todo de "creación", casi

tengo tendencia a pensar que una superación tan total siempre es aparente, debida a los criterios culturales de los que somos prisioneros sin saberlo, al no prestar atención más que a una ínfima porción del abanico infinito de actividades y capacidades que se le abren a la persona humana; que desde su nacimiento todo ser, por su misma unicidad que lo distingue de cualquier otro ser (y especialmente por su pasado a lo largo de todos sus nacimientos anteriores, que no se parece al de ningún otro) porta en las capas profundas de la psique un conocimiento de las cosas que no está contenido en el de ningún otro ser (dejando aparte a Dios mismo), y por eso mismo, unas "capacidades" creativas totalmente originales que no se encuentran en nadie más que en él.

N 137

◊Ésa es una intuición que puede tacharse de "suposición gratuita". Si me aventuro a sugerirla aquí, es ante todo para llamar la atención sobre la naturaleza misma de los "dones", que solemos atribuir al azar de la herencia y los cromosomas. Pero herencia y cromosomas no son los servidores del azar, sino los de una realidad espiritual. Y esos "dones" recibidos en herencia al nacer no son el resultado aleatorio de una ciega lotería molecular, sino delicados indicadores de una realidad mucho más delicada y compleja aún que una "lista" o un "perfil" de dones para esto o aquello: se trata de la *madurez* de un ser, tanto mental como espiritual[604]. Podemos representarnos la madurez de un ser en un momento dado como la suma total de todos los "conocimientos" en el sentido pleno del término[605], los que se funden con él, tanto conscientes como inconscientes, que se han creado en él a lo largo de todo su pasado; no sólo a lo largo de su presente existencia terrestre, sino también y sobre todo de las innumerables existencias que la han precedido. Si he dicho "conocimientos *creados* en él" es para subrayar bien con eso que un verdadero conocimiento, el que forma parte del ser como su misma carne, es siempre el fruto de un acto o de un trabajo creativos. Ese conocimiento es algo íntimamente personal, diferente del conocimiento que pueda tener cualquier otro ser, aunque sea sobre la misma realidad "objetiva" del mundo exterior. Así, la madurez de un ser es el fruto total de todos los momentos creativos de su pasado "cósmico"[606], y por eso mismo la "medida" de la creatividad, de la autenticidad

---

siempre se piensa en los dones intelectuales y artísticos, rara vez a nivel espiritual, y prácticamente nunca a nivel carnal. Ése es un signo bastante gracioso de la represión interiorizada (y más particularmente de la represión sexual) que tiende a hacernos ignorar el cuerpo, como una especie de cantidad despreciable. Sin embargo el acto creador arquetípico, al nivel de la criatura, es el acto "carnal" de la concepción y la procreación – y la obra que es su fruto final, con la discreta asistencia de Dios todo hay que decirlo (o al menos con la de las leyes naturales que Él ha instaurado al servicio de los procesos creativos...), ¡es una maravilla de magnitud mucho mayor que todo lo que la mano y la inteligencia humanas son capaces de crear! Ese acto, en tanto que "acto creativo", tiene con qué interpelar a las ideas recibidas, especialmente porque en él el papel de la voluntad consciente es nulo o despreciable. Además, lo esencial (al menos a nivel biológico) en la creación del nuevo ser a partir de los dos gametos masculino y femenino parece ser cuestión sólo del cuerpo, independientemente de toda intervención de la psique de ambos "creadores". Es verdad que ese "nuevo ser" sólo es "nuevo" por su cuerpo que va a formarse en la matriz materna durante los meses de gestación, mientras que su alma, presente ya desde la concepción y haciéndose una "nueva piel", ya tiene tras de sí (igual que las de sus padres) un larguísimo ciclo de nacimientos. Y tenemos total ignorancia, parece ser, de la manera en que las disposiciones psíquicas de los padres, principalmente en el momento de la concepción, influyen en el devenir del ser que está a punto de reencarnarse. Si tengo tendencia a permanecer mudo sobre la "creación carnal", no es porque no sea consciente de que exista e incluso de que juegue un papel crucial en la existencia humana, sino a causa de su carácter particularmente misterioso, y de mi ignorancia casi total al respecto. Véase sin embargo la sección "Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor" (n^o 13), y también en Cosechas y Siembras, en la "Clave del yin y el yang" (CyS III), la nota "El Acto" (n^o 113), en que me expreso sobre el acto carnal y su sentido.

[604]Por supuesto también hay una madurez "carnal", que no sólo está inscrita en el cuerpo, sino también en la psique, indisolublemente ligada al cuerpo. (Cf. sobre estos lazos la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1, y especialmente la parte fechada el 4 de junio, páginas N 3 – N 6.) Si he dudado en mencionarla en el texto principal, es ante todo a causa de un gran sentimiento de ignorancia al respecto. Véase la precedente nota a pie de página.

[605]Sobre el sentido a la vez vasto y estricto que le doy al término "conocimiento", véase por ejemplo la nota "Verdad y conocimiento" (n^o 13), y también una nota al pie de la página 179, en la sección "Libertad creativa y obra interior" (n^o 46).

[606]Llamo "pasado cósmico" de un ser a su pasado total, más allá de su nacimiento en la presente existencia

creativa, de la "fidelidad a sí mismo" desplegadas por él a lo largo de ese pasado, remontándose quién sabe hasta dónde en la noche de los tiempos.

N 138 ◊Quizás sean numerosos los lectores reticentes a seguirme en estas "explicaciones" que les parecerán especulaciones metafísicas, y que no me detendré aquí a intentar elucidar su verdadera naturaleza[607]. Para mi actual propósito, huelga invocar la realidad del ciclo de nacimientos y sus implicaciones a nivel de la psique (realidad que en nuestros días aún parece escapar totalmente al dominio de la memoria consciente[608]). El punto al que sobre todo quería llegar es que, como su mismo nombre indica con bastante claridad, la madurez de un ser *no es algo fijado*, sino que cambia con el tiempo al hilo de la historia de ese ser, en el sentido de una *maduración*. Sin embargo ha de notarse que ésta no se realiza de modo automático, por el mero efecto de los años. Uno puede pasarse toda la vida sin madurar es decir sin aprender (en el pleno sentido del término), incluso hasta el punto de dar la impresión de morir más ignorante y en todo caso más estúpido que al nacer[609]. Por el contrario cada acto creativo, cada trabajo creativo (al menos si se prosigue hasta el final), crean "conocimiento" en el ser, cual una sutil savia que impregna el fruto y lo hace madurar. *La maduración es un proceso creativo*, y es el proceso creativo por

N 139 excelencia: *toda creación se acompaña de una obra ◊interior de maduración*[610].

En resumen, los "dones" de un ser, o también sus "*medios*" psíquicos (y esto tanto a nivel intelectual como artístico o espiritual)([50]), no son otra cosa que "indicadores" relativamente toscos del estado de una *madurez*. Unos medios brillantes (es decir un alto nivel de madurez) en modo alguno son un *requisito* para poder crear, son por el contrario el *fruto* de una anterior creatividad partiendo de medios modestos, que hizo pasar de un estado de madurez primitivo a un estado de madurez avanzado.

Es verdad (y no pienso en negarlo) que según los medios de que disponemos, la creación a la que somos llamados (es decir nuestra "vocación"[611]) se sitúa también a un nivel más o menos modesto o más o menos elevado[612]. Pero la naturaleza esencial de la creación carece

terrestre, incluyendo también sus encarnaciones en forma de animales e incluso de plantas.

[607] A decir verdad, hoy igual que antes estoy poco inclinado a lanzarme a "especulaciones", metafísicas u otras. Por el contrario, la experiencia de la vida, la reflexión sobre esa experiencia y más particularmente sobre sus sueños, también el conocimiento (siempre indirecto, siempre parcial) que se pueda tener de la experiencia de otro, en fin ciertas revelaciones personales que se puedan haber recibido y que constituyen entonces un campo privilegiado en la experiencia de la propia vida, progresivamente hacen nacer y desarrollar una especie de intuición "metafísica" o "espiritual" o "religiosa" (o cualquier otro nombre que se le dé), y una visión de conjunto del Mundo, que superan a los fenómenos puramente materiales o biológicos, igual que a los datos de la experiencia en el sentido estrecho del término.

[608] Estoy convencido de que de aquí a algunos siglos o algunos milenios, muchos hombres habrán llegado a un estado de consciencia bastante elevado como para tener acceso (aunque sea parcialmente) a la memoria de sus pasadas encarnaciones, como era el caso (según la tradición) de Buda. Véase una nota al pie de la página N 68, en la sección "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24), y especialmente la alusión que allí hago a la "Reinkarnationstherapie".

[609] De hecho, la madurez no puede retroceder, pero puede relegarse al Inconsciente más o menos profundo una parte de lo que se conoce, "jugar a los idiotas" en suma, de modo que parece que se "retrocede". Además, ningún ser, por bruto que sea, es "idiota" o "estúpido" por naturaleza (dejando aparte a lo más los casos de malformaciones cerebrales), y un niño pequeño nunca lo es. Sólo es estúpido el que bien quiere serlo y cuando elige serlo.

[610] Compárese con la sección "Libertad creativa y obra interior" (n^o 46).

[611] (12 de agosto) Con la "*vocación*" que nos pone delante ciertas *tareas* que realizar durante nuestra presente existencia, toco aquí de pasada otro aspecto del estado de madurez de un ser (o del "estado de la obra" en que se encuentra). Da una aprehensión (me parece) más delicada y sobre todo más dinámica y más inspiradora que la consideración de "dones" o de "medios", a menudo percibidos de manera estática. Examino este aspecto en la reflexión de las dos notas consecutivas "Misión y creación – o Jesús creador (1)" y "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^{o}s 23, 24), más profundas que la reflexión más bien "explicativa" o didáctica realizada aquí y en la siguiente nota. En éstas, mi propósito ha sido ante todo disipar un inveterado "malentendido" y desmontar y desactivar (si fuera posible...) la "mistificación" sobre la creación que lo perpetúa, y que acabamos de tratar.

[612] Cuando hablo del "nivel" de una actividad creativa, lo entiendo en un sentido más o menos convencional, en relación con el estado de los "medios" de que se dispone o que se dedican, independientemente pues del carácter

N 140 de relación con ◊el nivel en que se sitúe, es independiente de la riqueza, de la delicadeza, de la potencia de los medios que dispongamos. Cualquiera que sea ese nivel, en la naturaleza de la actividad creativa está que nuestros medios iniciales se profundicen y se desarrollen y que nuevos medios aparezcan a medida que la creación prosiga. Por eso, *el nivel de la creación se eleva a medida que se crea*. Eso es un simple hecho, que no debe nada a consideraciones teóricas o especulativas ni a intuiciones trascendentes o a revelaciones excepcionales, sino que está arraigado en la experiencia viva de la creación (sea ésta intelectual, artística o espiritual) y que cada uno puede constatar por sí mismo, a poco que se tome la molestia de estar atento a los efectos inmediatos del trabajo creativo sobre el que crea. He ahí la realidad, bien diferente del cliché corriente de que se nace tonto o genio, y tonto o genio se queda[613].

(49) Creación y maduración (2): no hacen falta "dones" para crear

(10, 12 y 13 de agosto)[614] En la reflexión de ayer y anteayer he aclarado los dos "axiomas tácitos" del Grupo, que fundamentan la gran mistificación sobre los "dones" y la "creación" y la relación entre ambos. El primero de ellos, del que rápidamente he visto "la parte de verdad y de falsedad", concierne particularmente a esos "dones" (o "medios") congénitos que supuestamente deciden nuestra inserción en la jerarquía social (que, al menos en el mundo moderno, pretende ser una "jerarquía del mérito").

Lo verdadero: nacemos con medios diferentes, e incluso a veces desiguales en términos de los criterios de valor establecidos por la cultura en la que hemos sido formados; y según los medios de que dispongamos en un momento dado, el nivel de actividad creativa a la que somos llamados en ese momento, y que entonces nos es plenamente accesible, es más o menos modesto o más o menos elevado[615].

N 141 ◊Lo falso: esos "dones" o "medios" en modo alguno están inexorablemente fijados desde el nacimiento ("por el cromosoma") como se pretende, sino que son de naturaleza similar a la de una "madurez inicial" (tanto a nivel intelectual como espiritual), y están llamados a desarrollarse a lo largo de la existencia, a medida que el ser "madura". Esa "maduración" ha de tomarse aquí en el sentido de un proceso creativo que se sitúa totalmente fuera del campo del "yo" (fiel reflejo del Grupo), y que le concierne al "alma" o al "espíritu" del hombre, y a las facultades que están al servicio del espíritu[616]. Todo acto creativo, toda actividad creativa transforma al ser en el sentido de una maduración, y por eso aumenta sus medios y hace aparecer nuevos

más o menos intensamente creativo de la actividad. Así, podemos ser creativos al arreglar la casa, al preparar la comida, al hacer un vestido, al ocuparnos del jardín, al cuidar un enfermo, al cantar, al dibujar, al explicar algo a alguien, al contar una historia o un acontecimiento vivido etc. A menudo eso no requiere grandes medios, adquiridos digamos por una práctica a la que nos hubiéramos dedicado mucho. Tales actividades creativas a un nivel "modesto", muy importantes en la vida de una persona por ese carácter creativo que le da sal y sentido a la vida, casi siempre sólo tiene una proyección muy débil hacia el exterior. Pero también es verdad que en cada una de esas actividades que acabo de señalar a la buena de Dios, es posible alcanzar el nivel de un arte consumado, y en el límite de ejercer una acción eminente sobre la cultura ambiente, con el mismo título que el hombre que crease una nueva ciencia o un nuevo arte, o que renovase una ciencia o un arte ya existentes.

[613] Véase la continuación de la reflexión en la siguiente nota.

[614] Continuación de la nota anterior, de la víspera y la antevíspera.

[615] La actividad creativa a la que "somos llamados" en un determinado momento de nuestra vida forma parte de las que seríamos capaces de realizar inmediatamente. (Pero casi siempre, suponiendo que oigamos la llamada, ¡estamos convencidos de lo contrario!) Incluso es para la que estamos mejor y más íntimamente capacitados, porque por así decir nos está especialmente "destinada" en ese momento de nuestra existencia, mientras que quizás parezca cosa de poca monta. Casi siempre, la creación parte de "cosas pequeñas" para elevarse hacia las grandes, pero sin perder en ningún momento el respeto y el sentido de la belleza de las cosas tanto pequeñas como grandes.

[616] Sobre las relaciones entre el "yo", el "alma" y el "espíritu", véase la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1). En ese pequeño "retrato de familia", no me di el gusto de incluir las principales facultades, algunas de las cuales figuran además en forma personificada en algunos de mis sueños. Pienso volver sobre ello en un libro posterior dedicado especialmente a la psique humana.

medios. Por eso el nivel de la creación se eleva a medida que creamos. Partiendo de medios modestos y a poco que les seamos fieles, es decir que realmente los usemos de modo creativo en vez de negarlos y mantenerlos ocultos o en barbecho, a lo largo de una única existencia fiel e intensamente creativa podemos acceder a medios insospechados (de los que nosotros mismos seremos los primeros en asombrarnos)[617], y por eso mismo a una actividad creativa de un nivel
N 142 elevado, llamada quizás (en los casos límite) a jugar un papel clave visible y eminente en ◊la historia de nuestra especie[618].

Sé por experiencia que tales transformaciones profundas, verdaderos avances preparados por un intenso trabajo interior en los días precedentes[619], pueden lograrse en el espacio de unas pocas horas, incluso (en lo que concierne al momento crucial del paso de un "umbral" decisivo) en el espacio de minutos o de segundos, y desembocar, bajo un repentino flujo de nueva energía, en un periodo de actividad creativa y de maduración (ambos en verdad indistinguibles) que se desarrolla durante semanas y meses, incluso años, con un ímpetu y una densidad que no cesan de asombrar y maravillar al mismo en que se realizan, haciéndole franquear uno a uno toda una cascada de "umbrales" similares. El que ha pasado por una tal mutación del ser, o que ha sido llevado hacia delante por una tal ola poderosa de creatividad, sabe hasta qué punto sus "dones" o sus "medios" en el momento en que se realiza la metamorfosis, o en el momento en que le arrastra la ola surgida de las profundidades y se abandona a ella – hasta qué punto eran intrascendentes y en verdad irrisorios, sin relación alguna y sin medida con lo que le ha pasado. Esos dones y esos medios, modestos o brillantes, son de *él*, son la medida exacta de sus límites.
N 143 Pero la Fuerza ◊que crea, la que tiene el poder de metamorfosear y que empuja la ola que le lleva mucho más allá de sus límites – esa Fuerza no tiene límites. Es algo infinito que está *en él*, pero que no es él ni de él.

Rechazar esa Fuerza infinita, es también permanecer cerrado en los límites, hacer de ellos los muros de una prisión – y entonces poco importa si esos límites son más o menos apretados o más o menos espaciosos, si la prisión es más o menos estrecha: pequeña o de lujo, ¡siempre es una prisión!

---

[617] Tal fue en particular mi caso en el trabajo matemático. Sin duda en el colegio estaba dotado para las mates (hasta el punto de que nuestro maestro me predecía una carrera de empleado de banca...), pero nada de extraordinario. Como explico aquí y allá en Cosechas y Siembras (en CyS I y en el Paseo por una obra y especialmente en la sección "La importancia de estar solo" (n^o 2)), al desembarcar en Paris en 1948 a la edad de veinte años, me encontré a todo el grupo Bourbaki, y también a un buen número de camaradas de mi edad mucho más dotados y más brillantes que yo, hasta el punto de que durante uno o dos años tuve dudas de si no me había equivocado de camino. Con el paso del tiempo, me doy cuenta de que son precisamente ciertas particularidades mías que hacían que *no* fuera brillante como algunos, sino de una obstinada lentitud rayando en la patanería, tanto me costaba aprender sin comprender, y sin comprender a *mi* manera – que son esas aparentes deficiencias las que por así decir me han "empujado" por la vía de una obra y una visón que superan con mucho todo lo que hubiera podido soñar e imaginar al principio. Y al mismo tiempo mis *medios* se han multiplicado de una manera que siento como prodigiosa, y esto también después de mi partida del mundo matemático, en 1970. Incluso esos medios han constituido una tentación muy fuerte, todavía hasta el año pasado, para dejarme atrapar de nuevo por una actividad matemática a rienda suelta...

[618] Sin embargo, no es sólo la fidelidad a nosotros mismos lo que determina, como por un simple juego de causas y efectos, el vigor y la rapidez de nuestra ascensión, y hasta dónde nos será dado alcanzar en la presente existencia terrestre. La fidelidad representa *nuestra* contribución a nuestra ascensión, y no tengo ninguna duda de que esa contribución siempre es eficaz – que la fidelidad siempre es creativa, y que la creación siempre es una ascensión del ser. Pero también está la parte de Dios, lo que se llama la *gracia*, o la Providencia o los designios de Dios sobre nosotros, o también la "voluntad de Dios". La fidelidad depende del ejercicio de nuestra libertad, y la "gracia", de la libertad de Dios. Y nuestra existencia, en la medida en que es creativa es decir en que realmente es una "obra", es una obra *común* de Dios y de nosotros.
Un ejemplo particularmente llamativo de ascensión mental y espiritual impresionante, a partir de un nivel inicial rudo y hasta un nivel de una excepcional importancia histórica, es el de los primeros discípulos de Jesús, convertidos en los apóstoles de su Evangelio.

[619] Seguramente ese trabajo consciente, aunque sea muy intenso, sólo puede desembocar en un tal avance decisivo si ya ha sido preparado por un trabajo más o menos inconsciente mucho más largo, durante meses e incluso años.

Asentir a la Fuerza, tener fe en ella, tener fe en lo mejor que hay en nosotros (y que no es nuestro...) y serle fiel, es también ver retroceder sin cesar esos límites, que desde entonces marcan y delimitan una *etapa* en vez de encerrarnos; como jalones sucesivos señalando un largo periplo y llamando cada uno, en cuanto está a la vista del viajero, a ser rebasado...[620]

Sin haberlo buscado, acabo de describir en qué consiste la diferencia entre las disposiciones del que crea, es decir del que asiente a la Fuerza, a Dios en él, y del que la rechaza y se contenta con "hacer" o "producir" (y muchas veces, agitarse...). Al contrario que las diferencias que establecen los "dones" y los "medios", aquí no es cuestión de *grado*, sino de *esencia*. No tiene ninguna relación con esos dones y medios, ninguna relación con la madurez. El estado creativo no es, como la madurez, el fruto de un largo pasado, no es el estado de una obra que nos incumbe (con la asistencia de Dios)[621] y que somos libres, según nos plazca, de dejar a medio hacer o de continuar. *Es del momento* – una gracia que se nos ofrece y que aceptamos. Y es en esa elección que se nos plantea en cada momento entre uno y otro: aceptar esa gracia y crear nuestra vida, o rechazarla y abstenernos de crear, y en nuestra total libertad de optar por uno u otro, donde verdaderamente reside el preciado y pesado privilegio de nuestra *libertad*.

Cuando la acción que se nos propone nos implica en el plano espiritual, entonces lo que distingue el acto creativo del "hacer" de una rutina es del orden de la *verdad*: el ser que crea en el plano espiritual, el que realiza una obra espiritual, ◊es *el ser en estado de verdad*. Ese estado es una opción que se nos abre en cada momento, al santo igual que al último de los canallas. Una opción, o una llamada – y el santo igual que el canalla en cada momento es libre de seguir la llamada, o de ignorarla. Esa aceptación o ese rechazo carecen de relación con los dones o medios espirituales que dispongamos. Y no es agradable a Dios el que dispone de grandes medios (pues todos nuestros medios son nada ante Su poder), aunque se le considere un santo y una maravilla de sabiduría espiritual, sino el que, a su propio nivel y por humilde que éste sea, está en estado de verdad.

N 144

Por decirlo de otro modo: el ser más rudo espiritualmente, incluso el más descarriado, tiene el poder (si tal es su elección) de vivir con autenticidad, lo que es decir también de "vivir en verdad", según sus humildes medios, y por eso (si permanece fiel a esa elección) de crecer espiritualmente a lo largo de su vida. Por más rudo que sea, por su fidelidad a lo que es en lo más profundo, que sin duda corresponde a medios modestos pero bien reales y vigorosos por su misma naturaleza, ese hombre vive al nivel de la grandeza humana que hay en cada uno por el mero hecho de ser hombre. Esa grandeza no depende en nada de nuestros medios, es inherente a nuestra naturaleza de ser con libertad de crear. Y conozco tal otro con medios mentales y espirituales excepcionales que se complace en usarlos (al menos los que se prestan a ello) para dominar, para mutilar y para destruir, degradándose a sí mismo y desperdiciando su vida al esforzarse en arruinar la vida de los suyos y de los que le rodean. La imaginación religiosa (si realmente es ella, como creo) a creado una especie de arquetipo para el ser con medios fuera de lo común pero pervertido, que se dedica a sembrar la confusión y la angustia y a alimentar y propagar el mal: es *Lucifer*, el ángel misteriosamente "caído", por su propia elección libre.

Pero entre los hombres, nadie devasta si antes no ha sido devastado, y no ha aceptado en secreto y por libre elección su propia mutilación. Y nadie es devastado si no lo acepta en secreto, y nadie lo acepta si por eso mismo no acepta también lo que en él le empuja a su vez a devastar[622].

* *

[620] Esta imagen ha de compararse con la de los "círculos invisibles" en el "Paseo por una obra" (CyS 0), especialmente en la citada sección "La importancia de estar solo" (n^o 2).

[621] Para esta imagen de "el estado de la obra", véase la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24), especialmente la página N 67.

[622] Compárese con la reflexión en la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (n^o 43).

*

N 145

◊En resumen: la cuestión de si tal acto o tal trabajo al que nos dedicamos es un acto o un trabajo creativo, o si por el contrario es más o menos mecánico (es decir, si colabora con los designios de Dios en el Universo, o si es un peso muerto de más que aumenta la inercia universal...), nada tiene que ver con la presencia o ausencia, la riqueza o la carencia de "dones" o de "medios"[623]. Con los medios más bastos podemos ser creativos a nuestro humilde nivel y con eso crecer mentalmente y espiritualmente en nuestro ser (y por eso mismo también en nuestros "medios"); con los medios de un genio podemos deslizarnos por la pendiente de una facilidad y rebajar nuestro trabajo a una producción en serie de artículos selectos y huecos, alimentando nuestra vanidad y la de otros[624].

Por el contrario, tal chiquillo de tres o cuatro años que dibuja o que pinta con total dedicación una casa o una mamá (y poco importa si está o no "dotado para el dibujo" o si tiene vocación de artista...), y aunque sea un mocoso, crea. Es una obra de arte y es única, por humilde y torpe que sea, y tiene cualidad de eterna. El niño que la ha creado, al dejar que Dios hable a través de él y con él, está por siempre presente y vivo en ella. El que la vea mañana o dentro de mil años (y poco importa cuándo, pues esa obra no le debe nada a la moda de un tiempo...), y a poco que él mismo esté en un estado creativo propicio para acogerla, encontrará

N 146

en ella al creador tal y como era cuando se dio por entero a su obra[625]. ◊Cuando ese niño y su pueblo y la civilización que le ha impregnado hayan pasado y hayan sido borrados de la memoria de los hombres desde hace mucho tiempo, esa obra y ese momento de gracia que capta aún viven en un eterno presente, con el frescor del día en que la obra fue creada, en la Memoria fiel y amorosa de Dios el Niño...

(50) Creación y maduración (3): "dones" y carisma

(13 de agosto)[626] Cuando aquí y en la siguiente nota hablo de los "medios" de una persona, tomo ese término más o menos como sinónimo de "dones", únicamente con el matiz de que al elegir el término "medios", con preferencia a "dones", quiero subrayar que no se trata de capacidades o potencialidades *fijas* (como dejaría entender el término "dones" en su acepción corriente), sino que se desarrollan a medida que el ser madura mentalmente o espiritualmente. Si los "dones" designan habitualmente los "medios al nacer", conviene sin embargo notar que éstos no son de naturaleza diferente a la de los "medios" de que disponemos en cualquier otro momento de nuestra existencia. Al igual que éstos últimos, son el fruto de una *fidelidad* a la propia naturaleza creativa, el fruto de los anteriores momentos creativos, con la única diferencia de que para el recién nacido, ese "pasado" (dejando aparte su vida intrauterina, de la que no

[623] En otros términos, el segundo "axioma tácito" sobre la creación (que se ha tratado en la anterior nota de ayer y antes de ayer) ¡es totalmente y radicalmente *falso*!

[624] Parece ser que tal extremo aún era raro en los últimos siglos. Pero en nuestros días y ya después de una serie de generaciones, entre (digamos) los grandes artistas que han llegado a ser célebres, los que han sido corrompidos por el éxito son innumerables y serían más bien la regla que la excepción.

[625] Estos comentarios sobre un dibujo infantil han de compararse con lo que se dice sobre el conocimiento y la creación "artísticos" en la sección "La belleza de las cosas" (n^o 48).
Casi siempre, cuando el niño crece y sobre todo a partir del momento en que va a la escuela, su originalidad creativa tiende a esconderse tras un deseo de imitación, de hacer "como los mayores" o como el maestro de la escuela dice que hay que hacer. Quizás sea ése un estadio necesario en la delicada evolución del niño hacia el estado adulto, incluso en un ambiente en el que el niño fuera animado a no contentarse con una imitación ciega y a permanecer en contacto con su propia creatividad. La gran cuestión sobre todo, es si el niño que se ha hecho adulto sabrá reencontrar su creatividad original, o mejor dicho, si sabrá reencontrar la *cualidad de inocencia*, es decir esa cualidad infantil que permite a las fuerzas creativas expresarse libremente, en vez de oponerles una pantalla más o menos estanca.

[626] Véase el reenvío a la presente nota en la penúltima nota "Creación y madurez (1): los "dones" aparecen al crear" (n^o 48), páginanota50.

sabemos casi nada), está enteramente situado en las existencias anteriores: los "dones" de un ser al nacer son los "medios" de que disponía en el momento de su muerte en la encarnación precedente[627].

N 147 ◊Marcel Légaut señala que a veces ocurre que, en una vida fiel a su misión, los medios aparecen en el momento en que se revelan necesarios para cierta etapa de la misión, para desaparecer una vez que la necesidad de esos medios ha desaparecido. Tales medios podrían llamarse *"carisma"*, concedidos por Dios como una gracia especial en vista de ciertos designios con una duración limitada. Al revés que los "medios" de los que hablo en el texto, esos carismas no tienen la naturaleza de un conocimiento que se funde con nuestro ser como parte integrante de nuestra madurez y como fruto de una actividad creativa anterior.

Es posible que el "don de profecía" sea siempre un carisma, y jamás un medio "adquirido", un "don" en el sentido que acabo de precisar. Lo que es seguro, es que en absoluto me siento "profeta", aunque he tenido la buena fortuna de ser favorecido con sueños proféticos de gran alcance (¡y cuando menos me lo hubiera esperado!). Con más precisión, una sola vez en mi vida he sido favorecido con un carisma: fue entre finales de diciembre y finales de marzo pasados, cuando tuve la comprensión casi completa (al menos así me lo parecía) de mis sueños. Estaba todo orgulloso de ello y creía que lo había conseguido, que mis valerosos esfuerzos en adelante serían espléndidamente recompensados – que había "aprendido el lenguaje de mis sueños". Estaba convencido de haberlo adquirido de por vida, que en adelante ¡estaría conectado con el buen Dios permanentemente! Quedé algo frustrado y desorientado, después de tres meses de luna de miel metafísica, al rendirme a la evidencia: si había comprendido lo esencial de mis sueños durante esos tres meses extraordinarios, gracias además a un trabajo intenso y apasionado, no era porque hubiera "aprendido el lenguaje" (y sólo tuviera que perfeccionarme en él...), sino porque Dios había decidido, durante ese tiempo, ponerSe a mi alcance.

Sin duda fue para permitirme "dar de pleno" en el mensaje que tengo la misión de anunciar. Esta gracia me parece tan inaudita (y sin embargo Dios sabe que mi vida ha sido llenada de gracias inestimables...) que cuanto más tiempo pasa, más confuso estoy. Una especie de diálogo ininterrumpido con el buen Dios, o de "clase particular" a Su manera, proseguía noche y día durante semanas y meses ¡de un tirón! Ahora que he vuelto de una especie de inconsciencia arrogante (creyendo que eso iba a continuar así hasta el fin de mis días...) y que tengo una ignorancia de los caminos de Dios tan grande como antes, me parece un verdadero delirio imaginarme que algo tan prodigioso con lo que fui favorecido pueda renovarse. Ya se me hace difícil acostumbrarme (¡¿no me lo habré soñado?!) a que, entre todos , Dios haya puesto Su mirada sobre mi persona, que deja tanto que desear (Él lo sabe aún mejor que yo), y que ciertamente no tiene nada de santo ni de profeta...

N 148 ◊(51) Los clichés del espiritual (1): ¡alto! al "error" y la "ignorancia"

(23 y 30 de agosto)[628] Ha de subrayarse que el estado de verdad no excluye el error, ni la ignorancia, igual que éstos no excluyen la creación: ni la creación "plenaria" en el plano espiritual,

[627] Si los "dones" (en la acepción corriente del término) son "medios" en el sentido en que aquí lo entiendo, frutos de una *madurez* y "recompensas" de una fidelidad creativa, también puede decirse que inversamente nuestros medios tal y como se presentan en cualquier momento de nuestra existencia, también son, en el sentido pleno del término, "dones" que nos vienen de Dios. Ya he hecho alusión a esto en una anterior nota a pie de página (página N 142). De hecho, la expresión "recompensa" (o la expresión equivalente "salario" que se encuentra aquí y allá en la literatura mística) induce a error. Sería más exacto ver la fidelidad creativa y el trabajo creativo que la concretiza como la *condición preliminar* que nos hace aptos para recibir los "dones" que Dios nos da (y especialmente nuestros "medios" mentales y espirituales), dones que generalmente Él está infinitamente más dispuesto a darnos que nosotros a recibirlos. Compárese con los comentarios al respecto en la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro" (n^o 9), especialmente la página N 23.

[628] Véase el reenvío a la presente nota en la subsección "El acto que hace "el bien" es el acto plenamente creativo" (n^o 56, 4), p. 242.

ni la de los planos inferiores. Si fuera de otro modo, el único ser que crea y el único ser "verdadero" sería Dios mismo (y aún así...). Ya es hora de que la humanidad, y los que (a menudo sin saberlo) en ella dan el tono, superen los tópicos repetidos sin cesar. Éstos se encuentran hasta en la pluma de algunos grandes espirituales (que en este tema tienen tendencia ¡ay! a limitarse a repetirse unos a otros con convicción...), para los que "el error" y "la ignorancia" son el desolador lote y la deplorable tara de los seres hundidos en las negras tinieblas de la no-espiritualidad.

Por una vez, podemos constatar que los científicos, o al menos los mejores y los más abiertos, tienen más discernimiento y más modestia que los espirituales. Por una parte, comprenden el aspecto tan relativo de la noción de error, y sobre todo de la de ignorancia: hay algo que todos ignoramos, aunque sólo sea lo que seremos mañana o dentro de una hora, a poco que no perdamos nuestro tiempo... Por otra parte, conocen por experiencia cotidiana el papel crucial, no sólo inevitable sino indispensable y fecundo, del error en el camino del descubrimiento. Y puedo añadir que así es tanto en el descubrimiento en el plano espiritual como en el descubrimiento científico. Un "error" que, en la forma de una afirmación que resultara ser falsa, pone el dedo en una cuestión neurálgica que hasta entonces permanecía ignorada, es infinitamente más fecundo que mil "verdades" banales que arañan la superficie (si es que llegan a tocarla...). Y entonces poco importa si el que, movido por una presciencia oscura y profunda, ha desentrañado la afirmación fecunda, osadamente la creía verdadera, o si la hacía con muchas reservas, a título de hipótesis revestida de una forma afirmativa[629], y con las disposiciones de prudencia propias de una mayor madurez.

N 149 ◊Desde las primeras páginas de Cosechas y Siembras, me expreso al respecto[630], porque una comprensión del papel fecundo e irreemplazable del error en todo trabajo de descubrimiento ya me parecía importante (y demasiado a menudo ausente).

La reflexión que prosigo desde hace cuatro meses con la escritura de La Llave de los Sueños, y las lecturas que la han acompañado, me han convencido plenamente de que en el plano espiritual (y más particularmente en el conocimiento de uno mismo), al igual que en el plano del conocimiento intelectual, el error y la ignorancia son inseparables de la condición humana. Hasta diría que esa radical falibilidad, incluso entre los más grandes[631], es aún más esencial en el plano espiritual que en el plano del pensamiento que descubre, y particularmente en el del pensamiento científico. En efecto, una vez que se ha comprendido que las "explicaciones" y los "modelos" que se inventan para el Universo de los "fenómenos observables" nunca agotan la realidad que se esfuerzan en comprender o describir, que a lo más dan una aprehensión y una aproximación más o menos conseguida y más o menos iluminadora, más o menos fina o grosera, por eso mismo somos conducidos a ver en toda afirmación sobre esa realidad una "hipótesis" más o menos

[629] Se trata pues de disposiciones ligadas al temperamento o al estado de madurez del que ha sabido tocar la cuestión neurálgica, y que no modifican en nada el valor creativo del acto, igual que éste no queda afectado por el contenido de la respuesta, afirmativa o negativa, que acabará por darse. Añado que en el caso de la investigación matemática, desde hace más de dos mil años es una práctica corriente "testear" una proposición dudosa tomándola como "hipótesis" de partida, es decir *suponiéndola verdadera*, para intentar llegar a una contradicción y concluir entonces que es falsa ("demostración por reducción al absurdo" de la negación de la proposición). De hecho, según subrayo en las dos primeras secciones de Cosechas y Siembras (cf. la siguiente nota a pie de página), esta forma de "testear" es el camino espontáneo de descubrimiento en todos los dominios y en todos los planes del conocimiento. Por eso es muy extraño que haya sobre él un desconocimiento tan extraño, ¡incluyendo hasta los que lo practican todos los días! Véase al respecto en Cosechas y Siembras la sección "Infalibilidad (de otros) y desprecio (de sí)" (CyS I, n^o 4), y en el presente libro la nota "La mistificación – o la creación y la vergüenza" (n^o 46).

[630] Véanse las dos primeras secciones de Cosechas y Siembras, fechadas en julio de 1983: "El niño y el buen Dios" y "Error y descubrimiento" (CyS I, n^{o}s 1, 2).

[631] Entre esos "más grandes" entre los espirituales, especialmente a los ojos de la cristiandad, pienso muy particularmente en Jesús (sobre el que volveré más abajo), y en los apóstoles, que al igual que el mismo Jesús e incluso (en lo que concierne a San Pablo) aún más que él, han constituido para los cristianos desde hace dos mil años una autoridad intangible. Examino la cuestión de su falibilidad en las notas n^{o}s 21, 22, 26, 27, 28.

fecunda o más o menos aberrante, avanzada en el contexto de una "teoría" particular. Salvo en matemáticas, en que la distinción entre proposición "verdadera" y "falsa" tiene un sentido técnico claro e importante, en las ciencias la noción misma de "error" tiende a difuminarse o al
N 150 menos a relativizarse, al menos en un trabajo ◊teórico que no se aventure a hacer *predicciones* precisas, que la experiencia puede confirmar o refutar. Pero no es así en el plano del conocimiento espiritual y del descubrimiento de uno mismo. Salvo en un ser que estuviera espiritualmente inane o muerto (estado que hoy en día es, a decir verdad, más bien la regla que la excepción...), el sobresalto interior que nos hace sentir (digamos) tales actos o comportamientos como malvados, o inicuos, deshonestos, indecentes, "inmorales", o por el contrario la alegría y la elevación que experimentamos ante lo que nos parece signo de una verdadera grandeza humana – ésas son cosas que forman parte íntima e indisoluble de lo que somos, y no podemos pensar de buena fe y sin mutilarnos en distanciarnos de ellas, pretendiendo no ver en ellas más que una especie de "resultante" emocional de "hipótesis" o 'convenciones" tácitas o explícitas que caracterizan cierto medio cultural del que formamos parte. Aunque sin embargo es cierto que es sobre todo a ese nivel, el de la realidad espiritual, donde el condicionamiento social actúa con una fuerza tal que borra en la mayoría toda veleidad de una percepción autónoma de las realidades de naturaleza espiritual, y aplasta en el huevo toda veleidad de conocerse a sí mismo...

Esto forma parte, parece ser, de los inveterados reflejos de la psique humana, el *confundir la grandeza humana con la infalibilidad*. Este reflejo no se tiene sólo frente a los que, a menudo con razón, son considerados como los grandes Sabios y los grandes Instructores den la historia de nuestra especie, a los que una tradición secular ha dedicado un culto (que invariablemente toma la forma de idolatría...). El menor déspota (como Hitler y Stalin, por no citar más), y el menor Gurú divinizado por sus discípulos y a menudo por él mismo, y a veces hasta las celebridades del deporte y el espectáculo, están investidos de una sacralización similar, con la aureola de los atributos de la omnisciencia y la infalibilidad. Desde el momento en que a alguien se le atribuye una "grandeza" y se le eleva al número de los "*Grandes*" o se le proclama *el* Grande, en casi todos se produce un clic de *abdicación* más o menos total de las propias facultades de percepción y de juicio, en beneficio del Ídolo, investido del atributo de la infalibilidad. Esta abdicación se adorna con nombres al gusto de cada cual y siempre del mejor efecto, como "fe", "amor", "piedad", "devoción", "compromiso", "fidelidad", "admiración"... En ella veo una de las manifestaciones más insidiosas y tenaces del "espíritu de rebaño", arraigado en la secreta
N 151 subestima de sí mismo y compensación "en positivo" de ◊la íntima convicción de impotencia, profundamente impresa en la psique[632] por la represión del Grupo sufrida en la infancia[633].

Esos reflejos milenarios han pesado tanto más sobre la historia espiritual de la humanidad cuanto que los mismos espirituales, y hasta los más prestigiosos y los más grandes entre ellos, no han estado más exentos que el común de los mortales[634]. Por eso, me parece que tienen una gran responsabilidad en el milenario inmovilismo de las "grandes religiones"[635] de las que están

[632] Ya se ha tratado antes la compensación "en negativo", por las pulsiones maliciosas y destructivas, especialmente en la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (n^o 43).

[633] Para otra posible causa de esa "'secreta subestima" de sí mismo, véase la nota "El niño y su domesticación – o el visitante inoportuno" (n^o 40).

[634] Los únicos espirituales que conozco por sus escritos que no dan en la idealización idolátrica de grandes Autoridades religiosas o en la imagen convencional del "Sabio", del "Iluminado", del "Santo", del hombre "hecho Dios" (o cualquier otro nombre que se le dé) son Gandhi, Krishnamurti y Légaut. Ahora bien, con una reserva importante para Krishnamurti, que esa idealización convencional que supo percibir en los demás y superar frente a los que fueron sus Maestros y sus Modelos reapareció, tan fuerte como nunca, en su visión de sí mismo.

[635] Es necesario precisar que esa "gran responsabilidad" que les veo es una apreciación muy personal, y no estoy seguro de que Dios no vea las cosas de esta forma. Pienso principalmente en los místicos, y me digo que si a Sus ojos su responsabilidad en el milenario estancamiento espiritual fuera tan grande como me parece, ¡se mostraría más reservado con ellos! Hay que pensar que su amor a Dios y el don sin reservas que Le hacen de su vida y de su persona, y también su amor a los demás, cuentan más para Él, mientras que su miopía e incluso su ceguera, que proviene del condicionamiento cultural y que comparten con el conjunto de todos sus contemporáneos, es

tan orgullosos, limitándose a transmitir de generación en generación una herencia intangible[636].

N 152 Quizás la ilustración más "disparatada" de todas, al menos ◊la que le grita más fuerte a mis oídos, se encuentra en el piadoso escamoteo teológico del mensaje de Jesús (debidamente divinizado previamente) proseguido (en la senda de los apóstoles) durante dos milenios por las Iglesias que se dicen suyas; y todas las aberraciones, todas las corrupciones y todos los crímenes que lo han acompañado (sin que ninguno de los grandes espirituales cristianos hiciera al menos como que tomaba nota...).

Seguramente no es casualidad que en la tradición cristiana, iluminada por las llamas de las piras, es donde el miedo al "error" (igual que el de la muerte...) ha sido mantenido con más asiduidad, y ha alcanzado dimensiones verdaderamente neuróticas. No es sólo el ron-ron de rigor sobre los "mundanos" que se complacen, ¡ay! en el error y en la ignorancia. Sino que ya desde San Pablo, el "error" (es decir el que se aparta de la doctrina oficialmente decretada) ha tomado el nombre de *herejía*, y el deber de la Autoridad es extirparla. Las piras de los buenos viejos tiempos se han apagado, pero la mentalidad no ha cambiado. Al menos no en la Institución. Y es poco probable que cambie antes del Choque. En ese momento cambiará, o la Iglesia desaparecerá.

Hay un reflejo insidioso, arraigado en la misma lengua, que consiste en oponer "*verdad*" y "*error*", acompañado de un reflejo cultural que asimila el "error" a un "*mal*", e incluso (y ésta es la regla en las Iglesias cristianas desde sus orígenes) a una *depravación* de la persona que comete el error. Me maravilla cómo una confusión tan fenomenal, testimonio de una ignorancia tan prodigiosa, ha podido mantenerse aún hasta nuestros días y tener vara alta en casi todos, incluyendo y sobre todo en os que se dicen de la "espiritualidad". Ya en la experiencia cotidiana más banal, se constata que el hecho de que un ser sea "verdadero", o con más precisión, que se encuentre en un "estado de verdad", en modo alguno impide que se adhiera a una visión del mundo o de sí mismo que sea "errónea", y esto tanto más si su madurez espiritual aún es ruda. Pero incluso los seres que han llegado a la cima de lo humano, que se han hecho *unos* con Dios tanto como le puede ser dado al hombre en su vida terrestre, no están sin embargo exentos de la libertad y del riesgo de errar, inseparable (parece ser) de la condición humana hasta hoy en

N 153 día. ◊Incluso esos seres benditos entre todos están impregnados, como el último de nosotros, de valores y de ideas de la cultura ambiente, aunque lleguen a desprenderse de ella más que ningún otro de sus contemporáneos.

La manera en que el ser se enfrenta a esos límites, y la medida en que los supera a fuerza de creatividad para acceder a una autonomía interior más o menos total – *ahí* está verdaderamente lo esencial de su aventura espiritual[637], y la verdadera medida de su estatura como hombre[638]. Pero incluso a los más grandes, parece ser que hasta ahora no les ha sido dado acceder a la

---

insignificante para Dios. (Compárese con la reflexión sobre Santa Teresa en la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí", n^o 9, especialmente la página N 29.) Mientras que en términos de la sana razón sin más su influencia social y cultural visible pudiera parecer muy negativa, estoy convencido de que su influencia en los destinos espirituales de la humanidad, invisible a todo ojo humano que no esté plenamente despierto frente a la realidad espiritual, es altamente benéfica y de un valor inapreciable. Y en modo alguno excluyo que lo mismo ocurra con los apóstoles (que sin embargo no tenían nada de místicos) e incluso con San Pablo (mi bestia negra, se habrá notado, por más atrayente que sea...). El buen Dios no me ha dado a conocer nada al respecto, y además dudo de que juzgue útil hacerlo jamás...

[636] Sin contar la lamentable tendencia de dichas religiones (que forma parte de su "milenario inmovilismo") a ponerse siempre del lado del poli y del poder. Eso es algo que ninguno de los espirituales que conozco, a excepción como mucho de Légaut, parece que percibiera jamás, de tan natural que le parece a todo el mundo...

[637] Compárese con las reflexiones de la sección "Creación y represión – o la cuerda floja" (n^o 45), de la nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano" (n^o 41), y en fin de la subsección "¿Verdad u obediencia? – o el hombre frente a la Ley" (n^o 56, 2).

[638] Si veo ahí "la verdadera medida de su estatura como hombre", es al situarme en la óptica de la *autonomía interior*, que tomo como signo y medida por excelencia de la *libertad espiritual*. Sin embargo es posible que a los ojos de Dios, este aspecto sea secundario ante el del *amor* a Dios y a los hombres. (Compárese con una nota al pie de la página N 151.) Ciertamente, como subrayo en otra parte, "la vida del espíritu es una, y libertad y amor

autonomía espiritual total, que les permita escapar totalmente a los límites marcados por el tiempo y el lugar. Jesús mismo, ese grande entre los Grandes, no puso en duda la creencia común en su tiempo en un "infierno" y en un "paraíso", lugares de castigo o de recompensa eternos[639], que a justo título parece verdaderamente aberrante a todo espíritu que no haya sido marcado desde su niñez con tal creencia, o que haya sabido desprenderse de ella[640].

N 154 ◊Quizás Légaut sea el primer hombre, y sobre todo el primer "espiritual", que ha tenido la autonomía interior y el coraje de ver y de decir claramente que la verdadera grandeza humana, incluso aún allí donde llega a alcanzar lo divino, no tiene nada que ver con la pretendida "infalibilidad" con la que el espíritu humano, aplastado por una tradición inmemorial, se complace en rodearla desde siempre[641]. Ese atributo falaz, con el que la piedad de las generaciones se complace en adornar los que le parecen grandes, como un abrigo con un aparatoso bordado lleno de medallas, no hace más que ocultar con bisutería de cuatro perras lo que es la esencia misma de la grandeza espiritual. Según esos clichés, nada más fácil y agradable que ser "grande", que haber sido favorecido por Dios (o por las Parcas...) con la ciencia infusa e infalible, una especie de "Tarzán" espiritual en suma, ¡siempre invencible! Todos los problemas se resuelven de oficio,

N 155 en ◊todo momento sabe exactamente lo que hay que hacer, sin contar la admiración ferviente y bien merecida con que las agradecidas generaciones rodean sus grandes hechos. Nada más genial y más gratificante que ser "grande", la pena es que siempre esté reservado para otro...[642].

---

no pueden ser separados – quien mutila la libertad, mutila el amor". (Véase la nota "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad", n^o 21, página N 55.) Pero también es verdad que los místicos a menudo carecen de autonomía espiritual, sin carecer por ello de amor. (Mientras que en mi caso es más bien al revés...) ¡Reconozco que estoy lejos de verlo claro! Si no es que Jesús, él (y antes que él Buda) ha sido grande por lo uno *y* por lo otro – por el amor y por la libertad...

[639] Compárese con la nota "El infierno cristiano – o el gran miedo a morir" (n^o 28). Hay que subrayar que en la tradición cristiana, tal y como se ha desarrollado a partir de las elaboraciones doctrinales de los apóstoles, las ideas de infierno y de paraíso han falseado la vida religiosa y la relación con la muerte en un grado que no me parece que haya alcanzado ninguna otra religión, incluyendo la religión judaica que había impregnado los universos mentales de Jesús y de sus discípulos (convertidos en sus apóstoles). A la luz de la mera razón humana, parecería que en este tema como en otros, que los apóstoles han rendido un mal servicio a la cristiandad de la que iban a ser, después de la muerte y glorificación d su Maestro, los primeros fermentos...

[640] Por supuesto que no hay medida entre la actividad creativa espiritual e intelectual que se requiere hoy para desprenderse de la creencia en el infierno y en el paraíso, para el que (algo extraordinario) haya crecido en un medio familiar impregnado de esa creencia, y la que habría sido necesaria para un judío del tiempo de Jesús. Hay razones para pensar que si la vida de Jesús no hubiera sido cortada en la flor, no hubiera dejado, madurando con un intenso trabajo interior, de darse cuenta del carácter aberrante de esas creencias. De lo que sí se dio cuenta, y era más esencial que toda adhesión o toda retirada de adhesión a tal o cual creencia particular, es de la primacía del *ser* sobre la creencia, de la *fe* creativa sobre toda doctrina religiosa y sobre toda Ley. En su corta vida, se fue directo a lo que iba a ser lo esencial de su misión única, a lo que quizás ningún hombre antes que él, ni mucho tiempo después de él, ha sabido ver plenamente.

[641] Tal vez sea esto lo más importante que he aprendido al encontrarme con el pensamiento de Légaut. Yo ya lo sabía al nivel de la creación intelectual, pero aún permanecía medio prisionero de las imágenes convencionales de rigor en lo que concierne a los Grandes de la vida espiritual. Es verdad que la lectura reciente de buen número de místicos, al igual que las reminiscencias de lecturas anteriores, también han contribuido a la eclosión de esta comprensión. Una segunda cosa que debo a Légaut es tener ahora perfectamente claro que Jesús no era "Dios–Hijo", previsto desde toda la eternidad para el sacrificio sangrante (cuyo sentido, lo reconozco, se me escapaba), sino un hombre, creando día a día su vida y su misión – y que es en esa humanidad de Jesús, y no en los atributos divinos que generosamente se le han atribuido (como si le pertenecieran por derecho desde toda la eternidad), donde reside su única grandeza. La tercera cosa que debemos a Légaut, crucial para la inteligencia de la misión de Jesús, es una comprensión del sentido de su muerte, liberada de connotaciones inmemoriales y ya superadas (además de incomprensibles...) de sacrificio sangrante que sería agradable a Dios y tendría el poder (al menos bajo ciertas condiciones) de volver nulas y no cometidas las faltas de los hombres. Toda esa doctrina sacrificial de la "redención" o del "rescate" de los pecados, que siempre me había parecido extrañamente oscura y como repleta hasta reventar de una angustia contenida que no osa decir su nombre y aún menos mirarse a los ojos, me parece ahora como extrañamente artificial, forzada, abstrusa, al borde de lo neurótico – a fuerza tal vez, simplemente, ¡de ser anacrónica! Incluso sin ser cristiano ni sentirme llamado a serlo jamás, es sin embargo un alivio verlo claro al fin y tener el corazón limpio.

[642] Está, es cierto, la cruz del Cristo y los inconvenientes similares por los que tuvieron que pasar ciertos mártires.

Volviendo a la sempiterna oposición

verdad – error , verdadero – falso ,

y los abusos y groseros contrasentidos relacionados, conviene darse cuenta de que los términos "verdad", "verdadero" y "falso" tienen cada uno dos acepciones muy diferentes, y que no hay que confundir. Por una parte se aplican a una *afirmación*, un pensamiento, una opinión, una creencia, una doctrina, una teoría – en suma a un *producto del espíritu* humano, al que estamos invitados a dar nuestra adhesión o a rechazarla, sobre cuya validez estamos llamados a pronunciarnos. Suponiendo que esa "afirmación" o "proposición" (por darle ese nombre) sea formulada y aprehendida con suficiente cuidado para que no sea puramente verbal sino que realmente comporte un *sentido*, se plantea realmente la cuestión de su validez, y en los casos bien delimitados la respuesta puede expresarse entonces con los juicios de "verdadero" y de "falso", mutuamente opuestos[643]. La afirmación verdadera se califica de "verdad", la afirmación falsa o errónea de "error". Cuando la afirmación concierne a la realidad espiritual, no hay ningún método, ningún criterio "objetivo", para decidir su carácter "verdadero" o "falso"[644]. Pero incluso en ese caso, un juicio de "falso" no debería, al menos en alguien sabio, comportar ningún matiz reprobatorio o peyorativo a nivel espiritual o moral, cuando no hay ninguna razón expresa para suponer que el error sea deliberado y que lo haga con intención ◊de inducir al error [645]; en otros términos, que el "error" sea en realidad *mentira*. Me atrevo a decir que al menos tal es la actitud de Dios mismo, que no le tiene en cuenta al alma ninguno de sus errores de buena fe, debidos a la falta de madurez o de perspicacia, por más graves que puedan ser las consecuencias[646].

N 156

Muy distinta es la situación en que los términos "verdadero" o "falso" se utilizan para calificar no un producto del espíritu, sino una *persona*, o el estado en que se encuentra una persona en cierto momento. En este caso, ya no califican, como antes, una realidad esencialmente intelectual (aunque la afirmación en cuestión se refiera a una realidad espiritual), sino una realidad *espiritual*, totalmente diferente. El ser "verdadero" o en "estado de verdad" es el ser "agradable a Dios", el que colabora directamente con Sus designios, cualquiera que sea el nivel en que se encuentre; es el ser *auténtico*, fiel a su naturaleza espiritual creativa, el ser en devenir por la vía de su progreso espiritual[647]. Por oposición, el ser "falso" es el ser en estado de inautenticidad, en estado de mentira. Un ser puede ser "verdadero", aunque se encuentre en un estado de crasa ignorancia espiritual y lleno de errores. Por esa cualidad de verdad mejora y accede a un estado de ignorancia menos absoluta, el cual también (si el alma permanece fiel a sí misma, si permanece "verdadera") se afinará a su vez... Inversamente, el que haya leído y asimilado todos los libros y sea un pozo de sabiduría, es libre sin embargo de deslizarse en un

---

Pero eso, después de todo, no era más que un mal momento que hay que pasar y un pequeño detalle, sobreabundantemente compensado por la beatitudes celestes y por la admiración no menos beata y no menos eterna del rebaño de los fieles al completo...

[643] Sin embargo, en la conversación corriente la delicadeza y la cortesía nos llevan a matizar. Cuando queremos rectificar una afirmación errónea de alguien, nunca pensaríamos en decirle "eso es falso" o "eso no es verdad", sino que si no ponemos en duda su buena fe diríamos más bien "cometes un error" o "te equivocas". Es tanto más notable que el pensamiento, cuando está infatuado por un propósito doctrinal, filosófico o "espiritual", ¡tienda a perder hasta tal punto el sentido de los matices elementales!

[644] Compárese con la sección "Dios no se define ni se demuestra" (n^o 25) y con la nota "Dios se oculta constantemente" (n^o 19).

[645] En la tradición de las Iglesias desde sus orígenes, ha sido una verdadera perversión del espíritu, consagrado por la tradición, tener por evidente la presencia de tal intención malévola de inducir al error (por el mero placer de hacer mal, supongo...), en cuanto una opinión expresada sobre alguna cuestión que parece atañer a "la doctrina", se revela contraria a la ortodoxia. En ninguna otra religión tengo conocimiento de una aberración tan extrema en el fanatismo doctrinal.

[646] Compárese con lo que se dice al respecto en la subsección "El padre malhechor – o el mal por ignorancia" (n^o 56, 3), especialmente en la página 236

[647] Para una enumeración canónica y doctrinalmente exhaustiva de las características teológicas de dicho estado, véase, en el Árbol del Bien y del Mal (sección n^o 56) la rama 5^a "El estado de verdad es el estado plenamente creativo".

estado de mentira. Entonces toda su sabiduría no le servirá de nada, si no es para enredarse aún más sutilmente en sus groseras ilusiones y en sus fraudes.

Vemos así que el mismo término,

"falso" , o "lo falso" ,

N 157 ◊según que califique una afirmación (plano intelectual[648]) o una persona (plano espiritual) tiene dos connotaciones totalmente diferentes

error , o mentira .

Por lo mismo, el término

"verdadero" , o "lo verdadero", "verdad" ,

tiene en esos dos contextos connotaciones de naturaleza totalmente diferente y que sin embargo, por una tradición milenaria aparentemente común a todas las grandes religiones (pero llevada hasta sus extremos más aberrantes por la religión cristiana), confunden casi todos. Así es cómo se mantiene hasta hoy en día, incluso entre las personas más cultivadas e informadas, una sorprendente confusión entre por una parte las proposiciones (variando hasta el infinito de una persona a otra) calificadas de "verdades", y por otra parte la cualidad de verdad de un ser. Ésta viene a reducirse (en el espíritu de casi todos) a la aceptación de tales presuntas "verdades", tomadas como vara de medir la verdad por aquél que se siente llamado a juzgar[649].

(52) Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad

(23 y 24 de agosto)[650] Doy a entender aquí, de pasada, que por nosotros mismos no tendríamos facultades de percepción espiritual, que en nosotros sólo Dios percibe la realidad espiritual; que para conocerla no tendríamos otro medio que la escucha de la "voz interior", por la que Dios (cuando juzga oportuno) tiene a bien dárnosla a conocer. Una vez más rozamos aquí de pasada

N 158 la cuestión de la "parte de Dios, parte del hombre" en la creación, de la que justamente ◊trataba la sección precedente ("Creación y voz interior", n^o 55), y para la que en modo alguno pretendo tener respuesta, y menos una respuesta bien perfilada. Pudiera ser que cuanto más accede un ser a un grado elevado de madurez espiritual, más se desarrollan en él facultades de aprehensión espiritual propias, "autónomas" respecto de Dios – ¡tanto más tiene a hacerse *uno* con Dios en él[651]! Por otra parte supongo que no sólo nunca sabremos la última palabra sobre la cuestión de la "parte del hombre", sino que además esa cuestión quizás no sea una cuestión verdaderamente

N 159 fértil[652]. Por lo que sé, los "grandes místicos"[653] no la plantean ◊jamás. Por el contrario afirman

[648] Como he dado a entender de pasada más arriba, este uso del término "falso" concierne a una realidad *intelectual*, aunque la afirmación a la que se refiere concierna a una realidad *espiritual*. Compárese con la reflexión de la nota "Eros y Espíritu (1) – o la abundancia y lo esencial" (n^o 32), especialmente la página N 95.

[649] Especialmente tal ha sido, con poca diferencia (después de que San Pablo metiera la mano en el mensaje de Jesús), la actitud oficial de la Iglesia Católica, avalada tácita o explícitamente por todos los "grandes espirituales" de la cristiandad desde hace dos mil años.

[650] Véase el reenvío a la presente nota en la subsección "El estado de verdad es el estado plenamente creativo" (n^o 56, 5), página 244.

[651] Podemos pensar que esa creciente comunión con Dios en nosotros, a medida que progresa nuestra madurez espiritual, se concretiza por una presencia cada vez más constante de la voz de Dios en nosotros, y por una escucha más y más atenta y delicada de esa voz. (Yo mismo me encuentro en los primerísimos estadios de tal evolución...) Esto bastaría para "explicar" que las facultades de aprehensión espiritual se desarrollan, sin tener que suponer que nos son propias, es decir "autónomas respecto de Dios". Esto viene a decir más o menos que esas facultades no son ni más ni menos que nuestras facultades de escucha de la voz de Dios en nosotros, que implican también y sobre todo la de discernir esa voz de las voces parásitas que provienen del yo y de Eros, es decir del cuerpo.

[652] Con esto no quiero decir que esa cuestión no sea útil, e incluso que no llegue el momento en que no podamos dejar de plantearla, un momento en que sea indispensable plantearla, en lugar de contentarse con apartarla como inoportuna, o (lo que viene a ser lo mismo) de darle quizás la respuesta predeterminada que nos venga de cierta "autoridad" (¡mientras que las "autoridades" quizás no han hecho más que repetirse unas a otras!). Más bien quería sugerir que quizás sea inútil, una vez vista la cuestión, obstinarse en querer darle cueste lo que cueste una respuesta que nos satisfaga, y que más vale permanecer a la expectativa de elementos de respuesta que puedan llegar por sí mismos, a medida que nuestra experiencia espiritual se enriquezca y profundice.

[653] Utilizo la expresión "grandes místicos" con reticencia y con todas las reservas, de ahí las comillas. En su uso

de mil maneras y siempre de una manera sin réplica, que el fundamento de todo conocimiento espiritual, que en el hombre *toda* creatividad (y todo lo que hay de bueno en él y en sus hechos y sus gestas, suponiendo que haya algo de bueno...) es de Dios, ¡ y *nada* del hombre! No creo que eso sea del todo exacto[654], pero situados ante el misterio, sin duda ésa es la actitud interior más fértil[655], mucho más que la tendencia tan fuertemente arraigada en nosotros de vanagloriarnos de nuestras obras y nuestros actos.

Lo que aquí sí me plantea problema, es que a menudo esa actitud de los místicos, por una especie de "propósito deliberado de humildad" (que, supongo, incluso en ellos no siempre es de humildad...), les lleva hasta expresar con palabras gruesas (si no a sentir de verdad) un verdadero desprecio por la Creación de Dios en general, y por el hombre, sus facultades, su cuerpo e incluso a veces su alma en particular[656]. Ésa es una tendencia de lo más lamentable, y por la que (hasta donde yo puedo ver) la influencia *visible* de los místicos en la evolución espiritual de la sociedad humana quizás ha sido más un *freno* que un estímulo[657]. Hombres que tienen el privilegio de una vida intensamente creativa ciertamente pueden permitirse, por una especie de "puja" permanente de humildad y sin peligro de castrar por ello su creatividad bien real (y poco importa si ésta es exclusivamente de Dios, o no), hablar de su propia insignificancia o de su
N 160 pretendida nulidad, en términos que a veces pueden acercarse al disgusto ◊o el desprecio. Pero no es lo mismo cuando tales palabras les llegan a seres que no comparten tan raro privilegio, ni tienen semejante fortaleza, sino que todos los condicionamientos que han pesado y pesan sobre ellos (y esto desde siglos y milenios sin número...) les han convencido ya de su propia e irremediable nulidad. Si esa humildad del místico, tan alta e incansablemente proclamada, quiere tomarle la delantera a los movimientos de la vanidad y del orgullo, y si el efecto se alcanza quizás (mal que bien) en el místico mismo[658], seguramente no en el común de los mortales. El orgullo y la vanidad no nacen del conocimiento que tenemos de la presencia en nosotros de profundas fuerzas creativas (incluso aunque ignorásemos totalmente la presencia de Dios) – ¡bien

---

corriente, se trate de místicos o de otra cosa, el calificativo "grande" no significa otra cosa que: los que por una razón u otra son muy conocidos o célebres. En los místicos, eso prácticamente viene a decir: los que han dejado un testimonio escrito y publicado y son comúnmente accesibles y leídos en nuestros días. Para los místicos cristianos, también está la consagración oficial de los que han sido canonizados por Roma. Sin embargo dudo que el buen Dios esté impresionado por los decretos del papa en materia de "santidad", no más que por el prestigio y la moda más o menos grandes de tal o cual místico entre el público creyente o no creyente. Me parece que no está excluido, ni es contrario a lo que conozco de los caminos de Dios, que ciertos místicos que son los más "grandes" a Sus ojos permanezcan ignorados por la historia. También es verdad que de los que hasta hoy he tenido la posibilidad de leer, entre gentes con reputación de "santidad" o de ser "grandes místicos", si hay algunos que me han dado la impresión de una espiritualidad de pacotilla, hay otros en que he podido apreciar la cualidades de autenticidad y de "grandeza": Santa Teresa de Ávila, el Maestro Eckehart, el autor de "La Nube del Desconocimiento" (N. del T.: *The Cloude of Unknowyng* es un escrito anónimo en inglés medieval de finales del s. XIV), Râmakrishna, Marcel Légaut. Sin duda se les añadirán aún muchos otros autores, al hilo de mis proyectadas lecturas...

[654] Eso es un eufemismo. Por dos de mis sueños de enero y febrero de este año, sé pertinentemente que hay una creatividad que es propia del hombre. Pero esos sueños sugieren que es relativamente modesta (al menos en mí) en comparación con la "parte de Dios" en la creatividad humana.

[655] Aquí hablo de la actitud que consiste en atribuir y dar gracias a Dios por lo que de bien podamos hacer, sin incluir no obstante la que afirmase con un tono sin réplica que el hombre es incapaz por naturaleza de contribuir por su parte en nada bueno. Seguramente (como lo confirma también uno de los dos sueños a los que acabo de hacer alusión) somos *colaboradores* de Dios (a poco que consintamos). Aunque esa colaboración sin duda es modesta, no es sin embargo despreciable – al menos (me ha parecido entender) no a los ojos de Dios.

[656] Véase al respecto la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí" (n^o 9), e igualmente "Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa" (n^o 33).

[657] Sin embargo estoy convencido de que también hay una acción *invisible* de un alcance infinitamente mayor, y benéfico. (Véase al respecto una nota al pie de la página N 151 de la nota anterior.) Algún día espero tener una aprehensión menos vaga, por no decir inexistente, de esa acción espiritual invisible de los místicos, y más generalmente, del hombre animado de un verdadero amor a Dios y a los hombres.

[658] Este "se alcanza quizás" es un eufemismo – ¡pertinentemente sé que la vanidad no se borra con propósitos deliberados ni con eufemismos! Compárese con las reflexiones en la citada nota sobre los místicos (nota n^o 9), especialmente la página N 24.

al contrario! Son justamente una *compensación* a esa íntima convicción (raramente consciente y aún más raramente dicha en alto...) de impotencia y de nulidad, implantada en el ser desde su niñez y que todas las profesiones de fe de los místicos y todas las declaraciones de la Iglesia no han hecho más que alimentar y reforzar a lo largo de los siglos.

Igual que la vanidad y la servilidad obsequiosa no se oponen, sino que son dos aspectos inseparables de una misma enfermedad del alma, así la *confianza* y la *humildad* son también aspectos inseparables y complementarios de una misma cualidad, esposo y esposa de una misma "pareja cósmica"[659]. Destruir o reprimir uno, es desnaturalizar el otro. Confianza sin humildad es descaro, orgullo, vanidad. Humildad sin confianza es autocompasión, adulación, servilismo. Confianza y humildad son del alma, vanidad y servilismo son del yo (y toman posesión de la psique si el alma no está vigilante...). La confianza se arraiga en el conocimiento inmediato de nuestras fuerzas profundas, de nuestra radical unicidad, de nuestra indecible belleza, de una "grandeza" que no desnaturalizan las ansias de alzarse por encima de los demás. La humildad nace de la experiencia de nuestros límites, de nuestros errores y nuestras faltas, también de nuestras miserias y quizás de una división, de nuestra fragilidad...

N 161 ◊La confianza es la base de la *fe*, como la humildad es la madre de la *duda*. Y la fe y la duda se casan como se casan la confianza y la humildad, cada una sacando su razón de ser y su fecundidad de la unión, cada una irremediablemente enferma y desnaturalizada cuando ésta falta o se debilita. La fe que teme o excluye la duda no tiene de fe más que el nombre, aferrada a una letra mientras olvida el espíritu, buscando el confort y la seguridad del dogma mientras pierde la virtud creativa de la verdadera fe cuyo nombre usurpa. Y la duda que no está animada por una fe que la vuelve fértil, es la duda ociosa, coartada de una pereza o de una dimisión, la duda hueca a la vuelta de una conversación, o también la duda que roe toda una vida y de la que nunca tendremos el coraje de escuchar el humilde mensaje...

En estas dos parejas de cónyuges inseparables

confianza – humildad , fe – duda ,

los espirituales de Oriente y Occidente como un sólo hombre (y dejando aparte rarísimas excepciones[660]) han recortado el esposo "confianza" en la primera, y la esposa "duda" en la segunda[661]. Al menos puede decirse que todo lo que se parezca a confianza es muy mal visto por ellos, en seguida tachado de orgullo, de ignorancia, de egoísmo y de locura, sobre todo cuando se expresa en el "coto" de las cosas espirituales o de la tradición religiosa que impera. (Por el contrario, toda la arrogancia y el ansia de poder y de conquistas de los príncipes que los gobiernan no parecen inquietarles...) En cuanto a la duda, es mucho peor. ¡Es la bestia negra de todos! El pecado capital de atentado contra la moral del ejército – perdón, de la comunidad de fieles habría que decir. Por increíble que eso pueda parecer en seres a menudo dotados de una inteligencia y una sensibilidad fuera de lo común, muy a menudo leyendo a dichos espirituales (que deben limitarse a recitar con convicción una lección demasiado bien aprendida y desde hace mucho tiempo...) se tiene la impresión de que confunden la fe (que ◊sin embargo conocen de primera mano) con la *credulidad* y la *disciplina* ciega (la disciplina del ejército...), y con los pensamientos piadosos conscientemente aprendidos y repetidos sin descanso. Por eso no hay que extrañarse

N 162

[659] Para esas "parejas cósmicas" y la filosofía del yin y el yang, reenvío a Cosechas y Siembras III, "La Clave del yin y el yang", y especialmente a las dos notas "La dinámica de las cosas" y "Los esposos enemigos" (n°s 111, 111').

[660] Las únicas excepciones que conozco son Krishnamurti y Légaut.

[661] Lamentablemente el género gramatical de los cuatro términos que figuran en las dos parejas no se corresponden con su función "masculina" y "femenina" en éstas, con la única excepción de "humildad" (N. del T.: En francés, "duda" es masculino). Es particularmente flagrante en la pareja fe – duda, en que el primer término tiene papel yang (masculino), y el segundo papel yin (femenino), mientras que como si fuera adrede, ¡los géneros gramaticales son *opuestos*! La situación no es mucho mejor en alemán. (¡Los dos términos son masculinos, igual que en confianza – humildad los dos términos son femeninos en francés!). Como que la lengua no es siempre una guía fiable para orientarse en el delicado juego del yin y el yang...

de que miren con tal recelo la confianza (a la vez que ignoran la que vive en ellos y les capacita para hacer algo más que recitar...). Pues ¿no es de una verdadera confianza, y de la fe creativa que en ella arraiga, de donde saca el ser los medios de una autonomía interior, condición previa de una verdadera espiritualidad, de una espiritualidad que sea otra cosa que piadosa repetición? Pero en suma eso sería la anarquía – ¡Dios y los hombres de Dios no lo quieran!

No es de ayer que a la confianza y la humildad les vaya decididamente muy mal entre los hombres, mientras que orgullo y bajeza prosperan. Y bien veo que las vicisitudes de esos cuatro están indisolublemente ligadas. Sin embargo hace milenios que desde todos los lados se predica la humildad, con profusión de lugares comunes (que son la salsa indispensable de la predicación), y jamás les ha ido tan bien al orgullo y su compañera, incluso a menudo en los que la predican. Los tiempos están maduros, quizás, para dejarse de sermones untuosos y clichés moralizantes, con frecuencia a penas menos huecos que la animación de masas que en nuestros días ha terminado por suplantar a la misa.

Por mi parte, no quisiera predicar, sino aclarar, a la luz de lo que conozco de primera mano[662] igual que de lo que sé que ignoro. Quizás todo lo que estoy llamado a decir y a mostrar puede ser visto como un comentario, en claro y en oscuro, de un mismo *hecho*, o como un contrapunto, surgido de un mismo tema principal: ¡*el hombre es creador*!

(53) Las bestias negras del Maestro (1) – o ¡alto! al trabajo de pensar

(25 y 31 de agosto)[663] Mientras que Krishnamurti insiste incansablemente sobre la importancia de conocerse a sí mismo, es tanto más extraño y frustrante que ◊en sus escritos no se encuentre traza de una marcha en ese sentido, de alguna vigilancia frente a él mismo. Muy al contrario, incluso el tono de sus escritos muestra con evidencia que se ve a sí mismo como la infalible Verdad hecha carne, y que a sus ojos sería impensable que él tuviera que poner en práctica las recomendaciones de vigilancia y atención extremas frente a uno mismo, que con razón presenta como esenciales para todos los demás. Por eso no hay que extrañarse de que Krishnamurti, que de manera tan saludable se distancia de tantos lugares comunes y actitudes estereotipadas que son corrientes en los medios "espirituales", comparta sin embargo con la mayoría de los espirituales la actitud de rechazo (en su caso sin paliativo) frente a la *curiosidad*[664]. En efecto, ella es justamente, al menos fuera de los momentos de crisis interior, la principal "fuerza activa" en un verdadero conocimiento de sí[665], proseguido con propósito deliberado y con pleno conocimiento de causa.

N 163

Es cierto que Krishnamurti afirma con insistencia el carácter ilusorio de todo *trabajo* en el conocimiento de sí, viendo en él sólo una manifestación de la voluntad del ego (alias el yo) de "llegar a ser" y de crecer. En ese desconocimiento total del papel creativo del trabajo de descubrimiento y especialmente del trabajo des descubrimiento de uno mismo, veo *el* gran malentendido, el error fundamental en la aclaración de la vida espiritual en el pensamiento de Krishnamurti. Por otra parte no tengo ninguna duda de que esa opinión falsa y paralizante en la que Krishnamurti permaneció bloqueado, después del prodigioso impulso de un momento, en modo alguno es casualidad. Se formó e instaló firmemente en él seguramente bajo el empuje de fuerzas egóticas, justamente para bloquear toda veleidad de toma de conocimiento de la Imagen,

[662] Entre lo que sé "de primera mano", por supuesto cuento con lo que me ha enseñado la experiencia de mi propia vida y la meditación sobre esa experiencia, pero igualmente las revelaciones que me llegan por mis sueños y muy particularmente, por mis sueños metafísicos y proféticos, que me aportan un conocimiento que ninguna experiencia por sí misma ni ninguna reflexión podrían aportar.

[663] Véase el reenvío a la presente nota en la subsección "Las malas compañías" (n^{o}s 56, 7, c.) página 264.

[664] Esa desconfianza de los espirituales frente a la curiosidad del espíritu (o más exactamente, la curiosidad del *niño* que hay en nosotros) se tratará en el párrafo que sigue en el reenvío a la presente nota, al principio de la sub-subsección "El Moralizador – o el sello y la espada" (n^{o}s 56, 7, d.).

[665] Esto es lo que se recordará en la sub-subsección citada en la precedente nota a pie de página.

y de su naturaleza igual de pletórica e irreal en el Maestro que en cualquiera (pero por fuerza aumentada...).

En mí mismo, que había hecho mío ese doble propósito deliberado krishnamurtiano "anti-curiosidad" y "anti-trabajo" en el conocimiento de sí (lo que equivale prácticamente a una abdicación de la capacidad de descubrimiento de sí), éste actuó como un freno "ideológico" muy
N 164 eficaz en los años ◊que precedieron al gran "salto" en 1976. Ese freno llegaba entonces como un apoyo bienvenido a las resistencias contra el conocimiento de sí, de una potencia no menor en mí que en cualquier otro, y de las que ignoraba la existencia al igual que Krishnamurti quien (y con razón) no dice ni una palabra. Por otra parte ese salto, ese cruce de un doble-umbral del que hablé en otra parte[666], es el que me ha liberado de la influencia del pensamiento de Krishnamurti, del que me había impregnado en los años anteriores, ¡para lo mejor y para lo peor! En retrospectiva, constato que ese pensamiento ciertamente me había aportado mucho. Principalmente me había ayudado a constatar ciertas orejeras en mí y a desprenderme de ellas, y con eso, a poco que fuera, a aligerarme, a liberarme. Pero en esos años no "hice mío" verdaderamente ese pensamiento a falta de un trabajo (!) creativo más allá del simple nivel intelectual y (en el nivel crítico) de constatar ciertas contradicciones flagrantes, para lograr una percepción o al menos un presentimiento de ciertas lagunas evidentes y distorsiones irremediables de origen egótico en el pensamiento del Maestro – a falta de tal trabajo ese pensamiento, que en cierto momento de mi itinerario fue liberador, se convirtió en un obstáculo[667]. Ese obstáculo cayó, sin que me diera cuenta de tan absorto que estaba en la plenitud de lo que vivía, el día que "descubrí la meditación", es decir: el que descubrí el *trabajo* de descubrimiento de mí mismo...

Pero volvamos al pensamiento de Krishnamurti y a sus "bestias negras", entre las que ya he mencionado la curiosidad ([54]), y el trabajo: hay que añadir también el *pensamiento*. Todo está relacionado, porque el pensamiento es justamente el principal instrumento en el trabajo de descubrimiento de uno mismo, ¡trabajo movido por una activa curiosidad! Krishnamurti trata al pensamiento como una actividad psíquica puramente egótica, enemigo del conocimiento de sí (!) y del conocimiento espiritual, incompatible con el amor. No conozco ningún otro autor que, de forma tan absoluta como Krishnamurti, insista no sólo en los límites del pensamiento, sino que llegue hasta negarle toda utilidad fuera del plano exclusivamente material y práctico,
N 165 y que a poco que se atreva a meter su nariz en "lo espiritual", haga de él el enemigo n^o 1 de ◊la espiritualidad[668]. Con ayuda de la experiencia, ahora veo claramente hasta qué punto esa visión es aberrante y totalmente teórica, y (como acabo de decir a propósito del trabajo) me parece ver claramente su origen egótico. Pero en los años anteriores al salto, tuve ocasión de convencerme de que otras "constataciones" de Krishnamurti que a primera vista no eran menos chocantes e increíbles (y ante todo la del "mecanismo de huída"), eran sin embargo verdaderas. Llegué así rápidamente, de modo tácito si no abiertamente declarado, a dar crédito total a todo lo que el Maestro enseñaba con tan magistral seguridad. Si me retrasé e incluso quedé bloqueado durante años en mi propio caminar, ¡sólo puedo culparme a mí mismo!

Finalmente, al no haber practicado Krishnamurti una vía de conocimiento de sí mismo, llegó a quedar fijado en unas "Enseñanzas" que, aunque la propugnan como una especie de "bien soberano" (¿que nos sería concedido, quién sabe, por alguna gracia divina?), destacaban con fuerza actitudes e ideas que cortaban por lo sano (en quien las hacía suyas) con toda

[666] En la subsección "El fruto prohibido (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n^o 56, 6).

[667] Véase al respecto en Cosechas y Siembras la nota "Krishnamurti – o la liberación convertida en obstáculo" (n^o 41). Véase igualmente, sobre Krishnamurti y mi relación con él, la nota "Yang hace de yin – o el papel del Maestro" (CyS III, n^o 118).

[668] Al tomar así una posición de *rechazo* puro y simple del pensamiento como un posible punto de apoyo en la vida espiritual, obviamente a Krishnamurti nunca le llegó el pensamiento (!) de que todos sus libros realmente desarrollan (y a menudo se limitan a *repetir* sin descanso) un *pensamiento* "krishnamurtiano" sobre la existencia y la realidad espiritual, y que no ha juzgado un desperdicio dedicar toda su vida a difundir ese pensamiento (sistematizado y vuelto estático e inmutable en sus "Enseñanzas").

veleidad de conocimiento de sí. Tal fue su caso hasta el final de su vida, y el mío durante varios años de mi vida en que sin embargo estaba en plena efervescencia ideológica y espiritual. Así, al faltarle a Krishnamurti una verdadera autenticidad personal incluso en la difusión de su mensaje (mensaje convertido en repetición más que expresión creativa de algo realmente vivido y plenamente asumido), su insistencia sobre la psique y el conocimiento de uno mismo quedó despojada de su capacidad de iluminar y despertar que sin duda había tenido inicialmente, y llegó a no ser más que una de las "tesis" básicas entre otras, en una construcción del espíritu bautizada "las Enseñanzas" y convertida para el Maestro en un fin último en sí mismo y la razón de ser de su propia existencia. De hecho, entre los numerosos devotos de Krishnamurti que he conocido, no hay ni uno en que haya visto ni el menor asomo de conocimiento de sí, por la constatación (digamos) de algunas "huidas" de su cosecha (que sin embargo saltaban a la vista tanto de ellos como de los no iniciados en el pensamiento del Maestro). El único efecto visible de esas "Enseñanzas" era alimentar un discurso "krishnamurtiano" y realzar una cierta imagen de sí, como adeptos de una "espiritualidad" sentida como particularmente selecta.

N 166 ◊Durante algunos años, fui uno de ellos[669]. Sin embargo con una diferencia, que bajo el impactante efecto del primer libro de Krishnamurti que leí, mis ojos se abrieron realmente a ciertas realidades, pero sólo (al igual que en su caso) *en los otros*. Ciertamente eso ya era algo – e incluso diría que algo de gran valor. Pero la virtud creativa de ese conocimiento permaneció bloqueada, hasta que no logré el avance decisivo – aquél por el que se inició en mí, ¡por fin! un trabajo y un proceso de conocimiento de sí. Por ese avance, que me liberó de forma radical del dominio del Maestro, lo que le había tomado "prestado" se hizo realmente *mío* y por eso mismo, *fértil*.

(54) Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir

(1 de septiembre)[670] Quizás sea exagerado llamar a la curiosidad una "bestia negra" de Krishnamurti, porque (si mi memoria no me engaña) sólo se expresa al respecto ocasionalmente y de pasada. Por el contrario, vuelve con gran insistencia sobre sus opiniones (presentadas como verdades últimas) sobre el *trabajo de descubrimiento* (y más particularmente del descubrimiento de sí), y ante todo sobre el *pensamiento*[671]. Como otra "bestia negra", también señalo el "*yo*" o el "*ego*", que Krishnamurti identifica más o menos (y ciertamente sin razón) con el pensamiento[672].

N 167 Su relación con el "yo" (que él ◊creía, como algo evidente, que sólo existía en los otros...) me

[669] Aquí vuelvo, con una iluminación algo diferente, a lo que dije más arriba sobre mi pasada relación con el pensamiento de Krishnamurti (véase el párrafo 3^o de la presente nota). Compárese también con los comentarios sobre Krishnamurti, en la sub-subsección "El hecho más absurdo" (n^o 56, 7, a.), páginas 255, 256, y especialmente una nota al pie de la página 255.

[670] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 164.

[671] Véase al respecto el párrafo de la nota anterior en que se encuentra el reenvío a la presente nota.

[672] El pensamiento es un instrumento de la psique con múltiples usos, a disposición indiferentemente del yo y del alma (y en ese sentido, a disposición bien del "espíritu", bien del "niño" en nosotros – véase al respecto la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1). En la medida en que el espíritu, instancia responsable y dirigente de la psique, asume esa responsabilidad (lo que raramente ocurre, es cierto...), también vigila, cuando el yo se apodera del instrumento, para que éste haga un buen uso de él, de conformidad con la función tan útil del yo como encargado de la "intendencia". Es verdad que casi siempre y fuera de un verdadero *trabajo* del pensamiento (especialmente en la vida profesional, para enfrentarse a tales y cuales problemas más o menos técnicos), el pensamiento tiene una clara tendencia a ser mal usado por el yo (bajo el adormecido ojo del espíritu bien dispuesto a no darse cuenta de nada...), sea para ponerse al servicio de su ansia de auto-engrandecimiento, sea como un simple "cacareo" o "ruido de fondo" para llenar a cualquier precio el vacío interior y escapar al peligro del silencio. En esos casos, casi nunca se utiliza el pensamiento como un instrumento de conocimiento, conforme a su vocación, degradado a un papel de "sonido ambiente" destinado a impedir la aparición de un conocimiento inoportuno, e incluso de "*falsificador*", para presentarse a sí mismo o a otro una imagen de la realidad deliberadamente trucada o literalmente mentirosa.

Ahora bien, Krishnamurti habla del pensamiento como si ignorase que puede ser utilizado por una instancia de la psique distinta del yo. Llego a preguntarme si conocía la existencia del alma en la psique, de la que nunca habla en todo caso. Al menos parece que rehúsa dar algún nombre a aquello en la psique que (por ejemplo) ve y

ha parecido bastante similar a la del creyente cristiano de los buenos viejos tiempos con el "Maligno", encarnación diabólica del mal y objeto de una reprobación total. Ésa era una de las primeras contradicciones que me habían chocado en el pensamiento (o más exactamente, en la persona) del Maestro, desde el primer libro que tuve entre las manos[673]. En efecto, Krishnamurti insiste sin cesar en la importancia de abordar "lo que es" con disposiciones de aceptación total, de intensa atención que excluya de entrada toda valoración (¡producto del pensamiento!), tanto positiva como negativa. Pero la naturaleza de ese famoso "yo" (del que hasta entonces, a decir verdad, no me había preocupado mucho) aparentemente era tan perversa y tan deplorable, ¡que aparecía como una excepción (es verdad que tácita) a la regla de la aceptación universal! Sin embargo yo me decía que si ese "yo" realmente estaba ahí (al menos en cualquier otro aparte del Maestro..), por muy engorroso e irritantemente pletórico que fuera, debía de haber buenas razones para su existencia (que seguramente no sería inútil poner en claro, si fuera posible...), y que debía jugar (o al menos haber jugado, en la historia de nuestra especie) un papel no sólo catastrófico, sino también útil, y hasta indispensable (y que sería importante desentrañar). Le expuse al mismo Krishnamurti estas perplejidades, entre algunas otras, en una carta en julio de 1974, pero sin recibir respuesta.

N 168 ◊Ya que estamos con las bestias negras de Krishnamurti, me viene la idea de una quinta bestia (además de la curiosidad, el trabajo, el pensamiento, el ego): es la idea misma de un *devenir* humano ([55]). Vuelve sobre ello con la misma incansable insistencia que sobre el carácter esterilizante (según él) del yo y del pensamiento. Esta idea del devenir, según él, sería exclusivamente un producto del ansia de auto-engrandecimiento del ego, que se proyecta sin cesar en el futuro para devenir esto o aquello, en su inquieto esfuerzo para eludir una toma de conocimiento del instante presente y de lo que realmente se *es*. Esta particularidad el yo, que Krishnamurti subraya sin cesar, es bien real y de gran alcance, y es percibida por Krishnamurti con notable agudeza. Con mayor o menor fuerza de unos a otros, esta modalidad de la "huída de lo real" me parece que esta presente en casi todos: pocos seres, salvo en raros momentos, son capaces de vivir verdaderamente en el instante presente, en vez de proyectarse en el futuro, en un "devenir" que no nos cansamos de perseguir y que siempre se nos escapa. Quizás sea esa rara cualidad de saber vivir totalmente en el instante, de estar totalmente presente si no a uno mismo, al menos a lo que nos rodea (y en la medida en que ese entorno no nos envíe un mensaje inoportuno sobre nosotros mismos...) – quizás sea *ahí* (y no en una imaginaria ausencia de pulsiones egóticas y de una Imagen poderosa) donde se encuentre una cierta cualidad del ser que distinguía a Krishnamurti de la mayoría de sus semejantes; una cualidad quizás única que tan a menudo se percibe en sus escritos, y que los que lo han conocido de cerca (según lo que me ha llegado) a menudo han sentido vivamente.

Visto y dicho esto, no es menos cierto que "el devenir", tanto el de la psique como el del Universo al que está indisolublemente ligada, *no* es sólo una idea fija del yo, producto del pensamiento en busca de quimeras, en su incesante esfuerzo por evadirse de lo real. También es una *realidad*, inmediata e irrecusable – y que sin embargo Krishnamurti, por increíble que pueda parecer, ¡parecía haber jurado negarla! Se diría que el Maestro, por esa misma bendita capacidad que tenía de vivir en el instante, haya querido ignorar que el instante, por "eterno" que sea, no es menos movimiento y devenir, y que en ese devenir tiene una *dirección* y un *sentido*, que nos corresponde aprehender con lucidez y esfuerzo, descubrir en cada momento, en cada etapa de nuestro caminar. *Estancamiento* espiritual y *maduración* no son la misma cosa. En modo alguno son invenciones del yo ni siquiera del pensamiento, sino realidades que el espíritu atento a sí mismo percibe claramente, y que el pensamiento (cuando trabaja al servicio del
N 169 espíritu) concibe. El estancamiento, es ◊decir el *no–devenir* del alma, congelada en un "estado

contempla, que ama con amor pleno y conoce, que es responsable de nuestros actos, que puede crear en el plano espiritual, a la vez que es libre de recusar ese poder y dejarlo desempleado.

[673]Debió ser en 1970 o 1971. El libro al que aludo es "La primera y la última libertad".

de conocimiento" que ha dejado de evolucionar, de madurar, es un resultado de la inercia y las resistencias del yo. (Y el ansia de devenir del yo forma parte de esa inercia, aunque sea en la forma "noble" de velar por la difusión de "Enseñanzas" con las que nos hemos identificado en cuerpo y alma...) Pero la maduración, el devenir del alma, es un proceso que se desarrolla en las profundas capas creativas de la psique, a las que ni el yo ni la mirada consciente tienen acceso[674]. Lejos de las ansias y los miedos periféricos, al abrigo de cualquier mirada, de esas oscuras labores en las capas profundas brota, nadie sabe cómo ni por qué, el devenir del ser hacia lo que él es en potencia y que todavía nadie conoce. El alma es libre de asentir a ese trabajo y con eso estimularlo y (indirectamente al menos) de asociarse y contribuir a él, igual que también es libre de rechazarlo y con eso, bloquearlo de manera más o menos completa.

Y seguramente no es casualidad que Krishnamurti, que niega la fecundidad espiritual del trabajo del pensamiento, y también la de la sed de conocer que anima tal trabajo, igualmente niega la realidad del devenir profundo de la psique, y hace como que ignora las mismas palabras "descubrimiento" y "maduración" en su visión de la realidad espiritual. No hay duda de que esas sorprendentes (o "increíbles") opciones no son más que la traducción o la justificación, al nivel de las ideas y del edificio ideológico que forman, de una opción mucho más profunda, mantenida toda la vida bajo la presión (ni siquiera entrevista por él...) de las fuerzas del yo: *el rechazo a aprender* y ante todo, a aprender sobre él mismo y con eso, a cambiar. Lo que es decir también: *el rechazo a su propio devenir*.

N 170 ◊(55) Las bestias negras del Maestro (3) – o ¡alto! al deseo

(1 de septiembre)[675] No olvidemos señalar también una sexta "bestia", apenas menos negra que las otras: es el *deseo*. Además Krishnamurti invariablemente asocia la idea de un "devenir" al "*deseo* de devenir" del yo (de devenir esto o aquello, o de devenir "mejor", más rico, más justo, más amante, más sabio...). Así su rechazo del devenir está incluido en el del deseo, y de lo que llama "el proceso del deseo", sobre el que vuelve sin descanso. En el deseo sólo ve la manifestación por excelencia de la avidez del ego, evadiéndose de lo real y proyectándose en su deseo de expandirse sin cesar por la acumulación de sus "haberes", tanto materiales como afectivos, intelectuales o supuestamente "espirituales": acumulación de bienes, saberes, experiencias...

Esta descripción que Krishnamurti da del deseo egótico y del "proceso" en el que se inscribe es muy penetrante, al igual que la del "ansia de devenir" del yo. Y también es verdad que casi siempre, el yo invade hasta tal punto la psique que sus ansias tienden a ahogar, o si no a captar para ponerlos a su servicio, los deseos que no han surgido de él. Pero éstos, sean de Eros o del mismo alma, son de esencia muy diferente; hasta tal punto diferente, que tiendo a no darles el mismo nombre, y a reservar el nombre de "deseo" para el deseo de Eros o del alma, y a distinguirlos con mucho cuidado de las "ansias" del yo. Con esta distinción, el deseo siempre es pulsión de conocimiento, sea carnal o mental cuando emana de Eros, sea espiritual en el pleno sentido del término cuando emana del alma. (Y el "anhelo de Dios" del alma, o la "sed de verdad" o la "sed de justicia", seguramente están entre las manifestaciones más puras y más altas del deseo del alma.) Así el "verdadero" deseo, el que es de Eros o del alma y no del yo, es en el hombre la fuerza creativa por excelencia[676] – la que sin cesar anima y tira de la

[674] Sin embargo acabo de afirmar que el yo (que "no tiene acceso" a las "profundas capas creativas" de las que "brota el devenir" del alma), tiene no obstante el poder (por las resistencias y la inercia que le son propias) de bloquear la maduración, o al menos, que tal bloqueo sería el "resultado" de la inercia y las resistencias del yo. A decir verdad, el yo no tiene por sí mismo ningún "poder" de bloquear un proceso espiritual, como el de la maduración del alma, ni siquiera un proceso creativo de naturaleza intelectual, si el alma no se lo concede por libre elección, consintiendo en dejarse (por así decir) "forzar" por el yo. Compárese con la nota "A amo dócil servidor violento – o cuerpo, espíritu y ego" (n^o 5).

[675] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 168.

[676] Esta afirmación es un poco tajante, y conviene matizarla un poco. Por supuesto que aquí se trata de "la

N 171 ◊psique o del alma en el camino del conocimiento, sin que sepa ni se preocupe de saber a dónde la lleva ese camino...

Seguramente es algo extraño que Krishnamurti no haya sabido o no haya querido ver esa fuerza, igual que no ha querido ver el devenir del alma que esa fuerza (cuando el deseo es del alma) promueve. Y seguramente al ceder al *mismo* empuje de fuerzas egóticas, dejando que el *mismo* rechazo (¡de lo más común!) moldeara su pensamiento y empañara su visión, Krishnamurti fue llevado a ignorar y negar *tanto* la fuerza creativa *como* su efecto: el impulso del deseo, y el devenir al que nos abre el deseo.

Este rechazo del deseo, por asimilación pura y simple del deseo a las inquietas ansias del yo, es además un pariente próximo, seguramente, de la extraña desconfianza del Maestro hacia la *curiosidad*, que ya he señalado antes[677]. En efecto, se exprese en el plano carnal o en el plano mental, la curiosidad no es otra cosa más que uno de los rostros del deseo de conocer. Es la vertiente "yang" de ese deseo o al menos, una de las posibles modalidades de la pulsión "masculina" – aquella que con atrevimiento y sin modales se lanza a tomar conocimiento de la "lencería" de las cosas, aunque pueda encontrarse con la nariz arañada...

En suma esta desconfianza epidérmica de Krishnamurti hacia la curiosidad se me presenta ahora como el aspecto "anodino" de un rechazo profundo y de alcance muy distinto – el rechazo al deseo, y a través de él, el rechazo a devenir, dicho de otro modo: el sempiterno (y ¡oh cuán universal!) *rechazo a moverse*.

Cosa curiosa, por esa insistencia en la naturaleza (según él) radicalmente falaz, ilusoria del deseo, Krishnamurti se acerca (una vez no hace costumbre) a las actitudes más comunes en todos los medios espirituales. Ése es uno de los lugares comunes más repetidos en la literatura espiritual, me parece, y tal vez más aún en la de Oriente (sin duda bajo la influencia del hinduismo y sobre todo del budismo) que en la "nuestra"[678]. Éste es, me parece, el único lugar común que Krishnamurti ha retomado por su cuenta, pero transformándolo (hay que reconocerlo) con una penetrante visión del "proceso del *yo*" (que sin embargo equivocadamente
N 172 ◊bautiza con el nombre de "proceso del *deseo*"). Si hay un "cliché", es por amalgama, siguiendo el movimiento general de meter en el mismo saco cosas de esencia diferente; una del orden de la mecánica y la inercia, la otra radicalmente dinámica y de esencia creativa.

(56) "El Maligno" y la gracia – o la Santa y el buen Dios

(25 de agosto)[679] Sobre ese "choque", véase la tan citada nota sobre los místicos (n^o 9). La "ignorancia" de la que hablo aquí es sobre todo la ignorancia acerca de la importancia del conocimiento de sí en la vida espiritual en general, y en la del místico muy particularmente. Daré sólo un ejemplo entre una infinitud, que me chocó hace poco al leer el notable relato autobiográfico de Santa Teresa. Su vocación fue precoz, y en respuesta a sus aspiraciones profundas, entró en la vía monástica desde que tuvo la edad. Eso no impide que ella juzgue haber malgastado de la manera más culpable y más imperdonable los primeros veinte años (si recuerdo bien) en el convento. Nos explica que, sin ninguna necesidad y sin verdadero deseo de las mundanidades, se obstinaba sin embargo (según autorizaban las reglas del convento) en dispersarse en lo que ella llama "amistades de locutorio", de las que habla con gran desdén

---

fuerza creativa por excelencia" en tanto que viene del mismo hombre, y no del Huésped invisible. Por otra parte, creo que sería justo decir que el deseo es como la energía bruta y (en principio al menos) visible que proporciona el "fuel" o el "combustible" para los procesos creativos, pero que la creación misma y las fuerzas que la mueven son de naturaleza infinitamente más delicada, y sin duda invisibles para siempre al ojo humano.

[677] Al inicio de la penúltima nota "Las bestias negras del Maestro (1): ¡alto! al trabajo y el pensamiento" (n^o 53), página N 163.

[678] Los únicos espirituales que conozco que no entonan la sempiterna trompeta anti–deseo son Gandhi y Légaut. Al menos Krishnamurti se distingue aquí de las actitudes corrientes por la ausencia en él de todo discurso anti–sexo (tan común en los medios espirituales que a menudo parece indisociable).

[679] Véase el reenvío a la presente nota en la sub–subsección "Las malas compañías" (n^o 56, 7, c.), página 267.

como de la cosa más aburrida y más insípida del mundo. Así, descuidó de forma más o menos sistemática la práctica de la "oración", a la que sin embargo, con toda evidencia, aspiraba su ser profundo, y a la que más tarde iba a darse de todo corazón (en la medida en que las obligaciones de su estado se lo permitían).

Ahí había, claramente, una división en su ser, sin duda de naturaleza "banal" en sí misma (raros son los seres exentos de este tipo de conflictos), pero cuyos efectos eran para ella de la mayor trascendencia, haciéndola vivir en un estado de remordimientos y de incesantes desgarros. No tengo ninguna duda de que para una persona con las cualidades de coraje y de probidad de Santa Teresa (presentes, supongo, desde antes de que fuera canonizada...), si se le hubiera venido la idea de mirar lo que pasaba, habría sido cuestión de algunas horas, o como mucho de algunos
N 173 días o semanas, ◊ponerse en claro con ella misma. Pero en el ambiente en que estaba metida (y dudo que fuera distinto hoy en día en no importa qué convento o monasterio) tal idea *no podía* venirle. Para ella, era seguro que era obra del Maligno. Si cedía, era por debilidad criminal o por depravación propia de la naturaleza humana, y de la suya más que de cualquier otra, ella ¡la última de las pecadoras! Además estaba segura de haber merecido mil veces la condenación eterna por su ligereza culpable. Que Dios (o el Cristo) pudiera no obstante perdonarla tantas y tantas veces, como después no pudo dudar por Sus elocuentes signos de favor, simplemente superaba todo su entendimiento.

Es cierto que pudiérammos pensar que ¿no ha sido necesario quizás que se macerase así durante veinte años en los remordimientos y el desgarro, para estar madura para los favores a los que Dios la destinaba? ¿O que encontraba, al poner así (al menos eso creía ella...) a prueba Su paciencia, y al poner en juego, con veleidades que en el fondo nada le importaban, las perspectivas (¿felicidad, condenación?) de su vida eterna, un *placer* secreto, irresistible, ambiguo; quizás como el que su madre sentía al tomarle el pelo (por su excesiva pasión por los libros de caballerías) con su "marido bobalicón"...?

Supongo que ahora ella ya lo sabe, y que nadie más (a parte de Dios) lo ha sabido nunca (sus doctos confesores no más que cualquiera), ni lo sabrá jamás...

(57) La Ley, el discurso y el Ruido: un ciclo milenario se cierra...

(2 de septiembre)[680] La interminable sección que ha terminado por llamarse "El Árbol del bien y del mal", séptima y última de las secciones que tienen al ambicioso subtítulo de "el conocimiento espiritual", con sus siete subsecciones bien gordas, finalmente ha cogido las dimensiones de un
N 174 capítulo completo. La he escrito en ◊borrador durante cinco días seguidos (del 14 al 18 de agosto), sin pararme a reescribirla en limpio, porque la cadena de ideas me arrastraba y fluía de una sola vez. Pasé los dos últimos días-borrador con la séptima y última subsección, "La fruta prohibida (2)", que ella sola ocupa un tercio del texto total (cuando ya me había creído – ¡por fin! – que estaba a punto de terminar la interminable sección del interminable capítulo...). Y ahora tengo la impresión de que ese capítulo por fin terminado , "Aspectos de una misión (2): el conocimiento espiritual" (¡totalmente imprevisto en el programa, hay que recordarlo[681]!) va a ser el capítulo central de la Llave de los Sueños, que su décima y última sección con el atrevido nombre de "El Árbol del bien y del mal" es como su corazón, y que la séptima y última subsección de ésta, con el no menos atrevido nombre de "La fruta prohibida", verdaderamente es como el corazón del corazón. Ha sido largo y laborioso, sí, teniéndome en vilo durante cinco semanas bien compactas – ¡pero he ahí también de hecho un buen trabajo!

[680] La presente nota, al contrario de todas las anteriores, no ha surgido de una nota a pie de página que se ha independizado. Representa una reflexión que se ha desencadenado cuando me disponía (con el capítulo VI) a retomar el hilo del relato de mi aventura espiritual (dejado en suspenso desde el 25 de junio). Esta reflexión representa finalmente una especie de epílogo a las seis notas precedentes, agrupadas bajo el título "Clichés y espiritualidad". Por eso se las he añadido como una séptima y última nota.

[681]

Después de ese borrador–maratón, he estado toda una semana pasando a limpio y puliendo. Después tres o cuatro días de "reposo", para la correspondencia sobre todo, aplazada de semana en semana mientras que ese capítulo–champiñón no dejaba de proliferar. Más tres o cuatro días para las seis notas que surgieron de la reflexión sobre el conocimiento espiritual[682], agrupadas bajo el título que he encontrado "Clichés y espiritualidad".

Título irreverente sin duda, pero que no me causa ningún remordimiento. Hasta espero que una cosa (entre muchas otras) que va a distinguir la espiritualidad de la nueva Era a punto de eclosionar de la "espiritualidad arcaica" de la Era que termina, es que incluso al hablar de cosas espirituales (o mejor dicho, ¡*sobre todo* en ese caso!) nos empeñaremos en llamar al pan, pan, y al vino, vino. Y lo poco que he podido entrever aquí y allá, un poco al azar, de la literatura llamada "piadosa" o "espiritual", me parece que es como unos gigantescos "establos de Augías" que jamás hubieran sido limpiados, y que por eso tuvieran imperiosa necesidad de una seria limpieza. Lo profundo y lo superficial, lo auténtico y lo falso, el atrevimiento de la fe y el confort del conformismo, lo sublime y lo cursi, el desnudo rigor de la pasión por la verdad y la grasosa complacencia simulando humildad, y hasta la descarada mentira envuelta en unción y apología
N 175 o la sanción de todos los abusos de todas ◊las corrupciones de todos los crímenes, cuando los supuestos "intereses de la religión" (que carga con todo...) e incluso los de Dios mismo (que deja hablar...) están en juego – todo eso se codea y se mezcla tan inextricablemente, bajo la tierna mirada de las "autoridades" espirituales (desde el momento en que la pureza de la doctrina y de la fe está a salvo...), que en tal Estercolero aureolado de tradición, con el prestigio de lo inefable y de los valores eternos, raros son ¡ay! los que osan fiarse de sus propias luces para distinguir la paja del grano, o aunque sólo sea lo mejor de lo peor o lo excelente de lo mediocre[683]. Al que no le ha sido dado saber discernir uno de otro, o al consumidor gordo o distraído que no se preocupa de nada, incluso lo mejor, cuando así se confunde con lo peor, le produce los mismos efectos: un mismo lavado de cerebro eufórico y débil, efectos de "opio del pueblo" que a lo largo de siglos y de milenios los popes y los papas y los déspotas de todo pelaje han usado y abusado con profusión. Por lo que he podido ver, ese lavado "espiritual" sólo se distingue, por sus efectos sobre lo mental y lo espiritual en el hombre, del lavado "ideológico" por las palabras nacionalistas o políticas reiteradas sin cesar, con el refuerzo también de toda una literatura edificante servilmente tallada a medida. Ambos testimonian un mismo espíritu, que inspira el mismo tipo de discurso: el "*discurso edificante*" que ignora al hombre para manejar las masas, que ignora y desprecia las facultades para tirar de los hilos de reflejos bien comprobados. Es el *espíritu de rebaño* dirigiéndose al rebaño, para cultivar en él la mentalidad de rebaño[684].

Y henos aquí que inopinadamente hemos vuelto al *Moralizador*[685]: el discurso edificante es *su* discurso. E incluso "el mejor", en cuanto se apodera de él para rumiarlo a su manera, se
N 176 transforma como por milagro en un bla-blá ◊insípido. Al principio, es verdad, ese discurso fue musculoso, y en verdad la espada no estaba lejos para apoyar lo que se dice. Pero las espadas más flamantes y pulidas se oxidan con el tiempo y terminan por deshacerse, y las palabras pierden su filo y se vuelven flácidos. ¡El desgaste de los Tiempos! Incluso el socialismo puro y duro, igual que los demás ismos, terminan por volverse flácidos – no escapan a ello igual que no

[682] Como señalo en la penúltima nota a pie de página, hay que añadir, finalmente, la presente nota – ¡y van siete!

[683] Esa incapacidad de juzgar sanamente y con las propias luces una obra o una producción del espíritu, independientemente de las etiquetas con que las han marcado y de la reputación del autor, no es nada especial de la literatura llamada "espiritual". Me ha dejado atónito más de una vez, incluyendo a algunos en que menos me lo hubiera esperado. Es una de las numerosas manifestaciones del "espíritu de rebaño" que vamos a tratar en seguida.

[684] La imagen del "rebaño" apareció por primera vez en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20, página N 54). La retomo de manera más detallada en la sección "La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal" (n^o 52).

[685] Ya nos hemos encontrado a este importante personaje bajo diferentes rostros. Véase especialmente la sub–subsección "El Moralizador – o el sello y la espada" (n^o 56, 7, d.).

escaparon las religiones, a las que suplantaron por un tiempo. Y en nuestros días son pocos a los que ese discurso, sea cual sea su color, no deja fríos, ¡de tanto que la especie humana ha sido atiborrada y sobe–atiborrada con él! El discurso fulgurante de la Ley se desgastó y se convirtió en el discurso edificante del predicador, que a su vez se desgastó...

Sin embargo, quien fue rebaño, rebaño se queda, ¡aunque sea un rebaño atiborrado! Y en su larga historia, jamás el hombre ha sido tan aprisionado y vaciado de sí mismo y rellenado y amasado, desmenuzado y dispersado a los cuatro vientos por tantos discursos tantas frases tantas palabras sonidos tachín–tachín notas fonemas que se abaten sobre él lo bombardean lo trituran lo proyectan lo dispersan bajo la incesante tromba de ruido de ruido de ruido – por la TV los periódicos los anuncios los transistores la radio las revistas los vídeos la publicidad las publicaciones los libros último grito las últimas noticias declaraciones conferencias entrevistas sensacionales confidencias con publicidad extra...

Es la delicuescencia final de la *Era de la Moral*: después del tiempo de la *Ley*, hubo el tiempo del *discurso* edificante, que ahora se hunde en la apoteosis final del *Ruido*, consumición sin parar de día de noche de discurso–ruido y de ruido–ruido, discurso por el discurso y de ruido por el ruido...

Así el rígido orden de la Ley, antaño puesto como fundamento eterno e inmutable, se disgrega ante nuestros ojos y termina en ese Caos de Ruido. He aquí que llega el tiempo en que un ciclo milenario se completa y se cierra, y en que bajo el empuje de Dios y por un salto vital en nosotros, hombres llamados por el Hombre, un orden *distinto* se dispone a nacer del caos.

N 177 ◊(58) ¿Quién es "yo"? – o la dimisión

(18 y 20 de septiembre)[686] Además, en la treintena de páginas de reflexiones sobre mi vida, escritas en ese momento (julio y agosto de 1974), se nota como un malestar constante, una desconfianza frente a mí mismo y que incluye hasta el trabajo de formulación (¡un trabajo de *reflexión*, en suma, que no osaba decir su nombre!) en el que estaba metido – ¡y sin embargo Dios sabe lo urgente que era! Me daba cuenta confusamente del incesante trabajo en mí de fuerzas egóticas de resistencia y de auto–engrandecimiento, pero sin llegar a captarlas de hecho (¡ni se me hubiera ocurrido que se pudiera hacerlo!), y sin tener la menor idea de en qué me podría apoyar para hacerles frente y superarlas (y la idea misma de que eso era algo posible, con un trabajo "documentado" ajustado y riguroso, ni me había rozado).

El pensamiento krishnamurtiano que había hecho mío no me era aquí de ninguna ayuda. Bien al contrario me paralizaba, llenándome de sospechas hacia mis mejores aliados: un *pensamiento* incisivo y riguroso, al servicio de una *curiosidad* que ya se ha despertado. Y hablando de "*mis*" aliados: no veía ningún otro "yo" que ese "ego" (alias "el mí") ¡que demasiado bien conocía! No sabía que aún había *otra cosa* en mí, en la psique, que en mí había el *alma*, y que era el *verdadero* "yo": aquél al que correspondía actuar como jefe *tanto* del pensamiento (dispuesto a obedecerle) *como* del ego (por más reticente que sea a obedecer y servir...). No descubrí a ese *otro*, a ese *verdadero yo mismo* hasta más dos años después, el 18 de octubre de 1976, con el primer sueño cuyo mensaje sondeé: son los "reencuentros conmigo mismo", cuya breve evocación abre la Llave de los Sueños (desde el primer párrafo de la sección "Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo") – reencuentros vividos como un verdadero "segundo nacimiento". Pero aún en los siguientes años, visualizaba y concebía ese "verdadero yo mismos" no bajo el nombre de "alma" o de "espíritu"[687], sino bajo el de "el

[686] Véase el reenvío a la presente nota en la sección "La evidencia de quiebra (2) – o lo esencial y lo accesorio" (n^o 68), página 326.

[687] Esto seguramente está ligado al hecho de que la palabra misma de "alma" está prácticamente ausente del vocabulario krishnamurtiano (sin duda por reacción al abuso de ese término, puesto en todas las salsas, en los medios espirituales que Krishnamurti conoció desde su juventud), y que la palabra "espíritu" ("mind" en inglés) es utilizada por él con una connotación peyorativa sistemática: "el espíritu" aparece como una especie de travesti

N 178 niño" o ◊"el obrero", e incluso (por una confusión que no se me presentó como tal hasta este invierno, con los sueños metafísicos) el de "Eros". El alma y el espíritu no hacen su entrada en mi universo conceptual, psicológico y espiritual hasta el mes de diciembre de 1985 (con el primer sueño mensajero en el que aparece una personificación de mi alma, más precisamente del aspecto yin del alma, de *Psique*[688]), y sobre todo en la estela de los sueños del pasado otoño e invierno[689].

Volvamos a mis disposiciones de espíritu en junio y julio de 1974, en el momento en que por primera vez en mi vida consagro una reflexión a mi propia vida y a mi persona. El estado de confusión en que me encontraba entonces sobre *quién es* pues "yo mismo", aparece de forma muy clara en un corto poema (en inglés, de fecha 25.6.1974), dedicado a un amigo japonés "Yooichiro". Incluyo una traducción en francés[690]:

N 179 ◊M o i
Champ de bataille
de cent forces
rivalisant pour être "moi"
et un autre "moi"
les contemplant, ahuri
et un autre encore
les yeux fermés
qui proclame "qui je suis"
"qui je serai"
"qui je devrais être"
et un autre s'y soumettant
et un autre se rébellant
et un autre encore les analysant tous
– sauf lui–même...
t o u t cela et cela seulement
est "Moi"

La conclusión, perentoria donde las haya, prácticamente equivale a un decreto de impotencia: en ese estercolero y ese barullo que es "yo", sería vano querer discernir o establecer un *orden*, discernir o instituir un "yo" que fuera "*el verdadero*", con el que legítimamente me identificaría para mayor beneficio mío, un *jefe* según un orden espiritual de las cosas que no

particularmente tentador del ego, adornado con todo el prestigio que rodea a los valores culturales ligados al pensamiento creativo y a la "espiritualidad". Y es verdad que es uno de los travestis más populares del ego, enarbolando "espíritu" o "espiritualidad". El hecho de que Krishnamurti niegue así (al menos tácitamente) la existencia del "espíritu" o del "alma" o cualquier otro nombre que se le dé (encarnando el "yo" espiritual, instancia responsable de la psique y la única con vocación de conocimiento espiritual), en tanto que realidad de *esencia diferente al ego* (aunque a éste le guste apropiarse de esos nombres) – esa especie de nihilismo espiritual seguramente ha contribuido no poco a mantenerme en esa confusión sobre mí mismo que describo en la presente nota. Compárese con las tres notas (n^{o}s 53 a 55) sobre las "bestias negras" de Krishnamurti: la confusión en mi espíritu era fiel reflejo de la que reinaba en el espíritu del que tácitamente (y sin querer reconocerlo) había elegido como mi maestro y (a mis espaldas) mi modelo.

Para un pequeña "presentación" de la psique y del papel que en ella juega "el espíritu", reenvío a la larga nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1.

[688] Digo algunas palabras sobre ese sueño mensajero en la nota (n^o 1) que acabo de citar, al comienzo de las notas del 5 de junio (página N 6. Allí encadeno con la presentación de "Psique", la legítima esposa del espíritu...

[689] Compárese con los comentarios en una nota al pie de la página N 2, en la nota citada en las dos notas a pie de página precedentes.

[690] *Yo*/Campo de batalla/de cien fuerzas/rivalizando por ser "yo"/y otro "yo"/contemplándolas, pasmado/y otro más/con los ojos cerrados/que proclama "quién soy yo"/"quién seré"/"quién debería ser"/y otro sometiéndose/y otro rebelándose/y otro más analizándolos a todos/– salvo a sí mismo/*todo* eso y solamente eso/ es "Yo"

sea un invento de una de esas cien fuerzas, de esos cien "yo" que se enfrentan y que quieren imponer su ley, sino que un orden de naturaleza muy diferente. Despidiendo por igual a esos cien "yo" como igualmente legítimos todos e igualmente ilegítimos, lavándome en suma las manos en sus disputas (y he aquí el ciento un "yo" que aparece, lavándose las manos y proclamando: ¡"no tengo nada que ver con eso"!), eso equivalía (según los cánones krishnamurtianos de los que estaba tan impregnado) a renunciar a todo *trabajo* para ponerlo en claro. Pues tal trabajo carece de sentido, no es más que ruido que se añade al ruido, salvo si está animado por una sed de verdad y aquél (el "yo") que lo emprende no está movido por una voluntad de poder o por el ansia de hacerse valer. En mi confusión, estaba tan lejos (¿o era sólo una apariencia, o un "alejamiento" debido a la pantalla de alguna idea fija?) de aquél que en mí tiene sed de verdad
N 180 y sabe beber, ¡que era como si hubiera olvidado totalmente su existencia! O ◊como si alguien en mí, desde los desamparados días de mi infancia, hubiera declarado de una vez por todas que no existía – que yo sería y haría como veía ser y hacer a todo mi alrededor: como si la verdad desnuda, y aquél que en nosotros tiene sed y sabe beber, no existiese...

(59) La fuerza de la humildad

(18 y 20 de septiembre)[691] La verdadera humildad es el estado del alma que le permite acoger sin resistencia un conocimiento sobre sí misma, sobre la psique, sobre su pasado, sobre su destino, que el "yo", por su propia naturaleza o por poderosos mecanismos adquiridos, tendría tendencia a rechazar, a menudo con vehemencia y como un ultraje intolerable. Por eso tal conocimiento, y en la medida en que el "yo" es fuerte y poderoso en la escena, es sentido casi siempre como doloroso. La humildad también es la fuerza por excelencia que nos permite asumir sufrimiento y dolor. Inversamente, el sufrimiento y el dolor, en la medida en que (aunque sea a base de desgaste...) borren las resistencias en su contra, hacen eclosionar la humildad, como una lluvia bienhechora que empapa un terreno árido hace eclosionar la semilla enterrada. La humildad es una verdadera *fuerza* espiritual, o un estado de "potencia espiritual", que permite al alma conocer lo que le estaba oculto, realizar espontáneamente el acto justo, el acto creativo, allí donde sin ella el conocimiento y el acto justo están excluidos.

La humildad es de esencia muy distinta de la que le asignan los clichés corrientes, que la confunden con una especie de propósito deliberado (por no decir, de pose) que consiste en ponerse siempre (o en fingir que se pone) por debajo de los demás, dándoles si fuera necesario cualidades imaginarias, o cargándose a sí mismo con defectos no menos imaginarios (y que a
N 181 menudo no engañan a nadie, comenzando por el mismo interesado). Tales juegos ◊son más la afectación de una vanidad que se complace en jugar a ser "la humilde" (y llegando a veces hasta enorgullecerse ingenuamente de su propia "humildad"[692]), que signos o medios de una verdadera humildad[693].

[691] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "La evidencia de quiebra (2) – o lo esencial y lo accesorio" (n^o 68), página 330. Para otros elementos de reflexión sobre la humildad (y sobre su cónyuge, la confianza) véase la nota "Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad" (n^o 52), y también la larga nota "Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro" (n^o 9). En este último título, "el oro" pude entenderse como una designación de la verdadera humildad, mientras que "la ganga" designaría los clichés (o los "propósitos deliberados") con los que a menudo se encuentra inextricablemente mezclada, debido al condicionamiento cultural. Éste conserva una influencia dominante en muchos de los grandes espirituales. (Véase la constatación en la citada nota, página N 26.

[692] Ése fue particularmente mi caso de manera casi habitual, desde 1971 hasta 1976, pero ha desaparecido completamente (creo) con la entrada en mi vida de la meditación, en octubre de 1976. Me he encontrado el mismo género de jactancia pueril, haciendo gala de una "humildad" muy sabia y distinguida, en ciertos pasajes de la autobiografía de C.G. Jung, escrita en los últimos años de su vida. A juzgar por los ecos de algunos lectores que me han llegado, parece ser que soy el único en darme cuenta, pues ese tipo de pose es considerado como de buen tono y se da por sentado entre los usuarios de la "espiritualidad" erudita que mantiene el pabellón alto, con la doble bandera del Humanismo y de la Ciencia...

[693] Sin embargo a veces ocurre que una humildad verdadera coexiste mal que bien con tales juegos, que entonces

En ningún caso la humildad se manifiesta con una *resistencia* en contra de un conocimiento[694]. No se opone a la percepción y el conocimiento de una grandeza o una belleza en uno
N 182 mismo, o en una obra de la que ◊se fuera el autor – no más que si se tratase de la persona o de la obra de otro. Más en general, no se opone a una percepción o un conocimiento incluso cuando éstos puedan ser sentidos por el yo como causa de satisfacción, de gratificación. Pero la presencia de la humildad no deja que el placer del yo (percibido por el alma como tal) se extienda y contamine el alma con un aliento de suficiencia, ni que el conocimiento vivo de lo que hay de valioso en ella misma, en sus obras o en lo que ella custodia (y especialmente el cuerpo en su fuerza propia y en su belleza, o la psique...) la incite a ponerse por encima de nadie. Bien al contrario, sentir vivamente lo que es valioso en nosotros mismos nos vuelve aptos, cuando estamos en estado de humildad, para percibir también lo que es valioso en otro y, aunque aún permanezca oculto o en estado potencial, no pide más que desplegarse y realizarse.

(60) Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial

(23 de septiembre)[695] El "credo" religioso de mis amigos monjes que vinieron a mi casa ([63]) se reducía de hecho a su más simple expresión: devoción incondicional a Fujii Guruji, creencia igualmente incondicional en la virtud suprema de "la Oración", y en fin aceptación de la autoridad moral y espiritual (después de la del mismo Fujii Guruji) del profeta Nichiren ([64]) y de Buda. Al menos para éste último, era un credo en teoría, pues a excepción de los monjes más viejos que habían recibido una formación doctrinal tradicional fuera del Nihonzan Myohoji[696], raros debían ser los monjes que habían tenido entre sus manos aunque sólo fuera el Dhammapada (el texto fundamental del budismo, equivalente a los Evangelios para los cristianos). No poco estupefacto me quedé un día al darme cuenta de que el más cercano de mis amigos monjes [697] ignoraba totalmente que según el budismo "mahayana" que se suponía que profesaba, ¡se admitía la reencarnación! Nunca (me explicó) se había planteado cuestión alguna sobre los destinos del
N 183 alma después de la muerte, ni sobre el alma sin duda, ¡y ◊visiblemente jamás se había enfrentado

no son un "fingimiento" destinado a dar la apariencia de una humildad ausente, sino los *medios* que el alma, animada por el deseo de humildad y poco segura de sí misma, cree poder emplear (al tiempo que se lo oculta a sí misma) para acceder a un estado de humildad (si teme que le falta) o para mantenerse en él. Estoy convencido de que tales supuestos "medios" siempre tienden a ir en contra de lo que persiguen – crean un *ruido*, un *barullo*, mientras que sólo el silencio y la limpidez responden a la naturaleza íntima de la humildad. Intento dar a entrever el tipo de "barullo", de ambigüedad que rodea esos juegos en la citada nota (n^o 9) sobre los místicos, en un párrafo de la página N 24.

La verdadera humildad surge espontáneamente de la sed de verdad, es uno de los aspectos esenciales del alma en estado de verdad. No puede "alcanzarse" u "obtenerse", como una "virtud" que se quisiera cultivar, o un "deber" que se quisiera cumplir, para estar a la altura de una vocación religiosa por ejemplo, o de una imagen, de un modelo que se supone que la encarna y al que nos esforzamos en parecernos. Igual que los "juegos de humildad" antes señalados (y que son una de sus expresiones más comunes), tales esfuerzos tienen tendencia a interferir con la presencia silenciosa de un estado de verdad, de humildad. Por el mismo esfuerzo de conformarse a esto o aquello, nos distraemos de lo esencial, que es tomar conocimiento de lo que realmente es, tal como es.

La idea fija tan fuertemente implantada en la tradición espiritual cristiana (hasta el punto de hacerse asfixiante), de que "hay que ser humilde", y los consiguientes clichés sentimentales sobre la "humildad" que se ha de conseguir a cualquier precio, seguramente también han constituido y constituyen aún un handicap muy pesado para muchos espirituales – para todos los que no han alcanzado la indispensable autonomía espiritual (¡que tiene gran riesgo de ser tachada de orgullo, si no de herejía!) para superarlos de una vez por todas.

[694] Sin embargo pude "coexistir mal que bien" con tales resistencias, que se supone que la salvaguardan, pero que en realidad son movimientos psíquicos parásitos, una dispersión de energía, que tienden a *enturbiar* el estado de humildad mucho más que a preservarlo. Véase al respecto los comentarios de la precedente nota a pie de página.

[695] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección "La entrada de lo Divino (2) – o "darle gusto a Buda"" (n^o 71), página 346.

[696] N. del T.: Orden monástica del budismo nichirenita japonés, fundada por Guruji.

[697] Se trata del amigo monje por el que me encontré en el Correccional en 1977, bajo el cargo de haber "alojado y alimentado gratuitamente a un extranjero en situación irregular". Para los detalles de esta historia tan de casa, reenvío a Cosechas y Siembras, sección "Mi adiós – o los extranjeros" (CyS I, n^o 24).

a tal cuestión durante sus años de vida de monje en el seno de esa secta decididamente poco usual!

Sin embargo, el sentido literal de la Oración expresa la veneración por la Sutra de la Flor de Loto, cuyo contenido esencial es la Promesa hecha por el Buda Eterno a todo ser vivo de alcanzar, al final (si fuera necesario) de una miríada de existencias sucesivas, el estado último de la Sabiduría perfecta, de llegar a ser él también "Buda" (o "un Buda"). Además desde el primer día en que contacté con el primer monje del grupo, éste tuvo mucho cuidado en explicarme que la Oración, cuando se dice como saludo y por eso mismo, como acto de respeto, expresa de hecho el respeto por el "futuro Buda", que ya vive en potencia en todo ser vivo. La inclinación ritual en el saludo, pero también durante el servicio religioso cuando los participantes se vuelven unos hacia los otros, no es la inclinación ante "Dios" o ante "Buda", sino ante el ser de carne y hueso que está delante, en el que se saluda al Buda que él mismo está llamado a ser.

Ese contenido tan esencial de la Oración estaba, no tengo ninguna duda sobre eso, muy interiorizado en todos los monjes discípulos de Guruji con los que tuve amigables relaciones. Pero por extraño que pueda parecer, eso no implica sin embargo, para un espíritu simple como el de mi amigo, poco dado a las representaciones intelectuales y ante todo intuitivo[698], que se plantee la cuestión de en qué sentido un ser, mortal después de todo como sabe cualquiera, y generalmente muy lejos de ser "un Buda" en el momento en que se acerca a la muerte, estaría no obstante "destinado a ser Buda"...

N 184 ◊Esto muestra hasta qué punto Fujii Guruji se preocupaba poco de la formación teológica de los que ordenaba monjes en la secta que había fundado[699] y que era como una emanación de su poderosa personalidad religiosa. Lo único que le importaba era el amor ardiente por la Oración, que debía ser para el adepto fuente de alegría y fortaleza, y aparte de eso (o mejor *incluido* en eso) una total devoción militante por la causa de la paz en el mundo. Por lo que sé y por extraordinario que pueda parecer, el grupo Nihonzan Myohoji es el primer y único grupo religioso del mundo cuya misma razón de ser, inseparable de su vocación religiosa, es una lucha no violenta ([66]) por la paz en el Mundo, junto con un rechazo de todos los aparatos militares[700]

[698]La mayor parte de mi vida hubiera estado tentado de ver en estas incoherencias tan enormes un signo de estupidez irremediable. Gracias a estos encuentros ahora sé que no es así. Ese amigo tenía una sensibilidad de una fineza asombrosa y que a menudo me hacía sentir muy torpe. No se envanecía de ello, tanto menos cuanto esa cualidad tiende a pasar totalmente desapercibida, sobre todo en una persona de natural muy modesto y poco dada a expresarse sobre lo que percibe, ni a fiarse de sí misma, cuando eso va en contra de lo que se piensa y se dice alrededor. Sin embargo, con ocasión del suicidio (particularmente violento) de un amigo común, suceso que perturbó profundamente el círculo de los que le habían conocido, ese monje no sólo encontró una serenidad que fue de gran ayuda, sino que además "sentía" esa muerte y su sentido profundo (que se me escapaba igual que se le escapaba a todos...) con una asombrosa penetración. Lo que había comprendido de esa muerte, ningún libro profano ni sagrado, ninguna persona en el mundo, hubiera podido enseñárselo..

[699]Esa fundación se remonta a 1918 (entonces tenía 33 años). Fue en el primer año de su trabajo misionero fuera de Japón, en Manchuria y en China, donde se formaron también los primeros discípulos fuera de Japón.

[700]El único otro grupo religioso que conozco que practica una actitud consecuente si no de militancia activa contra toda forma de violencia militar, al menos de no colaboración con los aparatos militares, son los "testigos de Jehová", secta cristiana bien conocida en Occidente por su infatigable proselitismo y por su intransigencia doctrinal, cercana a veces al fanatismo religioso. En los países que no reconocen la objeción de conciencia por motivos religiosos, los testigos de Jehová varones pasaban la mayor parte de su vida en prisión por su rechazo al servicio militar. Así fue en Francia hasta el momento en que fue promulgado al fin un estatuto de la objeción de conciencia, en los años cincuenta. Apenas si es necesario señalar que las Iglesias cristianas, tanto católica como protestante, nunca se han conmovido por la suerte de unos cristianos encarcelados a causa de su fidelidad al espíritu y al mensaje de un cierto energúmeno llamado Jesús, condenado a muerte como se merecía hace dos mil años – sin contar los escasos no cristianos que les acompañaban al preferir la prisión más que participar en la preparación de las carnicerías colectivas del mañana. En Francia, finalmente fue un hombre viejo, sólo y al final de su vida, y para colmo un incalificable anarco, André Lecoin, el que consiguió imponer al aparato del Estado un estatuto de la objeción de conciencia, con una huelga de hambre ilimitada. Que nadie busque su nombre en una enciclopedia (en su lugar se encontrará al Mariscal Leclerc de ilustre memoria...), ni en la memoria de la gente de Iglesia y de los espirituales cristianos que pasan por serios, todos tan ocupados en la "espiritualidad" que no han debido darse cuenta de que algo ha pasado en un país llamado "cristiano". Pero seguramente Dios reconoce a los

y una incesante acción por su abolición. Para Fujii Guruji, la Oración, don supremo del Buda a los hombres, era el agente espiritual por excelencia para propagar la paz y para actuar en pro de la desaparición de la violencia en la sociedad de los hombres. Y el principal punto de mira de esa acción fue la violencia institucional encarnada por los aparatos militares y por su razón de ser, la guerra, que supera en bestialidad a cualquier otra violencia incluso la más criminal ([71]).

N 185 ◊Fujii Guruji fue igualmente uno de los pocos espirituales en sentir con toda su urgencia, con toda su agudeza y alcance la actual Crisis de Civilización, y la amenaza de destrucción inminente y total que pesa sobre la especie humana por los efectos conjugados, inseparables uno del otro, de la frenética desespiritualización de las mentalidades y de la proliferación de armas de destrucción masiva. Claramente vio que la supervivencia de la vida en la tierra a corto plazo está indisolublemente ligada a una profunda mutación espiritual, a una Revolución de las mentalidades de una amplitud y una profundidad sin precedentes[701]. Sólo una tal mutación pondrá fin de manera total y definitiva a la locura militar y a los juegos cínicos y atroces de la guerra, esos vestigios convertidos hoy en suicidas de la edad de la violencia y del rebaño – de la "Ley de la jungla" (por retomar la expresión del mismo Guruji).

La aparición de un hombre de estatura profética como Fujii Guruji, igual que la de un Marcel Légaut, personalidades tan diferentes como se pueda imaginar pero uno y otro hombres profundamente religiosos e intrépidos visionarios, están entre los escasos signos que me anuncian y prefiguran la Gran Mutación. Signos ciertamente irrisorios en términos de su impacto sociológico o psicológico mensurable, y sin embargo signo de inmenso alcance al único nivel que

N 186 aquí cuenta, el de la realidad espiritual. ¿Es Dios el que ◊ha suscitado esos hombres de fe y de coraje y de mirada penetrante, porque se acerca la Hora? ¿O es porque tales hombres (y aunque sólo haya uno o dos...) se han levantado, en contra de la milenaria inercia que pesa sobre ellos igual que pesa sobre todos – es a causa de ellos, que Él esperaba en silencio (desde hacía mucho tiempo, antes quizás de que el hombre fuera creado...), por lo que los Tiempos ya han sido encontrados maduros para la Siega y la Hora ha sido al fin fijada? (¡Aunque quizás nadie, salvo el Señor de toda la Creación, la conozca?) No lo sé, y tal vez ningún hombre lo sepa jamás. Pero sé que cuando suene la Hora, juntando todo el peso de lo que ahora pesa en el Mundo de los hombres será encontrado ligero, y la "nada" que son la mirada y la voz de *uno solo* que osa ver y decir, aunque sea la voz solitaria que grita en el desierto, habrá pesado mucho para hacer bascular por fin Su Balanza...

Acabo de evocar *cuál* era el desafío de dimensiones sobrehumanas al que, sólo entre la multitud, se enfrentaba Fujii Guruji, sin más arma que el humilde e indomable coraje de la

---

suyos, incluso entre los que creen no conocerle, igual que conoce también a los que Le han visto en prisión por la iniquidad de los hombres, y no Le han socorrido...

[701] Esa visión de una necesaria mutación espiritual me parece que en Fujii Guruji está algo enturbiado por veleidades de "edad de oro": cree encontrar en cierto periodo pacífico del Japón, bajo la égida del budismo (especialmente en el periodo Nara del siglo octavo), una especie de ideal espiritual nacional, que él quisiera ver extenderse a escala mundial por la virtud soberana de la Oración "¡Na mu myo ho ren ge kyo!"[702]. Esa ambigua añoranza en la visión profética de Guruji se encuentra reforzada por su condenación sin paliativo del espíritu científico, que considera responsable (no sin buenas razones, hay que reconocerlo) de la desespiritualización del mundo moderno y del impasse suicidad en que se encuentra metido.

Por mi parte, creo que la desespiritualización del mundo moderno, y la senil degeneración del espíritu religioso, ya estaban desde siempre en germen en las mismas instituciones religiosas, y de hecho constituyen unos síntomas entre otros de esa "enfermedad infantil" de la humanidad, que está a punto de llegar a su crisis culminante y a desanudarse. La tradicional oposición de "ciencia" y "religión" me parece que es otro de sus síntomas, originalmente debido a una sana y creativa reacción del espíritu humano, esforzándose mal que bien en deshacerse del corsé intelectual y doctrinal de una institución religiosa tan tentada como cualquier otra institución humana por el poder y el abuso de poder. En realidad, la sed de conocimiento del hombre, surgida de la pulsión de Eros, en modo alguno se opone por su naturaleza ni a sus verdaderas necesidades religiosas o espirituales, ni a sus finalidades divinas. En la aventura humana, los tres planos de conocimiento carnal, mental y espiritual son indisolublemente solidarios unos de otros, y a la larga el hombre no sabría colaborar con los designios de Dios y actuar en pro de destino divino rechazando una de esas tres dimensiones esenciales de su naturaleza.

fe. Esto me hace comprender hasta qué punto toda cuestión un poco "teológica" o doctrinal debía parecerle como enteramente accesoria por no decir fútil, si no para su propia vida interior (firmemente arraigado en una tradición religiosa muy rica), al menos para la formación y la ordenación de sus adeptos – ¡cuando la Casa del Hombre está en llamas! Lejos de haber sido turbada por lo que él ha sido uno de los pocos en ver en toda su impensable agudeza, su mirada se volvió más penetrante para discernir lo *esencial* en el caótico movimiento de lo accesorio, en el que nos hace discernir un orden y una dirección. Así Guruji fue también uno de los pocos espirituales que claramente vio la diferencia esencial entre la dimensión intelectual y la dimensión espiritual del ser humano, y en saber que doctrina y teología son del intelecto, y que la fe, el amor, la esperanza son del espíritu. Y supo por instinto que la Crisis de las crisis no la resolverá el intelecto, sino el espíritu – no la inteligencia de la cabeza (que es secundaria), sino la fe. En respuesta a una situación sin precedentes, tuvo el inimaginable atrevimiento, rompiendo según la letra con una tradición multimilenaria, ¡de fundar una comunidad de monjes en que el bagaje doctrinal requerido era rigurosamente *nulo*!

Y ciertamente es un hecho "evidente" que para su misión y para la que encomendaba a esa comunidad, tal bagaje no era de ninguna ayuda. Si esos pocos monjes de manos vacías tenían algo con qué actuar sobre la inexorable inercia del Mundo, ciertamente no era con el irrisorio
N 187 medio ◊de "argumentos" sacados de un fondo doctrinal, del mismo orden del Mundo que, en el plano de la inteligencia y el discurso, los aplastaba millones y millones de veces con todo el peso de la ruidosa ciencia. Sino que era con la *fe*, con esa que "mueve montañas" (según nos aseguró un hombre grande donde los haya por su fe...)[703].

En la misma línea, las reglas y los votos que fundamentaban la vida monástica en el seno de Nihonzan Myohoji se reducían a poca cosa, dejando esencialmente que cada uno se enfrentara a su responsabilidad de asumir su vocación monástica, así como la misión de paz militante que le estaba indisolublemente ligada, según sus propias luces. La única regla en la que Guruji era muy estricto era el voto de pobreza. Según él la relajación en ese punto abría la puerta a todas las corrupciones. En los últimos años, y por razones de oportunidad más que propiamente morales, también fue llevado a adoptar una posición firme contra el uso de drogas en el seno

[703]Es verdad que esas "montañas" (algunas curaciones calificadas de "milagrosas" hace dos mil años, digamos, o la construcción de algunas "pagodas de paz" en este siglo, aquí y allá por el mundo...) pueden parecer irrisorias a los ojos de la sola razón, ante las inimaginables dimensiones de lo que está en juego: la "salvación" de la humanidad. Pero si la razón constata con buen sentido la pequeñez de los efectos en el plano en que ella misma se sitúa, la *fe*, ella, sabe por instinto que sólo son reflejos o *signos* que describen una acción de magnitud y alcance muy diferentes, que se realizan en un *plano muy diferente* de la realidad. (Un poco como símbolos matemáticos compactos y de apariencia modesta, cuales son 9^9 ó 9^{9^9} o el signo ∞, sirven para designar números muy grandes o inimaginablemente grandes, incluso el infinito...) Son como afloraciones en el mundo visible de efectos de vasta envergadura que tienen lugar en el mundo invisible – signos que la inteligencia de la sola razón ignora como tales, y que para la inteligencia arraigada en la fe pueden tener a veces una claridad fulgurante. Y quizás la Hora prometida sea también aquella en que el Mundo invisible, dejando de ocultarse obstinadamente a los ojos de la gran mayoría (y, casi siempre, hasta a los ojos de los elegidos...), irrumpa en el Mundo visible con fuerza, con efectos visibles y llamativos, irrecusables, no sólo para algunos sino para *todos*.

N 188 del grupo[704]. Por el contrario, aún aconsejando ◊fuertemente la continencia sexual, no hacía de ella una regla imperativa, dejando a cada uno la responsabilidad de sus propias decisiones en la materia. Según me han dicho, la experiencia ha demostrado además que en casi todos los casos, cuando un monje tenía una relación amorosa, o bien ésta era de corta duración, o bien terminaba por dejar el estado monástico por propia elección[705]. Creo que salvo dos o tres excepciones, los monjes que formaban el núcleo estable de Nihonzan Myohoji, es decir los que formaban parte de él desde hacía muchos años, observaban espontáneamente la tradicional regla monástica de castidad, y esto por libre elección y no porque se hubieran sentido obligados bajo la presión del
N 189 grupo o del mismo Guruji. ◊Por extraordinario que pueda parecer se diría que tales presiones *no existían*[706].

(61) Fujii Guruji (2) – o el don

(26–28 de octubre)[707] Esta improvisada retrospectiva sobre la personalidad de Fujii Guruji me viene a recordar oportunamente que él es uno de los poquísimos espirituales[708] que ha comprendido que una auténtica vida espiritual en modo alguno está subordinada a un saber doctrinal ni a capacidades de tipo intelectual, sino que por el contrario es inseparable del despliegue de una *libertad creativa* en el ser, y no puede desplegarse fuera del respeto de esa libertad. Que ese respeto de la libertad en sus adeptos haya llegado a incluir el terreno tabú por antonomasia de la vida sexual tiene con qué maravillar. Sin duda en el pasado no supe apreciar el carácter

[704]Una de las numerosas paradojas aparentes de la persona de Guruji, ese asceta entre los ascetas, es que haya atraído a numerosos hippies y les haya acogido con una afección exenta de toda traza de desconfianza moralizante. Uno de los dos únicos discípulos que menciona por su nombre en su autobiografía era un hippie cuando lo encontró. (Además es el monje antes mencionado, en a presente nota, que me valió el honor de encontrarme en el correccional por la causa del Buda – y de los extranjeros...) Guruji dice:

> "Shakyamuni (el Buda), sin más que su bol de hierro, sólo comía lo que le daban los demás. Sin ayuda de su real familia, vagabundeaba en busca de la verdad y predicando la doctrina. También Shakyamuni era un hippie en busca de la verdad. En suma, los hippies son los buscadores de la verdad que no se preocupan de las necesidades materiales de la existencia."

Hablando de hippies, decía en el párrafo precedente: "Nunca hacen daño ni hablan mal de nadie. Sólo caminan en busca de la verdad. Esperando encontrar algo en la India o descubrir algo valioso en Japón, caminan y caminan sin parar...". Sin embargo después también las vio verdes y sin madurar en algunos de ellos. Pero su simpatía y su paciencia continuaron, aún a riesgo de darles a sus adversarios varas para pegarle...
En lo que concierne a mi propia experiencia con los monjes de Nihonzan Myohoji, jamás tuve historias de drogas en mi casa, ni (por lo que sé) entre los monjes misioneros en Europa y América. En general, todos tenían en su modo de vida unos "modales" irreprochables, y mucho tacto y discreción con el anfitrión.

[705]Lo pude comprobar por experiencia personal, pues en 1977 tuve una relación amorosa con una joven religiosa del grupo, relación que sólo duró unas semanas. Fue ella quien puso fin. Según mis últimas noticias, aún hoy es miembro del grupo y siempre tan activa en el trabajo misionero y pacifista. Ni ella ni yo quisimos mantener en secreto nuestra relación, y jamás tuve la impresión de que nadie en el grupo estuviera molesto u ofendido.
Entre los primeros discípulos de Guruji, hay una pareja que vive en el templo del grupo en Atami, que sirve de residencia habitual de Guruji en Japón. El marido y la mujer terminaron ser ordenados monjes por Guruji, pero al insistir, Guruji accedió a su deseo de seguir viviendo maritalmente. En 1983, tuve el placer de recibir en mi casa a su hijo, un hombre en la treintena que también fue ordenado monje por Guruji. Le tiene una devoción infinita a la vez que una afección como la que se le tiene a un abuelo. Me dió la impresión de ser un hombre excepcionalmente pleno desde todos los puntos de vista. Fue él quien me habló con gran sencillez de la situación particular de sus padres. Al parecer todos los miembros de su familia han sido ordenados monjes por Guruji, y todos se entregan a él en cuerpo y alma.

[706]Véase la continuación en la siguiente nota.

[707]Continuación de la nota anterior, fechada el 23 de septiembre, hace más de un mes. Esta lamentable interrupción se debe a una enfermedad – véase al respecto el comienzo de la nota "Los mutantes (1): el baile de los mutantes" (n^o 85).

[708]Los únicos otros espirituales en los que he encontrado esa comprensión son Krishnamurti, Marcel Légaut y (me parece que en menor medida) Gandhi. En los dos últimos decenios de la vida de Gandhi, me parece que esa comprensión estuvo enturbiada en parte por un discurso más y más moralizante y afectado, constantemente al límite del cliché y la autocomplacencia. Sin duda hay que ver ahí el tributo a su papel de ídolo nacional y religioso, difícil de asumir hasta para un hombre de su talla.

extraordinario, casi increíble de esa actitud de Guruji, a los ojos de la "Sangha" (la comunidad religiosa de todos los creyentes budistas) seguramente más "escandalosa" y apropiada para desacreditar la religión y el estado monástico que constituye su núcleo, que su incalificable laxismo frente a la preparación doctrinal de los ordenaba monjes o religiosas[709].

N 190 ◊Para apreciar en todo su alcance las libertades que Fujii Guruji se tomó con una tradición inmemorial, conviene recordar aquí *quién* es hombre que desconcierta a más de uno, y que impone respeto a todos. Quien se lo haya encontrado, aunque sólo sea una vez o lo haya visto sólo en foto, sabe que no es un hombre que se pueda quitar de un manotazo como un "exaltado" o un "chiflado", al que no habría que tomar en serio. Tiene una presencia como rara vez me he encontrado en un hombre, una presencia, además, ajena a todo deseo consciente o inconsciente de imponerse, de imponer, de dominar. Una presencia que es radiante. Que actúa con más fuerza en el silencio que con la palabra. No conozco hombre que evoque de manera tan irresistible la *grandeza* – una grandeza que no es de la carne ni del intelecto, sino del espíritu. En su penetrante mirada creemos percibir la fuerza indomable del águila. Pero esa fuerza es alegría, por más incisiva que sea sentimos sin embargo en ella una dulzura, no está hecha para herir. Si no obstante hiere a veces, sentimos que esa herida le hace un bien al que la recibe. Ese hombre está entre los hombres como un águila, y a la vez es como un niño pequeño, como un recién nacido en su infinita delicadeza, rodeado de adultos a los que hace parecer toscos y torpes. Voluntad intrépida, viva, indomable – y la inocencia del niño que acaba de nacer, fundiéndose ambas indisolublemente...

N 191 ◊Nació (el 6 de agosto de 1885) en una "familia campesina extremadamente pobre, que no tenía dinero para pagar ni un sólo animal de carga, ni buey ni caballo. Teníamos que vivir con algunos granos de mijo"[710]. Por propia elección, siguió llevando una vida de pobreza, más de una vez al límite de lo que el cuerpo puede soportar – hasta su centésimo año, que fue el de su muerte. Después de la educación primaria, prosiguió sus estudios en una "Academia

[709] Seguramente hasta algunos de sus más fieles discípulos se sentían incómodos con esas particularidades de su Maestro, poco conformes con la imagen que les hubiera gustado hacerse de un gran santo budista, y mucho les costó no ver esas "manchas". Su fidelidad es un testimonio tanto más elocuente del extraordinario ascendiente ejercido por ese hombre. (Por otra parte ese ascendiente, visiblemente, no era buscado. Parece que ya lo tenía antes de que comenzara su misión de maestro religioso, a la edad de 32 años.) En ese hombre, durante su larga vida, se dio una profundización y por eso mismo, a veces, una transformación realmente asombrosa de su visión del mundo, de la que él mismo parece que no siempre se dio cuenta muy claramente de tan natural que era su llegada, pero que debió desconcertar y secretamente chocar a más de uno de sus incondicionales discípulos. Es verdad que por lo que sé, Fujii Guruji no juzgó útil explicitar y explicar con declaraciones públicas sus posiciones más perturbadoras para un budista decente – simplemente quizás porque, habituado durante toda su vida a seguir únicamente sus propias luces, terminó por perder un poco el sentido de esas normas a las que la gente se ha acostumbrado a aferrarse con mucho cuidado.

Lo cierto es que hasta entre sus discípulos más jóvenes y menos imbuidos de los valores religiosos tradicionales, rara vez se ponen "en claro" esas actitudes de Guruji, que le separan de manera tan radical de cualquier otro Maestro religioso que hayan podido conocer. Su actitud inequívoca frente a la violencia militar basta con mucho para singularizarle en medio del laxismo generalizado al respecto, ¡de rigor en los medios religiosos tanto como en cualquier otro! Con más razón, en los innumerables discursos oficiales de homenaje en honor de Fujii Guruji en su gloriosa vejez, toda alusión (aunque sólo fuera a su acción antimilitarista) que pudiera chocar a alguien en el habitual ronrón de buenos sentimientos y de grandes principios humanitarios, comprensión entre los pueblos y todo eso, es cuidadosamente omitida. (Conforme a las inmutables reglas de ese género, azote de la grandes ocasiones solemnes...)

[710] Saco la mayoría de los detalles de la vida de Fujii Guruji de su autobiografía, testimonio asombroso por más de un motivo (creo que escrito al final de los años sesenta, cuando Guruji tenía más de 80 años). Existe una traducción inglesa, desgraciadamente muy abreviada (un tercio): "My Non–Violence, an autobiography of a Japanese buddhist" (Mi No–Violencia, una autobiografía de un budista japonés), publicada por Nihonzan Myohoji (Japan Buddha Sangha Press, 3–2–22 Kudan–kita, Chiyodaku, Tokyo, Japón), 1975. Mi otra fuente escrita es una recopilación de declaraciones y conferencias de Fujii Guruji publicado en lengua inglesa, "Buddhism for World Peace" (Budismo para la Paz Mundial), en la misma editorial (1980), en su 95 aniversario. Este libro tiene al final una tabla muy útil, con los principales sucesos de la vida de Fujii Guruji ordenados cronológicamente (páginas 324–329). (En la edición inglesa de la biografía, visiblemente precipitada, las fechas faltan a menudo.)

agrícola", pero atraído por la vida religiosa desde su tierna infancia, y a pesar de la severa política antirreligiosa y antibudista llevada a cabo por el gobierno imperial del Japón, se ordenó monje a los dieciocho años. Fue una decisión de duras consecuencias porque así renunciaba a toda esperanza de poder sostener materialmente a su familia, que tanto había apostado por él. Quizás no hubiera podido vencer la oposición de su padre, apoyado por el consejo de familia, y esto en un país en que la autoridad de la familia es incomparablemente mayor que en nuestros lares, si no hubiera sido ayudado in extremis por el apoyo comprensivo y aparentemente incondicional de su madre. En lo sucesivo él le dedicará una devoción casi religiosa. Ella misma será ordenada religiosa por su hijo y le seguirá en sus peregrinaciones misioneras y en sus rigurosas prácticas ascéticas. Seguirá siendo la discípula fiel de su hijo, a lo largo de una vida de privaciones y de disciplina monástica de un rigor difícil de imaginar, hasta su muerte en 1930, a la edad de 83 años.

Ese mismo año, libre ya de toda atadura familiar, Guruji (a la edad de 45 años) hizo voto solemne de consagrar su vida a la realización de una profecía del gran profeta Nichiren del que (desde los inicios de su vida monástica) se había hecho un devoto discípulo: "llevar" a la India, cuna de Buddha y del budismo, la doctrina salvadora de Buddha[711].

N 192 ◊Hacía ya trece años, desde la edad de 32 años[712], que conforme al mensaje de un sueño[713] que tuvo en 1912 (entonces tenía veintisiete años), consagraba su vida a "iluminar a los demás" y a diseminar el Dharma (la doctrina del Buda) por el mundo, tanto en Japón como en Manchuria y China. Después de la apocalíptica destrucción de Hiroshima, al final de la segunda guerra mundial, esa misión se amplió a una misión a escala mundial, en inseparable simbiosis, actualmente, con una actividad pacifista no violenta en el espíritu de Gandhi ([67]).

N 193 ◊Entre su ordenación en 1903 y el sueño de 1912 que le precisó su futura misión, Guruji pasó diez años de su vida estudiando las principales corrientes del budismo presentes en su país,

[711] San Nichiren, reformador y profeta budista japonés del siglo XIII (1222–1282). Recomienda poner la doctrina expuesta en la Sutra de la Flor de Loto (Saddharmapundarikasutra) en el centro de la vida religiosa nacional, y enseña la suprema virtud benéfica de la oración Na mu myo ho ren ge kyo, que expresa la veneración por esa Sutra. A causa de sus opciones intransigentes, hubo de afrontar persecuciones y adversidades de un rigor poco común, sin conseguir que las autoridades establecidas aceptasen sus puntos de vista. En nuestros días, en Japón hay varios millones de budistas "nichirenitas", repartidos en numerosas sectas de las tendencias más diversas. La de Fujii Guruji, Nihonzan Myohoji, es sin duda la más pequeña numéricamente, contando a penas con cien o doscientos monjes, religiosas y simpatizantes. Pero ha logrado gran audiencia por la personalidad excepcional de Guruji y por sus compromisos pacifistas y antimilitaristas, tanto en Japón (lucha contra la presencia de bases americanas en Japón, que sirvieron de apoyo logístico durante la guerra de Vietnam) como en muchos otros países, y especialmente en Estados Unidos, considerado por Guruji como el principal foco de guerras en el mundo actual. El budismo, nacido en la India en el siglo sexto antes de Jesucristo, se propagó en Japón vía China y sustituyó a la religión tradicional, el sintoísmo, en los primeros siglos de nuestra era. En los tiempos de Nichiren, el budismo prácticamente había desaparecido de la India desde hacía varios siglos.

[712] Según el modo japonés de contar, que considera que el hombre tiene *un* año al nacer, habría que leer aquí 33 años. Es el número que figura en la autobiografía de Guruji. También es la edad en que Nichiren fundó su nueva secta.

[713] Varios sueños y visiones jugaron un papel preponderante en la vida de Guruji. Al enterarme de su biografía por primera vez, en 1974 ó 1975, me chocó mucho que se pudiera conceder tal importancia a los sueños, y a sus mensajes ¡en un lenguaje simbólico tan imponderable! Veía en ello como un resto arcaico, a fe mía bastante folclórico en pleno siglo veinte. Estaba lejos de sospechar que al poco, un sueño (que además no parecía tener la menor connotación religiosa) iba a transformar profundamente mi relación conmigo mismo y con el mundo; y que en adelante mi subida por el camino del conocimiento iba a estar marcada por otros sueños, que siempre llegaban a punto para aportarme algún conocimiento crucial, que nada hubiera podido hacerme prever y que ningún libro ni nadie hubiera podido comunicarme. E incluso se presentaron algunas "visiones" el pasado invierno, como la cosa más natural del mundo – tan sencillamente, sin tambor ni trompeta, como aparecen en el relato de Guruji... Después del gran viraje que tuvo lugar en mi vida espiritual en 1976, con (entre otros) el primer sueño mensajero cuyo mensaje sondeé, ni se me ocurrió ponerlo en relación a poco que sea con la persona de Guruji, o con mis contactos con un ambiente religioso, por medio de los monjes que recibía familiarmente en mi casa. Sólo me he dado cuenta de ese lazo con la retrospectiva que estoy haciendo de mi encuentro con Guruji, y con los monjes inspirados en él.

partiendo de la enseñanza de Nichiren para volver finalmente a ella y mantenerse en ella hasta el fin de su vida, y haciendo de los escritos del profeta y de la Sutra de la Flor de Loto su pan espiritual de cada día y su referencia constante. Pero visiblemente está más inclinado a la práctica religiosa que a la erudición y la exégesis de los textos[714]. Las enseñanzas religiosas le interesan no como temas de estudios filosóficos, históricos, lingüísticos, sino en la medida exactamente en que permiten iluminar su propia vida y la de los demás. Igual que Gandhi, no es un intelectual o un místico, sino un hombre de acción. En su autobiografía, nunca se detiene en el detalle de sus estudios, y aún menos en la discusión de cuestiones doctrinales o filosóficas o sobre la evolución de sus ideas y de su visión del mundo. Por el contrario, habla con bastante detalle de sus prácticas ascéticas. Al dedicarse a sus estudios religiosos, familiarizándose con las doctrinas y prácticas Zen, parece ser que consagra los cinco años de "espera" entre 1912 y 1917 (en que debía comenzar su actividad misionera) ante todo a una preparación "práctica" por medio de prácticas ascéticas, el "self–training" como él las llama.

N 194 ◊Los primeros ejercicios que menciona consisten en quemaduras de la piel, practicadas de manera continua y sistemática como un medio (supongo) para entrenarse a resistir el dolor físico. En los siguientes años se imagina y ejecuta pruebas de resistencia dignas de figurar en una "hagiografía ascética universal" desde los orígenes. Las describe con el detalle sin énfasis que se pondría en un pequeño manual de movimientos gimnásticos. Seguramente pocos son los que hayan sobrevivido al tipo de "entrenamiento" al que se sometió en su juventud, sin que su salud se resintiera, muy al contrario. Parece ser que se forjó a la vez que su voluntad, para poder afrontar después sin temor ni desfallecimiento los rigores a veces extremos de la vida que había elegido.

Recuerdo que al principio me desconcertó y hasta me molestó, cuando esporádicamente me llegaban ecos de esas antiguas prácticas ascéticas de Guruji, por alguno de sus discípulos que había retomado por su cuenta algunas (¡las menos temerarias!) de ellas. Según mis ideas bien establecidas, entonces veía ahí un fanatismo religioso de mal agüero, un lamentable desprecio e incluso un odio del cuerpo, que se desahogaba con tales violencias sobre sí mismo[715]. Pero al ir conociendo mejor la personalidad poco corriente de Guruji, a la fuerza tuve que constatar que ese esquema categórico no se le podía aplicar en modo alguno. En él no hay traza de odio ni del Mundo[716], ni de sí mismo ni de su cuerpo. Muy al contrario, en él se siente un respeto y un amor

[714]No creo que razonablemente se pueda considerar a Guruji como un "erudito" en literatura religiosa budista. Por lo que sé, nunca aprendió una lengua extranjera, por ejemplo el pali, el sánscrito o el chino, como hubiera sido natural en un erudito de los escritos budistas. Además he notado que muchos japoneses (y lo son Guruji y casi todos sus discípulos que me he encontrado) tienen un serio "bloqueo" con las lenguas extranjeras. Cuando Guruji se encontró con Gandhi en 1933, después de llevar tres años en la India, prácticamente aún no hablaba ni una palabra de hindi, y su intérprete, un discípulo japonés de Guruji, sólo hablaba inglés y muy mal. (Respecto de ese encuentro, véase la nota posterior "El encuentro – o el don de atención", n^o 66.)
En general, tengo la impresión de que los espíritus poderosamente originales rara vez se inclinan a la erudición como tal, sino que tienden más bien a dedicarse selectivamente a lo que exactamente ha de nutrir su misión y a asimilarla, evitando cargar todo bagaje inútil. En este aspecto, el Renacimiento parece haber sido una época excepcional, en que la erudición humanista era parte del aire de los tiempos y los más dotados la adquirían "sobre la marcha", como algo que se da por sentado.

[715]Tenía el mismo malestar, la misma actitud de rechazo, frente a lo que conocía de los *ritos de iniciación*, especialmente los ritos de pubertad, en las sociedades llamadas "primitivas". También sobre este tema, mi forma de ver ha matizado considerablemente a lo largo de los años.

[716]Las disposiciones de Guruji respecto del "Mundo" concuerdan con las de Nichiren. Éste se distanciaba de las actitudes dominantes en su tiempo, en que las gentes tendían a proyectar en un "más allá" idílico su nostalgia, en el seno de una sociedad violenta y agitada, de una vida serena y feliz. Insistía en que el papel de la religión no es incitar a los hombres a poner sus esperanzas en un mundo mítico, sino instaurar un estado de armonía entre los hombres en el seno de la nación, y (últimamente) entre las diferentes naciones. Se trata en suma de instaurar el "Reino de Dios" en la tierra (retomando la expresión evangélica), en vez de relegarlo al cielo. Seguramente ésa era también la visión de Jesús, igual que la de Buda, pero en ambos con un mayor acento sobre el aspecto individual, el "Reino de Dios en el hombre", más que colectivo (el reino de Dios en la nación). Ese aspecto colectivo del advenimiento del Reino de Dios me ha sido subrayado en tres de los cuatro sueños proféticos que tuve el pasado

por las cosas de este Mundo, hasta por las más humildes, una gratitud por todo lo que le pasa al tiempo que una solicitud por lo que esté confiado a sus cuidados, incluyendo el bienestar y la
N 195 salud de su propio cuerpo, igual que el de sus ◊discípulos y parientes. En sus ejercicios ascéticos, llegando a veces hasta el límite extremo de la resistencia humana, siempre tenía mucho cuidado, a la vez que empujaba el límite tanto como podía, en no pasarse jamás, y hacerlo de manera que ese cuerpo a él confiado no se deteriorase ni disminuyera, o se afease de algún modo. Podemos preguntarnos sobre el sentido de tales pruebas impuestas a uno mismo, a las que parece que se inclinan tantos temperamentos profundamente religiosos. No tengo conocimiento de que Guruji se haya explicado jamás al respecto[717], y sin duda debía sentirse tanto menos incitado a hacerlo cuanto que esas prácticas se inscriben, en el budismo al igual que el hinduismo que le había precedido o en el cristianismo posterior, en una larga tradición varias veces milenaria[718]. Pero el mismo término que utiliza, "self–training", sugiere un "entrenamiento" como el de un atleta, indicando ya con bastante claridad al menos una de sus motivaciones: se trata de ejercitar conjuntamente el cuerpo y la voluntad, para lograr un dominio tan perfecto como sea posible de la voluntad (o mejor dicho, del *espíritu*, instancia espiritual responsable de la persona....) sobre el cuerpo, y del espíritu y el cuerpo conjuntamente sobre todas las pruebas (y también, sin duda, sobre todas las tentaciones de apoltronarse...) que pudieran presentarse; y esto no con disposiciones de brutalidad ni de cerrazón hacia las humildes y necesarias exigencias del cuerpo, sino más bien con las del perfecto caballero hacia su montura: de un caballero ciertamente
N 196 exigente hasta ◊el extremo con ella como consigo mismo, llevándola a veces hasta el límite extremo de lo que es capaz de dar, pero teniendo cuidado a la vez de no sobrepasar nunca ese límite y dedicándole en toda ocasión una solicitud amorosa y atenta[719].

Sin duda, si Guruji pudo llegar en esa vía (entre otras que pueden parecer más esenciales...) tan lejos como lo hizo, sin perder la vida ni la salud, no fue sólo por tener una constitución idónea, sino ante todo por la fuerza de su fe. Seguramente era ella la que le instaba a llegar con confianza hasta un límite que a la razón y la imaginación les podía parecer una locura, sin temor alguno a morir o dañarse de por vida. Tengo muy claro que para Guruji eso no era una especie de partida

---

invierno.

[717] Dice sin embargo, a propósito de sus ejercicios en el frío glacial de Manchuria, que éstos le recordaban las pruebas que San Nichiren tuvo que pasar en su duro exilio, en la isla de Sado. La motivación parece ser de la misma naturaleza que la de los místicos cristianos que arden en deseos de "compartir la cruz de Cristo" en lo posible.

[718] El mismo Buda, dotado de una voluntad excepcional, antes de su iluminación realizó ejercicios ascéticos llevados a un grado extremo, que además describe en coloridos términos en uno de sus sermones (según nos ha transmitido la tradición oral). Después de su iluminación, rechazó esa vía extrema, igual que la vía extrema opuesta de una vida muelle dada a la búsqueda de placeres, como desprovistas de nobleza, y trazará y recomendará la "noble vía de en medio". Seguramente sabía bien, al hacerlo, que entre los que aceptaran su enseñanza en los siglos venideros, no faltarían los que sin embargo siguieran una u otra vía extrema, que él había superado. Las experiencias ni del Buda ni de nadie pueden dispensar a todo hombre de tener que pasar por sus propias experiencias para encontrar su justa vía. No fue de otro modo para Fujii Guruji. Parece ser que no practicó formas extremas de "self–training" ascético más allá de los 35 años. Parece que terminaron en los primeros años de su obra misionera propiamente dicha (que comenzó en 1917, cuando tenía 32 años).

[719] Veo sobre todo dos tipos de escollos en la vía de las austeridades ascéticas, que (si no se tiene cuidado) pueden desnaturalizar su sentido incluso en el caso de que no se mezcle con ninguna intención oculta autodestructiva o "masoquista". Uno es perder el contacto con las necesidades esenciales del cuerpo y hacerle violencia, incluso sin intenciones violentas hacia él – cual un señor duro y sin piedad que exigiese a sus servidores más de lo que éstos pueden realmente dar. El otro, sin duda aún más frecuente, es el de lanzarse a una puja ascética por un ansia de autoengrandecimiento egótico, para ponerse por encima de los demás a los ojos de uno mismo o a los ojos de otro; o aunque sólo sea por la satisfacción de experimentar el poder absoluto, discrecional de la voluntad sobre el cuerpo. En tal caso, esa voluntad no es, como podemos imaginar, la del espíritu, que entonces está subyugado por el ego, sino la voluntad *del ego*. Seguramente ambas actitudes, la de cerrazón frente a las necesidades del cuerpo, y la que se mueve por el ansia de poder o de autoengrandecimiento, a menudo van juntas. De hecho, los movimientos de la vanidad y el orgullo siempre van acompañados de una cerrazón del ser. Y los actos que inspiran son espiritualmente estériles por sí mismos.

a “doble o nada”, un apuéstalo todo – sino que en cada momento tenía una conciencia clara de sus posibilidades reales de resistencia, ciertamente contando la multiplicación desmesurada por efecto de una fe ardiente en la que se concentraba todo su ser.

Ciertamente, unas pruebas ascéticas tan extremas van mucho más allá de las necesidades de un “self–training” incluso del más exigente, y su sentido no puede reducirse a un aspecto de alguna manera “utilitario”, conforme a la imagen del caballero que se entrena con su montura, ¡a fin de estar preparado para resistir todos los asaltos! Creo sentir ahí una tonalidad más específicamente religiosa que, no por permanecer constantemente implícita, es de menor importancia. Se percibe el impulso de un deseo exaltado de *glorificar* con todo su ser a *Dios* (o al Buda, o al Creador, o cualquier otro nombre que se Le dé...), con tales actos de superación de uno mismo y de lo que de ordinario parece ser humanamente realizable – haciendo donación
N 197 total de esa superación a Aquél que se glorifica ◊tan en silencio. Seguramente, lo que hace posible tal acto y le da todo su sentido, es saber que en ese camino no estamos *solos*; que de alguna manera misteriosa, Aquél que glorificamos con todo nuestro corazón y todo nuestro ser Se asocia y participa en ese acto de alabanza y de amor.

Bajo esta luz, se comprende que si en Nichidatsu Guruji ese don de amor se hizo una vez por la vía de las austeridades ascéticas extremas, eso no fue porque ese hombre estuviera alienado de su cuerpo, o le tuviera horror, sino al contrario porque era, a la vez que un “espiritual”, un “terrenal” amigo de su cuerpo al que apreciaba por instinto. Era con algo muy valioso para él con lo que testimoniaba del modo más espontáneo y más perfecto su amor por Aquél que es la Fuente de todo amor y cuya gloria cantaba, mejor que lo hubieran podido hacer sus débiles palabras. Hay actos, ahora me doy cuenta, que (sin decirlo jamás...) son ante todo oración y ofrenda – un apasionado canto de amor del que son a la vez letra y melodía.

Y seguramente no hay que ser ni sentirse un gigante del espíritu para darse así dedicándose por completo – hacer de la vida, aunque sólo sea por unos momentos, un canto de alabanza, un canto de amor. Para eso basta haber sentido la realidad y la presencia de Aquél y de Aquella de los que vienen todos los dones, de Aquél y de Aquella que acogen todos los dones que les llevan las aguas vivas del amor. Con tal acto nos convertimos en vehículo del don que el Alma del Universo se hace a Sí misma. Participamos, en nuestro humilde sitio, en el gran Canto de la Creación y en la fuerza del Río del devenir.

No es necesario ser grande: al despojarnos nos superamos, y al superarnos (con una fuerza que hay en nosotros y que no viene de nosotros...), sin buscarlo crecemos.

N 198 ◊(62) Que nuestra oración sea canto...

(29 de octubre)[720] “La Oración” consiste en la repetición indefinida de siete sílabas sagradas[721]

¡Na mu myo ho ren ge kyo! ,

siguiendo un ritmo invariable llevado al unísono por todos los participantes, casi siempre de forma bastante vigorosa, con pequeños tambores portátiles de oración en piel, que se golpean rítmicamente con un mazillo robusto y recurvo, de una madera a la vez dura y ligera. El ritmo está rigurosamente fijado, sólo el tempo puede variar según el tono general y las disposiciones particulares de los participantes. El sonido del tambor tiene por sí mismo un efecto muy tonificante en los participantes y en los eventuales oyentes – al menos (en éstos últimos) cuando no se oponen resistencias debidas a prevenciones deliberadas. No hay melodía fija, y casi siempre el recitativo de cada uno de los participantes se sitúa en un registro más o menos monocorde, cada uno “colocando” su voz en la altura que le es propia, o (a veces un poco a la buena de Dios) según su disposición o la inspiración del momento. Tampoco es raro, sobre todo cuando hay muchos

[720] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la sección “La entrada de lo divino (2) – o “dando gusto a Buda”” (n^o 71), página 346.

[721] Para la significación religiosa de esas sílabas, véanse los comentarios en la penúltima nota “Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial”, página N 183.

participantes y se han reunido de manera más o menos fortuita, sin estar ya acostumbrados a rezar unos con otros, que el canto comience de manera más bien disonante, pero parece que eso no le preocupa a nadie. Entonces hay una especie de milagro que ocurre siempre[722], y que no cesa de maravillarme cada vez: y en los minutos siguientes, a medida que el canto progresa y sin que haya la menor apariencia de esfuerzo consciente en ese sentido, todas esas voces, que en esa cacofonía inicial a menudo parecen toscas y patosas, se reajustan y "se colocan" unas
N 199 con otras como movidas por el efecto de una ◊fuerza que hubiera nacido del mismo canto y que actuaría en cada uno, para resolver el barullo de voces heteróclitas y disonantes en la múltiple y delicada armonía polifónica de un verdadero canto; un canto diferente de cualquier otro que jamás hubiera sido cantado, naciendo así (no sabríamos decir cómo) en cada momento, como bajo las discretas indicaciones de un Director de Orquesta invisible e inspirado, que con sus manos expertas y seguras trenza los hilos dispersos de nuestras granulosas voces en esa cinta cálida y suave y ondulante de un vasto canto.

Para un observador superficial, esa armonía de la Oración cantada en común puede parecer repetitiva, por esa inalterable unidad rítmica de base de las siete sílabas rituales, según una textura melódica en apariencia invariable. Sin embargo, cuando (como es lo más frecuente) el canto continúa durante más tiempo que unos pocos minutos, incluso una hora o más, esa textura melódica tiende a modificarse insensiblemente a lo largo del canto, por deslizamientos progresivos bien de tal voz, bien de tal otra, trazando un sinuoso camino hacia los agudos o los graves, en la movediza trama de voces entrelazadas. Igual que a un viajero en una barcaza tranquila y potente que baja por un río, el movimiento y el canto de esas aguas que le arrastran pude parecerle el mismo de un momento a otro. Y sin embargo también sabe, y siempre renueva esa experiencia, que cambia sutilmente, según los vientos y el sol y el relieve circundante y los meandros del recorrido, a medida que prosigue su viaje y se acerca al final – al mar que incansablemente le llama y le atrae, sin cesar cambiantes y eternamente semejantes a sí mismas, esas aguas cantarinas y ondulantes...

(63) Los visitantes sin equipaje

(25 y 26 de septiembre)[723] Los monjes que venían a verme eran casi siempre monjes jóvenes, en la veintena o la treintena, dejando aparte el grupo de monjes y religiosas que fueron mis huéspedes junto con el mismo Fujii Guruji, durante varios días a principios de noviembre de 1976. Igualmente hay otros dos monjes de más edad, venidos a Francia para visitas de unas pocas semanas. Ambos eran hombres de gran presencia, Fukuda shonin y Yagi–ji shonin. Tengo por un gran privilegio que hayan venido a vivir bajo mi techo durante cierto tiempo, demasiado corto a mi gusto (una o dos semanas cada uno) para aportar una enseñanza con su sola presencia
N 200 al alumno ¡ay! ◊mediocre que yo era. En la primera visita de Fukuda shonin, a finales de 1976, debía de estar en la cincuentena – es cinco o seis años mayor que yo. Gracias a él, que había visto un artículo en un periódico japonés sobre mi actividad militante ecologista y antimilitarista en el seno de Sobrevivir y Vivir, y sobre mi postura sobre la ciencia y la investigación científica, se estableció el contacto entre Nihonzan Myohoji y yo. El primer monje misionero del grupo que vino a Europa, el mismo que desembarcó en mi casa sin avisar el 7 de abril de 1974, era su discípulo directo, habiéndose hecho monje bajo su influencia mientras proseguía sus estudios de física. Fukuda shonin y yo teníamos fuertes afinidades. Era un hombre a la vez pensativo y de un temperamento comunicativo, activo, amable, teñido de una alegría tranquila, y le gustaba cantar.

[722] Alguna vez, muy excepcionalmente, he participado en una oración en común a tres, y en uno de los monjes participantes se manifestaba una acción perturbadora sistemática, tendiendo a mantener a toda costa una desarmonía del conjunto. Sin embargo era un hombre de un notable sentido musical, pero presa de un estado de deterioro interior próximo a la neurosis. En los días siguientes me abstuve de asociarme a una "oración" que se había convertido en una burla.

[723] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 182.

Cocinero y jardinero experto por añadidura. Y también tenía una gran experiencia de la vida. Lamento que el contacto con él no se haya mantenido después de 1978 – eso forma parte de las numerosas cosas que permanecen misteriosas para mí, en mis relaciones con el grupo Nihonzan Myohoji. Se distinguía de Guruji por su carácter sedentario: sólo salió de Japón (aparte de sus dos visitas a mi casa) durante la última guerra, cuando era un joven soldado[724] En contra de la tradición monástica budista, llevaba una vida de campesino (practicando el cultivo biológico, hay que precisar). Había reunido a su alrededor un grupo de jóvenes de ciudad para una vida en común a la vez religiosa y agrícola.

N 201 ◊Yagi shonin había pasado una gran parte de su vida en la obra misionera de Nihonzan Myohoji en India. Debía de estar en los setenta bien cumplidos. Pequeño, muy fino, inclinado al silencio, haciendo las cosas discretamente de forma que a penas se le notara, se desprendía de él sin embargo una silenciosa irradiación que impregnaba la atmósfera del lugar. Desgraciadamente yo lo percibía a través de un caparazón aislante, de tan distraído que estaba en ese periodo por ya no sabría decir qué ocupaciones o cuidados. Y sin embargo, a pesar de esa distracción, a pesar de esa falta de atención (al límite, me temo, de la descortesía) hacia mi huésped, y de que en los diez años que han pasado he olvidado tantas cosas, el recuerdo de esa silenciosa presencia, de esa disponibilidad discretamente amorosa, permanece vivamente grabado en mi espíritu. No creo que lo olvide jamás.

Es algo notable que con Fukuda shonin y Yagi shonin no tuviera nunca ninguna veleidad de tratar sobre cuestiones de doctrina, ni con ninguno de los monjes más jóvenes que vinieron a compartir mi techo. Entre mis amigos monjes el único que, por propia iniciativa, me aclaró ocasionalmente cuestiones de doctrina o de fe, e incluso el único que he oído o leído expresarse en ese sentido es el mismo Fujii Guruji. Eso debía formar parte de la ley no escrita del grupo, sentida por todos sin que jamás tuviera que ser formulada: que sólo el Maestro tenía autoridad para hablar de tales cuestiones. Y en ese terreno su autoridad, más inmediata que la de Buda o San Nichiren, era absoluta.

(64) Filiación y crecimiento de una misión (Nichiren y Guruji)

(26 de septiembre)[726] He creído sentir entre los miembros de Nihonzan Myohoji como un acuerdo tácito de que Fujii Guruji era una reencarnación del mismo Bodhisattva Nichiren. Sin que tenga una convicción bien asentada sobre este tema, esa suposición me parece al menos de lo más natural. Lo que es seguro es que la fuerte personalidad de Fujii Guruji no cede en nada a la de san Nichiren, tanto por el indomable coraje en la adversidad y las pruebas (al límite a veces de la resistencia humana), y por la humildad que acompaña a ese coraje, como por

N 202 una fe inquebrantable en ◊su propia misión, de dimensiones sobrehumanas. A ello se añade en

[724] Me sorprendió un poco ver que un monje budista, penetrado del mensaje de paz del Buda y dedicado en cuerpo y alma a una "acción de paz" en el espíritu de Buda, me hablara como de la cosa más natural y (pudiera parecer) la más "normal" del mundo de su participación en la guerra, en una guerra que además era al más puro estilo imperialista en contra de pueblos pacíficos y militarmente poco preparados. Cuando interrogué a Fukuda sobre esto, me precisó que por o que él sabía, no hubo en Japón ni un sólo budista, monje o laico, que se negara a ser movilizado según le obligaba la ley – a riego, es verdad (según lo que me decía mi informador), de ser fusilado más o menos en el sitio por "deserción". No me quedó claro si hoy la situación sería diferente, aunque sólo fuera (digamos) entre los monjes de Nihonzan Myohoji, o si en la próxima gran ocasión el reflejo del rebaño actuará inexorablemente como antes. Lo que ocurrió en la última guerra mundial, tanto en Oriente como en Europa, tanto en países budistas como cristianos, ilustra en todo caso de manera llamativa hasta qué punto las admirables historias de "Bodhisattvas" dejándose descuartizar y bendiciendo a sus verdugos, o de santos cristianos sufriendo mil tormentos antes que desviarse una pulgada del camino trazado por el Cristo, tienen en los ardientes fieles (que se complacen en identificarse con esas imágenes de Épinal[725]) el efecto de vapores euforizantes, que la primera borrasca seria disipa sin que quede rastro; el tiempo, al menos, de cumplir con "su deber de ciudadano" y de esperar tiempos mejores (si llegan...) para retomar las dulces e inefables ensoñaciones "espirituales".

[726] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 182.

uno y otro una seguridad sin fisuras en la justedad de sus opciones y sus opiniones religiosas (seguridad que puede llegar hasta la intolerancia más perentoria), y un infatigable ardor militante para iluminar a los hombres, anunciando al mundo la verdad de la que se sienten nombrados apóstoles.

Conforme a la visión "krishnamurtiana" de la realidad espiritual y psíquica, visión (a menudo todo en "blanco o negro") de la que estaba tan fuertemente impregnado todavía en octubre de 1976, tendía a no ver en tales disposiciones de apóstol más que un producto de las tendencias de autoengrandecimiento del yo. Me quedó como un malestar hacia ese aspecto de la persona de Guruji, aspecto que nunca había examinado seriamente bajo sus diferentes iluminaciones. Además ese malestar estaba alimentado y reforzado por ciertos aspectos y episodios a veces desconcertantes, por decir poco, de la actividad misionera del grupo que aceptaba la autoridad de Fujii Guruji[727]. Sin embargo, con perspectiva, puedo decir sin reserva alguna que en Guruji (y seguramente igual que en san Nichiren) ese ardor apostólico me parece que es de naturaleza espiritual, y no egótica. Una de las piedras de toque seguras para esa cualidad espiritual es la fortaleza en el sufrimiento y en la soledad – la capacidad de llevar su misión, solo si es necesario, entre la indiferencia, la apatía, o la hostilidad y hasta el desprecio de todos, sin perder el sentido de la grandeza de esa misión, ni endurecerse o agriarse. Los inviernos más despiadadamente rigurosos al pasar por tales almas las vuelven más limpias, y más delicado y penetrante su perfume, como por un vino de noble cepa.

Otra piedra de toque es el contacto con tales seres, en "carne y hueso" o aunque sólo sea a través de sus obras, contacto que nos permite percibir ese limpidez esencial, ese perfume, inalterados por las diversas contingencias que les lían igual que nos lían a nosotros. Esa percepción directa de la personalidad excepcional de Fujii Guruji es la que ha permanecido como nota de fondo fuerte y persistente, inalterable, en mi relación con él. El "malestar" que acabo de evocar le añadía unos "armónicos" (a veces al límite de la disonancia...), que lo enriquecen como con una interrogación persistente y nunca resuelta, con tonalidades de misterio nunca sondeadas verdaderamente. En alguna parte de mí, seguramente, ya se había decantado la parte esencial de la contingente, en ese canto de una riqueza desconcertante que me llegaba por la personalidad viva y los escritos de Guruji, y por los ecos de su vida. Pero esa separación sólo se hizo plenamente consciente con el trabajo de estos últimos meses sobre la Llave de los Sueños, a lo largo de los días y las semanas. La reflexión ocasional sobre la obra espiritual de los apóstoles
N 203 ◊de Jesús, bajo el impulso del pensamiento de Marcel Légaut, ciertamente tuvo su parte.

Volviendo a la relación entre Fujii Guruji y Nichiren, se me ocurre que ése es por excelencia uno de esos casos mencionados por Marcel Légaut (pero sobre todo en el contexto del mundo espiritual cristiano) de una auténtica "filiación espiritual". Esa filiación ha sido de una fecundidad excepcional, realizándose después de más de siete siglos sin que su fuerza se viera afectada en nada. En efecto, casi siete siglos tuvieron que pasar desde la muerte del gran profeta budista, antes de que se levantara el hombre que hiciera el voto de consagrar su vida al cumplimiento de la misión que éste anunciaba: llevar a la India, cuna de la doctrina de Buda que tanto había impregnado al pueblo y la cultura del Japón, esa perla sin precio que la India había dejado que se perdiera. Así Guruji fue el primero y uno de los principales obreros del renacimiento del budismo en la India. Después de diez o quince siglos que estaba muerto y era prácticamente desconocido en toda la India, en 1930 un monje desconocido y solitario que estaba en los cuarenta, sin lazos con el país y sin siquiera conocer una de sus lenguas, armado solamente con su fe, su tambor sagrado y su Oración, llegó para desembarcar. Allí pasó casi medio siglo de su vida, recorriéndola en todas direcciones y cantando Na mu myo ho ren ge kyo a voz en grito, acompañándose con el tambor de oración. Hoy la India cuenta con millones de

[727] Explico algo de esto en la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71), especialmente la página N 234.

budistas[728] – el budismo ha vuelto a ser una de las tres religiones principales del país, con el hinduismo y el islam. ¿Mera coincidencia ([65])?

N 204 ◊Pero esa gran misión, nutrida a lo largo de los años por lo que el obrero era y por lo que él llegaba a ser con su contacto, no ha dejado de transformarse durante ese medio siglo. Pues la misión es una obra de fe y de arte, y no ejecución de una tarea según planes preestablecidos e inmutables: obra de creador, no de recadero. Sin que estuviera premeditado ni previsto, por la virtud creativa que había en ella y en aquél que se fundía con ella, creció hasta tener la talla de la humanidad entera y de su destino, no sólo el de las próximas generaciones, sino de su destino para siempre jamás. Lo que hombres de mirada profética y profunda, como el Buda, Jesús y Nichiren entrevieron en el horizonte de los tiempos, y que hasta el momento de la conflagración atómica de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, permanecía aún en una neblina más que lejana para todos, incluyendo a Fujii Guruji, que se acercaba ya al atardecer de una vida de trabajos bien repleta, de repente se volvió muy cercano: *ese gran fuego que abrasó Hiroshima, ¡era la señal del gran Fuego que ya abrasa la Casa de los Hombres!* De repente esos tiempos de un futuro casi mítico en que, según las profecías, ha de jugarse el destino de os hombres, se han vuelto muy cercanos, qué digo: *ya estábamos en la Casa que se quemaba y todavía estamos en ella*, pero sin que la mayoría se dé cuenta todavía; pues las llamas aún no están a nuestro alrededor y no nos llega el calor, y los que se queman siempre son los demás (al menos así parece...), y los demás están lejos...

Ese hombre supo sentir ese aliento ardiente, como un signo de que la medida ya estaba colmada y de que los tiempos estaban maduros: el infierno ha puesto pie sólidamente y se ha extendido y ha invadido la tierra de los hombres, la tierra de Dios y de todas las criaturas. Y para superar al infierno, tenemos que dar ahora *el Salto* – o perecer...

Ese salto, bien lo veía él con los ojos del espíritu, no era un salto de la mera inventiva humana, sino un prodigioso *salto espiritual* de la humanidad entera. Es el salto que, arrancándonos de nuestro desprecio por os seres y as cosas que nos rodean, ha de elevarnos a la veneración de lo divino en toda cosa que tenga un soplo de vida.

Quien venera no destruye ni mutila, sino que saluda y se postra ante lo que venera. Y para el hombre impregnado del espíritu de la Sutra de la buena Ley de la Flor de Loto, el saludo religioso por excelencia, el que religa, no es otro que la Oración de las oraciones, don supremo
N 205 del Buda a los hombres y ◊Promesa hecha a todos los vivientes, asegurándoles un destino de Buda:

¡Na my myo ho ren ge kyo!

(65) El balance de la fe – o las vías secretas

(1 de noviembre)[729] Debe ser muy difícil, si no imposible, apreciar o situar el alcance exacto

[728] Son sobre todo los antiguos sin–casta los que han abrazado la religión budista, que no reconoce el sistema de castas. Sin duda *ahí* estaba sobre todo el carácter revolucionario tangible de la doctrina del Buda, que tomaba posición de manera drástica en favor de los desheredados del antiguo sistema de castas. Buda, ese hijo de rey, al hacerse monje *mendicante*, se identificó con los pobres entre los pobres. El color ocre del hábito del monje budista, conforme a la tradición inaugurada por el Buda, simboliza la tierra, el barro, que es considerado vil por la tradición, asimilado a la condición del paria, y revestido de nobleza por el empeño sin reservas del Buda. No hay que extrañarse de que las enseñanzas del Buda, igual que las de Jesús, hayan encontrado en vida y en los siglos siguientes una vehemente hostilidad por parte de los poderes establecidos, y esto a pesar de el hecho de que el hinduismo tiene tendencia a ser mucho más tolerante con las desviaciones doctrinales, de lo que lo ha sido el judaísmo. Además es algo extraño que el Buda haya llegado a viejo y muriera de muerte natural, en lugar de ser puesto rápidamente fuera de juego, como fue el caso de Jesús. Quizás su alta cuna contribuyera a rodearlo de un halo de prestigio que lo preservaba, así como los numerosos discípulos en vida, de una persecución sangrienta. Según cuenta la tradición, durante los cincuenta años que le fueron concedidos después de su iluminación, de la persona de Buda se desprendía una irradiación y una autoridad como no se sabe de ningún otro hombre en la historia, incluyendo a Jesús.

[729] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 203.

del papel de "misionero pionero" de Guruji, en el renacimiento del budismo en la India. No he tenido conocimiento de ningún inicio de reflexión en ese sentido, ni en el mismo Guruji ni en sus adeptos. Seguramente, su convicción íntima más o menos tácita, más o menos expresada con claridad, es que ese renacimiento es, antes que cualquier otra cosa, la obra espiritual de Guruji. En todo caso es innegable que Guruji y sus discípulos de Nihonzan Myohoji han jugado un papel de primer plano en la restauración de los lugares santos ligados a la vida del Buda. Los "jardines de Lumini", lugar del nacimiento del Buda, y la montaña sagrada de Gijjhakuta en la provincia de Rajgir, en que Buda habría enseñado la Sutra de la Flor de Loto, estaban invadidos por una jungla casi impenetrable cuando Guruji desembarcó en la India, a finales de 1930. Sin duda por razones políticas el gobierno de la India, al menos a partir de 1956 (con ocasión del 2500 aniversario de la "Gran Defunción", i.e. de la muerte del Buda) apoyó los esfuerzos de restauración del budismo en el país, que iban en el sentido del programa oficial de rehabilitación social de los antiguos "intocables". El amistoso contacto que se estableció en 1933 entre Gandhi y Guruji (véase al respecto la siguiente nota, "El encuentro – o el don de atención") seguramente jugó un papel en esa evolución de los espíritus en las altas esferas, en favor del budismo. Sin contar con su alcance al nivel de las fuerzas puramente espirituales, que es considerable.

Por otra parte y según puedo juzgar por los diversos ecos que me llegan, también es cierto que Guruji y los monjes de Nihonzan Myohoji en la India, al no hablar la lengua del país, nunca han arraigado en el seno del pueblo hindú. Su forma de budismo, centrada en la oración (¡en japonés[730]!) Na my myo ho ren ge kyo, tampoco tenía ninguna oportunidad, en
N 206 esas ◊condiciones, de arraigar allí. Supongo que la gran mayoría de los budistas de la India, antiguos intocables casi en su totalidad, ni siquiera conocen la existencia de esa oración, que no han oído ni las palabras sagradas ni el sonido del tambor que las acompaña. Pero en el espíritu de Guruji es esa Oración de las oraciones, y ninguna otra, la que se supone que ha de "salvar" no sólo a la India, sino al mundo entero. Con ese espíritu escribe en su autobiografía (loc. cit. página 66):

> "Con la fe de que en todo caso el budismo no dejaría de retornar a la India, fui para allá, y si fracasaba, la profecía de Nichiren perdería credibilidad. Como mi doctrina es el budismo predicado por San Nichiren, si no propagara el Na–mu–myo–ho–ren–ge–kyo, mi viaje a la India perdería su sentido. Es verdad que entre las diferentes prácticas del budismo en Japón, el Na–mu–myo–ho–ren–ge–kyo fue creado por el pueblo japonés y como tal no puede ser fácilmente comprendido por extranjeros. Cuando los indios lo comprendan es cuando se restablecerá un auténtico lazo religioso. Si esa doctrina es una religión verdaderamente capaz de realizar la idea

[730] Es bastante extraño, cuando se piensa en ello, que aparentemente Guruji nunca haya pensado en recitar la Oración en su forma original, en lengua pali, que al menos forma parte del patrimonio cultural arcaico del país en que pretendía realizar su obra misionera. Esto va en el mismo sentido que la reticencia de Guruji, compartida por la mayoría de sus discípulos, a aprender una lengua distinta del japonés, para las necesidades de la obra misionera. Ahí parece haber un propósito deliberado de ignorar totalmente los aspectos prácticos de la obra misionera, incluyendo la comunicación verbal con los que se pretende "iluminar" religiosamente. Podemos ver ahí la señal de un fe incondicional, en la fertilidad de su acción, en la preeminencia de las fuerzas espirituales. Sin embargo también creo ver ahí una traza de discreto nacionalismo, tendencia tan fuerte en Japón, incluyendo los medios de inspiración religiosa, como en cualquier otra parte del mundo. Ese sentimiento nacionalista era aún más claro en Nichiren, para quien la nación japonesa estaba llamada a una misión salvadora en el mundo. Igualmente Gandhi veía tal papel para el pueblo hindú. (E igualmente los profetas hebreos, para la nación judía...) Seguramente Guruji lo sabía, y sin embargo ni uno ni otro sentía que eso fuera una diferencia que les separase. Sin duda lo contrario está más cerca de la verdad – la manera en que uno y otro se identificaban con su misión, que sabían de alcance universal, una misión de todo su pueblo, lejos de separarles, sólo podía acercarles más.
En lo que es esencial, situado en el plano espiritual, dos misiones pueden completarse, pero nunca contradecirse verdaderamente y aún menos entrar en competición una con otra. Dicho de otro modo: los designios de Dios siguen innumerables vías, bajo una infinidad de rostros diferentes que son todos *verdaderos*. Por diferentes que sean, esos designios y esos rostros están en íntimo *acuerdo* unos con otros, igual que Dios está de acuerdo consigo mismo.

de la paz mundial, no dejará de encontrar creyentes. Sólo tal religión puede salvar a la India. Y no sólo la India, sino que todo el mundo puede ser salvado. Según la fe que tengo en la previsión del fundador [Nichiren], sobre eso no hay duda."

N 207 ◊Tomando al pie de la letra a Guruji, ¡deberíamos considerar que su misión en la India ha sido un fracaso! Sin embargo ése no es el sentimiento de Guruji ni de ninguno de sus discípulos, ni tampoco el mío ciertamente. En mi espíritu no hay ninguna duda de que, igual que la misión de Gandhi, la de Guruji jugará un importante papel en los designios de Dios. Según el juicio objetivo de la razón humana, la misión de Gandhi también parece un incontestable fracaso – la sociedad india, igual que el mundo en su conjunto, está tan alejada como siempre del precepto de la no–violencia amorosa. Y ya era así en el momento de la muerte de Gandhi.

Algunas páginas después del pasaje que he citado, Guruji cuenta que se instaló en plena jungla, junto a una antigua torre que señalaba el lugar de nacimiento del Buda. Tenía la intención de permanecer ahí rezando y ayunando, durante un tiempo indefinido, aunque tuviera que morir de hambre si fuera necesario. Finalmente el jefe de la aldea más cercana fue a buscarle y le ofreció hospitalidad, proponiéndole ir y volver todos los días, en vez de permanecer en el lugar y ayunar hasta la muerte. Seguramente, si ese hombre que había oído el sonido del tambor de oración que le llegaba de la cercana jungla no se hubiera conmovido, Guruji habría muerto allí según su determinación, aunque aún estaba en el primer paso de su misión, recién llegado a la India. Sin embargo, es bien evidente que al morir así en su empeño no hubiera tenido el sentimiento de un fracaso. Miraba con los ojos del espíritu, y sabía que todo acto de fe, todo acto de amor da fruto.

Los secretos caminos por los que obran los actos del hombre fiel a su misión están ocultos a sus ojos igual que a los ojos de todos. A lo más podemos captar afloramientos ocasionales, aquí y allá. Pero en toda su extensión y profundidad, sólo Dios los conoce.

(66) El encuentro – o el don de atención (Gandhi y Guruji)

(27 de septiembre)[731] Desde antes de su llegada a la India, en 1930, Fujii Guruji había sido fuertemente impresionado por la acción no–violenta llevada a cabo por Gandhi en favor de la independencia de la India, que estaba en su apogeo cuando desembarca. Es el año de la
N 208 famosa "Marcha de la sal", en que Gandhi y numerosos ◊colaboradores fueron encarcelados[732]. Parece ser que Gandhi es el único espiritual, aparte de Buda y Nichiren, cuyo pensamiento y personalidad han tenido un profundo impacto sobre la visión y la misión de Fujii Guruji. Después de la muerte de su madre en 1930, desde el instante en que Guruji hizo voto de consagrarse a la difusión del budismo y de la Oración en la India, también tenía la idea de que rezaría incansablemente por el éxito del movimiento de independencia iniciado por Gandhi en 1918, en contra de todas las grandes potencias incluyendo el Japón. Su propia misión y la de Gandhi–ji le parecían indisolublemente ligadas.

Es bien característico del enfoque directo de Guruji que al desembarcar en la India no se le ocurriera contactar con Gandhi–ji lo antes posible. Eso hubiera podido parecerle útil

[731] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 184.

[732] Por la educación recibida, al igual que el mismo profeta Nichiren, Guruji hubiera tendido a ser respetuoso con la autoridad establecida y a concederle consideraciones y atenciones que, según mi propia inclinación, a menudo me parecen excesivas. Eso no impide que al igual que Nichiren, y ciertamente sin buscarlo conscientemente, Guruji se encontró muy a menudo en oposición a las autoridades, cuando éstas eran hostiles a su misión, y hubo de afrontar la represión sin que jamás pensara en quejarse o en reprochárselo a sus opresores. Así en 1930 hacía mucho que había superado la actitud común, según la cual la prisión es el lote sólo de los malhechores. Ya en el primer año de su misión, en 1917, con ocasión de sus ingenuos esfuerzos por convertir a la verdadera fe budista a la familia imperial (ésa fue la primera idea que se le vino, para su misión en Japón...), tuvo derecho a una estancia en prisión, salpicada por otra parte de episodios rocambolescos. Seguramente ése fue uno de los primeros frutos apreciables de sus primeros esfuerzos misioneros...

para obtener una garantía moral que, desde el punto de vista puramente práctico, seguramente hubiera sido muy valiosa para allanarle el camino de un trabajo misionero al estilo clásico. En vez de eso, primero se pasó tres años recorriendo los lugares sagrados del budismo en la India (que desde hacía varios siglos, invadidos por la jungla, nadie había pisado...), y familiarizándose un poco con la vida de los indios, viviendo en unas condiciones de soledad y pobreza en que más de una vez le pareció que iba a morir en el empeño. Entre tanto el rumor de un "monje con tambor" japonés llegó, de boca en boca y por Dios sabe dónde, hasta Gandhi. Un signo entre muchos otros de hasta qué punto Gandhi, ese ídolo nacional de una inmensa nación, permanecía sin embargo cerca de la vida del pueblo y de sus mil "pequeñas cosas": como esa "historia loca" del monje mendicante japonés, que sin hablar una palabra de hindi, en un suburbio perdido y apestoso de Bombay, junto a montones de basura y del lugar de incineración de los cadáveres, le enseña a los chiquillos a cantar una curiosa oración en japonés, acompañándose con un tambor...

N 209 ◊Gandhi vivía entonces en su ashram de Wardha, a 800 km de allí. Su mujer Kasturba (con ocasión de algún viaje que tuviera que hacer a Bombay, supongo) fue a ver en persona (¡eso es!) al original y en su lugar, y a su inesperada llegada fue recibida en la choza del ermitaño por un montón de chiquillos andrajosos y alegres, dándole con ganas al tambor y cantando palabras incomprensibles para ellos mismos igual que para la distinguida visitante. Ella terminaría también por aprenderse esas palabras, si no a comprender su sentido, y por cantar ella también, igual que Gandhi, el canto sagrado...

Para Fujii Guruji, ahí estaba – en ese encuentro del budismo japonés encarnado por lo que él veía de más valioso en él, por la Oración entre todas, y la India encarnada por lo mejor que tenía para ofrecer al mundo, por ese gran santo (que él veneraba, en verdad, tanto como al mismo Nichiren...) – *ahí* estaba a sus ojos la profunda razón espiritual del éxito del movimiento de independencia de la India por la vía no violenta; un éxito que a unos ojos "realistas" le hubiera parecido entonces impensable, absolutamente sin esperanza. Igual que a esos mismos ojos, los de la mera "sana razón" que ignora lo que es de un orden distinto al suyo, la íntima convicción de Fujii Guruji sobre ese profundo lazo entre su misión y la de Gandhi y los destinos de la India, sólo les puede parecer como una fantasmagoría al límite de lo absurdo y del ridículo[733].

El primer encuentro entre los dos hombres tuvo lugar el 4 de octubre de 1933. Duró unos veinte minutos – el tiempo asignado había sido de quince. (El tiempo de Gandhi, vista la afluencia de visitantes queriendo hablar con él, sin contar su obligaciones de coordinador de la acción a nivel nacional, estaba estrictamente programado...) Durante los dos meses siguientes, Guruji permaneció cerca de Gandhi en su Ashram de Wardha, lo que dio ocasión a varias entrevistas cortas más (totalizando quizás una hora, contando la primera), más un intercambio de cartas. Nos han quedado las notas de una especie de "diario", llevado por Guruji en esos

N 210 días, que él sabía capitales para su misión. Notas tomadas ◊en vivo, y de inmenso interés, que he leído por primera vez ayer por la mañana[734].

Durante los veinte minutos que duró la primera "entrevista", con la emocionada asistencia de un monje japonés discípulo de Guruji y que hablaba un poco (muy poco...) de inglés, Guruji no abrió la boca para hablar:

[733] Yo mismo no tengo las ideas muy claras sobre esa íntima convicción de Guruji, si no es que no me parece ni absurda ni ridícula. Además me parece que no sólo es digna de respeto y de tomarse en serio, sino natural, y útil y fértil en su propia vida y en la de sus discípulos. Al nivel que se sitúa tal convicción, que no es el de los determinismos psíquicos o sociológicos sino más bien el de la realidad espiritual, me parece que escapa a toda posibilidad de apreciación "objetiva". Véase al respecto la reflexión de las dos notas consecutivas "La Providencia – ¿invención o descubrimiento?" y "Sentido e interpretación" (N^{o}s 30, 31).

[734] Los últimos tres días los he pasado sobre todo leyendo (o releyendo) los dos libros citados de Guruji, "My Non–violence" y "Bouddhisme for World Peace". las notas de Guruji a que me refiero aquí figuran en el segundo de esos libros, páginas 44–77. El pasaje citado más abajo se encuentra en la página 53. Por supuesto, ahí también se encuentra un relato más detallado del encuentro y de las palabras intercambiadas entre Gandhi y el Rev. Okitsu (el monje discípulo de Guruji, que hacía las funciones de intérprete).

"Durante todo ese tiempo, junté mis manos en oración, en gratitud por esa ocasión tan rara y valiosa. Más que esperar sacar alguna cosa de la entrevista, tuve el deseo de captar al mismo Gandhi–ji con ese encuentro. Mi intención no era escuchar opiniones, ni tenía el deseo de hacerle comprender algunas de las mías. Todos los periódicos de la India dedicaron un artículo a ese encuentro, diciendo que "durante ese encuentro de 20 minutos, permaneció recitando *Odaimoku* y rezando". El hecho es que esos veinte minutos pasaron mientras las lágrimas no cesaban de correr por mi cara."

Al leer ese escueto relato, se nota que en esos veinte minutos en que Guruji se limitó a rezar, los tres años cargados de esperanza, de oración, de sufrimiento y de fe que había pasado en ese país sin soñar en ir a importunar al que a sus ojos lo encarnaba totalmente, esos años estaban presentes con todo su peso. Y toda su intensa vida desde los años nimbados de olvido de su infancia, esa vida que se había desposado con una misión que la superaba infinitamente – esa vida estaba ahí toda entera, en esos minutos tan densos y de un sentido tan rico, que sólo la oración del corazón y las lágrimas podían decirlo. Para mí lo más extraordinario, no obstante, es que Gandhi, frente a ese extraño del que no sabía casi nada y al que veía por primera vez, haya sabido sentirlo: que ése que estaba ahí, aparentemente incapaz de articular una sola palabra, en compañía de un "intérprete" ahogado de emoción y más o menos balbuceante, hablando lo mejor que podía en lugar del visitante mudo – que ése no era uno más en esa marea de visitantes, entre los treinta o cincuenta si no eran cien que recibía cada día. Que ese hombre de aspecto humilde no había venido a *pedir* (a pedir quizás, seguramente como tantos otros, la distinción y
N 211 ◊el honor de haber hablado con Gandhi...), sino que había venido a *dar*. Si no obstante recibía, sólo era a través de ese don que hacía de sí mismo sin medida y sin esperar nada a cambio...

Ese extraordinario *don de atención* es el que me impresiona en Gandhi y el que para mí le da su grandeza en esos minutos, igual que se la da a Guruji. Atención que toma rostros tan diferentes en uno y en otro (pues a menudo se tiene la impresión de que Guruji no *ve* a la persona que tiene delante...) que pudiera creerse que es, en estos dos hombres tan diferentes, de esencia muy distinta. (Incluso estar tentado a creerla ausente en Guruji...)

Sin embargo quizás no es así. Al menos en ese breve encuentro (que parecería banal y quizás vagamente cómico sin más a todo observador superficial), en uno y en otro esa atención aparta y supera todo lo que en ese mismo instante es accesorio (mientras que por sí mismo sería de importancia capital para uno u otro). En esos raros momentos en que dos hombres se encuentran más allá de las ideas y las palabras que se pronuncian, en uno y otro vive la *atención a lo esencial*.

(67) El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido

(1–4 de noviembre)[735] Antes del punto de inflexión de Hiroshima, no parece que las guerras entre naciones y el papel que él mismo o sus discípulos tuvieran que jugar en ellas, le hayan planteado a Fujii Guruji el menor problema[736]. Al menos yo no he encontrado traza alguna de una reserva o una reticencia en ese sentido ni en la parte de su biografía que trata de esa época cuando tenía menos de sesenta años, ni en otra parte. Por el contrario, por lo que conozco de los hechos y gestos de Guruji después de 1945, creo poder decir que su oposición a los aparatos militares en tiempo de paz como en tiempo de guerra, igual que su oposición a toda guerra
N 212 aunque parezca justificada según los criterios ◊comúnmente admitidos, ha sido total y sin traza de ambigüedad[737]. Esta actitud de no–violencia resuelta y total frente a la guerra y los aparatos

[735] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61), página N 192.

[736] Véase el principio de la nota "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante" (n^o 71) para precisiones y comentarios al respecto.

[737] Un ejemplo típico al respecto es la actitud de Guruji sobre los incidentes fronterizos sino-indios. Citando la

militares contrasta con la actitud extrañamente ambigua del mismo Gandhi, del que Guruji creía seguir el insuperable ejemplo[738].

Es en la ambigüedad fundamental de Gandhi en su relación con la guerra, con esa purulenta plaga falsamente santificada y convertida en respetable y anodina por una milenaria tradición de barbarie y de hipocresía social, es *ahí* donde veo *la* gran contradicción (entre otras de magnitud menos formidable) en la vida del Mahatma ([68]). Creyó consagrar totalmente esa vida a la búsqueda de la verdad y, como fruto de esa búsqueda, a la práctica de la "ahimsa", de la no–violencia amorosa hacia todos los hombres. En su propio país, un país al que estaba profundamente unido, se declaraba dispuesto a renunciar a la independencia de su pueblo duramente oprimido y humillado bajo el yugo colonial, si para instaurarla había que recurrir a medios violentos. Pero cosa extraña, ese mismo hombre sirvió sucesivamente en tres guerras, debidas a
N 213 causas que le eran totalmente ajenas[739], al servicio de gobiernos ◊de países en los que él mismo era extranjero, y en favor por añadidura de la discriminación y la brutalidad humillante de los amos del país.

Ciertamente, sin que no obstante lo apruebe o quiera seguir su ejemplo, no habría que lanzarle piedras, si se piensa en las inmensas presiones a las que ya tenía que enfrentarse en tiempos de paz en su lucha no–violenta por los derechos y la dignidad de la minoría india en África del Sur – presiones seguramente decuplicadas en estado de excepción. Me puedo imaginar que a sus ojos, rechazar su cooperación con el gobierno negándose a obedecer una orden de mobilización[740], era ante todo aislarse del conjunto del país de acogida, e incluso también del

autoridad del Buda y la de Gandhi, abogó (ciertamente sin éxito) por disuadir a la India de dejarse arrastrar a una guerra, proponiendo participar personalmente, con sus discípulos, en una acción no violenta en la frontera sino–india. Véase, en "Buddhism for World Peace", "The doctrine of the sword", pp. 85–88.

[738] Remito a la nota anterior, "El encuentro – o el don de atención", para la relación entre Gandhi y Fujii Guruji. Ignoro si Gandhi supo, él también, aprender al fin la "lección de la historia" con el viento de la explosión de Hiroshima, durante los dos años que le quedaban de vida antes de su muerte violenta en enero de 1948. Pero no me ha llegado ningún eco en ese sentido.

[739] Se trata de la guerra de los Bóers (1899–1902), de la "revuelta de los Zulús" (1906), y de la primera Guerra Mundial (1914–1918). Las dos primeras veces Gandhi se enroló al servicio del gobierno de África del Sur (gobierno británico, contra los Bóers primero, contra los Zulús declarados "en rebeldía" después), y la tercera vez en las fuerzas armadas británicas mientras estaba en Inglaterra. Nacido en 1869, Gandhi tiene 30 años cuando estalla la guerra de los Bóers, y 49 cuando termina la primera guerra mundial.

Las motivaciones de Gandhi están muy claras y son las mismas en las tres ocasiones: al manifestar su lealtad, arrastrando consigo a numerosos compatriotas, asegurar a los indios (se trate de la minoría india en África del Sur, o los indios de la India bajo tutela británica) la estima y el reconocimiento de los amos blancos, que hasta entonces les trataban con desprecio. (Esa ingenua esperanza fue decepcionada las tres veces). Ahí se transparenta el principio tan familiar en Gandhi de la colaboración con sus adversarios para hacerlos amigos, pero que, en el contexto de la guerra, adquiere tonalidades extrañamente chirriantes y se transforma en una caricatura grimosa de la "ahimsa" tan querida de Gandhi. Es particularmente flagrante en el episodio de la represión de los Zulús, que forman una minoría autóctona de gente de color, oprimidos aún más ferozmente que los indios por los amos blancos del país, a los que Gandhi, a la cabeza de sus compatriotas, presta ayuda con la esperanza de una recompensa (ni prometida, ni dada). El cinismo inconsciente no cede en nada aquí al que impera por todas partes en el mundo de las relaciones internacionales, y que alcanza su paroxismo en el delirio de los tiempos de guerra.

[740] Al escribir estas líneas mi recuerdo algo vago me indujo a error. Hecha la comprobación, en ninguna de las tres ocasiones citadas hubo la menor presión sobre Gandhi ni sobre sus compatriotas, extranjeros en su país de acogida, para obligarles a participar en la guerra. En cada ocasión fue Gandhi el que, arrastrando a numerosos compatriotas que confiaban totalmente en él, "puso celo" en que se aceptasen sus servicios. En las dos ocasiones de África del Sur, tomó la iniciativa de constituir un cuerpo de ambulancias formado por mil cien indios, y en la guerra de los Bóers de 1899 a duras penas obtuvo la autorización de participar, a la cabeza de sus conductores de ambulancias. Aunque la discriminación anti–india no se moviera ni un pelo, Gandhi tuvo cuando menos derecho a una medalla militar, de la que estuvo muy orgulloso durante mucho tiempo.

En los siguientes años, al parecer, se profundizó su visión del mundo bajo la influencia de la Bhagavadgita, de Tolstoi, de Ruskin. Por eso es de mayor peso la sanción moral que sin embargo le dio a la barbarie colonial y racista, con su participación activa en el aplastamiento de la "revuelta" de los Zulús. Mientras que puede pensarse que su alistamiento en 1899 no era más que el efecto de una pura ignorancia, es difícil creer aún lo mismo en 1906. En la vida de Gandhi, quizás sea *ése el* gran acto de infidelidad a su misión; un acto que, a falta de reconocer lo

conjunto de sus compatriotas que residían en él, hasta el punto de acabar con toda esperanza de poder llevar a cabo su misión – ¡"no violenta"! Bajo la presión de circunstancias extremas, se dejó arrastrar a la participación en la barbarie guerrera, con la falaz esperanza de "ganancias" que sirvieran a la gran causa.

N 214 ◊Ahí se reconoce, ¡ay! el engranaje tan familiar de "el fin justifica los medios", engranaje bien engrasado por tantos condicionamientos, y que no es de ayer... El Mahatma puso, como suele decirse, agua (más bien dudosa) en el apreciado vino de la ahimsa, del amor entre los hombres: ¡la guerra al servicio del amor, en suma! Lo menos posible de agua dirán algunos, pues en las tres ocasiones hizo su servicio militar como conductor de ambulancia[741]. Él mismo reconoce que eso no es una diferencia esencial[742]:

> "No se trata de querer justificar mi conducta apelando a los principios de la ahimsa; pues según su escala de valores no hay que hacer diferencia entre el que lleva armas y el que trabaja para la Cruz Roja. Los dos toman parte en la guerra y contribuyen al funcionamiento de su engranaje. Los dos son culpables de un crimen de guerra."

N 215 ◊Al menos algo está claro, ¡por fin! Y si (como parece que reconoce sin reservas) la causa de la ahimsa había recibido un gran golpe en esas tres ocasiones, al menos ha pedido disculpas honorablemente, y la verdad no ha sido maltratada con las racionalizaciones de costumbre, tantas veces servidas y repetidas.

¡*Ay, no*! Pues el Mahatma se apresura a encadenar, con una inversión desconcertante:

> "No obstante, después de reflexionar detenidamente sobre ello, estimo que *dadas las circunstancias* en que me encontraba en la guerra de los Bóers, en la primera Guerra Mundial y en la pretendida revuelta de los Zulús, *debía actuar como lo hice* en cada uno de esos casos." (Soy yo el que subraya.)

Luego siguen más de tres páginas de retorcidas explicaciones que recientemente he releído con atención (y con renovado estupor), y que me parece inútil reproducir aquí. El Mahatma da vueltas y vueltas en todas direcciones, visiblemente muy a disgusto, para "hacer pasar" algo

---

que era, ha pesado sobre su vida y ha minado su autenticidad con una cascada sin fin de otros tropiezos en ese espíritu de verdad que profesaba, engendrándose unos a otros hasta el final de su vida repleta de prestigio y de gloria, a lo largo de los cuatro decenios que le quedaban.

[741] Aparte de sus servicios como conductor de ambulancia y como organizador y comandante (oficial) de un cuerpo de ambulancias indio, Gandhi destacó en la guerra de 1914–18 por su llamamiento a los voluntarios indios en la India, para que se enrolasen en el ejército británico. Era en un momento en que su popularidad en la India comenzaba a ser considerable. Como declara él mismo, sin embargo "ignoraba", y le era indiferente saberlo, si la causa de Inglaterra era "justa" o no. Lo que le determinaba a dar su sanción a la carnicería en que Europa se había metido, era un simple oportunismo político que, por las necesidades de la causa (y siguiendo en eso la costumbre general desde que hay memoria del hombre...), gustaba de bautizar con el perentorio y pomposo nombre de "deber". Véase también la penúltima nota a pie de página sobre ese oportunismo.

[742] Las dos citas siguientes están tomadas de la recopilación de textos de Gandhi "Tous les hommes sont Frères", publicado en traducción francesa en 1969 (Gallimard). Título inglés "All men are brothers", 1958, Unesco. Las explicaciones de Gandhi sobre su actitud frente a la guerra están agrupadas en las páginas 72–78 (edición francesa). Las páginas 72 y 73 consisten en tres cortos extractos de la parte de su autobiografía (páginas 441–451) consagrada a su papel en la guerra de 1914–18, y las cinco páginas siguientes en dos extractos (de las páginas 167–170= del libro "Selections from Gandhi" de Nirmal Kymar Bose (Navijan Publishing House, Ahmedabad, 1948). El texto citado (separado aquí en dos) es el segundo párrafo de la página 75. Así que está tomado del último libro citado, al que no tengo acceso.

En el libro que tengo a la vista, desgraciadamente no está la fecha de los textos citados ni hay indicaciones de su contexto. El estilo enfáticamente moralizador me hace suponer que el texto que cito debe datar de los años treinta o cuarenta, posteriores a su autobiografía. En cuanto a la substancia, por lo que puedo ver, la actitud de Gandhi frente a la guerra no ha cambiado durante su vida – por la razón, sin duda, ¡de no tener que retractarse de errores de la juventud! Así es cómo por la acción de la sempiterna vanidad, contra la que no son inmunes ni los mismos santos (¡si no sería demasiado fácil ser santo!), los errores se perpetúan y se multiplican en una escalada sin fin...

que él mismo, en el fondo, bien sabe que *no es verdad*; que si fuera verdad, su vida y su misión perderían su sentido – el sentido que él mismo ha querido y ha creído darles. En el fondo poco importan los "argumentos" especiosos y los trucos con los que él, ídolo de su pueblo, intenta dar el pego, en vez de reconocer la humilde verdad: "Me dejé arrastrar por la inconsciencia general al participar en una injustificable matanza de seres humanos (convertida en "normal" por una milenaria ceguera a la que yo mismo cedí), mientras declaraba haber dedicado mi vida a instaurar una comprensión amorosa entre los hombres. No supe tener la fe de permanecer fiel a mí mismo y a mi misión. Perdí de vista lo esencial buscando "ventajas" accesorias, sin ver hasta qué punto eran ridículas..."

A falta de un lenguaje simple y verdadero, esos tortuosos argumentos que se sueltan página tras página para convencerse (por enésima vez...) de que "había que hacer" lo que se hizo (y al hacerlo "ser culpable de un crimen de guerra"), son los que tantas veces hemos oído, millones y millones de veces, y seguramente ya desde la noche de los tiempos – son aquellos sobre los que invariablemente nos replegamos cuando la verdad, esa chica tan poco apetitosa, se olvida, y se trata de "*salvar la cara*". Y además, esta vez, una cara de Mahatma ¡se dan cuenta! No es la cara del primero que llega, y bien debe valer la pena que se da Mohandas Karamchand Gandhi
N 216 (en ◊cuatro páginas bien compactas sin contar otras dos anteriores) en preservar a cualquier precio esa cara, e incluso hacerla relucir...

¡Pero también a qué precio! (Es verdad que en esos casos nunca se mira el precio...) Qué confusión se siembra en los espíritus, cuando lo tortuoso es presentado como recto por un hombre que, con razón ¡ay! pasa por ser uno de los más grandes de su tiempo y por eso (otra vez ¡ay!) es mirado como el modelo innegable, como el faro que ilumina el mundo, ¡por cientos de millones de hombres y mujeres de su país, y por millones más a través de todo el mundo! Pues en fin, esos "argumentos" tan de "¡si–pero!" que pone ahí un Mahatma, intentando convencerse a sí mismo (empresa visiblemente sin esperanza) y al mundo (que sólo le pide creer) de que como por azar, en cada uno de esos tres casos en que justo por una vez se planteaba la cuestión, él, Gandhi, "tenía" que actuar exactamente como lo había hecho – esos *mismos* argumentos especiosos se aplican igualmente a cualquier esforzado ciudadano a punto de ser "movilizado" entre un ondear de banderas y al son de las bandas, para las necesidades que ya sabemos. Para éstos pueden tener una apariencia de legitimidad, pero no para un Gandhi que al menos él *sabe* de primera mano (aunque de repente le guste olvidarlo) que existe una realidad espiritual, y que esa realidad se pesa con otras balanzas que las de las coacciones sociales (astutamente bautizadas de "deberes") y los oportunismos de toda clase que éstas sugieren o imponen, incluyendo a los mejores (cuando tienen a bien dejarse engañar o presionar).

En resumen, los bellos discursos del Mahatma se reducen a esto: achaquemos generosamente a esa zorra de la guerra todos los nombres que se merece ("jamás compatible con la ahimsa...", "inmoral...", "crimen culpable..." y paso ya), para distanciarnos noblemente de
N 217 ella[743] – *pero* desde el momento en que ◊la muy guarra está ahí, se vuelve respetable como

[743] Tales calificativos moralizantes hinchados de énfasis "ser culpable de un crimen de guerra..." son aquí simple puja verbal, cuyo primer y principal papel es claramente compensar el malestar que produce el reprimido conocimiento interior de intentar "justificar" lo injustificable. Está muy claro que al pretender distanciarse de lo que a la vez quiere volver aceptable (¡e incluso hacer de ello un "deber" moral!), por nada del mundo el Mahatma se siente "culpable" de un supuesto "crimen", y también sabe pertinentemente que ninguno de sus innumerables y ciegos admiradores lo entenderá así. Bien al contrario, éstos se darán tanta más prisa en tomar tales cláusulas de estilo como una garantía de calidad de la "veracidad" y hasta de la "humildad" del Mahatma, cuanto que están muy contentos de tener de paso la sanción moral para, llegado el momento, no tener que encontrarse solos ante el extravío colectivo de todos, solos ante la inexorable máquina social, ante el repudio de todos los virtuosos y de todos los pusilánimes que dócilmente se doblan.
Pretender que es nuestro "deber" actuar de tal o cual manera, que se acaba de decir que "hace culpable de un crimen", es tomarse a sí mismo y a los demás por idiotas. En esos tortuosos juegos, las palabras han perdido su recto sentido. Dejan de ser instrumentos delicados y fieles para expresar y descubrir la realidad de las cosas verdaderas, para transformarse en un atrapa–bobos para aquellos que no piden otra cosa que dejarse embaucar,

por arte de magia, y de repente nos acordamos de que después de todo nos "aprovechamos a sabiendas" de las ventajas que nos procura un gobierno que etc. etc., y que no es más que justicia y nuestro más estricto "deber" etc. etc. "asistir" a dicho gobierno "en sus problemas" y volar inmediatamente a su rescate (aunque sea para "cascar Zulús" por cuenta de los colonos blancos, cuando dicho hermano Zulú no se deja aplastar lo suficiente...).

Dicho de otro modo: en cuanto *se vuelve serio* – en cuanto nos instan, con toda legalidad, a destriparnos unos a otros a la orden de nuestros respectivos gobiernos, he aquí que los bellos discursos no–violentos, amor "y todo eso", se los lleva el viento: a ambos lados de la fosa común, los concienzudos y valientes soldados (incluidos los indispensables camilleros), y los famosos "no–violentos" igual que los demás mismo uniforme misma música, he aquí que cargan al asalto bayoneta en ristre – y de una carne viva saltan inmundas montañas de tripas sanguinolentas...

He ahí puesto en claro el camino del "deber" que predica el Mahatma–ahimsa, haciéndose de golpe el portavoz dócil y apresurado de todos los generales de todos los conquistadores, y de todos los tiranos pequeños y grandes y todos los reyes y príncipes y jefes de Estado, y de los patéticos violentos reprimidos que buscan falsa "grandeza" y suculentos desahogos, y de todos los papas y todos los santos bien establecidos y todos los Mahatma del mundo desde la noche de los tiempos...

He ahí la verdad. Y las nobles justificaciones de lo injustificable tornan ridícula esa "ahimsa" que el Mahatma profesa. E insultan al mero buen sentido – al suyo como al mío o al de cualquiera que no lo rechace por las necesidades de la causa. Sin contar al buen Dios
N 218 alias "la Verdad", que al Mahatma tanto le gusta ◊invocar, y (es necesario precisarlo) en esas tristes páginas más que nunca. Cuando se violenta la verdad que vive en uno mismo es cuando se siente la necesidad de cumplimentarla con la unción que se merece (y con toda humildad, por supuesto...) para mostrar hasta qué punto le somos devotos y oh cuán noblemente nos sacrificamos por ella.

Ciertamente sé muy bien que Gandhi no es sólo *eso*. Pero a causa de su grandeza, que habla a través de tantas cosas "pequeñas" y grandes de su vida, el alcance de sus actos y de sus actitudes, y su responsabilidad hacia los hombres a los que ante todo debe *la verdad*, tienen una dimensión mayor. Cuando un hombre tal trampea (e incluso llega a degradarse permanentemente de un modo u otro...), muchos quedan confusos (quizás sin siquiera darse cuenta de ello...), empujados por una venerada voz a deslizarse por las pendientes marcadas, atascados quizás mucho tiempo (sin que ninguna voz humana se lo advierta) en su caminar a tientas. Pues son numerosos los que no tienen la inocencia de atreverse a confiar, a pesar de todo y en contra de la admiración ciega y unánime de tal supuesto "gigante", en sus propias facultades y (como el niño que grita en alto: "¡pero si el Emperador va desnudo!") a constatar la humilde evidencia: ese hombre que pasa por ser grande, que tantos actos me muestran como realmente grande – he aquí sin embargo que trampea...

Me viene la idea de que quizás esté en esa ambigüedad, hasta tal punto neurálgica que por momentos roza la mistificación y la estafa espiritual – que esté *ahí la* razón profunda, en el plano espiritual, de que la ahimsa de la que Gandhi quiso ser el apóstol no se haya convertido en la fuerza espiritual que parecía estar llamada a ser en el mundo moderno, después del periodo heroicos de los años veinte y treinta. Como tantas otras ideas generosas, la ahimsa permaneció siendo justamente eso, una gran *idea*, de la que todo el mundo habla con gusto y que nadie vive verdaderamente – y el mismo Gandhi el primero que no la vivía totalmente (y con mucho), en

---

en un medio para poses cuando se trata de escamotear la verdad.

Podría hacer un ajustado "análisis de texto" de esas poco relucientes páginas de Gandhi, que hacen la apología del "deber" de participar en la guerra – en la primera que venga, en toda guerra. Pero se me caen los brazos, de tan indignas que son esas páginas de aquél que fue Gandhi – de cierto Gandhi. Más vale olvidarlas y sacar la lección. Y si hoy soy el único en sacar esa lección, tengo el atrevimiento y la fe de creer que no está lejos el día en que será evidente para todos.

contra de lo que gustaba dar a entender. Percibiendo los aires de epopeya del movimiento de la ahimsa en la India, no podemos dejar de sentir que esa "no violencia" no era, como Gandhi gustaba de repetir, practicada en respuesta a una pura exigencia espiritual independiente de todo programa que él, Gandhi, hubiera propuesto, surgida de una fidelidad a nuestra propia naturaleza profunda, a lo que de mejor hay en nosotros. En realidad era una *estrategia*. Una estrategia genial, sí, a la que hay que aplaudir sin reservas, con alegría. Una estrategia mil
N 219 veces preferible a cualquier otra que ◊hasta el presente se haya inventado y puesto en práctica en el tablero político del mundo. Y Gandhi y sus adeptos la aplicaban con convicción, *mientras* tuvieron la esperanza, o la fe, de que sería "rentable" con resultados bien visibles y tangibles, e incluso ganadora ([69]). Además seguramente sólo con ese espíritu "la ahimsa" sería capaz, al menos en ese momento de la marcha de la historia, de allegar grandes masas de un inmenso país como la India.

Pero si sobrevienen condiciones en que visiblemente esa estrategia ya no "funciona", de golpe se la tira como un lastre molesto, en provecho de los oportunistas de todo tipo, incluso los peores (o "criminales" y "culpables"...) – a la espera de tiempos más propicios en que pueda volver a servir. Esa es la verdad.

Y la guerra es ciertamente, por excelencia, el tiempo en que la no–violencia "táctica", la que saca su motivación (declarada o secreta) de la búsqueda de una *eficacia* en el plano de los efectos visibles a los ojos del mundo, *no funciona*. En esos tiempos el hombre "movilizable", al que un inexorable engranaje sociológico y psíquico se dispone a agarrar y arrastrar en sus sangrientas necesidades, cuando sin embargo algo en él se revuelve contra esa barbarie sin nombre, y si es fiel a ese sobresalto elemental que brota de lo más profundo (y que le dé un bello nombre como "no–violencia", o se abstenga de hacerlo, qué importa...) – *en ese momento* ya no está a la cabeza o en medio de la confortable masa de un noble movimiento de "no violencia" o de esto o aquello. Entonces está *solo*. Solo, reprobado por todos, entre los cuatro muros de una celda desnuda, cuando no yace ya en la fosa común de los fusilados ([70]).

Los hay que encuentran en ellos el humilde coraje de esa fidelidad. Los que se abstienen de "cumplir su deber". Hombres solos, rechazados por todos. Nadie les hará cumplidos por ese coraje. Y su total soledad moral les preserva de hacerse cumplidos a sí mismos. Hasta el presente, la "Historia" se ha guardado mucho de conservar el nombre de ninguno de ellos. Esa grandeza se le escapa. Una grandeza desnuda, sin tambores ni penachos. Es raro que se piense en ellos, y más raro aún que se les rinda homenaje. Un homenaje, por una vez, al "*no–soldado desconocido*". ¡No sería serio!

Un Mahatma en la cumbre de su gloria, a la vuelta de su vida, ha perdido la ocasión de constatar fallo tan crucial, y al hacerlo, de rendir homenaje a los que fueron fieles allí donde
N 220 él mismo, siguiendo los pasos de la ◊mayoría, maniobró y tergiversó. Homenaje a esos oscuros combatientes de una causa sin banderas, sin estrategias ni estados mayores, sin reclutas, sin historiografías, sin reporteros ni admiración de masas emocionadas. Pero bien sabe Dios que ese acto de verdad que le incumbía, que le estuvo esperando medio siglo, hubiera sido determinante en la vida de Gandhi, más profundo y verdadero, y seguramente más auténticamente "eficaz", que muchos de los espectaculares actos que desde hace tiempo causan la admiración de todos sin inquietar a nadie. Va a hacer otro medio siglo de su muerte violenta, que selló para siempre jamás su omisión de un acto que ningún otro puede cumplir en su lugar.

Y sin embargo yo, que no tengo que salvar la cara, estoy contento de que esta omisión de otro sea una nueva ocasión para, esta vez yo, rendir públicamente homenaje a unos hombres sin voz y sin nombre que el mundo entero rechaza. (Como si, con ese rechazo, los virtuosos y los justos quisieran blanquear una secreta falta, aplastar una insidiosa duda bajo el peso de una unanimidad tan impecable...) Y estoy tanto más motivado a hacerlo cuanto que, al rendir ese homenaje, seguramente tengo muy poca compañía. No habrá más que algunos anarcos poco

recomendables, gentes como Bakunin, Kropotkin, Elysée Reclus, Louise Michel y un puñado de otros "asociales" que tal vez lo hayan hecho, Dios sabe cuando y en qué ocasión.

A decir verdad, su compañía no me disgusta. Y aunque sea el primero en rendir tal homenaje público a nuestros hermanos tantas veces rechazados, a esos "no–soldados" desconocidos y vilipendiados, precursores solitarios de un mañana imposible (si un mañana puede aún surgir, más allá de las fosas comunes y los holocaustos que los virtuosos y los justos vuelven respetables...) – ¡que así sea! Más vale tarde que nunca.

(68) Las dos grandezas – o la epopeya y la verdad

(4 y 7 de noviembre)[744] Mis fuentes sobre la vida de Gandhi son, ante todo, dos hermosos libros que se complementan admirablemente: la autobiografía de Gandhi[745], o "Historia de mis
N 221 experiencias con la Verdad", y la ◊biografía de Gandhi por el autor (¿israelita?) Shalom Ash. Leí esos dos libros en mi juventud, y acabo de conseguir una traducción francesa del primero. Pero en las librerías no he podido encontrar el libro de Ash, aparentemente poco conocido y agotado desde hace mucho.

En tiempos me impresionó la simplicidad, el espíritu de verdad, la penetración del relato de la vida de Gandhi por él mismo. Más de cuarenta años después de esa lectura juvenil, al recorrer de nuevo el libro en estos últimos días, he vuelto a tener esa misma impresión. Ese testimonio me parece uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Frente a esa fuerte impresión, el malestar que me causaban las pocas páginas del libro en que Gandhi explica su relación con la guerra decididamente pasaba a un segundo plano. Mal que bien debí intentar olvidar esa inquietante contradicción. Ahora que me enfrento a ella por primera vez, esa contradicción sigue siendo para mí igual de desconcertante. Por el momento sólo puedo constatarla, ponerla en relación con otras contradicciones que se me habían escapado en mi juventud, sin que por eso tenga la impresión de comprender verdaderamente. A decir verdad, ante tales cosas, siempre quedo igualmente desconcertado o maravillado (según las disposiciones del momento...), tanto si son de mi propia cosecha o de la de otro...

Igual que la biografía de Gandhi por él mismo me encantaba, la de S. Ash tendía a molestarme. Con una rara penetración, ese biógrafo distinto de los demás sentía fuertemente, en la persona del "héroe" de su libro, muchas otras ambigüedades y contradicciones[746] que entonces yo no estaba dispuesto en modo alguno a querer admitir, y que atribuía a una lamentable "incomprensión" del biógrafo, que decididamente no estaba a la altura del gran hombre que comentaba. Inclinado más bien a la mirada crítica sobre los demás, si entonces me indisponía la mirada sin complacencias de Ash, seguramente no era sólo porque Gandhi era sin duda el hombre
N 222 que entonces ◊encarnaba perfectamente mi ideal humano (dejando aparte el borrón "guerra", mal que bien olvidado...); sino sobre todo (creo) porque el género de ambigüedades que percibía Ash era justamente el que se encontraba igualmente en mi persona, y que entonces yo era incapaz de reconocer como tales. Se trataba, entre otras, de un cierto "dirigismo moral" que oculta su nombre[747], llegando a veces a ejercer una presión psíquica extrema, incluso violenta

[744] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido", página N 212.

[745] Autobiografía escrita entre 1922 y 1925 (en parte mientras estaba en prisión), en legua gujarati. Una traducción inglesa, de título "An autobiography – or the story of my experiments with truth" fue publicada entre 1927 y 1929. La traducción francesa que tengo entre las manos es de 1950 (PUF).

[746] Creo recordar que Ash no señalaba nada de particular en la actitud de Gandhi sobre la guerra, de tan común que es, probablemente compartida también por el mismo Ash. Por el contrario, las cosas que le chirriaban, o que al menos presentaba bajo una luz dudosa o crítica, se referían sobre todo a los hechos y gestos menudos de la vida cotidiana.

[747] Por supuesto ese dirigismo no dejaba de estar acompañado por afirmaciones verbales, visiblemente sinceras, como que su deseo más querido es que cada uno actúe estrictamente de acuerdo con lo que le dicte *su propia* conciencia, etc etc.

en sus efectos si no en sus intenciones[748], en nombre de nobles principios morales, y hacerlo convencido de respetar totalmente la personalidad y la libertad de los demás. Esas disposiciones se llevan bien con una tendencia a considerarse la medida de todas las cosas. Ésta acecha más a los que están dotados de una fuerte personalidad, si no está suficientemente temperada por la prudencia que acompaña a una práctica vigilante del conocimiento de sí mismo. De ahí a la complacencia moralizante y satisfecha de sí misma[749], no hay más que un paso fácilmente franqueado – ¡y mi propia vida me lo enseña con más elocuencia que la de cualquier otro! Pero raros son los que tienen la mirada tan recta y penetrante como para reconocer cuándo se ha franqueado ese paso, y ciertamente el interesado menos que nadie.

Tengo la impresión de que ese paso realmente fue franqueado, y no poco, en los dos últimos decenios de la vida de Gandhi, los años treinta y cuarenta. Ese periodo incluye por tanto los "años heroicos" de la no–violencia y los actos más espectaculares de la vida de Gandhi, los que más atraen la imaginación amante de las grandes gestas épicas. ¡Extraña paradoja de un extraño y paradójico destino! Ilustra este hecho (que aquí se me revela a la vuelta del camino): que la grandeza que percibimos, y que tanto nos atrae, en la dimensión épica e histórica de un
N 223 gran destino o de un acto llamativo, ◊es de esencia muy diferente a la que radica en la humilde cualidad de la verdad. La confusión entre ambas se vuelve más insidiosa y casi irresistible, cuando la gesta épica se coloca bajo la bandera de "la Verdad" desplegada con orgullo, como fue el caso de aquella que Gandhi fue el deslumbrante héroe. Sin embargo me parece que Ash supo sentir la diferencia, y captar la persona de Gandhi en su viva complejidad, tejida de verdadera grandeza y de contradicciones flagrantes, de cohesión y de fisuras – sin que el biógrafo caiga en el cliché empalagoso, ni tampoco en el rechazo sistemático.

Al constatar un insidioso deslizamiento en la vida espiritual de Gandhi, hacia el discurso moralizante y la autocomplacencia que le es inseparable[750], podemos pensar en la "explicación" más a mano, en el culto (en modo alguno buscado por él, estoy convencido) del que era objeto por parte de todo un pueblo, y también de millones de otros hombres por todo el mundo. Sin embargo creo que la razón profunda está en otra parte. La veo en la ambigüedad fundamental de Gandhi frente a la cuestión, neurálgica entre todas, de la guerra; con más precisión y de manera más decisiva, en si falta de honestidad frente a sí mismo, con los razonamientos con los que ha justificado actitudes y gestos puramente oportunistas, al límite del cinismo, fingiendo con ello erigirlos en comportamientos ejemplares. Mientras que un descalabro de la verdad de tal magnitud no se reconozca como tal por el interesado, mientras éste se aferre y se instale para "vivir con" y haga de la indigencia virtud, tiende a actuar a nivel espiritual como un tumor que se propaga. Habiendo recurrido una vez al cliché fácil y cómodo, dando de lado a la preocupación por aprehender y expresar la verdad desnuda, se abre la vía a un camino en ese sentido: la vía de la facilidad en nuestra relación con la verdad, que (al contrario que la sociedad, que ruidosamente nos anima en todos nuestros conformismos...) siempre se calla.

O al menos, cuando habla, la pobre, siempre es en voz tan baja que hay que tener un oído muy fino y la atención en guardia, para oírla y escucharla. Son cosas de extremada delicadeza.

[748] Por lo que sé de la vida de Gandhi, me parece que era ajeno a todo sentimiento violento, a todo sentimiento de rencor o de maldad frente a nadie, incluyendo los peores canallas o los que se comportaban con él o con otros del modo más repulsivo. En eso no había ninguna pose, sino que surgía espontáneamente y sin esfuerzo interior de su misma naturaleza. A ese nivel de la bondad amorosa frente a todo ser humano es donde creo ver su verdadera grandeza, al saber mostrar con el ejemplo (que desgraciadamente no ha sido seguido) que tales disposiciones no son incompatibles con una actividad política ni con las responsabilidades de un Jefe de Estado.

[749] Con estas palabras intento transcribir la expresión alemana "Selbstgerechtigkeit" ("self–righteousness" en inglés), de la que no conozco equivalente en francés.

[750] Tal autocomplacencia suele ir acompañada de un discurso "de humildad", insistiendo en términos vagos y generales hasta qué punto se tiene conciencia de los propios límites, que ciertamente se es falible como cualquier otro, que además es por tal actitud de humildad por lo que el hombre dedicado a la verdad etc etc. Es el tipo de discurso gratuito que Gandhi terminó por usar y abusar, y que parece haber borrado el examen de sí mismo sin dejar traza.

Se estropean, y por fuerza se degradan sin remedio, cuando se las maltrata...

N 224 ◊(69) De las armas y del silencio – o la caída del telón

(5 y 7 de noviembre)[751] El arma por excelencia de Gandhi, probada primero con frente a sus amigos y parientes, luego frente a sus adversarios políticos (una vez que había adquirido el temible "volante" de un ascendiente sin precedentes sobre masas inmensas), era el ayuno. Por lo que sé, Gandhi jamás tuvo la simplicidad de reconocer hasta qué punto era realmente un *arma*, el instrumento de una *coacción*, que a menudo no era menos violenta por permanecer a nivel psíquico que la violencia física que tan firmemente reprobaba. (Salvo en tiempos de guerra, en que de repente todos los golpes están permitidos...) Pienso sobre todo en los casos en que su ayuno se dirigía especialmente a tal o cual de sus amigos o parientes, o cierta fracción indisciplinada de sus celosos adeptos, en los que era un medio de presión de un peso aplastante para imponer a otros sentimientos (de remordimiento especialmente), o comportamientos que él, Gandhi, juzgaba adecuados. Frente a la administración británica, el ayuno era un medio de chantaje de una potencia prodigiosa, visto que todo el mundo (comenzando por los responsables británicos) se daba bien cuenta de que si le ocurría alguna desgracia al "faquir medio desnudo" (como le llamaba Churchill), eso supondría una carnicería por todo el país.

En modo alguno pretendo decir que en el contexto en que se encontraba, Gandhi se equivocó en usar sin contemplaciones ese medio de presión del que disponía, preferible con mucho a los baños de sangre, eso es seguro. Pero había una falta de honestidad[752] al tapar la verdadera naturaleza de ese medio con la evocación de los grandes principios de la no–violencia amorosa y todo eso. De golpe, la idea misma de la no–violencia se encontraba relegada al papel de una pose ventajosa, ella misma medio (difícil de evitar, ciertamente) de una especie de chantaje moral que ayudaba al otro chantaje, bajo la mirada de periodistas llegados del mundo entero y la de sus cámaras. Tengo la impresión de que en los treinta últimos años de su vida,
N 225 toda la actividad pública de Gandhi en India estuvo viciada ◊por esa ambigüedad, por esa falta de verdad en suma, detrás de las impresionantes banderas "Amor" y "Verdad" enarboladas por él. Eran creíbles, ciertamente, por su excepcional personalidad – y más que nada, por su calurosa benevolencia hacia todos, que era bien real y no una pose. *Ahí* estaba, y no en otra parte, su verdadera fuerza y su grandeza.

Pero estoy convencido de que incluso desde el limitado punto de vista de la mera eficacia, ningún servicio le hizo a la misión de Gandhi esa especie de doble juego que hacía sin cesar, esa cuerda floja en que continuamente se mantenía en su relación con la humilde verdad (cuando la verdad se comprende a un nivel menos grosero que el de la mera realidad material), a la vez que con trompetas y gritos se decía de la "Verdad". Quizás incluso el desastroso fracaso de la no–violencia en India, llegando el final de su vida en medio de masacres entre hindúes y musulmanes, no deje de tener un lazo profundo con esa insidiosa duplicidad en la que constantemente se mantuvo, con su manera misma de ser el apóstol de la no–violencia.

Esa repentina explosión de odio y violencia, en la que el peso de su persona y de su palabra fue barrido como fuego de paja, tenía una dura lección que enseñarle sobre sí mismo, y una lección crucial. Entre muchas otras cosas, seguramente ésta: que la benevolencia amorosa hacia todos los hombres, incluyendo a nuestros opresores, no es algo que una persona, incluso la mejor dispuesta, pueda aprender en unos pocos meses o años, como parte de un *programa* de espiritualidad activa bautizado Satyagraha o Ahimsa; y aún menos podría *imponerse* a los que

[751] Véase el reenvío a la presente nota en la penúltima nota, "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67), página 229.

[752] Por supuesto, se trata en primer lugar de una falta de honestidad hacia él mismo, al cerrar los ojos frente a lo que pasa en él mismo, sustituyendo una realidad que se prefiere ignorar por una imagen sentida como ventajosa. Lo que está en el corazón de una verdadera honestidad espiritual es una práctica rigurosa del conocimiento de sí mismo.

desfallecen con ayunos espectaculares de un venerado Mahatma, cuya vida y muerte estarían desde entonces suspendidas, como una espada amenazante, sobre los culpables. Que una cualidad tan rara del alma no puede ser el resultado de una euforia colectiva, ni de un generoso impulso de buena voluntad individual, ni de ninguna presión exterior física o psíquica, aunque provenga del más santo y venerado de los Mahatmas. Que por el contrario es un fruto madurado en muchas existencias, a través de siglos y milenios, todo a lo largo de un largo ciclo de nacimientos, y que no está en la mano de ningún hombre, ni quizás en la de Dios (¡y con seguridad no en Sus hábitos ni en Sus intenciones!) acelerar y forzar esa maduración esencial para acompasarla a las necesidades e imperativos de un programa político o de otro tipo – por noble y convincente, por generoso, por necesario que sea. Y que es engañarse a sí mismo exigir a otro una madurez espiritual que no

N 226

tiene y que no está en su mano ◊improvisar; o pretender que la han alcanzado masas anónimas de seres fascinados y subyugados por el poderoso carisma de un Mahatma venerado y por las esperanzas que encarna, a la vez que sabe que esos mismos seres desencadenarán una violencia ciega y mortífera en cuanto su ídolo llegue por desgracia a perder la vida a manos del opresor...

Raro es que se entienda una lección, y aún más raro cuando es una lección tan desgarradora que, al atardecer de una larga vida y antes de que caiga el telón, altera en su trasfondo el sentido que se ha creído dar a la vida y la imagen que se tiene de uno mismo. Entenderla es bajar los brazos y permanecer en silencio. Es escucharla, y acoger el paciente mensaje que nos trae la limpia voz de las cosas – aunque sea en las llamaradas del Incendio que se ha desencadenado (y que no se ha querido ver incubar...).

Hay momentos en que el coraje supremo es saber dejar consumir en las llamas, con las manos juntas y en silencio, la mansión familiar, la vieja mansión que nos acogió durante toda la vida. Cuando la viga maestra arde ya y los viejos muros tiemblan, luchar es una distracción, una loca huída hacia delante. La gran Parca con su guadaña de fuego pronto habrá hecho tabla rasa de las vigas y de los muros, y del patético viejo que se agita sobre un estrado en llamas.

Cuando todo se ha consumido, al fin se extiende el silencio. De nuevo llega el tiempo de nacer – de oír, de conocer, de escuchar y de aprender...

(70) La ejecución del soldado Solvic[753] – o el crimen de los justos

(5 y 8 de noviembre)[754] Al evocar la "fosa común de los fusilados", he pensado en el único caso que conozco de un hombre fusilado por negarse a participar en enfrentamientos militares. Se trata de un joven soldado americano, *Solvic* (he olvidado su nombre[755]). Tuvo la distinción y el extraño destino de ser el único soldado, en la historia del ejército americano, en haber sido fusilado por los suyos (por "deserción frente al enemigo").

N 227

◊En su juventud había sido, como suele decirse, un "caso social". Había estado en el talego (si bien recuerdo) por no se qué tontadas, o quizás había sido condenado a la condicional – tenía en cualquier caso unos "antecedentes penales" (que iban a costarle la vida...). Lo cierto es que terminó por estabilizarse, con un trabajo regular e incluso se casó y vivía con su mujercita, feliz al fin. Todo parecía arreglarse del mejor modo en suma, después de un comienzo desgraciado. Y he aquí que poco antes del final de la guerra (por ahora la última de las "guerras mundiales"), fue movilizado (¡el último honor que él habría esperado!), y estuvo en los combates de los Vosgos, donde zumbaban duro en esos momentos. Rápidamente se dio cuenta de que no estaba hecho para esa clase de aventuras. Eran cosas más allá de lo que se sentía capaz de hacer. Los "nervios" o o que Vd. quiera, pero no podía, e incluso (¿quién podría ver la diferencia?) si llegara el caso,

[753](N. del T.) Como ya se ha dicho en una nota del traductor al pie de la p. **??**, se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik.

[754]Véase el reenvío a la presente nota en la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67), página N 219.

[755](N. del T.) Se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik, fusilado en Francia el 31 de enero de 1945 por el crimen de deserción frente al enemigo. Grothendieck se refiere siempre a él, por un fallo de memoria, como Solvic.

no *querría*. Lo hizo saber por escrito a sus superiores, con toda humildad pero a la vez en términos de una firmeza sorprendente en ese ser más bien dócil, tímido, de humilde extracción, acostumbrado toda su vida a hacer lo que se le decía. Sus "antecedentes" jugaron contra él: sus superiores dieron por bueno fusilarlo como ejemplo – si persistía. Persistió. Lo fusilaron.

Esa es la historia. Es evidente que ese novato, perdido en una guerra en que no tenía qué hacer, no constituía una amenaza para la famosa "moral del ejército". Sin contar con que una ejecución capital era algo tan inaudito en la tradición del ejército americano ¡que no estaba previsto en las leyes ni en los reglamentos[756]! La cosa tuvo que llegar hasta el generalísimo en persona, el general (todavía no presidente) Eisenhower. Seguramente tenía otras cosas que hacer y siguió el consejo de los oficiales "competentes" que habían instruido el sumario, seguramente dos palabras apresuradas sobre el poco recomendable personaje, y caso juzgado: firma la orden de ejecución.

¿Dónde estaba pues la "razón de estado" para llegar a ese extremo, para forzar leyes y tradición y poner en danza todo un pequeño estado mayor de oficiales–justicieros y llegar hasta molestar al mismo patrón–jefe? No hay que buscar muy lejos: el placer de los "justos" de ejercer
N 228 ◊un poder de vida y muerte sobre "el chaval" de dudoso pasado. Para algo sirve la guerra...

También era el tipo de caso que un Gandhi, desde lo alto de su grandeza de Justo (y "enrojeciendo de vergüenza" por el interesado[757]...), hubiera clasificado como el de un "cobarde", uno que elude su "deber". Pero yo no tengo ninguna duda de que a ese hombre sin pretensión le habrá sido perdonado mucho, a causa de su humilde y rara fidelidad. Una fidelidad hasta en la muerte y sobre todo: solo y desnudo frente a una máquina aplastante, inmensa. Sólo frente a la desdeñosa y despiadada condescendencia de todos – de todos esos "justos" impecables, que fríamente y conscientemente, iban a ajustarle las cuentas como se merecía...

Ese hombre creció en esas semanas de espera. Creció incluso en su muerte, seguramente temida y sin embargo humildemente aceptada. De una manera quizás más esencial y más profunda que el gran Mahatma, él es a mis ojos uno de los precursores esporádicos y solitarios del "hombre del mañana" – de aquél que laboriosamente, oscuramente se gesta, y que todos alrededor desprecian y reniegan.

Después de la guerra, un periodista americano, intrigado por el carácter excepcional de ese "hecho extraño", se empeñó en hacer una indagación detallada de la vida de Solvic. Husmeó sobre todo, tanto como pudo, en las circunstancias que rodearon de cerca o de lejos la ejecución. Movido por no se qué inspiración, buscó con paciencia y tenacidad las trazas de testigos, de todos los que poco a poco tuvo conocimiento. Fue a interrogarlos uno a uno, los que pudo encontrar, y grabó sus testimonios, tal y como surgieron, en caliente. La mujer del fusilado (muy avergonzada del honor tan poco lucido que le tocaba), su madre si recuerdo bien u otros parientes cercanos (si los tenía), o al menos compañeros que lo habían conocido bien; tal tirador de élite que formaba parte del pelotón de ejecución; tal oficial que participó en el consejo de guerra y en la sentencia unánime "fusilarlo..."; y hasta el capellán militar[758], que tuvo buen cuidado de asegurar a los tiradores (seleccionados sin embargo para esta necesidad tan poco
N 229 usual...) que ◊el buen Dios era formal, ni hablar de historias muchachos, se trata de que hagan su deber y sobre todo que no fallen el blanco (a veces fallan todos – nunca se sabe...). Además

[756] Según lo que asegura el biógrafo póstumo de Solvic, que parece bien informado, la ejecución de Solvic era totalmente ilegal. Pero en tiempos de guerra eso es un pequeño detalle que no se tiene en cuenta. Eso no impide que una vez que todo "volvió al orden", la viuda pudo solicitar (¡no se había enterado de nada por supuesto!) una pensión de viuda de guerra, y substanciales indemnizaciones. En cuanto a los responsables de la ejecución ilegal, seguramente tuvieron su bien merecida medalla.

[757] Retomando una de las expresiones de Gandhi, que gustaba mencionar en sus discursos moralizantes en beneficio de la humanidad.

[758] Después de la guerra, este mismo celoso religioso fue nombrado capellán titular de la Casa Blanca – ¡bien se lo merecía! Tales eran aún sus distinguidas funciones cuando el indiscreto periodista lo entrevistó. Como que el presidente Eisenhower sabe distinguir y apreciar a los hombres con sentido del deber...

los nervios de los militares no aparecieron: ni una sola de las doce balas se desvió. Da fe el capellán que, cumplida su obligación, tuvo buen cuidado de asegurarse que esos feligreses habían hecho bien su trabajo.

En cuanto al soldado de segunda clase Solvic, nunca pudo soñar que un día habría tanto alboroto y tantos señores distinguidos ((¡y entre ellos el futuro presidente!), que iban a molestarse así por su humilde y (a sus propios ojos al menos) insignificante persona...

Con todo eso, dicho periodista (no he encontrado su nombre, lo siento) hizo un libro–reportaje, libro–testimonio, sobre la vida de Solvic y sobre su ejecución. ¡Como si estuviéramos allí! A parte de algunas breves indicaciones sobre sus indagaciones y sobre sus encuentros con los testigos, nada más que la reproducción textual de esos testimonios en bruto, sobre una vida cortada en flor. Sin comentarios – no son necesarios. Alucinante. Uno de los grandes libros de nuestro tiempo (sin pretenderlo y sin saberlo seguramente). Un gran libro sobre la ciega y mediocre locura de los hombres de *antes* de que llegásemos a ser hombres, y sobre la grandeza desconocida de un hombre solo, frente a *eso*.

Ese libro tuvo su momento de éxito, la prueba es que lo compré en libro de bolsillo cuando estuve en Kansas en 1955, por la módica suma de 26 céntimos[759]. Ahora debe de estar más o menos olvidado. Pero creo que vendrá la hora en que será recordado. Y quizás aún se lea dentro de mil años, y cueste creerlo.

N 230

◊(71) El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante

(27 de septiembre y 9 de noviembre)[760] Parece que el rechazo consecuente y total de los aparatos militares no apareció en la vida de Guruji hasta la explosión atómica de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945[761]. Al leer su autobiografía "My Non–violence"[762], no he encontrado traza de tal actitud antes de ese momento. En 1909, a la edad de 24 años y cuando había sido ordenado monje cinco años antes, interrumpió sus estudios religiosos para hacer un servicio militar voluntario de un año – ignoro totalmente por qué motivo. En 1938 y en los siguientes años, durante la guerra sino–japonesa (guerra típica de expansión imperialista llevada a cabo por el Japón), seguida en 1941 con la entrada del Japón en la Guerra Mundial, Fujii Guruji no dudó en contactar con los principales jefes del ejército invasor en Asia para presentarles reliquias del Buda[763], exhortándoles a acompañar la conquista militar con una implantación del budismo (el de Nichiren, ¡conforme a la predicción del profeta!) en los países conquistados. Junto a sus peregrinaciones, el establecimiento de templos de Nihonzan Myohoji, y la omnipresente Oración, se consagra sobre todo a los contactos con autoridades militares ("My non–violence", p. 86–88). Por lapidario que sea generalmente su relato de sus hechos y gestos, nos da sin embargo una

[759] Era mi primera estancia en los Estados Unidos, como profesor asociado en la Universidad de Kansas (Lawrence), durante nueve meses en 1955. Rebuscando hace poco en mis cartas a mi madre en ese periodo, he encontrado una en que le comento impresiones de lecturas recientes (carta del 26.4.1955). ¡Si no, no me habría acordado de los 26 céntimos! Pero lo que más buscaba, el nombre del biógrafo–periodista digno de pasar a la posteridad, no está ahí. Ni el nombre de pila de Solvic.

[760] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), página N 184.

Los comentarios en el primer párrafo que sigue retoman y precisan los del primer párrafo de la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido" (n^o 67).

[761] Por una extraña coincidencia, ese día también es el sesenta aniversario de Guruji, y el cincuenta y cinco aniversario de mi padre (que había muerto en Auschwitz tres años antes.

[762] Sobre esta autobiografía, véase una nota al pie de la página N 191 en la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61).

[763] Fujii Guruji había recibido esas reliquias en Ceilán (Sri Lanka) en 1933, de manos de un viejo monje, en circunstancias que narra (siempre escuetamente) en su autobiografía, y que (sin duda por su carácter aparentemente fortuito – ¡tan simple e imprevisible como en un cuento de hadas!) percibió como "milagrosas". Creo que cualquier otro en su lugar, que no fuera totalmente impermeable al *sentido* de lo que le sucedía, no habría podido dejar de sentir el suceso más o menos de esa manera. (Aunque sin que el buen Dios, para manifestar Su intervención, tuviera que violar alguna de las leyes naturales que Él ha instaurado...

lista completa de los altos responsables militares a los que envió las preciadas reliquias[764], que
N 231 inicialmente había ◊destinado a las "shantis stupas" o "pagodas de paz" – ¡lugares de meditación por la paz! Por el contrario, en esa misma biografía no he encontrado la menor alusión que pueda sugerir que con el tiempo y la ayuda de Hiroshima, Fujii Guruji haya terminado por juzgar que quizás ésa no fuera la mejor manera de usar la reliquias del Buda, ni de hacer avanzar la religión y la causa de la paz (como visiblemente había pensado ingenuamente).

No obstante, después de 1945 la actitud de Fujii Guruji frente a los aparatos militares y la guerra en general me parece que está desprovista de toda ambigüedad y de toda casuística: era un rechazo total e incondicional (^{72}). Si había una ambigüedad, me parece que estaba en esa incapacidad radical de hacer una *mirada crítica* sobre su propio pasado y de constatar: en tal o cual ocasión cometí un grave error. Quizás esté *ahí* la principal limitación que veo en ese hombre de estatura excepcional, limitación que por otra parte comparte con la casi totalidad de sus semejantes. Sin embargo soy consciente de que en él la causa *no* es, como en tantos otros, un orgullo que rechaza reconocer el error[765]. Más bien creo que es en cierta manera un "contragolpe" de su fortísima personalidad (que no se apoyaba en más autoridad que la de Buda, de Nichiren y de lo que le enseñaban sus propias luces...), y de la manera tan particular en que ésta condicionó su vida. Parece que al menos desde 1914 (cuando tenía 29 años) y sin duda desde antes, siempre tuvo discípulos, atraídos sin duda por la autoridad poco común que emanaba de él – discípulos devotos en cuerpo y alma y para los que representaba la autoridad espiritual suprema. Según todo lo que sé de Guruji, creo poder decir sin ninguna reserva que jamás conoció la tentación del poder – que eso era algo totalmente ajeno a su naturaleza. Cierto
N 232 poder emanaba de él, eso es seguro, ◊percibido por todos, pero era un poder que no era buscado y en el que no se complacía en modo alguno, no más que un árbol poderoso se complace en la fuerza que hay en él y que irradia a todo su alrededor.

No obstante la veneración que sus discípulos le tenían y el papel de "verdad encarnada" que por lo mismo le asignaban (como suele ocurrir en tales casos) no dejaron de influir en él, cierto que involuntariamente, como un condicionamiento tan poderoso como el que representaba para sus discípulos ese poder que emanaba de él, y les mantenía en su órbita. Toda su vida, creo, estuvo prisionero de esa peligrosa y falsa concepción de que en lo tocante a la religión y la vida espiritual, y especialmente al "bien" y al "mal", lo "fundado" o "infundado" de una acción (y sobre todo, ciertamente, de *sus propias* acciones) *era infalible*. Ciertamente sabía que lo que hacía, lo hacía involucrándose por completo y con un corazón libre de todo motivo egoísta, por oculto que fuera. (No tengo ninguna duda al respecto.) Seguro de ese íntimo conocimiento, le era imposible concebir que incluso con tales disposiciones, se pueda cometer un grave error, ser el instrumento de tenaces ideas falsas y el juguete de las ilusiones que mantienen. Ya es raro, ciertamente, que bajo el choque de Hiroshima, la actitud del Maestro frente a la guerra y el ejército haya cambiado tan radicalmente, de la noche a la mañana según parece[766]. Pero ver que nada hay en común entre la actitud del que se esfuerza en implantar una pretendida religión "de

[764] Por el contrario, no sabremos cómo fueron recibidas por esos grandes personajes esas peticiones de un oscuro monje misionero de la secta nichirenita, del que sin duda nunca habían oído el nombre. Presumo que tenían otras cosas que hacer, y Dios sabe a qué dossiers o a qué cantinas militares han ido a parar las santas reliquias, donde quizás duerman aún hoy en día.

[765] Quizás los intentos de explicación que siguen no parezcan convincentes a algunos, ¡que supondrán simplemente que no he querido llamar al pan pan y al vino vino! No excluyo que su sospecha pueda estar fundada. Después de todo, si (como insisto tan a menudo) todo el mundo es falible, ¡ciertamente no soy la excepción! Además en modo alguno pretendo que Fujii Guruji haya estado siempre desprovisto de todo movimiento de la vanidad. Pero tengo la íntima convicción de que ésta permaneció accidental, que está ausente de las grandes opciones y las grandes tareas de su vida, y que no contribuye a la nota de fondo de sus relaciones con los demás, ni de su relación consigo mismo.

[766] Por supuesto, en la biografía de Guruji no se encuentra ningún detalle sobre la manera en que se dio ese cambio draconiano, ¡del que aparentemente no se dio cuenta! Sólo entrelazando detalles se llega a situarlo en la explosión de Hiroshima.

paz" en la estela de los tanques y los raids aéreos, y la del que predica la renuncia incondicional a toda guerra e insiste en el valor absoluto del precepto del Buda: "¡no matarás!"[767] – eso, no lo verá (por lo que sé) en los cuarenta años que aún le quedaban de vida después de Hiroshima.

N 233 ◊La misma ambigüedad se encuentra en sus ataques, por sí mismos muy bien fundados ciertamente, contra el imperialismo americano, que es el principal punto de mira de su crítica tan penetrante de un mundo delirante. Para él como para tantos otros, Hiroshima quizás sea el símbolo más atroz de ese delirio. Pero esas justificadas diatribas contra el imperialismo americano ganarían peso y profundidad si les añadiera la conciencia de que en esa locura suicida que culmina (provisionalmente) en Hiroshima, la misma víctima, el Japón, no es nada inocente. Sí, que él mismo, Guruji, el apóstol infatigable de la "religión de paz" del Buda, tampoco ha sido totalmente ajeno; que tiene una parte de responsabilidad personal, tanto más considerable cuanto su estatura espiritual es grande y su ascendiente considerable. Pues no habría ocurrido Hiroshima sin la locura imperialista *japonesa*. A esa locura, el mismo Guruji le había dado su asentimiento tácito hasta la edad de sus sesenta años, e incluso (hacia el final de éstos) una caución total, poniendo entre las manos de los principales responsables militares esas preciadas reliquias donde las haya, milagrosamente confiadas a sus manos.

Y no puedo dejar de sentir una relación directa, irrecusable, entre esa ceguera frente a su parte personal, y a la de su país hasta hoy mismo en la locura y la devastación que asolan

N 234 el ◊mundo, y ese mal que por otra parte tan a menudo he sentido roer al grupo misionero del que era el alma y que estaba en sus manos. Sin cesar he visto convivir en ellos lo sórdido con lo sublime, la fabulación y la impostura con el espíritu de verdad, las maniobras más sombrías y dudosas con la cándida transparencia – todo confundido y cubierto bajo el mismo manto de solidaridad del grupo, por la misma sonrisa de cortés asombro (donde a veces sentimos asomar un malestar avergonzado de sí mismo...), con la que se intenta evacuar lo injustificable. Y (hay que decirlo por respeto a la verdad) Fujii Guruji no dejaba de participar por omisión en ese ambiente de ambigüedad, por su actitud de no querer saber nada ni oír nada. Cuando ocurrió, a veces por alusiones pero en otras ocasiones muy claramente, en uno o dos casos hasta tal punto extremos que el "trabajo de paz" ("peace work") del grupo parecía perder todo sentido e integrarse alegremente bajo la noble bandera de rigor en la podredumbre general, se limitó a responder con lugares comunes o con el silencio, que para mí equivalía a una connivencia tácita.

Las pocas veces en que pude tener diálogos a corazón abierto con miembros del grupo Nihonzan Myohoji, no dejé de comentarles esa perplejidad que tenía sobre la actitud de su

[767] Guruji cita con insistencia ese precepto del Buda, que igualmente le sirve para ilustrar que el budismo es, por excelencia, una "religión de paz", e incluso (según él) *la* religión destinada a unir a todos los pueblos de la tierra y a instaurar la paz en el mundo. Olvida que los pueblos que han abrazado el budismo, comenzando por el mismo Japón (del que sobre todo gusta ver la misión religiosa y pacificadora en el mundo), no han estado menos inclinados a las locuras guerreras que los demás. Igualmente olvida que muchos siglos antes que el Buda, ese mismo precepto "No matarás" era enseñado en la Ley judaica, sin que por otra parte fuera más respetado por el pueblo judío que por los pueblos budistas con los que Guruji se identifica. Guruji no sólo finge ignorar esa circunstancia histórica, sino que no duda en tomar al "Dios de la Biblia" casi como un enemigo poco recomendable, revisando algunos pasajes del Génesis con un espíritu visiblemente polémico. (Véase "The God in the Bible", en "Buddhism for World–Peace", p. 120–126.) Acusa a ese Dios de toda clase de errores graves y de crueldades (viendo especialmente en la creación de la mujer, de una costilla de Adán, el antepasado de la vivisección practicada por la medicina moderna), le reprocha además no reconocer la doctrina de no–dualidad de Buda, y termina su larga diatriba con: "Señalando con el dedo al Dios de la Biblia, ¡le llamaría un Dios que profana al hombre!".
Ciertamente ése es un discurso "misionero" en el sentido más estrecho y sectario del término, que sólo he leído recientemente y no sin cierta sorpresa, ¡no le conocía ese registro! Por otra parte se diría que sus discípulos, al menos los que realizan un trabajo misionero en país extranjero, han tenido el tacto de pasar respetuosamente en silencio ese aspecto de la enseñanza de su Maestro. Siempre les he visto adoptar actitudes de respeto frente a toda religión, y sus prácticas particulares. En su espíritu, muy alejado de toda susceptibilidad doctrinal, éstas no se oponen en nada al canto de la Oración, ni impiden participar en los inapreciables beneficios de la Oración. Con eso, son en suma más fieles al espíritu de Guruji que el mismo Maestro, dando su fe no a tal doctrina religiosa (¡que además tienden a ignorar!), sino sólo a la Oración Na mu myo ho ren ge kyo, y al sentido que ésta tiene para ellos.

venerado Maestro. Con retrospectiva, ya no me asombro de que nadie pudiera aclararme, allí donde a decir verdad yo era el mejor situado para aclararme a mí mismo. Pero entonces me era difícil admitir que un hombre cuya grandeza percibía de forma tan irrecusable (y ahora que sé dar a cada cosa su parte, la veo con más claridad que nunca), del que había podido constatar por tantos signos convergentes el indomable coraje, la humildad, la profundidad, sin embargo en muchos aspectos compartía con los demás mortales esa sempiterna actitud de rechazo a la realidad en beneficio de imágenes queridas, una misma ceguera obstinada, inmutable, que se ignora a sí misma. Y sobre todo allí donde una mirada inocente y recta amenaza cambiar de manera desgarradora las ideas a las que tenemos fuerte apego, sobre uno mismo, sobre sus propios actos y sobre sus obras.

Por decirlo de otro modo, y situar las cosas a un nivel que supere el caso de tal persona particular. Hubo en ese siglo (como sin duda también en los siglos pasados, pero aquí poco importa) cierto número de hombres aislados que, en la óptica de la reflexión de hace tres semanas[768] son a mis ojos figura de "hombres nuevos". Hombres que parecen como "*mutantes*" ([85])
N 235 y que ya prefiguran, de una manera u ◊otra, el "hombre del mañana" en su presente devenir; el hombre en sentido pleno que, sin ninguna duda, emergerá en las generaciones por venir, durante la edad "post–rebaño" cuyo advenimiento está muy cercano y que ellos tácitamente anuncian. Mis perplejidades sobre Fujii Guruji me parece que son las mismas que no dejará de suscitar el examen atento y carente de piadosas orejeras de cada uno de esos precursores, de esos precursores, seres a horcajadas de dos Eras adyacentes y profundamente diferentes: la del rebaño, y la del Hombre, liberado de los atavismos del rebaño.

Sin duda ya había tenido el oscuro presentimiento de tener el privilegio de encontrar en Guruji uno de esos hombres de otro temple, uno de esos que *anuncian*, por lo que son más aún que por lo que dicen con palabras claras, esos "tiempos nuevos" en los que (al menos a nivel consciente) entonces había dejado de creer. Sintiendo esa dimensión en Guruji, tanto más desconcertado quedaba en los casos en que, según mis propias luces modestas, me parecía irrecusable que Guruji erraba gravemente; que erraba no por simple ignorancia de hechos materiales (y a menudo se contentaba con fuentes precarias y dudosas), sino por lo que yo sentía muchas veces como una ignorancia o una ceguera deliberada *en el plano espiritual*[769]; una ignorancia (o una ceguera) que permanecía limitada, ciertamente, a tales hechos, pero que no obstante yo sentía como patente y de un gran alcance. Por otra parte no tengo ninguna duda de que esa desconcertante circunstancia, que me es imposible minimizar aquí sin traicionar a la verdad, ha contribuido mucho en mi relación con Guruji a un cierto estado de cerrazón parcial en mí; cerrazón sin duda necesaria para preservar mi autonomía de percepción y de juicio, en un ambiente cargado de ambigüedades que no lograba situar en su justo lugar. Pero por lo mismo me cerraba también (aunque no de modo total) a la auténtica irradiación espiritual que emanaba directamente de la persona de Guruji, o me llegaba indirectamente a través de sus discípulos. A pesar de los lazos de respeto y de calurosa simpatía hacia él y algunos de sus discípulos, no pude
N 236 dejar de mantenerme en una ◊posición de reserva expresa y de expectativa prudente frente al grupo, e incluso, en cierta medida, frente al mismo Guruji. Seguramente por eso tuve tendencia, hasta estos últimos días en que la reflexión por escrito me revela las cosas bajo una nueva luz, a subestimar e incluso a ignorar pura y simplemente la acción de Guruji en mi maduración espiritual, durante esos años de 1974 a1978 en que estuve en estrecho contacto con Nihonzan

[768] Véase la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n^o 61).

[769] Pienso aquí sobre todo en casos de engaños y deshonestidades flagrantes, al amparo del nombre de Guruji, para cosas que le llegaban al corazón: instauración de un templo Nihonzan Myohoji, edificación de una "pagoda de paz" en un lugar prestigioso... Un discípulo ambicioso y sin escrúpulos que, para conseguir sus maravillosos planes (y brillar así a los ojos de su Maestro), no duda en recurrir a los giros más rocambolescos y apestosos – y un Maestro que por nada en el mundo quisiera dejar de pensar que su discípulo tan devoto no es el más ejemplar de los servidores del Buda. Solidaridad Maestro–discípulo, jefe–subordinado, como en millones y miles de millones seguramente, pero implicando a hombres en los menos se hubiera esperado...

Myohoji.

Ese distanciamiento al que por así decir me encontraba acorralado, me hacía ver a la vez mi misión (o "mi vía", como entonces la llamaba, en un momento en que aún no tenía conciencia de una misión que me esperaba[770]) como muy diferente de la de Guruji, y casi ajena a la suya. Sólo ahora muchos signos me hacen ver finalmente una "convergencia" tan sorprendente entre mi misión y la de Guruji, como la convergencia que hace poco[771] constaté con la de Marcel Légaut. En cierto modo (sin duda hay cierto descaro por mi parte en sentirlo así...) mi misión me parece ahora como una *prolongación directa* tanto de la de Guruji como de la de Marcel Légaut. En todo caso lo que es seguro (¡y esta vez sin ninguna sospecha de descaro!), es que mi misión se ha nutrido de la de Guruji, e igualmente (desde hace tres meses, cuando me encontré con el pensamiento de Légaut) de la de Légaut. Los frutos de este segundo encuentro aparecieron inmediatamente, de una manera percibida como fulgurante. Por el contrario, en el caso del encuentro con Guruji, fueron necesarios trece años para que el fruto, madurado en la sombra y como en contra de resistencias íntimas, llegase al fin a verse. Pero no por eso es menos valioso, y seguramente el segundo encuentro no habría tenido lugar si no hubiera sido preparado por el primero. Pero si el fruto ha sido hasta tal punto reticente en formarse y en hacerse plenamente visible, seguramente no ha sido sin razón.

Pero volvamos a la asociación con los "mutantes", con los "hombres nuevos", anteriormente señalada. Esa división en mi relación con Guruji, y esas resistencias a la acción benéfica que
N 237 irradiaba de él, me parece que se deben a una $^{\diamondsuit}$falta de madurez en mí, que hacía que me costase aceptar plenamente este hecho que ahora me parece crucial, y que todos nuestros reflejos adquiridos[772] nos empujan a ignorar, a negar, a escamotear por todos los medios: que los mejores de entre nosotros – no sólo los "genios" sino también (y de manera más esencial) los que muchos hombres llaman "santos" y veneran como tales, son limitados y falibles, están sujetos a errores (^{73}) – incluyendo hasta errores de grandes consecuencias[773]. Si seguimos a uno de ellos a ciegas, ¡es por nuestra cuenta y riesgo! Nuestra pereza espiritual, que nos empuja a imitar más que a inspirarnos libremente y según nuestras propias luces en lo que reconocemos de grande, de valioso en ellos – esa pereza no nos exime de nuestra responsabilidad por nuestros propios errores; ni el hecho de que los hayamos realizado bajo la incitación o con la aquiescencia tácita o claramente expresada incluso del mayor de los santos. Y si a contrapelo rechazamos en bloque a un gran hombre del que tendríamos mucho que aprender, a causa de ciertos errores que creemos constatar en él, ¡también es por nuestra cuenta y riesgo! Rechazar en bloque, igual que seguir ciegamente, proceden de la misma pereza, de la misma inercia espiritual: la que rechaza confrontarse con la movediza y desconcertante complejidad de lo real, para refugiarse en las imágenes simplistas y relajantes, todo "blanco" o todo "negro".

He evocado al "genio" y al "santo", pero también podría haberlos reemplazado por el caso, más interesante para mi propósito, del que llamo un "hombre nuevo" o (medio en broma) un "mutante". Por ciertos relámpagos de comprensión que iluminan su misión y le dan un sentido y un alcance muy particulares, ese hombre prefigura ya al hombre del mañana, el hombre que

[770] Sin embargo creo que Guruji, de mayor madurez espiritual, tenía una clara presciencia de que yo era portador de una misión, cuya naturaleza particular sin duda se le escapaba; salvo que debía estar ligada de alguna manera íntima a la suya. Pienso volver sobre ello en una próxima sección del texto principal (n^o 72 ó 73).

[771] Véase la sección "La impensable convergencia" (n^o 37).

[772] Seguramente hay otras causas que también provienen de mi persona, que han contribuido a mi actitud reticente en tantos aspectos frente a Guruji. Pienso especialmente en el escepticismo sistemático en el que me había mantenido hasta entonces frente a la comprensión "religiosa" del mundo, en provecho de una aproximación que daba la preeminencia a las facultades intelectuales. Sin embargo, cuando me encontré con Guruji, los tiempos estaban maduros para un cambio. Si éste se dio de manera tan reticente, sin duda es por las razones que estoy poniendo en claro en la presente nota.

[773] Bien entendido, la mayor limitación, común a todos sin excepción y causa común de la mayor parte de los "errores" a los que aludo, se encuentra en la sempiterna "actitud de huída" ante la realidad. Ése es *el* gran obstáculo al conocimiento, que nos viene directamente de nuestros atavismos de rebaño.

N 238 se ha desprendido del espíritu del rebaño, el hombre de ◊la Era del Hombre que toma el relevo a la Era del Rebaño. Es como si ya tuviera un pie, o aunque sólo sea un dedo del pie, en el "otro lado", en el "mañana" prometido y desconocido, aún ni siquiera entrevisto como no sea en sueños... ¡Pero aún no está del otro lado! Su otro pie, e incluso todo el resto de su ser con la única excepción de ese dedo impertinente, de ese dedo sacrílego que "se pasa" inadmisiblemente – casi todo su ser, con todo el peso de innumerables milenios gregarios, permanece aún de este lado, sabiamente alineado en las filas del rebaño.

Si no fuera así, quizás ese hombre sería destrozado al punto por una horda alocada, como lo fue Jesús hace dos mil años. Pero incluso Jesús, al nivel de las ideas si no al nivel propiamente espiritual, permanecía en cierta medida encerrado en los límites del lugar y del tiempo. Con más razón es así en cada uno de nosotros, seres caminando a tientas hacia el hombre, más que medio engullidos en los atavismos del rebaño – incluso los mejores de entre nosotros. ¡Incluso los "mutantes"!

(72) "Formación humana" y "solución final"

(23 de septiembre y 14 de noviembre)[774] Esta evolución draconiana en Fujii Guruji respecto de la guerra y los ejércitos, al día siguiente de Hiroshima, contrasta con el conformismo (al menos sobre este capítulo) de otro "gran espiritual" (entre una legión de muchos otros, ¡qué pena!); aunque estuvo menos expuesto en su juventud (es de suponer) que Guruji a una ideología que exalta las virtudes militares (como la del Japón en plena expansión imperialista). Se trata (¡lo siento!) de Marcel Légaut. Él, que ha recorrido semejante camino, parece que incluso hasta hoy mismo en este tema neurálgico no se ha movido desde los días de una infancia que me imagino sensata, y rodeada de efluvios biempensantes.

Durante la "drôle de guerre"[775] de 1939, cuando tenía 39 años de edad, Légaut se esfuerza concienzudamente y sin éxito en cumplir su deber de oficial y de cristiano, intentando insuflar a "sus hombres" el entusiasmo guerrero que ¡qué pena! les faltaba. Quizás incluso a él mismo le faltase la verdadera convicción, sin que quisiera reconocerlo en ese momento, ni más tarde;
N 239 o si llegó a entreverlo, fue para echárselo en culpa, conforme ◊a reflejos bien rodados y que para eso están ahí. Le queda un sentimiento confuso de malestar, de fallo, de "mediocridad" (retomando su propia expresión), por no decir de *culpabilidad* (¡he ahí la gran palabra cobarde!), no sólo por cuenta de los demás sino también y sobre todo por su propia cuenta. En todo caso un sentimiento que nunca procurará elucidar. Tal es al menos la impresión que me ha dado la lectura de algunas páginas en que, al atardecer de su vida también él (como Gandhi...), evoca el balance que ha sacado de esos momentos. (Momentos penosos ciertamente pero que, cual "hombre en pie", no quiere eludir).

Está en las primeras páginas del pequeño libro–entrevista "Preguntas a...", aparecido en 1974 (Légaut tiene entonces 74 años). Él siente ese recuerdo como el de un doloroso fracaso "humano", tanto a nivel personal como a nivel de la nación. Deplora que no se haya sabido dar a los futuros soldados, desde el cuartel y sin esperar a que estalle la guerra,

> "una formación suficientemente humana para que sean capaces, con sus reacciones ante el acontecimiento, de tener los reflejos adecuados a fin de poder ejecutar, llegada la hora, lo que han de hacer como soldados..."[776]

[774] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior, "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante", página N 231.

[775] N. del T.: El período de la II Guerra Mundial que se extiende desde la declaración de guerra de Francia a Alemania, el 3 de septiembre de 1939, hasta la invasión de Francia por Alemania el 10 de mayo de 1940.

[776] Me chocó, en las pocas líneas del citado texto, y a través de las pocas páginas de la entrevista (de la que están extraídas estas líneas) en que Légaut se extiende un poco sobre su experiencia en la guerra, hasta qué punto en ellas el estilo está embarullado, mientras que generalmente él se expresa con soltura y sin enredarse en las palabras. La misma impresión extraña, por otra parte, leyendo las "explicaciones" de Gandhi sobre el mismo

(eufemismo verdaderamente encantador, visto el tipo de necesidad...).

Felizmente al otro lado del Rin, los correspondientes Hitler y compañía no escatimaron,
N 240 ellos, en dar a los soldados y a los futuros soldados (y ◊a los futuros combatientes y héroes) esa "formación humana" que Légaut añora para nosotros los franceses; ésa misma que les permitió "ejecutar, llegada la hora", ¡y con magnífico entusiasmo! esos "reflejos adecuados" al igual que "lo que tenían que hacer como soldados". Al no tener dotes para iluminar con los dibujos que se imponen, me limito a recordar que esa formación humana, que no es de ayer y tan querida a los cristianos de ambos lados del Rin (igual que de cualquier otra parte del mundo) igual que a sus Iglesias (patriotas vociferantes en el momento oportuno, y que saben dar al César lo que es del César, aunque sea carne sangrante...) – que esa cultura humana y cristiana se ha saldado esa vez con una carnicería de unos cien millones de muertos civiles y militares (incluyendo los hornos crematorios) y otros tantos mutilados, sin contar Hiroshima y su brillante herencia.

La próxima vez, con una formación humana al fin idónea (el progreso no se para) y con ayuda de los medios atómicos (ya se han probado), podemos esperar que se haga cien veces mejor – rematando así de una vez por todas la formación humana con un osario mundial a la altura de la empresa – sin ningún superviviente ...

¡El que estará contento esta vez es el buen Dios!

(73) Todos los hombres son falibles – o la ruptura

(10 y 11 de noviembre)[777] Como ya precisé en otra parte[778], el encuentro con el pensamiento de Marcel Légaut me ha hecho comprender ese "hecho crucial" sobre el que aún me interrogaba con cierta perplejidad: el de la "falibilidad" radical de *todos* los hombres, incluyendo los más grandes e incluso aquellos (como Jesús el Cristo o Gautama el Buda) que el atavismo idolátrico de una
N 241 tradición religiosa milenaria ha deificado y, por eso mismo, ◊deshumanizado. Esa me parece una de las cosas más importantes que la lectura de Légaut me ha permitido aceptar plenamente. Esto ha terminado también con tensiones psíquicas parásitas más o menos subconscientes, que tenían tendencia a actuar como un freno insidioso, como una dispersión de energía, cada vez que confrontaba la vida y el pensamiento de un hombre que de entrada me había parecido "grande", y cuando me encontraba desconcertado por lo que una y otra vez, afloraba en un examen atento y parecía ir en contra de esa grandeza. (O al menos, iba en contra de la idea demasiado "idealista", demasiado intransigente y simplista, que me hacía de la grandeza humana...) Incluso tengo la convicción de que esa comprensión, que tan fuertemente contribuye a formar la nota de fondo en la obra de Légaut, es una de sus grandes contribuciones al pensamiento humano – al conocimiento que el hombre tiene de su propia naturaleza espiritual, y de la aventura espiritual de nuestra especie.

---

tema (véase la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no–soldado desconocido", n^o 67). A menudo el estilo es un espejo fiel, y las palabras embarulladas me parecen aquí el signo de un pensamiento que se anda con rodeos y no quiere acercarse a un caldero – por miedo, sin duda, de ver un cadáver que se cuece en él...
Sin embargo esa experiencia provocó un choque saludable, y (parece ser) ese choque fue el que arrancó a Légaut de su órbita "universitaria". Desde el siguiente año, se instaló en una granja perdida en las montañas cercanas a Die, para criar ovejas. Permanecerá pastor–criador durante veinticinco años. Seguramente en esos años fue cuando logró la maduración y la penetración espiritual que proporcionaron la substancia de sus posteriores libros. A través de la guerra boba y el apuesto oficial (que ya no sabe muy bien sobre qué pie bailar...), y las ovejas que balan y el paciente pastor, para llegar a la "Meditación de un cristiano del siglo XX", los caminos de Dios, decididamente, son impenetrables...

[777] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior "El santo y sus fallos – o la paradoja del mutante", página N 237.

[778] Véase una nota al pie de la página N 154, en la nota "Los clichés del espiritual (1) – o ¡alto! al error y la ignorancia" (n^o 51). La reflexión realizada en la presente nota puede verse como una especie de prolongación de la nota que acabo de citar. Compárese igualmente con las notas "Marcel Légaut – o la masa y la levadura", "Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad", "Cuando hayáis aprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" n^{o}s 20, 21, 27).

Seguramente serán muchos los que objeten que la afirmación "el hombre es falible" es una banalidad filosófica, que no hacía falta Légaut para eso, y que si yo mismo no me he enterado hasta la víspera de mis sesenta años, no es precisamente algo a mi favor. He oído muchas veces esa clase de discursos, haciendo remilgos a una idea o una comprensión profunda, que se presenta bajo una forma tan simple que confundimos esa simplicidad radical de las cosas fundamentales con la banalidad de las cosas fáciles que dice cualquiera. El que así se engaña permanece en la superficie de las palabras sin penetrar más allá y sin alcanzar ni rozar siquiera el conocimiento que éstas se esfuerzan en expresar. En eso que a algunos les parecerá una banalidad filosófica, reconozco por mi parte una revolución sin precedentes en el pensamiento religioso, la ruptura con una tradición que se remonta a la noche de los tiempos y que pesa sobre el hombre como una losa plúmbea – una ruptura que abre una renovación profunda no sólo del pensamiento religioso, sino también y sobre todo del modo mismo en que se vive la experiencia religiosa.

Repetir una fórmula aprendida en los libros de clase o en otra parte, como "el hombre es falible" o "todos los hombres son falibles", ésa es una actividad de mono sabio sin más, un simple mecanismo desconectado de todo conocimiento que vaya más allá del sempiterno "Un tal ha dicho...". Por el contrario, hacer la experiencia, a menudo desconcertante y dolorosa, durante los largos años de la infancia, la adolescencia y la edad adulta, de que todos los seres que nos han rodeado, con los que nos hemos codeado o a los que hemos sido confrontados, tienen fallos, a menudo secretos e incomprensibles, rodeados muchas veces del halo de un temible misterio...

N 242 – y a partir de esa experiencia tantas y tantas ◊veces repetida bajo tantos rostros diferentes, experiencia más o menos comprendida y más o menos profunda, para llegar finalmente a una especie de comprensión difusa que hace que frente a todo nuevo ser que nos encontremos, aunque sea con las más vivas expectativas, esperemos (con cierto interés quizás, incluso con suspense...) ver confirmarse de nuevo ese mismo tipo de experiencia – ése es ya el fruto de una auténtica maduración interior. Sean cuales sean las palabras con las que se intente expresar, esa madurez del ser no tiene nada en común con la aptitud para recitar un discurso filosófico.

En estos días de cepillado furioso de las mentalidades, son relativamente raros los que durante su vida llegan a ese estadio relativamente modesto de madurez. Aún más raros, aquellos en que esa comprensión, aún borrosa y mal asegurada, no sea barrida como polvo de paja, cuando al fin surge, ¡quién lo hubiera dicho! el ídolo tan esperado, adornado con todas las galas que le faltan al común de los mortales, ídolo con el que enseguida se identifican en secreto: tal prestigioso tribuno o jefe de estado o del ejército, tal maestro intelectual, tal artista incomparable, o aunque sólo sea el alma gemela del otro sexo ¡oh sí, el ser exquisito entre todos al que nos acercamos temblando!

En cuanto a los que han avanzado en el camino de su vida hasta hacer una comprobación real, "sobre el terreno" y no puramente verbal y de pico, de su *propia* "falibilidad", los que al menos han entrevisto (sin cerrar precipitadamente la puerta entreabierta...) hasta qué punto sus propios sentimientos e ideas sobre ellos mismos y sobre el mundo son producto no de un pensamiento personal soberano, sino más bien de un condicionamiento que impregna todo el ser y del que no somos dueños, y el resultado de elecciones, raramente coherentes y siempre sin darnos cuenta, bajo el empuje descontrolado de impulsos invisibles – ésos son hasta tal punto raros, en verdad, que no estoy seguro de haberme encontrado en carne y hueso ni uno solo aparte de mí, ¡durante toda mi vida y hasta hace pocos días[779]!

En resumen, las mismas palabras, reunidas en una misma fórmula terminante, pueden expresar niveles de comprensión y de conocimiento totalmente diferentes, desde el acto reflejo puramente verbal que recita una fórmula comodín desprovista de todo contenido concreto para el que la pronuncia, hasta el conocimiento íntimo de un aspecto importante de la condición humana, fruto (casi siempre) de una larga fidelidad a sí mismo y a la capacidad que está sí

[779]En efecto, hace pocos días (el 6 de noviembre) he tenido la alegría de encontrarme con Marcel Légaut en su casa, ¡"en carne y hueso"!

N 243 mismo (como en cada ◊ser) de extraer el jugo alimenticio de sus propias experiencias.

La comprensión a la que nos convida Marcel Légaut se sitúa a un nivel de comprensión aún más elevado. Está arraigada, ciertamente, en un conocimiento de sí (de su grandeza al igual que de sus límites), pero para alcanzar algo fuera del alcance de la experiencia directa, o al menos fuera de la experiencia "ordinaria" de sí mismo y de los demás. (Que es también la única que he conocido hasta el año pasado.) Para él se trata de comprender el mensaje de Jesús, a partir de lo que nos ha llegado por el testimonio escaso y parcial de los apóstoles, y a través de la confrontación con las interpretaciones doctrinales que los apóstoles mismos, y las Iglesias que reclaman su autoridad tomándola como fundamento absoluto e inmutable, les dieron[780]. Se trata pues de la reflexión religiosa de un *creyente*, que se esfuerza en llegar a una verdadera comprensión (y por eso mismo *personal*) de lo que constituye (o al menos debería constituir...) el fundamento mismo de su fe religiosa tal y como la recibió, a ciegas, desde su infancia: a saber, la persona y el mensaje de Jesús de Nazareth.

La dimensión del gran avance espiritual logrado por Légaut es inseparable de su calidad de "creyente"; o al menos, de su calidad de hombre profundamente "religioso", en el siguiente sentido: un hombre con una experiencia personal continua, que se renueva a lo largo de su vida, de la "acción de Dios" en él. La comprensión que Légaut ha alcanzado y que se esfuerza en comunicar, no puede ser plenamente apreciada y captada (a un nivel por tanto que no es
N 244 más o menos cerebral y puramente verbal) más que por quien haya alcanzado él mismo ◊en su vida, a poco que sea, una "dimensión religiosa" en el pleno sentido del término[781]. Hace un año, no habría sido capaz de captar y apreciar ese logro. Ahora puedo. El encuentro con el pensamiento de Légaut me ha llegado justo en su momento, dándome la respuesta "evidente" y profunda, seguramente la respuesta ya esperada, a preguntas que antes no existían para mí y que de repente me asaltaron con toda su acuciante quemazón[782].

Una vez que la dimensión religiosa del Mundo se vuelve manifiesta, es cuando se plantea con una luz nueva la cuestión del papel de las religiones en la vida de los hombres, de la naturaleza de sus fundadores, y de la de los mensajes transmitidos por éstos y por otros hombres que la tradición religiosa concuerda en considerar "inspirados por Dios". Esta cuestión no puede ser captada en su propia dimensión, a saber la dimensión espiritual y religiosa, ni por los ateos y similares, que no ven en la religión más que un fenómeno sociológico más o menos aberrante (cuando no una superchería montada por las clases dirigentes para abusar del pueblo...), ni por el "creyente" que se contenta con asentir a ciegas a una doctrina religiosa (casi siempre aquella en que ha sido educado) y a cumplir de manera más o menos automática y más o menos puntual prácticas piadosas que ésta prescribe, concediendo (según le obliga la tradición) un valor en principio absoluto, intangible, inmutable a una y a las otras.

La primera de estas dos actitudes, la del ateo, puede ser considerada como el resultado in-

[780] Sobre el itinerario religioso de Légaut, véase la citada nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20). Señalo que ese término anodino "confrontarse con las interpretaciones doctrinales de los apóstoles y las Iglesias..." encubre en el creyente un acto de coraje y de autonomía, el que rompe con la tradición milenaria de una sumisión incondicional a las "interpretaciones" en cuestión, presentadas desde la infancia no como tales sino como verdades de fe intangibles.

Y no es sólo en los creyentes, sino en todo hombre, donde el espíritu se encuentra prisionero sin darse cuenta de unos cuantos a priori, casi siempre tácitos e interiorizados desde la infancia, y que (en la mayor parte de los casos) permanecen vigentes y desapercibidos hasta nuestro último suspiro. Los principales "umbrales" de la vida espiritual consisten precisamente en los momentos en que uno de tales a priori se pone de manifiesto y lo superamos. El "gran destino" es el del hombre que franquea un umbral (incluso varios...) que nadie había cruzado antes, y que por eso mismo abre la vía para otros, y a largo plazo toda la especie, lo franqueen a su vez.

[781] Recuerdo que con ese término, "dimensión religiosa", entiendo la presencia de un cierto conocimiento inmediato de Dios, por la experiencia (conscientemente vivida como tal) de la acción de Dios en nosotros. No tiene nada en común con la adhesión a una doctrina religiosa o con el ejercicio de prácticas piadosas.

[782] Compárese con la sección "La impensable convergencia" (n^o 37) en que evoco algunas de esas cuestiones de una "acuciante quemazón".

mediato (y provisional...) de un primer paso colectivo realizado por el espíritu humano (primero de manera vacilante y poco segura), en su esfuerzo por superar lo que podríamos llamar el "atavismo religioso", y las actitudes colectivas idolátricas que son una de sus marcas típicas y
N 245 tiránicas[783]. Incluido ya en germen en el espíritu de curiosidad ◊intelectual que caracteriza al Renacimiento, ese movimiento pendular de la Historia comenzó a adquirir fuerza hace dos o tres siglos, para alcanzar su apogeo a mediados de nuestro siglo. Desde hace veinte años vemos iniciarse un movimiento de sentido inverso, el de un *"retorno"* o, mejor dicho, el de una rehabilitación, de un redescubrimiento de la dimensión espiritual y religiosa del Mundo y de la vida humana.

Contrariamente a la imagen demasiado gastada del "péndulo", ese "retorno" (con comillas) en modo alguno está destinado a limitarse a una simple vuelta atrás hacia formas de pensamiento y de espiritualidad arcaicas, aunque a veces parezca tomar ese aspecto. Es un nuevo avance, o más bien una *subida*[784], pero esta vez una subida en la dirección opuesta: el aspecto espiritual de la vida humana vuelve a ser el primero, sin que por eso el impulso de conocimiento intelectual, ni tampoco el impulso carnal, ni las exigencias particulares de uno y otro (en modo alguno extrañas a las exigencias espirituales, como pudiera creerse[785]), sean condenados ni reprimidos.

Es en ese momento tan particular de la aventura de nuestra especie donde se sitúa la singular misión de Marcel Légaut, es *ahí* donde adquiere todo su sentido. Es ahí también donde vemos revelarse con una fuerza poco común el lazo profundo y misterioso de la aventura espiritual
N 246 del hombre solo, que asume ◊su soledad esencial y confía humildemente, día a día, en sus propios recursos interiores para aprehender y para comprender el movimiento acompasado del Mundo y de él mismo, con la aventura colectiva de nuestra especie toda entera. Con su fidelidad a la llamada interior, ese hombre ha sembrado, y el viento se ha llevado la semilla. Nadie puede decir dónde ha caído. Sin embargo el hombre, al final de una larga y dura jornada y mientras la noche ya se acerca, está contento de su esfuerzo. Cuando la Estación que se anuncia llegue, sabe que Otro se ocupará de recoger la cosecha.

Para Légaut, la mayor parte de su vida se ha orientado a su meditación sobre la persona y la Misión de Jesús. El interlocutor privilegiado del mensaje surgido de esa meditación es el creyente cristiano. Aunque no soy cristiano, y nada me lleva a dedicarme a un trabajo de profundización de las Escrituras, y especialmente del Nuevo Testamento, por poco comparable que sea al realizado por Légaut a lo largo de su vida. Esa "*otra* actitud" frente a la realidad religiosa y a la "práctica" religiosa, que Légaut ha descubierto (o inventado, o creado...) y que ha experimentado en una vida de fe renovada sin cesar – esta nueva actitud no me parece tributaria en nada, en sus aspectos esenciales, de los caracteres particulares de la religión cristiana. Me parece que su potencial fecundidad es virtualmente *universal*, apta para transformar profundamente la

[783] Aquí evoco una marcha colectiva del espíritu humano, en El que el ateísmo ha sido seguramente una etapa necesaria, por otra parte de corta duración: apenas tres siglos. Actualmente, el ateísmo de masas ha llegado a un estado de esclerosis rígida y de mortal sequedad, que presagian su próximo fin.
Por supuesto, aún hoy, en la marcha individual de una persona, el abandono de creencias que le fueron inculcadas en la infancia de forma seca y sucinta, sin el menor respeto por la sana razón, es igualmente una etapa necesaria en el proceso de maduración espiritual, aunque durante mucho tiempo parezca desembocar sólo en un ateísmo "puro y duro" o desengañado. Incluso a veces ocurre (como fue el caso de mi madre, del que hablo en la sección "Los reencuentros perdidos" n^o 31) que se termina por dar una vuelta completa en la hélice del conocimiento, volviendo a una vista religiosa de la vida, pero con una mirada nueva, liberada de las orejeras doctrinales.

[784] Aquí la imagen adecuada sería la de un péndulo, cuyo punto de suspensión estuviera animada de un movimiento vertical ascendente a la vez que prosigue el amplio movimiento oscilante del brazo del péndulo, llegando al final y poniéndose en marcha lentamente en la dirección opuesta...

[785] He insistido en alguna otra parte hasta qué punto este corte decretado e instaurado entre los planos intelectual y espiritual, en los ateos y en los creyentes, y las actitudes que de él se siguen tanto en unos como en otros, han sido y siguen siendo funestos. Éstas han conducido principalmente a la deshumanización de la ciencia y, siguiéndola de cerca, a la creciente corrupción en los medios científicos que podemos constatar en nuestros días. Véase al respecto la sección "Del alma de las cosas y del hombre sin alma" (n^o 51), así como la que le sigue "La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal".

relación del hombre con la religión.

No quisiera dedicarme aquí a intentar desentrañar cuáles serían esos "aspectos esenciales" del nuevo enfoque del creyente sobre su religión, o del hombre religioso sobre la religión, los que tienen un valor universal. Creo que esa virtud "universal" supera los marcos tradicionales de la experiencia religiosa constituidos por las diversas religiones, que la naturaleza de este enfoque es aclarar la marcha interior de todo hombre que ha tomado conciencia de la dimensión espiritual de su existencia y de su ser, y que dirige sobre el Mundo una mirada abierta para discernir en él la acción de la misma fuerza espiritual que siente obrar en sí mismo. Para este hombre escrutador, ese audaz (y sacrílego a los ojos de la mayoría...) logro de que incluso los hombres
N 247 que la tradición cultural[786] o religiosa se cree en la obligación de presentarnos bajo ◊los trazos estáticos de una intangible "perfección" son seres de carne y de sangre como Vd. y yo, que tienen sus tropiezos y sus desfallecimientos y sus orejeras y que incluso los grandes entre los grandes están, ellos también, ligados a un tiempo y a un lugar, y que conviene pues no abdicar de las propias luces para seguir ciegamente todo lo que unos y otros han dicho y hecho – ese logro seguramente será llamado a jugar un papel de primer plano en su solitaria ascensión, en ruta hacia lo Desconocido.

(74) Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la "*otra* realidad"

(11–13 de noviembre)[787] No pretendo que Légaut sea el primer "espiritual" en la historia de nuestra especie que haya superado plenamente la actitud atávica que prohíbe una apreciación matizada de los actos y palabras que una imperiosa tradición cultural o religiosa erige como modelos intangibles. Incluso conozco otros tres hombres notables y singularmente atractivos, además con misiones íntimamente ligadas entre ellas, que han llegado cada uno a esa rara autonomía interior, que va a la par, además, con una auténtica experiencia religiosa[788] ([75]). Se trata del gran poeta americano Walt Whitman (1819–1892), del médico–psiquiatra y escritor–filósofo canadiense Richard Maurice Bucke (1837–1902), y en fin del escritor, poeta y pensador británico Edward Carpenter (1844–1929). Los dos últimos eran amigos y grandes admiradores de Whitman, que era mayor. La poesía de Whitman ([76]) ejerció una influencia profunda y duradera en la evolución espiritual de ambos. En uno igual que en el otro, ésta culmina en una "iluminación" – experiencia totalmente inesperada, por no decir impensable, que parecía tener poco que ver con sus temperamentos nada dados a la euforia "mística" o sentimental, o con sus tendencias ideológicas poco inclinadas a las cosas religiosas, como anteriormente había sido el caso de Walt Whitman, ese periodista político, folletinista variopinto y hombre de todos
N 248 los oficios antes de que se transformase en el gran poeta épico americano, ◊bajo el irresistible empuje de una experiencia similar. En cada uno de esos tres hombres, esa experiencia crucial transforma profundamente, en un instante, su relación con el mundo, y es el origen y la fuente de inspiración de una profundización interior que continuará a lo largo de los años que les quedaban.

Se encontrarán indicaciones vivaces y mucho más detalladas sobre los itinerarios de esos tres hombres de destino poco común en el notable libro de Bucke "Cosmic Consciousness" (La Conciencia Cósmica), aparecido en 1901 poco antes de su muerte, en una mini–edición

[786] Esta sacralización de los "grandes hombres" en modo alguno es exclusiva de un oscurantismo religioso, sino la regla casi-absoluta en todos, y uno de los signos típicos y más afligentes de la "mentalidad de rebaño". Ésa es una actitud inculcada desde la más tierna infancia, en la familia y en la escuela. Recuerdo bien que en clase la única actitud tolerada frente a los "autores en el programa" que empollábamos (sin convicción) y que debíamos comentar, y la que los alumnos seguían como algo evidente, era la admiración incondicional, de la que el profesor en primer lugar nos daba el sombrío y poco estimulante ejemplo...

[787] Continuación de la nota anterior. Pero el tema principal de ésta, "El avance" (de Marcel Légaut), del que me alejo en la presente reflexión, será retomado sobre todo en la nota (n^o 75) que sigue a ésta.

[788] Para el sentido que doy aquí a la expresión "experiencia religiosa", véase la nota anterior y especialmente una nota al pie de la página N 244

de 500 ejemplares[789]. Ese libro es sin duda la obra maestra de Bucke y su gran contribución a la historia del pensamiento. Hombre de ciencia antes de ser hombre "religioso"[790], en ese libro se esfuerza por situar cierto tipo de experiencia, o de "iluminación", que pudiera llamarse "mística", y el conocimiento que ésta imparte. Da a ese conocimiento, que en lo esencial escapa a las posibilidades demasiado toscas de la expresión con palabras, el nombre de "conciencia cósmica", estado de conciencia que (según él) supera a la conciencia humana ordinaria tal y como nos es familiar en el presente, tanto como ésta supera la conciencia animal. Ese estado superior de conciencia lo ve realizado en su plenitud en sus dos contemporáneos Whitman y Carpenter, pero también en cierto número de otros casos históricos desde el Buda y el Cristo,
N 249 pasando por ◊Mahoma, Dante, los místicos Juan de la Cruz y Jakob Behmen, y algunos otros ([81]). Se esfuerza en situar esa especie de "facultad" nueva, cuya presencia parece (según él) multiplicarse en el curso de los milenios y los siglos, a la luz de lo que sabemos sobre la evolución de las especies en general[791], y de la evolución de la especie humana en particular. Una reflexión profunda y a largo plazo sobre este tema, y sobre todo después de 1894 (después de la muerte de Whitman), le convenció de que esos hombres que se esforzaba mal que bien en censar a través de la historia, debían ser vistos como precursores, aislados aún en el estado actual de la evolución de la especie, heraldos de ese estado de conciencia superior, la conciencia cósmica, al que está llamada la especie humana en su totalidad.

El itinerario de Bucke no es el del visionario o profeta, y si con razón se le considera como uno u otro, seguramente es a su pesar. En ese libro pretende ser un hombre de ciencia que aventura una tesis, quizás atrevida (y ciertamente poco conforme con el espíritu mecanicista y positivista de su tiempo), pero que intenta sostener paso a paso, metódicamente, con el examen detallado de todos los casos que ha podido reunir de fuentes de información fiables, y con la gran ayuda de su vasta erudición de hombre apasionado por la lectura de todo lo que afecte al hombre. Pero más allá de un desarrollo metódicamente discursivo y de una impresionante erudición científica y humanista (de dimensiones poco comunes en un médico en activo, apreciado por su dedicación a sus enfermos), su libro está animado por una poderosa motivación, por una "idea grande y fuerte", que inspira y nutre una *visión* que supera con mucho lo que la mera razón, entregada a sus modestas luces, hubiera podido concebir y desplegar. Tal idea–madre nunca es el producto del intelecto (que, bien al contrario, es un instrumento suyo, más o menos adecuado a la tarea...). Por su misma naturaleza es el fruto de una intuición creativa, por no decir de una "revelación", de naturaleza infinitamente más sutil. En el caso de Bucke, no hay ninguna

[789] Esa edición fue publicada en Innes and Sons (Philadelphia). El libro fue reeditado en 1923 por E.P. Dutton and Company. Parece que es bastante conocido por el público culto anglófono, y existe igualmente una edición en lengua alemana. Por el contrario, no hay edición en lengua francesa ¡qué pena! de ese libro notable, de más actualidad hoy que nunca.

[790] Véase una anterior nota a pie de página para el sentido que aquí doy a la palabra "religioso". Seguramente Bucke no se habría designado a sí mismo con ese término, y tampoco emplea el término "místico" para designar el estado de iluminación que trata en su libro y que él mismo experimentó. El término Dios parece igualmente ausente de su vocabulario personal, y no figura en el libro más que cuando Bucke cita textualmente a otros autores. En el relato que hace de su iluminación (en la medida en que las palabras permiten hacerlo – véase la Introducción, páginas 9–10), habla de "*Presencia viviente*" y, más adelante, de el "*amor*" como el "principio fundante del Mundo". Creo comprender que la razón de su reticencia a hacer uso de términos consagrados como "religioso", "místico", "Dios", es que en los medios ilustrados de su tiempo esos términos habían perdido toda credibilidad, de tan raídos que parecían por el uso, a menudo interesado y abusivo, que se había hecho de ellos durante siglos. Además todavía hoy y más que nunca, y no sólo en los "medios ilustrados" (¡bien al contrario!), esas palabras tienen tendencia a suscitar reacciones de defensa y de rechazo, como fue mi caso (al menos en lo que concierne a los dos primeros términos) durante la mayor parte de mi vida.

[791] Bucke, que era contemporáneo de Darwin (28 años mayor), por supuesto estaba bien informado de sus ideas. Habían tenido gran repercusión entre los sabios de su tiempo, actuando además en la mayoría como un acicate a una visión materialista y puramente mecanicista del Universo. En Bucke fue a la inversa – igual que en mí medio siglo más tarde (véase la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón", n^o 30). Es dudoso que las ideas de Bucke cristalizaran como lo hicieron e incluso que su libro fuera escrito, sin el gran avance de Darwin que le precedió.

duda de que esa inspiración le vino (como además él mismo dice claramente en la introducción
N 250 de su libro) en esos instantes en que le fue dado ◊tener una experiencia de ese estado de visión espiritual, de iluminación interior que le revelaba la "Presencia viviente" y amorosa que penetra toda cosa del Cosmos... Esa iluminación sólo duró unos instantes, pero, escribe él[792],

> "sus efectos se revelaron imborrables; ya nunca le fue posible olvidar lo que en ese momento vio y supo; ni hubiera podido jamás dudar de la verdad de lo que entonces se le presentó a su espíritu. No hubo vuelta atrás, ni en esa noche ni en ningún otro momento, de esa experiencia. Después escribió un libro[793] en que se esforzó en expresar la enseñanza de la iluminación. Algunos de los que lo leyeron pensaban muy bien de él, pero (como podía esperarse por muchas razones) sólo conoció una difusión de lo más reducida."

No es éste el lugar para hacer un análisis de ese libro de tanta riqueza. Libro animado de principio a fin por un calor persuasivo que hace de su lectura una experiencia extrañamente atractiva – como si estuviéramos página tras página en presencia del que las escribe, hombre de temperamento amable y generoso, apasionado por el mundo de las ideas en el que participa plenamente, y a la vez lleno de una viva simpatía por cada uno de esos hombres que evoca uno a uno en las páginas de su libro, como si hablara de queridos amigos; la misma simpatía, seguramente, que la que le animaba en su relación con los pacientes y que hacía de él un doctor
N 251 "no como los demás" – la que permite ir ◊más allá de los hechos en bruto y de la sintomatología de cada "caso", para entrar en resonancia plena con la rica realidad humana entrevista en otro.

Recuerdo que ese libro me llegó un día por correo sin avisar, regalo de un donante–remitente cuyo nombre no me evocaba ningún recuerdo. Debió ser hacia el final o a la salida de mi periodo "Sobrevivir y Vivir"[794], en 1972 ó 1973 – en el momento (si mi memoria no me engaña) en que, después de años de intensa actividad militante, comenzaba a sentir en mí la llamada tenue y discretamente insistente de una necesidad de silencio[795]. Debo haberlo leído más o menos de un tirón, por lo atractiva que era su lectura, y también por lo que me intrigaba, respondiendo quizás (me viene ahora la idea) a alguna secreta espera que se ignoraba a sí misma... Seguramente es el primer libro (y siguió siendo el único aún hasta el pasado invierno), cuyo propósito principal y abiertamente declarado es examinar un conjunto de hechos y de testimonios de experiencias vividas cuyo sentido, manifiestamente, es indisociable de la existencia de una "*realidad espiritual* (por así llamarla), de una "Presencia viviente" que impregna y anima toda cosa del Universo; realidad y Presencia "invisibles", pero que se manifiestan a ciertos seres en ciertos momentos excepcionales.

---

[792] Cita de la Introducción del libro de Bucke, página 10.

[793] Hay una referencia a ese libro, citado en la copiosa bibliografía situada al comienzo de Cosmic Consciousness. Es "Man's moral nature" (La naturaleza moral del Hombre"), G.P. Putnam's Sons, New York 1879. He intentado sin éxito poner la mano sobre ese libro, que después de un siglo deber ser imposible de encontrar. Misma desventura con el tercer libro de Bucke que conozco (citado en la misma bibliografía), "Walt Whitman", David McKay, Philadelphia 1883. Espero vivamente que esos dos libros no tarden en ser reeditados, aunque sólo sea para lectores anglófonos. El segundo, como su nombre indica, es una biografía de Whitman. Además es la única biografía escrita (e incluso publicada) en vida, y lo que es más, escrita por un amigo íntimo del poeta, haciendo uso constante de la posibilidad que tenía de interrogarlo libremente. Además una parte de esa biografía fue escrita mientras que Bucke era huésped de Whitman en Camden, en 1880. Es tanto más notable que no sólo no haya sido reeditada, sino que (según me ha parecido entender) los numerosos biógrafos de Whitman apenas la citan por tomar nota y con la punta de los labios; seguramente para que no parezca que no han oído hablar de ella, y con aires de condescendencia y hasta casi de apuro – ¡por miedo a comprometerse con tan dudosa compañía! No debe de haber muchos que se hayan tomado la molestia de ir a leer esa biografía en una de las raras bibliotecas del país en que se puede encontrar.

[794] Evoco de pasada ese periodo en la sección "El viraje – o el final de un sopor" (n^o 33), y de manera mucho más detallada en las primeras siete secciones (n^{o}s 57–63) del Capítulo VI "El Viaje a Memphis (2): siembras para una misión".

[795] Véase la sección "La llamada del silencio" (n^o 62), en el Capítulo VI que acabo de citar.

Que se trataba de una verdadera percepción de una realidad bien presente, y no de una alucinación, de un efecto de autosugestión sin alcance objetivo, eso no tenía para mí ninguna duda. Sobre todo cuestión de simple buen sentido psicológico, frente a testimonios concordantes y totalmente independientes unos de otros, de hombres visiblemente dignos de confianza, cada uno de ellos de una madurez fuera de lo común, y cuya personalidad y destino eran a menudo de una estatura, e incluso de un alcance histórico, excepcionales. Seguramente también, aunque sólo fuera a nivel subconsciente, el recuerdo de la experiencia tan similar de mi padre en prisión [796]
N 252 debió de estar presente y, a través de su persona ◊tan íntimamente cercana a la mía, acercarme también esa realidad un poco extraña, hacerme sentir que no concernía sólo a tales y cuales "grandes figuras" más o menos históricas de siglos más o menos lejanos. ¿No había irrumpido también en la vida de un ser muy cercano[797], de un ser amado?

Muchas de las ideas y las formas de ver de Bucke que surgen a lo largo de esas borboteantes páginas o que se deslizan "entre líneas", me han parecido discutibles o francamente superadas[798].
N 253 Pero no podía dudar de que ◊lo esencial de su mensaje fuera válido. Concierne en primer lugar a la existencia de esa "*otra* realidad", omnipresente y que silenciosa y secretamente actúa tras la "fachada" de cosas que nos revelan los sentidos; y el hecho, además, de que ciertos seres, en ciertos momentos de gracia, tienen de esa realidad una percepción directa e intensa, y más o menos profunda, más o menos vasta y englobante, más o menos duradera también, de un caso a otro. Creo que desde el momento en que tuve conocimiento de los primeros capítulos de ese libro, eso se convirtió para mí en un *hecho* – igual que treinta años antes, adolescente de dieciséis años, tuve conocimiento del *hecho* de la existencia de una Inteligencia creadora actuando en el Universo ([83]). Un hecho patente, irrecusable, aunque aún estuviera algo lejano, aunque no estuviera muy claro en qué medida me atañía, a mí, personalmente[799].

[796] Hace unos años tuve conocimiento de un caso similar: una iluminación (menos fulgurante y más extensa en el tiempo) se produjo igualmente en prisión y en confinamiento solitario, en un hombre también ateo y encarcelado por actividades políticas subversivas. Se trata de Arthur Koestler, mientras era un condenado a muerte con la ejecución en suspenso, esperando el desenlace de esa aventura en una cárcel franquista. Ese episodio "místico" de la vida de Koestler parece poco conocido. Lo silencia en el primer relato que publicó sobre su experiencia en prisión – para que no pareciera (dice él), con una especie de "conversión religiosa" (¡sin sacerdote y sin religión!), que rechazaba sus convicciones políticas y filosóficas (entonces era comunista). Eso no impide que esa experiencia, totalmente impensable para él (antes de que ocurriera) igual que antaño lo fue para mi padre, fue seguida en él por un trabajo interior intenso y fecundo, que continuó (creo entender) durante toda su vida. Da cuenta de esa experiencia y de su importancia en su vida, en su libro autobiográfico "Jeroglíficos", en el capítulo "La Ventana abierta". (La ventana que da, justamente, a la "otra realidad"...)

[797] Entre los años 1973 y 1977, tres de mis amigos me han participado independientemente una experiencia similar, todas de corta duración – una especie de percepción extra-sensorial muy viva de "otra realidad". No tengo dudas de que haya podido haber fabulación en alguno de los tres – ¡esas cosas se notan! Creo que ese tipo de experiencia (cubriendo seguramente un abanico más amplio que las que Bucke calificaría de "cósmicas") no es tan raro como generalmente se supone. Pero el efecto de tales revelaciones vivas y fugaces permanece casi siempre limitado, porque son muy pocos los que verdaderamente se las "toman en serio": los que no sólo no la apartan como una alucinación más bien inquietante, o se extasían como ante una encantadora aventura, sino que saben reconocer en ella un "mensaje" crucial, y se dedican a sondear y profundizar el sentido del mensaje durante toda la vida, como fue el caso de Koestler, o el de casi todos los que nos habla Bucke. Por lo que puedo juzgar, en ninguna de las tres personas a las que he hecho alusión (no más que antaño en mi padre), hubo tal trabajo.
Koestler también insiste en la importancia del trabajo, para que la experiencia–revelación no permanezca encerrada en el cofre de los recuerdos como una curiosidad insólita que fascina o espanta, mientras que está hecha para fecundar una existencia. Por decirlo de otro modo: el Acto de Dios en el hombre permanece privado de su fruto, mientras que una *fidelidad* en el hombre no le responda y lo prolongue.

[798] Recuerdo por ejemplo que me irritaba que Bucke tomara partido, sin duda más común en su tiempo que hoy en día, por que los "salvajes" estuvieran humanamente en un estado inferior respecto al hombre llamado "civilizado". Bucke se identifica con este último sin el menor signo de malestar. Además tampoco hay traza de tal malestar en Whitman, que era mayor. Pero ya apunta en su amigo más joven Carpenter, en el título del libro (publicado en 1889, doce años antes que "Cosmic Consciousness") "Civilisation: its cause and cure" (Civilización: su causa y su cura), Swan Sonnenschein and Co, Londres. Libro también imposible de encontrar, como debe ser, y seguramente muy adelantado a su tiempo...

[799] Esa era, en suma, la misma perplejidad que treinta años antes, a propósito de Dios–el–Creador ¡del que no

En cuanto a la segunda parte del mensaje, es la predicción (o visión profética quizás, que se cuida mucho de anunciarse como tal...) de que esa facultad de percepción directa de la otra realidad, reservada hasta ahora a ciertos seres y a ciertos momentos de claridad que iluminan toda su existencia e inspiran su misión – que esa facultad aún esporádica estaba llamada a extenderse y multiplicarse entre los hombres, para convertirse al fin (nadie sabría decir al cabo de cuántos milenios aún de laboriosa evolución humana...) en el lote común de todos los hombres y todos los momentos de su vida – una facultad tan común y tan inalienable a la especie como lo son en nuestros días la vista, el oído, el olfato o nuestras facultades de entendimiento ordinario

Por su mismo atrevimiento, y como todo lo que se permite voltear las ideas bien establecidas que forman y engrosan el aire de los tiempos, esa "predicción" (o esa visión profética, larga y tiernamente expuesta...) ciertamente no podía y no puede dejar de pasar por fantasía, por extravagancia a los ojos de todos los espíritus "razonables"[800]. Parecidos a laboriosas hormigas
N 254 afanándose en su hormiguero al pie de la montaña, y que tratasen con ◊conmiseración a una de ellas que se atreviera a hablar de una montaña que supuestamente las sostiene y las domina, y que ninguna de ellas ha visto jamás ni percibido en forma alguna.

Para apreciar la visión que un hombre tan inspirado como Bucke nos esboza a grandes trazos, abrazando los destinos de la especie humana en devenir tanto en su pasado como en su futuro, hay que saber verse a uno mismo y a la sociedad humana con una mirada que supera la escala de la propia existencia, y situarlas en el vasto movimiento creador de la Evolución; con una mirada que vea nacer y desarrollarse, crecer, declinar y desaparecer innumerables especies de plantas y animales, las ínfimas y las gigantes, sucediéndose unas a otras como olas sin fin en el Océano del Tiempo. En ese movimiento infinito que se remonta al principio de los tiempos, y prosigue sin descanso desde miles de miles de milenios antes de que el hombre entrara en escena furtivamente, cada ola que sube y que pasa se extiende a lo largo de millones y centenares de millones de años, mientras que los fugaces milenios se desgranan como segundos; como los latidos del pulso del Obrero, trabajando en las Canteras de la Vida – de la Vida lanzada en una búsqueda sin fin de su últimos Fines. Y en la escala mil veces más reducida de la sola especie humana, una de las últimas en aparecer y aún más improbable que todas la que la precedieron, las edades y las eras y las creencias y los imperios se suceden a su vez como otras tantas olas que nacen de lo Desconocido, suben y pasan en un momento para hundirse de nuevo en Él, en el Océano desconocido, sin fin y sin riberas...

Pero el timorato espíritu del hombre, ese animal inquieto, está clavado a su lugar (la punta de un alfiler...) y a su tiempo (una ínfima fracción de un suspiro...) como el perro a su perrera, con la cadena al cuello. Que haya leído pilas de libros de historia y arqueología y psicología y el Origen de las Especies de un llamado Darwin por encima del montón, eso no le impide estar íntimamente persuadido de que "¡mi perrera es el Mundo!", que dicho Mundo siempre
N 255 ha sido como es ahora ◊ante sus narices, y que por supuesto no podrá dejar de permanecer eternamente así. Para ese hombre nada de lo que se encuentra fuera del ridículo círculo que parsimoniosamente le permite la corta cadena que le sujeta y le ata (y de la que no se separaría ni al precio de su vida...) – nada de todo eso existe ni puede existir. Todo es imposible para el hombre–con–la–cadena y hasta su cercana muerte (el summum mismo de lo imposible) – hasta el momento (y todavía...) en que lo "imposible" se le cae encima al fin, un hecho consumado

estaba seguro si me atañía verdaderamente! Esta vez también decidí pasar de página – olvidar el buen Dios, y la "otra realidad", y mis perplejidades...

[800] Compárese con una nota al pie de la página N 250 más arriba, sobre la actitud hacia Bucke de ciertos biógrafos de Whitman. Seguramente son los que han preferido ignorar pura y simplemente la vena "mística" en la poesía de Whitman, incluyendo la singular experiencia evocada en "Song of myself" (Canto de mí mismo) – ¡que es sin duda el poema más conocido y citado y menos comprendido en toda la literatura americana! El papel crucial de esa vivencia de la que brotaron las "Hojas de hierba", papel tanto en la vida de Whitman como en su inspiración y en su vocación poética y en su relación con todo, debe ser sin embargo evidente a todo lector atento de Whitman, y además está atestiguado más allá de toda duda por el testimonio al respecto de los que mejor lo conocieron.

del que no captará el sentido ni el misterio...

Durante mi actividad militante, en los tiempos aún cercanos de Sobrevivir y Vivir, tuve amplia ocasión de familiarizarme, a lo largo de días y de meses, con esa ceguera, ante la que la tímida y tambaleante razón razonante decididamente no tiene peso. Constatar el ineluctable fracaso, allí, justo ante nosotros (que sin embargo la simple razón, cuando no está atada, nos hace ver claramente...); concebir que la sociedad humana pueda desaparecer (y el hombre y lo demás con ella...), o solamente que pueda cambiar profundamente (so pena de que el hombre mismo perezca sin remedio...) – esas son cosas que superan visiblemente las capacidades de entendimiento y de imaginación hasta de de las personas mejor informadas y más sabias, incluso las más ejercitadas (se diría) en usar uno y otra. No es que la razón, ni a veces una potencia cerebral tremenda, falten, ni con frecuencia la intuición que capta "al vuelo" esto y aquello en tal caso o tal otro. No son los medios brillantes lo que falta – ¡pero está esa dichosa cadena al cuello que lo estropea todo!

Nadie la ve, la cadena, y la que llevamos menos que cualquier otra. Los "grandes" del espíritu, no son los que no tienen cadena (no hay nadie en el mundo que no tenga la suya...), sino los que en ciertas ocasiones (no se sabe por qué impulso o por qué fidelidad a su vocación humana...) se sueltan de ella – ¡y galopan libremente! Maurice Richard Bucke, ese hombre modesto y amable, era uno de ellos. Y Walt Whitman y Edward Carpenter también. Cada uno de esos tres hombres era de los que se atreven a largar las amarras cuando llega la hora – cada uno en su estilo, recorriendo libremente, con los ojos abiertos, los espacios que le esperan, a *él* – los mismos que tiene la misión de explorar y de contar. (O de cantar, si es músico o si es poeta...) Darlos a conocer, por imposible que sea, a los que sabiamente permanecen atados a sus perreras y que ¡lo siento! no se creen ni una palabra de lo que cuentan o cantan o demuestran esos extravagantes cómicos o chocantes – esos perros vagabundos...

N 256 ◊Al pensar ahora en ello, me parece una coincidencia extraordinaria, o mejor dicho una *suerte* inaudita, única tal vez en la historia espiritual de nuestra especie, que las vidas y los destinos de esos tres hombres de tal estatura, de tal abertura, de tal *amplitud* humana cada uno, se hayan no sólo cruzado o rozado sino largamente codeado, al nivel que era esencial en la vida de cada uno; que sus misiones se hayan desencadenado mutuamente, iluminado, apoyado a lo largo de decenios de una relación de calurosa simpatía y de escucha mutua que no tuvo (por lo que sé) nubarrones hasta la muerte de Whitman primero (en 1892), y de Bucke después (en 1902)[801]. Además es en el libro de Bucke, que consagra a cada uno de sus dos amigos un capítulo substancial y fascinante, donde he visto por primera vez los nombres de Walt Whitman y de Edward Carpenter, y he comenzado a conocerlos a poco que sea. Y en el recuerdo que guardo de ese libro, recuerdo que se ha ido borrando progresivamente a o largo de los trece o catorce años que han pasado de esa primera lectura, son las figuras singularmente atractivas de esos dos hombres, y también la del mismo Bucke (pero en menor medida, lo reconozco, porque en su modestia el autor se coloca muy por debajo de sus dos amigos...), son sobre todo ellas las que han permanecido vivas en mi recuerdo, como encarnaciones vivaces y amables del extraño e intrigante mensaje que me llegaba.

A decir verdad, más allá del tiempo que nos separaba, me sentía fraternalmente cercano a cada uno de esos tres hombres. Y el mismo mensaje, por ajeno a mi universo mental que pudiera parecer por sus insólitos aspectos de espiritualidad esotérica, no suscitaba menos fuertes resonancias en mí. Después de todo, la visión profética de Bucke me llegaba casi como una *respuesta*, que se hubiera adelantado casi medio siglo a mis propios interrogantes sobre la gran "Crisis

[801] Sin duda debería añadir a esos tres hombres un cuarto, Horace Traubel, que menciono de pasada en la nota "Los antepasados del hombre – o en ruta hacia el Reino" (n^o 81). Si no lo he hecho, es sólo porque (debido a mis limitadas lecturas) la persona de Traubel me es menos familiar, y también menos cercana, que las de Whitman, Bucke y Carpenter.

evolucionista"[802] en la que nos veía metidos sin remedio, y sobre la "Mutación evolucionista" que debíamos franquear en el espacio-récord de una generación o dos, ¡¿so pena de desaparecer?! Una mutación de naturaleza *cultural* esta vez (como entonces o veía), y no biológica como en los grandes "Saltos" evolucionistas del pasado...

N 257 ◊Ciertamente, no es de una *mutación* de lo que habla Bucke, sino más bien de una larga *evolución*, llamada s desarrollarse durante milenios, si no aún en más tiempo. Pero las dos visiones, lejos de contradecirse, parecen completarse y confirmarse mutuamente. Actualmente diría incluso que la de Bucke podía iluminar singularmente a la que yo había llegado en los años precedentes. En efecto, sugiere que la mutación que tenemos ante nosotros no es tanto de naturaleza "cultural" (y por eso, subordinada por poco que sea a los mecanismos sociológicos), como de esencia "espiritual"; con más precisión, que era, de alguna manera misteriosa, inseparable de la existencia (¿y de la acción?) de esa "*otra realidad*" que el libro de Bucke se esforzaba justamente en evocar.

Sin embargo, esa "otra realidad" permanecía entonces demasiado alejada aún de mi universo mental, demasiado alejada de lo que hasta entonces me había revelado mi experiencia inmediata de las cosas, para que pudiera ser integrada en mi visión del Mundo, y de la evolución en breve plazo que está ante nosotros, de manera que no permaneciera superficial, que tocase más profundamente que una convicción o un conocimiento intelectual sin más. Y sobre todo, la visión de Bucke se desplegaba en la óptica de una Evolución que se desarrollaba sin mayor accidente durante un tiempo ilimitado. Por eso, estaba totalmente fuera de onda con la *situación de urgencia* en la que ahora nuestra especie estaba acorralada. Y el balance de mi experiencia en los años precedentes, que iban a confirmar los siguientes años (y hasta el año pasado todavía), no me proporcionaba ninguna razón para esperar que la necesaria y urgente Mutación se haría realmente. Bien al contrario, en términos de simple sentido común que saca la lección de mis pasadas experiencias, y de todo lo que conocía de la Historia de los hombres, esa Mutación parecía una cosa hasta tal punto improbable, inverosímil, utópica, que llegaba a ser propiamente *imposible*[803].

Finalmente es en esa impresión, en ese "vacío abierto", en esa muda interrogación que ya no espera respuesta, en esa esperanza muerta (¿pero realmente estaba tan muerta como

N 258 parecía?...) de la que se evita pronunciar ◊el nombre – es ahí donde finalmente permanecí en ese momento, y en los siguientes años hasta el año pasado[804]. No parecía que la fraternal voz de Bucke me aportase una respuesta que pudiera llenar ese vacío. Me llegaba como el canto lejano y dulce de una flauta, en medio de la humareda y las llamas de un inmenso incendio. Para que fuese de otro modo, sin duda habría sido necesario que me comunicase ese mismo conocimiento, el conocimiento "cósmico", el de la "otra realidad" de la que era mensajero. Un conocimiento que la palabra escrita o hablada es incapaz de hacer eclosionar. Sólo el Acto de Dios actuando en el alma humana tiene ese poder...

Por eso seguramente ese libro y su mensaje tienden a oscurecerse un poco en el marasmo de un medio–olvido. Un libro "muy interesante" ciertamente, que me había tenido en vilo durante unos días (que ya se habían esfumado en las brumas del pasado...), que había hecho circular entre mis amigos recomendándolo vivamente. Pero un libro sin embargo que concernía (así me parecía) a las preocupaciones de una época de mi vida ya pasada, y sobre la que no preveía volver jamás[805].

(75) Tiempo de muletas y tiempo de caminar (E. Carpenter y M. Légaut)

[802] Véase la nota "La Gran Crisis Evolucionista – o una vuelta en la hélice" (n^o 37).

[803] Sin embargo hubo *una* experiencia notable, aún muy cercana, que no iba en ese sentido de la "imposibilidad" de una renovación, sino que hace poco alumbró una gran esperanza. Véase al respecto la sección "Una charrúa llamada Esperanza" (n^o 59).

[804] Véase la sección citada en la precedente nota a pie de página.

[805] Véase la continuación de la reflexión en la nota "Simientes invisibles – o las Llaves del Reino" (n^o 84).

(13 y 17 de noviembre)[806] El hecho de que los hombres que vamos a considerar, y probablemente otros más de los que no tengo noticia, hayan alcanzado esa "rara autonomía interior, junto con una auténtica experiencia religiosa", no disminuye en nada el alcance del avance logrado por Marcel Légaut[807] – el alcance no sólo para él personalmente, sino para la vida religiosa en general. Lo que diferencia sobre todo la experiencia y la misión de Légaut de las de sus grandes
N 259 predecesores, es que la experiencia (que ◊califico de "religiosa") de Whitman, Bucke y Carpenter se sitúa fuera de todo marco de una religión establecida y de las prácticas religiosas que ésta establece[808] – y por eso mismo se sustrae de entrada a la presión de esa losa plúmbea que pesa sobre los "fieles", el peso de siglos y milenios de una tradición inmutable, aceptada por todos como una autoridad intangible, absoluta.

Es cierto que Carpenter fue sacerdote entre los 25 y 30 años. Su padre también fue sacerdote, pero era un hombre abierto y de ideas liberales, que le "enseñó a pensar por sí mismo". Edward decidió ordenarse con la idea (muy cercana a la de Légaut dos o tres generaciones después de él) de que había que "cambiar la Iglesia desde dentro". Pero una vez a pie de obra, no tardó en percatarse de que "haría falta un buen montón de tiempo", seguramente más de lo que le sería dado vivir. Así "una ruptura total" con el medio y la Institución religiosa le pareció finalmente una "necesidad absoluta"[809]. Así, en circunstancias muy similares, la fidelidad de ese hombre a lo que era en profundidad, a una misión que sólo se le revelaría a lo largo de su vida, le
N 260 llevó a dejar el regazo protector de la Iglesia (sin duda la primera gran ruptura en su ◊vida, a la edad de treinta años), allí donde un Marcel Légaut comprendió que debía permanecer en la Iglesia: "llevar la Iglesia", como él dice – aunque sea como una pesada Cruz. Mientras que la meditación central en la existencia de Carpenter trataría sobre las cuestiones sociales y las cuestiones fundamentales que plantea al hombre de nuestro tiempo la sociedad que lo incluye y lo modela, la de Légaut iba a llevarle hacia los fundamentos de su Iglesia y de su religión.

La elección de Légaut de "permanecer fiel a la Iglesia" claramente no tiene la naturaleza de una simple "elección táctica", ni siquiera (como él mismo ha podido dar la impresión alguna vez) la de un "imperativo moral", que tendría validez universal para todos los creyentes miembros de una Iglesia que (tal como la viven) les paraliza y les pesa. Su elección, seguramente, procede de una fuerza más profunda que un oportunismo táctico o un imperativo "moral". En él, como en Carpenter al hacer la "elección" de una vía aparentemente opuesta que le llama con una fuerza igual de imperiosa, tales elecciones que comprometen toda la existencia se siguen

[806] Véase la cita de la presente nota en la nota anterior, página N 247. En lo esencial, la presente nota puede considerarse como una continuación de la penúltima nota "Todos los hombres son falibles – o el avance" (n^o 73).

[807] Se trata del avance que hemos considerado en la penúltima nota, citada ya en la nota a pie de página precedente.

[808] Éste es pues un punto común (entre otros anteriores) que ahora me une con esos tres hombres. Tal experiencia religiosa (incluso "mística") fuera de toda religión establecida, y que compromete toda la existencia, me parece que es algo raro incluso ahora. El único otro caso que recuerdo, al escribir estas líneas, es el de Arthur Koestler, mencionado en una nota al pie de la página N 251 de la nota anterior.

[809] Los detalles aportados aquí se han tomado del libro de Bucke "Consciencia Cósmica" (que hemos tratado con detalle en la nota anterior), página 238. Prácticamente todo lo que sé de Edward Carpenter proviene del Capítulo que le consagra Bucke en su libro (páginas 237–259). Es el más largo de los capítulos, junto con el de Walt Whitman, consagrados por Bucke a los diversos casos de "consciencia cósmica" descubiertos por él. La mayor parte del capítulo consagrado a Carpenter (el último de todos los casos considerados por Bucke como "mayores" o "principales") consiste en extractos de cartas o de libros de Carpenter. Entre los numerosos textos citados por Bucke a lo largo de su libro, los de Carpenter son los que me han enganchado con más fuerza – y esto en un momento (desde antes de 1974) en que estaba muy lejos de toda experiencia religiosa. Ese interés intenso y esa emoción, como si lo que leía me revelase lo que yo mismo ya hubiera sabido desde mucho antes, pero hubiera olvidado o no quisiera u osara creer – esos mismos movimientos, pero aún más vivos esta vez, han reaparecido en mi segunda lectura del libro de Bucke, el pasado mes de abril. En Carpenter veo el portavoz más elocuente y el más cualificado, junto con Walt Whitman pero en un registro muy diferente, para hablar al hombre moderno ateo, escéptico, desarraigado, a la deriva, pero en el que permanece viva una oscura, una invisible esperanza a la vez que un rigor que rechaza hacerse ilusiones – para hablar a ese hombre de la "otra realidad" que es nuestra herencia común, que nos espera a cada uno, en la que él mismo está ya arraigado con tanta fuerza y tan sencillamente.

espontáneamente, sin tergiversación y sin violencia, de la fidelidad del hombre a sí mismo y a su misión. Tal hombre es fiel al rechazar un peso que le aplasta y no es "el suyo", mientras que otro peso, el suyo, le espera. Tal otro lo es al reconocer como "suyo" ese mismo peso, llevándolo hasta el final y, de paso, transformándolo – para él mismo y para todos.

Creo que durante toda su vida adulta, y en todo caso desde su "salida" del medio universitario hacia una vida campesina a la edad de cuarenta años[810], Légaut ha querido ser un "discípulo de Jesús". Habiendo partido primero por el camino de otros discípulos del mismo Maestro, a lo largo de los años se vio conducido a dar a esa relación de "discípulo" un sentido renovado – un sentido que tuvo que descubrir y crear durante una vida. Maestro amado y ciertamente venerado, Jesús ◊ya no es objeto de una obediencia ciega, de una sumisión sin reservas, igual que no lo es la Iglesia surgida de su Misión y que reclama su autoridad; Iglesia de la que se siente un miembro responsable y profundamente involucrado. Su razón, en acuerdo pleno con su fe, le señala a Jesús como uno de esos seres benditos entre todos[811] que, hombre entre los hombres y compartiendo los riesgos y hasta los desfallecimientos inherentes a la condición de hombre, ha llegado a ser por su vida, creada día a día en la fidelidad a sí mismo y a su Misión, un "Grande entre los grandes". El que se funde íntimamente con la voluntad de Dios que actúa en él y a través de él, hasta el punto de que uno y Otro a veces parecen ser sólo uno. Más que un Maestro, ese hombre es para él fuente y aguijón, iluminando un camino que a menudo parece hundirse y perderse en la noche, y estimulándole sin descanso a despejarlo y a proseguir pacientemente, obstinadamente el incierto camino, no imitando, sino inspirándose en el espíritu de aquél que, hace dos mil años, le precedió.

N 261

El espíritu del Predecesor actúa en el discípulo que se inspira en él, por el movimiento mismo con el que el discípulo se esfuerza en alcanzar una comprensión del que fue Jesús, el Desconocido, el Enigmático – lejano en el tiempo, oculto por las Escrituras aún más que lo revelan, y sin embargo cercano como un gran Hermano mayor, hermano amoroso, riguroso, paciente y apasionado; sondear, a través de las brumas que lo rodean, aún más densas y espesas por la tradición y por el tiempo, y a la luz de la experiencia de su propia vida, *cuál* fue su camino; como abordó y reconoció los escollos en su ruta, y reconoció los signos, tan humildes y tan imperceptibles muchas veces, que debían iluminar sus pasos y hacerle descubrir y abrir un camino que nadie antes que él había pisado, que jamás ni él mismo ni nadie había osado soñar...

Así es cómo para el discípulo, el descubrimiento de sí mismo, de su propia aventura y de su propia misión, y también de los pesos que entorpecen sus pasos a veces casi hasta el punto de inmovilizarlo... – esa profundización de sí mismo progresa con ese mismo movimiento que le hace penetrar en una comprensión de aquél que, enfrentado a una tarea más "imposible" aún que la suya, y más solitario aún que él, fue por delante.

N 262

◊Vivir ese "otro" enfoque de su religión, y testimoniar esa vivencia y sus frutos, tal ha sido la misión de Marcel Légaut. No le conozco predecesores, en esa forma de vivir su religión como tal relación de "discípulo" con el hombre que la fundó. Este enfoque pretende de algún modo ser "común", es el de un "creyente", que se sitúa en el marco de una religión instituida y

[810] De nuevo aquí el paralelismo entre las vidas de estos dos hombres es llamativo. Después de colgar los hábitos, Carpenter trabajó de los treinta a los treinta y seis años en un medio universitario, iniciando una reflexión profunda sobre cuestiones sociales y sobre las bases mismas de la sociedad. "Entró en el estado de consciencia cósmica" en 1881, a la edad de treinta y siete años. Inmediatamente después de su iluminación, renunció a su status social y se estableció en el campo, llevando una vida laboriosa con compañeros de condición modesta, cuya compañía en adelante le pareció mas inspiradora y más en armonía con lo que él mismo era, que la de las gentes sabias y bien situadas. Su reflexión sobre la sociedad (según lo que cuenta Bucke) le llevó hacia una especie de socialismo avanzado, más o menos anarquizante. Espero poner próximamente la mano sobre un libro de Carpenter (parece que algunos de sus libros menos antiguos han sido reeditados), para saber más sobre la vida y el pensamiento de este hombre excepcional, uno de los precursores, ciertamente, de la nueva Era ante nosotros.

[811] Al hablar aquí de "uno de esos seres benditos entre todos", presento la manera de sentir de Légaut de manera algo tendenciosa. Seguramente allí donde he puesto un plural él habría puesto un singular, negándose a considerar que pudiera haber habido en el mundo un ser de estatura espiritual comparable a la de Jesús.

profesa una veneración privilegiada y única a su Fundador. Pero a la vez se separa de manera decisiva y profunda de las actitudes religiosas tradicionales, por la ausencia rigurosa de toda tendencia a la idolatría. La veneración profesada a un *hombre*, reconocido como tal y no como un "Dios hecho hombre", es "religiosa" por la percepción aguda (pudiendo a veces llegar a la adoración...) de la Acción de Dios en ese hombre; pero es religiosa sin ser por eso ciega, sin abdicar en nada del pleno uso de la razón y de las propias "facultades" – igual que ese mismo hombre dio ejemplo de ello. Si fue grande, no lo fue renegando de ninguna de sus facultades de conocimiento y de juicio ante una tradición todopoderosa. Él confió en ellas igual que confió en Aquél que se las había dado para que las usara plenamente, libremente – a su discreción, ¡y por su cuenta y riesgo! Y como pocos seres antes o después que él, fue fiel (y hasta en su muerte plenamente aceptada...) a lo que ellas le enseñaron, y a la vía que le ayudaron a aprehender y a desentrañar.

Es la veneración de un hombre elegido como ejemplo vivo, no como un modelo a imitar ni como objeto de culto. Sabe distinguir en él la parte de las *limitaciones* inherentes a la condición humana, de la de su *creatividad* propia que transciende los límites fijados por un tiempo y un lugar, llevada y nutrida por una fidelidad total a su ser profundo y a la Misión que él crea y sigue al mismo tiempo; y en fin, en interacción tan estrecha con esta creatividad humana que al hombre no le es dado poder distinguirlos claramente, el discípulo reconoce el *Acto de Dios* en ese hombre, cercano y amado de Dios entre todos. Dejar madurar en sí tal conocimiento de otro, en que la más viva luz roza y abraza sin cesar la penumbra y la espesa sombra que envuelven, ocultan y nutren el profundo misterio del otro – ése también es un trabajo creativo, un trabajo en que todo el hombre está comprometido, y al que seguramente Dios mismo no es ajeno. Con ese trabajo, al ritmo de ese conocimiento de uno más grande que él, el ser mismo madura, se conoce y crece...

N 263 ◊He aquí al menos lo que he creído sentir en el enfoque de Légaut de la vida espiritual, y cómo se me presenta su misión. Sin embargo *ése* no puede ser mi enfoque, pues mi camino, que va fuera de todo marco de una religión establecida, ha sido muy distinto. Jamás me he sentido discípulo, jamás he sido "creyente". Incluso hoy y menos que nunca, no "creo" en Dios. Un día *supe* que existía un Creador. Eso no tenía nada que ver con una creencia. Desde hace un año sé (porque Él ha tenido a bien hacérmelo saber) que ese mismo "Dios" vive y actúa en mí, igual que vive y actúa en cada ser – un Dios que no ha cesado de crear en cada lugar del Universo y en cada instante desde (¡al menos!) la creación del Mundo; un Dios que sabe reír y que sabe llorar, que ama todo lo que ha creado, que conoce y comparte toda alegría y todo sufrimiento, toda grandeza y toda ruina, sin turbarse jamás y sin dejar de apiadarse. Dios es muy cercano. Incluso cuando, demasiado liado con mis tareas ("a su Servicio", ¡por supuesto!), parece que se ha alejado, bien sé que Él está muy presente, y que soy yo, no Él, el que se aleja. Todo eso lo sé, es un *conocimiento*, que no sabría decir bien cómo me ha venido. No es una "creencia", en algo que un día alguien (aunque ese alguien no sea otro que yo mismo) me hubiera dicho y asegurado. Si alguien me lo ha dicho, es Dios mismo, y yo le "creo" o mejor dicho, tengo fe en lo que *Él* me dice – como tengo fe en mi capacidad de distinguir *Su* voz de toda otra voz. Voces a menudo más fuertes, eso es un hecho, y más fáciles de escuchar, ¡pero no por eso necesariamente fiables!

El hecho es que tengo el sentimiento irrecusable (que tal vez parezca blasfemo, ¡o tonto!) de conocer a Dios, por más incognoscible que sea, mucho mejor y más íntimamente que a cualquier otro ser del mundo – aunque Él sea un misterio infinitamente más vasto que todo ser de carne jamás creado; y de que Él está infinitamente más cerca de mí que ningún otro ser que yo haya conocido, padre ni madre ni esposa ni amante. Con más intimidad y perfección de lo que estuvieron ellos y de lo que podrían haber estado, Él es mi Padre y es mi Madre, y es la Amante y el Amante – y además, Él o Ella es un niño con su mano pequeña y ligera en la mía, que camina a mi lado, y yo tan fuerte ¡como si fuera el padre! Pero incluso, como ocurre a menudo, cuando Él o Ella parece que se esconde y parece que estoy sólo entre estos viejos muros

arqueados, viejo pájaro bobo que habla a sus gatos cuando no consigo mismo – aún entonces es Su compañía la que me complace por encima de todo, la que ningún otro, ¡ni siquiera de lejos! podrá igualar jamás.

N 264 ◊Es una situación que antes jamás hubiera soñado, ¡yo casi ateo! Y en estas condiciones, buscar la meditación de otro, aunque sea la de Jesús (que, dicen, está ahí justo para eso...), y sus buenos oficios cerca de Aquél o Aquella que me es mil veces más cercano que él, ¡verdaderamente eso sería buscarle una quinta rueda a una espléndida carroza que nunca ha rodado tan bien!

Todo esto no impide que entre el enfoque de Légaut de la vida religiosa y el mío haya puntos de contacto muy fuertes, un parentesco sorprendente. Seguramente por eso mi encuentro con su pensamiento ha sido tan excepcionalmente fecundo para mí – en un sentido, tal vez, ¡que de ningún modo había sido previsto ni deseado por él[812]! Pero, haciendo abstracción de ese impacto sobre mi propia persona, creo que su misión está destinada en primerísimo lugar a iluminar a hombres que, como él mismo, han sido educados en la práctica de una religión. Iluminarles, e inspirarles a transformar su relación con "su" religión mediante una creación espiritual incesantemente retomada, en la vía abierta, descubierta por él. Una vía pues que, integrando el ejercicio de la sana razón en la vida de la fe, pueda conducirlos fuera del callejón sin salida de una práctica religiosa solidificada en formas que ya son huecas, ciegamente sumisa a la autoridad religiosa (celosa garante de las formas), arrancada de la tierra y de las verdaderas fuentes de la vida espiritual.

No dudo que, la gran Mutación mediante, tal relación de autonomía interior y de libertad creativa de los "creyentes" con sus religiones y con sus respectivas Iglesias, termine por ser general. Siendo optimista, sin duda todavía faltan siglos – ¡en un abrir y cerrar de ojos para el Obrero! Pero falten siglos o milenios, es *ahí*, estoy convencido, donde debe llevar la vía abierta por el avance logrado por Légaut.

Una vez llegados a esa etapa colectiva que vemos apuntar aún muy lejos en el horizonte,
N 265 las religiones-instituciones sin duda están llamadas a desaparecer. ◊Su Misión conjunta, tal y como les fue confiada por los grandes "Iluminadores" del pasado, y que ellas llevaron a través de muchos errores, complacencias y traiciones (antes de que sean lavadas bajo las grandes Aguas del ¿Chaparrón?...) – esa Misión entonces estará cumplida: la de acompañar al hombre, desde su estado infantil de dependencia gregaria y de ignorancia espiritual, hasta su estado adulto: el de una existencia creativa plenamente autónoma, libremente asumida.

Me había preguntado por qué cabezonería, contraria en apariencia a esa sana razón de la que no quiso abdicar, un Marcel Légaut se obstina en permanecer fiel a una Iglesia decrépita y esclerótica, cargándose por ella con un peso tan aplastante y (me parecía al principio) tan estéril. La respuesta que ahora me viene es ésta: es para hacer posible y apresurar la llegada del lejano tiempo en que las Iglesias, esas muletas del hombre cojo, puedan al fin ser tiradas y desaparecer; cuando el hombre, saliendo de su estado de parálisis infantil, sin apoyarse más sobre nadie, ¡haya aprendido al fin a caminar!

(76) Walt Whitman – o boda de un poeta

(13, 15, 16 y 18 de noviembre)[813] Al hablar aquí de la poesía de Walt Whitman, se trata en

[812] Es de temer que nunca me entere, pues no está claro que Légaut (que tiene 87 años y no le falta ocupación) conozca algún día, aunque sólo fueran los (numerosos) pasajes de la Llave de los Sueños en que aparece su nombre, o que han sido escritos en respuesta a la lectura de sus libros. Hay como una ironía delicada y bromista del destino, en el hecho de que el único hombre que conozco que, sin necesariamente hacer siempre suya mi mirada sobre las cosas, esté suficientemente "conectado" para poder sentir y apreciar la sustancia de casi todas las cuestiones que toco en mi libro, y también el que he tenido más presente en el momento de escribirlo, sea también el que es tan dudoso que le quede disponibilidad para conocerlo alguna vez...

[813] Véase la cita de la presente nota en la penúltima nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad", página N 247.

N 266 primer lugar de la obra maestra del poeta, "Hojas de Hierba"[814], y ◊más precisamente de la primera redacción de esa obra. Es también la edición original, con una tirada de mil ejemplares a costa del autor–editor en 1855 (a penas vendió trescientos). Una especie de torrente poético y épico, en "verso" como nunca se había visto ("versos libres" como se dice ahora, ¡y realmente eran "libres"!), un torrente derramándose en un centenar de páginas con doce "poemas" sin título[815], sin el nombre del autor ni del editor en la cubierta ni en otra parte; en lugar de un nombre, un daguerrotipo de un hombre de pie, camisa de obrero con el cuello abierto, una mano en la cintura y la otra en el bolsillo del pantalón, muy relajado y a la vez con aire pensativo bajo un sombrero oscuro de ala ancha...

Fue escrito en la cresta de la ola que siguió a la "iluminación" (^{77}), la primera de todas, que debió tener lugar en el mes de junio del año anterior. Esa vivencia aún tan cercana es la que da a ese torrente informe y (a los ojos de las reglas del arte) demente, esa frescura y esa potencia que ningún "arte" podrá jamás inventar. Y esa misma fuente es la que le da su extraordinario impacto en ciertos lectores, para los que el encuentro con "las Hojas" ha sido uno de sus grandes momentos, un momento que marca un giro en la existencia.

Pero para que el mensaje trasmita toda la fuerza que le pertenece, primero hay que superar el shock de una expresión que parece desafiar toda forma y, peor aún, que parece deleitarse en poner negro sobre blanco, en transfigurar en "poesía", las cosas que todo el mundo siente como ordinarias, banales, triviales, cuando no directamente obscenas, repulsivas, inmundas...

Superar *eso*, ya, el reflejo–rebaño, no le es dado a todos. Pero para leer a Whitman y
N 267 leerlo en el diapasón que le es propio, ¿no hace falta ser ◊un poco "de la misma familia"? ¿Tener poros semejantes a los suyos para recibir las cosas simples y verdaderas, comunes como las hojas de la hierba o la grama, delicadas, misteriosas, efímeras, e infatigables como ellas – esas cosas que forman la carne densa y granada de un Universo amoroso? ¿Saber acoger como el poeta su caricia – o su zarpazo?

O lo que hace falta más bien es haber conservado como él algo de la inocencia del niño, o haberla reencontrado; que de nuevo se abra delicadamente la epidermis, como con mil pequeñas manos que acogen con alegría las brisas y los efluvios que pasan, caricias del Bienamado...

Cuando Whitman escribe sus "Hojas", llevado por una ola como no había conocido en su vida, ciertamente, y como ya no volverá a conocer, debe de creer que todo su pueblo, el pueblo

[814] Título original "Leaves of Grass". Esa selección de poemas se enriqueció, y por eso mismo se modificó, a lo largo de la vida de Whitman, en nueve ediciones sucesivas y hasta el año antes de su muerte, en 1891. El número de poemas pasó de 12 en 1855 a 383 en la "Deathbed edition" ("edición en el lecho de muerte" de 1891). La edición original, desconocida por el público durante más de un siglo (salvo para los "Whitman scholars", los eruditos especialistas en Whitman), fue reeditada finalmente en 1959 por Malcom Cowley (Viking Press, luego Penguin Books), y después ha tenido 28 ediciones sucesivas, la última hasta la fecha, en los "Penguin Classics" (que acabo de conseguir), es de este mismo año 1987. El texto de Whitman viene precedido por una excelente introducción del editor de una treintena de páginas. Por supuesto, no hay edición en lengua francesa de esa edición original de las "Hojas". Y lo que es más lamentable y casi increíble, el nombre de "Walt Whitman" no figura en los catálogos de las librerías francesas ¡en el año de gracia de 1987! Como no me lo creía, mi librero terminó por descubrir que hubo una traducción al francés de textos escogidos de Whitman, bajo el título "Poemas y Prosa", traducciones de Fabulet, Gide, Laforgue, Valéry Larbaud y Schlumberger, editada por Gallimard en 1918, reeditada en 1960 y agotada desde una fecha que desconozco. Oh siglo de la bomba y de Walt Disney...

[815] En posteriores ediciones Whitman terminó por darles títulos a esos poemas. El primero y el más largo con mucho, ocupando él solo la mitad del folleto, es "Song of Myself", el "Canto de Mí mismo" (o "Me canto a Mí mismo", según el primer verso del poema). Ése es el corazón de la recopilación, en él explota en su frescor primero y en toda su inspirada pasión el mensaje recibido por Whitman poco tiempo antes. Seguramente es su obra maestra entre todas – pero más que obra de la persona Walt Whitman, periodista de fortuna más o menos en estado de paro crónico, es del Huésped invisible que ha elegido su voz para hablarnos. De escritor mediocre, perdido en la masa anónima, he aquí que ese mismo Whitman se convierte de la noche a la mañana en un gran poeta y lo sabe (aunque aún sea el único en saberlo). Casi hasta su muerte treinta y siete años más tarde, escribirá prosa y poesía llena de sensibilidad, de verbo, de profundidad, de coraje. Pero el aliento que traspasa ese primer canto de un gran poeta es único en toda su obra. Y único también, seguramente, en todo lo que el hombre tiene memoria de lo que los poetas han osado sentir y decir sobre el hombre y Dios...

de la grande y joven América que aún se buscaba, vibraba con él, Whitman, su bardo recién nacido y su poeta, aunque aparte de él nadie lo supiera; que ese pueblo de sangre generosa, amalgama nueva de todas las razas del viejo mundo, sólo le esperaba a él para revelarse a sí mismo, tal y como el poeta siente a través de lo que sabe que es: ¡un dios que se sabe Dios, entre dioses que se ignoran!

Esas son en todo caso sus disposiciones, las de una exultación visionaria a la medida de una gran Nación y del Universo entero, que estallan como un himno ardiente, deslumbrante a través de las nueve páginas de la Introducción a la obra que acaba de nacer – introducción en prosa, ¡pero llevada en alas de gigante! Después de una deslumbrante apología de la misión del poeta (y sobre todo, del "mayor de los poetas", que permanece innominado...) en el vasto concierto de la Nación, termina con estas líneas de una fe virgen aún de toda duda:

> "El individuo es tan grandioso como una nación, cuando tiene las cualidades que hacen grandiosa a la nación. El alma de la más grande y más rica y más orgullosa de las naciones bien hará la mitad del camino al encuentro de la de sus poetas. Las señales son claras. No hay error que temer. Si una es verdad la otra es verdad. La prueba del poeta, es que su país le absorbe con tanto cariño como él lo ha absorbido."[816]

N 268

Además no escatimó esfuerzos, una vez que apareció el folleto, en dar algunos enérgicos empujones para estimular el encuentro entre ◊América y su poeta[817]. Nada que hacer, y el golpe debió ser más bien rudo: aparte de una emotiva carta de Ralph Waldo Emerson[818], fue sobre todo, y en la medida en que la prensa quiso tomar nota del micro–suceso, un diluvio de comentarios sarcásticos o indignados, incluso insultantes. No es raro que la desafortunada Introducción fuera abandonada sine die desde la siguiente edición, al año siguiente[819]. Salvo error, no fue exhumada

[816] Soy yo el que traduce, a partir de la edición de Cowley de las "Hojas" (véase la penúltima nota a pie de página.

[817] Whitman, que era periodista, se hizo su propia publicidad, escribiendo él mismo algunas reseñas anónimas y ditirámbicas (¡y seguramente sinceras!) de esas "Hojas de Hierba", y del magnífico hombre, hombre del pueblo como Vd. y yo y que se reía de toda "literatura", que lo había escrito y compuesto con sus manos etc. Fue publicado como "relleno" bienvenido por compañeros suyos, en diversos periódicos. Whitman debía estar muy lejos de pensar en ese momento que, menos de cien años después, habría biógrafos que irían a husmear muy de cerca sus menores hechos y gestos (cual una legión de detectives profesionales...), ¡y que no iban a pasar por alto esos pequeños trucos! Igual que no pensaba que esas extravagantes alabanzas iban a contrastar extrañamente con el tono general de la acogida que le estaba reservada (¡la acogida–corrida!), y le harían plantearse cuestiones...

[818] Emerson parece haber sido en esa época el escritor y el filósofo mejor visto por la *intelligentsia* americana, con mucha audiencia entre el gran público. Su carta a Whitman (del 21 de julio de 1855) es sin duda el escrito de Emerson más leído hoy en día. Y quizás su acto de espontaneidad y de coraje, de fraternal y generosa acogida a un ilustre desconocido que él llama su "bienhechor", sea también el más notable y que más le honra en su brillante y larga existencia (1803–1882).
Whitman se encargó (y sin pedirle permiso al autor) de que la carta fuera publicada por el New York Tribune y (según Cowley) "asombró y horrorizó a la pequeña "república de las letras" americana. Nadie estuvo de acuerdo con Emerson aparte de un puñado de trascendentalistas extremos, como Thoreau y Alcott".
Es interesante notar que Thoreau, igual que el mismo Emerson, es situado por Bucke entre los casos de hombres que por poco que sea han "entrado en la Conciencia Cósmica". El crédito que así da a Emerson y Thoreau quizás no sea ajeno al caluroso apoyo que dieron a Whitman. Por mi parte, Thoreau forma, con Whitman y Melville, la "gran Trinidad" de las Letras americanas en siglo pasado.
Con esa carta en el bolsillo incluso antes de que se terminasen de encuadernar los volúmenes de las "Hojas", Whitman devio creer que todo estaba conseguido. Por otra parte Cowley estima (sin razón según yo, pues se olvida del buen Dios...) que sin Emerson, dice él, "Whitman, que fue casi universalmente condenado al menos durante los diez años siguientes, nunca sería más que un grito en medio de una multitud".

[819] Esa edición de 1856 presenta un texto cuadruplicado respecto de la edición original. Todavía es "artesanal" y a costa de Whitman. La primera edición de las "Hojas" encargada a editores profesionales es la tercera, que no apareció hasta 1860. Los editores, Thayer y Eldridge, grandes admiradores de Whitman (¡había que serlo para correr ese riesgo!), quebraron ¡qué pena! al siguiente año – y siguieron siendo amigos fieles del poeta toda su vida. En la edición de 1856, expurgada de la Introducción que había fracasado, figura por el contrario (siempre sin

N 269 en ninguna otra de las ◊numerosas ediciones de las "Hojas", durante más de cien años[820].

Para Whitman debió ser un recuerdo más bien penoso, ¡hasta qué punto había estado equivocado, y con qué grandiosa seguridad! en sus previsiones de una especie de boda por amor entre el Pueblo Americano (en espera de la Humanidad entera) y "el mayor de los poetas". Con eso había proporcionado buenos vergajos para pegarle. No faltaron las lluvias de golpes. Aún hoy se encuentran entre los críticos literarios, a pesar de que ha pasado más de un siglo, comentarios condescendientes sobre el "nacionalismo estrecho" y sobre la "megalomanía" de Whitman ([80]).

Durante toda su visa, no dejaron de predecir que el pretendido "poeta" Whitman, que sólo Dios sabía cómo continuaba atrayendo aún a cierto público, no tardaría en hundirse para siempre en las papeleras del olvido que se merecía. No parece que en ningún momento Whitman se haya desanimado por tales sarcasmos. A través de las preocupaciones de una semi–miseria endémica y tenaz, con pocos amigos, y más tarde también de una larga y penosa enfermedad, clavado a su silla de ruedas, nunca tuvo (según todo lo que sé) la menor duda sobre el alcance único de su misión, ni sobre su perennidad. Ciertamente tenía el buen sentido de no proclamar más tales cosas a bombo y platillo, ni siquiera a sus amigos más cercanos. Pero éstos sabían bien cuál era su sentimiento al respecto. Y el hecho es que casi un siglo después de su muerte, su poesía y su mensaje, y su misma persona en su misterio que permanece insondado, son más actuales que nunca. Con el tiempo, todos ven claramente su estatura, más indubitablemente que en vida, en que raros eran los que tenían la autonomía interior para poder apreciarlo.

Es verdad que todavía hoy Whitman no es el "poeta del pueblo", presente en todos los hogares del país, amado como el cantor de las gentes y las cosas "comunes", de la gente
N 270 "ordinaria". Se estÃ¡ de acuerdo, ciertamente, en considerarle ◊realmente (¡quién lo hubiera dicho!) como "el mayor poeta" que América haya producido. Los libros que se le dedican, examinando su obra o su vida (que permanece enigmática), ya son incontables. Constatado eso, hay que decir sin embargo que todavía hoy son raros los que, más allá de criterios "literarios" siempre convencionales y en suma ridículos, se nutren de él, los que se han encontrado a través de su gran "Canto de Mí mismo" – igual que al escribir ese canto de su alma el poeta quiso que se encontrasen, y *sabía*, profundamente, que se encontrarían. Las barreras que en cada uno se le oponen quizás sean hoy tan poderosas como siempre. Walt Whitman el amante de Dios, vagabundo inspirado "walking amazed at my own lightness and glee..." – caminando ligero, llevado por tan indecible felicidad que él mismo todavía se asombra y se maravilla – mientras se había desprendido para siempre de pesos inmemoriales, le costaba, con la jovialidad de su amor que le rebosaba en canto, darse cuenta del poder que esos pesos guardaban *en los demás*. En aquellos a los que se daba en ese Canto, aquellos a los que amaba al hacerlos partícipes de su extraordinario, su prodigioso secreto...

Creo que siempre ha sido así, sin excepción, en todos los que de repente se han encontrado con un conocimiento nuevo, un conocimiento que sabían que no tenía precio, hecho para ser compartido con todos. En ese estado de exultante ligereza, en ese ardor de compartir, ¿*quién* de esos elegidos no se olvida enseguida de la colosal inercia que pesa sobre el mundo de los hombres, igual que pesa sobre el alma de cada uno – de cada uno de esos hermanos a los que, más que nunca, se siente ligado por lazos misteriosos y esenciales, fuera del tiempo?

Ese olvido, que a una mirada superficial puede parecer cómico o hasta ridículo, es sin embargo el olvido de lo que la nueva mirada nos muestra como "*accesorio*": esa materia que pesa sobre el espíritu con la fuerza inexorable de una fatalidad, para llevarle imperiosamente y sin cesar a la ganga tenaz en la que permanece metido hasta el cuello. Lo *esencial*, eso no

autorización del autor) la famosa carta de Emerson, además de una respuesta de Whitman regalándole un "querido Maestro". (¡No podía hacer menos, quien había sido llamado "mi bienhechor"!) Habiéndose enfriado las relaciones entre ambos, esa publicidad también fue eliminada en la edición de 1860.

[820] La exhumación se realizó en 1959 por los cuidados de Malcom Cowley, en la citada edición.

está en ese peso, no está en la materia (que a veces parece llenar el Mundo hasta el punto de ahogarlo...), no está en lo que aprisiona, que intimida, que tranquiliza, que retiene, ni en lo que en todo tiempo parece separar al que teme del que *sabe* – sino que está en lo que anima y da sentido a la materia, lo que no tiene medida ni peso, en lo que libera cuando llega su hora; en lo que hay de *común* entre el que sabe y los que un día sabrán, y de común también entre los seres entregados a la muerte carnal y Dios, que los contiene y los abraza y los entrelaza.

N 271 ◊Olvidar lo accesorio, es también olvidar el tiempo. Es ver como cumplido lo que ha de cumplirse en cien años, o en mil o en cien mil – nadie sabe cuándo, quizás ni Dios Mismo, antes de que el fruto esté ya maduro para caer.

Tal confusión entre "ahora" y "un día Dios sabe cuándo", eso presenta por supuesto inconvenientes, lamentables para el interesado e incluso (según su audiencia) para muchos otros también. Así Jesús al anunciar, con toda la autoridad del que *sabe*, que la Hora se acercaba – y he aquí que ya han pasado casi dos mil años, y la cristiandad que tanto la había esperado, esa Hora, decididamente ha dejado de creer en ella y ahora menos que nunca, ¡cuando está más que madura y a punto de caer[821]! Y Whitman, con su anuncio casi oficial de boda con América, y en segundas nupcias con la Humanidad, seguramente parecía tonto ¡en un momento en que visiblemente eso no iba por ese camino!

Sin embargo no parece que eso le haya bajado los humos tanto como pudiera creerse. Se contentó con reembalar su anuncio, prematuro y decididamente insostenible vistas las circunstancias. Me parece que en el fondo sabía muy bien que no se había equivocado tanto como podía parecer. Eso no tenía nada de globo que de repente se hubiera desinflado, bajo el ataque de algunas plumas rabiosas. No, Walt tenía un garante, y aunque quizás *nadie* viera a ese garante, *él* lo conocía íntimamente. Había olvidado lo accesorio, de acuerdo, que se vengaba a su manera (sin que Whitman pensara jamás en lamentarse, ni en quejarse de nadie). Ya en los años (si no en las semanas) que siguieron al imprudente anuncio, debió darse cuenta que esa "boda", que había sentido y sentía de tal forma que jamás podría recusar su evidencia – que esa boda no sería para mañana, ni siquiera para esta vuelta en la gran noria. ¡Así que mejor no insistir!

Pero si desgraciadamente se había olvidado de lo que seguramente saltaba a la vista del más obtuso, en cambio veía lo que nadie (es un decir) veía: *lo que cuenta*. Lo que verdaderamente cuenta para el que *sabe*. Lo que permanece. Lo esencial. Y eso esencial, bien sabía él que aún cuando chochease (si eso llegara a ocurrir), o mucho tiempo después de que los gusanos se

N 272 hubieran comido y ◊digerido a gusto ese cuerpo, esa maravilla que había cantado con asombro (y cantando a la vez "su alma", la Bienamada...) – *eso*, en diez años como en diez mil, lo recordaría.

¡Y que la boda por amor se haría!

(77) Walt Whitman (2) – o Eros y la Unión Mística

(19 y 20 de noviembre)[822] El mismo Whitman nunca (que yo sepa) utilizó el término "iluminación" ni ningún otro parecido, para referirse a esa experiencia o a otras de la misma naturaleza que tuvo después. A decir verdad, parece que nunca se "refiere" a ella y que incluso con sus allegados, se abstenía de hablar de ella. Sin duda juzgaba que lo que debía decir de ella estaba dicho en su "Canto de Mí mismo", y más particularmente, en la tercera o cuarta página, en la veintena de versos que constituyen el quinto movimiento del Canto, comenzando por: "I believe in you my soul..." – creo en ti, alma mía...

Esos versos (con más precisión, cuatro de ellos), evocan en términos carnales una escena de amor, entre el poeta (cuyo nombre sólo aparecerá una vez y mucho más tarde en todo el

[821] Compárese con la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20) especialmente las páginas N 54 – N 55, y la nota "Cuando hayan comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

[822] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta", página N 266.

poema) y "su alma". Comprendo bien que era lugar, digamos, para lanzarse a dar explicaciones para intentar distinguir entre el símbolo carnal y la realidad espiritual que expresa, y además, entre esos dos diferentes planos de realidad, decir *dónde* exactamente se situaba la "vivencia real", la que le restituía el recuerdo.

Además estoy convencido que habría sido incapaz de hacerlo incluso por su propia cuenta. Que esa vivencia era bien "carnal" o "erótica", y con más precisión incluso "orgásmica", pero *transfigurada* de una manera totalmente inexpresable en palabras – elevada al plano espiritual con una intensidad tan radiante, deslumbrante (sin ser cegadora), "solar", como sólo la experiencia carnal y el amor humano con toda su dulzura y su potencia pueden evocar y hacer entrever confusamente, sin alcanzarlo jamás ni de lejos. Igual que la luz de una vela en la noche, o incluso una hermoso fuego de campamento, evocan la noción de "luz" encarnada en su plenitud por el sol, sin alcanzar jamás ni de lejos su deslumbrante claridad, ni la cualidad indecible de la luz
N 273 del día. Whitman es como un hombre que con sus ojos de carne ◊hubiera contemplado la luz del día a pleno sol, y que hablara de ello a los que nunca en su vida han visto otra luz que velas o antorchas u hogueras en la noche, cuando no sólo (y es frecuente) linternas de bolsillo o faros de coche atravesando las brumas con sus cortantes y crudos haces de luz fría y difusa.

Creo haber comprendido que lo que el poeta llama "mi alma" no es lo que yo llamaría así, ¡sino "el Huésped invisible"[823]; que es *Dios* y su acción en él, Walt Whitman[824]. Si le da ese nombre, "mi alma", seguramente es porque en el momento de esa experiencia y en las siguientes semanas, cuando escribió ese "Canto de Mí mismo" (que por tanto quiere decir también: "Canto de Dios"), está hasta tal punto cerca de Él, el Amante (seguramente aún más cercano de lo que yo me he sentido jamás de mí mismo...), que lo siente como una parte íntima de sí mismo, como la parte de esencia espiritual por excelencia, lo que de mejor hay en él. En cuanto al otro de los amantes, aquél con el que sobre todo se identifica el poeta y que más adelante llamará "Walt Whitman"[825], en modo alguno es su "ego", su "yo" (que en esos momentos está ausente o al
N 274 menos, totalmente "fuera de juego"), ◊sino más bien lo que yo llamaría "su alma"[826]. El acto de amor que aquí se cumple es el *acto de unión del alma con Dios*.

En otras palabras: Dios ha elegido revelarse y unirse al alma (encarnada en ese momento en la persona de un "Walter Whitman"), por la vía de un Acto de "iluminación" *tomando como "forma" y medio de expresión el amor carnal*, la unión carnal de los amantes. Además tengo la clara impresión de que Whitman está lejos de ser el primer ser en la historia de nuestra especie

[823] Para el Huésped y los demás personajes que actúan en la psique, especialmente el alma, véase la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

[824] "Creo haber comprendido" es un eufemismo – no tengo ninguna duda de que es así. Además así lo ha entendido también Bucke, como salta a la vista por sus comentarios en "Cosmic Consciousness". Pero en este "caso" igual que en muchos otros en que cita textos de hombres que han "entrado en la Conciencia Cósmica" (según su expresión), el sentido de los comentarios de Bucke queda oscurecido por su propósito deliberado y sistemático de no utilizar el término familiar de "Dios", que reemplaza por la palabra "Conciencia Cósmica". (Fundiendo así en un mismo término un *estado de conciencia* "interno" de un ser, y una realidad de alguna manera "externa" que le transciende, y que es "la misma" para todos los seres.) Aún en mi segunda lectura del libro de Bucke, el mes de abril de este año, no supe captar cuál es el sentido de esa personalización y esa extraña divinización que a veces hace de esa famosa "Conciencia Cósmica", que se ha puesto como misión dar a conocer, y que siempre escribe con dos mayúsculas. En suma, y quizás sin que lo tuviera muy claro, dicha misión consistía ni más ni menos en reintroducir de incógnito entre sus semejantes, y bajo un nuevo nombre con aire, ¡a fe mía! serio y tal vez más aceptable, al "buen Dios" de los buenos viejos tiempos que había pasado de moda y que, desacreditado por sus indeseables seguidores, ¡se había vuelto insoportable!

[825] De hecho el nombre oficial es *Walter* Whitman, ése es el que figura en la declaración legal obligatoria incluida en la edición original de las "Hojas". El cambio del nombre Walter en "Walt" tiene visiblemente un valor simbólico, el de un cambio de personalidad (que ciertamente fue mucho más radical de lo que la subrepticia omisión de una sílaba podría sugerir...).

[826] Confrontado aquí a la expresión de la experiencia y la sensibilidad de otro, me veo llevado de nuevo a este misterio, bordeado tan a menudo en las páginas de la Llave de los Sueños: el alma humana, que siento claramente como *distinta* del Huésped, ¿no será sin embargo, d alguna manera misteriosa, indistinguible e idéntica a Él? En esta turbadora cuestión creo ver apuntar una débil luz, que quizás intente discernir en otra parte, si aún persiste...

que ha sido favorecido con una revelación de Dios que toma esa forma particular, "erótica" – aunque quizás sea el primero y tal vez el único en que esa revelación, esa intimidad carnal con el Amado, haya llegado hasta la unión completa del alma con el Amado. En cualquier caso, parece que Whitman ha sido el primero en haberse atrevido a decirlo; a decirlo, en suma, con palabras claras, a penas tamizadas por el claro–oscuro propio del lenguaje poético; el primero también, quizás, que tuvo la *misión de decirlo* – o si no el primero, al menos, que fue fiel a esa misión[827].

(78) Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres

(19 y 20 de noviembre)[828] Se me viene a la cabeza la misión de Freud, en el fondo muy cercana e igualmente pesada de llevar. Es chocante, Freud nació en 1856, el año siguiente a la primera edición de las "Hojas de Hierba" de Whitman, que (nacido en 1819) era treinta y siete años mayor. Dudo que estos dos hombres, en las antípodas uno del otro en tantos aspectos, hayan oído hablar siquiera uno del otro. Y sin embargo siento sus destinos extrañamente cercanos
N 275 y como solidarios. Me parece que sus misiones son *complementarias* de ◊manera perfecta. El papel "yin", "femenino" le corresponde sin contestación a Whitman, el mayor (como debe ser el yin), el papel "yang" o "masculino" a Freud[829]. Me parece que una y otra misión son como las dos caras, en apariencia opuestas y sin embargo inseparables, íntimamente entrelazadas, de una "*misión común*", de dimensiones sobrehumanas: la de *quitar y disipar el tabú inmemorial que separa al hombre de Eros.*

La parte de Whitman es esa empresa prometeica fue rehabilitar Eros como una fuerza de esencia divina, y la experiencia carnal como uno de los dedos de carne destinados a despertar en el alma ricas resonancias espirituales; como una de las llaves capaces de abrir el alma a la realidad espiritual hasta hacerle acoger al Dios–Esposa o al Dios–Esposo y a unirse con Él o con Ella ([79]). En su mirada sobre el Mundo, Whitman se sitúa desde el principio en la óptica espiritual, en la que los puros "mecanismos psíquicos" aparecen como fenómenos de inercia, totalmente accesorios desde una perspectiva a largo plazo, y no como procesos realmente dinámicos y creativos. ¡Mueven a los seres, las sociedades y la humanidad entera en círculos
N 276 que sin cesar se cierran ◊sobre ellos mismos y sin cesar nos hacen recorrer el mismo camino! En

[827] Véase la continuación de esta reflexión en la nota siguiente, que es su continuación inmediata el mismo día. Las he separado en dos notas distintas para remarcar, con los diferentes títulos, los dos temas, distintos e importantes ambos, que trato sucesivamente.

[828] Continuación de la nota anterior. Véase la precedente nota a pie de página.

[829] Últimamente he leído textos biográficos tanto de Whitman como de Freud, y ahora me doy cuenta de que en uno y otro los trazos "femeninos" estaban muy marcados (como es también mi caso) – quizás aún más en Whitman que en Freud. Bajo la presión de la cultura ambiente y de sus valores (como fue también mi caso), uno y otro los "compensaron" fuertemente, mostrando personajes en que los trazos de marcado carácter "masculino" son la vedette. Así Whitman, cuando se presenta, hacia la mitad del "Canto de Mí mismo" (versos 499-501), como

> "Walt Whitman, un americano, uno de los duros, un cosmos, desordenadamente carnal y sensual...
> comiendo bebiendo copulando, no un sentimental... ni uno que se pone por encima de los hombres
> o mujeres o aparte de ellos.. no más modesto que inmodesto." (Los ... son de Whitman.)

El hecho es que no tenía nada de "duro", y basta leer sus poemas o prosa para saberlo, sin tener que leer su biografía. Creo que en los siguientes años, y sobre todos con su experiencia de la Guerra Civil, esa pose un poco "macho" (pero nunca con algún matiz de brutalidad, ni de condescendencia hacia las mujeres) se desprendió de él sin dejar verdaderamente trazas.

Por el contrario Freud parece haber tenido más éxito en sus esfuerzos por modelarse según los valores "superyang" en vigor. Hasta hace poco, según lo poco que sabía o había leído de él, lo veía muy, muy yang: doctrinario, con sus afirmaciones categóricas (en que raramente admitía un pequeño margen para las excepciones...), actitudes a menudo autoritarias (pero no exentas de benevolencia, incluso de bondad, y donde nunca apunta el deseo de dominar...). También es un hecho que en su familia era muy Patriarca, como era costumbre de su tiempo. Sin embargo todo eso forma parte de la "estructura" superficial, del "yo", y no afecta al *fondo*. Lo que es seguro, es que no habría podido sondear la psique como lo hizo, como nadie antes de él supo no soñó hacerlo, si no hubiera tenido en grado sumo al menos esta cualidad "femenina" por excelencia: la capacidad de escuchar.

cuanto a la pulsión de Eros, que a la vez se inserta en esos mecanismos y a menudo los fuerza sin contemplaciones, por sí misma no es de esencia creativa en el plano espiritual[830], pero porta en ella como una *llamada* a sublimarse en fuerza creativa espiritual. Y la experiencia carnal que busca, ese mundo de sentidos de una inagotable riqueza de la que el amor carnal humano es como la más delicada y más intensa quintaesencia, rodea y se desposa con la realidad invisible más profunda, como una piel dulce y suave rodea el cuerpo de la Bienamada, llamando a su amante.

La parte de Freud, por el contrario, fue dar a Eros carta de ciudadanía en tanto que "objeto" de una investigación y de una reflexión racional rigurosa, siguiendo el prestigioso modelos de las ciencias naturales; de una investigación intelectual pura que no consiente en recular ante ningún aspecto de la pulsión, por "banal" o "anodino", por "trivial" y hasta "escabroso" o "inmundo" que sea según los sentimientos comúnmente recibidos y universalmente, totalmente compartidos por todos (al menos eso parecía...). En ese camino y con propósito deliberado, Freud intenta reducir el escurridizo Eros, e incluso la psique toda entera, a un conjunto de mecanismos susceptibles de ser observados, descritos, analizados, clasificados, y en gran medida (es de esperar) "comprendidos" e incluso *predichos*, conforme a las concepciones mecanicistas que animaban a los sabios de vanguardia en su tiempo. Las cosas que un Whitman dejará (y *deberá* dejar) en el limbo de lo "no–dicho"" y de lo indecible poético, Freud se esforzará concienzudamente y sin contemplaciones en iluminarlos con la luz más viva que pueda – incluso tan viva, y sobre todo tan cruda, que lo que el poeta (o yo que no soy poeta) percibe como esencial, como la esencia de la pulsión, muy a menudo es destruido o expulsado o alejado por ese haz brutal. (Pero eso es otra historia[831]...)

N 277 ◊Eso no impide que fuera totalmente necesario pasar por ahí: un gran escobazo y una gran bocanada de aire, para ahuyentar (aunque al principio sólo sea entre los más despiertos) los antiguos fantasmas y esos olores de vergüenza, de asco, de remordimientos y de miedo. Una limpieza a fondo, sí, allí donde se cocinaba a presión en vaso ultra–cerrado y comprimido, desde hace al menos diez milenios si no son cien o mil. Un avance decisivo en nuestra larga historia. Avance ciertamente de un estilo muy diferente, pero no menos decisivo que el logrado por Whitman, casi medio siglo antes. Pero quizás uno y otro son más bien como las dos primeras *brechas* que inician un avance aún más vasto, que se está desarrollando laboriosamente desde hace más de un siglo.

Había pensado llamarlo la "liberación de Eros", a ese avance capital, pero no es exactamente eso. No se trata de "desencadenar" a Eros, de animar (digamos) a los simpáticos y a veces molestos perros y gatos que hay en nosotros a imponer su ley al Amo de la casa, subirse a la mesa y quitarle el pan de la mano o de la boca. No se trata de liberar a Eros, perros fogosos

[830] Sobre el carácter creativo de Eros y sus límites, véase las dos notas consecutivas "Eros – o la potencia" y "el Sentido – o el Ojo" (n^{o}s 39, 40).

[831] Tendré que volver de manera más detallada sobre esa "otra historia": sobre ciertas limitaciones inherentes a la "actitud psicoanalítica" tal y como es practicada generalmente. (Actitud que Jung, si hubiera sido fiel a la misión histórica que le esperaba, sin duda habría superado, pero que siguió a pies juntillas tan ciegamente como todo el mundo.) En todos se nota que el papel de la "jerga" psicoanalítica, a base de nombres en latín y en griego, es eliminar en el observador de Eros (promovido a "psicoanalista") toda traza de movimiento erótico, hacer de él un puro Cerebro, y de Eros (e incluso del paciente que se confía a sus manos) un *objeto* – el objeto de una ciencia objetiva, impasible, soberana. Pero lo que se cree captar y sobre lo que así se habla es tan poco "Eros", como el cadáver de un hombre que se disecciona en el anfiteatro *es* ese hombre – el hombre vivo que fue.
Sin embargo el don de la simpatía, si le restituye al paciente su cualidad humana y hace posible una comunicación a nivel humano, no está creado por una inteligencia de la naturaleza de Eros. Ni tampoco ese correctivo indispensable a la práctica psicoanalítica: la mirada atenta y escrutadora sobre sí mismo (el "auto–análisis" como lo llamaba Freud), que juega un papel crucial en el desarrollo del pensamiento de Freud y de su conocimiento de la psique. Es el garante de una probidad y el camino de una profundidad que fueron la grandeza de Freud (y a las que Jung volvió la espalda). Pero si permite ver en acción los engranajes de una máquina, por él solo no basta para hacer sentir el soplo que anima la máquina psíquica, que nos llega de muy lejos, y que escapa a toda "mecánica". Lo que el poeta que hay en nosotros sabe, y que siempre se le escapará al "sabio"...

y gatos lascivos, para que campeen a gusto, sino de *liberar al alma*. Liberar al alma *del miedo*. Y la raíz del miedo del alma es su miedo a Eros. Liberarla del miedo es ni más ni menos que *liberarla del miedo a Eros*.

Cuando el Amo de la casa deje de tener miedo de sus perros y sus gatos encerrados y salvajes que aúllan y que gruñen y que maullan y que resoplan a porfía, ya no pensará más en ponerles cadenas ni en dejarles pudrirse en casetas y jaulas. Cuando perros y gatos dejen de ser maltratados, no pensarán en desahogarse Dios sabe cómo y en daros conciertos imposibles, en subirse a las lámparas y a las mesas (al menos mientras no se les anime). En cuanto a la manera en que jueguen y copulen entre ellos y con los del vecino (¡y que les aproveche!), ése es tema suyo. Y del buen Dios que, hace ya mucho tiempo, ¡se tomó la molestia de enseñarles cómo debían hacerlo!

N 278 ◊(79) Ramakrishna – o la boda de la Madre con Eros

(20 de noviembre)[832] Dar a entender aquí, a la luz de mi propia experiencia, que la vivencia erótica puede ser una vía hacia Dios, e incluso ser la forma elegida por Él para una "Unión mística" del alma con Él, sonará como un sacrilegio a oídos cristianos, para los que "Eros" o "La carne" guardan aún sus olores a azufre e infierno. Y sin duda hay que reconocer que los famosos "placeres" de la carne llevan más a menudo al infierno (¡un infierno de lo más terrestre y transitorio, afortunadamente!) que a Dios. Pero que Eros pueda llevar a Dios, e incluso que la Unión pueda tomar forma erótica, es algo reconocido en el hinduismo desde hace mucho, aunque los Maestros sólo hablen de ello (y por buenas razones) con reserva y discreción. Sri Râmakrishna alude a ello varias veces[833], dando a entender que es una vía muy resbaladiza (calificada por él de "vía heroica") hacia la Madre divina, y que raros son los que llegan al final.

N 279 ◊Él mismo tuvo hacia el sexo una actitud de rechazo visceral, de antagonismo, que se esfuerza en comunicar a sus adeptos. Actitud tanto más fuerte, seguramente, cuanto que se nota en él una naturaleza ardiente, emotiva, que "se iría" a las primeras de cambio si no estuviera vigilante. Y bien que "se iba", por otra parte, pero en éxtasis, a veces a la vista de la primera recién llegada, en la que reconocía a "la Madre divina". La atracción erótica y la energía erótica que liberaba se transformaba instantáneamente en una energía de orden superior, disparando la percepción de la Madre y el éxtasis.

Además Râmakrishna decía que toda mujer encarnaba a la divina Madre – y para mí eso no es una forma de hablar, ni "superstición". Así es como yo mismo he sentido a "la Mujer"

[832] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres", página N 275.

[833] Mi lectura de Râmakrishna, como la casi totalidad de mis lecturas de los "grandes espirituales" o de los místicos, es muy reciente. ¡Nunca he leído tanto en mi vida como después del mes de marzo de este año! Lecturas en la estela de mi experiencia "mística", ante todo con el deseo de confrontar su enseñanza con la experiencia de otros "espirituales" y lo que sacaron de ella. Mi fuente para Râmakrishna es la bien conocida recopilación de sus enseñanzas, en forma de aforismos, recogidos en los últimos años de su vida por los discípulos que vivían con él. La versión francesa, con el título "L'enseignement de Râmakrishna", editada por Jean Herbert, apareció en Albin Michel (1972).

La convergencia de mi propia experiencia con mucho de lo que pude aprender de la de Râmakrishna, llegó como una sorpresa. Hasta ahora, sólo en él he podido leer lo que sabía por mi experiencia del sueño: que la "divina Madre" (que es el nombre preferido de Râmakrishna para designar a Dios) puede aparecerse al adorador bajo el rostro de la Madre, o del Padre, o de la Amante, o del Amante, y hasta bajo el de su propio hijo; en efecto, ¡Ella (o Él) puede tomar no importa qué forma humana, animal y hasta de objetos (supuestamente "inanimados") para manifestarse a nosotros!

La principal diferencia que veo entre mi experiencia de Dios y la de Râmakrishna, es que la suya es muy poco "intelectual", el pensamiento participa en ella tan poco como es posible o pensable. Se sitúa ante todo en el diapasón extremo del éxtasis místico, hasta el punto de que Râmakrishna parece tener dificultad en concebir que una relación viva con la "Madre divina" pueda tener lugar y desarrollarse en un diapasón mucho más moderado, "low–key". No es de extrañar que con el régimen con que vivió, no llegó a viejo (y ésa no era su intención): murió en 1886, a la edad de cincuenta años.

toda mi vida. (Al menos todavía hasta el año pasado.) Pero para Râmakrishna, una vez que una mujer (incluyendo a su legítima esposa) era percibida como "Madre", la pulsión erótica hacia ella quedaba con ello desactivada al instante, por la entrada en acción inmediata del tabú del incesto (más poderoso en él que en nadie); o más exactamente, la pulsión no quedaba desactivada sino *desviada* a otra parte, más allá de ella, hacia la Madre extra–carnal que contiene y penetra y recibe todas las cosas.

No parece que Whitman percibiera a Dios, y la omnipresencia de Dios en las cosas, a través del arquetipo de la Madre, como era el caso de Râmakrishna (o el mío hasta hace muy poco). De todas maneras, la "vía heroica" de la que hablaba Râmakrishna evidentemente no es la que siguió Whitman, ni la mía. Pues Râmakrishna hablaba de hombres que partieron con la idea bien clara de "buscar a Dios" y que a este fin elegían tal vía o tal otra que les parecía propicia. (Creyendo saber ya de antemano lo que buscaban al final, seguramente la mayoría de ellos, entre los que creen haberlo alcanzado, no encontraron ni más ni menos que un producto de su imaginación, estimulado por sus lecturas.) Pero Whitman nunca tuvo la idea de "buscar a Dios" ni nada parecido. Si realmente buscaba algo (como supongo), debió situarse a un nivel inaccesible a la mirada ávida del "yo", enteramente a escondidas de la conciencia. Fue Dios quien tomó la iniciativa de ir a encontrarle, a Whitman, y lo hizo de la forma que Le pareció más indicada. Supongo que Whitman, ya desde los años que precedieron a la iluminación, asentía en su fuero interno a la pulsión de Eros, a la apertura particular (e irremplazable, debía sentirlo) que le daba sobre el Mundo y los demás. De otro modo, no habría podido recibir la experiencia como lo hizo, habría tenido pánico (como otros, seguramente, lo tuvieron...). Pero sobre todo, si Dios se dio a conocer a él de esa manera, fue (estoy convencido) a causa de la misión que con eso mismo le encargaba.

N 280 ◊Si me expreso de forma tan categórica sobre Whitman, es porque tengo el sentimiento de que mi vía se parece mucho a la suya en ciertos aspectos. Como él, Dios "vino a encontrarme" mientras que yo estaba lejos de pensar en él, y a mí también Él se me dio a conocer primero tocando las cuerdas eróticas de mi ser, tomando el rostro de la Bienamada o el del Amante. A decir verdad, hace ya ocho años sentí la llamada a llevar a los demás un mensaje sobre Eros, sobre la Madre y sobre el Niño que hay en el hombre[834]. Después comprendí que no había llegado la hora de dar un mensaje, que aún me hacía falta aprender y madurar. Actualmente el mensaje se ha renovado de arriba abajo, pero sobre todo: ya no soy mi propio mensajero, sino el de Otro. Igual que también Whitman, aunque no diga ni una palabra (y sin duda entonces no era el momento), era el mensajero de ese Otro. O el mensajero de esa "otra realidad", que ya conocía de primera mano, y de la que podía hablar con toda la autoridad interior, toda la íntima seguridad del que *sabe*.

En mi primera lectura de la "Hojas de Hierba", hace diez años, aunque el núcleo del mensaje aún se me escapaba a falta de haber vivido una experiencia similar a la suya, sin embargo ya me sentía cercano a él, por esa resonancia "erótica" en la percepción de las cosas que sentía en él. Y también por la audacia que tenía al dejarla vibrar libremente en la manera en que hablaba de las cosas. (¡Una audacia de muy distinto alcance, y muy distinto "valor", en esos tiempos que ahora!) Ahí veía como una afinidad de temperamentos sin más, en un momento en que el pensamiento de una misión que estuviera ante mí estaba bien lejos, y en que yo también

[834]Se trata del episodio de la escritura del "Elogio del Incesto" (¡mis disculpas por el título un poco escabroso!), que se trata en Cosechas y Siembras en dos ocasiones, de pasada: en el penúltimo párrafo de la sección "El Gurú–no–Gurú – o el caballo de tres patas" (CyS I, 45) y en la nota (n^o 43) que se refiere a él, y en la nota "El Acto" (CyS III, 113). Fue durante esta reflexión, realizada de enero a julio de 1979, cuando me lancé por primera vez en mi vida a lo que podría llamar una "reflexión filosófica" sistemática. Se centró en primer lugar sobre el juego de las fuerzas cósmicas originales "femeninas" y "masculinas", que entonces veía encarnadas en los arquetipos de "la Madre" y de "Eros". Esta reflexión se retoma y se desarrolla un poco, en una óptica más modesta y pegada a la tierra, en la tercera parte de Cosechas y Siembras, "La Llave del Yin y del Yang" (finales de 1984), y en el apéndice "las Puertas sobre el Universo" (marzo–abril de 1986).

estaba lejos de percibir la misión de Whitman.

Ese sentimiento de "parentesco" se ha confirmado singularmente con la experiencia (que bien llamaría "mística") del pasado invierno, y, a la par de ésta, con la progresiva revelación de mi propia misión. Con la reflexión de estos últimos días, que me confronta a impresiones
N 281 anteriores de mis lecturas de Bucke y de Whitman, retomadas la pasada primavera, veo ◊formarse una comprensión embrionaria de las misiones de uno y otro. (Esperando llegar también a un mejor conocimiento del mensaje y de la misión de Edward Carpenter.) Queda claro que mi misión prolonga de alguna manera a la de Bucke, el profeta del advenimiento de una "conciencia cósmica" común a todos los hombres. Y también, de manera quizás más inmediata y más esencial, la de Whitman: reconciliar al hombre con Eros, que en el fondo le asusta con su potencia incomprendida, tanto menos controlable cuanto le asusta...

Y reconciliarse con la Muerte. (Como Whitman, que "sabía", también se esforzó en hacer.) Es un *mismo* miedo, en el fondo, el que separa al hombre de la pulsión de vida que hay en él, y de su propia muerte. Reconciliarse, es amar. Amar a Eros, la pulsión de vida y de conocimiento que hay en nosotros, y amar la Muerte: la eterna Amante de Eros, eternamente abrazada a él, y a la vez la *Madre* que eternamente lo da a luz...

(80) Walt Whitman (3) – o predicción y visión

(19 de noviembre)[835] Esos críticos–biógrafos de Whitman no se dan bien cuenta, creo, de que actitudes que parecen retrógradas en el contexto contemporáneo tan cambiado, eran generosamente progresistas e incluso de vanguardia en su tiempo, hace más de un siglo. Ya la experiencia de la Guerra Civil americana, que dejó en Whitman una huella profunda e indeleble, hizo madurar mucho el flameante nacionalismo de su primera juventud[836].

Situando cuando es necesario ciertos pasajes de ese manifiesto poético[837] en su contexto histórico, siento a través de esas inspiradas páginas una profundidad y un soplo visionario digno
N 282 del Whitman del "Canto de Mí mismo". ◊Visión grande y generosa, ligando el devenir de una gran nación que acaba de nacer y que busca su identidad y su camino, a su capacidad de producir grandes poetas y de entrar con ellos en una relación de escucha mutua y de diálogo creativo. Una visión como nadie antes que él habría podido concebir en todo su atrevimiento, ni sin duda habría osado decir.

Es algo muy distinto de una simple *predicción*. Su papel es muy distinto y es de muy distinto alcance. Que no se realice en tales plazos (en los que quizás creía el mismo que concibió la visión...), e incluso que nunca se realice, eso no le quita nada a su grandeza, ni a la secreta fecundidad que le pertenece. El poeta, en unos de esos benditos momentos, de esos momentos de grandeza como pocos seres tienen el privilegio de conocer en su breve existencia, ve una Misión abierta ante un pueblo y una nación que acaban de surgir en el escenario del Mundo: una Misión digna del poeta, y digna de ese pueblo que él ama y ha sabido presentir en lo que tiene de mejor. Lo que *él mismo*, habiendo visto, tenía que hacer, lo ha hecho plenamente: *decir* su visión, y *ser fiel* a la Misión entrevista. Nadie puede hacer más: a los otros el ser fieles a lo mejor de ellos mismos, y por eso mismo a su misión, a la suya particular, y también, íntimamente ligada a ésta (e invisible aún a todos salvo a uno solo), a la que les es común como hijos de un mismo pueblo, como ciudadanos de una misma nación.

[835] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta" (n^o 76), página N 269.

[836] Apenas es necesario, espero, subrayar que ese nacionalismo a gastos pagados nunca toma en Whitman acentos belicosos o arrogantes hacia otras naciones. De manera general, durante toda su vida posterior a la revelación mística de junio de 1954, tuvo hacia todos los hombres, igual que hacia todo ser vivo sin excepción, una benevolencia que (por lo que sé) nunca falló.

[837] Se trata de la larga Introducción–manifiesto que abre la edición original de las "Hojas de Hierba" de Whitman, que se acaba de considerar en la nota (citada en la penúltima nota a pie de página) que la presente nota completa.

El poeta, quizás antes de que la hora esté madura, ha mostrado a todos (al menos a los que se preocupen de escuchar y de ver) una vía *posible*. Una vía oculta en los difusos limbos de las cosas aún por nacer, cosas que esperan las manos de los hombres de gran corazón que las acojan y las saquen a la luz del día y las hagan ser y crecer y devenir. Si la gran mayoría aún hoy todavía no ha escuchado la llamada, no por eso la visión fue menos verdadera y menos fecunda, ni el posible no–nacido llama con menos fuerza con esa voz que se calla, y que sin embargo no se ha apagado y todavía hoy nos interpela.

(81) Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!

(13 y 16 de noviembre)[838] Bucke primero pasa revista a catorce casos de "conciencia cósmica" que
N 283 considera como "principales" o "mayores": aquellos en que el acceso ◊a ese estado de conciencia superior le parece indubitable y particularmente marcado, y en que está, además, atestiguado por una obra notable en la historia del espíritu humano. Además de los ocho casos que acabo de mencionar, los otros seis son san pablo, Plotino, Bartolomé de las casas, Francis Bacon (que Bucke considera como verdadero autor de obras generalmente atribuidas a Shakespeare), William Blake, Honoré de Balzac. En el capítulo siguiente al que pasa revista a los catorce casos mayores, examina otros treinta y séis que califica de "adicionales – algunos menores, imperfectos o dudosos". Entre ellos, los nombres más conocidos son los de tres profetas judíos Moisés, Isaías, Gedeón, al lado de Lao–Tsé, Sócrates, Roger Bacon, Pascal, Spinoza, Swedenborg, Pushkin, Emerson, Tennyson, Henry David Thoreau, Sri Râmakrishna. Entre esos casos "adicionales" figuran una veintena de americanos contemporáneos de Bucke[839], siendo los más conocidos los citados Emerson y Thoreau, pero la mayoría (sin duda a petición suya) sólo figuran por sus iniciales, y algunos son de extracción y condición humilde. La mayoría no han dejado trazas visibles en la historia de su tiempo, ¡y seguramente estaban lejos de tal ambición! Su irradiación espiritual alrededor no era por ello menos innegable y visiblemente excepcional, a fe de los testimonios que cita Bucke, a veces el suyo.

Por mi parte, en los casi sesenta años que llevo rodando por el mundo nunca he conocido, hasta ahora, más que una sola persona de una irradiación comparable[840] (sin que por eso haya sido favorecido, por lo que conozco, con una "iluminación" cósmica o de otro tipo). La desespiritualización de la época actual me parece, por contraste, tanto más chocante.

Según su propio testimonio, la evolución espiritual de varios de los hombres de los que nos
N 284 habla Bucke fue marcada fuertemente por la lectura de las "Hojas de Hierba" ◊de Whitman. Además del caso de Edward Carpenter (que seguramente con razón Bucke cuenta entre los "casos mayores" de conciencia cósmica), y el del mismo Bucke[841], señalaré aquí el de *Horace Traubel*.

[838] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), página N 249.

[839] Esa circunstancia, y de manera general la "distribución cronológica" de los 50 casos anotados por Bucke en más de tres mil años de evolución humana, le llevan a concluir que (conforme a la tesis principal de su libro) la aparición de casos de "conciencia cósmica" en la humanidad está en estado de progresivo aumento, como debe ser según el modelo evolucionista para la adquisición de una nueva cualidad por una especie. Quizás haya aumento, pero la pequeña lista de Bucke parece un argumento bien débil, y es dudoso que tal cosa pueda establecerse jamás con un método estadístico tan rudimentario. Parece imposible decidir si no ha habido millares, e incluso millones de casos de "conciencia cósmica" a través de las edades, que escaparán por siempre ala grosera memoria de la Historia, ¡y cuyo reparto probabilista en el tiempo permanecerá por siempre desconocido! Como toda gran visión, la de Bucke escapa a todo argumento que después intentase "demostrarla" o solamente hacerla plausible, aunque éste pueda jugar un papel psicológico útil para profundizar esa visión o para comunicársela a los demás.

[840] Pienso en Marcel Légaut, como sin duda el lector habrá adivinado.

[841] Por supuesto Bucke no se incluye entre los cincuenta casos de "conciencia cósmica" que ha reunido. Pero nos relata su experiencia iluminativa, al igual que su vida poco ordinaria, en unas páginas demasiado cortas ¡qué pena! (páginas 7–1) de la Introducción a su libro. Refiero también al simpático prefacio de George Moreby Acklom (fechado en 1946), en que da otros coloridos detalles sobre la vida y la personalidad de Bucke, sin confiarnos por desgracia de dónde los saca. ¿Quizás del libro de Bucke "Man's moral nature" ya citado en otra parte? (Véase una nota al pie de la página N 250 en la nota n^o 74.

Bucke lo conocía bien personalmente, y formaba parte como Bucke del pequeño círculo de amigos íntimos del poeta. 39 años más joven que Whitman (nació en 1858), Traubel fue muy cercano a él sobre todo en sus últimos años, y recogió de él, durante amigables conversaciones fielmente anotadas día a día, numerosos recuerdos y comentarios de todo tipo. Esas notas de Traubel fueron publicadas a trancas y barrancas entre 1906 y 1964, en cinco volúmenes repartidos entre tres editores diferentes y actualmente imposibles de encontrar los cinco – mientras que pululan las biografías y "estudios" sobre Whitman escritas por autores que no habían nacido cuando él murió, ¡y que sólo lo han conocido a través de archivos! Decididamente, aún hoy y casi cien años después de la muerte de Whitman, sigue habiendo algo que falla en la relación del "público" (aunque sólo sea en medios literarios y editoriales) con un hombre y un poeta que en su tiempo fue sobre todo vilipendiado (de lo avanzado que era entonces igual que ahora lo es), y que sin embargo se está de acuerdo desde hace mucho (muy a nuestro pesar) en considerar como el mayor poeta americano.

Volviendo a lo que Bucke designa como "conciencia cósmica", sería necesario distinguir entre dos cosas bastante diferentes. Por una parte está el mismo estado de iluminación, que (según los términos de Bucke) marca "la entrada en la conciencia cósmica". Casi siempre no dura más que unos instantes. (El caso más largo que se conoce sería el de Pascal, en que se prolongó durante dos horas.) Por otra parte está el conocimiento impartido por esa iluminación. Casi imposible de traducir en palabras, ese conocimiento está vivamente presente en los días y semanas que siguen a la iluminación. Pero aunque necesariamente deba amortiguarse, no por eso menos un conocimiento permanente, fundiéndose íntimamente desde entonces y para siempre con el ser. Ese estado de conciencia, caracterizado por la presencia, más o menos viva
N 285 y activa según los momentos, de un conocimiento de primera mano, ◊fruto de una experiencia inmediata de una viveza indecible, me parece que es un *estado de madurez* particular, que se sitúa por encima, ciertamente, del que comúnmente se encuentra incluso en los medios llamados "ilustrados" o "espirituales".

Supongo que ese estado de madurez, caracterizado por el conocimiento íntimo de ciertos aspectos esenciales de la realidad espiritual, puede alcanzarse por vías que no son la "iluminativa" o, de modo más restrictivo, por una experiencia que responda a los criterios objetivos que Bucke ha intentado desentrañar, dándole el nombre de "iluminación cósmica" ([82]). El mismo Bucke no parece que se exprese claramente al respecto[842]. Tampoco estoy seguro de que en su empleo del término "conciencia cósmica" distinga netamente entre los dos estados tan diferentes: el estado "iluminativo" de la *visión* inmediata, en el sentido más fuerte del término, y el de un estado de *madurez* permanente, también con una "visión", duradera e inalienable esta vez pero en revancha difusa e infinitamente menos viva.

En la perspectiva evolucionista de Bucke (¡que hago mía sin reservas!), sin duda es de esperar que la especie humana accederá primero (a lo largo de siglos, o más bien de milenios) al estado de madurez "cósmica", actualmente realizado sólo en algunos raros "precursores" – ¡los verdaderos "ancestros del hombre"! Que en ese momento los estados de iluminación pasajeros más o menos duraderos lleguen a ser relativamente comunes, hasta el punto de que la mayoría de los hombres conozcan uno o varios durante su existencia. Que esa misma facultad de "visión iluminativa", antes esporádica, se extienda progresivamente en la vida de los hombres, y que al cabo de un tiempo quizás aún mucho más largo, termine finalmente por convertirse en una facultad permanente y común a todos, igual que hoy en día lo son nuestras facultades sensoriales

[842] (21 de noviembre) Hojeando el libro de Bucke, acabo de caer sin embargo en el siguiente pasaje (página 344):

> "Hay que recordar que la iluminación que llega progresivamente puede ser tan completa como la instantánea. Por qué hay tales diferencias en las modalidades del despertar de un caso a otro no puede ser explicado actualmente."

Además dudo de que exista una "explicación", en el sentido en que lo entendía Bucke, hijo de una época imbuida de espíritu positivista. Más bien diría que el Espíritu de Dios sopla donde Él quiere y como Él quiere...

o mentales ordinarias.

Ése será, en toda la plenitud del término y englobando a la humanidad entera (y no sólo a unos raros "elegidos"), el advenimiento del "*Reino de Dios*" en la tierra – el "Paraíso perdido"
N 286 al fin hallado, pero renovado, ◊transfigurado por ese conocimiento pleno "del bien y del mal" y de la esencia de las cosas que nos fue, se dice, negado al principio en el Alba de los tiempos...

Ciertamente, la gran Mutación que está ante nosotros no va a desembocar directamente en el Reino prometido. Más bien será como el desbloqueo de una puerta que nos mantenía prisioneros, y que se abre a un territorio inmenso, salvaje y desconocido. A través de él tenemos que abrirnos camino, para llegar infinitamente lejos más allá del lejano horizonte entrevisto entre las brumas, que sin cesar recula ante nosotros mientras avanzamos hacia él. Viaje de aventura del que ni hombre ni Dios tiene ya el mapa ni el itinerario. Es el mismo viajero el que día tras día crea el viaje y el itinerario, en un mano a mano con el país que le rodea y se le hace cercano, mientras que el objetivo parece olvidado, perdido en lontananza...

No obstante, sin querer ser profeta, me atrevería a decir cuál es el primer paso que habremos de franquear. Es el de comprender que es más urgente aprender a vivir en paz con uno mismo y con el hermano, que adquirir o poseer bienes (materiales u otros), de "hacerse una posición", o sondear la estructura de las nebulosas o de los electrones.

(82) "Conocimiento cósmico" y condicionamiento

(16 de noviembre)[843] Los casos de iluminación que Bucke estudia bajo el nombre de "cósmico" parecen ser, más o menos, los que en la tradición mística védica, cristiana o musulmana han sido descritos como correspondientes a las etapas más elevadas de la "experiencia mística", de la "experiencia de Dios". La división que opera Bucke entre los numerosos casos conocidos de iluminados, incluyendo en su hermandad "cósmica" místicos más o menos "oficiales" como Jakob Behmen y Juan Yepes (san Juan de la Cruz), y omitiendo otros como el Maestro Eckehart o santa Teresa de Ávila, no es siempre muy convincente, ni siquiera para un ignorante como yo. Quizás se deba más, a veces, al azar de las lecturas personales de Bucke (que no era un historiador especializado en la larga historia del "fenómeno místico"), que a criterios objetivos de discriminación. De todas formas, el tipo de "fenómeno" que estudia escapa visiblemente, a pesar de sus valerosos esfuerzos, a todo intento de clasificación "científica" en el sentido corriente
N 287 del término. Bucke era además el primero en ser consciente ◊de lo "borrosa" que, por su misma naturaleza, ha de ser una noción como la de "conciencia cósmica" o de "iluminación cósmica" que intenta desentrañar. Ésta en efecto abraza un espectro continuo de experiencias y de estados psíquicos, que se extiende sobre un campo virtualmente ilimitado hacia arriba, y hacia abajo hasta tocar los confines del estado de conciencia ordinario de los hombres que sólo tienen una apertura intelectual y un sentido moral fuera de lo común.

Incluso entre los catorce casos de "conciencia cósmica" que Bucke destaca como "mayores"[844], algunos no me han parecido convincentes. Sobre todo, algunos comportamientos y palabras de esos hombres parecen contrarios al "conocimiento cósmico" tal y como lo describe Bucke (al menos lo que es expresable con palabras claras, y que parece ser "el mismo" de un estado de iluminación a otro). Pienso especialmente en el conocimiento (que mes bien familiar, por haberme llegado por un proceso de maduración progresiva), de que la armonía oculta del Mundo y de su incesante devenir es de tal naturaleza que a largo plazo, toda cosa y todo suceso terminan infaliblemente por concurrir a su manera al bien y a la felicidad últimos de cada uno y de de todos. Ese conocimiento es contradicho de manera brutal e irreductible por la creencia en los tormentos eternos del infierno, creencia que compartía Jesús (¡y si él no ha tenido la conciencia cósmica, ésta ya no tendría mucho sentido!), igual que san Pablo y seguramente la gran mayoría si no todos los "iluminados" que señala Bucke y que fueron miembros de alguna

[843] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota anterior, página N 285.

[844] Para esos casos véase el comienzo de la nota anterior, que la presente nota comenta.

Iglesia cristiana. Tengo la impresión de que Bucke tendía a minimizar u olvidar, a veces incluso a escamotear un poco si lo requería la demostración, el hecho de que hasta la iluminación más total, una vez que ha cesado, no elimina sin embargo (al menos no totalmente) las orejeras debidas al condicionamiento cultural. Éste tendría tendencia a recubrir más o menos al auténtico conocimiento espiritual, que se encontraría más o menos mitigado o neutralizado por las ideas en curso del medio cultural ambiente.

El mismo Bucke, igual que hombres como Walt Whitman, Edward Carpenter, y quizás también Horace Traubel, propiamente hablando no tenía presupuestos religiosos (¡como no sea a lo más en forma negativa!). Los otros presupuestos culturales me parece que en ellos han sido relativamente benignos, o su asentimiento y su fidelidad a las enseñanzas de la iluminación más firmes y más eficaces que en otros, y apoyados por un trabajo de profundización más consecuente. En todo caso, me ha parecido que el "conocimiento cósmico" ha permanecido presente en ellos
N 288 de una forma más pura, menos ◊tamizada por las "rejillas" culturales, que en muchos otros "hombres cósmicos".

(83) El Creador y la Presencia – o el doble rostro

(14 de noviembre)[845] Para ese episodio de mi adolescencia, remito a la sección "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón" (n^o 30). Ni en ese momento, ni nunca después, dudé en conceder a esa Inteligencia soberana que obra en el Universo el consagrado nombre de "Dios", a pesar de las convicciones ateas en las que fui educado y de las que entonces me separé sin sentimientos de pesar ni de alegría – como hubiera rectificado de pasada un error sin grandes consecuencias...

Se me ocurre que la idea de "*otra realidad*" que me llega por la voz pausada y calurosa de Bucke en mi edad madura (hacia 1973), tan irrecusable como la de Dios–el–Creador que había aceptado (sin detenerme mucho en ello) en mi juventud casi treinta años antes (en 1944), es de alguna manera *complementaria* de ésta. Por una parte está la gran *Inteligencia* creadora, Arquitecto del Universo y fuerza motriz activa durante toda la *Evolución* de la vida en la tierra; y por otra parte está la íntima y discreta *Presencia*, actuando *en nuestro propio ser* en ciertos momentos excepcionales. (O quizás en todo momento, pero entonces aún no la había experimentado, o aún no había sabido reconocerla...) No recuerdo que algo me haya "hecho tilt" al leer el libro de Bucke. Pero al menos a nivel subconsciente ese conocimiento ya adquirido, el del Arquitecto del Universo, seguramente debía estar presente y contribuía a hacerme menos extraño, y hasta casi familiar y quizás esperado, el mensaje de Bucke.

Por supuesto, lógicamente no es obvio que los dos "Seres" que me había encontrado con un intervalo de treinta años, en el camino de las ideas–reconocidas–verdaderas si no en el de las realidades tangibles, sean realmente *el mismo*. No recuerdo que Bucke mencione ni la cuestión, ni la respuesta. Pero supongo que eso era obvio para él, de tanto que se fundía con el conocimiento
N 289 impartido por la iluminación, ◊que no se le ocurrió decirlo con todas sus letras[846]. Y para mí al leer ese libro, incluso sin iluminación, debía de ser lo mismo: para mí debía de ser claro, a nivel de lo inexpresado, que esos dos Seres, el transpersonal y el personal, eran uno solo; y por eso

[845] Véase el signo de reenvío a la presente nota en la nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad" (n^o 74), página N 253.

[846] Después de reflexionar, ahora estoy menos seguro. Como señalo más abajo, para Marcel Légaut no es nada "obvio", y más bien se tendría la impresión de que no lo cree (quizás por reacción a su educación "católica" decente), y que sólo se abstiene de decirlo para no causar más revuelo del absolutamente necesario, visto que no es esencial para la vida de la fe. En cuanto a Bucke, que en las partes I a III de su libro habla largo y tendido de la Evolución, cuando menos es notable que lo haga en un espíritu estrictamente positivista, sin dar a entender en ningún momento que la Evolución pueda ser otra cosa que el juego del azar y de fuerzas puramente mecánicas, o que él, Bucke, pudiera tener quizás una idea personal en la cabeza sobre eso, aunque juzgase oportuno no detallarla. Situación casi calcada de la de Légaut, uno dirigiéndose a un imaginario interlocutor "católico cultivado", el otro al "ateo ilustrado" del siglo de las luces...

mismo también, que la "Presencia viva" de que hablaba Bucke, percibida de forma tan diferente de un ser a otro (al menos por los que tenían el privilegio de percibirLa realmente...), no era sin embargo más que una sola y misma Presencia en uno y otro, que era un solo y mismo Ser que se manifestaba en uno y otro.

Y después de todo,en el fondo no es otra cosa que el contenido esencial de mi afirmación "*Dios es el Soñador*". La "Presencia de Dios" en mí, o la "Palabra" de Dios, al principio fue vivida como la del *Soñador*. Es verdad que durante casi diez años no me di cuenta de que dicho Soñador, que creía me era personal, no era otro que *Dios* en persona, ¡pero sí! Ciertamente eso no era algo que hubiera dado por "obvio" ni siquiera que hubiera adivinado – sino que me fue *revelado*; es verdad que no con algo tan extraordinario como una "iluminación" (¡todavía no he tenido derecho a ese favor!), sino por la vía tan "ordinaria" del sueño. Y, como generalmente ocurre en los sueños, con medias palabras – ¡soy libre de interpretarlas a mi guisa o de hacer con ellas lo que quiera! (Pero a decir verdad, cuando Dios nos habla, por el sueño o la iluminación o de cualquier otra manera, siempre es con medias palabras, siempre "en voz baja" hasta que con nuestra acogida no la hayamos amplificado. Y el sentido que le demos a la Palabra escuchada, y la aventura que nos propone, siempre son por nuestra cuenta y riesgo...)

N 290 ◊En cuanto a Légaut (uno de mis buenos genios), casi supondría que no se cree (¡oh herejía suprema!) que el "Dios" del que tiene experiencia, y del que tanto habla libro tras libro, haya metido la mano para crear el Mundo (suponiendo que ese Mundo haya sido creado...); ni tampoco que tenga poder de hacer el menor de los "milagros", es decir de suspender aunque sólo fuera por un momento (¿a fin quizás de impresionarnos?) el inexorable reinado de las leyes naturales, que nos enseñan (de manera tan perentoria) las ciencias no menos naturales. En todo caso, en los libros de Légaut que he leído, cuando no puede dejar de rozar ese puntillosos tema y no farfulla embarazosas excusas de los autores de textos sagrados, tiene buen cuidado de mantenerse en un prudente mutismo.

(84) Simientes invisibles – o las llaves del Reino

(21 de noviembre)[847] Sin embargo ahora no tengo duda de que esa lectura "fuera de programa" del libro de Bucke que me había caído encima por azar, y que más o menos iba a olvidar hasta el pasado mes de abril (por tanto durante una buena docena de años), dejó sin embargo en mí una semilla. Uno de los signos en ese sentido, es que hoy hace once días que entre una cosa y otra he consagrado unas cuarenta páginas a Bucke, a su libro y a todo lo que lo rodea. (Encadenándose irresistiblemente las notas a las notas para dar cuenta de inesperadas entradas en escena, después del mismo Bucke, de Whitman, Carpenter, Légaut, Freud, Râmakrishna... – ¡todo un ballet de "mutantes"! y no hay forma de parar...) Y otro de tales signos, es que en el mes de abril, cuando acababa de emerger de esos intensos meses que había pasado a la escucha de mensajes en altas dosis y ultra–densos que me enviaba Dios–el–Soñador, mi primera lectura aparte de la de la Biblia, y más o menos paralela a ésta, fue "Cosmic Consciousness", providencialmente encontrada entre mis viejos libros.

La devoré de la A a la Z en dos o tres días. Esta vez, ¡suscitaba en mí una resonancia muy distinta! Lo que más apreciaba era encontrar ahí reunidos tantos testimonios de primera mano de hombres que, como yo, se habían encontrado con Dios (o con la "otra realidad", o
N 291 cualquier ◊otro nombre que se le dé...), y cuya vida, igual que la mía ahora mismo, había salido transformada de cabo a rabo. Con esas disposiciones, el propósito particular del libro, a saber la gran visión evolucionista de Bucke, me parecía secundaria ¡de tan obvia que me parecía! No obstante si en estos últimos días he sido conducido a hablar de ella con algún detalle, es sobre todo, pienso, porque no escribo sólo para mí. La visión profética de Bucke, aunque se inscriba en una visión a muy largo término, no es menos inseparable de la que ahora anuncio y que

[847] Continuación de la nota "Richard Maurice Bucke – o el profeta de la *otra* realidad" (n^o 74).

concierne en primerísimo lugar al futuro inmediato: la Mutación que está ante nosotros, ese gigantesco Avance evolucionista bajo el empuje de Dios. Esa que abrirá las vías, aún oscuras y que nos toca desbrozar, que llevan a ese Reino tanto tiempo prometido y esperado, y entrevisto con una óptica diferente por la mirada visionaria de Bucke...

Pero volviendo a mi primera lectura de su libro, a principios de los años 70, que me puso en contacto (aunque al principio no fuera más que a nivel del mero pensamiento) con "otra realidad", una realidad espiritual, debió contribuir en parte al trabajo interior que se realizó en mí en los tres o cuatro años posteriores a abril de 1974. Pienso, por supuesto, en mis contactos con los monjes budistas del grupo Nihonzan Myohoji, adeptos de Fujii Guruji[848]. Hoy es la primera vez, seguramente, que pienso en su relación. En apariencia, no había nada en común entre esos monjes animados por una fe real pero a menudo bien ruda en comparación con el conocimiento de un Maurice Bucke, una fe inextricablemente ligada a la ganga de la credulidad o de la superstición, y a una sumisión incondicional a la autoridad espiritual y moral del que habían escogido como Maestro. Y sin embargo, más allá de esas diferencias ciertamente importantes, ahora soy sensible a un parentesco espiritual entre esos monjes que vivían una vida de fe religiosa, y el espíritu que emanaba del libro inspirado y sin pretensiones de Bucke. En él como en ellos, había una misma atención, un mismo respeto por esa realidad invisible que, en el mundo moderno, es casi universalmente ignorada o despreciada, y que yo mismo durante toda mi vida tuve tendencia a olvidar, si no a ignorar totalmente.

A un nivel más pegado a la tierra, hasta la pasada primavera el único efecto visible de mi lectura de Bucke una quincena de años antes, se sitúa en un viaje–relámpago a los Estados
N 292 Unidos en[849] 1977. Matando el tiempo en los pasillos del aeropuerto de ◊Nueva York a la espera del avión que debía llevarme de vuelta a París, di con las "Hojas de Hierba" de Whitman en el kiosco de libros (¡pero sí!) – justo el libro del que Bucke cantaba maravillas. Además era, golpe de suerte bastante loco, la bonita reedición por Cowley de la edición original de 1856, ¡la buena de verdad! Así es como conocí la poesía de Whitman, y también, de paso, lo mejor que hizo. Soy más bien refractario a leer poesía (al menos la escrita por otros), pero no me decepcionó – no más, podría decir, de lo que me "decepcionó" la lectura del mismo Bucke. Me impresionó por la potencia de la inspiración y el atrevimiento en la expresión, y por momentos un poco sin aliento por las ciclópeas acumulaciones descriptivas que se despliegan en frases–maratón en varias páginas seguidas. A la vez también me sorprendió por un sentimiento de "parentesco" en cierta cualidad "erótica" de la percepción de las cosas por Whitman, y por mí mismo[850].

Además era justo en el momento en que (en 1978) descubría esa cualidad en mi relación con

[848] Sobre esos monjes y Fujii Guruji, véanse las secciones n^o 70 y siguientes, y las notas n^{o}s 60 – 66 y 71.

[849] Hacía cinco años que ya no hacía viajes profesionales como matemático (conferencias etc). Hice el viaje para ver a mi último hijo, Jean (que entonces tenía cuatro años) y a su madre en New Jersey. La visita no fue un éxito: fue la última vez que los vi...

[850] Ya he hecho alusión a ese sentimiento de parentesco en la nota de la víspera "Râmakrishna – o la boda de la Madre con Eros" (n^o 79).

N 293 la matemática (para empezar)[851]. No sabría ◊decir con certeza cuál de los dos descubrimientos precedió al otro. Después de todo (me viene ahora la idea) la relación entre los dos sucesos sugiere que la lectura de Whitman (que debió tener lugar el año anterior, en los días o semanas que siguieron a mi viaje a Estados Unidos) debió estimular esa toma de conciencia. (Hasta entonces había sido desalojada en favor de los consensos corrientes que separan, como por el corte de una espada, el plano de la creación intelectual del de las torpezas carnales.) Lo que es seguro, es que nunca pensé en hacer esa relación hasta hoy mismo. Si hubo una influencia, como ahora como poco me parece que es muy probable, fue totalmente inconsciente.

Por el contrario, a nivel consciente la lectura de Whitman no dejó efectos más visibles que los de Bucke. Eso no impide que después de mi experiencia "mística" del pasado invierno, de oficio Whitman formó parte, con el mismo Bucke y Edward Carpenter, de los "hombres de conocimiento" que de repente tuve un ardiente deseo de leer o releer, que ardía en deseos de saber más de ellos. Aún ahora, después de haber montado una pequeña biblioteca idónea en unos meses, y haber devorado ya una treintena de volúmenes (a la vez que trabajo sin descanso en la Llave de los Sueños), sigo teniendo el sentimiento muy claro de que una de las claves esenciales para la comprensión de la historia espiritual de la humanidad, y de los designios de Dios que seguramente aparecen ahí en una discreta y delicada filigrana (cual los delicados e imperceptibles vasos sanguíneos que irrigan y vivifican los tejidos de un organismo vivo...) – que tal clave se encuentra en una matizada comprensión de las vidas y las misiones de aquellos entre nosotros en que Su acción se manifiesta con más potencia. Por eso, en mis lecturas, me he interesado en primer lugar por el testimonio directo de esos hombres (cuando lo han dejado), por el testimonio de los que los han conocido, y por los hechos y gestas de su vida en la medida
N 294 en que el recuerdo se haya ◊conservado de una forma u otra[852].

(85) Los mutantes (1): el ballet de los mutantes. Hahnemann y Riemann

(22 y 23 de noviembre) Hace casi dos meses, al escribir la nota del 27 de septiembre "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71), puse un signo de reenvío en el lugar (página N 234) en que por primera vez evocaba a esos famosos "mutantes". Pensaba consagrarles una

[851](22 de noviembre) Ese descubrimiento se hizo con ocasión de la escritura de una especie de preámbulo, o declaración de intenciones "A guisa de Programa", a un "Curso de introducción a la Investigación", sobre la geometría del icosaedro. Hablo de pasada en Cosechas y Siembras, en la nota "La bella desconocida" (CyS III, n^o 120), del que aquí citaré:

> "Después de haber escrito ese texto, que me vino a la pluma de lo más espontáneo del mundo, me sorprendió por la abundancia de imágenes que nacían unas de otras, cargadas de connotaciones eróticas. Bien me daba cuenta de que eso no era ni por azar, ni el resultado de un simple propósito deliberado literario – que era un signo inequívoco de un profundo parentesco entre las dos pasiones que habían dominado mi vida de adulto..."

Por otra parte algunos meses más tarde, como una prolongación natural de ese descubrimiento, se inicia la gran reflexión erótico–cosmogénica–filosófica sobre las fuerzas cósmicas originales "femeninas" (encarnadas para mí por "La Madre") y "masculinas" (encarnadas por Eros), y sobre los eternos esponsales de Eros con la Madre – reflexión que tomó la forma de un "canto poético" llamado "Elogio del Incesto". (Véase una nota al pie de la página N 280 en la nota "Râmakrishna" citada en la precedente nota a pie de página). Ahora que evoco esa relación, de pronto me viene la asociación con ese otro "canto" que había leído, un poco apresuradamente, el año anterior – el "Canto de Mí mismo" de Whitman. Creo poder decir sin riesgo a equivocarme que al escribir el Elogio, el pensamiento de Whitman nunca me afloró – si hubo a nivel consciente un impacto desencadenante por la palabra de un predecesor, fue por el Tao Te King de Lao Tse. (Hablo de ello en la primera nota a pie de página de la nota "El mensajero" en Cosechas y Siembras, CyS III, 114'.) Pero ahora esa cadena de asociaciones me convence plenamente de que a partir de la lectura más o menos olvidada del "Canto de Mí mismo" de Whitman, hubo un trabajo subterráneo que prosiguió en mí. Ese trabajo me hizo tomar conciencia de la omnipresencia de la pulsión de Eros primero en mi propio trabajo matemático, luego en el trabajo humano creativo en general, y por fin en los procesos creativos que actúan en el Cosmos. Culmina por fin en la visión cósmica "erótica" que es objeto del "Canto de la Madre y de Eros" alias "El Elogio del Incesto".

[852]Compárese con las tres "fuentes" para una visión, que me propongo en la reflexión del 15 de julio, en la sección "La visión" (especialmente la página 156, 2^o).

nota a pie de página al día siguiente, con objeto de nombrar al menos a algunos, para no ser muy vago. Y he aquí que llevo dos meses retrasándola casi de día en día, esa pequeña nota convertida en nota plenaria desde hace tiempo, en que quería poner por fin negro sobre blanco mi pequeña lista provisional de mutantes, con algunos comentarios. Hay que decir que ese 27 de septiembre hacía ya tres días que tenía un maldito lumbago que empeoraba, tanto que desde esa mañana tuve que parar todo trabajo sentado – ¡imposible seguir escribiendo! Duró todo un mes. Lo aproveché para leer todo lo que pude de la pila de libros que me había prometido leer "próximamente"[853]. Al fin retomé la escritura de la Llave de los Sueños el 26 de octubre, con la nota "Fujii Guruji (2) – o el don" (n^o 61)[854], que es una continuación inmediata de "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), mantenida en suspenso $^{\Diamond}$durante todo ese mes. Pensaba volver sobre los "mutantes" a la mañana siguiente, ¡pero no! Con esa nota me vi envuelto en un engranaje de notas que se empujaban unas a otras, cada nueva nota dando luz a una progenie de otras notas... El diagrama lógico para situarme en la imbricación de esas notas que se continúan o reenvían unas a otras, se modificaba y crecía a ojos vistas, ¡como una especie de champiñón–esponja con excrecencias multifiliformes proliferando en un día lluvioso! Hubo dieciocho de esas notas, acabo de contarlas, que me tuvieron en vilo durante más de un mes, hasta ayer – ¡uf! Espero que la convergencia del proceso esté por fin asegurada, y que con esta nota (consagrada a los "mutantes") y quizás otra más, habré terminado con esa lujuriante vegetación de unas 27 o 28 notas colgando (vía un anodino signo de reenvío a una nota n^o 60) de la en apariencia inofensiva sección "Dando gusto a Buda" (n^o 71) del texto principal. Ésta está fechada el 22 y 23 de septiembre, hace pues exactamente dos meses. Estoy deseando retomar (¿en dos o tres días?) el hilo de esa reflexión "principal" casi hundida, la que se refiere a mi modesta persona; retomarla allí donde en ese momento la dejé en suspenso, cuestión (pensaba yo) de añadir sólo unas pequeñas notas a pie de página...

N 295

Ya en los días que siguieron a la primera mención de los "mutantes" (en la nota sobre Guruji citada al principio, del 27 de septiembre), el pensamiento comenzó a embragar sobre el nuevo tema que aparecía a la vuelta de la reflexión. De buenas a primeras apenas tenía presentes como "mutantes" al mismo Guruji del que acababa de hablar, Légaut (al que esa reflexión reenviaba directamente[855]), y Freud. Pero a lo largo de los días no han dejado de unirse otros a ellos, una a uno, bajo mi inquisitiva mirada: ¿ése más que llegaba era un mutante de verdad de la buena? ¡Se trataba de no dejarme "engatusar"!

[853] Todas esas lecturas estaban, por supuesto, directamente ligadas a la reflexión que estaba realizando, e inmediatamente todas fueron útiles al retomar la escritura de la Llave de los Sueños, a finales de octubre. Leí o releí una buena parte de los dos libros de Fujii Guruji citados en la nota n^o 61 del 26 de octubre, y la biografía de Krishnamurti por Mary Lutyens (que trataremos más abajo), continué leyendo las "Enseñanzas de Râmakrishna" (libro citado en la nota n^o 79), las "Hojas de Hierba" de Whitman y una biografía de Whitman por Paul Zweig ("The making of a Poet"). En fin, leí algunos textos cortos "clásicos" de Freud (por primera vez desde que "medito") y textos biográficos sobre él, que al darme a conocer mejor al hombre, me confirmaron en la alta opinión que tenía de él. Ahora tengo muchas ganas de leer sus obras maestras, y al menos una parte de su voluminosa correspondencia.

[854] Quizás se extrañe el lector de que la nota n^o 61 (del 26 de octubre) haya sido escrita un mes *más tarde* que la nota n^o 71 (del 27 de septiembre), e igualmente (añadiría yo) más de un mes más tarde que las notas n^{o}s 63, 64, 66 que fueron escritas (en ese orden cronológico) antes que esta última, entre el 25 y el 27 de septiembre. Esas cuatro notas 63, 64, 66, 71 surgieron de notas a pie de página de la misma nota n^o 60 ("Fujii Guruji (1) – o el don de la presencia"), de la que la mencionada nota n^o 61 ("Fujii Guruji (2) – o el don") es una continuación inmediata; pero la escritura de ésta se vio retrasada un mes a causa del incidente–lumbago. Esta vez me ha parecido bien dar precedencia al orden "lógico" sobre el orden cronológico, no separando la nota n^o 60 de su continuación inmediata n^o 61, con una sucesión de cuatro notas que se refieren a esta última. *Grosso modo*, el orden cronológico de las notas (a partir de la nota n^o 60) es el orden de su numeración, salvo que el paquete de las cinco notas 60, 63, 64, 66, 71 se coloca *delante* de las restantes notas de la 61 a la 87.

[855] Aquí pienso sobre todo en el reenvío, en la nota n^o 71 consagrada a Guruji ("El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante"), a la nota n^o 73 ("Todos los hombres son falibles – o el avance"), que se refiere ante todo al "avance" logrado por Légaut.

N 296 ◊Cuando hubo cinco o seis, con Gandhi, Râmakrishna, Whitman, Carpenter..., tuve que hacer una primera lista negro sobre blanco, y de paso por orden cronológico. Ése o nunca era el momento de aprender las fechas de nacimiento y de muerte de todos esos viejos conocidos, mirando si fuera necesario en un mini–Larousse comprado hacía poco (y rara vez consultado – ¡al menos una compra que se amortizaba!). Durante las siguientes semanas, y remontándome en el tiempo hasta principios del siglo pasado, terminó por haber una magnífica lista de *dieciséis* mutantes. Y después de retomar la escritura de la Llave de los Sueños, exactamente el 5 de noviembre, aún se les añadió un decimoséptimo, en el que nunca hubiera pensado[856]: Solvic, el único del que no conozco ni el nombre ni el año de nacimiento. Por el contrario sí el de su muerte, entre el estampido de los disparos del pelotón que puso fin a sus jóvenes días...

La gran sorpresa, en esa "vegetación" de notas naciendo unas de otras hasta el infinito durante estas últimas cuatro semanas, fue la inopinada entrada en escena, uno tras otro, de un buen número de esos mutantes que me disponía a dar al lector en una simple lista, parsimoniosamente comentada. Ahí están, irrumpiendo casi en carne y hueso, haciendo un pequeño baile solos o en compañía, como misteriosamente empujados a las páginas de la Llave de los Sueños por la no menos misteriosa e imprevisible "lógica interna de la reflexión". Sucesivamente, después de Fujii Guruji el "santo–con–flaquezas" que abre la danza de los mutantes (notas 60 a 66 y nota 71), Gandhi que entra por su rango de mahatma (notas 67–70); el no–soldado desconocido Solvic (nota 70); Légaut el "discípulo terrible" (notas 72, 73, 75); el trío inseparable (al menos en mi espíritu) Walt Whitman, R.M. Bucke, Edward Carpenter (notas 74, 83), con Whitman reapareciendo además en cinco notas sucesivas (notas 76–80) como el exuberante esposo de América, de la Humanidad y del buen Dios, alias "la Madre divina" (notas 76, 77, 79), y como el senior de los dos Prometeos de los tiempos modernos (nota 78), y volviendo Carpenter como "místico anarco" o como "anarco místico" en pareja con Légaut nuestro gran cristiano ateo (o ateo católico a elegir – nota 75); después Freud con un puro en la boca como segundo Prometeo, una pizca "macho" éste, frente a la gracia más femenina de Whitman (nota 78); y
N 297 por fin Râmakrishna el "bebé místico" prendido a un pecho ◊de la divina Madre (estando el otro agarrado, y bien agarrado, por bebé–Whitman – nota 79). Así sin ningún cálculo ni propósito deliberado (¡lo juro!), ahí van ya no menos de *nueve* de esos famosos "mutantes" sacados del sombrero del Prestidigitador, alias la gran Maya, para darlos a conocer al lector recordándoselos a la vez al autor (si aún hacía falta).

Además hay un décimo mutante que ha aparecido una o dos veces de pasada, por el papel que ha jugado en el pensamiento de Bucke (ese psiquiatra y sabio convertido casi en "místico", muy a su pesar...): es Charles Darwin, naturalista autodidacta que, tras un viaje alrededor del mundo que llegó a ser histórico, dio mucho que hablar en los templos de la Ciencia, y molestó a mucha gente en los templos del buen Dios.

Y además hay un undécimo del que ya he hablado en más de una ocasión en las páginas de este libro: Krishnamurti. Se ha hablado de él en diversas notas a pie de página, y tres notas consecutivas le son consagradas, o más bien a sus "bestias negras" (notas 53–55)[857]. A decir verdad, le he incluido en mi lista en contra de fuertes reticencias. Y haber leído el mes pasado, durante la pausa–lumbago, la biografía de Krishnamurti en dos volúmenes de Mary

[856] Véase la nota "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos" (n^o 70). He de reconocer que fue progresivamente, en contra de inveterados reflejos, como me di cuenta de que Solvic era tan "mutante", y de manera igualmente esencial, como cualquiera de los dieciséis señores célebres y sabios que ya tenía en mi lista – a riesgo de hacerle sentir muy incómodo en tan distinguida compañía, y de que me traten (pero no sería la primera vez) de cuentista...

[857] Véase igualmente una nota al pie de la página N 49 (en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura", n^o 20), así como una nota posterior (fechada en el mes de mayo) que ha de figurar en el Capítulo IX, "Papel de Gurú y destino de héroe", en la que he sido llevado a confrontar el "papel" de Krishnamurti (degenerando más y más en una especie de comedia "espiritual", que ahora me parece más clara que nunca), y el "destino" de Freud (cuya grandeza me parece, también, más clara que nunca...).

Lutyens[858] no ha hecho más que confirmar esas reticencias. Cuento con volver sobre esto de manera más detallada en la siguiente nota[859]. El hecho es que no hay ninguna duda de que, aunque sólo sea por su estructura psíquica, Krishnamurti ya no es un mutante, sino que es ¡lo siento! (y por eso se distingue a mis ojos de todos los demás) un "mutante que ha acabado mal". Sobreabundantemente dotado por la naturaleza y el destino, sólo le habría faltado la *fidelidad* a
N 298 una misión que nunca se preocupó de descubrir y de crear a lo ◊largo de los años durante toda una vida. Se contentó con retomar por su cuenta y como estaba, apenas "retocada" en la forma, la "misión" de pacotilla recibida en su juventud de las manos de sus tutores teósofos – en un plato dorado, y en una jaula dorada en la que (una vez que se fueron sus tutores y patronos) terminó por estar bien a gusto...

Para terminar las presentaciones, me queda nombrar los otros seis "mutantes" en los que he pensado, y de los que aún no he tenido ocasión de hablar. Aquí están por orden cronológico, con algunas palabras para cada uno para situarlos.

Christian Friedrich Samuel *Hahnemann* (1755–1843), médico alemán, creador de la homeopatía. No habiendo tenido ocasión todavía de poner la mano sobre una biografía suya, prácticamente no sé nada de su persona. Si lo he incluido no obstante entre los "mutantes", es por "confianza", según lo poco que conozco de la homeopatía, y que tiene ya con qué maravillarme. Esa nueva medicina que descubrió y desarrolló, y que a la vez parece contener en germen una nueva ciencia de vastas dimensiones[860], resueltamente va en contra de las grandes corrientes de pensamiento que dominaron su tiempo igual que todavía dominan, de manera casi total, el nuestro, y especialmente la medicina y las ciencias naturales como la química y la física. Opera con principios activos tan sutiles, manifiestamente extra–materiales[861], que su
N 299 terapéutica ◊(cuyos éxitos, asombrosos para ciertas afecciones en que la medicina tradicional es impotente, son patentes desde hace más de siglo y medio) es como un desafío permanente a las ideas establecidas (¡y sobre todo intangibles!) que fundamentan la química, la física, la biología, la fisiología desde hace dos siglos; un desafío que todavía hoy "la Ciencia" prefiere ignorar con soberbia, en vez de confrontarse a él (a riesgo de tener que repensarse de arriba abajo...).

Cómo un hombre ha podido llegar a poner el dedo sobre algo tan "impensable" como la homeopatía (¡impensable al menos mientras aún no existía!) y cómo ha podido desarrollarla, sería para mí un misterio total e inquietante, si no supiera que el buen Dios pone a menudo de Su parte para hacernos "ver" y actuar con una seguridad sorprendente, allí donde el ojo humano por sí mismo es ciego sin remedio...

Bernhard *Riemann* (1826–1866), matemático alemán, físico teórico y "filósofo de la nat-

[858] Aparecida en la editorial Arista en traducción francesa, "Los años del despertar" y "Los años del cumplimiento". Compré el primer volumen (el único que entonces había aparecido) en 1977 en el mismo kiosco (decididamente bien surtido) del aeropuerto de Nueva York, en que compré a la vez la "Hojas de Hierba" de Whitman y toda una pila de otros buenos libros.

[859] Para no alargar más aún este conjunto de notas tentaculares, finalmente he decidido abstenerme de incluir la nota sobre Krishnamurti, en la que había pensado comentar también la interesante biografía que acabo de citar. Espero volver sobre ello en otra parte (quizás en el volumen 3 en preparación de Cosechas y Siembras).

[860] Ya hice una discreta alusión a esto en la sección "La visión" (n^o 41), en una nota al pie de la página 155.

[861] Recuerdo que el principio de la homeopatía es tratar una afección administrando al paciente sustancias que, en dosis habituales ("alopáticas"), provocan esa afección o algunos de sus síntomas, pero administrándola en forma altamente diluida (u "homeopática"). El primer descubrimiento extraordinario de Hahnemann es que cuanto mayor es la dilución, es decir la sustancia es administrada en dosis más *débiles*, más *fuerte* es su acción (terapéutica u otra, según el caso) sobre el organismo. La segunda cosa extraordinaria es que la homeopatía opera a veces en dosis hasta tal punto débiles (a partir de 25 CH i.e. una dilución de 10^{-25}) que es prácticamente seguro que las dosis administradas ¡no contienen una sola molécula de la sustancia activa! A partir de 35 CH, se puede incluso afirmar que es prácticamente seguro que ningún paciente al que haya sido administrada tal dosis desde los tiempos de Hahnemann ha recibido jamás por esa vía una sola molécula de la sustancia activa. Hay pues que admitir que ésta no actúa por vía "material", sino por una "esencia" o "alma" inmaterial, ¡tanto más activa cuanto esté "depurada" de toda traza de escoria material!

N 300 uraleza" a ratos[862], y también, en lo estrictamente privado, ◊pensador–filósofo–metafísico de una penetración y una originalidad asombrosas. Todo lo que sé sobre Riemann, aparte de sus ideas matemáticas (que desde hace más de un siglo el matemático utiliza sin pensárselo más), lo he encontrado en sus "Obras completas" en alemán[863], que ocupan un modesto volumen (como modesto fue el hombre que es su autor...). Sin embargo contiene, entre otras cosas, un sorprendente número de ideas entre las más fundamentales de la matemática de nuestro tiempo. Riemann murió precozmente de una tuberculosis, a la edad de 39 años, en un momento, parece ser, en que se disponía a consagrarse a una reflexión de vasta envergadura sobre los fundamentos de la física y (aún más allá) sobre los métodos y las ideas en la base de las ciencias naturales. Si le hubiera sido dado vivir más tiempo, nadie puede decir hasta dónde le hubiera llevado esa reflexión.

El editor del volumen, Heinrich Weber, un contemporáneo (¿y alumno?) de Riemann, le añadió una noticia biográfica muy interesante. Allí supe, con cierta sorpresa en mi primera lectura hace mucho tiempo, que Riemann era un hombre profundamente religioso. Las páginas filosóficas que nos han llegado lo dejan sentir, a la vez que muestran una profundidad y una independencia de visión que superan con mucho el género de actitudes y de ideas que en todo tiempo han entrabado a los pensadores, cuando son miembros practicantes de una religión instituida[864]. Su genio particular, tanto en matemáticas como en cualquier otra cosa hacia la que se volvía su espíritu, consistía en un asombroso sentido para las cuestiones neurálgicas o fundamentales y para las estructuras que sugieren, y en una *libertad* que me ha parecido total (y
N 301 que seguramente muy ◊pocos hombres han alcanzado en el curso de nuestra historia) respecto de las ideas bien establecidas, incluyendo sobre todo las que imperan y están de moda en la época en que vivía. En un grado rara vez alcanzado representa para mí un espíritu liberado de los atavismos del rebaño.

Uno de los signos de esa libertad, es que lejos de permanecer encerrado en los estrechos

[862] Riemann fue el primero hacer la hipótesis de una propagación ondulatoria, con velocidad finita igual a la de la luz, el electromagnetismo, y propuso una ecuación común de propagación (cf. "Gesammelte mathematische Werke", p. 288–293 – el trabajo es de 1858). Comento una penetrante observación de Riemann sobre una eventual estructura discreta del espacio físico (muy por delante de su tiempo e incluso sobre el estado actual de las mentalidades en física teórica) en una larga nota a pie de página en Cosechas y Siembras, en "Paseo por una Obra", sección 20 ('Vistazo a los vecinos de enfrente"). Señalo también un trabajo de Riemann sobre la mecánica del oído (loc. cit. p. 338–350), publicado poco antes de su muerte, y que parece haber sido para él sobre todo la ocasión de ilustrar concretamente unas consideraciones metodológicas sobre el estudio de los órganos de los sentidos en fisiología.
En cuanto a las ideas generales de Riemann sobre la psicología, la metafísica, la "teoría del conocimiento", y la "filosofía natural", desgraciadamente nunca fueron objeto de una reflexión sistemática destinada a publicarse, sino que fueron apuntadas en hojas dispersas, reunidas después de su muerte en una treintena de páginas (loc. cit. p. 509–538). Las considero como las más notables quizás (y sin duda las menos leídas con mucho) del volumen de sus Obras, rico en contribuciones fundamentales para el arte del matemático. Ante todo son esas páginas, y ciertas observaciones filosóficas hechas de pasada en sus trabajos matemáticos, las que me hacen considerar a Riemann como uno de nuestros "mutantes".

[863] "Bernhard Riemann's gesammelte mathematische Werke und wissenschaftlicher Nachlass", editado por Heinrich Weber con la colaboración de Richard Dedekind, Dover Publications Inc, New York. La primera edición data de 1892, una segunda apareció en 1902 con suplementos editados por M. Noether y W. Wirtinger, incluidos en posteriores ediciones.

[864] En los fragmentos metafísicos y filosóficos dejados por Riemann no se encuentran referencias religiosas cristianas u otras, y la palabra "Dios" no es pronunciada. En cambio Riemann plantea la existencia de un "alma" inmaterial, asiento de un conocimiento o de un "pensamiento" que va enriqueciéndose y que no tiene soporte material. La ve no sólo en el hombre y en todos los seres vivos, sino también en una vasta pluralidad de otras entidades cósmicas, siendo una de las más importantes para nosotros el planeta tierra. Esas concepciones fueron en parte inspiradas por las de los filósofos alemanes *Herbart* y *Fechner*.
Reconozco que todavía estoy lejos de haber hecho la profunda lectura que merecen esas fascinantes páginas de Riemann, habiéndome conducido hasta ahora mi propia reflexión por vías bastante diferentes y sin duda más urgentes en el contexto actual. Sin embargo espero encontrar la ocasión de volver sobre ellas con toda la atención que exigen.

límites de la razón racional (en la que no obstante destacaba como pocos hombres de su siglo han destacado), percibía claramente sus límites. También el sentimiento religioso, el de sentirse vivir bajo la mirada atenta y amorosa de Dios, le ha preservado de las trampas de la vanidad en que caen y a menudo permanecen atrapados (como en una jaula dorada...) tantos espíritus poderosos. Así mantenía viva una delicada intuición que le permitía aprehender una realidad "sutil" o "espiritual" más allá de la realidad material que los aparatos miden y que la razón analiza, realidad más esencial que ésta, pero sin que ninguna de las dos contradiga jamás a la otra. El pensador y el hombre religioso no estaban en guerra, formaban *un* solo ser enamorado del conocimiento pleno y de la verdad.

No es a causa de su potencia cerebral, no a causa de su profundidad como matemático o como sabio, sino por esa libertad, y por esa apertura excepcional a los dos diferentes planos de realidad, por lo que veo en Riemann (igual que en Hahnemann) un auténtico "mutante". En él se unen y se completan a la perfección un "espíritu científico" profundo y fecundo, apasionado por los grandes problemas que nos plantea la Naturaleza (problemas que él sentía y desentrañaba como pionero con un instinto infalible), y una viva intuición de la realidad oculta que actúa detrás del "fenómeno", la única que le da su sentido.

(86) Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)

(24 y 25 de noviembre)[865] Continúo con mi lista de mutantes, pero permitiéndome cambiar un poco el orden cronológico, en favor de las afinidades entre las misiones.

N 302

Rudolf *Steiner* (1861–1925), filósofo y pedagogo alemán, espíritu enciclopédico y visionario a la vez. Se propuso promover una ◊"ciencia espiritual" (Geisteswissenschaft) que abarcaría al conjunto de las ciencias tradicionales pero con un espíritu renovado, dando el primer lugar a la realidad espiritual o con más exactitud, extrasensorial, que debería iluminarlas y orientarlas. Antiguo teósofo, dejó la Sociedad Teosófica (cuyo manía mesiánica sin duda debía indisponerle) para fundar su "Sociedad Antroposófica", llevando consigo a la mayoría de los teósofos alemanes. Parece haber tenido extraordinarios dones de videncia, y en todo caso tenía una prodigiosa creatividad. En nuestros días, es conocido sobre todo por el método pedagógico que lleva su nombre (practicado por las "escuelas Rudlof Steiner" que, según los ecos que me llegan, no son ni mejores ni peores que las no menos famosas "escuelas Krishnamurti"[866]), y como creador del método llamado "biodinámico" en agricultura, que se distingue de los métodos tradicionales por un arte de abonar muy adelantado, y por la atención concedida a las influencias planetarias y no sólo lunares[867].

He de reconocer que no he leído más que un único y modesto volumen de la pluma de Steiner, una introducción a la antroposofía[868], y que la lectura me dejó perplejo por no decir desencantado. Me pareció que Steiner aceptaba a ciegas todos los presupuestos culturales de

[865] Continuación de la nota anterior.

[866] El método Steiner estimula la creatividad del niño, y especialmente la creatividad artística, y le da un lugar central a la expresión corporal, para la que Steiner propone unas vías originales que llama la "Euritmia". Siguiendo las actitudes todavía de rigor en su tiempo (y en los medios espirituales peor que en otros), tiende a ignorar el sexo, y con tanta más razón la sexualidad en el niño. Ignoro si había oído hablar de las ideas y los trabajos de Freud, cinco años mayor que él – si es así, presumo que debieron incomodarle mucho. Aparte de esas orejeras que compartía con todos sus contemporáneos, sus ideas sobre la educación estaban visiblemente muy por delante de su tiempo, y en lo esencial aún son válidas hoy en día. Dicho esto, un buen método aún está lejos de hacer una buena escuela – ¡todavía faltan buenos docentes!

[867] Hay agricultores y jardineros en Francia, y sobre todo en Alemania, que cultivan según los principios biodinámicos. Sé que obtienen resultados notables en cuanto a la calidad del suelo y la salud y robustez de las plantas cultivadas.

[868] Libro en lengua alemana, del que desgraciadamente he olvidado el título. Esa lectura se sitúa en diciembre de 1976, dos meses después de descubrir la meditación y en el momento en que la primera ola de meditación en mi vida tocaba a su fin.

su tiempo y de su ambiente, y más particularmente los vehiculados por la ciencia oficial[869],
N 303 cuyo espíritu y logros ◊parecen formar parte para él de los valores intangibles – permaneciendo muy por debajo, en este aspecto, de la profundidad y de la inocencia de la mirada de un Riemann o de un Nietzsche. Me parece que el propósito de Steiner se reduce a *completar* las ciencias tradicionales con la toma en consideración de una realidad extrasensorial, sin pensar no obstante que eso podría cambiar profundamente eso que aceptaba como un dato inmutable. Desarrolla en su libro una descripción de lo más detallada de las diferentes especies de "almas" que posee el hombre (creo recordar que había siete diferentes, los animales y vegetales estaban menos dotados, y los minerales aún menos...), del más allá etc, con una precisión de naturalista. Esa "teoría", salpicada de paso con lugares comunes en los medios de "espiritualidad", no me ha parecido nada convincente – ¡hasta el punto de que acto seguido me pregunté si Steiner no era un vulgar fanfarrón! El único apoyo de su teoría (pues no proponía ningún otro) es la autoridad personal de Steiner, invocando una visión directa que tendría de esas cosas y que, dice él, puede ser desarrollada en el curso de una vida con el con esa realidad, como él mismo ha hecho[870]. No se enfrenta a la espinosa cuestión suscitada por ese hecho perturbador de que otras descripciones de la realidad extrasensorial, dadas por otros hombres que apelan a una capacidad de clarividencia, o vehiculados por otras religiones, son totalmente diferentes de la suya (igual que lo son entre ellas)[871].

Sin embargo me parece que es difícil poner en duda la profundidad de Steiner, y aún menos su seriedad y su buena fe, en vista de la inmensa obra que ha dejado, de lectura a menudo difícil según parece, y que en su mayor parte todavía permanece inexplorada. Sin duda esa obra suscita muchas más preguntas que las que responde, o las que se toma la molestia de plantear con un poco de cuidado, ¡o de evocar solamente! Incluyendo sobre todo preguntas sobre la
N 304 persona misma de Steiner y sobre la naturaleza de sus dones, que aún me cuesta mucho ◊situar, lo reconozco. En cualquier caso, más que cualquier otro nombre de mi lista (con la excepción quizás, todo lo más, de Krishnamurti), me parece que Steiner tiene, en grado decididamente impresionante, ¡un "perfil de mutante"!

Pierre *Teilhard de Chardin* (1881–1955), sacerdote jesuita, paleontólogo y filósofo francés. De nuevo aquí he de reconocer mi gran incultura: sólo conozco su vida y su obra casi de oídas (y sólo desde hace uno o dos años), y por haber ojeado recientemente uno o dos libros suyos[872] (¡que me prometo "leer en cuanto tenga un momento"!). Légaut lo menciona como uno de los pocos cristianos que han ejercido una saludable influencia en él, en la época del "grupo Tala" cuando era normalien[873] – Teilhard le animaba a no sacrificar la integridad intelectual en la vida de fe, insistiendo en que por el contrario debía ser un ingrediente esencial. Fue una llamada

[869] Así, entre las facultades psíquicas, Steiner da primacía absoluta al pensamiento, como algo que fuera obvio. Además es así en todo lo que escribe, sin molestarse jamás en mirar de dónde le vienen esas ideas, que son presentadas todas como verdades absolutas e intangibles. No he encontrado en él el menor movimiento hacia una actitud de conocimiento de sí mismo, y me parece que ésa es su principal limitación.

[870] Por supuesto, se sobrentiende un contacto bajo la iluminada dirección de los que ya han adquirido tal capacidad de visión. Ahora bien, la de Steiner fue influenciada por la corriente "teosófica" de su tiempo. Nunca se plantea la cuestión del valor "objetivo" de tal aprendizaje, y de la parte que están llamados a jugar los mecanismos de autosugestión: a menudo se "ve" simplemente lo que se nos dice que "veamos"...

[871] Aquí tocamos la cuestión delicada donde las haya, aún nunca examinada seriamente por lo que sé, de la "validez" relativa de las diversas religiones y creencias, que sin embargo parecen contradecirse mutuamente de manera a veces irreductible, y que a veces también libran entre ellas una guerra sin cuartel.

[872] Se trata del "Medio Divino" (edición original de 1957, en Seuil), y del "Fenómenos Humano" (mismo editor).

[873] "Normalien" = alumno de la Escuela Normal Superior de la calle Ulm, en París. El grupo "Tala" era un grupo de reflexión bíblica formado (en la semi-clandestinidad, visto el anticlericalismo ambiente) por normaliens católicos, a iniciativa de Monsieur Portal, sacerdote lazarista (de la Congregación de la Misión, fundada en 1625 por san Vicente de Paúl). Este hombre, que Légaut considera su "Maestro espiritual" incluso después de su muerte (murió en 1926, cuando Légaut tenía veintiséis años), ejerció un influencia determinante en la eclosión de la misión religiosa de Légaut. Para una biografía de Monsieur Portal, véase el libro de Régis Ladous "Monsieur Portal y los suyos" (Cerf), que Marcel Légaut me ha recomendado vivamente.

de atención que debió chocar al joven Légaut tanto más cuanto que es más que rara en los medios eclesiásticos. Si he entendido bien, Teilhard intentó toda su vida seguir él mismo tan excelente precepto, jurando en todo momento, a sí mismo y a los lectores, que al hacerlo no se separaba ni un pelo de las enseñanzas de la santa Iglesia Católica Romana. Ignoro si llegó a convencerse a sí mismo, pero seguramente no a la Autoridad de dicha Iglesia, que no lo ha quemado en la plaza pública (esos tiempos han pasado), pero con los modestos medios actuales ha hecho lo que ha podido para hacerlo desgraciado, y para impedir además la publicación de sus heréticos escritos. Durante mucho tiempo éstos sólo circulaban "bajo el manto" y con aires de conspiradores en los medios más temerarios del rebaño de fieles. Ha hecho falta un "Comité de Patronazgo" con gente de lo más alta, presidido por una Alteza real, para que "Roma" ceda y dé luz verde, después de la muerte del culpable, para que su mayor crimen "El Medio Divino" sea al fin entregado al público, casi treinta años después de que lo cometiera en el mayor de los secretos.

N 305 ◊Me parece que Teilhard es notable por el hecho de que ha sido a la vez un auténtico sabio, reconocido y apreciado como tal por sus colegas, y un místico. Eso le acerca a R.M. Bucke, que no tenía una notoriedad de sabio comparable a la de Teilhard (ése es un puro detalle del actual punto de vista), pero que por el contrario tenía la gran ventaja de no estar trabado a cada paso por escrúpulos de ortodoxia y de disciplina, frente a una Iglesia y una Orden religiosa de oscuro pasado. Otro punto común en la misión de estos dos hombres es que su reflexión filosófica y religiosa, nutrida a la vez por su experiencia mística y por el pensamiento científico de su tiempo, ha versado principalmente sobre las perspectivas de la evolución de la especie humana, desde sus orígenes perdidos en la noche de los tiempos hasta sus destinos últimos que también parecen infinitamente lejanos. Ambos se sitúan en una óptica espiritual, la única que le da a la aventura humana la dimensión que le es propia. Y salvo el lenguaje, la visión a la que han llegado los dos hombres parece ser *una* misma visión – la de una lenta ascensión del hombre hacia su verdadera naturaleza, de esencia divina. Supongo que Teilhard nunca oyó el nombre de R.M. Bucke (44 años mayor), que en efecto no era ni un "nombre" en paleontología u otra ciencia similar (Bucke era un médico psiquiatra), ni un "pensador cristiano" o religioso reconocido, sin contar con que jamás tuvo notoriedad internacional por ningún motivo. La convergencia entre el pensamiento de estos dos hombres es tanto más notable.

Hablando de convergencia, esto me recuerda que sin tener formación científica, pero por el contrario con un pasado de sacerdote (de corta duración, es verdad) como Teilhard, Edward Carpenter llegó a una visión de los destinos divinos del hombre muy cercana a las de Bucke (siete años mayor) y de Teilhard (treinta y siete años más joven), partiendo de una profunda reflexión sobre las cuestiones sociales y sobre la sociedad humana. Pero visiblemente la fuerza visionaria que ha movido a estos tres hombres no es de naturaleza intelectual, no brota de una disciplina intelectual. En cada uno de esos hombres, brota de una experiencia mística, jugando el papel de una "revelación inicial" que viene a fecundar una larga fidelidad, y la hará madurar en una vasta visión común sobre los últimos destinos de nuestra especie.

Reconozco que al leer en "El Medio Divino", que Teilhard considera como la obra central que ilumina las restantes, me han molestado los numerosos signos de una "mentalidad biempensante", de la que al parecer no se desprendió en toda su vida. Sus elocuentes afirmaciones de ortodoxia católica son un aspecto entre otros. En este aspecto lo veo en el mismo plano

N 306 "burgués ◊cultivado" que Rudolf Steiner (veinte años mayor). Como él, Teilhard acepta sin reservas los valores consagrados de su tiempo – incluyendo el de todos los tiempos, el de la sacrosanta guerra... Se contenta con poner por encima de todo eso una visión místico–religiosa (ciertamente menos hokus-pokus que la de Steiner y por eso menos discutible), que se supone que las transfigura "en Cristo". En mi humilde opinión, una "transfiguración" en la que dos de los transfigurados se reencuentran a punto de destriparse uno a otro a golpes de bayoneta en una trinchera, y encontrar eso la cosa más normal y cristianamente divina del mundo (bajo el

adecuado nombre de "El Medio Divino del peligro"[874]) – reconozco que eso me suena a falso; aunque dicha transfiguración se exprese a lo largo de libros con una prosa sublime esmaltada de grandes palabras, y de largas citas latinas cuando el francés no basta (visto que estamos entre "gente bien" que habla latín desde su nacimiento...[875]).

A mi parecer, en la vida de Teilhard ha faltado el "momento de la ruptura", el momento heroico como el que hubo en la de Carpenter al dejar, no sólo el hábito de sacerdote (en 1874, a los treinta años), sino una clase social y los intereses y el mundo de actitudes y de ideas que ésta encarna (en 1881, ◊después de su iluminación). O como la ruptura, muy similar, realizada por Marcel Légaut en 1940 al dejar la confortable tranquilidad del status universitario – ruptura que fue sin duda el primer gran paso, el paso más "desgarrador", hacia la misión que tenía que descubrir y crear, y hacia el avance que había esperado casi dos mil años a que un valeroso cristiano lo realizara...

N 307

Pero quizás hable a la ligera, al no conocer casi nada de la vida de Teilhard, habiendo estado toda mi vida muy alejado desee cualquier punto de vista del tipo de medio que fue el suyo. Demasiado alejado, seguramente, para poder apreciar el camino que tuvo que recorrer, y las "rupturas" quizás que la fidelidad a *su* misión debió exigirle; o al menos los sacrificios (de la "carrera", del prestigio inmediato ante sus colegas y el público, etc) que debió imponerle. Quizás también la autonomía intelectual y espiritual que consiguió respecto de su Iglesia y de su Orden, por timorata que me haya parecido a veces, fuera una etapa necesaria, un "escalón" indispensable para que el pensamiento religioso de Légaut pudiera tomar conciencia de su fuerza y de su verdadera naturaleza y alcanzar su pleno auge, sin que estuviera trabado por ninguna obediencia a su Iglesia y no obstante sin que (y eso era esencial) la dejara o la rechazara ([87]). Dentro de uno o dos siglos, quizás se vea así la misión histórica de Teilhard, como preparando la de Légaut, más aún que por el vasto fresco (con garantía científica) de la evolución humana que Teilhard trazó en una perspectiva "escatológica" – visión que tuvo en Bucke y en Carpenter precursores más intrépidos y no menos inspirados por el Espíritu (y por eso mismo no menos "cualificados") que él.

(87) Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía

(25 de noviembre)[876] Según el testimonio del mismo Légaut, fue estimulado por la actitud de

[874] "El Medio Divino del Peligro" es el atractivo título que acompaña a una rutilante foto de Teilhard en uniforme, con el pecho cubierto de condecoraciones. Bajo la foto, un texto de la pluma de Teilhard, fechado en 1916 en Douamont (allí mismo donde en 1932 se construyó un glorioso osario que contiene los restos mortales de otros 300 000 valientes y jóvenes soldados):

> "... Si no he de volver de allá arriba, quisiera que mi cuerpo permanezca mezclado con la arcilla de los fuertes como un cemento arrojado por Dios entre las piedras de la ciudad nueva." (Loc. cit. p. 73)

Esto al menos tiene estilo – para hacernos añorar la guerra, ¡tan bella y tan sublime que la podríamos comer todos los días! Con el mismísimo buen Dios, como es debido (y patriota como ninguno), viniendo a realzar en Persona la machada. En cuanto al "cemento" hecho con los cuerpos de los héroes piadosamente masacrados (y hay un buen montón), es un hallazgo genial que habría que patentar en la "ciudad nueva".

Hablando de piadosas masacres – me ha chocado que cuando Teilhard habla del "Mal", es (ciertamente con un estilo admirable) con la elocuencia vaga y en suma muy tranquilizadora que desde hace ya dos mil años forma parte de la predicación cristiana: ese famoso "Mal" que el cristiano debe soportar con paciencia, encontrando en él la vía hacia el Cristo etc etc – se sobrentiende (sin que haya que decirlo) que *ese "Mal", siempre son los otros*, siempre son los villanos que están ahí, en suma, para probarnos, a nosotros los buenos cristianos (o a nosotros los valientes patriotas del lado *bueno* del Rin...).

Hasta el punto que podríamos preguntarnos (si no estuviera el hermoso rostro de Teilhard en su vejez, en cierta foto que he visto...) si esa "vena mística" de Teilhard es algo más que una exaltación religiosa más o menos sentimental, ¡acompañada de un estilo noble y de la sabia sombra del sinántropo!

[875] ¿Hace falta precisar que no hay ni rastro de traducción de los pasajes en latín? Eso enseñará a los zafios como yo a no meter sus narices en libros distinguidos donde no les importa...

[876] Véase el signo de reenvío a la presente nota unas líneas más arriba, en la nota "Los mutantes (2): la ciencia

probidad intelectual de Teilhard. Por el contrario, no creo que se pueda detectar una influencia directa del pensamiento de Teilhard en el suyo. Así, al leerlo, se tiene la impresión de que Légaut nunca pensó en la Evolución. Es algo sorprendente en un hombre que es a la vez profundamente religioso, y está penetrado por el espíritu científico de nuestro tiempo; un hombre, además,
N 308 que ha debido leer al menos buena parte de los ◊escritos de Teilhard, aunque sólo fuera en la época heroica en que todavía circulaban, cual dinamita espiritual, "bajo el manto" (o la sotana). ¿Propósito deliberado de ir por su propio camino, de no seguir una "trayectoria" bajo la tracción de un mayor prestigioso? Si se hubiera conocido mejor, seguramente habría sabido que tenía suficiente peso para no temer la tracción de nadie...

En muchos aspectos, las actitudes filosóficas de estos dos hombres difieren considerablemente, reflejando *elecciones* fundamentalmente diferentes – y es la elección de Légaut el seglar la que me parece la más difícil de las dos (en contra de las apariencias). Para Teilhard, dejando aparte ciertos borrones misteriosos e inquietantes de la Creación ("el Mal", la muerte...) a los que se somete humildemente, el Mundo está indeciblemente bien hecho – y es para él un tema inagotable de admiración y adoración. Por el contrario, se tiene la impresión de que para Légaut el Mundo está inexplicablemente mal hecho, y la presencia del hombre no hace sino empeorar más las cosas. Guste o no, el creyente (e incluso el no creyente) ha de tomar partido, y (si es fiel a sí mismo) enfrentarse sin desfallecer, y en comunión (consciente o inconsciente) con la invisible acción de Dios en él, a la imposible tarea de sobrepasar la inercia congénita e invencible de las cosas, tanto en el Mundo como en sí mismo. Es por un continuo acto de fe "pese a la evidencia" como perdura la loca esperanza (perpetuamente decepcionada y eternamente renacida) de una lenta y penosa victoria de las fuerzas creativas; victoria sin cesar puesta en cuestión, arrancada palmo a palmo en la dirección de una larga y dolorosa ascensión, tanto del mismo creyente a lo largo de su efímero periplo, como de la especie entera. Y es esa impensable y frágil victoria de lo improbable sobre lo casi seguro, lograda a lo largo de vidas y de milenios a fuerza de fe y de fidelidad, apoyada sin cesar por la Acción misteriosa de Dios en el alma de los que (quizás sin darse cuenta) actúan y crean en simbiosis con Él – es ese "milagro" de un Mundo hecho para empeorar y que, a pesar de todo y de una manera misteriosa y elusiva, sin embargo *se eleva* – es *ése* para Légaut, a medida que él mismo madura, el motivo de una admiración incesantemente renovada y que, a veces, roza la adoración. Así, con ese "optimismo" a muy largo plazo (o mejor dicho, con esa íntima e indestructible *seguridad*) es como la visión de Légaut se une finalmente a la de Teilhard, igual que también se une (creo) a la de todos los visionarios que han mirado muy por delante, hacia las metas últimas del largo caminar del hombre en busca del Hombre.

Pero ni Teilhard ni siquiera Légaut (diecinueve años más joven), incluso después de Hi-
N 309 roshima, han visto el acuciante fracaso al que ahora nos enfrentamos, no ◊en términos de miles de milenios sino en menos de lo que dura la vida de un hombre, y que *obliga a la mano de Dios*, por así decir, a intervenir in extremis de modo draconiano para salvar del naufragio a nuestra frágil nave espacial, nuestra Madre la Tierra, portadora de Vida y de Promesa. Y es asombrosa tal ceguera en estos hombres visionarios, de mirada penetrante. Quizás se deba, paradójicamente (y no sin una secreta ironía de las cosas), justamente a esa Promesa, a esa sempiterna "Parusía" supuestamente "esperada" por los cristianos desde hace dos mil años[877]: esa misma sobre la que ese mismo Teilhard de Chardin, para concluir bellamente su "Medio Divino" ("El Medio Divino de la espera", esta vez...), se expresa en términos sublimes como debiendo ser para el verdadero cristiano objeto de una esperanza imperecedera. Claramente estaba lejos de pensar que esa imperecedera (un poco muerta por los bordes), no era para dentro de uno o dos mil-

espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)".

[877] La palabra "Parusía" es, en el vocabulario religioso cristiano, el término consagrado para el retorno glorioso del Cristo. Jesús había anunciado que tendría lugar en vida de muchos de aquellos a los que se dirigía. Para una reflexión sobre el sentido del "error de fecha" (como poco) en la profecía de Jesús, véase la nota "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

lones de años, ¡que la Hora tan esperada está ante nuestra nariz! Pero si hubiera hablado en términos más reposados, habría sido hablar de la soga en casa del ahorcado, o de la cuchilla en la del guillotinado. Pues sobre ese tema de la Parusía (entre otros) hay en el alma de dicho buen cristiano una subrepticia ruptura–que–nunca–dirá–su-nombre, entre la actitud "oficial" de la "espera" oh cuán fiel (que viene a reflotar la elocuencia de un Teilhard) y la voz del sentido común burlada durante demasiado tiempo que se subleva y le dice (sin que se atreva a reconocerlo) que en esa ocasión (una vez no hace costumbre) el buen Jesús desgraciadamente se había equivocado (chis...), y que en todo caso aunque fuera infalible (cosa que la fe no sabría poner en duda) por supuesto no hay absolutamente nada que "esperar" de particular (si no es la propia muerte, que no puede tardar...). Hablale a ese cristiano, no con los términos sublimes y lejanos de un sermón sino de manera más concreta y cercana, de algo que se parezca más o menos a esa famosa Parusía tan problemática – y puedes estar seguro de que, profundamente molesto, desde ese momento te evitará como un molesto "iluminado". (Palabra que, como todos sabemos, en buen lenguaje cristiano quiere decir: loco de atar que hay que encerrar.)

Peor para ellos – ¡abrirán los ojos cuando llegue la Hora! Cuando uno se duerme, y más
N 310 aún entre dos sillas, la "oficial" y la "oficiosa", ◊la solemne y la vergonzosa, el trono papal y la silla desvencijada – ¡es por su cuenta y riesgo!

El mismo Légaut debió decírselo a sí mismo bien clarito, al menos en privado, que al menos Jesús se equivocó de fecha. Pero claro u oscuro y equivocado o no, parece que coincidía con todo el mundo: ¡no habrá Parusía! (Al menos no antes de unos cuantos millones de años.) Sólo esperamos a que alguien diga en alto lo que todo el mundo piensa por lo bajito, bajito...

Es raro que a esa edad se cambie de idea (Dios no lo quiera...). A menos, por supuesto, de verse obligado, cuando el Evento realmente llegue. Y quién sabe si Légaut, que parece mantenerse en forma, no estará allí para verlo con sus propios ojos.

(88) Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P. A. Kropotkin, A. S. Neill)

(26–28 de noviembre)[878] Sigo con mi repaso de los "mutantes". Sólo quedan dos que no nos hayamos encontrado antes en las páginas de la Llave de los Sueños, y que voy a presentar brevemente.

Piotr Alekséiévitch *Kropotkin* (1842–1921), revolucionario ruso, uno de los principales teóricos del anarquismo, y también una de las figuras más atractivas en la historia del movimiento anarquista. De la alta nobleza rusa, educado en el hogar de una familia imbuida de arrogancia aristocrática y de caprichosa crueldad arbitraria frente a sus siervos a la total merced de sus amos, que marcaron profundamente su infancia, suscitando en él movimientos de apasionada solidaridad con los sirvientes maltratados y humillados, y después con los pobres en general. Por otra parte su espíritu poderoso y atrevido le atraía hacia las ciencias. La geografía fue su primera gran pasión plenamente consciente, nacida no en las aulas sino "sobre el terreno" cuando, con sólo 21 años, le encargaron una delicada e incierta misión para aprovisionar unas colonias de antiguos forzados que se habían establecido en apartadas regiones de la Siberia oriental.
N 311 Durante sus viajes y posteriores misiones, en él nació y se desarrolló ◊una visión de conjunto de la formación del relieve asiático. Una visión que le llamaba poderosamente a consagrar toda su energía, quizás una vida entera, a desarrollarla en toda su amplitud y con todo el cuidado necesario. Al mismo tiempo esos viajes le pusieron en contacto con las gentes sencillas que vivían en las regiones que exploraba, con su ruda existencia pero también con su creatividad innata y su nobleza. Terminó por comprender que su vida pertenecía a esos hombres, pobres, a menudo explotados y maltratados y sin defensa ante sus opresores – a esos hombres de carne y hueso, no a una ciencia, ciertamente fascinante, pero que en el estado actual de las cosas no

[878] Continuación de la penúltima nota "Los mutantes (2): La ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)", n^o 86.

beneficiaría más que a unos privilegiados, a hombres como él mismo que, por su nacimiento, tenían la posibilidad de seguir libremente las inclinaciones de su inteligencia ávida de conocer y de crear. Dejó una vida de sabio y de pionero que le atraía poderosamente, para consagrar su vida a los pobres y a la lucha para eliminar la iniquidad social que veía reinar en todas partes.

En su vida larga y fecunda, ése fue entre todos el "momento de la ruptura", el momento heroico, el momento doloroso y creativo. Un momento que, gracias a la fidelidad de toda una vida, iba a convertirse en el de un verdadero *segundo nacimiento* – el nacimiento de Pierre Kropotkin, liberado de su título de "príncipe" y de cualquier otro que pudiera tener; del Kropotkin tal y como lo conocemos por su gran misión, a partir de ese momento.

Escribió una hermosa autobiografía, "Autour d'une vie"[879], que leí hace ya mucho tiempo, cuando era joven. Recuerdo que me llamó la atención sobre todo (aunque he olvidado casi todo) por su arraigada benevolencia hacia todos los hombres. Modesto y bueno, nunca se expresa con rabia, con cólera o amargura, ni siquiera de forma mordaz, sobre nadie. Amaba hablar bien de los demás, cuando podía hacerlo sin faltar a la verdad. Cuando no podía decir nada bueno de alguien, prefería callarse antes que hablar de manera desfavorable[880]. Contrariamente a la idea
N 312 que se suele tener del "revolucionario" y, ◊peor aún, del "anarquista", Kropotkin me parece que es una de las personas que, espontáneamente y por su naturaleza tan amable, más se alejaba de toda violencia. Por esa cualidad tan infinitamente rara, lo siento cercano a Whitman (veintitrés años mayor)[881] y a Gandhi (veintisiete años más joven), hombres de los que probablemente nunca oyera ni el nombre, pues su misión propia le llevó a caminos muy diferentes[882]. El único de mi "lista de mutantes" con el que normalmente habría podido y debido tener contacto es Edward Carpenter, sólo dos años más joven que él. Ignoro si se conocieron. Un punto en común entre ambos es su atracción por las gentes de condición humilde, cuya sociedad les gustaba más que la de las gentes de clase más elevada. Pero es posible que la apertura "religiosa" de Carpenter, y más aún su excepcional libertad interior, hubieran desconcertado y alejado a Kropotkin por su ateísmo riguroso.

En la historia del movimiento anarquista o del movimiento revolucionario en el último siglo (que conozco muy poco uno y otro, hay que precisarlo), la figura de Kropotkin es la que me es más familiar. Seguramente en ellas habrá otros hombres de estatura comparable y también atrayentes a su manera, que con razón podrían ser considerados como "mutantes" igual que él – como seres que han logrado, por un aspecto u otro, una madurez espiritual y una autonomía interior muy por delante de nuestra Era del Rebaño. Pienso por ejemplo en Elysée Reclus, amigo de Kropotkin y doce años mayor que él. Como él, fue un gran geógrafo apasionado por su ciencia. Pero por el contrario, eligió proseguir su trabajo científico, con las satisfacciones intelectuales, la seguridad material y también el status social y la audiencia que le daba, *y* su compromiso
N 313 revolucionario con una reflexión sobre las bases de la sociedad y sobre las perspectivas ◊de una

[879] Texto original en ruso. Apareció una traducción francesa en la editorial Stock, desgraciadamente agotada e imposible de encontrar en librerías. (N. del T.: Texto original en inglés, y traducido al español bajo el título "Memorias de un revolucionario".

[880] Al subrayar ese rasgo notable en Kropotkin, en modo alguno pretendo proponerlo como regla de conducta, ¡que además yo sería el último en seguir! Pero el hecho es que 999 veces de cada 1000, cuando se dicen cosas desfavorables sobre otro, es una actividad enteramente estéril. Yo mismo todavía no estoy totalmente curado de esa especie de desperdicio de energía. (Aunque casi...)

[881] Me refiero al Whitman posterior a 1854, i.e. posterior al giro que tuvo lugar en su vida con su "iluminación". Antes, los tonos agresivos e incluso insultantes no eran raros en su incisiva pluma de periodista todoterreno.

[882] Kropotkin murió en 1921, antes de que el movimiento del Satyagraha en la India alcanzara toda su amplitud, en la lucha por la independencia. Ese movimiento no habría dejado de impresionarle. Además hay un punto que acerca a estos dos hombres en mi lista de "mutantes": uno y otro se encontraron en oposición a los poderes establecidos, y por eso estuvieron varias veces en prisión, a veces por un periodo prolongado. El único "de la lista" que también estuvo en prisión (por lo que sé) es Fujii Guruji (sólo por unos días) y también, por supuesto, Solvic.

revolución mundial emancipadora[883]. Seguramente fue una elección juiciosa de acuerdo con su ser y con su misión, diferentes de los de Kropotkin aunque estrechamente ligados. Pero a mis ojos el acto de ruptura en la vida de Kropotkin, con el que se separó sin marcha atrás no sólo de innumerables privilegios (a decir verdad odiados por él) ligados a un status de príncipe, sino sobre todo de una grande y noble pasión que hasta entonces había dominado su vida, para seguir la llamada interior de una misión que le esperaba para ser creada y ser – ese acto doloroso da a su aventura espiritual una grandeza que pocas existencias han alcanzado.

Quizás la misión de Kropotkin fuera más una búsqueda de *justicia* que una misión de liberación. Si pretendía ser liberadora, lo era sobre todo en vista de la "liberación" de las clases oprimidas por la explotación económica, la dominación ideológica y el desprecio que sufrían a manos de las clases pudientes. Creo que no sintió la necesidad y la urgencia de una *liberación interior* del individuo, cuya estructura psíquica está moldeada por la sociedad ambiente e insidiosamente impregnada por sus valores, sus actitudes, sus tabúes. Éstos impregnan, y en gran medida determinan, tanto la mentalidad y la psique de los "amos" como la de los "esclavos". (Y cuando se mira más de cerca, se ve que los supuestos "amos" son en realidad ridículos e infantiles "esclavos"...) Sí, el alma y el pensamiento del mismo "revolucionario" (de aquél que quiere cambiar la sociedad a su imagen, o a imagen de sus ideas y de sus deseos...), igual que la de los pensadores, filósofos, artistas y sabios que contribuyen a crear durante siglos los valores culturales, está tan esculpida por ellos como la de cualquiera.

Al leer hace mucho tiempo el relato que hace Kropotkin de su propia vida, me chocó que no se hablase de todo lo que tiene que ver con el sexo o con la relación entre sexos, casi como si la "pequeña diferencia", por así decir, no existiera[884]. En retrospectiva, no puedo dejar de
N 314 constatar esta ◊evidencia, que para él ése era un tema *tabú*. Al menos por eso, y sin duda también de muchas otras formas pero de alcance menos crucial, este gran hombre y gran revolucionario, servidor de una misión que con razón veía como "liberadora", seguramente tenía aún un largo camino que recorrer para su propia liberación interior. La libertad que veía y de la que quería ser obrero y apóstol, era sólo como una mitad, cortada (como por el filo de una espada) de una libertad plena – la que no sólo es propia de una "clase" social, sino del *hombre*, cualquiera que sea su clase.

En esta óptica, me parece que de algún modo la misión de Kropotkin es "complementaria" de la de Whitman, o de la de Freud que tenía igual que él, Kropotkin, alma de sabio. Uno actúa hacia una liberación de una "opresión social" dentro de una sociedad, el otro hacia una liberación frente a una especie de "opresión social" más oculta, a saber la *represión* psíquica, que opera

[883] Aconsejo la hermosa biografía "Elisée Reclus, ou la passion du monde", por Hélène Sarrazin, en Editions de la Découverte. Texto de gran sensibilidad, ilustrado con notables fotos de familia. Hay un capítulo sobre Kropotkin en que en una pocas páginas calurosas se dice, creo, lo esencial. Lo he leído hace poco para refrescar mi débil memoria sobre la vida de Kropotkin.

[884] Detalle divertido, la mujer de Kropotkin aparece en una frase a la mitad del libro, sin que nos enterásemos antes de que tenía una compañera (ignoro si estaban casados "formalmente"), y sin que sepamos jamás (si no caigo en la maledicencia) quién era ni quizás su nombre.

Como estoy en el capítulo "fallos", añado que este hombre que no reconocía las fronteras, tenía sin embargo una pequeña tendencia anti-alemana y anti-prusiana, discreta tal vez, pero que ya me había intrigado al leer su biografía. ¿Recuerdos amargos quizás a manos de una institutriz alemana (fue huérfano de madre desde muy pequeño), u otros recuerdos parecidos? Claramente, aunque él no lo habría formulado así (al menos no mientras estaba en plenitud), encontraba a los alemanes (o "prusianos", pues los identificaba) poco simpáticos. En 1914, sucumbió a la fiebre general, aplaudiendo la lucha de la "civilización" contra la "barbarie germánica". Eso causó desolación y bochorno a sus camaradas anarquistas, que lo achacaban a su edad. Tenía 72 años y, por lo que sé, no estaba senil. Su último libro, "La Ética", lo escribió en sus últimos años. (NB murió en 1921, sin haber renegado de sus declaraciones belicistas.)

Incluso un Freud, espíritu independiente donde los haya, sucumbió a la fiebre guerrera en los primeros meses de la guerra, en 1914 – del lado, esta vez, de Austria, embarcada en la guerra junto a los "bárbaros" alemanes. Rápidamente se repuso de su aberración pasajera, y nunca volvió a caer, durante su vida, en favor de unos y de otros. Forma parte de los pocos que han sabido aprender la lección de una guerra.

en el interior del alma humana (y que sin duda Freud fue el primer hombre en ver claramente en toda su inimaginable dimensión). Kropotkin sufría la represión interior en sí mismo, sin verla ni en él ni en los demás; en cambio Whitman y Freud, ciertamente sin ignorar la realidad de la injusticia social y sus innumerables rostros, no estaban sensibilizados sobre ese aspecto, ciertamente menos brutal en su entorno que en el que rodeó la juventud de Kropotkin. A cada vida le basta su afán...

N 315 ◊En este mismo sentido, me parece que la misión de Edward Carpenter es una especie de síntesis en su persona, en su vida y en su obra escrita, de esas dos clases de misión liberadora, que pueden parecer ajenas entre sí. Realmente están indisolublemente ligadas. La justicia social y la liberación interior de todos los hombres son dos "causas", o dos "puntos" en el horizonte del devenir humano, indisociables una de otra, como la cáscara y la carne de un mismo fruto, llamado a madurar durante siglos antes de ser recogido y comido.

Esa dimensión ausente de la misión de Kropotkin, la liberación del miedo al sexo, está por el contrario en el corazón mismo de la de A.S. Neill, del que voy a hablar.

Alexander Sutherland *Neill* (1883–1973), educador británico. Como todo el mundo, he leído su libro "Libres enfants de Summerhill", que me impresionó mucho. Debía tener entonces unos veinte años[885], y mi relación con el sexo no estaba exenta de nudos, por decir poco. El libro de Neill no los hizo desaparecer como por arte de magia (¡eso sería demasiado fácil!), pero debió estar entre las semillas que maduraron en mí durante los siguientes veinte o treinta años, hacia una relación relajada, una relación de plena aceptación de la pulsión del sexo[886], sin excluir los componentes que todos hemos sido llevados a reprimir o a simular que ignoramos como (ejem, ejem) digamos "inortodoxos". Creo que en eso sólo soy un ejemplo entre miles de otros, y que los escritos de Neill han tenido y seguirán teniendo aún mucho tiempo un impacto importante para abrir las mentalidades a *otro* acercamiento al sexo, y también a otra manera de concebir la educación.

No sé si existe una biografía de Neill. En todo caso no he conseguido encontrar una, y no sé nada de su vida ni de su persona aparte de lo que deja entrever su libro. Pero su obra, por sí sola, testimonia una personalidad excepcional, muy por delante de su tiempo. No es sólo la obra del pensamiento que, como tal, pudiera ser separado de la verdadera personalidad y de la vida de su autor. Seguramente esa obra es ante todo esa famosa escuela de Summerhill, la escuela

N 316 "donde los niños ◊son felices" (¡oh abominación de la desolación...!) de la que nos hablan sus libros. Ésa es una creación que no tiene nada de cerebral, sino que está arraigada en la realidad cotidiana de un contacto vivo, intensamente exigente y creativo, con los niños de la escuela. Ellos son sus verdaderos y principales interlocutores o, mejor dicho, sus *colaboradores* en una "obra" que no-dice-su-nombre, realizada en común día a día y retomada de nuevo cada día.

La gran idea directriz en la obra educativa de Neill, claramente, es la de la *libertad*. Otros antes que él habían comprendido y escrito que la libertad es la condición primera del desarrollo humano, y que por eso debía estar en la base de toda educación que pretenda desarrollar las facultades creativas del niño. Tolstoi fue uno de ellos[887], y hubo muchos otros en las filas anarquistas, entre ellos Bakunin, Kropotkin, Reclus, Louise Michel. Igualmente era algo que se daba por hecho para un Gandhi (influenciado por Tolstoi) o para un Rudolf Steiner. Aunque a menudo las mismas palabras sirvan para designar cosas muy diferentes, y las ideas que se hacen unos y otros de esa famosa "libertad" cambie enormemente de unos a otros[888]. Pero creo que

[885] Hay un error de memoria – veo que la primera edición (en inglés) del libro de Neill es de 1960, cuando yo tenía ya 32 años. Bebí leer el libro poco después (se hablaba mucho de él en aquella época), en la edición original inglesa.

[886] Esta evolución, que creo que comienza en 1958 después de la muerte de mi madre, culmina en lo esencial hacia 1976, el año en que la meditación entra en mi vida. Volveré sobre ello posteriormente.

[887] Según me han dicho, antes de Tolstoi, y entre los primeros en reconocer el papel crucial de la libertad, estaban Fourier (1752–1837) y Godwin (1756–1836).

[888] Las divergencias aparecen cuando se trata de la delicada cuestión de la "disciplina" mínima que se ha de

Neill fue el primer hombre en nuestra larga historia que tuvo la audacia y la inocencia de ver que *la llave de la libertad del hombre está en la "libertad sexual"*. Además tuvo el coraje no sólo de decirlo de mil maneras de lo más llanas y nada eruditas, sino sobre todo de *aplicarlo* y de comprobarlo en la práctica delicada donde las haya de la educación.

No es éste lugar para disipar los numerosos malentendidos que el término de "libertad sexual" no puede dejar de suscitar, tanto más que la palabra más anodina de "libertad". El mismo Neill lo ha hecho largo y tendido en sus libros, no con discursos teóricos sino con innumerables ejemplos sacados de una experiencia de cuarenta años de la libertad en la escuela, justificando su intuición inicial: "la libertad en la escuela" (y con mucha más razón, en cualquier otra parte...), ¡*eso funciona*!".

Si ha podido realizar esa larga demostración plenamente concluyente, creando una especie de enclave de libertad rodeado por una sociedad totalmente refractaria (como mínimo) a ese
N 317 espíritu de libertad, es porque además de un raro coraje para ◊mantener la fe en sus intuiciones básicas y nadar solo contra la poderosa corriente de la humanidad entera desde la noche de los tiempos, era sin duda un educador nato. ¿O no es más bien la fidelidad a su misión la que hace surgir en él, a lo largo de los años y según las necesidades, esas dotes excepcionales que (al menos en los que están con él de corazón) hacen aclamarle como "genio" y "educador nato"?

Seguramente su misión no habría visto la luz, al menos no con todo el impensable atrevimiento que tuvo, si no hubiera sido precedida y preparada por la de Freud (diecisiete años mayor que él). Veo la misión de Neill como un retoño vigoroso de la de Freud en dos niveles diferentes. Por una parte, gracias a la "revolución freudiana" en la actitud del espíritu frente al sexo, éste había dejado de ser (al menos para un cierto pensamiento de vanguardia) un tema tabú, un tema no sólo "indecible", sino incluso "impensable". ¡Por fin ese cerrajo había saltado! Y no hacía falta más, ciertamente, para que en Neill pudiera eclosionar el espíritu de simplicidad que llama al pan, pan, y al vino, vino, igual con los niños que con los adultos, e igual si se trata de cosas comúnmente miradas como escabrosas y sin embargo las más corrientes del mundo, como (por ejemplo) la masturbación[889]. Summerhill, ante todo es ese espíritu, y no otra cosa. Pero también por otra parte, la comprensión del mecanismo psíquico que propone Freud ha resultado ser un auxiliar precioso, quizás indispensable para que Neill pudiera llevar a buen término su
N 318 labor en Summerhill. Seguramente necesitaba el mismo tipo de perspicacia ◊vigilante de Freud, para no caer en la trampa de las mil y una situaciones imprevisibles, que tumbarían a más de uno, a las que iba a enfrentarse día tras día en su contacto con niños a menudo difíciles, incluso resabiados a su manera ¡y que no dejarían de intentar, de mil maneras, de "ganarle la mano"!

Pero toda la "técnica" que un gran pionero como Freud pueda poner a disposición (digamos) de un educador será de poca ayuda, si no es a su vez instrumento de una inteligencia creativa (como lo fue la del mismo Freud), para enfrentarse día a día a las situaciones siempre nuevas, siempre imprevistas, y siempre portadoras de nuevas enseñanzas que trastocan las ideas

---

asegurar. Por ejemplo: ¿Se ha de aceptar o no el principio de los castigos impuestos por el Maestro?

[889] Muchos lectores debieron quedar bastante "sorprendidos" igual que yo, e incluso desconcertados, por la simplicidad con la que Neill habla de la "masturbación" (utilizando este término, tan cargado de peso), con la desenvoltura con que hablaría de una mesa o una silla. A un padre que iba a ver si Summerhill era conveniente para su hijo y que expresaba la inquietud de que aprendiera a masturbarse, Neill le preguntó: "¿Por qué le inquieta eso?". El padre: "Eso le haría daño...". Neill: "¡Eso no le ha hecho daño ni a Vd. ni a mí, ¿no es cierto?!".
No me gusta usar la palabra "masturbación", cargada de connotaciones peyorativas o vulgares, igual que no utilizaría la palabra "follar" por "hacer el amor", "pederasta" por homosexual, o (en otro contexto) "boche" por alemán. Lo malo es que en este caso no hay otra palabra, salvo "onanismo" que no es mucho mejor, o "autoerotismo" que tiene el inconveniente de ser vaga y falsamente erudita. A veces el lenguaje es un molde implacable para obligar a la gente a pensar y sentir de cierta forma. El francés peor que muchas otras lenguas, como el alemán que está hecho para poder formar palabras nuevas (como en este caso "Selbstbefriedigung"). Neill coge el toro por los cuernos utilizando un término "cargado" casi con la "frescura" del que habla del tiempo. En este caso claramente es lo que había que hacer. ¡¿Pero cuántas generaciones o siglos han de pasar, antes de que los nubarrones que rodean ciertas palabras los disipe para siempre un viento de libertad?!

de la víspera. Por eso, partiendo de la obra fundamental de Freud, y en su dominio propio que es la educación, la de Neill sin duda va considerablemente más lejos de lo que Freud habría osado soñar, ni quizás querido aceptar. No sé si llegaron a conocerse o a mantener correspondencia, ni si Freud tuvo conocimiento a poco que fuera de la obra de Neill[890]. Pero me imagino que la escuela de Summerhill al menos le habría incomodado, tanto más cuanto que Neill claramente se había inspirado en él, Freud. Sin duda eso está en la naturaleza de las cosas. Freud era el primero en darse cuenta de que sus propias ideas a los cuarenta años, le habrían chocado profundamente si las hubiera conocido cuando tenía veinte o treinta[891].

Co mucha más razón, todos esos hombres que he citado, que tenían ideas avanzadas sobre la educación y que algunos (como Tolstoi, Gandhi, Louise Michel) las ponían en práctica, sin duda estarían horrorizados de Summerhill, ¡incluyendo nuestros queridos "mutantes" Kropotkin, Steiner, Gandhi! En cuanto a Teilhard de Chardin (casi de la misma edad que Neill: sólo dos
N 319 años ◊mayor), seguramente habría visto en Neill al Maligno encarnado (y de paso, tal vez, la tan elogiada Parusía le habría parecido muy cercana...). En toda mi lista de mutantes, ¡sólo de Whitman y Carpenter estoy seguro de que Summerhill les habría hecho gritar de alegría! Y luego Légaut, si ha oído hablar, al menos no ha debido escandalizarse...

Es posible que si Neill estuviera aquí leyendo esta presentación-de-corrido de su obra de mutante, le parecería que indebidamente he puesto como vedette el lado "liberación sexual". En su libro (que he conseguido hace poco y que acabo de repasar con gran placer) no insiste mucho sobre ese aspecto de la libertad en Summerhill. Como él mismo subraya, una vez que el sexo no está bajo presión, deja de ser invasivo. La libertad se expresa de cien y mil maneras diferentes y muy simples, y todas deberían darse por sentado, pero que los hombres ¡ay! desconocen, o que ya no conocen. La escuela de Summerhill se las enseña, o se las recuerda, a los niños. O lo que es lo mismo: les enseña a *vivir sin temor*. Eso es lo que cuenta, mientras que los sempiternos "programas", es decir los que los adultos bien educados deciden que hay que embutir en la cabeza de los niños para hacer adultos como ellos (otro ¡ay!), eso no tiene ninguna importancia. He ahí lo que Neill no se cansa de repetir a sus lectores, justamente adultos y como tales mucho más duros de mollera que los niños (visto que su cráneo ha tenido tiempo de ser lesionado por todo lo que les han embutido a su pesar). Y los libros de Neill, son un poco los libros de la escuela de la libertad para adultos. Pero me gusta más decir que son las semilla lanzada al viento, y que cae donde la lleva el viento...

No, no voy a pintar aquí con colores pastel la escuela de los niños felices, émula de la abadía de Télem[892] con la memorable divisa "Fay ce que voudras!". El verdadero retrato, a tamaño natural y con luces y sombras, hay que buscarlo en el libro de Neill. Leedlo, si no lo habéis hecho ya, y os garantizo que no os aburriréis ni un instante, de principio a fin – y que vale por todos los libros de psicología y educación del mundo. Estilo alerta, directo, con ejemplos concretos, siempre directo al grano, nunca remilgado, denso sin ser pesado, lleno de una sana ciencia sin una sola palabra erudita y ni una sola palabra de más. Sin pretender hacer una reseña, un libro único igual que "La interpretación de los Sueños" de Freud (publicado en 1900),

[890] No he encontrado el nombre de Neill en el copioso índice de nombres de amigos, pacientes y conocidos citados en la "biografía en imágenes" de Freud ("Sigmund Freud, Sein Leben in Bildern und Texten") editada por su hijo pequeño Ernst Freud y por su mujer Lucie Freud. (En alemán, Suhrkamp Verlag.) Un libro fascinante y emotivo, y la primera biografía de Freud que he leído, el mes pasado.
Recuerdo que la escuela de Summerhill se fundó en 1921, y que en 1923 tuvo lugar la primera operación de un cáncer de paladar de Freud, enfermedad que le hizo sufrir mucho en los dieciséis años de vida que le quedaban, disminuyendo mucho su energía y su disponibilidad. Es pues muy posible que nunca tuviera conocimiento de la experiencia de Summerhill.

[891] Creo que observaciones similares podrían hacerse en toda vida intensamente creativa a nivel espiritual. Al aprender cosas nuevas sobre nosotros mismos, sobre el Mundo o sobre Dios, nuestras ideas familiares quedan trastocadas. ¡En mi caso hace dieciocho años que dura!

[892] N. del T.: Nombre de una abadía ficticia en el libro Gargantúa y Pantagruel de François Rabelais. Su única regla era "fay ce que vouldras", haz lo que quieras.

pero en un registro totalmente diferente. Uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Sobre
N 320 todo un libro (y quizás sea ése su rasgo más sorprendente) *bueno para* ◊*ponerlo en cualquier mano*. Un libro que ilumina (en la medida de cada uno), sin discursos eruditos ni edificantes. Un libro en el que no habla la inteligencia de un cerebro, sino de un corazón.

(89) Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser

(2 y 3 de diciembre)[893] Los últimos tres días no he trabajado en la LLave de los Sueños, al menos no directamente. Dejando aparte diversas tareas que retrasaba día tras día (correspondencia, trabajo en el jardín, limpieza de los tubos de las estufas, dado que se acerca el invierno...), he dedicado mi tiempo a releer de principio a fin el libro de Neill "Libres enfants de Summerhill"[894]. ¡Pocas veces he empleado mejor mi tiempo, y especialmente mi tiempo de lectura! Con más claridad aún que al escribir la nota anterior, me doy cuenta de que ese libro es uno de los pocos libros-clave, quizás el primero de todos, para preparar las mentalidades para la Era del Despertar; y también un libro, seguramente, que podrá servir de inspiración a los hombres "de después". Ese "hombre nuevo" que ha de nacer, y que desde hace uno o dos siglos oscuramente se abre paso en algunos de entre nosotros, es en las páginas de ese libro donde lo veo surgir con más claridad, libre de todo halo ideológico o mesiánico. El hombre nuevo, sencillo como el "buenos días", familiar como si lo hubiéramos conocido de siempre, como si *nosotros mismos* lo hubiéramos sido siempre. Ése es el mismo Neill, el imperturbable papá-director-que-no-dirige-nada, con la broma ingenua tan adecuada que a veces nos preguntamos cuándo encuentra un momento para ser "serio" de verdad, ésa es su mujer discretamente presente en esas páginas (no sabremos su nombre...), ésos son los colaboradores anónimos y comprometidos, trabajando
N 321 con ◊incansable paciencia por un salario de tres al cuarto, si no es el de ver que ese trabajo no se hace en vano, y son los mismos niños de Summerhill, por supuesto, haciendo a trancas y barrancas el aprendizaje de la libertad. Al menos aquellos que ya han dado sus primeros pasos, que se han desprendido del odio secreto o del secreto desprecio a ellos mismos, y del miedo larvado que es su inseparable compañero. Aquellos que ya han accedido a una aceptación alegre de ellos mismos, en un ambiente en el que se sienten aceptados sin condiciones, *tal y como son*.

Chavales, hombres, mujeres que están "en su propia piel". Mezclados con ellos están los recién llegados, mejor o peor integrados en un ambiente como el que jamás habían conocido y con el que antes jamás hubieran soñado. Un ambiente desconcertante por su misma simplicidad: ¡un aire de libertad! Son como un lisiado[895] que no hubiera vivido más que con lisiados y de repente se viera trasplantado a un mundo de niños, hombres y mujeres que *caminan*, ¡como si fuera lo más natural del mundo! Y tienen que descubrir que ellos también tienen piernas para caminar, ¡que sí! aunque un tenaz miedo profundamente anclado quiera impedirles que lo admitan. El hecho es que nunca se servían de sus piernas y por eso no es extraño que se hayan atrofiado un poco. Hay todo un aprendizaje para devolverles su movilidad natural, a esas patas tanto tiempo inútiles e inertes, y que ese lisiado se ponga a caminar igual que los demás. *Ése* es sobre todo el trabajo de Neill y los otros adultos: enseñarles que tienen piernas para caminar a los que lo habían olvidado casi desde la cuna, ayudarles (como si nada) a desprenderse de ese miedo, de esa crispación que paraliza. Pero a menudo, nada más ver que los demás caminan

[893] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P.A. Kropotkin y A.S. Neill)".

[894] Traducción francesa en las Editions de la Découverte. Desgraciadamente la traducción está sembrada de sinsentidos, debido a una traducción "fonética" del inglés que ¡ay no siempre funciona! Los sinsentidos más frecuentes son los siguientes: cuando veáis las palabras "supprimer" o "suppression", reemplazad por "réprimer" o "répression" (del inglés "to suppress", "suppression"). Cuando veáis "conquérir", reemplazad por "surmonter" o "depasser" 8del inglés "to conquer"). Cuando veáis "évidence", casi siempre (el contexto lo dirá) habría que poner "preuve" o "fait probant" o "signe probant" (del inglés "evidence"). ¡Verdaderamente es una pena arruinar así un texto tan magnífico!

[895] N. del T.: "cul-de-jatte", literalmente "culo-de-cuenco", lisiado sin piernas.

y corren con facilidad, eso ya basta para que se desprendan poco a poco, en unas semanas o meses, de los viejos miedos y las viejas crispaciones.

Un camino hacia la aceptación de uno mismo y hacia la autonomía interior, *ése* es ante todo lo que los niños tienen que recorrer en Summerhill, cada uno a su propio ritmo. Y seguramente cada uno de los adultos también tiene que recorrer él mismo un camino similar, y bajo condiciones mucho más difíciles, a una edad en que la personalidad ya está plenamente formada y estructurada, y en un medio como cualquier otro, que se opone con todo su peso. Neill el primero, tuvo que pasar por un tremendo viraje y hacer un largo camino para llegar a Summerhill, a la edad de treinta y ocho años. A lo largo del relato, con sus comentarios sobre esto o aquello, nos enteramos de que fue educado, en una familia endiabladamente calvinista, en el
N 322 temor de Dios-el-justiciero y ◊del infierno que le esperaba, si no se portaba bien. Cuando era un joven profesor, no se privaba de pegar a los niños como todo el mundo, manera de desahogarse (como siempre que se le pega a uno más débil). Ése debió de ser un descubrimiento bien gracioso para él, que *ésa* era la razón por la que pegaba y no para "educar" a la chiquillería. Quizás fuera ése el "tremendo viraje" que acabo de evocar. ¿Cómo se realizó en él esa extraordinaria transformación interior, de un maestro de pueblo normalmente acomplejado, si no más retrógrado y vicioso que los demás, en el Neill que conocemos en las páginas de su libro? (¡Un Neill que sería absolutamente imposible inventar!) Al final del libro he descubierto el anuncio de otras tres traducciones francesas de libros suyos, éstas póstumas, entre ellas "Diario de un Maestro Rural" (Payot 1978). No puede ser más que una autobiografía, y ya festejaba su lectura. Pero mala suerte, ¡está agotado! (Tendré que intentar pedir en Inglaterra la edición inglesa...)

Además Neill está muy lejos de poner la pose del hombre totalmente liberado y todo eso. (He terminado por comprender que ésa es mala señal). Ni del hombre genial, o infalible. Con esas poses, es seguro que no habría sido el hombre adecuado para hacer Summerhill. Además no pierde ocasión de señalar las diversas ideas falsas de las que se ha tenido que deshacer, y también sus errores "de táctica" con tal niño y tal otro. (Tengo la impresión de que esos casos debían de ser raros, y que nunca tardó mucho en ver su error y rectificar el tiro...) Neill también es el primero en constatar que un hombre (como él mismo) que no ha sido educado en la libertad, siempre guarda en alguna parte reflejos de ser "acomplejado" más o menos ocultos. Eso no le impide, en su relación con los niños, sentir en todo momento dónde duele el zapato y cómo desatar suavemente (y casi siempre con una brizna de humor malicioso con aires de seriedad juguetona o ausente) nudos a veces muy apretados. En eso es asombroso. Se diría que por un milagro siempre renovado, en todas las situaciones "sensibles", el ego-pantalla se desvanece sin dejar traza, dando lugar a una percepción inmediata y aguda de lo que ocurre y, simultáneamente, y sin ninguna intervención de un pensamiento consciente y aún menos de la menor reflexión, ocurre *el acto preciso*: el que hace choc allí donde se requiere el choc para comunicar un mensaje, o el que "pasa" suavemente sin precipitar nada ni enturbiar nada, cuando la situación aún necesita madurar. Se siente en él una *flexibilidad* perfecta, una ligereza extraordinaria, en su relación con una cotidianeidad que es para él, el que está despierto, como una incesante provocación creativa.

N 323 ◊Esa rara presencia, que en Neill se ha convertido en parte inseparable, cotidiana, "ordinaria" de su misma naturaleza, es claramente obra del *amor*. Lo que ha transformado la vida de ese hombre, lo que transforma a tantos seres con el mero contacto cotidiano con él, es una cierta cualidad de "amor", se diría que presente en él permanentemente. No el amor que se apega a tal ser o tales otros y espera tales compensaciones, ni el amor sentimental que retoca y talla y se esfuerza en colorear de rosa el gris; ni siquiera el amor-sentimiento con toda su carga de emociones y toda la inercia que le es inseparable. Un amor que no es ni apego ni idealización ni sentimiento, un amor que es *acción* inmediata. Como la acción del sol, que alumbra por igual a pobres y ricos, a "malos" y "buenos", y también a las bestias, los insectos, y hasta las hierbas y el musgo en las grietas de las rocas. Seguramente es un amor como el que emana de seres

como el Buda o Jesús, y que actúa sobre todos los que les rodean si no se cierran a él. Y a decir verdad, ese libro de Neill tan pegado a tierra, tan alejado de todo vuelo lírico, tan desnudo de toda floritura poética y de todo esfuerzo literario – ese libro es un canto de amor no menos inspirado ni menos profundo que el famoso Cantar de los cantares de Salomón. Pero (en mi humilde opinión) mil veces más adecuado a nuestro tiempo ¡y mil veces más urgente que todos los Salmos de David y de Salomón juntos!

Que la acción de Neill haya sido tan excepcionalmente fértil ya en sus días sin duda se debe también a que su campo de acción privilegiado estaba entre los niños, menos curtidos que los adultos y menos inclinados que éstos, a la larga, a aferrarse a un estado de crispación interior de lo más fatigante. Los fracasos pedagógicos eran raros. Pero es que la presencia de Neill debía actuar sobre los adultos de la escuela, haciendo eclosionar y desarrollarse en ellos cualidades poco comunes de paciencia, serenidad y dedicación requeridas para Summerhill. Si no, uno se pregunta cómo habría podido encontrar el personal que necesitaba, seguramente imposible de encontrar tal cual.

Esta extrema agudeza amorosa que constantemente, en ausencia de toda pantalla de ideas preconcebidas, capta lo esencial en una situación o en un ser, y que es *una* con la acción precisa que toca allí donde debe tocar – ésa es sin duda la cualidad más extraordinaria y más rara que encuentro en Neill, y la que lo distingue (me parece) del resto de mis "mutantes"[896]. Más que
N 324 ninguno de ellos, quizás él esté ya "del otro lado", él ◊perteneze ya a la Era del Despertar, a esa era delante de nosotros que es también la de la libertad. (O al menos, al principio, la del aprendizaje de la libertad...)

Freud, el precursor inmediato de Neill, abrió una gran brecha en el muro grueso y compacto de un miedo ancestral, de un miedo milenario. Pero él mismo *se quedó a este lado del muro*, sin pasar por esa brecha tan abierta. Quizás él mismo no viera claramente la verdadera naturaleza y la verdadera dimensión del agujero que acababa de hacer. Para él era una brecha abierta al pensamiento. Y él sabía mejor que nadie que el pensamiento no es el hombre, hasta qué punto está lejos de ser *todo* el hombre. En todo caso en él, igual que en cualquiera, el divorcio entre el pensamiento y "el resto" era patente. El pensamiento había pasado por cierta brecha, eso por supuesto, pero "el resto" se quedó prudentemente a este lado del Muro del Tabú. En su vida cotidiana de padre de familia con los suyos, como colega de sus colegas, como médico de sus pacientes, y más tarde como jefe de filas o como "maestro del pensamiento" de una especie de nuevo humanismo científico que debía repensar de cabo a rabo todo lo que concierne de cerca o de lejos a la psique humana – en todo eso, me da la impresión, Freud siguió siendo "el hombre viejo": el hombre moldeado por una cultura y por un medio, y que se conforma escrupulosamente, cuando no ciegamente, con los modelos que éstos han imprimido profundamente en su psique. Sí, incluso frente a esa famosa "libido" que él había magnificado bajo un nombre de su cosecha, frente a esa pulsión del sexo que no le había esperado para existir, y para existir no sólo en sus pacientes, en sus "casos", sino *en él mismo* – una vez que salía del gabinete de consulta y guardaba sus cuadernos de autoanálisis, estoy convencido de que frente a ella seguía siendo el viejo[897] que la sociedad quería y quiere que seamos: llenos de una desconfianza medio-altanera y medio-crispada, en cuyo fondo yace un *miedo* de esa cosa confusa, informe y agazapada en lo profundo, de algo que, hagamos lo que hagamos, escapa a las avenidas claras y bien trazadas del pensamiento. Algo en el fondo desconocido, escurridizo, ángel y bestia a la vez, terrible,
N 325 espantoso por su misma atracción ◊y por ese poder que sentimos en él y que, si no tenemos

[896] Sin embargo es posible que deba exceptuar a Edward Carpenter. Pero por el momento no estoy lo bastante documentado sobre él para hacerme una idea al respecto.

[897] Que algo fallaba seriamente en la relación de Freud con la pulsión erótica, eso lo tuve muy claro desde la primera vez que leí algo suyo. (fue en su obra maestra, "La Interpretación de los Sueños" (Die Traumdeutung), a principios de los años 70.) Me expreso de pasada en ese sentido en la nota "El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud" (n^o 6), en la página N 14.

cuidado, en un instante barre con todo...

Sin embargo, seguramente en alguna parte sabía que esa gran brecha que había abierto, ésa no se limitaba amablemente, propiamente, a la capa superior reservada únicamente al pensamiento, a "la actividad noble del hombre" (tal y como él la veía). Bien debía sentir que llegaba hasta el suelo y que penetraba en los cimientos, profundamente. ¡Quién no habría sentido vértigo en su lugar! Y cómo extrañarse de que haya tenido buen cuidado (seguramente con toda sinceridad) de pavonear con colores llamativos su fidelidad a los valores represivos encarnados por la sociedad. Como diciendo: "¡Me "rindo"! Saben, no soy más que un modesto sabio y que hace su trabajo de sabio. Sólo es una cuestión de pensamiento les aseguro, investigación desinteresada, honor del espíritu humano y todo eso, sin contar los progresos en medicina que casi me olvido... Y si nosotros los psicoanalistas hablamos con palabras tan eruditas y tan inodoras de ciertas cosas (ejem, ejem) que seguramente con razón la moral reprueba, les juro que no es para poner en duda lo más mínimo los fundamentos de dicha moral y de las represiones (perdonen la palabra erudita...) que causa (y con qué implacable eficacia – ¡las neurosis son testigo!), para echarlos por la borda y que se hundan – ¡*muy al contrario*!"

Sí, a cada vida le basta su afán. Y si duda era necesario, para "colar" mal que bien y casi "a escondidas", por la puerta rotulada "Ciencias Humanas", la revolución freudiana, que su artífice presentara el tranquilizador "perfil" de sabio con sienes encanecidas, de padre de familia irreprochable etc., "*como todo el mundo*".

El caso de Whitman fue justamente al revés: en una pirueta prodigiosa (¡tan prodigiosa que casi no daba crédito a sus ojos!) se vio llevado a mil años más allá del famoso Muro; y sin dejarse llevar por el pánico del descomunal desfase con los hombres de su tiempo, se quedó allí, mucho más allá. Pero el pensamiento, ése no le siguió. O si le siguió, sólo fue una modesta parte del pensamiento: ¡la que se dejó llevar hasta allí sobre las ligeras alas de la expresión poética! (Aunque fuera con un lenguaje profundamente renovado por las necesidades de la causa.) En los tiempos que corren, parece que la jerga erudita cuela mejor, y en todo caso inspira más
N 326 confianza, parece "más seria" ¡e inquieta menos que la poesía! ◊Es evidente que hasta ahora el impacto de Freud sobre nuestra cultura[898] ha sido incomparablemente más poderoso que el de Whitman, e incluso que el de Whitman, Carpenter y Neill juntos.

Y esto es fácil de entender. El nivel en que se sitúa Freud, el del mero pensamiento (¡y aunque se asomase atrevidamente a los insondables abismos de la psique!), es un nivel que siempre permanece periférico. Se puede ser (digamos) un psicoanalista ilustre, en la estela del gran Predecesor, y seguir siendo aún "el viejo hombre", tan tranquilizador como el primer paciente que venga a curarse con él la neurosis a mil francos la sesión. Por el contrario, acoger y digerir el mensaje de un Whitman, de un Carpenter, o de un Neill, en el nivel que estos hombres se sitúan ellos mismos y que es el de su mensaje, eso ya es *cambiar*. Es dejar por poco que sea el hombre viejo. Es renovar la piel, es seguirlas *más allá del Muro*.

Si estos hombres nos cambian, no es por lo que *piensan* (aunque su pensamiento sea intensamente creativo), sino por lo que *son*. Y "lo que son" no está a este lado del gran Muro, no está en el corral del rebaño, salvo quizás algunos pedacitos que se han quedado atrapados. Ya están allí, en alta mar, ¡mucho más allá del Muro!

[898] Aquí uso "cultura" en un sentido convencional, más o menos coincidente con: la cultura *escrita y enseñada*. Debe de haber decenas de miles de libros que tratan de Freud o del psicoanálisis, o de ideas que ahora son parte del aire de los tiempos, introducidas por él o en la estela del avance que realizó. Por otra parte, hay que darse cuenta de que hasta ahora ese "impacto" permanece confinado casi exclusivamente al nivel de las ideas, constituye un "barniz cultural", sin incidencia sobre los comportamientos de la gente entre sí o consigo mismos. Las ideas verdaderamente "eficaces", las que determinan casi totalmente los comportamientos de cada uno, no son las ideas conscientes y a veces "eruditas" transmitidas por "la Cultura", sino las que se sitúan en las capas subconscientes e inconscientes de la psique. Esas ideas prácticamente no han sido tocadas por la revolución freudiana. Seguramente mucho menos, estadísticamente hablando, de lo que han sido tocadas por la invasión del "estilo Walt Disney", y esto incluso entre las clases sociales "cultivadas".

(90) Neill y el pecado original – o el mito como mensaje

(4 y 5 de diciembre)[899] El azar hace bien las cosas, que haya sido llevado, en la penúltima nota,
N 327 a presentar juntos a Kropotkin y Neill, que a primera ◊vista no parecen tener que ver gran cosa. En la nota en cuestión ya había observado que la misión de Kropotkin puede verse en cierta forma como "complementaria" de la de hombres como Whitman o Freud, y por lo mismo de la de Neill (visto que ésta es un vigoroso y atrevido retoño de la misión de Freud[900]).

También hay muchos puntos comunes entre estos dos hombres y sus misiones, en el sentido de esa complementariedad. En ambos vemos una crítica vigorosa de la sociedad tal y como existe, y tal y como ha existido más o menos desde siempre. Pero por supuesto sus ópticas son muy diferentes. Kropotkin se dedica a las iniquidades de la explotación de las clases desheredadas por las clases pudientes, y sancionadas por las leyes y las estructuras de la sociedad. Neill percibe la violencia en el mismo seno de la familia, en la relación entre los esposos y en la de los padres con los hijos, y hasta en la relación que cada uno tiene consigo mismo. Ésta está pervertida por un insidioso odio a uno mismo, instalado desde la infancia por las represiones sufridas a manos del entorno adulto. Neill es uno de los pocos que ha visto claramente que el que no se ama a sí mismo es incapaz de amar a otro, y transmite a su descendencia su odio y esa incapacidad. El gran mal de la sociedad, Neill lo ve en esa incapacidad de amar, transmitiéndose de generación en generación por medio de la represión ejercida sobre el niño desde su infancia. Y entre las innumerables formas que toma la represión, la del sexo es la represión neurálgica donde las haya. Si ocasionalmente Neill critica las leyes (sometiéndose a ellas por la fuerza y a regañadientes...),
N 328 no es tanto porque sancionan las injusticias ◊sociales (razón principal por la que Kropotkin y los anarquistas recusan más o menos en bloque todas las leyes existentes), sino porque son garantes de la represión y, más particularmente, del derecho represivo casi ilimitado de los padres.

Para mí está muy claro que, de estos dos hombres, Neill es el que ha sabido tocar con el dedo la raíz misma del mal que sufre el hombre y la sociedad humana, desde (parece ser) la noche de los tiempos. Es esa baja estima, incluso ese odio o ese desprecio de uno mismo que, por compensación y por desahogo, mantiene en el hombre impulsos conscientes e inconscientes de violencia hacia sus semejantes[901], y el ansia incoercible de ponerse por encima de los demás, aunque sea humillándolos, atormentándolos o destruyéndolos en sus cuerpos o en sus espíritus. Ninguna revolución, por más generosa (cosa extraordinaria) que pueda ser la inspiración de sus principales instigadores y artesanos, eliminará esos profundos gérmenes de violencia, de desigualdades e iniquidades que asolan la sociedad ¡cual una maldita enfermedad incurable y hereditaria! Trastrocando las relaciones de poder dentro de la sociedad, y sus estructuras e instituciones, no tocarán sin embargo las raíces profundas del mal, secretamente presentes y activas en el alma de los "revolucionarios" y de los "explotados" igual que en la de los "explotadores" o los "reaccionarios".

A propósito de la diferente profundidad de la visión de estos dos hombres, hay que recordar

[899] Continuación de la nota anterior "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser".

[900] Es usual calificar a Neill de "psicoanalista", para encasillarle en una casilla ya preparada. Está claro que se ha inspirado en Freud y que ha tomado de él algunas ideas clave sobre la psique, igual que está claro que ha ido por su propio camino, mirando las cosas con sus propios ojos – incluso allí donde no parecen adecuarse a la visión freudiana.

En "Libres enfants de Summerhill", Neill nombra a Freud lacónicamente en tres sitios diferentes. La primera vez es ya en las primeras líneas de la introducción, para designarle (con razón) como el verdadero creador de la psicología. Vale la pena citar estas primeras palabras de su libro, que no puedo dejar de suscribir plenamente:

" En materia de psicología, no hemos avanzado mucho. Las fuerzas directrices de la psique humana, en su mayor parte, todavía son un misterio.

Desde que el genio de Freud le diera vida, la psicología ha recorrido un largo camino; pero sigue siendo una ciencia nueva que sólo descubre lentamente los contornos del continente desconocido. Es probable que dentro de cincuenta años se rían de nuestra ignorancia actual."

[901] Esos "impulsos de violencia" no se dirigen sólo hacia "sus semejantes", sino hacia toda la naturaleza, que hoy en día está a punto de romperse bajo su peso.

que Neill es cuarenta y un años más joven que Kropotkin. Coincidencia curiosa, el mismo año en que muere Kropotkin a la edad de 79 años, en 1921, Neill (que entonces tenía 38) abre la escuela de Summerhill. Entran ganas de decir que en los cuarenta años que separan a Neill de Kropotkin, nuestra especie ha aprendido algo, e incluso algo de la mayor importancia...

Otro punto común es la aversión de estos dos hombres por "la religión". Con ello hay que entender sobre todo: por la práctica de la religión institucionalizada que pudieron ver ellos mismos más o menos de cerca, y por la ideología y las actitudes corrientes que promueve. En estos hombres probos, ponderados y radicalmente buenos, esta oposición casi visceral es ciertamente
N 329 de lo ◊más fundada. Kropotkin subraya que las religiones y las Iglesias, desde la noche de los tiempos, siempre han estado del lado de los ricos y los poderosos, que han sancionado todas las injusticias, todas las iniquidades y todas las violencias, o que piadosamente han cerrado sus ojos sobre ellas. Neill, por su experiencia personal tanto en su propia infancia como en su trabajo educativo con los niños, constata que cuanta más religión hay en la familia, tanta más represión hay y más odio almacenado y reprimido en el ser. Visiblemente, ésa es una constatación hecha sin pasión, por un observador sagaz y penetrante que ya desde hace mucho ha superado los días en que tenía cuentas personales que arreglar con la religión. Sin que me haga muchas ilusiones sobre los efectos de la educación religiosa, me ha chocado mucho ese balance tan tajante de una experiencia de cuarenta años de un educador excepcionalmente perspicaz y profundo: Neill no ha conocido *un sólo caso*, dice él, en que la educación religiosa haya tenido un efecto más que aumentar el peso de las represiones y la aversión de sí mismo que lleva el niño. Tampoco ha habido ningún niño en Summerhill que haya conservado inclinaciones religiosas, aunque allí en modo alguno reinara una atmósfera anti-religiosa (no más de lo que hubiera, digamos, una atmósfera anti-ski, anti-cine o anti-guerra...).

Como los niños de Summerhill venían de todos los países del mundo, ése es verdaderamente un veredicto aplastante sobre el verdadero papel de la educación religiosa en el mundo actual, allí donde tal educación haya sobrevivido aún a la gran debacle de las religiones. La desespiritualización del mundo moderno, seguramente, es tan fuerte e incluso (según Neill) más fuerte en el seno de las familias que han permanecido "fieles" a una tradición religiosa que en cualquier otra parte.

Neill resume más o menos sus impresiones como educador, en el capítulo de la religión, diciendo que "el niño no necesita a Dios". Añadiría que el niño tiene tanta menos necesidad cuanto que, en la medida que el mundo circundante no lo aliene de sí mismo, está espontáneamente cerca de Dios. No tiene ninguna necesidad de que se le hable de Dios ni de que a su alrededor se "crea en Dios". Tiene necesidad de amor, y el amor en el verdadero sentido del término no aprisiona, sino libera: el niño plenamente amado, de una manera no falseada por el ego, es un niño cuyas necesidades de libertad y autonomía son respetadas. Y un lugar donde se vive el amor y donde la libertad es respetada, también es un lugar de gran espiritualidad. Aunque en él se niegue la existencia de Dios, es un lugar bendecido por Dios, un lugar en que Él se sabe amado y en que Él se complace. Hay pocos lugares más "religiosos", lugares más "religados" a Dios y más íntimamente unidos a Sus designios, que la escuela animada por la presencia despierta y amorosa de Neill y de sus devotos colaboradores.

N 330 ◊La aversión de Neill por la religión es además mucho más matizada que la de Kropotkin. Para éste, la religión no es otra cosa que una vasta superchería montada por los sacerdotes ávidos de privilegios, en connivencia con los no menos ávidos nobles, a fin de abusar del pueblo. Creo que en nuestros días deben de ser raros, entre las personas con un cierto grado de cultura, los anarquistas e incluso los marxistas, los que aún mantengan tal visión simplista, por otra parte manifiestamente insostenible en vista de lo que se conoce de la historia de las religiones. Neill por su parte se abstiene de emitir una opinión en cuanto a la existencia de Dios, e incluso de mencionar la cuestión. Me ha parecido entender que no se pronuncia sobre este tema, y en todo caso que considera esta cuestión como totalmente accesoria para su misión. También se abstiene

de pronunciarse contra "la religión" o "las religiones" de modo absoluto. Sus constataciones conciernen únicamente a lo que ha podido ver personalmente como efectos de la religión, tal y como ahora es practicada e inculcada, en la psique de los niños y los adultos – y ¡ay! no son brillantes. Pero llega a soñar una "religión" del futuro que ya no sería instrumento de represión e instigadora de odio a sí mismo y a los demás, de una "religión nueva" que sería resueltamente pro-vida, que fomentaría el verdadero amor en todas sus formas; una religión que ensancharía y liberaría al hombre, en vez de mutilarlo:

> "Un día, los jóvenes ya no aceptarán la religión y los vetustos mitos de hoy[902]. Cuando llegue la nueva religión, refutará la idea de que el hombre nace en el pecado. Alabará a Dios volviendo felices a los hombres.
> La nueva religión rechazará la antítesis del cuerpo y del espíritu, así como la culpabilidad de la carne. Sabrá que una mañana dominical dedicada a bañarse es más sagrada que una mañana dominical dedicada a cantar cánticos[903] – ¡como si Dios tuviera necesidad de cánticos! Una nueva religión encontrará a Dios en los prados y no en los cielos...
> N 331 ◊... La religión prolifera porque el hombre no quiere, no puede enfrentarse a su inconsciente. La religión convierte al inconsciente en el demonio y ordena a los hombres que huyan de sus tentaciones. Pero volved consciente al inconsciente y la religión ya no tendrá utilidad[904]...
> ... La nueva religión se fundará sobre el conocimiento y la aceptación de uno mismo, pues una condición para amar a los demás es amarse verdaderamente a sí mismo. Será muy diferente de la educación bajo el estigma del pecado original, que sólo puede generar el odio a uno mismo y, por eso, el odio a los demás. "Mejor reza quien mejor ama las cosas grandes y pequeñas[905]." Así expresa Coleridge, el poeta, la nueva religión. En esa religión, la mejor oración del hombre será amar todas las cosas grandes y pequeñas – *en sí mismo*."

Claramente Neill estaba libre de ese "estigma" que es la educación bajo el signo del "pecado original"[906]. Sin duda por eso su relación con la religión que le había estigmatizado en su juventud también quedó liberada: es capaz de verla tal cual es, y de concebir cómo podría ser *otra* religión, la "nueva religión". Kropotkin no se liberó del "estigma del pecado original", que

[902] Neill utiliza aquí el término "religión" y "mito" en el sentido propio y estrecho del término, pues en su infancia fue profundamente marcado por una educación religiosa castrante. Pero incluso fuera de toda religión que se reconozca como tal, en nuestros días hay una "religión" que se ha adueñado de todos los hombres sin excepción, o poco le falta, con sus propios mitos no menos funestos que los antiguos, que ha adaptado o eliminado. Es la religión "cientista" o "tecnicista", con su mito central del "Progreso", y todos los mitos anejos. Esta religión, sin esperar a que los jóvenes la rechacen, será pronto barrida y sin remisión.

[903] "Cantar cánticos" evoca en Neill lúgubres recuerdos infantiles, hasta el punto de que ¡ni se le ocurriría que se pueden cantar cánticos con tanta alegría como la de un niño que se baña una hermosa mañana de verano!

[904] Cuando Neill habla aquí del "inconsciente", claramente piensa en el subconsciente, es decir en las capas de la psique cercanas a la superficies – las únicas que podrían "volverse conscientes". En este párrafo, cuando Neill habla de "religión", por supuesto habla de la religión "estilo antiguo", cuyo papel tradicional, según él, era proporcionar al hombre una manera de evacuar su inconsciente, o bien de programar en él modelos de comportamiento frente a las peticiones "heterodoxas" del inconsciente, desacreditándolas como suscitadas por el "demonio". Claramente la "nueva religión" que sueña no está afectada por estas observaciones.

[905] N. del T.: Versos del gran poema *The Rime of the Ancyent Marinere* de Samuel Taylor Coleridge,
He prayeth best, who loveth best
All things both great and small.

[906] Por supuesto, Neill sabe mejor que nadie que ese "estigma del pecado original" no es exclusivo de la educación religiosa (como la que él mismo recibió). Bajo una forma más o menos brutal, en nuestros días sigue impregnando la mentalidad de todos, incluso en las familias más alejadas de toda religión, la más "progresistas" y más ilustradas. Así, esta "nueva religión" (o esta nueva *actitud* hacia todas las cosas "grandes y pequeñas") que sueña Neill, es una necesidad urgente para todos los hombres, y no sólo para los que han sido expuestos a la influencia de las religiones tradicionales y a su moralismo remilgado y esterilizante.

le impregnó a su pesar, durante todo su periplo terrestre (aunque él se creyera totalmente libre de todo condicionamiento religioso o no...). Seguramente por eso era incapaz de tener frente a la religión una actitud libre y matizada, es decir: verla tal cual es, sin "empujar" la compleja realidad hacia lo blanco ni hacia lo negro.

N 332 ◊Esa "nueva religión" que Neill sueña sin creérselo mucho, no dudo que será una realidad mucho antes de lo que él hubiera esperado. Pero no será, creo, una religión única y universal, como parece que él sobrentendía. Más bien, cada una de las religiones actuales se renovará profundamente, y se acercará a ese espíritu verdaderamente "religioso" que evoca Neill. Y sin embargo no tendrá que abandonar los mitos inmemoriales que la fundamentan (y que Neill califica de "anticuados"). Hablando sólo del famoso "mito" del pecado original, que durante dos mil años a jugado un papel tan desastroso en el espíritu de los cristianos, por mi parte reconozco que me intriga mucho. Daría mucho para entender algún día lo que quiere decir exactamente, en términos concretos, sobre la historia espiritual de la especie, o de la sociedad humana en sus orígenes. Pues no tengo ninguna duda de que ese mito no sea de inspiración divina, de que no sea un *don de Dios* – ¡depende de nosotros entenderlo o interpretarlo, como mejor sepamos!

En todo caso, lo que es seguro es que un tal mito puede ser conservado y transmitido y respetado, que incluso algún día puede ser profundamente "comprendido" y tanto más amado, sin que por eso sirva de piedra angular a una concepción anti-vida de la existencia, ni de coartada para una educación pervertida por un odio neurótico al "pecado". El mito es a nuestra especie lo que un sueño enigmático y penetrante sería para uno de nosotros – ¡depende de él guardarlo con cuidado y sacarle partido! Así el mito forma parte del patrimonio espiritual común, como un mensaje que nos dirige Dios, para que lo descifremos. La "lectura" que hemos hecho durante tres mil años seguramente no es la buena, o al menos, *ya* no es la buena. Ya no se corresponde con nuestro estado actual de evolución. Pero el mensaje permanece, en toda su profundidad y misterio.

Depende de nosotros descifrar el mensaje mejor que nuestros antepasados. Ellos se limitaron ¡ay! a repetirse unos a otros... Depende de nosotros descubrirle un sentido que, lejos de ser un peso que no echa para atrás hacia un pasado en que permanecemos medio atrapados, vuelva nuestra marcha más alegre, más libre y más ligera.

N 333 ◊(91) La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano (4 y 5 de diciembre)[907] Retomo el paralelismo entre Kropotkin y Neill, que ha resultado ser un hilo conductor bien cómodo. Anteriormente he señalado la complementariedad de sus misiones, vistas ambas como una *liberación* del hombre. He señalado la crítica radical de la sociedad actual (la de Neill tocando la raíz misma del mal), y una aversión por la religión tal y como la vemos practicada e inculcada en todas partes (sin embargo con una visión más matizada del "hecho religioso" en Neill). Hay además un cuarto punto de contacto del que quisiera hablar.

Leyendo el primer capítulo del libro sobre Summerhill, especialmente consagrado a la misma escuela de Summerhill, a su espíritu y a su funcionamiento día a día, llama la atención hasta qué punto el espíritu y la organización son, en muchos aspectos, los que generalmente preconizan los anarquistas, de los que Kropotkin fue uno de los principales teóricos. Sin embargo hoy, visto que la palabra "anarquía" está irremediablemente empañada, en el lenguaje corriente, de connotaciones de "caos", "desastre", "pasotismo integral", juerga a gogó, bombas caseras (y no sigo)[908], muchos anarcos se refugian en la expresión "libertario" en lugar de "anarquista". La elección de esta palabra indica bien que la "libertad" es, tradicionalmente, el primero de los valores para los anarquistas igual que para Neill. Pero hay que saber qué se quiere decir con eso.

[907] Continuación de la nota anterior "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje".

[908] La etimología de la palabra "anarquía" significa "sin gobierno", lo que significa una situación que todos los condicionamientos recibidos nos inducen a considerar como inadmisible y horrible, y a igualar al "caos" más negro etc.

Eso varía enormemente de unos a otros, incluso entre los anarcos o "libertarios", justamente según el grado de madurez o de "libertad" logrado por cada uno. Pero el sentido en el que el mismo Neill entiende ese término, y que explica y explicita incansablemente a lo largo de todo el libro, está en armonía con el que le dan muchos de mis amigos anarcos más ilustrados; gentes, además, que saben apreciar en su valor el potencial "revolucionario" poco común de la
N 334 experiencia de Summerhill[909]. Por mi ◊parte, al hilo de la reflexión de estos últimos días, ¡tiendo más y más a ver en Neill al "revolucionario" más auténtico de nuestro siglo!

Sin duda el aspecto concreto más llamativo que hace de Summerhill (con alguna reserva) una especie de micro-sociedad "anarquista" o "libertaria", es que es una escuela *autogestionada*; está gobernada por todos los miembros de la escuela conjuntamente, tanto niños como adultos,. Al menos para todas las cuestiones internas de la escuela[910], la autoridad de hecho no le pertenece a Neill, director oficial (frente al exterior), ni a nadie, sino a la asamblea plenaria de la escuela. Ésta se reúne una vez por semana, el sábado, para regular las cuestiones corrientes, y también cuando algún miembro de la asamblea lo pide) para discutir y eventualmente modificar las leyes internas de la escuela. En esta asamblea, hasta los niños más pequeños (de seis años) tienen *un* voto cada uno, al igual que el mismo Neill, o los otros miembros adultos del personal, o los alumnos mayores, que tiene cada uno *un* voto. Y no es una igualdad-baratija. Las precisiones que aporta Neill en su libro, repleto de numerosos ejemplos a veces muy llamativos, muestran que esa igualdad de derecho de decisión, en las cosas más anodinas igual que en las más importantes, es de lo más real. No es nada excepcional que las mociones presentadas por Neill sean rechazadas (¡a veces por unanimidad salvo un voto!), e incluso se llega a que la asamblea tome decisiones en el extremo opuesto, a veces temerarias e incluso (muy excepcionalmente) francamente delirantes (sin que nunca parezca que Neill se alarma...). Es cierto que entre las costumbres de la escuela está instituir un "gobierno", formado sobre todo (me parece) por "vigilantes" elegidos para asegurar el mantenimiento de un mínimo de disciplina, juzgado por todos necesario para el bien común. Pero ese "gobierno" se renueva cada semana con una nueva elección – ¡tanto como decir que de gobierno sólo tiene el nombre!

Aquí lo notable es que la autoridad colectiva, encarnada por la asamblea, es aceptada sin problemas por *todos* los niños sin excepción. Esta aceptación incluye las sanciones[911] por las
N 335 trasgresiones de las leyes ◊establecidas por la asamblea. Esas sanciones (caso de que no estén en algún "baremo" ya fijado) son discutidas y decididas por la asamblea en presencia del trasgresor, que por supuesto puede defenderse, igual que protestar en el caso (asombrosamente raro) de que estime excesiva la sanción (en cuyo caso generalmente se tiene en cuenta su apreciación). Lo importante aquí es que las sanciones están desprovistas de toda connotación coercitiva, o moralizante y por ello culpabilizante. Se presentarían más bien como una simple transacción, y no como un "castigo". Tampoco crean rechazos (aunque sean ocultos, o inconscientes), ni crean sentimientos reprimidos. Es así porque el espíritu que reina en la comunidad no es coercitivo, no intenta embutir a nadie en ningún molde. Simplemente se esfuerza en velar por el bienestar de todos y cada uno, aceptando a cada uno como es, con todo el peso de su agresividad, abierta o reprimida. Pero sin embargo la colectividad no acepta todos sus actos y comportamientos,

[909] Entre estos amigos está Claude Chevalley, del que tuve ocasión de hablar varias veces en Cosechas y Siembras. Seguramente el mismo Kropotkin habría aplaudido muchos aspectos de Summerhill, pero otros aspectos y sobre todo el ambiente despreocupado frente al sexo sin duda le habrían molestado profundamente (por no decir: ¡le habrían horrorizado!).

[910] La escuela de Summerhill era un internado, los alumnos sólo volvían a sus casas en vacaciones. Las cuestiones excluidas de la jurisdicción de la asamblea de la escuela incluían todas las cuestiones financieras (precio de la estancia de los alumnos, salario del personal etc), la contratación y eventual despido del personal, y los menús. No parece que haya habido protesta alguna sobre esto por parte de ningún alumno, en ningún momento (pues presumo que Neill lo habría mencionado).

[911] Supongo que el término inglés usado por Neill es "penalty" y no "punishment", que convendría traducir por "sanción" y no por "castigo" (como hace la mencionada traducción francesa), visto que esta última palabra tiene una connotación moralizadora y culpabilizante, totalmente ajena al espíritu de Summerhill.

cuando éstos afectan al bienestar de los demás.

Esta aceptación total por el niño de una autoridad colectiva en la que él mismo participa plenamente, está corroborada por la experiencia del educador soviético Anton Semionovitch *Makarenko*[912]. Sin embargo ésta se sitúa en unas condiciones materiales y psíquicas los más diferentes que pueda imaginarse. Comenzó durante la revolución rusa, sin duda algunos años antes de la experiencia de Summerhill[913]. A causa de la guerra y de la guerra civil en Rusia, después de la revolución de 1917, muchos niños se encontraron separados de sus familias, cuyos miembros adultos habían sido matados o dispersados. Abandonados por todos, recorrían el
N 336 país en bandas salvajes que vivían de la ◊rapiña, cuando no morían de hambre o de frío. No dudaban en matar o robar por un pedazo de pan o un par de zapatos, cuando se presentaba la ocasión. Unos "asociales" pues, en un grado como ya no se encuentra en los tiempos que corren, en nuestras emperifolladas sociedades. Había decenas de millares vagando por los caminos, y se habían convertido en un verdadero azote público. Las autoridades tenían un problema. Ametrallarlos sin más podía después de todo hacer mal efecto (aún no eran los tiempos de Stalin) Y para meterlos en prisión sin nada que hacer, ni siquiera había con qué darles de comer, ni con qué calentarlos en invierno.

Makarenko se encargó de un grupo de esos chavales desesperados, con la bendición del partido y unos subsidios irrisorios ¡que se las apañe como pueda! Esto no era Summerhill, nada de niños ricos ni de gente acomodada en una sociedad que revienta de abundancia. Nada de sirvientas aquí, pagadas para que hicieran la cama de los señoritos y las señoritas, ni nadie para pagar los cuantiosos recibos que debían cubrir los gastos de personal, la abundante comida (desperdiciada en parte), el alojamiento, el fuel-oil, sin contar los destrozos causados por los muchachos que no se preocupaban mucho del material (visto que los adultos pagaban...) y que, cuando eran recién llegados, no dudaban en desquitarse bien...

No, no era Summerhill. Si querían comer, cuando todo el mundo en el país se moría de hambre (y muchos realmente morían), ¡estaba claro que tendrían que currar y fatigarse! Si querían calentarse cuando hacía veinte o treinta bajo cero, tenían que buscar leña donde hubiera, y si la encontraban, que se dieran el trabajo de cortarla como pudieran. Y lo mismo en cuanto a la cocina y lo demás. Se les habían proporcionado unos locales en ruina, con un par de muebles quizás y algunos utensilios de cocina y unas herramientas. Si querían instalarse con más comodidad, tal vez con una camas, unas mesas y bancos para no comer y dormir por el suelo, tenían que moverse y hacerlos ellos mismos. El mismo Makarenko, no era especialmente carpintero ni albañil ni cocinero ni nada de eso. El pobre no era más que "pedagogo". Pero cuando las circunstancias lo exigen nos volvemos hábiles e imaginativos. El caso es que eso empezó así, "de sopetón", con nada de nada en las manos y una pandilla de chavales de todas las edades (creo recordar), todos un poco criminales, todos con las uñas fuera. Chavales que entre nosotros serían considerados "irrecuperables" sin remedio, y que pasarían sus días entre cárceles y reformatorios.

N 337 ◊Sin embargo Makarenko, tirando por la borda toda su ciencia pedagógica, consiguió hacer de ese amasijo virulento de voluntades exacerbadas, cada uno contra todos en la lucha por la supervivencia, un *grupo* estrechamente unido de seres socialmente responsables, que llegaría todos a ser ¡unos buenos ciudadanos soviéticos! En todo caso, no unos homicidas, unos estafadores o unos asesinos. Gentes con un buen oficio y acostumbrados a portarse como se debe. No está nada mal, visto el punto de partida.

[912] Por una extraordinaria coincidencia las tres iniciales de Makarenko, A.S.M., son casi idénticas a las de Neill, A.S.N., salvo que la M está reemplazada por la N, que es la siguiente letra. ¿Una pequeña broma del buen Dios?

[913] Hecha la verificación en una enciclopedia, la experiencia de Makarenko arranca con la "colonia" o "cooperativa agrícola" llamada "Máximo Gorki", en 1920, justo un año antes de Summerhill. ¿Sigue la "pequeña broma"? (Véase la anterior nota a pie de página). Apunto las fechas de Makarenko: 1888–1939. Murió a los 51 años de un ataque al corazón (parece ser), después de haber sobrevivido sano y salvo y con viento en popa a las grandes purgas estalinistas.

Para lograrlo, Makarenko tuvo que recorrer un duro camino, él también. Todavía me acuerdo un poco del libro en que habla de ello, yo debía ser muy joven cuando lo leí. Sus primeras experiencias, con jóvenes salvajes que se burlaban de él cuando intentaba apelar a su razón, al buen sentido, al honor y todo eso. ¿Contento de que no se lo cargaran! Un libro apasionante, pero he olvidado el título[914]. Por no se qué vericuetos logra sin embargo encontrar "el pliegue" por donde engancharlos, por donde crear un grupo y un espíritu colectivo. Hay que decir que al igual que Neill debía tener, o adquirió después de sus primeros fracasos humillantes, un "carisma" poco común para sentir lo que se ha de hacer en cada momento, ante un joven o una pandilla de jóvenes, cuando la cosa iba mal. *Eso*, por supuesto, no lo reemplaza ningún "truco", ninguna "idea" por genial que sea. Y sin embargo tuvo una idea directriz, que (creo) cambió todo – que *hizo* al grupo, allí donde sólo había voluntades de vivir desnudas, violentas, ferozmente aisladas. No era, como en el caso de Neill, la idea de "libertad" – los tiempos y lugares, decididamente, no eran propicios. Pero sin embargo una idea cercana: *la autogestión*. La asamblea soberana formada por *todos*, decidiendo sobre *todo* lo que atañe al grupo, y en que cada uno tiene una voz igual a la de cualquier otro ¡incluido el mismo director!

No era un "camelo", igual que en Summerhill, y seguramente por eso funcionó realmente bien. Unos chavales desamparados, fuera de la sociedad, de la noche al día se encuentran miembros plenos de un grupo fuertemente estructurado, con una fuerza y un prestigio potencial por esa misma cohesión, y tienen voz en el capítulo igual que el director, para decidir día
N 338 a día la organización del grupo y las orientaciones[915]. Un cambio de situación ◊prodigioso, ¡increíble cuando se piensa en él! Galvanizar unas energías que hasta entonces se dirigían hacia el único fin, oh cuán ridículo ahora, de una problemática y miserable supervivencia individual; la supervivencia durante un día, una semana, tal vez un mes ¡y después el diluvio! Pero el grupo, al que ahora el niño o el adolescente[916] se identifica en cuerpo y alma, como algo más grande y más importante que él, tiene un peso y una estabilidad como él nunca había conocido, y en los que ahora participa plenamente.

Aquí el espíritu está en las antípodas de Summerhill. Está, ciertamente, como importante punto en común donde los haya, la autoridad colectiva soberana, encarnada por la asamblea plenaria formada por todos, con igualdad de voz para todos. Pero Makarenko se apoya en el *espíritu de cuerpo* entre los miembros del grupo, para unir al grupo y por eso mismo, estructurar a sus miembros a imagen del grupo. Sin duda no podía ser de otro modo, pues se trataba de *reintegrar* a la sociedad humana a unos seres que habían sido violentamente arrancados de ella, y en los que el sentido social se había deshecho de forma más o menos total. Sin contar con la restricción tácita que representaba la ideología y el espíritu burocrático del poder político imperante en la sociedad ambiente. Éste no hubiera tolerado un viento de libertad por poco que se pareciera al que impregnaba Summerhill (totalmente ajeno, además, a todo lo que pretendía Makarenko).

Neill se enfrentó a una tarea en cierto modo inversa de la de Makarenko: unos niños cuya psique era aplastada por los valores de la sociedad ambiente y que él trataba de substraer a esa presión castrante, de "individualizar" en suma, y no (como en el caso de Makarenko)

[914] Debí leerlo en lengua alemana. Puede que sea el "Poema pedagógico", que en todo caso es el único libro de Makarenko traducido al francés, parece ser, en que relata el nacimiento de la colonia "Máximo Gorki".

[915] Quizás me exceda aquí, al no recordar ya bien cuáles eran exactamente los poderes de la asamblea, en el régimen de "democracia directa" de la colonia "Máximo Gorki". Creo recordar que eran considerables, lo que no dejó de inquietar a la burocracia comunista. En 1927 Makarenko dimitió de la dirección de la "Máximo Gorki" para conseguir la dirección de la colonia "bien vista" F.E. Dzerjinsky – es decir, eligió la vía del conformismo soviético, la vía de los honores. Se convirtió (un poco como el mismo Máximo Gorki) en una de las celebridades consagradas del régimen, y (como Gorki) consiguió con ello no ser inquietado durante las purgas. En 1939 se adhiere al partido, pero eso no le trajo suerte porque muere el mismo año de un desgraciado (¿o providencial?) ataque al corazón.

[916] No sabría decir si en la Máximo Gorki había niños de todas las edades, o sólo adolescentes. (Mi enciclopedia no dice ni una palabra sobre eso, ni sobre muchas otras cosas...

N 339 de ◊"socializar". Y ese "buen ciudadano" (soviético u otro, da igual) que salía de las manos de Makarenko, y del que él estaba tan orgulloso (y con mucha razón, visto de dónde partía), como de una especie de "producto acabado" e impecable, el ojo lucido y benevolente de Neill lo reconocía como un ser enfermo bajo su gallarda apariencia – el ser enfermo del "mal del rebaño". Allí donde el trabajo de Makarenko terminaba, el de Neill comenzaba. En el ciudadano dócil y disciplinado, tragando y regurgitando sin parar (igual que el mismo Makarenko) los lugares comunes oficiales, ahora se trata de despertar al *hombre*.

(92) Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad

(6 y 7 de diciembre)[917] Ayer y antes de ayer en la nota anterior, comencé a hablar de las evidentes afinidades entre la obra educativa de Neill y las ideas "anarquistas" o "libertarias". Después la reflexión se desvió hacia Makarenko, a propósito de la "democracia directa" en las colectividades de niños y adultos, como la cooperativa agrícola "Máximo Gorki" o la escuela de Summerhill.

Claramente Neill no se interesa más en las ideologías políticas que en las doctrinas religiosas. Lo que es seguro es que no se inspiró ni en unas ni en otras, sino que al contrario tuvo buen cuidado en poner distancia. Lo que para él era lo esencial de su trabajo y que él era, creo, el primero en ver con tal agudeza, bien debía saber que no lo encontraría en ninguna doctrina ni ideología, ni en ningún libro. Salvo, todo lo más, algunas indicaciones dispersas en Freud, ese gran pionero del conocimiento de la psique. Pero aparte de Freud[918], es *de sí mismo*, y del
N 340 contacto vivo, cotidiano con los niños, de donde tuvo que sacar lo que buscaba – lo que a ◊través de él se buscaba. Y en él se nota una sana desconfianza de las teorías, e incluso de las ideas, que está dispuesto a tirar en cuanto se ven contradichas por los hechos.

No hablo aquí de algo como "la libertad". Para Neill eso no es simplemente una "idea". Al igual que "el sol", "la tierra", "el agua", "el fuego" no son "ideas" más o menos cerebrales, creaciones del espíritu humano, sino *realidades* primordiales de la vida. Cada ser tiene una experiencia directa de ellas, e incluso un conocimiento profundo que sin duda precede a toda experiencia directa de la psique personal[919]. Para alguien como Neill, "la libertad" también forma parte de esas cosas. Es una realidad, esta vez de naturaleza espiritual, de la que Neill tenía una percepción inmediata, nada intelectual, más clara y más fina probablemente que ningún ser humano la tuvo antes que él. Es por *eso*, sobre todo, por lo que lo veo como uno de los seres en la avanzadilla de nuestra especie; como uno de aquellos en los que el conocimiento espiritual de toda la especie se profundiza, se afina, se renueva, aunque al principio sólo sea en la psique de un puñado de hombres que han sabido mal que bien acoger y hacer suyo su mensaje. O dicho de otro modo: por esa percepción nueva, más profunda y más ágil de "la libertad", es por lo que Neill ha de ser visto como un verdadero "*mutante*" entre nosotros, como un precursor y un heraldo tácito de la nueva especie que a tientas se busca en la vigilia. ¡Es por esa mirada nueva, esa mirada menos obstaculizada que antes por los velos opacos del pasado, por lo que forma parte, a igual título que los "iluminados cósmicos" de R.M. Bucke, de los verdaderos

[917] Continuación de la nota anterior "La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano".

[918] En su libro "Los niños libres de Summerhill", Neill evoca varias veces el trabajo del educador británico *Homer Lane*, cuya obra le impresionó profundamente. Seguramente no contribuyó menos a hacer eclosionar su misión, que se encarnó en la experiencia de Summerhill, que la obra fundamentalmente teórica de Freud. Homer Lane dirigió un centro de reeducación para jóvenes delincuentes, The Little Commonwealth, a principios de siglo. Murió en 1925, cuatro años después del comienzo de la escuela de Summerhill. Puede aprenderse más sobre él en la autobiografía de Neill, donde se le consagran dos reveladoras páginas en la sección "La delincuencia" (pp. 356 y siguientes de la citada edición, en Editions de la Découverte).

[919] Puede suponerse, y por mi parte estoy completamente convencido, que los conocimientos innatos (inconscientes, por supuesto) que traemos con nosotros al nacer, provienen de la experiencia acumulada de todas nuestras existencias anteriores. Supongo que en las capas profundas del Inconsciente, esa experiencia está presente en su totalidad. Puede manifestarse principalmente por el sueño, y en los estados hipnóticos.

"ancestros del hombre"[920]!

Pero volvamos a "la anarquía", esa proyección de la sed de libertad en el hombre, nacida de vidas apasionadas y entregadas como las de un Kropotkine. En mi segunda lectura de "Los niños libres de Summerhill", estos últimos días, de nuevo me ha chocado la insistencia de Neill en desmarcarse de esa lamentable "anarquía". Él, que se esfuerza en no tener "bestias negras"

N 341

◊¡he aquí una sin embargo! Por lo menos diez veces a lo largo del libro, si no son veinte o treinta, nos exhorta sobre todo a no confundir "libertad" y "anarquía"[921], que no tienen nada que ver, que la libertad no consiste en absoluto en comportarse como salvajes o como idiotas, a tirar por la borda toda traza de sentido común etc.

Cuando todo eso se toma al pie de la letra, siempre está fuera de duda que Neill usa la palabra "anarquía" en el sentido corriente de "caos", de "pasotismo" etc[922]. Pero tengo la clara impresión de que a la vez hay en él, al igual que en muchos otros, cierta vaguedad alrededor, una vaguedad que incluye *también* (sin jamás decirlo claramente) este sobreentendido: "la anarquía, bueno sí, ¡esa mierda de estado caótico tan pregonado por esos anarquistas excitados!". Está bien claro que Neill, que es un tipo inteligente y honesto, jamás tuvo entre sus manos un libro sobre el anarquismo, escrito por un anarquista serio[923] – seguramente no le faltaban otras ocupaciones que debían parecerle más urgentes. Su relación jamás dilucidada con la nube de sentidos "anarquía" o "anarquismo" parece idéntica a la del primer recién llegado, para el que todo pensamiento y toda aspiración que se aparte un poco de los senderos establecidos (¡y peor aún si parece que pone en duda sus privilegios o su tranquilidad!) no puede ser más que delirio y debilidad.

Si Neill, él, pone además tal insistencia en anatemizar la espantosa palabra "anarquía", es fácil adivinar la razón. Después de todo, al menos desde el comienzo de Summerhill en 1921, él mismo se encontró toda su vida en la muy inconfortable situación de "lobo blanco" en una sociedad de "lobos grises". Pero he aquí que descubre que incluso antes de que él entre en escena, ya había *otro* lobo blanco, por así decir establecido y (como debe ser) universalmente odiado, y que a decir verdad (y ése es un serio aprieto), se le parece a él, a Neill, y no poco. Cómo extrañarse entonces de que a los lobos "buen pelaje" que le miran de reojo, se apresure a decirles a voz en grito: "pero no, veamos, no soy *yo* el lobo blanco, es el *otro* el que es horrible – ¡yo soy casi tan gris como vosotros!".

N 342

◊Al lado de afinidades evidentes, también hay por otra parte aspectos de Summerhill que parecen de los más contestables en una óptica "anarquista", o simplemente en cualquier óptica algo global de la sociedad, en un espíritu de justicia. Además en Neill no hay ninguna veleidad de escamotear discretamente esas sombras en su relato, sin que no obstante se sienta obligado a insistir mucho. Por momentos deja aflorar cierto malestar, y farfulla de pasada unas vagas excusas, sin detenerse. Por ejemplo, que en su escuela sólo podía admitir hijos de padres ricos o acomodados, dispuestos a pagar un recibo bastante abultado. O también que en la escuela todos los trabajos los hacía personal remunerado (gracias a dichos recibos abultados...). Los muchachos, que a veces permanecían en Summerhill hasta la edad de diecisiete años, ellos no levantaban ni la punta del dedo fuera de sus trabajos escolares (es decir, de los que estaban interesados en hacer), y de sus juegos. En esas condiciones hubiese jurado que iba a hacer

[920] Véase al respecto la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!" (n^o 81).

[921] Incluso hay un libro de Neill cuyo título francés es "La Liberté, pas l'Anarchie!". En el título inglés "Liberty, not License", no figura la palabra "anarquía". Pero sin embargo me parece que el título francés traduce muy bien las disposiciones de Neill.

[922] Sobre las "nubes de sentido" acerca de la palabra "anarquía", véanse mis comentarios en la nota anterior, página N 333.

[923] Entre esos libros, señalo especialmente los de Kropotkine, como "El Apoyo Mutuo", "Ética", "Palabras de un Rebelde", "La Conquista del Pan". La lectura de alguno de esos libros seguramente habría aclarado las ideas más que vagas de Neill sobre el anarquismo, pero dudo que eso le hubiera aclarado lo más mínimo en su propio trabajo.

unos niños mimados e imposibles, y unos vagos redomados por encima de los usual, ¡pero en absoluto! Asombroso, es verdad. Una razón importante, seguramente entre otras, que hizo que eso no tomara esos derroteros, era que el personal interno en absoluto era tratado como sirvientes, no más que los profesores o que el mismo Neill. Igual que estos últimos, las señoras de la limpieza formaban parte de la asamblea de la escuela, y tenían toda libertad para poner en su lugar a un recién llegado que hubiese querido desahogarse con ellas. Ésas son cosas, por supuesto, que cambian una situación de cabo a rabo.

Ciertamente nada impedía que un niño que se sintiera motivado para ello, participara en los trabajos de limpieza o en la cocina. Sin embargo, parece que en los cuarenta años de Summerhill, eso nunca ocurrió. Después de todo, había un personal expresamente para eso, y además también, seguramente, en la escuela había un espíritu y una tradición que no incitaban a ello. De esta constatación, Neill cree poder extraer esta conclusión general, que debería formar parte del derecho a la "libertad" de los niños y adolescentes el no hacer ningún trabajo que no tuvieran ganas de hacer, y a partir de ahí (por una deducción tácita y precipitada), también el derecho a ser servidos por adultos de la mañana a la noche, como era el caso en Summerhill, donde todo les era servido bien asado. Visiblemente Neill no tiene muchas ganas de enfrentarse a esta evidencia, que tal vida de Jauja, incluso suponiendo que fuera muy buena y conveniente para el niño, sólo es posible para una pequeña minoría de privilegiados en el seno de una sociedad
N 343 de la abundancia, y que los que de ello se "benefician" ◊lo hacen a expensas de los niños pobres – de aquellos, por ejemplo, cuyos padres se pasan el día haciéndoles la cama y sirviéndoles la mesa a esos señoritos y a esas damiselas.

No dudo de que Neill bien se daba cuenta de todo eso y de que a veces le molestaba. Pero creo que sabía por instinto, igualmente, que respecto a lo que era su misión, a lo que verdaderamente debía aportar, eran cuestiones *secundarias*. Realmente es una cuestión secundaria, en efecto, que la escuela de Summerhill no sea generalizable "*tal cual*", a escala de un pais digamos, e incluso a escala planetaria. La misión de Neill *no es un modelo patentado de "escuela–modelo"*, que propondría a todos para calcar. La misión de Neill, es "*un viento de libertad*". Es cierta comprensión nueva de la libertad, de su naturaleza, de su papel en la psique, de sus trabas, y de ese hecho crucial, que "libertad" y "creatividad" son dos aspectos de una misma cosa. Y que todos los seres humanos, sin ninguna excepción, están hechos para tener parte en esa cosa, y que ante todo es en la infancia y desde el nacimiento cuando es primordial que esa potencialidad del ser pueda desplegarse plenamente, *libremente*. *He ahí* la nueva comprensión que aporta Neill. El que ha hecho suya esa comprensión, ése ya es un 22hombre nuevo". No tiene ninguna necesidad de conocer al detalle cómo funcionaba Summerhill, ni siquiera, en el límite, de haber oído hablar de una escuela con ese nombre. Suponiendo que él mismo se sintiera motivado a hacer una escuela, haría *su* escuela con ese espíritu de libertad. Por eso mismo no sería una copia de esto o aquello, sino que sería una *creación*. Haría fuego con todas las maderas, empuñando a brazo partido las condiciones tal y como se las encontrase, para crear para *ciertos niños* un lugar de libertad, un lugar de crecimiento y de expansión. Y si es fiel a ese espíritu de libertad que ya habita *en él*, lo que haga será beneficioso no sólo para esos pocos niños, sino para todo el mundo. Esos niños, que no se odian a sí mismos, jamás despreciaran o violentarán a nadie. Cuando lleguen a ser adultos, cada uno al nivel y el lugar que sea el suyo, serán una simiente nueva lanzada al mundo, destinada a crecer y multiplicarse.

Así es como hizo el mismo Neill, y así es como hizo Makarenko durante unos benditos años (antes de que virara y se convirtiera en un personaje importante...). Suponiendo que Neill se hubiera confrontado a las circunstancias extremas que Makarenko hubo de enfrentar, no dudo ni un momento que no lo hubiera hecho mucho peor que Makarenko con esos "colonos"
N 344 de la ◊Máximo Gorki. Vista la sociedad ambiente incomparablemente más represiva, es muy probable que no hubiera podido ir tan lejos como hizo en Summerhill en el camino de la libertad, y además no hubiera tardado en terminar sus días en un campo estalinista. Pero seguramente

no son las dificultades *materiales* las que hubieran impedido crear una colectividad de niños, de adolescentes y de algunos adultos (aunque él fuera el único "personal"), para realizar el aprendizaje de la libertad creando entre ellos una atmósfera de amor y de respeto mutuo.

Seguramente las ideas de Neill sobre la psique infantil hubieran sido muy diferentes, al menos sobre ciertos puntos que no son los aspectos esenciales. Por ejemplo, no hubiera creído poder constatar una aversión incoercible del niño o del adolescente frente a todo trabajo necesario (o simplemente útil) para su existencia y la de la colectividad. No más, digamos (por no ir a buscar tiempos excepcionales), que las pequeñas niñas africanas se sienten desgraciadas por tener, ya a la edad de cinco o seis años, que ocuparse de sus hermanitos más pequeños que tienen dos o tres, o que ayudar a mamá a recoger leña o a hacer la comida, y al hacerlo ir aprendiendo día a día su futuro papel de madre de familia. ¡*Muy al contrario*! En tanto permanecen proporcionadas a las fuerzas y los medios de cada uno, no son las obligaciones impuestas por las necesidades materiales las que son una traba a la libertad humana. Po sí mismas, serían más bien un estímulo a la creatividad que hay en ada uno, tanto en el niño como en el adulto. Las únicas obligaciones asfixiantes y esterilizantes son las que provienen del arbitrio de los hombres, imponiendo a otros hombres, especialmente a los niños, formas de ver, de hacer, de sentir, de comportarse, bajo pena de ser rechazados. *La represión jamás viene de las cosas, sino siempre de los hombres*; de aquellos que han sido ellos mismos reprimidos, y que no han sabido liberarse de las represiones sufridas en su infancia.

Incluso estoy convencido que en condiciones materiales más difíciles, e incluso muy difíciles como las que tuvieron que afrontar Makarenko y sus jóvenes "colonos", condiciones (digamos) en que la colectividad debe asumir más o menos todas sus necesidades materiales sin subsidio exterior, los niños serán más "felices", que su vida adquirirá una dimensión que faltaba en el vaso cerrado y mullido de Summerhill. Incluso tengo la impresión de que cuando yo era un chiquillo, y al menos desde la edad de once años, una vida de muchos años en que las únicas ocupaciones
N 345 extraescolares que mi medio me hubiera propuesto fueran todas ◊del tipo "ocio": leer, jugar, hacer modelos reducidos de aviones y barcos etc. ¡tal vida me hubiera parecido más bien sosa! Hacer modelos a escala y sobre todo a la larga, es un acto–ersatz[924] en lugar de hacer las *cosas de verdad*. Pero hacer las cosas de verdad eso es un *trabajo* (incluso si ese trabajo puede ser, a la vez, un juego apasionante...). Construir casas que habitaremos, o muebles que utilizaremos todos los días, cultivar legumbres o criar animales que comeremos, cocinar para uno mismo o para un grupo de personas que amamos, todo eso sólo es fastidioso si alguien nos lo convierte en deber (aunque sea jovialmente y en nombre de hermosos principios pedagógicos). Y el respeto por los alimentos y por el material común o personal, respeto que faltaba en Summerhill[925] donde todo era pagado por los padres que estaban ahí para eso y tenían crédito, caerían de su peso allí donde la comida es limitada y donde cada uno ha puesto más o menos de lo suyo para llevarla o ganarla, o para prepararla y servirla; allí donde el material es reconocido como necesario para la vida de todos y no puede ser reemplazado a gogó; donde los muebles han sido hechos con sus manos según sus propias ideas y gustos; donde los cristales rotos han de ser reemplazados

[924] N. del T.: substitución. (En alemán en el original francés).

[925] Aquí hay que dejar aparte el caso de los niños profundamente perturbados afectivamente por falta de verdadero amor, cuando en el pasado todos los adultos que los rodeaban daban mucha más importancia a los objetos y a su valor económico que a ellos. Para uno de tales niños trasplantado a un medio amoroso como el de Summerhill, una "liberación costosa" puede ser una necesidad vital para retomar la confianza. Esas son situaciones que un educador como Neill, o como Homer Lane en el que se inspiró, sabe sentir. Neill relata el caso de un joven delincuente que expresaba ante Homer Lane (tal vez como desafío) su deseo de romper unas tazas y platos de una mesa que había ante él. Homer le tendió un atizador, animándolo a ir directo – lo que hizo. Era la primera vez en su vida en que pudo ver que se le daba más importancia a *él* que a los objetos. Fue un shock que le curó de su odio. Al día siguiente fue a ver a Homer para acordar con él (que no le pedía nada) cómo reembolsar los destrozos. Debieron ser unos 500 ó 1000 francos de "daños", y con eso un muchacho realmente transformado, curado. Qué padres ricos no hubieran lamentado esos mil francos, mientras no dudarían en gastar millones obligando a su muchacho durante años a seguir un psicoanálisis, ¡sin ni siquiera creer en su eficacia!

sacando de un modesto peculio que les ha costado ahorrar, etc. Como muy justamente dice Makarenko, las mismas circunstancias exteriores son el mejor de los "pedagogos". (¡Y no sólo para los niños!) Dicho esto, todo depende de *con qué espíritu* los hombres, y en este caso tales hombres encargados de una colectividad de niños, se enfrentan a esas "circinstancias exteriores".
N 346 Con ◊frecuencia, éstas son simplemente sufridas, y tomadas como marco y si hace falta, como justificación, de las actitudes represivas corrientes. Pero esas mismas circunstancias, tomadas con disposiciones de libertad, son otras tantas provocaciones para suscitar respuestas creativas. Ellas nos empujan, casi a nuestro pesar, a ensanchar o profundizar de modo insospechado nuestra experiencia de las cosas, a enriquecernos con un conocimiento, con un saber o un saber hacer que serán más auténticamente "nuestros", más íntimamente una parte de nosotros mismos, que todo conocimiento aprendido en los libros o en los pupitres de una escuela.

Neill insiste mucho sobre ka diferencia entre la mentalidad del niño y la del adulto. Seguramente tiene razón, especialmente, en insistir sobre el papel necesario e irreemplazable del *juego* en la vida del niño. En nuestras sociedades ferozmente estudiosas, a menudo el juego es eliminado desde que el niño tiene edad escolar. Ése es un corte brutal, una mutilación, por la que el niño se ve arrancado de una actividad vital para la psique, para ser sumergido en un ambiente irreductiblemente antijuego[926]. Ese corte, y la oposición entre "juego" y "trabajo" que testimonia, están entre las grandes calamidades de nuestra civilización[927]. Es uno de los signos elocuentes de la impotencia que ésta cultiva en cada uno. En una existencia verdaderamente desplegada, no hay tal corte. Igual que un niño juega con todo lo serio es la intensidad que un adulto pone en el trabajo que ama, así ese adulto se sumerge en ese trabajo amado con la disponibilidad de todo su ser y con todo el frescor del niño absorto en su juego[928]. En el niño
N 347 ◊está el adulto, y en el adulto está el niño. Instituir un corte entre "juego" y "trabajo", eso es cortar al niño del mundo adulto, y es cortar al adulto del niño que hay en él. Es encerrar al niño en un gueto infantil, es cortar al adulto de sus fuentes creativas. Es privar al trabajo de lo que constituye su alma, reducirlo a una "inversión" puramente utilitaria en vista de una "producción", a un campo de batalla en una competición donde se supone que gana "el mejor".

En nuestra sociedad de consumo, el juego es arrancado del trabajo humano y es estrangulado. Lo que queda, cadáver exangüe, es recuperado, disecado, repintado y presentado como regalo a los meritorios, bajo el atractivo nombre "ocio". Para el hombre impotente, castrado de su poder de jugar, el "ocio" será en adelante el Ersatz patentado, lujoso, organizado, oropel de lo que antaño fue un juego infantil...

A veces tengo la impresión de que en su afán de defender el "derecho a jugar" del niño, Neill también permanecía un poco prisionero de esa idea tácita de *corte* entre el juego y el trabajo. Queriendo salvaguardar el juego del niño, ¡se diría que por lo mismo se siente obligado a preservar cueste lo que cueste al niño del trabajo! Se le nota una desconfianza irreductible, por no decir una aversión visceral, contra la mera idea de que un inocente niño o adolescente pudiera ser expuesto a un verdadero "trabajo" (salvo a lo más un trabajo escolar), es decir, a

[926] En ese ambiente "antijuego", bien puede haber "juegos" organizados por los adultos para los niños. ¡Eso no cambia nada!

[927] Hay que reconocer que esa calamidad no es nada especial de "*nuestra*" civilización. Parece haber acompañado hasta hoy en día a todas las civilizaciones llamadas "avanzadas". Esto no dejará de ser considerado como una prueba por todos los que se sienten parte de la nuestra, según el argumento bien conocido: "Caballero, siempre ha sido así, ¡luego siempre será así!". Sin embargo digo, yo, que eso cambiará mucho más rápidamente de lo que nadie jamás se hubiera atrevido a soñar...

[928] La diferencia entre el niño y el adulto no es esencial, sino de "dosis", una diferencia cuantitativa. En relación a nuestras actividades, la diferencia principal está en una mayor continuidad en el adulto, capaz de dedicarse a una misma actividad un tiempo indeterminado. Esto está ligado al hecho de que la mentalidad del adulto tiene en cuenta el porvenir, lo que la mentalidad infantil ignora. Normalmente, el paso del niño al adulto debería hacerse progresivamente, al ritmo de cada uno. La manera misma en que se concibe a la escuela en nuestra sociedad "estudiosa" rompe esta necesaria continuidad. A este respecto, incluso una escuela como Summerhill me parece una especie de mal menor.

una actividad que pueda tener para él mismo o para la colectividad o para uno de sus miembros una utilidad práctica cualquiera, sea inmediata o lejana[929]. Quizás su experiencia personal del trabajo como niño y como adolescente haya sido vivida como una pura obligación, impuesta por adultos sin ningún cuidado ni comprensión de sus verdaderas necesidades y de sus propios deseos. Y sospecho que la atmósfera antitrabajo que ha reinado en Summerhill de principio a fin refleja sobre todo ese partido que él personalmente tomó, probablemente reforzado por disposiciones muy similares en la mayoría si no en todos los niños que desembarcaron en Summerhill. En
N 348 efecto, ◊todos venían de medios acomodados, en que es usual considerar toda clase de trabajo manual (¡salvo los violines de Ingres[930] etiquetados como "ocio"!) como una carga, que los adultos descargan de buena gana sobre las espaldas de los niños o los sirvientes.

Lo más notable aquí, es que no parece que ese ambiente antitrabajo, copia "en negativo" de la mentalidad corriente en el medio ambiente, haya tenido sobre los antiguos alumnos de Summerhill consecuencias lamentables. La transición del país–de–Jauja Summerhill, hacia un trabajo profesional regular conforme a sus gustos y a sus aptitudes que les permita asumir sus cargas materiales, se hizo (parece ser) sin ningún problema en todos los casos.

Sí, ¡es verdaderamente asombroso! Creo ver ahí lo que bien pudiera llamarse el "*milagro de la libertad*". En claro: como me acabo de dar cuenta "en los documentos" hace un momento, no se trata, incluso en una escuela "libre" como Summerhill, de que todos los condicionamientos más o menos inhibidores provenientes de la sociedad ambiente, actúen "en positivo" o "en negativo" (yendo a contrapié de las actitudes corrientes), sean eliminados aunque sólo sea en la psique del director–fundador. Y sin embargo (¡he ahí el "milagro"!), parece ser que en un verdadero ambiente de libertad como el que reinaba en Summerhill (y sin duda era la primera escuela de ese tipo que jamás haya existido...), se producen en la psique del niño unos ajustes inconscientes, que a pesar de todo le permiten desarrollarse "normalmente", sin que esas orejeras en suma muy secundarias le causen daño ni bloqueos duraderos.

Hay una cosa que ahora me choca en esta reflexión. Me disponía a formular contra Summerhill ciertas críticas que me parecían de peso, y he aquí que por un giro imprevisible, ¡*lo que es esencial* en la obra de Neill sale reforzado! Todas las críticas que tengo que formular pueden resumirse diciendo que esa obra lleva, al igual que su creador, la impronta de un tiempo, de un lugar, de un medio – el hombre y la obra están, indudablemente, "condicionados" de unas formas u otras. Hará buena falta que me acostumbre a la evidencia de que en modo alguno eso es un lamentable "borrón" especial de Neill o de no importa quién, sino que tales limitaciones son inherentes a todo hombre y a toda obra humana. El "milagro" aquí, es que todo llevaría a creer, en el contexto delicado donde los haya de la educación, que tales o cuales actitudes (¡que
N 349 estaría tentado de calificar como "errores" groseros!) deberían tener un efecto deplorable ◊sobre los resultados de la obra educativa, y que sin embargo ¡*no hay nada de eso! Lo esencial*, lo que pretendía Neill, en modo alguno es afectado.

La lección que podemos sacar, y que sin duda es el alma del mensaje de Neill, es que en la educación del niño, y para el florecimiento de las facultades creativas en el niño igual que en el adulto, *la libertad es lo primero*. A la vista de esta exigencia, el resto es accesorio. Una vez que se satisface, todos los nudos heredados del pasado dejan de extrangular, y terminan por

[929] Pienso por ejemplo en el siguiente pasaje del libro de Neill, que da qué pensar (¡como todo su libro, por otra parte!):

> "Un día leí que en América una escuela había sido construida por los mismos alumnos. Antes yo creía que eso era lo ideal. Pero no es así. Si unos niños construyen su escuela, podemos estar seguros de que detrás de ellos hay algún señor lleno de autoridad benevolente y jovial que les prodiga vigorosos estímulos. A menos que exista tal autoridad, *los niños nunca construirán escuelas*."

(Cita de la sección "El trabajo", página 91 en la citada edición francesa.)

[930] N. del T.: La lengua francesa ha hecho de la pasión que el afamado retratista Jean–Auguste Dominique Ingres (1780-1867) tenía por el violín, cuando dejaba los pinceles, el arquetipo del hobby.

desatarse cada uno a su hora; en un año o en cien o en mil, en el fondo poco importa, *una vez que lo esencial es respetado.*

Este mensaje no adquiere todo su sentido más que por una comprensión nueva y profunda de lo que es, realmente, "*la libertad*". Una comprensión que Neill fue el primero, quizás, en tener con tal agudeza, y en presentarnos en términos tan concretos, tan simples, y con tal fuerza en su sencillez sin pretensión. Las *formas* que tomará el respeto total, primordial a esa libertad, variará hasta el infinito según las circunstancias, de un lugar a otro, de una época a otra, de una persona a otra. Pero la libertad siempre es *"la misma" libertad.* Y el mensaje de Neill, y el de un Walt Whitman o de un Edward Carpenter, diferentes por su lenguaje, por el acento, por la luz, son en el fondo un único y mismo mensaje.

Es el mensaje también de otro innovador, de otro "revolucionario", del hombre de mirada profunda, solitario y sin miedo de nombre Jesús. (Antes de que se le llamara "el Cristo" y se le hiciera un dios, para evacuar mejor su mensaje...) Es un mensaje madurado después de un sueño de casi dos milenios, y que ahora reencontramos bajo una forma que responde a las necesidades de nuestro tiempo: sin parábolas esta vez, ¡en palabras claras! También es el retomado desde su fuente, llevado y profundizado durante toda una vida, por un Marcel Légaut aún con otra luz. *Es un mismo mensaje de libertad.*

Ese mensaje es para todos los lugares y todos los tiempos. Actúa por todas partes donde es profundamente acogido, cualquiera que sea el medio, cualquiera que sea la persona. El conocimiento que aporta, ¿no es ese "agua que apaga la sed para siempre"? En verdad, el que ha bebido del agua de la libertad, ése ha bebido de un conocimiento que no pasa, aunque su cuerpo sea mortal. Y el mensaje que nos trae ese agua es imperecedero.

N 350 ◊(93) ¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo

(8 – 10 de diciembre)[931] Son ya cinco notas, y doce días seguidos, las que consagro casi totalmente a la obra de Neill, tal y como la conozco a través de su libro "Niños libres de Summerhill". Sólo a lo largo de este trabajo el alcance excepcional de esa obra comienza a presentarseme a plena luz, y su papel de fermento para preparar la mutación de los espíritus que él mismo reivindicaba, y cuya urgencia sentía mejor que nadie, discernía su esencia y medía toda su profundidad. Su mensaje, directo a la raíz misma del mal que sufre el hombre, además está servido por un lenguaje siempre "cotidiano", de una simplicidad extrema, pegado a lo concreto en cada línea. Aún más que los amplios movimientos de un lenguaje poético de un Walt Whitman, más que el lenguaje naturalmente abstracto, incluso erudito o técnico, de Sigmund Freud, el de Neill está hecho para ser entendido por todos, tal cual. Basta acoger con un espíritu y un corazón abierto la riquísima experiencia presentada en esas páginas al natural, y dejar que resuene la propia experiencia como niño, como adolescente o como padre.

He vuelto a pensar en mi primera lectura de ese libro, a principios de los años sesenta. Ya habían nacido tres niños[932] de los cinco de los que iba a ser padre. La lectura, he dicho, me había "impresionado". Pero a decir verdad sus efectos sobre mis comportamientos y actitudes como padre de familia me parece que fueron nulos. La mayoría de los errores contra los que Neill pone en guardia a los padres (y seguramente al leerlo yo estaba totalmente de acuerdo con él), los he hecho, y todavía no he terminado de recoger sus frutos – y también mis hijos. Leí ese libro con la cabeza más que con el corazón, de corrido, como un libro del que "se habla", mientras que mi dedicación principal estaba en otra parte, en la matemática. Ni se me hubiera ocurrido que día tras día repetía los mismos errores de graves consecuencias, convencido de mis buenas disposiciones hacia mis hijos, y de mi inquebrantable seguridad en la convicción de ser una persona progresista. Sólo cuando la meditación entró en mi vida, en octubre de 1976,

[931] Continuación de la nota anterior "Neill y el Mensaje – o el milagro de la libertad".

[932] Mi primogénito tenía entonces una decena de años, los otros dos (una hija y un hijo) aún no debían ir a la escuela.

comencé a darme cuenta de la situación. En ese momento hacía años que ya no vivía con mis
N 351 hijos. Pero para las cosas que están en el corazón de nuestro aprendizaje de la vida, ◊nunca es demasiado tarde para verlas claro. Cualquiera que sea el momento (y, estoy convencido, incluso en el momento de morir), es una inmensa bendición descubrir en una repentina luz los errores con que hemos cargado durante nuestra vida...

¿Quizás algo hubiera hecho tilín, en esa primera lectura, si Neill hubiera hablado de forma más detallada sobre la psicología de la pareja? Se limita a hacer aquí y allá algunos comentarios de pasada, sobre la relación entre los padres y sobre sus repercusiones sobre el niño. Unos comentarios pertinentes,pero que permanecen al nivel de las generalidades y que, salvo quizás una o dos veces, no se me aplicaban a mí[933]. Es probable que no pudiera decir más, pues por lo que se transparenta en su libro, me ha parecido entender que su matrimonio es de los pocos que no tienen grandes problemas.

Además en estas notas no tengo ninguna intención de "dar una vuelta" por el libro capital de Neill – ¡haría falta un libro como el suyo, si no varios! Simplemente quisiera poner en claro, en primer lugar para mi propio provecho, lo que en mi lectura de estos últimos días "chirriaba" un poco de pasada, o que permanecía algo confuso en mi espíritu. Aún resta un punto que quisiera examinar.

He aquí lo que escribe Neill en las primeras páginas de su libro, sobre el espíritu con que él y su mujer crearon Summerhill:

> "Decidimos pues, mi mujer y yo, tener una escuela en que daríamos a los alumnos libertad de expresión. Para eso tendríamos que renunciar a toda disciplina, toda dirección, *toda sugerencia, toda moral preconcebida*, toda instrucción religiosa cualquiera que fuera. Algunos dirán que fuimos muy valientes, pero en verdad no necesitábamos coraje. Lo que necesitábamos, lo teníamos: una creencia absoluta en que el niño no es malo, sino bueno. Después de casi cuarenta años esa creencia no ha cambiado, se ha convertido en profesión de fe.
>
> Creo que el niño es sagaz y realista de modo natural y que, dejado en libertad
> N 352 *lejos de toda sugerencia adulta*, ◊"puede desarrollarse tanto como le permitan sus capacidades naturales..." (Soy yo el que subrayo.)

Es justo decir que lo que comenzó como una "experiencia" llegó a ser una *demostración*, de una asombrosa fuerza probatoria, de la validez de las intuiciones iniciales de Neill y de su mujer. Sin embargo el punto que me plantea problema, es cuando Neill vuelve con tal insistencia sobre la importancia, para que el niño se desarrolle libremente, de que los adultos que lo rodean y en primer lugar (se supone) los que se encargan de su educación (por tanto los padres y los eventuales "educadores" profesionales, profesores, director de la escuela etc.), se abstengan de "influenciar" al niño de cualquier manera, en materia (digamos) de ideas morales, religiosas, políticas etc. Además el libro se abre con la cita del hermoso texto de Khalil Gibran sobre los niños, que comienza con "Vuestros hijos no son vuestros hijos", y donde más adelante se lee:

> "Podéis darles vuestro amor pero no vuestros pensamientos,
> Pues tienen sus propios pensamientos...
> Podéis esforzaros en ser como ellos, pero no intentéis en hacerlos como vosotros.
> Pues la vida no da marcha atrás, ni se entretiene con el ayer..."

Sin embargo podemos preguntarnos en qué medida es realista proponer a los padres abstenerse de toda "sugerencia" a sus hijos, de toda especie de influencia consciente sobre las maneras de

[933] Neill habla sobre todo de padres cuya sexualidad está atascada y en que la frustración a ese nivel engendra un odio larvado entre los esposos, incluso de los padres hacia los hijos. Ésa no era en absoluto la situación en mi matrimonio.

ver, de sentir, de comportarse etc. Después de todo (¡y Neill lo sabe mejor que nadie!), los niños se impregnan de la atmósfera que les rodea igual que de la leche materna. Se quiera o no, las ideas que forman parte de esa atmósfera serán absorbidas por el niño, para lo mejor y para lo peor.

Quizás Neill quiera simplemente recomendar una actitud de extremo respeto hacia la libertad del niño y sus propios medios; de abstenerse de todo discurso para convencerle de esto o aquello, o de someterle a obligaciones convencionales (como decir buenos días o gracias, ir a la iglesia o a la escuela etc., sin que esté dispuesto a ello), aunque sólo fueran "sugerencias" conscientemente formuladas, que pudieran interferir con su propia naturaleza y con un trabajo personal que esté realizando. Pero el niño, y tanto más si su relación con el entorno es distendida y confiada, no dejará de adelantarse planteando mil preguntas sobre la existencia, incluyendo (¡y sin preocuparse de la exclusiva de Neill!) preguntas que han de llamarse "morales", "religiosas", "políticas". Y tiene la legítima expectativa de obtener respuestas, que sería manifiestamente ab-
N 353 surdo negarle. ◊Mitigar sistemáticamente esas respuestas con unos "en mi opinión..." prudentes no cambia gran cosa[934], y además no sería natural cuando se le dicen cosas de las que estamos íntimamente persuadidos, a veces hasta el punto de que ponerlas en duda sería como renegar de uno mismo, y pretender dudar de ellas parecería una comedia idiota. Tarde o temprano el niño terminará por aprender que las formas de ver de las personas varían de unos a otros, y que las de sus padres, y más tarde las de sus profesores, no son necesariamente las mejores (¡no más por otra parte que las suyas!). La actitud de los padres puede acelerar y facilitar ese importante descubrimiento en la vida de un niño, y darle con eso un nuevo fundamento a la confianza que el niño les da.

La actitud que Neill pretende, supongo, es una actitud de flexibilidad y modestia, al revés de una autoridad perentoria; una actitud que constantemente sobreentiende que no nos creemos poseedores de un conocimiento absoluto y definitivo, y que por eso estimula al niño a formarse *sus propias ideas* sobre las cosas. Y además y sobre todo, importa respetar esas ideas como *sus* ideas, en igualdad con las nuestras, y esto incluso en los casa en que en términos de nuestras ideas y hábitos mentales, parezcan aberrantes[935]. Seguramente con tal actitud es como podemos favorecer el proceso creador de la formación progresiva, siempre en movimiento, de una visión de las cosas en el niño que sea verdaderamente *suya*, que sea su propia creación. Entonces poco importa que nos parezca "justa " o no. De todas formas, en la medida en que el niño viva en
N 354 tal clima de libertad, su visión del mundo ◊estará en continua evolución, sin fijarse jamás por efecto de una obediencia, o por el de un rechazo, hacia una autoridad (aunque sea benevolente) que se le impusiera.

Tal actitud de flexibilidad frente a otro, y sobre todo frente a los propios hijos, es más que rara. En todos los hombres sin excepción hay, creo, el deseo de ver sus propias formas de ver y de sentir compartidas por otros, y esto tanto más si se trata de personas cercanas, y especialmente cuando son nuestros propios hijos. En este último caso, ese deseo se adorna gustosamente con

[934] No hay que decir que cuando se ignora la respuesta a una pregunta, no hay que dudar en decirlo. Muy a menudo los padres dicen "aún es muy difícil para que te lo explique", cuando se trata de cosas que ellos mismos aún no han comprendido. Por mi parte, no recuerdo haber tenido jamás reticencia en reconocer alguna ignorancia. Tal reticencia siempre es, creo, señal de una falta de confianza en sí mismo, de una subestima de uno mismo, que se intenta compensar con un "saber" ficticio.

[935] Esto es algo que comprendí muy tarde, después de 1976, cuando ya no vivía con mis hijos. Ni hubiera soñado en querer imponer conscientemente mis formas de ver y mis gustos, y con ese sentimiento estaba convencido que les daba total libertad. Sin embargo, mi íntima convicción de que *mis* formas de ver y *mis* gustos (al menos allí donde los tenía bien arraigados) eran *los* buenos, tenía el mismo efecto que el deseo de imponerlos, y se correspondía, ciertamente, con un deseo egótico realmente presente de verlos compartidos. Sin contar las prohibiciones (por ejemplo nada de comics ni de juguetes militares en la casa), que después he comprendido que eran no sólo inútiles, sino perjudiciales, que han inhibido el desarrollo de los niños hacia una autonomía interior, y han contribuido a pesar en su relación conmigo. Eso me habría quedado claro si hubiera leído el libro de Neill con disposiciones abiertas, con el corazón y no sólo con la cabeza.

los favorecidos colores del "deber" paternal, de "educar", de "formar" a su hijo etc. Pero hijo o no, generalmente se está convencido de que ese deseo de compartir las opiniones, sentimientos, convicciones etc. con otro es de naturaleza altamente altruista, que es por su bien y por amor desinteresado a la "verdad" por lo que se quieren quitarle sus desoladores errores. La realidad, es que ese deseo es casi siempre de naturaleza exclusivamente egoísta. Bien sea el deseo de engrandecer el ego (pues quien convence, "vence" y anexiona...), o una expresión de la necesidad de aprobación, de confirmación de uno mismo. Casi siempre, es simplemente el deseo de "*tener razón*", sea para dominar, o para sentirse aceptado y apreciado, o ambas cosas a la vez.

Leyendo a Neill, se tiene la clara impresión de que al menos en su relación con los niños, está totalmente libre de ese deseo egótico, que es perfectamente *libre* en esa relación. No hay duda de que es sobre todo esa rara madurez, esa fineza espiritual, la que hace de él un educador y un terapeuta tan excepcional. Por mi parte, reconozco humildemente no haber alcanzado aún ese estado envidiable, Aunque en estos últimos años haya hecho algún progreso al respecto. Y dudo que haya muchos padre y educadores que enseñen mejor. Sin embargo eso no significa que necesariamente sean malos padres y malos educadores. Pero lo serán, incluso animados por las "mejores intenciones del mundo", si no se dan cuenta de ese deseo que tienen y de su verdadera naturaleza, y si no están atentos a lo que pasa dentro de ellos en su relación con el niño[936]. Sólo
N 355 cuando no se lo reconoce como lo que ◊es, ese deseo se extiende y se vuelve invasivo hasta el punto de llegar a esterilizar la relación con el niño[937].

La educación que no va acompañada de una actitud de conocimiento propio, y que por eso mismo no es una educación y un aprendizaje *de uno mismo*, sólo puede perpetuar los viejos errores y las viejas represiones. Ése fue mi caso, antes de que mi vida se transformara al fin por la acción de una tal atención a mí mismo[938].

(94) Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión

(8–10 de diciembre)[939] Pero sobre todo quisiera volver al "chirrido" que ya se manifestó en mi primera lectura del libro sobre Summerhill. Ante todo señalo que cuando Neill evoca aquí y allá las principales aberraciones de la sociedad humana (que él reconoce como consecuencias de las represiones sufridas por todos nosotros durante la infancia)[940], nunca deja de incluir en buen lugar las *guerras*. Claramente ha superado las inmemoriales actitudes patrióticas bien-pensantes, sancionadas por las costumbres y abundantes leyes perentorias, como que es deber de todo ciudadano partir a ciegas hacia los rompe-huesos colectivos organizados materialmente por
N 356 sus respectivos gobiernos, al son de tambores y con la bendición de sus ◊santas Iglesias para ir a "morir piadosamente por la patria" (e ir a arreglar cuentas con los de la patria de enfrente...)[941].

[936] En general, se trate de relaciones con el hijo o con otro, es mucho más importante estar atento a lo que pasa en uno mismo, que a lo que pasa en el otro. Además muy a menudo (y casi siempre cuando se trata de una relación algo conflictiva), somos incapaces de apreciar lo que pasa en el otro, por falta de atención a nosotros mismos, y especialmente a la acción de fuerzas egóticas que nos empujan a escamotear o a deformar ciertas percepciones, para acomodar nuestras impresiones a unas ideas preconcebidas sobre el otro, unas expectativas etc.

[937] Neill forma parte, claramente, de los pocos hombres que han comprendido plenamente la importancia del propio conocimiento en la vida de cada uno y en sus relaciones con otros, y por tanto en la educación. Y sin duda sabe hasta qué punto una actitud de conocimiento de sí mismo es rara, incluyendo ciertamente a padres y educadores. A falta de tal actitud, en mi primera lectura de su libro las pertinentes recomendaciones de Neill me pasaron completamente por encima. Al respecto, es chocante que Neill no haya hecho comentarios detallados, llamando la atención de los padres (digamos) sobre las poderosas fuerzas egóticas que tienden en ellos a impedir que sigan sus recomendaciones, incluso en el caso de que crean estar "totalmente de acuerdo" con él. Probablemente se deba al hecho de que tuvo más trato con niños que con padres, y que conocía mejor a los niños que a los adultos.

[938] Véase la siguiente nota (iniciada y terminada el mismo día) para una continuación inmediata de esta reflexión.

[939] Continuación de la nota anterior "¿Educación sin sugestión? – o educación y conocimiento de sí mismo", de los mismos días.

[940] El primer ejemplo se encuentra ya en la página 2 del prefacio de Neill.

[941] Sobre este tema, que es tan actual hoy como hace tres mil años, e incluso más agudo ahora que nunca en

Por otra parte, en dos sitios (loc. cit. páginas 121 y 437) se menciona que alumnos de Summerhill han llegado a ser militares de carrera. Uno llegó a ser piloto de bombardero en la Royal Air Force. El primero de los dos pasajes citados forma parte de un "Informe de investigación de los inspectores de Su Majestad" (es decir un informe de investigación oficial del gobierno británico) sobre la escuela de Summerhill, informe fechado en junio de 1949 e incluido en el libro de Neill. En ese informe, los alumnos que llegaron a ser militares de carrera eran mencionados como uno de los puntos fuertes de la escuela, señal de su seriedad en lo referente al éxito social de los exalumnos. En las cuatro páginas de sucintos comentarios sobre el informe, Neill no dice ni mu sobre ese punto. El segundo pasaje citado es una respuesta de Neill a la pregunta: "¿Algunos alumnos de Summerhill entran en el ejército cuando son mayores?". Respuesta:

> "hasta el presente sólo uno lo ha hecho – se enroló en la RAF. Quizás el ejército sea algo demasiado prosaico [?] como para interesar a niños libres. El combate, después de todo, es destrucción. Los niños de Summerhill se batirían por su país igual que los demás, pero probablemente quisieran saber por qué se baten.
>
> Nuestros antiguos alumnos han combatido durante la Segunda Guerra mundial y varios han muerto en ella."

En esta respuesta se nota en Neill una reserva bastante clara frente al ejército y la guerra en general; pero a la vez el cuidado de no chocar, de no proporcionar a sus eventuales detractores una verga para golpearle, esta vez por un trabajo de zapa de la moral patriótica (trabajo del que, creo, siempre se ha abstenido prudentemente). De ahí una respuesta visiblemente embarazada, "ni carne ni pescado"[942]. Con razón o sin ella, y dado que ◊Neill sólo aborda esta cuestión en este único pasaje, tengo la impresión de que verdaderamente no le planteaba problema. Que consideraba que su papel como educador era crear para los niños confiados a su cuidado un ambiente y un clima donde pudieran desarrollarse libremente, de forma que llegaran a ser adultos con autoestima capaces de elegir un trabajo conforme a sus inclinaciones y aptitudes y en el que se sentirían felices. Que eligieran trabajos socialmente nefastos, que (digamos, y en este caso particular) pudiera llevar a uno de ellos a tirar una bomba atómica aniquilando una ciudad de cien mil habitantes (o aunque sólo sea una bomba convencional que no matase "más que" diez o cien), no parece que verdaderamente le atañe ni le plantee problema[943].

N 357

términos de mera supervivencia física de la especie, me he expresado ya muchas veces y de manera más detallada en la notas "Fujii Guruji – o el sentido de lo esencial", "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" y en las notas que la siguen, "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos", "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante", "Formación humana" – ¡y "Solución final"! (notas n^o 60, 67–72).

[942] También aquí (como ya he señalado en otros textos de Ghandi y de Légaut sobre lo mismo), me parece que la torpeza en la forma traduce el apuro (esta vez probablemente consciente o semiconsciente) del que se expresa. El deseo de dar largas al asunto se ve sobre todo en la frase "Los niños de Summerhill se batirían por su país igual que los demás" (¡sobre todo no vayan a creer que Summerhill es antipatriótico!), "pero probablemente quisieran saber por qué se baten" (pequeña concesión al ego: si se baten, ¡al menos es *libremente*!). Esa frase es una bonita broma, Neill sabe como todo el mundo que cuando se da la orden de movilización no es el momento ni de un lado ni del otro de preguntarse "por qué nos batimos" (con delegaciones de antiguos alumnos de Summerhill para pedirles explicaciones detalladas a los respectivos gobiernos...) – sino de obtemperar sin rechistar y de obedecer a pies juntillas las órdenes, y *sean cuales sean*, so pena de... (Y Solvic podría, por más muerto que esté, refrescarnos la memoria...)

[943] Por supuesto es posible que me equivoque, y que Neill, por prudencia, no haya querido dejar entrever que eso le planteaba problema, y menos aún decir claramente cómo y por qué. Pero entonces ¿por qué incluir ese pasaje, que sería el único de su libro en que no jugaría "juego limpio" con el lector? ¿Simplemente para soltar lastre frente a una opinión pública oficial? Pero si ha caminado durante cuarenta años en la cuerda floja sin que su escuela haya sido cerrada por escándalo público ¿iba a ser por no incluir ese pasaje ambiguo por lo que iba a tener serios problemas?

Como sugiero más adelante (véase dos párrafos más abajo), y como sugiere todo el libro de Neill, me parece más bien que realmente hay en él un propósito deliberado de ignorar toda dimensión "moral" o "espiritual" en la psique, de ver en ella solamente el juego (inextricablemente enmarañado) de fuerzas de Eros y del ego (que, al

Es un hecho que Neill, no más que ningún otro educador o ningún padre, no puede sustituir
N 358 a uno de sus antiguos alumnos, en unas elecciones que implican ◊sólo su responsabilidad directa, que comprometen *su* vida. ¿Pero no forma parte de una educación en el pleno sentido del término iluminar las elecciones que el niño tendrá que hacer como adulto? Casi se tiene la impresión de que para Neill, y sin ninguna duda para ese antiguo alumno, ser piloto de la RAF es una elección tan buena en sí misma como ser tendero, ingeniero, profesor, médico, artesano, escritor, obrero, jardinero... ¿Por qué no también, tanto da, confidente de la policía, ejecutor de la justicia, guardia o director de prisión, o (en otros tiempos y otros lugares) verdugo encargado de arrancar la confesión a los sospechosos o a los prisioneros[944]?

Se diría que Neill, como reacción a las actitudes y los habituales discursos moralizantes, a menudo hipócritas y siempre estériles, hiciera como si las "cuestiones morales", o mejor dicho, cierta realidad espiritual, no existiera. Es probable que ese piloto de bombardero fuera perfectamente "feliz" en su trabajo así como en su vida familiar, lo que (según el credo explícito de Neill) sería el fin de la existencia. Neill podría felicitarse con razón de ese éxito de Summerhill. (Es cierto que por alguna razón que permanece oscura, no llega hasta ahí...) Pero todo depende de lo que se entienda por "felicidad". Es una noción a penas menos borrosa y menos ambigua que "libertad". ¡Hay niveles tan diferentes de "felicidad"! Conozco tres hombres que conocieron una felicidad total, profunda, única en su vida, mientras estaban en prisión, en una situación miserable e incluso desesperada. Inversamente, la "felicidad" a cierto nivel de la psique pude ser la señal y la tapadera de una miseria a un nivel más profundo y más oculto. Bien lo sabe Neill, cuando un muchacho rechazado, desgraciado, busca su "placer" o su "felicidad" atormentando a compañeros más débiles que él. Y bien sabe Neill también que en tales caso, si él Neill, o mejor aún la misma colectividad, interviene para hacer comprender al torturador que su comportamiento no es admisible, pues invade el derecho a la felicidad de los demás, eso es por el "bien", o si se quiere por la "felicidad", no sólo de los pequeños compañeros maltratados, sino también del propio interesado. Y esta vez es un "bien", una "felicidad" verdadera, más auténtica, más real.

N 359 ◊Pero lo que es verdad a nivel de la restringida colectividad de Summerhill en que todo el mundo se conoce, no es menos verdad para la comunidad más vasta formada por toda la humanidad. Sólo es más difícil de comprender, porque no conocemos personalmente a todos los hombres. Es muy posible que (digamos) los que tengamos que matar, o mutilar o dejar huérfanos tirando un día una bomba sobre una ciudad desconocida, no lleguemos a conocerlos siquiera de nombre.

Si es algo un poco más difícil de comprender y de hacer comprender, eso no impide que pueda aprenderse y que *deba* aprenderse, so pena de que el hombre desaparezca sin remedio. ¿Y quién lo enseñará si no es el padre o el educador que él mismo lo haya comprendido profundamente? Una educación que no se quede a medio camino, una vez satisfechas las necesidades primarias de la afectividad y el ego, ¿no debería promover, suscitar actitudes, llamémoslas "humanas" o "responsables", actitudes "de respeto", no sólo frente a un círculo restringido de personas que conocemos por su nombre (¡ése es ciertamente el principio!), o frente a gente que habla una misma lengua, o tienen la piel del mismo color, o forman parte de un mismo medio cultural o profesional nacional o internacional, sino frente a *todos* los hombres? ¿Incluso frente a todos los seres vivientes, y a la tierra que nos sostiene y las aguas que nos alimentan a to-

igual que Freud, parece que mete un poco en el mismo saco), que habría decidido santificar – ¡declaralas siempre "buenas" en tanto no sean reprimidas! (Un poco como yo mismo había santificado durante mucho tiempo a Eros, pero al menos separándolo del ego...) Sin embargo Dios sabe, y Neill también, que el ejército y la guerra, incluso si por momentos permiten a algunos desmelenarse y pasarlo en grande del modo que sabemos, están muy lejos de ser "la libertad"...

[944] Estos ejemplos quizás sean forzados, pues en estos casos el interesado está en contacto con los que pagan los gastos s de sus actividades, aunque sólo sea porque los tiene delante en carne y hueso. Dudo que un exalumno de Summerhill se oriente hacia tales trabajos. ¿Pero por qué no agente secreto?

dos? ¿No debería favorecer, estimular en el niño y en el adolescente, a medida que crece, una actitud responsable que le haga medir el sentido y las consecuencias de sus actos no sólo en lo inmediato o en la óptica de sus satisfacción personal, sino también a largo plazo y para todos? ¿No debería favorecer la aparición de una autonomía interior no sólo en el plano afectivo, sino también en el plano de la inteligencia y el plano espiritual; una autonomía tan fuerte que pueda ir a contracorriente de los consensos más aberrantes (como el que nimba de prestigio social y de una especie de aureola heroica una carrera de piloto de bombardero)?

La cuestión del ejército y de la guerra, y de la participación que cada uno está dispuesto a conceder a estas instituciones inmemoriales y sangrantes, impuestas por las costumbres y por las leyes, es una entre numerosas cuestiones que tarde temprano cada uno va a plantearse durante su existencia, y de la que una respuesta en una óptica puramente egocéntrica y utilitaria a corto plazo es totalmente, irreductiblemente inadecuada – es, hablando con propiedad, *suicida*. Tal actividad, profesión o carrera puede ser prestigiosa, estimular toda suerte de capacidades, ambiente bárbaro, emolumentos elevados... – pero eso no es todo, y eso *no es lo esencial*.

N 360 ◊Hablo pues aquí de innumerables cuestiones que involucran una dimensión "moral" o (como prefiero llamarlas, visto el abuso que se hace del término) "espiritual". Abstenerse a cualquier precio de hablar de esas cuestiones con un niño o un adolescente, so pretexto de no "influenciarle", de "respetar su libertad", de no ser "moralista", me parece que apenas es mejor que la actitud infinitamente más corriente del adoctrinamiento más o menos autoritario. Es tanto más inadecuada, tanto más "deficiente", cuanto el niño crezca, y sea más propenso a encontrase cuestiones y a planteárselas, a menos de que permanezca encerrado en una especie de "gueto infantil" totalmente artificial[945].

Veo dos aspectos de esa carencia educativa de los niños, consecuencias de tal actitud de "discreción" excesiva, equivalente a una especie de absentismo deliberado frente a todo lo que desborde las necesidades afectivas inmediatas. Primero y sobre todo, al abstenerse de abordar el tipo de cuestiones anteriormente evocadas, no podemos dejar de dar la impresión (probablemente bien fundada) de que no se les da importancia, o mejor (y eso es aún más grave) que no se da ninguna importancia a los aspectos que sean *otra cosa* que una simple cuestión de gusto o de conveniencia personal. O sin duda más exactamente, el niño ni siquiera podrá tener tal "impresión", pues ignorará totalmente, y quizás durante toda su vida, que existe "otra cosa" aparte de ese punto de vista personal e inmediato del gusto y la conveniencia; que esas cuestiones, y la vida y la existencia humana en general, tienen aún *otra dimensión*. Ahora bien, se quiera o no, se sepa o no (o se olvide...), esa otra dimensión es la más esencial no sólo en tal o cual limitada cuestión como la del ejército y la guerra, sino que también es la *verdadera dimensión*, la dimensión esencial de la existencia humana. A la vez contiene y transciende la afectividad y la inteligencia. Es por haber ignorado o despreciado siempre esa dimensión, por lo que la humanidad se encuentra ahora en plena carrera autodestructiva.

Seguramente como reacción contra un estéril discurso moralizante que ha marcado profundamente su propia infancia, Neill pretende ignorar esa otra dimensión, profesando de paso, aquí y allá, una filosofía de la existencia "hedonista" en apariencia. El fin de la existencia de cada
N 361 cual sería "la felicidad"; ◊dando la impresión, además, de limitar el sentido de esa "felicidad" justamente a la satisfacción de las necesidades afectivas y las pulsiones egóticas. Sin embargo su propia existencia contradice con fuerza tal visión. Si Neill se dedicó en cuerpo y alma a una misión grande y peligrosa, poniendo y afinando día tras día lo mejor de sí mismo, en modo alguno fue en busca de un máximo de "felicidad" para él mismo, ni siquiera (no tengo la menor duda sobre eso) para él y un puñado de chiquillos privilegiados, en una especie de egoísmo colectivo de "nosotros los de Summerhill". En la manera en que conduce su propia existencia, en su

[945]La misma escuela de Summerhill, y en consonancia con las intenciones de Neill, da un poco la impresión de un tal "gueto infantil", pues el niño, una vez curado (y por más "enfermo" que estuviera), es sobreprotegido, mantenido cuidadosamente aparte de los problemas y los males que agitan el mundo.

fidelidad a sí mismo y a su misión, la dimensión espiritual es lo primero. Sólo por ella su misión no se reduce a un "trip" del ego, y es auténtica y fecunda. (Y por supuesto bien lo sabe Neill en el fondo, aunque se abstenga cuidadosamente de decirlo, tal vez ni a él mismo). Además el lenguaje hedonista se une a la visión espiritual, una vez que se ve claramente que la "felicidad", en el sentido pleno y profundo de "bien verdadero", de bien incorruptible, no puede separarse de la "felicidad" de todos los hombres cualesquiera que sean, presentes o futuros – que coincide con el "bien", con la "felicidad" del Universo entero.

La segunda carencia, es que al abstenerse de hablar con el niño cuestiones de importantes opciones en la existencia humana, que no dejaran de presentársele tarde o temprano bajo una forma u otra, abandona al niño a las influencias exteriores. Eso sólo puede comprenderse como una aprobación tácita de todas las actitudes corrientes, dejando aparte solamente las que contradigan directamente el comportamiento del educador con el niño, o de otras personas de su entorno. En modo alguno subestimo la importancia de esta última reserva: el corazón de la educación, es la forma de ser del "educador", es el "*ejemplo*" que da día tras día, lo quiera o no. Pero según yo es muy mal "ejemplo" desinteresarse, o hacer como que uno se desinteresa, de las cuestiones cruciales de la existencia humana, con la única excepción de cuestiones sobre la relación con el entorno inmediato.

Por supuesto, la relación de los padres con el niño es muy diferente a la del educador profesional, y a la de Neill con los niños de la colectividad que fundó. Esta última relación tiene la ventaja de estar exenta (al menos parcialmente) de los pesos tan particulares que casi siempre pesan sobre la relación padres-hijos. En revancha me parece que siempre tiene un carácter relativamente artificial, por oposición a la relación interfamiliar. Estoy convencido de que un elemental sentido común habrá impedido a Neill seguir sus propias recomendaciones en la relación con su hija, de que no se ha privado, a ◊medida de que ella ha ido creciendo y (me imagino) ha ido planteando cuestiones pertinentes, de hablar con ella sin reticencias sobre todo lo que atañe de cerca o de lejos a la moral, la política, la religión, y esto con tanta más naturalidad cuanto que ya hacía tiempo que él y su mujer le habían explicado de dónde vienen los niños y cómo se hacen.

N 362

Por el contrario, en su relación con los alumnos de Summerhill, se tiene la impresión de que ha mantenido su palabra. Incluso precisa que vigila que los profesores "no intenten influenciar a los niños con sus ideas políticas" (anarquistas quizás ¿quién sabe?). Eso no puede querer decir otra cosa que pedir a los profesores que se abstengan de hablar de política. (¡Pues ¿cómo hablar sin expresar al mismo tiempo la propia opinión?!) En eso ¡ay! la escuela libre de Summerhill se parece a las escuelas más reaccionarias de los buenos viejos tiempos. Sobre todo es asombroso que los "niños libres de Summerhill" no hayan torcido el brazo de sus profesores y del mismo Neill, planteando ellos mismos las cuestiones tabú, ¡les guste o no! La famosa "libertad" tan ponderada ¿volverá a los adolescentes apáticos y estúpidos?

Hay que tener en cuenta que el medio del que venían esos chavales, y quizás también la época (¡antes de mayo del 68!), no eran muy despiertos, por decir poco. Vuelvo a tener la impresión que apareció de pasada en la penúltima nota: el ambiente en Summerhill era incomparablemente *seguro*, de acuerdo, pero en revancha no parecía ser muy estimulante. Al leer el relato de Neill, parece que en cuarenta años de Summerhill, no sólo no ha germinado ningún gran proyecto común sobre el que hubieran convergido, durante algunas semanas, algunos meses o un año o dos, la inventiva, el placer de crear con las manos, y la voluntad de expresión aunque no fueran más que de diez o veinte de los chicos mayores. (¡Y qué extraordinaria fuerza, insospechada, les hubiera dado tal convergencia!) Pero parece que en la escuela nunca hubo, entre los niños y los adultos, ni un solo gran debate sobre los grandes problemas de nuestro tiempo (y Dios y Neill saben que no faltan ¡y que son acuciantes!), o de todo tiempo: la guerra y la paz, el control de la natalidad y el aborto, las leyes y el sistema penitenciario, la injusticia social y sus causas, para qué sirven las escuelas, qué es "la educación"... Aparte de los cursos,

dados con un espíritu de lo más convencional (y sobre todo nada de política, bien entendido ¡eh!), y los juegos-sólo-juegos[946] cuyo encanto terminaría por embotarse al hilo de los años, a
N 363 medida ◊que el niño crece – ¡*no hay nada*![947]

(95) Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...

(9 y 11 de diciembre)[948] La imagen de Summerhill que poco a poco se dibuja, es una especie de "sauna" para niños, muy protegida (tanto frente a la sociedad exterior como frente a familias perturbadoras), un lugar ante todo donde las necesidades afectivas del niño encuentran satisfacción de manera admirable, asombrosa. Un verdadero salvavidas sobre todo para los "niños con problemas", donde casi todos se curan de su odio a ellos mismos y a los demás, de los miedos enquistados que los paralizan. Salvo algunos pocos casos de fracaso, los niños de Summerhill tendrán confianza en ellos mismos durante su vida, tendrán una vida sexual y familiar plena, llegarán a encontrar un trabajo que les guste y tendrán éxito en él, apreciados por sus compañeros de trabajo y por sus patronos. Todo eso, por supuesto, es inmenso, y más aún en el caso de niños que entraron en Summerhill más o menos traumatizados y neuróticos, uno cleptómano,
N 364 otro destructor, y otro sádico etc[949]. Incluso en casos menos críticos, ◊*curar* a un niño de sus "complejos", patentes u ocultos, no es dado al primero que llega, lejos de eso. Seguramente cada vez es como un milagro. El "milagro de la libertad", el milagro del amor en libertad.

Pero ¿y una vez curado el niño? ¿Una vez curado de las pesadas carencias afectivas, y de la "carencia de la libertad", de esa carencia entre las carencias? Pudiera pensarse que ahora o nunca la creatividad del ser, que había estado más o menos bloqueada por "sus problemas", ha de encontrar a su alrededor un alimento adecuado para desplegarse plenamente ¡durante años! Tanto para el cuerpo y las manos, como para la inteligencia y el "alma" (es decir, en el plano espiritual) – cada cosa a su tiempo. Pero eso, de repente, *es la carencia casi completa*. ¡Sobre todo nada de "trabajo" ("jovialmente sugerido por una benevolente autoridad") – ¿no sería eso "sugestionar" a los niños para que les guste lo que (parece ser) no les gusta?! ¡Sobre todo nada de "política", ¿no sería eso "influenciar" a esos pobrecitos?! ¡Y mutis también sobre las cuestiones religiosas, que no hacen más que dividir y turbar los espíritus! Sobre todo nada de propuestas tendenciosas sobre las prisiones, los hospitales, las escuelas-en-general, la instrucción, las Iglesias y el o los buen(os) Dios(es), el ejército y la guerra – ¿no sería eso adoctrinarles?

Ahí hay un vacío abierto ante el niño que se prepara para ser adulto. Un vacío rico en innumerables cuestiones inextricablemente entrelazadas... Y ese vacío, ¡por nada del mundo Neill haría una sugerencia de cómo abordarlo, ni se permitiría dar una primera aclaración (*su* aclaración, forzosamente)! No, ¡que el chaval se busque la vida! Tommy sabrá lo que piensan papá, mamá, sus tíos, sus tías (cuando piensan algo), lo que piensan Mickey Mouse y Tarzán y

[946] Había talleres en Summerhill, pero los utensilios tenían una fastidiosa tendencia a ser dilapidados, lo que me parece una mala señal sobre la relación de los niños con su trabajo perdón, con su juego, en dichos talleres. Sin embargo había una verdadera actividad creadora colectiva, con las representaciones teatrales cada semana, cuyos libretos eran escritos por los alumnos o el personal de la escuela. El "no hay nada" de una línea más abajo es pues exagerado, pero apenas. El teatro también permaneció (me parece) encerrado en Summerhill.

[947] Véase la continuación en la siguiente nota.

[948] Continuación de la nota anterior "Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión".

[949] Fue sobre todo al principio cuando Neill tuvo muchos chicos temperamentales en Summerhill – las familias le enviaban, desesperadas, niños imposibles que se hacían expulsar de todas partes. A menudo, cuando el muchacho estaba curado de sus traumatismos, lo sacaban para ponerlo en una "escuela de verdad", ¡donde al menos fuera obligado a aprender algo! Es comprensible que después Neill y su mujer estuvieran contentos de recibir sobre todo hijos de familias "libres", de acuerdo con las ideas de Summerhill, muchachos de oro que no planteaban ningún problema. Pero hay que decir que esos eran los que menos necesidad tenían de ir a Summerhill: eran perfectamente capaces, con ayuda del medio familiar, de resistir una "escuela" ordinaria (al igual que yo mismo he resistido sin ser lesionado). El trabajo de Neill pasó a ser menos estresante, pero también, seguramente, menos irreemplazable, y menos intensamente creativo.

los Pieds Nickelés[950] y otras celebridades al albur de sus lecturas. A través de esas voces, "la Sociedad" bien se encargará, Summerhill o no, de darle a conocer *su* forma de ver, sigilosa, perentoria, imperiosa. Al único que Tommy no le verá abrir la boca sobre esas delicadas cuestiones, es a super-papá Neill, que al punto se lava las manos y declara: *mi* tarea ya la he hecho – ¡el resto no me incumbe!

Peor aún, de tapadillo les susurra a papá y mamá, y a los tíos y tías que tengan mucho cuidado de cerrarla como él, so pena de usurpar la libertad del niño. Si le escuchasen (cosa
N 365 poco probable, es cierto) no ◊quedarían en liza, para estimular a Tommy en su tarea, más que "Mickey, Tarzan y Cia." alias "la Sociedad"; y además, con todo rigor, las autorizadas voces (rara vez disonantes) de los personajes célebres que han escrito obras eruditas sobre la cuestiones excluidas en Summerhill, caso de que por azar tal o cual Tommy caiga sobre uno de esos libros y además tenga la fantasía (¡a saber por qué!) de hojearlo o incluso de leerlo. Después de todo, nada impide que un niño libre de Summerhill lea incluso los libros de un cierto Neill, incluyendo "Los niños libres de Summerhill". Suponiendo que esté encima de la pila, y que sus apasionantes maquetas de bombarderos, torpederos o del submarino atómico "Le Terrible" le dejen un día tiempo libre...

En una nota anterior[951], decía que Neill cogía los alumnos allí donde Makarenko los dejaba. Makarenko, era el campeón de la limpieza impecable en la psique: nada de superfluo, todo reluciente y niquelado, salvo (ejem, ejem) el polvo y todo lo demás que rápidamente hemos puesto bajo el viejo sofá, que para eso está ahí. Neill, por su parte, levanta el sofá delicadamente (sin dejarse impresionar en absoluto por los gritos indignados y estridentes), y saca de debajo cosas increíbles que se pudrían tranquilamente, al abrigo de desodorantes de la gama "Anton Semionovitch[952]". Es decir: le quita a Tommy sus complejos. En tres días o tres meses o tres años, en el fondo poco importa pues tiene paciencia y le hecha tiempo. ¡He ahí nuestro magnífico Tommy! que parte para ser buen amante, buen bailarín, buen compañero, buen marido, buen padre y más, e incluso buen ciudadano (con menos no se cumple). Un chico que no hará daño ni a una mosca, al menos no a una mosca que esté delante de sus ojos, pues no odia a nadie. Éste es un trabajo con la firma de Neill, un buen trabajo sí, ¡chapó!

Dicho esto, hay que añadir que es muy posible que, dejando aparte quizás los odiosos slogans contra los judíos, los "moros" o los "maricas", todos esos "lugares comunes oficiales" gratos a un Anton Semionovitch (y que un Neill oiría más bien con aire afligido), nuestro buen Tommy los haga suyos a ciegas y sin malicia. Todos los valores delirantes y suicidas de nuestra sociedad serán también los suyos, aunque sólo sea porque, como todo el mundo, ni se le ocurra que pueda haber otras formas de ver y de sentir que las de todo el mundo. (Salvo quizás en que no hay nada malo en tocarse la colita, ni en explicar a uno que-no-levanta-un-palmo-del-suelo
N 366 cómo ha ◊venido al mundo). Si el azar de sus gustos y sus encuentros le incitan a ello, será tan buen piloto de bombardero (y, a la próxima, hará a conciencia el trabajo de "limpieza" que se le ordene...), como asesor financiero de tal multimillonario que devastará una selva milenaria en el Amazonas para hacer subir unas acciones en la bolsa, o experto en esto y aquello para explotar a muerte tal país subdesarrollado, o brazo derecho del patrón en tal empresa floreciente que fabrica defoliantes para el ejército, o que malpaga a sus obreros. La idea de que eso no está bien ni se le ocurrirá. Seguramente no, en todo caso, cuando tal vez vaya a ver al bueno de Neill, que estará muy contento de verlo tan bien colocado, o cuando lea uno de sus libros tan interesantes sobre la educación.

[950] N. del T.: Literalmente "Pies Niquelados", expresión francesa que significa "los que no dan palo al agua". Son los personajes de unos comics franceses que se publican en álbumes desde 1929. Serían un poco como el análogo francés de nuestros Mortadelo y Filemón.

[951] Véase la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill – o: despertar al *hombre* en el ciudadano" (n^o 91).

[952] N. del T.: El nombre completo de Makarenko es Anton Semionovitch Makarenko.

En suma, Neill también se queda a medio camino. Va un buen trecho más lejos que Makarenko[953], eso por supuesto. No sólo hace "buenos ciudadanos", sino "buenos ciudadanos buenos amantes sin maldad por cuatro perras". Llegado a ese punto, se prohíbe (y disuade a cualquiera) animar al niño, al adolescente, al joven adulto a ir o siquiera mirar *más lejos*. O al menos, de mostrarle que a pesar de todos los comportamientos universalmente practicados y alentados a su alrededor, *hay* un "más allá" – que hay *otra cosa*, que merece toda su atención.

Además dudo que un padre o un educador pueda hacer más, ni sobre todo que deba esforzarse en hacer más, que enseñar ese "más allá" de la satisfacción personal inmediata o a término; esa "otra cosa", esa "dimensión espiritual" de las cosas y la existencia, esa *iluminación* que hace descubrir un orden entre deseos y necesidades a menudo contradictorios, y que revela deseos y necesidades más profundos y más esenciales que permanecían ignorados, tapados por aquellos que suelen hacerse oír a voz en grito[954]. El niño tendrá en cuenta o no las señales que le rodean (si las hubiera), apuntando hacia ese más-allá, haciendo surgir esa otra dimensión, señalándole esa iluminación que el mero juego de fuerzas de Eros y del ego no puede producir, no puede suplir. Sólo a él le toca, a medida que crece y se vuelve adulto, hacer elecciones que
N 367 comprometen su vida, vivir *su* vida. Sólo a él le tocará decidir, día a día y a lo largo ◊de una vida, si (como el mundo entero le anima sin cesar) permanecerá fuera de esa "otra cosa" que como mucho habremos podido hacerle entrever, o si abandonará el recinto protector de la mayoría para arriesgarse al camino solitario que nadie le puede trazar. Si es así, día a día y a lo largo de una vida le tocará inventar ese camino que desde entonces será *su* camino, y no el de un rebaño. Ni él ni nadie(ni quizás el mismo Dios) puede decir dónde le llevará; si sus horizontes se quedarán más acá que los nuestros, o de lo que hemos intentado mal que bien hacerle entrever, o si por el contrario se extenderán más lejos que todo lo que pudiéramos imaginar, "ni siquiera en nuestros sueños".

Cuál será su camino e incluso si tendrá un camino que sea auténticamente suyo, escapa por necesidad al padre y al educador[955]. Sólo podemos darle un viático al partir, más o menos vivificante, más o menos pesado de llevar, al que se añade, y quizás sea más esencial, lo que tiene al nacer[956]. No son el viático ni el punto de partido los que crean el viaje, sino que son los deseos, los sueños, las visiones del viajero, y su larga fidelidad a lo que en lo más profundo, y en voz baja, le instruye y le llama.

No podemos hacer más, pero tampoco debemos hacer menos. Lo que en la existencia vemos o entrevemos como más precioso, más esencial, es importante, es crucial para nuestra
N 368 misión, que nos ◊esforcemos, con la palabra o de cualquier otra manera, en comunicarlo a poco que sea, o al menos de hacerlo entrever, a los que tenemos que "educar". Quizás aquél al que

[953] Véase la referencia en la anterior nota a pie de página.

[954] Se trata por supuesto de necesidades y deseos que provienen de la pulsión erótica o del ego, y casi siempre inextricablemente mezclados ambos.

[955] Sin embargo hay una *fe* del padre o del educador en el niño. Le dice que el niño tiene todo lo que hace falta para crecer en espíritu, que sean cuales sean los derroteros por los que le lleven, esos medios permanecerán intactos y que están hechos para desplegarse y darán fruto antes o después. Esta fe es uno de los rostros del amor al niño, y el niño la nota bien, aunque nunca se exprese con palabras claras. Esta fe en él es algo inestimable. Privarle de ella es un handicap muy pesado para el niño, y debe ser muy raro (si alguna vez ocurre) que lo supere totalmente durante una misma existencia.

[956] Sobre este tema, casi siempre se piensa en la herencia, los cromosomas etc. Pienso más bien en la madurez que el niño tiene al nacer, proveniente de la experiencia adquirida en las anteriores existencias, y almacenada en el Inconsciente desde el nacimiento. No tengo ideas bien asentadas sobre la relación entre ambas aportaciones. Tendría tendencia a creer que en gran medida, la aportación que se califica de hereditaria (y cuyo soporte material se encuentra sobre todo, si no exclusivamente, en los cromosomas)está determinado por el karma, es decir por las existencias anteriores. Desde esta óptica, los cromosomas sería pues, ante todo, "*instrumentos del karma*", por tanto instrumentos materiales de una realidad espiritual. Pero aunque así fuera, ni por un instante creo que el estado de madurez *espiritual* de un ser esté determinado cromosómicamente. Esto significaría en efecto que podría ser "descrito" totalmente en un alfabeto conveniente, que lo espiritual podría describirse totalmente con operaciones intelectuales (e incluso por simples ensamblajes de signos), lo que en absoluto es el caso.

nos hemos esforzado en transmitir como herencia un cierto espíritu o una cierta visión, lo tenga en poco; sea que haya elegido lo fácil, sea que haya accedido a un plano más elevado, o por cualquier otra razón. Lo importante es que, sin imponerlo y sin esperar siquiera que el don sea aceptado, mostremos a nuestro hijo lo que vemos de mejor, lo que para nosotros es la sal y lo valioso de nuestra propia existencia.

(96) Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil

(14 y 25 de diciembre)[957] Hace varios días recibí un pequeño paquete de libros, que había pedido a Londres. Entre otros, está el Origen de las Especies de Darwin (¡imposible de encontrar en francés hoy en día!), un breve estudio sobre Darwin por Wilma George, y sobre todo dos libros de Carpenter: "Towards Democracy" ("Hacia la Democracia"[958]), y un volumen de obras escogidas ♢("Selected Writings vol. 1: Sex"), ambos volúmenes en la misma colección "Gay Modern Classics". El primero de ellos es la primera gran obra de Carpenter. En el conjunto de su obra escrita juega un papel similar al de "Hojas de Hierba" en la de Whitman. Carpenter consideraba sus libros posteriores como "marchas" que llevarían hacia una comprensión de su visión espiritual del mundo terrestre, bosquejada a grandes trazos en ese largo poema de más de cuatrocientas páginas. Tomando al autor al pie de la letra, en vez de comenzar por ahí, he comenzado a leer primero el volumen de obras escogidas, subtitulado "El Sexo".

N 369

Tiene una larga introducción de Noël Greig, escrita con calor e inteligencia. En ella da una primera impresión sobre la ardiente vida y la asombrosa y vasta obra de Carpenter, pero también, y en eso fiel al espíritu del mismo Carpenter, no duda en implicar su propia persona en ese estudio tan vivaz. Él mismo "uraniano"[959] y activista en el "Gay Liberation Movement" (Movimiento de liberación de los hombres homosexuales, en Inglaterra), quedó atónito al descubrir en 1977 la existencia de un Edward Carpenter, un lejano precursor de ese Movimiento – un hombre que tuvo la audacia casi increíble, en plena era de feroz puritanismo victoriano,

[957] La presente nota estaba prevista como continuación de la nota anterior "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto". Pensaba situar de nuevo el avance logrado por Neill, pero la reflexión tomó otra dirección, llevándome a hablar de la misión de Edward Carpenter. Me parece que esa misión es cercana a la de Neill, que cada una completa a la otra en aspectos importantes de la sexualidad. Volveré sobre ello en una nota posterior (n^o 101), que sería pues la prevista "continuación" de la nota anterior sobre Neill.
La primera vez que se trata de Carpenter es en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), y en la siguiente nota.

[958] Ese título hoy hace una impresión extraña, de tanto que el término se ha usado, en menos de un siglo de regímenes parlamentarios bautizados "democráticos". En el último siglo, ese término, claramente, aún tenía una fuerte resonancia en los medios progresistas o de vanguardia política. En la pluma de Carpenter, esa palabra no se refiere a una forma de gobierno o a un modelo de sociedad, sino a una realidad psíquica y espiritual eterna, que a veces también expresa con el término "Igualdad". Detrás de la disparidad de fortunas, de dones, de diferentes estados de madurez (carnal, intelectual, espiritual) de los seres humanos, el poeta discierne una "igualdad" esencial, indestructible, llamada a manifestarse en la gloria de un común destino divino. Para Carpenter, como también para Whitman y para Bucke, y después de él para Steiner, para Teilhard de Chardin, para Nichidatsu Fujii, para Légaut, el "Reino de Dios" no es de otro mundo, sino de este mundo de aquí, ha de realizarse *sobre la tierra*. Y para Carpenter se realiza cuando esa "igualdad" esencial es sentida y reconocida por todos, cuando ese conocimiento penetra y transforma las relaciones de cada hombre con los demás hombres, cuando impregna íntimamente las costumbres, las leyes, las instituciones. *Eso* es la verdadera "democracia". Y toda la obra escrita de Carpenter, igual que su vida personal, pueden ser vistas como una prospectiva a tientas para descubrir plenamente y hacer sentir esa igualdad esencial de los seres, y para encontrar vías hacia una sociedad del mañana (o de pasado mañana...) arraigada en esa realidad crucial, y en el conocimiento común de esa realidad.

[959] El término "uraniano" es utilizado a menudo por Carpenter como sinónimo de "homosexual", al tener éste último el serio inconveniente de estar a menudo cargado de connotaciones peyorativas. El término se debe al escritor austriaco K.H. Ulrichs, contemporáneo de Carpenter, que estuvo entre los primeros, en los tiempos modernos "en reconocer la existencia de lo que se podría llamar un sexo intermedio, y de dar al menos *una* explicación posible". (En "The Intermediate Sex", loc. cit. p. 191). Etimológicamente el término "uraniano" significa "celeste", y traduce el propósito deliberado de Ulrichs (retomando una forma de ver de Sócrates, que Carpenter evita retomar por su cuenta) de considerar el amor homosexual como la forma más perfecta del amor humano.

no sólo de escribir de modo directo, simple, pausado, profundo sobre el tema tabú del "sexo", incluyendo el tema entonces candente[960] del amor "uraniano" u "homosexual" tanto femenino
N 370 como ◊masculino, sino además, de "celebrar" abiertamente en su vida un tal amor (entonces universalmente reputado de "vergonzoso", y duramente reprimido por la ley). Después de diversos episodios menos flagrantes, a la edad de 47 años (en 1891) se fue a vivir "en pareja" con un chico de clase obrera, Georges Merril, cultivando con él tres hectáreas de terreno en una granja en Millthorpe[961], en el valle de Derbyshire. Sus primeros ensayos sobre el tema del sexo aparecen en 1894, a cargo de las ediciones obreras The Labour Press en Manchester[962]. Le sirven de material de partida para un libro, "Love's Coming of age"[963], para el que había firmado un contrato con el editor Fisher Unwin, para que apareciera en 1895. Pero ese año tuvo lugar el arresto de Oscar Wilde bajo acusación de homosexualidad. Entre los editores sólidamente establecidos cundió el pánico: ¡sobre todo "nada de sexo" en los libros! Unwin se desdijo de su contrato, en incluso retiró de la circulación "Towards Democracy", cuyo autor pasó a formar parte de los innombrables. Como último recurso el libro impublicable fue igualmente publicado por esa misma Labour Press. Unas "Ediciones Obreras" notables, que no sólo se interesan (como seguramente sería el caso en nuestros días) en los aumentos de salario y en la defensa del nivel de vida, sino también en temas candentes y considerados escabrosos, por no decir "no mencionables", sobre la relación entre las personas y entre los sexos... Hasta siete años después no se encuentra un "verdadero" editor, Swan Sonnenschein, dispuesto a correr el riesgo de editar un libro sobre un tema tan escandaloso como el amor y el sexo. Durante los siguientes veinte años, hasta 1923, Carpenter amplía ese libro, particularmente con capítulos sobre el tema, claramente crucial a sus ojos, del "tercer sexo".

Entre los numerosos libros de Carpenter sobre los más diversos aspectos de la existencia humana, hay un segundo que está particularmente consagrado al tema crucial de la sexualidad,
N 371 y más precisamente al del "tercer sexo". ◊(O mejor, como él le llama, el "*sexo intermedio*" ("intermediate sex"), estableciendo una especie de puente para unir y reconciliar los dos sexos "oficiales" masculino y femenino, cada vez más alejados, cada vez más alienados uno del otro...) Ese libro apareció en 1914, veinte años después de los primeros ensayos de Carpenter sobre el sexo, editado por George Allen, bajo el título "Intermediate Types among primitive Folk"[964]. Al parecer es el primer estudio etnológico sistemático sobre el tema del homosexual y sobre su papel social en "los primitivos" y en las antiguas civilizaciones, bien en las instituciones religiosas[965], bien en la tradición de los guerreros (como la de los griegos dorios, o de los "samurais" en Japón).

Carpenter estaba vitalmente interesado en el tema del "tercer sexo" (además tanto en las mujeres como en los hombres), dado que formaba parte de esa categoría de seres. Tenía la íntima convicción de que esas predisposiciones, a saber una sensibilidad más femenina que

[960] Como se recordará más abajo, en 1895 tuvo lugar el célebre proceso de Oscar Wilde, que marcó el punto culminante de la represión sexual en Inglaterra durante el último siglo.

[961] Carpenter había adquirido esa granja en 1883, con el dinero de la herencia de su padre, y permaneció en ella hasta 1898, por tanto de los 39 a los 54 años. Su iluminación tuvo lugar en 1881. En 1883 también apareció la primera edición de "Towards Democracy".
La "pareja" Edward Carpenter – George Merril resultó ser de una estabilidad notable: sólo terminó con la muerte de George en 1928, cuando Edward era un viejo de 84 años. Su pariente (?) y homónimo Edward Frederick Carpenter escribió que después de la muerte de George, Edward no era más que "la sombra de sí mismo". Murió al siguiente año, en 1929.

[962] Se trata de tres ensayos "Sex-love and its place in free Society", "Woman and her place in free Society", y "Marriage in free Society".

[963] Traducción textual: "El Amor alcanzando su mayoría de edad". Podría hacerse como "¿Cuándo tendrá el Amor la edad adulta?".

[964] "Los tipos intermedios entre los pueblos primitivos", donde "tipos intermedios" es aquí un eufemismo para el "tercer sexo".

[965] Este aspecto es el objeto de los cuatro primeros capítulos del libro (sobre ocho en total), que primero habían aparecido en el American Journal of Religious Philosophy (julio 1911) bajo el título "On the connection between homosexuality and divination" ("Sobre las relaciones entre la homosexualidad y la adivinación").

N 372 masculina y una pulsión sexual por el estilo, en él eran innatas[966]. Sea como fuere, no más ◊que en la pulsión sexual en su modo de expresión "ordinario", atrayendo mutuamente a la mujer y al hombre, no veía nada de vergonzoso, de vicioso, de degradante o de "contra natura" en el amor homosexual, tanto a nivel afectivo como a nivel carnal. Ni se le planteaba renegar de una fuerza que sentía era vital para su ser. Era nada menos que el modo de expresión en el plano carnal de su capacidad de amar, esa capacidad que para él es el sentido mismo de la vida humana. Renegar de esa pulsión , de esa fuerza que hay en él, sería renegar de sí mismo, vivir en un estado de guerra permanente con lo que de mejor había en él.

En su autobiografía "My days and dreams" ("Mis días y mis sueños")[967], nos dice que durante su infancia y su adolescencia, ni *un* sólo adulto le había dicho jamás una palabra sobre el sexo. En esa época era un tema rigurosamente tabú, al menos en el medio burgués y puritano en el que fue educado. Fue (me ha parecido entender) un niño nada precoz sexualmente. Recolectó la "información habitual", en el equívoco ambiente de rigor, con sus compañeros, etc.

> "Me hice mi propia idea, sin ser influenciado por ninguna persona y ningún libro. Supongo que por esa razón nunca he sentido nada de repugnante o de vergonzoso en los actos sexuales por sí mismos. Desde siempre, cuando reflexionaba sobre estas cosas me parecían naturales – como la digestión o cualquier otra función – y recuerdo que me preguntaba con asombro por qué la gente daba tantos rodeos para hablar de ella – por qué decían mentiras o ahogaban las risas con un pañuelo en la boca. Hasta que no tuve veinticinco años, cuando leí a Whitman (y con gran alegría por mi parte) no encontré un texto que tratara el sexo con un espíritu acorde con mis propios sentimientos."[968]

[966] Esa convicción era probablemente errónea, visto que Carpenter era hijo único rodeado de una tropa de hermanas mayores, educado por tanto en un medio de fuerte predominancia femenina, propicio a la formación de tendencias homosexuales en un chico joven. Me viene la idea de que esa circunstancia, en apariencia fortuita, bien pudiera ser de naturaleza providencial, querida por Dios en vista de la misión particular encomendada a Carpenter. Esa circunstancia fue la causa, en los treinta primeros años de su vida, de sufrimientos difíciles de imaginar por quien no haya pasado por una situación similar, en una aguda miseria afectiva y sentimental. Se sentía fundamentalmente diferente a todos, de una manera misteriosa, inexplicable, como una maldición tácita que inexorablemente pesaba sobre él. Más de una vez se sintió a punto de hundirse bajo el peso, de ser descuartizado por la tensión insoportable en la que vivía sin poder abrirse a ningún alma. Así sufrió en su alma y en su carne lo que experimentan (la mayoría de manera menos consciente sin duda) un "número inmenso de mujeres modernas, particularmente en las clases acomodadas", que languidecen en una vida más o menos ficticia, "mientras que se secan las fuentes de la afección y las necesidades de la carne son crucificadas"; y experimentan también los "uranianos" de ambos sexos, en una sociedad represiva que les niega el derecho a la existencia, a menos que renieguen de sí mismos toda su vida. Gracias a sus propios sufrimientos es como accedió a una compresión de todos aquellos cuya afectividad y necesidades pulsionales son sitemáticamente e implacablemente reprimidas por el medio, y por toda la sociedad ambiente. Por eso se convirtió en portavoz y ardiente e inspirado defensor del derecho a la existencia de una clase de hombres y mujeres que comprende cientos de millones de seres humanos sobre toda la tierra; y también de la emancipación de las mujeres en general, no sólo a nivel económico y social, sino también y sobre todo a nivel afectivo y sexual.

[967] Esta autobiografía apareció en 1916 (George Allen y Unwin). No ha sido reeditada y hasta ahora no he podido procurarme un ejemplar. Sólo conozco una pocas páginas de extractos (juiciosamente escogidos) reproducidas en el citado volumen de obras escogidas. En ese libro aparece por primera vez, en Inglaterra, un testimonio público (y será el único durante mucho tiempo, según el comentario de Noël Greig) en el que alguien da cuenta explícitamente de su homosexualidad. Carpenter tenía entonces 72 años, lo que le aseguraba (según Greig) una "protección relativa". Pero por otra parte era notorio que vivía con su amante George Merril desde hacía veinticinco años, y supongo que corría serios riesgos penales, al incluir un testimonio tan claro en su autobiografía.

[968] Extracto de "My days and dreams", en "Selected Writings" (loc. cit.) página 84. Aprovecho la ocasión para señalar que Whitman era igualmente de temperamento "uraniano" – en toda su vida no se le conoce una sola aventura femenina. Esa particularidad es patente en numerosos poemas de Whitman, que celebran "the dear love of comrades" (el gran amor entre camaradas). Justamente son esos poemas, según lo que nos dice el mismo Carpenter, los que le han tocado con más fuerza, y por primera vez le han sacado de esa sensación casi insoportable de aislamiento.
Pero aparentemente Whitman nunca dejó traslucir, ni en escritos públicos ni oralmente con sus amigos, ni en notas

N 373 ◊Hay de qué maravillarse ante esa extraordinaria lucidez de un niño, solo y extraño en medio de un mundo delirante, y ante la fidelidad de un hombre que, en una total soledad moral hasta la edad de veinticinco años, permaneció fiel durante toda su vida a esa lucidez, a esa mirada infantil. Es en esa simplicidad, en esa autenticidad, y no en unos dones extraordinarios, donde se reconoce el grano robusto y sano del que germinará un gran destino. En tanto haya tales seres que nazcan y vivan entre nosotros, aunque sean oscuros e ignorados por todos, ¡hay esperanza para esa extraña especie que es el hombre! Hay con qué llenar el corazón de gratitud y exultación, pensando en Aquél que obra a través de esos seres, y en Sus lentos y misteriosos designios...

La vida y la obra escrita de Carpenter cubren un abanico de experiencias humanas de una extensión como pocos hombres en nuestra historia, quizás ninguno, han cubierto, con esa autenticidad, con esa profundidad, con esa espontaneidad total que brota del mismo fondo del ser. Fue en tanto que "místico", más precisamente como un "iluminado cósmico", como
N 374 vi mencionar por primera vez su nombre, en el libro de Bucke[969]. Y también me ◊maravilla, igualmente, que con lo relativamente poco que Bucke debía saber de él[970], haya sabido reconocer en él, al igual que en Whitman, uno de los grandes entre los grandes, uno de aquellos que han de jugar un papel crucial en la evolución de nuestra especie. Supo sentir que la obra de uno y otro tienen las cualidades que dan inmortalidad, que cada una aportaba un alimento que ninguna otra obra aportaba, y que el hombre necesitaba para crecer hacia su destino de hombre. Sin embargo, hasta la muerte de Bucke en 1902, Carpenter era prácticamente desconocido en América, y Whitman era considerado un poeta marginal, generalmente difamado en los distinguidos medios que se supone encarnan "la Cultura".

(97) Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo

(26 y 27 de diciembre)[971] Entre el 15 y el 24 de diciembre, han pasado diez días sin que trabaje escribiendo la Llave de los Sueños. Día tras día he tenido diversos mini-impedimentos, que me dejaban poco tiempo disponible. En vez de aferrarme cueste lo que cueste, esta vez he preferido relajarme, pasando el tiempo que me quedaba en la lectura tranquila de los libros que acabo de recibir, que han llegado justo a punto para aclararme un poco más sobre algunos de mis
N 375 "mutantes". Así, he devorado una pequeña biografía abundamente ◊ilustrada de Rudolf Steiner,

personales como no sea en forma deliberadamente críptica, el "hecho brutal" de que era "uraniano". Al contrario, por compensación tendía más bien a campar con un personaje muy viril, como en el "Canto de mí mismo", y a sacar a relucir "romances" imaginarios con mujeres desconocidas, que jamás existieron o (según sus biógrafos-detectives) que en realidad eran hombres. No tengo ninguna duda de que frente a sí mismo, Whitman aceptaba la pulsión del sexo tal y como era, sabía que era buena, sana, e irremplazable en su vida. Pero, al contrario que Carpenter (al que llevaba veinticinco años), ése era "su secreto", que dejaba adivinar a través de algunos de sus poemas, pero sin decirlo nunca abiertamente. Tuvo constantemente una atormentada vida sentimental, quizás sin encontrar jamás expresión o exutorio a nivel carnal.

Ésa fue sin duda la contradicción esencial en su vida, que no llegó a resolver, sino sólo, al final, a aceptar sin pesar ni traza de amargura. Por eso, su mensaje y su vida se encontraron limitados, como por un tope, como por un muro que no supo franquear. Y sobre todo es ahí donde Carpenter, sacando inspiración y coraje de la obra de la persona de su gran predecesor, supo ir más lejos que él, y llevar a completa madurez una misión que retomaba y completaba.

[969] Por supuesto se trata del libro "Cosmic Consciousness", que se ha tratado con detalle en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74).

[970] Las obras de Carpenter citadas por Bucke llegan sólo hasta 1894, y no incluyen los primeros ensayos de Carpenter sobre el tema del sexo, aparecidos ese año. Ignoro si Bucke sospechaba que Whitman (por el que tenía una admiración sin límites, y al que igualaba con Jesús de Nazareth...) y Carpenter eran "uranianos". Tengo la impresión de que no, y de que Bucke no estaba totalmente exento de toda prevención frente al amor homosexual. sí, descarta como suposición "trivial" que los sonetos generalmente atribuidos a Shakespeare hayan podido estar dirigidos (como se piensa generalmente) a un hombre (que habría sido pues su amante). Por el contrario les da un contenido simbólico, siendo el destinatario la "Consciencia Cósmica" (es decir, en el lenguaje de los buenos viejos tiempos, ¡nada menos que Dios!).

[971] Continuación de la nota anterior, "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil".

en alemán (por Johannes Hemleben), y otra de Samuel Hahnemann en inglés (por Trevor M. Cook). Ambos relatos escritos con inteligencia, sobre esas vidas ricas y fascinantes. Comienzo a hacerme una idea algo menos vaga de esos dos hombres notables y singularmente atrayentes. Confieso debilidad sobre todo por Hahnemann, ¡y tengo que retenerme para no lanzarme al instante, aún en caliente, a un esbozo biográfico de ese hombre profundo, caluroso, intrépido[972]! Pero en vez de partir para otra digresión, será más razonable volver a Carpenter.

He terminado de leer el único volumen disponible de sus "Obras escogidas"[973], sobre el tema del sexo. ¡ha sido una verdadera delicia! Entre tanto he recibido también de "mi" librero en Londres (¡qué bien!) un pequeño opúsculo de una veintena de páginas, por un presunto pariente y en todo caso homónimo de Edward Carpenter (figura en el catálogo con el nombre de Edward-Frederick Carpenter), título: "Edward Carpenter 1844–1929, Democratic Author and
N 376 Poet, a restatement and ◊reappraisal, by Edward Carpenter"[974]. Lo he leído como si fuera una larga carta, recién sacada del sobre. Es el texto de una conferencia dada en octubre de 1970, sobre la persona y la obra de Carpenter. Detalle revelador de un cierto espíritu, el autor se abstiene de presentarse, y especialmente de aclararnos sobre esa homonimia, que no ha debido dejar de chocar a su audiencia. Claramente es un señor distinguido y muy cultivado, hablando ante un público idóneo. De cultura sólida (pero sin alardear de ella), conocedor a fondo de "su tema", y por otro lado imbuido de las ideas y los valores de un medio, ni se le ocurriría que éstas quizás estén destinadas a evolucionar, y que podrían no ser suficientes para aprehender la naturaleza y el alcance de una obra que se dispone a "reformular". Escrito con cierta simpatía, y hasta con inteligencia, sólo le falta la comprensión. Intenta describir lo mejor que puede un mundo mental y afectivo, incluso espiritual, al que es totalmente ajeno, sin siquiera darse cuenta. Así su "apreciación" está extrañamente desfasada – como un sordo muy cultivado y muy bien informado, que se le ocurriera hablarnos de música...

Sin embargo, a mí que me siento como en casa en ese universo, esa lectura ha contribuido a que me sienta más cómodo aún, guarneciendo , con multitud de detalles (juiciosamente escogidos a fe mía) lo que ya sabía de la vida y la persona de Edward Carpenter. Sólo un ejemplo, ya en las primeras líneas: al cumplir setenta años en 1914 (tres semanas después de que estallase la primera Guerra Mundial), recibió una felicitación colectiva, a iniciativa de Henry Salt, firmada por muchos "hombres distinguidos" (retomando la expresión de Edward-Frederick), entre los

[972] Reenvío a la nota n^o 85 para algunas indicaciones sobre la homeopatía, que Hahnemann comenzó a desarrollar a finales del penúltimo siglo y que aún hoy, después de dos siglos, sigue siendo una medicina de vanguardia muy por delante de la medicina "oficial" de hoy en día. Está bien claro que si hoy viviera Hahnemann, la combatiría tan energicamente como combatió la de su tiempo, del que fue el primero en denunciar las enormes incurias, la brutalidad y la falta de compasión. El cuadro apenas ha cambiado, si no es porque las enormidades que eran corrientes en su tiempo, han sido sustituidas por otras ¡que serán tan increíbles de aquí a cien años, como nos cuesta imaginar las que en su tiempo eran consideradas como el ABC del arte médico! Añadiría no obstante que además de ser el padre de la homeopatía – el arte de la medicación sin efectos secundarios nocivos – Hahnemann fue el apóstol solitario, abucheado por la profesión médica, de la mayoría de las ideas sanas que desde entonces ha logrado la medicina actual: la importancia para la salud de una alimentación equilibrada, del ejercicio regular, del aire libre; la extrema importancia de la higiene en el ejercicio de la profesión médica, y especialmente frente a las enfermedades infecciosas. Fue el primero, treinta años antes que Pasteur, en tener la intuición y en afirmar que el contagio se realiza por medio de seres microscópicos (a los que se abstuvo de dar un nombre, cual el nombre consagrado actualmente de "microbios" o de "bacterias"). Además, al revés que la medicina de su tiempo y que la actual (más parcelada que nunca), insistía sobre la necesidad de que el médico tratase "no una enfermedad, sino un enfermo"; es decir, de tener en cuenta, para el diagnóstico y más aún para el tratamiento, de todas las particularidades conocidas del paciente, incluyendo su temperamento psíquico. Estamos lejos de la medicina aprieta-botón: tal enfermedad, tal peso – tal dosis de antibióticos: ¡adjudicado, el siguiente!

[973] Como señalo más adelante, están anunciados tres volúmenes, los otros dos sobre los temas "Sociedad" y "Espíritu".

[974] "Edward Carpenter 1844–1929, autor democrático y poeta, una reformulación y una reapreciación, por Edward Carpenter". Editado por Dr. William's Trust, 14 Gordon Square, London WC 1H O A G, en la colección "Friend's of Dr. William's Library". En parte alguna del opúsculo se encuentra una explicación de esa extraña broma de un discurso póstumo sobre Edward Carpenter – ¡por Edward Carpenter! Que entienda el que pueda...

que cita a Bernard Shaw, Bertrand Russel, Kropotkine, E.M. Forster, Galsworthy. Esto me muestra que bien sabía Kropotkine quién era Carpenter, y a la inversa también es cierto[975]. Ése
N 377 también era un signo, entre muchos otros ◊más personales y más elocuentes, de la proyección poco común de Carpenter – una proyección que emanaba de su personalidad calurosa y vibrante y de la que su vasta obra escrita es como un reflejo tamizado.

He apreciado especialmente un extracto de una charla dada por Carpenter en enero de 1886 ante la "Fellowship of the New Life" ("Los Compañeros de la Vida Nueva"), en la que (nos dice su homónimo) "explicaba largo y tendido cómo había simplificado deliberadamente su modo de vida, lo que le había aportado mucha felicidad". (NB. Su "iluminación" y su "retorno a la tierra" tuvieron lugar en 1881, unos años antes.) es éste (en loc. cit. p. 21):

> "Cuando mi desgastado abrigo llega a una intimidad amorosa con mi cuerpo, cuando me ha vestido los domingos y después entre semana, y ha sido lavado en los campos por la lluvia y los vientos – entonces, siempre fiel, no me abandona sino que, hecho tiras y jirones, se pone en el suelo como cojín bajo mis pies ante la chimenea. Después, totalmente desgastado, se va a la caseta del perro para mantenerlo caliente, y así después de muchos años volviendo a la tierra con la basura, regresa a mí en forma de patatas para mi cena; o como hierba zampada por las ovejas, reaparece en sus espaldas como material para nuevas vestimentas. Así es un amigo para siempre, agradecido de que no lo desprecie y lo tire en cuanto pasa de moda. Y viendo que hemos sido fieles el uno al otro, mi abrigo y yo, durante el "round" de toda una vida, no veo por qué no habremos de renovar nuestra intimidad en otras metamorfosis, o por qué perderemos completamente contacto el uno con el otro a través de innumerables eones..."

N 378 ◊No pretendo que este corto pasaje resuma el pensamiento político de Carpenter, pero en su humor sonriente y afectuoso, me parece que es como un símbolo. Seguramente jamás fueron las cifras y las estructuras, ni los comités y los discursos, su guía infalible a través de la barahúnda del Mundo, sino más bien una especie de instinto espiritual elemental, parecido al de un recién nacido que, en ausencia (pudiera creerse) de toda experiencia previa y en todo caso de cálculo, sabe encontrar el pecho de su madre y bien sabe para qué sirve. ¡Que las cifras, después, se las arreglen para servir fielmente a ese instinto! Pero cual una embaucadora, "la Cultura" tiende a hacernos rechazar la teta en nombre de las cifras. Con la melodía de: si todo el mundo fuera un sentimental como ese soñador de otra época, los obreros textiles se irían al paro, ergo: ¡viva la moda y el derroche! Pero por mi modesta parte, habiendo leído la "saga del abrigo de Edward" cien años después de que fuera cantada sin ambages ante dichos "Compañeros de la Vida Nueva"

[975] Ya me había planteado la cuestión, durante la reflexión de la Llave de los Sueños, de si esos dos hombres, ambos "pensadores anarquistas", se habían conocido. En todo caso Carpenter menciona a Kropotkine en su autobiografía "My days and dreams" (hoy agotada), en un pasaje citado en las "Obras escogidas" citadas, en la larga introducción de Noël Greg (loc. cit. página 53). En ese pasaje, Carpenter se felicita de que ninguno de los grandes mascarones de proa del naciente movimiento obrero (entre los cuales cita especialmente a Kropotkine) haya

> "logrado atrapar al movimiento social durante esos años y moldearlo según sus propios deseos. Porque una vez que una camarilla cualquiera se lo meta en el bolsillo, ese movimiento se derretirá y se degradará en algo carente de sentido. Pero, como acabo de intentar mostrar, el verdadero movimiento de ese periodo tenía demasiada grandeza para tal destino..."

Fue un periodo de inmensas esperanzas, esperanzas que Carpenter, al igual que Kropotkine e innumerables otros militantes de la causa obrera, compartía. La "grandeza" de que habla es aquella, ciertamente, de la que su largo poema "Hacia la Democracia" pretendía ser mensajero. Pero después de la guerra del 14–18, y de los años de la posguerra, debió desencantarse. O mejor, sin perder la esperanza en una visión demasiado imperiosa, demasiado arraigada en lo profundo de su ser como para poder ser expulsada, comprendió que eso no sería antes de mucho tiempo, de muchísimo tiempo; que se había equivocado en sus previsiones por lo menos en un siglo...

(un nombre, como el que diría, que me dice algo...[976]), confieso que me he reconocido en ella instantáneamente – ¡un verdadero flechazo si no fuera ya cosa hecha! Y aunque sea matemático, sé positivamente que es Carpenter el que tiene razón, y no las cifras ni "el Progreso" o "la Cultura" o cualquier otro nombre que se dé a los sofismas de un mundo delirante.

Quizás Carpenter sea el primer hombre en el mundo (todo lo más con Whitman, y con más claridad, con más fuerza aún que él), que no sólo haya sentido oscuramente, sino que haya tenido además la audacia y la fe de decir públicamente de mil maneras, con palabras claras y también con su misma vida, que "lo personal *es* lo político"; que toda "política" que no tome como punto de partida y como fin lo que es lo más íntimamente, lo más delicadamente personal en el hombre, es una aberración, es un martillo pilón fabricado para aplastarnos inexorablemente. Ése es un aspecto de la persona y del pensamiento de Carpenter que Noël Greig, en la introducción al volumen de "Obras escogidas", pone como es debido por delante, para situarlos en nuestro tiempo. Por eso, entre otros aspectos, sin duda Carpenter es el más auténtico precursor del "Mayo del 68", y del movimiento de revolución cultural que le siguió un poco por todas partes en Occidente. "Precursor" si se quiere, pero con una madurez, una profundidad y una fidelidad,
N 379 que en vano hubiéramos buscado, creo, entre los innumerables protagonistas ◊de esa aventura grande y breve. Y esa aventura en modo alguno era "marginal" como ha podido pensarse, en modo alguno era un epifenómeno aberrante (que nos apresuramos a olvidar...), sino una marejada de fondo incomprendida y poderosa, y el primer y asombroso anuncio de una Mutación de muy distinta amplitud y profundidad[977]. Ese Carpenter "precursor" era más bien un "*adelantado*" de ese movimiento, que, un siglo después que él, ha reproducido a nivel colectivo (de modo más numeroso si no más "grande" ni más profundo...) la "revolución cultural personal" por la que él mismo pasó hacia los años 1870, desencadenada entonces por su primer encuentro con la poesía de Whitman. Y hoy como hace cien años, Carpenter está todavía muy por delante de nuestro tiempo igual que de su tiempo, mucho más allá de ese "Muro"[978] que el mundo moderno habrá de franquear, ¡lo quiera o no! y que la ola surgida de Mayo del 68 ha sido incapaz de sumergir.

Más que ningún otro de esos "hombres del mañana" que desde hace tres meses estoy intentando conocer – más aún que un Whitman o que un A.S. Neill, Carpenter es, amis ojos, el que encarna más completamente, más totalmente, ciertamente en su obra[979] pero en primerísimo lugar en su persona y en su misma vida, el ciudadano libre del Mundo del mañana. Participando plenamente en el mundo de los hombres en que había nacido, en sus luchas, en sus sufrimientos; y a la vez atado, y educado y alimentado por los afectos del corazón y los de la carne, supo realizar en su persona y en su visión de las cosas la libertad y la frescura de la mirada infantil, a la vez que la amplitud y la profundidad del visionario plenamente adulto. Por eso veo en él, más que en ningún otro hombre que haya conocido, un mensajero predestinado de ese Mundo del mañana, a punto de nacer dolorosamente sobre el cadáver putrefacto del antiguo.

N 380 ◊Sin embargo, no he encontrado a nadie en Francia que haya oído el nombre de Edward Carpenter, si no es por haberlo escuchado de mi boca. Y mis lecturas de las dos últimas semanas me muestran que también en Inglaterra y en los Estados Unidos, ese nombre es mucho menos conocido de lo que pensaba. Ya en los años de las posguerra (la del 14–18), en los diez últimos

[976] "Cosas como ésa" han sido ampliamente tratadas en todo el capítulo VI del texto principal (Siembras para una Misión), y más particularmente en la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n^o 61), y también en "Caballero de la vida nueva" (n^o 63).

[977] Véase, en el capítulo citado en la anterior nota a pie de página, las secciones "Una charrúa llamada Esperanza" y "El Soplo y la Tempestad" (n^{o}s 59, 60), e igualmente las notas n^{o}s 18 y 44.

[978] Para esta imagen del "Muro", véase la nota "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser" (n^o 89), especialmente las páginas N 324 – N 326.

[979] A decir verdad, para pronunciarme sobre esa obra, sólo dispongo de dos volúmenes de una veintena. Pero éstos, y las numerosas citas de otras obras que se encuentran en el libro de Bucke "Cosmic Consciousness" y en la ya citada larga introducción de Noël Greig a las "Obras escogidas", me permiten, pienso, hacerme ya una idea bien fundada sobre el espíritu y el alcance de toda su obra.

años de su vida, y dejando aparte sus numerosos amigos en todas las clases sociales, su nombre tenía tendencia a deslizarse en el olvido. Eso no afectaba mucho a Carpenter, viendo que al menos algunas de las ideas que antes había sido más o menos el único en decantar dentro de sí, y en dar a conocer y en defender, entraban progresivamente en los espíritus y comenzaban poco a poco a formar parte del aire de los tiempos, incluso si su nombre no las acompañaba. Después de su muerte en 1929, durante los siguientes cuarenta o cuarenta y cinco años, hubo cuatro o cinco ocasiones en que algunos de sus amigos, como empujados por el sentimiento de un austero deber, se sintieron obligados a recordarle ante el gran público que, claramente, sólo escuchaba con una oreja distraída esos elogios fúnebres bien intencionados de personas que comenzaban también ellos a hacerse viejos, hablándole (casi como excusándose...) de uno de los suyos que había muerto ¡ay! y tan gentil, que todo el mundo quería olvidar. ¡Nuestros son los viajes a la luna, el Hifi, los ordenadores! ¡Nuestros los viajes organizados, los aviones supersónicos, la bomba de neutrones, y el coche que se cambia cada tres años! ¡Nuestras las vacaciones pagadas, las cuarenta horas, los sindicatos rutilantes como el Banco de Inglaterra, y los diputados "obreros" rivalizando en standing y en elocuencia con los de los patronos! Que los muertos, o los moribundos que para eso están ahí, entierren a sus muertos...

El "restatement and reappraisal" de Edward Carpenter por (¡otro!) Edward Carpenter fue probablemente el último esfuerzo de ese género. La simpatía del distinguido autor de la homilía fúnebre por su antaño ilustre homónimo no le impide sin embargo, con toda la objetividad que conviene, sancionar sin réplica un olvido que, en 1970, parecía casi total: "Pienso que se ha de admitir, leyendo a carpenter hoy en día, que parece casi evidente que jamás podrá tener un lugar permanente en la literatura inglesa" (loc. cit. página 12). Y de proseguir dando las "evidentes" razones literarias[980].

N 381 ◊Nada en el opúsculo dejaría suponer que el autor ha sentido a poco que sea los efluvios de un viento nuevo que ha comenzado a soplar hace dos años y medio, y que en ese momento debía comenzar a dejarse sentir al otro lado del canal de la Mancha. El caso es que menos de diez años después de ese veredicto perentorio, condenando a un cierto Carpenter a la vana curiosidad de los eruditos especialistas en la Inglaterra literaria del último siglo, ese mismo Carpenter estaba de nuevo de actualidad. Esta vez lo que se reconocían en él no eran militantes de una causa obrera o defensores de cualquier reforma social, u objetores de conciencia, o neorrurales más o menos vegetarianos, ni los buscadores de alguna nueva mística medio-Oriente medio-Occidente. Sino que eran (¡alegría, alegría!) mujeres y hombres del "Women's Lib" y del "gay Movement" – los celadores y celadoras de los movimientos de liberación sexual y más particularmente, de

[980] Si hago abstracción de las sempiternas peticiones de principio al uso, para demostrar "lo que hay que demostrar", las razones dadas se reducen a ésta: que "a pesar de mi devoción por mi homónimo, he encontrado la lectura de "Hacia la Democracia" muy laboriosa" – y de comparar desfavorablemente esa obra con las "Hojas de Hierba" de Whitman, de la que sería "en ciertos aspectos una *imitación*" (soy yo el que subraya). Aún rechazando ese término de "imitación" como decididamente impropio, he de admitir que a esas críticas no les falta algo de razón. Yo también he sufrido en mis recientes esfuerzos por leer "hacia la Democracia" (¡y Dios sabe que no me faltaba la buena voluntad!), y me ha dado dentera esa persistente impresión de encontrar ahí, multiplicados por diez, ciertos procedimientos estilísticos típicos y ciertos excesos del "Canto de mí Mismo" de Whitman – ¡y especialmente los que ponen a prueba el aguante del lector! Quizás también es cierto que mientras que Whitman da la impresión de ser un poeta nato (aunque ese poeta no nació hasta 1855, cuando Whitman tenía treinta y seis años...), Carpenter sólo es poeta a ciertas horas – ¡y tal vez no a todas las horas en que escribió su poema de 400 páginas! Pero si se nota una fuerte influencia de Whitman en la forma, y un parentesco evidente en los mensajes de uno y otro, para mí es algo evidente que Carpenter no es hombre que "imite" a nadie. Es portador de una misión única, que prolonga la de Whitman y se apoya en ella, cierto, pero que va mucho más allá, como no puede ser de otro modo en una auténtica relación de filiación espiritual.
Dicho esto, reconozco que salvo uno o dos pasajes poéticos, me atrae mucho más la prosa de Carpenter que su poesía. Pero eso es algo subjetivo. Como el mismo Edward-Frederick recuerda, han sido numerosos los lectores de "hacia la Democracia" sobre los que esa obra (según su propio testimonio) ha tenido un impacto profundo y duradero; no menos vivo y fecundo (me ha parecido entender) que el que ha tenido la lectura de "Hojas de Hierba" en algunos lectores de Whitman (incluyendo al mismo Carpenter).

los "uranianos" igual hombres que mujeres. Algunos años más tarde (en 1984 y 1985 – ¡más vale tarde que nunca!), es la editorial especializada en el "Gay Movement" y en las cuestiones acerca de la homosexualidad, la "Gay Modern Classics", la que toma la iniciativa y se arriesga a una reedición de la obra maestra "Towards Democracy" (la anterior edición se remontaba a 1949 y estaba agotada desde hacía mucho), y a un proyecto relativamente ambicioso de "Obras escogidas" en tres volúmenes: "Sexo", "Sociedad", "Espíritu".

N 382 ◊Es verdad que sólo el primero de los tres volúmenes ha visto la luz del día. Mi librero en Londres me asegura que los otros dos nunca serán publicados. Y supongo que estará bien informado – ¡a corto plazo! Los flujos y reflujos de los gustos de un público suficientemente numeroso para que una edición sea rentable, ¿quién puede predecirlos? Hay que pensar que los Gay Modern Classics no han hecho, con Carpenter, un buen negocio, y han preferido cancelar la continuación del proyecto.

hay que decir que en estos años 80, el soplo de un cierto Mayo del 68, ese "soplo que llega de fuera", ha tenido tiempo de desvanecerse. Decididamente lo que queda es más profundo que los recuerdos conscientes que se han difuminado, ¡hasta el punto de parecer tan irreales que dudamos en darles fe! Más profundo y también más delicado, seguramente, que lo que hace vender libros de tirada razonable, y permite subsistir a una casa editorial. Y sin embargo, yo que no soy experto en librerías ni editoriales, ni a decir verdad profeta, no tengo ninguna duda de que la docena o veintena de libros escritos por dicho Carpenter (libros de los que hasta ahora ni siquiera he conseguido una lista completa...[981]), sin contar sus artículos, ensayos, charlas, cartas y toda clase de escritos que se pongan a mano, van un día de estos no tan lejano, a ser exhumados como tesoros inapreciables y ser publicados, traducidos, meditados...; no en la euforia de una moda en boga, sino por generaciones y generaciones; no para cosquillear una curiosidad erudita y aburrida, sino para nutrir y para inspirar a los hijos y los nietos, las hijas y las nietas, después de haber nutrido e inspirado a los padres y a los abuelos.

N 383 ◊(98) De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso (28 y 29 de diciembre)[982] Me pregunto por qué razón, mientras que la audiencia de Walt Whitman no ha cesado de crecer durante los casi cien años que han pasado de su muerte, la gente se ha apresurado por el contrario en olvidar a Edward Carpenter ya en los años siguientes a su muerte en 1929. Su nombre conoció una nueva y efímera popularidad en los años 70, en la estela del movimiento de "Contra-cultura" y del "Gay Movement" en Inglaterra. Mi perplejidad al respecto viene de que para mí está claro que las misiones de ambos hombres son íntimamente solidarias, y que la estatura de Carpenter como hombre, como escritor, como pensador y también como "hombre de estudios", no cede en nada ante la de Whitman. Hay que añadir que, por el hecho mismo de que la misión de Carpenter está como injertada en la de Whitman y la prolonga, llega considerablemente más lejos. La veo como el verdadero *cumplimiento* de la misión de Whitman, cuyo impulso generoso y potente de alguna manera permanecía inacabado, insatisfecho, tanto en su vida personal como en su visión del mundo actual y en la obra escrita que la refleja.

A nivel afectivo y carnal, parece que toda la vida de Whitman, o poco menos, estuvo marcada por la miseria de una necesidad profunda que permaneció insatisfecha por siempre jamás. (Como fue el caso también de Carpenter, quizás de modo más cruel, aún más doloroso, antes de que ese nudo terminase por desatarse, cuando apenas estaba en la treintena y su

[981] Mientras que en Inglaterra sólo los dos libros de carpenter citados, en la Gay Modern Classics, están disponibles hoy en día, hay varias casas editoriales más o menos marginales en Estados Unidos que ofrecen (para uso sobre todo de bibliotecas y bibliófilos) reediciones en facsímil bastante caras de obras de Carpenter, y también una bibliografía general de esas obras. Aún no he podido contactarlas, y procurarme todo lo que esté disponible. Desgraciadamente, no parece que la autobiografía "My days and dreams" forme parte. Ahora mismo ése es el libro de Carpenter que me interesaría más que cualquier otro.

[982] Continuación de la nota anterior "Edward Carpenter (2) – o entierro y metamorfosis de un vivo".

obra estaba aún toda entera ante él...) Así, la imagen de sí mismo que a Whitman le gustaba mostrar, en su obra y ante sus amigos, la de una sensualidad vigorosamente viril y plenamente desarrollada, extrañamente estalla frente a la humilde realidad de su vida. No diría que era un bluff (como algunos de sus biógrafos dan a entender), que esa imagen era totalmente inventada. Para poder mostrarla con tal poderío. con tal convicción ajena a toda finta, hace falta que en alguna parte de él realmente esté bien viva, vibrando seguramente con el deseo de lo que hubiera querido ser, de lo que hubiera *podido* ser si a esa potencialidad de su ser rico y multiforme se le hubiera dejado desarrollarse. Pero no es menos cierto que ése *no* es ◊Walt Whitman, que en la intimidad de su vida real, no era "un duro, un kosmos[983]..." y todo eso. Igual que Edward después de él, era un tierno, un apasionado del amor y la amistad, que un implacable espíritu de los tiempos encerraba en una soledad afectiva que ninguna devota amistad por parte de sus jóvenes admiradores y discípulos, creo, pudo jamás colmar. Su vida real, era la de un hombre que sufre y que no encuentra en él ese último coraje de no ocultar su sufrimiento como un estigma, de mostrarlo a los ojos de un mundo indiferente, sarcástico, burlón...

N 384

Ciertamente, ¡nadie podría reprochar a Walt Whitman falta de coraje en su obra! Había estado virtualmente solo, abucheado por la alta sociedad casi al completo, por nadar contra la todopoderosa corriente de las convenciones literarias y, sobre todo, de todo lo que pasa por decoroso y pudoroso. Tal coraje es la señal donde la haya de un alma grande, digna de un gran destino. Dicho esto, es forzoso reconocer también que la profesión de fe tan cara a Whitman, que su poesía era él mismo, que ella y el hombre eran sólo uno – que esa orgullosa afirmación no era verdad más que a medias. Formaba parte, seguramente, de los velos de ficción con los que se protegía, a veces con un aire bravucón, de la mirada de un mundo pusilánime y malvado.

Quizás no fuera exagerado decir que la grandeza única de Carpenter, de la que brota la excepcional cualidad de visión y de verdad de toda su obra, es haber encontrado ese "último coraje" para no protegerse. Al final de la primera y más dolorosa de las etapas de su camino, se liberó de los velos que todos llevamos, para lo mejor y para lo peor, interponiéndose entre la mirada de los demás y nosotros mismos, e incluso entre nuestra mirada y nuestro ser profundo. Llegado a un cierto punto de su caminar[984], tuvo el coraje de "vivir desnudo". Fue entonces,

[983] N. del T.: Quizás sea una alusión a un poema de Walt Whitman llamado Kosmos,

> Who includes diversity and is Nature,
> Who is the amplitude of the earth, and the coarseness and sexuality of the earth, and the great charity of the earth and the equilibrium also,
> Who has not look'd forth from the windows the eyes for nothing, or whose brain held audience with messengers for nothing,
> Who contains believers and disbelievers, who is the most majestic lover,
> Who holds duly his or her triune proportion of realism, spiritualism, and of the æsthetic or intellectual,
> Who having consider'd the body finds all its organs and parts good,
> Who, out of the theory of the earth and of his or her body understands by subtle analogies all other theories,
> The theory of a city, a poem, and of the large politics of these States;
> Who believes not only in our globe with its sun and moon, but in other globes with their suns and moons,
> Who, constructing the house of himself or herself, not for a day but for all time, sees races, eras, dates, generations,
> The past, the future, dwelling there, like space, inseparable together.

[984] Con lo poco que ahora sé de la vida de Carpenter, no sabría situar ese "punto" en el tiempo, por ejemplo respecto del viraje capital en su vida que fue su iluminación, con la aparición de lo que el mismo Carpenter llama a veces con el nombre de "consciencia cósmica" (tomándolo de Bucke). Seguramente la lectura de poesía de Whitman, que conoció cuando tenía veinticinco años (en 1868 ó 1869), debió jugar un papel importante en su descubrimiento de otros hombres que compartían su temperamento "uraniano", y le permitió encontrar poco a poco un inesperado desarrollo afectivo y carnal, después de una larga travesía del desierto. Esa evolución previa debió llegar a plenitud cuando ya estaba en la treintena, y preceder (si no me equivoco) a su iluminación, que

N 385 seguramente, cuando su ◊obra llegó a ser el fiel reflejo de su misma persona, tamizada solamente por la más elemental prudencia en la expresión. (Prudencia impuesta entonces por el contexto particularmente represivo del tiempo y el lugar). Su obra y su persona eran *uno* de manera tan espontánea y tan evidente, que nunca se le ocurrió decirlo. Era algo obvio, para él y para todos aquellos para los que escribía – ¡para todos aquellos a los que amaba!

¿Diría que por esa cualidad de verdad excepcional, por esa desnudez, Carpenter es "más grande" que su predecesor? ¡Me guardaría mucho! Pero es verdad que alcanzó una madurez más avanzda, y una visión del mundo y de sí mismo si no más vasta, al menos más clara y más penetrante. Lo que en Whitman permanecía a menudo al nivel de un sentimiento por así decir bruto, a penas depurado por una expresión poética también áspera como una corteza en bruto, es sentido por Carpenter de manera no menos viva ni menos profunda, pero ha sido sometido por él, además, a un *trabajo* del pensamiento. Trabajo amoroso, paciente, meticuloso según convenga y (me parece) siempre, por así decir, riguroso. Es el tipo de trabajo que rara vez se presta a la expresión poética, y para el que la escritura en prosa es el medio irreemplazable y predestinado.

Pero además y sobre todo, hay aspectos cruciales del mundo moderno que no percibían Whitman ni sus contemporáneos, o percibidos a lo más de modo epidérmico, precipitado y borroso. Tomó parte con un fervor sin reservas en lo que podría llamarse "la epopeya de la civilización moderna", de la que sus queridos Estados Unidos de América eran a sus ojos el portaestandarte más apropiado, joven y dinámico. (¡Pondría los ojos a cuadros si regresara, y viera el género de proezas del novato de antaño tan lleno de promesas!) Ese poderoso dinamismo le encantaba, sí le fascinaba, como la fuerza bruta con la que le hubiera gustado identificarse, parecerse (pues en su vida desde siempre y en todas partes esa fuerza era apreciada, aceptada, admirada...). Entrenado como todos en ese espejismo de epopeya, nunca vió ni sospechó, creo[985],
N 386 hasta qué punto esa fuerza y ese impulso no son más ◊que "el haz" prestigioso, con aires heroicos, de un cierto *espíritu* cuyo "envés" es de menor prestancia: una brutalidad sin piedad, ávida e inconsciente de sí misma, pusilánime, jamás temblorosa ante las grandes realidades y los grandes misterios de la vida. En compensación a ese miedo a la vida y a ellos mismos, y como exutorio de su agresividad duramente comprimida, he ahí unos hombres lanzados a una ciega huída hacia delante, conquistando por la ilusión de dominar, destruyendo sin mirar por la ilusión de actuar; una carrera sin final si no es, como mucho, su propia destrucción en los humeantes escombros de esa civilización de la que son los esclavos, arrastrando con ellos a todo el planeta.

Esa realidad, Whitman jamás osó verla. Jamás (por lo que sé) quiso quitarse la borrachera de la embriagante Epopeya de la Civilización, de la que un día se sintió el cantor autorizado. Comentó de lejos y por encima, con generosidad de espíritu pero sin implicarse con las tripas, ciertos síntomas (cual el sempiterno "Problema Negro") de un profundo mal, aparentemente incurable, del que siempre se guardó mucho en constatar: el "*mal de la civilización*". ¡La enfermedad infantil de nuestra especie[986]! Cuando la pústula del "problema de los negros" reventó por primera vez, con la guerra de secesión en los años sesenta, esa guerra le marcó abriendo su gran corazón al sufrimiento y a la muerte de sus hermanos conocidos y desconocidos, tanto de los Estados del Norte como los del Sur, pero sin embargo no pudo abrir *sus ojos* a la realidad de esa enfermedad.

---

tuvo lugar en 1881, cuando tenía treinta y siete años. Ésta, seguramente, debió al menos contribuir a darle una íntima seguridad para afirmarse simplemente como era, para "vivir desnudo" (como escribo en el texto principal). La obra "mayor" de Carpenter comienza inmediatamente después de ese momento crucial, con la escritura, en la estela de esa experiencia, de la pieza central de esa obra, "hacia la Democracia".

[985] Como Carpenter viajó dos veces a América para encontrarse con Whitman, sin contar la correspondencia entre ambos, se supone que no dejaría de hablarle de lo que tan claramente veía y éste no veía. Sería particularmente instructivo tener el testimonio de Carpenter acerca de esos encuentros, y más particularmente acerca del intercambio que no pudo faltar entre ellos sobre el "problema de la civilización".

[986] Véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfermedad infantil" (n^o 43).

Pero otra vez más: a cada vida le basta su afán. No, nadie puede decir que a Walt Whitman, ese infatigable guerrero, le ha faltado coraje para nadar contra la corriente, durante toda su vida. Y si su fraternal voz no hubiera cruzado el Océano y no hubiera alcanzado al joven Edward Carpenter para enseñarle que no estaba (como le parecía) totalmente solo en el mundo, Dios sabe si ese hombre desamparado jamás hubiera encontrado la fe y el impensable atrevimiento de encontrarse a sí mismo, y al hacerlo, de descubrir día tras día y de crear su misión.

Entre Whitman y Carpenter, al hilo de las últimas semanas descubro la fuerza y la ex-
N 387 traordinaria fecundidad de una relación de "filiación espiritual" ◊como no habrá habido muchas en nuestra historia[987]. Y por eso los clichés corrientes que nos muestran un Edward Carpenter "sentado a los pies"[988] del "Maestro" Walt Whitman. Pero si Whitman fue, no un "maestro" sino un predecesor de Carpenter, e incluso un "padre espiritual"[989], eso no hace que Carpenter sea menos grande. Y si, con la ayuda fraternal (o paternal, ¡qué más da!) del mayor, Carpenter llegó considerablemente más lejos que él, si pudo llevar a una madurez que me parece perfecta la misión inacabada de su gran predecesor, eso no le vuelve sin embargo mayor que él. La "grandeza" de una existencia humana no se mide por el punto de llegada. Está en el camino recorrido, y en la fe y la fidelidad que han hecho falta para recorrerlo, en contra de innumerables y pertinaces resistencias; tanto de las que vienen del mundo, como de las, aún más insidiosas y más difíciles de frustrar, que viven en nosotros mismos y que hacen coro con la voz burlona y zalamera del mundo.

Me parece que estas migajas de reflexión aportan alguna luz a la cuestión que planteaba al principio, cuando confrontaba el creciente prestigio literario que desde hace cien años rodea al nombre de Whitman, al olvido que rodea el de Carpenter. La razón neurálgica de esa diferencia de fortunas, la veo justamente en *eso* que hace de Carpenter el "interlocutor predestinado" del mundo moderno; confrontado como está éste (muy a su pesar, y sin decidirse aún a rendirse a la evidencia...) a la necesidad inminente, acuciante, de su propia mutación. Whitman primero fue vilipendiado y prohibido por haberse atrevido a dejar entrever formas de sentir y de mirar que en
N 388 su tiempo parecían ◊inaceptables y sacrílegas. La novedad esencial de su mensaje, quizás, fue la glorificación de Eros, *y* a la vez la de las cosas y las gentes "ordinarias", tal y como nos las revelan nuestros sentidos también ordinarios, pero transfiguradas bajo su mirada de poeta por la realidad espiritual que íntimamente las impregna y que le habla a través de ellas. Ese mensaje, todo lo escabroso y escandaloso que parecía antes, sin embargo no ponía verdaderamente en duda ni las gentes ni la sociedad. Todos somos dioses que se ignoran – ¿por qué no? Y la sociedad formada por todos esos dioses que todavía han de descubrirse, progresa con pasos vivos (¡el Progreso no se detiene!) hacia ese conocimiento de lo divino en ella y en todas las cosas, incluyendo en las menos nombrables – ¡mejor aún! A un nivel verbal, o "cultural" (en el sentido corriente, superficial del término), ese mensaje podía muy bien ser "integrado" tranquilamente (o "recuperado", como se decía con toda justicia en los tiempos de la Contra-cultura...) y lo fue; igual que en nuestros días el yoga, el zen, la meditación trascendental "y todo eso" son engullidos e integrados, sin

[987] Véase no obstante, para un ejemplo de magnitud comparable (Nichiren –Fujii), la nota "Filiación y crecimiento de una misión" (n^o 64).

[988] Esta expresión se utiliza realmente en el opúsculo sobre Edward Carpenter (por – Edward Carpenter), que hemos tratado en la nota anterior. Esta perla figura en la segunda página del texto, junto con la mención de su viaje a la India "para buscar la luz con un gurú hindú"; en suma compartiendo su tiempo, pudiera creerse, ¡entre los "pies" de su gurú americano y de su gurú hindú! Señalo que su primera visita a Whitman se sitúa en 1883, el año en que aparece la primera edición de "Towards Democracy". Su viaje a la India tuvo lugar siete años después, en 1890, y es el tema de su libro "From Adam's Peak to Elephanta" (sobre el que todavía no he logrado poner la mano).

[989] Tomo el término de "padre espiritual" en el sentido fuerte en que lo emplea Marcel Légaut, a quien debo haber comprendido, en contra de mis bien asentadas ideas, que la relación de filiación espiritual puede realmente existir en ese sentido. Hablo de esto por primera vez, en La Llave de los Sueños, en la nota "Marcel Légaut – o la masa y la levadura" (n^o 20).

que por eso nada cambie. Conectamos un nuevo discurso espiritualista, o nos sentamos con las piernas cruzadas y respiramos así o asá pensando "Om" – ¡y ya está! Ciertamente, recitando a Walt Whitman (aderezado tal vez con una pincelada de D.H. Lawrence) entre gente refinada y en buena compañía, aún se está lejos de su verdadero mensaje – pero eso, ¡eso es otra historia!

Pero (volviendo a Carpenter) tomad en cambio esa historia de su abrigo. Su conmovedora elegía a un viejo abrigo que, después de toda una vida de fidelidad recíproca y sin fisuras, termina en un montón de basura y gentilmente regresa en forma de lana en la espalda de sus ovejas. Es encantadora si se quiere, pero también, hay que reconocerlo, ¡da escalofríos! Y eso tanto más que el protagonista de ese idilio campestre está considerado como (a penas podría creerse) ¡uno de los primeros militantes del movimiento obrero! Tales rollos (se dirá con razón) quizás puedan pasar en el último siglo, cuando los obreros trabajaban doce horas al día sin cuarto de baño ni TV ni Seguridad Social, y se consolaban, hay que suponer, como podían. ¡Pero la marcha triunfante de la Historia no se detiene! Para algo sirven las guerras, pues ya en la estela de la penúltima "última" guerra, otro viento se puso a soplar en el mundo obrero, ¡en buena hora! Porque los patrones, ellos se dan el gusto de cambiar de ropa todos los años si les place, ¡¿por qué los obreros que son bien equiparables, no cambiarán de abrigo cuando comience a gastarse por las sisas e incluso, si sube el nivel de vida, cuando deje de gustarles?! Lo mismo
N 389 terminan ganando las porquerías caseras – el idílico montón de ◊basura, es bueno para los ricos que puedan pagarse una segunda residencia en la campiña. Sin contar que para que la industria gire y la paga entre, hace falta que el consumo vaya a buen ritmo, hay que ser lógicos. Por cada abrigo nuevo que vale doscientos del ala y que se tira a la basura sin pensárselo dos veces, son doscientos del ala (menos los beneficios del patrón, y de los intermediarios) que entran en la paga del camarada obrero en la textil. He ahí la solidaridad obrera bien entendida. ¡Y he ahí a la vez el ABC de la economía política a la altura del siglo de la abundancia y los HLM[990]!

Eran cosas que los amigos de ese soñador de Carpenter, cuando tímidamente intentaban recordarle ante un público educado y aburrido, ciertamente no podían dejar de sentir. Para ellos, era el chico encantador y todo eso, de acuerdo, gentil y valiente y todo lo demás y nada bruto, pero (hay que reconocer las cosas como son) que había sido superado por su tiempo, o al menos, por el tiempo que le siguió. Los marxistas, que no se andan por las ramas, dirían que es bueno (y no sólo su abrigo y sus ovejas y su lana) para la famosa "Papelera de la Historia". Sin embargo, curioso y consciente como ninguno, bien se lo había empollado Edward, el no menos famoso "Capital" de Marx (que bien pocos de nuestros marxistas de buen cuño se han tomado la molestia de leer...) Es decir, nadie escapa al destino dialéctico que fue el suyo, cuando intenta atravesarse en las ruedas de la diosa Historia, alias El Progreso.

En cuanto a la Papelera, esa chica provocativa y ridícula, bien puede decirse que prospera y que nunca le había ido tan bien. Si con razón el robot-ordenador se pone como un símbolo-tarjeta-de-visita del mundo moderno, en esta segunda mitad de nuestro siglo, la Papelera es otro de sus símbolos, menos presentable tal vez pero más elocuente, más cotidiano y, por decir todo, más acogedor por no decir, ¡devorador! Después de "el haz"-prestigio electrónico, he aquí "el envés"-residuos más familiar, de un "espíritu" o de una "epopeya" (ejem, ejem) de orígenes lejanos... Allí se tiran alegremente, a la Papelera del Progreso, por supuesto los queridos viejos abrigos y además los semiviejos y los nuevos pasados de moda, y de paso la lana de las ovejas de Edward (ventajosamente reemplazada por la sintética), y moda tras moda y lo nuevo y lo viejo y los zarrios del desván los sofás desvencijados, radios, coches, lavabos, neveras, y cualquier lote de muebles y de ropa y de tarros de mermelada de la ancianita que acaba de morir cuyos herederos no saben qué hacer (o que no deja herederos...); y los recuerdos que ya no queremos y los viejos y viejas que hemos visto demasiado (y que se obstinan en no morir), y los extranjeros indeseables que hay que devolver a su casa, y el obrero robado y los gatos reventados y los

[990] N. del T.: Siglas de *Habitation à Loyer Modéré*, inmuebles de apartamentos de renta módica en Francia, que gozan de financiación pública parcial.

N 390 perros ◊aplastados y oleadas de indígenas ametrallados – y tribus y pueblos enteros con sus chozas y todos sus utensilios sus creencias sus dioses sus costumbres milenarias, aplastados en un momento por la apisonadora del Progreso: los cadáveres a la Papelera y sus tamtams sus totems sus talismanes y sus dioses a los museos y en nuestros eruditos grimorios y en la inagotable memoria de nuestros inigualables superordenadores...

Bien ha visto Whitman desperdicios y restos, de esa loca carrera hacia la Papelera omnívora que devora las cosas y los pueblos y las almas, hasta que se devore a sí misma y lo que en ella quede (si queda algo) en el momento de la Caída del Telón. Ha visto señales, pero no se ha atrevido a reconocerlas. Pero Carpenter, él no ha visto desperdicios y restos. Bien la ha visto él por completo y la ha reconocido, aunque educadamente se ha abstenido de nombrarla, la Papelera, la Voraz. (En un momento en que todavía *nadie*, que yo sepa, veía nada. Y todavía hoy, casi cien años después, los que al fin la ven, a pesar de que está a punto de tragarse todo, no llenan las calles...). Ha reconocido a la Devoradora, no obstante sin medir bien hasta dónde llegaría su apetito. Con la gran carnicería del 14–18 al atardecer de su vida, no pudo tener, de ese apetito, más que una pequeña idea, pero suficiente para conmoverle: era (escribe él, de nuevo solo mientras el mundo entero parecía presa de un repentino ataque de fiebre guerrera...) "como una ola de lágrimas brotando en mi ser"[991]. ¿Sospechó entonces que seguiría tan campante durante tres cuartos de siglo, y que no se detendría hasta la zambullida final, cuando la misma tierra, destripada y saturada de veneno, se haya convertido en una única Papelera gigante y desolada?

Lo que es seguro es que aún no había llegado la hora de que una voz como la suya fuera escuchada, ni siquiera de que se tomara nota. Lo más candente que tenía que decir, lo más vital, lo más urgente, era demasiado simple, demasiado infantil, demasiado claro también y nadie deseaba escucharle. Ni siquiera, supongo, esos fieles amigos que durante un instante revivían su memoria lo mejor que podían, como se limpia el polvo de una foto apreciada y vieja, descolorida por el tiempo. Ellos igual que los demás eran aspirados, como en el remolino giratorio de un torbellino demasiado grande para que nadie pueda verlo, en el voraz vientre de la papelera devoradora.

N 391 ◊Todavía cuando escribo estas líneas, no ha llegado la hora. Pero falta poco. Quizás madure en ocho o diez años, o en doce o trece – cuando la papelera esté llena o poco le falte, y al fin reviente, sólo Dios sabe cuándo y cómo. Llegará la Tempestad, y el Aguacero – un Tumulto frenético, y el Silencio.

Y será solamente en ese silencio donde una gran voz se escuche.

(99) Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda...

(31 de diciembre de 1987 y 1 de enero de 1980)[992] Nacido en 1844, Carpenter es doce años mayor que Freud, y cuarenta años mayor que A.S. Neill (años más o menos). Quisiera examinar cómo el pensamiento de Carpenter sobre el tema del sexo se aproxima (o mejor, prefigura) en muchos aspectos a los de Freud y Neill, y en qué se separa de ellos y los completa.

El punto de partida de Freud, que le dicta en gran medida su actitud vis a vis de la cuestión del sexo, está en las perplejidades de un médico psiquiatra desarmado ante sus "casos", y en la curiosidad de un espíritu ávido de conocimiento, atraído por el enfoque científico de las cosas, conforme al espíritu de su tiempo. La óptica determinante en Neill es la de un educador, interpelado por el misterio del niño "bloqueado", igual igual que Freud lo estaba por el del paciente (en que un "bloqueo" similar se manifiesta por "síntomas"", calificados de "neuróticos"). En cuanto a Carpenter, sin duda lo que nutre su conocimiento de la realidad omnipresente,

[991] Cita de una carta de Carpenter, recogida en el opúsculo de Edward Frederick Carpenter en la página 10 (en el párrafo siguiente al pasaje sobre el gurú, véase la penúltima nota a pie de página.

[992] Continuación de la nota anterior "De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso".

poderosa y de cien caras del sexo, no es una experiencia profesional ni una curiosidad espiritual, sino su propia vivencia, afectiva, carnal, espiritual – lo que constituye la substancia más íntima de su misma vida. A ello se añade que sus capacidades de intuición y simpatía le permiten entrever las vivencias de numerosos seres de los que se sintió cercano o con los que se codeó, a lo largo de su vida desde la infancia. Así, mientras que Freud y Neill parten del dato "objetivo", en principio ajeno, que es "el paciente" o "el alumno" (y la separación entre la profunda vivencia personal y las visiones del espíritu permanecerá prácticamente intacta en Freud durante toda su vida), el punto de partida de Carpenter (si es que se puede hablar de una "partida") es lo "subjetivo" por excelencia: la vivencia en bruto en toda ◊su inmediatez, a menudo profundamente desconcertante y a veces desgarradora. Ese conocimiento subjetivo inmediato, "en bruto", se decanta, se afina, adquiere cualidad universal y por eso mismo "objetiva", por el trabajo de maduración espiritual del ser, por la profundización interior. Esa objetividad, arraigada como está en el terreno de la experiencia más íntima, la más subjetiva donde las haya y nutrida por ella, adquiere entonces una cualidad de flexibilidad viva, de verdad, de eficacia inmediata, que siempre le faltan a la objetividad convencional, por sólidamente y rigurosamente construida que esté a partir sólo de "hechos" ajenos a nuestro ser profundo, con el mortero proporcionado por nuestro pensamiento racional y el impulso de una curiosidad espontánea, incluso apasionada.

N 392

Sea como fuere, vistos los puntos de partida y los itinerarios tan diferentes en estos tres hombres, la convergencia de la visión del sexo a la que llegaron, en muchos puntos esenciales, es de lo más notable. Dejando aparte esa convergencia en conjunto, puede decirse que cada uno de esos tres hombres, en la óptica particular que hizo suya, llegó considerablemente más lejos y más profundo que los otros dos: Freud en la detección de la pulsión del sexo a través de las neurosis, los sueños y hasta en los mecanismos psíquicos más anodinos de la vida cotidiana; Neill en la prácticas educativa y en el "feeling" sobre el meollo de los nudos en los niños, anudados por la represión familiar y escolar, y sobre la manera, en cada caso especial, de desanudarlos suavemente; y Carpenter en su comprensión de la naturaleza misma de la fuerza de Eros en la vida del hombre, sobre su papel en el devenir humano a nivel individual y en el de la especie, tanto a nivel biológico como afectivo, cultural y en fin, espiritual. Carpenter y Neill llegaron ambos a una visión más atrevida, más crítica y más penetrante que la de Freud, sobre la sociedad y su papel represivo, por no decir "castrador", vis a vis de las profundas fuerzas creativas que hay en el individuo. Por otra parte, Carpenter se distingue de Freud y de Neill sobre todo por una visión a la vez clara y penetrante sobre la relación de la sexualidad con la dimensión espiritual de la aventura humana (dimensión más o menos ignorada, a decir verdad, por Freud igual que por Neill). Aún hoy constato, en los medios que pasan por ser ilustrados y estar al día, que son muy raros los que han llegado a una comprensión siquiera somera de esa dimensión espiritual de la sexualidad en la vida humana, y especialmente, en la responsabilidad personal que en todo momento tenemos sobre la manera en que respondemos a las peticiones de la fuerza sexual que hay en nosotros. Y no conozco a nadie que se haya expresado al respecto de manera tan clara, simple y penetrante como Carpenter.

N 393

◊* *
*

> "El sexo va delante, y le siguen manos ojos boca cerebro; de en medio del vientre y los muslos brota el conocimiento de sí, de la religión y de la inmortalidad."[993]

Estas son unas líneas de "Hacia la Democracia" (loc. cit. página 25), que Noël Greig pone como exergo al principio de las Obras Escogidas de Carpenter, consagrado al tema del sexo.

[993] N. del T.: Traducción de "Sex still goes first, and hands eyes mouth brain follow; from the midst of belly and thighs radiate the knowledge of self, religion, and immortality."

En esas tres líneas compactas se sugiere la quintaesencia de un conocimiento por así decir "visceral" del papel y del lugar del sexo, conocimiento que después se puede desarrollar largo y tendido en muchos volúmenes. Esas líneas fueron escritas sin duda en 1881 u 82, poco después de la iluminación que tuvo lugar en 1881; y los volúmenes, en modo alguno inútiles, que las desarrollan, fueron escritos por el mismo Carpenter con todo el cuidado requerido[994] a partir de 1894, doce o trece años más tarde[995]. Algunas correspondencias cronológicas notables: 1883, publicación de "Hacia la Democracia" – y nacimiento de A.A. Neill; 1886, primera publicación semiclandestina, por la editorial obrera "Labour Press" de Manchester, del primer libro de Carpenter sobre el sexo, "Love's Coming of Age"[996] – y primera conferencia pública de Freud sobre el origen psíquico y sexual de la histeria, ¡formándose un tumulto en el auditorio! Ése fue el principio de la larga travesía del desierto de Freud. Descubrimiento del "complejo de Edipo" en octubre del siguiente año. La primera obra maestra del psicoanálisis, "La Interpretación de los Sueños" (Die Traumdeutung) aparece en 1900. En 1902, publicación de "Love's Coming of Age" por un editor acreditado.

N 394

◊Decididamente, algo brota en esos dos últimos decenios del pasado siglo, ¡a pesar del peso de siglos y milenios que pesa sobre el tema tabú del sexo! Freud, creando de la nada (y sin darse mucha cuenta) los primeros fundamentos de una ciencia psicológica y desentrañando algunas de las ideas más cruciales en la comprensión de nosotros mismos y de la pulsión del sexo en nosotros, no tuvo precursor propiamente hablando. Por el contrario, Carpenter se apoyó fuertemente en la existencia de Whitman (veinticinco años mayor que él) y en la obra escrita que da testimonio de ella. Además Walt Whitman, que veo como el gran precursor de ese aire nuevo (incluso si Freud aparentemente nunca tuvo conocimiento de su existencia...), muere en 1892, unos años antes de que aparezcan las primeras grandes obras en prosa que desarrollan lo que pudiera llamarse una visión moderna de la sexualidad, y también casi cuarenta años después de la primera manifestación deslumbrante de la eclosión de tal visión, con la publicación artesanal de sus "Hojas de Hierba", en 1855.

En contra de todas las aplastantes "probabilidades" históricas, esa frágil visión que brota, alcanzada por un puñado de seres más o menos marginales (o marginados) diseminados a través del mundo, estaba llamada sin embargo a desplegarse y a ganar terreno progresivamente, a pesar de prodigiosas resistencias psíquicas, a lo largo del siguiente siglo, en ese siglo veinte que es el nuestro. Es verdad que todavía hoy esa visión nueva, que ha encontrado su camino en millares de libros un poco en todas las lenguas, y hasta en nuestro lenguaje diario[997], sigue siendo muy epidérmica. Todavía no es más que un "barniz cultural", limitado a una pequeña fracción de la humanidad culta, e incluso ahí, salvo rarísimas excepciones, permanece en un estado de "bagaje cultural" más o menos inerte, no tiene cualidad de conocimiento personal de la naturaleza de las cosas y de su propio ser. Pero con el optimismo del que cree en el impensable advenimiento de una próxima Era de Libertad (que seguirá a la presente "Era del Rebaño"), se

[994] Y escritos también con cierta prudencia en la expresión, indispensable en ese momento por el recrudecimiento de la represión en Inglaterra a finales del siglo pasado.

[995] Hay que decir que una buena parte del larguísimo poema de 400 páginas (o mejor dicho, de la colección de poemas) "Hacia la Democracia", gira alrededor del tema del sexo. Pero el efecto de un mensaje en forma poética, o en forma de una reflexión "sosegada" en prosa, en absoluto es el mismo. Allí donde la poesía toca, sin duda toca incomparablemente más fuerte y más profundo, y eso es lo que ha ocurrido con "Hacia la democracia" igual que con "Las Hojas de Hierba" de Whitman. Pero si toca más fuerte, toca mucho más selectivamente. Esa es una de las razones, seguramente, por las que el impacto de Freud sobre la civilización moderna parece incomparablemente más fuerte que el de Whitman. No estoy seguro de que siga siendo así en el próximo siglo. Hasta es posible que Carpenter, que hoy está prácticamente olvidado, tenga en los próximos siglos una audiencia tan grande, incluso más grande aún, como la de Freud.

[996] Respecto a ese libro véase la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente la página N 370.

[997] Pienso especialmente en las expresiones "tener complejos", "reprimir" (un sentimiento, un impulso etc.), "actos inconscientes".

puede esperar que el próximo siglo será también aquél en que esa innovadora visión, afinándose y profundizándose más, comenzará a ser asimilada verdaderamente; y no sólo por ciertas capas cultas de la sociedad, sino por toda la especie, como un auténtico conocimiento que poco a poco se vuelve "evidente" y familiar, pero mucho más crucial en la vida cotidiana de cada uno, como el hecho (antes también impensable) de que la tierra no es *plana* como un plato (cosa que no obstante era bien conocida y aceptada por todos...) sino que es *redonda* y está rellena y se cierra delicadamente sobre sí misma cual un orondo tomate...

N 395 ◊(100) El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)

(2–4 de enero)[998] En la reflexión de ayer y anteayer Hice alusión a una "visión moderna del sexo" (o de la sexualidad, o de Eros, o de la pulsión erótica, o de cualquier otro nombre que se le dé...), que (decía) comenzó a desentrañarse de manera explícita y clara hacia finales del pasado siglo; una visión tan crucial para nuestra comprensión de nosotros mismos y para nuestra vida espiritual, como lo es en geografía el hecho de que la tierra es redonda. Como principales artífices de la eclosión de esa visión, veo a Edward Carpenter, Sigmund Freud y Alexander Sutherland Neill, y como precursor directo (aunque ignorado, parece ser, por Freud e incluso por Neill) Walt Whitman. Pero aún me falta dar una descripción de esa visión, y ni siquiera he llegado aún, como era sin embargo mi propósito inicial en la nota anterior, a decir a grandes rasgos el pensamiento de Carpenter sobre el tema del sexo, y cómo se compara con los de Freud y Neill. Además empiezo a darme cuenta de que si quiero cumplir a poco que sea con un poco de cuidado con una u otra de esas dos tareas, e incluso con ambas a la vez, tendré fácilmente para tres o cuatro notas suplementarias, y una semana de trabajo bien cargado si no dos. Dudo en lanzarme, porque ya llevo más de doscientas páginas consagradas a mi digresión-cascada sobre el anodino tema de los "mutantes", ¡iniciado hace más de tres meses[999]! Es hora de pensar en hacer converger hacia un próximo fin esta interminable digresión, y que me rinda a la evidencia de que si quiero terminar un día un libro llamado La Llave de los Sueños, no puedo pensar en tratar un poco todas las cuestiones, por importantes que sean, que toque de pasada. Sin contar con que en la parte del libro ya escrita, muchas veces me he visto llevado a hablar de la pulsión de Eros desde las perspectivas más diversas. Esto me servirá de excusa para no incluir aquí un minicompendio sobre ese vasto tema, ni sobre el pensamiento de Carpenter sobre esta cuestión.

N 396 Pensamiento de una gran riqueza, siempre pertinente, y que proporcionaría ◊un hilo conductor perfecto para "explicarse" sobre las principales cuestiones que nos plantea la realidad del sexo y de la pulsión; y, de paso, para desentrañar también lo que podría ser esa "visión moderna" que he sacado a relucir, y que algunos tal vez quieran incluso poner en duda su existencia. ¡Eso formará parte de una futura obra!

Sin embargo para no "cortar por lo sano" sin más, voy a dar al menos una especie de "enumeración" lacónica de ciertos puntos de ese pensamiento de Carpenter, que me parecen particularmente importantes. Para hacerlo, me basaré casi exclusivamente en su libro de 1896, "Love's Coming of Age"[1000]. Además, me parece que ese libro es una de las grandes obras de nuestro tiempo.

A) *El sexo está por todas partes*

La importancia del sexo es fuertemente subrayada por Carpenter, como hemos visto ya en la reflexión de la nota anterior. Junto a la necesidad de alimento, es la más imperiosa y más elemental de las necesidades humanas. Incluso se siente aún con más fuerza en nuestras sociedades de la abundancia, en que la necesidad de alimentos generalmente no plantea problema,

[998] Continuación de la nota anterior, "Eclosión del A.B.C. del sexo – o aprender que la tierra es redonda".
[999] Con la nota en apariencia anodina "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial" (n^o 60), del 23 de septiembre.
[1000] Mis referencias a ese libro se refieren a la ya citada edición "Selected Writings" en los "Gay Modern Classics".

mientras que las inhibiciones que se oponen a la satisfacción de las necesidades ligadas al sexo permanecen hoy en día extremadamente poderosas, aunque tienen tendencia a ser más ocultas.

Igual que hará Freud más tarde, Carpenter no limita en modo alguno las necesidades y las manifestaciones del "sexo" al mero aspecto "genital". Todas las necesidades afectivas del hombre están profundamente arraigadas en la sexualidad, y sus innumerables manifestaciones en el contacto corporal, incluso alejadas de todo pensamiento "sexual" en sentido corriente, representan a menudo una necesidad más esencial todavía que "el acto sexual" para la persona adulta. Como Freud desarrollará mucho más tarde desde una perspectiva diferente, Carpenter se da cuenta claramente de que la energía sexual está destinada sobre todo a ser "sublimada" en formas de energía más refinadas, que alimentan nuestras actividades psíquicas y nuestra creatividad en diferentes niveles. Ante todo a nivel *afectivo*: el del amor humano en sentido corriente, de la fidelidad amorosa, de la simpatía espontánea, de la solidaridad humana... Ése es el nivel más esencial para el joven, incluso durante toda la vida para la mayoría de los seres,
N 397 incluyendo al mismo Carpenter. También está el nivel de la ◊creación artística o intelectual, en que la dedicación amorosa se encuentra desplazada de su objeto original (la madre, o cualquier otro ser sentido como íntimamente cercano y deseable) s un material o una substancia que se trata de conocer íntimamente, y de expresar con fuerza en su propia realidad. En fin, bien sabe Carpenter que la energía espiritual que actúa en la creación espiritual también es energía sexual sublimada.

Tengo la impresión de que Carpenter no distingue claramente entre los "sexual" (o lo "erótico") y lo "espiritual", o también entre "Eros" y "Dios". Lo mismo me ocurrió a mí hasta hace muy poco, hace a penas un año. Ciertos sueños entre noviembre de 1986 y febrero de 1987 disiparon finalmente esa confusión[1001]. En algunos la diferencia es descrita como la del agua o el alcohol en estado líquido ("el agua de Eros") y los vapores que desprenden, altamente activos siempre que no se les deje dispersarse y se tenga cuidado de mantenerlos a gran presión: el "espíritu santo" es la forma sublimada última y altamente comprimida de la energía erótica. Esa transformación, me ha parecido entender, nunca es un resultado únicamente de nuestros esfuerzos o de nuestros supuestos méritos. Sólo se logra bajo la acción de la Gracia, del Acto de Dios en nosotros.

B) *Problemática del sexo: ¡vivir el sexo requiere discernimiento!*

La pulsión del sexo, en todo su abanico infinitamente variado de manifestaciones carnales, afectivas, artísticas, espirituales, es "buena" por esencia. Sin embargo eso no significa, no más que para cualquier otra pulsión de deseo y de acción en nosotros, que sea juicioso seguir ciegamente todas sus peticiones, ni siquiera (a veces) las más imperiosas. En gran parte, la dimensión espiritual de la existencia humana consiste en desarrollar un sutil discernimiento para juzgar la oportunidad, en cada caso especial, de seguir o no las peticiones de la pulsión, y en su caso, de canalizarla por vías adecuadas. Carpenter insiste sobre todo en dos aspectos de esta "problemática", de esta cuestión de libre elección a la que (nos demos cuenta o no) nos enfrentamos a cada paso.

1) Al revés que en la satisfacción de las necesidades de alimento, la de las necesidades del sexo (al menos a nivel primario) hace intervenir de manera crucial a otra persona. Sus
N 398 necesidades, a nivel del sexo como a cualquier otro nivel, ◊son tan legítimas como las nuestras y exigen el mismo respeto. Una relación o un acto en que otra persona es utilizada como un simple instrumento para nuestra gratificación personal, sin que sus propias necesidades y verdaderos deseos sean respetados, es degradante y profundamente nocivo para uno y otro. La satisfacción de un deseo carnal dirigido hacia otro no nos es beneficiosa más que si también lo es para él.

[1001] Me esfuerzo en hacer sentir la necesidad de distinguir esos dos planos diferentes, en la sección "El Sentido – o el Ojo" (n^o 40).

Para ello hace falta no sólo que el partenaire elegido consienta, sino que además nuestro propio deseo sea acogido en él con un deseo semejante que le responda

2) Incluso en el caso de un acoplamiento carnal perfecto entre dos (o más) partenaires, no es juicioso, al menos a largo plazo, dar rienda suelta al deseo, ceder a todas su conminaciones. Eso causaría una desmesurada dispersión de energía sexual, lo que también es decir de energía vital sin más, y terminaría por vaciar la misma vivencia erótica. El deseo se vuelve insulso a fuerza de ser atiborrado de concesiones. Su satisfacción se vuelve más y más un puro automatismo, repetición, rutina...

Además, la energía sexual gastada (tal vez desconsideradamente) a un nivel por ejemplo del juego y el acto sexuales, ya no está disponible para ser sublimada hacia niveles superiores, y especialmente al de la afectividad. En una relación duradera, es sin embargo primordial la cualidad afectiva de simpatía, de comprensión, de fidelidad mutua. En el orden espiritual de las cosas, el lazo carnal que hace las veces de "argamasa" (a menudo muy poderosa), ha de ser un medio para el florecimiento de esa relación afectiva, en vez de que ésta le sea desconsideradamente sacificada[1002].

N 399 ◊Así, en su relación con la pulsión del sexo y a pesar de las inhibiciones que provienen de la represión, el ser se encuentra continuamente colocado en situaciones en que es llevado a ejercer una *moderación*. En el ser plenamente desarrollado en su pulsión, tal moderación, por dolorosa que sea a veces, en modo alguno significa que la belleza del deseo al que rehusamos (o al que las circunstancias rehúsan) satisfacción, sea jamás negada. ¡Muy al contrario! Es en esa misma moderación, incluso en la renuncia, donde esa belleza es a veces percibida con la intensidad más punzante[1003]. En esa moderación y en esa percepción punzante, hay creación, y hay acto de amor, de una esencia más alta que toda satisfacción.

3) En la delicada tarea de regular nuestra relación con la pulsión del sexo en nosotros,

[1002] Esta expresión "ha de ser un medio" no se me presenta, ahora, en forma de una "obligación" o de un "mandamiento", que nos sería dado por Dios, por nuestra conciencia, o por cualquier otra entidad metafísica, psíquica o sociológica. Cada uno tiene total libertad para no tomar lo carnal como "medio" para el plano afectivo, sino de "sacrificar" esto a aquello – igual que también tenemos total libertad de ignorar cualquier otra ley o relación ("Gesetzmässigkeit") que rija la realidad espiritual. Pero lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo, cosechando en forma de sufrimiento y malestar, en esta vida y (llegado el caso) en las vidas posteriores, lo que sembramos por ignorancia o por negligencia. Esos sufrimientos nos vienen no como una "pena" o como un "castigo" (conforme a los clichés religiosos simplistas, casi universalmente recibidos), sino que proceden la misma necesidad inmutable que encadena causas y efectos. Esa ley de causalidad, o de karma, además actúa por nuestro bien: pues el "karma" que cosechamos por nuestras acciones es el mismo que nos hace aprender, si no en esta vida (si somos demasiado tercos), al menos después de las vidas que hagan falta (como un mal alumno que repite curso...), esas leyes (Gesetzmässigkeit) que hemos violado; igual que el niño pequeño que aprende las leyes de la gravedad cayéndose y levantándose tantas veces como haga falta. El milagro último de la Providencia, es que en vez de errar hasta el infinito en una sucesión infinita de existencias tan estériles unas como otras, en la rueda sin fin de una terca ignorancia, nuestro camino promete converger – estamos seguros, a largo plazo, de terminar por aprender cada una de las lecciones que nos enseñen...

[1003] He aquí cómo se expresa Carpenter al respecto (loc. cit. página 98):

> "Es ese conflicto, o al menos la distinción entre los instintos sexuales y los que son más bien de orden puramente moral o social en el hombre, lo que aquí nos interesa. Está claro, pienso, que si queremos tratar el sexo de una manera racional, es decir que no sea ni supersticiosa por una parte, o desenfrenada por la otra, tenemos que admitir que tanto la satisfacción como la no satisfacción de la pasión amorosa son deseables y bellas. Ambas tienen sus resultados propios, y el hombre está llamado a recoger los frutos que le pertenecen a una experiencia y la otra. ¿No podríamos decir que hay una especie de Transmutación de esencias que continuamente puede hacerse y se hace en el contexto humano? El Placer del amor y el Amor – la Afrodita Pandemos y la Afrodita Ouranios – son sutilmente intercambiables. El instinto amoroso carnal y el ansia humana más sutil que aspira a la unión al nivel de las almas quizás sean realmente y por esencia una sola y misma cosa, con manifestaciones diferentes..." (La traducción es mía.)

En el libro de Carpenter hay numerosos pasajes igualmente delicados y penetrantes. Esto dice hasta qué punto no puedo exponer más que de manera imperfecta, truncada, tosca, el pensamiento de Carpenter sobre el sexo, en las pocas páginas que aquí le consagro. Hay que leer su libro mismo, que ninguna reseña podría reemplazar...

Carpenter insiste sobre todo en la necesidad de saber ejercer, cuando sea necesaria, una juiciosa moderación. Al hacerlo, sobrentiende no obstante que la legitimidad y la belleza de la pulsión y los deseos que la manifiestan ya han sido plenamente sentidas y asumidas. Sin embargo, casi siempre es *ahí* precisamente donde aprieta el zapato. Quizás Carpenter no se diera cuenta hasta qué punto él mismo es, en este aspecto, una rarísima excepción. Por mi parte, tuve tendencia hasta hace cinco o seis años a subestimar, en mi conducta, esa responsabilidad que nos incumbe
N 400 de ejercer una moderación, de permanecer dueños de nuestra vida en ◊vez de seguir más o menos ciegamente a la pulsión – sea al nivel primario de la pulsión carnal, o al de la creación intelectual (y sobre todo, la creación matemática)[1004]. Por el contrario, yo bien veía claramente hasta qué punto es importante que la pulsión del sexo, propulsando a través de nuestro ser la energía creadora vital en su forma bruta, sea aceptada plenamente, alegremente, con gratitud, como algo infinitamente precioso en nosotros. Y aún hoy tengo bien claro que la *carencia primordial*, en casi todos, en modo alguno es la incapacidad (por ignorancia, o por elección deliberada) de ejercer allí donde sea necesaria una moderación vis a vis de los mandatos de la impulsión, sino más bien la de aceptar plenamente la pulsión[1005] (sin que por ello haya que seguirla siempre). La obstaculizan poderosamente los reflejos de vergüenza vis a vis del cuerpo y de sus funciones, profundamente implantados en nosotros desde la más tierna infancia. Su presencia actúa como una mutilación permanente del ser, más o menos completa, en nuestra capacidad de amar y de crear con nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestra inteligencia, la de darnos con todo nuestro ser. Y si, *antes* de darse en un acto que nos involucra totalmente (sea por una noche o un día, o por toda la vida...), la moderación es de recibo para estar seguros de darnos juiciosamente, en cambio en *el acto* mismo de amor (sea para "hacer el amor" o para "hacer mates",...), decididamente está de más: el que dirigía debe ahora retirarse en silencio, para dejar sitio a Aquél o Aquella que en nosotros ama y crea, y que en eso no tiene nada que aprender de nosotros...

Carpenter hace una crítica pertinente, tan válida hoy como hace cien años, de las innumerables formas en las que la sociedad imprime en el individuo una relación con el sexo profundamente distorsionada. Por lo que sé, fue el primero en hacer una tal crítica detallada,
N 401 profunda, de vasta envergadura, mientras que antes de él la gente se estrellaba, o se ◊limitaba a ejecutar escaramuzas ocasionales. ¡Pero no se puede estar en todas partes a la vez! Mientras se encarga de la sociedad y especula sobre lo que habría que cambiar, tiene los ojos fijos en ella, más que en la psique y en los efectos de la represión sufrida e interiorizada. Ésta actúa como un insidioso veneno, que se infiltra por todas partes en la sustancia viva de la psique paralizando en ella más o menos completamente la vida entera. No he encontrado en Carpenter una visión del conflicto en la psique del hombre, y de las raíces del conflicto que se enredan profundamente a través de todo el terreno del Inconsciente. Quizás le haya faltado sobre todo una visión clara de la existencia misma de un Inconsciente, del que *nadie* antes de Freud, parece ser, tenía sospecha alguna (por extraordinario que eso pueda parecer ahora). Es en esa ignorancia casi total del inmenso universo oculto del Inconsciente, y de las raíces del conflicto que arraigan profundamente en él (mientras que la mirada sólo se percata de las inflorescencias superficiales...) – es *ahí* donde veo la gran laguna en la visión de Carpenter del hombre y de sí mismo[1006]. (Hay que decir que

[1004] Ligado sin duda a la confusión que había en mi espíritu entre Eros y Dios, y también al hecho de que no comprendía claramente que hay en mí una instancia de esencia "espiritual" (que ahora designo con el nombre de "alma" o "espíritu", véase al respecto la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1), diferente tanto de Eros como del ego, a la que corresponde asumir con discernimiento la dirección de la "empresa familiar" que es la psique. Esas cosas no fueron plenamente comprendidas más que gracias a ciertos sueños que me las enseñaron expresamente, el pasado invierno 1986/87.

[1005] Quizás Neill fuera el primero en comprender eso totalmente, y tuvo la extraordinaria audacia de aplicarlo en su obra educativa. Volveré en la siguiente nota sobre la relación de complementariedad entre el pensamiento de Neill y el de Carpenter, sobre el papel del sexo en la educación.

[1006] Es evidente que Freud y Neill, cada uno en la dirección que le es propia, tuvieron una visión del conflicto en la psique humana incomparablemente más penetrante que la de Carpenter, cuya mirada parece volverse extrañamente superficial, cuando se detiene sobre una u otra de las manifestaciones de la división en el hombre. Por

aún hoy ¡en ese aspecto tiene numerosa compañía!) Y fue en esa dirección, sobre todo, en la que Freud llegó considerablemente más lejos que Carpenter y que cualquier otro antes que él. Ahí es donde la aportación de Freud fue más crucial, y permanecerá por siempre irreemplazable.

N 402

◊C) *Papel del sexo: "hacer el amor" es una creación*

Para el que, como Carpenter, haya visto que la energía que brota del sexo no es otra que la energía vital que hay en nosotros (la que misteriosamente "bombeamos" durante el sueño), está claro que la función del sexo no puede reducirse a la de la reproducción y la perpetuación de la especie. Sin embargo eso es lo que las "grandes religiones", animadas más o menos fuertemente por un espíritu antisexo y antiplacer, tienden a dar a entender. La contrapartida pura y dura de tal actitud, viendo en el impulso del sexo ni más ni menos que un impulso de búsqueda del placer, es apenas menos nociva y (me parece) todavía más aberrante[1007]. Como en todo acto creativo, el placer que lo acompaña no es el fin o la razón de ser del acto, sino que siempre "viene por añadidura" – y sólo se vive plenamente en tanto que no se lo busca. La búsqueda del placer por sí mismo, convertido en obsesión o cultivado y magnificado como un "arte", mata el verdadero placer[1008], y nos deja con un cadáver que termina por emponzoñar el ser en vez de

---

ejemplo sus observaciones sobre la pareja, sea la pareja ortodoxa hombre-mujer o la pareja "uraniana", dejan de lado la cuestión (¡bien grave!) de la división en la pareja, reflejo de la división en cada uno de los dos cónyuges. ¿Estaría ausente el conflicto en la pareja que formaba, durante casi cuarenta años, con George Merril? ¡Apenas podría creerlo! Igual me ha parecido el párrafo de apenas página y media que consagra al tema de los celos frustrantes, a fuerza de ser vago (al menos a mi parecer), o de limitarse a consideraciones sociales o históricas. Lo peor, es cuando llega a una confusión entre los movimientos que provienen del impulso amoroso, y los impulsos violentos que provienen del ego, interfiriendo con ésta para adecuarse a ciertos clichés culturales de los que (¡para mi inmensa sorpresa!) el mismo Carpenter no se ha desprendido totalmente. Así, cuando escribe (loc. cit. página 159):

> "Pienso que toda mujer, en el corazón de su corazón, *quiere* ser violada; pero por supuesto, por el hombre adecuado. Ése es [¿¿la violación consentida??] el cumplido [!] que es recibido con la mayor gratitud, pues es el más sincero; y ése es el cumplido más difícil de hacer – pues sólo el instinto más delicado puede decidir cuándo es apropiado; y cuando por desgracia es inapropiado, la causa está ipso facto perdida."

En el siguiente párrafo, se refiere al juego amoroso como a "batallas ficticias del sexo", y ve en el acto del amante despechado que mata a la mujer que ya no espera poseer, para tocarla conseguirla al menos de esa manera, una manifestación de la misma pasión del sexo, y no (como es realmente el caso) una degradación de la pasión por los impulsos de violencia y de posesión del yo, ávido de afirmarse a cualquier precio.
Ésos son los únicos pasajes, en todo lo que he leído de Carpenter, en que le veo prisionero de ciertos clichés, por otra parte hoy tan invasivos en la vida amorosa de todo el mundo, si no más, que en su tiempo. Se trata de la insidiosa amalgama amor-violencia, que, bajo una forma a menudo tácita, actúa como un veneno tenaz y corrosivo, en casi todas las parejas de cónyuges o amantes, y desnaturaliza (salvo en rarísimas excepciones) el sentido profundo de la vivencia amorosa y del acto en que culmina.

[1007]Sin embargo ésa es, por increíble que parezca, la actitud de Freud sobre el impulso amoroso, que trata (a imagen de la mentalidad corriente sobre la relación entre personas, en la "buena sociedad") ¡como una especie de búsqueda sistemática del "beneficio" máximo (en forma de "goce" o de "gratificación")! Ahí es dónde veo lo que bien llamaría "la aberración fundamental", en la visión de Freud de la psique y de Eros – un desconocimiento profundo de la naturaleza misma del impulso. Al revés que la que he expuesto en Carpenter (en la nota a pie de página precedente), que (por lo que he podido darme cuenta) permanece localizada en dos párrafos consecutivos de su libro sobre el sexo, esa aberración de Freud me parece casi omnipresente a través de su obra – como un acompañamiento falso que, con desconcertante tenacidad, se aferra cueste lo que cueste a los contrapuntos magistrales de una intuición justa y segura...

[1008]En modo alguno quiero lanzar un anatema sobre la búsqueda del placer en el juego amoroso. Nada más natural que una búsqueda común del placer, sobre todo cuando se inicia y se busca una intimidad, mientras sea ocasional (cuestión en suma de ajuste erótico de los amantes uno al otro...) y no se vuelva invasiva. Carpenter se expresa al respecto (loc. cit. página 102) con profundidad:

> "Los placeres del sexo son como un arquetipo de todo placer. La insatisfacción que a veces les sigue es la misma que sigue a todo placer que es *buscado*, que no viene sin ser llamado. La insatisfacción no se deriva de la naturaleza misma del placer, sino de la naturaleza de una tal *búsqueda*. Saliendo tras las cosas exteriores, el "Yo" (que en realidad lo tine todo y no necesita nada) se engaña a sí mismo,

nutrirle.

N 403 ◊Carpenter es el único, creo, en quien he encontrado, además de una comprensión espontánea de la naturaleza de la creatividad en general, el conocimiento de que el acto carnal, vivido en su plenitud, es una auténtica creación. Este acto puede verse como el acto creativo entre todos, el *Acto* arquetípico. Incluso cuando no haya concepción biológica de un nuevo ser, hay sin embargo una "obra" creada, cual un nuevo hijo que surgiese del abrazo; una obra también invisible, incluso inmaterial y sin embargo irrecusable, que misteriosamente se realiza en el alma renacida de los amantes...[1009]

N 404 ◊D) *Papel del "uraniano" en la sociedad: ¡todos somos unos "homos" que se ignoran!*

Como ya he subrayado anteriormente[1010], ésta es una cuestión que toca muy especialmente el corazón de Carpenter, a causa de los sufrimientos que tuvo que asumir por el hecho de que él mismo era de "temperamento uraniano" (u "homosexual"). El definía al uraniano como "un alma femenina en un cuerpo masculino, o viceversa", y se inclina a pensar que ese "temperamento" es congénito. En esa definición, no obstante sobreentiende, además, que el uraniano *sólo* es atraído sexualmente hacia personas del mismo sexo. Creo que cuando el término se toma en este sentido restrictivo, las observaciones concordantes de numerosos psicoanalistas muestran que que ese temperamento no es innato como pensaba Carpenter, sino que siempre se encuentran causas en las condiciones que han rodeado la primera infancia. Me parece muy probable que esa forma extrema de uranismo desaparezca, o al menos será muy rara, cuando la humanidad haya superado el estado de su presente "enfermedad infantil"[1011].

Por el contrario, Carpenter tenía la intuición profunda de este hecho crucial, que en *toda* persona, mujer u hombre, se encuentran íntimamente unidas, aunque sólo sea en estado latente, cualidades psíquicas tanto "masculinas" como "femeninas"; que además la presencia activa (y no sólo latente) de unas *y* otras, en una misma persona, se requieren para hacer de ella un ser

---

deja su verdadera morada, se parte en dos y acepta una laguna o un desgarro en su propio ser. Eso es, seguramente, lo que hay que entender por *pecado* – la separación o la división en dos de su propio ser – y todo el sufrimiento que lo acompaña. Eso consiste únicamente en *buscar* cosas y placeres exteriores; no (mil veces lo diré) en esas cosas o placeres exteriores por sí mismos. Todos son bien hermosos y gentiles por sí mismos; su lugar es rodear el trono y rendir homenaje – multitudes en fila tras fila – si queremos aceptarlos. Pero salir de nosotros mismos para correr tras *ellos*, permitir que seamos divididos y desgarrados en dos por *su* atracción, eso es una inversión del orden que reina en los cielos."

[1009]Carpenter escribe al respecto (loc. cit. página 164):

> "La regeneración es la clave del sentido del amor carnal – en primer lugar de ser renacido *en* el otro o *por* el otro; y sólo en segundo lugar de ser renacido a través de la concepción de un hijo."

(¡Cuesta conciliar esta percepción profunda del sentido del acto amoroso con los clichés, sin embargo de la misma pluma, señalados en una nota a pie de página anterior!) Y también (página 107):

> Pienso ... que los espermatozoides pasan a través de los tejidos y afectan al cuerpo de la mujer en su conjunto, igual que el hombre absorbe minúsculas células de la mujer; y que de manera general, incluso en ausencia de lo que se llama el Acto sexual, hay intercambio de elementos vitales y sutiles – de suerte que podría decirse que hay una especie de engendramiento que se realiza *en* cada uno de los dos partenaires, por esa influencia o conjunción, no menos real que esa generación más especial que asegura la propagación de la especie."

Véase igualmente, en Cosechas y Siembras, la nota "El Acto" (ReS III, n^o 113), donde evoco además el aspecto en cierto modo "complementario" de ese "nacimiento" que se realiza en el acto amoroso: éste es primero una *muerte*, antes de ser un *nacimiento*. Por eso, el acto es una profunda parábola del ciclo de la vida y de la muerte, el nacimiento que *sigue* a la muerte (y no a la inversa como tenemos tendencia a pensar): la vida eterna nace del vasto Regazo de su Madre, la Muerte...

[1010]En la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente la página N 371.

[1011]Para esa "enfermedad infantil", véase la nota "Las dos vertientes del "Mal" – o la enfremedad infantil" (n^o 43).

plenamente equilibrado, plenamente creativo. Por decirlo de otro modo: todos somos, por naturaleza, uranianos que se ignoran (cuando realmente se ignoran...), o más exactamente todavía: ¡uranianos reprimidos! Y es en eso, precisamente, donde reside nuestro poder creador...

La presencia de impulsos homosexuales reprimidos en numerosos seres considerados "normales" (¿e incluso en todos los seres?) fue observada mucho más tarde por Freud, y después
N 405 de él por numerosos psicoanalistas. No sé si ◊Freud vió que la "bisexualidad" psíquica es una condición esencial del equilibrio psíquico y de la creatividad, y hasta qué punto una represión demasiado exitosa de los trazos femeninos en un hombre, o de los trazos masculinos en una mujer, tiene consecuencias desastrosas a todos los niveles de la existencia, y especialmente ne el de la creatividad en general; que toda creación en el pleno sentido del término pone en juego *a la vez* al hombre y la mujer que hay en nosotros. Lo que es seguro, es que en nuestros días todavía hay pocos seres que lo hayan comprendido[1012], y también pocos seres en los que o bien el lado masculino, o bien el lado femenino no sea reprimido sistemáticamente. También en esta cuestión, particularmente oculta, delicada, crucial, me parece que Carpenter es uno de los grandes precursores en nuestro conocimiento del "A.B.C. del sexo".

Sin embargo tengo la impresión de que no llegó hasta el final de esa intuición crucial, y que no se dio cuenta de hasta qué punto la represión sexual, que pesa sobre el hombre para hacerle rechazar la mujer que hay en él, y sobre la mujer para hacerle rechazar el hombre que hay en ella, opera una extraordinaria *distorsión* de la naturaleza original de cada uno, mientras cada uno intenta mal que bien encajar en un *molde* fáctico[1013]. Desde este punto de vista e idealizando un poco[1014], el uraniano que quiere Carpenter sería más o menos la mujer o el hombre que, de una manera u otra, habría sabido substraerse a tal mutilación, el que habría sabido permanecer
N 406 fiel *a la vez* a los rasgos, cualidades y ◊fuerzas psíquicas femeninas *y* masculinas en su ser. Al menos ése es el caso, seguramente, para los "mejores" de ellos[1015]. Entre éstos, seguramente hay

[1012] Cuando descubrí ese hecho en mi propia persona, a la edad de cuarenta y ocho años (en 1976), no tenía conciencia de haber oído hablar jamás de eso – o de manera tan vaga y tan académica, ¡que daba igual! Hablo de ese descubrimiento en Cosechas y Siembras en la nota "La aceptación (el despertar del yin (2))" (ReS III, n^o 110).

[1013] Esta observación sobre la visión de Carpenter ha de añadirse a la hecha más arriba (en B) 3^o, cf. página N 401), sobre el carácter superficial, el borrón, del planteamiento del conflicto en el pensamiento de Carpenter. No hay lugar para asombrarse, o ser rigurosos con él: dudo que antes de Freud, a finales del pasado siglo, nadie haya tenido una visión menos "superficial" del conflicto en la psique humana que Carpenter.

[1014] En realidad, en los uranianos en el sentido en que lo entiende Carpenter, hay un rechazo (forzosamente inconsciente) de la componente "ortodoxa" de la pulsión sexual (la pulsión viril en el hombre, la pulsión femenina en la mujer). En algunos, ese rechazo va mucho más lejos: es el caso de los hombres "afeminados", de las mujeres "hombrunas". Eso no impide que en esos "mejores" entre los uranianos, que vamos a considerar, y haciendo abstracción del bloqueo de la atracción sexual hacia el sexo opuesto, no haya sin duda (como afirma Carpenter) una excepcional armonía psíquica yin-yang, y por eso mismo, una creatividad en el sentido pleno del término también excepcional. En él mismo ese equilibrio es patente, ¡y (como escribo algunas líneas más abajo) señal de un "logro humano" poco común!

[1015] Carpenter admite, visiblemente contrariado, que también hay uranianos que no forman parte de dichos "mejores", incluso dando a entender que algunos no tendrían la excusa de una disposición temperamental congénita de la que en modo alguno son responsables, sino que su inclinación particular proviene de una depravada curiosidad sexual, que la ley el bravo ciudadano repudiarían con toda razón. En algunos pasajes de su libro, se nota cómo pesa sobre él el inmenso peso del oprobio social prácticamente unánime sobre la homosexualidad, y que está como acorralado, bajo ese formidable empujón, y "suelta lastre" aquí y allá, haciendo lo que puede para conceder que el sentimiento público no es falso en toda la línea, a fin de no pasar él mismo por un chiflado totalmente delirante. En esos pasajes, no se sabe muy bien cuál es en Carpenter la parte de la prudencia táctica, y cuál es la de sus verdaderos sentimientos – y es probable que él mismo no se hubiera aclarado totalmente al respecto. Veinte o treinta años más tarde, algunos de sus amigos han deplorado, no sin cierta razón, ese "dar largas" ocasional. Pero el hecho es que en los años 90 del pasado siglo, era rigurosamente el único en Inglaterra que hablaba públicamente y seriamente de la cuestión del sexo, sobre la que entonces reinaba un silencio mortal. Él mismo dice en su autobiografía que le ha costado enormemente escribir su libro en ese ambiente, en que todo lo que dijese sería forzosamente cambiado de sentido y malinterpretado, que tuvo que reescribir cuatro o cinco veces numerosos pasajes. Lo extraordinario es que, a pesar de todo, un siglo más tarde ese libro sigue siendo (al

que contar a Carpenter, ¡en quien sería difícil, en efecto, no ver un logro humano excepcional!

Es desde esa perspectiva como Carpenter ve a los uranianos, o al menos a esos "mejores" de entre ellos, como estando predestinados a jugar un importante papel creativo en la Ciudad. Esos hombres y mujeres, cuya energía no es retenida por la tarea común de fundar una familia y de proveer a su mantenimiento y prosperidad, tienden a menudo a consagrar su vida a la creación de obras de naturaleza muy diferente: en las artes, las ciencias, la religión, las instituciones sociales, las ideas. Según él, y de acuerdo también con la visión de Walt Whitman, los lazos sentimentales de esos seres, lejos de ser para ellos un peso o una traba para su ímpetu creativo, tienen tendencia por el contrario a ser de tipo heroico y a darles alas, ¡para superarse en obras a los ojos del bienamado[1016]!

N 407 ◊Esas intuiciones de Carpenter, que tienden a restituir a los uranianos un lugar reconocido y respetado en la sociedad, como el que tuvieron en civilizaciones más antiguas y menos represivas que la nuestra, guardan toda su actualidad hoy en día. Las prevenciones contra la homosexualidad, y las inveteradas inhibiciones que las acompañan, aunque se debilitan gradualmente de generación en generación, todavía están muy lejos de haber perdido su poder[1017]. Sólo añadiré que esa armonía tan esencial de las cualidades masculinas y femeninas en un mismo ser no implica necesariamente, en un hombre, que no sea atraído poderosamente por las mujeres, ni a la inversa en una mujer; sino solamente, a lo más, que igualmente sea sensible, de manera más o menos fuerte, más o menos consciente, a la atracción carnal hacia personas del mismo sexo.

N 408 Sería pues, en suma, ◊un "uraniano potencial", que, según el temperamento y las circunstancias, asumirá quizás llegado el caso un episodio o una relación amorosa con una persona de su mismo sexo, o que por el contrario se abstendrá durante toda *su* vida, pero sin renegar por ello de esa componente de *su* sexualidad. Si tengo aquí que formular una reserva vis a vis de la visión de

---

menos a mis ojos) uno de los libros mayores sobre la sexualidad, y uno de los grandes libros de nuestro tiempo.

[1016] No tengo la impresión de que fuera pura idealización, por el bien de una causa particularmente difícil. Parece que Carpenter habla por experiencia, y además da llamativos ejemplos históricos en su segundo libro sobre el tema del sexo (ya citado en la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil", n^o 96), "Intermediate Types among primitive Folk" (publicado en 1914, veinte años después del primero).

[1017] Un signo elocuente, entre muchos otros, de la vivacidad de esas prevenciones todavía en nuestros días, es que el mismo A.S. Neill no está totalmente exento. Eso aparece en las diversas ocasiones en que roza de pasada la cuestión de la homosexualidad, en su libro (largamente comentado ya) "Niños libres de Summerhill", pero también el libro posterior "Liberty, not Licence". (Mal traducido, siempre por la misma traductora poco concienzuda, como "La liberté, pas l'Anarchie", y publicado en francés con ese título.) Aunque deplora como una barbaridad las leyes que, en Inglaterra y en muchos otros países, reprimen la homosexualidad (a menudo con penas muy pesadas), estima sin embargo (¡y afirma como algo casi evidente!) que la inclinación homosexual sería una especie de neurosis, y que los que la siguen "sólo se hacen daño a sí mismos" (pero no a la sociedad, que no tiene que mezclarse en eso). Poco inclinado a la lectura ni a la reflexión histórica, no debió leer lo que un hombre particularmente bien situado como Carpenter tenía que decir sobre esa cuestión, ni darse cuenta de hasta qué punto las actitudes vis a vis de la homosexualidad eran diferentes en las culturas llamadas "paganas", exentas de la obsesión del "pecado original" que ha marcado a la religión judaica y, todavía más, a la religión cristiana. Ésta le marcó profundamente (según su propio testimonio), y aquí se verifica, me parece, su propia afirmación: que de tales marcas recibidas en la niñez, siempre queda algo durante toda la vida...

No obstante creo en su palabra cuando dice que en Summerhill no hubo ambiente represivo vis a vis de la homosexualidad, no más que vis a vis de ninguna otra expresión de la sexualidad. En los niños llegados de otras escuelas, donde habían adquirido inclinaciones homosexuales, éstas habrían desaparecido sin dejar rastro durante su vida en Summerhill. Si es verdad que no había ninguna presión tácita en ese sentido por parte del "medio Summerhill", y visto que neill es un observador particularmente perspicaz, eso parece indicar que la inclinación homosexual sería un puro producto de la represión sexual, y sugiere que tal vez haya sido así también en las innumerables sociedades en que la homosexualidad no era reprimida, y gozaba de un status social particular. (pues hasta ahora, en *todas* las sociedades conocidas sin excepción, la represión sexual ha existido en una forma u otra, a menudo muy diferente una de otra...) Pero sólo el futuro, con la eclosión de sociedades no represivas como la realizada a microescala en Summerhill, es el que dirá dónde está lo verdadero y dónde lo falso en esta delicada cuestión.

Otro "ejemplo elocuente de la vivacidad de los prejuicios" y de los reflejos adquiridos vis a vis de la homosexualidad: yo mismo tuve sobre este tema una actitud muy ambigua y muy dividida durante la mayor parte de mi vida. Pero hablar aquí de forma más detallada decididamente me llevaría muy lejos. ¡Queda "para otra ocasión"!

Carpenter, únicamente es porque tiene tendencia, me parece, a creer que debería ser todo de uno o todo de lo otro: o bien estaríamos atraídos *sólo* por el sexo opuesto, o *sólo* por nuestro propio sexo – ¡para lo mejor y para lo peor!

Además Carpenter constata que no es raro que un uraniano se case y funde una familia. Según sus observaciones, eso sería siempre bajo la presión del medio ambiente, y en contra de los deseos profundos del interesado. Quizás sea así sólo porque los deseos prohibidos "se vengan", manifestándose con una fuerza más imperiosa, más lancinante que los deseos que pasan por lícitos. También es previsible que en una sociedad no represiva vis a vis de las tendencias homosexuales, veremos desplegarse un abanico de tendencias mucho más rico y matizado que el sempiterno "todo blanco o todo negro" que nos describe Carpenter.

E) *El sexo en la educación: las dos iluminaciones*

Por lo que sé, Carpenter jamás estuvo en una situación de educador vis a vis de un niño. Se tiene la impresión de que su comprensión de los principales problemas en la educación viene sobre todo de su propia experiencia de niño expuesto a una "educación" desastrosa, y de las observaciones que pudo hacer en las escuelas en que fue alumno, corroboradas por las observaciones similares hechas por otros. Insiste sobre la importancia de dar al niño y al adolescente todas las aclaraciones que pueda desear su legítima curiosidad sobre el cuerpo y sobre el sexo. Se trata de informarle (adelantándose si fuera necesario a su pregunta) sobre los principales hechos que puedan interesarle, tanto sobre el aspecto fisiológico del sexo como sobre su aspecto afectivo. Normalmente, esos hechos no causan ningún daño al niño – el daño sólo viene del ambiente malsano de escabroso misterio con que los adultos suelen rodear lo que atañe al sexo. En este punto, Carpenter coincide con Neill quien, unos veinte o treinta años más tarde, constata que la "sexualidad infantil" expuesta por el psicoanálisis es, en muy gran medida, un producto de la represión sexual ejercida sobre el niño: una información completa, que responda paso a paso a
N 409 las preguntas tácitas o expresas del niño, tiene como efecto que se desvanezca rápidamente ◊la desmesurada importancia (consciente o inconsciente) que tenía tendencia a dar al tema, que se le había presentado a su alrededor como "prohibido", tenebroso, peligroso, incluso maléfico...

Sin ser el menos contaminado del mundo por la habitual actitud "moralizante" sobre el sexo, Carpenter estima que es deseable que los niños y adolescentes se abstengan de actividades sexuales. Aconseja, si fuera necesario, recomendarles la moderación sexual, por supuesto explicándoles las razones. Piensa en efecto que a la edad en que el cuerpo y el psiquismo aún están en formación, la actividad sexual representa un gasto de energía perjudicial para el desarrollo[1018]. Especialmente estima que la "satisfacción solitaria" es fuertemente desaconsejable. Sobre todo es aquí donde se presenta una divergencia flagrante entre Carpenter y Neill, el cual insiste sobre la importancia *de evitar toda interferencia* del adulto en las veleidades de actividad sexual de los niños[1019].

Sin embargo me parece que esa divergencia es menos absoluta de lo que parece a primera vista, que corresponde más bien a iluminaciones diferentes de la misma cuestión, aunque la importancia, desde un punto de vista práctico, entre los comportamientos preconizados por uno y otro no deban minimizarse en ningún caso. Neill constata que toda intervención del adulto, incluso la que pretendiera ser "no coercitiva" y se limitase a consejos perfectamente bien fundados etc., no hace más que multiplicar la atracción oculta de una actividad sentida desde entonces (con razón o sin ella) como "prohibida". Ésa es una observación fundamental, fruto de la larga experiencia de un observador de excepcional perspicacia, y no puede ser puesta en duda y rechazada. Carpenter, como todo el mundo en su tiempo (y todavía hoy, salvo entre un

[1018] Volveré sobre este importante asunto en la siguiente nota.

[1019] La única excepción a esa regla, en la práctica pedagógica de Neill, está dictada por razones "prácticas" evidentes, cuando se trata de niños bastante grandes con riesgo de embarazo, con todas las consecuencias que eso implica. Volveré sobre ello más adelante.

puñado de gente bien informada) sobreestimaba la atracción natural del juego sexual en el niño, al no haber podido observar, como Neill, cuál es el comportamiento de un niño en un medio totalmente no represivo (toda vez que se haya desquitado de una buena vez, si fuera necesario). Sólo en un ambiente represivo se crea, tanto en el niño como en el adulto, la relación más o menos obsesiva con el sexo que nos es familiar, y la tendencia a librarse a una actividad sexual abusiva, al adquirir ésta las fascinación irresistible del "placer prohibido". Por el contrario en un ambiente
N 410 de libertad, en el hombre como en los animales y a cualquier edad, se produce ◊una regulación automática, de suerte que cuando hay actividad sexual, ésta siempres está perfectamente bien adaptada a las posibilidades y necesidades fisiológicas y psíquicas del momento[1020]. ¡Ésta es la razón por la que el "desenfreno" es desconocido en los animales! La divisa inicial de Neill, es que el niño es por naturaleza "bueno" y sano, que se vuelve malo y se desvía sólo por efecto de una educación represiva. Esta divisa significa "confiar en la naturaleza", y aquí claramente es el mejor guía. Neill ha sido sin duda el primero en la historia de nuestra especie en tener un presentimiento tan claro, y el primero, en todo caso, en dar la demostración a base de una vida.

Está fuera de duda que Carpenter había hecho suya desde hacía mucho tiempo la divisa de Neill. Pero no se da cuenta como Neill de los mecanismos psíquicos creados en el niño por la represión sufrida[1021], y que hacen que los consejos que le hubiera dado a un niño o a un adolescente desorientado tuvieran todas las papeletas para añadirse simplemente a la represión ya sufrida e interiorizada, y de ir así en contra del fin perseguido; mientras que para un joven educado en un ambiente de libertad, ¡esos consejos son de todas formas enteramente inútiles! Además no hubiera dejado, seguramente, de darse cuenta antes o después, si hubiera tenido que asumir durante años la educación de un grupo de niños. Pero de nuevo aquí: a cada vida le basta su afán...

Sobre todo es para el niño donde no puede haber duda de que la manera de ver y el comportamiento de Neill son los más realistas y los más razonables. Quizás no sea ya así cuando se trate de un adolescente. Además en ese caso, Neill se ve obligado, ¡ciertamente a su pesar! a pedir moderación a sus alumnos, a causa de "razones prácticas" ya mencionadas (so pena de un escándalo público, y de encontrarse con un proceso a sus espaldas y su escuela cerrada...). Seguramente Carpenter diría, y con razón, que también hay otras consideraciones además del mero temor a un escándalo y a sus consecuencias, que deberían ser invocadas ante los jóvenes
N 411 cuando se trata de hablarles de *su* responsabilidad, cuando se involucran en ◊una relación que pudiera llevar a un embarazo. Después de todo, concebir y engendrar un nuevo ser quizás tenga una dimensión de muy distinto orden que la de un revuelo provocado por unos padres alocados. Es cierto que a menudo las pequeñas partes de un problema tienden a ocultarnos las grandes – ¿pero el papel del educador es el de abundar en ese sentido? Y la cuestión esencial aquí, ¿no es más bien la de saber si esos jóvenes se sienten capaces de asumir la responsabilidad de una paternidad o de una maternidad, y están dispuestos a hacerlo? ¿O si no la, de muy distinto orden pero quizás apenas menos pesada, de un aborto? Neill decía, es cierto, que si no temiese ver cerrada su escuela al día siguiente, distribuiría anticonceptivos a sus alumnos chicos y chicas en edad núbil. Pero incluso suponiendo que pudiera hacerlo sin riesgos prohibitivos, eso no haría más que desplazar el problema para los jóvenes. ¿Estarían dispuestos a desnaturalizar con el uso de preservativos la naturaleza espontánea del juego amoroso al que aspiran, o (en el caso de "la píldora") a correr el riesgo de efectos secundarios desconocidos para la chica? Y si es así, están dispuestos uno y otro a asumir las consecuencias de una aventura amorosa que quizás crean "gratuita" (como todos nosotros tan a menudo tenemos tendencia a imaginarnos en nuestras

[1020](7 de diciembre) Aquí me he precipitado un poco, y hecha la reflexión, constato que habría que exceptuar al hombre adulto, o al joven que, después de la pubertad, se acerca a la edad adulta. Volveré sobre esto tácitamente más adelante, y sobre todo en la siguiente nota.

[1021]Ésta es otra ilustración de la relativa ignorancia de Carpenter sobre el conflicto y los mecanismos del conflicto en la psique, que ya hemos señalado anteriormente.

propias aventuras...), sin darse cuenta de que juegan con una fuerza muy poderosa, y que ni ellos mismos ni nadie podría decir hasta dónde va a llevarles.

Anticonceptivos o no, a medida que el niño se acerca a la edad adulta, la pasión tenderá a tomar el relevo de la simple curiosidad y del juego, y cada vez más se le planteará al joven la cuestión siempre delicada, siempre diferente de un caso a otro, de la respuesta a las peticiones del deseo sexual, o del cauce que se le quiera dar (en la medida en que se le puede fijar un "cauce"). Según el caso, se puede errar por exceso de moderación, o por exceso de asentimiento al deseo. Y, ciertamente, es necesario y natural cometer *sus* errores, para hacer *su* aprendizaje. Pero para poder aprender de sus errores, hay que discernir que hay un problema, y materia para ejercitar su discernimiento. El magnífico avance logrado por Neill como educador, es haber comprendido
N 412 y demostrado que en los niños[1022], la cuestión de un ◊control o de una "moderación" del sexo (sin hablar de represión) es una falsa cuestión, que sólo había "que dejar correr", dejarles a ellos mismos (limitándose sólo a informarles si fuera necesario). Pero se diría que su mensaje a los adolescentes no iba más allá de: si podéis tener placer unos con otros sin cerrar mi escuela (¡Dios no lo quiera!) y sin echaros mucho a la espalda a vuestras familias respectivas, incluso a todo el mundo, ¡id con alegría y sin pensárselo dos veces! Como si ignorase que en la persona adulta o cercana a la edad adulta (igual que en él mismo, Neill), la relación con la poderosa pulsión del sexo pone en juego de forma delicada y esencial su responsabilidad y sus facultades de discernimiento; o como si a cualquier precio tuviera que no hacer nada para disipar tal ignorancia en sus alumnos. Aquí es donde Carpenter da muestra de una comprensión más ajustada y más profunda de las necesidades del adolescente, llamado a realizar el aprendizaje de un tipo de responsabilidad y de discernimiento a los que *nada* en la sociedad ambiente (¡ni siquiera en la célebre "escuela libre de Summerhill"!) le preparará jamás.

Reencuentro aquí, pero bajo una luz nueva e inesperada, un cierto propósito deliberado en Neill, que ya había constatado anteriormente[1023]: el de ignorar cueste lo que cueste, incluso en el niño grande, lo que pudiera llamarse la "dimensión espiritual" de la existencia humana, y el aspecto "espiritual" de innumerables cuestiones a las que ese niño o ese adolescente no podrá dejar de enfrentarse. Sin duda, ese propósito deliberado es una consecuencia de la aversión de Neill al discurso moralizante, ese discurso que había emponzoñado su infancia, atormentado por la idea del pecado y del infierno. El extraordinario avance logrado por él fue sin duda, entre otras, una saludable reacción de revuelta tardía contra un tal discurso, y contra el odio y el miedo al sexo que lo anima y que él perpetua.

En cuanto a Carpenter, al que tampoco le han ahorrado las fechorías del discurso moralizador, su "reacción" ha tomado vías muy diferentes y más "suaves"[1024]. No está más inclinado que el mismo Neill a ese tipo de discurso. Pero no por eso se vuelve víctima de una fobia, que
N 413 iría hasta ignorar ◊o negar la realidad que el discurso reclama por impostura y falsificándola:

[1022]Pienso que esa línea de conducta de Neill es la única indicada hasta la edad de doce o trece años, más precisamente hasta la pubertad. En ese momento se produce un importante viraje en la relación del adolescente con su sexualidad, seguramente en relación con la facultad recién aparecida de procrear, y con las responsabilidades que eso implica (sean éstas percibidas conscientemente o no). Es entonces cuando la actitud pedagógica de Neill, incluso en el mero plano de la sexualidad, me parece insuficiente, y que por el contrario la de Carpenter, y sobre todo el espíritu que la anima, se vuelve una necesidad.

[1023]En las tres secciones consecutivas n^{o}s 93–95, y sobre todo en las dos últimas "Neill y el bombardero – o la-felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión" y "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...".

[1024]Claramente se nota en las personas de Carpenter y de Neill, magnificamente equilibradas la una como la otra, un predominio (o "tono de base") *yin* en Carpenter, y *yang* en Neill. En su autobiografía (cf. "Selected Writings", página 80) Carpenter escribe sobre sí mismo:

> "Yo no fui jamás un niño atrevido o turbulento. Tímido y sensible, a mi espíritu desgraciadamente le faltaba la inestimable virtud de la rebeldía. Sufría, y era lo bastante estúpido para creerme equivocado."

esa realidad que llamo "espiritual"[1025]. Sobre todo es por ese "awareness", por esa viva percepción de un aspecto crucial de las cosas que todo el mundo tiene tiende a ignorar o negar (y en los medios llamados "religiosos" tanto como en los demás) – es por eso que Carpenter está en disposición de enseñar al hombre de hoy cosas vitales para nuestra comprensión de nosotros mismos, incluyendo el tema crucial de nuestra relación con el sexo; cosas que ningún otro hombre haya quizás comprendido mejor ni haya expresado mejor que él.

(101) El afecto en la educación, ésa es la revolución

(5 y 6 de diciembre)[1026] Finalmente, esa "enumeración lacónica" que me proponía hace de corrido, sobre ciertos puntos que me han parecido importantes en el pensamiento de Edward Carpenter sobre el sexo, se ha convertido en una especie de "A.B.C. del sexo" en cinco capítulos, a lo largo de tres día y en veinte páginas bien servidas. Y todavía hay uno de esos "puntos" que se ha quedado colgado, y que sin embargo interesaba mucho a Carpenter como para consagrarle un capítulo entero de una docena de páginas, en su libro ampliamente citado "Love's Coming of Age" ("Cuando el Amor alcanza la mayoría de edad"). Es el penúltimo capítulo del libro, "Sobre el afecto en la educación". Se encuentra en la segunda parte del libro, llamada "El sexo intermedio" (o "el tercer sexo"), y está situado entre los dos capítulos "El cariño uraniano" y "El lugar del uraniano en la sociedad"[1027].

N 414 ◊Ciertamente no fue al azar como Carpenter eligió ese contexto fuertemente "uraniano" para situar su reflexión sobre el tema a menudo desdeñado, desterrado o incluso vilipendiado (y sobre todo en Inglaterra en el último siglo) del papel del afecto en la educación. Era una forma de "meter la pata" sin llamar mucho la atención. En todo caso, es un hecho innegable y de fácil observación (y que Neill tampoco dejó de notar en su escuela como en las otras), que las amistades electivas que se anudan en la escuela y que a menudo se mantienen en la edad adulta durante toda la vida, ligan ante todo un chico con un chico, una chica con una chica. Sobre todo es a partir de la pubertad cuando los chicos comienzan a interesarse en las chicas, y viceversa. Las amistades más o menos amorosas que entonces se hacen y se deshacen tienen a menudo un carácter más contingente, y menos personal, menos incondicional y confiando sin reservas, menos durable también que las fuertes amistades trabadas con niños del mismo sexo antes de la pubertad. En tiempos de Carpenter, la regla era más bien que padres y educadores se alarmaran de una tal amistad, sobre todo entre dos chicos y cuando, además, se exteriorizaba con señales de ternura a nivel corporal. Parece que al menos en los medios acomodados en los que Carpenter fue educado, tal cariño más o menos apasionado entre dos chicos o entre dos chicas (en las que era más fácilmente tolerado), era cosa bastante frecuente. Supongo que eso era una compensación a una educación mucho más represiva y afectivamente exangüe, en la Inglaterra puritana del último siglo, que a la que ahora estamos acostumbrados. Seguramente, cuando un niño busca en otros niños la satisfacción de la necesidad espontánea y vital de recibir y de dar ternura, es que afectivamente está destetado en su relación con los adultos más cercanos. Ése fue claramente el caso del mismo Carpenter, y seguramente también el de la mayoría de sus camaradas en la escuela. Lo asombroso, es que jamás lo diga ni siquiera lo dé a entender. Ahí

[1025]Carpenter, igual que antes Whitman y Bucke, apenas usa el término "espiritual", que sin duda tenía mala prensa en el último siglo, fuera de los medios religiosos. (En nuestros días, todavía ése es el caso en numerosos medios, y especialmente en los medios científicos.) Había tendencia a hablar más bien de la "naturaleza moral" del hombre, en lugar de su "naturaleza espiritual". Pero hoy, el término "moral" me parece todavía más usado y desacreditado que el término "espiritual". No conozco equivalente en francés de ninguno de esos dos términos, y lo que expresan no puede y no debe ser eliminado de la vida humana. Además en modo alguno son sinónimos: lo "moral" es un aspecto, entre una infinidad de otros, de lo "espiritual".

[1026]Continuación de la nota anterior "El A.B.C. del sexo (en cinco coplas)".

[1027]Títulos en inglés "The homogeneous Attachment" y "The Place of the Uranian in Society". El término "homogéneo" (en "cariño homogéneo", "amor homogéneo" etc.) es el eufemismo generalmente utilizado por Whitman (pero no inventado por él) para "homosexual". No he encontrado la expresión "uraniano" en los textos de Whitman que tengo a la vista.

debió tener un "blanco" en su percepción de una realidad muy cercana, señal de su rechazo a admitir que sus padres hayan podido fallar hasta tal punto en lo esencial de eso que él, su hijo, necesitaba (y que sin embargo él logró a fin de cuentas, ¡pero con cuánto dolor! superar...)[1028].

N 415 ◊En mi propia experiencia de la escuela, tales muestra de ternura, o de atracción a nivel corporal, me parece que fueron muy excepcionales entre chicos (pero seguramente no entre las chicas). Aparentemente Neill tampoco tuvo ocasión de observarlo en Summerhill. Esto va en el sentido de la impresión de antes, que es el carácter particularmente represivo y afectivamente estéril del medio familiar y social el que sobre todo sería causa de una tal nota tierna o carnal en el cariño mutuo entre dos chicos, mientras que entre chicas sería algo bastante común incluso en ausencia de toda presión psíquica.

Pero si es correcto ver la afectividad en el ser humano como una de las inmediatas manifestaciones "sublimadas" de la pulsión del sexo, hay que admitir que todo afecto verdadero que liga a dos seres, incluso en ausencia de todo signo de una ternura corporal consciente y expresada, es una manifestación de la pulsión; y por eso mismo, que todo afecto entre dos seres del mismo sexo: entre dos chicos o dos chicas, o entre dos hombres o dos mujeres, o entre un niño y un adulto del mismo sexo – que en todos esos casos, al igual que en el afecto entre dos seres de sexo opuesto, la pulsión del sexo actúa secretamente, que ese afecto es pues de esencia "homosexual"; y esto incluso en los casos (ciertamente los más numerosos con mucho) en que esa relación no se acompaña en uno ni en otro de la menor traza de pensamientos o de deseos consciente (ni siquiera tal vez inconscientes) de lo que se llamaría "sexuales". Eso es ◊lo que me sugieren mis propios sueños, y no dudo que todo psicoanalista experimentado, y que además haya superado en su propia persona los miedos habituales ante las realidades del sexo, confirmará esta forme de ver. Así la forma extrañamente audaz de Carpenter de situar su tema, al límite (pudiera pensarse) de la provocación gratuita, o debida tal vez a una preocupación fuera de lugar de abogar por la causa de los "uranianos" y del "hecho uraniano", en modo alguno es provocación o torpeza involuntaria, sino que corresponde a una intuición correcta y profunda, muy adelantada a su tiempo. Y seguramente hacía falta un raro coraje para afirmar esa intuición de forma tan flagrante, en tiempos que (por decir poco) no animaban a ello. Pero es de temer que esa forma tácita de presentar el tema no haya facilitado precisamente la audiencia...

N 416

Desde las primeras líneas y a través de todo el capítulo, Carpenter insiste sobre el papel irremplazable del afecto en la educación, y muy particularmente sobre el de las amistades afec-

[1028] En todo el libro "Love's Coming of Age", cuando Carpenter ocasionalmente se refiere a sus recuerdos escolares, no hay ninguna alusión a su vida familiar – como si ésta fuese deliberadamente borrada. Y más chocante aún, en todo el capítulo sobre "el afecto en la educación", jamás hace alusión al afecto que podría o quizás debería reinar *en la familia*, donde se realiza casi toda la primera fase, y la más esencial, de "la educación"; sino siempre y exclusivamente de afectos trabados en *la escuela*. En las pocas páginas de la autobiografía de Carpenter, "My Days and Dreams", incluidas en los "Selected Writings", Carpenter es más locuaz sobre las condiciones familiares que rodearon su infancia. Desde la primera página (loc. cit. página 79), aún asegurando que sus padres eran "las mejores personas del mundo", escribe que aún estando colmado de todas las superficialidades de la vida en una familia acomodada,

> "... a pesar de todo, en mi casa, nunca me sentí realmente en mi casa. Quizás fuera exageradamente susceptible; pero el caso es que me sentía un extraño, un fracaso, y un hazmerreir.
> ... Odiaba esa vida, y en ella me sentía miserable – las cosas convencionales en las que el corazón está ausente, las observancias idiotas – pero jamás hubiera imaginado, jamás se me ocurrió, que pudiera existir *otra* vida. Estar perseguido por el miedo a las apariencias – lo que la gente diría sobre la forma de vestir o de expresarse – estar siempre con el temor de cometer trasgresiones involuntarias de reglas invisibles – he ahí lo que en mi infancia parecía ser la condición normal de la existencia; hasta tal punto que jamás hubiera soñado en escapar de ella. Sólo rogaba a Dios que llegara el tiempo en que me fuera concedida la gracia de desaparecer sin reproche. Tímido y sensible, a mi espíritu desgraciadamente le faltaba la inestimable virtud de la rebeldía. Sufría, y era lo bastante estúpido para creerme equivocado.

tuosas, incluso apasionadas, sea entre dos niños, sea entre un niño y un educador[1029]. Escribe al respecto ("Selected Writings", página 227):

> "Tenemos pues en la educación en general, me parece (se trate de chicos o de chicas), que ocuparnos de dos corrientes que no pueden ser ignoradas, sino que deberían ser reconocidas con naturalidad y dirigidas en la buena dirección. Una de esas corrientes es la de la amistad. La otra es la de la curiosidad del joven por el tema del sexo."

Como ya hemos dicho, Carpenter reconoce que esa curiosidad es perfectamente legítima y ha de ser satisfecha. En modo alguno se sigue de un deseo equivocado y obsesivo de "hacer como los mayores" librándose a una actividad sexual (prematura, y como tal perjudicial para el desarrollo del niño) – al contrario, son los obstáculos que se le ponen a esta curiosidad los que la desnaturalizan y desvían. Normalmente, el deseo propiamente sexual no aparece hasta la pubertad, sin que entonces adquiera el habitual carácter obsesivo, suscitado por la actitud ambigua del medio ambiente vis a vis del sexo. Antes de esa edad, y en gran medida incluso después de esa edad todavía, la expresión espontánea y natural de la fuerza del sexo en el niño y en el adolescente se encuentra naturalmente canalizada en la primera de las dos "corrientes" que nos
N 417 señala Carpenter, la del afecto y de la amistad; amistad sea ◊entre dos niños de parecida edad, sea entre un niño y otro mucho mayor, que hace de modelo y de referencia, sea en fin y más raramente, entre un niño y un adulto[1030]. A este respecto, es notable que la actividad sexual propiamente dicha, y más particularmente la copulación y la procreación, se pierda en el hombre a una edad mucho más avanzada que en ninguna otra especie animal. Seguramente hay ahí una "intención" (de "la Naturaleza", o del "Creador"...) de hacer servir la energía sexual, hasta una edad relativamente avanzada, exclusivamente al desarrollo de las facultades afectivas de la psique. Éstas pertenecen a un nivel de la existencia superior al de la sexualidad bruta, y en las diferentes especies animales, permanecen confinadas a un estado incomparablemente menos refinado que en el hombre.

Hablando de la actividad sexual prematura en el niño, Carpenter escribe (dos párrafos más arriba del que se acaba de citar):

> "Y además, eso [el hábito de tales actividades precoces] significa una interrupción en la capacidad de afecto. Creo que el afecto, el cariño – sea hacia uno de los sexos o hacia el otro – normalmente brota en el joven espíritu bajo una forma totalmente difusa, ideal, emotiva – una especie de ansia y de admiración como ante algo divino[1031] – sin que haya pensamiento bien definido o una conciencia clara del sexo. El sentimiento se extiende y llena, cual marea que sube, los menores intersticios de la naturaleza emocional y espiritual; y cuanto más se retrase (dentro de unos límites razonables por supuesto) el momento en que ese sentimiento se dirija claramente hacia el sexo, tanto más tiempo dura ese periodo de crecimiento y desarrollo emocionales, y mayor es la delicadeza y la complexión y la fuerza del carácter que resulta. Toda nuestra experiencia enseña que una dedicación demasiado precoz al sexo devalúa y debilita la capacidad afectiva."[1032]

[1029] Se trata siempre del cariño afectuoso de un niño a un maestro o a una maestra de la escuela. El caso del cariño de un niño hacia su madre o su padre no es evocado en ninguna parte...

[1030] Véase la nota a pie de página precedente.

[1031] Esa idealización etérea y divinizante del ser amado me parece típica de un afecto que ha sido expuesto a una represión más o menos severa, y no ha podido expresarse espontáneamente vis a vis de los seres familiares del entorno.

[1032] Es exagerado decir, como lo hace Carpenter, que una actividad sexual precoz, incluso desordenada y excesiva, significa una "interrupción" pura y simple en el desarrollo del niño, y especialmente en su capacidad afectiva. No obstante, todo lo que sé sobre este tema, por experiencia, por observación o por el testimonio de terceros, va completamente en el sentido de las observaciones de Carpenter en el pasaje citado. Incluyendo también la última

N 418 ◊Aclarado esto, Carpenter subraya que toda represión ejercida en contra de esa "corriente afectiva" en la vida del niño, represión a menudo motivada (sobre todo en su tiempo y en los medios en que se crió) por un temor obsesivo al sexo, tiende a constreñir a la energía sexual a rebajarse prematuramente al nivel más tosco de una actividad sexual propiamente dicha, por supuesto clandestina y desde entonces tachada con todas las connotaciones obscenas y vergonzosas que eso implica. Y una vez arrinconada en ese oscuro reducto de las satisfacciones ocultas a hurtadillas, ¡la fuerza del sexo resiste cualquier tentativa coercitiva, por violenta que sea, para desalojarle! Carpenter evoca con medias palabras, pero sin embargo muy claramente
N 419 para quien sepa leer, el estado de las ◊costumbres y las mentalidades entre los niños de los internados de su tiempo[1033]. ¡Ése es el "reverso"-podredumbre del puro "anverso" de la austera medalla puritana! Para meditar...

Por lo que pude entrever como alumno externo en un liceo francés en Mende, a principios de los años cuarenta, no parece que en el siglo que había transcurrido desde la infancia de Carpenter, y cruzando el Canal de la Mancha desde la severa Inglaterra puritana hacia la dulce Francia, con fama de picante y verde, las cosas hayan cambiado mucho.

En todo caso, Carpenter se da perfectamente cuenta de que es la represión sexual la que crea en el niño la inclinación más o menos obsesiva a las actividades sexuales prematuras[1034],

---

frase bastante tajante, pero sólo a condición de precisar que se trata de una "dedicación al sexo" que tendría proporciones excesivas, y no de *toda* traza de actividad sexual en el niño (especialmente la más común de todas, que es la "satisfacción solitaria"). Si hay pues que hacer una reserva, es sólo que en esta cuestión delicada y espinosa donde las haya de la actitud del adulto del adulto vis a vis de la sexualidad del niño, Carpenter no ha sabido matizar su pensamiento, sin dejarse arrastrar por los prejuicios universalmente admitidos.

En su autobiografía, Gandhi hace observaciones muy similares, esta vez *en contra* de los usos bien establecidos en la India en los medios de los que provenía: constata el desastroso efecto de las bodas de niños y de una vida conyugal a una edad muy precoz, en que la formación de la personalidad no está terminada. Es evidente que esas observaciones no se deben a ninguna mojigatería sobre la cuestión del sexo.

La mamá de una niña de tres o cuatro años me confió que, sin ver en ello malicia, la hizo participar en los juegos amorosos con su amante. Como era previsible, los efectos fueron desastrosos, y la madre se dio prisa en cortar por lo sano tales fantasías eróticas. Afortunadamente (por lo que sé) no dejaron secuelas visibles. Debería ser una regla absoluta en el "A.B.C. del sexo" de un adulto, no dejarse arrastrar en ningún caso a un juego sexual con un niño. (En cuanto a lo que pase en nuestros sueños, ésa es otra historia, no hay que tomárselo en serio ni asustarse...) Por el contrario, me parece importante que los padres no duden en mostrarse desnudos delante de sus hijos cada vez que se presente la ocasión. La actitud inversa, señal de inveteradas inhibiciones ante la desnudez (todavía casi-universales en nuestros días), no dejaría de comunicar a los hijos esas mismas inhibiciones. Educar a los hijos, eso es también y sobre todo educarse a sí mismo...

Volviendo a los graves inconvenientes de una actividad sexual precoz excesiva, en cuanto a Neill, pasa totalmente en silencio sobre este aspecto que Carpenter subraya con razón. (Pero dándole un peso demasiado absoluto y creyendo poder sacar una justificación para ciertas actitudes represivas tradicionales.) Es cierto que en los niños que no han llegado a la pubertad, el problema *no se plantea* en un "régimen de libertad" como el de Summerhill: la actividad sexual del niño, cuando hay tal actividad, se autoregula y no interfiere con su desarrollo. Pero dudo mucho que también sea así después de la pubertad. Después de todo, y a juzgar por mi experiencia personal, incluso entre nosotros los adultos e incluso entre los más "liberados", ¿la cuestión de la necesaria moderación no plantea a veces problema?

[1033]Carpenter nunca estuvo interno en un colegio, igual que yo, casi un siglo más tarde. Pero a pesar de eso, lo que puede entreverse ya es muy edificante...

[1034]Ésa es con mucho la causa principal, en casi todos los casos. Sin embargo hay que añadir que en nuestros días, con la invasión de la familia por los medios, hay que añadir la estimulación de la imaginación sexual del niño por el erotismo de pacotilla que los medios transmiten en altas dosis, con la inevitable amalgama del sexo con la violencia. Mientras en el entorno del niño la sexualidad de los adultos sea artificial y malsana, reprimida por un lado y atiborrada por otro, no hay ninguna esperanza de que el mismo niño desarrolle una relación sana con el sexo. En fin, dejo aparte los casos (como el señalado en una anterior nota a pie de página) en que los adultos que rodean al niño pongan de su parte para estimular deliberadamente su imaginación erótica, o incluso lleguen a empujarle a una actividad sexual precoz. A este respecto, seguramente es razonable que los padres, sin hacer de sus relaciones un misterio formidable, eviten que su hijo asista a su retoce conyugal. Los niños comprenden perfectamente que hay cosas que preferimos hacer sin testigos. Por lo que sé, en todas las culturas sin excepción (incluyendo las que conceden total libertad a los niños para tener juegos sexuales entre ellos si se les antoja), es costumbre que los niños no asistan a las actividades sexuales de los adultos.

perjudiciales a su relación con el sexo y a su desarrollo corporal y afectivo. Quizás haya sido el primero en poner en evidencia la *relación real* entre represión y "vicio", relación que es vuelta del revés por el cliché univeralmente recibido que pretende que dicho "vicio" (más o menos congénito tenemos que creer, sin duda en virtud del providencial "pecado original"...) es el que provoca y hace necesaria la represión, que se supone lo extirpa (sin conseguirlo jamás...).

Cierto es que Carpenter sólo cuestiona la represión en tanto que ataca a una de las dos corrientes de la sexualidad infantil que él considera "lícitas": la curiosidad natural del niño por
N 420 las cosas del sexo[1035], y las vías espontáneas del afecto y la ternura. ◊Como todos los hombres de su tiempo, permaneció prisionero de prejuicios milenarios, admitiendo que cuando hiciera falta era necesario que el educador velara (con benevolencia y tacto, se sobreentiende) por la continencia sexual y los "modales" idóneos en los niños bajo sus cuidados[1036]. A este respecto también él, Carpenter, permaneció pues, o por muy poco, en el estado del sempiterno "¡no te toques la colita!". Habrá que esperar a Neill, veinte o treinta años más tarde, para ver aparecer al fin la visión profunda y atrevida que vaya más allá – y, hecho esto, que traduzca la nueva comprensión en *acto*.

He aquí las líneas con las que Carpenter concluye su capítulo sobre el afecto en la educación (loc. cit. página 233):

> "De todas formas, cuanto más pienso en ello, más claro me parece que un sano afecto ha de ser finalmente la base de la educación, y que reconocerlo será la única puerta para salir de la difícil situación de la escuela actual. Es verdad que tal cambio revolucionaría nuestro sistema escolar; pero sin embargo habrá que hacerlo, y eso seguramente llegará en la estela de otros cambios que ocurrirán en la sociedad globalmente."

N 421 Seguramente no sería Neill el que discutiese que el afecto ha de estar en la ◊base de una educación sana[1037]. Salvo que en su espíritu, seguramente se trataría mucho más de la capacidad de afecto, o más exactamente de *amor* ([102]), *del educador* (o del padre) vis a vis del niño, que del despliegue de la afectividad *del niño* en su relación con los otros niños y los maestros, y más en general, los niños y los adultos en su entorno cotidiano. Pero uno y otro están estrechamente ligados: es

[1035] Creo que sería un error ver en esa "curiosidad natural", cuando no es contrariada, una connotación "sexual". El niño se interesa en su sexo, y en el de los miembros de su entorno, ni más ni menos que en otras partes del cuerpo y en sus funciones. Una vez satisfecha su curiosidad, pasa a otros temas, sin ninguna veleidad de detenerse en ella.

[1036] Así, en la página 227 citada ya dos veces, Carpenter cita como ejemplo los antiguos griegos "con su maravilloso instinto para lo que conviene", que

> "aunque ensalzaban la amistad, como hemos visto, insistían mucho en el pudor durante la juventud – los guardianes e instructores de todo chico bien nacido estaban especialmente predispuestos a velar por la templanza de sus hábitos y sus maneras."

A lo largo de toda esa página, asombra ver que Carpenter rompe lanzas valerosamente para probar por A o por B y por la psicología y por la historia que los "malos hábitos" etc. son desaconsejables, ¡de lo que todo el mundo ha estado siempre convencido en todo tiempo y sin pedir tanto! (Salvo todo lo más en el momento preciso en que "Monsieur todo el mundo" se dedica él mismo a dichos malos hábitos...) En la página siguiente, en una bonita retirada táctica (¡retroceder para mejor saltar!), se deja arrastrar hasta exclamar:

> "Los maestros llevan la guerra contra la incontinencia, *y tienen razón en hacerlo*. ¿Pero cómo la llevan?..." (Soy yo el que subraya).

(Y continúa diciendo que la emprenden con el verdadero afecto, que confunden con "lo que condenan"...) Seguramente, en esos pasajes, Carpenter está feliz, por una vez, de estar *casi* de acuerdo con la opinión general, y aprovecha por fin para (como ya dije anteriormente) "soltar lastre", y al hacerlo darse una alegría durante una página e incluso dos – antes de retomar su camino "solitario, "caballero andante" entre ciegos y lisiados...

[1037] Pero seguramente añadiría, como "base" todavía más fundamental, la *libertad*. Y en la educación del niño antes de la pubertad, la visión de Neill de la libertad del niño es más profunda y más penetrante que la de Carpenter. Por el contrario, para el adolescente a partir de la pubertad, pienso que es a la inversa.

en el niño que se sabe amado donde la afectividad se desarrolla sin problemas y vigorosamente. Al menos tal es el caso cuando el amor que recibe merece plenamente ese nombre, cuando es el amor que confía en el niño, y está animado por un respeto delicado y clarividente de su libertad.

En cuanto al cambio "revolucionario" en las escuelas, que Carpenter predice y hace votos por su llegada, estamos hoy en día, un siglo después, prácticamente tan alejados como siempre. Si no es porque desde entonces han habido algunas experiencias pedagógicas innovadoras, ciertamente aisladas pero portadoras de promesas, entre las cuales la de Neill me parece la más radicalmente revolucionaria[1038].

Sin duda primero haría falta que pioneros valientes y obstinados recorrieran cada uno contra viento y marea sus solitarias misiones, para que se realice poco a poco, a lo largo de generaciones, una lenta y tenaz preparación de los espíritus, cargados del peso de prejuicios y hábitos milenarios. ¡Simientes arduas, simientes heroicas, sobre el suelo duro e ingrato de unos conformismos petrificados y antiguos miedos! Simientes que, a unos ojos "realistas" sin más, le parecerían sin esperanza y perdidas sin remedio, englutidas bajo los pasos del sembrador por las áridas arenas de un siglo que se disgrega. Y sin embargo, simientes llamadas a brotar, ¡y mucho antes, ahora que se acerca la Hora, de lo que los más locos de entre nosotros hubieran osado esperar! Simientes de esperanza, sí, cargadas y repletas del amor de los hombres que las han llevado y lanzado – germinarán y brotarán y alimentarán con su abundancia las nuevas y alegres simientes de mañana – cuando el gran Aguacero de Dios, cayendo en tromba desde el cielo sobre una tierra empapada, las fecunde.

N 422

$^{\diamond}$(102) Faros en la noche – o el cariño y la libertad

(6 de enero)[1039] Esa diferencia que señalo entre "afecto" y "amor" no tiene nada de académica. El afecto del que habla Carpenter es, en mi espíritu, más o menos sinónimo de "cariño", y él utiliza ambos términos indistintamente. En la nube de connotaciones que rodea a esa palabra en la pluma de Carpenter, se nota una pasión subyacente, una exclusividad, por no decir una cierta posesión inconsciente[1040], que va de la mano con una devoción más o menos ilimitada. Tal cariño, cuando tiene lugar entre alumno y maestro, no es necesariamente bueno, y sobre todo cuando hay varios alumnos, incluso toda una clase como ocurre generalmente, que comparten la atención del maestro. Carpenter no roza esta dificultad más que una vez y de pasada, sin detenerse en ella. Sin embargo merecería ser examinada con más cuidado. No tengo ninguna duda de que si Neill hubiese tenido esa clase de cariño-afecto vis a vis de algunos alumnos de Summerhill, su escuela no hubiera durado mucho, o al menos se hubiera vuelto pronto en un avispero. Para poder realizar su obra, hacía falta que Neill fuera *totalmente libre* frente a los niños de Summerhill. Tal libertad forma parte del amor pleno al que he hecho alusión, y excluye el "cariño" tan apreciado por Carpenter. Y sólo el ser libre puede liberar. El afecto puede

[1038] Reenvío a las notas n^{o}s 103–107 sobre la obra pedagógica de Félix Carrasquer, para una experiencia de escuelas autogestionadas muy notable y única en su género, que tuvo lugar antes y durante la revolución española 1936–38.

[1039] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "El afecto en la educación, ésa es la revolución", página N 421.

[1040] A este respecto, señalo que me he enterado con asombro, leyendo la introducción de Noël Greig al volumen de Obras Escogidas de Carpenter, que en la relación de Carpenter con algunos de sus amigos, sufrió (según su propia expresión) de "horribles ataques de celos" (cf. loc. cit. páginas 42–43). Noël Greig se refiere a cartas de 1887, cuando Carpenter está en plena madurez (tiene entonces 43 años), después de su iluminación y cuatro años después de la publicación de "Hacia la Democracia" 8que considera como su obra maestra). Esto ilustra hasta qué punto la profundización interior y los estados de gracia por los que podamos pasar, no eliminan sin embargo todos los mecanismos psíquicos que se han formado en nosotros en nuestra infancia. La mayoría seguirán siendo parte integrante de la estructura del yo durante toda la vida, y sólo se desactivan y son borrados en ciertos momentos privilegiados. Tenemos que "vivir con", asumirlos – lo que implica también: reconocerlos por lo que son, y no complacernos con el papel de una "perfección" ficticia. (Papel en el que más de un "gran espiritual" ha caído, a banderas desplegadas, ¡sin ver jamás el fuego!)

aliviar, incluso puede nutrir, pero nunca libera.

Como muy pocos hombres, creo, Carpenter tuvo o adquirió durante su vida, por Gracia y por un trabajo de profundización paciente, arduo, intenso, los *medios* para ser libre. Y sin embargo, hizo la elección consciente y claramente expresa de poner el afecto-cariño en el centro
N 423 de su vida, de vivir una ◊vida de cariño. Extraña elección, que seguramente le fue dictada (en eso no tengo ninguna duda) por lo que íntimamente era, por lo que sentía que *debía* vivir, en fidelidad a sí mismo. Pues su misma vida, tanto o más que su obra escrita, debía expresar el mensaje que portaba, ser la substancia de su misión. Tal vez el corazón de su misión era vivir con irrecusable grandeza interior, con un resplandor sensible a todos, un cariño humano plenamente asumido, y que (a causa de su carácter "uraniano" fuera de las normas admitidas) debía pasar por vergonzoso a los ojos de la casi totalidad de sus contemporáneos. Quizás fue *esa*, antes que cualquier otra cosa, la siembra a la que se sintió llamado[1041].

Su vida, seguramente, era totalmente diferente de la de Neill. Cada uno de esos dos hombres, siguiendo su propio camino a través de la noche de nuestras ignorancias, proyectaba ante sí su propio haz de luz, como el potente faro de un coche en la noche. No es extraño que los haces sean diferentes, que no iluminen las mismas cosas, ni proporcione la misma iluminación allí donde se crucen. Me parece que el haz de Carpenter abre un campo más vasto y llega más lejos en la noche de lo desconocido, y que el de Neill es más estrecho y más compacto, y por eso menos difuso y más penetrante. Lo que es seguro, es que cada uno de esos dos hombres descubre e ilumina espacios vírgenes, que el ojo de nadie había explorado antes que él.

(103) Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión

(7–17 de enero)[1042] Después de la sucesión de notas sobre Neill y Summerhill (del 2 al 11 de
N 424 diciembre), me propongo dar una idea sobre la obra pedagógica de mi ◊amigo Félix Carrasquer. Como no tengo la documentación a mano y mi memoria me falla, sólo he esperado a que me responda algunas cuestiones sobre sus dos experiencias de escuelas autogestionadas en España. ¡Y por fin es cosa hecha!

Félix y su mujer Mati son amigos desde hace mucho, y "amigos de la familia" lo que es más. Los conocí en 1960, hace pues casi treinta años. Félix hacía poco que había salido de la cárcel, donde había pasado doce años, entre 1946 y febrero de 1959. Había sido arrestado en 1946 en Barcelona por actividad política clandestina, mientras participaba en una tentativa de reorganización de la CNT[1043]. Él y Mati son anarquistas, y su actividad pedagógica fue inseparable de su militancia política. Después del fracaso de la revolución española y de la debacle de las fuerzas anarquistas y republicanas a finales de 1938, y principios de 1939, Félix se refugió en Francia en febrero de 1939, donde compartió la suerte de centenares de miles de refugiados políticos españoles, trincados como malhechores y metidos en improvisados campos de concentración, puestos en pie a toda prisa por el gobierno francés llamado "del Frente Popular". Félix pasó cuatro años en el campo de Noë. (Mi padre estuvo un tiempo allí, antes de ser deportado por los alemanes en 1942 y matado en Auschwitz...) Consiguió escaparse en octubre

[1041](7 de enero) Recuérdese también que fue el afecto de los suyos, y después el de los amigos que admiraba intensamente y con una devoción apasionada, lo que cruelmente le faltó a lo largo de su infancia hasta bien entrada su edad adulta – hasta los treinta años. Así no es extraño que el resto de su vida no fuera bastante para colmar una necesidad tan intensa y tanto tiempo insatisfecha.

[1042](17 de enero) Las cinco notas siguientes dan una idea de la obra pedagógica de Félix Carrasquer. Después de un borrador de una primera redacción des estas notas el 7 y 8 de enero, obtuve una cuantas precisiones suplementarias en dos largas conversaciones telefónicas con Félix, e9 y el 11. Esto me llevó a revisar y enriquecer considerablemente, en dos o tres sesiones diferentes, las notas originales. Así, excepcionalmente, no me ha parecido posible fechar separadamente cada una de esas cinco notas.

[1043]CNT = Confederación Nacional del Trabajo. Era la principal organización sindical obrera en España, de tendencia anarquista, ilegalizada después de la victoria de Franco en 1939.

de 1943. No fue pequeña hazaña: en ese momento ya estaba ciego, desde hacía diez años[1044]. Sin embargo consiguió entrar clandestinamente en España en mayo de 1944, para un impensable trabajo político clandestino que sin embargo consiguió, Dios sabe cómo, llevar a cabo durante dos años antes de que le arrestaran.

N 425 ◊Cuando conocí a Félix, venía pues de pasar dieciséis años en cautividad (con un intermedio de dos años de "libertad clandestina"), de ellos doce en una prisión franquista. Lo más duro, dice, es que siendo ciego, no tuvo la posibilidad de leer ni de escribir durante todos esos años. Uno de los grandes días de su vida fue el 7 de febrero de 1957, cuando se encontró fuera de los muros de la prisión, ¡al fin libre! Con una libertad fuertemente vigilada, es cierto. ¡Él que era la misma acción! Después de un año, obtiene la autorización para emigrar a Francia (en julio de 1960), pero con prohibición permanente de volver a España[1045]. Desde la primera vez que le vi, me llamó la atención la energía que se desprende de su persona[1046]. También en su forma

N 426 de hablar: diciendo lo esencial ◊sin ir más allá ni perderse en discursos o palabras inútiles[1047].

[1044] Por alguna razón que se me escapa, Félix no ha aprendido a escribir en Braille. Escribe a máquina sus cartas, artículos, libros etc., pero para releerse, como para leer libros, periódicos, etc., está obligado a pedir ayuda exterior. Después de salir de la cárcel en 1959, es su mujer Mati la que se encarga de ese papel, a veces ingrato, de secretaria permanente de Félix. Ella le conoció por primera vez en 1935, al visitar la escuela de la calle Vallespir (de la que trataremos abundantemente en las siguientes notas). Ella era institutriz, dedicada en cuerpo y alma a su vocación pedagógica. Lo que vio en la escuela de la calle Vallespir le hizo una impresión profunda. Debió sentir entonces claramente el alcance de la misión de Félix, y saber que su propia vía sería asociarse a esa misión en la medida de sus posibilidades. Volvió a encontrar de nuevo a Félix en 1946, cuando trabajaba en la clandestinidad, y desde ese momento pusieron sus vidas en común. Félix será arrestado ese mismo año y pasará doce en prisión, ella misma estará en prisión dos veces por delitos políticos, una vez un año y otra dos. Se reencontraron cuando Félix sale de la cárcel, en febrero de 1959. El siguiente año, toman juntos el camino del exilio.

[1045] A pesar de esa prohibición, ya desde 1966 Félix se arriesgó a hacer permanencias clandestinas regulares en España, al menos una vez cada año, para un trabajo político (especialmente en los medios sindicalistas) cuyos pormenores se me escapan. Desde 1971, y a pesar de que la prohibición de residir seguiría hasta la muerte de Franco en 1975, Félix y Mati se instalaron definitivamente en España, en una especie de casa rústica al pie de la montaña del Tibidabo, cerca de Barcelona. Actualmente Félix y Mati siguen viviendo en los mismos lugares campestres, con su familia.

[1046] Es interesante señalar que esa impresión de intensa energía viril, activa, es lo que me haya llamado más la atención y lo que mi memoria haya registrado y retenido. De hecho, en el momento de ese encuentro y en el siguiente cuarto de siglo, yo mismo estaba muy impregnado de los valores "yang", "masculinos" de la sociedad ambiente. Desde los ocho años inconscientemente me había moldeado sobre esos valores, reprimiendo e ignorando más o menos los aspectos "yin", "femeninos" de mi ser. Pero creo que en eso Félix me gana, y por mucho – es el hombre más "yang", el más extremadamente masculino que yo haya conocido. Viéndome llorar un día delante de él, en un momento de emoción (al leerle una de las últimas cartas de mi padre), se asombró sinceramente (pero no le pareció mal ni, creo, le molestó). Le costaba imaginarse que un hombre adulto pudiera llorar, eso era algo (me explicaba él) que nunca le ocurría. Tenía una voluntad y una capacidad de control, convertidas como en una segunda naturaleza, como no me he encontrado en ningún otro ser, con la sola excepción (en lo que concierne a la voluntad) de Fujii Guruji. Eso no impide que en sus relaciones con los demás, Félix no fuera espontáneo, afortunadamente no tiene nada de bloque de granito o de bronce. Le sé confiado, generoso, compasivo sin sensiblería, y en sus afectos es de una gran delicadeza y de una fidelidad a toda prueba.

Por el contrario, más de una vez he visto que no era capaz de entrar en los pensamientos o los sentimientos de otro, y de poder así responder realmente – que le faltaba esa capacidad de escucha que Mati, ella, no menos generosa que él, posee en el más alto grado. Además he constatado la misma dificultad en mí mismo, especialmente vis a vis de mis alumnos, y ésa fue tal vez mi mayor laguna como docente. (Analizo un poco ese aspecto de mi pasado como matemático en la nota "Fracaso de una enseñanza (1)", n^o 23 (iv), en la primera parte de Cosechas y Siembras.) ¡Pero me ha parecido que en Félix era mucho peor que en mi caso! Estoy seguro de que en los años treinta, Félix debía tener una flexibilidad interior, y especialmente una capacidad de escucha, que más tarde no le conocí; pues (como él mismo es el primero en subrayar) son justamente esas cualidades (particularmente "femeninas"), más que las cualidades viriles que tienen demasiada tendencia a ponerse por delante, las que son esenciales para hacer de la escuela una "escuela de libertad". Seguramente esas cualidades de flexibilidad y de escucha debieron embotarse y endurecerse bajo la dura presión de los dieciséis años de cautividad, que por el contrario habrán tenido tendencia a reforzar más (por efecto de una reacción defensiva) los trazos de tonalidad "viril": voluntad, obstinación, energía en la acción, estructuración, concentración...

[1047] Desgraciadamente, la expresión por escrito de Félix está lejos de estar a la altura de su habla espontánea. Félix es un gran educador, pero no ha desarrollado un don de escritor que sirva a su mensaje. Los textos de su

Es raro, un hombre que pasa largos años en cautividad sin quedar profundamente marcado, sin que su impulso vital sea irremediablemente afectado. Por esa energía que parecía indomable, me recordaba a mi padre, que había pasado once años de su vida en una prisión zarista, de 1906 a 1917, desde los dieciséis hasta los veintisiete años, sin que eso le hiciera mella...

Félix, él, nació en 1905, tenía pues más de cincuenta años cuando nos encontramos. Ahora tiene ochenta y dos. Hace más de diez años que no le he visto, pero por el recorte de periódico que acaba de enviarme, en que hay una foto de él en su casa, ¡es como si acabara de irse!

N 427 ◊Durante los años suguientes a su emigración a Francia y hasta su (segundo) retorno clandestino a España en 1971, Félix y Mati vivían con su familia en una granja, en el campo cerca de Toulouse (¡la segunda capital de España!), donde malvivían criando pollos. Nuestras dos familias estaban muy unidas, a menudo pasábamos buena parte de las vacaciones de verano con ellos, con todos los niños, que se lo pasaban en grande al aire libre. También nos ayudaron, con su amistad y su mayor madurez, en un momento particularmente duro, que durante muchos años marcaría profundamente la vida de la familia. Esas cosas no se olvidan. Después nos hemos perdido un poco de vista, sobre todo después de que regresaran a España – ¡por su cuenta y riesgo! Pero creo que no es exagerado decir que Félix y Mati, cada uno a su manera, han sido uno y otro los amigos más cercanos que he tenido en mi vida, y también, más que cualquier otro, sabía que podía contar absolutamente con ellos, si la ocasión se presentase alguna vez.

Es una extraña coincidencia, porque no voy a hablar aquí de Félix a título personal. De hecho, la reflexión de las cuatro o cinco últimas semanas me ha hecho repensar lo que sabía de la obra pedagógica de Félix, y me ha mostrado esa obra y su persona con una luz renovada. Para mí es uno de esos "sembradores" que evocaba al final de la penúltima nota. Lo que es seguro es que entonces pensé en él, ¡al que conocí tan bien con Mati entre los suyos, en su vida frugal, calurosa y sin pretensiones! Y en esta larga sucesión de notas consagradas a una inopinada reflexión sobre los "mutantes", él será el último que entre en mi lista – el decimoctavo entre los hombres de este siglo y el anterior de los que me siento heredero en alguna forma. He dudado un poco al incluirlo, por no parecer que promociono a un compañero. ¡Nadie es profeta entre los suyos ([108])! Pues a menudo no se ve la grandeza de un hombre o de un suceso, cuando ante nuestras narices – hay que retroceder un poco para verla. Pero en estas semanas de reflexión sobre la cuestión neurálgica de la educación, ese necesario retroceso se ha producido, creo, por sí mismo. Ahora entreveo mejor el papel de una obra y una misión que han permanecido prácticamente desconocidas para el gran público. Razón de más para hablar de ellas, y contribuir lo mejor que pueda a darlas a conocer.

Félix pasó sus primeros catorce años de vida en el pueblo donde nació, Albalate de Cinca, donde su padre era secretario de ayuntamiento. Niño despierto y de espíritu curioso, aprendió

N 428 a leer antes de tiempo, devorando cualquier texto impreso ◊que cayese en su mano. Ardía en deseos de ir a clase como los niños mayores, ¡había tantas cosas que aprender! De hecho, cuando

---

pluma está a menudo cargados por el abuso de términos más o menos abstractos o técnicos y poco elocuentes, y por la acumulación de epítetos que distraen la atención o la adormecen, más que aclarar o interpelar. El lector tiene que hacer esfuerzos constantemente para quitar la pesada tapa del estilo felixiano, para ver aparecer y humear en la escudilla la sustanciosa comida que el autor nos ha preparado.

En cuanto a Mati, que tiene un sentido muy fino del estilo, me ha parecido que su trabajo de secretaria permanente era a menudo para ella un martirio (soportado, hay que decirlo, con valor...). Hubiera sido perfecto si Félix le hubiera confiado escribir con detalle en su estilo de ella, límpido y vivaz como el agua clara, los libros y textos de todo tipo de los que él le haría un bosquejo detallado de hechos e ideas. En otros términos, que esos textos fueran una *obra común*, en la que uno y otro habrían puesto verdaderamente lo que de mejor pueden ofrecer, en vez de que Mati se limitara a un papel perpetuamente subalterno y de pura intendencia, muy por debajo de sus capacidades, no menos ricas que las de Félix. Se nota que esos dos seres, ambos de tan rara calidad humana, estaban hechos para completarse. Pero por una extraña ironía del destino, o más bien por la marca particular, en la existencia de Félix y Mati, de la tenaces contradicciones humanas, no han sabido o querido realizar en su vida de pareja esa cooperación creativa que cada uno había perseguido en su obra educativa, y que cada uno había logrado con sus alumnos, durante algunos años inspirados y fecundos...

al fin tuvo la edad, sólo pasó un único día en la escuela. Rebotado por la brutalidad y la estupidez que allí veía, se salvó el segundo día, cuando el maestro quiso obligarle a deletrear con los demás niños, sin tener en cuenta que ya leía de corrido. Sus padres tuvieron el buen sentido de no insistir en que volviera a la escuela. Pasó su infancia en una libertad completa, que para él era como el aire que respiraba:

> "Primero con las cabras, luego con otros animales, pasé mi infancia retozando por los campos y a la orilla del río. Leía lo poco que caía en mi mano y soñaba con una vida más justa y más agradable para todos."[1048]

Aparte de ese primer intento que terminó a los seis años, Félix nunca puso los pies en una escuela o una institución de enseñanza oficial – ¡al menos no como alumno! Nunca se preocupó de adquirir un diploma, pedagógico o no. Eso no impide que ya desde su juventud, tuviera pasión por la educación, e incluso *pasión por la escuela* – ¡pero una escuela digna de ese nombre! Dice que esa pasión pudo desarrollarse y crecer gracias al hecho no haber sido modelado en su infancia por la escuela habitual, la escuela-doma[1049], y además, de haber podido observar a su alrededor los desoladores efectos sobre los demás. Le chocaba:

> "ver siempre a los chicos precipitarse a la salida del colegio como caballos desbocados. Me parecía que la escuela era bien mala: si los muchachos salían con tantas ganas de correr, es que allí dentro no se debía estar bien..."[1050]

Decididamente, ¡tenía que ser posible hacerlo mucho mejor! Y durante toda su vida, fue *eso* lo que veía como lo más importante, lo más urgente que hacer.

N 429 ◊Le chocaba el egoísmo y la agresividad de la gente, incluyendo a los chicos del pueblo:

> "Como no recibía órdenes de nadie, porque mi padre trabajaba en la secretaría y yo retozaba solo por los campos, no tenía que descargar la agresividad acumulada bajo la autoridad del maestro o de los padres. Pero eso aún no podía comprenderlo. Así, en vano me esforzaba en encontrar las razones de tal agresividad y egoísmo, y casi siempre soñaba en la construcción imaginaria de mundos mejor organizados en que los habitantes habrían sido más felices. Además crecí en un medio religioso (había curas y monjas en la familia). Organicé un círculo de compañeros, para mostrarles la grandeza de los misioneros y la necesidad de prepararnos también nosotros para, cuando fuéramos mayores, convertir a los infieles y conducirlos a los caminos de la verdad y el amor. Pero enseguida Alcolea, Castro, Tomás y Raimundo planteaban objeciones que quebrantaban nuestra fe..."

Pero si una fe religiosa de pacotilla no dura mucho ante las objeciones de sentido común innatas en la infancia, esa fe visceral en sí mismo, y en una gran misión que sería la suya, nunca le abandonará. Ella no tardará en abrirse camino para desarrollarse plenamente.

Ya a la edad de catorce años, tuvo ganas de aprender más de lo que podía aprender en el pueblo, y anunció a su padre su intención de ir a Barcelona.

[1048] Esta cita, y la mayoría de las que siguen, se han extraído de los tres primeros capítulos del libro de Félix sobre su experiencia en la escuela autogestionada de Barcelona, calle Vallespir 184: "Una experiencia de Educación autogestionada", Barcelona 1981. Salvo mención de lo contrario, las siguientes citas se han sacado de esos capítulos.

[1049] Una observación muy similar puede hacerse en la vida poco común de R.M. Bucke, cuya juventud aventurera es evocada en la hermosa introducción (por C.M. Acklom) al libro de Bucke abundantemente citado (cf. la nota n^o 74) "Cosmic Consciousness".

[1050] Extracto de una entrevista a Félix aparecida en El País, número del 20.10.1987, bajo el título "Félix Carrasquer – un autodidacta que ha hecho realidad los sueños de la pedagogía libertaria". (Soy yo el que traduce, aquí en las otras partes.)

> "Mi padre no se sorprendió y simplemente me dijo: "como no puedes estudiar, más vale que aprendas el oficio de panadero-pastelero y cuando lo sepas, te pondré una tienda en el pueblo.""

Pero la experiencia de Félix en Barcelona fue muy diferente, desde todos los puntos de vista, a lo que su padre y él mismo hubiera podido imaginar, y Félix nunca llegó a ser panadero-pastelero. (Cuando volvió al pueblo nueve años más tarde, era para llevar otro clase de "pan"...) Por el contrario, ganándose la vida como pudo de un patrón a otro, en poco tiempo su horizonte se agrandó prodigiosamente:

> "La ciudad y sus habitantes de todo tipo ofrecían numerosos atractivos. Pero el polo de toda mi atención fue el barrio de Atarazanas con sus librerías de viejo. Allí descubrí innumerables tesoros. En mi casa ya estaba familiarizado con Cervantes, Pereda, Santa Teresa, Quevedo, Valera y algunos otros. Ahora me encontré
N 430 con Shakespeare, Dickens, ◊Voltaire, Zola, Tourguéniev, Gogol, Dostoïevsky, Pío Baroja, Azorín, y husmeando a partir de ahí también descubrí a Proudhon, Pi y Margall, Malatesta, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella y otros sociólogos de diversas tendencias."

Fue en esos años cuando se edifican en Félix las bases de una cultura enteramente autodidacta y de dimensiones enciclopédicas. Continuará enriqueciéndola toda su vida, a merced de las ocasiones, con lecturas, conversaciones, emisiones de radio, la reflexión – todo conservado y puesto a disposición por una memoria impresionante. Cultura viva, que se integra poco a poco en una visión del mundo que también se desarrolla y se estructura en esos años cruciales de formación y esfuerzo. La visión fuertemente remachada que entonces se elabora, aunque se amplía y se profundiza a lo largo de los años, permanecerá inalterable a grandes rasgos durante las vicisitudes de una larga y ajetreada vida, rica en alegrías, en sufrimientos, en paciencia y en esperanza. También fue en esos años cuando su vocación de educador se vuelve claramente consciente, y toma en su vida el lugar central, que ya nunca dejará:

> "Cuando me encontré la Escuela Moderna de Francisco Ferrer, el método Decroly, algunas informaciones sobre Pestalozzi y con la escuela del trabajo de Karchensteiner, descubrí el vasto horizonte que al fin respondía a lo más íntimo de mis deseos: la educación del hombre.
> La sociedad es injusta, inhumana y está llena de contradicciones, me decía yo. Pero sin una educación para conocer el mundo que les rodea y para revelarles su aspiración a la libertad, los ciudadanos nunca corregirán sus defectos corrientes. A pesar de las teorías revolucionarias que había leído[1051], *me parecía que sin un cambio profundo en la conducta de los hombres, la solidaridad y la libertad no serían posibles*" (Soy yo el que subraya.)

Ésa es, me parece, la idea maestra en su vida, la que también motiva su vocación de educador. En esa época de fermentación de espíritus en España, sus aspiraciones no estaban en modo alguno aisladas, y en los siguientes años, su voz no gritará en un desierto, sino que despertará a
N 431 su alrededor calurosos ecos. En las páginas en que evoca esos ardientes años de formación, ◊se siente el viento generoso de una gran época, de una época intensamente creativa. Encontrará su culminación, pero también su fin brutal, sangriento, troncado en flor[1052] con su último episodio;

[1051] Supongo que las "teorías revolucionarias" a las que Félix hace aquí alusión no son las teorías pedagógicas que acaba de evocar, sino las teorías libertarias y sociológicas de autores como Proudhon, Malatesta y otros que había citado de pasada justo antes.

[1052] Ese golpe de hacha puso un fin brutal y completo a esa intensa fermentación creativa, parada en seco durante el siguiente medio siglo. Aún hoy, nada comparable ha renacido en tierra española. Y con el aplastamiento (y en

la revolución española, y su aplastamiento por las fuerzas franquistas (con la bendición de los países "democráticos"...).

(104) Félix Carrasquer (2): el auge[1053]

Pero escuchemos otra vez a Félix, evocando esos años febriles y fecundos:

"En mi agitada adolescencia en Barcelona, hubo mucha gente, grupos culturales y políticos, la ciudad, el campo. Pero la sed de una cultura auténtica, y el imperioso deseo de propagarla, me atenazaron sin cesar. Fue entonces, a los veintitrés años, cuando decidí volver al pueblo para comenzar allí el trabajo que respondía a mis aspiraciones.
La dictadura de Primo de Rivera tocaba a su fin (1928), y las dificultades para movilizar gente que pudiera cooperar en una obra educativa innovadora fueron numerosas. A pesar de todo terminamos por constituir en el pueblo una Agrupación Cultural legal, debidamente domiciliada. Fue en ese momento cuando mi amigo Justo volvió al pueblo. Había pasado algunos años en prisión por los sucesos de Vera de Bidasoa. En la cárcel se había instruido mucho, y acogió con verdadero entusiasmo la constitución de una Agrupación Cultural.

Ya en nuestra primera conversación, sugirió crear una biblioteca. Eso fue muy fácil. Yo ya había aportado los treinta o cuarenta libros que tenía; él añadió los suyos, una docena. ¡Y el asunto estaba en marcha!".

N 432 ◊Pero muchos habitantes no sabían leer, o peor, no sentían ninguna necesidad. Había que enseñar a leer a unos, y estimular a otros, o mejor dicho, estimular a todos a leer, a expresarse, a reflexionar sobre el mundo que les rodeaba. Para eso, hubo que fundar una escuela, con cursos de tarde para niños y adultos. En ella acogieron chicas y chicos, mujeres y hombres, con un abanico de edades de seis a sesenta años, niños y adultos codeándose en un mismo ardor por aprender, comprender, expresarse.

"¿Nuestros métodos de trabajo? Conocía el método global Decroly y lo utilizábamos para enseñar a leer. En cuanto a los que ya sabían leer y escribir, les invitábamos a proponer ellos mismos los temas. Los sacaban de su vida cotidiana y de sus preocupaciones y necesidades más urgentes. Al principio, veían en nosotros a los poseedores del saber, y esperaban nuestras instrucciones. Pero cuando comprendieron que no había jerarquía ni sabios maestros para imponer un programa, los temas se multiplicaron y, mejor aún, se instauró un verdadero diálogo.
Se podían ver jóvenes y adultos, y con qué fascinación, discutir de cuestiones sociales, agrarias, científicas y muchas otras.
Sólo los intereses del grupo determinaban el desarrollo de los cursos. Es decir: un día, alguien aportaba un artículo de periódico para comentar colectivamente; otras veces, se trataba del abono y la siembra, o de un conflicto surgido en el pueblo, sea en el trabajo o en cuestiones de interés común. Así, tanto para aprender a leer como en las otras actividades, la iniciativa y los centros de interés elegidos emanaban siempre del grupo, y eso mantenía despierto el entusiasmo de los participantes. A partir de la expresión espontánea del interés de cada uno, se leía, escribía, comentaba, y los participantes solicitaban ellos mismos ayuda y correcciones allí donde fuera necesario.

gran medida, el fracaso) de la revolución española, el anarquismo fue eliminado de la escena mundial. Si algún día volverá a tener, bajo una forma u otra, en España o en otra parte, un papel comparable al que tuvo en la España de los años veinte y treinta, eso permanece en los limbos del futuro. No me extrañaría que así fuera.

[1053] Continuación de la nota anterior "Félix Carrasquer (1) – o eclosión de una misión". Véase la nota al pie de la página N 423.

Nada más natural para el que no sabe, ¡y desea aprender y perfeccionarse!
Además de los cursos por la tarde, la escuela acogía tres actividades culturales: un grupo de teatro, un grupo de canto, y ciclos de conferencias y de veladas, con lectura de textos escritos por los alumnos, o de versos que componían con la ingenuidad inspirada por la vida campesina.
Más tarde, ya en pleno periodo republicano y después de que el pueblo comprara el patrimonio del Duque de Solferino, el Grupo Cultural consideró proyectos más ambiciosos y los realizó: una explotación agrícola colectiva, un terreno de experimentación agrícola, y una escuela de experiencias pedagógicas con la participación de chicos y chicas de seis a catorce años, en un clima de libertad, de cooperación y de responsabilidad."

N 433 ◊Esa primera experiencia educativa en su pueblo natal, que se desarrolló en una atmósfera de intensa fermentación ideológica y de convulsiones sociales, me parece que ya prefigura las dos experiencias pedagógicas posteriores, dándoles un mismo tono de base: el de la *libertad*, y el de una *cooperación completa* y fraterna entre enseñantes y enseñados. Para Félix, esa cooperación era algo muy distinto de un "método", como tal técnica para aprender a leer y escribir, para atraer y fijar la atención de los alumnos, etc. No era más que la expresión concreta más inmediata, presente en todo momento, de esa exigencia espontánea de libertad y de respeto para cada uno: del respeto a lo que de mejor hay en él, y que sólo se despliega en un ambiente animado por tal espíritu de libertad y de respeto.

Esa fecunda experiencia se desarrolló durante cinco años, entre 1928 y 1933, con una o dos interrupciones pasajeras debidas a la agitada situación política. Terminó prematuramente bajo el golpe de dos acontecimientos imprevistos que llegaron uno tras otro. Primero, ya en 1932, un primer desprendimiento de retina de Félix. Para él fue un golpe muy duro. Durante meses, estuvo condenado a una inmovilidad completa. Después de una curación que duró poco, volvió a la tarea. Pero al siguiente año una convulsa situación política en la que él mismo participaba plenamente (y a veces de manera temeraria...) le obliga a dejar precipitadamente su pueblo. Se refugió en Lérida, donde ese mismo año (1933) perderá definitivamente la vista. Terrible prueba seguramente, para ese hombre intensamente, apasionadamente activo. Y además, un pesado hándicap, llevado día tras día durante toda una vida. Pero su fe revolucionaria, una con la fe en su misión de crear y de promover con el ejemplo una educación nueva, no fue quebrantada. Hoy, más de medio siglo después, en un mundo flojo que se estanca y se disgrega, esa fe, y la inmensa esperanza que lleva en sí, permanecen siempre vivaces y activas...

En Lérida, conoció a un grupo de maestros que, inspirados por *Freinet*, habían introducido en el país la técnica de la imprenta en la escuela. Félix fue inmediatamente cautivado por las ideas de Freinet. Consiguió interesar a su hermano pequeño, José, que bajo su consejo había estudiado en la Escuela Normal. José adquirió material de imprenta antes de incorporarse a su puesto en Huesca, pequeña ciudad al pie de los Pirineos. Estará encantado con su trabajo con los alumnos[1054], que después dejará con pena, para un trabajo de mayor envergadura con Félix.

N 434 ◊Dos años más tarde (en 1935), los dos hermanos y un tercero, Francisco, se encontraron en Barcelona con su hermana Presen, y con el apoyo entusiasta y entregado de un grupo de nuevos amigos, alrededor del proyecto de una escuela enteramente "autogestionada". Los diplomas de José iban a ser muy valiosos para dar existencia legal a la escuela: es la "*Escuela Elysée Reclus*" de la calle Vallespir[1055].

[1054]Félix añade que los alumnos de José en Huesca "publicaron una deliciosa revista escolar, que llamaron "Simplicidad"". ¡Un nombre que da ganas de leerla!

[1055]He notado que cuando Félix habla de esa escuela, práctcamente nunca la llama por su nombre "oficial", "Escuela Elysée Reclus", sino que se refiere a ella como la "escuela de Vallespir" (o "de la calle Vallespir"). No debía estar del todo satisfecho con el nombre que había elegido, vistas sus serias reservas vis a vis de las ideas de Reclus, igual que de las de Kropotkine y de Proudhon, en materia de educación. Especialmente les reprocha que

Entre tanto Félix tuvo ocasión de familiarizarse con el pensamiento pedagógico de pensadores de tendencia libertaria, como Goswin, Saint Simos, Proudhon, Bakounine, Reclus. Aprende de ellos con entusiasmo cuando encuentra confirmación y alimento para sus propias intuiciones, pero con un espíritu crítico siempre despierto[1056]. Pero es, dice él, *León Tolstoi*, con la experiencia pedagógica de Yasnaïa Poliana (el pueblo natal de Tolstoi), el que tuvo sobre él la influencia más fuerte. Sobre todo, creo, debía sentir una alegría inmensa, una exultación indecible (de la que sólo se puede hacer idea el que se encuentre en parecida situación), de ver confirmada, por una gran voz fraterna llegada de un tiempo y un medio tan diferentes, esa vía que él ya había comenzado a abrir con su propio caminar: oscuramente, obstinadamente, durante los anteriores años, con una confianza total, absoluta, en lo que le susurraba por lo bajo un sano instinto – ¡el instinto de la libertad! Esa confianza, esa fe más oculta, silenciosa,
N 435 invisible y que sin embargo actúa ◊secretamente , con ese encuentro recibía como un repentino flujo de sangre nueva. Y con renovado impulso, con nueva seguridad, salió en busca de esa vía que sentía extenderse ante él y que le atraía con tal fuerza...

Para Tolstoi, igual que para sus grandes predecesores Godwin, Fourier, Bakounine[1057], los cuatro muy por delante de su tiempo y también del nuestro, la enseñanza no sólo debe de ser "mixta", es decir juntar chicos y chicas sin distinción, sino además,

> "estar totalmente exenta de toda imposición. El profesor ha de ser un compañero, trabajando con los alumnos para estimular su iniciativa y sentido crítico[1058], permitiéndoles así llegar a ser plenamente ellos mismos. Sólo de esta forma, los jóvenes podrán desarrollar un juicio independiente y su imaginación creativa."
> ...
> La vía era la que abrió Tolstoi, que yo ya había seguido por instinto. Había que dar la palabra a los niños, establecer una comunidad estrecha y sincera entre maestros y alumnos, y permitir que el espíritu de libertad impregne todo: el trabajo escolar igual que el trabajo manual, el de los campos y el del taller. Y, sobre todo, las relaciones entre unos y otros... Había que devolver a los jóvenes la dirección de sus propios asuntos, de modo que, sin imposición ni obligación, desarrollasen sus múltiples intereses con un máximo de libertad."

Todo eso, al albur de sus lecturas y de sus hallazgos en los libros, no eran para Félix ideas sin más, bellas utopías. Era verdaderamente una *realidad*, ¡tan irrecusable y tan crucial en su vida como las dos piernas con las que caminaba! La había tocado con sus dedos y cogido a puñados, esa realidad de la libertad, día tras día, durante esos últimos años. Además sabía,
N 436 no sólo por instinto, sino también por ◊experiencia, que la libertad *funcionaba*. Y Tolstoi ya

admitan que el maestro ejerza coerción sobre los alumnos, y que tenga la posibilidad de recurrir a los castigos. Como preciso en el próximo párrafo, es Tolstoi sobre todo el que tiene en Félix un asentimiento total, al menos en lo que concierne a su obra educativa. Le he preguntado, en nuestra última conversación telefónica, por qué no llamó a esa escuela "León Tolstoi". Me confirmó que ése hubiera sido el nombre más natural, pero que en ese momento le molestaba que Tolstoi profesara una filosofía religiosa de la vida. Ésta les parecía a todos, incluyendo a Félix, incompatible con las aspiraciones libertarias de su época; e igualmente las opciones resueltamente no violentas de Tolstoi, en un momento en que estaban en el umbral de una revolución que, según el parecer de todos, no podía hacerse más que con el recurso a la fuerza. Actualmente, esas reservas ideológicas de Félix vis a vis de Tolstoi se han atenuado mucho, y aunque siga teniendo una visión del mundo totalmente "racionalista" y atea, ve en Tolstoi uno de los grandes hombres de su tiempo que, como pocos otros antes e incluso después de él, ha tenido una visión profunda de la libertad, y ha realizado con ese espíritu una obra educativa inmensa.

[1056] Véase a este respecto la precedente nota a pie de página.

[1057] Situemos en el tiempo a esos grandes precursores de la libertad en la educación: Godwin (1756–1836), Fourier (1772–1837), Bakounine (1814–1876), Tolstoi (1828–1910).

[1058] Y yo añadiría: al "estimular la iniciativa y el sentido crítico de los alumnos", el profesor será igualmente *estimulado por ellos*. Ambos, estimular y ser estimulado, en realidad son inseparables y se entralazan en un único y mismo movimiento. La señal de la participación creativa del docente en ese movimiento está tanto en lo que él recibe de los alumnos como en lo que les da...

lo había experimentado el último siglo a miles de kilómetros de allí – hasta que las autoridades zaristas cerraron su escuela. Y el problema no estaba *en los niños* – los niños son perfectamente capaces de vivir como seres libres. (Y también los adultos lo son, al menos en ciertos lugares y momentos, cuando sopla entre ellos un viento de libertad...) El problema, viene de los adultos, y muy especialmente, de los *docentes*. ¡Bien lo había visto Tolstoi! El docente que, en su infancia, ha sido amaestrado para obedecer, ¿cómo no será autoritario, cómo no amaestrará a su vez? Es así como se transmiten, de generación en generación, de siglos en milenios, los inmemoriales atavismos del rebaño. ¡¿Cómo saldremos jamás de ese círculo vicioso?!

Pero Félix, que nunca había sido domesticado, sentía unas alas. Había comenzado a salir de ese círculo fatídico, del círculo del rebaño. Sentía que tenía en la mano la llave para salir, y que estaba dispuesto a ir más lejos que su gran predecesor ni ningún otro hubiera ido jamás.

(105) Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad[1059]

Las dos experiencias pedagógicas que Félix considera sus grandes experiencias consistieron en la creación y la animación de dos escuelas que llama "*autogestionadas*". Reconozco que por sí mismo ese término no me acelera el corazón, y raros deben ser a los que no les pase eso. Eso evoca una "gestión", algo pues más o menos administrativo o financiero, que se haría cargo de sí mismo (?), o por los más involucrados. Además me parece que en la jerga político-económica de nuestros días, esas expresiones "autogestión" o "autogestionado" se han puesto un poco en todas las salsas. Para Félix, tienen un sentido muy fuerte, global, exigente. En una obra colectiva "autogestionada", el aspecto "gestión" no es más que un aspecto entre muchos otros de muy distinto orden. Y en el caso en que la obra común sea una *escuela*, agrupando niños y adultos, alumnos y docentes (y eventualmente otro personal), ese aspecto está lejos de ser el más importante.

N 437 ◊Ya me había referido a Summerhill como una escuela "autogestionada"[1060], pensando entonces, no ciertamente en historias de gestión (de hecho, ni los alumnos ni el personal tenían que meter la nariz en las finanzas – ese dominio estaba reservado al director-propietario Neill...), sino en la asamblea de la escuela, que agrupaba alumnos y personal sin distinción. Era soberana en todas las cuestiones relativas a las relaciones entre personas, al funcionamiento interno, al reglamento interior – con excepción sin embargo de todo lo relativo a los sempiternos "programas" y los cursos (dominio reservado a los maestros...), y a la dieta y el menú (dominio reservado a Madame Neill...). Si Félix me oyera llamar a esa escuela "autogestionada" se reiría mucho. Para él, una escuela autogestionada, es una escuela que *pertenece a los alumnos*[1061], en primerísimo lugar, igual que a los docentes y el personal (¡en segundo lugar!), y *donde todo* lo que se refiere a la escuela, sin ningún dominio reservado, es debatido y decidido en común[1062].

[1059] Continuación de la nota anterior, "Félix Carrasquer (2): "el auge". Véase la nota al pie de la página N 423.

[1060] En la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill – o despertar al *hombre* en el ciudadano" (n^o 91), especialmente la página N 334.

[1061] Es evidente que ese término "pertenece" no hay que tomarlo aquí en un sentido formalista y jurídico – por supuesto no se trata aquí de que los alumnos con una mayoría de votos estén (por ejemplo) legalmente habilitados psra vender la escuela, ¡terreno y material y a repartirse la suma! Por supuesto ése no era el caso ni en la calle Vallespir ni en Monzón, y qué más da. Se trata de que los alumnos tengan a su libre disposición todo lo de la escuela, y de ser colectivamente dueños de sus destinos inmediatos. La realidad que aquí importa no se sitúa en ningún plano jurídico, sino en el plano psíquico.

[1062] Cada cuestión es "debatida y decidida en común" por todos a los que atañe. Cuando la cuestión atañe a todos los alumnos y el personal de la escuela, el debate tiene lugar en la asamblea de la escuela, con la participación de todos, y con igualdad de voz y voto (cuando hay que votar a falta de unanimidad).
Cuando digo "sin ningún dominio reservado", eso es cierto tal cual en la escuela de Monzón. En cuanto a la escuela de la calle Vallespir, sostenida financieramente por los padres bajo la dirección del Comité del Ateneo libertario del barrio de Les Corts (véase más abajo), parece evidente que las cuestiones presupuestarias (como la remuneración de los maestros) no eran discutidas por la asamblea de la escuela, sino que estaban reguladas por los adultos involucrados: los maestros, los padres, y los responsables del Comité. También parece claro que esas

N 438 ◊En las deliberaciones y discusiones, la principal virtud de los docentes y a menudo la más ardua (no lo recordaba bien, y Félix me lo ha vuelto a confirmar por teléfono...), es *saber callarse*. Sobre todo se trata de que los chavales se expresen, se pregunten, inventen, tomen responsabilidades – mientras que en todas partes y antes de ir allí, estaban amaestrados a escuchar a las grandes personas y a obedecer. En la escuela de Félix[1063], de una buena vez hay que desprenderse totalmente de todo un mecanismo psíquico, igual los niños que los adultos. Cuanto mayor sea la autoridad moral de un adulto (digamos la de Félix, o la de Neill en Summerhill), más importante es que se contenga, que sepa cerrar el pico – que hable el último, o incluso que se calle. Y después de todo, incluso si le parecía que una decisión que los chavales se han inventado entre ellos no es la más razonable, vale la pena que ellos mismos hagan la experiencia, y si es necesario, que aprendan de sus errores. Más vale llegar a una decisión impracticable (sobre la que no tardaremos en volver, instruidos por la experiencia), que a una solución "perfecta" soplada por el adulto, y adoptada de oficio por unos niños que confían en *su* saber y en *su* experiencia...

En las escuelas animadas por Félix, era raro que hubiera que votar, incluso con un centenar de participantes. Casi siempre, al final de una discusión, todo el mundo estaba de acuerdo, y era asunto juzgado. En caso de diferencias de opinión, se votaba con igualdad de voz y voto – el voto del mocoso de seis años, si es que le interesa participar en la votación, es igual al de Félix. (Como también era el caso de Neill en Summerhill.) No será raro que una propuesta de Félix (o de Neill) sea rechazada. ¡Lo contrario sería mal síntoma! De todas formas, lo más importante no es cuál es la decisión tomada – al menos, en tanto que ésta se tome con un espíritu de equidad. (Y el niño no reprimido tiene un sentido delicado y seguro de la justicia...) Lo importante es hacer el aprendizaje de la libertad. Y a decir verdad, los adultos igual que los niños tienen que hacer ese aprendizaje...

Pero en la "escuela autogestionada" tal y como la entiende Félix, no hay dominio reservado donde el niño no tuviera voz y voto. No es una sauna donde está mimado, sino un miniuniverso en el que participa plenamente, asumiendo todas las responsabilidades (variando según su edad y su grado de desarrollo) que quiera asumir. Y el espíritu que reina en ese universo que es
N 439 totalmente suyo, donde está realmente, totalmente *en su casa*, anima ese deseo espontáneo ◊de asumir sus responsabilidades (sin obligarle en ningún momento, no siquiera tácitamente). Un chaval de seis o siete años, es raro que se interese justamente en cuestiones de "gestión" – por el contrario la adquisición de nuevo material escolar no dejará de interesarle, y tendrá algo que decir.

Pero seguramente la cuestión más importante en la escuela, que interesa a todos los niños sin excepción, es saber *qué se hará*, y *cómo se hará*. ¿Qué se quiere aprender? ¿Qué se quiere hacer? Y una vez que se ha comenzado algo, cómo continuarlo, y de qué manera trabajar juntos (o jugar juntos...), tanto si es un trabajo más o menos teórico con libros y apuntes escritos, o un trabajo de taller. O el trabajo en el jardín, o en los campos. O también, en régimen de internado, el trabajo en la cocina, servir la mesa, la limpieza... A medida que el niño crece, también aprende a poner de acuerdo sus deseos espontáneos o sus deseos más duraderos, con las tareas materiales requeridas por la convivencia, tareas más exigentes en régimen de internado, pero que existen en todo caso. En las dos escuelas autogestionadas animadas por Félix, ni se planteaba (ni siquiera, por supuesto, ¡aunque hubiesen dispuesto de medios financieros a gogó!) requerir mano de obra remunerada para las tareas domésticas. Los niños, del más pequeño al más grande, en compañía de los adultos cuando éstos no tenían que estar en otra parte, hacían

---

cuestiones carecían de interés para niños de entre seis y trece años, a una edad pues en que ellos mismos todavía no participaban en una producción que contribuyera a las necesidades financieras de la escuela. No era así en la escuela de Monzón, que reunía alumnos de entre catorce y diecisiete años y atendía a sus propias necesidades, con el trabajo de los alumnos.

[1063] Manifiestamente esta misma observación es válida para la escuela de Summerhill.

ese trabajo como algo evidente. No eran cargas que les hubieran sido impuestas por alguien. Eran cosas que hacían por sí mismos, en un lugar que estaban a gusto como en ninguna otra parte. Incluso la limpieza del retrete se hacía todos los días y de buen humor. Hay que pensar que cuando no hay un adulto detrás para obligarles a ser limpios y cuidadosos, cuando los chavales tienen toda la casa para ellos, les gusta que esté bonita. Pienso que para ellos mismos, y también (si los dos verdaderamente se pueden separar) vis a vis del mundo exterior – les gusta estar orgullosos de su reino, que refleja ni más ni menos lo que son.

Pero volvamos a lo que comúnmente se considera como la razón de ser de la escuela, los famosos "cursos". En la escuela autogestionada, no hay programas para tal o cual curso escolar, ni un abanico preestablecido de cursos, que se repartirían los profesores según su competencia, ¡y que se limitaría a repetir confortablemente cada año ([109])! Si buscan confort, ¡su sitio no está allí! Para Félix (ya lo hemos visto en la nota anterior sobre su trabajo en Albalate, su pueblo natal), la "cooperación" entre docente y alumno no es una palabra vana. En el trabajo en común, es el alumno tanto como el docente, después de todo, el que está directamente y
N 440 vitalmente implicado, el que verdaderamente "hace" con él el ◊"curso" (si todavía se le puede llamar así). No sólo es justo, es incluso indispensable para un aprendizaje "activo" en el pleno sentido del término (es decir para un aprendizaje que sea creativo...), que el alumno tenga voz y voto en igualdad con el docente, sobre todo en lo que concierne a ese trabajo en común.

En Albalate (en los años 1928–1933), donde todo el mundo se conocía desde siempre y donde el mismo Félix era un "paisano", el comienzo de la escuela con ese espíritu de cooperación no tuvo ninguna dificultad. Fue eso, seguramente, lo que le dio a Félix esa inquebrantable confianza, ese conocimiento íntimo de que la cooperación en la escuela, *eso funcionaba*, y que era *eso* y no otra cosa, la verdadera libertad en la escuela. Esa seguridad no estaba de más para poner en marcha la escuela de Barcelona, en 1935:

> "Al principio los chiquillos estaban perdidos, no sabían qué hacer. Hacen falta muchas agallas para no dejarse arrastrar a dictar: se hace esto o aquello, de tal o cual manera... Pero al final los mismos niños eligieron. Estoy seguro de que mientras alguien dirija, dicte en la escuela, no hay libertad – ni en la escuela, ni en otra parte..."[1064]

Durante cuatro días los chiquillos esperaron que los adultos tomasen la dirección de las operaciones, ¡y no se hable más! Debieron ser para ellos unos días de pánico interior, un mundo que de repente se hundía – adultos, y lo que es más sus maestros de la escuela, ¡se negaban a mandar! Félix, él no tenía miedo, él también esperaba: que se pusiera en marcha... El cuarto día, una niña pequeña cuya madre trabajaba en una fábrica de tejidos, quiso saber cómo funcionaba una máquina de tejer. Después de eso, la partida estaba ganada – la presa del miedo fue sumergida por una riada de curiosidad – ¡el trabajo había comenzado!

Era la primera de las dos escuelas autogestionadas, la escuela Elysée Reclus, calle Vallespir en Barcelona. Sólo funcioné durante el curso escolar 1935/36, pues fue interrumpida por la guerra civil. Fue casi una empresa familiar, pues los cuatro maestros permanentes eran los tres hermanos Félix, José, Francisco, y su hermana Presen que (con ayuda de su indispensable piano, de lo más apreciado sobre todo por los pequeños) se ocupaba de los niños más chicos. Había un centenar de niños de entre seis y trece años, en el barrio obrero de Les Corts. Los locales eran más bien exiguos para tantos niños. Cuando hubieron preparado los locales, José y los demás
N 441 estaban un poco inquietos: en ◊Yasnaïa Poliana, Tolstoi podía pasearse con los muchachos durante días, ¡en pleno campo! Sin embargo eso no impidió que esos hijos de proletarios se sintieran como en casa. Eran los reyes y señores como en ninguna otra parte, ¡aunque el metro cuadrado fuera escaso! Para ellos no era una escuela, era *su* casa. Nadie les obligaba a ir, ni

[1064] Cita extraída del citado artículo de El País – véase la nota al pie de la página N 428 en la nota "Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión".

a participar en las ocupaciones colectivas, y lo sabían bien. Pero les hubiera dado la risa, si alguien les preguntara si preferían quedarse en casa de sus padres (¿para que les mandasen?) o gandulear por la calle (¿para qué hacer?), o, en su reino, ¡quedarse papando moscas mientras todo el mundo se afana! En todo el año no hubo ni uno que se le ocurriera no ir "a clase". Más bien era al revés: a las seis de la tarde, cuando en principio la jornada escolar había terminado y los maestros se iban a comer, siempre quedaban unos cuantos que seguían atareados, en un trabajo a medias, en la imprenta, aporreando el piano o yo que sé. Entre las ocho y las diez de la tarde, la escuela recibía a los adolescentes del barrio, lo de más de trece años que quisieran ir, e incluso los adultos. Entonces había que regañar un poco a los "parroquianos de día" para que se fueran y dejasen sitio a los compañeros mayores. Y se iban tranquilamente bromeando – otra vez será.

¡El mundo al revés! ¿O no será más bien el mundo al que estamos todos acostumbrados el que está "al revés", el mundo de un extraño delirio?

Esa escuela funcionaba bajo el patronato del Comité del Ateneo libertario del barrio de Les Corts[1065]. El comité es el que se encargaba de reunir la participación financiera de los padres en los gastos de funcionamiento. Una vez adquirido el edificio y el material, en lo esencial se limitaban a los emolumentos de los cuatro maestros a tiempo completo, seguramente no serían grandes sumas.

En cuanto a las relaciones con los padres de los alumnos, ésa era una cuestión neurálgica para la escuela. Una vez roto el hielo con los alumnos, no sería de *ellos* de donde vendrían los problemas. Ni una sola vez durante ese memorable año, ni más tarde en la escuela de Monzón que ya veremos, hubo peleas entre los niños, hubiera o no maestros presentes. Tal vez increíble,
N 442 ¡pero cierto[1066]! Por ese lado, perfecto. Pero ◊Félix sabía que no sería posible enseñar la libertad a los niños, sin enseñársela a la vez a los padres, e incluso a todos los adultos del barrio. Sí, esa escuela, supuestamente para niños de seis a trece años, era también en el pleno sentido del término *la escuela del barrio* – también la de los adolescentes y los adultos. Muchos iban a los cursos de tarde de 8 a 10, ya mencionados, siempre abarrotados. Además, una vez al mes, había una reunión especial de los maestros con los padres, y también otra con éstos y la participación de los niños. Lo más duro, era que los padres admitieran que sus hijos, después de que fueran a esa escuela en la que se sentían como en casa, se pusieran a criticarles. Aprender la libertad, es también (y quizás, sobre todo) aprender a enfrentarse al orgullo y la vanidad que hay en nosotros y a nuestra agresividad reprimida, que tienen tanta tendencia a dominar nuestro comportamiento, ni visto ni oído. Por eso a menudo la crítica nos es insoportable, y más aún cuando está bien fundada. Pero no habrá libertad, ni justicia, ni revolución digna de ese nombre, mientras que nosotros, los padres y los adultos, nos neguemos a escuchar la verdad que sale de la boca de nuestros hijos.

Lo extraordinario (y que da la talla de una gran época), es que en esas confrontaciones públicas, se llegase a hacer entender a los padres que era importante que aceptasen que los niños les criticasen libremente. Los niños que temen criticar a sus padres (de viva voz, o sólo en su fuero interno), serán adultos que temen a sus amos, y que aceptarán servilmente su dominación. En una de las primeras sesiones en común con los padres y los niños, uno de los alumnos se levantó valientemente, ante dos o tres centenares de personas reunidas, para explicar que su padre le había pegado porque no le había hecho caso inmediatamente, cuando le pidió que fuera a comprarle tabaco. Félix me dijo que ese acto de coraje hizo una extraordinaria impresión a

[1065] En la España de los años treinta, los "ateneos" eran asociaciones culturales, a menudo de inspiración libertaria, que jugaron un gran papel en la fermentación ideológica de esos años. Cada barrio de Barcelona tenía su "ateneo libertario", cuyo papel cultural e incluso político (me ha parecido entender) en la vida del barrio era considerable.

[1066] ¿Dónde y cómo se descargaba la agresividad almacenada en esos niños a lo largo de su existencia, y seguramente sufrida en su entorno durante esos años? En todo caso, ¡no se descargaba en la escuela! Volveré de nuevo sobre esta especie de milagro, en la nota "Félix Carrasquer (5): o el tiempo de la cosecha" (n^o 107), especialmente en las páginas N 454 – N 456.

todos los que estaban allí. Algo debió "pasar" entonces, para que los que asistieron y aún están con vida todavía se acuerden...

Todos los domingos, cuando el tiempo lo permitía, la escuela hacía una excursión, con los maestros y alumnos que quisieran, y a menudo con familiares y amigos. (¡Nada de domingo-
N 443 descanso para los infatigables ◊maestros, en esos años de siembra a brazo partido!) Era una ocasión para conocerse todos en un ambiente particularmente agradable y distendido. Hubo hasta mil familias que se reunieron así en el campo; prácticamente todo el barrio de Les Corts. No me pidan detalles sobre las cuestiones de intendencia para esa memorable migración de un día. La escuela se convirtió en el fermento a la vez que en símbolo de una identidad colectiva del barrio, y de un espíritu nuevo que había comenzado a soplar dos o tres décadas antes y que había encontrado, en ese centenar de niños, su expresión espontánea más concreta y más sorprendente.

En ese momento Félix ya era ciego desde hacía dos años. Le conozco lo suficiente para saber que eso no le impedía ser el alma, ciertamente discreta pero omnipresente, de esa atrevida aventura en común[1067]. A falta de sus ojos, ahora hacía falta que se desenvolviera con sus manos y oídos. Pero sobre todo, seguramente, que viera con los ojos del corazón...

La segunda escuela autogestionada suscitada y animada por Félix es la "Escuela de Militantes de Monzón". Es una escuela rural, en Aragón, durante dos años de la guerra entre enero de 1937 y enero de 1939. Esta vez son chicos y chicas mayores, de entre catorce y diecisiete años, viviendo juntos en régimen de internado. Su número varía entre cuarenta y sesenta. Félix es el único adulto entre ellos: ¡es la guerra! Durante esos dos años, buen número de los chicos mayores parten para el frente, otros son requeridos por la colectividad para tareas administrativas y de organización en la retaguardia. Nuevos alumnos llegan para reemplazarlos. Unos doscientos alumnos pasan así por la escuela. Mucho tránsito pues, señal de una mortífera guerra fuera, y de un intenso trabajo de reconstrucción social en el lugar. Aragón fue divida en veinticinco colectividades agrarias (o "Comarcales"), agrupando 601 pueblos colectivizados con 300.000 familias campesinas que optaron por la colectivización libertaria[1068]. Entre esas colectividades,
N 444 está ◊la de Monzón, que agrupa 32 pueblos, siendo Monzón el más importante. Los edificios de la escuela (la antigua residencia de un coronel, requisada por la colectividad), con un jardín y tierras, fueron puestos a disposición de la escuela por la Comarcal de Monzón, más ganado, material agrícola y de lo demás, peculio para la adquisición de material pedagógico en Barcelona, y en fin avituallamiento asegurado para unos cuantos meses. ¡A apañárselas con eso!

El propósito de la escuela, era formar jóvenes con un espíritu de iniciativa y responsabilidad, para atender a las tareas administrativas y de organización requeridas por las necesidades de la colectivización. Cada uno de los 32 pueblos de la Comarcal envió uno o dos jóvenes, incluso tres, juzgados aptos para ese tipo de trabajo[1069]. Casi siempre, quién lo duda, los elegidos son chicos, y Félix tiene que insistir para que haya más o menos tantos chicos como chicas. Éstas estarán en franca minoría. La mayoría de esos jóvenes ya no iban a la escuela, eran enviados directamente del campo (por así decir) a la Escuela de Militantes.

[1067] Uno puede preguntarse aquí en qué medida, una vez iniciada, esa "atrevida aventura en común" seguía dependiendo de la persona de Félix, y si hubiera podido continuar sin él en caso de que, por una razón u otra, dejase de participar en dicha aventura. Esperemos que sí...

[1068] Esta extraordinaria experiencia colectiva es, parece ser, muy poco conocida, a falta de documentos de la época, y de testimonios auténticos sobre este episodio por sus coautores. Para un relato detallado, reenvío al libro de Félix "Las Colectividades de Aragón – un vivir autogestionado promesa de futuro", ediciones Laia/Divergencias, Barcelona 1986.

[1069] Por supuesto, vistos los numerosos precedentes, hay que pensar que, caso de que las fuerzas revolucionarias hubiesen ganado en España, esa "Escuela de Militantes de Monzón" corría el riesgo de jugar el papel de "vivero" para una nueva "aristocracia revolucionaria" (sic.), que ocupase el lugar de las "élites" precedentes que tenía que reemplazar. Ignoro si las estructuras colectivistas puestas en pie entonces, y sobre todo el espíritu de la población que las presidía, excluía de oficio (o al menos volvía improbable) ese tipo de descarrilamiento, tan común en una revolución...

No tuvo ninguna dificialtad con ellos para empezar, en Monzón. Seguramente habían madurado con los grandes sucesos revolucionarios que habían ocurrido a su alrededor, y se habían puesto a tono con el nuevo espíritu. Bien sabían que iban a la escuela de Monzón no para obedecer y ejecutar órdenes, sino para aprender "en el tajo" a usar sus propias facultades, en contacto unos con otros, tanto en el estudio de cuestiones más o menos teóricas como en las tareas domésticas, o en los campos, el jardín, los talleres, y en trabajo de gestión. Cada alumno participaba en todos esos trabajos, incluyendo el trabajo de gestión, confiado a un Comité de Gestión que se renovaba por turnos.

Muy pronto, gracias a su producción agrícola, la escuela pudo subvenir totalmente a sus propias necesidades. Vista la situación tan apurada, eso era algo importante, ciertamente desde el punto de vista material, pero más aún, sin duda, desde el punto de vista psicológico. Hasta tal punto que con la perspectiva de medio siglo, Félix me escribe:

N 445

> ◊ "Lo más importante de la experiencia de Monzón[1070], es que tres horas de trabajo agrícola de cada uno, atendíamos a nuestras necesidades económicas. Es decir, si nuestro tipo de escuela se generaliza, ahorraremos los millones y miles de millones que se gastan en una enseñanza que embrutece a los jóvenes, y aprenderán a combinar de verdad la práctica y la teoría en un saber hacer cooperativo y enriquecedor para todos."

La escuela tenía incluso exceso de producción, que estaban orgullosos de poder enviar al frente. Esta eficacia era debida sin ninguna duda al buen entendimiento y al entusiasmo de los alumnos, pero también a los métodos de explotación modernos que eran los primeros en introducir en la región. (Era un tiempo en que nadie sospechaba todavía hasta dónde esos maravillosos métodos iban a terminar por llevar a la agricultura...)

Para una escuela que comprende el abanico usual de edades, a partir de los cinco o seis años, ni se plantea que pueda atender a sus propias necesidades, con un trabajo productivo de los niños. Pero poco importa – después de todo, la razón de ser de una escuela, y para Félix menos que para nadie, no es ser "rentable" económicamente. Si (como no dudo ni un instante) la humanidad sobrevive, y si además sigue (como al menos me parece probable) confiando una parte de la educación de sus niños y sus adolescentes a las escuelas, encontrará de modo prioritario, en la medida que sea necesario, los medios para atender a las necesidades de éstas, sin pensar en quejarse de sus millones. Y si (como tampoco dudo) la extraordinaria experiencia de Félix y los chavales de la calle Vallespir y los jóvenes de la escuela de Monzón inspira algún día a otros hombres para hacer *sus* escuelas que respondan a las necesidades de *su* tiempo y del contexto ambiente, seguramente no será por razones económicas, sino porque responde a unas aspiraciones profundas que hay en ellos y que son las mismas que había en Félix al crear la obra, y en todos los que, niños y adultos, participaron en ella.

La escuela de Monzón fue fundada en vista de las necesidades inmediatas de una revolución libertaria en el medio rural, pero sin duda también con una visión a largo plazo que, ¡ay! nunca se realizó. Cuando Aragón cae, en abril de 1938, ◊la escuela es transferida a toda prisa a Cataluña, cerca de Barcelona[1071], con parte de los antiguos alumnos, a los que se añadieron otros alumnos de la región de acogida. Fue disuelta a última hora, en el momento de la debacle final, en enero de 1939. Félix pasa in extremis a Francia, en los días siguientes. (Cuatro años de campos de concentración le esperan – el precio a pagar para escapar al pelotón de ejecución...) Un buen

N 446

[1070] Sin duda no hay que tomar al pie de la letra esta afirmación a vuelapluma. Como sugiero más abajo, seguramente Félix encontrará en la experiencia de la escuela de Monzón aspectos más cruciales que el aspecto económico que aquí resalta.

[1071] La razón de instalar la escuela cerca de Barcelona era sobre todo (me explica Félix) una razón propagandística, para poder enseñar a los distinguidos visitantes extranjeros en Barcelona esa escuela diferente a las demás, como un ejemplo de "realización revolucionaria".

número de alumnos de Monzón cayeron en el frente. También su hermano José (el que fue el primero en secundarle, al fundar la escuela de la calle Vallespir...). Otros alumnos, en la ola de represión que siguió a la debacle, fueron fusilados.

Sin embargo los hay que sobrevivieron, que aún viven – y que se acuerdan. A lo largo de los años, después de la muerte de Franco y cuando el régimen policial se va relajando poco a poco, Félix ha encontrado una treintena. Y también antiguos alumnos de la calle Vallespir. Esos niños y adolescentes de antaño tienen hoy entre sesenta y setenta años, hombres y mujeres en el atardecer de su vida. Según me dice Félix, entiendo que la semilla que fue sembrada en ellos no ha muerto. El martillo compresor de cuarenta años de represión policial ha sido impotente para ahogarla. Aún hoy, saben (igual que entonces ya supieron sentir, niños...) que en esos años aparentemente lejanos, en la escuela de la calle Vallespir y en la de Monzón, tuvieron la suerte de vivir una grandísima aventura – una gran aventura del espíritu. Y estoy seguro que muchos de sus hijos y de sus nietos a los que les hayan hablado de ella (los que se hayan atrevido a creerles...), también lo saben. Y quizás al menos en ellos, en esos viejos y en esos hombres y mujeres en la plenitud de la vida y en esos niños que empiezan a vivir, hay desde ahora el conocimiento de *otra cosa* distinta a la que les rodea; y con ella, una secreta espera muy valiosa...

N 447

$^{\diamond}$(106) Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón[1072]

En mi carta[1073], en que le hablaba con entusiasmo de Neill, Félix me responde un poco sarcásticamente:

> "Tuve conocimiento de la experiencia de Neill en Francia, en 1965, cuando emitieron programas sobre su libro en "France Culture"[1074]. Tuve que comentar su experiencia en diversas ocasiones (sobre todo en la Universidad), cuando, al exponer nuestra experiencia de autogestión en Vallespir, ciertos profesores poco intuitivos me dijeron que mi experiencia era parecida a la de Summerhill. La escuela de Neill es un bonito ejemplo de "libertad" (con comillas), pues donde no hay responsabilidad no puede haber auténtica libertad. Ateniéndome a lo que el mismo Neill nos confiesa, cuando explica que los niños no le ayudaban a cultivar su huerto y que tenía que poner bajo llave las herramientas de carpintería para que no fueran dilapidadas, es fácil para mí replicar que es absurdo y antilibertario esperar que los chavales le ayuden, a él, propietario del huerto y del material[1075]. En Monzón, donde el huerto, la producción y las herramientas pertenecían a los muchachos[1076], hacían su parte del trabajo con entusiasmo y cuidaban mucho sus herramientas, como cosas que eran suyas."

[1072] Continuación de la nota anterior, "Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad. Véase la nota al pie de la página N 423.

[1073] Carta del 27.11.87. Fue escrita un poco antes de que releyera el libro de Neill "Niños libres de Summerhill", y después de la primera nota en que se trata de Neill, "Los mutantes (3): un viento de justicia y de libertad" (n^o 88).

[1074] N. del T.: "France Culture" es una radio pública francesa que inició sus emisiones en 1946 y es parte de "Radio France". Su programación comprende una amplia variedad de temas históricos, filosóficos, sociopolíticos, científicos, etc., incluyendo debates y documentales.

[1075] La forma en que Neill habla de su experiencia en Summerhill, sin hacer misterio en ningún momento de las dificultades que no podía dejar de encontrar en su delicada tarea, nunca tiene el tono de una "confesión" (como hecha a su pesar...), sino que siempre es cándida y espontánea. No sé si él "esperaba" que los muchachos le ayudasen en el huerto (esperanza muy humana, aunque sea "absurda y antilibertaria"). Pero lo que sobre todo importa, es que aunque sus expectativas fueran defraudadas (cosa seguramente de lo más frecuente), su amor propio no se resiente y su relación con los niños no cambia. Sobre todo es ahí donde veo en él un gran educador, que tiene mucho que enseñarnos.

[1076] No hay que tomar aquí el término "pertenecían" en un sentido muy formalista. Compárese con la nota al pie de la página N 437 en la nota anterior. Es innegable que el sitio le "pertenecía" a los niños de la escuela de la calle Vallespir o en Monzón, en un sentido mucho más completo que en el caso de Summerhill.

N 448 ◊Lo que es seguro es que en la calle Vallespir y en Monzón había un "viento libertario", un impulso creativo, probablemente único en la historia de la escuela, y que se buscaría en vano en Summerhill. Los lugares y los tiempos, decididamente, no eran los mismos. En la Inglaterra desde los años treinta hasta hoy[1077], e incluso eligiendo un medio menos acomodado que el medio burgués en que se acantonó Neill, no estoy seguro de Félix, con su genio propio y la llama libertaria que le anima, hubiera logrado suscitar una gran aventura pedagógica colectiva, como la que vivió y animó en los diez u once años entre 1928 (cuando regresa a Albalate para su primera experiencia pedagógica) y el 25 de enero de 1939 (cuando la debacle de la revolución española pone fin a la experiencia de la escuela e Monzón).

Sí, en la aventura pedagógica de Félix hay una dimensión de epopeya colectiva, ausente de Summerhill y sin duda de cualquier otra experiencia educativa hasta hoy en día[1078]. Sin embargo (¡que no se disguste Félix!) veo una dimensión ciertamente diferente, pero no menos única e igualmente irreemplazable, en Summerhill. Es la dimensión de *profundidad* en la visión de Neill y en su trabajo de educador y terapeuta infantil, incansablemente realizado durante cuarenta años; una dimensión que la obra de Félix no *podía* tener, incluso suponiendo que hubiera en él las disposiciones latentes que, en Neill, iban a desarrollarse en una especie de don de videncia psicológica para leer en la psique de los niños. A cada uno sus dones, que le corresponde dejar crecer y desarrollarse, a cada uno su misión. Y afortunado el que, en el corto periplo de una vida humana y dándose por entero, haya podido llevara término una misión que hizo totalmente suya.

Esa profundidad en la obra de Neill y ese espíritu audaz que requiere, Félix la había sentido bien en los años sesenta, me acuerdo muy bien. Me habló entonces de ello, a mí que allí sólo veía fuego, al tiempo que mencionaba algunas limitaciones bastante evidentes en Summerhill (que yo mismo había sentido). Pero tal vez lo haya olvidado, absobido como ha estado, en los
N 449 casi veinte años que han pasado desde entonces, en hacer sentir a unos ◊espíritus reticentes, allí donde tiene ocasión, una dimensión de la libertad que él sigue siendo uno de los pocos en sentir plenamente, por haberla descubierto y vivido él mismo, y por haberla visto vivir plenamente.

Igualmente veo una convergencia entre las dos obras, y a pesar de lo que piense Félix, es una convergencia hacia la *libertad*. Cada uno a su manera, uno y otro, Neill y Félix, *han sembrado la libertad*. Igual que antes que ellos hombres como Walt Whitman, Pierre Kropotkine, Edward Carpenter, Sigmund Freud y otros han sembrado, y (después de ellos) un Teilhard de Chardin, un Krishnamurti[1079], un Marcel Légaut, o un Solvic sembrando su joven vida bajo el fuego del pelotón – cada uno sembrando "la libertad" en su propio campo, que la vida le ha asignado. Esa libertad no es total, no es *toda* la libertad, en ninguno de esos hombres, ni en ningún otro que haya vivido jamás. Puesel mismo sembrador, incluso animado de la pasión por la libertad, no es totalmente libre. Es hombre, y como tal atado de cien maneras, se dé cuenta más o menos claramente, o no. Sus siembras son siembras humanas, y el campo que siembra, por grande que sea, es limitado. Es con las cosechas que allí recogerán otros hombres, y que a su vez volverán a sembrar en nuevas y más amplias simientes, como esos límites del hombre podrán ser y serán desbordados y repelidos sin cesar...

A mi pregunta sobre la actitud vis a vis del sexo en la escuela de Monzón, Félix me respondió así:

"En cuanto al sexo, diría que, como era una región campesina de costumbres tradi-

[1077] Me parece que lo que aquí digo sobre Inglaterra, sería igualmente válido para cualquier otro país del mundo, con la única excepción de la España de los años veinte y treinta.

[1078] Quizás, en lo que respecta a la "dimensión de epopeya" (si no la de libertad), debería exceptuar a la "Colonia Máximo Gorki" de Makarenko, en los primeros años de la colonia. Esta aventura pedagógica se ha tratado en la nota "La democracia directa de Makarenko a Neill" (n^o 91).

[1079] Para Krishnamurti, se sobreentiende que aquí me limito a los tres o cuatro años en que fue fiel a su misión (al fin entrevista...), antes de que se deslizara en "la presunción" y ya no sembrara la libertad, sino mucha confusión.

cionales, y además vivíamos una revolución que reclamaba nuestra total participación en las acciones sociales y económicas del pueblo, había en nosotros un ascetismo espontáneo. Se hablaba del problema sexual con la misma sencillez que del aparato digestivo o de la higiene; pero no hubo ningún problema y había un respeto mutuo y cooperación entre los jóvenes de ambos sexos: estudio, trabajos agrícolas, limpieza del sitio, atender la mesa etc. – todo organizado y decidido en las asambleas que se reunían cada vez que era necesario, sin formalismo ni protocolo."

N 450 ◊Por supuesto, Félix sabe igual que yo que incluso hablando del sexo con la misma sencillez que del tubo digestivo, no juega sin embargo el mismo papel en la existencia, ¡y en absoluto plantea los mismos problemas! Y su testimonio que acabo de citar nos recuerda que hay momentos privilegiados en la vida de una persona o en la de toda una colectividad (como la de Monzón en los dos años de su corta existencia), momentos pasajeros, en que esos "problemas" pasan a segundo plano y están como desaparecidos. Eso no impide que la cadena milenaria de la represión del sexo, esa cadena omnipresente en la existencia humana[1080] (¡y en esa "región campesina de costumbres tradicionales" igual que en todas partes!), no desaparezca de un día para otro, en virtud de un soplo de entusiasmo y de libertad, en la estela de una revolución generosa (y cruel, y sangrante...). Es *la misma cadena* que la que ata a los pretendidos "amos" y a los "esclavos", que vuelve a uno *y* al otro igualmente ajenos a sí mismos, igualmente esclavos de los atavismos del Rebaño. Y ata a los maestros que enseñan no menos que a los alumnos.

Comienza a gastarse un poco, esa cadena invisible, al menos en nuestras comarcas. Pero todavía está fuerte, y es pesada de llevar, aunque pocos la noten y midan su peso. El más
N 451 hermoso impulso libertario, la ◊revolución cultural más radical, no la aflojará – ¡sin molestarse si quiera en mirarla! Hará falta un *trabajo* paciente y obstinado, trabajo de generaciones y de siglos si no de milenios, para que la cadena por fin se rompa y se parta en trozos y la dejemos tras nosotros, vestigio palurdo y extraño de un larguísimo y penoso caminar.

Ese aspecto neurálgico de la esclavitud del hombre, aspecto oculto, rara vez reconocido incluso en nuestros días, es prácticamente invisible en la escuela de Monzón y en la de Vallespir. "No hubo ningún problema"... ¡Pero precisamente *ése* fue el objeto de toda la atención de Neill! Medio siglo de atención paciente, intensa, delicada y amorosa. Igual que un prisionero desgasta incansablemente, con una endeble lima de uñas, una de las pesadas argollas macizas de su cadena. Pues sabe que la cadena que encadena a uno encadena a todos, y que tiene la eternidad ante él.

En mi reflexión sobre la obra de Neill, a principios de diciembre, había notado una cierta *complementariedad* entre la misión de Neill y la de Kropotkine (cuarenta años mayor que él). Sin embargo hay una complementariedad mucho más estrecha y más llamativa con la misión de

[1080] Recuerdo bien que fue el mismo Félix el que primero me hizo comprender el papel crucial de esa cadena en la existencia humana, ya no recuerdo bien en qué ocasión. Me dijo (más o menos) que el hombre o la mujer que era libre y no tenía vergüenza secreta *de su sexo*, jamás aceptaría ser dominado por nadie – ¡jamás tendría amo! Eso me había chocado mucho. Ese pensamiento sembrado entonces por Félix ha trabajado mucho en mí durante los veinte o veinticinco años que han pasado desde entonces. Además no tengo la impresión de haber llegado al final de esta historia, y especialmente de haber captado el sentido y el papel de la represión sexual, en la larga historia de nuestra especie. (Rozo esta cuestión en las dos notas "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano" y "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje", n^{o}s 41 y 90.)
Aprovecho la ocasión para señalar que Félix forma parte de los hombres que, durante algunos años, estaban revestidos de cierta "autoridad" para mí, por el hecho de que sentía en ellos un conocimiento o una madurez que me faltaban, y que por instinto yo sabía que tenía que aprender de ellos algo que era necesario que aprendiera. Y también creo que casi siempre terminé por aprender con su contacto lo que tenían que enseñarme. Después de lo cual, ese "aura" tácita de autoridad de la que habían estado revestidos se desvanecía, y el lazo que me ligaba a ellos tenía tendencia también a aflojarse considerablemente. Ese relajamiento del lazo está sin duda ligado al hecho de que la principal fuerza motriz en mi vida no es el amor o el afecto (como por ejemplo era el caso en la vida de Edward Carpenter), sino más bien la sed de conocimiento, y la elección y evolución de mis relaciones con otro están subordinadas en gran medida a ese impulso de conocimiento que hay en mí.

Félix (veintidós años más joven que Neill). Igual que Kropotkine, Félix dice tener una visión del mundo "anarquista" o "libertaria", y ha sido un infatigable luchador por los ideales de justicia social y de libertad, concebidos en una óptica libertaria. Pero mientras que Kropotkine sólo tocó las cuestiones educativas de forma teórica y epidérmica, éstas estuvieron en el corazón de la misión de Félix no menos que en la de Neill. Habiendo subrayado la dimensión en la obra de Neill que está ausente en la de Félix, lo notable es que inversamente la obra de Félix viene a llenar a la perfección las mayores lagunas que se constatan en la de Neill. En este momento distingo tres, que quizás no sea inútil recordar y poner una tras otra.

1º) La pasividad relativa al papel de los alumnos en la enseñanza propiamente dicha. Dejando aparte la atrevida innovación de no obligar a los niños a ir a clase cuando no lo desean, Neill se limita a seguir al paso el modelo tradicional del maestro que sabe, y transmite un saber fijado de antemano a unos alumnos que lo ignoran ([110]).

2º) La no-participación de los niños en los trabajos domésticos y las otras necesidades de la vida colectiva, trabajos que en Summerhill realiza personal remunerado. Por una idea claramente
N 452 falsa de la "felicidad" de los ◊niños[1081], su vida en Summerhill (hasta la edad de diecisiete años en que dejan la escuela) se reparte exclusivamente entre el estudio por una parte, y por otra parte el juego y las actividades recreativas (teatro, talleres...), incluyendo las distracciones externas pagadas por el dinero de bolsillo proporcionado más o menos copiosamente por los padres.

Quizás sea ese el aspecto "sauna" más flagrante: el niño se encuentra descargado (y en verdad, *privado*) de algunas de las responsabilidades más simples y elementales, que normalmente son parte de la vida en común familiar o colectiva. Con ello además se habitúa a existencia privilegiada, servido, en las tareas consideradas de común acuerdo como "inferiores" o "serviles", por personal de algún modo subalterno.

Esa laguna es sobre todo flagrante en el caso de niños que viven en la escuela, como era el caso de Summerhill (régimen llamado de "internado"). Pero incluso en una escuela en la que los niños sólo van de día y donde no comen (como era el caso de la calle Vallespir), siempre hay pequeñas tareas requeridas por la convivencia. En la medida en que para los niños la escuela sea verdaderamente "su reino" (y no una prisión, ni un hotel de alto standing...), es para ellos un placer y algo que cae de su peso encargarse de esas tareas igual que los adultos que comparten con ellos el lugar y que participan en ellas.

3º) La preocupación de Neill de mantener a los alumnos, incluso los de más edad, apartados de los grandes problemas de su tiempo, incluyendo aquellos que no dejarán de enfrentar en su propia vida; o al menos, la preocupación de evitar que sean debatidos en la escuela entre alumnos y docentes.

Éste es el segundo aspecto "sauna", menos aparente a primera vista pero inseparable del anterior (que se basa en la aceptación tácita de las desigualdades sociales, como algo que cae de
N 453 su peso). Por supuesto, esto ◊sería imposible de mantener si los mismos alumnos decidieran, con ayuda de los maestros, los temas que quieren trabajar: no tardarían en poner sobre el tapete buen número de cuestiones que Neill quisiera evitar. La razón que da, es su escrúpulo de no "influenciar" a los alumnos, escrúpulo que ya he discutido[1082]. Pero en verdad, es irrealista por parte de un educador pretender no influenciar, y es tanto tanto más cuanto su acción sea fecunda. Y hay margen entre el lavado de cerebro generalmente practicado en la escuela, y

[1081] Como ya había sugerido en la reflexión sobre la obra de Neill, esa "idea claramente falsa de la felicidad de los niños" en Neill seguramente es debida al mal recuerdo que dejaron en él las cargas que en su infancia le impusieron los adultos de su entorno. Así le costaba imaginar que un trabajo doméstico pudiera ser para un niño otra cosa que una carga ejecutada de mala gana. Ése es un ejemplo entre muchos otros que muestra que incluso el mayor de los educadores no está sin embargo, e incluso en su concepción de la educación, totalmente libre de sus propios condicionamientos, que provienen ante todo de la educación que él mismo ha recibido. En cuanto a saber porqué uno se libera a lo largo de su existencia de unos condicionamientos, y por el contrario es prisionero de otros durante toda su vida, eso es para mí un gran misterio...

[1082] Véase la nota "¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo", nº 93.

el absentismo sistemático preconizado por Neill. En nuestro caso, con ese mismo absentismo, Neill ejerce una innegable acción, quizás más eficaz que con un discurso: instala en los niños de Summerhill una especie de "ideología de la felicidad", para uso de uno mismo, de sus familiares y de su entorno. Neill creía en ella, en esa ideología, al menos para esos chavales confiados a sus cuidados, incluso si no la aplicaba del todo (¡afortunadamente!) a su vida. Esto me parece un poco como la contrapartida ideológica de la facilidad que consiste en ahorrar al chiquillo la supuesta "carga" de hacerse su cama, contratando personal doméstico. Razonable para el niño pequeño, esa ideología se vuelve más y más carente a medida que el niño crece. Esa carencia, la veo ante todo en la ausencia deliberada de toda dimensión espiritual, y especialmente la de la responsabilidad vis a vis de las comunidades humanas más extensas que el entorno más o menos inmediato, y (en el límite) vis a vis de toda la humanidad[1083].

Esas tres "grandes lagunas" de Summerhill que acabo de evocar consisten todas en una *falta de responsabilidad* de los niños y de los adolescentes, en tres dominios diferentes que sin embargo les conciernen de modo evidente, y a veces de modo crucial. Eso es lo que hace decir a Félix, con razón, que "sin responsabilidad no puede haber auténtica libertad". Solamente añadiría, a este respecto, que en comparación con lo que todavía hoy es habitual en las escuelas o en las familias, las responsabilidad que se les daba a los niños de Summerhill no era despreciable, muy al contrario, aunque permanecía confinada a un dominio bastante limitado. Pero en
N 454 comparación con la responsabilidad que tan vigorosamente se desplegaba ◊en la calle Vallespir o en Monzón, hay que reconocer que la de los "niños libres de Summerhill" ¡parece una planta un poco anémica de invernadero! Y esto tanto más cuanto los niños son mayores.

(107) Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha[1084]

Las observaciones hechas y relatadas tanto por Neill como por Félix son para mí totalmente fiables – en ningún momento he tenido la impresión de que uno u otro hiciera una presentación ventajista, para adornar un cuadro (por supuesto, con mejor fe del mundo...). Claramente eso no va ni con uno ni con otro. Tampoco dudo de Neill, aunque no le conociera personalmente como conozco a Félix. Pero en su relato, igual que en el de Félix, hay un inconfundible "aire de realidad". Además Neill no oculta ninguno de sus errores, ni las dificultades que tuvo que superar, ni sus fracasos.

Al respecto, hay que notar que las observaciones de Neill y las de Félix no concuerdan. Los alumnos de Summerhill necesitaban semanas, a veces meses e incluso (en algunos casos extremos) años, antes de que un niño recién llegado se integrase en el ambiente tan distinto de Summerhill; de que comprendiera que ése era un lugar en que era *aceptado* tal y como era, sin tener que doblegarse a hacer un papel o a fatigarse yendo a contrapie. Sólo entonces llegaba a ser él mismo, a la vez que formaba parte de esa comunidad de iguales que le acogía tal y como era, sin juzgarle jamás. Pero para llagar a eso, antes hacía falta que la agresividad y el odio acumulados en una atmósfera represiva desprovista de amor, se descargase de una forma u otra, a menudo desconcertantes y a veces peligrosas – hasta que encontrase su asiento natural, en un medio benevolente y natural. También tuvo algunos fracasos, en que a pesar de todos los esfuerzos, el niño permanecía irreductiblemente asocial, y Neill se vio obligado a enviarlo a casa con sus padres.

Por el contrario, lo chocante en el relato de Félix, es que nunca se enfrentase a tales
N 455 dificultades. Si no lo conociera tan ◊bien, como para estar seguro de que no es hombre que fabule ni que presente lo gris como rosa, tendría buenas razones para ser escéptico. Pero sé, sin ninguna duda, que puedo tomar su relato al pie de la letra. Sin embargo, esos muchachos de calle Vallespir y de Monzón, al igual que todos nosotros, tuvieron que encajar desde su más

[1083] Véase la nota citada en la precedente nota a pie de página así como las dos notas que la siguen, "Neill y el bombardero – o la felicidad a gogó y la *otra* dimensión", y "Summerhill – o la sauna, y el mar abierto...".
[1084] Continuación de la nota anterior. Véase la nota al pie de la página N 423.

tierna infancia, tanto en su familia como en la escuela a la que iban antes, agresiones de todo tipo, debidas a la incomprensión, el miedo, el egoísmo y la agresividad de los adultos y de su entorno. ¿Qué pasó con esa agresividad acumulada? Félix nos dice que no se manifestaba en la escuela. No sólo no hubo ninguna pelea en esas escuelas, entre 1928 (en Albalate) y finales de 1938 (en Monzón), sino que había, nos dice, un ambiente cordial permanente, en medio de un enjambre atareado y feliz. Parece demasiado bello para ser verdad. Sobre todo cuando uno se ha pasado (como yo) ¡toda una larga vida aprendiendo penosamente cómo es la naturaleza humana! Sin embargo, Félix no es uno que se equivoque sobre el ambiente – tiene bastante olfato para notar cuándo algo se atasca a su alrededor por poco que sea.

¿De dónde viene esa asombrosa diferencia psicológica entre los niños de Summerhill y los de Vallespir o de Monzón? ¿Es la diferencia entre los ambientes – los niños de ambientes más acomodados están más perturbados por la educación recibida, están más privados de amor, más desarraigados en un entorno más artificial, que los hijos de los obreros del barrio de Les Corts en Barcelona, o de los campesinos de la comarca de Monzón? ¿Pero una diferencia tan draconiana?

¿O se debe a la época tan excepcional en que se sitúa la experiencia pedagógica de Félix? El mismo Félix bien se da cuenta de hasta qué punto esa harmonía entre el el espíritu de la escuela y las disposiciones de los padres (e incluso las de todo el barrio o de la región rural en que estaba la escuela), fue algo extraordinario, casi increíble también, que quizás nunca haya existido en ninguna otra parte ni en ningún momento. En Summerhill, Neill nos dice que la mayoría de los niños estaban constantemente divididos entre el espíritu que reinaba en la escuela, y el que se encontraban en sus familias y en el resto de la sociedad. Así fue durante toda la existencia de Summerhill. Además, esa escuela siempre ha sido como un cuerpo extraño, culturalmente hablando, en el terrotorio en que estaba situada. Tales conflictos estuvieron totalmente ausentes en las tres experiencias pedagógicas realizadas por Félix entre 1928 y 1938.

Tendería a pensar que esa extraordinaria diferencia que acabamos de constatar viene de
N 456 *ahí*, y no de la diferencia entre los medios ambientes por sí mismos ◊(tanto en los medios familiares como en las escuelas), o de la diferencia entre los "enfoques pedagógicos" de Neill y de Félix. Creo que la verdadera causa se encuentra realmente en ese poderoso imponderable que es el "espíritu de los tiempos". Sí, el *Espíritu soplaba* en Barcelona y en Aragón en los años treinta. La gran aventura de Félix y los niños de Vallespir y de Monzón fue empujada por ese poderoso viento y es testigo de ese viento, venido no se sabe de dónde.

El que haya vivido Mayo del 68, o haya participado a poco que sea en el movimiento de "contracultura" del siguiente decenio, sabe que hay cosas "imposibles" o "impensables" que, en ciertos momentos y como por alguna extraña gracia, no sólo se vuelven posibles y se hacen, sino que además parecen las cosas más simples y naturales del mundo. Ciertamente, lo que ocurrió en Francia en Mayo del 68, y todo lo que se originó por esa extraña convulsión en el siguiente decenio (de manera más o menos marginal pero en revancha, un poco por todo el mundo...), es en muchos aspectos muy diferente de lo que fermentaba y brotaba en el pueblo español cuarenta años antes, y que encontró una asombrosa culminación durante la revolución española antes de sumirse en la sangre. Pero en uno y otro episodio de nuestra larga Marcha hacia delante, más allá de la acción de los individuos y dando a ésta poder y resonancia, se nota un mismo gran *Viento* llegado de otra parte.

Cuando intento imaginarme un poco la Renovación que nos aguarda, apoyándome mal que bien en lo que conozco, en ese esfuerzo por aprehender lo Desconocido del mañana – esos dos grandes episodios de nuestra historia son los que se me vienen al espíritu. Seguramente hay innumerables momentos semejantes en el devenir de los pueblos a lo largo de los milenios; grandes convulsiones creativas ocurridas no se sabe por qué ni cómo y que nadie habría sabido predecir. ¡Dieron a luz los mitos y las religiones y las grandes visiones del hombre y del universo, y las grandes esperanzas surgidas de la resignación de antaño, y las aspiraciones sin rostro y sin nombre, elusivas y punzantes como un sueño! Pero esos dos episodios me son los más cercanos,

por haber sentido un poco su soplo y reconocerme su heredero. Y ahora que también me llega a mí un soplo de las cosas por venir, esos dos "momentos fuertes" de antaño prefiguran para mí, al menos "en cualidad" y ¡oh cuán modestamente! la gran Mutación de los Tiempos que nos espera. Ya está cerca la hora de la Tempestad y de las aguas torrenciales del Aguacero. Entonces será el tiempo del Gran Viento creativo. Seguramente el mismo Viento, pero que esta vez barrerá la tierra entera, volteando los muertos y despertando a los vivos.

N 457 ◊Entonces llegará la Hora de la Siega, al fin, y el tiempo de las nuevas Siembras.

No es lugar éste para extenderme en detalles sobre la escuela de la calle Vallespir o sobre la escuela de Monzón, y sobre su corta y rica historia. Félix se ha ocupado de hacer un relato detallado sobre ambas, así como un tercer relato, íntimamente ligado a los anteriores, sobre la gran aventura colectiva de las comunas agrarias en Aragón, durante los años de la revolución española. Ése fue, me parece, el único momento en la historia de los pueblos en que el ideal libertario de cooperación y de solidaridad popular, sin jerarquía ni coacciones, fue vivido a escala de una vasta provincia, por hombres, mujeres, niños, unidos y arrastrados por una misma y poderosa ola surgida de las profundidades. A falta de documentos (destruidos y desaparecidos), el relato de Félix se apoya en una memoria notable y en una escrupulosa honestidad, de un hombre que desde su juventud estuvo en el corazón del movimiento que culminó en esos tres años ardientes y fecundos, de los que sobre todo trata su relato. Desgraciadamente, este testimonio capital y ese mensaje de esperanza están en lengua española, en tres publicaciones diferentes de modesta difusión[1085]. Sin duda no está lejos el tiempo en que ese testimonio sobre uno de los momentos más fecundos de nuestra historia y, en el corazón de éste, sobre una aventura educativa de un inmenso alcance, será traducido y publicado en francés y muchas otras lenguas, de modo que estimule e inspire a través de todo el mundo aventuras colectivas animadas del mismo espíritu valiente de cooperación creativa.

La predicción puede parecer temeraria, ¡pues en vano se buscaría hoy una señal en el horizonte, que justificase tan loca esperanza! Desde el abrupto fin de la experiencia de Monzón, ha transcurrido medio siglo (menos un año). A nivel de los signos visibles de una conciencia colectiva, han sido cuarenta y nueve años de un *olvido* que ha caído sobre una simiente viva. Para Félix, en ese medio siglo, hubo dieciséis años de cautividad, seguidos de once años de exilio
N 458 en tierra ◊extranjera, esperando el fin del régimen de hierro de Franco. De hecho, él y Mati corrieron el riesgo calculado de regresar a España en 1971, todavía con la prohibición de residir y en vida de Franco, en un momento en que el régimen comenzaba a debilitarse[1086]. Ya durante su exilio en Francia, en los medios de los emigrantes españoles, después en España, Félix no dejó, de viva voz o por escrito, de hablar de educación libre y de escuelas autogestionadas. Subraya que en nuestros días sería más fácil llevar a cabo tales experiencias que antes, cuando se llevaron a cabo en contra de obstáculos y peligros, en la España prerrevolucionaria y revolucionaria de los años treinta. Nuestros tiempos son más clementes, seguramente, ¡pero aparentemente no por eso más propicios! El hecho es que se le escucha con educado interés, incluso a veces con admiración y con entusiasmo, en los lugares más diversos, incluyendo Universidades que le invitan (¡como un signo de los tiempos liberales que han vuelto a la tierra ibérica!) a dar conferencias sobre

[1085] Esas publicaciones son las siguientes:
1) La Escuela de Militantes de Aragón, Una experiencia de Autogestión y de Análisis Sociológico, Ediciones Foil, Barcelona 1978,
2) Una Experiencia de Educación autogestionada, Edición del Autor, Barcelona 1981,
3) Las Colectividades de Aragón, Un Vivir autogestionado Promesa de Futuro, Ediciones Laia/Divergencias, Barcelona 1985.
También hago notar que Félix está terminando una detallada autobiografía (800 páginas mecanografiadas), donde seguramente se encontrará, entre otros, y esta vez con una perspectiva más personal, un testimonio de primera mano sobre una época de una extraordinaria riqueza.

[1086] Véase la nota al pie de la página N 425, en la nota "Félix Carrasquer (1) – o eclosión de una misión" (n^o 103).

la educación. Lo que saco de todo eso, es que "fácil" o no, ninguna experiencia similar a la de Félix en los años 1928–38 se ha intentado de nuevo en España ni en otra parte.

Claramente, hay dificultades más insidiosas y más radicales que el riesgo de cárcel, de exilio, o del pelotón de ejecución. Incluso en prisión, Félix encontró ocasión para hacer una obra educativa. Pero seguramente también, esos largos años de cautividad dejaron su marca sobre él, y al salir de la cárcel, no es seguro que más allá de esa indomable energía que vi en él, conservase la extrema flexibilidad interior y la delicada capacidad de escucha, tan esenciales
N 459 para una obra educativa fecunda[1087]. Pero aunque los recursos creativos ◊de Félix hubieran permanecido intactos a través de los años de cautividad y de exilio, una "escuela libre", en la óptica de la libertad propia de Félix, no es obra de uno solo, sino creación colectiva. No nace más que allí donde hay el viento creativo no de uno solo, sino *colectivo*.

Además tengo la impresión de que ese aspecto de *creación colectiva* en las escuelas de Vallespir y de Monzón, es mucho más fuerte que en Summerhill. En Summerhill, Neill y su mujer periódicamente estaban reventados, pero en cuanto a los chavales, ellos, una vez que se habían "asentado", me parece que era más bien la "dolce vita". Ciertamente felices y todo eso, pero también sin historia y, por decirlo todo, ligeramente somnolienta (con perdón por la expresión), sobre todo para los mayores. Los chavales llegaban enfermos, desgraciados y electrizados, y (aparte de unos pocos inadaptados, expulsados antes de tiempo) ¡salían sanos, felices y somnolientos[1088]! Yo, eso es un hecho, me habría aburrido de chiquillo; pero no en Monzón. Todo esto para decir que cada cosa hay que hacerla a su tiempo. Sin duda no es casualidad que la escuela de Summerhill haya podido florecer durante casi medio siglo y que incluso ha tenido (parece ser) retoños aquí y allá, mientras que la obra pedagógica de Félix se despliega en un lapso de tiempo limitado a una decena de años (entre los veintitrés y treinta y tres años de edad), y que hasta hoy ha permanecido sin descendencia.

Y quizás hoy no sea todavía el momento de que esa semilla crezca. No está hecha para crecer en tiempos de somnolencia, en unas cabezas y ante unos platos demasiado llenos, en unos
N 460 sillones y en ◊unos corazones demasiado blandos. No es simiente para los que están saciados.

[1087] Véase al respecto la nota a pie de página siguiente a la que acabo de citar (en la anterior nota a pie de página).

A principios de los años sesenta, después de su llegada a la región parisina, Félix intentó promover entre los emigrantes españoles un "Centro de Estudios Sociales", con el espíritu de los cursos vespertinos para adultos en su pueblo natal Albalate y más tarde en Barcelona (1928–38). Esa tentativa fue un fracaso. Quizás la razón no fuera únicamente la "falta de curiosidad y de entusiasmo" de su joven audiencia – que Félix tenía justamente demasiada tendencia, tal vez, a tratar como "audiencia" más que como interlocutores con los que tendría una escucha mutua. Por lo que pude entrever de los "Seminarios sociológicos" promovidos por Félix en su granja cerca de Toulouse, Félix siempre me dio la impresión (igual que en su relación conmigo) de hacer de *maestro* que dispone de un saber bien dispuesto, fuertemente estructurado y (me pareció) prácticamente fijo e intangible, y que dispensa ese saber a unos *alumnos* atentos y deferentes. Nunca sentí allí, no más que en su relación conmigo, un ambiente de *investigación*, en que algo se moviese en el "maestro", Félix, o en los "alumnos". Como ocurre tan a menudo, parece que ni se le ocurría que podría haber algo que aprender, especialmente en su relación con otra persona; salvo, todo lo más, nuevos hechos en bruto que serían colocados en unos cajones ya preparados para eso. Teniendo respuesta para todo, ya no siente las preguntas, incluso las más jugosas. Pero son las *preguntas* y la invitación que encierran, las que estimulan la curiosidad y la alegría de sondear y descubrir. Las "respuestas" ya preparadas cortan por lo sano sin responder a nada, y empujan al ser poco seguro de sí mismo a renegar de aquél que en él sonda y pregunta y no se contenta con lo "ya preparado".

Tampoco tuve la impresión de que Mati, que es de una apertura y una disponibilidad excepcionales en su relación con los demás, y que además tiene la madurez de una rica experiencia y una gran vivacidad de espíritu, estuviese asociada a esos encuentros, salvo al nivel de las tareas de intendencia. Esto muestra hasta qué punto el espíritu que animó las experiencias pedagógicas de juventud de Félix parece ausente del trabajo militante de su madurez, una vez que pasó sobre él la prueba de los dieciséis años de cautividad...

[1088] Por supuesto el término "somnoliento" hay que tomarlo aquí en sentido figurado, y no se refiere al plano físico ni al plano afectivo. Al contrario, en ese plano no hay duda de que los "niños libres de Summerhill" eran vivaces y espontáneos, una vez que se habían aclimatado a su escuela. La "somnolencia" de que hablo se sitúa en el plano intelectual y, todavía más, en el plano espiritual.

Es para los que tienen un *hambre* tenaz, como la que había atenazado a Félix en su juventud, igual que atenazaba a esos lugareños a los que aportaba con gran alegría de corazón lo que de mejor había encontrado muy lejos de allí.

Cuando los hombres descubran su hambre detrás de la saciedad, su indigencia detrás de la abundancia, su ruina detrás de esos aires alegres, el vacío detrás del saber – entonces llegará el momento. Nadie tendrá que convencerles, que rogarles: ¡tomad, tomad, por favor! Serán ellos los que se lancen sobre lo que colmará su hambre, y los que vigilen con ternura la eclosión de las semillas antes olvidadas.

Será entonces cuando las semillas de antaño – semillas de amor, de esperanza – de las que acabo de hablar y de innumerables otras más, creídas perdidas para siempre sobre una tierra calcinada – será entonces cuando germinen y crezcan, y reverdezcan una tierra renacida.

(108) Nadie es profeta en su tierra – o imágenes de Épinal[1089] y desprecio de sí mismo

(15 y 17 de enero)[1090] Jesús de Galilea hizo la experiencia a su costa, cuando regresó a la región de Nazareth, y no le gustó la cosa. Félix fue más paciente vis a vis de sus allegados y amigos que no supieron ver en él al "profeta", portador de una gran misión – o de los que, como yo, lo olvidaron. ¡No nos ha maldecido a ninguno!

Muchas veces he tenido ocasión de constatar hasta qué punto es verdad, que nadie es profeta en su tierra. Veo dos causas, que me parecen de naturaleza bastante diferente[1091]. Está el desprecio de sí mismo: cuando se está penetrado por el sentimiento (consciente o inconsciente) de la propia insignificancia, ese sentimiento de insignificancia se comunica, como por contagio,
N 461 a todo lo que nos afecta de ◊cerca por poco que sea. ¿Cómo alguien a quien tuteamos, que no nos trata de lo alto de su grandeza, cómo ése que se me parece y en el que incluso veo o creo ver defectos y debilidades que no tengo, cómo podría ser ése un gran hombre?

Dicho de otro modo: sólo podemos reconocer la grandeza de alguien que está cerca, cuando ya sentimos o presentimos la grandeza que está latente en nosotros mismos. Y a partir de ahí, sólo hay un paso para sentir también la grandeza latente en todo ser, y tener ojos para ver cuándo lo que está latente en todos se realiza y se despliega en uno de nosotros.

Y también está la falsa idea que se tiene de la grandeza humana[1092]. Todos hemos sido educados con las imágenes de Épinal de todos aquellos que pasan por ser, o haber sido en un pasado aureolado de prestigio, unos "grandes hombres". Siempre nos los han presentado como modelos de todas las perfecciones y de todas las virtudes. (Y las "sombras humanas" que a veces se añaden a un retrato de gloria, sólo están ahí para hacerlo más atrayente y para resaltar todavía más vivamente las luces...) Así, sin que nunca hayamos tenido que decírnoslo claramente, se da por hecho que lo primero, para poder ser siquiera candidato a la promoción (por alguna instancia suprapersonal y solemne...) al rango de "gran hombre" (y una vez promovidos, en principio, a tener derecho a un sitio en los libros de los presentes o futuros escolares, o a una estatua en una plaza, o darle nombre a una calle o a un parque...) – lo primero es ser ante todo *perfecto*; estar en todo momento y en todas las circnstancias muy por encima de las debilidades (¡ay humanas!)

[1089] N. del T.: Las imágenes de Épinal fueron estampas muy populares e ingenuas que se produjeron en Francia durante el siglo XIX.

[1090] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (1): eclosión de una misión" (n^o 103), página N 427.

[1091] Sin embargo no tan diferentes de lo que me parecían a primera vista, como se verá a lo largo de la reflexión. La impresión de que esas dos causa provenían de fuentes netamente diferentes seguramente se debía al hecho de que en mi caso, sólo la segunda de las causas que van a ser examinadas parecía que estaba en mi cuenta. Pero sin duda la situación es más compleja que eso...

[1092] Más de una vez he tenido ocasión, en las páginas de La Llave de los Sueños, de vérmelas con esa inveterada idea, singularmente tenaz incluso en mí (sin embargo libre de no pocos clichés...). Véanse especialmente las notas (inspiradas por la obra de Marcel Légaut) "Todos los hombres son falibles – o la ruptura" y "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^{o}s 73, 75), del mes de noviembre. Éstas retoman un tema que ya apareció con insistencia en las notas del mes de julio)n^{o}s 20-31), suscitadas por el impacto del encuentro con el pensamiento de Légaut.

del común de los mortales (¡justamente como Vd. y yo!): de no caer en la trampa de ninguna ilusión, de ser soberanamente indiferente a la alabanza como a la censura, compasivo, generoso, vivaz, paciente, inteligente, sabio etc. etc. – en suma, de ser un ser realmente "superior", de otra pasta y de otra esencia que "Vd. y yo"[1093].

N 462 ◊Sin embargo la (¿triste?) verdad es que no hay ni jamás ha habido (al menos por lo que puedo juzgar) alma viviente que responda a ese "minimum vital" del "gran hombre". Cuando se tiene ocasión, y además la curiosidad, de mirar un poco de cerca y de levantar la punta de los pomposos velos que rodean a los hombre que, de común acuerdo y bajo la égida de la Señora Cultura alias Historia, han sido disfrazados con el rótulo de "*Grande* – ¡por favor no tocar!", al punto se cae en cosas que tienen toda la pinta, a fe mía, de cojear – ¡y no poco! Y cuando no hay rótulos ni nada, y se trata de un caballero o de una dama como Vd. y yo que por casualidad hemos tenido ocasión de ver de cerca, es parecido. Sólo en uno mismo (menosprecio o no...) a menudo cuesta ver lo que chirría y cojea. (Pero sin embargo dudo que seamos la única excepción que confirma la regla...)

El caso es que cuando permanecemos bloqueados en los acostumbrados clichés sobre el "gran hombre", no hay peligro de que reconozcamos la grandeza, cuando por fortuna nos la encontramos en nuestro camino, y especialmente en alguien que conocemos "demasiado bien". La grandeza humana no está en unos "dones" maravillosos (todo depende de lo que se haga con unos modestos o brillantes que nos conceden al nacer[1094]), ni en una perfección imposible, sino en algo de naturaleza muy diferente. Y la incapacidad tan común de saber reconocer la grandeza (si no es dando fe a un rótulo...), es la *misma* incapacidad, la misma *torpeza* que impide reconocer la *creatividad*, tan a menudo ignorada o mirada con desdén cuando se presenta desnuda, sin la indispensable etiqueta de calidad...

N 463 ◊Esa incapacidad no se limita sólo a nuestra apreciación de los que nos rodean, de sus obras y de sus actos. Me la he encontrado a cada paso, y a menudo allí donde menos me lo esperaba, entre mis allegados y amigos, ciertamente, y en las altas esferas de los Templos de la Ciencia no menos que en otra parte[1095]. Muchas veces me he quedado estupefacto – incluso sin aliento, cuando la maldad a veces se une a la incuria...

Esa "incapacidad" quasi-universal en modo alguno es innata. Tiene más bien la naturaleza de un *bloqueo* de las facultades personales de discernimiento y de juicio, bloqueo más o menos permanente y más o menos completo de un caso a otro. No es que las capacidades estén ausentes o en estado calamitoso – ¡bien al contrario! Somos como un virtuoso violinista-músico-de-cámara ante una gran ventana abierta a la calle, que tuviera en sus manos un maravilloso Stradivarius (pero ay, sin etiqueta...), y que lo tirase en un rincón con vergüenza y despecho, cada vez que de la calle le lleguen las notas (digamos) de un organillo, los pitidos de un agente de la policía o los viriles gritos del cuartel de enfrente; pues en el conservatorio en que fue educado le inculcaron que sólo los sonidos de la calle son la verdadera música... Dicho en claro: cuando el trabajo

[1093] He necesitado las lecturas y la reflexión constante y de largo alcance de estos últimos tres o cuatro meses, sobre el tema de los "mutantes" o "Grandeza y fisuras", para que al fin extirpe en profundidad (al menos así lo espero) las últimas trazas de ese tópico tenaz, insidioso, extrañamente deformante. Conozco a más de uno que se reiría de mis esfuerzos para aventar una forma de ver que él cree superado desde hace mucho (incluso desde el nacimiento, quién sabe...), y que caerá en la trampa a la primera ocasión: no reconocer una grandeza manifiesta porque la cara del señor (o de la dama) no le es simpática o sus opiniones le disgustan. Además de ese modo, ninguno de los dieciocho "mutantes" que a duras penas acabo de terminar de examinar, incluyendo mi fiel y viejo amigo Félix (que habrá tenido derecho a casi cincuenta páginas...), sería "grande" a mis ojos. Pues no hay ni uno solo (salvo todo lo más Riemann, seguramente porque sé poco de él...) en el que no haya cosas que decididamente no me gustan, y que el buen Dios (que en esto hay que censurar no menos que al interesado) ya habría podido hacer mejor.

[1094] Sobre la relación entre "dones" y "creatividad" véanse las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y muy particularmente la segunda de ellas.

[1095] Esto ha sido tratado abundantemente un poco por todas partes en Cosechas y Siembras, lo que me dispensará de tener que volver a ilustrarlo...

espontáneo de nuestras facultades de percepción y de expresión no es recogido paso a paso, aprobado, ataviado por el mundo que nos rodea; cuando, viniendo de *nosotros mismos* y no "de la calle", va a contracorriente del ruido-de-todo-el-mundo – ya no queda nadie y en todo caso: ¡nada de violín!

Y a la vuelta del camino, de nuevo en el sempiterno "síndrome del rebaño". Es él otra vez, ¡no hay duda! Y el tenaz atavismo del rebaño no puede ser separado de ese "desprecio de sí mismo" evocado hace poco, del desprecio de lo mejor que hay en nosotros – y que tiramos en un rincón avergonzados y confusos, para desgañitarnos dócilmente rivalizando con los sonidos de la calle...

¿Y qué pasa con las imágenes de Épinal en estas historias de violines? Pintores o violinistas, es la misma historia. Despreciar sus oídos (finos al nacer) y un hermoso violín, o despreciar sus ojos (perfectos para ver las superficies y las profundidades, las luces y las sombras...) y los pinceles y la paleta de pintor, todo eso es una misma cosa. Es el desprecio de nuestros ojos y de su cándido testimonio que nos hace tomar la imagen de Épinal por una obra maestra. Y, en
N 464 justa compensación, el ◊oropel ficticio de Épinal mantiene ese desprecio de nosotros mismos, ese desprecio de la grandeza desnuda, sin apariencia sin etiqueta, humilde y desconocida, que vive en lo más profundo de nosotros mismos[1096].

(109) Educación y acto de fe

(16 y 18 de enero)[1097] Muy pocos lectores, seguramente, se harán idea de hasta qué punto la enseñanza "libre" (o, como dice Félix, "autogestionada"), en el sentido en que la entiende Félix, requiere unos recursos del docente sin parangón con los de la enseñanza de estilo tradicional. Algo de eso sé por una experiencia un poco parecida, que realicé en la universidad durante cinco o seis años (a partir de 1976 ó 77). Se trataba de un "curso" (optativo[1098]) que anunciaba bajo el nombre de "Introducción a la Investigación", y que cada año seguían unos sesenta estudiantes. Les invitaba a proponer a sus compañeros, en la pizarra, cuestiones de naturaleza más o menos matemática que les hubieran intrigado, y en un segundo momento, a que cada uno eligiera uno de esos temas o cualquier otro de su elección, y realizara una investigación personal de ese tema durante todo el año, con mi eventual ayuda según fuera necesario. Yo abría el fuego desde el primer día, poniendo en la pizarra una docena de cuestiones de lo más concretas y nada
N 465 académicas, para ◊cambiar la idea tan académica y estrecha que tenían de "la matemática", o de un "problema matemático". Era una forma de enganchar su imaginación, mostrándoles que la matemática es como un terreno de juego inagotable, que ofrece al jugador curioso, aunque sea novicio e incluso ignaro, un abanico absolutamente ilimitado de juegos apasionantes. Uno de los encantos de ese juego maravilloso es que los juegos particulares que nos ofrece con tan prodigiosa profusión no está definidos de antemano, como en una lista sin fin en la que tuviéramos que elegir, sino que nosotros mismos nos los imaginamos según nuestra fantasía, y que cada uno de nosotros, incluso sin experiencia ni bagaje, puede inventar algunos que nadie había soñado ni

[1096] Esta relación entre "imagen de Épinal" y "desprecio de sí mismo" ya fue desentrañada, desde un punto de vista algo diferente, en las primeras páginas de Cosechas y Siembras, en la sección "Infalibilidad (de los demás) y desprecio (de sí mismo)" (CyS I, sección n^o 4).

[1097] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (3): la escuela autogestionada, escuela de libertad" (n^o 105), página N 439.

[1098] Los "cursos optativos" son cursos que el estudiante es libre de cursar o no, y que puede elegir entre un abanico más o menos extenso de tales cursos. Teóricamente, se supone que le permiten perfeccionarse sobre tal o cual tema de su elección. Prácticamente y salvo casos excepcionales, los estudiantes eligen uno de tales cursos, y el más fácil posible, para aumentar su media general con una carga de trabajo que esperan sea modesta. Para mí, el interés del curso optativo es que se sitúa completamente fuera de todo programa: no estoy obligado a tratar cierto tema, que los estudiantes necesitarán para seguir tal otro curso. Una medida del relativo éxito de mi curso optativo "Introducción a la Investigación" es que muchos de los estudiantes finalmente se interesaron bastante y se dedicaron de manera consecuente, mientras que desde el simple punto de vista "utilitario" (exámenes y calificaciones), no les reportaba gran cosa.

quizás (sin él) soñará jamás. Y lo que es más, con frecuencia esos juegos no son menos profundos, y con ramificaciones imprevistas e innumerables, que los que han apasionado a los matemáticos de hoy en día y de los siglos pasados, rivalizando en astucia, sin llegar todavía a agotarlos.

Después de una primera clase desembalando una mescolanza de "juegos", con algunos estudiantes entre los menos tímidos participando ya en la pizarra, generalmente se rompía el hielo. Los estudiantes se picaban con el juego, y desde la clase de la siguiente semana, cuando no ya en la primera, salían a la pizarra para proponer también ellos "juegos matemáticos" de su cosecha, o que ya habían tenido ocasión de practicar (sin saber que estaban 'haciendo mates"...). Pasábamos algunas clases así, tirando sobre la alfombra multitud de juegos y situaciones matemáticas que requerían reflexión, intentando ya entrever, en algunos, el tipo de trabajo que podían requerir y de qué modo abordarlos. Después de eso, era el tiempo de "converger", y de que cada estudiante eligiera un tema, sea solo o en compañía de otros. El trabajo propiamente dicho comenzaba, y se realizaba, cada uno sobre su propio tema, durante el resto del año.

Durante las siguientes semanas, sobre todo, mis facultades de intuición y de imaginación matemática eran puestas a una ruda prueba. (Igual que las de la temeraria colaboradora[1099] que, un año o dos, se atrevió a participar en esa experiencia a título de profesor.) Tenía que
N 466 enfrentarme ◊a veinte o treinta problemas totalmente diferentes unos de otros, y que la mayoría se escapaban a toda mi experiencia matemática anterior. Había abierto las puertas de par en par, y el viento entraba... Cuántas veces, ante un problema abracadabrante en el que jamás hubiera pensado, me sentía con la cabeza vacía, ¡completamente superado! Y también muchas veces las ideas decisivas para abordarlo provenían del estudiante que se lo había planteado. A menudo también tuve ocasión de notar ya desde la primera parte del curso, antes de que comenzase el trabajo propiamente dicho, que la mayoría de los estudiantes, una vez estimulado su interés, tenían una intuición visual o combinatoria mucho más viva que la mía: cuando algún estudiante explicaba en la pizarra alguna táctica, muchas veces todo el mundo comprendía salvo yo, ¡"el profe"! Mis reflejos matemáticos, especialmente los de cierta precisión y rigor en la expresión, eran un handicap en ese estado del trabajo. Por el contrario, casi todos los estudiantes se encontraban desamparados ante la tarea de poner sus ideas en un lenguaje inteligible y correcto, y por escrito; trabajo no obstante realmente indispensable y fecundo, cuando se trata de profundizar en la comprensión de una situación, y (salvo raras excepciones) el único medio también de comprobar la validez de sus ideas. Ahí es donde mi posesión de un sólido "oficio" de matemático volvía por sus fueros.

Al igual que en el trabajo de investigación del matemático profesional, no se trataba de que llegáramos a una "solución" completa de todos los problemas abordados. Sino que, en la medida en que se realizara un verdadero trabajo, al hacer el camino estábamos *seguros* en todo caso (eso, ¡yo lo sabía y era mi fortaleza!) de aprender algo sustancial sobre lo que mirábamos. En *todo* trabajo animado por un verdadero deseo de conocer, el trabajo crea poco a poco un conocimiento que a la vez sacia y alimenta ese deseo. Así yo estaba seguro de que en ese "curso" que no lo era, pasase lo que pasase y sólo a condición de que pusieran de lo suyo, los alumnos iban a hacer la experiencia (y pr primera vez) de lo que es verdaderamente la investigación matemática, e incluso una "investigación" sin más.

N 467 Algunos colegas bien dispuestos[1100] pensaban que yo era capaz ◊de lanzarme a una

[1099] Se trata de Christine Voisin, que ya apareció dos o tres veces en Cosechas y Siembras, En ese momento Christine no formaba parte del personal docente oficial de la Facultad, sino que era "suplente". Es un trabajo notoriamente mal pagado incluso en comparación con los ayudantes, mientras que ella trabajaba en tándem conmigo, y realizaba un trabajo cualitativamente equivalente al mío.

[1100] Tuve amplia ocasión de escuchar sobre todo los toques de campana *mal* dispuestos, de los colegas escandalizados por mi experimento, que tomaban como una broma pesada. Evoco esa mentalidad, que (he terminado por aprender) es la regla y no la excepción entre los docentes, un poco más abajo en este mismo párrafo. Mi experiencia, entre muchas otras cosas, ha sido para mí una ocasión de conocer en vivo cierta mentalidad que prevalece en mi profesión.

aventura tan casca-cuellos, porque tenía un horizonte matemático excepcional, y además unos "dones" maravillosos, muy por encima (me aseguraban) de los suyos. Pero bien sé yo que eso no tiene nada que ver. Incluso con un "horizonte matemático" que (cosa imposible) abrazase la totalidad de la matemática conocida, ¿de qué me hubiera servido? Porque justamente casi todos los problemas abordados ¡esencialmente se escapaban a dicha "matemática conocida" y a sus métodos! El hecho es que a pesar de mis supuestos "dones" a menudo me sentía superado, y muchas veces eran los estudiantes (¡y no siempre los "buenos en mates" según los criterios académicos!) los que salvaban la apuesta, viendo algo allí donde yo todavía no veía nada. Y para nosotros la cuestión no era cueste lo que cueste llegar tal lejos como fuera posible en nuestras investigaciones, e incluso "cerrar" totalmente durante el año todas las cuestiones abordadas. ¡Entonces si que hubiera necesitado realmente un genio matemático sobrehumano! La cuestión es que cada uno tenga una verdadera investigación, una *creación*. Y ciertamente, no puede estimular una investigación, una creación, un docente cuyo espíritu haya sido totalmente extraño durante toda su vida a lo que es la verdadera investigación, que no tenga ninguna idea (salvo los tópicos de costumbre) de lo que es una creación. Ése es el caso, ¡ay! de la casi totalidad de los docentes, incluso en la universidad. Numerosos son aquellos a los que la sola idea de que el trabajo del alumno pueda ser para él un *gozo* les escandaliza. (No ha currado él larga y duramente, ¡antes de poner al fin a currar a los demás!) ¿Cómo asombrarse entonces de que los estudiantes de las facultades, después de quince o veinte años en que han palidecido en los bancos de las clases y los anfiteatros ingurgitando unos ásperos "programas", no tengan la menor idea de a qué se parece eso de "hacer investigación"?

No, no podemos estar orgullosos de nuestras escuelas y nuestra enseñanza...

¿Qué necesita pues el docente para lanzarse a una tal aventura colectiva de enseñanza creativa, que para cada uno de sus alumnos sea la ocasión de una investigación personal? No son, acabamos de verlo, ni "dones" extraordinarios, ni conocimientos de todo tipo. Por el contrario, tiene que "sentir con las tripas" lo que es una "investigación", una "creación", y lo que no lo es – tiene que tener él mismo alma de investigador. Además, a partir de un cierto
N 468 grado de especialización (como el que prevalece en la universidad, o en los últimos $^{\diamondsuit}$años del instituto), tiene que poseer sólidamente las bases del oficio (aquí, el de matemático). Por otra parte es raro el "investigador en el alma" que no se haya tomado la molestia de aprender las bases del oficio, en la dirección en que trabaje. Pero el alma de investigador y el oficio no bastan todavía, claramente. En un país como Francia, hay miles de investigadores apasionados por su oficio. Pero sus enseñanzas son tan prisioneras de las rutinas como las de los demás, e ignoran que el estudiante, al igual que ellos mismos, es un ser dotado de una creatividad innata, que una enseñanza digna de ese nombre debería provocar y hacer que se despliegue.

No, lo que falta sobre todo, no es ninguna de esas cosas que acabo de evocar, por indispensables que sean (o al menos algunas de ellas). Aquí la cosa esencial es de naturaleza muy distinta. Es una *fe*, una *confianza* total, tanto en las propias capacidades creativas (por limitadas que sean...), como en las de los alumnos. Es saber, con certeza: modesta o poderosa – en cada uno de los aquí reunidos, ¡hay la facultad de crear! Allí donde hay tal seguridad, ya no hay miedo. Como el miedo, tan común, de parecer idiota delante de los alumnos; de quedarse lamentablemente "pegado" delante de ellos, e incluso, confrontándose a ellos "con las mismas armas", ¡de parecer tan "estúpido" o más estúpido que ellos! (Y no es ése el gran y temible secreto del docente, que no se reconoce ni siquiera a sí mismo, y que de repente va a ser irremediablemente destapado...) Y también está el miedo de que toda la experiencia fracase lamentablemente, por no estar uno mismo a la altura de las circunstancias (¿no hará falta, jus-

En cuanto a los dones maravillosos, y al correspondiente "horizonte", que me atribuían los colegas más benevolentes, habrá que creer que Christine, que hacía el mismo trabajo que yo y no peor que yo, ¡no los necesitaba! Y a duras penas y casi de milagro es como consiguió, unos años más tarde, una plaza de ayudante (hay que decir que la competencia es dura...), y con ella asegurar su pan de cada día.

tamente, ser un verdadero genio?). O por no lograr arrastrar a los alumnos a una aventura que quizás les asuste o les deje indiferentes, o que supere totalmente sus posibilidades...

Esta clase de miedos provienen siempre del ego, y toma casi siempre el rostro de la "razón" que objeta con aspecto preocupado y grave, ¡ante lo que nos presenta como aberraciones bien extrañas[1101]! Son la norma cada vez que se trata de comprometernos con una vía que sería personal, que no está sancionada por ninguna costumbre establecida, ni animada de antemano por ningún prejuicio favorable de un entorno benevolente; cada vez, en suma, que nos disponemos a hacer una obra verdaderamente original, incluso una obra innovadora, en lugar de limitarnos más o menos a seguir a trancas y barrancas los caminos ya trazados, bien arropados en numerosa compañía. Y estas objeciones tan razonables, o esos miedos que no dicen su nombre, son
N 469 refractarios a los argumentos y a las razones ◊incluso las más juiciosas, las más irrefutables. Pues aunque les guste aparentarlo, en modo alguno se sitúan al nivel de la razón ni de la lógica, sino a un nivel muy diferente.

Esa división del ser, y esos confusos miedos que son su señal, se terminan con un *acto de fe*. En un tal acto está el verdadero comienzo de la nueva experiencia. La fe que ese acto hace surgir de las profundidades del ser es fuente a la vez de seguridad, y de humildad. Nos da la humilde fortaleza que nos permite dejar que aparezcan sin falsa vergüenza nuestras insuficiencias, y aceptar sin falsos pretextos las lecciones de la experiencia, incluyendo el caso en que ésta fuese un fracaso. Y cuando el amor propio herido no pone obstáculos, el fracaso igual que el éxito tiene una lección que enseñarnos, y da fruto cuando la lección se comprende...

En el caso que aquí nos ocupa, he de reconocer que la experiencia estuvo lejos de ser un éxito total, como el de las que nos narra Félix (en España entre 1928 y 1938). Visto el contexto totalmente diferente, lo contrario es lo que habría sido asombroso. Fue con los estudiantes del primer año de la facultad, recién salidos del instituto, con los que hice un trabajo mejor. Muchos de ellos incluso hicieron un trabajo notable por la astucia y la imaginación. Para mi sorpresa y seguramente también la suya, se reveló que varios tenían madera de verdadero matemático. (Sin embargo me guardé mucho de animarles a seguir un camino tan azaroso, ¡en vista de la coyuntura tan dura!) La mayoría de los estudiantes hicieron un trabajo serio, y puede decirse que con ellos el fin que me había fijado, el de "introducir a la investigación", se alcanzó. Pero también hubo algunos estudiantes que estuvieron perdidos hasta el final, sin comprender lo que se les pedía ni qué hacer. Con esos, hay que constatar un fracaso completo. Tuve la impresión de que la mayoría de ellos, si no todos, habían elegido ese curso, en el abanico de "cursos optativos" que se les ofrecía, con la esperanza de que sería una forma fácil de aumentar su "media general", y que yo terminaría por dárselo mascado si se limitaban a no hacer nada. ¡Cálculo fallido!

Por supuesto, el ambiente que prevalece en las escuelas y la universidad, con el hartazgo de notas y exámenes, falsea profundamente la relación de los alumnos y los estudiantes con su trabajo. Por regla general, me parece que eso es tanto más así cuanto más tiempo llevan estudiando. Los estudiantes universitarios están más afectados que los del instituto, y los años que pasan en los anfiteatros completan el lavado de la creatividad, iniciado ya a buen ritmo en
N 470 el ◊instituto y en la escuela. A partir de cierto punto (después de dos o tres años de facultad), se tiene la impresión de que a nivel intelectual, el estudiante ha sido completa e irremediablemente esterilizado – que ya no se puede sacar nada de él salvo, cuando tiene "éxito", números de mono sabio[1102].

[1101] Compárese con la sección "La Llave del gran sueño – o la voz de la razón y la *otra*" (n^o 6).

[1102] Esa "impresión" (que el estudiante ha sido "completa e irremediablemente esterilizado") sólo está parcialmente fundada. Esa "esterilización" es de hecho un *bloqueo* profundo de las facultades creativas. Tal bloqueo nunca es (creo) "irremediable". Pero el desbloqueo de tal estado de parálisis intelectual me parece algo muy raro – hace falta nada menos que un verdadero renacimiento interior. Casi siempre, se carga con tal parálisis durante toda la vida, y uno se agarra a ella como a algo infinitamente más valioso que la vida...
Pero presiento que en el momento de la gran Mutación, en muchos de los que vivan y quizás incluso en todos

Sí, ¡un verdadero delirio! ¿Y hasta cuándo?

(110) El nuevo espíritu de la educación

(16 y 20 de enero)[1103] Ese "modelo tradicional" de la enseñanza parece tan evidente que yo mismo, englutido por el ambiente general, tuve tendencia a olvidar que se puede concebir una enseñanza con un espíritu totalmente diferente[1104]. En mi reflexión sobre Summerhill en las
N 471 notas de principios ◊de diciembre (notas n^{o}s 88 a 95), no me vino la idea de que había una "laguna" (e incluso una "gran laguna") en la obra educativa de Neill. Ha sido necesario que me enfrentase de nuevo y con más seriedad que en un lejano pasado[1105] a la obra educativa de Félix, para que esa laguna apareciese en toda su extensión. A la luz de esta reflexión, veo ante nosotros dos transformaciones maestras en la educación en general y en la enseñanza, transformaciones que ya están prefiguradas en algunas experiencias de vanguardia.

1^o) El abandono total de toda clase de represión sobre el sexo, siguiendo el camino abierto por Neill en Summerhill desde 1921.

2^o) La transformación total de la enseñanza, con un espíritu de cooperación creativa entre alumnos y profesores, según el camino abierto por Tolstoi en Yasnaïa Poliana el pasado siglo, y por Félix en España entre 1928 y 1938.

La profunda transformación de las mentalidades que se iniciará, pienso que de aquí a fin de siglo, con la inminente gran Mutación, me parece verdaderamente indistinguible de una transformación igualmente profunda del espíritu de la educación, desde el nacimiento hasta el umbral de la edad adulta. Con esta óptica global de la evolución psíquica y espiritual de nuestra especie a punto de mutar, se han de mirar los dos grandes avances en la manera de concebir la educación, citados hace un momento. Quizás sea necesario añadir un tercero, que no parece ser consecuencia de los dos anteriores, y que a los ojos de Félix quizás sea el más crucial de todos:

3^o) La creación de un ambiente, tanto en la escuela como en el hogar, que anime constantemente al niño o al adolescente a encargarse de todas las responsabilidades que razonablemente pueda desear asumir, en relación con su grado de desarrollo físico y mental, y con su entorno humano y natural. La "responsabilización" del niño se desarrolla en simbiosis constante y flexible con sus propios deseos y con sus posibilidades reales, que se desarrollan mejor con el ejercicio de
N 472 responsabilidades espontáneamente asumidas. (Incluidas ◊las direcciones que le da a su curiosidad...) Esa simbiosis me parece que se ha logrado de manera particularmente feliz y completa

y más o menos al mismo tiempo, se producirá tal desbloqueo profundo. Quizás los que vivan sean justamente los que no se cierren al gran Viento que sacuda las puertas de su ser, los que dejen saltar los cerrojos y que el Viento entre a raudales allí donde se pudren los miasmas de la impotencia, dando nuevo aire, vigor y vida a los enterrados con vida...

[1103] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Félix Carrasquer (4): Libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón", página N 451.

[1104] Sin embargo, sin estar conscientemente inspirado por ningún precedente, intenté (por así decir instintivamente) por mi parte algunas experiencias pedagógicas con tal espíritu "totalmente diferente", como la que he relatado en la nota anterior "Educación y acto de fe". Pero, bajo la presión de las actitudes universalmente recibidas en la enseñanza, y a falta de una reflexión de envergadura para situar mis experiencias en una perspectiva global y evolucionista, estas me parecían casi como una especie de "fantasía personal" que me hubiera concedido, a favor de una situación un poco especial entre los colegas de mi universidad; y seguramente es así como fueron percibidas por dichos colegas, y por los mismos estudiantes (aunque a ellos esas "fantasías" les gustasen...). La verdad es que esas experiencias en la universidad respondían a una insatisfacción profunda con el marco y el espíritu (incluyendo el espíritu entre los estudiantes, ciertamente) en los que mi enseñanza se desarrollaba hasta ese momento. Cada vez más, esa enseñanza me parecía condenada a una esterilidad sin remedio, hasta el punto de perder para mí todo sentido. Incluso esos cursos de "Introducción a la Investigación" eran un parche, como un vaso de agua vertido en un desierto abrasador. Con esas disposiciones es como finalmente pedí y obtuve mi destino en el CNRS (Centro Nacional de la Investigación Científica), a partir de octubre de 1984, estando dispensado desde entonces de realizar una actividad docente.

[1105] El "lejano pasado" en cuestión, que estaba más o menos olvidado aún hasta el año pasado, se sitúa hacia el año 1960, cuando Félix me habló de sus experiencias pedagógicas en España.

en las tres experiencias pedagógicas de Félix de las que anteriormente he hablado[1106].

Por supuesto que ninguna de estas tres grandes transformaciones es posible sin una actitud de respeto atento y amoroso hacia el niño. Sin eso, todo se hunde en una retórica vacía y en nuevos moldes tan estériles como los antiguos. La fecundidad nuca proviene de un molde, sino sólo de la creatividad del espíritu. Sólo de esta actitud fundamental de respeto amoroso (y al cabo quizás de largos y pacientes trabajos...) terminará por nacer el resto.

(111) Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia

(21 y 22 de enero)[1107] La primera nota consagrada a los "mutantes", de nombre "Los mutantes (1): el baile de los mutantes" (n^o 85), es del 22 y 23 del pasado mes de noviembre, hace ya dos meses y un día. Al escribirla, creía que a los pocos días volvería al texto principal[1108], dejado ya en suspenso desde hacía igualmente dos meses, a favor de una "vegetación multifiliforme" de notas ¡que nacían unas de otras como una colonia de champiñones! Ya tenía 26, contando la que estaba escribiendo. Desde ese momento, en vez de retornar como estaba previsto al "hilo de la reflexión", es decir al relato de mis aventuras interiores en el año de gracia de 1974, esa inocente nota sobre los mutantes estalló (contando la nota precedente terminada ayer) en otras 26 notas, que duplicaron el número de las anteriores.

Entre este nuevo brote de notas de estos dos meses, las 22 últimas están consagradas, a partes casi iguales, a las obras de A.S. Neill, de Edward Carpenter y de Félix Carrasquer. (Éste último llegando como decimoctavo y ◊último en la lista de "mis mutantes", que todavía tenía diecisiete en la nota "Los mutantes (1)" citada hace un momento, del mes de noviembre.) Ese conjunto de notas se ha convertido en una improvisada reflexión sobre el tema de la *educación*, o mejor dicho: sobre el de una profunda mutación en la educación, de la que la obra educativa de Neill y la de Félix, y (en menor medida sin duda) el pensamiento pedagógico de Edward Carpenter, me parecen ser fermentos y señales precursoras. Ya he subrayado en la nota de ayer, que de alguna manera cierra esa reflexión, que la mutación en el espíritu de la educación, preparada por estos pioneros y por algunos otros, me parece "indistinguible" de la gran Mutación espiritual que nos aguarda, ese "Salto Evolucionista" que tendrá lugar en quizás ocho años o diez o quince. Así, esta larga "digresión" (¡en una obra que va camino de ser tildada de "digresiones" de principio a fin!) está ligada de la manera más neurálgica a lo que, cada vez más, aparece como el tema principal y como la mayor tarea que prosigo a través de toda la Llave de los Sueños: contribuir, con lo mejor de mis irrisorios medios frente a una mares de ruido, a la preparación de los espíritus (o de algunos espíritus...) para esa impensable Mutación, y para el no menos impensable "Después" que ella iniciará con fuerza. Pues para nuestra especie, cambiar profundamente, desprendernos de la tenaz ganga de los atavismos del Rebaño, es ante todo, seguramente, *cambiar en nuestra relación con nuestros hijos*.

N 473

Más allá de ese tema pedagógico, hace ahora una cincuentena de notas y cuatro meses seguidos que estoy con el tema tentacular de los *mutantes*, que no cesa de arrastrarme. Este tema más vasto también está ligado de manera evidente y directa a la tarea de preparar la Mutación y el Después – el gran Trabajo que nos aguarda a todos, a lo largo de generaciones y de siglos... Por la creatividad innata que reposa en cada uno de nosotros, ¿no somos todos unos "mutantes en potencia"? En cada uno de nosotros, desde la noche de los tiempos y agazapado en nuestras entrañas, el "mutante de mañana" ya surge obscuramente. En la mayoría hasta hoy, y aún durante algunos años, ha sido y será derrotado de manera más o menos total por

[1106] Sobre todo en las dos notas "El auge" y "La escuela autogestionada, escuela de libertad" n^{o}s 104, 105.

[1107] La presente nota puede ser vista como una continuación de la nota "Los mutantes (3): un viento de justicia y de libertad (P.A. Kropotkine y A.S. Neill)" (n^o 88), del 26-28 de noviembre, o como la continuación natural del conjunto de notas (n^{o}s 89 – 110) que la siguen.

[1108] Me quedé en la sección "La entrada de lo divino (2) – o "darle gusto a Buda"" (n^o 71), del 22 y 23 de septiembre.

implacables mecanismos de bloqueo, a los que hemos querido bien dar nuestro asentimiento. Pero cuando sople la Tempestad, los que sobrevivan serán los que, seguramente, bajo el Viento dejen despertar y actuar ese mutante – los que se atrevan a ser, ese día y después, *el que siempre se transforma*.

N 474 ◊No es que de repente se vean metamorfoseados en ángeles, como por encantamiento. No es así como actúa el Viento de Dios. Los que sobrevivan serán los que no se cierren al Viento, los que dejen que la brasa dormida se avive y en las profundidades del ser se inicie y desarrolle un *trabajo*: *el trabajo que transforma*. Los que, en contra de una inmensa inercia, en lugar de hacerse todavía más pesados y más rígidos por el gran miedo a cambiar, afronten lo desconocido y secunden de todo corazón el trabajo de Dios en ellos.

Los "mutantes" que hemos tratado en estos últimos meses son hombres que, en ciertos momentos de su existencia, dejaron que se realizara en ellos ese trabajo de Dios, y que de todo corazón lo secundaron[1109]. Hombres, además, que pusieron su persona y su vida al servicio de la misión nacida y renacida en tales momentos creativos[1110] Pues el "mutante" también es el que, conscientemente o inconscientemente, encarna y realiza en su existencia una *misión* que más allá de él mismo y de sus allegados y tenga o no conciencia de ella, de manera visible u oculta a todos salvo a Dios, ayuda a la progresión de nuestra especie entera. Por eso, y más allá de todo lo que les separa o incluso a veces (al menos en apariencia) les opone, cada uno de ellos prefigura por algún aspecto de su existencia y de su ser ese famoso "hombre del mañana", el "hombre nuevo". Es por *eso* que me interesan. No como superhombres prestigiosos a quienes dedicar un culto, no como modelos a imitar o emular, sino como verdaderamente *vivos* – hombres *espiritualmente vivos*. Cada uno de ellos tiene algo que enseñarnos. Mejor aún, la misión de cada uno de ellos puede, en ciertos momentos, lanzar en nuestra penumbra un repentino rayo de luz, y hacernos descubrir nuestra propia misión, de la que hasta entonces sólo teníamos una presciencia difusa, lastrada de dudas ¡oh cuán razonables y con cuánto fundamento! Pero la fe que le animó despertará y alimentará en nosotros una fe semejante en la misión que hemos descubierto que es la nuestra; por improbable, por loca, por imposible que pueda parecer frente al peso inmenso, aplastante de la inercia de las cosas...

Durante la reflexión de estos últimos meses progresivamente me ha parecido, para cada uno de esos "mutantes" que uno a uno se imponían a mi atención, que yo mismo era desde ahora un *heredero*. Por la misión que fue suya, de una forma u otra, directa o indirecta, mi existencia

N 475 ◊humana se ha visto enriquecida; mi visión de mí mismo o del mundo que me rodea se ha visto impreganada y coloreada por ella a poco que sea. Desde hace mucho para algunos, desde hace poco para otros. Pero en todos los casos, la reflexión tuvo por efecto hacer madurar lo que debo a cada uno, aunque sólo sea por el trabajo de volvérmelo plenamente consciente, mientras que antes (y dejando aparte dos o tres[1111]) no tenía más que una presciencia muy confusa.

Esa maduración, y esa toma de conciencia clara no habrían podido realizarse sin un trabajo de "decantación" constante, con el que he tenido, en lo que conocía de cada uno de ellos (o en lo que aprendí de ellos por el camino), que separar con cuidado el oro de la ganga que siempre, ¡siempre le acompaña! Separar pues, lo que realmente aporta de nuevo y que ya pertenece al hombre y el mundo del mañana, de lo que en su persona, o a menudo en lo que él mismo da como su mensaje, aún forma parte del "hombre viejo". Después de ese trabajo tengo el sentimiento a la vez de una mayor "*proximidad*" a esos hombres a los que realmente me he "acercado", y también de una necesaria "distancia", o al menos de un *paso atrás* que me permite situarlos mejor.

[1109] El caso de Darwin me parece en este aspecto algo diferente al de los demás. Cuento volver sobre esto en una nota posterior.

[1110] Aquí hay que dejar aparte a Krishnamurti, como ya dije en la citada nota "Los mutantes (3)" (de la que la presente nota puede ser vista como una continuación).

[1111] Los dos o tres en cuestión son Krishnamurti, Légaut y (con un poco de duda) Gandhi.

Así ahora me siente preparado, ya sin traza de reticencia, para poner negro sobre blanco, al fin, la "lista de mutantes" tanto tiempo prometida, y a comentarla. Pero ha de entenderse bien que esta lista no pretende ningún valor "objetivo". Y dudo que pudiera tener tal valor incluso si yo fuera un distinguido historiador además de un humanista erudito, y un curtido conocedor de la historia intelectual, literaria, "espiritual" de nuestro siglo y del anterior. Mi intención, en efecto, no es instaurar una "orden del mérito" que se llamase "orden de los mutantes", ¡y de conceder en las páginas de la Llave de los Sueños los diplomas de entrada en la selecta cofradía! Los hombres que he incluido en mi reflexión son simplemente aquellos frente a los que, por razones que verdaderamente no he intentado sondear, me he encontrado en disposiciones particularmente abiertas. Los "mutantes" pues, de los que he sabido discernir de manera más o menos clara la misión, y su alcance en la perspectiva tan particular, omnipresente en toda la reflexión, de la inminente Mutación. Y por esas mismas disposiciones de apertura, seguramente, soy capaz de reconocerme su "heredero", o de llegar a serlo – gracias a ellas son "donantes" y yo mismo "receptor". Y al mismo tiempo, esa nueva realación (o nuevamente percibida) contribuye
N 476 de alguna forma a dar sentido y alcance ◊a su misión – una misión "llamada" por la existencia de todos los que un día la retomarán y se nutrirán de ella mucho o poco[1112].

Estas explicaciones serán también una respuesta a los que se extrañen de no encontrar en la lista tal hombre predilecto de su personal panteón. Durante la reflexión, no he dejado de caer sobre tal o cual nombre de un hombre o mujer que quizás hubiera podido, con razón, añadir a mi lista y así reforzarla. Pero casi siempre, a falta de haber tenido la ocasión de hacer un verdadero conocimiento, ese nombre era tan lejano para mí que eso no habría sido más que, justamente, añadir generosamente un nombre a la lista. ¿Para qué?

Así, junto al pensador y militante anarquista Pierre *Kropotkine* (1842-1921), podría haber añadido también a sus predecesores *Bakounine* (1814-1876), Elisée *Reclus* (1830-1905), *Louise Michel* (1830-1905 igualmente), y también al escritor y pensador americano "anarquizante" Henry David *Thoreau* (1817-1862)[1113]. Lo poco que sé de ellos basta para darme cuenta de que cada uno es una personalidad excepcional, al servicio de una gran misión. Además se notan fuertes afinidades entre Thoreau y Edward Carpenter (que ya hemos tratado largo y tendido), por la dimensión religiosa, por no decir "mística", de su aprehensión del mudo (¡algo raramente unido a inclinaciones "anarcos"!). También está el sesgo "psicológico" o "espiritual" con el que abordan la crítica de la sociedad, yendo por instinto a la raíz del mal que está en cada hombre, más que poner el acento en la culpa (ciertamente real) de los "explotadores", y sobre la necesidad de quitarles enseguida sus poderes y privilegios abusivos.

Por ese acento, y por cierta cualidad visionaria de la mirada, se asocian en mi espíritu al poeta inglés *William Blake* (1757-1827). Algunas líneas de Blake, en compañía de las líneas de Khalil Gibran ya citadas[1114], se encuentran como exergo en "Niños libres de Summerhill":[1115]

N 477 5cm ◊Niños de los tiempos por venir
5cm al leer esta página indignada
5cm sabed que en un tiempo pasado
5cm ¡el amor, el tierno amor, era juzgado un crimen!

Igual que Thoreau y Edward Carpenter, William Blake está incluido en el libro de Bucke "Con-

[1112] Hagi mía aquí una visión de las cosas que encontré en Légaut, y que ahora me parece tan evidente "como si la hubiera sabido siempre"...

[1113] Kropotkine conoció a Bakounine, Reclus y Louise Michel, pero dudo que haya conocido a Thoreau siquiera de nombre. Éste último, que no tenía nada de activista político, murió a los cuarenta y cinco años de edad, cuando Kropotkine sólo tenía veinte, y sin duda todavía no había oído hablar de anarquismo...

[1114] En la nota "¿Educación sin sugerencia? – o educación y conocimiento de uno mismo" (n° 93), página N 352.

[1115] Children of the future age,
Reading this indignant page,
Know that in a former time
Love, sweet love, was thought a crime!

ciencia Cósmica", entre los hombres que él estima (en este caso seguramente con razón) que han (según dice) "entrado en la conciencia cósmica"[1116]. Ese conocimiento común, seguramente, es la causa de ese chocante aire de parentesco entre los tres hombres. Y para mí es una señal feliz y nada fortuita que Neill, tan alejado de todo enfoque "religioso" o "místico" del mundo y de la existencia, se haya sentido incitado no obstante a abrir el libro en que entrega al Mundo su mensaje con unos versos del gran poeta visionario.

Léon Tolstoi (1828-1910) es otro gran precursor que sin duda ha de ser contado entre el número de los "mutantes". Como pensador religioso para unos, como pedagogo para otros, ha ejercido una influencia directa sobre seres tan en las "antípodas" como el hombre profundamente religioso que era Gandhi (1869-1848), y el intrépido e infatigable luchador anarco Félix Carrasquer (nacido en 1904), ambos incluidos en "mi lista". Algunos se extrañarán de verme "olvidar" a J.W. von Goethe (1749-1832), que desde hace dos siglos es presentado a los escolares y estudiantes en Alemania como *el* gran poeta, escritor y pensador alemán de todos los tiempos. Fue también un sabio naturalista a ratos, y por eso es por lo que fascinó a Rudolf Steiner (1861-1925), y éste le dedicó una especie de culto, como uno de los grandes iniciadores, con Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), de una "ciencia espiritual" en el espíritu en que él mismo, Steiner, la entendía (y como él mismo la desarrolló o al menos esbozó a grandes trazos bajo el nombre de "antroposofía"). Por eso sin duda tendría su lugar[1117], igual que el mismo Steiner, ◊en un estudio conjunto de los "mutantes" que se emprendiese con una óptica histórica más vasta y menos subjetiva que la que ahora tengo.

N 478

Si en el pasado no me ha "calado" el mensaje innovador de Tolstoi o el de Goethe, al menos no directamente, es sobre todo, creo, a causa de ciertas reservas vis a vis de sus personas. Reservas que aún creo fundadas y de peso – pero ¿quién de nosotros, bajo tal o cual ángulo, no daría lugar a reservas quizás igual de fundadas? Si bien es seguro que la misión de cada uno queda más o menos afectada por sus carencias y sus torpezas, ahora comprendo mejor que eso no significa que haya de ser considerada como nula y no realizada, que por eso esté privada de toda fuerza, de toda credibilidad. Si así fuera, dudo que a través de los siglos y los milenios se encuentre una sola misión que encuentre gracia, ¡y las perspectivas de nuestra especie tan mal protegida serían en verdad desesperadas!

Me ha chocado que en mi lista no haya ni una sola mujer. ¡Me van a tratar de maldito falócrata! Al menos he nombrado hace poco a Louise Michel, entre los mutantes por así decir "olvidados". Igualmente he pensado en la atrayente figura de *Annie Besant* (1847-1933), la tutora teósofa de Krishnamurti, mujer notable que conozco sobre todo a través de la biografía de Krishnamurti de Mary Lutyens. Incluso dejando aparte sus arrebatos espiritualistas y mesiánicos (sin los que el mundo no habría conocido jamás a Krishnamurti...[1118]), era una mujer de corazón y de una energía poco común, por delante de su tiempo en muchos aspectos: feminista de la

[1116] Sobre el tema de Bucke y su mensaje, véase la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74). Bucke da un trato diferente a Thoreau, que clasifica entre los casos "menores" y que sólo tiene derecho a tres páginas, y a Blake y Carpenter, que considera como casos mayores a los que consagra dos copiosos capítulos, de nueve páginas para Blake y de dieciocho para Carpenter. En ese capítulo de Bucke sobre Blake es donde me enteré de la existencia de éste (igual que de Carpenter), y de ahí es también de donde he sacado prácticamente todo lo poco que sé de él. (A la espera de encontrar tiempo para aprender más...)

[1117] En este contexto de los "mutantes", señalo aquí el hecho tan chocante de que Goethe profesaba *saber* (y no sólo "creer") el hecho de la reencarnación. Quizás fuera el único caso, en su medio y en su tiempo, mucho antes de que eso se convirtiera en una especie de "moda cultural de vanguardia", con las corrientes teosófica y antroposófica. Ignoro si Goethe (por ejemplo en la entrevista con Eckerman donde habla de ello) se explicó sobre la fuente de ese conocimiento. Cuando tuve el texto entre las manos, hace mucho tiempo, tuve la impresión de que simplemente se pavoneaba ante Eckermann, que recogía con deferencia cada palabra que caía de su boca. Ahora me siento mucho menos seguro...

[1118] Cuando el joven Krishnamurti fue descubierto por Leadbeater, y después puesto al cuidado de Annie Besant, a la edad de catorce años, estaba en un estado físico y mental muy deteriorado. Es más que probable que, dejado en las miserables condiciones en las que había vivido junto a su padre, no habría sobrevivido mucho tiempo.

primera hora, campeona de la independencia de la India en un medio imperialista a placer...

N 479 Pero quizás el ser "más mutante" que nuestra prolífica especie haya producido ◊hasta ahora sea "*La Madre*" de Auroville (1878-1973), esposa (en terceras y últimas nupcias) de Sri Aurobindo. (Nacida Mirra Alfassa, en el Boulevard Haussmann de Paris, junto a los antiguos almacenes Printemps – una planta muy nuestra en suma...) Lo poco que sé de ella de boca en boca basta para intrigarme lo suficiente para querer saber mucho más de ella. Ha dejado una considerable obra escrita, con ocho volúmenes de "Entrevistas" (entre 1929 y 1958), actualmente ¡ay! todos agotados. Aún no he logrado poner la mano sobre una obra de su pluma. Sólo sobre una biografía-río en tres volúmenes, ilegibles los tres, otra vez ¡ay! Después de algunos valerosos esfuerzos he renunciado a proseguir una lectura tan poco rentable[1119]. Pero alguno de estos días espero conocer mejor a la gran mutante de Printemps-Auroville.

Pero volviendo a los mutantes en general, estoy convencido de que, sólo en nuestro siglo, debe haber millares, si no son decenas de millares. Eso es mucho si se quiere, pero lejos de ser bastantes para que todo el mundo tenga grandes posibilidades de encontrarse alguno. (Para eso, lo más simple y seguro todavía ¡es "mutar" uno mismo!) Que yo me haya encontrado incluso tres[1120] es una suerte inaudita, que aprecio (creo) en lo que vale. Hasta ahora la dama Historia no ha hecho mucho caso de ninguno de los tres. Eso no me molesta. Los puntos de vista de la doncella, a poco que sople el viento, cambian de un día para otro...

N 480 ◊Entre la gente un poco célebre, los que (digamos) tienen derecho a un lugar en las enciclopedias, no debe de haber cantidad de "mutantes", en el sentido en que lo entiendo (que no tiene nada que ver con "el genio" y todo eso). No estoy seguro de que se encuentren cien, incluyendo el Buda (seguramente uno de los más antiguos) y el Cristo. Es verdad que sólo en mi lista ya hay una quincena, y buscando un poco y por más inculto que yo sea, llegaría a alinear treinta. Pero ahí se para. Hay que decirlo tal y como es: por el momento los mutantes, los hay, pero no se han sembrado en abundancia y siguen siendo la excepción...

(112) Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza

(24 – 26 de enero)[1121] He aquí al fin la lista recapitulativa de "mis" mutantes, que se introdujeron en la reflexión en orden disperso. Los ordeno por orden cronológico de la fecha de nacimiento. Después del nombre de cada uno indico su fecha de nacimiento y (si hay lugar) de defunción[1122],

[1119] Se trata de la obra "Madre" por "Satprem". Lo que vuelve insoportable la lectura es el *pasmo* sistemático que se extiende por todas las páginas a través de los tres tomos. De diez páginas, a penas se sacan una líneas de verdadera substancia. La misma Madre, si aún estuviese ahí, ¡seguramente no hubiera querido leer ni diez páginas! Cuando se trata de Madre o de Sri Aurobindo, se refiere a ellos como "Ella" o "Él" con mayúsculas, como al buen Dios. En los tres tomos – ¡hay que echarle! Sin embargo, todo lo que sé de Madre es bien simple y habla por sí mismo y no necesita ser inflado ni resaltado con aires medio-entendidos medio-pasmados, para que parezca algo. Lo mejor es que el autor era, parece ser, una especie de "confidente y testigo" de Madre durante diecinueve años (si se cree a la sobrecubierta). Ella, que se suponía que era tan ultra-clarividente, esta vez no lo fue. (Como Râmakrishna con sus discípulos, Vivekananda en cabeza – pero aquí me parece que es mucho peor...) ¡Dinero tirado por la ventana, esos malditos libros! Sin contar que no hay otra biografía de La Madre. ¡Es una pena!

[1120] Recuerdo que se trata (por orden cronológico de los encuentros) de Félix carrasquer (1960), Fujii Guruji (1975) y Marcel Légaut (1987). Algunos se extrañarán de que no haya añadido Rudi Bendt, del que hablo en la sección "Rudi y Rudi – o los indistinguibles" (n^o 29). Por supuesto que he pensado en él. Pero verdaderamente no lo veo como un "mutante", no como un hombre investido de una misión para preparar "el mañana". Él es el "niño en espíritu" que realiza el reino de Dios *hoy*. Quizás sean aún más raros, pero creo que siempre ha habido, y que su papel es diferente. Son las flores de los campos, allí donde los "mutantes" son los senderos y los caminos.

[1121] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (4): todos somos mutantes en potencia".

[1122] Los únicos "mutantes" de mi lista que aún viven son Marcel Légaut y Félix Carrasquer, que tienen 87 y 83 años. Con Solvic, son los únicos tres "mutantes" que conozco que han nacido en este siglo. Todavía tengo grandes esperanzas de enterarme de la existencia, y quizás incluso de encontrarme, de mutantes más jóvenes ¡que tomen el relevo de los viejos!

su profesión u ocupación principal y su nacionalidad, y en fin su vocación o su misión, tal y como él mismo la concebía (y en la medida en que se pueda decir en algunas palabras).

1. C.F.S. Hahnemann (1755-1843): médico y sabio alemán; médico renovador de la medicina de su tiempo.

N 481

2. ◊C. Darwin (1809-1882): naturalista inglés; sabio.

3. W. Whitman (1819-1892): periodista, poeta y escritor americano; poeta e Instructor.

4. B. Riemann (1826-1866): matemático alemán; sabio.

5. Râmakrishna (1836-1886): sacerdote (hinduista) indio; Instructor.

6. R.M. Bucke (1837-1902): médico psiquiatra americano; sabio y anunciador.

7. P.A. Kropotkine (1842-1921): geógrafo y escritor ruso; revolucionario anarquista.

8. E. Carpenter (1844-1929): sacerdote, campesino, pensador y escritor inglés; Instructor[1123].

9. S. Freud (1856-1939): médico psiquiatra austriaco; sabio creador del psicoanálisis, clave de bóveda de un nuevo humanismo científico.

10. R. Steiner (1861-1925): sabio-filósofo, conferenciante, escritor, pedagogo... alemán; Instructor visionario, creador de la antroposofía.

11. M.K. Gandhi (1869-1948): abogado y político indio; Instructor llamado a difundir la práctica de la ahimsa ("no violencia").

12. P. Teilhard de Chardin (1881-1955): sacerdote (jesuita) y paleontólogo francés; pensador religioso (cristiano) ecuménico, visionario místico, trabajando por una reconciliación de la religión y la ciencia.

13. A.S. Neill (1883-1973): maestro y educador inglés; educador, llamado a promover una educación en libertad.

14. N. Fujii (llamado "Fujii Guruji") (1885-1985): monje budista japonés; Instructor.

15. J. Krishnamurti (1895-1985): conferenciante, pensador religioso y escritor indio; Instructor.

N 482

16. ◊M. Légaut (1900-...): universitario, campesino, pensador religioso cristiano y escritor francés; "investigador" religioso cristiano, discípulo de Jesús de Nazareth, trabajando por una renovación del espíritu del cristianismo.

17. F. Carrasquer (1904-...): maestro y educador español; educador y militante anarquista, por una escuela y una sociedad "autogestionadas".

[1123]Más abajo intento precisar lo que hay que entender aquí por "Instructor". Hay que reconocer que Carpenter tiene mucho menos "la pinta" de Instructor que los otros seis que figuran bajo ese nombre en mi lista, y especialmente que Whitman (que fue su predecesor). Sin embargo, para el que haya leído (o sólo ojeado, como es mi caso) "Towards Democracy", no puede haber duda de que se sabía llamado a "instruir". Además considera que no es *él* verdaderamente el que habla en ese largo poema visionario, donde se leen expresiones como "Yo, la Naturaleza..." y otras semejantes, ¡que nos extrañaría menos encontrar en la pluma de un Walt Whitman! En sus restantes escritos parece que su estilo nunca es el de la autoridad que *sabe* (incluso allí donde posee tal autoridad), sino más bien el de la persuasión.

18. ... Solvic (1923? ... 1945): obrero o pequeño empleado americano; al parecer sin vocación particular[1124].

Dejando aparte a Darwin[1125], ya he tenido ocasión de hablar de manera más o menos detallada de cada uno de estos hombres. (El lector encontrará en la siguiente nota a pie de página[1126] una recopilación de los principales pasajes del texto de la Llave de los Sueños en que se han tratado unos y otros.) En la mayoría ya me he explicado suficientemente sobre ellos como para que ya esté claro por qué razones son para mí figura de "mutantes", y por qué su misión
N 483 me parece destinada a jugar un papel en la Mutación ◊espiritual que nos aguarda. Los únicos que me parece que todavía requieren explicaciones suplementarias son Darwin, Râmakrishna, Gandhi y quizás también Rudolf Steiner y Teilhard de Chardin (del que hablé un poco de corrido y de una forma que pudiera parecer muy reservada...). En cuanto al primero, Darwin, volveré sobre él de manera circunstanciada en una nota posterior[1127].

He hablado de Râmakrishna , ¡ay demasiado "de pasada"! en la nota "Râmakrishna – o la boda de la Madre con Eros" (n^o 79, a la vez que de la percepción erótica del Mundo en Whitman). Allí no hay ninguna alusión a su particular misión, que sólo rozé en una nota a pie de página que figura mucho antes (no he logrado ponerle la mano encima, ¡lo siento!). Ignoro además si Râmakrishna se ha explicado sobre lo que consideraba como su misión, y no he encontrado nada en ese sentido en la copiosa colección de aforismos en forma de parábolas que nos ha dejado, recogida a barullo día tras día por sus discípulos en los primeros años de su vida, y publicada después de su muerte. Pero lo que me parece su mensaje esencial, y que ha sido (creo) el primero en decir y experimentar, es la unidad esencial de todas las religiones como otros tantos "caminos que conducen a Dios"[1128], añadiendo además (cosa bien conocida

[1124]No tengo ningún documento sobre Solvic, del que ignoro incluso el nombre y la fecha de nacimiento – he puesto 1923 un poco a ojo de buen cubero, pensando que debería tener 21 ó 22 años cuando fue alistado en una guerra que no le concernía y que no le decía nada. En todo lo relativo a él he de fiarme de lo poco que me restituye mi memoria de la lectura del libro "The execution of the private Solvic", del que ya hablé en su lugar.

[1125]Sólo se ha tratado de Darwin en algunas líneas de pasada, la primera vez en la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la otra realidad" (n^o 74), en una nota al pie de la página N 249, la segunda vez en la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes" (n^o 85), página N 297.

[1126]He aquí los principales pasajes sobre "mis" diferentes mutantes, donde n. = número, s. = sección, npdp = nota a pie de página.

Hahnemann: n. 85 y npdp N 375 (en n. 97).
Darwin: cf. la npdp anterior, y una nota posterior.
Whitman: n. 74, 76-80, 84, 98.
Riemann: n. 74.
Râmakrishna: n. 79.
Bucke: n. 74, 81, 82, 84.
Kropotkine: n. 88, 91.
Carpenter: n. 74, 75, 96-102.
Freud: n. 6, 78, 89, 99, 100, s. 56 (7^o, a.) especialmente pp. 255 – 258.
Steiner: n. 86, y más abajo en la presente nota (páginas N 485 – N 488).
Gandhi: n. 66-70, y más abajo en la presente nota (páginas N 484 – N 485).
Neill: n. 88-95, 99-102, 106, 107, 110.
Guruji: n. 60-66, 71, s. 70 y siguientes secciones.
Krishnamurti: n. 53-55, n. 85 (p. N 297), s. 56 (7^o, a.) especialmente pp. 255 – 258.
Légaut: n. 12, 20, 27, 38, 72, 73, 75, 87, así como una nota posterior (n.) y s. 37.
Félix: n. 103-107, 110.
Solvic: n. 70, 115-117, 119 (p. N 527).

[1127]Véase la ya citada nota "Darwin

[1128]Por supuesto ése es un conocimiento de primera mano en Râmakrishna, que sus discípulos retomaron en forma de idea-fuerza, que se dedicaron a diseminar por el mundo (en embalajes a veces discutibles...). Esa idea religiosa ha conocido una gran fortuna desde el siglo pasado en lo que se podría llamar el pensamiento religioso "no confesional", representado entonces ante todo por los teósofos, desgraciadamente mezclado en ellos con una ganga ocultista y mesiánica que reducía su alcance. La volvemos a encontrar (no obstante con el acento sobre la preeminencia de la misión del Cristo y de la religión cristiana) en un Rudolf Steiner, un Teilhard de Chardin y

por los místicos de todos los tiempos y de todas las religiones) que "los caminos no son Dios".
N 484 No conozco a nadie antes que él que haya practicado por turno varias formas de religión ◊(sin por eso repudiar ninguna de las otras), y que, además, haya llegado a la "unión con Dios" en cada una. Esa intuición y esa experiencia iban en contra de inveteradas actitudes milenarias, y no dejaron de suscitar escándalo y desprecio a su alrededor. En los últimos años de su vida, y sobre todo después de su muerte, esas actitudes terminaron por ceder el paso a la veneración reservada a los santos, acompañada desde entonces de todo el sentimentalismo de agua de rosas y del boato de rimbombantes superlativos que se acostumbra en tales casos (¡y en este aspecto los celadores indios no ceden en nada a los cristianos!). Su mensaje, temporalmente debilitado por ese culto a menudo desprovisto de toda inteligencia ([113]), sin embargo no se ha perdido. Diseminado por sus celadores, y aunque estos hayan mezclado a placer lo mejor y lo peor, forma ya parte de nuestra herencia inalienable, que el tiempo no dejará de decantar. Veo en él uno de los grandes instructores religiosos de nuestro tiempo, y uno de los grandes obreros de la unidad humana.

Gandhi ha sido uno de los primeros, creo (y dejando aparte a los discípulos de Râmakrishna), en recoger esa herencia y hacer suyo el mensaje. Él mismo un espíritu profundamente religioso, pero sin ser en modo alguno de temperamento místico como Râmakrishna, uno de los rasgos sobresalientes de la vida de Gandhi y de su práctica religiosa era el igual respeto que concedía a todas las formas de religión. Sin duda puede decirse que el espíritu de la ahimsa, de la no violencia amorosa, sería impensable, sobre todo en un país de fuerte vocación multirreligiosa, sin tal actitud de respeto, arraigada en una verdadera comprensión.

Contrariamente al mensaje de Râmakrishna, del que su vida y su experiencia fueron un testimonio perfecto, el mensaje de la ahimsa de Gandhi me parece que ha sido profundamente falseado; no (cosa en realidad imposible...) por celadores sin inteligencia, sino por sus propias ambigüedades. He intentado captarlas en las tres notas consecutivas que le son consagradas. Ese aspecto de su misión me parece un fracaso espiritual, ciertamente no a falta de un eco apropiado (pues el eco que tuvo fue inmenso), sino a falta de una fidelidad total a su misión, o (por retomar su forma de verla), a falta de una fidelidad total a la verdad. Lo asombroso es que, a pesar de esa carencia, su personalidad es de tal estatura y hasta tal punto atractiva, y forma parte de lo que podría llamar "mi universo espiritual" desde hace tanto tiempo y de forma tan evidente, ¡que ni se me habría ocurrido no incluirlo en mi lista de "mutantes"! La espontánea simpatía que ha
N 485 inspirado a todos los que se le han acercado (por lo que sé[1129] – ◊y bien sabe Dios que fueron numerosos y que hubo gente de toda condición y de toda obediencia), es un signo elocuente que me dice que no voy por mal camino. Si intento captar lo que ha aportado al mundo moderno, me parece que es mostrar con el ejemplo una forma totalmente diferente de "hacer política", o de

(con menor apertura a las religiones no cristianas) en un Marcel Légaut. Además tengo la impresión de que en todos esos hombres e incluyendo al mismo Râmakrishna, esa apertura a las religiones en general, y a las diferentes corrientes religiosas en el interior de cada una, se limita a lo que se ha convenido en mirar como las "grandes religiones"; aquellas (digamos) que son practicadas cada una por centenares de millones o por miles de millones de fieles: el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el cristianismo, el islam. También son las religiones que han cortado de manera más o menos completa sus lazos con las religiones llamadas "primitivas" de las que surgieron. Si ganaron algo (que desearía comprender mejor que ahora), sospecho que igualmente perdieron. Si tal es el caso, ¿es algo que estamos destinados a no reencontrar jamás?

[1129]Sin embargo conozco una excepción notable: se trata de un hijo de Gandhi (del que he olvidado el nombre). En la citada biografía de Gandhi (cf. nota 68), el autor Shalom Ash tiene la inteligencia de examinar con alguna atención esa tormentosa relación, sin echar (como es costumbre) un púdico velo sobre ese género de borrones en tan gran hombre. Es un hijo que, como se dice, se ha "descarriado" – presumo que esa era para él una manera particularmente eficaz de arreglar una cuenta con su padre, en un momento en que éste ya era venerado en toda la India como el gran "Mahatma". Gandhi tuvo entonces, para desautorizarlo públicamente, una actitud que no estaba exenta de autocomplacencia, más o menos diciendo: "que un padre sea bueno no implica que el hijo lo sea" – y lavándose las manos de todo lo demás. La idea de que algo pudiera haber fallado en él, Gandhi, en su relación con su hijo cuando era un niño y en la educación que le había dado, visiblemente nunca se le vino al Mahatma.

ser un "hombre político", e incluso un "hombre de Estado". Sin dejarse jamás encerrar en una etiqueta, con cuidado de marcar su rango – ¡sin que jamás le arrastrara la vanidad! Sin mentir y sin andarse con rodeos, sin "trampas" preparadas con astucia. Concediendo a sus compañeros igual que a sus adversarios, y a los pueblos u otras colectividades que representan, el mismo respeto afectuoso, casi diría: la misma solicitud que a los que considera "los suyos". Esa actitud que intento captar brota, no de una virtuosa resolución, sino de una *comprensión*. Y la gran Mutación en "la política", en la relación entre pueblos y naciones como entre colectividades en el seno de una misma nación, sin duda está en esa comprensión. Y la misma ahimsa, no es el arte de aguantarse las ganas de pegar, sino que es esa misma comprensión, seguramente. Esa comprensión viva que sigue actuando en la esfera de la acción política es, creo, lo mejor que Gandhi tenía para aportarnos.

He hablado de Rudolf Steiner y de Teilhard de Chardin en una misma nota (n^o 86) subtitulada "La ciencia espiritual". Con ese título he intentado sugerir lo que era común a sus misiones: reintroducir, en nuestro conocimiento de las cosas incluyendo el procedimiento y el conocimiento llamados "científicos", una dimensión espiritual que (desde hace dos siglos) se encuentra más y más negada, olvidada, y finalmente totalmente ignorada. Por lo que hasta
N 486 ahora sé de uno y otro, es ahí donde veo ◊lo esencial de sus misiones. ¡Y llegan en buena hora! Dicho esto, los enfoques de esos dos hombres no pueden ser más diferentes. Teilhard, que es un místico, "compensa" de alguna forma limitándose, en el plano científico, a ser un buen obrero según los cánones aceptados en la profesión (la de paleontólogo en este caso). No parece que se le pueda venir la idea de que su ciencia, o cualquier otra ciencia en curso, pueda ser llamada a transformarse profundamente, a la vez que el espíritu que reina en la práctica cotidiana de ésta. Más bien parece que quisiera reconciliar a toda costa a dos hermanas enfrentadas, la Religión (la hermana mayor) y la Ciencia (la hermana pequeña y terrible), sin esperarse por nada del mundo, aparte de eso, el verlas cambiar a una y otra – y hecho esto, que cada una vuelva a su casa, sin reñir más con su vecina pero también (aparte de pequeños servicios ocasionales) sin ocuparse mucho de ella. Dicho de otro modo: el buen sabio buen cristiano buen ciudadano irá a la iglesia el domingo, al labo entre semana (y al cuartel o al matadero cuando se le diga...[1130]).

No parece que Teilhard se haya percatado de la existencia de Rudolf Steiner, veinte años
N 487 mayor que él, que realizaba más allá del Rin una misión ◊algo similar. Steiner no tenía nada de místico. Por el contrario tenía la mirada de un vidente. Veía, Dios sabe cómo, cosas que sólo él

[1130]Véase al respecto la página N 306 y especialmente una nota al pie de la página. Rudolf Steiner, alemán él, no podía ser menos, con sus buenos sentimientos patrióticos, que su homólogo gran cristiano del otro lado del Rin, durante la gran matadero de naciones 1914-1918: públicamente toma partido por el pueblo que había "producido un Goethe, Schiller, Fichte, Schelling, Hegel...", y reprueba la "voluntad de aniquilación de la Entente". A lo que el joven Teilhard, bayoneta en mano, podría replicar con razón alineando algunos grandes franceses para la ocasión (no faltan, gracias a Dios), y reprobando la voluntad de aniquilación de los Imperios Centrales y más particularmente, de los bárbaros teutónicos. Tenía 33 años en 1914 (ya no era un jovencito), pero Steiner tenía 53, un hombre maduro. No tengo conocimiento de que más tarde haya desautorizado, una vez pasada la locura colectiva, sus propias aberraciones patrióticas. En 1919, en un solemne llamamiento "Al pueblo alemán y al mundo de la cultura" (llamamiento al que se adhirió un número impresionante de firmantes de renombre), y en el que propone una nueva plataforma política, declara desde las primeras frases, a la vista del hundimiento del "Reich" alemán: "Un retorno sobre sí (Selbstbesinnung) ha de hacerse después de tal experiencia", experiencia que (añade) "ha mostrado que la opinión de medio siglo, y más particularmente las ideas dominantes en los años de la guerra, eran un error de consecuencias trágicas". Pero en qué consistían esas ideas erróneas de los años de la guerra, y en qué participó él mismo en ellas y les dio su aprobación, y que la nación alemana no era inocente de esa "catástrofe guerrera, ante cuyo inicio se vio situada [en 1914]" (¡oh el inocente y encantador eufemismo...!) – sobre todo eso Rudolf Steiner (cerca ya de los sesenta y al que restan seis años de vida) echa el velo púdico que conviene a las grandes declaraciones políticas. Ese "retorno sobre sí mismo" que pregonaba con tan hermosa grandeza oratoria, perdió esa ocasión de hacerlo, y hay todas las razones para pensar que jamás lo hizo. E incluso que no tenía ninguna noción de lo que ese término realmente significa, a falta de haber sabido sentir en algún momento de su vida la necesidad incluso la urgencia, todo lo vidente y gran instructor que era, de hacer ese retorno sobre sí mismo...

veía. Y decía lo que veía, mal que bien. Además, sin especializarse en una disciplina científica (u otra) determinada, como Teilhard, Rudolf encontró el medio (¡Dios sabe cómo!), junto a una sólida erudición literaria y sobre todo filosófica, de adquirir un saber científico de dimensiones enciclopédicas. Pero su espíritu, quién lo duda, no tenía nada de enciclopedia. Parecería que en todo lo que tocaba, veía abrirse nuevas vías de enfoque y de realización. También en las artes. Esa "*antroposofía*" o "ciencia del hombre" que veía con los ojos del espíritu, estaba para él en el corazón de una nueva "ciencia espiritual". En los dos últimos decenios de su vida (1905-1925), en un prodigioso impulso de creatividad, desarrolló esa nueva ciencia del hombre en millares de conferencias[1131] igual que en innumerables escritos, abrazando en una misma mirada la filosofía y la religión, la agricultura, la política, la pedagogía, la medicina y la farmacopea, proponiendo y practicando enfoques nuevos en las artes clásicas (teatro, pintura, escultura, arquitectura, dicción...) y creando una nueva forma de arte que llama "euritmia". Para él, no había separación entre todas esas manifestaciones de la actividad humana, y todas quedaban iluminadas en profundidad por una luz común que sólo él (parece ser) veía plenamente – una luz que emanaba de ese poderoso espíritu que llama con el nombre de "antroposofía".

Así, en contra de mi primera impresión apresurada[1132], su actitud frente a la ciencia de
N 488 su tiempo *no* se limita a tomarla tal ◊cual para dejarla igual en su cajón, y añadirle un cajón adyacente bautizado "espiritualidad" o "ciencia (esta vez) espiritual". Ciertamente, como todo pensamiento humano, su pensamiento tiene sus orejeras particulares, que le impiden englobar en su mirada ciertos aspectos de la realidad, y que por eso mismo falsean la visión de otros. Ciertamente también, en la inmensa obra que ha dejado y que aún permanece casi totalmente inexplorada, habría que hacer un triaje ([122]). Pero para digerir y para asimilar esa obra, que consiste mucho más en sugerencias (a menudo asombrosas) y en apertura de caminos que en un cuerpo de doctrina pacientemente y minuciosamente elaborado, habrá mucho que hacer durante un siglo o dos, siempre que se encuentren investigadores inspirados. Es de esa manera, más que por una "gran idea" maestra más o menos fácilmente formulable (como fue el caso de la obra de Teilhard), como me parece que Rudlof Steiner ha sido uno de nuestros grandes "sembradores".

Y me siento incapaz de predecir, de esa simiente lanzada con tan prodigiosa profusión, cuál será la parte destinada a crecer.

En la indicación de las "vocaciones" en mi lista de mutantes, hay siete veces la lacónica

[1131] Para la mayoría de esas conferencias, poseemos textos escritos, a menudo transcripciones estenográficas tomadas por oyentes. La totalidad de la obra escrita dejada por Steiner se conserva en principio en el "Goetheanum" en Dornah (Suiza). Las ediciones "Rudolf Steiner", (misma dirección) trabajan desde 1956 en una "Rudolf Steiner Gesamtausgabe" (edición de la Obra Completa de Rudolf Steiner), ¡que incluirá unos 300 (trescientos) volúmenes!Presumo que el ritmo de publicación se acelerará considerablemente después del Gran Viraje...

[1132] Véase al respecto la citada nota sobre Steiner y Teilhard (n^o 86). He podido rectificar esa impresión al tener conocimiento de una biografía ilustrada de Steiner (por J. Hemleben – cf. el principio de la nota n^o 97), y sobre todo ojeando el "Curso agrícola" (Landwirtschaftlicher Kursus), i.e. el ciclo de conferencias dado por Steiner, del 7 al 16 de junio de 1924 (el año antes de su muerte), donde esboza las ideas directrices de lo que hoy se llama la "agricultura biodinámica". Sus oyentes eran, al menos en parte, labradores y propietarios o gerentes de explotaciones agrícolas. Para mí es un misterio total de dónde ese intelectual nato, que, después de que era un chaval y binaba los arriates de hortalizas en el pequeño jardín de su padre, jamás debió tocar una laya ni (uno se imagina) un pedazo de tierra – de dónde sacó ese conocimiento, visiblemente profundo, de las grandes fuerzas cósmicas que dominan la vida de las plantas y la de la tierra; un conocimiento que surge en él no se sabe cómo, en esa prodigiosa llamarada de creatividad que fueron sus últimos años y que parece haber quemado antes de tiempo esa asombrosa vida, cortada en pleno impulso... El texto en cuestión (publicado por la citada "Rudolf Steiner Verlag", en Dornach, Suiza), tiene 190 páginas compactas, sin contar las ilustraciones. Fue el punto de partida de un movimiento de agricultura "biodinámica" ciertamente marginal todavía, pero vigoroso y desde hace sesenta años en progresión constante, con un espíritu en las antípodas de la tendencia "industrializante" en la agricultura. El mismo año ya comenzaron las "cadenas de experimentación" para comprobar y para precisar en diversas direcciones las propuestas de Steiner. Con, en cuanto a la calidad de las plantas, resultados impresionantes. Y ese volumen es, me imagino, sólo uno (¡pero no de los menores!) de los trescientos volúmenes de la "Obra Completa"...

indicación: "*Instructor*". Se trata de Whitman, Râmakrishna, Carpenter, Steiner, Gandhi, Fujii Guruji, Krishnamurti. Tendría que intentar aclarar qué sentido conviene dar a ese término. Ciertamente, con la sola excepción de Solvic, esos dieciocho hombres cuyas misiones convergentes estoy a punto de sondear tenían cada uno algo importante que enseñar "a los hombres", y además, lo sabían y hacían lo que podían para propagar cada uno un "mensaje"[1133]. Sin embargo eso no
N 489 significa que todos se vieran ◊como unos "Instructores" (con o sin mayúscula), se sobrentiende: de toda la humanidad, incluso si la influencia directa sólo alcanza a un círculo limitado. Ése es el caso solamente, creo, de los siete hombres que acabo de indicar. Por supuesto que "la instrucción" o "la enseñanza" de la que se sintieron (y de hecho fueron y son) portadores no es de naturaleza intelectual ni consiste en un saber-hacer. Consiste en un mensaje que llamaría "espiritual", un mensaje pues que atañe de alguna manera crucial a la conducta de cada uno. Ellos mismos quizás la designaran más bien con el término "religioso", "moral" o cualquier otro, pero en el fondo poco importa. Fujii Guruji describía su misión, a la que seguramente se preparó desde su entrada en la vida monástica, como la de "*iluminar*" a sus semejantes ("enlightening people"). Se veía pues como un "*Iluminador*", como el que está encargado de iluminar. A sus ojos, además no hacía nada más que retomar la misión de su gran predecesor Nichiren[1134]. Así, "iluminaba" difundiendo el mensaje de otro: el de Nichiren y, a través de él, el del Buda. Pero por la virtud creativa que acompaña a toda misión verdadera, realizada en la fidelidad al propio ser profundo, a lo largo de los años ese mensaje no podía dejar de profundizarse a la vez que su persona, de enriquecerse, de "personalizarse" (sin perder por ello su universalidad). Así el mensaje de Guruji, al tiempo que se hacía eco fiel del mensaje eterno del Buda – mensaje de respeto, de reverencia por todo lo que vive y por todo lo que sirve a la vida – tomó en él una consonancia única, acorde con su personalidad igualmente única, así como con las necesidades y urgencias particulares de nuestro tiempo. Un tiempo marcado por una crisis espiritual sin
N 490 precedente, y por un ◊plazo temible como el mundo jamás conoció y (estoy convencido) nunca más conocerá...

Observaciones similares pueden hacerse, creo, para Râmakrishna, que (parece ser) no habría "pretendido jamás haber aportado nada nuevo"[1135]. Así, creo que puede decirse que ese término aproximado pero sugestivo de "Instructor" sobrentiende que "la instrucción" aportada es *nueva* al menos en ciertos aspectos, que el mensaje aporta algo que nunca fue conocido ni dicho antes, al menos bajo la iluminación particular que ahora tiene y con la claridad, la limpieza que le es propia.

Por mi parte, bien colocaría a Marcel Légaut entre esos "Instructores", entre aquellos pues que han aportado una enseñanza, de naturaleza universal, y que (entre otras) atañe a la conducta de cada uno. Pero dudo que él mismo vea su papel y su misión bajo esa luz. Quizás la razón esté en que en la tradición cristiana de la que está impregnado y de la que ha rechazado desprenderse,

[1133] Se sobrentiende que cuando aquí (o en otra parte) hablo de "mensaje" se trata de un mensaje de naturaleza espiritual, como preciso unas líneas más abajo. Habría pues que dejar aparte al menos a Darwin, que se acuertelaba en el plano de la ciencia pura, como además era el caso de prácticamente todos los sabios de su tiempo (¡y hoy más que nunca!). En cuanto a Riemann, que como sabio me parece de una estatura no menor que Darwin por la potencia y por la profundidad, y quizás aún más vasta por la amplitud, ignoro si verdaderamente se sentía portador de una misión que habría sobrepasado su papel de sabio tal y como es comúnmente percibido. No he encontrado nada en su obra escrita que lo deje suponer. ¿Qué lugar tenían en su pensamiento, y en la manera en que se veía a sí mismo, sus reflexiones metafísicas y filosóficas (que me lo hacen percibir como un auténtico "mutante")? Es verdad que su vida fue cortada en plena madurez. En un hombre de tal amplitud y tal creatividad, es imposible predecir en qué vías se habría comprometido si le hubiera sido dado vivir más tiempo. No tenía aún cuarenta años cuando murió, mientras que yo mismo no entré en mi misión hasta la edad de cuarenta y dos o, en una óptica más exigente, de cuarenta y seis años, y sin que yo mismo lo sospechara entonces. (Tenía cincuenta y ocho cuando mi misión finalmente me fue revelada, por la vía del sueño...)

[1134] Véase la nota "Filiación y crecimiento de una misión" (n^o 64).

[1135] Eso es lo que se dice en la introducción de Jean Herbert a la versión francesa del compendio de Râmakrishna, aparecido bajo el título "L'Enseignement de Râmakrishna" (Albin Michel, Spiritualités vivantes). Véase loc. cit. p. 8.

se tiende a ver en Jesús el Cristo al sólo y único "Instructor" o "Iluminador" del Mundo. No es menos cierto que desde antes del "momento de la ruptura" en 1940 y todavía hasta hoy, es con un movimiento espontáneo de "enseñar", o al menos de comunicar una experiencia (en este caso religiosa), como me parece que se ha expresado su misión, y esto desde mucho antes de que madurase en originalidad propia[1136].

Mi lista de mutantes me choca sobre todo por su extraordinaria *diversidad*. Diversidad en los temperamentos, los caracteres, el origen social, el medio en que se desarrolla su misión, la educación recibida, la filosofía personal y las opiniones sobre esto o aquello, el modo de
N 491 vida, los gustos y las ◊inclinaciones... Diversidad también en la naturaleza de las misiones y de los mensajes. En todos esos aspectos, esos hombres cubren un abanico de experiencias, de actividades y de actitudes que muchas veces van de un extremo al extremo opuesto. Así Guruji procede de una familia campesina pobre entre los pobres, Kropotkine nació príncipe y fue educado en un brutal ambiente funerario. Râmakrishna, aparte de una instrucción religiosa que fue ampliando a lo largo de su vida, era un hombre más bien inculto, tan poco intelectual como imaginarse pueda, poco interesado en la lectura; Rudolf Steiner, en cambio, fue sin duda uno de los hombres de nuestro tiempo cuya cultura general ha sido la más extensa y la más profunda, hasta el punto a veces de parecer prodigiosa, y por añadidura un intelectual para el que (como para pascal en su tiempo) el pensamiento era la más alta de las facultades humanas. Pudiera decirse, como rasgo común, que cada uno de esos hombres tuvo, desde su juventud, profundas raíces en la cultura y las tradiciones de su medio y de su tiempo, o al menos (en el caso de Félix Carrasquer) en un cierto "espíritu de los tiempos" que habría sabido canalizar y concentrar mucho en su ser. Pero ése no es el caso de Neill, cuya mayor dificultad, al principio, fue por el contrario liberarse de los efectos insidiosos y nefastos de una castrante educación religiosa, y menos aún el de Solvic, que en su infancia y adolescencia fue una especie de "dejado por imposible" en una sociedad de consumo desculturizada y sin alma.

Algunos de esos hombres me chocan por sus aspectos "yang" (o "viriles") particularmente pronunciados: Hahnemann, Darwin, Freud[1137], Steiner, Guruji, Légaut, Félix (Carrasquer), y en menor medida también Neill. Otros por el contrario son de fuerte tonalidad "yin", "femenina": Whitman, Riemann, Râmakrishna, Carpenter, Krishnamurti[1138]. Luego son tantos cuantos, en

[1136] El libro que Teilhard parece haber considerado que daba el tono de base al conjunto de su obra filosófica, "El Medio divino", tendría acentos mucho más "Instructor" que ninguno de los libros de Légaut. Pero seguramente se habría defendido de la suposición de que se consideraba un "Instructor", aunque sólo fuera de la cristiandad. Además para mí está muy lejos de tener, como pensador religioso y como filósofo, la estatura de Légaut, ni por la profundidad, ni por el rigor, ni por el atrevimiento. No tengo ninguna duda de que con el paso solamente de algunas generaciones, Légaut aparecerá como el mayor pensador religioso cristiano de los dos primeros milenios de nuestra era.

[1137] Tengo la impresión de que, como ocurre a menudo, en Freud la tonalidad fuertemente yang no refleja tanto un temperamento innato como elecciones que hizo en su juventud bajo la influemcia de la "presión cultural" (evocada un poco más abajo). Véase al respecto una nota al pie de la página N 275, en la nota "Dos Prometeos para una Misión – o perros, gatos y hombres" (n^o 78).

[1138] Krishnamurti, visiblemente de tendencia yin muy pronunciada por su temperamento inicial, no dejó de sufrir, él también, la presión cultural proyang a ultranza. Reaccionó a ella de forma más compleja que Freud o que Whitman. La sobrecompensó con un acento exclusivo sobre ciertos valores yin y anatematizando sus complementarios yang (y las tres notas "Las bestias negras del Maestro (1)(2)(3)", n^{o}s 48-50, proporcionan una abundante ilustración), pero en revancha interiorizó a nivel inconsciente ciertas apetencias y actitudes muy "macho" (y especialmente el deseo de dominación, situándose tácitamente muy por encima de todos los mortales presentes o pasados sin excepción). Con ello siguió el modelo superyang de su tutor teósofo Leadbeater (que jugó para él el papel de Superpadre a superar y, simbólicamente al menos, a suplantar), ¡pero con una maestría y una habilidad muy distintas! Para algunas reflexiones en ese sentido, véase en Cosechas y Siembras la nota "Yang actúa de yin – o el papel del Maestro" (CyS III, n^o 118), donde el "yang que actúa de yin" no es Krishnamurti (que era justo a la inversa), sino yo mismo. Después de escribir, mi visión de Krishnamurti como persona se matizó y precisó considerablemente con la lectura, el año pasado, de su biografía por Mary Lutyens, y especialmente el segundo volumen "Los Años de Realización" que no había leído antes. (Aparecido en 1983, mientras que mi primera lectura fue en 1977.)

N 492 contra ◊de la presión cultural a la que cada uno fue expuesto, decididamente proyang en todos. En Bucke, Kropotkine, Gandhi, Teilhard, no distingo una predominancia clara sea yin o yang, sino una presencia igualmente fuerte de tonalidades "viriles" por una parte y "femeninas" por otra. Pero en ninguno, con la única excepción quizás de Solvic[1139], e incluyendo aquellos en que percibo una marcada predominancia "viril" o "femenina", tengo sin embargo la impresión de una carencia de la tonalidad opuesta, sino más bien la de un equilibrio armonioso de ambos aspectos de la persona.

Sin embargo, algo común a todos esos hombres es que en cada uno de ellos se percibe una *grandeza*[1140]. ¿Tendría sentido afirmar que uno de ellos es "más grande" que tal otro? Sin embargo creo que sí puede decirse que alguno fue "el más grande", cuya misión fue la más pesada de llevar, y en quien la fidelidad a su misión, una vez reconocida o sólo presentida, fue la más total. Y sé que más aún que los obstáculos exteriores que nos vienen "del Mundo", lo
N 493 que somete a la más ruda prueba nuestra fidelidad ◊a nosotros mismos, son las voces disonantes que escuchamos *en nosotros mismos*, y que hacen eco y refuerzan las del Mundo. Esas voces, en verdad, se confunden con nuestro ser condicionado, se nos adhieren como una "segunda naturaleza" pesada y gregaria que constantemente quisiera frenarnos, alinearnos y aplastarnos y fundirnos sabiamente en la espesa y confortable materia...

Desde esta perspectiva, las existencias de *Whitman*, de *Carpenter*, de *Freud* y de *Neill*, y también de *Solvic*, son las que más me atraen y me hacen exultar, por una grandeza que pocos hombres (creo) y pocas misiones han alcanzado en la historia de nuestra especie. Las misiones de los cuatro primeros además me parece que son estrechamente solidarias. La vida de esos cuatro hombres abraza siglo y medio (1819-1973), y apenas hay más de un siglo entre la publicación de las "Hojas de Hierba" de Whitman en 1855, y la de "Niños libres de Summerhill" en 1960. ¡Un siglo bien empleado! A lo largo de ese siglo, y por las misiones conjugadas de esos hombres y por esas cuatro existencias vividas en la fidelidad a ellos mismos, una gran brecha, una brecha ya irreparable, se abrió en un Muro temible cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: el de la represión del sexo.

Aún carecemos de perspectiva para medir el inmenso alcance de ese avance, en la historia espiritual de nuestra especie, en su penosa ascensión desde la torpeza del rebaño hacia la aventura de la libertad... Dentro de algunos siglos, o quizás de mil años, ese alcance será claramente evidente para todos. Y las secretas e insidiosas tentaciones de abdicación de su "derecho de primogenitura" que cada uno de esos hombres tuvo que afrontar y superar sin testigos, en lo secreto de su corazón; sin la promesa ni la esperanza de ninguna "recompensa" cualquiera que fuera (si no es la de sentirse responder a una íntima e imperiosa exigencia, que le susurraba una voz tan discreta y baja...) – esa fidelidad desnuda y esa fe desnuda no se gastaron en vano, durante toda una vida en cada una de esas cuatro existencias. Desde ahora todos somos los beneficiarios; si no ya en posesión del fruto que ellos maduraron para nosotros, al menos como recipiendarios, habilitados para recogerlo como nuestro, cada uno a la hora que haya escogido. Y con nosotros nuestros hijos y nuestros nietos, y todos los de los tiempos por venir.

[1139] Según el recuerdo que guardo de mi lectura del libro "The execution of the private Solvic", tengo la impresión tengo la impresión de que en Solvic había cierta carencia del lado yang, una dificultad para afirmarse, una falta de seguridad, de atrevimiento. Pero la firmeza, sin el menor matiz de pose, que demostró en las últimas semanas de su vida es tanto más notable. E incluso, visto su total aislamiento moral, y la ausencia de todo trasfondo ideológico o religioso, es totalmente extraordinaria y, desde el punto de vista simplemente "psicológico", ¡completamente increíble! La acción en él del "Huésped invisible" no tiene aquí para mí ninguna duda – más irrecusable aún, y más maravillosa por ese carácter de "imposible", que en ninguno de esos otros hombres tan sobreabundantemente colmados por Dios...

[1140] Por diferentes razones, conviene no obstante dejar aparte el caso de Darwin (sobre el que volveré en una nota posterior), y el de Krishnamurti. La "grandeza" que percibo, inseparable de una cualidad de fidelidad a sí mismo, me parece que en el caso de Krishnamurti se limita sólo a algunos años de su vida, que creo poder situar entre 1925 y 1927 (o 1928 o 1929).

N 494 ◊(113) Los lugares comunes de los santos

(26 de enero)[1141] Siempre de una forma imaginativa, simple y escueta que les da su encanto, los aforismos de Râmakrishna recogidos por sus discípulos son un revoltijo de lugares comunes religiosos de toda clase que forman parte de la cultura y del aire de los tiempos que respiraba (y que se sentía obligado de expresar en beneficio de sus discípulos), junto a intuiciones y observaciones profundas y de primera mano, sacadas de su rica experiencia religiosa o de una inspiración divina inmediata. Está fuera de duda que se daba cuenta de la diferencia mejor que nadie, que para él estaba muy claro que lo que decía se situaba, según el caso, en niveles totalmente diferentes. Uno es el nivel de las *convenciones* sociales y religiosas, siempre más o menos discutibles (aunque ni se le ocurriera ponerlas en cuestión de modo cotidiano). Las trataba con tanta más rotunda desenvoltura cuanto que en el nivel que le era propio percibía con evidencia su carácter contingente y accesorio[1142]. El otro es el nivel que podría llamarse el de la "*verdad*"; de una verdad que sólo se revela (o, muy excepcionalmente, se comunica) al
N 495 que la ama con pasión. Visiblemente ése no era el caso de sus ◊discípulos[1143]. Según lo que he podido ver, no han dejado de englobar indistintamente todas las palabras del Maestro en una misma veneración pulsa-botón, desprovista de todo discernimiento. Es el fenómeno tan corriente de nivelación y aplanamiento de los grandes mensajes (cuando éstos consiguen franquear el muro de la indiferencia o del desprecio), por la veneración beata y verbosa, procedimiento que encontramos idéntico a sí mismo bajo todos los cielos, y no sólo en la religión.

También es cierto que la proporción de los lugares comunes desprovistos de todo discernimiento psicológico, y que a menudo se contradicen y se neutralizan mutuamente según las ocasiones y la fantasía a bote pronto del Maestro, parece realmente prohibitiva en esa recopilación. ¡Deben ser las cuatro quintas partes si no las nueve décimas[1144]! Poco acostumbrado,

[1141] Véase el reenvío a la presente nota en la nota anterior "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", página N 484.

[1142] Un ejemplo típico y revelador es la actitud de Râmakrishna frente al sistema de castas. (Sistema que Buda había rechazado, lo que seguramente es la razón de la resistencia de la casta religiosa brahmán a la implantación del budismo en la India, y de la extinción del budismo en tierra hindú hasta mediados de nuestro siglo. Véase al respecto la nota "El balance de la fe – o las vías secretas", n^o 65.) Râmakrishna trataba en pie de igualdad a los brahmanes e intocables que le visitaban. Pero, socialmente conservador como la inmensa mayoría de los espirituales, decía que *para el hombre que había alcanzado a Dios* ya no había diferencias, y que por el contrario era bueno que el común de los mortales (incluyendo pues a sus discípulos) observasen las prescripciones de casta. Por supuesto que esa actitud es más que "discutible", y Gandhi (sin embargo un admirador ditirámbico de Râmakrishna, al que sólo conoció por su reputación) no temió atacar de frente los prejuicios de casta, afrontando serios riesgos políticos tanto con los brahmanes como con los intocables. Pero el coraje de Râmakrishna me parece fuera de duda. Antes de que llegase en olor de santidad, hacía falta una buena dosis para romper él mismo las reglas de casta. Pero (contrariamente al caso de Gandhi), no formaba parte de su misión ser un reformador social, o más exactamente, un revolucionario que trastornase un orden social milenario. (Y que ese orden nos parezca con razón inicuo, mientras que a él le parecía formar parte del orden inmutable de las cosas, no cambia nada.) Tenía que aportar *otro* mensaje, que sin duda no habría sido recibido si hubiese querido abarcar demasiado. Una vez más, en Râmakrishna como en cualquier otro: a cada vida le basta su afán...

[1143] Tengo la clara impresión de que Râmakrishna no se daba cuenta de la situación, y que sobreestimaba en mucho las capacidades de discernimiento y el deseo de verdad en sus discípulos. Como en muchos espirituales, su deliberado propósito de edificación muy a menudo me ha parecido ir en contra de la más elemental perspicacia psicológica.

[1144] Como los discípulos han recogido unos 1600 aforismos o parábolas, aún quedarían (tomándome al pie de la letra) mas de *cien* que serían substanciales. ¡Eso basta para tener mucha substancia, y para hacer de Râmakrishna un gran "Instructor"! Dudo que haya muchos libros de espiritualidad con una décima de verdadera substancia y sólo nueve décimas de sopa de nabos.

Pero nabos o no, hay que subrayar que Râmakrishna no tenía nada de cursi en su mirada sobre el mundo y la gente, y que su juicio a menudo es cáustico e incisivo – ¡como el de un niño! Poco atraído por el estudio y de instrucción modesta, sin embargo no se dejaba engañar por los aires de importancia de los eruditos "pandits", y sabía distinguir mejor que nadie una cabeza repleta de un corazón puro, de un espíritu de verdad, y del amor de Dios. Y su respeto por todas las religiones no le volvía ciego a las taras que tan a menudo infestan la práctica religiosa: espíritu de rutina, ostentación, sentimentalismo eufórico o pomposo... En los libros de piedad cristianos,

la mayor parte de su vida, a que se hiciera gran caso de lo que tenía que decir[1145], sin duda en los últimos años de su vida no se daba cuenta, cada vez que abría la boca, que todo iba a ser recogido tal cual e inmortalizado como palabra del Evangelio (o de Veda...).

N 496 ◊Aparte de Râmakrishma, es en Guruji, entre mis mutantes, donde me ha parecido encontrar la mayor proporción de lugares comunes a flor de piel. Pero al revés que Râmakrishna, que siempre permanece pegado a tierra en lo que dice y jamás se aparta de una cierta rotundidad teñida de una presencia calurosa, a menudo se tiene la impresión de que Guruji legisla, desde lo alto de una cima inaccesible, con todo el peso de una autoridad intangible; y esto, por supuesto, tanto para lo que me parecen clichés puros y simples, que permanecen igual de verdaderos e igual de falsos cuando se les da la vuelta, como para las cosas esenciales profundamente sabidas y sentidas. para éstas su "autoridad" es verdadera, pues esas palabras son la quintaesencia de una vida de fe y de fidelidad. He notado que Râmakrishna y Guruji (y dejando aparte a Solvic) son seguramente los menos "intelectuales" de mis mutantes, y creo que no es casualidad. Pues los "lugares (más o menos) comunes" se sitúan en el plano de las *ideas*, de las que una apreciación matizada es en gran parte (aunque no totalmente) cuestión de sentido común, de discernimiento y de rigor *intelectuales*.

De manera general, tengo la impresión de que el lugar común (dicho de otro modo, ¡el tópico!) es una verdadera plaga entre la gente "espiritual" y en los escritos "espirituales", incluyendo (¡y eso es lo desconcertante!) aquellos que tienen una auténtica experiencia espiritual que comunicar. Tal vez eso provenga de la tendencia tan común, tan arraigada en las costumbres, de no atenerse al testimonio justamente de la experiencia (testimonio con frecuencia ausente), o de tener en poco (e incluso por arrogante) a tal testimonio, y en lugar de eso poner pose de "Maestro", de "El que sabe". Esa tendencia es tanto más fuerte, seguramente, cuanto mayor es el ascendiente sobre los demás, sea por efecto de una verdadera irradiación espiritual o por cualquier otra causa (que gustosamente confundamos con tal irradiación). Constato que el círculo de los discípulos y adoradores es la más funesta tentación del espiritual. Sus discípulos son como la ciénaga con que Dios los rodea para probarlos, y hay pocos que no se hundan en ella sin retorno, y quizás ni uno no se enrede en ella un poco[1146]. Se supone que el "Maestro "

N 497 (¡nobleza obliga!) ◊tiene respuesta para todo (¿vamos a quitarles a los discípulos sus legítimas expectativas...?). Como la experiencia personal no basta, se rellenan los numerosos agujeros con lo de siempre, graciosamente proporcionado por el famoso "aire de los tiempos"; pero esta vez, en la boca del Maestro, ¡de repente se encuentra aureolado de una autoridad incomparable! He aquí, si no me equivoco, la causa psicológica tan tonta de la desconcertante invasión del cliché-lo-de-siempre-lo-fácil en la ,literatura espiritual, incluyendo a los que pasan por ser (a veces con razón) "grandes espirituales".

Entre los dieciocho mutantes de mi lista, hay diez que veo como "espirituales": Whitman, Râmakrishna, Bucke, Carpenter, Steiner, Gandhi, Teilhard, Guruji, Krishnamurti, Légaut. No son el primero que pasa, eso seguro, ¡y sin embargo! De ellos sólo hay cuatro en los que no he visto enarbolar ocasionalmente tópicos con aires infalibles[1147]. Son el "trío no confesional"

¡le chocaba que sólo se tratase del pecado de principio a fin! Veía a los cristianos hasta tal punto obsesionados por el pecado, que no les quedaba tiempo (decía) para amar a Dios ni para sentir Su amor...

[1145]Fue sólo a partir de 1869, en los siete últimos años de su vida, cuando tuvo discípulos. Râmakrishna murió en 1886, a la edad de cincuenta años.

[1146]Esta constatación me muestra hasta que punto el hundimiento sucesivo de mis dos experiencias comunitarias, en 1972 y después en 1973, por rudo y amargo que fuera cada vez el golpe, ha sido, sin que me diera cuenta, una *liberación* providencial. Pues si alguna de esas tentativas de "vida nueva" se hubiera revelado un éxito, podemos apostar que terminaría por volverse un "ashram", en el que me habría visto encerrado en ese sempiterno papel de "Maestro" que me esperaba a la vuelta de la esquina y que, en ciertos aspectos (¡ni que decir tiene!), ¡me iba como un guante! Así, en vez de enseñar, desde hace quince años he tenido toda la libertad, y el silencio y la soledad, para *aprender*. (Para una primera reflexión retrospectiva sobre los dos episodios comunitarios en cuestión, véase la sección "Caballero de la vida nueva", n^o 63.)

[1147]Quizás extrañe no verme incluir a Krishnamurti entre los espirituales "sin tópicos". Es un hecho que Krishna-

Whitman-Bucke-Carpenter (substraídos a la aplastante influencia de una tradición religiosa), y Légaut. Es en Légaut, y después de él en Carpenter, donde he encontrado mayor rigor, y una total ausencia de autocomplacencia. ¡Una verdadera bocanada de aire fresco!

N 498 ◊(114) Los mutantes (6): los mutantes y el sexo – o el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer

(27 de enero)[1148] Ayer terminé evocando las misiones convergentes de Whitman, Carpenter, Freud y Neill, que abren una brecha "irreparable" en el milenario muro de la represión del sexo. Misiones además tan diferentes como pueda imaginarse por la forma que toman en cada uno de esos cuatro hombres. Sólo se puede decir que Carpenter fue un continuador (e incluso un "realizador") de Whitman, y en menor medida, Neill un continuador, un "realizador" de Freud. Aparte de eso, no parece que haya influencia mutua ni contactos mutuos entre ellos[1149]. Tampoco parece que la misión de ninguno de ellos haya tenido repercusiones directas en las de ningún otro de "mis mutantes". Si algunos no obstante han sufrido en su persona alguna influencia, sólo sería por un proceso más o menos inconsciente de "impregnación cultural", y especialmente vía las nuevas ideas del psicoanálisis, que comienzan a formar parte del "aire de los tiempos" cultural al menos a partir de los años veinte de este siglo. Debieron ser afectados más o menos Krishnamurti[1150], Légaut, Félix, es decir (dejando aparte a Solvic, para el que
N 499 ◊la cuestión ni se plantea) los tres últimos de mi lista en la nota anterior. En ninguno de esos tres hombres se percibe traza de mojigatería alguna frente al sexo, e incluso, en Légaut[1151] y

murti tuvo el gran mérito de demistificar un buen número de clichés comunes en el discurso religioso y moralizante desde la noche de los tiempos. Quizás fuera a ese nivel donde su trabajo se reveló más útil. Desgraciadamente, el alcance de ese trabajo quedó debilitado por las inclinaciones egocéntricas del Maestro, que le empujan (sin saberlo, ciertamente), a fabricar sus propios clichés, etiquetados "Enseñanzas" ("Teachings"), y que simplemente van a contrapié de los anteriores y son igual de estériles. Así, da a entender que "Dios" sería siempre y en todas partes una pura invención del espíritu humano, y que toda pretendida experiencia "de Dios" o "mística" etc. sería siempre un puro producto de la imaginación del interesado. (Salvo, hay que decirlo, las del mismo Maestro, que deja entrever simplemente teniendo cuidado – hay que pensar en todo – las *palabras* que declara anatemas...) Evoco ese "juego de poder" de Krishnamurti, que ha falseado profundamente su mensaje y esterilizado casi totalmente su misión, en una nota al pie de la página N 498 en la siguiente nota.

[1148] Continuación de la penúltima nota, "Los mutantes (4): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza".

[1149] Dudo que Freud haya tenido conocimiento de ninguno de los otros tres, y es posible que Neill no haya oído pronunciar el nombre de Whitman, aunque probablemente sí el de su compatriota Carpenter. En cambio Carpenter, que estaba bien informado de la cultura de su tiempo, tenía idea de la obra de Freud y la cita en su autobiografía, como habiendo aportado una mejor comprensión de la miseria sexual de las mujeres de la buena sociedad de su tiempo.

[1150] Krishnamurti, que había redescubierto por su parte los mecanismos de huída que Freud había descubierto con estupefacción a finales del siglo anterior (véase al respecto "El hecho más absurdo...", sección n^o 56, 7^o a), y en su preocupación casi obsesiva de distanciarse de todo saber preexistente tiene buen cuidado, cada vez que se presenta la ocasión, de dar a entender (y sin nombrarlo jamás) que el psicoanálisis "y todo eso", es palabrería vana. Incluso lleva ese juego de la paradoja hasta el límite de decretar (con esa calma y soberana autoridad que es el secreto de su ascendiente sobre cierto público espiritualizante...) que el Inconsciente, eso es una pura ficción del espíritu ávido de "dividir" la psique en "consciente" e "inconsciente", mientras que en realidad es (como se debe) una e indivisible. Por parte de uno que verdaderamente ha visto "el hecho tan absurdo" de la huída universal, ¡verdaderamente había que tener!

En tales enormidades rozando la inepcia (y en él hay unas cuantas), distingo un deseo de poder (¡ciertamente inconsciente!) al que se da rienda suelta, y que he percibido muchas veces el año pasado: "*yo* puedo permitirme decir todo lo que quiera por necio que sea – ¡y será recogido como palabra del Evangelio!" A corto plazo gana la apuesta – su biografía por Mary Lutyens es un elocuente testimonio de ello. Pero a largo plazo, con ese tipo de infantilismos egóticos ha esterilizado su propia misión. En cincuenta años su nombre será olvidado, o conocido sólo como el de un "Mesías-Instructor" que (entre muchos otros) decididamente se torció...

[1151] Por temperamento, se tiene la impresión de que Légaut es medio monje, y que ha fundado una familia no por inclinación carnal o sentimental, sino por obediencia a las exigencias de su misión. Que a querido poner a prueba su intuición (que iba en contra de una milenaria tradición cristiana) de que el matrimonio y la paternidad, e incluyendo la experiencia carnal, son parte esencial de la aventura espiritual del hombre, y necesarios (salvo raras excepciones) para su profundización interior.

sobre todo en Félix, encontramos una apertura en este aspecto como no existía en prácticamente ninguna persona aún en el siglo pasado. Podemos pensar que dicho "aire de los tiempos" no ha sido ajeno, y que entre otros innumerables hombres y mujeres se han beneficiado (quizás sin darse mucha cuenta, no más de lo que yo mismo me daba cuenta) de la obra espiritual de Freud y también, de manera aún más oculta, de hombres como Whitman, Carpenter y Neill.

Entre los otros mutantes de "después de Freud", en Gandhi y en Guruji tampoco se percibe traza de mojigatería[1152], cosa de lo más notable pues es rara entre los "espirituales". Lo contrario ocurre con Steiner y con Teilhard, en los que he creído constatar un mutismo más o menos completo sobre este delicado tema. En las escuelas Steiner se practica una especie de "represión benevolente"[1153], haciendo lo que pueden con los alumnos para que sublimen los impulsos un poco demasiado recios y demasiado carnales hacia las regiones inefables de inocentes colores pastel. Sin embargo supongo que en los 300 tomos de la Obra Completa del
N 500 Maestro, ♢el sexo se menciona más de una vez de pasada. aunque sólo sea para asegurarnos que no hay que enrojecer por su existencia, y que está ahí, por supuesto, para ser sublimado en esencias espirituales[1154]. Pero tengo la impresión de que él, Steiner, el hombre universal "y todo eso" donde lo haya, hasta el final de sus días (1925) se las apañó para ignorar totalmente la existencia de un Sigmund Freud, y el nacimiento, a finales del siglo pasado, de una ciencia psicológica. ¡Increíble pero cierto! En cuanto a Teilhard, apuesto lo que se quiera que en su obra completa no se pronuncia la palabra "sexo". (En cambio se encontrará abundantemente la palabra "pecado"...) Hay que decir en su descargo que en los esqueletos que nos llegan de las lejanas épocas sinantrópicas de antes del Edén no se encuentra traza alguna...

Entre los mutantes de "antes de Freud" de mi lista, dejando aparte a Whitman, y sus fieles amigos y compañeros Bucke y Carpenter, no veo ninguno en el que se tenga la impresión de una apertura particular hacia el sexo, o de cierta intuición del inmenso papel de la experiencia amorosa en la aventura espiritual. Dos de ellos, Râmakrishna y Kropotkine, más bien estarían a malas con el invasiva (o embarazoso) impulso. Kropotkine el revolucionario tiene un aire no menos atorado sobre la cosa que los bienpensantes y distinguidos espirituales Steiner y Teilhard. En cuanto a Râmakrishna, en modo alguno tiene aires atorados, incluso habla del sexo a menudo y, a fe mía, libremente, pero también en un pie de guerra declarado: "desconfiad de "la mujer" (o "del varón", según el caso) como de la peste, igual que de los irrisorios y despreciables placeres de la carne..." Es verdad que mimado como estaba por su Divina Madre, ¡no le costaba decirlo con boca chica! Los discípulos hacían lo que podían para estar a la altura de las recomendaciones del Maestro, y a fuerza de ascésis y de meritorios esfuerzos tener derecho, como él, a los incomparables favores de su Kali.

[1152]En Gandhi, se nota un temperamento cercano al cuerpo, tierno, sensual, y habla libremente de ese lado de su naturaleza, en su notable autobiografía "La Historia de mi Experiencia de la Verdad". En eso se distingue netamente de Guruji, que siempre se nos muestra bajo la luz de un asceta nato. La amplitud de miras de Guruji sobre el sexo (que se trata en la nota "Fujii Guruji (1) – o el sentido de lo esencial", n^o 60 y especialmente la página N 188) es tanto más notable.
En los dos o tres últimos decenios de la vida de Gandhi, la actitud moralizante que desarrolló en su papel de "Mahatma" desgraciadamente terminó por desteñir también su actitud hacia la sexualidad, hasta el punto a veces de volverle ciego a la realidad. Así,insistía en que el necesario control de la natalidad en la India se hiciera por la continencia voluntaria, con exclusión del uso de anticonceptivos (ciertamente más eficaces, pero aparentemente mucho menos morales...)..

[1153]Neill considera (y sin duda no sin razón) tal "represión benevolente" como más nefasta aún que la represión más brutal, pues desactiva por adelantado las sanas reacciones de revuelta, y acrecientan aún más el peso de la mala conciencia vis a vis de los pensamientos o actos tan benevolentemente prohibidos. (Y tal es seguramente la intención inconsciente que anima dicha "benevolencia".)

[1154]Y seguramente es verdad que el fin último del impulso sexual es ser sublimado así en energía espiritual. ¡Pero cada cosa a su tiempo! Para algunos, hoy mismo es el momento de sublimar el impulso, para crecer espiritualmente. Para otros quizás sea dentro de mil años. Querer exprimir la fruta cuando está verde, o cuando aún está en flor, o en la semilla de la que todavía no ha brotado ni el tallo ni el tronco, es un desastre. Y ese desastre es lo que se llama "re-presión" (benevolente o no)...

Los únicos de nuestros mutantes que aún no han sido incluidos en esta revista-relámpago de las relaciones con Eros son Hahnemann, Darwin y Riemann, sobre los que no tengo nada claro qué decir, a falta de información. Si no es la extraña aventura (o desventura) de Hahnemann, con
N 501
casi 80 años (1835) y ◊conquistado de entre los suyos en un golpe de mano, por la encantadora y audaz aventurera parisina Marie Mélanie d'Hervilly que entonces tenía treinta. En seguida se lo llevó a París (después de una boda-relámpago en segundas nupcias), donde ese viejo de costumbres austeras se vio rodeado de lacayos en librea y se puso a ir en carroza, como en un cuento de hadas Mélanie-Carabosse, y qué bien le sentaba (según dicha hada Mélanie) a tan alta eminencia. Esa fue la ambigua coronación, con una luna de miel lujosa y muelle que énvolvió sus últimos ocho años (siempre igual de activos), de una larga existencia de luchador solitario, que pasó sobre todo en una pobreza heroica, al borde a menudo de la miseria (y apoyado por su valiente Johanna, que le dio diez hijos...). El cuento de hadas se termina y revela su otro rostro, rostro sombrío, en su última enfermedad – el tierno marido y amante convertido en rehén impotente a manos de la suave Mélanie, implacablemente separado de los que le amaban y le veneraban, de sus amigos, de los suyos... Nadie sabrá jamás cómo fueron sus últimos días y sus últimos momentos, en un tête-à-tête con su todopoderoso ángel guardián. No hubo anuncio público ni privado de su muerte ni funeral. Fue enterrado en una tumba pública en Montmartre nueve días después de su muerte, el 11 de julio de 1843. En un vetusto ataúd que los sepultureros apenas consiguen meter a patadas en la atestada fosa. Bajo un aguacero, de prisa y con poca compañía, sin flores ni coronas, sin bendición ni rezo, ni canto, ni adiós, sin pésames sin sonrisas sin llantos. Fuera los decorados, los torrentes de luz – ¡la función ha terminado! Y los sepultureros tienen prisa...

Este pequeño sondeo entre los mutantes viene muy a punto para ilustrar que cada uno de ellos, fuera de lo que trae de nuevo y que es el objeto de su misión vis a vis del Mundo, y por eminente que sea esa aportación y por atractivo e incluso admirable o prestigioso que sea por sí mismo, no está menos sometido que los demás a los condicionamientos de su medio y de su tiempo. A veces y en ciertos aspectos menos, pero a veces también más de lo que es corriente en los medios que, en su tiempo, pasan por ilustrados. En este caso y poniendo aparte al póker de precursores-rompedores-de-brecha Whitman-Carpenter-Freud-Neill: es "menos" para Hahnemann, Bucke, Gandhi, Guruji, Légaut, Félix y quizás también Krishnamurti en su madurez, y quizás sea más bien "más" para Râmakrishna, Kropotkine, Steiner, Teilhard. Lo ignoro para Darwin, Riemann, Solvic, en los que tengo que reducirme a hacer suposiciones.

N 502
◊Pero incluso entre los intrépidos "rompedores", la represión que han venido a quebrar no ha dejado de hacer en ellos profundas marcas, que me he esforzado en captar en su debido lugar. Y dudo que hoy haya alguien vivo sobre la tierra que no esté todavía afectado de alguna manera, incluso entre los más "liberados" de nosotros. Y me guardaría mucho de tomar como "modelo" a ninguno de ellos ni al Buda en persona o a Jesús llamado el Cristo, y no animaría a nadie a hacerlo[1155]; sino más bien a hacer uso con todo el corazón de todas nuestras luces, para intentar discernir cada uno lo que de mejor aporta a fin de nutrirnos, y separarlo cin cuidado del peso muerto del embalaje.

Todos nosotros estamos en camino hacia la libertad, "nosotros" la especie entera, y también cada uno de nosotros según su propio camino, por múltiples vías misteriosamente convergentes y entrelazadas entre ellas. Y quizás a veces, en algunos raros momentos, algunos de nosotros

[1155] Aunque por un milagro existiera ya o hubiese existido un ser "plenamente liberado", en el sentido en que se va a tratar en un momento, sería no obstante estéril querer "tomarle como modelo", es decir: intentar imitarle. Pues los actos de un hombre toman su sentido y su valor del estado interior del que los realiza. Suponiendo que podamos imitar los actos exteriores, estos pierden sentido y valor por esa actitud de imitación, de inautenticidad, que no es en la que fueron realizados inicialmente. Tenemos que darnos cuenta y aceptar el hecho de nuestra unicidad, y la responsabilidad que eso implica de encontrar por nosotros mismos los actos "justos" que le corresponden en cada momento al ser único y en perpetuo devenir que somos.

conocen una libertad total – anticipo del Reino de Dios sobre la tierra, del Campo ilimitado de la Libertad. Pero el hombre plenamente libre, libre durante su vida entera, no es de hoy ni de ayer. Se perfila en un horizonte todavía lejano. La distancia que nos separa de él, en siglos o en milenios (¿o en millones de años?), nadie la sabe.

El hombre plenamente libre será una encarnación viviente de la Mirada de Dios sobre el cambio del Mundo, a partir del cambiante "lugar" que es el alma de ese hombre y el cuerpo que ella habita. Es un "Punto de vista de Dios", un "ángulo vivo" desde el que Dios dirige Su Mirada sobre la Creación formándose desde el lejano origen de los tiempos. Ya no hay muros, ni barreras, ni orejeras ni tal vez niebla que limiten el camino libre y soberano de la mirada que recorre y que sonda y que *viendo*, anima a la voz que *expresa* y a la mano que *actúa*.

Tal es el hombre libre que se gesta en ti, en mí y en cada uno – el Ciudadano libre del Reino de mañana.

N 503 ◊(115) Solvic[1156] (1) – o la grandeza al desnudo

(28 y 29 de enero)[1157] Si bien es verdad que todos los mutantes de mi lista[1158] son tan distintos unos de otros como se pueda imaginar, Solvic[1159], ¡él es todavía más diferente que los demás!

El status social: los demás, si no por extracción al menos por sus actividades y por la consideración que gozaron ya en vida (por parte de algunos, al menos), formaban parte de lo que podemos llamar la "parte relevante" de la sociedad: médicos, educadores, sabios, religiosos, escritores, poetas, pensadores... Cada uno decantó en su ser e hizo fructificar una herencia cultural substancial, o lo que tuvo a bien tomar de ella y dejar que creciera en él. Nada de eso para Solvic. En su adolescencia fue el chiquillo más o menos perdido, joven delincuente seguramente por un exceso de vacío, en una tierra de nadie de la desculturización urbana, en cualquier barrio árido y asfixiante de una megaciudad inhumana (Nueva York, si mal no
N 504 recuerdo...). Sin ◊raíces en el terreno de una "cultura" digna de ese nombre, en la familia, en una tradición... Sin embargo terminó por hacerse un nicho, con un empleo regular y sin historias, una mujercita a la que quería mucho – ¡la felicidad! Y los westerns, me imagino, una o dos veces por semana. (Felices aquellos tiempos en que no había televisión...) *Ésa* era su vida, su horizonte.

[1156](N. del T.) Como ya se ha dicho en una nota del traductor al pie de la p. **??**, se trata del soldado raso Edward Donald "Eddie" Slovik.

[1157](30 de enero) La presente nota puede verse como una continuación de la nota anterior (de la víspera) "Los mutantes (6): el hombre plenamente libre no es de hoy ni de ayer", o también de la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112), de anteayer. Igualmente es una continuación natural de la reflexión de la nota "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos" (n^o 70, del 5 y 8 de noviembre), y pude ser leída, sin otra transición, inmediatamente después de ésta. Las referencias a los otros "mutantes", al principio de la presente nota, son accesorios y además inteligibles sin conocer a dichos mutantes al detalle.
Esta nota se ha convertido en una especie de reconstrucción del itinerario espiritual de Solvic, en las últimas semanas cruciales de su vida. He hecho esta reconstrucción utilizando como único material directo el recuerdo bastante vago que guardo de la impresión que me hizo la lectura del libro sobre Solvic (citado en la nota n^o 70). Lo lei en 1955, hace más de treinta años, en un momento además en que estaba lejos de tener la madurez para poder apreciar el alcance de la extraña aventura de Solvic y para comprender su sentido. Sin embargo creo que en el Inconsciente profundo debía haber cierta presciencia, al menos, de ese alcance y de ese sentido, una presciencia que sólo ahora toma forma, con la meditación de estos dos días. Es probable que al confrontar esta meditación con el texto del reportaje "The execution of the private Solvic" (que acabo de mencionar) se revele cierto número de errores de detalle. Igualmente soy consciente de que tal reconstrucción no puede ser, como mucho, más que el esbozo muy simplificado de los trazos más esenciales de una realidad psicológica considerablemente más compleja, que se nos escapa. Sin embargo tengo la íntima convicción de que la meditación me ha hecho desentrañar realmente sus "trazos más esenciales" que hasta ahora me habían permanecido medio ocultos, antes de que el trabajo de ayer y anteayer me los hicieran aparecer a plena luz. Ese trabajo ha consistido, no en "inventar" un "cierto Solvic", sino en aprehender palmo a palmo, como con una mano atenta, ligera y circunspecta, una realidad ya presente que insistentemente pedía que la conociera.

[1158]Para esa lista, véase la nota n^o 112 que acaba de ser citada.

[1159]Para Solvic, véase la penúltima nota a pie de página.

La imagen y la idea que se tiene de uno mismo y de su lugar en el Universo: los demás tienen clara consciencia de su misión, o al menos (pensando en Darwin y en Riemann) de tener un papel en el Mundo, de algo que aportan y que son los únicos en aportar. Cada uno de ellos se sabe único, valioso, y de cierta manera, *irremplazable*. Solvic, él es un ser que se siente parte de una masa anónima, y no pide más que fundirse en ella sin historias y, si es posible, sin ser muy desgraciado. Hay gente más o menos encumbrada o poderosa o célebre (mientras que él está en lo más bajo...), pero incluso la misma noción de que alguien pudiera tener una "*misión*" que cumplir en el Mundo, eso debía serle casi totalmente ajeno. Y que él mismo pudiera, de alguna manera, ser portador de una misión y, aunque sólo sea a ese título, ser no un épsilon entre millones de otros semejantes, sino un ser único, irremplazable, portador de un gran secreto no menos auténtico, no menos punzante y fecundo, que el de un antiguo drama rodeado del halo de la inmortalidad – tal suposición, seguramente, le habría parecido totalmente descabellada.

En fin, el carácter: los demás tienen un carácter fuertemente asentado, arraigado en una cultura y en la fe en sí mismos, madurada por la experiencia renovada sin cesar de una vida rica y plenamente asumida, y también por una fidelidad, a menudo dura de llevar, y por las fecundas pruebas que la acompañan. Las fuerzas y cualidades femeninas de su ser son vigorosas igual que sus cónyuges masculinos, y unas y otras se despliegan en armoniosos esponsales. Solvic se siente un "fracasado" recuperado por poco, y sólo pide olvidar un pasado sentido como poco glorioso. Falto de un sentido que dirija su vida, carece de firmeza, de seguridad, de "brújula". Si finalmente no hubiese tenido la suerte de encontrar mujer y trabajo, ¿quién pude decir a dónde se habría dejado arrastrar? ¿Y quién de nosotros, si le hubiera conocido, sintiéndose más agraciado y a pesar de la simpatía que ese joven quizás le inspirara, no le habría mirado desde arriba, o con algún matiz de condescendencia?

Chaval sin raíces, sin brújula, sin un carácter sólidamente formado, sin otro fin en la ex-
N 505 istencia que pasar inadvertido y no tener historias – $^{\diamond}$ése es Solvic. Y de repente se encuentra atrapado, sin previo aviso, por una gigantesca máquina de guerra – una máquina que nivela y pone a desfilar en impecables formaciones a decenas de millones de seres pensantes y sintientes, transformados, en virtud de la extraña etiqueta "soldado", en otros tantos engranajes y correas de trasmisión y de ejecución de una misma carnicería grandiosa: disciplina, avance, deber sagrado, moral excelente... – hoy masacrador heroico (¡a nosotros las medallas!), mañana heroico masacrado... Allí están todos, mi pequeño Solvic, en posición de firmes (¡sí mi teniente!), los de las fábricas y los de los campos, los chupatintas y el chico de los recados, y los médicos los abogados los artistas los sabios, hay pequeños hay grandes hay para la tropa hay para el rancho ¡qué más da! Sin contar los sacerdotes, los pastores, los curas (si tienen suerte serán capellanes...), con la bendición de la congregación, de los obispos y de los papas. ¡Todos, todos están ahí! Son millones y son "Todo el mundo" y están muy calentitos al ser tantos...

Esa máquina que los ha aplastado a todos y los ha embutido en un mismo molde marcial en posición de firmes (cincuenta millones de bravos atrapados en un mismo delirio de carnicería mecánica...) – sólo hará un microcarnicero de ese joven que desembarca tan fresco, en los combates del último cuarto de hora en un rincón perdido de los Vosgos – ¡a diez mil kilómetros de su casa!

Y es ahí donde lo impensable, el milagro de los milagros, se produce: ese modesto chiquillo, poco seguro de sí mismo, sin raíces sin ideal sin religión sin Dios sin nada, solo en medio de un inmenso, de un inimaginable delirio – ¡consigue pasar, por la implacable máquina! No es devorado ni aplastado ni moldeado.

No diría que "sigue siendo él mismo"; que sigue siendo el chiquillo atrapado en la gran guerra, de vertiginosos retos que le superan. El que los oficiales encargados de su "caso" creen haber visto en él, dando fe a los antecedentes tan poco relucientes a fe mía, y a la vista de sus aires humildes y avergonzados y tan poco militares... No, ese chico era como *traje* que se hubiera puesto caso por error, hace ya mucho tiempo. No era *él*, sea lo que sea que hubiera

podido pensar él mismo, y todos los que le conocían mucho o poco. ¡En absoluto! No "sigue siendo el mismo", por la simple razón, quizás, de que aquél que un extraño viento había llevado hasta allí, a ese "punto caliente" de los Vosgos, verdaderamente *no* era "él mismo".

Tuvo que poner lo mejor de sí, Solvic, para "coger el tono" en ese nuevo y extraño universo en el que, de repente, se vio arrojado no sabía por qué ni cómo. Nada rebelde, ¡eso no!

N 506 Quería hacerlo bien, ◊los desfiles los saludos y todo eso, durante la instrucción-relámpago en un cuartel rutilante y atestado, antes de enviarlos al otro lado del mar, a ese rincón del que jamás había oído el nombre. Nada de contrariar, no, quería hacer lo que se le dijera, tenía la costumbre, ¡qué piensan!Después fue el "bautismo de fuego", como se dice. Debió ser un *golpe* de una violencia inaudita, más allá de las palabras. Sé que no puedo hacerme una idea, al no haber vivido un golpe semejante – no de esa clase, al menos. No se hizo un caparazón, para encerrarse dentro y no sentir lo que pasaba y lo que hacía (o se suponía que hacía). ¡Por ese coraje serás bendito por siempre! Ese golpe en pleno rostro aceptado, con toda su salvaje, su impensable violencia, *lo cambió todo*. Solvic *vio* entonces lo que pasaba, la clase de trabajo que se esperaba de él. Y *supo*, como jamás antes había sabido nada en su vida: ese trabajo, *ése no era para él*.

No habló con nadie de lo que verdaderamente le pasó entonces. ¿Y a quién le habría hablado? Sólo hubiera podido hablarlo consigo mismo, y no le hacía ninguna falta. Lo esencial pasó sin palabras ni pensamientos. (Aunque después tuviera que explicarlo como pudiera. Pero lo que "explicaba" era el "resultado", el resultado exterior, no el *corazón* de la cosa...)

Hubo un *sobresalto*, surgido de los trasfondos de su ser. Y *obedeció* a lo que brotaba de las profundidades. Supo entonces que lo que contaba para él antes que nada, más que las órdenes y la os rangos y más que el mundo entero, era ese sobresalto que lo cambiaba todo, y lo que le decía sin palabras. En ese saber, en esa nueva y dolorosa seguridad, es donde *se encontró a sí mismo*. En la soledad total del ser, frente a un mundo extraño y loco. En ese momento de estrés extremo a punto de romperle, se encontró a sí mismo – al que *realmente* era.

Supo entonces, con una claridad repentina, total y (en virtud de su fidelidad total) indeleble para siempre: en esa carnicería, no tengo parte – soy ajeno. Ese conocimiento repentino, ese relámpago de luz llegado de Otra parte fue su bautismo. En ese momento al fin nació. Nació espiritualmente, nació al conocimiento de sí mismo. El alma repentinamente tomó conciencia de ella misma.

Fue un acto de conocimiento *desnudo*. Y en las siguientes semanas y hasta el final, en ese

N 507 hombre solo hay una fidelidad desnuda, una ◊grandeza desnuda. No van cargadas con ningún traje, harapiento o elegante, de ninguna ganga. El intelecto, la ideología, las fuerzas egóticas de identificación (que moldean "en cadena" tantos "héroes" para llenar nuestros osarios...) no tienen parte alguna. Solvic no blande, de la noche a la mañana, discursos humanitarios o moralizantes, ni subversivos o revolucionarios, a contrapié de los tópicos en tiempos de guerra. No es el mártir de ninguna causa que hubiera podido exaltarle, darle un resorte, un penacho. No le predica ni siquiera sugiere a sus camaradas o a los oficiales: ¡os equivocáis al hacer lo que hacéis! Creo que ni se le ocurriría que *ellos*, toda esa gente instruida y bien situada que debían saber bien lo que tenían que hacer, estuviesen "equivocados" al hacerlo. ¡Debía estar muy lejos de tan impensable atrevimiento! En el fondo, si estaban equivocados o no, eso no le incumbía. Pero *sabía*, con una claridad como antes jamás había sabido cosa alguna, que *él*, Solvic, "estaría equivocado" al participar en eso. Que hacerlo sería ni más ni menos que matar"se" a sí mismo – al que acababa de nacer, al recién nacido. Y también sabía que no lo haría. Ocurriera lo que ocurriese...

Él, tan tímido, tan preocupado de pasar inadvertido, de hacer como todo el mundo (de lo que llamo el "traje", que ciertamente iba a pegarse a él hasta el final...), eso le ponía en una situación delicada, e incluso terriblemente dura de asumir. En suma, tenía que decir claramente a todos esos grandes señores altivos y con galones que, por alguna extraña razón, era *diferente*

de todo el mundo. Lo que se le pedía hacer, no "podía" hacerlo. No se jactaba de ello saben, y seguramente incluso lo lamentaba sinceramente. (o el "traje", al menos, lo lamentaba...) Siempre en un tono casi de excusa, de ser diferente, de ser lo que es, es como se dirige a sus superiores, oralmente y por escrito, para explicarles humildemente que "*no puede*". Tiene todas las formas de la confesión casi vergonzosa (pero solamente *casi*...) de una debilidad que ¡ay! no pudiera evitar. Pero detrás de esa humildad que, bien se nota, no tiene nada de fingida, se nota una firmeza asombrosa. Ésa es la que le hace apartar uno a uno los cables que le tienden (diría casi: ¡gentilmente!), para hacerle renegar en un momento de pánico ¡a fe mía! humano y excusable, cuando la moral está para superarla. (Unas semana en el talego para guardar las apariencias, y pasamos la esponja...) Esa humilde firmeza sin fisuras es la que, etapa tras etapa, le llevará hasta el paredón – tan solo como ningún ser lo fue jamás, desterrado (pudiera parecer) por toda la humanidad, para morir de una muerte que, a ojos de todos (por lo que sé) es una "muerte de cobarde"...

N 508 ◊Es cierto que, animado por la irrecusable justicia de la exigencia interior que le empujaba, y también por una especie de confianza ingenua, casi filial, si no en una comprensión, al menos en un simple sentido de lo humano en sus superiores, estaba muy lejos al principio (creo) de sospechar lo que le esperaba al final. Pero también es verdad que al principio, los oficiales encargados del asunto no tenían aún disposiciones de querer su piel a cualquier precio, "para dar ejemplo". Las advertencias benevolentes no faltaron: date cuenta amiguito, un poco demasiado emotivo, ¡que estamos en estado de guerra! La deserción frente al enemigo, eso no gusta. Y si todavía no tenemos una ley prevista para eso, en estado de guerra somos nosotros los oficiales los que la hacemos, la ley...

Lo extraordinario aquí es que en ningún momento intentó zigzaguear. Visiblemente *no* era una cuestión de "salvar la piel". No era un miedo lo que le dirigía, sino una inimaginable seguridad ante la que, una vez percibida, eran más bien los oficiales los que iban a "tener pánico". Si hubiera sido para salvar la piel, habría tenido amplia ocasión de rectificar el tiro, al ver dónde podía llevarle su "insubordinación" o su "deserción" (sic). Siempre podía retractarse de su declaración escrita, para ganar tiempo. Igual que podía refugiarse en una buena depresión, una crisis de locura de aúpa. En los casos de estrés extremo como por el que acababa de pasar, ni siquiera hay que simular. El asentimiento al gran juego es inconsciente, y el Inconsciente se encarga del resto. Viendo a uno de sus valientes combatiente que se ha vuelto loco de atar, no hubieran seguido (no se fusila a los locos...) – lo habrían evacuado del frente inmediatamente 8y sin publicidad), a la espera de reenviarle a su casa cuanto antes, y con pinzas: ¡inútil a perpetuidad! El ejército se habría guardado mucho de solicitar otra vez sus servicios, ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz.

No, en ningún momento se le vino la idea de "transigir" para librarse. Sin embargo todavía le quedaban semanas de vida, solo en su celda, donde no tenía otra cosa qué hacer que meditar su situación, a la luz de las informaciones que le llegaban sobre lo que se tramaba alrededor de su "caso". Visiblemente supo que su camino *no* era el de transigir, el de "salvar la cabeza". ¡Pase lo que pase!

Aquí también veo una fortaleza *desnuda*, sin ningún apoyo que provenga del ego. Ni traza de postura heroica, ante un público imaginario o simbólico por reducido que sea, o aunque sólo sea ante ese que tanto le gusta engrandecerse. ¿Cómo le podría venir la idea de algún

N 509 "heroísmo", o la de una ◊"grandeza"? Más bien se veía en una maldita situación, eso sí, sin verdaderamente haberla buscado (digan lo digan los oficiales, cada vez más enojados...). Pues lo que había hecho para meterse en ese aprieto, sabía que *tenía* que hacerlo quisiera o no, no *podía* hacer otra cosa. Ya estaba unido a la Voz, a la exigencia interior en él, hasta el punto de que el pensamiento de no obedecerla jamás le vino.

¿Y qué le decía la Voz? Visiblemente no era: ¡apáñatelas como puedas para no volver a ese rompe-nervios rompe-cuellos al que una vez te dejaste arrastrar! Si hubiera sido eso no

habría dejado de apañárselas de una forma u otra. No habría sido fusilado – ¡el primer y único fusilado en la historia del ejército americano! Y ni yo ni nadie habríamos oído hablar de él.

Y bien veo ahora que lo que la Voz le pedía era *testimoniar*. El testimonio de una fidelidad desnuda: no estoy hecho para esas cosas. Lo siento señores, hagan lo que quieran por su parte, incluyendo conmigo, la oveja negra. Lo que hagan les incumbe a Vds. y sea lo que sea no se lo tendré en cuenta. Hagan su trabajo – el mío, es testimoniar.

Seguro que la palabra "testimonio" nunca se le vino, cual una mano maternal sobre una frente ardiente. Seguramente la Voz le hablaba sin palabras, y es sin palabras como escuchaba lo que Ella le decía. Las palabras, incluso sólo pensadas, son un consuelo, como una mano fraterna que sostiene en un rudo y penoso camino.

Alguien te ama más que madre o hermano o alma que viva te haya amado jamás, ha querido que recorras sin ayuda tu camino solitario, hasta el final donde una muerte ignominiosa te aguarda. Alguien que te conoce mucho mejor de lo que jamás te has conocido a ti mismo, sabía que eras lo bastante fuerte como para no necesitar ayuda. Cuanto más duro es el camino, mayor es el testimonio y la fuerza fecunda que emana de él. Mayor también la purificación y la elevación del alma que lo recorre.

Ese camino solitario, Solvic, ese camino sin testigos, no lo has recorrido en vano. No en vano para ti, que te has hecho grande al recorrerlo, humildemente y sin desfallecer (en la fe muda, sin dios y sin credo...) – hasta el final donde te aguardaba la copa tan amarga. Y no
N 510 en vano para nosotros que vivimos ◊hoy (como tú antes) en un mundo de sangre y fuego. Ni para nuestros hijos y sus hijos. ¡Conocerán un mundo mejor! Pues has sembrado sin saberlo, en la desnudez de tu fe y sin esperar recompensa. Y todos somos herederos de esa rara simiente, llamados a hacerla germinar.

(116) Solvic (2) – o la maravilla del calvario

(30 y 31 de enero)[1160] Cuanto más pienso en la aventura de Solvic, más me choca por su carácter extraordinario, "maravilloso". Incluso diría: por su carácter providencial, y en el sentido fuerte del término, "milagroso". Quizás todavía nos falte la delicada sensibilidad para percibir ese tipo de milagro, cuando se produce ante nuestros ojos – en vez de ver (cuando vemos algo) una especie de "borrón" lamentable. Nuestra torpeza, o esa planitud del ser, es la que hace que nos repleguemos sobre "milagros" más groseros para alimentar un sentido de lo maravilloso podado y degradado desde la infancia: los "milagros" de Épinal que abundan en la imaginación religiosa[1161], o, en nuestros días, los irrisorios "milagros" de la tecnologías, esos atrapa-tontos de los aprendices de brujo que somos...

Cuando, hace más de treinta años, leí el libro "The execution of the private Solvic", estaba más que medio hundido en esa torpeza. Pero por más torpe que fuera entonces, sin embargo ya tenía como una oscura y difusa percepción del carácter extraordinario de los sucesos que leía, por esa cohorte de testimonios en vivo, de un realismo aplastante. Una percepción, o una presciencia, que se manifestaba por una particular emoción – como si ese punzante mensaje tuviera algo particular que decirme, y yo estuviera demasiado sordo o demasiado distraído para escucharlo. Para eso tendría que haberme detenido un poco en mi carrera hacia delante, que pusiera la oreja. Estaban bien tapadas, esas orejas, por el lastre de las ideas preconcebidas y las actitudes aprieta-botón. Igual que debió ser el caso en más o menos todos los lectores de esa punzante historia, en mi percepción consciente permanecí entonces al nivel del simple "suspense", y del de una desolada indignación a flor de piel, del lamento: para una sola y única
N 511 ◊vez que fusilaron a uno de los suyos, ¡fue justo el que no hacía falta! Ese lamento es el que se expresa en la carta que escribí a mi madre aún "en caliente", donde le hablo de esa lectura que

[1160] Continuación de la nota anterior "Solvic (1) – o la grandeza desnuda".
[1161] Compárese con los comentarios de la nota "Milagros y razón", n^o 11.

me había chocado tanto como para consagrarle casi una página (!), antes de pasar al orden del día. Allí no hay más que el eco de una reacción totalmente mecánica, desolada por un borrón, frustrada de un "happy end". Le había sacado jugo a mis veintiséis céntimos en suma, sin tener que molestarme en ir al cine...

Y sin embargo, aunque me olvido de casi todo, las impresiones de esa lectura han permanecido frescas como si fuera ayer. No los detalles materiales, pues he olvidado la mayoría. Justo las impresiones esenciales, apenas recubiertas por los vaivenes mecánicos. Las que lo son todo. Aquellas de las que no dije ni palabra en mi carta...

La torpeza humana es tenaz, ¡no nos deja así como así! Incluso el pasado mes de noviembre, en la nota sobre el Mahatma en que evocaba "la fosa común de los fusilados"[1162], cuando me volvió el recuerdo de una lectura, a fe mía bien lejana, y hubo en mí esta sugerencia, como una cuestión dudosa más que una orden: "es bien abstracta y está bien vacía, esa fosa, deberías poner a alguien ¿no?" – empecé a hacer oídos sordos. ¡Chitón! Ya me había detenido demasiado con esas tres notas que no se acababan, sobre el gran Mahatma – no iba a embarcarme en explicaciones detalladas sobre una especie de "hecho diverso" militar estúpido y desolador, durante la última guerra, del que había sido víctima un ilustre desconocido ¡del que apenas recordaba el nombre! Pero no hubo nada que hacer, y tuve que encargarme de ello. Y cuando la terminé, la pequeña nota (no a pie de página), tres páginas mecanografiadas en limpio (no hubo forma de hacerlo más corto), supe que no había perdido mi tiempo.

Sí, aprendí algo ese día – algo que omití aprender hace treinta y dos años. Algo nada ordinario sobre ese "ilustre desconocido" (me acordé de su nombre al hacer el camino). Y por lo mismo, quizás, reaprendí algo sobre mí: esa torpeza (de lo más ordinaria por contra, ¡y bien familiar en mí!). Y también, sin darme mucha cuenta aún en esos días, algo sobre los caminos de Dios. Al escribir esas páginas es cuando por primera vez mis ojos comenzaron a abrirse a lo
N 512 ◊que de *maravilloso* había en la "triste historia" que estaba evocando.

Pero eso tuvo que seguir trabajando. Dos semanas más tarde, al escribir la primera de las notas consagradas a los "mutantes", ¡todavía tuve que superar una buena dosis de inercia para incluir al "amiguito" Solvic en tan selecta compañía[1163]! Por supuesto, la idea de que tuviera que volver sobre él, después de toda una nota que ya le había consagrado (una nota, es verdad, que sentía más cargada de sentido quizás que ninguna otra que ya hubiera escrito...), esa idea no se me habría venido. Creía haber terminado la visita. Comenzó a brotar en estos últimos días, cuando me di cuenta, en mi "revista" de los famosos mutantes reunidos al completo, de hasta qué punto Solvic, en todos los aspectos, se distinguía de todos esos hombres tan distinguidos – ¡la oveja negra hasta el final, en suma! Sentía que todavía algo se hurtaba, se me escapaba. Esa impresión empezó a aflorar hace sólo tres días: aparece en la nota en que hago un primer examen de conjunto rápido del "abanico de mutantes", en una nota a pie de página añadida en el último minuto[1164]. En ese momento estaba claro que aún tendría que poner algunos puntos sobre las íes, en el "caso Solvic", aunque sólo fuera para mí – sin detenerme demasiado, por supuesto. El lugar adecuado sería el comienzo de una nota en que hablase (¿entre otras?) de la actitud de mis mutantes frente a la guerra. (Una de mis "preguntas-test", neurálgica donde la haya desde siempre, para decidir: ¿estamos en el mismo bando, él y yo? Solvic decididamente lo está...)

Pero incluso dejando aparte la "guerra", la extraordinaria historia de Solvic es también una no menos extraordinaria *lección* – una lección cargada de enseñanzas. Lo que en este momento

[1162]Véase la nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" (n^o 67), especialmente la página N 219, el reenvío a la primera de las notas (n^o 70) consagradas a Solvic, "La ejecución del soldado Solvic – o el crimen de los justos".

[1163]Véase al respecto una nota al pie de la página N 296, en la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes" (n^o 85).

[1164]Véase una nota al pie de la página N 492, en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

más me choca en ella, y que finalmente se decantó con la reflexión de ayer, es esto. (Que ya "sabía" desde antes de muchas formas, pero que ahora sé mejor, aún más profundamente...) Las pequeñeces, las limitaciones de toda clase, incluso las supuestas "taras" emocionales u otras, si bien constituyen un serio hándicap, más o menos pesado de una persona o de un momento a otro, no son sin embargo obstáculos absolutos al despliegue pleno de la grandeza latente en cada
N 513 uno. No impiden la eclosión en nosotros y la realización total de una ◊gran misión (aunque no sospechemos, ni siquiera en sueños, la silenciosa presencia de una misión arraigada en el ser...). ¡Bien al contrario! Cuando nos elevamos a una total fidelidad a nosotros mismos (y esa opción está abierta a *todos* sin excepción[1165]), esos mismos hándicaps, superados como están por esa fidelidad (con la ayuda invisible de la Gracia, de la Acción de Dios en nosotros que esa fidelidad infaliblemente llama...), son desde entonces como otras tantas *voces* que atestiguan con potencia esa grandeza ignorada, como otras tantas *sombras* en una obra maestra que aportan profundidad y misterio a las claridades extremas y a las cálidas luces.s

Esas cosas, seguramente, estaban sobreentendidas por Jesús cuando nos dice que "*los últimos serán los primeros*". Por la humilde condición y la pobre apariencia de Solvic, por todo lo que le hace parecer (incluso a sus propios ojos) como humilde y bajo, y hasta por sus carencias de antes – por todo lo que le hace desentonar en tan selecta compañía (como un hombre desnudo desentona entre los bien vestidos...) – por todo eso su grandeza, una vez que emerge de la penumbra en la que permanecía envuelta, aparece en una dimensión totalmente diferente. Por eso me *maravilla*, a mí el testigo tan lejano. Por eso a mis ojos se revela como "el más grande" entre esos hombres de fe, esos intrépidos luchadores e infatigables sembradores que fueron todos grandes en la fidelidad a ellos mismos.

No pensaba especialmente en Solvic[1166] cuando escribía hace cuatro o cinco días, al comentar el "abanico de mutantes", que

> "... ése es "el más grande", cuya misión fue la más pesada de llevar, y en quien la fidelidad a su misión, una vez reconocida o sólo presentida, fue la más total...

N 514 ◊O más exactamente, al terminar de escribir esas líneas, mi pensamiento rozó a Solvic, para notar de pasada que, también ahí, "se pasaba" – lo que acababa de formular con tan extremo cuidado no se aplicaba sin embargo a él. No tal cual, al menos. Entonces no me detuve en ello. Ahora diría que su misión fue *aún más pesada de llevar* que la de ninguno de los otros, por el hecho de que en su situación ¡incluso estaba excluido que su misión pudiera ser "reconocida o sólo presentida" por él! Ese preciado consuelo de un conocimiento, o al menos de una oscura presciencia de su misión, no era para él. El que le ama más de lo que jamás pudiera amarse a sí mismo, no quiso que su fe perfecta se rebajara y tomara apoyo en ningún consuelo...

Si es cierto que toda fidelidad, a la vez que una fidelidad a *sí mismo* e inseparablemente de ésta, es una fidelidad a *su misión*, ésta última permaneció en Solvic (seguramente hasta el fin) totalmente ignorada. Y la fidelidad a él mismo la realizó en un despojamiento tal ¡que no debió conocerla ni de nombre! Fiel sin saberlo, sin ningún apoyo ni consuelo en tal conocimiento, su fidelidad es tanto mayor, más allá, quizás, de todo lo que podemos imaginar o concebir. Y (no tengo ninguna duda sobre eso): tanto más poderosa y más fecunda es su eficacia en el plano espiritual.

[1165] Que la opción de la fidelidad está abierta a todos es una de las múltiples formas de uno de los temas más insistentes, que se encuentra en filigrana a través de toda la Llave de los Sueños. Para uno de sus avatares, véase la sección "El hombre es creativo – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44).

[1166] Para la cita que sigue, véase la citada nota n^o 112 (penúltima nota a pie de página), página N 492. Al escribir esas líneas, pensaba sobre todo en Whitman, Carpenter, Freud, Neill y en sus misiones convergentes (de "abridores de brecha" en la represión del sexo). En el párrafo que sigue a las citadas líneas, me refiero a las existencias de esos cuatro hombres, añadiendo en perífrasis: "y también la de Solvic"; y dicho Solvic hace mutis por el foro hasta el final de la nota. De hecho la perífrasis fue añadida posteriormente (¡en contra de mis hábitos!), para arreglar un "olvido" que me parecía lamentable. Pues ya al escribir la citada nota, comencé a darme cuenta del carácter totalmente aparte del destino y de la misión de Solvic.

Y esto no son palabras bonitas, sino la expresión exacta de una íntima convicción que acababa de formarse, como uno de los frutos madurados durante la meditación de estas últimas semanas, cuando terminé la de ayer constatando que "*todos nosotros somos herederos*" de la siembra que hizo ese hombre fiel, en las últimas semanas de su vida. Siembra ardua, siembra dolorosa, e incluso por ese calvario, plenamente asumido, siembra *maravillosa*. Siembra no menos maravillosa que el camino de Cruz de Jesús, ese hombre del que fue, ciertamente sin sospecharlo y sin haberle conocido, más que un discípulo: un *continuador*. Sí, y un "continuador" tanto más perfecto cuanto que, como el mismo Jesús, no tenía ante los ojos ningún ejemplo, ningún precedente, ninguna luz exterior cualquiera que sea, que hubiese podido inspirarle y sostenerle, si no guiarle[1167].

N 515 ◊En verdad, ante tales maravillas que nos rodean sin que nos dignemos verlas, los ángeles del cielo exultan y se arrodillan. Y por su poder invisible, el destino del Mundo se alza sobre sus goznes y bascula...

(117) Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia...[1168]

Dios habla en voz muy baja y Sus signos son tan discretos, toman aires tan fortuitos, tan humildes y tan bajos, que parece que lo hacen a propósito para pasar desapercibidos. Pues a Dios le gusta el oído fino. Y Él quiere que el hombre preste atención a la voz que lo interpela y que sepa discernir *Su* voz – la más baja, la más humilde, ¡la menos vinculante de todas! Cuando el corazón hace silencio y presta atención, el humilde murmullo se hace clara e imperiosa exigencia que brota de lo más profundo. Entonces el murmullo de una brisa tiene precedencia sobre todas las órdenes de todas las potencias de la tierra. Y los signos que parecen imperceptibles se vuelven fulgurantes y llenan el cielo como otros tantos relámpagos inmóviles que iluminan nuestra noche.

Uno de esos signos "tan fortuitos, tan humildes y tan bajos" es ese pequeño libro de bolsillo de tapa chillona, comprado por la módica suma de veintiséis céntimos en Lawrence (Kansas, USA). Su título, no sé por qué, debió llamar mi atención: "La ejecución del soldado Solvic". ¿O un amigo me había hablado de él? El signo que quiero decir: que haya habido un hombre, creo que un periodista un poco escritor por las costuras (algún día encontraré su nombre en alguna parte...), que, hay que pensar, por una razón u otra se conmovió de ese hecho diverso de una ejecución sumaria e ilegal, en la que participó incluso un futuro presidente de los Estados Unidos. Bastante conmovido para dedicar un año o dos, me imagino, a hacer esa encuesta cuidadosa, siguiendo la estela uno a uno, cual un improvisado detective amateur, de los principales protagonistas del drama (aparte del ejecutado...). ¡No es poca cosa, no!

N 516 ◊Hay que decir que el "caso" tenía con qué atraer la imaginación de un americano: ¡el único soldado fusilado en la historia del ejército americano! ¡Y además ilegalmente! Sobre todo insiste en esto en su introducción, con aires de jurista, para enganchar al lector. Pero no me creo ni por un momento que esa aventura periodística haya sido motivada por una especulación publicista: en la estela de una guerra aún en las memorias, producir su pequeño best-seller, ¡quién sabe! Con su fuerza lapidaria, el libro está tan extraordinariamente bien hecho que la idea de que pudiera ser el mero producto de un cálculo se cae de su peso. "Algo" debió fascinar

[1167] Por la fe desnuda y por la fidelidad a él mismo, Solvic me parece como un igual de Jesús, como habiendo alcanzado la misma excelencia suprema. Quizás su prueba fuera más ruda, por un despojamiento aún más total – puesto que Jesús tenía el socorro de fuertes raíces religiosas, y de una fe que podía apoyarse en un pensamiento vigoroso, en una mirada penetrante, y en una experiencia de Dios íntima y *consciente*. Esa rara grandeza de Solvic no significa (¿hace falta decirlo?) que en su misión esté ¡fundar una nueva religión que lo reivindicase! Por su estado de madurez intelectual y espiritual tan basto, era un niño, en el estadio inicial de un largo aprendizaje, mientras que Jesús había alcanzado la cumbre. Unía en él las dos grandezas, la de la fidelidad o de la fe, y la de la madurez. (Para las relaciones entre las dos, véanse las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)", n^{o}s 48-50.)

[1168] Continuación de la nota anterior "Solvic (2) – o la maravilla del calvario".

al autor, algo de muy distinto orden que la pela o la celebridad, para hacerle escribir (aunque fuera con testimonios interpuestos) lo que me parece de manera irrecusable como un *gran libro*.

Él sería ciertamente el primer asombrado de tal apelativo, porque no había tenido tal ambición (no más que la de hacer su best-seller...). Sin contar, otra vez, con que fácilmente los cuatro quintos de su libro (si recuerdo bien) son la reproducción textual de relatos y declaraciones de diferentes testigos. ¡Textos que no se inventan! Una verdadera obra colectiva para la reconstrucción póstuma de otra obra... Pero hacía falta, no sólo dar con los testigos e ir a buscarlos un poco por todo el continente americano, sino también y sobre todo saber suscitar los testimonios, en toda su autenticidad – ¡para cortar el aliento! Y reunirlos, situarlos en el relato de la investigación, presentar los personajes al hilo de las entrevistas. Sin contar la concepción inicial, la chispa que prende...

No hay ninguna duda: ese libro es una *creación*. Y no hay que extrañarse de que el autor no creyera tanto en su trabajo paciente, minucioso, obstinado, y como buen americano que era, quizás él mismo creyera sinceramente que ¡sólo hacía negocios! Bien sé que en una creación, lo esencial del trabajo no lo hacemos nosotros. Ponemos en él nuestro esfuerzo y nuestro amor, y el amor, ése no se apunta en nuestros balances... Y bien siento ahora a ese *Otro* que habla a través del autor, igual que habla a través de los testigos; Aquél que, durante una entrevista (grabada en cinta magnética...), les hace revivir sin máscara su papel en el Acto, tal y como eran en esos tiempos medio olvidados, alrededor de un hombre que van a fusilar...

Y Solvic también estaba lejos de pensar que "creaba", e incluso a un nivel tan vertiginoso, que ni él ni alma alguna hubiera podido hacerse la menor idea. Y también ahí, con su participación sin fisuras, perfecta, *Otro* creaba a través de él.

N 517 ◊Recuerdo bien que ese libro era todo lo contrario a un "libro de tesis". Al autor le importa un pito, guerras o no guerras. Desaparece al máximo, es un hecho, pero por lo que a pesar de todo se transparenta de su persona, tengo la clara impresión de que por sus opiniones y todo eso es completamente un "señor todo el mundo". ¡Y sin embargo! Hay ese extraordinario respeto al *hecho*, al hecho bruto en su desnudez – un respeto que va hasta negarse a añadir la menor interpretación, ni de sugerir un "sentido". Sin embargo bien debía sentir, en el fondo de sí mismo, que esa historia que estaba descubriendo al escribirla, estaba cargada de un sentido, que era el único que daba su verdadero sentido a su trabajo. ¡De otro modo no se habría dado tanto trabajo! Pero ese respeto del que hablo, y ese desaparecer completamente detrás del hecho bruto de los testimonios (más elocuente que todo arte y todo comentario), fueron aquí esenciales. Sin ninguna duda, era él y nadie más el que tenía que escribir ese libro.

Me enganchó, golpeó, emocionó, ese libro, como debió enganchar y emocionar a otros. (La prueba es que tuvo su momento de éxito...) Y después lo he olvidado, igual que quizás lo olvidaron los otros que un día se emocionaron on él. Hay tantas cosas que nos emocionan más o menos, y sobre todo nos distraen – ¡una tras la otra! En mi caso eran sobre todo las mates por supuesto. ¡Todo se lo lleva el viento! Y sin embargo...

Es el viento, el viento caprichoso y fortuito, el que lleva la semilla. Sin él se estanca y perece. ¿Quién conocía a "Solvic"? ¡Ni vosotros ni yo! ¿Quién sabía algo de su camino extraño y solitario? Un puñado de testigos de su oscuro calvario, tal vez una veintena, todo lo más – y no hay ni *uno* de ellos, ni siquiera la joven viuda que dejaba, que haya sabido tanto sobre él y sobre su raro destino como uno cualquiera de los cinco o diez o veinte mil lectores ¡de cierto libro de bolsillo de veintiséis céntimos!

Dios nos ha dado nuestra oportunidad, a cada uno de esos lectores: ¡he ahí la semilla! Haced con ella lo que queráis...

No sabría decir qué paso con la semilla en los demás. Parece que tampoco en ellos, durante estos más de treinta años, haya germinado mucho – a falta de lluvia y de cielo quizás. El caso es que jamás he vuelto a oír hablar de él. (Tampoco cuando la guerra de Vietnam pasó por ahí...) Quizás, como en la parábola del sembrador, el terreno era pedregoso en muchos, y la semilla se

secó allí mismo, con lluvia o sin ella. En mi caso, y seguramente en muchos otros, no era todo piedra, Había tierra, pero pobre y seca – justo para enterrar el grano en espera de días mejores.

N 518 ◊Es extraño, una vez enterrados, cómo resisten, esos granos de tres al cuarto...

Pero la lluvia de los Cielos cayó sobre mí, y muchas semillas adormecidas germinaron, incluyendo ésta. ¡Alabado sea Dios! Quizás yo sea el único. El único en ver la maravilla y la gloria, allí donde antes no había visto más que miseria. El único en haber visto el sentido de un calvario y la vertiginosa misión de un hombre fusilado como "desertor" y como "cobarde".

Pero único o no, aquí estoy como segundo relevo, para llevar una semilla que sé fecunda y que recojo de uno más grande que yo, a través de un primer relevo interpuesto (un pequeño libro de bolsillo de astrosa apariencia...)

El Viento de Dios dispersará la semilla. ¡Cielos, lloved!

(118) La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli

(2 y 3 de febrero)[1169] Finalmente, llegado casi al término de esta larga reflexión sobre los "mutantes", empiezo a tener la impresión de que los reflejos de conformismo, el miedo a "salirse" de la fila, a penas son menos tenaces, a penas menos profundamente arraigados en la psique cuando se trata de la guerra y de los rollos patrióticos y militares, que del sexo. Se infiltran en la psique más tarde, eso por supuesto, no en los primeros años de la infancia. También dudaría en situar lo que pudiera llamarse la "represión patriótico-militar", que embute a los ciudadanos adultos en un mismo molde marcial de asentimiento y (llegado el momento) de obediencia a la institución militar, en un mismo plano con la represión sexual. No es, como esta última, la clave de bóveda de la represión del Grupo, y de los "atavismos del rebaño" que éste imprime y mantiene en la psique individual. Bajo una forma insidiosa, a menudo casi invisible, la represión del sexo se infiltra prácticamente por todas partes en los comportamientos cotidianos de todos, de tanto que pesa sobre las relaciones entre los sexos, y también en la relación con uno mismo, con su cuerpo, con el impulso amoroso – y por eso también en la relación de cada uno con todos, los del mismo sexo igual que los del sexo opuesto. Nada de esto, ciertamente, ocurre con la represión patriótico-militar. En cambio, la erosión generalizada de la represión social que

N 519 se ha realizado (al menos en nuestras regiones) durante los ◊dos últimos siglos[1170], me parece mucho menos pronunciada del lado patriótico-militar que del lado del sexo. Mientras que las leyes que sancionan la represión sexual tienden a suavizarse o a caer en desuso, las que obligan al ciudadano a echar una mano en las carnicerías colectivas orquestadas por nuestros gobiernos respectivos (tanto para ser mano de obra más o menos experta, como para llenar los osarios) son hoy tan rígidas e imperativas, si no más, como lo fueron un poco por todas partes hace dos o tres mil años. ¡El progreso no se detiene! Y el condicionamiento de las mentalidades para que acepten todos, o casi todos, las monstruosidades guerreras como normales y en la naturaleza de las cosas, y la participación con fanfarrias en las masacres como un deber sagrado, es hoy apenas menos universal y apenas menos completo que en ningún otro momento de nuestra historia[1171].

Los dos tipos de represión, la sexual y la marcial, podrían verse como las dos facetas extremas del gran abanico de los condicionamientos y las represiones. Mientras que en nuestros días la represión del sexo a menudo se hace discreta, de suerte que sus penetrantes efectos en todos los planos de la actividad humana sólo se revelan a una mirada inquisitiva y perspicaz, la represión patriótico-militar, en cambio, se distingue de entrada por su impensable *enormidad*. La enormidad de lo que es considerado como "normal" e incluso como una "obligación" (legal,

[1169] Continuación de la nota anterior "Solvic (3) – o el sembrador y el viento y la lluvia".

[1170] Esta erosión se trata en la sección "...y su ruptura – o la usura de los Tiempos" (n^o 54).

[1171] El único progreso que veo, aparte de la erosión de la convicción patriótica (que trataremos más abajo), está en el movimiento aún muy marginal de la objeción de conciencia. Movimiento (hay que precisarlo) más o menos ilegal, y como tal ignorado con soberbia o rechazado por las Iglesias de todo tipo, igual que por los espirituales y los gurús de todo pelaje y de todo calibre.

y por eso mismo "moral"), desde el momento en que unos señores decretan (con toda legalidad, como debe ser) que "es la guerra". De aquí a unas generaciones, a la gente le costará creerlo. Para el que se preocupa de abrir los ojos en lugar de cerrarlos sabiamente, tales cosas "superan la comprensión". Y es un signo tanto más asombroso del dominio del condicionamiento sobre nuestras sanas facultades de percepción y de juicio, que no sólo los locos dan de bruces en tales aberraciones, sino que incluso hombres que en otros planos se distinguen por sus cualidades de inteligencia, de coraje o de visión, participan también ellos o asienten como el primer memo o la primera tonta que llegue. Esto me supera tanto, lo reconozco, como las mismas bestialidades
N 520 y abyecciones sobre las que esos hombres ◊eligen decir sí y amén, dejándose llevar a ciegas, el el confort del conformismo patriótico, por la corriente inmemorial del rebaño (marchando en prietas filas hacia los grandes mataderos...)

Sin embargo es cierto que durante este siglo, aunque las leyes no se hayan ablandado, la convicción patriótica en los casca-cuellos periódicos se ha erosionado mucho. Durante la última guerra, del lado francés (menos sumisos que los alemanes al lavado ideológico), los soldaditos que llevaron al frente para batirse (les aseguraban) por sus hermanos polacos (de los que se preocupaban tanto como se preocupaban esos señores...) tenían la moral a cero. Creo que no habría ido ni uno, si no hubiera sido por el miedo al poli. Por qué disgustarse ciertamente de un oficial concienzudo (y piadoso cristiano por encima de la media) como Légaut[1172], sirviéndoles el acostumbrado discurso (sin verdadera convicción tampoco, por lo que me ha parecido): que defendían el honor de sus mujeres, así como la vida de sus hijos. Decididamente, los medios de masas y el gobierno francés no habían estado a la altura de los de enfrente. Los alemanes de Hitler, en buena hora, no habían ahorrado en medios y (sin haber escuchado las contritas recomendaciones de un Légaut) habían sabido preparar desde hacía tiempo las manos y los espíritus "para hacer lo que tuvieran que hacer llegado el momento..."[1173].

El contraste con la moral del trueno en las tropas de todos los campos, desde la primera guerra mundial, es realmente llamativo y alegra mucho. (Uno se alegra como puede en estas
N 521 tristes ocasiones...) Eso no ◊impidió esta vez que la carnicería prosiguiera y los osarios crecieran, incluso cuando la moral de los soldaditos alemanes, a fuerza de que esto dura y es fatigoso, empezó también a bajar. Sólo quedaban los rusos perdón, los soviéticos, galvanizados por el Padrecito de los Pueblos de feliz memoria, ¡que todavía tenían moral heroica! Se permite cualquier esperanza para la tercera guerra mundial tanto tiempo esperada...

Pero ahora que la coca-cola, el hot dog y los jeans han comenzado a invadir la patria del socialismo, incluso la famosa moral soviética, que había resistido a todos los delirios del Padrecito, terminó por recibir un golpe. El buen cristiano buen ciudadano que aún lo buscase, el sentido del sagrado deber de verdad de la buena, la fe ciega que se hunde en la piltrafa enemiga como si fuera mantequilla, ya sólo puede esperar encontrarlo en esos chinos paganos. Pero ahí también, los lavados de cerebro un poco a troche y moche y algo violentos, seguidos por la inevitable coca-cola, han hecho los mismos estragos que en el Gran Hermano. ¡Se acabó!

¿Y los heroicos vietnamitas? ¿La niña bonita de los intelectuales "de izquierdas" jugando a la conciencia del Mundo Libre contra los imperialistas americanos? ¿Los mismos que resistieron

[1172] Sobre la actitud de Légaut, véase la nota ""Formación humana" – ¡y "Solución final"!" (n^o 72).

[1173] Bien sé de lo que hablo, porque viví en Alemania hasta el mes de mayo de 1939, pasando por los pelos a Francia a los once años, poco antes de que estallara la guerra. El lavado de cerebro del "sagrado suelo" alemán y todo eso no había hecho mella en mí, pues la familia que me cuidó entre 1933 y 1939, una de las pocas del país que no daba ese tono, era un contrapeso eficaz – sin contar que yo también tenía, ya, mi pequeña chola. Y que sabía, además, que mi padre era judío. Los slogans antijudíos de la época no me atraían más entonces que ahora los slogans y las leyes antiextranjeros en Francia. En septiembre de 1939 hice el viaje de París a Nîmes en trenes repletos de reclutas que iban a sus cuarteles, bajo orden de movilización. La mortal del ejército francés, ¡tuve ocasión de verla de cerca! En ese momento igual que ahora, y por más chiquillo que fuera, la gruñonería amarga e impotente de los soldaditos franceses, ciertamente desprovista de penacho, de uniforme (cristiano, ciudadano y todo eso), me parecía más "humana" (¡eso sí!) y menos inquietante que la moral del trueno heroico del otro lado, que acababa de dejar sin pesar...

a los B 52, al napalm y a las bombas de fragmentación (astutamente excogitadas por el coleguita del laboratorio de al lado...)? No han tenido derecho a la coca-cola ni a los vaqueros (salvo bajo mano, a precios vertiginosos accesibles sólo a los parientes de los ministros y los pontífices del partido). El régimen más austero del mundo, y en ellos el sexo no es broma, más el hambre endémica y todo eso... Es decir que deben tenerla, la moral heroica, la fe marcial que no mueve montañas sino poblaciones, ¡la que hace crepitar las ametralladoras y barre culturas milenarias en los cubos de basura de la Historia!

Y no, también ahí se ha acabado. Su moral tan alabada, templada por veinte o treinta años de guerra, rápidamente ha sido lavada por una paz con garantía socialista. Después nada, es una pena. Eso no impide que las ametralladoras escupan – mientras que en pleno día las calles de Hanoi son más peligrosas que los barrios de mala fama de Nueva York o Chicago. Mientras que aquí todos esos celosos científicos y otros intelectuales de izquierdas que antes firmaban las nobles peticiones contra la guerra de Vietnam se lamentan de que el maná de los contratos y las copiosas dotaciones militares, para financiar la investigación (siempre igual de desinteresada), se haya hecho más raro y más avaro; salvo por supuesto para las investigaciones llamadas "clasificadas" – justamente aquellas que excogitaron las ingeniosas bombas de fragmentación y
N 522 todo eso e incluso (pero eso ya es más ◊difícil) las de hidrógeno o las de neutrones, y los bonitos cohetes a medida (para entregar...).

Ya sólo en nuestros sabios, en suma, se puede encontrar todavía una moral firme – y más aún en aquellos que tienen derecho a buenos asientos en los consejos de esto o los comités de aquello o en nuestros equipos de investigación de punta (de lanza de hierro...). Pero en el cuartel se acabó, igual que en la iglesia o el templo donde también se ha acabado. En nosotros igual que en los demás, Occidente u Oriente da igual: la moral marcial igual que la religión, ¡se acabó, acabó, acabó! Licor del soldado, u opio del fiel – todo se gasta, se dispersa, manido, se descompone, los hermosos fervores patrióticos como las piadosas euforias de agua de rosas.

Sólo queda *el miedo al poli*. Y bien asentado. Intacto, imperturbable. El bloque de granito en la podredumbre general. El reflejo inmemorial, que hace que nos estrellemos ante todo lo que se presenta como "autoridad establecida", sea la que sea. Hoy igual que hace tres mil años, en el Inconsciente del señor X, sea un ilustre sabio o un patético empleado, jefe de estado o hooligan, la autoridad sea cual sea, siempre es "de derecho divino". Y siempre está *fuera*, jamás *dentro*.

Ahí es donde estamos. Y con sus "más" y sus "menos", en este año de gracia de 1988 en que escribo estas desoladoras líneas (para los niños de las edades por venir...), *todos* nosotros estamos ahí. Éste es el famoso "material humano".

El buen Dios, tendrá mérito si consigue sacar algo de provecho. *Cómo* lo hará, cómo ese reflejo que se estrella y que vuelve idiota dará lugar a *otra cosa*, creo que eso, ningún alma, ni mil años después de que haya "ocurrido", lo sabrá jamás. Igual que no sabremos cómo un día Él insufló vida en la materia, y cómo, en todo instante que pasa y se desliza hacia la eternidad, Él insufla de nuevo su Soplo creador en el que nace...[1174]

N 523 ◊(119) Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas...[1175]

¿Y qué parte tienen mis queridos mutantes en todo esto?

Y bien, hay que reconocer que dejando aparte a Solvic (que salva el honor, e incluso mucho más que el honor...), está lejos de ser brillante. Ese sobresalto elemental, sin réplica, absoluto: "¡No, nada de eso!" – en ninguno de esos distinguidos hombres lo he encontrado. En algunos de ellos (como Hahnemann, o Freud) sólo un hastío, abrumado uno, resignado el otro: ¡vaya – otra mierda de guerra! Nada de ardientes patriotas, ya es bastante. Nada de los que vibran al son de las bandas y el ondear de banderas y los discursos de los ministros, de los príncipes, de los

[1174] Véase la continuación en la siguiente nota, del mismo día.

[1175] Continuación de la nota anterior de la misma fecha, "La roca en la arena – o moral patriótica y miedo al poli".

generales. Pero incluso en éstos hay como una aceptación tácita, casi diría una *connivencia*: ¡y bien, es la guerra! Igual que se diría: y bien, es la lluvia, cuando se tienen ganas de pasear, o: y bien, es un pedrisco, cuando es el tiempo de la cosecha. Una calamidad natural, que estropea la cosecha a su manera, ni más ni menos. Está en el orden inmutable de las cosas. Nuestros hijos serán soldados aunque nosotros no hayamos sido o no lo seamos, y harán la tarea (no queremos saber cuál...) que les sea ordenada (como nosotros hemos o habríamos hecho...). ¡Así es la vida!

Igual que fue el caso, hace uno o dos siglos, de la trata de esclavos, la tortura judicial, policial o militar (todavía en uso, pero no a la luz del día...), las ejecuciones públicas como gran espectáculo: ¡así es la vida! Lo que "siempre ha sido así" (y aunque sea desde hace una generación o dos, da igual que la eternidad...), es parte, de golpe, del inmutable Orden de las Cosas. Querido por Dios en suma (para los que tengan un Dios, siempre bueno para justificar las abominaciones del hombre). No hay nada tan inicuo, bestial o abyecto, que no se encuentre, si no satisfactorio, al menos normal y conforme al eterno orden de las cosas, desde que por la fuerza de un decreto bautizado "ley", entre un poco en los usos. Por eso la guerra, costumbre desde la noche de los tiempos, es la institución humana más sagrada, la más inviolable. (Y además, por una sabia Providencia, sobreabundantemente santificada por los textos considerados "sagrados"[1176].) "Mutante" o no "mutante", espiritual ◊o profano, es parecido: cuando no es el asentimiento más o menos convencido, más o menos comprometido, es el asentimiento resignado. Una vez puesto el uniforme, bien fino el que aún diga la diferencia...

N 524

Dejando aparte los libros de guerra, que tienen su clientela asegurada, es increíble lo discretos que somos, en el bello mundo del pensamiento, del espíritu, de la religión, del arte y todo eso, sobre ese (ejem, ejem) pequeño borrón periódico en la vida de los pueblos y las gentes (un poco como con lo que pasa en la cama con los esposos o los amantes...). Como si en una casa en que el hombre y la mujer se acaban de zurrar a botellazos, se hablase de las sublimidades del alma, de concordia y de virtud, con la boca como un culo de pollo y haciendo como que no se ven los vendajes ni los ojos amoratados. Púdico silencio sobre esas contingencias, o a veces, en medio de una frase, un eufemismo lacónico: "caído en el campo del honor" (vaya honor...) o "muerto por Francia" (vaya Francia...). Escritos muy espirituales o muy sabios da igual, incluyendo a mis mutantes[1177]. Sólo está Solvic, a quien ni se le ocurriría escribir algo para instruir a los demás. Si escribió algo, fue con su sangre. Y ante esa sangre y ante *ese* coraje, la tonta elocuencia de los poetas del rebaño está muda...

Éste sería el momento de hacer una pequeña revista de mis mutantes (nobleza obliga...), referente a la famosa moral militar. Empecemos por los que se consideran "espirituales", para ver con detalle a qué les lleva dicha espiritualidad. Veo diez:

N 525

◊Whitman, Râmakrishna, Bucke, Carpenter, Steiner, Gandhi, Teilhard, Guruji, Krishnamurti, Légaut.

[1176]También hay textos sagrados (es verdad que mucho más raros), en que la cuestión es *no* matar – parece que se predican incluso en la escuela dominical. Por supuesto que son pura filfa cuando desde arriba (donde deben de estar bien informados) se nos dice que es el momento de matar, y además que cuantos más matemos de los de enfrente más seremos valorados.

[1177]Como veremos más abajo, decididamente hay poner aparte a Guruji (al menos el de después de Hiroshima), y quizás también a Carpenter. Es interesante constatar que, desde hace menos de un siglo, hay miles de libros, sobre todo en la estela de los trabajos de Freud, que sacan a la luz los efectos de la represión sexual y que de una forma u otra se esfuerzan en *descondicionar* al lector, de ayudarle a encontrar una relación armoniosa con su cuerpo y con el impulso; en cambio no conozco un solo libro que se consagre a estudiar el condicionamiento patriótico-militar y sus efectos, y que se esfuerce en ayudar al lector a superarlo, es decir: que le anime a practicar la desobediencia civil frente a la autoridad militar. Tal libro, es cierto, las tendría todas para atraer los rayos de la ley, bajo el cargo: "incitación a la desobediencia de los militares". (Una ley penal que no bromea...) No hablo aquí de diversos panfletos de pequeña tirada que circulan bajo cuerda, editados por su cuenta por asociaciones de objetores de conciencia (a menudo valientes y bien documentados) o pacifistas (a menudo bien vagos, sosos y cursis).

Por lo que he podido ver hasta ahora, Râmakrishna, Bucke, Steiner, Teilhard, Krishnamurti, Légaut[1178] no dicen ni palabra en sus obras, del pequeño borrón. Hay que pensar que les molesta, o que no es tan borroso como para que piensen en recargar su prosa.

Gandhi en cambio mete un buen gol, de casuística retorcida y débil, para justificar lo injustificable a golpes de sutilezas vanas, de grandes principios, de bellas poses y de frases vacías[1179]. Hay ahí una verdadera traición al Espíritu (que se me perdone si la expresión parece pomposa), como un hundimiento espiritual, un insidioso *principio de gangrena*, en un ser de gran talla y que en otros aspectos fue fundamentalmente recto y probo. Creo que esa infidelidad mayor a sí mismo y a su misión ha neutralizado en gran parte, ha desactivado el fermento espiritual que fue su mensaje, que desde hace mucho se ha diluido en los conformismos de costumbre (siguiendo el ejemplo que él mismo dio...)

Frente a esa indiferencia o al asentimiento tácito o expreso de unos, y de esa traición renovada sin cesar de otros, las figuras de Whitman, de Carpenter y de Guruji vienen, afortunadamente, a poner algunos puntos de luz en un cuadro bien sombrío. Después de la experiencia
N 526 iluminativa de Whitman que ◊inspiró la primera redacción de sus "Hojas de Hierba", los acentos algo marciales de ese periodista de todo pelaje parecen haber desaparecido. En todo caso, la numerosas páginas que consagra a sus "experiencias de guerra" (sobre todo en hospitales militares improvisados de Washington), durante la Guerra de Secesión, no son de las que hacen vibrar las fibras guerreras, ¡bien al contrario! Sin embargo había creído en ella, en esa guerra por lo que le había parecido una noble causa: la liberación de los negros. Y por una extraña paradoja, si se deja aparte su experiencia mística de unos diez años antes, la "participación" (si puede decirse) en esa guerra fratricida es en la vida del poeta la experiencia que más profundamente le marcó, la que suscitó en él el trabajo de maduración más doloroso, el más largo, y el más intenso.

Carpenter, quizás en la estela de Whitman pero, como debe ser, destinado a ir más lejos que él, llegará hasta romper lanzas por la causa de la objeción de conciencia. Mientras que Gandhi, un extranjero en África del Sur, se pone servilmente al servicio de los amos británicos durante la guerra de los Boers, Carpenter (un ciudadano británico) resueltamente toma partido contra la guerra conducida por su propio país. Quince años más tarde, y ya en el atardecer de su vida (tiene entonces 70 años), la locura guerrera de los años 1914-18, en la que el futuro Mahatma Gandhi se apresuró de nuevo a ponerse al servicio de los amos ingleses de la India, desencadena en él una ola de tristeza infinita...

Pero es el caso de Guruji el que me parece más asombroso, y también (dejando aparte el de Solvic) el más prometedor. Hasta el final de la última guerra, lo hemos visto, Guruji es, vis a vis de la autoridad y de la guerra en general, de un conformismo total. Entre 1938 y 1945, en la guerra sino-japonesa y en la estela del avance de las tropas japonesas en Asia, Guruji incluso hace gala de un oportunismo misionero frisando la inconsciencia, y que no cede en nada

[1178] Recuérdese que Steiner y Teilhard, cada uno de su lado del Rin ("el bueno", hay que decirlo) tomaron parte sin reservas en la guerra del 14-18, y Légaut en la de 39-45. Por lo que sé, ninguno de esos tres hombres aprendió la lección de la guerra, y posteriormente no superó los reflejos marciales bien asentados que le inculcaron en su juventud. En cambio, me han dicho que en una entrevista televisada, cuando le apretó el entrevistador, y sin escabullirse, Krishnamurti habría dicho, como algo evidente, que el hombre "serio" espiritualmente tenía, en caso de guerra, que asumir el deber de desobediencia, e incluso dejarse fusilar. El amigo que me lo contó estaba asombrado – decir algo como eso, como la cosa más natural del mundo, ¡y decirlo en una televisión pública! Pero la palabra, sobre todo en una TV, se la lleva el viento. Lamento que Krishnamurti (que ha escrito docenas de libros en que se repite sin cesar), no haya juzgado útil poner negro sobre blanco al menos en uno de sus libros algo tan elemental y tan importante; e incluso, de repetirlo una y otra vez, en vez de otras cosas infinitamente menos importantes...

En cuanto a Râmakrishna y Bucke, por lo que sé de ellos no veo que se dejen llevar a descarrilamientos patrióticos. Si, en lo que he leído de ellos, no se pronuncian sobre este tema, quizás sea simplemente porque en el contexto en que estaban situados, la cuestión les era lejana y no se planteaba, en lo que se esforzaban en comunicar.

[1179] Véase al respecto la larga nota "El Mahatma de uniforme – u homenaje al no-soldado desconocido" (n^o 67), así como las dos (o tres) notas que la siguen.

N 527 al de Gandhi[1180]. Pero después de la bomba de Hiroshima el 6 de agosto de 1945 (el día ◊de su sesenta cumpleaños), fue un cambio de actitud dramático, repentino y total[1181]. De la noche a la mañana (tal fue al menos mi impresión al leer su propio testimonio), se compromete en una lucha incondicional por la paz, contra los aparatos militares y contra toda forma de violencia guerrera. El mensaje de la paz, y esa lucha que le es inseparable y que es su nervio, están desde entonces en el centro de su misión, de forma todavía más esencial (al menos a mis ojos) que su actividad misionera. Desde entonces ésta se presenta como un *medio* para propagar la paz, más que como un fin en sí misma ([120]).

Ese mismo año, a penas unos meses antes, la salva del pelotón de ejecución puso fin a la joven vida de Solvic, y selló para siempre su misión. Es prácticamente seguro que Guruji nunca oyó pronunciar su nombre. Sin embargo, todo ocurre como si la misión realizada por Solvic, en la perfección última de su fidelidad y su muerte, hubiera *pasado* de sus jóvenes manos patosas e inexpertas a las fuertes manos de Guruji. Durante los cuarenta años de vida que le quedaban, hasta su muerte el 8 de enero de 1988 (en su centésimo año), Guruji portará con una fidelidad sin fisuras esa nueva y más grande misión que le había tocado. Como si ese conocimiento mudo, ese conocimiento desnudo de Solvic, tanto tiempo ausente en el intrépido Nichidatsu Guruji (que esperaba diseminar el mensaje del Buda a punta de bayoneta japonesa...) – como si ese conocimiento infinitamente valioso hubiera pasado, de alguna manera misteriosa, del pequeño chaval de aspecto despreciable y dudoso pasado, fusilado con las luces del alba por "deserción frente al enemigo", al impávido Bodhisattva[1182] sin miedo y sin temor, poderoso hombre de acción y viejo luchador solitario, templado y purificado por una larga vida de fe, de ascésis y de oración.

N 528 ◊(120) Misión de paz y trabajo misionero – o lo esencial y lo accesorio.

(4 de febrero)[1183] El "medio" en cuestión (el trabajo misionero para propagar el "mensaje de paz") a menudo me pareció cuestionable, al menos en los discípulos de Guruji. Más de una vez, vi que la preocupación por propagar su fe religiosa, y más aún, la de ampliar la audiencia y la influencia del grupo al que se identificaban en cuerpo y alma, motivaba comportamientos que no propagaban el espíritu de paz, bien al contrario. Es el fenómeno tan común de la degradación de las "grandes causas", y de los movimientos y los grupos que las defienden, por los sempiternos mecanismos de vanidad y autoengrandecimiento de los que creen servir a la causa, incluyendo los que se dedican a ella en cuerpo y alma.

[1180]Véase al respecto la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71). Señalo que en ningún momento Guruji se preocupó de cocinar tortuosas "justificaciones" morales para su oportunismo, como hizo Gandhi. Para Guruji, el camino que seguía, en la total convicción de su justicia, era su propia justificación. Incluso al dejar una vía para seguir otra, la idea de que la primera podía no ser justa, ni de que hubiera cambiado de vía, se le podía venir. Quizás porque para él, él es *uno* con su vía, y que su fe total en él mismo (o una *cierta* fe el él mismo) le impide poner en cuestión que esa fuera su vía, igual que ponerse en cuestión a sí mismo. Es ahí donde creo ver su principal limitación.

No me parece nada absurdo suponer que ese "oportunismo" militar-misionero bastante alucinante de Guruji, durante la guerra de Manchuria y en los primeros años de la guerra del 39-45, bien podría haber sido suscitado o al menos animado por el ejemplo de la actitud similar de Gandhi. Aunque leía poco y sólo en japonés, Guruji pudo haber oído hablar. Recuérdese que Guruji tenía por Gandhi una veneración comparable a la que tenía por San Nichiren, del que era el discípulo y el continuador directo. Gandhi era para él *el* gran santo de los tiempos modernos, y todos sus actos, igual que los de Nichiren, sólo podían ser ejemplares, santificados por el que actuaba. No es de otro modo como le veían los discípulos de Guruji a él mismo, y (como acabo de recordar) es un poco (mucho) como se terminó por verse a sí mismo. Con mucha más razón un hombre aureolado de un incomparable prestigio espiritual como Gandhi. (Ante tal resplandor, la razón se calla...)

[1181]Sin que Guruji se diera cuenta de que cambiaba de actitud y de opciones ¡de manera, a fe mía, draconiana! Véase al respecto los comentarios en el primer párrafo de la anterior nota a pie de página.

[1182]N. del T.: Bodhisattva es un término propio del budismo que alude a alguien embarcado en el camino del Buda de manera significativa.

[1183]Véase el reenvío a la presente nota un poco más arriba, hacia el final de la nota anterior "Asignación de una misión – o el "espiritual" frente a las banderas..."

Si bien en Guruji no he percibo ansia de autoengrandecimiento[1184], en cambio he tenido ocasión de notar[1185] una tendencia a la intolerancia religiosa, menos invasiva no obstante y menos absoluta que en su maestro y modelo Nichiren (que no les va a la zaga, en esto no más que en la fe y el indomable coraje, a los primeros apóstoles del cristianismo). Igual que para un Rudolf Steiner, un Teilhard de Chardin o un Légaut se da por hecho que la religión cristiana es la religión última y final, llamada a extenderse sobre todo el planeta suplantando a las otras religiones (supuestamente menos universales y menos perfectas), para un Guruji el "verdadero"
N 529 budismo enseñado ◊por Nichiren, y que culmina en la plegaria "Na mu myo ho ren ge kyo" que es su quintaesencia, ha de suplantar (por su sola fuerza espiritual, se sobrentiende...) cualquier otra forma de religión. Más aún, para él "la paz", y la oración por excelencia que se supone que la encarna, son indistinguibles – su fe religiosa rechaza distinguirlas. Así, no creo que en su espíritu distinga (como yo he hecho) entre su obra misionera y su misión de paz, que diga que una es un "medio" para la otra. Durante su vida cerró los ojos a la evidencia de que, igual que cualquier otra plegaria o canto, la Oración de las oraciones, don supremo del Buda al Mundo como perfecta encarnación de la paz, podía sin embargo propagar tanto la guerra como la paz, según las disposiciones interiores del que la hiciera suya.

Antes de Hiroshima, de los dos aspectos de la misión de Guruji, sólo la obra misionera es claramente visible y expresa. A mis ojos, ese aspecto de su misión es enteramente secundario. Para los destinos espirituales de la humanidad (o sólo de un pueblo, cual el pueblo japonés o el pueblo indio), el reparto geográfico de las diferentes religiones y de las corrientes religiosas (incluyendo la muy personal que Guruji incardinaba en los nombres de Nichiren y del Buda), me parece más o menos indiferente. La mayoría de las religiones profesan ser "religiones de paz", pero no hay ni una que sea fiel a esa misión. Y hasta 1945, la corriente religiosa encarnada en la persona del mismo Guruji no era una excepción. Entonces Guruji no dudaba en apelar (por otra parte en vano) a los buenos oficios de los jefes del ejército japonés para implantar manu militari la forma de religión que estimaba la mejor para todos los hombres. Incluso suponiendo que la fortuna de las armas japonesas fuera propicia y que los jefes militares le hubieran escuchado, y que Guruji hubiera logrado propagar la "Oración perfecta" a través del continente asiático e incluso a través del mundo entero, en la estela de los tanques y los raids aéreos, los destinos espirituales de la humanidad no habrían avanzado ni el grosor de un cabello – ¡bien al contrario!

Para mí, la verdadera misión de Nichidatsu Fujii Guruji nace el 6 de agosto, con la bomba de Hiroshima, lanzada el día de su sesenta cumpleaños. Los primeros sesenta años de su vida me parecen como una *preparación* para la misión que le esperaba, para el día que supiera escuchar su voz – una *misión de paz*. Si tuvo audiencia ante hombres y mujeres de todas las confesiones y todas las naciones, no fue a causa de sus esfuerzos misioneros por sí mismos, que les concernían
N 530 ◊en nada (al menos no directamente), sino porque su excepcional personalidad y, más aún, su persona en el plano humano, encarnaban desde entonces, con una fuerza rara vez alcanzada por otros hombres, esa misión de paz a la que servía. Seguramente la habría servido aún mejor si hubiese sabido (o querido) marcar la diferencia entre lo *esencial* y lo accesorio, entre la misión de paz y el trabajo misionero. A falta de hacer la distinción, muchas veces lo accesorio ha

[1184] Eso no significa que Guruji esté totalmente exento de todo movimiento vanidoso. (Sólo he conocido uno de tales hombres en mi vida, y eso ha sido una gran suerte en mi vida...) Ni que nunca cerrara los ojos ante las realidades que pudieran poner en cuestión ciertos aspectos de su persona, de su misión, y de su relación con los demás. De hecho, como en la casi totalidad de los hombres, en Guruji no he encontrado traza de una actitud de conocimiento de sí. Pero yo no pondría en pie de igualdad el "ansia de autoengrandecimiento" y el rechazo a ponerse en cuestión, es decir la ausencia de una actitud de conocimiento de sí. Ciertamente hay relaciones estrechas y delicadas entre ambos, pero no hay que meterlos en el mismo saco. La tendencia al autoengrandecimiento es la compensación a un secreto desprecio de sí. Ese mecanismo está desactivado en el ser que tiene una percepción clara de su propia grandeza. Y creo que sólo tal percepción (aunque sea inconsciente) es la hace posible la verdadera humildad.

[1185] Véase una nota al pie de la página N 232, en la nota "El santo y sus flaquezas – o la paradoja del mutante" (n^o 71).

oscurecido lo esencial. Ésta me ha parecido que es la principal limitación del "ministerio" de Guruji, en lo que fue su misión vis a vis del Mundo[1186].

Pero las limitaciones de un hombre no son obstáculo para su grandeza. El rechazo sumario o la piadosa ficción nos la oscurecen, sin que por eso deje de existir. Enfrentado a los signos (a veces desconcertantes) de las limitaciones de un hombre, uno desprecia o se indigna y rechaza al hombre, y tal otro no ve nada, pues a él tampoco le importa el hombre; necesita un ídolo que adorar. Uno y otro dejan de lado lo esencial, con igual ignorancia. Al delimitar con extremo cuidado y con respeto los límites de un hombre, con ese trabajo amoroso la verdadera grandeza surge poco a poco de las brumas y aparece.

(121) Los mutantes (7): Freud en el torbellino – o el coraje de la lucidez

(5 de febrero)[1187] En la penúltima nota desarrollé rápidamente, con el ejemplo de los diez "espirituales" entre mis "mutantes", el tema tan poco alentador del "espiritual ante las banderas". De los diez, sólo encontré tres que fueran sensibles, en diversos grados y con reacciones bien diferentes, a la desgracia y la amenaza del "chancro militar" que corroe pueblos y naciones. Son Whitman, Carpenter, Guruji. (Guruji después de la edad de sesenta años – en tales enfermedades, nunca es demasiado tarde para curarse...)

N 531 ◊Ni por un momento me hago ilusiones de que mi "muestreo" sea representativo. Incluso entre los hombres cuya vida tiene una auténtica dimensión religiosa, que supera la beatería de costumbre, no debe de haber uno sobre cien ni quizás sobre mil, no más hoy que en ningún otro momento a lo largo de los siglos y los milenios, al que esa apertura a lo divino le vuelva sensible a la monstruosidad de la guerra. Hasta el punto de que uno se pregunta para qué sirve esa religiosidad que hace tan buenas migas con tal ceguera espiritual, con un conformismo tan lúgubre, y cuál es pues su papel en el devenir humano, tanto individual como colectivo[1188].

Y que los hombres de religión o de Iglesia no se asombren de que hayan perdido, que la religión y las Iglesias que representan hayan perdido credibilidad y audiencia. La traición secular de las religiones, la traición reiterada sin cesar de siglo en siglo y de milenio en milenio, es la que las ha descalificado para enseñar y para guiar. Pero de todas las innumerables iniquidades que las Iglesias unánimemente han sancionado, no hay ninguna que en inmundicia alcance a la institución de la guerra, hoy más cebada y más voraz que nunca. Y hoy la medida está colmada y rebosa el karma acumulado por la iniquidad y la ceguera de generaciones. Si Dios Se limitase a dejar actuar la justicia cósmica del karma, la de las solas causas y efectos, no habría ni *uno* de nosotros que, antes de que este siglo sangriento y cobarde haya tocado a su fin, no pereciera a sangre y fuego en la hoguera ardiente, y bien pocos que no siguieran errando de eternidad en eternidad en busca de una imposible liberación.

Me falta pasar revista rápidamente a las actitudes, frente a la locura militar, de los otros ocho mutantes que faltan. Son

Hahnemann, Darwin, Riemann, Kropotkine, Freud, Neill, Félix, Solvic.

N 532 Los cinco primeros pueden considerarse sabios[1189], mientras que Neill ◊y Félix (Carrasquer) son educadores, y Solvic, decididamente siempre igual de inclasificable. Inútil volver otra

[1186]Es la que se podría llamar "limitación exterior" de Guruji, la que aparece en su misión "hacia el exterior". Me parece que esa limitación es la señal exterior de una "limitación interior", que rozo de pasada en la penúltima nota a pie de página, y ya fue tratada en una nota al pie de la página N 526 en la nota anterior (primer párrafo de la nota a pie de página), e igualmente largo y tendido en la citada nota "El Santo y sus debilidades" (n^o 71).

[1187]Continuación de la penúltima nota, "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas".

[1188]Esta cuestión ya ha aflorado más de una vez en las páginas de la Llave de los Sueños. Véase especialmente la nota "Los clichés del espiritual (1): ¡alto! al error y la ignorancia" (n^o 51), y unas notas al pie de la página N 151 y la página N 153.

[1189]Se sobrentiende que aquí tomo "sabio" en un sentido que implica un giro espiritual, un enfoque del pensamiento, la dirección de una curiosidad, más que características profesionales o sociológicas. Entre los diez "espirituales" citados en la penúltima nota, Bucke, Steiner, Teilhard igualmente pueden ser considerados "sabios", y Teilhard incluso en el sentido más estricto del término. En cuanto a Bucke, Steiner, Hahnemann, Kropotkine,

vez sobre él[1190]. Desde mi punto de vista aquí, él es el punto último en el lejano horizonte del devenir humano...

Ya he hablado en su lugar del "abrumado hastío" de Hahnemann, que durante una buena parte de su larga vida tuvo la desgracia de verse enredado (como si fuera adrede), y además con su numerosa familia, en los "teatros" de operaciones de toda clase de guerras. Sin ser él mismo alistado en ningún ejército, a título de médico más o menos benévolo tuvo que cuidar los heridos y moribundos un poco de todos los campos. Vio lo suficiente, decididamente, para aclararse sobre la locura guerrera, y para no arriesgarse a caer en ella jamás.

Por el contrario, ignoro todo sobre las actitudes de Darwin y de Riemann, y me reduzco a presunciones sobre la materia. Me parece que Darwin fue un producto perfecto de su medio y de su tiempo, y (diferente en esto de mis otros mutantes[1191]) y que tuvo parte en las actitudes e ideas que eran comúnmente recibidas. Sus sentimientos cívicos parecen haber sido, sin más (ni menos), que los de un leal súbdito de su majestad la reina Victoria. Estaba convencido de la superioridad total de las razas blancas sobre todas las demás, y entre ellas de la preeminencia del pueblo de la citada Majestad. Pero más que hacer la demostración a punta de espada de sus valientes soldados, su temperamento particular le llevaba hacia las vastas avenidas de la ciencia de su tiempo, donde ciertamente no faltaba qué hacer. Gracias a esas circunstancias hemos tenido, en vez de un apuesto general más, un gran sabio.

En cuanto a Riemann, su espíritu meditativo y benevolente y su excepcional madurez espiritual debieron preservarle, estoy convencido, de los fervores patrióticos. Pero su temperamento modesto no debía llevarle a ◊expresar públicamente sus sentimientos sobre tal tema. Seguramente no tenía madera de luchador ni de "contestario".

N 533

En cambio, tanto Kropotkine como Félix, y más que ningún otro entre mis mutantes (a parte quizás de Hahnemann), han sido grandes luchadores. Uno y otro pusieron su considerable energía al servicio de los ideales anarquistas. Creían en la virtud liberadora de la revolución armada del pueblo contra sus opresores, también pues en la necesidad y en el carácter benéfico de lo que pudiera llamarse una "guerra de clases", la cual, creían ellos, cuando hubiera abarcado la tierra entera, crearía una sociedad de fraternal ayuda mutua entre iguales, y por eso mismo pondría fin de una buena vez a toda guerra. Esa guerra, *su* guerra, sería pues "la última". Ésa es una cantinela bien conocida, ¡ay! ya desde la primera Guerra Mundial que, también ella, ¡se suponía que era la última guerra! Además me ha parecido notar que Félix, aleccionado por los precedentes de la historia y sobre todo por las sangrientas lecciones de la guerra civil española, se ha decantado un poco más y ya no cree tanto en las virtudes liberadoras de la "guerra revolucionaria". Si es que una guerra transforma a los hombres, pudo darse cuenta que rara vez es en su provecho...

En todo caso, ni Kropotkine ni Félix (hay que decirlo) se dejaron engañar por los clichés patrióticos, ni por las guerras de hegemonía entre las naciones. Nunca noté en Félix traza alguna de complacencia vis a vis de su propio pueblo, en el que estaba tan arraigado como cualquiera, ni de reserva alguna (incluso inconsciente) vis a vis de ningún otro pueblo, nacionalidad o raza. Me gustaría decir otro tanto de Kropotkine, pero (como ya señalé en su lugar[1192]) aquí hay un

---

conviene tomar el término "sabio" en el sentido más amplio que acabo de evocar.

[1190] Se ha hablado abundantemente sobre él en las tres notas consecutivas "Solvic (1)(2)(3)" (n^{o}s 115-117), así como al final de la nota "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas" (de la que la presente nota es continuación). Tampoco volveré sobre el caso de Neill, que se trató de forma detallada en la nota "Neill y el bombardero – o la felicidad-a-gogó y la *otra* dimensión" (n^o 94). Visiblemente Neill tenía una aversión visceral contra el espíritu militar y contra la monstruosidad de la guerra, pero no muestra ninguna veleidad militante antimilitar. Sobre todo, se prohíbe cuidadosamente (igual que al personal de Summerhill) influenciar a los alumnos de Summerhill sobre este tema crucial. Quizás sea más una elección táctica que un principio educativo bien sopesado...

[1191] ¡Uno pude preguntarse con razón qué hace Darwin entre mis mutantes! Me explicaré al respecto en una nota posterior (n^o), dedicada justamente a esta cuestión.

[1192] Véase, en la nota (n^o 88) consagrada a Kropotkine y Neill, una nota al pie de la página N 313.

fallo, ¡ay! en la personalidad tan atrayente de ese hombre generoso y benevolente. Parece ser que durante toda su vida guardó de sus años jóvenes, cual barreduras anodinas olvidadas bajo un mueble de hermosa prestancia, sentimientos antialemanes. Se les ve aflorar de pasada aquí y allá, muy discretamente hay que decirlo. Y sin duda yo los habría olvidado si no fuera porque en el atardecer de su vida (tenía 72 años en 1914), cae en la locura guerrera general, y da su aprobación a una guerra que (según él) era la lucha final de la "civilización" contra la "barbarie" (germánica). Barbarie germánica que, tres cuartos de siglo después y tras otra guerra mundial
N 534 aún más jugosa que la primera, se porta ◊hoy tan bien como siempre, en la cacofonía a diestro y siniestro de la barbarie general.

Freud en fin, con un espíritu más penetrante y más autónomo que el de Kropotkine, y que, aunque sólo fuera por sus orígenes judíos y su mirada especialmente penetrante, siempre se sintió un marginal en la sociedad austro-húngara, no estuvo más inclinado que Kropotkine al conformismo patriótico y guerrero. Eso no impide que el viento de locura de 1914 le hiciera vacilar también un instante, despertando en él, durante algunas horas o algunos días, el buen ciudadano (y "bárbaro") austriaco. En una carta fechada el 26 de julio de 1914 (dos días antes de la declaración de guerra, que todos sentían inminente), escribe como en un momento de acaloramiento, pero sin apartarse de su estilo siempre tan comedido, siempre tan carente de todo énfasis:

> "Pero quizás por primera vez desde hace 30 años me siento austriaco, y voy a reintentarlo con esta nación, que hasta ahora me había parecido tan poco prometedora. La moral es excelente por doquier."[1193]

En este contexto dicha "moral" no puede significar más que moral patriótica, mientras el país entero se precipitaba ya como un sólo hombre y con la cabeza gacha en la exultante aventura de una guerra. Tenía que soplar fuerte, para que un hombre del temple de Freud se dejara llevar, ¡aunque sólo fuera un momento! Pero tres días más tarde, al día siguiente de la declaración de guerra a Serbia (todavía no era más que el comienzo de la espléndida reacción en cadena...), en una carta al mismo destinatario, el tono cambia. Creo que en los días siguientes recuperó el espíritu. Desde entonces y hasta el fin de la gran carnicería que sigue su curso inexorable, dirige una mirada profundamente entristecida y sin complacencias sobre esa locura destructiva. Menos de seis meses después de haber escrito esas líneas aparece un editorial de Freud en la revista psicoanalítica "Imago" (número del 4 de enero de 1915). Tengo ante los ojos
N 535 una reproducción de la portada, con el título del ◊editorial "Actualidades sobre la Guerra y sobre la Muerte"[1194]. Se nota esa tristeza despojada, sobrellevada con el sobrio coraje de un hombre enfrentado a una realidad profundamente desconcertante y que, despreciando los confortables clichés, busca dolorosamente comprender, extraer de los hechos en bruto una enseñanza, un conocimiento destinado a él, por duros y amargos que sean.

Leo, en esta valiosa página:

> "... Nos parece que hasta ahora ningún suceso ha destruido tanto del patrimonio común de la humanidad, ha enturbiado tanto la inteligencia de los más preclaros, ha rebajado tan radicalmente lo que es elevado..."

[1193] Carta a Karl Abraham, citada (así como la del 29.7.1914) en la notable biografía ilustrada de Freud, "Sigmund Freud, Sein Leben in Bildern un Texten" citada en otro lugar (editada por Ernst y Lucie Freud e Ilse Grubrich-Simitis, Suhrkamp Verlag). Véase loc. cit. página 209, donde también se encuentra la reproducción fotográfica de la portada del número de Imago del 4.1.1915, del que trataremos. Soy yo el que traduce los dos pasajes citados, aquí y más abajo. A falta de algo mejor y visto el contexto, he traducido por "moral" el término alemán "Stimmung" (que significa: disposición de humor, estado del alma).

[1194] El título alemán es de una fuerza lapidaria que no he logrado recoger en mi traducción aproximada: "Zeitgemässes über Krieg und Tod". El título de la primera parte de esa reflexión es "La decepción de la guerra" (sobrentendiendo pues que había levantado expectativas). La segunda parte trata "del cambio de la actitud via a vis de la muerte, al que (como toda guerra) nos obliga".

Era un tiempo en que no se encontraba *una* voz entre un millón que hablara así. ¡Tal voz es bendita! Esas palabras fueron escritas muchos años antes de que yo naciera. Y sin embargo, al leerlas hoy cuando me acerco a mis sesenta años, una emoción me embarga, una alegría, como si las escuchase decir con esa profundidad de voz que da la tristeza plenamente asumida, y se dirigieran a mí, y conmigo a todos los que, como él mismo, son extranjeros entre las masas apáticas o en delirio. No, tal voz no se ha levantado en vano – aunque sea en el desierto, ¡aunque todos la hayan olvidado desde hace mucho tiempo! Forma parte de las fuerzas vivas que no pasan, de las que obran en la eternidad. Y una sola voz fiel y *verdadera* compensa y redime, por vías invisibles y secretas, la mediocre locura y la pusilanimidad de innumerables millones.

(122) Fantasmagorías de un visionario – o clarividencia y espiritualidad

(6 y 7 de febrero)[1195] Después de escribir estas líneas, esa impresión de que falta por "clasificar" la obra de Rudolf Steiner se ha confirmado y se ha precisado considerablemente, al tener
N 536 conocimiento en estos últimos días de una ◊segunda biografía de Rudolf Steiner, escrita con inteligencia y brío por el autor inglés Colin Wilson, con el título "Rudolf Steiner – the Man and his Vision" (The Aquarian Press, 1985)[1196]. Al contrario que Hemleben, Wilson no es un antropósofo, y en el primer capítulo del libro describe las dificultades y perplejidades que tuvo que afrontar para conseguir situar a Steiner. Igual que yo, le rozó la idea de si Steiner no era un cuentista, incluso un impostor, y también él terminó por rendirse a la evidencia de que la respuesta era "no".

Su libro comienza con: "De todos los grandes pensadores del siglo XX, Rudolf Steiner es tal vez el más difícil de comprender". La dificultad se presenta ante todo en la tarea de distinguir entre lo que, en Steiner, es verdadera visión, y lo que es fantasmagoría ocultista (que él, por supuesto, cree a pies juntillas). Cuando repite hasta la saciedad que su enseñanza procede con el mismo rigor que la de los sabios avezados en las ciencias exactas, claramente se jacta – para mí es evidente la falta de rigor en todo lo que he leído de él. En tales cosas, no puede haber rigor que no esté arraigado en un camino de conocimiento propio sin complacencias, y Steiner estaba tan alejado como el primer gurú que llegue.

En el capítulo 6 de su libro, "El Ocultista y Gurú", Wilson pone en evidencia algunos ejemplos de fantasmagorías evidentes. La más fenomenal se refiere a unas visiones, en el más puro estilo hocus-pocus steineriano, sobre el atractivo tema donde los haya del rey Arturo y los famosos caballeros de la tabla redonda, su misión mística contra las fuerzas demoníacas etc. etc. Según Steiner, allí donde la historia, ay, es incapaz de levantar los velos del pasado, el ojo espiritual del vidente nos libra los secretos insondables etc. etc. Eso era en 1924, un año antes de su muerte. Desde entonces la investigación histórica ha progresado, y sabemos no pocas cosas sobre ese famoso rey Arturo. La maravillosa historia de Steiner (que de todas formas me hubiera llenado de una sana desconfianza) se cae como un castillo de naipes. Wilson hace notar que el gran pensador y vidente sueco Swedenborg (1688–1772) hizo jugadas semejantes: junto a asombrosas predicciones e intuiciones, da en uno de sus libros una descripción detallada de los habitantes de los diferentes planetas que, a la luz de nuestros conocimientos actuales, no se mantiene de pie.

Toda la cosmogonía steineriana, su cristología, su visión de una historia espiritual de la humanidad que estaría encarnada por una especie de orden oculta de "grandes Iniciados", en fin

[1195] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", página N 488.

[1196] He leído una traducción al alemán del libro, en la Wilhelm Heyne Verlag (1987). A ratos ese libero me ha parecido algo superficial. Su mayor interés es haber sido escrito por un hombre con sentido común y espíritu crítico, incluso frente al héroe de su libro. Se ha molestado en revisar una documentación muy abundante, y ha tenido el acierto de incluir en su libro la clase de "pequeños detalles" que todo el mundo desdeña u olvida, y que a menudo lo son todo para entender a un personaje.

N 537 su historia oculta de las diversas reencarnaciones de los ◊grandes hombres de la historia[1197] – todo eso me parece agua del mismo molino: producto de una imaginación fecunda y vagabunda, al servicio de ideas filosóficas bien asentadas (no menos condicionadas ni menos sujetas a error que las de cualquiera), y sobre todo, al servicio de cierta imagen de sí mismo – toda bajo el exultante pabellón (tanto para él mismo como para sus adeptos) de "gran vidente", y con la seguridad tácita que da el hecho de que todas esas deslumbrantes "revelaciones" parece que siempre escaparán a toda posible verificación.

¿Mistificación? Sí, lo creo, pero añadiendo: mistificación de la que él ha sido la primera y principal víctima. No pongo en duda ni sus dones de vidente, suficientemente atestiguados por otra parte, ni su prodigiosa creatividad que incluso sus fabulaciones atestiguan (entre otras obras menos contestables), ni su benevolencia hacia los demás como norma general, lo que se llaman las "buenas intenciones". Pero ninguna de esas buenas cosas ni todas ellas reunidas, son una garantía contra las trampas de la vanidad y la complacencia en uno mismo. Esas trampas, Steiner nunca las vió, ni siquiera presintió (creo) que esa clase cosas existía y actuaba en silencio, no sólo en la vida de la gente humilde, sino en la de *todos* – incluyendo la del mayor de los videntes, del mayor de los Instructores .. incluyendo la suya. Y que el único que no cae en esas trampas, o al menos no permanece enviscado en ellas toda su vida creyendo cernerse, es el que (pequeño o grande, poco importa) las *ve*, y el que no les quita ojo.

El don de videncia, tanto o más que cualquier otro don, es una espada de doble filo. Es una llave que nos da acceso a verdaderos mundos fabulosos, pero con la que también podemos encerrarnos en una nueva prisión, o en los decorados abracadabrantes de un teatro místico-ocultista de nuestra invención. Dios da los dones sin comentarios, y nos deja hacer con ellos lo
N 538 que queramos, ◊para lo mejor y también para lo peor, sin más comentarios. O si los hace, es en voz tan baja que rara vez son escuchados. Cuanto mayor es el don, mayor es la responsabilidad que implica, y mayor es también la trampa y el riesgo de que el yo caiga en ella, bajo la mirada somnolienta del espíritu que consiente. Pues *ningún* don, y el de videncia no más que cualquier otro, incluye el de hacer buen uso de él. Dicho de otro modo, ningún don incluye el "don" de probidad espiritual, de rigor, de verdadera humildad (que también es una sana circunspección respecto de sí mismo). El don es como una posesión muy segura que nuestro padre nos hubiera legado sin condiciones. Pero la probidad y la circunspección, las únicas que hacen del don una bendición, son de otro orden. Son el *don* que nos hacemos a nosotros mismos, que somos libres de hacer o no, como queramos. Incluso tan libres que nuestro padre no nos dice nada al respecto, para no forzarnos por poco que sea. No nos llena de consejos: ¡desconfía de éste, no sigas el ejemplo de esos! Sin embargo, sabe mejor que nadie que no hay un "buen ejemplo" a nuestro alrededor entre mil malos, y que el mundo entero se coaligará con fuerzas taimadas y eficaces que hay en nosotros para hacernos dilapidar la herencia. ¡A nosotros nos toca hacer el aprendizaje! Y si al final de un largo camino no hemos aprendido nada, que así sea – recomenzaremos. Ese padre, que tanto respeta nuestra libertad, es muy paciente. Nos deja todo el tiempo para aprender al paso que hayamos elegido. Tiene todo el tiempo, un tiempo ilimitado. Y la herencia que nos destina es infinita.

El "don de videncia", si se le puede considerar una facultad de *visión*, no es sin embargo

[1197] Esto recuerda cierto "suspense" muy apreciado en los círculos teósofos acerca de Annie Besant y Leadbeater, con las rocambolescas historias interminables hilvanadas por Leadbeater, en que desarrollaba en una decena de sucesivas encarnaciones las vidas de Alcyone (un pseudónimo de Krishnamurti, destinado al papel de Mesías), y de las figuras más conocidas que gravitaban alrededor de Leadbeater-Annie Besant-"Alcyone", en el folletín "Las vidas de Alcyone". Eso debió ser alrededor del año 1910, si no me equivoco. Las primeras (?) divagaciones steinerianas sobre este mismo tema kármico, pero con unas tonalidades más de "gran Historia" que familiares, aparecen bajo el título "Aus der Akasha-Chronik" entre 1904 y 1908, en el periódico "Lucifer Gnosis". Steiner debió encontrar lectores entusiastas en el movimiento teósofo, del que formó parte entre 1902 y 1911. Parece ser que su ruptura con el movimiento teosófico coincide más o menos en el tiempo con el inicio de las divagaciones de Leadbeater sobre "las vidas de Alcyone".

una "visión espiritual". Quizás nos haga ver el más allá y nos permita conversar con los muertos. Pero el más allá no es más la realidad espiritual que el aquí en que ahora vivimos, y las almas sin reencarnar de los muertos no son más "espirituales" ni más sabias que las de los vivos. La visión del vidente, ni siquiera la del profeta, no es más "espiritual" ni implica más madurez que la del (digamos) matemático o del sabio que, en su propio campo, ha recibido o ha desarrollado (en silenciosa simbiosis con Dios) la facultad de visión, o que la del médico o la del jardinero o del recolector de hierbas medicinales que, cada uno en su arte, han alcanzado una mirada que ve allí donde otros pasan sin ver.

Sin embargo quizás pueda decirse que por su naturaleza, todo don de naturaleza "visionaria" (como los que acabo de evocar) tiende a *favorecer* una apertura sobre lo espiritual, y por eso mismo, a *estimular* una maduración espiritual. Por sí mismo es como una silenciosa
N 539 invitación a "hacer un ◊buen uso de él". Cuando seguimos esa invitación, y sólo entonces, tiene lugar esa "apertura" secretamente deseada por Dios, y prosigue la maduración. Son *esos*, los momentos de fidelidad, en los que se realiza una obra espiritual. Esa obra se realiza cuando el yo se retira para dejar actuar al Gran Obrero, por vías y con unos fines que se nos escapan. Tales momentos son de naturaleza muy diferente a la de los fuegos artificiales de la creatividad incluso la más prodigiosa, servida por los dones (de videncia u otros) más maravillosos, por el cerebro más poderoso. Tal creatividad, por impresionante que a veces sea a su propio nivel, se queda más acá de la obra espiritual mientras el yo participe en ella para sus propios fines (debidamente camuflados). Deslumbra el alma sin iluminarla. La aturde, sin dejar que se instaure el silencio, propicio al encuentro del alma consigo misma, o con Dios. La exalta y la excita, sin suscitar jamás una mirada curiosa, y oh cuán instructiva e incluso necesaria, en los atestados bastidores del gran teatro...

Pero volviendo a Steiner, no tengo ninguna duda de que Dios le esperaba, durante toda su vida. Pero nada de lo que he leído o de lo que sé sobre él me hace suponer que el encuentro se realizara – ¡muy al contrario! Habla del rey Arturo, de seis o siete almas diferentes en el hombre, de los grandes Iniciados, de reencarnaciones del Sol, del Cristo y de la Tierra. Si a veces pronuncia la palabra "Dios", es de pasada y como una forma de hablar, o como una faceta más de un brillante vestido. Fiel en eso al espíritu del movimiento teósofo, permaneció enviscado en el hocus-pocus ocultista (casi totalmente fantasioso, estoy convencido). Eso le fascinó tanto y tan bien que con la mejor voluntad del mundo no tuvo disponibilidad para reencontrarse además con cierto Viejo Señor (que a veces se presenta también bajo el aspecto de un niño pequeño, e incluso de algún granujilla...) ¡Lo siento, ocupado! Y aún menos tuvo tiempo libre para atreverse a echar una mirada dentro de sí mismo.

Es muy posible que si Dios le ha colmado de dones de manera tan prodigiosa, era porque realmente Rudolf Steiner tenía vocación de "Instructor" y que en él apuntaba una misión, una visión que ayudaría a Occidente a reencontrarse. Pero si ése era realmente el caso, claramente falló en esa misión. No a causa de obstáculos exteriores, ciertamente, o a falta de eco – pues el eco no le faltó más que la oposición, y la audiencia de Steiner (al menos en los países germanófonos) sigue creciendo decenio tras decenio. No a causa de una falta de madurez espiritual, incluso
N 540 si esa falta es para ◊mí flagrante; pues la maduración prosigue y la madurez "se crea", como la de un fruto bajo la acción del sol y los vientos y la lluvia, a medida que "inventamos", que "creamos" nuestra misión y progresamos con ella. También se requiere que hayamos entrado en la misión, que hayamos cruzado la puerta que se abre sobre esos mundos insospechados que ninguna imaginación sabría inventar, en vez de encerrarnos en los decorados abracadabrantes de un teatro (aunque sea de buenas dimensiones). Lo que ha faltado, es el "rigor" si se quiere. Pero más profundamente, es la *fidelidad*. Detrás de los brillantes decorados, el viejo ego tiraba de los hilos de la barba y la nariz de un "vidente" – somnoliento[1198].

[1198] Por supuesto se trata de una somnolencia espiritual, que en modo alguno es incompatible con una gran

Somnoliento, sí, y hasta en sus últimos años, los de un frenesí de creatividad desenfrenada, de una prodigiosa dispersión entre mil tareas y solicitudes entre las que se agotaba su vitalidad, llevándole a un final prematuro, a la edad de sesenta y cuatro años, él que estaba hecho para llegar a centenario. O en vez de "somnoliento", quizás fuera más justo decir, para esos años, que mantenía convulsivamente cerrado ese "ojo espiritual" del que tanto le gustaba jactarse (al hablar de su don de videncia), y que, se diría, ¡jamás usaba! Pues antes que cualquier otra cosa, el "ojo espiritual" es el que nos permite conocernos a nosotros mismos, y no confundir las actuaciones y decorados del gran teatro con las hierbas y los árboles y las cosas simples, esas que viven y respiran y tejen sus redes vivas a cielo abierto.

Me he preguntado sobre el sentido de ese extraño frenesí hacia el final de la vida de Steiner – ese prodigioso "despliegue de fuerza", como para forzar la admiración estupefacta y sin cesar superada de sus adeptos, y para reducir a un contrito silencio (si tal cosa fuera posible) a sus detractores. Guardando todas las proporciones, yo que todavía vivo y bien decidido a hacer huesos viejos, he conocido tales "colocones" de insensata creatividad que parece querer devorarse a sí misma. Ya tuve ocasión de aludir a esto aquí y allá, en Cosechas y Siembras[1199].

N 541

No tengo ninguna duda de que si les hubiera dejado ◊seguir ese diapasón, no se habrían quedado atrás y me habría dejado la piel[1200]. Eran colocones de mates en mi caso, pero en el fondo poco importa si son las mates, la morfina o las ciencias ocultas – perdón, las "ciencias espirituales". Después no he dejado de mirar con atención lo que había pasado. Cada vez, había sido una *huída hacia delante* que debía alejarme de lo que quería eludir. Y cada vez, de lo que huía en esa carrera hacia delante era un conocimiento *sobre mí mismo*. El aguijón que dirigía la loca danza era una angustia, al principio oculta, pero que terminaba por mostrar su crispado rostro durante las siguientes semanas y meses, cuando el carácter violento, fanático, fuera de control de la oscura fuerza que tiraba de mí se volvía más y más evidente. Y sin embargo, incluso una vez reconocida la angustia con el rabillo del ojo, hacía como que no veía nada y seguía corriendo, a ciegas...[1201]

Una cosa notable es que verdaderamente realizaba un trabajo impresionante, verdaderamente era, a nivel intelectual, una *creación*. En la última de esas extrañas crisis, de enero a abril de 1982, lo que entonces desentrañé a grandes rasgos forma parte de las cosas más pro-

N 542

fundas que yo haya ◊puesto en claro durante mi vida de matemático[1202]. Esa vez estuve a

vivacidad intelectual, incluso con una creatividad a todo trapo. Compárese con el mismo empleo del término "somnoliento" en la nota "Félix Carrasquer (5): el tiempo de la cosecha" (n^o 107), página N 459 y especialmente la nota a pie de página.

[1199]Véase especialmente la sección "El patrón aguafiestas – o la olla a presión" (CyS I, n^o 43). También hago alusión a un "largo periodo de frenesí matemático" en la primera sección, "Sueño y cumplimiento", de la introducción a Cosechas y Siembras, y ese término "frenesí matemático" se retoma en la sección "El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas" (CyS I, sección n^o 45), donde vuelvo sobre el sueño que le puso fin "de la noche a la mañana". El episodio en cuestión tuvo lugar entre febrero y junio de 1981.

[1200]Eso fue evidente en abril de 1982, después de otro (y último) periodo de tres o cuatro meses en que la "máquina de hacer matemáticas" se embaló de nuevo.

[1201]Bien sabía que "yo" podía poner fin a ese frenesí matemático, e incluso que era urgente ponerle fin y meditar. Y sin embargo posponía esa necesidad más y más urgente, decidía ignorarla, seguir dando rienda suelta al placer y al vértigo de ese "colocón matemático". He comprendido que el mecanismo al que dejaba mandar en mi persona, en mi alma, no era diferente de los alcoholizados o los morfinómanos. La única diferencia es que el placer en el que me escondía (como el avestruz que esconde la cabeza en la arena del desierto...) no se situaba a nivel de los sentidos, sino a nivel intelectual, y que se acompañaba con una creatividad vertiginosa, cuya fascinación (me parece) era infinitamente más poderosa de lo que podría ser la de los sentidos. Sin embargo, al mismo tiempo sabía que esa fascinación, esa especie de fría exaltación y de intenso placer de la creación matemática eran en el fondo irrisorios, y dejaban a mi alma hambrienta y exangüe. Como digo en el texto principal, el aguijón no era la atracción de un placer, por excitante o grandioso que sea, sino más bien la angustia que acompaña a una huída.

[1202]Se trata de la muy "Larga Marcha a través de la teoría de Galois", en que desarrollé las intuiciones maestras (algunas se remontan a los años 1977 y siguientes) de una "geometría algebraica anabeliana". Algunas de esas ideas se evocan en el "Esbozo de un Programa", considerado en la introducción a Cosechas y Siembras (en la tercera sección, "Brújula y equipajes").

punto de quedarme en el sitio. Fue el primer tiro de aviso serio, que claramente me decía: ¡ten cuidado con lo que haces, si aprecias tu piel! Y realmente "tuve cuidado", es decir: me tomé la molestia de mirar. Ese colapso físico se encadena, ya durante las siguientes semanas, con una "ola-meditación" de las más fecundas de toda mi vida[1203], en que un nuevo umbral fue franqueado en mi comprensión de las cosas y de mí mismo. Pero bien sé que si no me hubiera detenido entonces para "'plantearme" lo que me estaba pasando, y una vez pasada la alarma y remontada la cuesta del agotamiento, hubiera retomado la danza de nuevo, ya no estaría en este mundo para hablar de ello.

Esta asociación que acabo de desarrollar un poco no tiene nada de fortuita, estoy íntimamente convencido de ello, ahora que me he tomado la molestia de ponerla negro sobre blanco. Y no hay que ir a buscar muy lejos *cuál* era el conocimiento sobre sí mismo del que Rudolf Steiner intentaba escapar a cualquier precio, con esa loca carrera hacia delante (que le llevaría, no a una meditación sobre él mismo sino a su muerte por agotamiento). No podía dejar de sentir, en lo hondo de sí mismo, que en ese papel de gran visionario del Occidente, casi un Mesías, algo fallaba. Para *ser* realmente el gran visionario de los tiempos modernos, el que aporta al mundo un mensaje profundo, límpido y salvador, sólo le hubiera faltado atreverse a pararse y hacer silencio, osar mirar, y *ver*: ver al que tira de los hilos de los rutilantes decorados, y a unos pasos de allí al que está somnoliento ante una puerta medio abierta medio cerrada que da afuera, a altamar. Bastaba que el que estaba somnoliento se espabile, abra los ojos, se levante y dé un paso, y atraviese la puerta que desde siempre le espera para dejarle pasar...

Ese paso, Rudolf Steiner nunca lo dio. Eligió morir bajo las candilejas y en las cascadas
N 543 de luz, antes que darlo, $^{\diamond}$humildemente. Durante toda su vida, encerrado en el gran teatro y repitiendo la obra maestra del sembrador-segador, se complacía en mezclar a discreción la paja y el grano, lo peor y lo mejor. Dio asombrosos impulsos nuevos, e inextricablemente mezclados con ellos, también sembró mucha confusión. Tanto peor para aquellos que, tomando las mezclascasas de fantasmagorías y visiones por palabra del Evangelio, ¡se tragan a ciegas la paja con el grano! Ciertamente, aunque sólo hubiera una décima parte de grano, con trescientos paquetes hay bastante grano para hacer un buen pan. Pero sin separar, se hace un pan de paja y no de grano, y dudo que haga un gran bien.

Pero volviendo a la persona de Steiner, creo que eligió permanecer toda su vida un niño prodigio, antes que llegar a ser espiritualmente adulto. Se complació en las acrobacias del espíritu y la imaginación, en los asombrosos fuegos artificiales, antes que ir hacia las cosas simples y buenas y las más esenciales, las que alimentan el alma y la hacen crecer; las que también la vuelven capaz, al final de un largo camino, de aportar a los demás el alimento que les falta.

El que quiere alimentarse, o alimentar, primero ha de dejar de impresionar. Pues mientras uno se detiene en ello (aunque sea con las cosas más admirables), deja de crecer.

(123) Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías...

(8 y 9 de febrero)[1204] La reflexión de anteayer me ha aliviado mucho, poniendo fin a ese sentimiento de malestar y de perplejidad ante la obra y ante la persona de Rudolf Steiner. Obra ciertamente impresionante, de dimensiones prodigiosas, ciclópeas, sobrehumanas – ¡pero donde tantas cosas suenan a falso y dan dentera! O también, tienen esos aires de ciencia-ficción "espiritual", o de teosofía-ficción "científica", que me dejaban estupefacto, perplejo y desconfiando como ante los pases de un hábil prestidigitador que hubiera cambiado mis billetes de mil en falsos billetes de cien francos. Sin contar con que a partir del momento en que, Annie Besant y

[1203] Recuerdo que el "encuentro con el Soñador" (véase al respecto la sección del mismo nombre, n^o 21) tuvo lugar en agosto de 1982, durante esa meditación. El mismo mes, tengo varios sueños cruciales, recuperando algunos recuerdos traumáticos de mi infancia, que hasta entonces habían sido totalmente borrados del recuerdo consciente.
[1204] Continuación de la nota anterior "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad".

N 544 el stablishment teosófico mediante, Rudolf comenzó a ser un mascarón de proa, ◊se complacía demasiado, para mi gusto, en la compañía de gente importante. Muchas de sus admiradoras, no sé por qué azar, resultaban ser las esposas de muy grandes generales. Y sobre todo, eso no parecía disgustarle en absoluto, la crema del cotarro militar. Por decirlo todo, ver, al final de unos asombrosos fuegos artificiales de prestidigitación teosófica, reaparecer como si nada el sempiterno compadreo del sable y el hisopo, eso no me decía nada que valga. Y que ese hisopo estuviera emplumado y dorado (¡nobleza obliga!) con una "cristología steineriana", más hocus-pocus que nunca, no hacía más que aumentar mi perplejidad[1205] sin hacerme sentir más cómodo. Casi estaba avergonzado, de mi torpeza y mis antojos, ¡pero no había nada que hacer!

Hubo, parece ser, un "deslizamiento" en la vida de Steiner, hacia el año 1900, cuando comenzó a convertirse en un personaje decididamente importante. Y poco a poco, ¡quién lo hubiera dicho! se convirtió un poco en el favorito de cierta alta sociedad espiritualizante. Favorito controvertido, ciertamente, y ése fue su tormento... No es extraño que desde entonces el despojamiento de un Jesús de Nazareth (andrajosa aldea de Galilea), llamado "el Cristo" (¡enhorabuena!), terminó por parecerle tan piojoso, que rápidamente lo transformó (una vez que descubrió su vocación cristiana, perdón, cristológica...) en una novela de capa y espada antroposófica de lo más bonita.

Al fin tengo la impresión de haber comprendido *grosso modo* de qué se trata. No, mi olfato no me había engañado, ¡ya en el primer contacto con su prosa[1206]! ¿Y la cuestión "impostura"?
N 545 de la que terminé por tener un poco de vergüenza, ◊y después de todo no estaba tan fuera de lugar. Si bien sopesadas todas las cosas aún respondo con un "¡no!", es porque la impostura supone que se pretende ser *más* de lo que se es, mientras que en Steiner me parece que la realidad es la opuesta: por su vocación y por sus facultades estaba llamado a infinitamente más, seguramente, que las poses que enarbolaba. Engriéndose se empequeñeció. Quizás estaba llamado a iluminar el Mundo. De hecho, como claramente vi anteayer, lo ha mistificado. Mistificado con maestría y brío, eso por supuesto, con un despliegue de energía rayando en lo demencial y donde acabó dejándose la piel. Y entre los restos que caen de los grandiosos fuegos artificiales, ciertamente hay buenos añicos que podrán ser útiles. Pero todo eso, por impresionante y prestigioso que sea, finalmente me parece bien irrisorio. Un desperdicio. Sin duda se sacarán inspiraciones útiles para la ciencia del mañana, que él había presentido y cuya imagen se complació en emborronar a placer, en su ansia de suscitar *adeptos* admirativos más que *investigadores*. Hombre brillante donde lo haya, sí, cerebro poderoso donde lo haya, sí. Pero lo que el Mundo necesita no son hombres brillantes ni cerebros poderosos que desplazen y pasmen a miles y millones. Están lejos, muy lejos, las invenciones de un cerebro brillante de la humilde verdad.

Es la *verdad* lo que falta. Siempre es la misma historia. Al igual que Jesús tal y como verdaderamente fue, sin Inmaculada Concepción, sin reyes magos, sin iniciación secreta en Egipto, sin hocus-pocus y sin "cristología" – la verdad tiene un aire bien piojoso, Nadie la quiere. El que quiera dar recetas y "tener éxito" hace bien en mantenerla alejada. Jesús sabe algo de esto. Por

[1205] A falta de una verdadera reflexión sobre el tema, me costaba situar a Jesús, no estando muy seguro de si su divinización por las Iglesias cristianas no contiene, a pesar de todo, una parte de verdad. Lo que saqué de las divagaciones steinerianas sobre este tema, y visto el inmenso prestigio de Steiner (prestigio que no parece desprovisto de todo fundamento...), no hizo más que redoblar mis perplejidades. Pero después de leer la obra de Marcel Légaut el año pasado, al fin me sentía en un terreno sólido. Tan sólido, que si me hubiera tomado la molestia de detenerme un poco en ello, no habría podido dejar de concluir que la famosa cristología steineriana es realmente una "divagación", sin tener que estar informado por Colin Wilson de la "copa del rey Arturo" y de sus valientes caballeros. Finalmente todo encaja de manera perfecta, y todas mis perplejidades sobre Rudolf Steiner han desaparecido, dejando paso a una imagen ahora perfectamente nítida.

[1206] Sobre este tema véase la nota, parcialmente consagrada a Steiner, "Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)" (n^o 86), especialmente las páginas N 301 – N 304. Si, después de la primera lectura de Steiner en 1976, no hubiera sido informado de los notables resultados obtenidos por los jardineros y agricultores en biodinámica, y si no me hubieran llegado ecos de las prodigiosas dimensiones de la obra de Steiner, seguramente le hubiese clasificado como un cuentista sin más, y no me habría preocupado más.

eso, hoy como hace dos mil años y aunque las cristologías de todo pelaje tienen el apuro de la elección, la vía despojada de Jesús, la vía de la verdad desnuda, siempre está poco concurrida.

Con la reflexión de estos dos días, me ha chocado el extraño parentesco entre las personas y los destinos de Rudolf Steiner y Krishnamurti (treinta y cuatro años menor que él). Uno y otro, por sus excepcionales dones y por su carisma[1207], y más que ningún otro mutante de
N 546 mi bonita lista, ◊"tenían decididamente "perfiles de mutante""[1208]. Uno y otro se veían en un papel de Instructor, incluso de "Mesías" del mundo moderno. Y eso no era una mera proyección de un delirio de grandeza, ni en uno ni en otro. No dudo que en su origen fue una verdadera vocación, una verdadera llamada. Por las vastas dimensiones de su espíritu, por la penetración de la mirada, uno y otro, cada uno en su propio campo de visión, me parecen haber sido predestinados a instruir y, mejor aún, para *iluminar* – para ser grandes "Iluminadores" del mundo moderno. Y uno y otro, en fin, le fallaron a su misión, uno y otro eligieron *mistificar* más que iluminar. Con más precisión: se dejaron arrastrar, a ciegas, por un afán de *poder* – el mismo: el de mistificar. Con la de grano bueno y abundante que llevaban en sus alforjas, se dejaron embriagar por el ascendiente que tenían sobre un público subyugado, por el poder discrecional de hacer pasar a voluntad no importa qué cantidad de paja áspera por grano.

Esto es ya lo esencial, "lo interior". Pero ese parentesco insólito se mantiene hasta en ciertos rasgos maestros exteriores de esas dos existencias. Uno y otro eligieron una vida trepidante, donde el silencio y la soledad, propicios a la lenta maduración, no tenían ninguna parte; si no es todo lo más a cuentagotas, algunas horas aquí y allá a salto de mata, entre una conferencia en Estocolmo ante una sala repleta, y el avión para Londres o para Chicago. Uno y otro pasaron la mayor parte de su existencia delante del público. Casi siempre, por no decir siempre, un público de adeptos llegados para admirar al Maestro, para bombear en su poderoso carisma la "espiritualidad" que les faltaba. Se han conservado los textos de más de seis mil conferencias de
N 547 Steiner ◊entre 1900 y 1925, o sea ¡una media de casi una por día laborable[1209]! Krishnamurti, que funcionó con un ritmo menos demencial y que vivió 90 años, de los que pasó casi sesenta como conferenciante ambulante, debió dar otras tantas. (Su biógrafa Mary Lutyens, que sin embargo tiene debilidad por los números grandes, ha omitido ay contarlas en beneficio de la posteridad...) Cuando uno se pregunta de dónde proviene esa asombroso parentesco de estilo con tal diferencia de temperamentos, la respuesta no está lejos. ¡buscad la Madrina! Uno y otro fueron "puestos en órbita" por la Sociedad Teosófica del tiempo de Annie Besant, ella misma una gran conferenciante. Y uno y otro permanecieron en esa órbita. Pero tomando cuidadosamente distancia, una vez lanzados, respecto de su Madrina común – e ignorándose el uno al otro totalmente.

[1207] Tenían en común un don de videncia, y además un "carisma" que les daba un poderoso ascendiente sobre su público y su entorno. En cuanto a este último, es difícil separar lo que es efectivamente "carisma", personalidad poderosa, de lo que proviene del halo de prestigio que les rodeaba, debido en Steiner tanto a su potencia intelectual como, sin duda, a sus dones de videncia, y en Krishnamurti a la propaganda mesiánica que se había hecho a su alrededor desde los catorce años de edad. Lo que es seguro es que en ambos ese ascendiente claramente subyugaba y bloqueaba las capacidades personales de apreciación y de juicio, más que estimularlas, y que ese ascendiente era cultivado con la intención de subyugar. En eso se distinguen a mis ojos de los demás "espirituales" entre mis mutantes, como Râmakrishna, Guruji, e incluso Gandhi, sin contar Whitman y Carpenter, que los cinco también se veían (y con razón) como "Instructores". Es por eso, ante todo, que veo en Rudolf Steiner y en Krishnamurti unos "Instructores que se han desviado". En el plano espiritual más que en ningún otro, instruir o iluminar no es compatible con una voluntad de dominio (por oculta que esté).

[1208] Cito aquí más o menos la citada nota en que por primera vez se trata de Steiner, véase la página N 304.

[1209] Ese ritmo se volvió "demencial" sobre todo en 1924, el año anterior a su muerte (el 30 de marzo de 1925), y también el año en que Steiner da su célebre ciclo de conferencias (del 7 al 16 de junio de 1924) poniendo los fundamentos de la agricultura llamada "biodinámica". El punto culminante se alcanza ese año con 70 conferencias en dos semanas y media, o sea una media de cuatro al día. Hay que darse cuenta de que se supone que cada una de todas esas conferencias aporta algo diferente a las demás – en absoluto es como un profesor de instituto (o de facultad) que tranquilamente repite cursos que se sabe de memoria...

Hay que reconocer que en Krishnamurti, dejando de lado el estilo "conferenciante" y sobre todo su papel de Mesías (que tácitamente retoma por su cuenta), esa distancia fue real:
N 548 al menos a nivel consciente[1210], no se encuentra ◊ya traza en su pensamiento del hocus-pocus teósofo. Steiner permaneció enviscado en él hasta el fin de sus días. Las diferencias entre él y los teósofos de buen cuño, versión "ocultismo", me parecen de pura doctrina y de jerga, y como tales me dejan indiferente. Pero el estilo y más aún, el espíritu, no cambia un ápice. Ésa es una primera señal, a mis ojos, en el sentido de una mayor autonomía interior en Krishnamurti que en Steiner.

Pero la filiación teósofa renegada nos da aún otros puntos de contacto, incluso de entrelazamiento, entre dos existencias que, superficialmente y a los ojos de los mismos interesados, podrían parecer totalmente ajenas. En el movimiento teosófico de principios de siglo, Steiner no estuvo lejos de ser un poco un "Mesías alemán", lo que no debía disgustarle. Pero en 1909 Leadbeater, la eminencia gris de la Sociedad Teosófica y "guía espiritual" de Annie Besant, descubre al futuro Mesías Krishnamurti (entonces de catorce años de edad). Eso no le gustó, quién lo duda, a Steiner (que sin embargo nos ha servido muchos otros igual de gratinados...). La Sociedad Teosófica de Londres (prácticamente, Leadbeater por medio de Annie Besant) le habría propuesto un arreglo amistoso: reconoce al nuevo Mesías, reencarnación de Maitreya[1211], y a cambio se le nombra reencarnación de Juan el Bautista. Eso es lo menos que podían hacer. ¡Pero eso era conocerle mal! La ruptura oficial entre Steiner (seguido por la mayoría de los teósofos alemanes, pronto rebautizados "antropósofos" para las necesidades de la causa) y la Madrina no ocurrió sin embargo hasta 1911. La creación de la "Orden de la Estrella de Oriente" en el interior de la Sociedad Teosófica, para preparar la venida del Mesías ya designado (y no el bueno, por añadidura), es la gota que colmó el vaso. Y es una encantadora ironía del destino que ese mismo "chaval hindú" que Steiner miraba por encima del hombro (y ciertamente sin
N 549 dignarse a encontrárselo...) iba ◊después a volar muy alto por encima de la charca teosófica, en la que Steiner iba a seguir chapoteando toda su vida[1212].

[1210] Una lectura atenta de la biografía de Krishnamurti por Mary Lutyens, y también de ciertos textos de su pluma, muestra por el contrario que a nivel inconsciente Krishnamurti estaba lejos de haber superado todas las ideas y actitudes que habían impregnado con tanta fuerza su vida hasta muy entrada la edad adulta. Se suponía que era una reencarnación de Maitreya, uno de los dos discípulos preferidos del Buda. En el panteón teósofo, Maitreya se encuentra inmediatamente debajo de Buda (que está en la cumbre), y un poco por encima de Jesucristo. Seguramente esto tiene relación con el hecho de que después Krishnamurti mirará a Jesús con condescendencia, mientras que por el contrario le perseguirá la idea (que me ha parecido cercana a la obsesión) de igualar (¿incluso de superar y de suplantar?) al Buda – el único Ser pues que, según las reglas del juego teósofo, estaba todavía un grado por encima que él, Krishnamurti-el-nuevo-Mesías.
En todas mis lecturas de y sobre Krishnamurti, siempre he tenido la impresión de que dejando aparte únicamente al Buda, el Maestro engloba en una misma condescendencia a todas las grandes figuras religiosas y espirituales de todos los tiempos. Sobre todo recomienda con insistencia no perder el tiempo leyendo ningún texto de sus plumas ni ningún texto sagrado (se sobrentiende: las Enseñanzas están ahí para reemplazar toda esa palabrería...), asegurando que él mismo bien se ha guardado de leer uno sólo, y dando a entender que todo lo que esa gente pueda contar de su experiencia de un supuesto "Dios", u otras supuestas experiencias espirituales o llamadas, no sabría ser más que el producto de una imaginación condicionada y ávida de ilusiones. Claramente se comprende, aunque sólo esté sugerido (se tiene tacto o no se tiene...), que el único ser del mundo desde la noche de los tiempos (¿aparte quizás del Buda? – que tampoco es nombrado nunca, salvo entre los íntimos...) que jamás haya tenido una auténtica visión de las cosas invisibles e indecibles que sobre todo no hay que atreverse a nombrar, es Él, el Maestro, el que Enseña, la Verdad Encarnada...
Un signo elocuente del profundo desconcierto de las religiones es ver "espirituales" de todas las confesiones correr en avalancha a las conferencias-show y oírles hablar con un aire pasmado (ser extraordinario, experiencia inolvidable...) – cual esposas maso de un esposo despótico y celoso, que fueran a buscar sus latigazos...

[1211] Para Maitreya, véase la anterior nota a pie de página.

[1212] Parece muy difícil, si no imposible, situar en el tiempo el desarrollo de un pensamiento plenamente autónomo en Krishnamurti. Ha hecho todo lo posible por borrar toda traza. Y su biógrafa Mary Lutyens está demasiado ocupada desmenuzando la cuenta de las celebridades que se encontraron con el Maestro, de sus menores desplazamientos, del número de asistentes a sus conferencias y de los comentarios periodísticos, para plantearse cuestiones sobre la génesis de sus grandes intuiciones maestras (las verdaderas, no los camelos...). A falta de interesarse

(124) La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana

(9 y 10 de febrero)[1213] ¿Y cuál sería, en todo caso, el balance de lo que Steiner y Krishnamurti han aportado? Ese paralelismo en "negativo" que acabo de hacer entre sus existencias casi me obliga, ahora, a intentar cernir a poco que sea sus aportaciones – lo que queda cuando todo el faroleo, todas las invasivas excrecencias egóticas han sido eliminadas.

De entrada me parece que la aportación de Steiner y la de Krishnamurti se sitúan en campos totalmente disjuntos. Tal y como ahora veo las cosas, Steiner no ha contribuido en nada al progreso "espiritual" de nuestra especie, ni a un mejor conocimiento de sí misma, o de la psique y el alma humana. Por el contrario, a ese nivel ha sembrado a placer la confusión, sin contrapartida alguna. A pesar del bonito nombre "antroposofía", o ciencia o conocimiento del hombre, Steiner ignora totalmente las realidades incluso las más llamativas, las más fundamentales de la psique – comenzando por la existencia misma de un Inconsciente, ¡lo que es mucho decir! Ni siquiera diría que la "psicología steineriana" es una psicología en estado infantil. Digo que *no existe*.

N 550 Lo asombroso, es que a pesar de eso haya tenido intuiciones acertadas ◊y fecundas en la educación[1214]. La explicación de esta aparente paradoja me parece que es ésta. A menudo la percepción intuitiva de las cosas supera infinitamente a lo que aparece a nivel consciente. A ese nivel, Steiner tuvo a bien cerrar sus ojos durante toda su vida a las realidades fundamentales de la psique, empezando por la suya. Eso no impide que, aún ignorándolas a nivel consciente, no podía dejar de aprehenderlas, o de aprehender algunos aspectos o ciertos efectos, a otro nivel. Seguramente eso le permitía "funcionar" a menudo de manera eficaz y fecunda, a pesar de todas sus deliberadas ignorancias. Hay que rendirse a la evidencia de que hasta hoy (y sin duda por un buen tiempo) la psique humana funciona mal que bien a golpe de contradicciones jamás percibidas. Y al respecto, ¡los grandes espíritus no son más la excepción que el primero que llega!

En resumen, la aportación de Steiner me parece que se sitúa no en el plano espiritual, sino más bien en el plano intelectual, y con más precisión: no a nivel "filosófico" (en el que mistificó demasiado y podría haber aportado mucho), sino más bien "*científico*". Y si no obstante hay alguna aportación filosófica real, la veo exclusivamente en su concepción de la "ciencia", mucho más vasta y más profunda que la de su tiempo y el nuestro. Desgraciadamente, él mismo

---

en ello, tuvo que hacer suya la versión del mismo Maestro: que eran cosas que había sabido desde siempre, por ciencia infusa... Pero está claro que el primer y (por lo que sé) único momento de "ruptura" en su vida, el de un viraje dramático en su visión de las cosas, se sitúa cuando la muerte de su hermano Nitya, en noviembre de 1925 (tenía entonces treinta años). Lo que es seguro es que el "desarrollo" del que hablo se sitúa *después* de ese momento. Tiendo a creer que es en los tres o cuatro años siguientes. En todo caso, se sitúa después de la muerte de Steiner, que ocurrió (en marzo de 1925) antes que la de Nitya y el mismo año.

[1213] Continuación de la nota anterior "Hermanos enfrentados – o una Madrina para dos mesías".

[1214] La experiencia pedagógica de Steiner se remonta a los años 1884–1890 (entre los 23 y los 29 años de edad), en que fue preceptor en una familia que tenía cuatro hijos, de los que el más pequeño, de diez años de edad, tenía hidrocefalia y retraso mental. Penosamente había aprendido los rudimentos para leer, escribir y calcular. En dos años su salud mental y física se transformó hasta tal punto que pudo entrar en el instituto. (Después estudió medicina, llegó a ser médico y cayó, como médico militar, en la guerra de 1914–1918.)

Ése fue un impresionante éxito pedagógico, seguramente debido tanto al "don de simpatía" de Steiner, que fue una de las cualidades más notables en su juventud, como a los dones de intuición psicológica e incluso de videncia. Desgraciadamente, esa capacidad amorosa de su naturaleza disminuyó después mucho si no desapareció completamente, a partir del momento en que, hacia los cuarenta años de edad, se convirtió en un personaje importante. Un verdadero giro parece que tuvo lugar en 1900, después del Congreso Teosófico de Londres del mismo año, cuando ya se perfila en él su futura magnificencia en el papel de secretario y de incontestable jefe de filas de la sección alemana de la Sociedad Teosófica. Se pueden imaginar que Steiner no dice ni palabra de ese giro en su vida interior, en la biografía calificada de "espiritual" que escribió hacia el final de su vida. Con lo que se verifica, una vez más, este estupefaciente hecho general, que los sucesos más cruciales en la existencia de cada uno (vista desde una óptica espiritual) siempre tienen lugar en el Inconsciente, y permanecen apartados y totalmente ignorados del campo de la consciencia, durante toda la vida.

emborronó a placer su propio mensaje, peor aún, lo desacreditó, con su falta de seriedad ([127]), con sus fanfarronadas. Si, haciendo abstracción de sus borrones, intento formular la visión
N 551 steineriana de la ciencia del mañana, ◊se me viene esto: en la reflexión y en la observación deberá incluir los fenómenos, hechos y factores que no son de naturaleza "material" ni siquiera "física"[1215], sino que responden a "otra realidad", una realidad invisible – la que se escapa a todos nuestros aparatos de medición, y que sin embargo el delicado "aparato" que constituyen la psique y el cuerpo humano detecta y percibe, bajo ciertas condiciones. También es ésa la vía que nos sugiere la asombrosa medicina homeopática de Hahnemann (que seguramente ha inspirado mucho la medicina "antroposófica" de Steiner).

Por supuesto, tal concepción o visión de una "ciencia del mañana" tiene mucho peligro de reducirse a un bonito lenguaje, si no se acompaña de alguna aproximación tangible, que nos muestre al menos algún embrión de tal ciencia todavía hipotética. Y es *ahí* justamente donde sitúo la aportación sólida de Steiner, una vez desbrozada su obra del enorme ectoplasma de fantasmagoría ocultista steineriana. Steiner era un "espiritual" de pacotilla, pero tenía, estoy convencido, madera de gran sabio visionario – el que, como antes Newton, transforma profundamente incluso el espíritu en el que se piensa y se hace "la ciencia". Y si se dejó, ay, distraer de su verdadera misión con sus infantilidades, no por eso le faltaron bosquejos impresionantes y sobre todo, comprobados por la experiencia de más de medio siglo después de su muerte, que no pueden ser descartados de un manotazo. Si no me equivoco, se trata sobre todo de sus ideas sobre la agricultura, sobre la medicina, y sobre la educación (y especialmente, sobre la educación de los niños con retraso mental o autistas[1216].

N 552 ◊Cierto es que, quién dice "ciencia", dice "método", y Steiner se guardó mucho de dar la menor indicación sobre un método de investigación en esa "ciencia espiritual" (Geisteswissenschaft) que pregonaba. Procedía por afirmaciones carismáticas sin más (y a menudo, lo que es peor, ¡por afirmaciones-camelo!). Quiso ser el Oráculo y la Puerta, la única Puerta, de la "ciencia espiritual" tan aireada – y por eso mismo (e incluso haciendo abstracción de sus fabulaciones) él mismo ha bloqueado su auge, quitándole toda credibilidad. En esa ciencia del mañana que él fue uno de los primeros en entrever y que le correspondía fundar sobre bases anchas y

[1215] Por "física" entiendo aquí: expresable en términos de los conceptos corrientes de la física de nuestros días. Pero estoy convencido de que se podría ir más lejos, declarando que dicha realidad escapa totalmente por naturaleza a toda descripción mediante un "modelo" matemático, a imagen de los que son corrientes en física después de Kepler, Galileo, Newton.

[1216] La intuición de partida de Steiner sobre los niños con gran discapacidad física o mental, es que la verdadera causa de ese hándicap es de naturaleza kármica, y no de naturaleza biológica. Su razón de ser se encuentra en el pasado de anteriores existencias. Esos hándicaps colocan al alma del niño y futuro adulto ante una situación difícil y dolorosa ciertamente, pero a la que habrá que enfrentarse y sacar una lección en el aprendizaje de uno mismo y de las leyes espirituales. La mejor manera de ayudar al niño en esa tarea es *aceptarla* y ayudarle a que él mismo la acepte con valor. (Lo que en modo alguno significa, muy al contrario, que todo lo que médicamente es posible para aliviar y, si es posible, para curar, no se emprenda con toda la energía y toda la circunspección requeridas.) No se trata de compadecerle, ni de apartarle de la comunidad humana: es un niño como los demás, sólo que situado ante una tarea más ardua y, a menudo, más dolorosa.

Muchos rechazarán esa concepción kármica como una de las fantasmagorías steinerianas. Por el contrario estoy convencido de que ahí hay una visión correcta, profunda y benéfica. Hay que reconocérselo, él, un hombre impregnado por la cultura de Occidente ajena a la idea del karma, tuvo la profundidad y la valentía de integrar esa visión kármica en la vida cotidiana, y especialmente en su enfoque de ciertas manifestaciones más flagrantes y más desconcertantes de la acción del karma.

El hecho de que realmente se pueda poner el dedo sobre las "causas" biológicas de los grandes discapacitados congénitos, seguramente no es discutida por Steiner ni por sus adeptos, y no constituye un argumento contra la concepción steineriana. Las leyes físicas y biológicas están al servicio, son instrumentos de las leyes espirituales, aunque una visión superficial de las cosas parezca sugerir que las ignoran. La cuestión de la validez de las concepciones de Steiner no puede ser resuelta, ni siquiera (creo) verdaderamente comprendida y aclarada, permaneciendo en el marco de las ciencias biológicas en su forma y espíritu actuales. ¡Sin embargo no es una cuestión del "sexo de los ángeles"! Estoy convencido de que una respuesta matizada y convincente, que ponga de acuerdo a los espíritus, será desentrañada ya en las próximas generaciones.

sólidas, ¡es el ejemplo por antonomasia a no seguir!

Sin embargo, mostró vías que se han revelado fecundas. Hasta ahora y sin duda por las razones que acabo de evocar, creo que sólo se han continuado con un espíritu "artesanal", limitándose a comprobar y, si hace falta, a ajustar las recetas dejadas por el Maestro, y no con un "espíritu de investigación". El campesino o la explotación agrícola que "trabaja en biodinámica" está sujeto a desideratas de rentabilidad a corto o medio plazo, que limitan de manera draconiana toda veleidad de investigación, cuando no la cortan de raíz. Para que una investigación sea fecunda a largo plazo, sin duda hace falta que está liberada de las restricciones de rentabilidad a corto y medio plazo, que por el contrario esté animada por el atractivo de lo desconocido y del misterio, por la alefría de sondear la carne de la noche, de ver difuminarse las
N 553 sombras y convertirse en luz. Y lo mismo ocurrirá, estoy convencido, con la ciencia ◊del mañana, igual que con la de hoy y de ayer, tal y como la hemos visto desplegarse y transformarse hasta el presente a lo largo de siglos y milenios.

(125) La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión

(10 – 12 de febrero)[1217] Steiner pasó su infancia en una pequeña estación ferroviaria de pueblo (su padre era el jefe de estación), en contacto con las últimas maravillas de la técnica de su tiempo: los trenes, el telégrafo... Y desde su infancia estuvo fascinado por la ciencia y por el saber-hacer técnico. Si su don de videncia no le hubiera revelado la existencia de un mundo totalmente diferente, seguramente habría llegado a ser un gran sabio reconocido como tal por todos; un continuador de Darwin quizás, sin pensar jamás en apartarse del espíritu de la ciencia de su tiempo. Durante su vida, "ciencia" significaba el prestigio supremo, la autoridad. Así su sueño era conquistar para ese "otro mundo" que entreveía (y que durante mucho tiempo le pareció ser el único en el mundo que lo percibía...) la inigualable caución de "la Ciencia", del conocimiento "científico". Si alguien, en el pasado siglo o en este siglo, tenía madera para dar consistencia a tal sueño, transformando la concepción misma que tenemos de dicha "Ciencia", ése era él. Y si más bien ha contribuido a desacreditar a los ojos de la mayoría, y especialmente a los ojos de los científicos, la idea misma de "otra realidad", ¡sólo puede achacárselo a sí mismo!

Steiner estaba igualmente apasionado por el estudio. Devoraba los libros de filosofía más arduos con la misma voracidad que los libros de ciencia. Su primera experiencia que calificará de "espiritual"[1218] fue su encuentro con la geometría, a la edad de nueve años. Más tarde dirá de esa experiencia: "... sentía que se debe llevar en uno mismo el conocimiento del mundo espiritual de la misma manera que la geometría".

N 554 ◊Nada de eso en Krishnamurti, que por sus inclinaciones innatas y adquiridas, se encuentra verdaderamente en las antípodas de Steiner. Toda su vida, el estudio e incluso, seguramente por extensión o por asimilación, toda lectura que hacía un poco "sabia" o aunque sólo fuera "seria"[1219], lo sintió como una carga. Sin embargo la sufrió sabiamente, la interminable carga, cada día retomada de nuevo con mansedumbre, como la sufren centenares de millones de niños, de adolescentes y de adultos, con una total sumisión – en este caso, sumisión a sus tutores y benefactores Annie Besant y Leadbeater. Sus primeras y muy tímidas veleidades de rebelión contra ese papel de mono sabio no tuvieron lugar hasta asombrosamente tarde, hacia la edad de diecinueve o veinte años, después de que una providencial asignación de por vida le aseguró una autonomía financiera respecto de sus tutores y maestros. No obstante siguió llevando una existencia de eterno estudiante, de fracaso en fracaso en las instituciones más selectas de

[1217] Continuación de la nota anterior "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana".

[1218] Visiblemente Steiner no distingue entre el plano intelectual, i.e., el de las *ideas* (por rigurosas que sean) y las leyes que las rigen, y el plano espiritual, de orden muy distinto. La lengua alemana tendería aquí a favorecer tal confusión, a causa de la ambigüedad asociada a la palabra "geistig" (de "Geist"="espíritu"), que se refiere a los dos planos simultáneamente.

[1219] En la biografía de Mary Lutyens aprendemos (si mi memoria no me traiciona...) que Krishnamurti no leía más que novelas policíacas, que eran su principal distracción junto a los western, la tele y el golf.

Inglaterra, hasta la edad de veinticuatro años (en 1919). Sólo al año siguiente comienza a manifestar los primeros signos de independencia intelectual. Pero todavía harán falta nueve años hasta que al fin se decida, a la edad de 34 años (!), a salir de la confortable jaula de la "Orden de la Estrella de Oriente" de la que era el jefe nominal desde hacía dieciocho años, a la vez que el nuevo Mesías, prometido al Mundo desde toda la eternidad...

La cosa puede parecer increíble, en un hombre y un pensador de la estatura de Krishnamurti[1220]: según lo que conozco, parece casi seguro que en ningún momento de su vida se tomó la molestia, retrospectivamente, de constatar ese estado de dependencia, de miseria espiritual, de sumisión pasiva también, en el que había vivido hasta bien entrada la edad adulta. Y durante todo ese tiempo, sin plantearse jamás una pregunta sobre ese tema, llevó su imagen de marca a los fieles miembros de la Orden de la Estrella (eran unas decenas de miles): la de sabiduría infusa
N 555 inmemorial, libre ◊de todo condicionamiento etc. Incluso la retomó por su cuenta con palabras claras y vibrantes, estilo "yo soy el Incondicionado, la Luz y la Vida...", al menos a partir de 1925 (cuando tiene 29 años). Es evidente que se lo creía a pies juntillas, igual que se lo creían los miembros del pequeño cenáculo de allegados y admiradores que se había formado a su alrededor, deslumbrados como estaban todos por la gloria mesiánica que le rodeaba, y sin que les molestara lo más mínimo todo lo que sabían de primera mano ¡que no iba precisamente en ese sentido! Incluso después de que Krishnamurti se hubiera librado del pintoresco fárrago teosófico[1221] y de los correspondientes clichés espiritualizantes, y durante toda su larga vida hasta su muerte a la edad de 90 años, nunca puso en duda la idea de sí mismo que había recibido, la de una especie de niño divino de mirada serena, planeando muy alto por encima de las contingencias humanas. Bien al contrario, esa no idea no hizo más que endurecerse, a medida que los recuerdos de un pasado molesto se esfumaban y terminaban por hundirse totalmente[1222]. Nunca se molestó en "explicarse" con sus antiguas creencias teósofas, que habían impregnado y moldeado su psique durante veinte años de formación crucial. Nunca intentó ver dónde estaba lo falso y dónde, a pesar de todo, lo verdadero. Pues esas visiones abracadabrantes de "Maestros", esas "Iniciaciones" y todo eso (que sin duda le habían sido sugeridas a distancia por Leadbeater), ¡realmente las había tenido[1223]!

[1220] A decir verdad, incluso entre los hombres y los pensadores de "gran estatura", raros son los que que se han tomado la molestia de incluirse en su mirada sobre el mundo, y de superar además, a costa suya, la imagen favorecida y plana que se suele tener de uno mismo. Pero ese tipo de complacencia tan corriente puede parecer "increíble" en un hombre en el que el conocimiento de uno mismo está en el centro de su filosofía de la existencia, y es presentada como la primera y única cosa esencial en la vida espiritual, de la cual se supone que todas las demás se derivan por sí mismas.

[1221] Krishnamurti se "libró" de ese "fárrago teosófico" al menos a nivel consciente. Al no haberlo examinado nunca con cuidado (véase más abajo en este mismo párrafo), una parte de dicho fárrago siguió estando presente en el Inconsciente, como señalo en una nota al pie de la página N 547 en la penúltima nota.

[1222] Sin embargo, en los allegados de Krishnamurti, y entre ellos su futura biógrafa Mary Lutyens, esos recuerdos no se "esfumaron" y en modo alguno "se hundieron", como en el Maestro. Coexistieron, como si nada, con la fantasmagoría mesiánica, el mito del niño divino etc.

[1223] Durante su largo periodo teosófico, Krishnamurti terminó por desarrollar una visión penetrante de todo lo que era ficticio, falso, sobreestimado, de todo lo que era puro cliché y puro conformismo, en el medio en el que entonces se bañaba, y quizás también en lo que podía entrever en los medios espiritualizantes limítrofes. Esa intuición, creo, apenas debía referirse a las ideas y doctrinas profesadas por unos y otros, sino que más bien aprehendía las actitudes interiores, que veía profundamente falseadas por todas partes. Sólo mucho más tarde esas intuiciones llegaron a ser claramente conscientes y se condensaron en pensamientos claramente formulados, en un lenguaje limpio e incisivo, dejando al desnudo lo que antes había percibido oscuramente, y que también en su edad madura tuvo amplia ocasión de observar, al albur de innumerables encuentros.

Desgraciadamente, al no incluirse a sí mismo en su mirada sobre los demás, esa percepción delicada y penetrante terminó por endurecerse en un "propósito deliberado" aprieta-botón, metiendo de una vez por todas en el mismo saco, el de las "imaginaciones" suscitadas por el ansia de autoengrandecimiento del yo, *toda* manifestación de una actividad o de una experiencia que se vea como "religiosa" o "espiritual", con la única excepción de las que emanan de su propia persona. Llegó a unos absurdos rayando en lo grotesco, como el de dar a entender que todos los escritos sagrados del pasado no son más que viento, afirmando a la vez que no ha leído ni uno sólo

N 556 ◊Sobre todo, jamÃ¡s sondeó el sentido de ese hecho, sin embargo irrecusable, que había creído en todo eso, que dócilmente había jugado un papel que se le había dictado. Más tarde, creyó que bastaba tacharlo y decretar: ¡ya no me concierne! – para que ese pasado ya no esté, ya no actúe. Y para convencerse mejor, levantó todo un sistema filosófico, desarrollado largo y tendido en las docenas de volúmenes de sus "Enseñanzas". Un sistema que magnifica y establece como dogma esa huída hacia delante, que enseña que "la libertad" es el olvido, es la total desaparición del pasado[1224]. En un grado rara vez alcanzado por un ser humano, cultivó una inhibición casi completa del recuerdo. Creyó liberarse del pasado *mutilándose* la valiosa facultad, espiritualmente vital, del recuerdo ([128]) – la que nos liga a nuestras raíces, y nos permite alimentarnos de la experiencia acumulada en el pasado, al sondear y asumir su *sentido*. Con esa huída ante su pasado que lo interpelaba, con esa mutilación a diario renovada durante toda una vida, lejos de liberarse del pasado, se encadenó aún más a él. O mejor, incluso cuando peroraba sobre la libertad y sobre la inexistencia del pasado, era movido y dirigido, como por unos hilos resistentes y tenues que se negaba a ver, por fuerzas ocultas enterradas en un pasado que él reniega ([129]).

* *
*

N 557 ◊Pero de nuevo divago. (¡Hay que reconocer que hay con qué dejarse llevar!) Había empezado a decir, sólo, que la ciencia y Krishnamurti son muy distintos. Al revés que Steiner, dejando aparte una pequeña debilidad por la mecánica (que iba de la mano con su gusto por los coches caros), verdaderamente no tenía nada que le inclinase hacia la ciencia o la técnica. Ni hacia la filosofía y esas cosas áridas y eruditas. Sin embargo terminó dedicándose a ello, a la filosofía, muy a su pesar, para poner al fin negro sobre blanco y en un inglés de una claridad perfecta sus famosas "Enseñanzas"[1225]. Nada intelectual por temperamento, terminó por serlo por necesidad, y muy a su pesar.

(cosa que incluso a su devota biógrafa le cuesta creer...). Cuando se es el Maestro supremo, que con su existencia borra todos los mesías, profetas y maestros del pasado, es evidente que ya no hace falta leer ni un sólo texto supuestamente "sagrado", para saber y afirmar que leer uno es perder el tiempo...

[1224]Ese "rechazo del pasado" es indisociable del "rechazo del devenir", el rechazo pues de aprender, de madurar, de profundizar un conocimiento de uno mismo y del Mundo. El primero de esos rechazos no es más que la imagen especular del segundo – uno y otro son las dos vertientes, las vertientes "yin" y "yang", "sombra" y "luz", de un mismo proceso: el *proceso de la huída*. Ya tuve ocasión de examinar uno de los dos en Krishnamurti, en la nota "Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir" (n^o 54). Después de escribir esa nota, tuve ocasión (en el pasado mes de octubre) de leer la biografía de Krishnamurti, y especialmente el segundo volumen (que antes no había leído). Esa lectura es la que me resaltó el rechazo del pasado en Krishnamurti, que no se trató en la citada nota.

[1225]La mayúscula en "Enseñanzas" es cosecha del Maestro. Dejando aparte su libro "A los pies del Maestro" (firmado "Alcyone"), que es un ejercicio estilístico sobre los clichés morales teosóficos, que supuestamente le habría comunicado por un Ser oculto al que se refiere como "el Maestro", el primer libro de Krishnamurti no aparece hasta 1954. Es "La libertad primera y última", que contiene, creo, los temas esenciales del pensamiento krishnamurtiano, que todos sus libros posteriores retomarán y repetirán incansablemente. Cuando aparece, el autor tiene casi sesenta años. Fue en 1925 cuando tuvo lugar el gran shock causado por la muerte de su hermano Nitya, shock que (cuatro años más tarde) terminará por arrancarle del medio y el universo conceptual teósofos, y le conducirá a desarrollar un pensamiento y una filosofía personales. Es pues casi treinta años después de ese giro capital en la vida de Krishnamurti, cuando aparece el primer libro que atestigua el pensamiento que surgió de él. Cuándo y cómo aparecieron, a lo largo de esos treinta años, los principales capítulos de ese pensamiento tan vigorosamente afirmado, nada en ese libro ni en ningún otro texto de su pluma (por lo que sé) permite hacerse la menor idea de ello. La biografía de Mary Lutyens ignora totalmente tales cuestiones, e ignoro si alguien además de mí ha tenido jamás la curiosidad de planteárselo.

Sin embargo, en todo lo que concierne al conocimiento del hombre, de la existencia humana, de Dios, el valor e incluso el*sentido* de una idea son indisociables de la persona que la formula y la afirma, y de las circunstancias psíquicas que han rodeado el nacimiento de la idea así afirmada. Y así es, con más razón, para todo un conjunto de ideas que forman, de manera explícita o tácita, una filosofía de la existencia, claramente afirmada.

Por su vocación y por sus excepcionales dones, Krishnamurti estaba llamado a ser el gran filósofo religioso de los tiempos modernos – un desmitificador y un visionario, cuya visión espiritual debía arraigar en una comprensión profunda y sin precedentes del alma humana. Para encontrar el camino de su misión y realizarla, no le habría faltado más que el rigor espiritual, que sólo puede dar la mirada vigilante sobre uno mismo. A falta de una mirada sobre sí mismo (vigilante o no...), al igual que Rudolf Steiner se convirtió en el juguete de un ego voraz. En su ansia de mostrarse infinitamente por encima de todo el mundo, se encerró en el reflejo de ir a
N 558 contrapié de "todo el mundo", incluyendo los más grandes y en lo mejor que nos han ◊aportado, y sin siquiera dignarse en nombrarlos. ¡Pero los primeros serán los últimos! Queriendo realzarse con el desdén, cayó por debajo incluso del rango de un "filósofo" o de un "psicólogo" (o de un "espiritual") simplemente *serio*.

Entre muchas otras cosas, era el mejor situado para culminar la innovadora obra de un Freud, superándola con una iluminación muy distinta, más global, más penetrante, más rica – como la clara luz del día allí donde laboriosamente nos alumbramos con una linterna. Pero se complació en la pueril actitud de ignorar con soberbia a ese gran y primer pionero en el conocimiento de la psique, y de probar su suprema "libertad de lo conocido" dando a entender que todo eso no es más que vana palabrería (de algunos que quieren hacerse los interesantes), y decretando: que los sueños no son más que la continuación cuando estamos dormidos del vano "cacareo del pensamiento" en el estado de vigilia[1226], y que además el llamado "Inconsciente" es una pura invención (de algunos que es mejor ignorar...)

Eso sería ineptitud o demencia en alguien tan bien situado, si no fuera el infantilismo de una vanidad descontrolada. Recuérdese que veinte o treinta años después de Freud (e independientemente de él, ciertamente), Krishnamurti descubrió el hecho increíble, crucial, desconcertante de la "huída psicológica" – ese mecanismo profundamente implantado en la psique, que nos empuja sin cesar a rechazar el conocimiento de realidades incluso las más llamativas, las más evidentes y a menudo las más neurálgicas a poco que nos toquen de cerca, de esas realidades que se "ignoran" y que sin embargo, a la vez, "se saben". Querer "enseñar", querer hacer ver y apreciar en todo su alcance ese hecho omnipresente que domina el comportamiento de todos y cada uno (al menos mientras no se tenga cuidado con él...), poniendo cara indolentemente de negar la existencia misma de una "parte sumergida" de la psique, *es tomar a la gente por*
N 559 ◊*idiota* – es jugar un juego de poder idiota. Es elegir encerrarse en el estrecho círculo de los que uno se da el gusto de subyugar, de los que aceptan jugar a los idiotas que se llevan por la punta de la nariz. ¡No hay historia de locos que ilustre más a propósito las fulgurantes Enseñanzas del Maestro sobre el idiota juego de la fuga!

Ése sólo es un ejemplo, quizás el más enorme de todos, entre muchos otros apenas menos grandes[1227]. Al no haber visto ni conocido a su invasivo ego actuando en el Inconsciente, y al

[1226] Esa afirmación es tanto más grosera cuanto Krishnamurti da a entender que el hombre plenamente liberado (léase: él mismo) ¡nunca sueña! que él, Krishnamurti, no ha tenido un sueño en su vida. Visiblemente, en toda su vida nunca se molestó en recordar y aún menos en examinar uno sólo de sus sueños. Sin embargo eso no le impide decretar en sustancia que los sueños son una gilipollez, y (tácitamente) que un Freud, que pasó su vida estudiándolos con infinito cuidado (y del que Krishnamurti seguramente no ha leído ni una línea) es un consumado idiota. Es la misma actitud que vis a vis de los demás "espirituales", y especialmente vis a vis de los libros sagrados de todas las religiones (salvo la suya, difundida por las "Enseñanzas"...). Véase la nota al pie de la página N 555 y de la página N 547 (segundo párrafo).

[1227] Para otros ejemplos, véanse las tres notas consecutivas (n^{o}s 53–55) consagradas a las "bestias negras del Maestro". Los ejemplos que allí examino son sobre todo aquellos sobre los que Krishnamurti vuelve con particular insistencia. Por el contrario, los pocos casos en que aparenta estar al corriente de las ideas de Freud sólo aparecen ocasionalmente y más o menos entre líneas. (NB. Dejando aparte uno o dos pasajes donde evoca los nombres de Buda y Jesús entre los recovecos de una frase y seguidos, en ninguno de los numerosos libros de Krishnamurti que he leído se refiere a una tercera persona, nombrada o no, salvo a las que figuran en los relatos de escenas vividas, y además siempre permaneces innominadas.) Que llegaba hasta negar la existencia de un Inconsciente, no lo he sabido hasta hace muy poco (con estupor, lo reconozco), leyendo el segundo volumen de la biografía de Mary Lutyens.

igual que su predecesor Steiner (que le miraba con desdén...), Krishnamurti se dejó arrastrar, durante cincuenta años de su vida bien repletos y hasta su muerte, por unos juegos idiotas que sólo pueden desacreditar sus "Enseñanzas" a los ojos de cualquier espíritu reflexivo. Con eso él mismo neutralizó, redujo a nada la acción a la que había sido llamado: la de *iluminar*. Esa degradación de su propio mensaje me parece todavía más irremediable que en su "hermano enfrentado" Steiner. Pues la acción que le llamaba no se situaba en el plano intelectual de alguna "ciencia" (aunque se calificase de "espiritual"), sino ya de entrada en el plano espiritual. Y menos que cualquier otra, la acción espiritual no tolera la mediocridad de la autocomplacencia y de los juegos de poder.

Según lo que he podido ver hasta ahora, la existencia de Krishnamurti me parece espiritualmente estéril casi por completo. Creo que su nombre, al contrario que el de Steiner, no tardará en caer en un merecido olvido. En total, no he conocido ni una sola persona que le deba una comprensión, una estimulación verdadera (y no sólo imaginaria) en un momento dado de su itinerario espiritual. Ése es mi caso. Me costaría decir si el beneficio que he sacado de mi encuentro con la obra de Krishnamurti compensa las pesadas trabas que han sido para mí, durante
N 560 largos años, algunos de sus deliberados propósitos ◊de los más aberrantes[1228]. Al principio los hice míos con el resto, con confianza, dando fe a su excepcional penetración, de la que me había convencido de primera mano aquí y allá. Pero sobre todo, creo, estaba asombrado e impresion-
N 561 ado, sí "*electrizado*"[1229] por esos aires de autoridad ◊lúcida y soberana, totalmente despegada y sin embargo a la vez intensamente "presente" – por ese carisma tan particular que sólo se encuentra, creo, en él. He ahí, seguramente la clave de su extraordinario ascendiente, incluso

[1228] Véanse las tres notas citadas en la anterior nota a pie de página. En ellas examino algunos de esos "propósitos deliberados". Ya tuve y tendré de nuevo ocasión de evocar, en las páginas de la Llave de los Sueños, en qué la filosofía krishnamurtiana que había hecho mía constituyó una seria traba para mí, y esto de diversas maneras. Hasta ahora, eso aparece sobre todo en la sección "Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas" (n^o 21), aunque no haga más que una breve (demasiado breve...) alusión a la influencia de Krishnamurti, en una nota al pie de la página 57. Se trataba de mi desconfianza frente a toda reflexión a poco que me pareciera "metafísica", o sólo "filosófica", y de mi reticencia casi insuperable a involucrarme en una reflexión en ese sentido, como si sólo pudiera ser pura especulación, un mero juego del espíritu que se complace en sus propias construcciones, una especie de "facilidad" en suma. Esas disposiciones, que ahora me parecen una verdadera *parálisis* parcial de mis facultades de conocimiento, sólo se disiparon el pasado invierno, con mis sueños de enero a marzo de 1987. Por el contrario esos sueños me llamaban (con medias palabras, ciertamente) a hacer pleno uso del potente medio de conocimiento que es el pensamiento, para desarrollar una vasta visión de conjunto del Mundo y de la existencia humana, a partir del material proporcionado tanto por el Soñador como por mi experiencia personal.
Pero ya mucho antes, entre 1972 (en que me encontré con el pensamiento krishnamurtiano) y 1976 (en que "descubro la meditación" y comienzo al fin un verdadero *trabajo* de conocimiento de mí mismo, los tabúes krishnamurtianos contra el pensamiento, y más particularmente, contra todo *trabajo del pensamiento*, han sido una poderosa traba para la eclosión de la meditación en mi vida y por ello, a todo progreso espiritual, a toda maduración. Sin contar que Krishnamurti niega la idea misma y la posibilidad de todo progreso, de toda profundización, como puro espejismo del "yo" ávido de llegar a ser esto o aquello. No me quedaba, en suma, más que esperar con los brazos cruzados que la gracia concedida al Maestro descendiera también sobre mí, quizás, cuando Dios tuviera tiempo... Me expreso sobre esa profunda división en mí, esa "dimisión", creadas por la desconfianza implantada en mí contra mi mejor baza y mi mejor aliado, el pensamiento, en la nota "¿Quién es "yo" – o la dimisión" (n^o 58).

[1229] Lo que aquí intento expresar sobre mí, debe de haber sido el caso de innumerables otras personas, lectores de los libros de Krishnamurti u oyentes de sus conferencias. Seguramente, "esos aires" o más bien, lo que sugerían con tan irresistible poder, debían responder a una esperanza, o a una profunda nostalgia, a un descontento que se ignoraba, un poco como: he ahí al fin, el hombre *completo*, totalmente diferente – el que desespero de llegar a ser, el que buscaba en otros desde hace tanto tiempo y que todavía nunca he encontrado...
Pero ese primer "contacto fulgurante", después de haber exacerbado una sed espiritual que se ignoraba, no tarda en adormilarse en un somnoliento ronrón, hilvanado por innumerables conferencias en salas repletas y por nubes de volúmenes que se parecen como hermanos, hasta el punto de que se termina por recitar "el Krishnamurti" de memoria. Quizás yo sea el único, o en todo caso uno de los pocos, en no haberme adormilado en la ronroneante almohada preparada por el Enseñante; o si realmente me adormilé durante algunos años, el único o uno de los pocos en haberme despertado. (Con la llamada del Soñador, ese eterno Despierto, y el gran, y discreto, Despertador...)

sobre gente que estaba incapacitada para apreciar los logros que realmente había conseguido en el conocimiento del alma humana, y en demistificación de algunos de sus principales clichés que infestan la vida religiosa desde tiempos inmemoriales. Por mi parte, después de un primer contacto fulgurante[1230], me di cuenta de muchas cosas que cantaban, tanto en las Enseñanzas como en el mismo Enseñante, era impensable que esos aires de total lucidez, de ardiente desapego, de Verdad encarnada – ¡que eso fuera un simple atrapabobos!

Y sin embargo, ¡lo impensable era cierto[1231]! Pero sólo al releer su biografía el pasado mes de octubre[1232], hace apenas cuatro meses, terminé al fin por rendirme a la evidencia. Dejé de
N 562 tergiversar, ◊dejÃ© de ver al que secretamente, durante algunos años[1233], me había servido de modelo, ¡con dos pares de ojos diferentes que hacían como que se ignoraban el uno al otro!

(126) La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance

(13 y 15 de febrero)[1234] Comencé la nota precedente con la idea de hacer un pequeño balance de una o dos páginas de "la aportación de Krishnamurti" – ¡ y llevo tres días completos que más bien me dedico a arreglar viejas cuentas con él! Ayer todavía no acababa, con la interminable cohorte de notas a pie de página alargándose, dos de las cuales han pasado a ser notas plenarias. Y con todo eso, el famoso "balance" sigue sin hacer. Tenía tanto interés en decir todo lo que fallaba (¡y es verdad que a menudo es muy gordo!), que no tuve tiempo de hablar de lo que ha aportado. Más bien he dicho o he comenzado a decir lo que *no* ha aportado, mientras que claramente estaba "ahí para eso" (que se me perdone la caballeresca expresión...). Quizás pudiera resumir mis quejas de los tres últimos días diciendo: no ha aportado una nueva filosofía de la existencia, sobreentendiendo: una filosofía que sea *útil*, que pueda ser útil a algunos para "vivir mejor", lo que también es decir: para progresar en el conocimiento, en la comprensión del mundo y de sí mismos, para madurar. Lo que desarrolló en sus libros y en sus conferencias, bajo el pomposo nombre de "las Enseñanzas" (como si en el mundo no pudiera haber, desde toda la eternidad, más que las Enseñanzas del único Enseñante...), en tanto que "filosofía" o visión del
N 563 mundo, simplemente no se tiene de pie. Al menos no ◊en su conjunto. Es (lo repito[1235]) una

[1230]Ese primer contacto lo tuve con la lectura de los primeros capítulos del citado libro "La libertad primera y última", en 1972 si mis recuerdos son exactos, al final del periodo "superviviente".

[1231]Si digo que "esos aires" tan atractivos eran un "atrapabobos" (¡por "impensable" que parezca!), quiero decir sobre todo que la imagen de sí mismo que presentaba Krishnamurti, y de la que él era el primer engañado, era una pura quimera, construida desde cero. Ciertamente no había intención de engañar, sino más bien una puesta en escena inconsciente, realizada con acabada maestría, y de una eficacia extraordinaria. ¡El engaño consciente jamás alcanza tal maestría en el arte de mistificar! También está claro que la puesta en escena, iniciada por sus tutores teósofos con los medios mucho más groseros del bombo mesiánico y del mercado de las vanidades que lo acompañaba con gran alboroto, logra credibilidad sobre todo por ciertas cualidades eminentes realmente presentes en la persona de Krishnamurti. Tal vez la más esencial de ellas sea la "capacidad de presencia", que se tratará en una nota posterior "Capacidad de presencia y recuerdo" (n^o 129). Otra es la penetrante percepción y el íntimo conocimiento de la psique, cuya naturaleza intento captar en una nota posterior "Descubrimiento, o ciencia infusa? – o el "enigma Krishnamurti"" (n^o 130).

[1232]Es sobre todo el segundo volumen, "Los años de Cumplimiento", que no apareció hasta 1983 y que todavía no había leído, el que me aportó las aclaraciones que me faltaban.

[1233]Se trata de los años entre 1972 y 1976. El descubrimiento de la meditación en 1976 marca el cruce de un umbral crucial hacia la autonomía espiritual. Detrás de ese umbral ya no hay modelo, consciente ni inconsciente. Sin embargo eso no significa que todas las ideas que había hecho mías sin que hubiesen surgido de mi propia experiencia y no estuvieran arraigadas en ella, se hubieran desprendido de mí de la noche a la mañana, incluyendo las que había tomado de Krishnamurti. Como recuerdo en una nota a pie de página anterior (página N 560), lo cierto es lo contrario. Una idea recibida no se desprende nunca, creo, sin un trabajo interior, a menudo quizás inconsciente, pero que en mi caso (si no en el de todos) requiere la sanción de un trabajo consciente, o al menos de una constatación consciente y claramente, cuidadosamente formulada, para que al fin llegue a ser un hecho adquirido y plenamente operativo. Es posible que sólo con la reflexión esporádica sobre Krishnamurti, realizada aquí y allá a través de las páginas de la Llave de los Sueños, se hayan terminado de desprender los últimos vestigios de las ideas falsas que había tomado de Krishnamurti y había hecho mías.

[1234]Continuación de la nota anterior "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión".

[1235]El término "mistificación" (aplicado a R. Steiner y Krishnamurti) aparece por primera vez en la nota "Her-

mistificación, movida por una vanidad descontrolada, por una delirante locura de grandezas, animada por multitudes de oyentes y lectores dóciles, admirados, subyugados.

Pero es evidente que si sólo hubiera eso, ni hubiera soñado jamás en incluir a un cierto Krishnamurti entre mis mutantes, ni en tomarme la molestia de aclararme conmigo mismo sobre él y sobre sus famosas Enseñanzas. Como he subrayado más de una vez, ejerció sobre mí una especie de fascinación durante años. Cuando leí su primer libro, en 1971 ó 1972, aún no sabía nada de su reputación ni del bombo mesiánico (que me habría vuelto más bien desconfiado...). Eso no impidió que inmediatamente quedara "electrizado". Y esa fascinación no se debía sólo a un "carisma" excepcional, que "pasa" perfectamente por su estilo de expresión; ni a la pose, soberbiamente interiorizada e interpretada, de "hombre liberado", de hombre "que *ve*". (Y que ve *todo*, y lo ve *como es*, es lo de menos...) En el libro "La Libertad primera y última" (que es sin duda su obra maestra), no hay duda de que junto a lo que ahora me parece pose y mancha, hay una *substancia*, y de las más jugosas. Seguramente esa substancia es la que me enganchó, como quizás ningún libro me había enganchado antes.

Aquí también hay que dar a cada cosa lo suyo. Seguramente quedé impresionado, sin aliento, "electrizado", de ver afirmar negro sobre blanco, y con tal limpidez, tal fuerza lapidaria, y sobre todo con tal aire soberano (el aire del que describe, a beneficio de los hombres de todas las épocas, lo que *ve* con sus ojos en ese mismo momento...) cosas que todas o casi todas iban en contra de lo que yo siempre había creído, e incluso: de lo que hasta entonces formaba parte del fundamento inexpresado de mi visión del mundo. Con más precisión, se trataba de convicciones inexpresadas que tenía en común con "todos" – las que formaban (y aún forman) parte del "aire de los tiempos" que respiraba desde mi infancia, igual que mis padres y los padres de ellos también respiraron.

Hubo un efecto *choque*, un choque *intelectual*, eso ahora está bien claro. Sin duda el momento estaba maduro, en mi vida: ◊bajo el efecto de ese choque mi visión del mundo, al menos la visión consciente y los valores que expresa, *basculó*. Casi de la noche al día, "cambié de filosofía". Ciertamente sin decírmelo en esos términos, ¡me convertí, eso sí, en "krishnamurtiano"! Hice mía, casi a ojos ciegas o al menos sin ninguna veleidad de un examen de conjunto algo atento, esa "filosofía" krishnamurtiana del la que acabo de afirmar (quince años más tarde...) que no merece el nombre de "filosofía", que era una "mistificación". Es verdad que en tos quince años he tenido tiempo de cambiar. Esos quince años, son como quince *vidas* que hubieran pasado desde entonces...

N 564

¿Pero entonces qué pasó? ¿De dónde viene este repentino, este asombroso cambio? Entonces tenía cuarenta y cuatro años – ya no era un joven, y nunca había sido un cabeza hueca que se va con el primero que pase. Intelectualmente, estaba en la plenitud, en una floreciente y poderosa madurez, en plena posesión de mis facultades. Es verdad que espiritualmente estaba en la infancia.

Había un "punto fuerte" irrecusable, de un inmenso alcance, que inmediatamente me "enganchó" y conquistó: es la puesta en claro, por Krishnamurti, del "*proceso de huida*". Nunca había sospechado algo parecido. Fue con Krishnamurti, al leer algunos capítulos de su libro, con el que me enteré. Fue una verdadera revelación – ¡se me cayeron las escamas de los ojos! De repente, multitud de cosas inexplicables, desconcertantes, que desde siempre se burlaban de mí, como ridiculizando mi visión del mundo tan racional, tan sólidamente tallada, tan bien asentada – esas cosas insensatas, absurdas, locas *de repente cobraban sentido*. Comprendí que tenía entre las manos una llave irreemplazable, una llave maestra para comprender la existencia humana. Y no me equivoqué, ciertamente – esa llave no tenía nada de ilusoria. Lo que entonces comprendí como un relámpago se fue confirmando día tras día a lo largo de todos mis días y mis años. En este momento en que escribo es tan cierto como la primera vez que lo descubrí. Y

manos enemistados – o una madrina para dos mesías" (n^o 123), cf. páginas N 545 – N 546, y en el caso de Steiner, en la nota "Fantasmagorías de un vidente" (n^o 122), página N 537.

ese descubrimiento, no lo hice observando la realidad, sino leyendo un libro. Un libro de un tal Krishnamurti, que nadie sabe cómo lo había descubierto. Pero no en un libro, él no.

Era algo muy impresionante. Ciertamente, lo más asombroso, los más "absurdo" de todo, es que después de millares (por no decir millones) de años que el hombre está ahí, dotado de
N 565 un espíritu que le permite enfrentarse a ◊sí mismo y a la condición humana tal y como se ha desarrollado hasta el presente, ¡*nadie* se había percatado todavía de eso! ¡*Eso* es lo más absurdo! Bien visto y aclarado esto (si es que verdaderamente se puede "aclarar" algo hasta tal punto enorme...), el que descubre tal cosa, una cosa tan cotidiana, tan evidente, tan crucial y que sin embargo nadie ve – ese hombre no puede ser un cualquiera. Para establecer un paralelo que haga sentir las dimensiones de esto, me cuesta imaginar un solo *hecho*, susceptible de ser ignorado por el espíritu y que un día el espíritu descubre, cuya importancia para la vida de cada uno sin excepción pueda ser comparable a la de ese hecho y de la universal ignorancia de ese hecho – del hecho de la huida. Pensando en los hechos importantes y (más o menos) simples que costó mucho descubrir y que ahora forman parte de nuestra visión del mundo: el hecho de que la tierra es redonda, la cosmología llamada "de Copérnico", las leyes de Kepler o la gravitación universal de Newton, la relatividad de Einstein, o los descubrimientos de un Hahnemann, de un Darwin, de un Pasteur, de un Claude Bernard, de una Marie Curie, nuestros conocimientos sobre la célula viva, sobre la herencia, sobre el cromosoma... – no hay ni uno sólo de importancia comparable. Ignorarlos, o conocerlos y tenerlos en cuenta, sólo cambia la vida humana en la superficie, sin que los comportamientos cotidianos, las relaciones de los seres unos con otros y con ellos mismos, cambien verdaderamente. Nada de esto para el proceso de la huida, que domina esos comportamientos sin que nadie lo sospeche. El que descubre tal cosa, el que la ve en todo su impensable alcance, sin ninguna veleidad de minimizarla, de evacuarla con fórmulas tranquilizadoras; y que, además, se consagra a decir y repetir incansablemente[1236] tal cosa, de cien y mil maneras, a un mundo ciego y sordo –¿no es ése uno de los más grandes entre nosotros?

Seguramente eso lo sentí, con la claridad de la evidencia, sin siquiera decírmelo entonces, como ahora me lo digo para refrescar mi memoria sobre algo que tiendo un poco a olvidar. En ese momento (en 1971 ó 1972) no me di cuenta de que otro hombre había hecho ese descubrimiento
N 566 antes que Krishnamurti. De eso no me di cuenta hasta el año pasado[1237] con la ◊lógica de la reflexión realizada en la Llave de los Sueños. Pero que ya lo hubiera sabido o que lo hubiera aprendido después, eso no cambia gran cosa. El asombroso hecho que el mundo entero parece haberse coaligado desde hace milenios para ignorar a cualquier precio, estaba bien claro que Krishnamurti no lo había aprendido de nadie más que él mismo. Eso es lo único que cuenta para apreciar la 'grandeza" de un acto de conocimiento. Y en cuanto al alcance de su *aportación* personal a nuestro conocimiento del alma humana, ahí también, que Freud se le haya de alguna manera "adelantado" no me parece que disminuya en nada esa aportación. Los sesgos con los que esos dos hombres abordaron ese hecho, las iluminaciones que le dan, son totalmente diferentes. Ninguno de los dos incluye y vuelve superfluo al otro. Me parece que Freud no vio tan claramente, tan totalmente como Krishnamurti todo el inimaginable alcance del hecho de la huida. Se diría que ese alcance se encuentra como "diluido" en él, de forma más o menos difusa, tanto en su experiencia clínica como médico psiquiatra, como a través de las vicisitudes y las frustraciones a menudo dolorosas de su vida personal y de sus amistades. Preocupado como está, ante todo, de desmontar los engranajes de cierta mecánica abracadabrante, no se dio

[1236] Por supuesto que Krishnamurti no se "consagró" sólo a eso, y la fuerza que le animaba no era la que nos hace servir humildemente a una gran misión. Pero la extrema insistencia con que vuelve sobre el tema de la huida muestra hasta la saciedad que veía ese hecho en todo su prodigioso alcance.

[1237] Fue en mayo del año pasado, en la reflexión (del 9 y 12 de mayo) realizada en la nota "Krishnamurti y Freud – o el papel de maestro y el destino del héroe" (n^o). Esa nota será colocada en un posterior Capítulo XI, con la sección ("La Farsa y la Fiesta") a la que se refiere.

tiempo, me parece, para "reposar" en ese trabajo, para hacer *la constatación* pura y simple, la constatación desnuda de *la existencia* de dicha mecánica, de lo que representa de verdaderamente extraordinario en la existencia humana. Se pudiera decir, quizás, que Freud aborda esa extraña "máquina de engañar al mundo" con las disposiciones del *ingeniero-técnico*, destornillador y electrodinamómetro en mano. Krishnamurti la aborda como un *niño*. Con las disposiciones del técnico, que hurga en el interior de la máquina, es como Freud descubre las extrañas tripas del Inconsciente – el cajón de sastre (en primerísimo lugar) de todo lo que hay que escamotear y ocultar, para mejor engañar a su mundo. Mientras que el niño no se preocupa de sumergirse en las oscuras tripas de la máquina. Más bien, sueña y se asombra de que esté ahí, silenciosa, todopoderosa, de que todo el mundo le obedezca sin saberlo, y de que sin embargo nadie la vea...[1238]

N 567 ◊No, esa fulgurante impresión de *grandeza*, a pesar de todo lo que después he aprendido y comprendido, nunca se ha equivocado. Pero, a falta de madurez, de autonomía interior, de rigor intelectual, entonces me dejé arrastrar por la comodidad, por no decir abdicación, a la que nos predisponen todos nuestros condicionamientos. Habiendo sentido esa penetración, esa audacia, esa inocencia – en una palabra, esa *grandeza*, tendía a dar crédito a todo lo demás. Como las tonalidades dubitativas son totalmente ajenas al estilo de expresión del Maestro, de Aquél que Sabe, que sólo se expresa con la autoridad total, soberana, sin réplica del que ve y se digna a decir lo que ve – me dejé "epatar" por esos aires – ¡di por bueno todo el paquete! La idea de que el Enseñante pudiera simplemente no ser *serio*, que justamente "iba a epatar" – esa idea ni se me hubiera ocurrido[1239].

[1238] Hay que decir que, al contrario de Freud, Krishnamurti jamás supera ese estado de simple constatación, acompañado de una especie de tácita reprobación y de que hagamos la constatación con él, y con eso, que superemos el proceso de huida. Finalmente llega (especialmente en los relatos que forman los "Comentarios sobre la Vida") a no ver más que eso en los hombres que le visitan o que tiene ocasión de observar, como una especie de grieta fundamental que hubiera borrado todo lo demás – la versión krishnamurtiana, en suma, del sempiterno "*pecado*" de los cristianos. Más de una vez, me dio la impresión de que el espectáculo de ese proceso, ciertamente de lo más invasivo, le impedía percibir la belleza o la grandeza de un ser o de una vida, que coexistía con ese proceso. Ni una sola vez le he visto sensible a una grandeza humana, de lo imbuido que está de esa vanidad de que sólo él es "grande"...
Me chocó que en ningún momento Krishnamurti se plantease cuestión alguna sobre el origen, en la vida de la especie o en la del individuo, del proceso de huida, o de su razón de ser, de su sentido. (No más que un moralista se plantea cuestión alguna sobre el origen y el sentido de las reglas que establece o comenta.) No hay ninguna alusión a la relación entre ese proceso y la represión sufrida en la infancia, y especialmente la represión sexual.
(22 de febrero) Es extraño que Krishnamurti parezca ignorar totalmente la realidad de la represión, sexual u otra, igual que ignora las raíces infantiles de los mecanismos y actitudes que constata con tal penetración. Por su extraño propósito deliberado de ignorar el pasado, de cortar el instante presente del flujo que hace de él un "momento" en una *historia*, hay una dimensión esencial de la realidad psíquica que se le escapa totalmente. (Una dimensión que Freud en cambio parece haber sido el primero en descubrir en todo su alcance.) Junto a la realidad de la represión, y la de la presencia de la infancia en la psique de la persona adulta, hay una tercera gran laguna en la visión krishnamurtiana de la psique: es la casi total ignorancia del sexo. Si alguna vez habla del sexo, lo incluye en el "proceso del deseo", poniendo la pulsión en el mismo saco que los demás deseos, sean carnales, intelectuales o egóticos. Esas tres grandes lagunas se encuentran también, ciertamente, en su "hermano enemigo" Steiner, igual que se encuentran, invariablemente, a través de la literatura espiritual de todos los tiempos (según lo que he podido ver).

[1239] Esa idea no se me hubiera ocurrido en ese momento, ni siquiera en los años siguientes, cuando se acumularon las contradicciones flagrantes en las Enseñanzas, igual que en lo que iba conociendo de los hechos y gestos del Enseñante. En mi primera carta a Krishnamurti, de julio de 1974 (releída ayer), en que le someto alguna de mis perplejidades, la autenticidad del personaje aún no tiene la menor duda para mí. En mi segunda carta de septiembre de 1980 (que igualmente acabo de releer), meto más la "pata" poniendo de relieve ciertas enormidades particularmente flagrantes. Pero el hecho mismo de haber enviado esa carta (cuya escritura ciertamente me fue útil por más de un motivo) muestra que aún no me había decidido a hacer balance de todo lo que sabía. Había rehusado darme cuenta de una total falta de seriedad, de una obsesión por epatar, de una desmesurada vanidad totalmente descontrolada; en suma (por increíble que pueda parecer) no sólo de un estancamiento, sino de una irremediable *mediocridad* en la que se había hundido. Hasta el pasado mes de octubre, en mi visión de Krishnamurti yo permanecía en un estado de división, que evoco en las últimas líneas de la anterior nota.

N 568 ◊Por supuesto, sólo puedo reprocharme a mí mismo lo que en mí era una falta de rigor y casi de "seguidismo". Las trabas que me han hecho llevar durante casi quince años[1240], y de las que penosamente me he deshecho una a una a lo largo de los años, son producto de mis propios actos y omisiones. Yo mismo me las puse. (Y una vez puestas, tuve tendencia a olvidar su proveniencia e incluso su existencia...) Pero aunque hubiera sabido con certeza (¡por la boca del mismísimo buen Dios, quién sabe!) que no había intención de epatar y que todas esas "verdades", servidas con tan gran hermosura, eran realmente serias y verdaderas tal cual, eso no habría sido razón para aceptarlas, sin antes comprobarlas a la luz de *mi* experiencia, y sin que arraigen en el terreno de *mi* vida[1241].

Además, no creo que esa confianza casi ciega en un Gurú-no-Gurú se hubiera desencadenado y aún menos mantenido durante años, si el "paquete" presentado por el Maestro hubiera sido "no importa cuál" Dejando aparte la constatación capital de la que he hablado, la del proceso de huida, *grosso modo* puede decirse que el paquete en cuestión consiste ante todo en *ir a contrapié* de todos los valores y actitudes generalmente admitidos, tanto en los medios religiosos o "espirituales" de todas las confesiones y todas las tendencias, como en la "Cultura" en general. Se trata sobre todo de los valores yang y superyang, los valores "macho" a ultranza, de los que mi psique y mi vida estaban saturadas desde mi infancia, y de los que estaba enfermo sin saberlo todavía. Seguramente, si el "paquete Krishnamurti" me electrizó hasta tal punto, es que oscuramente debía sentir que representaba una especie de *antídoto* contra el mal que sufría
N 569 sin saberlo. Sólo después de casi diez años, en 1980[1242], ◊comencé a darme cuenta de que el conjunto de los valores que Krishnamurti exalta como la Voz de Dios encarnada, y que opone con una fuerza de convicción poco común a los valores recibidos, son valores "superyin", valores "superfemeninos", afirmados además de manera igualmente exagerada, igualmente desprovista de todo equilibrio y de matices, que los valores "macho" que quisiera suplantar.

Quizás sea ésa una segunda "aportación", o un segundo aspecto importante de una misión que le esperaba y que jamás cumplió. Ciertamente, ese conjunto de valores que quiso encarnar es tan esterilizante como el antiguo. Más exactamente, es totalmente irreal, invivible, una pura ficción, una mistificación. Pero eso no impide que al menos sugiera una *dirección*, una dirección saludable, muy necesaria: la dirección "salida" del conjunto de valores casi universalmente recibido, los valores "macho": los del músculo, del cerebro, de las fanfarrias militares, del héroe y las heroicas luchas y carnicerías, de la guerra, de la competición, de la "Ciencia" pura y dura, la ley del más fuerte del más inteligente del más listo, los ideales las doctrinas los métodos las ideas y la desbocada carrera hacia delante del "Progreso"...

La aparición de ese extraño paquete krishnamurtiano puede ser vista, quizás, como uno

[1240] Para más detalles al respecto, véase una nota al pie de la página N 562 en la nota precedente.

[1241] Tal fue, instintivamente por así decir, mi actitud frente a los sueños, incluso después de darme cuenta de que el Soñador era el mismo Dios, que me hablaba con la voz del sueño. Dios no espera que yo acepte ciegamente el mensaje de ningún sueño. El mismo lenguaje del sueño, que exige un considerable trabajo para descubrir el sentido o *uno* de los sentidos de un sueño (primer paso indispensable hacia una verdadera comprensión), es de lo más eficaz para animarnos de entrada a superar tal pasividad frente a la palabra de Dios. Dios-el-Soñador incluso se ha tomado la molestia de enviarme un sueño en el que, entre otras cosas, Él expresamente me hizo comprender que los sueños que Él me envía son como unos "distinguidos visitantes matemáticos", ¡y que hago bien en usar mis propias luces tanto como las suyas!

[1242] Fue en septiembre de 1980, hacia el final de una larguísima "ola-meditación" que había comenzado en agosto del año anterior. Por primera vez, creo, me tomé la molestia, quizás durante una tarde, de pasar revista negro sobre blanco, en estilo telegráfico, a las principales afirmaciones de Krishnamurti que más o menos había hecho mías, y en anotar qué matices, qué restricciones o qué complementos debía aportarles, a la luz de mi propia experiencia y de la meditación de los últimos cuatro años. Inmediatamente después de esa reflexión-relámpago escribí mi segunda carta a Krishnamurti, a la que he hecho alusión en una anterior nota a pie de página. Cuatro años más tarde, en una de las notas de Cosechas y Siembras, vuelvo sobre el papel de Krishnamurti, él mismo de un innato temperamento yin en extremo, como un campeón de un conjunto de valores "yin", femeninos. (Véase en CyS la nota "Yang juega a yin – o el papel del Maestro", n^o 118.)

de los signos precursores del cambio de los Tiempos[1243], y por eso mismo, a poco que sea, como formando parte de la *preparación* del gran Cambio. Es sin duda una reacción tan saludable como exagerada a un conjunto de valores cada vez más y más asfixiantes. Y *ahí* está sin duda, dejando aparte el poderoso carisma del que ya he hablado, la causa del extraordinario ascendiente de Krishnamurti y de la fascinación que ha ejercido sobre tantos espíritus, incluyéndome a mí mismo.

Cuando hace poco he dicho que el "paquete" que nos ofrece Krishnamurti consiste en "ir a contrapié de los valores y actitudes generalmente admitidos", en ofrecernos en suma una especie
N 570 de "réplica" caricaturesca en negativo, sin ◊duda he minimizado su contribución reduciéndola a sus exageraciones, incluso a lo que he llamado la "mistificación" krishnamurtiana[1244]. De hecho, a menudo encontramos en él (casi siempre en su relato de escenas vividas, y especialmente de entrevistas) una crítica penetrante, "a medida", de algunos de los clichés comúnmente aceptados. Por eso (y como ya di a entender al final de la anterior nota), ¡el "mistificador" ha sido al mismo tiempo un gran *desmistificador*!

Esa despiadada puesta al día del cliché piadoso ha sido particularmente saludable en el dominio de la vida religiosa o de la vida llamada "espiritual", que tuvo amplia ocasión de ver de cerca. Sus observaciones en ese sentido a menudo cortan por lo sano, y tienen tanto más alcance, golpean más fuerte y certeramente, cuanto que el mismo que las hace tiene (con razón o sin ella) una reputación de "gran espiritual". Algunas de sus observaciones me han sido muy útiles para no dejarme impresionar por algunos tópicos espiritualizantes[1245]. Y seguramente no soy el único. Y seguramente han dado eficaces golpes de ariete a todo un falso prestigio de una falsa religiosidad, o de una religiosidad petrificada. Ahí también reconozco una contribución de lo más benéfica al necesario proceso general de "degradación de los valores" o de "degradación cultural", de erosión o demolición de los valores tradicionales, del que ya he hablado en otra parte[1246].

N 571 ◊Igual que en la "cruzada antiyang", si hay algo que limita la eficacia y el alcance de su incisiva crítica de una civilización, es la total falta de matices en sus conclusiones, es la facilidad tan común de la esquematización del "todo blanco – todo negro", llevada a veces hasta lo grotesco[1247]. Puedo hablar con conocimiento de causa, pues me costó mucho deshacerme de esas simplificaciones abusivas, que inducen a error. A causa de ese simplismo, de esa continua sobrepuja, en llamativo contraste con sus dones de percepción y de intuición de extrema finura, la obra crítica de Krishnamurti me parece más como una obra de *demolición*, que se inscribe en un proceso de *descomposición de una civilización*, que como una verdadera obra constructiva,

[1243] Al escribir esta línea, se me impone la comparación con el "paquete jungiano" (de C.G. Jung), menos radical y menos penetrante, menos profundo, más "razonable", pero también menos desfigurado por el imperio de una vanidad invasiva.

[1244] Respecto de ese término, véase una nota al pie de la página N 563. Esa mistificación me parece considerablemente más grosera en Krishnamurti que en Steiner. En uno y otro la veo a dos niveles:
1^o) En el personaje mostrado, que es totalmente ficticio.
2^o) En las "exageraciones", que a veces llegan a lo grotesco en Krishnamurti, tras las cuales se nota la apuesta, el "juego de poder": "¡*yo* puedo permitírmelo, y hacer pasar sin roblema tales enormidades!"
Esas exageraciones, en Krishnamurti, no van todas necesariamente en el sentido de una "reactivación" pro-yin.

[1245] Uno de los "tópicos" entre muchos otros desmistificados por Krishnamurti consiste en la nube de misterio y de beata veneración religiosa que rodea a los "grandes Maestros", infinitamente distantes, en las sociedades iniciáticas. Krishnamurti ha puesto al desnudo la cínica explotación psíquica que eso encubre. Tales Sociedades u Órdenes "espirituales", y todo ese culto a los "Maestros" que a menudo los reclutas del montón nunca han visto y nunca verán, son hoy tan florecientes como nunca. También hay todo un folklore (a veces calificado de ciencia o de tradición "esotérica") alrededor de lo que se llama "los grandes Iniciados" – un folklore al que Steiner (que él mismo ponía pose de tal ser extraordinario...) se dio de lleno. Por su pasado teosófico, Krishnamurti estaba bien curado de ese tipo de infantilismo, que pasa por "espiritualidad".

[1246] Véase la sección "... y su ruptura – o la usura de los Tiempos", n^o 54.

[1247] Véase por ejemplo la actitud de Krishnamurti frente a las literaturas sagradas, evocada en una nota al pie de la página N 555 en la anterior nota.

que ya prepararía un "Después" – el después de "la gran Zambullida"...[1248]

(127) Un serio que ignora la sonrisa – o humor y espiritualidad

(10 y 16 de febrero)[1249] A propósito de esa "falta de seriedad" común a Steiner y Krishnamurti, es gracioso notar que una de las palabras que vuelve con mayor insistencia a la pluma de Krishnamurti, pero también a la del antropósofo-biógrafo Hemleben al comentar los hechos y gestas de Rudolf Steiner, es la palabra "*seriedad*": Krishnamurti adjurando a sus oyentes o lectores a examinar el mundo, la vida "tal cual es", y a sí mismos con una *seriedad* extrema y total, la única de la que brotará la verdadera comprensión etc. etc.; y Hemleben insistiendo en la "profunda *seriedad*" con la que el Maestro de ha dirigido a tal audiencia para hacerles sus
N 572 observaciones sobre ◊esto o aquello. (Por ejemplo, sus rollos "cristológicos" tanto doctrinales como litúrgicos, con ocasión de la fundación de la "comunidad cristiana" (Christengemeinde) en 1922, que hace las veces de una nueva Iglesia cristiana bajo bandera steineriana...) Creo que se buscaría en vano la menor traza de una sonrisa en los textos de uno y otro, o en los que gravitan a su alrededor y nos comentan las gestas de sus existencias[1250]. Claramente la sonrisa no estaba prevista en su imagen de marca.

Sin embargo hay que reconocer que la ausencia de sonrisa parece ser como una deformación profesional en los medios religiosos y espirituales. Está arraigada en una tradición religiosa milenaria, en que la religión "no bromeaba", en que la relación con lo divino estaba impregnada de cabo a rabo por el *miedo*[1251]. Así, tampoco he encontrado traza de una sonrisa, de un ocasional matiz humorístico, ni en Teilhard, ni en Guruji, ni en Légaut. Por lo que sé de Guruji, tengo la convicción de que el sentido del humor desapareció de su naturaleza desde hace mucho tiempo bajo el efecto de su ministerio, y es una pena. Por el contrario, en mi breve encuentro de una o dos horas con Marcel Légaut, el pasado mes de noviembre, fue un alivio poder constatar que en su relación directa con los demás y consigo mismo, la sonrisa y el humor no están ausentes (incluso si la sonrisa y el humor permanecen como tácitas, en el trasfondo...).

La ausencia de sonrisa en la obra escrita de cada uno de esos cinco hombres me parece como una especie de carencia, con más exactitud, como una cierta falta de armonía interior de la obra – cual un largo camino que se recorriese por entero en medio de una niebla helada, sin que jamás un rayo de sol llegase para alegrarlo (y a la vez, también, *iluminarlo*...)

Incluso en Bucke, del que bien sé que era campechano y no le faltaba sentido del humor[1252],
N 573 no he encontrado traza de alguna sonrisa ◊ocasional en su obra "Cosmic Consciousness". Como

[1248] Nótese que ese carácter "demoledor" de Krishnamurti, que va en el sentido de una descomposición, de la creación de una confusión, puede verse como muy concorde con la tonalidad tan yin de su temperamento. En las parejas cósmicas

cración – destrucción , orden –caos ,

son los segundos términos "destrucción" y "caos" los que representan el polo yin.

Para una continuación de la reflexión sobre Krishnamurti realizada en la presente nota, véase la nota "¿Descubrimiento o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"" (n^o 130).

[1249] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124), página N 550.

[1250] Aquí fuerzo un poco las cosas, pues en la biografía de Krishnamurti de Mary Lutyens, al menos en el primer volumen y allí donde narra la juventud del héroe del libro, una sonrisa ocasional se cuela aquí y allá entre líneas...

[1251] Rozo el tema del miedo en la tradición religiosa, en la nota "De la porra celeste y del falso respeto" (n^o 10).

[1252] Si hubiera tenido dudas sobre la cualidades de humor y de fineza de observación en Bucke, incluyendo su relación con un personaje rodeado de un halo de prestigio literario y aristocrático, se habrían disipado con la lectura del interesantísimo relato de la visita de Bucke a Lord Tennyson el 9 de agosto de 1891. Ese relato fue redactado por Horace Traubel, amigo común de Bucke y Walt Whitman, y fue publicado en el pequeño opúsculo "A Whitman Disciple visits Tennyson", publicado por A. Lozynsky y J.R. Reed, The Tennyson Society, Lincoln (1977), con una introducción y notas explicativas muy útiles para situar el contexto del encuentro. Ese pequeño folleto nos enseña, como si nada, muchas cosas interesantes sobre Bucke, sobre Tennyson, sobre Walt Whitman e incluso sobre Traubel, que hace las veces de entrevistador-cronista. (Ya se ha hablado de él, de pasada, en la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en ruta hacia el Reino!", n^o 81, véase la página N 284.

si le pisara los talones a esa venerable y aplastante tradición que quiere que, desde el momento en que se escriban las páginas de un libro erudito, o se hable de cosas del alma, el *hombre* desaparezca para dejar sitio a la gravedad del *autor*.

De los diez "espirituales" que hay entre mis mutantes, sólo encuentro cuatro que no temen seguir siendo hombres en su prosa; no aparecer siempre con el rostro docto o grave, o si acaso (como en Légaut) doloroso por momentos, sino dejar deslizarse una sonrisa o un suspiro, incluso prorrumpir en carcajadas o reír a lágrima viva. Están Whitman y Carpenter, poetas uno y otro y cuyas existencias (igual que la de Bucke) se sustrajeron casi por completo a los efluvios antisonrisa de alguna Iglesia o de algún medio "espiritualizante". Está Râmakrishna, parecido a Carpenter por una espontaneidad y una sinceridad que ambos supieron preservar (o reencontrar...), en contra de duras presiones de sus respectivos medios de origen para imponerles máscaras estudiadas. Y en fin, está Gandhi – el que escribe la autobiografía de Gandhi, el Gandhi aún-no-Mahatma. En los tres últimos decenios de su vida, ¡ay! los textos de su pluma tienen tendencia a perder la flexibilidad espontánea, que más o menos da lugar al discurso, a menudo moralizante y a menudo lleno de unción sin réplica, del que se siente "jefe espiritual" de una gran nación. Pero, al contrario de lo que ocurrió con Steiner y Krishnamurti (una vez bien instalados en el sentimiento de su importancia), me parece que la relación de Gandhi con sus allegados, e incluso con todos los que se le acercaban, permaneció sencilla, llena de una calor afectuoso y cariñoso, y que la sonrisa de amistosa benevolencia, y quizás incluso en ocasiones (¿quién sabe?) de connivencia, no estaba ausente.

N 574 ◊(128) "La última tentación" – o mutilación de un sanyasi[1253]

(12 y 16 de febrero)[1254] Esa impresión de una verdadera automutilación apareció progresivamente, y llegó a ser sorprendente, al leer (el pasado mes de octubre) el segundo volumen de la citada biografía de Krishnamurti, de Mary Lutyens[1255] Esa impresión debió cristalizar bajo el efecto de un relato hecho por el mismo Krishnamurti, durante una charla en Bombay el 16 de febrero de 1964. Mary Lutyens escribe que "guarda un recuerdo inolvidable" de esa parte de la charla, que a continuación reproduce in extenso (loc. cit. página 148), sin más comentarios sobre esa historia, ni sobre la impresión "inolvidable" que le había hecho. Es el relato de una escena nocturna a la orilla de un gran río, a la luz de la luna. Un "sanyasi" (un hombre que ha adoptado una vida monástica, en busca de Dios), un desconocido, se dirige al narrador[1256] y le cuenta (nos enteramos) su desoladora historia: para sobreponerse a su inquieta y grosera sensualidad que, según él, le impide "encontrar a Dios", se ha castrado su virilidad. Krishnamurti, profundamente entristecido por ese relato, comenta la locura y la brutalidad de tal acto, añadiendo: "la mayoría de nosotros vive como ese sanyasi..."

En algunas partes de ese pasaje se nota cierta rigidez un poco "melo", que no está en el habitual estilo desnudo de Krishnamurti. Tuve la clara sensación de que el relato era ficticio, que no era una escena realmente vivida, sino construída para las necesidades de la causa. ¿Pero
N 575 qué causa? Después algunas asociaciones hicieron tilt. Tuve la convicción de que ◊en esa

[1253] N. del T.: En el hinduismo, el sanniasi ("renunciante" en sánscrito) es la persona de las castas superiores que se encuentra en la etapa de renunciación a la vida material.

[1254] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n° 125), página 556.

[1255] Es la única biografía de Krishnamurti que conozco. Escrita a invitación de Krishnamurti por la hija de Emily Lutyens, su amiga más íntima, está notablemente bien documentada. Como a veces doy a entender, escrita por una admiradora incondicional, esa biografía también es muy superficial, por decir poco. A la vez es notablemente honesta. Jamás he tenido la mpresión de que el autor escamoteaba algún hecho molesto para dar una imagen más bonita, incluyendo los que para ella eran claramente perturbadores, y que humildemente reconoce no comprender. Ésa es la principal e irreemplazable cualidad de ese libro, que a la vez es un testimonio.

[1256] Detalle típico del estilo de Krishnamurti, cuando habla de sí mismo nunca utiliza la partícula "yo", sino algún término que sugiera la Impersonalidad perfecta, como "nosotros" (en el texto en cuestión) "él" (en otros).

"construcción" el Inconsciente profundo movió la mano del autor para hacerle decir con medias palabras, en lenguaje simbólico, el lenguaje de los sueños, su propia historia. Bajo el "sentido obvio" que pone al desnudo la vanidad de las aspiraciones de cierto sanyasi imaginario, siento el sentido oculto, inconsciente, diciendo la historia de su propia mutilación[1257]

Esa identificación inconsciente de su persona con la de un "sanyasi" no tendría nada de fortuito. Por la educación recibida y por el ambiente cultural que le rodeó hasta más allá de los treinta años de edad, la figura del sanyasi estaba rodeada de un halo de respeto y de prestigio religioso. En 1927 (tiene entonces 32 años), mientras sigue viviendo siempre en el centro de un incesante torbellino de mundanidades tanto sentimentales como religiosas, y de happenings con etiqueta de espirituales, con cierta insistencia se le viene la idea de hacerse sanyasi. Mary Lutyens sólo alude a ello de pasada y como para tomar nota, ¡en nueve líneas de un capítulo en que hay muchas otras cosas que atender[1258]! Sin embargo, después de la muerte de su hermano
N 576 Nitya dos años antes, y a ◊pesar de ese torbellino de distracciones, se adivina que una tenaz fermentación interior proseguía a trompicones. Es evidente que después de ese golpe tan duro, debía haber en él una urgente necesidad de recogimiento, la necesidad de "retirarse" en sí mismo, de sustraerse al ruido circundante para encontrarse al fin a sí mismo, y a su desconocida misión. Bien se comprende que la imagen convencional del sanyasi no representaba "el hábito" del monje, sino su desnudez. Representaba ese retiro, esa poda tan necesaria, limpia y sin dilación, de todas la golosas superficialidades en que se sumergía, centro adulado de las expectativas de sus más íntimos y de los círculos concéntricos de sus allegados, de sus fieles y de sus adoradores.

Krishnamurti hablaba de su deseo "de hacerse sanyasi" en términos algo vagos, como de algo ciertamente importante que "esperaba con impaciencia", pero que no había que "precipitarse" – aún no había llegado el momento. Hablar así, ya era abdicar, era dejar para un hipotético "más tarde" la única cosa que entonces era importante y urgente. Era "flirtear" con una llamada urgente e imperiosa, coquetear para cultivar en su entorno un efímero añadido de suspense e interés. Ese hombre jamás encontrará dentro de sí la determinación para desprenderse, el momento de encontrarse y de encontrar una vía que sea verdadera y que sea suya, de las sólidas seducciones de un aterciopelado círculo de admiradores. Desde el año siguiente, esa cosa tan "importante" que le "esperaba con impaciencia" es definitivamente olvidada...

Más tarde, con una inimitable inversión, muy típica de las vías del ego, Krishnamurti se

[1257] Más de una vez he tenido ocasión de observar una fuerza en el hombre que le empuja a revelar la verdad de su ser, casi siempre en un lenguaje simbólico cuyo sentido oculto ignora totalmente, y en contra de sus intenciones conscientes y de la imagen de sí mismo tan diferente que mantiene. Tuve ocasión de comentar este tema en Cosechas y Siembras, en la nota "La profesión de fe – o lo verdadero en lo falso" (CyS IV, n^o 166). Esa fuerza, claramente, proviene de las regiones profundas del Inconsciente. Tendería a creer que no proviene de nosotros mismos, del alma, sino más bien de Dios, del Huésped invisible que hay en nosotros; que los actos "cifrados" que nos hace realizar son una "firma de Dios", lo "verdadero" de una historia escrita por la Mano de Dios, incluso cuando no haya nunca otro ojo aue la lea más que el Ojo de Dios. Estos comentarios me recuerdan además que ya tuve ocasión de evocar uno de tales casos en las páginas de la Llave de los Sueños, en la nota "La firma de Dios" (n^o 15).

[1258] Esas nueve líneas se encuentran en el primer volumen, a caballo entre las páginas 277/278. Una alusión a esa misma idea se encuentra en cinco líneas de una carta de Krishnamurti a Emily Lutyens (del 8 de diciembre de 1927, loc. cit. página 288):

"... No tengo mucho tiempo para pensar en la renuncia y la shanga (la vida en una comunidad religiosa). Eso permanece en el fondo de mi espíritu, cocinándose a fuego lento y reforzándose cada vez más. Quiero ir despacio en esos temas. Son importantes y sería inoportuno precipitarse."

Una tercera referencia a ese episodio, de media línea, se encuentra en un copioso índice cronológico al final del volumen, página 335, con fecha de 30 de juni (?): "K retoma sus charlas. Desea ardientemente llegar s ser sanyasi." Una última alusión, en una entrevista de Mary Zimbalist (fideicomisaria de la Krishnamurti Foundation) con Krishnamurti (en 1978 salvo error, cuando Krishnamurti tiene 83 años), esta vez de dos líneas, se encuentra casi al final del segundo volumen (página 265), en la pregunta de M.Z.: "Vd. ha dicho alguna vez que aspiraba ardientemente ser un sanyasi. Ésa era "su última tentación"". Krishnamurti responde con "Sigue existiendo...", y, como se debe, dirige enseguida la entrevista hacia el presente y el pasado reciente, y hacia su imagen de marca. 9+5+1+2=17 líneas para ese episodio, es bien poco – ¡adjudicado!

refirió a ese episodio como a "la última gran tentación a la que tuvo que enfrentarse" (!). Es con esa iluminación de la "última tentación" (loc. cit. página 277) como la concienzuda y admirativa biógrafa la presenta en nueve líneas, entre mil cosas más importantes, en el capítulo titulado, por una delicada e involuntaria ironía, "Liberación". Bajo esa etiqueta de "última tentación" es como ese episodio permanecerá clasificado en el espíritu del Maestro envejecido, entre las pocas imágenes fósiles que desde hace medio siglo le hacen las veces de recuerdos...

N 577 ◊(16 y 17 de febrero) Seguramente, después de la muerte de su hermano Nitya dos años antes, con la que se hundió cierto sueño en que Nitya tenía un papel que jugar, un papel agotador...[1259] – después de ese momento su verdadera misión le llamaba, en voz baja. Fue en ese año, en 1927, quizás durante algunas semanas o meses, cuando la voz se hizo más insistente: ¿No te has hartado de toda esa vanidad a tu alrededor y dentro de ti? ¿No tienes nada mejor, más urgente que hacer?

Aunque seguía haciendo oídos sordos, la voz era ahora demasiado clara para no oírla. Voz nueva, voz desconcertante, a la vez bien- y mal-venida, voz humilde y nada aparente, ella le daba (con aires de pedigüeña...) su gran oportunidad, la gran oportunidad de su vida – pero en un plano muy distinto, un plano que jamás había conocido: allí donde el hombre está solo frente a sí mismo, lejos de todo aplauso, y donde la humilde constatación de su miseria es parte de una grandeza que nace en el silencio, en las abundantes aguas del dolor.

Esa bendita voz, esa voz jamás escuchada, no la reconoció. Hizo de ella el perendengue de un momento, que adornaba cierta imagen de "espiritualidad". Algo con qué dar un poco más de jabón a un ambiente de febril euforia. Ya al siguiente año, el tiempo de silencio que aguardaba (había dicho él) con tanta impaciencia y cuyo momento aún no había llegado, se hundió para siempre en la papelera de los perendengues usados...

Es *ahí*, seguramente, donde se sitúa el tercer y último gran giro en la vida de Krishnamurti. El primero tuvo lugar cuando tenía catorce años, cuando se vio, por un milagro repentino, librado de una existencia miserable y postrada, y trasplantado a la confortable seguridad de la sauna teósofa, donde vivirá durante dieciséis años como en un segundo sueño, tan fastuoso como miserable era el primero. El segundo giro tuvo lugar a los treinta años de edad cuando, adulto ya sin haberse dado mucha cuenta, el choque de la muerte de su hermano hace naufragar el sueño de la confraternidad de los "Maestros ocultos", de la que él había sido el Instrumento privilegiado y
N 578 largamente mimado. En los cuatro años siguientes vivió ◊como en un vacío ideológico, jugando sin convicción, bajo el empuje de la inercia del movimiento adquirido, un papel aprendido y muy rodado en el que ya no creía. Su disolución de la Orden de la Estrella, en 1929, que pone fin a una situación falsa que rozaba la superchería, no es más que un episodio de intendencia, episodio espectacular sin significado en el plano espiritual: la misma pieza prosigue, con distintos decorados. (Los viejos desaparecieron por la trampilla. Nunca más se oirá hablar de ellos...)

La elección capital tuvo lugar sin tambores ni trompetas y sin siquiera darse cuenta, "en lo secreto de su corazón", dos años antes. Incluso casi es un milagro que hayan quedado signos exteriores, consignados (como por el mayor de los azares) en algunas líneas apresuradas de una copiosa biografía, al acecho de todos los actos y gestas del Maestro. En ese año de 1927 y a la edad de treinta y dos años, sin que una "decisión" fuera tomada, simplemente dejándose llevar[1260], un hombre al que esperaba una gran misión, antes que atreverse a ser él mismo, eligió

[1259] Nitya estaba gravemente enfermo de los pulmones desde hacía varios años. A pesar de su estado, y fiándose de la protección que se suponía que gozaba por parte de los "Maestros ocultos", el entorno de Krishnamurti le empujaba a disipar las fuerzas que le quedaban en agotadores viajes, que se suponía eran necesarios para apoyar la "misión" de su hermano. Es evidente que Krishnamurti tuvo una responsabilidad directa en la muerte d su hermano Nitya. Jamás asumió esa responsabilidad, entre muchas otras de menor magnitud. Sus primeras confidencias después de la muerte de su hermano son de un sentimentalismo verboso e irrisorio, cuando se piensa en el examen de sí mismo que era eludido, y que lo seguiría siendo.

[1260] Al escribir estas líneas, se me impone el recuerdo de un momento muy similar en mi vida, en 1957, cuando esquivé una llamada interior claramente escuchada, que yo también dejé para "más tarde". Lo descubrí y constaté

seguir siendo un *actor* bajo las candilejas, en una pieza que será enteramente reescrita por él.

Esta elección también es, seguramente, mantenida día tras día durante toda una vida, la que ha desencadenado la entrada en escena de diligentes mecanismos de olvido, del Sepulturero del recuerdo[1261] – apoyado por toda la fuerza acumulada por un asentimiento plenamente consciente, magnificado por una ideología tallada a medida para negar el pasado. Pues para que la nueva pieza sea creíble, hace falta que desaparezca la anterior.

N 579 ◊Y he aquí que volvemos a la automutilación del sanyasi. Ciertamente, Krishnamurti tenía una cuenta que arreglar con ese "sanyasi" que hay en él, con el que un día había sentido la llamada de una soledad – y que él renegó. ¿¿No tenía que probar al mundo entero, y probar*se*, que había tenido razón al hacerlo? Es así como al tradicional cliché de la santidad del sanyasi, él opone el cliché krishnamurtiano de la locura y la ciega brutalidad del sanyasi – el ángel de colores acaramelados prestamente transformado, por la autoridad del Maestro, en diablo con olor a azufre.

Oponer un cliché a otro es una forma muy común de enterrar la humilde verdad. El "sanyasi" del que verdaderamente hablaba Krishnamurti y que hubiera querido olvidar a cualquier precio, no era de melaza ni de azufre ni siquiera de papel, sino de carne y sangre. Era el *espíritu* que escuchaba una voz baja y apremiante, y el *ego* que se negaba a escuchar; el espíritu cansado de un juego vano que había durado demasiado, y el ego voraz que por nada del mundo habría consentido en privarse de él. Esos dos que están en un mismo ser, el espíritu y el ego, son los que tenían una cuenta que arreglar: ¡quién de los dos sería el amo!

Si hubo mutilación, no hubo combate. Para eso habría hecho falta que el espíritu se tomara la molestia de mirar, de calibrar una situación, de ver el envite. Pero mantenía los ojos cuidadosamente cerrados, y consentía.

Tal es, creo yo, la verdadera historia de la mutilación del sanyasi.

N 580 ◊(129) Capacidad de presencia y recuerdo – o: la fidelidad es un don renovado sin cesar...

(12 y 17 de febrero)[1262] En una nota anterior sobre Krishnamurti mencionada hace poco[1263], evoco un "don", o una "cualidad de ser", que parece haber tenido a lo largo de su vida en un grado rara vez alcanzado: el de poder "vivir en el instante presente" a voluntad, de hacer callar, cuando lo desea, toda actividad del pensamiento. Es también una capacidad de intensa *presencia* de todo lo que le rodea. Vuelve una y otra vez sobre esa capacidad con incansable insistencia, y

durante la reflexión de la sección "Fe y misión – o la infidelidad (1)" y en la nota siguiente "La muerte interpela – o la infidelidad (2)" (n^{o}s 34, 35). Si hay alguna diferencia importante entre entre ese episodio de mi vida y el que estoy examinando en la vida de Krishnamurti, se sitúa *más tarde*. No magnifiqué mi infidelidad a mí mismo con una ideología. Sin duda por eso esa infidelidad no fue sellada para siempre. Trece años más tarde, me arranco (y bien sé con qué esfuerzo...) de mi órbita ya trazada de "gran sabio", de vedette del mundo matemático, para volver a empezar de cero...

[1261] Aquí también se me impone un recuerdo que se refiere a mi propia persona. Más de una vez he tenido ocasión, en La Llave de los Sueños y en Cosechas y Siembras, de anotar de pasada la acción en mi psique de ese mismo Sepulturero, instaurado desde los ocho años de edad y que todavía hoy continúa. Pero esa *elección* del ego inconsciente jamás ha sido ratificada por una opción consciente; bien al contrario, después de que lo constaté por primera vez, en marzo de 1980, siento la presencia del Sepulturero como lo que es – como una "mutilación" bien real de mis facultades de conocimiento de mí mismo y de mi destino. En los siguientes años fue cuando tomó consistencia poco a poco la esperanza de una gran "deshielo" del recuerdo, que me conduciría a la fuente de mi infancia olvidada, enterrada. Y ya desde el año siguiente, en 1981, y a lo largo de los años han aparecido los primeros indicios de tal suceso, largamente esperado y preparado, de desbloqueo en masa, torrencial del recuerdo. Pero en ningún momento de mi vida, incluso antes de que tomara conciencia clara de él, el trabajo del Sepulturero adquirió proporciones comparables a las que tuvo en Krishnamurti, en los años de edad madura.

[1262] Véase el reenvío a la presente nota en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n^o 125), página 556.

[1263] Se trata de la nota "Las bestias negras del Maestro (2) – o el rechazo del devenir" (n^o 54), mencionada en una nota al pie de la página N 556

en sus relatos no desaprovecha ninguna ocasión (¡y son numerosas[1264]!) de resaltar con agudeza, y no sin dejar de transparentar a veces un matiz de humor altanero, los menudos signos de su ausencia en los demás. Visiblemente, dejando aparte su papel tácito de Mesías (que sólo se transparenta en filigrana a través de su discurso), es *ahí* de donde saca el fundamento clamoroso, "objetivo", irrecusable de su superioridad sobre los demás. No es extraño que a través de todos sus escritos se haya esforzado en magnificar al máximo esa capacidad bien real en él, y que se viera como el único que la poseía en tan extremo grado, como el solo y único fundamento de una auténtica espiritualidad[1265]. Se ha convertido en su espíritu en la *justificación* perpetua, vertiginosa, de su misma persona, elevada muy por encima de cualquier otro mortal, de su perentoria y soberbia negación del pasado, colocada como piedra angular de su filosofía.

Ahí hay una confusión entre dos cosas bien diferentes, en la que Krishnamurti se ha complacido durante toda su vida y que se ha esforzado en propagar con sus "Enseñanzas" (dedicadas todas a glorificar al "Enseñante"...). ◊Presenta esa capacidad de presencia como una "liberación respecto del pasado". Pero su vida entera atestigua con innegable elocuencia[1266] que no es así. El pasado ha actuado en él tanto y más que en cualquier otro y lo ha "movido y dirigido" (como acabo de escribir hace poco[1267]) Ha querido *oponer* esa capacidad de presencia a la facultad de recordar que es igual de esencial – como si hubiese querido oponer el sueño y la vigilia, la noche y el día, el reposo y la acción, decretando que sólo uno de los dos cónyuges de esas parejas es "el bueno", y que el otro no tendría lugar de ser.

N 581

Es cierto que la capacidad de presencia puede ser vista como una especie de libertad "puntual", estrechamente circunscrita, en relación al pasado cercano. Hace tabla rasa, durante un instante, de las preocupaciones, emociones, espectativas, reservas, contrariedades etc. que nos hayan agitado en el instante anterior y que interfieren con una total presencia del instante presente. Aparentemente quiebra una *continuidad* que sin embargo (¡afortunadamente!) prosigue sin tropiezos a otro nivel de la psique. En cambio, esa aparente "ausencia del pasado" no tiene ninguna influencia sobre las grandes opciones y las grandes inversiones de la psique, tanto las del espíritu y del ego como las de Eros, casi todas enteramente inconscientes. No tiene ninguna incidencia sobre la *fidelidad* del ser a sí mismo y a su misión.

La fidelidad no es una capacidad ni un don, si no es un don que *nosotros mismos* nos hacemos a nosotros[1268], o a Dios, sin saberlo. Al igual que el don de presencia, se manifiesta en el instante y, más que ningún otro momento, en los momentos sensibles, los momentos neurálgicos (que a menudo llegan sin avisar, como un ladrón en la noche...), los momentos creadores del destino. Pero jamás está contenida, jamás se agota en el mero instante. Está tejida con la duración de una veracidad del ser retomada sin cesar y profundizada, durante años y durante toda la vida. Es la suma total, no, la *obra* acabada de una existencia dedicada por entero, a menudo sin saberlo, ◊a la búsqueda tenaz y oscura, retomada de nuevo sin cesar a través de los resquicios de luz igual que a través de la ignorancia, las dudas y las derrotas, de una total autenticidad del ser.

N 582

[1264] Eso me sorprendió sobre todo en los tres volúmenes de los "Comentarios sobre el Vivir". En gran parte consisten en relatos de entrevistas con los interlocutores más variados que iban a ver al Maestro, y de los que ninguno, se diría, encuentra gracia a sus ojos ni, en todo caso, suscita en él simpatía o afecto.

[1265] Para Krishnamurti, se sobreentiende que esa "presencia del instante presente" incluye una mirada ágil y vivaz sobre uno mismo, en otros términos, que incluye el "conocimiento de sí mismo". Así, se atribuye tácitamente una cualidad de existencia que, bien al contrario, está rigurosamente ausente en él. Además no es el único ser que conozco en el que ese "don" o esa "capacidad" de "presencia" va de la mano con una total ausencia de conocimiento de sí mismo, con una autocomplacencia que jamás, jamás desfallece...

[1266] Como acabo de señalar en la anterior nota a pie de página, conozco otros casos que ilustran esa diferencia entre el don de presencia y libertad interior. Pero no hay ninguno y con mucho que sea tan extremo como el de Krishnamurti.

[1267] En las líneas que preceden al signo de reenvío a la presente nota, página N 556.

[1268] Retomo aquí una observación que ya hice en la nota "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad" (n^o 122), página N 538.

En Krishnamurti, al menos en los últimos cincuenta o sesenta años de su vida, una tal búsqueda de la verdad, un tal don a sí mismo no tuvo lugar ni podía tenerlo. Pues el Maestro había decretado de una vez por todas que esa búsqueda había terminado o, más exactamente, que nunca había tenido lugar de ser.

(130) ¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"

(14 y 18 de febrero)[1269] El campo privilegiado de la visión de Krishnamurti, sin duda, era el alma humana. A pesar de todo lo que, en el discurso krishnamurtiano, es pose, mistificación, juegos de poder, no es menos cierto que Krishnamurti es uno de los hombres, con Freud, que ha tenido la visión más penetrante de la psique. Especialmente es, de nuevo con Freud, el único hombre que conozco (aparte de mí mismo[1270]), que haya visto plenamente el proceso de la huída, en toda su inimaginable magnitud. Y si lo ha visto, es por haberlo *descubierto él mismo*, en contra de todo el peso prodigioso de condicionamientos milenarios, que pesaban sobre él igual que pesan sobre cada cual. Ése es, sin niiguna duda, el mayor de sus descubrimientos. Sólo por eso, es uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo[1271]. Ni siquiera medio siglo de estancamiento posterior en la autocomplacencia y en la mediocridad pueden borrar la virtud de tal acto de conocimiento, ni el alcance de esa aportación capital a nuestro conocimiento de nosotros mismos.

N 583 ◊No faltan otras observaciones penetrantes sobre la psique, realidades que él es uno de los poquísimos, a veces quizás el primero, en haber hecho y formulado. En él es donde me las encontré por primera vez, hace dieciséis o diecisiete años. Han contribuido mucho a abrirme a una comprensión de la realidad humana en general y, con ello, a una comprensión de mí mismo. Decantadas de la ganga de contrasentidos o de simplismos que a menudo las envuelven, matizadas con lo que me enseña mi propia experiencia de la vida y de mí mismo y la meditación sobre ésta, esas "vistas" tomadas primero de Krishnamurti se han transformado, a lo largo de años, en conocimiento íntimamente personal y en visión. Al final de una larguísima "ola-meditación"[1272], en septiembre de 1980, un día me tomé la molestia (después de tres o cuatro años en que no había tenido tiempo para pensar en el que, antes, había sido para mí un "Maestro"...), al fin, de hacer una pequeña lista comentada, en estilo telegráfico[1273]. Acabo de sacarla de mis archivadores y de releerla. No es mi propósito y carecería de interés reproducir aquí la lista sin más. Baste constatar que incluso haciendo abstracción del descubrimiento más crucial (¡y n^o 1 de mi lista!), el de la huída, ese conjunto de penetrantes vistas sobre la psique y sobre la aventura espiritual bastaría por sí solo, igualmente, para hacer de Krishnamurti uno de los más profundos conocedores del alma humana y de sus extravíos.

Es aquí donde me veo enfrentado a una contradicción flagrante en mi propia visión de las cosas, a un extraño misterio. Más de una vez he afirmado en las páginas de este libro, como fruto de mi propia experiencia, que el conocimiento de uno mismo es la llave del conocimiento

[1269] Continuación de la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126).

[1270] Pero la gran diferencia, es que yo aprendí primero ese proceso de la huída leyendo a Krishnamurti, mientras que Freud y Krishnamurti lo descubrieron sin aprenderlo de nadie. Ya he tenido ocasión de señalar (véase una nota al pie de la página 255, en la sub-subsección "El hecho más absurdo") que Légaut igualmente había "entrevisto" ese mismo proceso al final de su vida. Como subrayo en la citada sección, en Krishnamurti la virtud activa de ese conocimiento está más o menos anulada por el hecho de que ve el proceso de la huída en todos, *salvo* en sí mismo.

[1271] Quizás escribí demasiado deprisa (en la nota "Krishnamurti – o degradación de una misión", n^o 125, cf. página N 559) que el nombre de Krishnamurti "no tardará en caer en un merecido olvido", y en otra parte ("Los mutantes (6)", n^o 114, nota al pie de la página N 498), predije que su nombre sería olvidado en cincuenta años...

[1272] Ese periodo de meditación, el más largo de mi vida dejando aparte el que me encuentro ahora, se extiende de agosto de 1979 a octubre de 1980. Durante esa meditación fue cuando "hice conocimiento" de forma profunda de mis padres (muertos desde hacía más de veinte años) y de lo que fue su vida, y cuando, en la estela de lo que había aprendido sobre ellos, descubrí vicisitudes de mi infancia largo tiempo olvidadas.

[1273] Ya he hecho alusión a ese episodio en una nota al pie de la página N 568, en la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126).

de los demás y de la condición humana. Al menos, en lo que se refiere al conocimiento de los demás, así es en toda situación en la que estamos personalmente implicados, y todavía más cuando ésta es conflictiva. En la medida en que comprendo plenamente mi propia implicación, incluyendo sus ramificaciones ocultas en el Inconsciente, en la medida pues en que realmente "me pongo en cuestión", es como mi mirada sobre esa situación se transforma creativamente, y

N 584 ◊sobre todo en *mi* relación con ella. Y de paso también se transforma de cabo a rabo toda la iluminación con la que veo la implicación de los demás. Pero dejando aparte ese caso, incluso cuando las personas y los sucesos no me concernían directamente, bien a menudo he podido constatar que mi comprensión espontánea brotaba del conocimiento de mí mismo surgido de tal o cual experiencia en mi vida que tal suceso evocaba y que yo percibía como "similar"[1274]. Tengo la convicción de que en la medida en que nuestra experiencia de la vida es pobre y no ha sido "asumida" (es decir, en que no ha sido asimilada, transformada en conocimiento de nosotros mismos), nuestra capacidad de comprensión de los demás se reduce otro tanto: en la mayoría de los casos concretos a los que nos enfrentemos, será pobre, burda, incluso totalmente "fuera de lugar".

Si eso es así es, estoy convencido, porque en las cosas verdaderamente esenciales, en todo lo que supera la "mecánica" más o menos superficial de la psique (en que las variaciones individuales son infinitas), todos estamos tallados de la misma madera: igual Krishnamurti que el más apático y el más obtuso de sus oyentes-admiradores, o que tu que me lees (con inteligencia, no lo dudo), o yo que estoy escribiendo, o quien quiera que sea. Es ese *parentesco esencial*, más allá de todas las diferencias accidentales, incluso más allá de los estados de madurez tan diferentes de un ser a otro – ése es el que a veces permite, en momentos privilegiados, una verdadera comunicación entre dos seres, una comunión. También es el que a veces comprendamos lo que pasa o pasaba en tales circunstancias en otro ser al que quizás seamos más o menos extraños, e incluso cuando la acción tenga lugar en un medio igualmente ajeno al nuestro y haya ocurrido hace siglos e incluso milenios[1275].

Es por eso que el conocimiento de sí mismo, o una profundización en ese conocimiento,

N 585 es al mismo tiempo, incluso aunque jamás pensemos ◊en ello y sin que por nada del mundo lo hayamos buscado, una manera, tal vez *la* única manera, de conocer íntimamente la psique humana en general – de hacer eclosionar y madurar en nosotros un conocimiento de la condición humana.

Se diría que la persona de Krishnamurti contradice esa visión de las cosas, esa íntima convicción tan profundamente arraigada en mi experiencia de la vida. Es innegable que él tenía un profundo conocimiento de la psique. (Que se haya complacido en emborronarlo a placer, en hacer de él un ingrediente y un medio de un bluff, de una puja constante en un juego de provocación – eso no cambia nada el hecho.) Y por otra parte, todos los numerosos hechos que conozco sobre su persona concuerdan en mostrar que el proceso de la huída, lo que es decir la ausencia de toda veleidad de tomar conocimiento de sí mismo, era en él tan enorme si no de dimensiones más enormes, más ubicuas aún que en el primero que llega. Al situarle en el conjunto de mis "mutantes", con Steiner y más aún que él, me parece que es el que ha llevado al grado más extremo la ausencia de toda apreciación por poco realista que sea de sí mismo, de su lugar en el mundo, de sus motivaciones, aquél en que la fantasmagoría egótica ha perdido (bajo la tierna mirada del círculo de sus admiradores) toda traza de contención.

[1274] Sería una tarea tan delicada como interesante discernir el sentido de tal impresión de "similitud". Algunos elementos de reflexión sobre este tema pueden verse en la sección "Abstracción y sentido – o el milagro de la comunicación" de Cosechas y Siembras, en "Las Puertas sobre el Universo" (apéndice a CyS III, n^o 23). Sin duda Jung evocaría las "experiencias arquetipo", a las que las experiencias más destacadas de la existencia humana podrían reducirse...

[1275] Al escribir esta línea, tenía especialmente presente en el espíritu el itinerario de Marcel Légaut, cuya vida espiritual estuvo centrada en un redescubrimiento en profundidad de la persona y la misión de Jesús. Ese itinerario aparece muy claro en su "Meditación de un cristiano del siglo XX".

Sería difícil imaginar reunidos en una misma persona esos dos "opuestos" aparentes

conocimiento de los otros – desconocimiento de sí mismo

de manera tan extrema, tan llamativa como en Krishnamurti. Además, todo hace pensar que ese desconocimiento de sí mismo no era simplemente un estado habitual, sino más bien un estado *permanente*, y que jamás hubo otro durante toda su vida. Y si lo hubo, debió de ser borrado del recuerdo muy rápidamente, y sin dejar la menor traza. Su biógrafa Mary Lutyens, que le conoció muy bien y que, además, dispuso de una documentación muy rica para escribir su biografía, tampoco deja transparentar nada en ese sentido. Si ha tenido conocimiento de algún momento de su vida en que Krishnamurti se hubiera puesto en causa a sí mismo a poco que sea, ese recuerdo también debe de haber sido eliminado en ella, sin dejar tampoco la menor traza (al menos no en su obra).

El enigma que se plantea se complica por el hecho de que no tenemos la menor indicación, en los escritos de Krishnamurti (al menos en aquellos que son conocidos) ni en su biografía, que permita situar siquiera aproximadamente la génesis al menos de algunas de sus grandes ideas ("Einsichten") sobre la psique. No hay que asombrarse de ello, pues Krishnamurti creía que
N 586 las conocía desde siempre por ciencia infusa. Según lo que se conoce de ◊su vida, es seguro sin embargo que esa génesis se sitúa *después* de la muerte de su hermano Nitya en 1925 (cuando Krishnamurti tiene treinta años). Por otra parte tengo la clara impresión de que después de 1929 ó 1930, su vida se reduce casi completamente a un "show" permanente como gran vedette espiritual. Parecería pues que la génesis en cuestión se situaría en los cuatro años entre 1926 y 1929. Sin embargo, en el relato de Mary Lutyens, *nada* permite situar en ese periodo o relacionar con él un gran avance intelectual o espiritual, como el que aquí se trata. Bien al contrario, en él no se encuentra la menor traza de ninguna de las grandes intuiciones que le conocemos en su edad madura[1276]. Por decirlo todo, todo ocurre como si en la vida de Krishnamurti jamás hubiera habido un tal momento de *avance*, de un *descubrimiento* fulgurante, de un repentino rayo de luz. Y eso forma parte, parece ser, del juego de Krishnamurti, de su mistificación convertida en una segunda naturaleza, el permanecer mudo sobre el origen de los descubrimientos que jamás presenta como tales, de tan identificado que está con el papel de "Verdad encarnada" que interpreta con tal convicción y tal éxito – sin cansarse durante una vida entera...

Sin embargo, todo verdadero descubrimiento, y sobre todo un descubrimiento que se siente como capital, es una experiencia muy particular, única, inolvidable. Me cuesta concebir que una experiencia tan profunda, cuando vemos desplomarse cierta imagen que nos hacíamos de las cosas, y que *otro* mundo emerge tras esos decorados que lo mantenían oculto – que tal experiencia pueda olvidarse, que pueda haber veleidades, incluso inconscientes, de reprimir su recuerdo. Esos son los grandes momentos de la existencia, y al vivirlos *lo sabemos*. ¡¿Qué sentido tendría empobrecer, sí, mutilar la vida de tal momento, para poner en lugar de algo verdadero y sin precio una producción ficticia, irrisoria?!

Hoy me ha venido el pensamiento de si no sería posible, después de todo, que esa asombrosa comprensión de la psique en Krishnamurti sea, después de todo, "innata" – por lo que ciertamente se ha de entender: aportada al nacer como fruto de experiencias asumidas en exis-
N 587 tencias anteriores[1277]. Ese ◊conocimiento, por tanto, estaría realmente arraigado en un auténtico conocimiento de sí mismo – pero esos actos, esos "grandes momentos" de los que he hablado hace un instante, se situarían en existencias anteriores. Si así fuera, la versión del mismo Krishnamurti, la de una "ciencia infusa", ¡estaría después de todo bien fundada!

Es cierto que esto sólo desplaza la aparente contradicción. No fue a la ligera, decidida-

[1276] Como ya he recordado en otra parte, el primer texto escrito por la pluma de Krishnamurti en que aparecen esas intuiciones maestras es "La Libertad primera y última", que aparece en 1954, cuando el autor tiene 59 años.
[1277] Véanse al respecto las notas "Misión y Karma – o el aprendiz y el Maestro" y "Creación y maduración (1): los "dones" aparecen al crear" (n^{o}s 24, 48). Volveré sobre esto en la siguiente nota.

mente, como traté esa visión gloriosa que Krishnamurti tiene de sí mismo de fabulación, de delirio, de beata autoadulación. Pues todo lo que conocemos de sus hechos y gestas hasta los treinta o treinta y cinco años de edad (¡y es mucho!) contradice de manera flagrante, en apariencia irreductible, esa versión. Por poner el ejemplo tal vez más grande: el libro "A los Pies del Maestro", de la pluma de Krishnamurti cuando tenía quince años, publicado bajo el nombre de "Alcyone" para ser entregado a la piadosa admiración de los fieles de la Orden de la Estrella, no es otra cosa que una colección de banalidades "espirituales" que había (según anuncia él mismo) recogido piadosamente de la boca de un Ser tan augusto como oculto al que se refiere como "el Maestro". ¡Como "ciencia infusa" se queda algo corto!

Sin embargo éste sería el momento de recordar que la psique puede funcionar simultáneamente de manera totalmente diferente en "niveles" diferentes. A nivel del pensamiento consciente, podemos, cual un mono sabio y con la mejor fe del mundo, repetir lecciones aprendidas creyendo en ellas con una fe dura como el hierro, con impresionantes aires de autoridad, mientras que en un nivel más profundo permanecemos enteramente ajenos a esos melindres tan sinceros. Puede haber, en el Inconsciente, una apreciación profunda y matizada de una situación, en el mismo momento en que nos disponemos a describirla (siempre con la mejor fe del mundo) a golpes de clichés de Épinal[1278]. Tal comprensión procede de un conocimiento inconsciente, fruto sin duda de experiencias asimiladas y largo tiempo olvidadas, que puede ser enteramente extraño a las ideas y opiniones que benditamente hemos adoptado, como ropas que nos hubieran enfundado y que no son, ¡pero para nada de nuestra talla!

Es el conocimiento inconsciente profundo, más o menos duramente exilado en los sótanos de la psique, y no el ridículo frac con sombrero de copa que nos hemos dejado colocar, el que es nuestro *verdadero "nosotros mismos"*. Un hombre es interiormente *libre*, es *uno*, en la medida justamente en que no hay en él ese hiato entre la superficie y la profundidad, entre la "ropa" y la "carne" – aquél en que la ropa y la carne viva del ser se desposan armoniosamente y con suavidad.

N 588 ◊Esto ya nos hace entrever una solución del turbador enigma planteado por el "caso Krishnamurti". Krishnamurti habría venido al mundo con una notable madurez espiritual. Un niño prodigio como Mozart, en suma, pero en vez de tener una relación prodigiosamente cercana con la música, habría en él un conocimiento innato, inconsciente por supuesto, de la psique humana, arraigado en un conocimiento de vicisitudes de su propia psique en existencias anteriores. Como todo conocimiento inconsciente, éste estaba destinado a ser plenamente consciente, cuando las circunstancias se prestasen a ello y él mismo diera su asentimiento. Habría terminado por subir a la consciencia, gradualmente, después de que se desprendiera del dominio del medio teosófico que lo obstaculizaba, después por tanto de los treinta y cuatro años de edad (en 1929). Eso no habría sido vivido como un "descubrimiento" fulgurante, inolvidable, sino más bien como una "toma de posesión" progresiva, de alguna manera, de algo que desde siempre ya le hubiera pertenecido por derecho. Con esa toma de posesión, después de haber jugado mucho tiempo un papel ficticio, dictado por sus maestros y benefactores de antaño, "volvería a ser él mismo".

Pero a decir verdad, verdaderamente nunca dejó ese papel. Solamente largó un conjunto de ideas y de opiniones que iban con él, en modo alguno esenciales. Para largar el *papel* y no sólo los accesorios, y con eso volver a ser realmente y plenamente "él mismo", tendría que haberlo constatado, de modo evidente y flagrante. Para eso, tendría que haberse separado de la resplandeciente y oh cuán seductora imagen que tenía de sí mismo: el Ser no condicionado donde lo haya, la Verdad, la Luz, el Enseñante sin igual de la humanidad entera[1279]. Esa

[1278] N. del T.: A principios del s. XIX se fundó en la pequeña ciudad de Épinal, cercana a París, un taller de grabado xilográfico, dedicado a la producción de láminas y estampas, que había de inundar Francia y el resto de Europa después.

[1279] En cuanto a la figura de el "Enseñante sin igual" me anticipo un poco – sólo aparecerá más tarde, después del periodo teosófico. Véase la siguiente nota a pie de página.

Imagen, mientras no fuera detectada, sólo podía salir reforzada de esa transformación que, en primer lugar, le acercaba a sí mismo[1280]. Pues *ya* no era la creación de unos bienhechores, el "Mesías" por la sola virtud de una escandalosa publicidad alrededor de su joven y maleable

N 589

persona (escándalo del que no pudo dejar de ◊sentir toda la vanidad). En adelante, era el Enseñante por *su* sola autoridad – ¡sin deber nada a nadie (como antes el Buda...)!

Y realmente habría sido ese Enseñante que el Mundo esperaba, si hubiese tenido la audacia y la humildad de dar el paso crucial, el *paso de verdad*: constatar la Imagen, y el proceso de vanidad anejo a él. Concretamente, eso significaba: constatar, en la intimidad primero, públicamente después, esa ropa estrecha que había llevado de buen grado durante veinte años seguidos. Una "puesta en causa" pues de todo su pasado, el lejano y el cercano; pues mientras un acto de verdad no venga ponerle fin[1281], todo el pasado está incluido en el proceso de la huida y de la vanidad.

Ese "paso de verdad" jamás se realizó, esa puesta en causa jamás tuvo lugar. Pues si hubiera tenido lugar en la intimidad, uno de sus primeros frutos habría sido una explicación pública ante todos aquellos a los que había contribuido a engañar durante tanto tiempo, para asumir *su* parte de responsabilidad en ese engaño, diciendo claramente *sus* errores, y la vanidosa atracción en *él mismo* que los había causado. En vez de decir a sus fieles y admiradores: "Sigo siendo la Luz y la Vida, y dicho esto, que cada uno regrese a su casa y olvide la Orden de la Estrella que acabo de disolver desde lo alto de mi Grandeza" – y de continuar en esos registros durante su vida entera.

En vez de un acto de verdad, hubo un proceso de olvido del traje de gala que tanto tiempo había llevado, a menudo con disgusto hay que decirlo, pero aceptando sin rechistar sus muelles ventajas. No quiso acordarse del niño desnudo y de radiante apariencia que el traje recubría – aquél que él era en lo profundo, aquél también que él había permitido maltratar durante tanto tiempo en su jaula dorada. El niño portador de sabiduría que dormitaba en el mono sabio, en adelante transformado, por necesidades de la causa de Épinal, en el "niño divino".

Pero al hacerlo, seguía igualmente alejado de sí mismo. Terminó por acordarse de cierto conocimiento del niño, del que iba a hacer buen uso. Como si hubiera llamado al niño a fin de quitarle ese bien, y después lo hubiera reenviado a pudrirse en los subterráneos. Y mientras el Enseñante peroraba gravemente en los estrados ante las masas boquiabiertas, el niño travieso y vivaracho se pudría, olvidado y maltratado como antes...

N 590

◊(131) Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don

(19 y 20 de febrero)[1282] Tengo la impresión de haber resuelto lo que llamaba, en la reflexión de la nota anterior, el "enigma Krishnamurti". Una vez puesta negro sobre blanco, la solución me parece tan evidente que me costaría dudar de que se corresponda con la realidad. Después de todo, todo llevaba a creer que Krishnamurti cuando niño ya era de una madurez extremadamente avanzada[1283], pero arrinconada en el Inconsciente. En realidad el "enigma" sólo era aparente, y

[1280] De hecho, a continuación esa Imagen se infló desmesuradamente. En el panteón teósofo, Krishnamurti era presentado como el "habitáculo humano" en el que, llegado el momento, el gran Maestro Mitreya debería encarnarse, como el Mesías de los tiempos modernos. Era pues uno entre toda una sucesión de Instructores llegados para aportar sabiduría al Mundo. Una vez largado el padrinaje teósofo, permanece como el único Enseñante de todos los tiempos, los demás pretendidos "enseñantes" e "innovadores" quedando reducidos a la insignificancia. (Véase una nota al pie de la página N 555 en la nota "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión" (n^o 125).

[1281] Este "fin", hay que subrayarlo, es del todo provisional, y nunca definitivo y conquistado. El proceso de huida regresa inmediatamente, en cuanto se detiene la vigilancia.

[1282] Continuación de la nota anterior, "¿Descubrimiento, o ciencia infusa? – o "el enigma Krishnamurti"".

[1283] "Todo llevaba a creer" sin duda es exagerado. Veo dos razones que lo prueban, una directa, otra indirecta. Una es la impresión tan fuerte que el niño Krishnamurti, a pesar de un estado mental u físico lamentable, había hecho en Leadbeater. Por más resrvas que puedan tenerse frente a la múltiple personalidad de Leadbeater, parece difícil dudar de que tenía dones de videncia muy desarrollados – y afirmaba que ese niño tenía "el aura más grande

se debía, me parece ahora, a dos "olvidos" por mi parte.

Por una parte, que podemos tener conocimiento de cosas profundas e importantes, sin haberlas aprendido en ningún momento de nuestra existencia presente de la boca (o de la pluma) de nadie, ni haberlas descubierto tampoco a partir de nuestra propia experiencia. Se trata pues de un conocimiento que sería "innato", lo que significa también (no tengo la menor duda al respecto) que proviene de momentos creativos, de "descubrimientos" hechos en existencias anteriores[1284]. Ciertamente, cuando algo que creemos "saber" desde siempre coincide con las formas de ver que eran más o menos comunes en nuestro medio de origen, se puede decir que en modo alguno tiene cualidad de conocimiento, que no forma parte de una madurez innata, sino de la estructura del yo, que es sobre todo la obra del medio ambiente. En cambio, cuando ese conocimiento nos distingue de todos los demás seres de nuestro entorno durante la infancia, y que además no es una idea fija o caprichosa (aparecida no sabemos cuándo), sino que se encuentra confirmada y reconfirmada por la experiencia, sin duda esas son señales inequívocas
N 591 que indican que ◊se trata de un conocimiento innato, que, además, no es de naturaleza instintiva o colectiva, sino individual, y que se desprende de cierta madurez innata estrictamente personal. Además estoy convencido de que todo ser tiene tales conocimientos innatos que le distinguen de cualquier otro ser de su entorno, pero que casi siempre permanecen más o menos inconscientes e informulados, tal vez incluso informulables. (Lo que no les impide actuar y ser eficaces en diversos grados). Esa es una de las razones, seguramente, por las que no son fáciles de distinguir como tales, y casi siempre pasan desapercibidos por todos[1285].

El segundo olvido que había enturbiado mi visión de las cosas es, en el caso particularmente crucial del conocimiento de uno mismo, que hay que distinguir entre lo que se puede llamar *conocimiento latente* por una parte, y *conocimiento activo* por otra. El conocimiento latente es que forma parte de la *madurez* del ser. Es inalienable, indestructible. Forma parte de la substancia misma del ser profundo, fuera del alcance de las maniobras del "yo" como de las presiones exteriores que vienen del Grupo. Las mutilaciones tanto psíquicas como fisiológicas no le afectan, ni la muerte física. Es como la carne firme y viva del alma inmortal. Puede y debe crecer y desarrollarse, y ésa es *la* tarea entre todas reservada al alma, en ruta hacia

---

que jamás había visto". Que eso no era puro capricho por su parte está atestiguado por los impresionantes dones y por el pensamiento de Krishnamurti, que se afirmaron y desplegaron después de los treinta y cinco años de edad, una vez que se desprendió de la sauna teósofa. La segunda razón es que por lo que se conoce de la vida de Krishnamurti, parece imposible situar un momento en que haya tenido lugar un gran avance, en su conocimiento de la psique y de la realidad espiritual, y que él mismo presenta su conocimiento como una "sabiduría infusa" que siempre hubiera poseído.

[1284] Véase al respecto la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24), así como las tres notas consecutivas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y más particularmente la primera de4 las tres.

[1285] Parecería que en el caso de mi propia persona, la madurez innata era relativamente basta, y que mi estado de madurez actual y el conocimiento que de él se deriva, sean en gran parte fruto de descubrimientos hechos después de 1970 y sobre todo después de 1976, desde hace pues una docena de años. No estoy seguro de poder formular un solo conocimiento que hubiera tenido "desde siempre", y que no tuviera en común con mis padres (en los que tendría tendencia a permanecer latente...). La única cosa que se me viene en ese sentido es el conocimiento del papel del arquetipo de la *Madre* en la vivencia amorosa, que tengo el sentimiento claro de no haber "aprendido" jamás, de "saber desde siempre". Pero estoy convencido de que ese es un conocimiento latente que en modo alguno es personal, sino que es común a todos los seres sin excepción (incluyendo, estoy convencido, a los animales y las plantas...). Si me distingo de los demás al respecto, es que en mi caso ese conocimiento ha estado muy presente y consciente desde el principio de mi vida amorosa (sin que pueda situar ningún momento particular en que ese conocimiento se haya hecho consciente). Eso es, he constatado, algo muy raro, a causa de mecanismos de represión muy eficaces, ligados al tabú del incesto. Pero el hecho de que un conocimiento latente, común en este caso a toda la especie, se haya vuelto plenamente consciente e impregne permanentemente todas las capas de la psique, ¿puede ser visto como signo de una "madurez", de una cualidad de la psique aportada al nacer y fruto de vidas anteriores? Tendría tendencia a pensarlo. En este caso particular, el conocimiento en cuestión, jamás "aprendido" o "descubierto", me parece hasta tal punto inseparable de mi psique, que me parecería impensable que algún día pueda desaparecer del campo de la consciencia, a consecuencia de una inopinada represión bajo la presión de no se sabe qué circunstancias...

N 592 sus últimos destinos. ◊También puede, si el alma consiente, estancarse durante largos años, y durante existencias enteras. Pero jamás puede retroceder.

La casi totalidad del conocimiento latente de un ser, e incluso la totalidad en el caso de un recién nacido, es inconsciente. Su verdadera morada está en el Inconsciente profundo, en contacto constante e íntimo, sin duda, con el Huésped desconocido[1286] – con Dios en nosotros. Es a partir de ahí, de las profundidades del ser, desde donde actúa – cuando actúa. Según el estado de la psique, un conocimiento latente puede haber remontado más o menos, como por ósmosis, hacia las capas superiores de la psique e impregnarlas más o menos fuertemente. Puede así acceder hasta el campo consciente, convertirse en un conocimiento consciente más o menos claramente sentido y formulado, al que nos suscribimos con mayor o menor reticencia o convicción. En el mejor de los casos, lo hacemos totalmente, incondicionalmente nuestro, con un acto (que puede ser tácito, o claramente consciente) de conocimiento y de fe[1287].

Sin duda se puede afirmar que un conocimiento latente es tanto más "*activo*", que ejerce una acción tanto más creativa en tal momento de nuestra existencia, cuanto que le hemos permitido impregnar las capas más cercanas a la superficie, en lugar de mantenerlo prisionero en el Inconsciente profundo. Mi experiencia personal me sugiere que hay un "salto" cualitativo considerable en la eficacia de tal acto cuando se ha realizado un acto de conocimiento plenamente consciente, con el que se ha sondeado y formulado cuidadosamente, de manera que ese conocimiento se ha vuelto plenamente consciente, y cuando además está presente como tal en el momento considerado[1288]. El "conocimiento activo" al que acabo de hacer alusión no es otro que el conocimiento latente en estado de acción, es decir participando en un proceso creativo, en la creación pues de una *obra* (que puede situarse tanto a nivel intelectual o artístico como a nivel espiritual u otro...).

N 593 ◊La relación entre esos dos tipos, o modos de presencia, de conocimiento, el latente y el activo, no es otra que la que existe entre *madurez y creación*. La he rozado de pasada muchas veces en las páginas de la Llave de los Sueños, y ya me he detenido para examinarla con algún cuidado en notas anteriores[1289]. Baste sólo recordar que un estado de madurez muy basto no impide en modo alguno acceder a un estado de creatividad intensa, y en casos límite, alcanzar una creación espiritual en la cima de lo humano[1290]. Inversamente y en el extremo opuesto, un ser con medios intelectuales y espirituales prodigiosos, surgidos de una madurez (innata o adquirida, poco importa aquí) excepcional, puede, por propia elección y a partir de cierto

[1286] Véase la nota "La pequeña familia y su Huésped" (n^o 1).

[1287] Véase la sección "Acto de conocimiento y acto de fe" (n^o 7).

[1288] La "presencia en el momento considerado" de un conocimiento, en tanto que conocimiento consciente, a la que aquí hago alusión y que vuelve "activo" ese conocimiento, no se reduce a la presencia por así decir "mecánica" que nos asegura la actividad de la *memoria*, ni siquiera a la presencia más sutil, más penetrante de un verdadero *recuerdo* de cierto momento privilegiado (el de un descubrimiento importante, puede ser) en que ese conocimiento estaba activamente presente. Salvo en el caso de un conocimiento que haya impregnado hasta tal punto todas las capas de la psique que esté permanentemente presente y activo (como en el ejemplo que evoco en la antepenúltima nota a pie de página), quizás sea necesario, para que un conocimiento latente se vuelva "activamente presente", que antes haya un verdadero "acto de conocimiento". Éste tendría por efecto, más que crear un conocimiento verdaderamente nuevo (sería entonces un acto de *descubrimiento*), *renovar* de alguna manera un conocimiento latente ya adquirido, volviéndolo activamente presente y consciente. Eso va mucho más allá de un esfuerzo por rememorar alguna formulación a la que hayamos llegado (lo que sería simplemente *repetirse* a sí mismo). En cambio, un nuevo esfuerzo para captar con palabras claras el conocimiento latente en cuestión, presenta ya en forma difusa, es a menudo un modo eficaz de "reactivarlo". Una señal frecuente (en mi práctica de la meditación) e inequívoca, que muestra que la renovación realmente ha tenido lugar, es justamente el sentimiento muy claro de no sólo haber "reencontrado" tal cual un antiguo conocimiento, sino de reencontralo *transformado* por el trabajo preliminar que se acaba de hacer, que se ha profundizado, matizado, enriquecido,...

[1289] Véanse las tres notas ya citadas "Creación y maduración (1)(2)(3)" (n^{o}s 48-50), y sobre todo la segunda de esas notas, así como la nota "Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro" (n^o 24).

[1290] El lector atento que haya leído ya las tres notas consecutivas sobre Solvic, de finales del pasado mes (notas n^{o}s 115-117), habrá comprendido que el "caso límite" en que aquí pienso no es otro que el de Solvic, en las últimas semanas de su vida.

momento y durante todo el tiempo que le plazca, llevar una vida mediocre y espiritualmente estéril. Sus maravillosos medios no le sirven entonces de herramientas para una creación (ni siquiera de modo accesorio y sin llegar al plano espiritual), sino de atrapa-tontos para mejor dar el pego a los demás y a sí mismo, en una vana carrera de autoengrandecimiento y de autoglorificación.

En Krishnamurti, parecería que desde el nacimiento tuvo un conocimiento innato excepcionalmente rico, profundo y delicado de la psique y el alma humana – un conocimiento pues que le predisponía a una vida espiritual excepcionalmente creativa, al descubrimiento progresivo
N 594 y a ◊la realización, contra viento y marea, de una gran misión – a ser uno de los grandes "iluminadores" en el progresivo avance de la humanidad entera. Era un conocimiento *latente*, que sólo se volvió consciente y activo después de los treinta y cinco años. Más "consciente" sin embargo, en este caso, que verdaderamente "activo", es decir "creativo"; pues por propia elección durante el resto de su vida, ese conocimiento consciente permaneció separado, mutilado de su verdadero corazón: el conocimiento de sí mismo. Seguramente había una especie de conocimiento de sí latente y difuso aportado en sus anteriores vidas, y que especialmente le decía que el famoso proceso de huída, en tanto que predisposición de la psique, estaba tan fuertemente implantado en él como en cualquiera, y que, en él como en todos, su acción espiritualmente asfixiante sólo podía desactivarse con una mirada vigilante y sin complacencias sobre él mismo. Pero durante toda su vida, parece ser, ese conocimiento latente permaneció arrinconado en el Inconsciente profundo, en provecho de una Imagen de sí mismo pletórica e invasiva, jamás examinada ni puesta en cuestión. La "actividad" de su profundo conocimiento intuitivo de la psique, en vez de ir en el sentido de una maduración espiritual al mismo tiempo que de la eclosión y el crecimiento vigoroso de una gran misión, siempre se limitó (por lo que puedo ver) a "calar" las poses y subterfugios de los demás[1291], y más particularmente y sobre todo, de los que iban a verle para hablarle de sus problemas personales[1292].

N 595 ◊Al leer los relatos que hace de esas entrevistas[1293], uno queda impresionado por su gran agudeza para ver siempre dónde está la fisura, señalar con el dedo el punto de fuga, y también por una expresión a menudo notablemente escueta y perfectamente ajustada para decir o sugerir lo que se ve. A cierto nivel, ese doble acto de percepción-expresión es sin duda un acto creativo; pero, según recuerdo, constantemente se queda sin alcanzar la creación espiritual. La Verdad Encarnada ha hablado por boca del Maestro Impersonal – pero aparte de eso, nada ocurre: el interlocutor se marcha como ha venido (debidamente impresionado seguramente de haber escuchado y visto funcionar al gran hombre...), y el Maestro permanece – el Maestro. No hubo *don*. Y si, muy excepcionalmente, hubo movimiento, impulso de don, venía del que había ido a ver al Maestro, y ese don que llevaba con él no era acogido.

En la acción espiritual, para dar como para recibir, hace falta que uno y otro, el donante

[1291] Tengo la impresión muy clara de que durante toda su vida Krishnamurti se guardó mucho de "calar" las inautenticidades y las actitudes "de huída" de los que formaban parte a poco que fuera de su entorno. Ciertamente no podría haberlo hecho sin. al mismo tiempo, "calarse" a sí mismo, porque esas inautenticidades y actitudes, en él y en sus allegados, forzosamente eran estrechamente solidarias. En suma, dichos allegados, como él mismo, eran la famosa "excepción que confirma la regla", al nivel de las realidades de la psique que pone de relieve en sus "Enseñanzas".

[1292] Incluir en su vida, como un ingrediente más o menos regular, tales contactos con personas extrañas que iban a consultarles, es uno de los numerosos rasgos comunes entre los personajes mostrados por Steiner y Krishnamurti. Con esta diferencia sin embargo, que en Steiner eso alcanzaba un diapasón agotador – cual una cruz voluntaria que se hubiera impuesto (¡lo que en absoluto cuadraba con las maneras de un Krishnamurti!). En Steiner, además de los contactos personales, había una correspondencia asombrosa – en algunos momentos sus fieles se turnaban para llevar al buzón de correos las respuestas a las cartas recibidas, ¡en cestas de la ropa llenas! Era sobre todo, me parece, sacrificarse por una imagen de marca que le gustaba. Dudo que esa correspondencia desmesurada, no más que todas esas entrevistas que devoraban una energía considerable, hayan sido otra cosa que mucho viento para nada, y una forma de eludir su propia maduración.

[1293] Pienso aquí sobre todo en los tres volúmenes de sus "Comentarios sobre la Vida", de los que he debido leer al menos dos.

y el receptor, estén ambos en plan de igualdad – que no haya pedestal. Sólo entonces el amor actúa a través de uno y otro. Entonces el que da, recibe, y el que recibe, da, y uno *y* otro quedan transformados. Dios se da a Sí mismo y recibe de Sí mismo, a través de dos seres que uno y otro participan, en tácita comunión con Él.

N 596 ◊(132) Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo

(22 y 23 de febrero)[1294] Hace dos semanas y tres día que la reflexión se ha detenido en los dos casos estrechamente emparentados de Rudolf Steiner y Krishnamurti. Lo que a mis ojos los distingue, ahora, de todos los demás mutantes míos es que *no* entraron verdaderaente en la misión que les esperaba para ser creada por ellos durante una vida. Uno y otro se dejaron "desviar", apartar del camino de su misión, por la sempiterna vanidad, el ansia de autoengrandecimiento, que les hacía jugar un *papel* prestado, altamente fantasioso, mistificador. Prodigiosamente colmados ambos de dones, no pudieron, a pesar de su falta de autenticidad y de mera "seriedad", dejar de hacer notables contribuciones al pensamiento humano, que he intentado cerner en su lugar. Por eso, sería difícil no contarlos entre los grandes pensadores de nuestro tiempo – ¡dos grandes pensadores que se han "descarriado"! Pero en el plano espiritual, que es el que verdaderamente importa aquí, no veo en la vida de uno y otro ninguna grandeza[1295]. La grandeza espiritual no está en los dones ni en la madurez del alma, sino en el uso que de ella se hace, y en las disposiciones interiores con las que se dirige la vida. Sin embargo no hay que excluir que por extraños vericuetos su obra termine, en las próximas generaciones, por contribuir al progreso de nuestra especie, incluyendo en el plano espiritual (el único que es verdaderamente esencial para nuestro destino, y del que se desprende lo demás). Pero tengo la impresión de que hasta ahora, esa obra ha contribuido sobre todo a la confusión general de los espíritus. Pues cuanto más poderoso es un espíritu, tanto más poderosamente propaga a su alrededor y en el Mundo la confusión que hay en él.

N 597 ◊Esa confusión en uno y otro no habría podido instalarse, ni sobre todo perdurar durante una vida entera, si hubiera una actitud, por modesta, por basta que fuera, de conocimiento de sí – que desalojaría al menos los engaños más enormes, los más groseros. El proceso del engaño, de la huida, de los ojos cerrados para "chuparse el dedo" acogiendo, con gusto, las groseras gratificaciones de la vanidad – sólo la atenta mirada sobre uno mismo lo desactiva. Y la reflexión de estas dos semanas ha venido, ante todo, a ilustrar de forma llamativa, en dos casos particularmente extremos, cómo en ausencia de rigor interno, de disciplina (por ligera que sea...) de conocimiento de sí, la existencia entera se ve invadida y devorada por el voraz proceso de la vanidad.

Cierto es que, entre mis otros mutantes, raros son aquellos en los que no detecto veleidades en el conocimiento de sí. Más de una vez, me parece que esa ausencia es la causa profunda de las principales limitaciones del hombre cuya existencia estaba analizando un poco. Pero esas "limitaciones", incluso si restringen de manera más o menos draconiana el influjo y el alcance de la misión de ese hombre, no llegan hasta el punto de borrarla de su vida, y hacer de su existencia un desierto espiritual. O por decirlo de otro modo: las incursiones del ego en el dominio del espíritu, efectuadas a favor de la ausencia de una mirada vigilante, son ocasionales y limitadas, sin llegar nunca a un estado en que el espíritu esté totalmente invadido y dominado por el ego[1296]. Aunque a veces distraído y somnoliento, el espíritu guarda sus sanos reflejos o está guiado por un sano instinto espiritual, de suerte que, *grosso modo*, sigue siendo el amo. Es

[1294] Continuación de la nota anterior "Conocimiento latente y conocimiento activo – o el pedestal y el don". Como la presente nota retoma el hilo de la reflexión de conjunto sobre los "mutantes", pude verse también como continuación de la nota "Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez" (n^o 121).

[1295] Matizaría esta afirmación para Steiner, para su vida hasta finales de 1900, justo a la edad de cuarenta años. En él hubo, en ese primer gran periodo de su vida, una gran apertura hacia los demás, y (tengo la impresión) una auténtica búsqueda de su vía, asumiendo plenamente la soledad espiritual de una tal busca. El año 1900 marca el giro de la celebridad – se convierte en una "vedette" dentro de un poderoso movimiento "espiritual", con decenas de millares de seguidores fervientes y crédulos en las clases medias e incluso en la crema de la alta sociedad. Me ha parecido entender que entonces también dio el gran giro en su vida espiritual, cuando se mete en un papel prestado – el de gran vedette justamente, o (en la jerga de esos días) de "gran Iniciado", incluso de "Mesías" de los tiempos modernos...

[1296] Tengo la impresión de que habría que poner aparte el caso de Gandhi en los veinte o treinta últimos años de su vida, cuando estaba en el apogeo de su "carrera" política y de hombre de Estado. El ego llegó a ser muy

él el que fija el rumbo del viaje, en simbiosis con la voz infinitamente discreta de Dios. Y *eso* y no otra cosa es caminar por la vía de su misión. *Eso* es la fidelidad a sí mismo. *Eso* es servir (a menudo sin saberlo) a los designios de Dios.

Entre mis "mutantes" ¿cuáles son pues aquellos en que se percibe a poco que sea una
N 598 actitud de conocimiento de sí? Sin ninguna duda es en Freud, y después ◊en Neill, donde he encontrado los signos más claros, más convincentes de tal disciplina interior, de tal rigor. Es Freud el que ha rebuscado más profundo en su psique, para descubrir ahí y poner al desnudo los mismos mecanismos ocultos que primero había descubierto en sus pacientes, antes de encontrárselos en sus amigos. No tengo ninguna duda de que la penetración psicológica de Freud y de Neill, y sobre todo la cualidad altamente activa de su conocimiento de la psique[1297], brota del conocimiento que tenían de ellos mismos, exento de toda complacencia y de toda autocompasión.

La ausencia de autocomplacencia es quizás el primer fruto, y el más esencial de todos, de una actitud de conocimiento de sí. Ese rigor interior, igualmente lo he encontrado en la obra de Carpenter y en la de Marcel Légaut. Pero tengo la impresión de que en ellos el conocimiento de sí permanece a un nivel bastante superficial, o más exactamente: si alguna vez se atreven a caminar por las profundidades de la psique, siempre pasan deprisa por el "saco de los nudos" del conflicto, del que todo lo más se contentan con constatar de pasada su existencia, sin la menor veleidad de detenerse un poco. En esos dos hombre de notable autonomía interior, me parece que ésa es una secuela de la tradicional actitud de los espirituales, que ya he tenido ocasión de analizar[1298]. Tengo la convicción, por mi parte, de que la vida espiritual en general está llamada a profundizarse considerablemente con la superación de tal actitud del "en cuanto a sí" en la relación del espíritu con la psique o lo "psíquico", igual que en su relación con el cuerpo, tradicionalmente tratados ambos como cosas insignificantes. Y es notable que, al menos en lo que respecta a la relación con lo "psíquico", el camino ha sido señalado por Freud y Neill, ninguno de los cuales parece "espiritual" (¡y a sus propios ojos menos que a los de ningún otro!). Si en el cuadro vislumbrado de la nueva espiritualidad se incluye, además de una atención amorosa y sin complacencias a la psique, un respeto al cuerpo igualmente atento y un asentimiento agradecido al impulso amoroso, entonces hay que añadir los nombres de Walt Whitman y Edward Carpenter a los de Freud y Neill, entre los primeros que señalaron y señalan el camino; ¡y tampoco ellos, en
N 599 términos de los criterios generalmente recibidos, ◊parecen "espirituales"! Como por casualidad, los cuatro valientes que acabo de nombrar no son otros que los famosos "rompedores" (del "muro de la represión sexual"), de los que ya hemos hablado abundantemente[1299]. Ahí están, en medio de la reflexión, como precursores de una nueva espiritualidad. ¿Hay que extrañarse? Y en esta perspectiva imprevista, Légaut (también nombrado hace poco a la vez que Carpenter[1300]) me parece uno de los más notables obreros de una nueva espiritualidad, y muy particularmente, como el que abre la vía de *otra* manera de vivir la fe cristiana.

En la autobiografía de Gandhi se constata la misma ausencia de autocomplacencia, es decir la misma cualidad de verdad, que en Légaut y en Carpenter – y es esa cualidad, ciertamente, y nada más, ¡la que le da todo su interés! Desgraciadamente, como ya he subrayado más de una

---

invasivo, y creo que Gandhi dejó entonces de progresar espiritualmente. Eso no impide, hay que subrayarlo, que el nivel en el que se situaba su acción política estaba infinitamente por encima del más brillante y más "honesto" de los políticos de estilo tradicional. Véanse al respecto los comentarios sobre la misión de Gandhi, en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112), página N 484.

[1297] Por oposición (si no me equivoco) con los casos de Steiner y Krishnamurti – véanse al respecto los dos últimos párrafos de la nota anterior.

[1298] Véase la nota "Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro" (n^o 9), especialmente las páginas N 20, N 25, y también la sub-subsección "Las malas compañías" (sección 56, 7^o, c)), páginas 262 – 264.

[1299] Véanse especialmente las notas "Los mutantes (5)(6)" (n^{o}s 112, 114), páginas N 493 y N 498.

[1300] Percibo un parentesco cercano entre las existencias y las misiones de Edward Carpenter y Marcel Légaut, que aparece en la reflexión por primera vez en la nota "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^o 75).

vez, ese rasgo tan sano y vivificante de su persona tiende a desaparecer en los dos o tres últimos decenios de su vida, cuando su carrera pública está en su apogeo.

En su nota biográfica sobre Riemann[1301], Weber nos dice que cada noche al acostarse Riemann hacía un examen de conciencia "en presencia de Dios" – y confío que en ese hombre no era una vana formalidad. Hay que lamentar que en su vida tan corta esa profundidad que entrevemos en el hombre no haya encontrado expresión visible en su obra.

Finalmente eso hace que haya seis de nuestros dieciocho mutantes en los que podemos constatar la presencia de una actitud de conocimiento de sí mismo. No está nada mal, ¡vista su extrema rareza! En cambio, ya he tenido ocasión de constatar aquí y allá la ausencia más o menos total de toda veleidad de conocimiento de sí en algunos de mis mutantes. Me limito aquí a recordarlos:

Darwin, Râmakrishna, Kropotkine, Steiner, Teilhard, Guruji, Krishnamurti.

De los siete, sólo en Râmakrishna he percibido algunos signos ocasionales de modestos
N 600 intentos de conocimiento de sí. A veces ◊habla de algunas de sus experiencias con mucha simplicidad, sin ninguna veleidad de borrar las pequeñas trazas de las debilidades humanas. Ahí hay una sinceridad, una cualidad de verdad, muy cercana ya a las disposciones aptas para llevar a un camino de conocimiento de sí. Sin embargo no supo liberarse del sempiterno cliché (abundantemente rememorado a su alrededor una vez que estuvo en olor de santidad, y que él mismo retoma con frecuencia) de la "*perfección*" última a la que se supone que llega el "perfecto adorador de Dios". Tengo la impresión de que en los últimos años de su vida, rodeado de la veneración general y sobre todo de la de los discípulos que se le pegaban, constantemente estuvo zarandeado entre lo su buen juicio espiritual le decía por lo bajo y la veneración un poco ruidosa y untuosa de la que era objeto y que (no podía dejar de pensar) ¡debía ser bien merecida! Así es como la Divina Madre quiso jugar al escondite con él, seguramente para probarle. Y pues tuvo derecho a Sus favores expresos hasta el último suspiro, hay que creer que supo no dejarse englutir en la ciénaga con la que maliciosamente Ella le había rodeado[1302].

(133) Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas

(26 – 29 de febrero)[1303] En varias notas anteriores[1304] he examinado sucesivamente la relación de "mis mutantes" con el *sexo*, la *guerra*, y el *conocimiento de uno mismo*. Parece que la
N 601 diversidad de ◊actitudes y opiniones, vis a vis de cada uno de estos importantes aspectos de la existencia humana, es comparable a la que ya había constatado en los temperamentos, caracteres, extracción social, misiones y destinos de esos mismos mutantes[1305]. Hace algunos días hice, con unos pequeños garabatos esquemáticos, un rápido balance análogo para otras cuestiones importantes, también ligadas de manera neurálgica a la Mutación que nos aguarda. Se trata de las siguientes: relación con la *religión* y el sentimiento religioso[1306]; con la *ciencia*; con la

[1301] Esa nota biográfica se menciona por primera vez en la primera nota en que se habla de Riemann, "Los mutantes (1). el ballet de los mutantes; Hahnemann y Riemann" (n^o 85), página N 300.

[1302] Ya he hablado de ese "ciénga" que a menudo constituye el círculo de los discípulos de un Maestro, en la nota "Los lugares comunes de los santos" (n^o 113), página N 496. Sin embargo hay que añadir que además de ese papel, los discípulos de Râmakrishna han jugado un papel seguramente más útil para propagar sus enseñanzas. Gracias a su piadoso celo he tenido la gran ventaja no sólo de haber oído hablar de él, sino de poder hacerme una idea de su experiencia mística y de su mensaje, en la copiosa colección de parábolas y aforismos disponible, cien años después de su muerte, en libros de bolsillo e incluso en francés, al alcance de todos los bolsillos...

[1303] Continuación de la nota anterior, "Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo".

[1304] Se trata de las notas "Los mutantes (6): los mutantes y el sexo" (n^o 114), "Asignación de una misión – o el "espiritual" ante las banderas..." (n^o 119), "Los mutantes (7): Freud – o el coraje de la lucidez" (n^o 121), y en fin la nota anterior que acabo de citar en la anterior nota a pie de página.

[1305] Véase la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

[1306] Se entiende aquí que los términos "religión" y "sentimiento religioso" cubren una multiplicidad de diferentes sentidos, formando una "nube de sentidos" tan compleja como la de términos como "espiritualidad", "libertad", "creación", "amor" etc. Hay que distinguir especialmente las *Iglesias* y las Instituciones religiosas, las *enseñanzas*

civilización actual y sus valores ("*cultura*"); con la cuestión de los destinos de la humanidad en su conjunto, tanto a largo o muy largo plazo como en las próximas generaciones, incluso en los próximos años ("*escatología*"); con la *justicia* social; con la *educación*. En fin, también he pasado revista a mis mutantes sobre si tienen alguna intuición de una "ciencia del mañana" o de una "*ciencia espiritual*". Como ya he dado a entender[1307], con eso entiendo un cuerpo
N 602 de conocimientos comunes, y un tipo de investigación que la alimenta y ◊renueva, en los que los medios de percepción extrasensoriales, las intuiciones de naturaleza propiamente religiosa o espiritual y muy particularmente la exploración de la psique desde una óptica espiritual[1308], tendrían un lugar tan crucial[1309] como el rigor intelectual[1310] y la minuciosa metodología de las ciencias experimentales y de las ciencias exactas, tal y como han sido desarrolladas sobre todo desde hace tres o cuatro siglos.

Como incorregible matemático que soy, esos "garabatos" tomaron forma de una tabla de
N 603 doble entrada, en la que puse en "líneas" los nombres de mis dieciocho ◊mutantes[1311], y en

y los valores que éstas afirman promover, establecidos en *doctrinas* más o menos fijas que se concretizan en una *liturgia* que les da una expresión simbólica, y por otra parte la "*vivencia* religiosa" o la "experiencia religiosa" individuales. Éstas, según los casos, pueden ser más o menos estereotipadas y superficiales, incluso totalmente rígidas y falsas, o por el contrario situarse en el nivel de una auténtica vida espiritual, irrigar la psique como sangre vivificante, en un proceso creativo de maduración y profundización interior. Casi siempre la experiencia religiosa se expresa en el marco de una fe religiosa particular, que de alguna manera le sirve de "lenguaje". Pero también puede situarse fuera de toda religión constituida y encontrar un lenguaje enteramente personal. Tal fue el caso de Whitman, de Bucke, de Carpenter, y también el mío (después de octubre de 1986). En el sentido en que empleo el término, la experiencia religiosa en tanto que experiencia "espiritual" se distingue de las otras formas de experiencia espiritual por el hecho de que la percepción de una *presencia* y de una *acción* vivas, que transcienden toda presencia y toda acción meramente humanas (y que algunos llamarían Presencia y Acción de *Dios*), juegan en ella un papel motor central – cual un corazón vigoroso que impulsa la sangre de la experiencia espiritual a través de todos los "órganos" de la psique...

[1307] Aludo aquí y allá a la necesaria eclosión de *otra* forma de ciencia, y más particularmente en relación con la persona de Rudolf Steiner, especialmente en las dos notas "Los mutantes (2): la ciencia espiritual (R. Steiner, T. de Chardin)" (n^o 86), y "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124). Véanse especialmente las páginas N 302 y N 551.

[1308] Lo que, según yo, distingue tal exploración de la psique ("desde una óptica espiritual") es que en el foco de la atención del investigador se encuentra *su propia psique* – la única de la que tiene una experiencia íntima y totalmente inmediata. Lo que hace verdadera y fecunda a tal atención, dirigida hacia su propio ser, no es método alguno. Es un *rigor* que no surge de ninguna regla ni método (incluso si pudiera inspirarnos para desarrollar nuestros propios métodos...), sino sólo de disposiciones interiores de *verdad*. Esa exploración de la psique no hace tabla rasa de la "mecánica psíquica", puesta en evidencia por primera vez por Freud, y que juega un papel dominante en las capas medias y periféricas del Inconsciente. Pero aunque es esencial "explicarse" a fondo con esa mecánica en su psique, y sobre todo con la insidiosa y omnipresente acción del proceso de huida, las ruedas y engranajes y modos de acción de esa mecánica terminan por aparecer como detalles muy accesorios, a la luz de una iluminación que viene de otra parte. Son esa iluminación y esa luz las que son esenciales. Igual que las gamas y arpegios y acordes en los que incansablemente se ejercita el músico virtuoso también son accesorios, mientras que lo esencial está en la cambiante armonía de la obra musical que el oído capta y que todo nuestro ser revive...

[1309] Sería más justo decir que el conocimiento de nosotros mismos, y la presciencia de finalidades verdaderamente *humanas* que de él se sigue, serán como el corazón y el alma de la ciencia nueva, para inspirar su espíritu, sus opciones, sus orientaciones. Todo lo que es "metodología", todo lo que se sitúa en el plano del enfoque intelectual, estará subordinado a esa finalidad (de orden espiritual) del conocimiento íntimo de nosotros mismos y del "medio" que nos rodea – del electrón a la galaxia...

[1310] El rigor intelectual en el pleno sentido del término no está en la aplicación metódica y escrupulosa de "cánones del oficio" a esto o aquello, dictada por tal o cual método establecido. Por el contrario, es de esencia creativa, y por su misma naturaleza desborda todo método. Es él el que sin cesar crea los métodos adecuados a sus necesidades. Además, me parece como una especie de sombra o imagen, en el plano de la inteligencia, de un rigor de esencia espiritual. Ese rigor no es más que uno de los aspectos de las "disposiciones de verdad" que he evocado en una anterior nota a pie de página; uno de los aspectos de una búsqueda apasionada para discernir, paso a paso, la verdad de las cosas, inseparable de la íntima y cambiante percepción que nosotros mismos tenemos de esas cosas y que creamos a lo largo del trabajo. En Cosechas y Siembras se encuentran inicios de reflexión sobre el rigor, especialmente en la sección "Rigor y rigor" (CyS I n^o 26), y en la nota "Deseo y rigor" (CyS III, n^o 121).

[1311] Para la lista de esos dieciocho mutantes, véase el comienzo de la sección "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza" (n^o 112).

"columnas" las diez cuestiones clave que acabo de enumerar. He puesto el signo + en la casilla de intersección de una línea y una columna cuando la relación de tal mutante con tal cuestión me parece "positiva"[1312], o también (según mis propias luces) que va en el sentido "escatológico" de la evolución de la sociedad humana *después* de la Mutación; es decir, cuando me parece de acuerdo con los designios de Dios. He puesto un +? en los casos en que ese carácter positivo me parece que suscita ciertas reservas[1313], y por el contrario he puesto ++ cuando ese carácter está afirmado hasta tal punto y me parece que tiene una importancia tal en la existencia del interesado, que ese aspecto parece realmente inseparable de su misión.

He elaborado esa tabla en contra de cierta reticencia, al darme buena cuenta de hasta qué punto ese tipo de supuesta "representación matemática" de una realidad infinitamente más delicada es no sólo grosera, sino incluso cuestionable en su mismo espíritu, y puede inducir a error. Por eso prefiero abstenerme aquí de incluir esa tabla. Se parece inquietantemente a una tabla de (buenas o malas) "notas", ¡y tiene todo el aire de hacerme recaer en el famoso síndrome del maestro de escuela[1314]! Y sin embargo, por grosero y $\Diamond$cuestionable que sea, tengo la impresión de que esa tabla me es útil para resaltar y precisar un poco ese sentimiento algo vago de una "diversidad" extrema de opciones y de direcciones de atención entre mis mutantes. Así, para cada uno de ellos, el número de signos + en las casillas que forman la correspondiente línea, y entre éstas, el número de casos ++, da una idea de lo que pudiera llamarse la "longitud" o la "amplitud" de su visión o (refiriéndose sobre todo a los signos ++) de su misión.

N 604

Entre todos mis mutantes, el que tiene con mucho la visión y la misión más vastas es *Carpenter*: su relación con *cada una* de esas diez "cuestiones" consideradas me parece positiva, y en cinco de ellas[1315] como "muy positiva" ++. A buena distancia de él, Neill, después Freud y Félix, después Gandhi, Steiner, Guruji forman parte de los mutantes de "visión amplia", y a buena distancia de éstos, Riemann, Kropotkine, Solvic, Krishnamurti, Darwin, Râmakrishna forman parte de los de "visión estrecha"[1316].

[1312]En el resto de la frase intento (de manera necesariamente sumaria y aproximada) evocar el sentido que aquí doy al término "positivo". La continuación de la reflexión aclarará ese sentido mejor que una explicaciones teóricas. Se sobrentiende que una relación "positiva" con la rúbrica "guerra" es, para mí, una actitud de rechazo más o menos incondicional de la guerra (¡y no un asentimiento o una aceptación de la guerra!). Por lo mismo, en la reflexión que sigue me veré llevado a mirar como "positiva" la relación de Neill con la religión, o la de Gandhi con la ciencia, mientras que en uno y otro caso las actitudes de estos dos hombres son críticas hasta el punto de rayar en un rechazo puro y simple. Pero en ambos casos, contrariamente a la actitud de muchos otros mutantes vis a vis de "la religión" o de "la ciencia", la suya se sigue de una visión penetrante y justa de algunos aspectos importantes, al menos, de la realidad designada por los términos de "religión" y "ciencia".

[1313]hay cinco casos de un signo +?: la relación de Bucke y la de Gandhi al conocimiento de sí, las de Kropotkine a las rúbricas "cultura" y "educación", y en fin la de Krishnamurti a la "educación".

[1314]De conformidad con ese síndrome (que en mi caso no hay que demostrar), no he podido evitar, para establecer una especie de "clasificación" sumaria (véase más abajo), hacer la suma del número de signos + que hay en cada línea (¡como otras tantas "notas" dadas a los diferentes mutantes!), o en cada columna (como otras tantas "notas" dadas, también, a las diferentes "rúbricas"). En esos "totales", el signo ++ cuenta por dos – pero excepcionalmente he puesto un signo +++ en el caso de la relación de Solvic con la guerra. En fin, he contado por $\frac{1}{2}$ los casos marcados con un +?. Pido indulgencia al lector por estos pequeños juegos de matemático-maestro de escuela, a los que hay que guardarse mucho de dar ningún valor "objetivo".

[1315]Se trata de las cinco rúbricas "sexo" (¡que en Carpenter bien merecería un +++ como "guerra" en Solvic! "religión", "cultura", "escatología", "justicia".

[1316]Más de un lector se sorprenderá, y quizás le choque, ver calificada aquí de "estrecha" la visión o la visión de alguno de estos grandes hombres, cuya "visión" le parece en cambio muy vasta, y sin duda con razón. Yo mismo no puedo impedir una reacción análoga, ¡viéndome calificar de "estrecha" la visión de un hombre como Riemann! Pero se ha de recordar que la noción de "estrechez" o de "amplitud" (aquí de una visión o de una misión), igual que cualquier otra noción, no tiene sentido absoluto, sino que depende del punto de vista bajo el que se mira la cosa. Lo que es de una vastedad más allá de toda palabra en cierta óptica, parece ínfimo desde otra. Así (hablando con conocimiento de causa) puedo decir que "la matemática" (y a fortiori "la ciencia") es de una extensión, de una riqueza infinita, inagotable – cuando se la mira desde el interior. Cuando se la mira desde el exterior, como expresando un cierto aspecto de las cosas que nos encontramos en el Universo, y un cierto modo de aproximación y conocimiento de esas cosas, parece ínfima. Ínfima, pero no irrisoria – ínfima, pero sin embargo

Al examinar una a una las diversas columnas de la tabla, uno puede hacerse una idea de en qué medida una u otra de esas diez cuestiones planteadas, desde "sexo" hasta "ciencia nueva" (o "ciencia espiritual"), se encuentra *grosso modo* privilegiada o, al contrario, descuidada por una mayoría de mis mutantes, en el conjunto de esas diez cuestiones claves que me han llamado la atención. La columna "cultura" es la que gana: entre mis dieciocho mutantes, son muchos (doce) los que son sensibles a la enfermedad de la civilización, y además, para un buen número (ocho) de ellos me parece que una crítica vigorosa y más o menos penetrante de
N 605 la civilización actual forma parte de su misión. Dicha ◊rúbrica "cultura" es seguida muy de cerca por "religión" y "ciencia", lo que significa que me parece que muchos de mis mutantes tienen una "dimensión religiosa" bien notoria, igual que los que son o bien ellos mismos sabios o científicos, o que al menos saben apreciar los aspectos positivos (incluyendo el plano espiritual) del espíritu científico, tal y como se ha desarrollado desde hace algunos siglos. Esas tres rúbricas "cultura", "religión", "ciencia" están claramente en cabeza, seguidas a buena distancia por la rúbrica "sexo", y "escatología", ella misma seguida a buena distancia también por "guerra", rúbrica que marca el comienzo de la "cola" del cortejo de las cuestiones. Esa cola, formada pues por aspectos generalmente descuidados (por mis mutantes) en la aventura humana colectiva, comporta las rúbricas "guerra", "educación", después (ex aequo) las dos rúbricas "justicia" y "conocimiento de sí", y en fin (¡al final!) la "ciencia espiritual" (que, en principio,implica el "conocimiento de sí").

Hoy quisiera comentar las rúbricas "religión" y "ciencia", y las rúbricas estrechamente ligadas "cultura" y "ciencia espiritual"[1317].

Los mutantes en los que percibo una dimensión religiosa que impregna toda su existencia son:

Hahnemann, *Whitman*, Riemann, *Râmakrishna*, *Bucke*, *Carpenter*, Steiner, Gandhi, *Teilhard*, *Guruji*, *Légaut*.

Entre ellos, he marcado en itálica aquellos en que ese aspecto de su persona me parece formar parte integrante de su misión. (Lo que se indica con un signo ++ en la correspondiente casilla de la tabla.)

Sólo en

Kropotkine y Félix

constato una actitud de rechazo más o menos completo no sólo de las instituciones religiosas,
N 606 sino también del sentimiento y del "hecho" religioso[1318]. ◊Ven en las religiones instituidas, tanto hoy como en su forma arcaica desde la noche de los tiempos, una especie de vasta estafa colectiva montada por la casta de los sacerdotes (expresamente constituida para este fin), y en el sentimiento religioso un desolador vestigio de supersticiones ancestrales, destinadas a ser disipadas por las luces de la razón triunfante. De todas formas eso no llega ni en uno ni en otro hasta una hostilidad automática, y aún menos a una malevolencia, vis a vis de las personas de religión (sacerdotes etc.), o de las que tienen una vida religiosa. Simplemente tienen una cierta condescendencia tolerante con ese tipo de aberración todavía tan frecuente ¡ay![1319] entre

necesaria e imborrable, en la textura del Universo.

[1317]Hay que dejar aparte el caso de Solvic. Por todo lo que sé de él, pude presumirse que sólo tiene relación "positiva" con la rúbrica "guerra". Por eso voy a excluirle de la discusión en la presente nota y en la siguiente nota, que se referirán pues a los otros diecisiete mutantes.

[1318]Como se verá más abajo, convendría añadirles Krishnamurti. Pero el "estilo" del rechazo krishnamurtiano, y las razones que invoca para fundamentarlo, son muy diferentes de las que se encuentran en Kropotkine y en Félix.

[1319]La actitud que estoy describiendo es bastante común en los medios ateos y más aún en los medios anarcos o "izquierdistas". Con todo lo exagerada e irreal que sea, se ha instaurado como reacción contra el despotismo religioso de las Iglesias, que éstas están lejos, aún hoy, de haber admitido y por eso mismo superado. Para mí está fuera de duda que esa reacción fue sana al principio, tanto en Kropotkine como en Félix, como en los medios

los hombres cuyo desarrollo mental todavía permanece, al menos parcialmente, en el estado prelógico del hombre de las cavernas...

Quedan por examinar los casos de

Darwin, Freud, Neill, Krishnamurti.

Tengo la impresión de que *Freud* se mantiene vis a vis del hecho religioso en una especie de prudente neutralidad, y que incluso en su fuero interno, no tenía claro el lugar que tenía o debería tener en su propia existencia la fe judaica de sus padres y de sus ancestros judíos. La actitud de *Neill* es más tajante. Repudió sin ningún vestigio de reserva interior (me parece) la
N 607 atmósfera religiosa castrante (calvinista) que ◊había rodeado su infancia. Esa durísima traba, que él mismo tuvo que quitarse penosamente, le inspira una crítica incisiva y pertinente de los perjuicios de la educación religiosa corriente. Pero no más que en Freud, su sentimiento de malestar, y a veces de repulsión, vis a vis de las formas muertas y fosilizadas de la religión (casi las únicas que aún sobreviven en nuestros días y que tienen una existencia o una caución institucionales) no llega hasta hacerle despreciar *toda* forma de sentimiento religioso como signo de superstición, o de una debilidad o una enfermedad del alma. Más aún, llega hasta soñar una "religión del futuro" que sería totalmente diferente de todo lo que ha conocido de las religiones que han existido hasta hoy[1320]. En lo esencial, no me parece en contradicción con ninguno de los once "espirituales" antes citados, y estaría claramente más cerca de ellos, y de una forma más solidamente fundada y menos ambigua, que su predecesor Freud.

Por lo que sé, *Darwin* era un "ateo de buena ley", como se llevaba y se daba más o menos por descontado en su tiempo en los medios de "sabios ilustrados". A la vez se insertaba sin roce alguno en la sociedad puritana ambiente, donde la religión era parte de los "intangibles" culturales. En el fondo, y sin querer decírselo en claro, debía pensar que la religión, eso era una especie de superstición, buena para el hombre común e incluso indispensable para el mantenimiento de las instituciones y las costumbres; estilo "¡¿a dónde llegaríamos...?!", y no se planteaba otras cuestiones. Darwin era naturalista, y si como tal se interesaba en la expresión de emociones en los animales y en el hombre, el alma humana (suponiendo que realmente exista algo de ese tipo...) ¡bien debía ser la última de sus preocupaciones!

¿Y Krishnamurti? Por extraño que pueda parecer, en ese hombre de ademanes y gustos aristocráticos que, durante medio siglo, fue el favorito de todo un público "espiritualizante" que se renovaba sin cesar, se encuentra una actitud muy cercana a la de los viejos luchadores anarcos Kropotkine y Félix: un rechazo en bloque e incondicional de toda forma de institución, de enseñanza o de (supuesta) experiencia religiosa. (Con la única excepción sin embargo, hay que recordarlo, de las enseñanzas y experiencias que emanaban de su propia persona, promovida al rango único de Enseñante...) Sólo la motivación del rechazo y el vocabulario empleado son diferentes. En vez de superstición y de una conjura de sacerdotes destilando a puerta cer-
N 608 rada un maquiavélico "opio del pueblo", esta vez se ◊trata (de manera más plausible y menos

que representan, y que tuvo un papel histórico útil que jugar. Pero hace dos o tres decenios que el péndulo de la historia ha alcanzado el punto extremo en su movimiento "antireligión", y ya ha desandado camino. Es tiempo de llegar al fin a una visión más matizada del hecho religioso.

Compárese esta situación con la de alguna manera inversa, ejemplificada por la actitud "anticiencia" de Guruji (examinada más abajo), igualmente exagerada e irreal, y que reposa sobre una igual ignorancia de la naturaleza propia de la cosa rechazada (aquí "la ciencia", mientras que antes era "la religión"). La reacción "anticiencia" también es "sana" por naturaleza, y además ahora va en el "sentido de la historia" (quiero decir: en el sentido de la evolución humana). Pero (como subrayaré más abajo), si se impusiera en esa forma exagerada fundada en la ignorancia, no tardaría en desembocar en una vuelta a los peores excesos del despotismo religioso de antaño.

Pero volviendo a la actitud antireligión de Kropotkine y de Félix, la descripción sumaria que doy de ella retoma, más o menos, la que ya he esbozado en otra parte sobre mis propias disposiciones antes de los dieciséis años. Véase al respecto la sección "Dios por la sana razón – o la cascada de las maravillas" (n^o 30), y especialmente la página 94.

[1320]Véase al respecto la nota "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje" (n^o 90), especialmente las páginas N 330 – N 331.

grosera desde el punto de vista psicológico) del deseo de ilusión del "yo" ávido de seguridad (que encuentra en la adhesión incondicional a las supuestas "verdades reveladas"), o del ansia de autoengrandecimiento a través de supuestas "experiencias religiosas" más o menos inéditas[1321].

En resumen, como mutantes que tienen una relación esencialmente "positiva" o "sustancial" con la religión, encuentro, además de los once "espirituales" citados al principio, Neill como duodécimo, mientras que sólo tres de los mutantes tienen una relación claramente "negativa", una relación de rechazo incondicional, a saber

Kropotkine, Krishnamurti, Félix.

En fin, en Darwin y Freud creo ver una actitud de prudente neutralidad, que probablemente oculta profundas ambigüedades, nunca verdaderamente dilucidadas por el interesado.

Vayamos a la rúbrica "ciencia". Primero hay que notar que entre mis mutantes hay cinco sabios de buen cuño:

Hahnemann, Darwin, Riemann, Freud, Teilhard.

Para éstos "la ciencia" representa al menos un ingrediente esencial de la cultura y el patrimonio de la humanidad, y además, el trabajo científico es una parte importante, incluso la parte principal, de su vida y de su misión. hay otros seis mutantes que me parece que mantienen una "relación positiva" con la ciencia:

Whitman, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Steiner, Légaut, Félix.

Entre éstos, hay que poner un poco aparte a *Kropotkine*, que también tiene el temperamento y la estatura del sabio en el sentido tradicional. No lo he incluido en el grupo de los cinco sabios citados, pues su misión le llevó por caminos que le alejaban de su vocación científica, hasta el punto de que su ruptura con ésta marca sin duda el momento culminante de su existencia,
N 609 a la vez que ◊la entrada en su misión[1322]. Por otra parte, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Steiner y (en menor medida) Légaut tienen en común que, sin ser "sabios" en sentido estricto, "profesional" del término, su temperamento sin embargo les lleva hacia una reflexión metódica, en la que los conocimientos científicos juegan un papel más o menos prominente, mientras que su propósito principal no es lo que comúnmente se llamaría "científico", sino más bien "humanista" o "espiritual" (como también es el caso de Teilhard, arriba citado). No obstante en *Légaut*, la parte que tiene su formación científica en su pensamiento religioso me parece particularmente mínima. Sin embargo juega un papel invisible por un espíritu de rigor que, según lo que él mismo dice, está directamente inspirado en las exigencias de honestidad intelectual tal y como todavía se estilaban en el mundo científico en el tiempo en que era un universitario[1323].

Cada uno de esos cinco hombres tiene el temperamento y las cualidades del "investigador", quiero decir: del investigador científico. En cuanto a *Whitman* y *Félix* (que los encuadran por ambos lados en la lista de siete de más arriba), nada ni en su vida ni en su obra sugiere a mis ojos afinidad alguna con un enfoque algo científico. Serían más bien miembros de un "público ilustrado", de aquellos pues que tienen curiosidad y están bastante bien informados de lo que, en la ciencia de su tiempo, parece tener un impacto directo sobre la vida de la gente y sobre los destinos de la especie. El conocimiento que tienen de "la ciencia" y del trabajo científico es el de una mirada totalmente exterior, viéndola ante todo a través de sus "resultados", a los que se adhieren prácticamente sin reserva. Para ellos como para la mayoría de sus contemporáneos, la ciencia es el motor del "Progreso", se considera buena por sí misma, y ni se les ocurriría que

[1321] Esa visión de Krishnamurti es sin duda válida en la gran mayoría de los casos, en el mundo moderno y en los hombres que se adhieren a un credo religioso. Pero en cuestiones de este orden, es una falta de seriedad pretender ignorar o negar los casos excepcionales. Éstos (tengo la total convicción), por rarísimos que sean, pesan infinitamente más en la "balanza espiritual" en manos de Dios, que toda la inmensa inercia espiritual de todos los "creyentes inertes" reunidos...

[1322] Véase al respecto la nota "Los mutantes (3): un viento de justicia y libertad (P.A. Kropotkine y A.S. Neill)" (n^o 88), especialmente la página N 311.

[1323] Recuérdese que Marcel Légaut fue profesor de universidad hasta principios de los años cuarenta.

pudiera ser diferente de la que es; lo importante, en suma, es encontrar conductores cualificados para ese coche "Progreso" grande y pesado...

Por otra parte tengo la impresión de que esa aceptación tácita de la ciencia tal y como ahora es, como el único tipo pensable de "ciencia", es común a los doce mutantes (5+7) que acabo de revisar, pero con la excepción de

Hahnemann, Riemann, Carpenter[1324] y Steiner.

N 610 ◊En otros términos, esos cuatro hombres son los únicos de mis mutantes en los que creo percibir alguna intuición o presentimiento de *otra* ciencia, de una "ciencia del mañana" o "ciencia espiritual", que desde hace uno o dos siglos aguarda su nacimiento y su crecimiento. Seguramente ese nacimiento tanto tiempo pendiente ocurrirá, al fin, el día después de la gran Mutación...

Entre los cinco mutantes que todavía no han sido incluidos en esta revista-relámpago de la "rúbrica ciencia", *Râmakrishna* y *Neill* se parecen por el hecho de que son totalmente neutros, y más probablemente, no están interesados en absoluto por eventuales cuestiones "a favor" o "en contra" de la ciencia. Finalmente quedan tres mutante que se pueden considerar como resueltamente "anticiencia" (igual que antes nos habíamos encontrado tres "antireligión"), son:

Gandhi, Guruji, Krishnamurti.

Sin embargo tengo la impresión de que el rechazo de "la ciencia" por *Gandhi*, que en él va a la par con el de la moderna civilización tecnológica, no es un rechazo absoluto. Más bien, parece desprenderse de que se ha dado cuenta de que en el estado actual de las cosas, la evolución de la ciencia y de la técnica es ciega, totalmente ignorante de las prioridades esenciales. Éstas, por otra parte, sólo pueden ser vistas y comprendidas en una luz que no proviene de la ciencia ni de la técnica, ni siquiera de la razón humana. En términos sugerentes: a falta de "conductor"[1325] adecuado, espiritual, del coche Progreso, el motor de dicho coche lo lleva a una carrera destructiva y, en el límite, suicida. Me parece que la actitud de Gandhi es como querer *cortar el motor*, a la espera de (al menos) encontrar o despertar en el mismo ser humano el "buen conductor". Esa tarea es para él la prioridad de las prioridades.

N 611 ◊Finalmente, me parece que la actitud de Gandhi vis a vis de la ciencia sólo es "negativa" en apariencia, y que se corresponde con una visión penetrante del justo lugar de la ciencia en la sociedad humana, y de los mortales peligros que hace correr a la especie, mientras ese lugar, un lugar de sirviente al servicio del espíritu, no le sea asignado; una visión más penetrante, seguramente, que la de casi todos los doce mutantes "prociencia" que acabamos de revisar. Entre éstos, se acercaría más a la actitud de *Steiner*, y sobre todo de *Carpenter*, que me parece cada vez más[1326] como el crítico más profundo del mundo moderno y de "la civilización", el más matizado, y aquél cuyo pensamiento está más sólidamente y minuciosamente fundado.

La actitud de *Guruji*, probablemente inspirada en la de Gandhi, es mucho menos matizada. Para él, "la Ciencia" es casi la encarnación por excelencia del "Mal", y en todo caso el principal

[1324] Hasta ahora sólo he tenido en mis manos una parte muy limitada de la considerable obra de Edward Carpenter, y sería abusivo pretender que en lo que hasta el presente he leído, he encontrado señales verdaderamente convincentes de esa "intuición o presentimiento de *otra* ciencia", de la que se habla en la siguiente frase. El "en otros términos" con el que la encadeno es pues ¡un poco abusivo! Es una simple presunción por mi parte (¡sólo se presta a los ricos!) que Carpenter llegó a tener ya cierta idea de la "ciencia del mañana"...

[1325] Como mostrará el resto del párrafo, no entiendo aquí el término "conductor" en el sentido político o sociológico de un hombre. o una clase social, que detentaría el poder de decisión en una sociedad dada, sino en el sentido psíquico de la instancia instaurada como dirigente en la psique de cada ser humano.

[1326] Últimamente he recibido de Londres un valioso paquete, enviado por la librería "Gay's the Word", que contiene una pila de libros usados de Carpenter, en viejas ediciones agotadas desde hace mucho. He comenzado a leer "Pagan and Christian Creeds: their Origin and Meaning", que es una reflexión de conjunto sobre el "hecho religioso", desde una perspectiva a la vez evolucionista y "escatológica". He visto lo suficiente para darme cuenta de que es exactamente el libro que buscaba, y justamente el tipo de reflexión que me proponía realizar a partir de cero, si no conseguía encontrar el libro "que necesitaba". Es decir, ¡mi cotización de Carpenter sigue al alza! Ese libro apareció en 1920, cuando Carpenter tenía 76 años. Es pues una obra del atardecer de su vida, en que recoge el fruto de la experiencia y de las reflexiones de toda una existencia, entre las más vastas y más singulares que haya habido...

responsable de los males del mundo moderno. A sus ojos, el espíritu científico encarna "la *duda*" (¡la gran bestia negra de los espirituales[1327]!), que opone como debe ser a la *fe* religiosa (que se presenta como bien soberano...). Considera a Darwin como una especie de teórico maquiavélico, y casi como el gran responsable, de la "ley de la jungla" en la sociedad humana, que Guruji opone con razón a la "ley del respeto" enseñada por el Buda y (parece ser...) por las religiones en general. Esa exagerada actitud de Guruji vis a vis de la ciencia me parece que apareció al final, en reacción directa al shock causado por Hiroshima: hacía falta un "responsable" exterior, y "la Ciencia" fue desde entonces (con ayuda de la enseñanza de Gandhi) el gran culpable hecho a medida[1328].

N 612 ◊Tal reacción contra "la Ciencia" en bloque seguramente es sana, pues sacude y pone en cuestión la sumisión aduladora a los valores profesados en el nombre de la ciencia y el progreso. Pero hay que decir que los clichés "anticiencia", aunque son menos corrientes, no son por eso más verdaderos ni menos "clichés" que las simplezas prociencia que nos llenan las orejas desde hace uno o dos siglos.

Pero hay más. Esa actitud que hace del pensamiento científico una especie de encarnación del Maligno, la noto muy cercana al rechazo puro y simple de cosas tan esenciales para el hombre como la curiosidad intelectual, el mero sentido común y la sana razón – al menos desde el momento en que curiosidad, sentido común y razón se enfrentan a cosas que con razón o sin ella tales "autoridades" han decretado como "espirituales" o "sagradas". Pero bien sé que Dios, que ha juzgado bueno insuflar en nuestra alma la sed de conocer, y le ha proporcionado el sentido común y las facultades racionales, no teme ni objeta que hagamos pleno uso de ellas y tan lejos como nos puedan llevar, sea para conocer Sus obras, o para conocerLe – aunque sea poniéndoLe en duda[1329]. La duda animada por una sed de conocer conduce con más seguridad a Él que una

N 613 supuesta "fe" en verdades reveladas, cuando ésta no es más que cobertura o ◊colchón (garantizado) de una pereza y una abdicación espirituales e intelectuales. Si tal actitud anticiencia y antirazón llegase algún día a ser general (¡Dios no lo quiera!), eso sería el retorno triunfal del oscurantismo de la Edad Media cristiana, con su innumerable cortejo de aberraciones y de crímenes – el retorno despotismo asfixiante y débil de supuestas "autoridades religiosas" sobre el espíritu humano[1330]. Por ese ávido e infantil despotismo de antaño, y por su mediocridad

[1327] Véase la nota "Los clichés del espiritual (2): ¡alto! a la duda y la seguridad" (n^o 52).

[1328] No quiero negar aquí la responsabilidad de "la ciencia", y más exactamente de los científicos, en los males que aquejan a nuestra civilización, entre los que Hiroshima y las armas de destrucción masiva no son los menores. Por su egoísmo y su inconsciencia, los científicos en general tienen gran parte de responsabilidad, y no tengo ninguna duda de que cada uno de nosotros, cuando llegue la hora, tendremos cuentas que rendir por nuestra parte. Dicho esto, la cuestión de las responsabilidades es demasiado compleja para ser zanjada señalando con el dedo "*al*" presunto "culpable". La responsabilidad la veo prácticamente por doquier. Está en la aceptación, por egoísmo, por inercia, por pereza espiritual, de lo que es inaceptable – y bajo su respetable apariencia, consagrada por la tradición, no hay bestialidad peor, más atroz, más inaceptable, que la guerra y todo lo que la acompaña. Quien consiente la guerra, consiente Hiroshima, y el super-Hiroshima final que desde hace tiempo se prepara y al que seguramente todos nosotros tendremos derecho, si Dios no lo impide. Y cuanto más alto está situado un hombre socialmente o espiritualmente, más pesada es la responsabilidad de su consentimiento de lo bestial y lo infame. Para mí, la parte personal de Guruji en el holocausto de Hiroshima es infinitamente mayor que la del científico lambda, cuyo universo mental y espiritual está limitado por las paredes de su laboratorio. Los que empuñan espada, a espada morirán. Guruji dijo sí y amén a las armas japonesas que conquistaban Asia, y por eso mismo fue de los que trajeron Hiroshima. Y sus imprecaciones contra "la Ciencia" y contra "América" tendrían un peso y una verdad muy diferentes si, antes de señalar "al culpable" entre los demás (como todos desde siempre hemos aprendido a hacer demasiado bien), hubiera sabido reconocer ya su parte personal de responsabilidad y la de su pueblo en los males sin precedente que lo golpearon en Hiroshima y Nagasaki.

[1329] Compárese con la sección "El conocimiento espiritual: no excluye, incluye y aclara" (n^o 47), especialmente las páginas 184 – 185.

[1330] Esto se asocia a ciertas declaraciones de Guruji que ya me habían incomodado en su momento. Según él, una de las obcecaciones de una perniciosa ideología "individualista" sería creer que la elección de religión podría ser un "asunto personal". Pero si no es un asunto de decisión personal, sólo podría ser el de la autoridad del lugar, política o religiosa o ambas reunidas. Y eso me recuerda que, igual que su predecesor Nichiren, los esfuerzos misioneros

de hoy y de siempre, las Iglesias son tan responsables como "la Ciencia" de la espantosa desespiritualización del Mundo moderno; sí, corresponsables incluso de nefastas deformaciones en el espíritu que se ha instaurado en el mundo científico, en *reacción* justamente contra el siniestro oscurantismo de dichas Iglesias.

Los sueños proféticos y los sueños metafísicos del pasado año para mí no dejan ninguna duda de que no son esos, tal regresión a un pasado caduco y poco glorioso, los designios de Dios sobre la humanidad. Lo que nos aguarda y nos llama para ser creado, no es una mutilación de uno de los planos de la existencia humana en nombre del otro, se trate del de la carne, de la inteligencia creativa, o el de una espiritualidad creativa. No es cuestión de negar la inteligencia en nombre del Espíritu (como bien parece sugerir Guruji), ni d negar el Espíritu en nombre de la inteligencia (como quiere cierto "positivismo científico" estrecho, muy alejado del espíritu
N 614 de los grandes pioneros de la epopeya secular de la Ciencia...)[1331]. Sino el de lograr, por ◊un trabajo intenso, paciente y muy a menudo a tientas, durante vidas y generaciones, un equilibrio armonioso entre esos tres planos de la existencia. Y en la vida individual de cada uno, forma parte de la principal tarea de la instancia dirigente, espiritual en el hombre (se llame "alma", o "espíritu", o "naturaleza moral del hombre", o con cualquier otro nombre...) velar por esa armonía en él mismo. Pero es cierto que tal armonía no puede instaurarse hasta que esa instancia, "el espíritu", asuma plenamente su papel dirigente, y asigne al plano que llamo "espiritual" una preeminencia absoluta respecto a los otros; pues sólo de ese plano recibimos la luz sobre los fines dignos de nuestra naturaleza humana, sobre el carácter globalmente fecundo o, por el contrario, estéril, de nuestros actos y omisiones, igual que sobre las verdaderas disposiciones de egoísmo o de verdad en las que los realizamos.

Esa necesaria preeminencia del plano "espiritual" o "moral" en la psique humana, no creo que la contestase ni uno sólo de mis mutantes, al menos no en su *substancia*, si no en su formulación. Los únicos en que tal contestación sería imaginable son *Darwin, Kropotkine, Félix*. Pero al menos en los dos últimos, para mí está muy claro que la aparente divergencia concierne más a las *palabras* y al sentido en que se emplean, que a la substancia misma de las *cosas*. Para ellos, las palabras "razón" e "inteligencia" incluyen (entre otras) regiones de la psique que se sitúan mucho más allá de lo que comúnmente es designado con esos nombres. La mejor prueba es que la existencia de esos dos hombres, que apelan ambos a la sola "razón", está tan inspirada por "el espíritu" o por "lo espiritual" como la de no importa cuál de mis otros mutantes – como no puede ser de otro modo, desde el momento en que realmente son fieles a una auténtica misión. Esa fidelidad, que distingue tal misión de las búsquedas a menudo igual de obstinadas

---

de Guruji se dirigieron primero a los representantes del poder político, empezando por la familia imperial. Para él debía estar claro que una vez ganada la familia imperial para la "verdadera fe" del Buda y de Nichiren, el resto del pueblo japonés debería seguir sus pasos – al ser la religión no un asunto "personal", sino *nacional*. Eso nos lleva a las costumbres de la Edad Media – cuando al soberano de una provincia le daba por cambiar de confesión, ¡era evidente que todo el pueblo debía seguir sus pasos! Esa no es una de las menores contradicciones de Guruji, que en otros temas tiene un sentido asombrosamente delicado y atrevido a la vez de las necesidades de la libertad en el plano espiritual. Véase al respecto la nota "Fujii Guruji (1): – o el sentido de lo esencial" (n^o 60).

[1331]Podemos distinguir tres tipos de desequilibrio extremo en la relación entre los tres planos de la existencia, carnal, intelectual, espiritual:

1^o) Renegar de la carne y la inteligencia en nombre del espíritu. Es la actitud que desde siempre ha sido la de cierto oscurantismo clerical.

2^o) Renegar del ser espiritual y la carne e, en nombre de la inteligencia. Es la actitud más corriente desde hace uno o dos siglos, en los medios intelectuales que se consideran "ilustrados", y donde los estudios y el éxito a los que dan acceso son vistos como la razón de la existencia.

3^o) Renegar, o al menos ignorar o descuidar en extremo, el ser espiritual y la inteligencia, en nombre de "la carne", o, más generalmente, en nombre de las comodidades y los pequeños gustos (tanto para la "carne" como para la vanidad) de la existencia. Ésa es, más o menos, la actitud del "hombre de la calle" o del "Señor todo el mundo", en la medida en que, excepcionalmente, no forme ya parte de uno de los dos grupos anteriores (claramente menos numerosos).

N 615 del "yo" y que es la única que la hace ◊fecunda, no es ordenada ni puede ser discernida por la mera "razón" (en el sentido en que comúnmente se entiende). Se requiere una facultad de discernimiento de orden más elevado, más delicado. Si veo una carencia en esos dos hombres, que tienen en común con todos los que reivindican una visión "racionalista" de la existencia humana y de la psique, no es la falta de una dimensión espiritual en sus existencias (dimensión que, al contrario, salta a la vista – ¡espiritual!); sino más bien por una especie de "bloqueo ideológico" (cuyo origen sin duda se encuentra en reflejos antirreligiosos muy bien fundados) – un bloqueo que les impide discernir, en el interior del amplio abanico de facultades y de instancias que agrupan bajo el término "razón", regiones "superiores" de esencia diferente del resto, y que por esa razón deberían ser claramente distinguidas con un nombre propio diferente. (Como el nombre "espíritu" por el que he optado.)

Sólo me queda decir dos palabras sobre la actitud "anticiencia" en *Krishnamurti*. A decir verdad, no recuerdo haberle visto expresarse explícitamente en un sentido u otro sobre la ciencia, de tan ajena que parece a su espíritu y a sus preocupaciones. Por otra parte constato que usa sin la menor reticencia todas las comodidades de la tecnología moderna (con una predilección por los coches lujosos...), y que (fiel en eso a su gran principio de "aceptación de lo real" y de "abstención de toda elección") encuentra palabras de admiración incluso para el avión a reacción militar, cuyo estruendo agresivo desgarra, durante unos instantes, la devota quietud de una de sus conferencias de alta espiritualidad. Si no obstante lo he contado (con Gandhi – sin razón – y con Guruji) en las filas del clan "anticiencia", es a causa de sus estrepitosas tomas de posición contra el *pensamiento* en general. Recuerdo que presenta el pensamiento como una facultad o una actividad humana que siempre sería "destructiva" en el plano espiritual, lo que expresa en su lenguaje propio con fórmulas perentorias como "donde hay pensamiento, no hay amor", o:
N 616 "donde hay amor, ya no hay pensamiento"[1332]. ◊En mi primer contacto con el pensamiento (!) krishnamurtiano, quedé debidamente impresionado por esas terminantes fórmulas, que parecían una especie de nuevo Evangelio (justamente algo de lo yo debía sentir entonces la necesidad...). Hoy, al igual que las fórmulas simplistas similares sobre "Dios" o cualquier clase de experiencia religiosa (aparte de la suya), me parece lo que son: los "hilos" de una especie de mistificación completamente montada, que revela su falta de "seriedad" cuando uno se toma la molestia de examinarla con un mínimo cuidado[1333]. Y este hecho tan absurdo, que Krishnamurti sea aquí a la vez un apóstol "anti-religión" *y* "anti-ciencia" (e incluso "anti-pensamiento" – salvo por el pensamiento que fabrica rutilantes Cadillac...), ilustra de manera imprevista hasta que grado extremo ha llevado ese "juego idiota"[1334] de tomar crudamente a contrapié, sin más, todo lo

[1332]Como siempre, tales simplismos krishnamurtianos contienen una parte de verdad, pero deformada hasta el punto de hacerla irreconocible. Aquí sería el hecho, bien conocido por los "espirituales" desde siempre, de que el amor (en el sentido espiritual del término), y de manera más general todo lo que pertenece al plano de la realidad espiritual, *escapa* por esencia al pensamiento, al ser de un orden superior al del pensamiento. Eso no significa que sea forzosamente estéril que el pensamiento se vuelva hacia la realidad espiritual para sondearla lo mejor que pueda. Lo cierto es lo contrario. Pero ese trabajo del pensamiento no puede ser fecundo más que en la medida en que beba de una auténtica experiencia espiritual y se acompañe de una maduración espiritual, que no sabrían surgir de la mera actividad del pensamiento. Mientras el pensamiento permanezca consciente de sus límites, sin por eso olvidar su propia fuerza, que puede ser considerable, puede jugar un papel valioso, incluso indispensable en algunos (y especialmente en mí mismo), en la profundización interior

El "simplismo" krishnamurtiano consiste aquí en presentar una relación de "subordinación" (del pensamiento a la realidad espirutal, que es de esencia superior) como siendo a la vez una relación de *exclusión* mutua, de antagonismo. Ya he tenido ocasión de resaltar hasta qué punto ese a priori "antipensamiento", que tácitamente había hecho más o menos mío, fue una traba en mi propio caminar.

[1333]Se habla por primera vez de esa "mistificación" krishnamurtiana, y de la totalmente semejante de Steiner, en la nota "Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías" (n^o 123). Esa impresión de una mistificación se retoma y precisa en las notas posteriores (n^{o}s 125-131) consagradas a Krishnamurti, y más particularmente en la primera de ellas, "La paja y el grano (2): Krishnamurti – o degradación de una misión".

[1334]Véase, sobre ese "juego idiota", la nota que acaba de ser citada, especialmente la página N 559.

que, a sus ojos, parece un valor establecido.

N 617 ◊(134) Los mutantes (10): la reconciliación

(1, 5 y 6 de marzo)[1335] Esta reflexión sobre la relación de los mutantes con las dos "hermanas enfrentadas", la religión y la ciencia, ha sido mucho más larga de lo previsto. Cuatro días bien repletos para la reflexión de la nota anterior, ¡y sin embargo no tengo la impresión de haber terminado!

Especialmente quisiera pasar revista a aquellos de mis mutantes que, en vez de tomar partido por una u otra de las dos hermanas beligerantes[1336], encuentran sitio en su corazón para una y otra y que, sin ser necesariamente ciegos a los entuertos muy reales de una y otra, jugarían un poco el papel de conciliadores. Se les encuentra pronto en mi "tabla de las misiones", como los que tienen en la línea que les corresponde, en las casillas contiguas correspondientes a las columnas "religión" y "ciencia", un signo +, incluso ++ [1337].

Pero veo que esa forma de localizarlos es demasiado simplista. Entre los mutantes en cuestión *Whitman* y *Gandhi* me parecen decididamente demasiado alejados del mismo espíritu de la búsqueda científica, para ser considerados verdaderos "conciliadores"; sin contar la parcialidad tal marcada de Gandhi por la hermana Religión, que parece más bien su aliado en la querella, ¡casi lanzando aceite al fuego para atizarlo! Finalmente quedan, como verdaderos conciliadores, los siete mutantes

Hahnemann, Riemann, Bucke, Carpenter, Steiner, Teilhard, Légaut.

Una vez alineados negro sobre blanco, constato que son, exactamente, los que por sus disposiciones interiores, su particular madurez y sus temperamento son *a la vez* hombres "reli-
N 618 giosos" en el sentido fuerte y profundo del término, y "sabios en ◊el alma", cuando no lo son ya por el status social y por su profesión. Entre los diez "sabios en el alma" que cité en la nota anterior, sólo faltan Darwin, Kropotkine y Freud. Y entre los once mutantes "religiosos en el alma" que habíamos citado en otra parte (y doce si incluimos a Neill...), los que faltan son esta vez Whitman y Gandhi ya nombrados, Râmakrishna y Guruji (el gran azote de "la ciencia"...).

Al repasar una a una las existencias de los siete hombres nombrados más arriba como "conciliadores", creo que se puede decir que cada uno de ellos realiza en su persona, mucho más que una simple yuxtaposición de las dos tendencias en su naturaleza que serían ajenas la una a la otra, una íntima *armonía* entre ambas. Como ya constaté anteriormente al introducir a Riemann entre nuestros mutantes[1338], en cada uno de ellos el hombre religioso y el pensador son *uno*. Y en ellos el pensador no se distancia del "sabio", incluso allí donde su pensamiento desborda con mucho por sus temas los que comúnmente es considerado como el dominio de la ciencia.

Si tengo alguna reserva que formular sobre esa radical *unidad*, sólo se refiere a uno de esos hombres: *Rudolf Steiner*. Ya me he convencido[1339] de que, a falta de una verdadera fidelidad a sí mismo durante el último cuarto de siglo de su vida, no fue plenamente un "hombre religioso", ni un "hombre de ciencia". Menos aún pudo realizar la unidad de ambos en su persona. Es cierto que (semejante en eso a Teilhard de Chardin), la tarea que deliberadamente se había

[1335] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas "la religión" y "la ciencia"".

[1336] Nótese que cada uno de mis mutantes toma partido al menos por una *o* la otra de las dos hermanas enfrentadas, con la única excepción de Krishnamurti (¡que de todas formas está "contra"!), y Solvic (que jamás se planteó tales cuestiones...).

[1337] De hecho, todas las veces es un signo + y otro ++, salvo en el caso de Gandhi y Steiner (que es +,+) y el de Teilhard (que es ++,++).

[1338] Véase la nota "Los mutantes (1): el ballet de los mutantes; Hahnemann y Riemann" (n^o 85), y especialmente la página N 301.

[1339] Véanse las dos notas consecutivas "Fantasmagorías de un vidente – o videncia y espiritualidad" y "Hermanos enfrentados – o una madrina para dos mesías" (n^{o}s 122, 123).

fijado era una tarea de "conciliador" (a la vez que de renovador de la ciencia de su tiempo). Y ciertamente no le faltaban dotes, dotes realmente prodigiosas, para llevar a buen fin esa gran tarea. Si fracasó, no fue a falta de energía, que era asombrosa e incluso desmesurada. Era algo muy distinto lo que le faltaba. Y si esa energía realmente fue gastada y devorada, no es en beneficio de la tarea que se había propuesto, y que no supo desposar de verdad y elevar al rango de misión...

A pesar de ese fallo del que es el único responsable, Steiner es para mí, con Hahnemann
N 619 y Riemann (y quizás con Carpenter[1340]), un ◊*precursor* de la "ciencia del mañana"; de la que él creía haber realizado ya en vida, bajo el nombre de "ciencia espiritual" o "antroposofía". Por otra parte, no tengo la impresión de que Bucke, ni Teilhard, ni Légaut hayan tenido algún presentimiento consciente de la necesaria eclosión de tal ciencia nueva. Pero tal presentimiento consciente haya sido o no formulado más o menos claramente, me parece que cada uno de esos siete hombres prefigura, por esa unidad realizada en su misma persona[1341], la ciencia nueva, la ciencia plenamente humana que el mundo necesita – la que responde a la vez a las dos aspiraciones profundamente implantadas en la psique humana: la aspiración espiritual, que nos hace conocer nuestra propia naturaleza y nos conduce hacia el conocimiento de Dios, y la aspiración intelectual, que nos hace conocer el Mundo exterior donde habitan nuestra alma y nuestro cuerpo[1342].

N 620 ◊Finalmente ha sido una sorpresa que de mis dieciocho mutantes, cuyos nombres se me impusieron a lo largo de la reflexión sin ningún propósito deliberado de esto o aquello, haya tantos (¡casi la mitad!) que puedan ser vistos como conciliadores entre las hermanas enfrentadas, y que incluso, a un título u otro, me parezcan prefigurar la ciencia del mañana. Por aislado que esté cada uno, en medio de innumerables millones de indiferentes y de los que pasivamente han optado por la dirección en que les arrastra la inercia cultural de su medio, cada uno de ellos me parece un *jalón* portador de promesa, que nos muestra, si no un *camino* (que tendremos que

[1340](6 de marzo) El "quizás" que puse para quedarme tranquilo, puede omitirse. Ayer y anteayer me tomé tiempo para leer el notable libro de Carpenter, "Civilisation – it's Cause and Cure", que recibí hace poco con otros libros de ocasión de su pluma (como "Pagan and Christian Creeds", anteriormente citado). En este libro encontramos, junto a una profunda visión del fenómeno histórico que llamamos "civilización", y una crítica aguda y llena de verbo de la ciencia en el sentido en que entendemos ese término desde hace dos o tres siglos, una asombrosa prospectiva del espíritu de la "ciencia del mañana". Sin ninguna duda, ése es también uno de los grandes libros de nuestro tiempo – caído desde hace más medio siglo en un olvido total y, estoy convencido, de lo más transitorio. Cuanto más me familiarizo con el pensamiento visionario de Carpenter, ¡más se confirma el presentimiento perentorio que expreso al final de la nota "Edward Carpenter (2): – o entierro y metamorfosis de un vivo" (n^o 97, página N 382)!

[1341]Como se ha visto en el párrafo anterior, hay que poner aparte a Steiner, que *no* realiza en su persona esa unidad. Sin embargo, "prefigura la nueva ciencia" por otras razones – por los "impulsos" que le ha dado.

[1342]Al evocar aquí de un tirón la aspiración humana en los planos espiritual e intelectual, me callo el plano del conocimiento *carnal* que nos llega por los sentidos, íntimamente ligado a los anteriores planos de conocimiento. En la visión profética de Carpenter de una ciencia nueva (mencionada en la penúltima nota a pie de página), esa dimensión esencial de nuestro conocimiento del Mundo no está descuidada. Al contrario, Carpenter insiste en la dimensión espiritual de la percepción sensorial, que según él está llamada a afinarse hasta el punto de que todos los sentidos se sublimen y se unan en un sentido único de percepción cósmica, de esencia espiritual. Subraya al respecto que el estado "civilizacional" de la humanidad (cuya duración se extiende varios milenios, y que ahora toca a su fin...) se distingue del estado llamado "salvaje" o "bárbaro"(!), entre muchos otros signos distintivos, por una extraordinaria *regresión* de la agudeza sensorial, que va a la par con una *ruptura* más o menos marcada con el entorno natural (que en nuestros días tiende cada vez más a desaparecer...). Según él, esa regresión no estaría destinada a ser definitiva e irremediable, simplemente sería parte de los síntomas de la "enfermedad infantil" (de nombre "civilización") que estamos pasando. Estaríamos llamados a reencontrar toda la fineza de la percepción sensorial perdida, a la vez que la conciencia de nuestros lazos con el entorno natural y el Todo Cósmico, como uno de nuestros medios esenciales y descuidados de exploración y de conocimiento del mundo, indisolublemente ligado y quizás (en última instancia) indiscernible de nuestras facultades intuitivas tanto intelectuales como espirituales. La recuperada *Unidad* del hombre del mañana, del hombre que ha superado su enfermedad infantil, consistiría en en esa indisoluble unidad entre los tres planos del conocimiento, a la vez que en la conciencia de la radical unidad del hombre individual con la humanidad y con el Cosmos.

abrir nosotros mismos durante generaciones), al menos una *dirección*: la dirección del hombre plenamente humano, y hacia una "civilización"[1343] digna al fin del hombre.

(135) Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación...

(1, 5 y 6 de marzo)[1344] La cuestión de la reconciliación de la religión y la ciencia, incluso de su re-unión, es una de las cuestiones claves en la crisis de civilización que se intensifica de generación en generación, y que ahora se acerca al punto de explosión – y a la gran Mutación. Poner el dedo,
N 621 ◊en el hombre moderno, en esa escisión entre el sentimiento religioso y la inteligencia, entre la fe y la razón, es también poner al descubierto una de las innumerables enfermedades que corroen nuestra civilización; *la* enfermedad principal, quizás, de la que las demás se desprenden y son otros tantos signos y síntomas. Ahora quisiera pasar revista a aquellos de mis mutantes que han sentido esa profunda enfermedad – aquellos pues que, al menos, han hecho la crítica de su (de nuestro...) tiempo.

Uno esperaría que los siete hombres llamados "conciliadores" entre la fe y la razón forman parte de los que han sentido la enfermedad de la civilización, y la crisis hacia la que nos arrastra y en la que todos estamos totalmente enredados desde hace casi un siglo. Sin embargo dudaría en afirmarlo para *Riemann*, para *Bucke* y para *Teilhard*. Salvo por una reserva para Teilhard, tengo la impresión de que esos tres hombres se identificaba cada uno sin reticencia alguna con la civilización de la que se sentían formar parte. Casi parecería, al leer la obra principal de Bucke, que éste ni se había dado cuenta (no más que Whitman) del foso que se había excavado y se agrandaba entre lo que él habría llamado sin duda "la naturaleza moral" y "la naturaleza racional" del hombre. En él ese foso, visiblemente, no existía y sin duda no había existido jamás, y debía presumir que lo mismo ocurría en todo hombre cultivado. Tendería a pensar que Riemann veía más profundo, pero no tengo conocimiento de que se haya expresado al respecto. Pero debía darse buena cuenta de hasta qué punto sus propias reflexiones filosóficas (y de manera, me parece, aún más radical que más tarde las de Bucke) iban en contra de todos los reflejos adquiridos de la intelectualidad científica de su tiempo. Sin duda por eso, esos fragmentos no se encontraron entre sus papeles más que después de su muerte. Casi es un milagro que Heinrich Weber, que se ocupó de preparar la publicación del volumen de obras completas, haya tenido la inteligencia y la escrupulosa solicitud de incluir dichos fragmentos. Pero sin duda Riemann no tenía el temperamento luchador requerido para pensar en asumir el papel de crítico de su tiempo.

En cuanto a Teilhard de Chardin, seguro que veía más claramente y más dolorosamente que nadie la escisión entre la ciencia y la religión. Su gran misión, a sus propios ojos, era ponerle fin. Pero sin embargo no lo veo como un crítico de su tiempo. Más bien como un pariente cercano y lleno de buena voluntad, profundamente desolado de ver a las hermanas Religión y Ciencia en
N 622 pie de guerra, y que hace lo que puede para intentar reconciliarlas, pero sobre todo ◊sin herir la susceptibilidad de una y otra. ¡Delicada intento! Velo púdico, en todo caso, sobre todo lo que ha estado mal y sigue estando muy mal en una y otra (con lo que ciertamente pueden llenarse volúmenes pero que es mejor ignorar...): la mentira, la pusilanimidad, la estrechez sectaria, la avidez, las traiciones... – no, todo el mundo es gentil todo el mundo es muy bueno ¡lo juro! Y puesto que así es, no hay razón alguna para no reconciliarse...

Otro caso dudoso (lo he marcado en la tabla con un signo +? como debe ser) es el de *Kropotkine*. Puede decirse que fue un crítico de su tiempo, e incluso de todos los tiempos

[1343] Por supuesto que aquí tomo el término "civilización" en un sentido más amplio del que generalmente se entiende, y que es el que también le da carpenter en el citado libro. (Véase la anterior nota a pie de página.) En realidad, esa "civilización digna del hombre" diferirá tanto de la que está a punto de hundirse, como ésta difiere de la sociedad llamada "primitiva" o "salvaje"...

[1344] Continuación inmediata de la nota anterior "Los mutantes (10): la reconciliación". La separación en dos notas distintas se ha hecho después.

llamados "civilizados", tomando parte contra la iniquidad social y contra la explotación del pobre por el rico. También vio que las actitudes que hacen posible esa iniquidad y esa explotación son inculcadas desde la infancia por una educación ad hoc tanto de los ricos como de los pobres. Sin embargo su crítica de la educación permanece superficial. En lo esencial, creo, se limita a contestar las desigualdades entre la educación de los hijos de las clases acomodadas y los de las clases desposeídas. Sobre ese tema,con el sistema de generosas becas y todo eso tanto en el Este como en el Oeste, ¡en nuestros días tendríamos que estar plenamente satisfechos! Sin embargo hay cosas mucho más profundas que fallan, en la educación – incluyendo la que él mismo, príncipe e hijo de príncipe, había recibido. Y nunca se dio cuenta, y aún menos se desprendió, de todo lo que esa educación tenía en común con la del último de los mocosos de una chabola de su tiempo o de ahora. Tampoco he encontrado en él traza alguna de que ponga en cuestión el espíritu con el se realiza el trabajo científico, en el que tuvo parte sin reservas. Si hay que formular un reproche, es sólo que la ciencia está en manos de los ricos, es accesible sólo a los ricos, y que beneficia sobre todo a los ricos. También en este aspecto, el estado de las cosas en la URSS (donde ya no hay "ricos") tendría que satisfacerle. Y sin embargo...

Por tanto, si hago abstracción de Kropotkine, me encuentro que los mutantes "contestatarios culturales" son los diez siguientes[1345]:

Hahnemann, Carpenter, Freud, Steiner, Gandhi, Neill, Guruji, Krishnamurti, Légaut, Félix,

entre los que hay pues cuatro de los "conciliadores" ya nombrados (Hahnemann, Carpenter, Steiner, Légaut). En cada uno de esos diez hombres, la visión de las carencias de nuestra
N 623 ◊civilización me parece netamente más penetrante que la de Kropotkine, en el que en este aspecto veo más entusiasmo generoso que profundidad de visión[1346].

Aparte de Freud, Neill y Félix, los otros siete "contestatarios" forman parte de los hombres "religiosos" entre los mutantes[1347]. Esto se asocia al hecho de que el mal principal del mundo moderno puede verse como su *desespiritualización*[1348], que se ha ido acentuando de generación en generación, y sin duda está a punto de alcanzar su punto más bajo, el deterioro más extremo[1349]

[1345]Como aparecerá hacia el final de la reflexión en la presente nota, conviene añadir a Solvic como undécimo "contestario".

[1346]Quizás no sea inútil recordar que, dejando aparte la "contestación" en el terreno de las injusticias sociales (en el que situaba Kropotkine), y las ocasionales modas de "retorno a la naturaleza" (de las que se encuentran ecos en el citado libro de Carpenter "Civilisation..."", publicado en 1889), la "contestación cultural" era algo rarísimo antes de 1968. Era mucho menos evidente darse cuenta, digamos en el siglo pasado, hasta qué punto la civilización moderna "fallaba", que hoy en que está en el estado final de su descomposición. Entre los pensadores "revolucionarios" del siglo pasado, sólo conozco uno cuya visión crítica sobre la civilización moderna tiene a mi parecer la cualidad de profundidad que me parece que le falta a Kropotkine: es Friedrich *Engels* (1820-1895). (Dejando aparte, por supuesto, Carpenter...

[1347]He contado tácitamente a Krishnamurti entre los hombres calificados de "religiosos", siendo consciente de hasta qué punto ésta es una forma de ver cuestionable. Me costaría mucho, según lo que conozco de él, decir si tuvo en vida, y sobre todo en los últimos cincuenta años, una auténtica experiencia religiosa. Tampoco está muy claro para Steiner, pero al menos en él había una actitud de respeto vis a vis del "hecho religioso" y del sentimiento religioso en los demás.

[1348]Al comienzo de esta nota, sugería que la "escisión" entre el sentimiento religioso y la inteligencia, entre la fe y la razón, era "la principal enfermedad" de nuestra civilización. Pero puede considerarse que ésa es simplemente una de las maneras de captar la "desespiritualización", de la que ahora hablo como "el mal principal".

[1349]Distingo la desafección de la mayoría hacia toda forma de religiosidad, de la "desespiritualización" de la que aquí hablo, aunque sin duda estén íntimamente ligadas. Para aquella (como ya hice notar en otra parte), la posición extrema del "péndulo de la historia" se alcanzó hace ya dos decenios, me parece, en los años sesenta. Pero aunque la necesidad de alguna forma de religión o de "espiritualidad" ya ha comenzado a hacerse sentir con más o menos agudeza, al menos en el seno de cierta minoría cultural, el proceso de deterioro interior todavía prosigue inexorablemente, incluso (he constatado más de una vez) en aquellos que se apegan a alguna forma de "espiritualidad". En mi reciente correspondencia y mis conversaciones telefónicas con Félix y Mati, he podido darme cuenta que también él, y su mujer Mati, sienten ese creciente deterioro de las mentalidades, esa erosión hasta en el simple sentimiento de decencia, hasta en los reflejos elementales de honestidad en la gente, aunque no soñarían en calificarlo de deterioro "espiritual".

Así no es asombroso que los más sensibles sean los "espirituales". Añadiría al respecto que
N 624 las taras ◊que perciben los "no-espirituales" Freud, Neill y Félix son, ellas también, más bien carencias en el plano espiritual (aunque no les darían ese nombre), que en la posesión y el correcto uso de las facultades meramente racionales. Sospecho que un examen más detallado de las visiones de esos diez hombres sobre el "problema de la civilización" mostraría que realmente es ahí, en una constatación de esa carencia esencial en el plano que llamo "espiritual", donde se encuentra el principal punto de contacto entre ellos.

No se trata de hacer aquí ese "examen más detallado" de la aportación de esos hombres a dicho problema de la civilización, y me limitaré simplemente a algunos comentarios. Tengo la impresión de cada uno de ellos, por su particular óptica, aporta una contribución que no se encuentra en ninguno de los otros. La única excepción, tal vez, se encuentre en el enfoque de Légaut, que me parece completamente cubierto por el, mucho más amplio en este aspecto, de su predecesor Carpenter[1350].

La óptica de *Hahnemann* es ante todo la del *médico*, constatando la incuria pretenciosa y brutal, la ausencia de todo sentimiento de compasión y a menudo de simple decencia y de honestidad, en la profesión médica que había elegido, y esforzándose con todo su corazón y toda su inteligencia en remediarlo. Pone su atención ante todo en las necesidades del cuerpo, poniendo gran cuidado, sin embargo (muy por delante en eso incluso de la medicina de nuestro tiempo, ¡dos siglos más tarde!), de no disociarlas de las de la psique y del alma. La óptica de *Freud* también es una óptica de médico, pero pone su atención principal en la psique y en las carencias (aparentemente irremediables en lo esencial) que parecen debidas a su misma estructura y a sus inveterados modos de funcionamiento. El pesimismo radical de Freud me parece que es el "precio" que paga por su lucidez, lo que es decir también por su fidelidad a sí mismo. Es en esa lucidez, en esa fidelidad frente y contra todos, donde reside su singular grandeza, de esencia espiritual. Mientras excluía de su visión del Mundo y de sí mismo la iluminación diferente que
N 625 proviene de ◊la invisible presencia de una realidad espiritual, su misma fidelidad le encerraba en ese pesimismo, del que (no más que un Marcel Légaut medio siglo más tarde[1351]) no intentó evadirse. Se lo reprocharán, sobre todo los que son ciegos a esa auténtica grandeza, los que nunca han encontrado (ni siquiera a través de la brecha que él ha abierto...) la profundidad de la mirada ni el coraje para ver lo que él se atrevió a ver, solo, y a enfrentarse sin esquivar ni trampear...

Gandhi llegó sin duda mucho más lejos que ninguno de los otros mutantes en el rechazo de la civilización técnica y de sus embriagadoras comodidades. Tal vez, dejando aparte a Carpenter, haya percibido mejor que ningún otro mutante el exorbitante precio de dichas "comodidades" – hasta qué punto la carrera a la que nos lleva esta civilización es destructiva de lo más valioso que hay en el hombre. *Guruji* hizo suya esa visión de Gandhi, sin duda de manera menos matizada, más radical. En revancha, al final de su vida, supo superar la ambigüedad fundamental de Gandhi vis a vis de la guerra. En los últimos cuarenta años de su vida, se convirtió en un apóstol incondicional contra el cáncer de la violencia militar. En eso su misión y su crítica cultural se parecen a la de Carpenter. Por otra parte, tiene una dimensión de *urgencia* única entre los mutantes, pues sólo él ve claramente el órdago (que se le había escapado, me parece, incluso a Gandhi): ahora, hay que cambiar – o perecer (en un inimaginable holocausto nuclear)...

[1350] Por supuesto que aquí sólo considero los aspectos *críticos* de un pensamiento sobre nuestra civilización, en los que Carpenter llega mucho más profundo, cubriendo un terreno considerablemente más amplio, que Légaut. En cambio, es evidente que en el nivel "positivo" de un camino y un pensamiento religioso, frutos de una experiencia religiosa no menos original en Légaut que la de Carpenter y en muchos aspectos totalmente diferente, la aportación d Légaut no está "cubierta" por la de Carpenter ni la de nadie. Es única, e irremplazable.

[1351] Como recordaré más abajo, sin eludir ese "pesimismo fundamental", Marcel Légaut consigue sin embargo, a un nivel más profundo y más esencial que el del mero pensamiento, trascenderle con una alegre fortaleza a toda prueba...

La óptica de *Neill* y la de *Félix* es, ante todo, la del *educador*. Forman parte de los que han visto claramente que la educación hace las veces de "matriz" para moldear el espíritu de una civilización. Y es ahí, seguramente, donde se encuentra su aportación principal, irreemplazable – uno y otro perciben con extrema agudeza ciertas carencias en la educación, y le ponen remedio cada uno a su manera, en su propio campo de acción. Ya he resaltado suficientemente en otra parte la asombrosa complementariedad de sus respectivas aportaciones[1352], como para que sea necesario volver sobre ello aquí.

N 626 ◊Nos volvemos a encontrar aquí uno junto al otro los dos "hermanos enfrentados", *Steiner* y *Krishnamurti*. Sus aportaciones al problema de la civilización me parecen de naturaleza muy diferente. Al nivel de una simple crítica de la civilización, la visión de Steiner es muy parcelaria y, me parece, bastante superficial. Comparte sin reservas la mayoría de los clichés culturales de su tiempo, excepto los que dan en la adulación incondicional de la ciencia. Y si contesta el espíritu de la ciencia de su tiempo, propiamente hablando no es desde una óptica espiritual (como es el caso de Carpenter, y en menor medida de Légaut), sino más bien intelectual: deplora sólo cierta estrechez de miras de la visión científica oficial, y desearía que no excluyese los fenómenos que parecen ser de naturaleza "inmaterial". Nada en común con la crítica en Carpenter del conocimiento científico y del espíritu que lo preside, crítica mucho más penetrante y radical[1353] Así, veo la aportación de Steiner no en su enfoque crítico, que es relativamente anodino, sino en sus contribuciones positivas, que son otros tantos *arranques* hacia una "ciencia del mañana"[1354] Al revés que Steiner, Krishnamurti ignora totalmente todo lo que se relacione poco o mucho con "la ciencia", a falta del menor interés en informarse sobre ella. (Los laboriosos estudios-prestigio sufridos en su adolescencia extirparon en él toda traza de sana curiosidad...) Su aportación es ante todo *crítica*: como ya subrayé en otra parte[1355], fue un gran desmistificador de algunos de los principales clichés que corren por el mundo moderno, tanto en los medios llamados "intelectuales" como en los que anuncian "espiritualidad". Pero, ávido de sustituir con mistificaciones de su cosecha las que había tomado como blanco de sus críticas, no más que su hermano competidor Steiner, no supo encarnar en su persona un esbozo del hombre nuevo.

Y en fin, quedan *Carpenter* y *Légaut*, cuyas misiones, ya lo hemos visto[1356], son muy parecidas. Desde la óptica del "problema de la civilización", veo aparecer dos nuevos aspectos comunes en sus misiones. Por una parte, uno y otro insisten en la importancia de un *equilibrio*

N 627 ◊entre la actividad intelectual o artística, y los trabajos manuales y actividades al aire libre que permitan una expansión del cuerpo y de los sentidos en paralelo al ejercicio de las facultades intelectuales[1357]. Por otra parte, tienen en común con Guruji que su mirada sobre la civilización moderna está incluida en una visión "escatológica" del fin último de la aventura humana. En Guruji, esa visión del "fin" está empañada por un suspense, una duda: ¿cambiará el hombre, se comprometerá al fin en la *vía del respeto* enseñada por el Buda – o perecerá sin remisión por la violencia que ha desencadenado? Ese elemento de incertidumbre quizás sea "cultural", puesto que la fe budista conoce la ley del karma, la de las causas y efectos que ligan las realidades espirituales, pero no conoce a Dios y sus Designios, ni la Gracia. En Légaut por el contrario, la esperanza escatológica, sentida como imposible y locura, y sin embargo sostenida y confirmada (en voz baja y discreta...) por una experiencia espiritual que prosigue (con sus tiempos débiles y sus tiempos fuertes) y se renueva a lo largo de toda una vida de fidelidad a sí mismo – esa esperanza resuelve ese pesimismo radical[1358] en una armonía casi "contra natura" – una armonía

[1352] Véase la nota "Félix Carrasquer (4): libertad-Summerhill y libertad-Vallespir-Monzón" (n^o 106).
[1353] Véase al respecto una nota al pie de la página N 618.
[1354] Véase la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124).
[1355] Véase la nota "La paja y el grano (3): Krishnamurti – un balance" (n^o 126), especialmente la página N 570.
[1356] Véase la nota "Tiempo de muletas y tiempo de caminar" (n^o 75).
[1357] En este aspecto la visión de Carpenter va mucho más lejos que la de Légaut. Véase una nota al pie de la página N 619.
[1358] Ese "pesimismo radical" de Légaut me parece cercano al de Freud (evocado más arriba), y procede de una

"impensable", inesperada (y sin embargo llamada en secreto...) – en la clara y serena armonía de la fe en lo invisible y en la insondable acción creativa de la Gracia, que sin cesar apoya y milagrosamente perfecciona la obra espiritual del hombre...

Carpenter decidió desprenderse de las duras restricciones impuestas por la pertenencia a una Iglesia y por la aceptación de su Ley[1359]. Así, la clase de tensiones interiores, en apariencia sin salida, que marcaron (parece ser) la vida de Légaut hasta el atardecer de su vida[1360], se
N 628 resolvieron en ◊Carpenter cuando aún estaba en la treintena. Le quedaba medio siglo de vida – cincuenta años de una riqueza y una fecundidad extraordinarias, ¡como muy pocas existencias humanas han conocido! Ésa es, sin duda, la razón por la que su visión del Mundo y de los destinos humanos está exenta de todo pesimismo igual que de toda incertidumbre, como los que marcan la visión de Légaut o de Guruji[1361]. Hay en él una especie de irradiante seguridad, cuya fuente, sin ninguna duda, es la iluminación que tuvo a los treinta y seis años. Según su propio testimonio, esa experiencia, y las enseñanzas que ésta no pudo dejar de inspirarle, fecundaron toda su posterior existencia. Sin duda que su seguridad escatológica le viene de ahí, por *revelación* directa – igual que en mi caso (pero a una edad mucho más avanzada). Mientras que según todas las apariencias, nada de eso le fue concedido a Guruji, ni a Légaut.

Durante la reflexión anterior me ha venido la idea de que habría que contar, entre los "contestatarios culturales", a *Solvic*, que había creído conveniente excluir de la discusión en las dos notas anteriores (sobre la relación de los mutantes con la religión y la ciencia). Es verdad que por lo que sé y con toda probabilidad, nunca hubo en Solvic una reflexión sobre la cultura de su tiempo, y aún menos un mensaje escrito que atestigüe tal reflexión, que hubiera podido ejercer una acción más o menos visible en otros, en un círculo más o menos extenso, como fue el caso de cada uno de los diez hombres a los que he pasado revista. Pero hay otras formas de
N 629 expresar ◊una "contestación", digamos, o un distanciamiento, un rechazo radical, que no son la actividad del pensamiento que reflexiona y de sus modos de expresión consagrados, como la palabra hablada o la escritura. Es cierto que por lo que sabemos, el rechazo de Solvic se refiere a un único aspecto del delirio cultural – el *delirio guerrero*. Es el más atroz, el más demencial de todos. Y sin embargo es uno en que la apatía de la mayoría, incluso de mis mutantes, es la más total, una apatía que (al menos para mí) supera toda comprensión... La erupción a cielo abierto de toda la bestialidad, de toda la ignominia humana tanto tiempo drenada y acumulada hasta el punto de ruptura, como en un inmenso e innombrable absceso interno, en el alma profundamente enferma de cada uno...

El *acto* con el que Solvic dice "*¡no!*" a esa manera, abyecta, de limpiar el absceso ali-

misma lucidez rigurosa. Como pesimismo "trascendido", es evocado por primera vez en la nota "Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía" (n^o 87), especialmente la página N 308.

[1359] Véanse al respecto las indicaciones biográficas que doy en la citada nota n^o 75, especialmente la página N 259.

[1360] Esa circunstancia particular, esas "imposibilidades" en las que Légaut, por fidelidad a su singular vía, eligió dejarse encerrar de alguna manera, me parece que son la fuente psíquica de su extraña noción de "*carencia de ser*" – una de las que pone en la base de su visión de la vida espiritual. (En el mismo plano, casi, que la "fe en sí" y la fidelidad...) Pienso volver sobre este punto en una nota posterior, consagrada a la misión de Légaut.

[1361] Ese "pesimismo" en Légaut, esa "incertidumbre" (o ese "suspense") en Guruji, están confinados sin embargo a la regiones superficiales de la psique, las que están directamente sometidas a la actividad del pensamiento. No hay duda de que en las capas más profundas tienen la misma total fortaleza que Carpenter, enraizada en un mismo conocimiento informulado, cuya fuente está más allá del pensamiento. En uno y en otro e igual que en Carpenter, esa alegre fortaleza se exterioriza por la "irradiante seguridad" que voy a evocar en Carpenter, percibida por muchos de los que se le acercaban. En el contacto directo con Guruji, y (en un diapasón más contenido...) en ciertos pasajes de la obra de Légaut, así como en mi breve encuentro con él el año pasado, yo mismo he sentido esa irradiación interior que no es la del pensamiento. Así, conviene recordar que las diferencias que acabo de señalar entre las tonalidades de base de las visiones de Carpenter, de Guruji y de Légaut son diferencias en la "*forma*", en cierta manera, que toma en ellos una "*misma*" fe. No afectan verdaderamente a la "substancia", a la naturaleza íntima de esa fe. Ésta no tiene nada de "pesimista" o de "incierta", sino que en cada uno de ellos, más allá de toda duda, es una fuente renovada sin cesar de alegría y de admiración.

mentándolo con torrentes e hinchándolo para que reviente – ese acto es infinitamente más total, infinitamente más completo de lo que pueda ser ningún pensamiento, ninguna reflexión, ninguna palabra escrita o hablada. Tal acto, como la muerte plenamente aceptada de Jesús, supera todos los libros que han sido o serán escritos jamás. En este contexto, aparece además bajo la iluminación de un acto de rechazo, de negación. Pero ésa no es su verdadera naturaleza, o sólo es una parte ínfima. Es un *acto de fidelidad* total a lo que de mejor hay en él, y a lo que de mejor hay también en ti, en mí y en cada uno de nosotros. La fidelidad hasta la muerte solitaria, ignominiosa, aceptada con calma, en la incomprensión y el desprecio de todos...

Esa fidelidad es lo *esencial* en el hombre nuevo. Todo lo demás se sigue por sí mismo, cada cosa a su tiempo. Por esa fidelidad, en nuestro siglo cobarde, sangriento, delirante, y con una perfección que supera toda expresión, Solvic encarna desde ahora al hombre del mañana. El hombre al fin *curado* de esa enfermedad infantil penosa y tenaz, sin duda necesaria, a la que hemos dado el pomposo nombre de "Civilización".

N 630

◊(136) Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza

(8-11 de marzo)[1362] En la reflexión de la nota anterior, he notado de pasada la tonalidad "escatológica" en la visión de la civilización moderna en Carpenter, Guruji y Légaut. Viendo con mayor o menor agudeza y de manera más o menos englobante o parcial la enfermedad del Mundo moderno, cada uno de ellos sobrentiende que esa enfermedad habrá de ser superada por una profunda transformación del *hombre mismo*, y que sólo así podrá ser superada. Más aún, el sentido mismo de la historia de la humanidad, y el sentido del estado "civilizacional" por el que ha pasado y que está a punto de tocar a su fin[1363], es contribuir a preparar esa transformación del hombre, en su relación consigo mismo, con la sociedad humana vista en la dimensión de la humanidad entera, y con la gran Fraternidad de todos los seres vivos y del Cosmos.

En cuanto a la manera en que se realice esa transformación, su duración, y cuándo y en qué forma quizás se inicie, un día, bajo la forma aguda y súbita de alguna "Parusía"..., ninguno de esos tres hombres ni, creo, ni alma viviente hasta hoy en día, ¡se atrevería a querer predecirlo! Pero en Carpenter y en Guruji la nota de *urgencia*, el sentimiento de que es totalmente necesario que esa transformación comience muy *pronto*, so pena de que la enfermedad sea fatal – ese sentimiento decididamente es muy claro. Ciertamente más claro, más apremiante aún en Guruji, a la siniestra luz de la explosión de Hiroshima. Pero desde los años 80 del siglo pasado, en la luz repentina y penetrante que le llegaba de su iluminación (en 1881), Carpenter creía en la llegada de un tiempo nuevo muy cercano – el reino de lo que, igual que Whitman, llamaba con el nombre, entonces rico de resonancias profundas y de esperanza, de "*Democracia*"[1364]. Y se notan disposiciones muy similares de fortaleza alegre, jubilosa en Whitman, en la primera edición de sus "Hojas de Hierba" (en 1855), y sobre todo en la larga y notable Introducción

N 631

que abre ese folleto[1365]. El sentimiento de fuerza cósmica, de visión ◊sin límites del hombre nuevo que acababa de nacer en él le llenaba de una seguridad tan exuberante, que casi creía que "al mayor de los poetas" le bastaría, recién salido del cascarón, darse a conocer a América, la Bienamada, ¡para que el gran Cambio de los Tiempos se desencadene por sí mismo! Que esa exultante seguridad no era simple euforia, un fuego de paja sin mañana, sino un fuego poderoso e indestructible surgido de las profundidades, lo demuestra sin posibilidad de duda el testimonio de su vida en los treinta y siete años que aún le fueron concedidos. Y no fue de otro modo para Carpenter veintiséis años más tarde, después de su iluminación y durante los siguientes cuarenta

[1362] Continuación de la nota anterior, "Los mutantes (11): los mutantes y la crisis de la civilización – o del hombre enfermo y su curación".

[1363] De todas formas no en la visión de Légaut, como voy a recordar más abajo.

[1364] Me extiendo un poco sobre el sentido de esa palabra "Democracia" en la pluma de Carpenter, en la nota "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96), especialmente en una nota al pie de la página N 368.

[1365] Hablo de esa Introducción a las "Hojas..." en la nota "Walt Whitman (1) – o boda de un poeta" (n^o 76), especialmente las páginas N 267 – N 269, y en la nota "Walt Whitman (3) – o predilección y visión" (n^o 80).

y ocho años de su vida. No más en él que en Whitman, ni siquiera que en su gran predecesor Jesús, la profundidad visionaria de la mirada ni los mayores favores del Cielo ponen al hombre al abrigo del error (y especialmente de los errores de fecha...[1366]), ni de los rodeos, del sufrimiento y de la muerte...

Esa fortaleza y ese ardor, que toma la forma ingenua de un optimismo jubiloso que no mitiga duda alguna, se asocian en mí (guardadas todas las proporciones) a mis propias disposiciones en los años 1971, 72, en la cresta de la ola de mis actividades sobrevivientes[1367]. Sin embargo, la lección de los sucesos fue tan severa, que esa "gran esperanza" que entonces cantaba en mí, al unísono con millares de otros seres, pronto se vio noqueada e incluso, según todas las apariencias, muerta y enterrada[1368]. Si no obstante terminó por renacer de sus cenizas el año pasado, no fue porque la lección de los sucesos (exteriores) haya cambiado lo más mínimo – ¡bien al contrario! Sino por haberme visto favorecido (y sólo Dios sabe por qué...) con revelaciones sin duda mucho más claras, sobre un futuro más cercano y claramente designado, que las que tuvieron Whitman, o Carpenter, e incluso (¡pues sí!) el mismo Jesús (como tú y como yo, hijo de Dios...).

En Légaut, por contra, tal sentimiento de urgencia parece totalmente ausente[1369]. Como si se hubiera guardado, muy a su pesar, de tomar nota de la ◊fiebre de los tiempos, de una morbidez aguda y galopante que, esta vez[1370], se ha adueñado del planeta entero. Al leerlo, se diría que la evolución que presiente con tal fineza, con tal agudeza, se hará como en el pasado, muy despacio, a lo largo de interminables milenios y decenas de milenios; y que no ve el precipicio que se abre a nuestros pies justo delante de nosotros, al que vamos directos[1371] – y que si la humanidad todavía sobrevive de hoy en cincuenta años, será por un milagro de los milagros como no ha habido ningún otro en nuestra larga y extraña historia...

N 632

Para concluir la reflexión sobre mis mutantes "en general", quisiera pasar revista rápidamente a aquellos en los que encuentro esa misma esperanza, o quizás esa misma *fe*, en una evolución oscura y profunda, que prosigue nadie sabe bien dónde ni cuándo ni cómo, y que un día próximo o lejano terminará por dar a luz, por fin, al "hombre nuevo"; el hombre libre, amoroso, creativo, el hombre que ya no será más la plaga de la Creación, sino su coronación radiante[1372]. Se trata, creo, de los diez hombres siguientes:

Whitman, *Bucke*, Kropotkine, *Carpenter*, Steiner, *Teilhard*, Neill, *Guruji*, Légaut,

[1366] Véase, respecto al mayor "error de fecha" de la historia, error que (al menos según el testimonio de los Evangelios) parece ser cosecha del mismo Jesús, la nota "Cuando hayáis comprendido la lección – o la Gran Broma de Dios" (n^o 27).

[1367] Esas actividades se evocan por primera vez, de pasada, en la sección "El viraje – o el final de un sopor" (n^o 33), y de manera más detallada en las cinco primeras secciones (n^{o}s 57-61) del capítulo VI.

[1368] Véase, en el capítulo que acabo de citar, la sección "Una charrúa llamada Esperanza" (n^o 59).

[1369] (23 de marzo) Realmente hay un "sentimiento de urgencia" en Légaut, pero sólo se refiere a la suerte de las Iglesias cristianas y del cristianismo, e ignora las cuestiones de mera supervivencia de la especie.

[1370] Escribo "esta vez" por oposición a los numerosos episodios de finales de civilizaciones que nos narra la historia de los seis o siete últimos milenios. Vista a escala planetaria, cada una de esas civilizaciones permanecía estrechamente confinada, y sus excesos y su proceso de descomposición no ponían en peligro el equilibrio global, incluso la simple supervivencia, de toda nuestra especie.

[1371] Esa misma imagen se me impuso de nuevo un poco más abajo, en relación con el mensaje de Teilhard de Chardin. Hizo *flash* ante mis ojos cientos de veces durante mis años de militancia antimilitarista y ecológico-cultural en el seno del grupo Sobrevivir y Vivir. Esto me hace pensar en un coloquio interdisciplinar que tuvo lugar hace dos o tres años (me enviaron el programa), en que doctamente se discutían las perspectivas de emigración de la especie humana "al Espacio", las cuestiones de adaptación biológica y psicológica que eso planteaba, etc., en una perspectiva futurista para el siglo veintiuno. Pero confío en que antes del año 2000, los que entonces vivan (incluyendo los participantes de dicho brillante coloquio, si es que no han caído por el gran agujero que se abre ante sus narices...) ni se creerán el grado de delirio que alcanzaron nuestros distinguidos sabios y nuestra ciencia oficial – delirio más delirante que las más delirantes aberraciones de la edad escolástica...

[1372] Véase el primer intento de una reflexión sobre el "hombre nuevo" en la sección "El hombre nuevo – o la superficie y la profundidad" (n^o 61), en el citado (para mis actividades sobrevivientes) Capítulo VI.

Félix[1373].

N 633

◊Tal vez fuera más justo decir que de una forma más o menos consciente o más o menos discreta u oculta, esa esperanza o esa fe vive, sin excepción, en cada uno de mis mutantes. ¿No es, después de todo, esa gran esperanza la única que da sentido a su misión? ¿Hacia dónde remarían, si no es justamente hacia ese hombre nuevo que se busca en ellos a través de ellos? Pero a menudo esa esperanza permanece escondida, como avergonzada de sí misma de tan absurda y loca que parece, recubierta por capas más o menos pesadas o gruesas de hábitos mentales, de conformismo cultural (como en Darwin), de pesimismo materialista (como en Freud) o de pereza espiritual (como en Krishnamurti). No he percibido ninguna nota escatológica por poco explícita que sea en la vida de Hahnemann[1374], ni de Râmakrishna, ni de Gandhi. En Riemann por el contrario, podemos presumir que su visión de la dinámica espiritual en la materia debía implicar para él, al menos y como algo evidente, una ascensión del hombre (y de cualquier otro ser) hacia un estado de madurez más y más elevado.

Pero el hecho de que una esperanza o una expectativa, y sobre todo cuando es de esa magnitud, se vuelva plenamente consciente y sea claramente formulada y profesada, le da una dimensión y una eficacia nuevas. Por eso creo que realmente tiene sentido poner aparte a los diez hombres arriba nombrados, para ver y comparar cómo se expresa en ellos la gran esperanza humana.

Sin embargo pondría aparte el caso de Rudolf *Steiner*. A veces se encuentran en él acentos escatológicos, especialmente cuando da a entender que su misión sería ayudar a "Occidente" a encontrarse (sin renunciar por eso a su propia herencia en favor de una espiritualidad de importación, etc...). Me siento incapaz de decidir a bote pronto en qué medida tal lenguaje es parte de una pose mesiánica sacada del habitual hocus-pocus steineriano-teósofo, y en qué medida por el contrario procede de una visión o de una esperanza auténticas. Pero a falta de una percepción lúcida del mal profundo e irremediable que corroe nuestra civilización, si hay visión escatológica, ésta (me parece) en Steiner sólo puede ser superficial y empañada por el

N 634

◊ansia egótica. Dudo que tenga nada que enseñar al hombre de hoy, a punto de mutar.

Las visiones de los destinos humanos de Teilhard y de Légaut me parecen cercanas en esto, que una y otra se sitúan en la perspectiva exclusiva de una evolución muy lenta, que prosigue a trancas y barrancas sin grandes sacudidas ni momentos, ni sobre todo de accidentes o grandes sucesos, a lo largo de milenios, si no es de millones de años. Ciertamente está (al menos para Teilhard) la famosa Parusía tan ponderada[1375]. Pero está relegada, en buena hora, a una distancia hasta tal punto descomunal (sugerida de maravilla por su famoso "punto Omega"...), ¡que es como una manera noble y erudita de decir que ya no se cree en ella! Aparte de eso, Teilhard desarrolla las perspectivas evolucionistas de la humanidad futura a golpe de volúmenes, parece ser, y con la autoridad, de gran peso en el mundo actual, que le da su innegable calidad de sabio paleontólogo, de lo más serio, de reconocido prestigio y todo eso. Sin duda por eso, aparte de las cualidades de elocuencia y de nobleza de estilo, después de su muerte su nombre y el de dicho "punto Omega" se han visto rodeados de un halo de prestigio casi religioso; el prestigio combinado, en suma, del "gran místico" (noción anticuada pero cuya cotización aumenta...) y de "la ciencia" (la de verdad de verdad, con títulos y publicaciones eruditas que la avalan...).

[1373]He marcado en itálica los nombres de los mutantes en los que la dimensión "escatológica" de su mensaje me parece ser un aspecto esencial de su misión.

[1374]Por supuesto, Hahnemann estaba animado por la fe de que las bárbaras prácticas médicas de su tiempo no tardarían en desaparecer, y que la medicina humana y racional que había creado ocuparía el lugar de la medicina oficial de su tiempo. Si hoy levantase la cabeza, casi un siglo y medio después de su muerte, pondría los ojos a cuadros al ver hasta qué punto, aunque las prácticas médicas hayan cambiado, el espíritu que prevalece en el ejercicio de la medicina sigue siendo tan subhumano, sin nada en común, ciertamente, con el que le animaba a él...

[1375]Véase la nota "Teilhard y Légaut – o la problemática Parusía" (n^o 87).

Pero lo que hoy da prestigio a Teilhard es también su limitación. Por su misma naturaleza, la visión científica es infinitamente demasiado estrecha para poder darnos una visión adecuada de lo que está ante nosotros y nos aguarda – de lo *esencial*, de lo que requerirá la totalidad de los medios creativos de cada uno, para que se realice entre las convulsiones y los dolores de un alumbramiento. Está infinitamente por debajo de las necesidades del momento. Y eso es así, aunque se le añada una auténtica experiencia mística o religiosa, cuando ésta (como fue el caso de Teilhard) incubada en un "vaso cerrado" religioso no menos aprisionante que el vaso cerrado del sabio. Dos vasos cerrados colocados uno junto al otro ¡jamás reemplazarán al día después de las borrascas salobres de alta mar! Una visión del porvenir en que el impulso del sexo es púdicamente ignorado, en que las peores abominaciones del presente (y la mortífera violencia de la guerra, y la injusticia social, no son las menores) son cortésmente eludidas, en que "el pecado" es la figura retórica habitual en el discurso religioso y en que no se ve apuntar el menor asomo de un sobrio y oh cuán urgente conocimiento de sí – tal visión, en mi humilde opinión, es una
N 635 planta de invernadero, ◊abstracta, clorótica, buena para adornar las bibliotecas y los salones.

Sin duda esa visión tiene con qué encantar al científico falto de un poco de "humanismo" e incluso (¡por qué no!) de religión, con qué entusiasmar al seminarista sediento de una bocanada de aire algo fresco en el sermoneo habitual, con qué guarnecer adecuadamente el bagaje cultural del "hombre discreto del siglo veinte". Pero ese bagaje, como cualquier otro bagaje ligero o pesado, ¡saldrá volando con la primera ráfaga de la Tempestad! Esa visión no sale al encuentro de ninguna urgencia espiritual, no escucha ni siente el crepitar de las llamas, igual que el científico, el seminarista y el hombre discreto no ven no sienten y no escuchan el cercano final. Mientras se extasían con el punto Omega al final de la eternidad, el Mundo que les rodea y su mismo ser (para más de uno) termina de pudrirse y se desploma y se consume. Con un pie ya en el vacío, ahí están a punto de hundirse, de cabeza y sin remisión, en la última Mierda...

No, aunque no vea más que Teilhard el apremiante plazo, ¡Légaut es de temple muy diferente! Como Teilhard, tenía derecho a ambas incubadoras, en la capilla y en el labo – y tuvo agallas para desprenderse de una y otra a la vez. Así su mensaje es algo muy distinto de un tímido parche en un noble lenguaje. En él se siente circular una sangre caliente y nueva. Intento generoso y tenaz, muchas veces a tientas a fuerza de querer ser riguroso, de una nueva espiritualidad que buscaríamos en vano en Teilhard. ¿O soy decididamente injusto? Sin duda en Teilhard encontramos un intento que, partiendo de los sólidos valores establecidos de la santa Iglesia Católica, osa añadirles (a pesar de las amenazas de piras simbólicas) los no menos sólidos valores establecidos de la nueva Iglesia Científica, dirigiendo una nueva mirada sobre la vieja teoría darwiniana de la Evolución (que buena falta le hacía). Sin duda eso era, en el aburrido invierno milenario eclesiástico, como la señal que precede a un primer narciso de las nieves, aportando una tímida nota de esperanza entre nieves sombrías y grises que parecen eternas.

Légaut por el contrario, ¡ya es el ímpetu generoso de la primavera! Es, después de un pesado sueño de hielo de casi dos mil años, la poderosa renovación de la vida que rebrota. La espiritualidad que se "inventa" y que vive y testimonia en el atardecer de su vida con la fuerza
N 636 de una primavera, no es la de ayer, no es para dentro de un millón de años, ni de mil ◊años o de cien años. Es de hoy y para hoy – un nuevo inicio. Por esa cualidad de renovación, de nuevo inicio, de inventiva creadora – por el paso solitario, atrevido y circunspecto a la vez, sobre un ningún pie humano ha hollado antes que nosotros – por eso esta espiritualidad de hoy, esta atrevida aventura de hoy, lleva ya en sí la plenitud de la espiritualidad del mañana. Por eso prefigura ya hoy los días cercanos y los días lejanos, y los días muy lejanos de nuestra Gloria prometida.

Por esa plenitud de vida en la existencia de Légaut, le siento muy cercano, otra vez, de su gran predecesor Edward Carpenter (al que sin duda nunca conoció, ni de nombre). Cercano también, a la vez, de los predecesores inmediatos de éste, Whitman y Bucke. Si se separa de esos tres hombres es sobre todo, creo, por su decisión de permanecer fiel a su Iglesia, de "llevarla"

toda su vida, como una pesada cruz. ¡Y no hay que asombrarse de que su paso sea más pesado! Y sin embargo, en esa cruz libremente llevada, encontró una singular riqueza, que nadie antes de él había sabido encontrar...

Pero ahora quisiera detenerme un poco en estos tres hombres con misiones profundamente relacionadas,

Whitman, Bucke, Carpenter.

Dejando aparte sus lazos de amistad y de afinidad espiritual, también se parecen (y se distinguen, creo, de mis otros mutantes) en esto, que en ellos la gran Esperanza toma, de entrada, más bien la forma de una íntima seguridad, de un *conocimiento* inalienable. Esa tonalidad común claramente *no* es una mera cuestión de influencia directa que hubiese pasado de Whitman a unos "discípulos" que piadosamente retoman el mensaje del Maestro. Más bien, brota de una fuente común, infinitamente más allá de toda "influencia" humana. Se trata de "iluminaciones" que fueron concedidas a cada uno de esos tres hombres, y que ya he evocado más de una vez[1376],
N 637 pues ◊ese momento, en la vida de cada uno de ellos, fue capital: el nacimiento en ellos del hombre nuevo, y con él, de la nueva visión. Fue a la luz de revelación fulgurante, radiante, inexpresable, como cada uno de esos tres hombres "*conoció*" su misión, más profundamente y más totalmente, seguramente, que si Dios en persona hubiese venido a explicársela con palabras claras y explícitas. Dios, ciertamente, realmente "vino" entonces, y se manifestó a cada uno de ellos, y de una manera que éste es el único, con Dios, en saber[1377]. Pero Su Palabra no fue palabra audible o escrita, sino fluidas vibraciones de luz amorosa, que baña y atraviesa y lava el interior y anima todas las cosas...

Esas Siembras de Dios en el alma de cada uno de esos tres hombres, acogidas en el terreno de una vida secretamente transfigurada, germinaron en ricas, en magníficas mieses. Y la visión vasta y luminosa de los destinos humanos que nació de ellas no es el menor de sus frutos. Lo que en esos agraciados hermanos es visión directa, íntimo e irrecusable conocimiento, ¡que nos sirva a todos de alimento para la inmensa, la impensable Esperanza! Que nos inspire a todos y cada uno en la gran Aventura que nos llama (con voz muy apremiante y muy baja...) – ¡una aventura digna de ellos y de nosotros! Y digna de Aquél que vive en lo más profundo y que llama...

En la visión de los destinos humanos de Whitman a Bucke y a Carpenter, percibo una llamativa *progresión* en la agudeza, la extensión subterránea, la profundidad. Esto sin duda está directamente ligado al hecho de tanto en Bucke como en Carpenter, uno y otro nutridos e inspirados por la visión generosa y poderosa de su mentor, hubo un trabajo de *reflexión*
N 638 sistemático, paciente, obstinado, conforme a sus predisposiciones de *pensadores* más ◊que de poetas; el tipo de trabajo que siempre estuvo ausente, creo, en la vida de Whitman. Poeta y visionario y hombre intensamente y plenamente *vivo*, sin ser él mismo un pensador, estaba

[1376]Se habla por primera vez de ellas desde el primer párrafo de la nota "Richard Maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74), páginas N 247 – N 248. En esos tres hombres, la iluminación se produce hacia la misma edad de 35, 36 años. El más elemental sentido común psicológico demuestra que ese momento en la vida de cada uno de esos hombres, momento crucial y fecundo más allá de las palabras, no tiene nada en común con los fenómenos de sugestión o de autosugestión. Por otra parte esas iluminaciones se presentan de forma totalmente diferente en esos tres hombres, según lo que conocemos. No hay que excluir, por contra, que la profunda acción ejercida sobre Bucke, y más tarde sobre Carpenter, por la lectura de la obra de Whitman, haya jugado (como el mismo Bucke presume) un papel en la aparición de la visión iluminativa. Conforme al ambiente cultural de su tiempo, los interesados no estaban inclinados, parece ser, a ver en ese suceso extraordinario en su vida la acción de una *intención* ("divina") sobre ellos, sino más bien el resultado del juego de ciertas fuerzas cósmicas o espirituales, más o menos impersonales. Pero a la luz de mi propia experiencia de la Acción de Dios en mí, la presencia activa de una intención de Dios, que se concretiza en Actos de Dios irrecusables,no tiene para mí ninguna duda.

[1377]En el caso de Bucke y de Carpenter, Dios se manifestó (según la expresión de Bucke) como una "Presencia amorosa", pero de una manera que Lo hacía percibir como un Ser transpersonal más que personal. Era una especie de "percepción inmediata", directa, muy intensa de Dios, muy diferente pues de la manera en que Dios se me dio a conocer en los sueños, personificado bajo los rostros más diversos...)Véanse también los comentarios en la anterior nota a pie de página).

hecho para inspirar a pensadores; a los que ellos mismos estén muy vivos, hombres que vibren con los mismos vientos que él. Así él mismo fue uno de esos vientos portadores de semillas que atravesaron las existencias de Bucke y de Carpenter, y en el atardecer de su vida, la de Traubel[1378]. ¡No hubiera podido soñar mejores relevos! Y si esos tres hombres, al contrario que Whitman que hoy "subsiste" por su ambigua reputación de gran poeta (en suma, ¡por una especie de malentendido!) – si hoy están más o menos sepultados en el olvido, no hay duda de que está cerca el tiempo en que los oídos sordos se abrirán. Entonces escucharán al fin la verdadera voz de Walt Whitman, igual que la de sus hermanos y herederos, que han sabido llevar más lejos que él y llevar a plena maduración el gran Mensaje de la libertad y de los destinos del hombre.

No tengo la impresión de que la visión de Whitman, tal y como surge en las "Hojas de Hierba" de 1855, para dulcificarse enseguida y madurar en los años ricos en sufrimiento de la guerra civil, se haya después matizado y profundizado por sus contactos con Bucke, con Carpenter y con Traubel, con los que sin embargo le ligaba una calurosa simpatía. ¡A cada vida le basta su afán! Por el contrario, entre los pensamientos de Bucke y de Carpenter (sólo siete años más joven), se nota un fecundo intercambio en los dos sentidos. Bucke estaba visiblemente impresionado por la profundidad de Carpenter, que sentía por instinto (creo) sin llegar nunca a seguirle. Adivinaba en él a un hombre de talla comparable al de Whitman (el cual, a sus ojos, era el hombre más grande que la "raza humana" haya producido hasta el presente...). De la obra extraordinariamente vasta que Carpenter estaba llamado a decantar en su ser, Bucke sólo conocía una parte relativamente modesta, que cita con profusión[1379] en los copiosos capítulos que le consagra en su obra mayor, "Cosmic Consciousness". ◊En cuanto a Carpenter, parece que hace suya, "como si siempre lo hubiera sabido", la visión evolucionista de Bucke de los destinos humanos, visión largamente madurada por éste en los años 90 del siglo pasado. Pero a decir verdad, al recordar ahora mi reciente lectura del libro de Carpenter, "Civilisation – it's Cause and Cure" (publicado en 1889), no puedo dejar de constatar que dicha visión de Bucke, e incluso con una amplitud y una profundidad que la superan por todas partes, está ya incluida en sus rasgos esenciales en la que a grandes trazos se esboza en ese libro capital para nuestro tiempo; una visión que debió desprenderse de las brumas en los intensos años que siguieron a la iluminación de Carpenter en 1881. Con esta nueva luz, el trabajo de Bucke parece más bien el trabajo aplicado y consciente del "buen alumno"[1380], que desarrolla largo y tendido, con todo cuidado y apoyándose en una vasta cultura tanto humanística como científica, una de entre el gran abanico de innovadoras ideas esbozadas en esa colección de ensayos de Carpenter, de

N 639

[1378] Evoco de pasada a Horace Traubel, entre los casos de iluminación cósmica revisados en el libro de Bucke "Cosmic Consciousness", en la nota "Los ancestros del hombre – o ¡en camino hacia el Reino!" (n^o 81), página N 284.

[1379] Recuerdo que gracias a esas citas, que me engancharon mucho desde mi primera lectura del libro de Bucke hacia 1972, 73, es como me llamó la atención Edward Carpenter, en el que presentí un hombre llamado, quizás más que ningún otro, a "iluminar" al hombre moderno. Los libros citados por Bucke son "Towards Democracy", "Civilisation – it's Cause and Cure" y "From Adam's Peak to Elephanta". (este último libro, que aún no he tenido la fortuna de tener entre las manos, es un relato del viaje de Carpenter a la India, en 1890.)

[1380] Sin embargo ése no es el tono en la citada nota sobre Bucke (n^o 74), especialmente en la página N 249, en que hablo de "visionario", de "profeta", de una *visión* que supera con mucho... la mera razón...". No tengo que retractarme de nada en esas impresiones. ¡Todo depende del punto de vista! Mirando a Bucke junto al primer sabio o filósofo celebre que pase, hay que constatar su excepcional talla, que le eleva al nivel de una auténtica y gran misión. Cuando se le mira junto a un Carpenter o un Walt Whitman, sus dimensiones parecen modestas, las del "buen alumno", incluso casi de "escolar"; y forma parte de su excepcional "talla", de la cualidad de verdad de su mirada, el que fuera el primero en percibir esa diferencia de dimensión. Además para mí está claro que no se daba cuenta de que la idea maestra de su mensaje se encontraba ya en el pequeño libro de Carpenter, "Civilisation –It's Cause and Cure", bajo una forma ciertamente menos detallada, menos explícita. Si (sin que se diera cuenta) esa idea realmente eclosionó en él con la lectura de ese libro, se puede decir que por el trabajo de maduración que se realizó en él, alrededor de esa idea como alma del gran mensaje, ésta se volvió tan "suya" como una idea puede ser "nuestra"...

apariencia modesta; un libro hoy más actual y más ardiente, aún más impactante (si es posible) que en el siglo pasado cuando se publicó, con su candor espontáneo, sacrílego – lanzándose con gracia y con una risa infantil al corazón de los grandes problemas de nuestro tiempo y de todos los tiempos...

Por una extraña ironía, el trabajo de Bucke, un trabajo casi de escolar en relación con los chorros creativos que se perciben en cada página de "Civilisation – it's Cause and Cure", es el que primero ha sido exhumado van a hacer veinte años (en 1969); mientras que el libro radical, profundamente innovador de Carpenter todavía permanece hoy sepultado en la ciénaga del olvido. ◊Ciertamente, como el libro de Bucke se refiere a un futuro infinitamente lejano, molesta infinitamente menos que una atrevida mirada infantil sobre los intocables Ídolos de hoy, ¡y sobre la suerte que les espera[1381]! Pero no debería quejarme. ¡¿No es gracias a Bucke, y gracias a la exhumación de su trabajo paciente y amoroso, que durante los últimos meses me ha sido dado poder remontar de dicho "alumno" al "maestro"?! Así es como comencé a descubrir al hombre y al pensador que, más que ningún otro, prefigura a mis ojos y anuncia la Mutación de los Tiempos.

N 640

Si la visión de los destinos humanos en Carpenter es tan rica y tan penetrante, si a mis ojos tiene tal cualidad de inspiración *inmediata* para la vida de cada uno, "aquí y ahora", es porque brota espontáneamente de una visión no menos rica y no menos penetrante del *presente*, así como de un largo y pesado pasado del que somos los herederos; una visión nutrida por la experiencia de una vida ella misma prodigiosamente rica, intensa y plenamente vivida. Su visión de nuestros destinos es creativa, porque al nivel de un pensamiento explorador y vibrante, *uno* con el hombre y con su vida, Carpenter ha encarnado en su propia persona y con una plenitud perfecta, tal vez inigualada, su propia visión intensamente viva del "hombre nuevo", del hombre del mañana. En ninguno de los otros hombres que ahora paso en revista, ni en ningún otro ser que yo conozca, aunque cada uno aporte una tonalidad y un sonido únicos que son propios de su ser, detecto sin embargo tal plenitud, tal unidad amplia y rica entre la *visión* innovadora, un *pensamiento* a la vez infantil, atrevido y riguroso, y una *vida humana* plenamente, valientemente asumida y vivida. Allí donde cada uno de los otros me parece como un instrumento de hermosa sonoridad y bella prestancia, siento en ese hombre bendito la sutil e íntima armonía de toda una orquesta de música de cámara, de un inspirado grupo de finos músicos dedicados en cuerpo y alma a su arte y delicadamente acordes unos a otros. Y todos tenemos toda la razón para emocionarnos y estar agradecidos a un Mundo en que se puede escuchar, a veces, a los que hacen silencio y ponen el oído, tan exquisita armonía...

Entre los diez mutantes en que se ve claramente la gran esperanza en el devenir humano, he evocado en las páginas anteriores los que a mis ojos dan la impresión de "espirituales"; aquellos cuya vida, el pensamiento y la ◊percepción misma de las cosas están impregnados de una tonalidad, de una luz "religiosas". Me queda hablar todavía de *Kropotkine*, de *Neill* y de *Félix*.

N 641

Aunque sea por mi ignorancia, veo poca cosa que decir sobre ellos. Al menos, detecto afinidades evidentes entre lo que sé o adivino de la visión de los destinos humanos en esos tres hombres. En Kropotkine y en Félix, las expectativas "escatológicas" son inseparables de sus ideales libertarios, y de la convicción de que un cambio propicio en las condiciones sociales y en las estructuras de la sociedad (y especialmente en las estructuras de decisión), permitirá al fin a todos los hombres alcanzar un florecimiento hasta ahora ignorado (salvo en algunos seres excepcionales, sólo entre las clases favorecidas). Ese esperado cambio en la sociedad sería en primer lugar el final y el fruto de la lucha de las mismas clases trabajadoras, por sus derechos y por la instauración de una sociedad más justa. Kropotkine, con la mayoría de los revolucionarios

[1381] Sobre dicha suerte y la visión de Carpenter sobre este tema, véase la nota "De Whitman-el-padre a Carpenter-el-hijo – o la epopeya y la Papelera del Progreso" (n^o 98).

del siglo pasado, estaba animado por la convicción, que se funde con su fe revolucionaria, de que los grandes cambios eran inminentes.

En Félix, que dispone de la perspectiva de más de medio siglo y que tuvo que sacar, le guste o no, la lección de varias revoluciones abortadas, y sobre todo de la sangrante epopeya y del fracaso de la revolución española, me parece que esas disposiciones están más matizadas. Me parece menos convencido de que dicha sociedad libre y fraternal será el resultado casi automático de una victoria armada que, al fin, se debería a las fuerzas presentes que se batirían en nombre de los "buenos" ideales políticos (digamos, los ideales libertarios). Como Neill, se da cuenta de que los inveterados hábitos de comportamiento, de pensamiento, el tipo de relación que el ser mantiene con el mundo que le rodea, con el prójimo, y con sus propios apetitos y sus impulsos egoístas siempre, siempre camuflados – impulsos de dominio, de sumisión, de apropiación... – que todo eso es mucho más complejo y elusivo, que se hunde demasiado profundamente en la psique humana (al menos en nuestro actual estado de evolución), como para poder esperar verlo transformarse como por arte de magia, sea "revolucionaria" o cualquier otra[1382]. Desde esta
N 642 luz, ◊justamente, Neill y Félix vieron la importancia primordial de la educación, y por el sesgo educativo uno y otro, con las manos desnudas, atacaron el "problema de la civilización".

No obstante sin que uno y otro, creo, se hicieran ilusiones de que la mera difusión de "ideas justas" y de "buenos métodos" en este tema (no más que en el tema del poder político...) resolvería el problema y sacaría de la chistera (de la chistera, esta vez, del "educador", que ocupa el lugar del "revolucionario") el famoso "hombre nuevo" – el hombre liberado, fraternal y sin miedo, prendado de la cooperación humana y de la justicia. Pues lo que actúa, lo que crea (y también lo que se resiste...), no son las ideas y los métodos, por justos, por generosos, por geniales que sean, sino *los hombres* – los hombres *tal y como ahora son*. ¿Y dónde están pues los "hombres nuevos" en la educación, cuyo trabajo amoroso y perspicaz proporcionará esa "educación nueva" de tan candente necesidad; los que "educarán" en la libertad y para la libertad a los innumerables millones de seres que carecen de verdadera educación? ¿Y quién "educará" pues a los maestros? ¿Y dónde está entre nosotros el que, de más de una manera, no esté él mismo "en falta", el que primero no tuviera que aprender y crecer, hacer estallar las costuras de un traje estrecho, antes de ser plenamente apto para enseñar, para "educar"?

Creo que Neill, de manera más aguda que Félix, era consciente de sus propios límites y de ese dilema fundamental, en apariencia sin salida. Así su fe en el porvenir del hombre, más aún que la de Félix, me parece una "*fe desnuda*": una fe "a pesar de la evidencia", una fe que renuncia a aferrarse a "razones" razonables para justificarse. Y seguramente no es un azar que en Neill, cuyas reservas vis a vis de "la religión" no son menos fuertes ni están menos sólidamente fundadas que en Félix, bien al contrario – que en él esa "fe contra viento y marea" tiene, contra toda expectativa y como para colmo de la "irracionalidad", tonalidades *religiosas*. Y no está ahí ese hombre fundamentalmente pragmático y arreligioso, tenaz luchador con los pies en la realidad, soñando con una "religión del futuro" que sería *otra*[1383], una religión que no sería como fue durante largos milenios, un instrumento de represión, sino la expresión espontánea y alegre de la *libertad*...

N 643 ◊(137) El sol es el centro – o los pensadores-mutantes

[1382] Tales transformaciones de la psique son siempre la obra de *procesos creativos* (a nivel espiritual, lo que es más). Ahora bien, por su misma naturaleza, ningún proceso creativo pude ser desencadenado por causas puramente exteriores a la psique. Ocurre, ciertamente, que un choque u otro suceso exterior sea la *ocasión* que haga desencadenarse un proceso creativo por una respuesta creativa de la psique. Pero el suceso exterior jamás es causa suficiente para una creación, una transformación interior irreversible, una maduración intelectual o espiritual.

[1383] Véase la nota "Neill y el pecado original – o el mito como mensaje" (n^o 90), especialmente las páginas N 330 – N 331.

(16 de marzo)[1384] Hace cuatro días que no trabajo en la Llave de los Sueños, al menos no directamente. Había trabajo en el jardín, diversas mini-tareas (una vieja máquina de escribir de treinta años que he tenido ¡ay! que cambiar...), y sobre todo unos sueños "no como los demás" que requerían que los anotase y los trabajase un poco. A principios de mes, el 2 de marzo, comenzó toda una serie de sueños más claros, más destacados que casi todos los que he tenido desde hace un año. Entre ellos varios que, ya al primer vistazo, parecían sueños proféticos. ¡No es momento de dejarlos ir como si nada! Incluso creo que ahora tengo la fecha exacta del gran Día. Pero éste no es el lugar de extenderme sobre ese tema. Más bien es tiempo de retomar el hilo de mi reflexión sobre los mutantes y, si se puede, llevarla a buen fin.

Antes de dejar este tema de la metamorfosis, quisiera detenerme un poco, por turno, en las misiones de tres de mis mutantes: las de *Darwin*, de *Freud* y de *Légaut*. Ya hemos hablado de cada uno de ellos más de una vez en las páginas de La Llave de los Sueños, e incluso, de Freud y Légaut, antes de que pensase en hablar de "mutantes". De Darwin y Freud, he hablado aquí y allá como figuras bien conocidas en la historia del pensamiento, sin detenerme en explicitar por qué sus misiones me parecían importantes, desde la particular óptica, especialmente, que tengo en este libro: la de una *mutación*, el paso de un *umbral* crucial en la historia de nuestra especie. En cuanto a Marcel Légaut, el encuentro con su pensamiento el pasado mes de junio por supuesto que repercutió mucho, y casi sobre la marcha, en la escritura de La Llave de los Sueños (algo bien visible desde el capítulo III). Después he tenido numerosas ocasiones de referirme a la visión de Légaut y de explicarme, de manera a veces tácita y a veces explícita, sobre tal o cual aspecto. Ésta es una razón más, con la perspectiva de casi un año, de hacer un esbozo de conjunto de lo que ahora veo de la visión y del mensaje de Légaut, y, más particularmente, de lo que le debo.

Para cada uno de esos tres hombres, se entiende que la perspectiva que me dispongo a
N 644 trazar de sus misiones no pretende ninguna objetividad histórica ◊(suponiendo que tal cosa exista), ni tener en cuenta todos los aspectos de su obra que algunos pudieran considerar (y a menudo con razón, seguramente) como importantes. Para Darwin y Freud, además necesitaría una competencia que estoy muy lejos de tener, y que no tengo ningunas ganas de adquirir. ¡Seguramente necesitaría años! Para mí se tratará sobre todo de intentar desentrañar en grandes líneas cómo la obra de cada uno de esos hombres ha contribuido, directa o indirectamente, a mi propia visión del hombre y de su lugar en el Mundo – o de mí mismo, y de mi lugar en el mundo de los hombres y en el Universo. Sin embargo también con la intención implícita de que debe haber una relación entre ese papel de su obra en *mi* visión de las cosas, y el que puede tener en la visión de otros, ávidos como yo de comprender el Mundo y a ellos mismos, y en el conocimiento colectivo que nuestra especie tiene de ella misma, de su pasado y de sus destinos.

Los tres, Darwin, Freud y Légaut, son para mí *pensadores*: hombres que han llegado a cierta visión del Mundo, o a una visión de cierto aspecto importante del Mundo, apelando (entre otros medios a nuestra disposición) al *trabajo del pensamiento*. Entre mis mutantes, veo *ocho* que me parecen pensadores en ese sentido, en el pleno sentido del término. Son:

Darwin, Riemann, Bucke, Kropotkine, Carpenter, Freud, Teilhard, Légaut.

Nótese que no he incluido a Hahnemann, que sin embargo es un gran sabio. También es seguro que la actividad del sabio o científico consiste, en primer lugar, en un "trabajo del pensamiento". Pero, salvo casos excepcionales, el trabajo del sabio no se dirige hacia lo que pudiera llamarse una "comprensión del Mundo", para él no es el medio para formarse tal comprensión o visión. E inversamente, es raro que en un ser, su visión del Mundo, sea tosca, incluso totalmente incoherente, o muy integrada y profunda, sea el producto (aunque sólo fuera parcial) de un trabajo del pensamiento, conscientemente realizado. Ése no fue el caso de Hahnemann, creo, ni de ningún otro de los diez mutantes que no he incluido aquí entre los "pensadores". Eso no significa que en su vida esté totalmente ausente tal trabajo, ni que en alguno de ellos no haya

[1384] Continuación de la nota anterior "Los mutantes (12): los mutantes y la gran esperanza – o la fe desnuda".

un pensamiento vigoroso, muy afirmado y vigoroso. Sino más bien que en la formación de ese pensamiento, o de esa mirada sobre el Mundo y de su expresión mediante el lenguaje, el trabajo del pensamiento (con el que éste, de alguna manera, sin cesar se da a luz[1385] y se renueva a sí
N 645 mismo[1386]) está ausente, o juega un papel meramente ◊episódico y borroso. En ellos, la fuerza que impulsa la formación y el crecimiento y el florecimiento del pensamiento (es decir, de un cierto tipo de conocimiento, y la expresión de éste por el lenguaje) se sitúa casi totalmente fuera del mismo pensamiento.

Tal me parece ser especialmente el caso de Rudolf Steiner y de Krishnamurti, que sin embargo han escrito muchos libros, y que han jugado un papel, cada uno a su manera, en la historia del pensamiento[1387]. Por estas razones generalmente son considerados como "pensadores"[1388], y con razón cuando ese término se toma en la acepción más laxa de "alguien que escribe libros donde hay pensamientos de su cosecha"; sobrentendiendo, eventualmente, que se trata de pensamientos sobre el Mundo o sobre la existencia humana, y de pensamientos que son nuevos, o al menos originales.

Me parece que el pensamiento de Bucke, el de Kropotkine, e incluso el de Teilhard (por supuesto haciendo abstracción de sus contribuciones propiamente científicas a la paleontología),
N 646 está esencialmente contenido en gran medida en ◊el de Carpenter, que los desborda por todas partes. Así me parece inútil volver de nuevo sobre las misiones de Bucke, Kropotkine, Teilhard. En cuanto a la visión del mismo Carpenter, por su amplitud y por su profundidad, me parece, más y más, de una dimensión global como no he encontrado en ningún otro. No se trata aquí de algo similar a una "interdisciplinariedad", a una brillante yuxtaposición de competencias e incluso de puntos de vista originales y fecundos, desde múltiples direcciones a la vez. No parte de una multiplicidad caótica, para reunirla mal que bien en una unidad que satisfaga "al espíritu" (léase: el pensamiento...). Más bien parte de una *unidad* esencial, ya "conocida" íntimamente a un nivel mucho más allá del pensamiento y de las palabras que lo expresan. Ese íntimo conocimiento de la unidad del ser en sí mismo, y de su indisoluble unidad con el Universo entero de las cosas tanto vivas como las supuestamente "inanimadas" – ése es el que, cual un *sol* ardiente en el centro último del ser (retomando sus propios términos), puede iluminar el Universo entero de las cosas visibles e invisibles con *su* luz, en una *misma* luz de mediodía que ilumina todas las cosas como en una misma mirada. Ese sol, esa divina incandescencia interior, se le manifestó a la edad de treinta y seis años (en 1881). ¡La palabra "iluminación" dice bien lo

[1385] N. del T.: En francés, el pensamiento ("la pensée") es femenino.

[1386] Esta imagen del pensamiento que "se da a luz a sí mismo" ("de alguna manera"), incluso en el caso extremo de un trabajo puramente intelectual como el trabajo matemático, corresponde sin duda a una aprehensión superficial de los procesos de un pensamiento creativo. La matriz fecunda que sin cesar da a luz y renueva el pensamiento formulado, a lo largo de lo que llamo "el trabajo del pensamiento", seguramente está más allá del pensamiento y del lenguaje que lo expresa, incluso más allá de la mirada del hombre (al menos en su actual estado de evolución). Pero es verdad que el trabajo del pensamiento plenamente consciente, realizado con continuidad, movido por el deseo de comprender y conducido por el rigor espontáneo que brota de ese mismo deseo – ese trabajo actúa como un poderoso estímulo para las verdaderas labores de alumbramiento de la oscura matriz donde nace el pensamiento, nadie sabe cómo...

[1387] Todo lo más con la excepción de Guruji y de Solvic, sin duda puede decirse que cada uno de mis mutantes, incluyendo los que hoy siguen siendo prácticamente desconocidos, han jugado un papel en la historia del pensamiento. Han aportado algo nuevo, y valioso, a lo que puede llamarse el "pensamiento colectivo" de la humanidad. Además creo que lo mismo es igualmente cierto para todo gran escritor (sea bien conocido o permanezca prácticamente ignorado por el público).

[1388] En mi lista de mutantes (en la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes – o diversidad y grandeza", n^o 112), califiqué a Krishnamurti de "pensador religioso". Los otros mutantes que tuvieron derecho al apelativo de "pensador" son Carpenter, Teilhard, Légaut. Recuerdo que al escribir esa lista, yo mismo no tenía muy claro, en la rúbrica "profesión u ocupación principal", qué mutantes debía presentar como "pensador". Lo hice un poco "a ojo". Ahora, gracias a la reflexión realizada entretanto, me parece que veo las cosas más claras. Pero incluso en la reflexión del mes pasado ("Los mutantes (8): los mutantes y el conocimiento de sí mismo", nota n^o 132 del 22 de febrero, página N 596) digo, hablando de Krishnamurti y Steiner, que "sería difícil no contarlos entre los grandes pensadores de nuestro tiempo".

que debe decir! Quizás pueda decirse que los cuarenta y ocho años que le quedaban los empleó en dirigir su mirada por turno en todo acimut de la existencia humana([138]), iluminados por esa misma luz y ligados por ella al mismo centro de vida incandescente. Y realmente es una misma luz, una misma vida la que se siente latir a través de sus obras, igual que a través de su asombrosa vida, de tan prodigiosa riqueza en su "pobreza" libremente, alegremente elegida, en la estela de su iluminación.

Quizás pueda decirse que es por la manifestación más o menos deslumbrante, a través de pantallas más o menos opacas, de ese sol interior, de esa Incandescencia central, de Aquello o de Aquél que (con diapasones más discretos) se manifiesta como "el Huésped desconocido" en los trasfondos del alma – que es por *eso* y por nada más por lo que aquellos que he llamado (medio en broma) "mutantes" se distinguen del común de los mortales; difiriendo pues en eso de los que, por razones que se nos escapan (y quizás se nos escapen siempre), todavía no han "mutado", los que todavía no han manifestado al nivel de una misión realizada a lo largo de una vida, la presencia en el corazón de su ser de ese Sol ardiente común a todos los seres.

N 647 ◊En algunos "mutantes", como Whitman y Guruji, la manifestación exterior de ese ardiente sol interior quizás no sea menor que en Carpenter. Pero no conozco ninguno que como él, con tal atención amorosa, tal solicitud alegre, haya tenido cuidado de iluminar con esa luz unificante, en una misma perspectiva a la vez "cósmica" e íntimamente personal, tantas regiones de la existencia humana. Por esa cualidad particular de la misma persona de Edward Carpenter y de la visión del Mundo que su vida y su obra testimonian, me parece que más que ningún otro es como un "*Iluminador*", como un "Indicador de Dirección"[1389], para los hombres de hoy, a punto de mutar. O, quizás más exactamente: para los hombres de mañana, de *después* del gran Salto – cuando de repente se encuentren como desnudos, desamparados, en un Mundo que ya no reconocerán. Antes de ese Día (del que ya no nos separan más que unos años), hay pocas probabilidades de que, salvo un número ínfimo de hombres que ya están bien despiertos, se escuche su voz. (No más de que se escuche la mía...)

Sea como fuere, este libro no es el lugar para detenerme más de lo que ya he hecho y hacerme eco o relevo de esa gran y cálida voz. (Que ya me parece más familiar, más cercana que la de ningún otro hombre de hoy...) Sin duda que en los próximos años y antes del gran Día, tendré amplia ocasión de hacerlo, en mi propio beneficio y en el de los lectores que todavía no hayan podido escucharlo directamente.

Para terminar esta breve revista preliminar de los "pensadores" entre mis mutantes, me queda decir algunas palabras sobre *Riemann*. Para lograr una comprensión incluso parcial de los lacónicos fragmentos filosóficos que ha dejado, a una comprensión que esté en relación con lo que me enseña mi propia experiencia y mi propia mirada, siento que me haría falta un trabajo considerable, que no puedo ni soñar en dedicar ahora. Por lo que puedo ver, esos pensamientos de Riemann, resúmenes lapidarios o inicios de reflexiones más pausadas de las que no quedan más trazas, no son de naturaleza que nos ilumine en el agudo estado de transformación que la humanidad está a punto de atravesar, y a enfrentarse llegado el momento a los imperativos

N 648 espirituales más urgentes. En cambio, ◊no dudo de que ya dentro de una generación o dos, las sugerencias tan intrigantes de Riemann, y especialmente aquellas sobre la naturaleza misma del pensamiento y sobre los procesos creativos, serán sondeadas con todo el ardor perseverante que requieren, y realizadas hasta su completa fructificación. ¡A cada estación los trabajos que le incumben!

(138) El Iluminador

[1389] Pienso aquí en el término inglés "Way-Pointer", o alemán "Wegweiser". Se trata de alguien que indica una *dirección*, no un camino. El camino no existe todavía, ni *los* caminos. A nosotros nos toca inventarlos, desentrañarlos, trazarlos, probarlos, rectificarlos,..., a lo largo de vidas y de generaciones...

(17 y 18 de marzo)[1390] Entre los "acimuts" (o las "regiones") de la existencia humana que Carpenter sondeó al vivirlos, o al explorarlos con una mirada penetrante, he podido anotar los siguientes: el *sexo*, y el mundo carnal de los sentidos y las percepciones; la *religión* y la experiencia religiosa y mística; la *ciencia*: la de los orígenes y el pasado, la de nuestro tiempo, la de mañana...; el *arte* y su relación con la vida; los *procesos creativos* en la psique y en el Cosmos, y especialmente en la Evolución; la *moral*, las costumbres y hábitos en la vida humana y animal; la *sociedad* y su evolución; los movimientos sociales y la lucha por la *justicia social* (lucha en la que él mismo estaba activamente comprometido); la defensa de la objeción de conciencia y la *lucha contra la guerra*; la crítica de los sistemas judiciales y penitenciarios y la "*defensa de los criminales*"; la *economía política*; la relación del hombre con la *tierra y el mundo animal y vegetal* (reconociendo en las prácticas de vivisección una trasgresión ignorante y bárbara de las leyes cósmicas que ligan al hombre con sus hermanos animales); relación del hombre a su *trabajo* y al producto de su trabajo, relaciones del productor con el usuario-comprador; sentido profundo del fondo común de los *grandes mitos* que encontramos a través de todas las religiones, como otros tantos aspectos de una "*religión universal*", de la que las innumerables religiones y creencias que han proliferado y proliferan en la tierra son otras tantas formas concretas diferentes, estrechamente emparentadas entre ellas; historia de la religión, y de la ciencia y el arte (nacidas de la religión en su estado original), en una visión evolucionista y escatológica del *devenir de la humanidad* y de los destinos del alma de cada uno...

N 649 ◊Tienen con qué atraer las dimensiones de esa visión profundamente *una*, y una también con la misma vida y las percepciones y emociones más íntimas del que ve (y se esfuerza en compartir su visión...). Eso no significa que no esté, como toda visión humana, sujeta también a sus propias limitaciones internas: algunas partes del vasto panorama permanecen borrosas, incluso enturbiadas, por ignorancias no claramente reconocidas, por prejuicios culturales no percibidos...

En relación a la visión de un Freud, de un Neill o de un Krishnamurti, la gran laguna en la visión de Carpenter (y también la única que he encontrado hasta ahora), es que no ha visto en la vida del hombre (en el presente estado de evolución) el proceso de la *huída*, en todo su alcance y su omnipresencia. Su visión del conflicto en la psique, de las modalidades de su insidiosa e incesante acción, permanece borrosa y superficial, igual que la de la represión (especialmente sexual) sufrida desde la infancia, y del proceso por el que la represión *crea* el mal. De manera general, me ha parecido que su conocimiento de las capas medias del Inconsciente, de la "gran Mierda" en suma (descubierta antes por Freud, al que además llega a citar), permanece más que tosco. ¡parece que apenas sospecha su existencia!

En cambio Carpenter tiene una intuición delicada y segura de las capas profundas del Inconsciente (intuición que escapa totalmente a Freud, a Neill e incluso a Krishnamurti). También tiene, sobre todo, una profunda visión del *origen de "Mal"* en la sociedad humana, y de su papel y su sentido (como una necesaria "enfermedad infantil", ¡justamente!) en la evolución de la humanidad. Carpenter es el primer y único pensador en el que he encontrado tal comprensión, que responde al interrogante sin duda más punzante que el hombre que piense se ve llevado a plantearse sobre sí mismo, y sobre el Mundo en el que vive[1391]. Hace dos o tres semanas, todavía estaba en oscuridad más o menos completa sobre este tema. Ahora siento que esas tinieblas están a punto, por fin, de disiparse, después de mi lectura del libro capital "Civilisation – it's cause and Cure"[1392]. Si (en la nota anterior) he llamado a Carpenter un "*Iluminador*" del Mundo moderno, ¡no era en vano!

[1390] Véase la referencia a la presente nota en la nota anterior, "El Sol es el centro – o los pensadores-mutantes", página N 646.

[1391] Evoco ese "interrogante" en la nota "Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano", (n^o 41), bajo el nombre de "el enigma del mal", (página N 112).

[1392] Evoco esa lectura en la nota "Los mutantes (10): la reconciliación" (n^o 134), en dos notas a pie de página.

N 650 ◊(139) Darwin – o la Aventura de la especie

(24-25 de enero y 19-20 de marzo)[1393] Si he incluido a *Darwin* entre "mis mutantes", es a causa de la profunda influencia que su *teoría de la Evolución* ha ejercido sobre la historia del pensamiento, y más particularmente, sobre la concepción que el hombre se hace de sí mismo, de su historia y de su lugar en el reino de lo vivo. Seguramente hay pocos hombres, en el curso de nuestra historia, que hayan ejercido una influencia de alcance comparable. En los tiempos modernos apenas veo a Freud (cuya influencia me parece más profunda y aún más crucial). Es verdad que desde el punto de vista espiritual que aquí es el mío, ese papel excepcional de Darwin no implica necesariamente que esté justificado ver en él un "mutante". No obstante, después de que me decidiera (un poco "al azar", como con Hahnemann, en un momento en que todavía no sabía casi nada de él) a incluirlo en mi lista de mutantes, me he procurado algunos libros suyos y sobre él, y he tenido así ocasión de conocer un poco mejor su obra y su persona. Quisiera ahora intentar situarlas brevemente.

Por supuesto que estoy interesado en situar su obra no en una óptica "científica" en el sentido estrecho del término (lo que además se escaparía a mi competencia), sino en una óptica "filosófica". Lo que aquí me interesa no es cierto saber más o menos técnico y especializado de un naturalista, además de geólogo y paleontólogo, sino más bien una *visión del Mundo y del hombre* en el Mundo – una visión que nos concierne a todos, y (en principio al menos) accesible a todos. En esa óptica, creo que la principal aportación de Darwin es haber hecho de la Evolución de las especies vivas en general, y de la especie humana en particular, una *realidad* ya irrecusable. Desde hace más de un siglo, esa realidad forma parte del "bagaje cultural" de toda persona por poco cultivada que sea. Y sobre todo, está presente, se quiera o no, en toda reflexión sobre el devenir humano a largo plazo, se trate de un pasado que se pierde infinitamente lejano en la noche de los tiempos, o de los destinos que nos aguardan (¡salvo contratiempos!) y que nos llaman, en un futuro no menos ahogado en brumas.

N 651 ◊Al pensar en Darwin y la Evolución, enseguida se piensa en *el Árbol de la Evolución* (también llamado "árbol filogenético") – ese "Árbol" gigantesco formado por todas las especies vegetales y animales presentes y pasadas, surgidas unas de otras a partir de un mismo tronco común que representa innumerables generaciones de especies originales de seres unicelulares; un Árbol en el que nuestra frágil y altiva especie es una de las últimas ramitas en una proliferación exuberante de tallos, ramas, ramitas y yemas que han brotado una a una y han crecido y se han ramificado hasta el infinito a lo largo de milares de millares de miles de años. Esa poderosa imagen mental del Árbol nos da además una llamativa *perspectiva* de la unidad esencial detrás de todas las formas de vida conocidas sobre la tierra, y del incesante proceso creativo de crecimiento y de transformación que actúa en esa unidad infinitamente diversa, prodigiosamente rica de lo vivo. Y el que, más allá de un "bagaje cultural" muy cerebral, haya visto y sentido plenamente esa inimaginable unidad y sin embargo ahora bien tangible, irrecusablemente real; el que comprenda que nuestra especie tal y como hoy la conocemos (y en un momento bien malo...) es, como cualquier otra en la proliferación de las innumerables especies vivas, el resultado de un larguísimo camino evolucionista, que ha proseguido durante miles de millones de años a través de un número prodigioso de momentos creativos (o "mutaciones"), a partir de la especie original más primitiva de todas, cuyos individuos, en vez de ser hombres y mujeres, se reducen cada uno a una sola célula viva (como un primer esbozo del Hombre que ya se perfilaba en el horizonte de los tiempos todavía infinitamente lejanos...) – en ése los ojos están preparados para abrirse también a la consecuencia lógica, para los tiempos aún no consumados, de esa

[1393] Continuación de la nota anterior "El Iluminador". El primer borrador de la presente nota es del 24 y 25 de enero, y fue escrita durante la redacción de la nota "Los mutantes (5): el abanico de mutantes" (n^o 112), del 24-26 de enero. Entonces se trataba, de paso, de explicarme a mí mismo por qué había incluido a Darwin entre mis mutantes. En lugar de unas líneas o de una página o dos, fueron ocho páginas, así que hice una nota separada que pensaba insertar en los siguientes días. Más vale tarde que nunca...

visión de un pasado vertiginoso. Pues todo presente está llamado a ser pasado y ocupar su lugar como una *etapa* en los mismos procesos del devenir que podemos observar y contemplar en la historia pasada. La Evolución que vemos realizarse a lo largo de duraciones que confunden a la imaginación, de tanto que superan a la escala humana – ¡ese proceso creativo inmemorial no se ha detenido ni ayer ni hoy, como por encantamiento!

Incluso en este momento en que escribo estas líneas, y mientras en esta tierra germinen y crezcan los musgos y las briznas de hierba y los matorrales y los árboles y se apareen y proliferen las bestias de la tierra y de las aguas y de los aires, el Árbol de la Vida crece y brota y se despliega bajo el impulso de una misma savia que sube desde los oscuros trasfondos de la eternidad. Si hay una fuerza que actúa en el mundo de lo vivo y que con razón podemos esperar que continúa
N 652 y continuará actuando para siempre jamás (mientras que pueblos e imperios y ◊religiones y continentes y las mismas especies pasan como pasa la arena bajo el viento...), ésa es la Fuerza que obra en la Evolución, es esa poderosa subida de la Savia que no ha cesado de actuar y de crear, desde el día infinitamente lejano en que la vida tímidamente se puso a germinar en el fondo de las aguas, en un planeta desnudo. Y si de una célula primitiva, de bagaje genético de lo más tosco, y a través de miríadas de formas diversas se ha ido esbozando gradualmente y se ha formado laboriosamente *el hombre* tal y como ahora lo conocemos (para lo mejor y para lo peor...), ¿en qué pues nosotros, hombres de hoy, suspendidos entre dos eternidades, en este ínfimo instante arrastrado por la incesante corriente del devenir que nos lleva hacia delante – en qué estamos llamados a nuestra vez a transformarnos?

Esta visión de la Evolución, de ese Árbol de la Vida que, abrazando toda la multitud de especies, crece y brota y se despliega desde los orígenes del Mundo Vivo y que en este mismo momento sigue creciendo y brotando en una ascensión sin fin cuyas leyes y fines se nos escapan – esta visión es la única que me importa. ¡Una visión tan simple que un niño puede comprenderla! (Y la comprenderá y hará suya mejor y con más plenitud, seguramente, que la mayoría de los adultos de este tiempo de tinieblas...) Poco importan, en el fondo, los detalles que rellenen el cuadro. Yo mismo sería incapaz de nombrar algunas de las principales etapas en el sinuoso camino de rama en rama, que lleva desde el tronco común hasta nosotros: tales esponjas o tales corales o quizás tales peces, o tal línea de mamíferos... Aún no he tenido la curiosidad, lo reconozco, de ir a buscar una obra de referencia para informarme de el estado del arte en este tema.

En los tiempos de Darwin, además, sólo se conocían pequeñas partes del Árbol, y seguramente estaban bien lejos de poder asegurar que realmente era *un sólo* Árbol, y no todo un Bosque – que sólo hay un tronco, y no dos, ¡o cien! Pero al menos, con la publicación de "El Origen de las Especies" en 1859 (cuatro años después de las "Hojas de Hierba" de Whitman...), el saque inicial estaba hecho: la Evolución era una realidad visible y tangible, presentada con un lujo de detalles impresionante. Por la lógica interna de la investigación, una vez vistas las ramas y ciertas ramificaciones que las relacionan, no podían dejar de remontarse poco a poco hasta el tronco y, con el tiempo, de desentrañar una imagen de conjunto más o menos grosera o más o menos detallada de todo el Árbol de la Vida[1394].

[1394] Antes del impresionante auge de la biología molecular en la segunda mitad de este siglo, el único medio conocido para determinar las filiaciones entre especies y, con eso, de trazar partes del Árbol filogenético, era el estudio de vestigios fósiles (paleontología). A base de un prodigio de ingeniosidad se logró, a lo largo de un siglo, determinar a grandes rasgos la estructura del Árbol. Ese conocimiento fue considerablemente precisado gracias a los métodos, mucho más potente en lo que restecta a las especies actualmente vivas, de la biología molecular, basada en el estudio de las relaciones de parentesco entre ciertas macromoléculas orgánicas (proteínas), que se encuentran en formas parecidas en las especies que pertenecen a un gran grupo dado, e incluso en todas. Es notable que por dos métodos totalmente diferentes, y salvo correcciones menores en el cuadro "paleontológico", se llegue a un mismo dibujo del Árbol (pero mucho más detallado con el método molecular). Su existencia ya no tiene nada de hipotético: ¡es uno de los hechos más sólidamente establecidos en las ciencias! Mientras que el "Darwinismo" en el sentido estrecho y técnico del término, como una tentativa de explicación mecanicista del proceso evolucionista, permanece como una hipótesis, y que tiene muy pocas posibilidades de ser probada alguna

N 653 ◊Los mecanismos que Darwin puso en evidencia (los de "selección natural" y de "selección sexual" especialmente), que entran en juego en la formación de especies nuevas a partir de especies antiguas, por interesantes e importantes que le parezcan al sabio naturalista, me parecen relativamente secundarios desde una óptica filosófica. Conforme al espíritu de su tiempo, y como reacción contra el secular dominio de un pensamiento religioso tiránico y mezquino, el espejismo que obsesionó a Darwin y a la mayoría de los sabios de su tiempo (e incluso de hoy, con ayuda de la inercia humana...) fue tener una "explicación" totalmente "*mecanicista*" de todos los fenómenos observables, incluyendo el proceso de la Evolución. A la manera, un poco, del funcionamiento de un reloj, mediante engranajes; sólo que un poco más delicado, pues estaba claro que las "leyes del azar" tendrían tanta voz en el capítulo como las leyes matemáticas, físico-químicas, fisiológicas, incluso psicológicas. En el siglo pasado, y en menor medida aún en nuestro siglo, ese "espejismo" (como acabo de llamarlo) fue "*fecundo*" (como también fue fecunda, en su tiempo, la igualmente imposible búsqueda de la famosa "piedra filosofal" que convertiría el plomo en oro...): condujo a los sabios a poner en evidencia mecanismos y a estudiarlos de cerca, allí donde podían, incluyendo las ciencias de la vida; mecanismos que seguramente era necesario que descubriéramos algún día, aunque sólo fuera para hacernos una idea realista, algún día, de *hasta dónde* llega exactamente el dominio de "la mecánica" (incluyendo el del azar), y dónde se sitúa exactamente el punto (si verdaderamente se puede situarlo) donde entra en el cuadro una Inteligencia y una Intención creadoras...

N 654 ◊Que sin embargo, bajo la forma simplista del credo mecanicista, es realmente un espejismo lo que se perseguía, y que había que estar ciego (si no loco de atar...) para creerlo, o para simular que se lo creía (pues no hay nadie que se lo pueda creer "verdaderamente "...), es una mera cuestión de buen sentido (o de sano instinto) filosófico. Por supuesto ni Darwin ni nadie en su sano juicio pretendería, viendo (digamos) un pintor que pinta un cuadro[1395], que eso sólo es un juego puramente fortuito de mecanismos anatómicos y fisiológicos y (por el lado de la tela y el pincel) físicos y mecánicos, desplegándose al azar, o el resultado estocástico de un torbellino de átomos y electrones; que sería pues un proceso sin relación con un *propósito*, con una *intención* que estuvieran presentes en el pintor y que actuarían, en todo momento, para traducirse en su obra a medida que ésta progresa y que el mismo propósito evoluciona y madura. Los medios materiales, como la tela, los pinceles, los tubos de pintura... o los huesos, los tendones, las células nerviosas..., así como los "mecanismos" en que esos "medios" se insertan y las "leyes" que los rigen, aparecen aquí como subordinados, como *instrumentos* del propósito creativo que actúa ante nuestros ojos. Y si los cuadros (¡y hasta los peores bodrios!) que adornan nuestros apartamentos o las paredes de nuestros museos pasan por ser *creaciones*, sería difícil rehusar esa cualidad al prodigioso Retablo Viviente que es el florecimiento y la evolución de la vida sobre nuestra tierra, a partir de su estado inicial amorfo de planeta hirviente y desierto (como una tela virgen esperando el pincel del Maestro...); una Obra magistral en verdad, la Obra de las obras, de la que esas obras maestras y toda obra humana no son, después de todo, más que ¡ínfimas y esporádicas manifestaciones marginales[1396]!

No más que en los detalles sobre la topografía del Árbol de la Vida, o sobre ciertos mecanismos ecológicos o moleculares que actúan en el brote y el desarrollo de sus nuevas ramas,
N 655 no estoy particularmente ◊interesado, en esta visión de la Evolución a la que el nombre de Darwin estará siempre ligado, en aclarar la parte que él mismo aportó, y lo que en su tiempo ya

vez, pues es de sentido común que es falsa (e incluso, tomada al pie de la letra, loca de atar...).

[1395] Por supuesto también podría haber puesto el ejemplo de un músico componeindo o tocando música, o de un sabio desarrollando una teoría (por ejemplo el mismo Darwin escribiendo el Origen de las Especies...): o incluso, tanto da, cualquier actividad humana o animal en que la presencia de un *propósito*, el único que da sentido a esa actividad y que es su verdadera "causa" (final), es evidente para todos.

[1396] Compárese esta reflexión con las realizadas en las secciones "El Creador – o el lienzo y la pasta" y "La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón" (n^{o}s 24, 30). La visión evolucionista también se evoca en la nota "Richard maurice Bucke – o el apóstol de la *otra* realidad" (n^o 74).

estaba más o menos "en el aire", antes de la publicación de el "Origen de las Especies"[1397]. Lo que es seguro es que en el momento en que aparece esa síntesis magistral, los tiempos estaban maduros, en el mundo científico y en un gran público de "gente ilustrada", para recibirla con los brazos abiertos.

Había entonces, en el mundo intelectual, una gran fermentación de los espíritus alrededor de la idea de *transformación*. Desde hacía un siglo, ya se estaba descubriendo que nuestro buen y viejo Universo, y a cualquier nivel que se mirase, muy lejos de ser inmutable como se había creído desde siempre, por el contrario se transformaba sin parar. Todo lo que nuestros inveterados hábitos de pensamiento, y la irrisoria duración de una vida humana, nos habían presentado como fijo y sólido como la roca, de repente se ponía a moverse y a fluir, ¡cual un Río inasequible sin principio ni fin! Sobre la tierra firme y dura que habitamos, las montañas nacen, se levantan y se disgregan o se hunden para desaparecer en el mar; el mar se extiende, se ahonda, después se retrae y se seca para dar paso al desierto, conquistado a su vez por la sabana, seguida por bosques que parecen eternos como las montañas de antes. Éstos desaparecen a su vez, pulidos por los glaciares o sumergidos por las olas. Lo mismo a escala cósmica. *Kant* (1724-1804) enseñaba que el Universo entero había nacido y se ◊transformaba bajo la acción de fuerzas físicas y leyes inmutables (menos mal...) que deberíamos poder descubrir y formular. La historia mostraba el espectáculo del nacimiento, al auge, el declive y la muerte de lenguas, creencias y culturas, de pueblos e imperios. Desde *Buffon* (1707-1788), en fin, la historia natural sugería (sin atreverse a decirlo demasiado claro...) que las especies vivas también evolucionan y se transforman unas en otras, según mecanismos que permanecían misteriosos y que podíamos esperar poner en claro. Y cuando se habla de "especies", no puede dejarse de pensar en esa especie algo distinta de las demás que es la nuestra; y la Iglesia de alarmarse y mucha gente honrada de alborotarse, en nombre de las santas Escrituras, de la Religión y de la Moral...

N 656

Sí, el "Origen de las Especies" llegaba en buen momento. "Todo el mundo" sabía ya que Darwin (que entonces tenía 50 años y había tenido tiempo de dar qué hablar) tramaba algo importante. El 24 de noviembre de 1859 se publicaron 1250 ejemplares, ¡y se vendieron el mismo día! Estamos lejos, decididamente, de la acogida glacial, incluso ofendida, que tuvieron las "Hojas de Hierba" de Whitman cuatro años antes, de los que apenas se vendieron cien ejemplares en X años. Y algo muy parecido con "Hacia la Democracia" de Edward Carpenter, quince años después del gran *happening* del Origen de las Especies. No, no a todos se les concede nadar contra la gran corriente, ni ser frágiles yemas de las que brotará la rama de mañana...

Sin querer minimizar la originalidad y la poderosa visión de Darwin (o también, lo que con razón se llamaría su "genio"), no se puede sin embargo dejar de constatar que su obra y su misión consistieron mucho más en dar una expresión magistral a lo que, ya en su tiempo, fermentaba en los espíritus y requería expresión, que en lanzarse muy por delante, como pionero solitario, e intentar mal que bien después llevar a sus pesados y reticentes congéneres a esas

[1397] En este tema hay que mencionar a *Lamark* (1744-1829) como precursor directo de darwin, y Alfred Russel *Wallace* (1823-1913), naturalista inglés que desarrolló (entre otras) una teoría de la selección natural independientemente de Darwin y hacia el mismo momento. Tengo la impresión, por lo poco que sé de uno y otro, que son dos sabios de una originalidad y una profundidad notables, y de una talla totalmente comparable a la de Darwin. Si para el gran público el nombre de Darwin es el que, desde hace más de un siglo, está ligado a la idea de Evolución, mientras que los de Lamark y Wallace están relegados a un relativo olvido, es sin duda porque Darwin encarna la visión mecanicista de la Evolución, que ha tenido el favor del mundo científico hasta hoy, mientras que Wallace igual que Lamark, a riesgo de ir a contracorriente de las tendencias dominantes en el mundo científico, no podían dejar de sentir, en el despliegue de la ida sobre la tierra y en la transformación de unas especies en otras, que no actuaba el juego de mecanismos ciegos, sino una fuerza creativa de naturaleza espiritual. Así, no me parece que esté totalmente excluido que en las próximas generaciones, rectificando el tiro, se asocien tanto los nombres de Lamark y de Wallace como el de Darwin al descubrimiento fundamental del hecho de la Evolución. Además fue el mismo Wallace el que dio el nombre hoy consagrado de "Darwinismo" a la teoría de la selección natural que hasta entonces se llamaba "Teoría de Darwin-Wallace", al elegirlo como título de la obra (un clásico sobre el tema) en que expone esa teoría. Las costumbres decididamente han cambiado mucho en un siglo...

nuevas tierras que fue el primero en pisar. En eso, me parece, Darwin se aparta claramente de los otros hombres en mi lista de "mutantes"[1398]. Ciertamente, no faltaron feroces adversarios de sus teorías, y mucho tiempo después de su muerte los combates hacían furor. Pero incluso esos combates eran para él un signo de que su obra había dado en el blanco, una prueba aplastante de
N 657 ◊éxito y notoriedad. Rara vez una obra capital en nuestra historia fue recibida con tal ardor (en "pro" y en "contra"), rara vez un sabio recibió de sus contemporáneos un estímulo tan exaltado. Quién de nosotros, soñando una "grandeza" de la que nuestra propia vida nos parece a menudo tan desesperadamente desprovista, no soñaría cambiar su mediocre existencia por la gran, la magnífica y embriagadora aventura de un Darwin, ¡aclamado en vida como el gran Prometeo de su tiempo!

Es cierto que esos no son los efluvios que rodean la aventura espiritual, bien al contrario. Esa aventura es pesada de llevar. Nadie, por así decir, es candidato para asumirla. Si la aventura de Darwin tiene sin embargo una dimensión espiritual, es (creo) a nivel del devenir de toda nuestra especie, como un destacado episodio en un camino colectivo, y no a nivel de *su propia* aventura personal, de su propia maduración. Para ser una aventura espiritual y no sólo intelectual, le falta la doble dimensión de la *soledad* y el *riesgo*, que traspasan de parte a parte la aventura espiritual: el riesgo (en términos de razón humana) de un fracaso irremediable y, peor aún, de la vanidad de la misión – una voz solitaria que se desgañita en el desierto, una ola temeraria que se estrella contra el acantilado inerte, inmutable, altanero de la indiferencia de todos. Es en la soledad del ser, que decanta en sí mismo un conocimiento que es el único en atreverse a presentir el precio; solo frente a un mundo obtuso, impermeable, indiferente, arisco; solo frente a la voz de la duda (¡oh cuán razonable!) que viene, como un insidioso eco, a hacer coro con la indiferencia y el desprecio de todos para lo más valioso que lleva – es bajo la dolorosa tensión de ese *vacío*, estirado hasta el extremo hacia una oscura e imposible realización, donde se templa al hilo de los años y se padece a lo largo de una vida la verdadera misión – la única que tiene cualidad de obra espiritual.

Así, en la obra de Darwin veo esta aparente paradoja: marca una etapa importante en la aventura espiritual de nuestra especie, en busca a tientas del conocimiento de sí misma y de su destino, sin que por ello tenga, en la vida misma de su creador, ¡cualidad de obra espiritual! Por decirlo de otro modo: dudo que con esa obra Darwin haya madurado espiritualmente[1399]. (Mientras que no hay ninguna duda de que al nivel de una comprensión intelectual del Mundo,
N 658 incluyendo una comprensión del camino de ◊su propio pensamiento y del pensamiento científico en general, Darwin ha aprendido enormemente a lo largo de su trabajo de toda una vida).

Igual que el mismo Freud (que tiene tres años cuando aparece el Origen de las Especies) hará más tarde, Darwin tiene buen cuidado de limitarse al terreno considerado sólido y seguro de la ciencia: reúne y ordena un vasto abanico de *hechos*, avanza *hipótesis* para "explicarlos", apoyadas por *argumentos* o pruebas parciales más o menos concluyentes. Al hacerlo, no ignora sin embargo que el cuadro que está trazando tiene un alcance que desborda con mucho el de una disciplina científica, feudo de un puñado de especialistas. Ha aportado materiales, ha iniciado un vasto edificio – ¡que cada uno haga con él lo que quiera! Y ya en los siguientes decenios, ciertamente no faltaron. Rara vez una teoría científica, y además una teoría muy técnica, habrá sido tan usada en todas las salsas, incluyendo y sobre todo las menos recomendables. Se ha querido ver en las "leyes" de la "lucha por la existencia" y de la "supervivencia de los más aptos" una justificación "científica" de la competitividad a ultranza, la brutalidad implacable y

[1398] Conviene hacer una excepción parcial con Krishnamurti. No más que Darwin, no tuvo que abrirse camino a través de un mundo indiferente u hostil, ¡y con mucho! Por el contrario, está muy claro que las opiniones más penetrantes de Krishnamurti no estaban en modo alguno "en el aire" (y tampoco lo están hoy), como estaban las de Darwin.

[1399] Véanse al respecto los breves comentarios sobre Darwin en la nota "Los mutantes (9): los mutantes y las hermanas enfrentadas" (n^o 133), página N 607.

hasta las guerras y los holocaustos, que todavía hoy son la regla y la ley en la mayoría de las sociedades humanas y los grupos humanos. Igual que en los buenos viejos tiempos, bajo el báculo de las santas Iglesias, era la sempiterna "voluntad de Dios" la que se suponía que sancionaba las innumerables iniquidades y barbaries que llenaban la sociedad, ahora que al fin estábamos a punto de superar supersticiones y beaterías (¡el Progreso no se detiene!) es la Ciencia la que debía reemplazar los oficios del buen Dios: el Darwinismo, en buena hora, ¡venía al pelo para reflotar la famosa "Ley del más fuerte" tan universalmente estimada!

Así no hay que extrañarse de que para un Fujii Guruji, cuya misión es la del respeto a todos los seres y todas las cosas, el nombre de Darwin sea sinónimo de "ley de la jungla", y encarne el aspecto profundamente maléfico del triunfo y el culto de "la Ciencia", y de un cierto espíritu que hace alarde de ese nombre y que él denuncia con razón[1400]. No es el único, en mi lista de mutantes, que no ha podido dejar de enfrentarse a poco que sea con el pensamiento de Darwin y sus consecuencias inmediatas. Así Kropotkine, inspirándose en las ideas de Darwin,
N 659 ◊toma a contrapié las bienpensantes interpretaciones "junglistas" en su libro de nombre bien elocuente "La Ayuda mutua – un Factor de la Evolución". Pone en evidencia que dentro de las especies de animales superiores, la ayuda mutua es una ley de la naturaleza y un factor de evolución no menos importante que los de la competitividad, que Darwin resaltaba[1401]. En muchas páginas de su hermoso libro se nota vivamente hasta qué punto el hombre de corazón (tanto y más aún que de razón) que fue Kropotkine, era sensible a la presencia silenciosa e intensamente activa de una fuerza de esencia espiritual en la vida animal. (Incluso si se guardó mucho de formular en esos términos, casi "religiosos", ese aliento de misteriosa solidaridad que tan vivamente percibía...)

Más aún que en el caso de Kropotkine, los mensajes de R.M. Bucke y de Teilhard de Chardin son casi impensables fuera del marco de referencia evolucionista proporcionado por Darwin. También Freud, y todavía más Rudolf Steiner, estaban familiarizados con el pensamiento de Darwin. Es cierto que el nombre de Darwin estaba en todos los labios en el mundo culto, en el momento en que uno y otro estudiaron y se impregnaron del espíritu de su tiempo.

En fin, Edward Carpenter, que bajo su aspecto siempre modesto y sin pretensiones tenía una cultura tanto científica como humanista impresionante por su extensión y solidez, también estaba al corriente de las ideas de su prestigioso compatriota algo mayor. (Tiene quince años cuando aparece el Origen de las Especies.) Vista su extraordinaria autonomía interior, apenas hace falta decir que no se dejó arrastrar por entusiasmo de la vanguardia científica de su tiempo por el "Darwinismo". Veía claramente hasta qué punto las tentativas de "explicaciones" mecanicistas de la Evolución yerran totalmente en lo esencial. Verdaderamente sentía "con las tripas", en este caso hay que decirlo, el extraordinario *hecho* de la Evolución, como un proceso creativo que se ha desarrollado en todo tiempo, cual un Génesis sin fin que comenzó mucho antes de la aparición de la vida orgánica sobre la tierra, cuando la materia sordamente se prepara a
N 660 recibirla y a llevarla, trabajo que ◊se sigue realizando a través de las vicisitudes de la historia de los hombres y de su largo camino hasta hoy mismo, y que nos empuja adelante hacia nuestros desconocidos destinos (inimaginablemente gloriosos) por toda la eternidad. Esa viva percepción

[1400] Respecto a la actitud de Guruji frente a la ciencia en general y Darwin en particular, véase la nota citada en la anterior nota a pie de página, especialmente las páginas N 611 – N 613.

[1401] Seguramente no es casualidad que Darwin, que (al contrario que su compatriota y contemporáneo Carpenter) formaba parte de la sociedad y compartía totalmente los prejuicios sociales de su tiempo, haya resaltado la competitividad como factor principal de la Evolución, en una sociedad ella misma ferozmente competitiva. Aquí se ve claramente cómo una inmadurez espiritual, una falta de autonomía interior frente a un "espíritu de los tiempos" que entonces impregnaba todas las mentalidades, repercute profundamente al nivel del trabajo científico. Aunque era un genio, espiritualmente llevaba las mismas orejeras que todos. Y tampoco es una casualidad que su teoría haya servido sobre todo (fuera de las ciencias naturales) para justificar el bárbaro orden social existente, y que su nombre esté desde hace un siglo en el zenit de la gloria, mientras que el de Carpenter, después de medio siglo ya, esté prácticamente olvidado...

del hecho de la Evolución, y del sentido de la unidad cósmica de la vida humana con toda vida vegetal y animal y la del Universo en su globalidad, están en el corazón mismo de su visión del Hombre, de su lugar y sus destinos; el "verdadero hombre", el hombre plenamente consciente de su unidad y de su naturaleza divina, que es el último punto culminante del eterno movimiento, eternamente retomado y jamás acabado de la Creación[1402].

(140) Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos

(21-22 y 25-27 de marzo)[1403] Hace un año todavía mis disposiciones hacia Freud eran más bien críticas. Nunca se me ocurrió, hay que decirlo, incluirlo en una reflexión, y mis impresiones sobre él eran a flor de piel. ◊Con razón o sin ella, para mí era un "valor establecido" en un tema al que yo mismo me había dedicado mucho después de 1976: el "tema" candente donde lo haya de la psique. Ese tema no tenía para mí nada de académico, un tema de "conversación interesante", ¡oh no! Tampoco era simplemente un tema de investigación, como antes la matemática, en el que hubiera invertido una curiosidad, una sed de descubrir. (Aunque esa sed estaba bien presente.) Se trataba, de entrada, de conocer*me*. E intentar "conocerse", o al menos conocerse uno mismo tanto como se pueda, en absoluto es lo mismo que conocer (digamos) la matemática, que "hacer mates", o esto o aquello[1404]. Hay puntos en común, eso es un hecho. Pero en lo *esencial* difiere de cualquier otra empresa humana. ¡Y sin duda ésta es la menos solicitada de todas!

N 661

Estaba bajo el choque de una aguda crisis interior[1405], en que el sentido mismo de mi vida parecía naufragar de repente. Ni en ese momento, ni en los siguientes años hasta el año pasado, se me habría ocurrido, en ese trabajo, usar o inspirarme deliberadamente de algún saber libresco, ni preocuparme de si alguien antes de mí se había dedicado a un trabajo de este género (yo no debía ser el primero...), y en tal caso, recoger los ecos. Algunos años antes había leído a Freud esporádicamente – ¡cultura obliga! Pero después, cuando pensaba en ello, me parecía tan lejano de todo lo que me enseñaba mi propia experiencia largamente meditada, comenzando por la del primer sueño (¡sueño mensajero de feliz memoria!) que me tomé la molestia de mirar[1406] y por el que repentinamente mi vida se vio transformada – que era como si perteneciéramos a dos mundos totalmente diferentes. Seguramente, me decía yo, Freud siempre miró la psique desde *el exterior*,

[1402]Esta visión evolucionista se presenta como en filigrana a través de todo su libro "Civilisation – it's cause and Cure" (publicado en 1889), en el que un capítulo está explícitamente consagrado a la Evolución. Carpenter se inspira en el pensamiento de *Lamark*, del que habla calurosamente, más que en el de Darwin que gozaba del favor del público en ese momento (y que lo sigue teniendo después de casi siglo y medio). Seguramente tendré que volver sobre la visión de la Evolución que Carpenter desarrolla en ese libro, sin dejarse intimidar por el hecho de que él mismo no era naturalista, y dejándose guiar por su propia experiencia de los procesos creativos en la vida humana como en la vida vegetal y animal. Espero y creo que esa visión de la Evolución, exenta de todo tecnicismo, será fuente de inspiración para las generaciones futuras, incluyendo también a los naturalistas. ¡Ya es hora de que un viento llegado de otra parte irrumpa en sus laboratorios y en sus museos! En cuanto al libro "Civilisation...", recopilación de inspiradas meditaciones sobre una enfermedad infantil llamada "Civilización", es a mis ojos (y a riesgo de que me llamen de todo...) un libro no menos capital en la historia de nuestra especie que el Origen de las Especies de Darwin. La obra de Darwin cierra de alguna manera la pasada Era (que a veces llamo, con un poco de irreverencia, "la Era del Rebaño"). La de Edward Carpenter, como las de Whitman, Freud y Neill ya prefiguran y abren la Nueva Era.

[1403]la presente nota, así como las dos siguientes, pueden verse como continuación de la anterior nota sobre Darwin. Inicialmente estaban previstas como una sola nota, titulada "Sigmund Freud: tres grandes ideas". Como su longitud parecía prohibitiva, terminé por dividirla en tres notas separadas, que corresponden a las tres grandes ideas a las que hacía alusión el título inicial. La primera redacción es del 21 y 22 de marzo, la escritura en limpio del 25 y 26, y las notas a pie de página del 27.

[1404]Para las relaciones entre esos dos tipos de investigación, véase la reflexión en las dos secciones "La fruta prohibida" y "La aventura solitaria" (n^{o}s 46, 47) en Cosechas y Siembras (parte I).

[1405]Esa saludable crisis interior tuvo lugar en octubre de 1976. En ese momento se sitúa el episodio del descubrimiento de la meditación, y dos días más tarde, el del "reencuentro". Sobre este tema véase la subsección "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n^o 56, 6^o), especialmente las páginas 247 – 252.

[1406]Es el sueño evocado en el primer párrafo de La Llave de los Sueños, y que desembocó, unas horas más tarde, en el "reencuentro" (con el alma) al que aludo en la anterior nota a pie de página.

como "clínico", o como "pensador"[1407], y sólo vio lo que de antemano había decidido que vería
N 662 en ella. ◊Un agudo teórico, sí, que jamás había vivido una transformación interior, el repentino paso de un "umbral", de una invisible puerta candada que de repente se abre sobre todo un gran Mundo interior insospechado... Un hombre como todo el mundo, con esas monumentales orejeras que a menudo le impiden ver las cosas más simples, las más esenciales, orejeras que, no más que el primero que pase (así me parecía), no parecía que sospechase la existencia...

Todas esas impresiones a quemarropa todavía me parecen parcialmente fundadas[1408]. Corresponden a cierto punto de vista para mirar la obra y la persona de Freud, punto de vista que va de la mano con un estado de gran ignorancia sobre él. Lo que más limitaba mi visión y me impedía captar lo esencial, aparte de esa ignorancia casi total de la persona y la vida de Freud, era la completa ausencia de perspectiva histórica. Mientras juzgaba a Freud desde lo alto, mi pensamiento y mi visión del mundo estaban impregnadas, sin saberlo, de las ideas fundamentales que Freud había sido el primero en desentrañar, en una total soledad intelectual y moral, y en afirmar frente a un mundo indiferente y hostil primero, y después ofendido y despreciativo. Algunas de sus ideas (en una forma hasta tal punto diluida, es verdad, que parecen vaciadas de toda su fuerza original...) forman parte desde hace mucho del "aire de los tiempos" cultural, que he respirado desde mi infancia. Así la idea fundamental de la existencia de un Inconsciente, o la de la omnipresencia del impulso erótico, tanto en el origen de las neurosis como en la creación artística e intelectual, y hasta en la experiencia religiosa. Esas ideas (o mejor, esos *hechos* fundamentales para una comprensión de la psique), y otras, como el papel del sueño como el gran revelador de la vida psíquica inconsciente, no pude dejar de caer en ellas sin haberlas buscado, durante mis peregrinaciones a través de mí mismo. Al hacerlo estaba lejos de pensar en un cierto
N 663 Freud, del que uno ◊o dos libros se marchitaban entre muchos otros en algunos estantes, bajo una capa de polvo rara vez perturbada. Pero comienzo a darme cuenta de que sin que pensase en él, su trabajo intrépido y obstinado, realizado a lo largo de una vida contra viento y marea mucho antes de que yo naciera, no dejaba de asistir a mis propias labores solitarias.

Durante la reflexión realizada en La Llave de los Sueños, es cuando mi relación con Freud y la imagen de él que me hacía al fin cambiaron. La primera ocasión en que evoco el pensamiento de Freud se sitúa al principio, en la misma mañana del día en que comienzo este libro, al escribir la nota "El papel del sueño – u homenaje a Sigmund Freud"[1409]. Aún recuerdo bien cómo, al escribir lo que debía ser una lacónica nota a pie de página, al principio tuve tendencia a tratar despectivamente a Freud, con motivo de la ridícula función, la de gratificación, que atribuye al sueño como su sola y única función[1410]. Una vez puesto negro sobre blanco, sentí

[1407] Esa es la impresión que se expresa, de pasada, en el paralelismo que establezco entre Freud y Neill en la nota "Neill y el más allá del Muro – o el pensamiento, y el ser" (n^o 89), en que se supone que Freud representa "el pensamiento", y Neill "el ser" (páginas N 324 – N 325.

[1408] Mi principal reserva frente a esas impresiones "parcialmente fundadas", dejando aparte las que voy a formular más abajo en el texto, es que no es absolutamente exacto que Freud "sólo haya visto lo que de antemano había decidido que vería". ¡Con esas disposiciones no habría podido hacer los asombrosos descubrimientos que hizo! En cambio, una vez hechos esos descubrimientos cruciales, y una vez que hubo elaborado una teoría a medida para obtener un método clínico, tuvo tendencia, creo, a forrar todo con ella, y a no ver los hechos más que a través de su teoría, incluso cuando eran refractarios a entrar *en ella*.

[1409] Es la nota n^o 6, del 1 de mayo de 1987. Se refiere a la sección "Todos los sueños vienen del Soñador" (n^o 4), del mismo día.

[1410] Ese propósito deliberado de reducir la función del sueño a la búsqueda de una especie de "ganancia" (egótica o erótica) para mí se asocia al propósito deliberado de Darwin de ver en la "competitividad" el gran motor de la Evolución. Creo ver ahí la marca común, en uno y otro, del espíritu de su tiempo, que también es el de nuestro tiempo; un espíritu que resalta los valores encarnados por las ideas de ganancia y competición, y que es insensible a la naturaleza de los procesos creativos y a las realidades espirituales, de un orden totalmente ajeno a toda ganancia, a toda competición. Además tengo la impresión de que en su trabajo de médico, y especialmente en su trabajo sobre el sueño, ese deliberado propósito de Freud es prácticamente letra muerta. A fines prácticos, todo pasa como si Freud atribuyese al sueño la "función" crucial que realmente es la suya: la de ser un "mensajero del Inconsciente". Pero en su pensamiento teórico, tiende a considerar esa cualidad de "mensajero" del sueño

sin embargo que algo fallaba, en eso que acababa de escribir. En un súbito *flash*, sin reflexión ni nada, debí entrever entonces *quién* era Freud[1411]. Después de todo, bien sabía yo que en la
N 664 aventura del ◊descubrimiento, ¡los errores siempre, siempre son parte del itinerario! Sin ellos ¿aún habría aventura? Y los errores incluso los más colosales no disminuyen en nada la grandeza del pionero que, el primero, ha abierto los grandes boquetes. Sólo él, que había visto algo (¡todo un mundo insospechado!), allí donde desde hacía milenios nadie veía *nada* – sólo él podía cometer esos errores (como otras tantas fecundas provocaciones para ser desveladas y superadas...), allí donde nadie más podía siquiera soñar en abrir la boca para aventurar la menor aproximación, la menor idea, ¡sobre algo que *todavía no existía*!

Así, me apresuré a añadir a mi perentoria nota un último párrafo, como una especie de honorable enmienda. Fue el "homenaje a Sigmund Freud", el homenaje al gran pionero en nuestra comprensión (entre otras) del sueño, y de su irremplazable papel como intérprete del Inconsciente. Una vez escrito el párrafo, yo mismo estaba sorprendido de su aspecto casi ditirámbico, después de dos páginas de tonalidades más bien sarcásticas. Pero me fie de lo que me había venido así como por ciencia infusa, ¡aunque no sabía nada! Fue sólo a partir del mes de octubre, aprovechando el intermedio-lumbago, cuando tuve tiempo de documentarme un poco sobre Freud. Fui recompensado, descubriendo en él uno de los hombres más profundos, más finos, también más probos, que me haya encontrado; uno de esos, creo, que no me cansaría de frecuentar (si Dios aún me concede el tiempo de leerlo[1412]). Y también tuve amplia ocasión de convencerme de que mi "ditirambo" del primero de mayo no estaba fuera de lugar. Lo acabo de releer, y no veo nada que corregir.

Ya me he expresado más de una vez, en las páginas del presente libro, sobre el alcance
N 665 y el sentido de la misión de Freud[1413]. Aquí sobre todo quisiera pasar ◊revista a las ideas más importantes sobre la psique (según yo) a las que su nombre permanecerá indisolublemente ligado.

Por supuesto, sería incapaz de enumerar, y aún menos evaluar, sus contribuciones a la psiquiatría, que para mí es terreno desconocido. Además no me interesa particularmente la psicología del enfermo mental (aunque haya tenido que enfrentarme a ello), sino más bien la de "todo el mundo" y, más que cualquier otra, ¡la de mi modesta persona! Pero no he terminado de desmarcar mi tema del de la psiquiatría, cuando ya se impone el pensamiento de que en el fondo "todo el mundo" en el mundo moderno es, más o menos, "enfermo mental". El hombre moderno esta psíquicamente enfermo[1414], desequilibrado de mil maneras. (Y no pretendo ser

---

como una circunstancia secundaria, como una especie de feliz coincidencia en suma: que por esa búsqueda de gratificación a cualquier precio, el Inconsciente (como un ratón atraído por un cebo...) providencialmente era entregado a los analistas al acecho...

[1411] Una lectura atenta de la autobiografía de C.G. Jung, en que éste, como si nada, se esfuerza sistemáticamente en criticar a Freud, ya había tenido en mí el efecto inverso del buscado: esas pueriles maniobras me dejaron entrever por primera vez, por así decir en negativo, la excepcional estatura del hombre que Jung, que se inspiró mucho en él por decir poco, se esfuerza en rebajar con aires de condescendencia paterna. Esa lectura, y la reflexión realizada con anotaciones de lecturas durante un mes (del 16 de enero al 15 de febrero de 1985), constituyeron un imprevisto intermedio en la escritura de Cosechas y Siembras. Espero llevar a buen fin algún día esa reflexión ya iniciada, y publicarla como una quinta parte de Cosechas y Siembras. Véase también la nota posterior (insertada en el capítulo IX, del mes de mayo del año pasado) "Testigo de cargo – o el amo mal-amado" (n^o).

[1412] Al día siguiente de escribir estas líneas, interrumpiendo durante dos días la redacción de La Llave de los Sueños, me tomé tiempo para leer una interesante recopilación de textos más o menos autobiográficos de la pluma de Freud, publicado como libro de bolsillo en Fischer Verlag: "Selbstdarstellung – Schriften zur Geschichte der Psychoanalyse" (1971), con una introducción y anotaciones, escritas con sensibilidad e inteligencia, de Ilse Grubrich-Simitis. Ella también es coeditor, con Ernst y Lucie Freud, de una interesantísima biografía con fotos de Freud – la primera biografía de Freud que tuve entre mis manos, ¡el pasado mes de octubre! ("Sigmund Freud – sein Leben in Bildern und Texten", Suhrkamp Verlag.)

[1413] Para los principales pasajes en que me expreso sobre este tema, véase una nota al pie de la página N 482,

[1414] Eso no es algo especial del "hombre moderno". ¡Esa "enfermedad infantil" dura ya desde hace milenios! Pero dicha enfermedad está ahora en su estado de crisis final, y el hombre de hoy seguramente está más enfermo de lo

una excepción a la regla, si no es todo lo más porque estoy en vías de curación...) No sé si Freud lo ha dicho alguna vez con tal crudeza: que todos éramos enfermos mentales. Pero incluso si se guardaba de decirlo en esos términos (¿tal vez ni siquiera en su fuero interno?), lo sabía mejor que nadie, por supuesto. Sin duda ésa no es más que otra manera de expresar lo que en la religión judaica de sus antepasados, igual que en la cristiana (y para colmo en muchas otras), se expresa con el término nebuloso y pesadamente cargado de "pecado original". Pero Freud, él se atrevió a ir más allá de dicho lenguaje nebuloso que muy a menudo elude y exorcisa, porque no nos conduce a enfrentarnos a los hechos. Si hay alguien que se haya atrevido a lo largo de una vida a enfrentarse a ellos, a los hechos ocultos y turbadores que todo el mundo siempre elude, ése es él. Ésa es su grandeza.

Esa enfermedad del hombre moderno, o del "hombre civilizado" simplemente, que Freud descubrió, se la puede llamar el *miedo a conocer*, y sobre todo el miedo a conocer*se*[1415]. Para él, esa enfermedad es congénita e irremediable, inseparable de la condición humana. ¿Ha habido alma viviente, desde que hay hombres sobre la tierra, o al menos desde que el hombre ha desarrollado ◊un pensamiento consciente capaz de comprenderse a sí mismo – ha habido uno sólo que esté exento? Freud se pasó la vida sondeándola en todos los sentidos, esa enfermedad, y desvelando y estudiando sus mil y un síntomas, desde la locura furiosa hasta los más anodinos hechos y gestos de la vida cotidiana, los pensamientos más fugitivos, los sueños más evanescentes... Se esforzó mal que bien en desentrañar sus leyes generales, sus mecanismos más o menos desmontables, de evolución más o menos previsible. Alguna vez debió preciarse de haberlo conseguido, de haber hecho al fin el inventario; igual que Darwin antes que él debió preciarse, a veces, de haber captado el "truco" que hacía marchar (cual un inmenso reloj mecánico...) esa grandiosa Evolución de la que él mismo era (en su propia visión) un ínfimo engranaje, realizando su errático movimiento antes de pararse para siempre jamás.... Pero seguramente, en los momentos de mayor claridad, uno y otro debieron sentir bien que ni la Evolución, ni el alma humana, se dejan captar en las mallas de las ideas y las palabras, no se dejan describir a golpe de engranajes...

N 666

La aportación de Freud a nuestro conocimiento de nosotros mismos me parece que consiste, en lo esencial, en *tres grandes ideas*, o mejor dicho, en el descubrimiento de tres *hechos fundamentales* sobre la psique humana. También son, me parece, los tres hechos principales que están en la base de todo conocimiento a poco profundo que sea de nosotros mismos. Toda su obra posterior[1416] consistió sobre todo en desarrollar esas ideas de forma sistemática y rigurosa, y en hacer una primera prospección de ese nuevo mundo que nos abren en el conocimiento del hombre y de nosotros mismos. De paso, no pudo dejar de levantar nuevas teorías, e incluso de erigir dogmas que le hubieran gustado intangibles.

Las teorías y los dogmas pasan, van unas tras otras como diferentes envolturas, de cosas frescas y amplias, cuyo papel es nutrir y proteger. Con el tiempo se vuelven estrechas, se secan y finalmente se caen por sí mismas para ser reemplazadas por cosas nuevas que entretanto se han formado. Las grandes ideas permanecen. Llenas de vida, crecen, brotan, dan a luz y se transforman mientras siguen siendo siempre ellas mismas...

La primer gran idea de Freud[1417] se refiere al *Inconsciente*. En primer lugar la *existencia*

---

que jamás estuvo en el pasado.

[1415] Ya se ha hablado un poco por todas partes en La Llave de los Sueños de ese miedo y de sus numerosos rostros, y de la huida ante la realidad que impulsa. ¡Nos lo encontramos a cada instante en la vida diaria! Rozo este tema desde la primera página de este libro, y me veo enfrentado a él a través de todo el capítulo I, consagrado al sueño mensajero. Véase más particularmente el final de la sección "El sueño mensajero – o el instante de la verdad" (n^o 5), especialmente las páginas 12 – 13. Véanse también, en los siguientes capítulos, las secciones "El hombre es creativo – o el poder y el miedo a crear" (n^o 44) y "El hecho más absurdo" (n^o 56, 7 a)).

[1416] Digamos, su obra a partir de 1900, después de la publicación de su libro "La Interpretación de los Sueños", donde sus ideas maestras aparecen ya con toda claridad.

[1417] Si hablo aquí de "primera gran idea de Freud", no hay que entenderlo en un sentido cronológico, sino más bien lógico. El orden en que describo las tres grandes ideas de Freud corresponde además (sólo me di cuenta

N 667 misma de un Inconsciente – de una vasta parte sumergida ◊de la psique, hurtada a la mirada consciente. Por otra parte, la *omnipresencia* de ese Inconsciente: *el Inconsciente está por todas partes*, desde los pequeños hechos y gestos, las actitudes y los comportamientos de la vida cotidiana, hasta las opciones fundamentales (tanto conscientes como inconscientes) que dirigen y moldean nuestra existencia.

Un supuesto conocimiento de la psique que ignore el Inconsciente sólo tiene de conocimiento el nombre. Me atrevo a decir que antes de que Freud descubriera el Inconsciente, no había conocimiento de la psique digno de ese nombre, ni siquiera el inicio de una comprensión de los menores hechos psíquicos. Realmente es algo absurdo[1418], algo inimaginable que haya hecho falta todo ese tiempo antes de que el hombre comience por fin a balbucear el primer ABC en el conocimiento de él mismo: que por fin tenga conocimiento de la existencia de un Inconsciente – de la profundidad de la realidad que se oculta tras la irrisoria pantalla, tras la fachada de tres al cuarto que nos presenta el conocimiento consciente "ingenuo". Algunos dicen que Freud fue el primero en fundar una ciencia psicológica. Otros claman que el psicoanálisis de Freud "no es científico" (y Freud y sus adeptos se atavían para refutarlos...). Pero poco me preocupo de saber si los grandes descubrimientos de Freud, comenzando por el Inconsciente, son "científicos" o no. Nos revelan una realidad infinitamente más importante e igualmente tangible que todo lo que jamás haya navegado bajo el nombre de "ciencia". Si no son científicos, tanto peor para lo que hoy llamamos "la ciencia". Si ésta es incapaz de asimilar los hechos fundamentales de la psique, es que ya se ha secado y está condenada a caer en breve y a desaparecer, como una vaina muerta a la que le llega el tiempo, que ha dejado de nutrir y de proteger. ¡Que caiga!

Ver plenamente la existencia del Inconsciente y su omnipresencia, es ver también el "*proceso de la huída*" en todo su inimaginable alcance[1419]: está toda esa inmensa parte sumergida
N 668 de la psique, la que ◊hemos decidido ignorar a cualquier precio[1420], y que "actúa" en nosotros, cual un barco a la deriva que agitan los remolinos de las profundidades, o una marioneta movida por hilos invisibles que se guarda mucho de conocer. Así nos guardamos de conocer los verdaderos motivos de nuestros actos tras la fachada de nobles apariencias. Igual que también nos guardamos (salvo cuando por casualidad nos conviene) de conocer lo que sin embargo percibimos claramente, y sabemos perfectamente (haciéndonos los idiotas...)

Ese "juego de idiotas" tan generalizado, en esa inmensa Casa de Locos que es el Mundo de los hombres (Dios sabe desde cuándo...), parece que Freud fue el primero en tomar nota en toda su inimaginable agudeza. ¡Bendito sea, por osar, solo, creer en el testimonio de sus sanas facultades! No es que sus facultades fueran diferentes o mejores que las de todo el mundo. En su tiempo y en todas las edades, había millares o quizás millones de seres no menos dotados que él. La cuestión no es tener ojos, hace falta usarlos. Desde el momento en que se trata de mirar lo que pasa en uno mismo y en la gente que nos rodea, todo el mundo se apresura, como un solo hombre, a cerrarlos. Cómo extrañarse, cuando vemos el desolador espectáculo, y el papel de leproso, de espantajo, en que se encontraba por el mero hecho de que tenía los ojos abiertos y *miraba* – ¡cómo extrañarse de que su visión del mundo haya sido algo "pesimista"! Y con razón,

después) al orden cronológico de mi propio itinerario. (Descubro el Inconsciente en mí en 1976, la omnipresencia de Eros en 1978 y 1979, y en fin el hecho de que todos los sueños tienen un sentido y que su papel es revelarnos nuestra vida inconsciente, en 1982.)

[1418] Me extiendo sobre esa impresión "absurda" en la ya citada sub-subsección (en que igualmente se considera a Freud como el primero que la sintió...), "El hecho más absurdo" (n^o 56, 7 a).

[1419] Véase el texto citado en la anterior nota a pie de página, así como las referencias en una nota al pie de la página N 665.

[1420] La "parte sumergida" que aquí nos referimos es, entiéndase bien, el Inconsciente superficial y medio, es decir el gran Trastero o la Papelera, el Cajón de Sastre donde se tira todo lo que disgusta y molesta al "yo consciente". Es sobre todo *eso* lo que Freud veía en el Inconsciente, el gran foco de infección en suma, ante el que se veía en el papel de médico, encargado de ponerle remedio mal que bien. No hay que confundirlo con las capas más profundas del Inconsciente, que es la sede de todos los procesos creativos de la psique. (Mientras que el Inconsciente medio puede verse como la sede de la "mecánica psíquica", y más particularmente de los mecanismos de huída.)

me gustaría ver a otro en su lugar, limpiando esas escayolas que jamás nadie había limpiado antes que él. Le hacía falta mucho coraje, sí, para no "cascar" – para no cerrar tranquilamente los ojos, como todo el mundo, y dejar de "superar"; o literalmente, como muchos otros ya habían hecho (por ejemplo sus clientes), hacerse el loco, permitirse él también una vuelta por el manicomio. Pero (¡alabado sea!) se mantuvo firme...

N 669 ◊(141) Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero[1421]

La segunda idea de Freud que quisiera evocar se refiere a *Eros*, la pulsión erótica o la pulsión del sexo, o también (como él la llamaba) "la libido". Al revés que el Inconsciente, que nadie había señalado jamás, Eros no había pasado totalmente desapercibido. ¿No hacía millares de años que los poetas cantaban los ojos de la amada, y a veces incluso el cuello, pero sin atreverse a descender más abajo? A veces algún triste desviado (entre los cuales Platón, Miguel Ángel, Shakerpeare, Shelley, Whitman, por nombrar algunos...) cantaba incluso los encantos de los amores masculinos. Y después de que los dramaturgos, comediantes y novelistas rivalicen para pintarnos la existencia humana, el nudo de la historia, cien veces contra una, es siempre si el héroe se casará con la heroína, o si uno u otra o los dos a la vez no morirán más bien de amor. Para el historiador, para el detective, también es parecido: ¡el "*cherchez la femme*" es lo básico de su arte! En cuanto a la Ciencia, la última en darse cuenta de algo, si no ignoraba ciertos órganos anatómicos de nombres latinos con garantía de inodoros, no se ocupó de la pulsión erótica en el ser humano (¡oh – nada más que un momento!) más que con los labios cerrados y una pinza en la nariz. Esos aires debían formar parte (¡a fe del Inconsciente!) de la pesada herencia judeocristiana, tal vez desautorizada, pero no menos activa.

N 670 Freud fue el primer sabio, o al menos uno de los primeros[1422], en ◊quitarse la pinza de la nariz y tomarse la molestia de mirar atentamente (y si hace falta olfatear...), sin escatimar tiempo y molestias. En revancha se blindó, igual que sus colegas médicos, anatomistas y fisiólogos, con un lenguaje erudito, tallado a medida y debidamente aburrido e impermeable para el profano. Fácilmente se comprende que eso era para él, en tanto que médico y sabio, una mera cuestión de supervivencia. Con ayuda de la inercia humana, ese envoltorio erudito y aislante permaneció adherido a la herencia freudiana todavía durante una generación o dos después de la muerte de Freud (en 1939). Sólo está empezando a desprenderse y caer. (Ahora una jerga esotérica toma el relevo de la jerga erudita.)

La gran idea nueva de Freud sobre Eros, y su primer gran descubrimiento sobre la psique, es la *omnipresencia de Eros*. Este descubrimiento es también, como debe ser, el que iba a causarle más problemas. Todavía hoy, cien años después de ese descubrimiento crucial, esos problemas están muy lejos de haber terminado. Ciertamente, ya desde hacía mucho tiempo se habían dado cuenta de que incluso allí donde no parece, en cuanto se mira más de cerca, se ve que Eros asoma la oreja (o el carcaj...). Era un poco el secreto de polichenela que el insolente muchacho tenía tendencia a colarse incluso allí (y sobre todo allí) donde su presencia parecía fuera de lugar, y

[1421] Continuación de la nota anterior, "Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento de la Casa de los Locos". Véase la nota al pie de la página N 660, al comienzo de dicha nota.

[1422] Aquí conviene nombrar sobre todo a Havelock *Ellis*, contemporáneo de Freud (1859-1939) y tres años más pequeño, y médico como él. Su monumental "Studies in the Psychology of Sex" (en siete tomos) se publica entre 1897 (el año en que Freud hace sus primeros autoanálisis y descubre de paso el complejo de Edipo) y 1928. Además, en el siglo pasado hubo todo un grupo de autores, sobre todo en Alemania, la mayoría (creo) sin vocación científica particular, que escribieron sobre el tema de la inversión sexual, y que Edward Carpenter cita abundantemente en su propio libro sobre ese tema, "The Intermediate Sex" (y sobre todo en el copioso apéndice a ese libro). Se trata de K.H. *Ulrichs*, Dr. Albert *Moll*, Dr. Magnus *Hirschfeld*, Otto *Weininger*, O. de *Joux*, y en fin (en Inglaterra y además de Carpenter) el poeta J. Addington *Symonds* (1840-1893). Acabo de ver (en el Webster Biographical Dictionary) que también se le debe una biografía (de la que jamás había oído hablar) de Walt Whitman, publicada en 1893, el mismo año de la muerte de Symonds y un año después de la muerte de Whitman. Es verdaderamente extraño que los biógrafos posteriores de Whitman parecen ignorar toalmente la biografía de Symonds, como de común acuerdo...

a veces (chis...) hasta en el confesionario y la cama del cura, e incluso (¡oh sacrilegio!) hasta en los sueños y las visiones de los santos. Pero ese tipo de constataciones, esos presentimientos y esas sospechas eran esporádicas, epidérmicas. No eran más que pequeñas (y a veces grandes) "travesuras", en suma, del insoportable granuja del carcaj, que una vez entrevistas de pasada se apresuraban a olvidar; las *excepciones* todo lo más (un poco escabrosas, un poco pícaras...) que confirmaban la regla: Eros actúa en el lecho de los esposos, para fabricar la progenitura a fin de perpetuar la raza, ¡y punto, eso es todo!

Con Freud, la canción es muy distinta. Más bien se trataría de la *"regla" opuesta*, y casi sin excepción: *Eros está por todas partes*[1423] – y sobre todo allí donde uno menos se lo espera. Está presente, en forma bruta o en forma "sublimada", en todos los hechos y gestos (por así decir) de la vida psíquica. Cuanto más importantes son esos hechos y gestos, más seguro se puede estar de que Eros está por ahí agazapado y tira de los hilos, a menudo de incógnito.
N 671 Ésa es al menos, *grosso modo*, la visión del mismo Freud. (Y ◊salvo matices[1424], la suscribo enteramente.)

Hay que recordar que otros hombres, muy pocos hombres y aislados hay que decirlo, habían sentido mucho antes que Freud ese mismo hecho crucial en la existencia humana y lo habían expresado con fuerza, cada uno a su manera y en su propio lenguaje, a la luz de su propia experiencia. Pienso aquí, por supuesto, en mis dos "mutantes" Walt Whitman y Edward Carpenter[1425]. He tenido amplia ocasión de evocar ese aspecto, un aspecto crucial entre todos, de sus misiones[1426]. Uno y otro habían sentido en Eros, en la pulsión del sexo, la gran fuerza vital que latía a través de su propio ser como a través de todo[1427]. Carpenter veía muy claramente, además, hasta qué punto en el hombre "civilizado", y más aún en el hombre moderno, esa pulsión, forzada a abrirse un oscuro camino por vías subterráneas, se había desviado, degradado, hasta
N 672 qué punto estaba castrada de su ◊cualidad cósmica regeneradora, creativa. Por esa visión lúcida de lo que quizás sea la mayor tara de lo que llamamos "la civilización", estaba ya muy cerca de Freud. Pero es probable que Freud ignorase todo de Whitman e incluso de Carpenter, de los que sin duda jamás oyó pronunciar los nombres[1428]. Además, el enfoque del médico psiquiatra

[1423]Nótese que "Eros está por todas partes" aparece ya como subtítulo de la primera "copla" del "ABC del sexo (en cinco coplas)" (nota n^o 100), en que intento dar una idea de la visión de Edward Carpenter sobre el sexo, visión que en algunos aspectos prefigura ya la de Freud.

[1424]El principal "matiz" que aportaría es que está más bien en la naturaleza de lo que llamo el "yo" o el "ego" (o "el Patrón", o "el Intendente" – véase la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1) el tirar de los hilos, aunque tenga que usar la fuerza bruta de Eros para hacer girar su Circo; pero más de una vez ocurre, en ese juego, ¡que es atropellado por la imprevista fogosidad de Eros! Veo los papeles de Eros y del ego (alias "el Patrón") inextricablemente mezclados, pero los dos personajes son bien distintos, representas fuerzas de naturaleza totalmente diferente. Si, como constata Freud, Eros juega en el Inconsciente un papel tan invasivo, es porque el yo, en su ansia de usarlo para sus fines, implacablemente le cierra sus vías de expresión espontáneas. Eros no es invasivo por naturaleza, se vuelve así bajo el efecto de la represión ejercida sobre él por el yo. Más bien es el yo el que me parece invasivo por naturaleza, al menos en el estado "civilizacional" de la humanidad (estado a punto de tocar a su fin...). Incluso me parece que ese carácter invasivo del yo es el síntoma-clave de la "enfermedad infantil" de la humanidad. Es el yo, reflejo de la Sociedad, el que está enfermo, y no Eros, cuyas raíces se hunden mucho más profundo que cualquier sociedad, más allá que la misma especie humana.

[1425]Conviene añadirles también Schopenhauer. Me enteré, hace muy poco, de un asombroso pasaje de su pluma, citado *in extenso* por Ilse Grubrich-Symitis en la recopilación de textos de Freud citada en la nota anterior (nota a pie de la página N 664), loc. cit. página 229. Está tomada del capítulo 42 ("La vida de la especie") del tratado "El Mundo como Voluntad y Representación". Paree que ese penetrante pasaje, sobre la omnipresencia del sexo tras todos los velos con que se le cubre para escamotearlo, es único en la obra de Schopenhauer. En eso Schopenhauer se separa pues de hombres como Whitman, Carpenter y Freud, cada uno de los cuales ha hecho suya la misión de dar a conocer una nueva visión del sexo, y que han llevado fielmente toda su vida esa pesada misión. Véase la nota "Eclosión del ABC del sexo – o aprender que la tierra es redonda..." (n^o 99).

[1426]Véase especialmente la nota (n^o 99) que acabo de citar, así como las notas "Dos Prometeos para una Misión" (n^o 78) y "Edward Carpenter (1) – o la mirada infantil" (n^o 96).

[1427]Compárese con la sección "Eros – o la potencia" (n^o 39).

[1428]En cambio, como ya he señalado, Carpenter tenía conocimiento poco o mucho de la obra de Freud (12 años menor que él), y ocasionalmente lo cita en sus últimos libros. Para las relaciones entre el pensamiento de Carpenter

Freud es tan diferente del de Whitman como del de Carpenter, cuyo conocimiento del sexo está profundamente arraigado en su vida íntima, que no es seguro que si Freud hubiera conocido la obra de uno o del otro, habría sabido sentir la convergencia de su misión con la de ellos. Su punto de vista de médico psiquiatra; su iluminación cruda y fría con un pensamiento que se prohíbe ser otra cosa que "científico" según los cánones aceptados en su tiempo, fuertemente interiorizados por él; su lenguaje deliberadamente técnico y abstracto, hecho para crear una distancia infinita entre el espíritu que sonda y la realidad sondeada; en fin el público al que se dirige Freud, formado por sus colegas médicos o sabios o, si acaso (y en un segundo momento) por la *intelligentsia* más ilustrada de su tiempo – todo eso diferencia hasta tal punto la obra de Freud de la de sus dos grandes predecesores, que su aportación y las de ellos se cortan tan poco como es posible para dos visiones vastas y penetrantes de una sola y misma realidad.

Pero la originalidad esencial, la novedad radical del enfoque freudiano del sexo, es que Freud sabe mirar la psique a partir de un punto de vista de alguna manera "sumergido" – *el punto de vista del Inconsciente*. Éste juega aquí un papel análogo al de la famosa "cuarta dimensión" en física. Lo que antes de Freud se había tomado por "la psique" aparece ahora como la superficie solamente, como la fina piel de una fruta jugosa y profunda, cuyo interior es ese Inconsciente que siempre se había desdeñado notar. O mejor dicho, es como la superficie de un modesto estanque, ¡bajo la cual se extendería hasta el infinito un océano sin fondo! Y lo que antes de Freud se había notado de las irrupciones más o menos erráticas de Eros en la existencia humana, aparece ahora como las esporádicas eflorescencias, en la superficie, de procesos y sucesos que se desarrollan en las profundidades más o menos remotas del Inconsciente. Y si, como se acaba de decir, el Inconsciente está por todas partes en la vida de la psique (incluyendo ciertamente todo
N 673 lo que se transparenta en la pantalla de la conciencia), Eros alias ◊"el Sexo" está por todo el Inconsciente. Y para Freud ese "por todo" es prácticamente sin excepción.

Todavía hoy[1429] oigo llamar de todo a Freud (obseso sexual, neurótico, estúpido sectario, irresponsable cuya influencia habría hecho un mal incalculable...), tanto sigue chocando ese descubrimiento capital a los espíritus, incluyendo los más ilustrados. ¡Tal es el precio del rarísimo coraje de la lucidez! Cuanto más crucial es un descubrimiento sobre nuestro conocimiento de nosotros mismos, tanto más nos afecta de modo neurálgico, y más infaliblemente y más duraderamente deberá desencadenar tales reacciones. Ya antes que Freud, Whitman y Carpenter y otros valerosos precursores de la nueva visión del sexo[1430] tuvieron que hacer frente a tales tormentas, sin que por eso perdieran el coraje no se dejaran desviar. ¡Ésa es su grandeza común, por eso seremos sus deudores por siempre jamás! Pero nadie mejor que Freud sabe hasta qué punto toda discusión racional en respuesta a tales reacciones es tiempo perdido. Pues aunque se presentasen con las apariencias (siempre cojas...) de argumentos racionales, el origen de esas reacciones es ajeno a la razón y se sitúa en las regiones más turbias del Inconsciente. Toda discusión sobre una cuestión que exige tener en cuenta la acción del Inconsciente (por tanto sobre no importa qué cuestión que afecte más o menos a la psique humana), entre personas que jamás se han molestado en sondear los establos subterráneos de su propia psique, es simplemente ruido para nada. Es como unos daltónicos discurriendo de colores, sordos de nacimiento discutiendo de música, o alumnos de instituto que no han entendido el primer ABC de álgebra y que, por haber tenido entre las manos un libro de Riemann, se pusieran con aire entendido a hablar de

y el de Freud sobre el tema del sexo, véase la reflexión en las citadas notas (n^{o}s 99, 100) sobre el "ABC del sexo".

[1429] En lugar de "todavía hoy", quizás fuera más indicado escribir: hoy más que nunca en los cinco decenios que han pasado desde la muerte de Freud. Me ha parecido sentir las señales de una especie de "reacción anti-Freud" incondicional y de buen tono, que llega hasta tirar por la borda el Inconsciente (como una elucubración mórbida y no científica) *y* el sueño (como un "desecho psíquico" sin significado). Freud parece, en suma, una especie de escarba-basura un poco perverso por las sisas. Esas señales de una regresión hacia las platitudes de la "psicología" de hace un siglo me parecerían alarmantes, si no supiera que son parte del estado último de descomposición cultural que precede a la gran renovación...

[1430] Para algunos de esos predecesores, véase una nota al pie de la página N 669.

integrales abelianas. Las grandes ideas, las que van en contra de los más inveterados hábitos de pensar y, además, de sentir, no es a fuerza de discusiones como terminan por extenderse
N 674 progresivamente, y por llegar ser ◊al fin una parte inalienable de un conocimiento común. Es a fuerza de tiempo. Dios, que desde hace diez mil millones de año crea el Mundo y que está muy lejos de haberlo terminado, es un Dios muy paciente. Y nosotros los hombres, Sus colaboradores y émulos (al menos aquellos de nosotros que hayan entrado en su misión...), buena falta nos hace aprender a ser pacientes como Él.

Incluso entre los que tienen un verdadero conocimiento del Inconsciente, basado en una experiencia de primera mano y muy rodada, los hay que por momentos encuentran que "Freud exagera" con su insistencia sobre la motivación sexual. Con Freud, dicen algunos, ¡no hay forma de fumarse un cigarro sin que vea malicia! O también, tal psiquiatra afirmará, quizás con razón, que ha curado neurosis cuyo análisis (según él) revelaba un origen que razonablemente no se podría llamar "sexual"; mientras que Freud es tajante: *todas* las neurosis tendrían un origen sexual. Yo mismo a veces he tenido la impresión de que exageraba y por momentos, lo reconozco, me he sentido irritado. Ahora me digo que, vistas las circunstancias, no podía ser de otro modo. Freud no era el buen Dios encarnado. Era un hombre como tú y yo, sometido como cada uno a las leyes de acción y reacción. Tuvo que actuar bajo prodigiosas presiones psíquicas que pesaban sobre él para ahogar su trabajo. Durante larguísimos años tuvo que realizar su obra en una soledad total, ignorado por todos o tratado con condescendencia, como un cuentista de inclinaciones poco recomendables; esperando, apenas comenzasen sus ideas a tener alguna audiencia, que una tempestad de indignación virtuosa e indignada se abatiera sobre él. Con sus más y sus menos, esa tempestad le persiguió toda su vida, fue el precio que tuvo que pagar por el pesado privilegio de consagrar su vida a desarrollar un conocimiento sin precio y que nadie, en el fondo, quiere. Tenía que ponerse armadura, o ser aplastado. Se puso la armadura. Hombre de extrema fineza, bajo la presión de la ciega contradicción, a menudo malévola, antes que ceder, antes que edulcorar su mensaje con una danza seductiva para conquistar a un público (como otros menos probos que él no tardaron en hacer, a la vez que se adornaban con sus laureles...), se endureció. No era momento para serenos matices, ¡sino de combatir! Para llevar un mensaje de esa magnitud, no hacía falta un bailarín ni un acróbata, sino un *guerrero*.

Al nivel del intelecto, el acto creativo por excelencia es el que descubre las grandes leyes que rigen el Mundo y la existencia. Una vez descubierta la ley, ya sólo es cuestión, con paciencia y a lo largo de generaciones, de circunscribir sus límites, de inventariar sus excepciones (si hay
N 675 excepciones). Esos límites y esas excepciones, aunque no hubieran sido previstas por ◊el que descubrió la ley y fue el primero en presentir su alcance, no disminuye ni una tilde la grandeza del acto de descubrimiento y de la fidelidad para llevarlo a término. Bien al contrario, se siguen de ese acto. El conocimiento que después adquirimos sobre las limitaciones de la ley es *progenie* del acto de descubrimiento inicial. Hace falta una gran ignorancia sobre la esencia de la creación para no sentir tales evidencias.

Quizás en nuestros días un médico psiquiatra experimentado, trabajando en condiciones tranquilas con una clientela asegurada, encuentre con toda imparcialidad que una neurosis sobre cien, o incluso (pero lo dudo) una sobre diez, *no es* de origen sexual. Hace cien años, cuando Freud se hizo médico psiquiatra (¡tenía que ganarse la vida!), ni él ni nadie tenía la menor sospecha de que la neurosis podía tener un origen psíquico sexual. Ver que la mayoría de las neurosis son de naturaleza *psíquica*, y no orgánica o fisiológica como pretendía el consenso unánime de los médicos de su tiempo (conforme a la sempiterna máxima: "¡buscad la mecánica!"), ya era un gran descubrimiento. Uno de los más grandes sin duda y (situado en su contexto) uno de los más atrevidos en psiquiatría. Descubrir, además, que las neurosis "psíquicas" son (en general) de origen *sexual*, es un descubrimiento mucho más profundo, aún mucho más atrevido.

Freud pagó por saberlo. Tuvo amplia ocasión de sentir pesar sobre él toda la prodigiosa potencia del tabú del sexo. En la historia espiritual de nuestra especie ésa es, sin duda, uno de

los actos de conocimiento más desgarradores, más cruciales, quizás el avance más decisivo[1431]. Un avance prometeico, sí, el primer gran paso en el descubrimiento de la psique, la Gran Desconocida. Después de eso, el resto sería por añadidura, casi por sí mismo, por la lógica de un
N 676 pensamiento creativo "normal"[1432], tanto en la obra del mismo Freud ◊como en la de sus sucesores. (Incluyendo aquellos que, confortablemente instalados en el boquete que había abierto, le miraron después por encima del hombro[1433].) Están, entre otros, los matices que hay que hacer a las ideas maestras de Freud. A nosotros, sus herederos, nos toca poner en evidencia las excepciones a las "reglas" (a veces un poquito tajantes, incluso francamente falsas) que había creído poder enunciar...

(142) Freud (3): El sueño, mensajero del Inconsciente – o la vaina y el fruto...[1434]

Vayamos al tercer descubrimiento crucial de Freud, indisolublemente ligado a los anteriores. Se refiere al *sueño*. (Eso mismo pues, que se supone que es el objeto del presente libro llamado La Llave de los Sueños, ¡y que después de novecientas páginas parece más bien olvidado!) Un tema, donde lo haya, ¡que no estaba nada de acuerdo con el espíritu científico puro y duro de su tiempo (ni del nuestro)! (Del que sin embargo estaba muy impregnado como cualquier otro sabio "al día" de su tiempo.) Quizás fuera para compensar la lamentable impresión que no podía dejar de suscitar en la gente seria algo tan inconsistente, impalpable, descabellado (por decirlo todo) como el sueño, por lo que Freud tuvo cuidado de distanciarse de manera tan categórica y
N 677 tan sistemática de las maneras tradicionales ◊de ver y sentir el sueño, su naturaleza, su papel, su alcance. ¡Todo eso son supersticiones! Él, Freud, iba a hacer una obra *científica*, ¡ahí queda dicho! Y seguro que su obra teórica sobre el sueño, y quizás incluso su trabajo como médico[1435] se haya resentido de ese propósito deliberado de hacer tabla rasa, de repudiar en bloque las intuiciones ancestrales; el "mismo" propósito deliberado, creo, que el que le hizo ignorar casi totalmente la existencia de *otro* Inconsciente, de un "Inconsciente profundo", situado más allá

[1431] El "avance más decisivo" al menos en la historia del conocimiento. Véase la reflexión de la nota "Dos Prometeos para una Misión" (n^o 78).

[1432] Al día siguiente de escribir esta línea, leí la recopilación de textos "autobiográficos" de Freud comentados por Ilse Grubrich-Symitis, mencionada en una nota al pie de la página N 664. Después de esa lectura, creo ver con más claridad el itinerario de Freud. El momento en que inicia y profundiza lo que llama un "autoanálisis", es decir cuando empieza a conocer su propio Inconsciente (en 1887), me parece ahora como más neurálgico aún que aquél (evocado en el texto principal) en que descubre el origen psicológico y sexual de las neurosis. Es verdad que ese primer descubrimiento es el que iba a guiarlo "lógicamente" ante la opción de comprobar unos descubrimientos "objetivos" en su propia persona, es decir: de empezar a conocerse a sí mismo. Pero es *ese paso*, que había que dar, el que iba a poner en marcha las resistencias más vehementes. Me parece que esa fue la prueba más decisiva para su fidelidad a su misión. Sólo al franquearlo su aventura iba a dejar el plano de una vocación médica o científica sin más, para tomar una dimensión espiritual única. También fue por ese acto como su conocimiento de la psique "en general", adquirido por la observación de los demás (y sobre todo de sus pacientes), iba a tener raíces mucho más profundas que cualquier conocimiento meramente práctico o intelectual. En adelante se fundirá con él, tendrá cualidad no sólo de un simple "saber", sino de una nueva madurez – nueva en él mismo, y nueva en la especie humana. Entonces franqueó un umbral, que sin duda fue el primer hombre en franquear. Entonces nació el Sigmund Freud que conocemos, llamado a entrar para siempre en la historia del espíritu humano.

[1433] Pienso aquí particularmente en C.G. Jung, que hoy más que nunca juega el papel de una especie de papa de una "espiritualidad" altamente erudita y científica, e inodora a placer...

[1434] Continuación de la nota anterior "Freud (2): Eros está por todas partes – o los acróbatas y el guerrero". Véase una nota al pie de la página N 660.

[1435] Sin embargo sospecho que su trabajo como médico se ha resentido de esos "propósitos deliberados" menos de lo que pudiera creerse. Después de todo, si a pesar de su mala reputación entre los colegas escandalizados, afluyeron los pacientes, es que al menos entre éstos (¡y eso es lo que cuenta!) debía pasar por un buen médico. Pero supongo que en su trabajo con los enfermos debía seguir su intuición inmediata, iluminada y guiada por algunas de sus ideas maestras, más que la letra de las teorías que había desarrollado. Compárese con los comentarios sobre Rudolf Steiner en la nota "La paja y el grano (1): R. Steiner y la ciencia del mañana" (n^o 124), especialmente la página N 550, e igualmente con una nota al pie de la página N 663 (sobre la escasa función que Freud asigna al sueño, sin que su trabajo sobre los sueños parezca seriamente afectado).

del que ya había descubierto, del gran Trastero, gran vertedero de farsas y pillerías, que se había propuesto explorar...

Pero estas observaciones también son accesorias. Mi propósito aquí no es poner el dedo en tales orejeras de Freud (tenía las suyas como cada uno de nosotros), sino sacar a la luz sus grandes descubrimientos. El gran descubrimiento de Freud sobre el sueño es que *el sueño es el mensajero por excelencia del Inconsciente*. Y a decir verdad, su descubrimiento y su exploración del Inconsciente son inseparables de su descubrimiento de ese papel del sueño[1436], y de su exploración sistemática del sueño y del lenguaje del sueño. Si Freud adquirió algo más que una vaga intuición sobre la nuda existencia de ese famoso Inconsciente tan elusivo, tan esquivo (pudiera creerse) como lo son los átomos y los electrones de los físicos, si en este tema pudo desarrollar un conocimiento profundo y una intuición viva, precisa y delicada, fue gracias a su incansable trabajo, constantemente retomado y jamás acabado sobre el sueño: primero sobre los sueños de sus pacientes, pero después también (y ese un giro crucial en su trabajo) sobre sus propios sueños. El corazón mismo de su nueva doctrina es su teoría del sueño. El libro que

N 678

considera la obra maestra de su vida es "*La Interpretación de los* ◊*Sueños*", donde expone esa teoría. Un libro, como Ã© l mismo dijo, que un hombre sólo escribe una vez en su vida...

Ese libro es de 1900, el primer año de este siglo. Freud tenía cuarenta y cuatro años. ¡Cuarenta y cuatro años bien empleados! Durante los cuatro o cinco años anteriores había desentrañado las ideas maestras que estaba llamado a aportar al Mundo. Los treinta y nueve años que le quedan los pasará desarrollando incansablemente esas grandes ideas-fuerza, que en ese momento es todavía el único ser en el mundo que presiente todo su inmenso alcance.

Hoy igual que antes, es un libro fascinante, de una extraordinaria riqueza en ideas, en observaciones penetrantes, también en ejemplos concretos, juiciosamente comentados. Nadie duda que es la aparición de ese libro de título insólito (aparición que pasó casi desapercibida en el mundo erudito...) la que marca el nacimiento, con el siglo, de una "*ciencia de la psique*" digna de ese nombre. (Y espero, en los próximos años, encontrar tiempo libre para releerlo, ¡y esta vez entero!)

En cuanto a la "teoría del sueño" propiamente dicha que en él desarrolla, no hay que extrañarse de que haya envejecido mucho. Fue una de las vainas, la primera, que rodean una gran idea viva y fecunda, o un haz vivo de tales ideas. La vaina se secó y está muerta, y será seguida por otras que también se secarán y caerán a su vez. Ninguna teoría agota una gran idea, ¡ningún libro ni ninguna biblioteca contendrá jamás el secreto último del sueño! Y la comprensión del sueño que propongo en La Llave de los Sueños, que he llevado y madurado en mi vida durante los últimos doce años, no es una excepción. Es una vaina entre otras, destinada también a morir y caer.

La idea fecunda, cual un grano del que surgirá un tallo, después brotes que se desplegarán en hojas y en flores, cada una madurando su fruto para sembrar al viento otros granos – ella no muere. En su naturaleza está crecer y transformarse, sin dejar jamás de ser ella misma. A través de sus crecimientos y sus metamorfosis, como el alma del que la concibió, es inmortal.

N 679

◊(143) Freud (4): represión, resistencias y el juego de los idiotas...

(30 de marzo y 1-2 de abril)[1437] En las tres notas anteriores, consagradas a Freud, ciertamente no pretendo haber hecho un resumen, por sucinto que sea, del pensamiento de Freud sobre la psique, o sólo de las principales nociones que introdujo para captar la realidad psíquica. Me

[1436] Véase la nota al pie de la página N 663 que acabo de citar.

[1437] Continuación de la nota anterior "Freud (3): el sueño, mensajero del inconsciente – o la vaina y el fruto...". Esta nota y la siguiente fueron escritas de un tirón, la primera redacción el 30 de marzo, en limpio a máquina el 1 de abril, las notas a pie de página el 2 de abril. La separación en dos se hizo después de la primera redacción. Para el tema principal de esta nota, a saber las "resistencias", reenvío también a la reflexión del año pasado, en la sección "La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador" (n^o 56, 6^o).

he limitado a resaltar por turno tres grandes ideas de Freud, que me parecen particularmente fundamentales para la comprensión de la psique. Sin duda no es exagerado decir que los demás descubrimientos de Freud y las nociones que introdujo se relacionan directamente al menos con una de estas ideas maestras[1438], bien porque se sigan directamente de ella, o porque la precisen y la completen. Hoy[1439] quisiera desarrollar algunos complementos "freudianos" en ese sentido, situándolos al mismo tiempo en mi experiencia personal.

En lo que respecta a esas tres grandes ideas fundamentales (sobre la existencia del Inconsciente y su omnipresencia en la vida psíquica, sobre la omnipresencia de la pulsión erótica, y en fin sobre el papel del sueño como el indispensable revelador del Inconsciente), puedo decir que desde que hace doce años que la meditación entró en mi vida[1440], tuve amplia ocasión de
N 680 constatar día tras día su validez, tanto a lo largo del mismo trabajo de meditación ◊como por las observaciones cotidianas de la vida diaria. Esas "ideas" se me impusieron, no a partir de lecturas teóricas de Freud u otros, sino al principio como realidades irrecusables, que se revelaron en contacto con la misma realidad psíquica, tanto en mí mismo como en los demás. Ignorarlas, como prácticamente todo el mundo las ignora hoy[1441], en la vida cotidiana y sobre todo en la relación consigo mismo, es un poco como creer que se usan los ojos cuando uno se las arregla para "ver" sin percibir el relieve y la profundidad que estructuran el campo de visión, ni el color y las intensidades infinitamente variadas de luz y de sombra, ni en fin el incesante movimiento y las relaciones de tamaño de las cosas percibidas. Teniendo en cuenta al Inconsciente es cómo nuestra visión de la psique adquiere relieve y profundidad, la presencia de la pulsión le añade las luces y las sombras y toda la gama de colores, y es el mensaje del sueño el que nos informa de la dinámica psíquica y da su justo lugar a lo esencial y lo accesorio. Ignorar esas "tres dimensiones" fundamentales de la psique, es contentarse, para aprehender lo que pasa a nuestro alrededor y en nosotros, con clichés planos, grisáceos y rigurosamente estáticos. Ése fue mi propio caso durante la mayor parte de mi vida. Terminé por cansarme (¡más vale tarde que nunca!) y por decidirme al fin a hacer pleno uso de mis sanas facultades...

Ya he señalado que ver el Inconsciente es ver también el proceso de *huida*[1442]. No me he encontrando ese término[1443], ni ningún otro más o menos equivalente, en la pluma de Freud. Quizás sea por la preocupación de no chocar a sus interlocutores más de lo que ya estaba forzado
N 681 a hacerlo para ◊hacer pasar su mensaje; ¡o porque ese término de "huida" no tiene la connotación "científica" que tanto gustaba a Freud? En su lugar habla de "*represión*": el Inconsciente que había descubierto, y que le interpelaba sin cesar, está formado por todo lo que "el yo", reinando

[1438] Además no concibo una reflexión algo profunda sobre la psique que ignorase las tres ideas maestras en cuestión, ¡sea del mismo Freud o de cualquier otro!

[1439] Este "hoy" ha terminado por estirarse hasta una semana entera. Los "complementos" en cuestión son parte de esta nota y de las dos notas siguientes, y cada una retoma unos "complementos" a una de esas tres "ideas maestras".

[1440] Recuerdo que por "meditación" entiendo un trabajo de descubrimiento de sí, que en mi caso siempre es escribiendo. Sobre el tema de la entrada de la meditación en mi vida, véase la sección "La fruta prohibida (1): ..." (n^o 56, 6^o) citada en la primera nota a pie de página. Señalo que en cuanto a la existencia del Inconsciente, ya había tenido amplia ocasión de constatar su existencia *en los demás* desde los años anteriores, a través del "proceso de huida" puesto en evidencia por Krishnamurti. Pero al igual que el mismo Maestro, no veía la huida *más que* en los demás, de forma que esa constatación cien veces repetida permanecía espiritualmente estéril.

[1441] Por supuesto que esa "ignorancia" no se refiere a lo que pasa a nivel *consciente*. El Inconsciente conoce perfectamente la existencia del Inconsciente, tanto en uno mismo como en los demás, y se aprovecha de ese conocimiento con maestría...

[1442] Véase la nota "Freud (1): el Inconsciente – o descubrimiento del Manicomio", página N 667.

[1443] "'Huida" es el término que introdujo Krishnamurti, y que bien dice lo que tiene que decir. Aquí y en lo que sigue, por "Inconsciente" entiendo el Inconsciente descubierto por Freud, o el Inconsciente superficial (o "subconsciente") y medio, excluyendo las capas profundas de la psique (o "Inconsciente profundo"). Darse cuenta en uno mismo de ese Inconsciente, del gran Estercolero, es el primer paso, el paso decisivo, en la aventura del descubrimiento de sí, él es el que pone en juego todo el arsenal de resistencias que vamos a ver. No hay nada en común entre un discurso incluso teóricamente perfecto sobre el Inconsciente, y el acto decisivo que es ese paso. Visiblemente la mayoría de los psicoanalistas (con Jung a la cabeza...) nunca lo dio.

como amo sobre el campo de la consciencia[1444], no deja que aparezca, por todo lo que ha "*reprimido*" fuera de la mirada consciente, fuera de la luz del día. Todas esas cosas indeseables, o demasiado deseables pero vergonzosas para exhibir a plena luz, el yo las mantiene reprimidas en el Inconsciente mal que bien, ganando la partida a las otras fuerzas[1445] que tienden por el contrario a concederles una expresión más o menos clara (como prisioneros encerrados en las mazmorras, que se obstinasen en dar a conocer su presencia golpeando mensajes en los muros de sus celdas o en las tuberías...), o incluso a sacarlos a plena luz. La "huida" es ese asombroso propósito deliberado, prácticamente universal, que emana del yo, de ignorar ciertas cosas que pasan en nosotros; casi todo, por así decir, todo lo que "se pase" un poco, lo que no sea conforme con los clichés usuales sobre uno mismo, incluyendo las cosas más flagrantes, más enormes, las que literalmente saltan a la vista. ¡Hay que ver! Pero nunca falla...

N 682 ◊Siempre se trata de cosas que de hecho sabemos muy bien, pero "¡nos chupamos el dedo"!: ¡es inconsciente! Y "con la mejor fe del mundo" jugamos a los que no saben nada. En suma, el proceso de huida consiste en "*jugar a los idiotas*" con un aire cándido que desarma, del que somos los primeros engañados. Pero si nos apegamos con tal fuerza, a ese juego, a veces a costa de reventar o, si es necesario y no faltan los medios, de que reviente el mundo entero, es que a alguien en nosotros le trae cuenta. Y ahora a menudo me doy cuenta de hasta qué punto se deleita a la chita callando en ese juego, engañando todo lo que puede...

Parece que Freud fue el primer hombre en la historia de nuestra especie en ver claramente ese juego verdaderamente absurdo, siempre, siempre parecido a sí mismo; el primero que se encontró solo, con los ojos bien abiertos, y se atrevió a tener conocimiento de ese espectáculo asombroso, a creer el testimonio de sus ojos en un mundo de seres que viven a ciegas. Y lo que veía, no pudo dejar de decirlo, sin dorar la píldora. Ésa era su misión. No se lo perdonaron, y hoy menos que nunca. Ése era el precio que tenía que pagar, y lo sabía mejor que nadie. Me parece milagroso, si bien nadie por así decir ha comprendido verdaderamente ni ha visto lo que él vio (los psicoanalistas no más que los demás...), desde hace casi un siglo su pensamiento se extiende y se difunde sin cesar, como por una secreta ósmosis, en la gran esponja informe llamada "Cultura".

Lo que veía lo dijo en sus libros, con claridad y franqueza, sin ocultar nada y sin mirar el precio. Pero en su vida diaria, seguramente, bien debió aprender a mirar callándose...

Debe ser más que raro ser testigo del mismo acto de represión, en el momento mismo en que un conocimiento consciente desaparece de repente por la trampilla, como por encantamiento. Parecería que por su propia naturaleza ese acto siempre se substraerá a la mirada del observador. ¿Puede ser instantáneo? ¿O siempre necesita días o mese, incluso años? No creo haberlo observado jamás mientras se realiza, ni en el momento ni con un recuerdo posterior[1446].

[1444] Casi siempre, aunque no esté en la naturaleza inmutable de las cosas, el yo "reina como amo sobre el campo de la conciencia". La verdadera instancia dirigente de la psique, "por derecho divino", no es el yo, sino *el espíritu*. (Véase al respecto la nota "La pequeña familia y su Huésped", n^o 1.) Si es fiel a tal función, al menos tendrá voz en el capítulo, y a veces, cuando haga falta, sacará a la luz los deseos, actos, motivaciones, recuerdo etc. que el yo quería guardar ocultos. Sin embargo dudo que, en el estado actual de evolución psíquica de la humanidad, exista o haya existido un sólo ser en que el espíritu, es decir el verdadero yo, tenga completo dominio sobre el Inconsciente (medio). Eso significaría prácticamente que ese Inconsciente, al que tendríamos acceso a conveniencia, ya no existiría como tal, en el sentido en que lo entienden Freud y los psicoanalistas. Ya no sería la "cámara de los horrores" candada y con rejas, sino un confortable desván más o menos ordenado, donde los niños van a jugar... Aquí y más adelante tomo el término "el yo" como sinónimo de "el ego" (véase la nota n^o 1 arriba citada). Se entiende que ese yo está presente tanto en el Consciente como en el Inconsciente (con exclusión, por supuesto, del Inconsciente profundo).

[1445] Esas fuerzas pueden brotar sea de Eros, sea del alma (y más precisamente, sea del espíritu, sea del niño que hay en nosotros), sea del Huésped es decir de Dios, sea en fin del mismo yo. En efecto, el yo no es una fuerza monolítica, como pudiera sugerir su personificación, sino que está dividido en sí mismo (igual que una persona está dividida). Muy bien puede ocurrir que unos deseos egóticos tiendan a volver o guardar conscientes cierto conocimiento, y otros deseos tiendan por el contrario a reprimirlos.

[1446] Entiéndase bien que el recuerdo no sólo registra las percepciones y movimientos de la psique en el campo

N 683 ◊Parecería que sólo se puede constatar *después* e indirectamente, por el *hecho consumado* – por la desaparición de lo que antes se conocía, o la ignorancia de lo que, a menudo, salta a la vista. Esa constatación, ciertamente ¡es más fácil en los demás que en uno mismo! En cambio, en el trabajo de descubrimiento de sí, y también en la relación con los demás (desde el momento en que nos diera, imprudentemente, por querer llamar la atención sobre lo que debe permanecer oculto), a cada paso nos enfrentamos con *resistencias*. Ése es el nombre, seguramente, que no puede dejar de imponerse a cualquiera que se las haya encontrado, sea en los demás o en uno mismo (suponiendo que en él mismo tome conciencia alguna vez...). Se trata de fuerzas, prácticamente siempre inconscientes, que se oponen a toda acción y toda provocación (sean voluntarias o no) que tienda a volver consciente un conocimiento reprimido. Es, si se quiere, el efecto de la misma fuerza de represión, pero en un estado de particular excitación, suscitado por la intervención de todo lo que pudiera tener por efecto "irse de la lengua", o de descubrir un poco el pastel.

Cuando es en los otros donde pasa, la señal infalible de las resistencias en acción es la impresión tan característica de que el otro "juega a los idiotas". La experiencia cien veces, mil veces repetida ha terminado por enseñarme que en tal caso ¡es inútil insistir[1447]! Cuando es en mí mismo durante el trabajo de meditación, es un sentimiento no menos característico de inercia, de pesadez. Uno se siente muy estúpido y palurdo, sin que se sepa decir bien cómo ni por qué., con la impresión indefinible de dar vueltas en círculo, incluso de contentarse con palabras. Es inútil entonces seguir dando vueltas así, ¡seguro que hay un pequeño circo escondido por ahí! Es el momento de detenerse en el camino, para mirar eso que está ocurriendo justo delante de nuestra nariz, ¡en ese mismo momento! Entonces es cuando uno se pilla en el flagrante delito de
N 684 la mayor ineptitud, y cuando uno se toma la ◊molestia de mirar de cerca, seguro que siempre se aprende algo nuevo, ¡y justamente las cosas más interesantes!

Sólo fue en 1980, casi cuatro años después de haber descubierto la meditación, cuando comencé a darme cuenta de la presencia insidiosa y pertinaz, prácticamente omnipresente, de fuerzas de resistencia en el trabajo de meditación. Fue después de haberme decidido, por una súbita inspiración, a hacer una excursión a través de mi infancia, y después de sacar a la luz, durante algunas semanas, sucesos cruciales e ignorados de mis ocho primeros años de vida. No es que las resistencias hubiesen estado ausentes en los cuatro años anteriores. Pero salvo en raras ocasiones que tuve que enfrentarme a ellas, por así decir, cuerpo a cuerpo[1448], no me daba cuenta de nada. Si hubiera sido más cauto y menos ingenuo, no habría esperado tanto tiempo antes de ese retorno a mi infancia, toda una vida enterrada. Durante esos cuatro años hice como si esa infancia no me afectase verdaderamente, como si ocuparme de ella hubiese sido casi una tontería, una forma de eludir (¡qué bien!) todas esas cosas tan actuales y acuciantes, ¡que exigirían toda mi atención! Lo mejor de todo es que igual que antes (antes de octubre de 1976)

---

consciente, sino también en todos los niveles de profundidad de la psique. Cuando evocamos un recuerdo, o un recuerdo se nos presenta espontáneamente bajo el efecto de un movimiento inconsciente, lo que captamos depende, igual que con la percepción de la realidad presente, de nuestras disposiciones en ese momento. Con disposiciones de atención, de receptividad, de verdad, podemos muy bien recordar pensamientos, sentimientos, emociones etc. que, en el momento en que tuvieron lugar, eran totalmente inconscientes. Gracias a eso, sobre todo, podemos hacer nuestra, asimilar la substancia de nuestra experiencia pasada, por alejada que esté en el tiempo, y hacerla madurar espiritualmente...

[1447] Por supuesto la situación es muy diferente en la relación entre médico y paciente. Ahí el paciente va a ver al médico por propia voluntad y le *paga* para que le ayude a curar ciertos síntomas molestos, y termina por comprender que no lo conseguirá sin enfrentarse a las resistencias que se oponen al tratamiento.

[1448] He hablado en La Llave de los Sueños de dos de esas ocasiones, que tuvieron lugar con intervalo de dos días en octubre de 1976, con el descubrimiento de la meditación primero, después con mi primer trabajo sobre un sueño, culminando, después de cuatro horas, con los "reencuentros conmigo mismo". En uno y otro caso, las resistencias contra el avance que me incumbía tomaban la insidiosa forma de la "voz de la razón", intentado disuadirme de que me obstinar así en malgastar un tiempo precioso cortando no se qué pelos en cuatro. Véase al respecto la sección "La Llave del gran sueño – o la voz de la "razón", y la *otra*" (n^o 6).

estaba convencido de que todo el mundo tenía un Inconsciente (y no criando gusanos...) *salvo yo*, y me sabía de memoria[1449] que los años de la infancia juegan un papel crucial en la vida de cada uno – salvo otra vez en mí, ¡la gran excepción que confirmaba la regla! Tal fue durante cuatro años mi convicción íntima, que me habría guardado mucho de decir abiertamente. En suma, incluso después del gran giro de 1976, y a falta de una sana desconfianza vis a vis de mí mismo (o al menos vis a vis de un ego tan fuerte y taimado como siempre...), seguía "jugando a los idiotas" de muchas maneras, como todo el mundo.

N 685 ◊Algo aprendí en 1980, al enfrentarme día tras día a las resistencias, víctima de una misteriosa inercia, fatigado como a través de arenas movedizas que sin cesar engullen mi rastro, durante semanas y meses. Pero sería falso pretender que después de esa Larga Marcha a través del desierto nunca más haya jugado a los idiotas. (Si darme cuenta en el momento, por supuesto, salvo raras ocasiones.) Y posiblemente me volverá a ocurrir en el futuro. (Y tal vez, ¿quién sabe? al escribir La Llave de los Sueños, o alguno de los libros que le sigan. ¡Incluso aunque no tenga ninguna duda de que esos libros estén escritos bajo la instigación de Dios y con Su colaboración!) Lo que es seguro es que ni la práctica de la meditación sobre mí mismo, ni la inopinada entrada en mi vida del buen Dios en persona, a partir de noviembre de 1986, han desactivado en mí los sempiternos mecanismos de resistencia que me empujan (cuando no estoy en guardia) a jugar a los idiotas conmigo mismo (que no me entero de nada) y con el buen Dios (¡que ya lo ha visto muchas veces!)

Además dudo que haya, o que haya habido, alma viviente en que sea de otro modo. Todas las observaciones que hasta ahora he podido hacer, tanto entre los que conozco personalmente como entre los que conozco por su obra escrita, concuerdan y me hacen sospechar lo contrario.

(144) Freud (5): impulso incestuoso y sublimación[1450]

Cuando se piensa en las ideas de Freud sobre la sexualidad, enseguida vienen las palabras clave: sublimación, sexualidad infantil, complejo de Edipo. Y realmente están entre los descubrimientos más importantes de Freud. Sin embargo en mi propia experiencia de descubrimiento de mí mismo, y en mi visión de la existencia que surge de ella, sólo el primero de los tres ha jugado un papel importante. El hecho de que mi atracción hacia la Matemática tenga una dimensión "carnal", que sea de la misma naturaleza que la que la mujer ha ejercido sobre mí, se me reveló en 1978 (dos años después del descubrimiento de la meditación). Fue un descubrimiento

N 686 totalmente imprevisto, algo pasmoso, del que estaba lejos de ◊medir todo su alcance[1451]. Con el paso del tiempo me doy cuenta de que a nivel inconsciente debió ser preparado por influencias exteriores, y especialmente, algunos meses o un año antes, por la lectura de Walt Whitman que he evocado en otra parte[1452]. Pero seguramente también por lo que ya había leído o escuchado unos años antes sobre las ideas de Freud acerca de lo que había llamado (creo que el primero) con el nombre bien elocuente de "*sublimación*" del impulso sexual. Esto me recuerda también que mi madre, que a menudo tenía mucho olfato para las cosas del sexo, me desconcertó un día (yo aún era un adolescente) dándome a entender que la emoción religiosa no estaba tan lejos de la pulsión erótica como generalmente gusta creer[1453].

[1449] "De memoria", es decir dando fe a lo que había "aprendido" en las lecturas, o por conversaciones con algún amigo psicoanalista. Eso permanecía en la forma de un "saber" muy verbal y platónico, que nunca me había molestado en examinar...

[1450] Continuación de la nota anterior, "Freud (5): represión, resistencias y el juego de los idiotas...". Véase una nota al pie de la página N 679).

[1451] Para ese episodio, véase la nota "Simientes invisibles – o las llaves del Reino" (n^o 84), página N 292.

[1452] En la nota que acabo de citar (anterior nota a pie de página).

[1453] Es algo extraño que yo, que he olvidado tantas cosas que ahora me parecen importantes, haya guardado un recuerdo tan claro de ese pequeño episodio aparentemente sin consecuencias. Me sorprendí, delante de mi madre, mirando la foto de un grupo de esculturas que representaban (si recuerdo bien) los grandes profetas de la historia judía, al ver uno en una actitud que me parecía curiosamente contorsionada. Ahora me digo que el

En cuanto a la *sexualidad infantil*, bajo la forma tan asentada e incluso invasiva que nos revela Freud, y en cuanto al "*complejo de Edipo*"[1454] que (en la visión de Freud) es inseparable, no hay que extrañarse de que no hayan jugado un papel en mi propia aventura de descubrimiento de mí. En efecto, por una vez pretendo ser la excepción que confirma la regla: nada de complejo de Edipo en mi caso, ¡lo siento! Bien sé que si Freud estuviera aquí y me leyera, no me creería,
N 687 él que se había ◊jurado que esa regla no tenía excepción. E incluso sin ser tan tajante sobre las reglas, es un hecho que hay que ser muy prudente cuando alguien afirma que es diferente de los demás, en lo que respecta a los nudos del Inconsciente. Casi siempre no es más que una señal de que nunca se ha preocupado de ir a mirar. Pero en cuanto a mirar, bien puedo decir que he mirado, y no un poco ni por aparentar. Y por el material que conozco, incluyendo centenares de sueños de los que pienso haber captado lo esencial del mensaje, y otros centenares que he anotado (y muchas veces sondeado) con el mayor cuidado – todo eso es suficientemente rico y coherente para permitirme hablar aquí con conocimiento de causa. Resulta que en los cinco primeros años de mi vida tuve la gran y rara suerte de ser educado en una atmósfera de libertad, exenta por así decir de toda traza de represión ligada al sexo, al cuerpo y a sus funciones[1455]. Así, en mi identificación con mi padre no había traza de ambivalencia, de un ingrediente oculto de rivalidad, por ínfimo u oculto que fuera. Y mi ternura carnal y afectiva por mi madre podía expresarse sin ninguna inhibición. Las situaciones tan duras, de naturaleza traumática, a las que tuve que enfrentarme en mi sexto año, y que terminé por descubrir en 1980 (con cincuenta y dos años), eran de naturaleza ajena al sexo (al menos en lo que a mí respecta), en el sentido en que el mismo Freud lo entendería.

Estas constataciones además concuerdan con las de Neill. (No es sospechoso de un propósito deliberado contrario a las ideas de Freud, ¡del que tanto se inspiró!) Neill ya había observado que toda la psicología freudiana, o al menos sus ideas sobre la sexualidad infantil, y sobre los "complejos" en la vida adulta que ahí se originan, sólo se aplican al adulto o al niño que ha sido sometido a las represiones acostumbradas, y especialmente a las represiones sexuales. Los mecanismos puestos en evidencia por Freud con tan raro coraje y tal perspicacia *no* aparecen, o desaparecen[1456], cuando el niño es educado en un clima de libertad. Con esa

---

artista seguramente debió representárselo como un *bailarín* en estado de *trance*. Fue entonces cuando mi madre me hizo dicha observación, sin que yo comprendiera bien de qué iba la cosa...

[1454] En la tragedia griega (de Sófocles), Edipo mata a su padre y desposa a su Madre, casi por descuido (al no haber tenido el placer de conocer a su padre ni a su madre). Sin duda Freud debía pensar que el sentido sobreentendido, "inconsciente" de la tragedia, Edipo no era tan ignorante como se hacía. El caso es que Freud se inspiró en la leyenda de Edipo para llamar "complejo de Edipo" a la conjunción, en forma permanente, de dos deseos-fuerza o impulsos, casi siempre ambos inconscientes:

1^o) Deseo carnal por el progenitor de sexo opuesto.

2^o) Impulso antagónico de rivalidad vis a vis del progenitor del mismo sexo, y (en el límite y para compensar) deseo de matarlo.

Ese complejo, según Freud, sería el origen de la mayoría (¿incluso de todas?) de las neurosis psíquicas, cuyos síntomas representarían una satisfacción simbólica muy deformada, y siempre inconsciente, de los deseos reprimidos (de posesión sexual de uno de los padres, de muerte violenta del otro).

[1455] Evoco los primeros años de mi infancia en Cosechas y Siembras, en la nota "La inocencia" (CyS III, n^o 107). La única reserva que haría sobre la ausencia de toda represión "ligada al cuerpo y sus funciones" se refiere a los hábitos de "limpieza". Mi madre estaba orgullosa de haber inculcado a su notable retoño una virtuosa aversión hacia sus excrementos, mucho antes de la edad habitual para ese tipo de cosas. Tengo buenas razones para pensar que eso no fue un éxito tan beneficioso como se imaginaba.

[1456] Como muestra la experiencia de Summerhill, cuando esos mecanismos ya actúan en un niño sometido a la educación represiva habitual, terminan por desaparecer al cabo de un tiempo más o menos largo (del orden, en general, de algunos meses solamente, pero pudiendo prolongarse también durante un año o dos), cuando se
N 688 ve trasplantado ◊a un clima de libertad. Por supuesto, cuanto antes es mejor. El resultado debe volverse más problemático, me imagino, a medida que el niño se acerca a la edad crítica de la pubertad. En los casos más difíciles, Neill complementaba la acción del medio Summerhill con una cura de psicoanálisis, de la que él mismo se encargaba por supuesto, y con una maestría poco común (podemos confiar en ello). Cuando el analista tiene "feeling", resulta que el tratamiento psicoanalítico "pasa" mucho mejor en los niños que en los adultos, donde las

comprensión, fruto de una larga experiencia educativa, la obra de Neill completa de manera particularmente neurálgica la de su gran predecesor. Ése es, me parece, otro gran avance, de un alcance comparable al realizado por Freud, que lo preparó.

En mi caso, es verdad, a partir de los seis años fui educado en el ambiente represivo habitual, en un medio pequeño-burgués de lo más conformista en muchos aspectos, y especialmente en relación al sexo. He cargado con las secuelas durante cuarenta años, y mis hijos conmigo. Pero cuando la represión hizo entrada en mi vida. la edad de oro de la sexualidad infantil "a la Freud" ya había pasado. Era demasiado tarde, decididamente, para desarrollar mi "Edipo" como todo el mundo. Y es así como seguí siendo una especie de anormal, decididamente, en el mundo de los hombres...

Eso no impide que tuviera ocasión una y otra vez de enfrentarme muy a mi pesar al famoso complejo, o al menos a uno de sus aspectos, a saber: el antagonismo con el padre. Siempre fue en el papel de padre, o más exactamente, en el de "padre sustituto". Sólo me di cuenta con claridad muy tarde, en 1984 (hace pues menos de cuatro años). Fue al escribir Cosechas y Siembras[1457], cuando me vi conducido a sondear mi relación con mis alumnos y antiguos alumnos. ¡Ése era el momento o nunca! Entonces me di cuenta de que para mi desgracia, tenía la complexión soñada y los "fluidos" idóneos para hacerme adoptar – ¡como padre adoptivo! Si mis cabellos han encanecido prematuramente, no busquen otra causa. Basándome sólo en mi experiencia personal, esta circunstancia particular me hace sospechar que en nuestra sociedad macho, ese complejo tan aireado debe ser como poco la regla general, y las excepciones rarísimas. Además, tendría tendencia a fiarme de Freud, que seguramente no se ha inventado su complejo, igual que no se ha inventado el Inconsciente. Y si ha creído ver a Edipo por todas partes, es que realmente debía estar ahí muy a menudo.

N 689 ◊Sin embargo hay dos cosas, en mi experiencia, que no parece que concuerden bien con el escenario edipiano tan querido por Freud. Una se refiere a mi experiencia con mis propios hijos. Ciertamente las señales de hostilidad no han faltado y todavía hoy no han desaparecido, muy avanzada su vida adulta. Pero en ningún momento he sentido un matiz de *rivalidad*, y aún menos una rivalidad por el favor de la madre. ¿Será porque mi relación con la madre (vista por sus ojos) haya sido menos invasiva, menos exclusiva, menos posesiva de lo que generalmente es y se requiere para un buen "Edipo"? No sé...

Veamos el segundo hecho que parece chirriar un poco. Es que en mi papel-robot de padre sustituto me vi enfrentado tanto a señales de antagonismo profundo por parte de mujeres (y especialmente de mujeres de las que era amante) como de hombres, aunque en las mujeres toma a menudo formas muy diferentes. (Especialmente la del "circo conyugal"[1458].) Puedo decir así que mi experiencia personal me confirma la frecuencia y la fuerza de los antagonismos inconscientes del niño y, en consecuencia, del adulto vis a vis de uno *y* otro progenitor. (Antagonismos que se ven transferidos automáticamente a toda otra persona a la que el Inconsciente asigne el papel de padre simbólico.) Por el contrario, no he tenido ocasión de detectar la forma específicamente edipiana de esos antagonismos, puesta en evidencia por Freud. Es raro, creo, que el afecto de una niña o de una mujer por su padre no este fuertemente infiltrado, al mismo tiempo que de tonalidades eróticas (casi siempre inconscientes), de un antagonismo latente (también inconsciente). En el caso inverso de la relación de un chico o de un hombre con su madre, creo sin embargo que la presencia de impulsos antagonistas es mucho menos frecuente. La razón de esa diferencia, sin ninguna duda, es que en nuestra sociedad *no* es la madre de familia la que detenta la autoridad visible y reconocida, sino el padre, que entonces se vuelve el blanco

resistencias han tenido tiempo de endurecerse durante toda una vida.

[1457] Véanse especialmente las secciones "El padre enemigo (1)(2)" (CyS I, n^{o}s 29, 30).

[1458] Véanse en Cosechas y Siembras las dos notas consecutivas "Garra de terciopelo – o las sonrisas" y "La inversión (4) – o el circo conyugal" (CyS III, n^{s}s 137, 138), así como las dos notas siguientes – todo bajo el título común "La garra en guante de seda"...

privilegiado de los sentimientos ocultos de antagonismo (incluso de odio) al mismo tiempo que de admiración y envidia, como símbolo terrible y temido de la represión, a la vez interiorizada y odiada.

Pero en el hombre igual que en la mujer, la presencia de un impulso incestuoso hacia el progenitor del sexo opuesto no tiene para mí ninguna duda. Supongo que ése es un impulso
N 690 *universal*, indisolublemente ligado ◊a la presencia del arquetipo innato de *la Madre*[1459] y el del *Padre*, en el Inconsciente profundo de la psique humana. Lo que es seguro es que la pulsión erótica es indisociable de estos dos arquetipos fundamentales. Son ellos los que de alguna manera la nutren, le dan su contenido, su dirección. De hecho esos arquetipos son formas de la percepción inconsciente, consubstancial a nuestro ser profundo, que tenemos de *Dios*: de Dios en sus dos aspectos más inmediatos, más fundamentales para nosotros[1460]. Esa percepción original de Dios es inconsciente, y es inextricablemente erótica. En la aventura espiritual de la especie, igual que en la del alma individual a través del ciclo infinito de sus existencias, esa profunda percepción original está llamada a devenir *consciente*, incluso en su naturaleza erótica – que lleguemos a ser hijos e hijas de la Madre divina y del Padre divino, y amantes de Dios. Al mismo tiempo que está destinada a *sublimarse*, a trascender el lazo erótico original, largo tiempo desconocido o rechazado, sin que por eso se olvide, ni mucho menos se rechace.

En cuanto al impulso incestuoso en el sentido propio del término[1461], sin duda está ar-
N 691 raigado, en la experiencia individual, en las primeras ◊impresiones al alba de nuestra existencia, cuando nuestra madre y nuestro padre de carne y hueso todavía eran para nosotros imágenes de la omnipotencia y la eternidad. Entonces se operó una amalgama, seguramente, entre el conocimiento arquetipo, innato, de Dios bajo su doble aspecto de "la Madre" y del "Padre", y la realidad imperfecta (por decir poco) y mortal de nuestros padres de carne y hueso. De esa amalgama fatídica, instaurada por el mismo Dios desde toda la eternidad, ¡hasta hoy la humanidad y desde la noche de los tiempos aún no ha logrado librarse! Con una intensidad que varía en proporción directa a la represión que se ejerce en su contra, el impulso incestuoso está y estuvo presente (no tengo ninguna duda de eso) en todas las sociedades humanas, presentes y pasadas. En cuanto a la humanidad de mañana, o de cien años o de mil años, presiento que se distinguirá de la de antes de la Mutación por el hecho de que el impulso incestuoso se volverá

[1459] El arquetipo de la Madre me parece que juega un papel todavía más crucial en la vida psíquica inconsciente, y especialmente en la pulsión erótica y en los procesos creativos, que el arquetipo de alguna manera "simétrico" del Padre, y esto no sólo en el hombre sino también en la mujer. La razón es, seguramente, que la relación del hijo con su *Madre* es mucho más estrecha y más profunda, ya desde el estado prenatal (cuyo recuerdo seguramente subsiste y actúa poderosamente en el Inconsciente), que la relación con su padre. Además esto no es específico de la especie humana, sino algo que tenemos en común con todos los mamíferos. Incluso tendería a pensar que el arquetipo de la Madre está presente a todos los niveles del desarrollo de una "consciencia" en el mundo vivo, incluso en las plantas y los organismos unicelulares, incluso en la materia que consideramos "inanimada".
En Cosechas y Siembras, evoco por primera vez el arquetipo de la Madre en la sucesión de cuatro notas de octubre de 1984 agrupadas bajo el título "Nuestra Madre la Muerte" (n^{o}s 113-115, en el contexto de una larga digresión general sobre la dinámica del yin y del yang. Vuelvo sobre ello en enero de 1985, en la parte introductiva de Cosechas y Siembras, en las dos secciones consecutivas (del "Paseo por una Obra") "Descubriendo a la Madre – o las dos vertientes" y "El niño y la Madre" (n^{o}s 17, 18).

[1460] Compárese con la sección "Arquetipos y manifestaciones de Dios" (n^o 7).

[1461] Se trata pues de la pulsión de deseo carnal, y propiamente hablando "*sexual*" (a partir de cierta edad) hacia el progenitor del sexo opuesto. Es cosa sabida que las realidades del sexo y especialmente el deseo sexual, junto a su existencia propia, son como representaciones, reflejos, símbolos de una realidad espiritual que los transciende, y que nos pueden ayudar a captar y reencontrar. Así, tanto en el lenguaje místico como en el de ciertos sueños, a veces el lenguaje del amor carnal o (en el sueño) una vivencia propiamente "sexual" se toma como un medio, una "parábola", para expresar una realidad espiritual. Sin embargo permitirse (como hace C.G. Jung) escamotear pura y simplemente la realidad psicológica concreta del impulso incestuoso, para convertirlo en una especie de abstracción medio metafísica medio folclórica, es un engaño. Si esa operación de public-relations contribuyó a que "se aceptaran las ideas del psicoanálisis", incluso a que durante un tiempo estuviesen de moda, no hay que felicitarse por ello. Consistió en sacrificar la humilde verdad a la irresistible repugnancia de la mayoría a verla y aceptarla tal y como es.

más y más consciente, y que además (y como regla general) su sublimación se hará de manera más y más sencilla y más y más perfecta.